WILLIAMSON MURRAY y ALLAN R. MILLETT

LA GUERRA QUE HABÍA QUE GANAR

Historia de la segunda guerra mundial

HISTORIA

Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial se han publicado innumerables estudios sobre los más diversos aspectos del conflicto. Lo que se echaba en falta era una visión global que sintetizase estas investigaciones y ésa ha sido la tarea a la que han dedicado décadas de trabajo los profesores Murray y Millett, dos de los máximos especialistas mundiales en el campo de la historia militar. El resultado es una soberbia visión de conjunto que servirá de obra de referencia para los estudiosos, pero que ha sido concebida, ante todo, pensando en el lector medio, que encontrará en estas páginas el apasionante relato de una de las mayores tragedias de la historia de la humanidad. No en vano, el general Vessey, que presidió el Joint Chiefs of Staff de los Estados Unidos, ha dicho: «Me propongo decir a mis nietos que si quieren entender la Segunda Guerra Mundial y la generación que combatió en ella, deben leer este libro».

Allan R. Millett & Williamson Murray

La guerra que había que ganar

Historia de la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0
Titivillus 27-04-2025

Título original: *A war to be won*
Allan R. Millett & Williamson Murray, 2004
Traducción: Jordi Beltrán Ferrer
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Dedicamos el presente libro, en el momento en que la raza humana entra en el siglo XXI, a la memoria de los hombres y las mujeres que sirvieron y se sacrificaron en la segunda guerra mundial para aumentar las posibilidades de libertad: libertad de palabra, libertad de cultos, libertad de vivir sin padecer pobreza ni temor.

Prefacio

LA segunda guerra mundial fue el conflicto más mortífero de la historia moderna. Fue una matanza de soldados como la primera guerra mundial, pero con la añadidura de ataques directos contra civiles a una escala que no se había visto en Europa desde la guerra de los Treinta Años tres siglos antes. En el frente oriental sus horrores sobrepasaron las peores batallas de la primera guerra mundial A veces la lucha a muerte entre las fuerzas de la Wehrmacht alemana y el Ejército Rojo parecía no terminar nunca. De la batalla de Kursk en julio de 1943 a la de Crimea a principios de mayo de 1944, las operaciones militares, en las que participaban centenares de miles de soldados, continuaron día tras día. Luego, tras una pausa que apenas duró un mes y medio, las fuerzas soviéticas atacaron al ejército alemán a finales de junio de 1944 y las luchas feroces en el este continuaron sin interrupción hasta el derrumbamiento del régimen de Hitler. Después del 6 de junio de 1944 empezó una guerra parecida en el frente occidental. El asalto anfibio de las fuerzas anglonorteamericanas en las playas de Normandía el día D inició las operaciones militares en el norte de Europa, que no terminarían hasta mayo de 1943./span>A segunda guerra mundial fue el conflicto más mortífero de la historia moderna. Fue una matanza de soldados como la primera guerra mundial, pero con la añadidura de ataques directos contra civiles a una escala que no se había visto en Europa desde la guerra de los Treinta Años tres siglos antes. En el frente oriental sus horrores sobrepasaron las peores batallas de la primera guerra mundial A veces la lucha a muerte entre las fuerzas de la Wehrmacht alemana y el Ejército Rojo parecía no terminar nunca. De la batalla de Kursk en julio de 1943 a la de Crimea a principios de mayo de 1944, las operaciones militares, en las que participaban centenares de miles de soldados, continuaron día tras día. Luego, tras una pausa que apenas duró un mes y medio, las fuerzas soviéticas atacaron al ejército alemán a finales de junio de 1944 y las luchas feroces en el este

continuaron sin interrupción hasta el derrumbamiento del régimen de Hitler. Después del 6 de junio de 1944 empezó una guerra parecida en el frente occidental. El asalto anfibio de las fuerzas anglonorteamericanas en las playas de Normandía el día D inició las operaciones militares en el norte de Europa, que no terminarían hasta mayo de 1943.

La ferocidad de la guerra entre las grandes —y pequeñas— naciones del mundo aumentó al añadirse la ideología racial al nacionalismo, el deseo de gloria, la codicia, el miedo y el afán de venganza que han caracterizado la guerra en todas las épocas. La Alemania nazi abrazó una concepción ideológica del mundo (Weltanschauung) basada en la creencia en una revolución mundial de carácter «biológico», una revolución que Adolf Hitler persiguió con torva obsesión desde comienzos del decenio de 1920 hasta que se suicidó en el Führerbunker de Berlín a comienzos de mayo de 1943. El objetivo de los nazis era eliminar a los judíos y a otras razas «infrahumanas», esclavizar a los polacos, los rusos y otros pueblos eslavos y devolver a la raza aria —es decir, a los alemanes— su legítimo lugar como gobernante del mundo. Al terminar la contienda, los nazis habían asesinado o matado a fuerza de trabajo a por lo menos 12 millones de civiles y prisioneros no alemanes.

En Asia, los japoneses no adoptaron una ideología de superioridad racial tan coherente como los nazis, pero su nacionalismo xenófobo, combinado con sueños imperiales y el profundo rencor que despertaba la dominación colonial de gran parte de Asia por las potencias occidentales, también dio lugar a tremendas atrocidades. Con la invasión de China en el verano de 1937, los japoneses se embarcaron en una guerra durante la cual los asesinatos, las violaciones y la devastación alcanzaron un grado que no se había visto desde las conquistas de los mongoles a principios del siglo XIII . Los japoneses añadieron una nueva dimensión a la matanza al usar armas bacteriológicas y gas tóxico contra los civiles chinos además de contra los soldados [1] .

Ante esta agresión sin precedentes por parte de las potencias del Eje, las naciones que defendían otras ideologías, en particular el comunismo soviético y la democracia capitalista liberal, respondieron con su propia furia. Al concluir la guerra, las muertes de civiles infligidas por ambos

bandos superaban en número a las muertes en combate por un margen de dos a una. El imperativo ideológico y moral de Occidente, que era castigar a los alemanes por sus numerosos crímenes, culminó con la ofensiva combinada de bombardeo que llevaron a cabo la Roy al Air Force y las fuerzas aéreas del ejército norteamericano. Cuatro años de terribles ataques aéreos, seguidos de la invasión por tierra, destruyeron prácticamente todas las ciudades importantes de la Europa central excepto Praga y Viena. Dresde, Hamburgo, Varsovia, Berlín y Colonia, entre otras, quedaron reducidas a escombros. Es posible que la venganza teñida de racismo estuviera detrás de la decisión estadounidense de utilizar bombas incendiarias contra Tokio y hacer estallar sendas bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki que mataron a centenares de miles de civiles y dejaron estas ciudades japonesas en ruinas. Sin embargo, aunque estas campañas de bombardeo resulten hoy desagradables para la mayoría de los ciudadanos menores de sesenta años de las democracias liberales, la ofensiva combinada de bombardeo en Europa y los bombardeos de Japón reflejaban no sólo un sentimiento de convicción moral por parte de Occidente, sino también la creencia de que los ataques aéreos pondrían fin a una guerra que cada día resultaba más horrible tanto para los soldados como para los civiles.

A fin de cuentas, la única forma de derrotar a la Alemania nazi, el Japón imperial y la Italia fascista era luchando. Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y los aliados de estas naciones tuvieron que luchar contra sus enemigos en el aire, en tierra y en el mar en todo el globo. La rectitud moral por sí sola no gana batallas. Las malas causas no llevan necesariamente las semillas de su propia destrucción. Una vez se han empezado, hasta las guerras justas deben ganarse —o perderse— en el campo de batalla. Ganar la «guerra buena» fue una tarea de enormes proporciones debido a la habilidad operacional y táctica del Eje, reforzada en la batalla por el nacionalismo feroz y el compromiso ideológico, así como los controles de los estados policía.

Para llevar adelante la segunda guerra mundial fue necesario algo más que movilizar y pertrechar numerosas fuerzas militares. Hubo que desplegar esas fuerzas en lugares muy lejanos que, en el caso de Estados Unidos, estaban en la otra orilla de dos océanos inmensos. Y también hubo que crear poderío militar en tres dimensiones: en el aire, tanto sobre tierra como sobre el mar; en grandes masas continentales; y en el

mar y debajo de él Los alemanes mostraron el camino que llevaba a la guerra de armas combinadas con su Blitzkrieg a cargo de fuerzas aéreas y de tierra en mayo de 1940, un asalto que duró unas semanas y esclavizó a la Europa occidental durante cuatro años. Pero los aliados adaptaron y potenciaron sus propias fuerzas para la guerra airetierra, fuerzas que finalmente resultarían superiores. No fueron menos impresionantes las fuerzas anfibias aliadas —fusión de unidades aéreas, terrestres y marítimas— que hicieron posibles los desembarcos en África, Italia y Francia. Asimismo, la derrota de Japón fue fruto de una campaña aérea, marítima, submarina y anfibia en el Pacífico.

La superioridad logística fue crucial para la victoria de los aliados, y el papel de Estados Unidos como «arsenal de la democracia» tuvo una importancia decisiva. No sólo soportó la mayor parte de la carga de la campaña naval en el Pacífico, así como una carga cada vez mayor de la lucha en Europa a medida que la guerra fue avanzando, sino que su Programa de Préstamo y Arriendo fue esencial para las operaciones militares de sus aliados y para el funcionamiento de sus economías de guerra. En cambio, los alemanes y los japoneses, sin duda engañados por los éxitos que sus fuerzas militares tuvieron al principio, no movilizaron sus economías hasta que la marcha de la guerra ya había empezado a serles desfavorable en 1942-1 943. Sus esfuerzos desesperados por ponerse a la altura de los aliados no tardaron en atraer los ataques que las fuerzas aéreas y marítimas de éstos lanzaron contra sus sistemas económicos.

Aunque la potencia económica de los aliados influyó mucho en su victoria final, al fortalecer y acelerar el ritmo de las operaciones militares en 1943-1 945, la superioridad material por sí sola nunca fue decisiva. La información sobre la capacidad y las intenciones del enemigo adquirió una importancia creciente a medida que el conflicto fue intensificándose. En la lucha entre los servicios de inteligencia, las potencias aliadas ganaron fácilmente. Los alemanes cometieron un gran error al subestimar las capacidades de la Roy al Air Force y debido a ello la Luftwaffe perdió las pocas probabilidades que tenía de alcanzar sus objetivos en la batalla de Inglaterra. Pero lo peor aún estaba por llegar. Al trazar los planes para invadir la Unión Soviética, Alemania juzgó erróneamente la capacidad soviética para absorber derrotas. El resultado fue un empate catastrófico frente a Moscú, a pesar de una

serie de impresionantes victorias anteriores en la operación Barbarroja. Siguió a este fracaso la decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos, error estratégico innecesario que fue fruto de una evaluación totalmente errónea del potencial económico y militar norteamericano para hacer frente a dos enemigos. A medida que continuó la guerra, los aliados adquirieron poco a poco una ventaja sobre sus enemigos en el campo de los servicios de inteligencia. Gracias a la información obtenida al descifrar los códigos alemanes y japoneses, los comandantes anglonorteamericanos pudieron planificar las batallas de modo que les fueran ventajosas y organizar campañas de engaño que confundieron a sus enemigos. Los rusos utilizaron agentes secretos e información obtenida de las transmisiones del enemigo con el mismo resultado.

A pesar de sus ventajas en los campos de las armas combinadas, la logística y los servicios de inteligencia, los aliados tuvieron que hacer frente a la penosa tarea de destruir a sus enemigos de ciudad en ciudad, de isla en isla, en terribles y mortíferas batallas que agotaban por igual a vencedores y vencidos. La mayor ventaja que tenían los aliados sobre el Eje en esa lucha era la capacidad de tomar decisiones estratégicas basadas en el equilibrio entre los fines y los medios. En lo que se refiere a este tipo de decisiones, al principio los aliados no eran mejores que sus enemigos. Quizá la sacudida de sus primeras derrotas fue el revulsivo que necesitaban los aliados para guiar su estrategia sucesiva. Los alemanes, en cambio, nunca pusieron en duda la superioridad de sus planes y este orgullo desmedido resultó fatal.

En el presente libro nos hemos concentrado en cómo dirigieron las operaciones las organizaciones militares que hicieron la guerra. No hemos pasado por alto las decisiones estratégicas y políticas que impulsaron la contienda, pero lo que más nos interesa son los asuntos relacionados con la eficacia militar. Hemos intentado explicar la actuación en el campo de batalla de los ejércitos, las fuerzas navales y la aviación; las decisiones que tomaron generales y almirantes para responder a dificultades extraordinarias; los factores subyacentes que influyeron en los resultados de las batallas y las campañas, y la relación entre batallas que se libraron en lugares separados por centenares o miles de kilómetros. Así pues, hemos escrito una historia de la segunda guerra mundial que examina la influencia recíproca de la estrategia y

las operaciones. Tratamos de explicar cómo se tomaron las decisiones militares y cómo estas decisiones influyeron en el resultado de la lucha. Somos conscientes de que, como historiadores con acceso a documentos y crónicas de ambos bandos, podemos comprender los acontecimientos tal como se desarrollaron, de una manera que les estaba vedada a los que participaron en ellos. En todos los casos hemos intentado juzgar las decisiones de los jefes militares y los estadistas basándonos en lo que es razonable suponer que podían saber en el momento en que tuvieron que actuar.

También creemos que individuos situados en todos los niveles de mando tuvieron importancia. Desde el teniente Richard Winters, que al frente de un pelotón capturó una batería alemana y la compañía que la protegía detrás de Utah Beach, a los comandantes de panzers o blindados alemanes como Erwin Rommel y Hans von Luck, que destruyeron el ejército francés en poco más de tres semanas, e incluso a Dwight Eisenhower, que hizo que un grupo de tozudos comandantes de alta graduación se concentrara en derrotar a la Wehrmacht, los individuos guiaron la marcha de los acontecimientos. Hemos tratado de identificar y analizar a quienes tomaron las decisiones que cambiaron el curso de la guerra. Aunque no hemos escrito una historia del conflicto basada en las experiencias de los hombres corrientes que en él participaron, no hemos pasado por alto a los centenares de miles de hombres de armas que soportaron la terrible carga de poner en práctica aquellas decisiones.

Hemos hecho todo lo posible por incluir en un análisis completo del conflicto los resultados de las investigaciones que los expertos han puesto a disposición de los historiadores durante los últimos treinta años. Hasta hace poco, las revelaciones sobre el sistema de descifre Ultra que se hicieron a principios del decenio de 1970 y sus implicaciones operacionales no han ocupado el lugar que merecían al lado de otros factores que contribuyeron a la victoria aliada. La apertura parcial de los archivos soviéticos a raíz de la caída de la Unión Soviética ha alterado la comprensión de la guerra en el frente oriental por parte de los estudiosos occidentales, ya que durante demasiado tiempo este acontecimiento histórico se vio desde la perspectiva alemana. Como estudiosos y profesores de historia militar durante gran parte de la posguerra, además de veteranos que sacaron partido de sus propias y modestas experiencias militares, creemos que la historia de la segunda

guerra mundial que hemos escrito hace justicia a la complejidad y el significado de aquella contienda. He aquí, pues, nuestra crónica.

Williamson Murray

Allan R. Millett

1 Los orígenes de una catástrofe

EN las alturas de los Alpes bávaros, en agosto de 1939, un grupo de alemanes alzó los ojos hacia el cielo y contempló una espectacular aurora boreal que cubría totalmente el cielo septentrional de trémula luz roja como la sangre. Uno de los espectadores escribió en sus memorias que «el último acto de *Götterdämmerung* no hubiera podido escenificarse con mayor efecto». Otro espectador, un meditabundo Adolf Hitler, comentó a un ayudante: «Parece mucha sangre. Esta vez no lo conseguiremos sin violencia».[1] Hitler, el autor y perpetrador de la catástrofe que se avecinaba, sabía muy bien lo que decía porque estaba a punto de desencadenar otro terrible conflicto, primero sobre Europa y luego sobre el mundo. ¿Cuál era la causa de que Europa se encontrara de nuevo al borde de la guerra cuando apenas había transcurrido un cuarto de siglo desde que empezara la primera contienda mundial, aquel choque de naciones que había derribado imperios y destruido a una generación? Era en verdad una triste historia de esperanzas frustradas y sueños sombríos.

La guerra que Hitler iba a empezar pronto añadió una dimensión nueva al frío y tenebroso mundo del poder y los estados, porque en ella se combinaron las tecnologías del siglo XX con el feroz compromiso ideológico de la revolución francesa. El naufragio de 1918 ciertamente había sugerido las posibilidades. Pero las democracias optaron por olvidar las duras lecciones de aquella guerra porque resultaba más cómodo creer que todo había sido un terrible error; que una dosis apropiada de razonabilidad —la Sociedad de Naciones junto con sentimientos pacifistas— haría que el mundo fuese un lugar seguro para la democracia. En vez de ello, la paz de 1919 se derrumbó porque los aliados, en contra de lo que

exigían sus intereses, no la defendieron, a la vez que las potencias derrotadas no tenían ninguna intención de atenerse a los resultados. Estados Unidos, cansado de los problemas europeos, se replegó en el aislacionismo, y Gran Bretaña siguió su ejemplo en la medida en que los factores geográficos se lo permitían. Sólo Francia, vulnerable por estar en la Europa continental, intentó mantener la paz.

Desde el principio los alemanes soñaron con anular el Tratado de Versalles, que había codificado su humillación. Los italianos y luego los japoneses, decepcionados ambos por la parte del botín que les tocó, mostraron poco interés por apoyar el orden de la primera posguerra mundial, al tiempo que los revolucionarios rusos se concentraron en ganar su propia guerra civil y luego en instaurar el socialismo en la nueva nación. Los ingredientes para el fracaso de la paz estuvieron presentes desde que se firmó el armisticio: el fin de la primera guerra mundial no fue concluyente y, con el ejército alemán todavía en territorio extranjero, hizo que otra guerra europea fuese inevitable. El nombramiento de Hitler como canciller de Alemania en enero de 1933 y la subsiguiente revolución nazi garantizaron que la guerra sería un conflicto a gran escala y entrañaría nada menos que un intento de instaurar la hegemonía alemana sobre todo el continente europeo.

Adolf Hitler desempeñó un papel decisivo en la ascensión del nacionalsocialismo. Aparte de su astucia política, albergaba una serie de creencias que concordaban con las percepciones y los prejuicios de los alemanes. La ideología ocupaba un lugar central en su mensaje. Por encima de todo, rechazaba los valores optimistas del siglo XIX y tenía una visión del mundo que se basaba exclusivamente en la raza. A un lado estaban los arios, cuyos mejores representantes eran los alemanes, los creadores de las grandes civilizaciones del pasado; al otro lado se encontraban los judíos, los corruptores degenerados del orden social que habían envenenado a diversas sociedades a lo largo de toda la historia. Al modo de ver de Hitler, el marxismo, el socialismo y el capitalismo eran males que habían nacido del esfuerzo de los judíos por destruir la civilización desde dentro. Hitler creía haber descubierto en sus teorías raciales los principios fundamentales de los que dependían la evolución y la historia de la humanidad. No tenía más pruebas

que sustentaran su sistema de las que Marx, Engels y sus sucesores, Lenin y Stalin, tenían como base de sus ilusiones, pero las ideologías, al igual que las religiones, no se basan en hechos ni en la realidad, sino en creencias, esperanzas y temores.

La «evolución biológica del mundo» a que aspiraban los nazis sumaba al antisemitismo otras peculiaridades desagradables. Según Hitler, la falta de «espacio vital» (*Lebensraum*) frustraba el potencial de Alemania; las grandes naciones requieren territorio para crecer en él. Por consiguiente, Alemania tendría o bien que apoderarse de la base económica y agrícola necesaria para su expansión o, en caso contrario, quedaría reducida a una potencia de tercera categoría. Los espacios abiertos de Rusia eran atractivos; en opinión de Hitler, los habitaban seres infrahumanos que no valían nada, a los que los alemanes podían esclavizar. La conquista alemana empezaría con la eliminación de las elites educadas de los países eslavos. Después, el resto de la población sería exterminado, expulsado o esclavizado como ilotas. En estas concepciones se basaba todo lo que Hitler y sus alemanes, así militares como civiles, harían durante los siguientes cinco años y medio de guerra. El éxito o el fracaso del programa de Hitler dependería de la implacabilidad con que actuasen los líderes y de la eficacia con que Hitler fundiera su feroz ideología con una estructura administrativa civil y una máquina militar capaz de convertir sus deseos en realidades. En ambas empresas su éxito fue mayor del que hubiera sido de desear.

Entre algunos historiadores se ha puesto de moda sugerir que las contradicciones «internas» del nazismo hubiesen acabado provocando la caída del régimen. Estas opiniones son discutibles. Hay que reconocer que la dinámica interna y las presiones económicas empujaron al Tercer Reich a la guerra, pero decir eso no es más que subrayar que la guerra y la destrucción de otras naciones formaban parte de la ideología nazi. De haber ganado Hitler, su régimen ya había demostrado que podía encontrar y motivar a las personas que se necesitaban para que el sistema siguiera funcionando.

La mayoría de los líderes y observadores no se percataron de la naturaleza demoníaca de la amenaza nazi. Lev Trotski comentó despectivamente que el movimiento fascista era polvo humano, a la vez que Josif Stalin arguyo que el fascismo representaba la última

etapa del capitalismo. A principios de los años treinta, los comunistas se afanaron en atacar a los socialdemócratas por considerarlos «socialfascistas», con lo cual destruyeron la unidad de la izquierda, especialmente en Alemania. Los secuaces alemanes de Stalin eran tan enemigos de la república como los nazis, sólo que menos hábiles.

Hubo, por supuesto, mucha gente que preparó el camino para el nazismo. Una masiva campaña de desinformación por parte de la burocracia de la república de Weimar persuadió a la mayoría de los alemanes de que el Reich no había sido responsable de la última guerra y de que, en noviembre de 1918, el ejército había permanecido imbatido en el campo de batalla hasta que los judíos y los comunistas le asestaron una puñalada por la espalda. Un clima nacional de autocompasión e intemperancia alimentó el atractivo del partido nazi.

PRIMEROS PASOS

En términos estratégicos Alemania había ganado la Gran Guerra. Su base industrial permaneció intacta; perdió poco territorio valioso; ahora hacía frente a una sola gran potencia (una Francia debilitada) en lugar de tres (Francia, AustriaHungría y Rusia). Su fuerza industrial, su posición geográfica y el tamaño de su población le daban el mayor potencial económico de Europa, al tiempo que todos los estados pequeños de la Europa oriental y los Balcanes estaban expuestos a la dominación política y económica alemana.

Sin embargo, para una nación que se sentía humillada por la derrota de 1918 estas ventajas seguían siendo poco claras. A ojos de los nazis, la situación económica de Alemania en la posguerra ofrecía un considerable obstáculo para recuperar el gran poderío del Reich. Debido a las restricciones que el Tratado de Versalles impuso a la fabricación de armas, hasta el imperio industrial Krupp tenía poca capacidad para la producción de tipo militar. En 1933 la industria aeronáutica, por ejemplo, poseía sólo 4000 obreros repartidos entre un grupo de fabricantes en bancarrota que eran más conocidos por sus peleas que por la calidad de sus productos. La única materia prima que el Reich tenía en abundancia era el

carbón; el petróleo, el caucho, el hierro, el níquel, el cobre y el aluminio escaseaban o no existían. Por consiguiente, Alemania se veía obligada a importar estos materiales, y en los años treinta las importaciones requerían divisas extranjeras que Alemania no tenía. Al igual que en el caso de la fabricación de armamento, la industria alemana no estuvo inmediatamente a la altura de las expectativas.

En febrero de 1933 Hitler advirtió a los generales alemanes que si Francia tenía verdaderos líderes, se daría cuenta de la amenaza alemana y movilizaría sus fuerzas sin perder un momento. Si eso no sucedía, Alemania destruiría el sistema europeo, en vez de limitarse a hacer pequeños cambios en el Tratado de Versalles. La intuición de Hitler acertó: los líderes franceses no estaban dispuestos a adoptar una actitud firme. Durante los años en que se estuvo preparando para la guerra, Hitler dirigió la diplomacia alemana de manera muy hábil a pesar de la debilidad militar del Tercer Reich. En 1933 Alemania se retiró de la Sociedad de Naciones y luego, en 1934, firmó un pacto de no agresión con Polonia, con lo cual los polacos dejaron de ser una amenaza en el este. Estas medidas diplomáticas confundieron totalmente a los que se oponían a Hitler. Con pocas excepciones, los europeos tenían la esperanza de que el *Führer* fuese *razonable* y de que Europa pudiera dar cabida al nuevo régimen nazi.

En Gran Bretaña, la mayoría de la gente se llamó a engaño. Sólo Churchill advirtió: «Me maravillo de la complacencia de los ministros ante las espantosas experiencias por las que hemos pasado tan recientemente. Contemplo con asombro nuestras multitudes atolondradas divirtiéndose bajo el sol del verano», y mientras tanto, en la otra orilla del mar del Norte, «un terrible proceso está en marcha. *Alemania se está armando* ».[2] Era en verdad una batalla solitaria la que libraba Churchill. Las palabras de John Milton sobre el ángel Abdiel en *El paraíso perdido* bien hubieran podido aplicarse a Churchill: «Entre los infieles, el único fiel; entre los innumerables falsarios, impasible, firme, sin dejarse seducir ni aterrar».[3]

Más en consonancia con el clima que reinaba en Europa fue la reacción del *Times* de Londres al conocerse la noticia de la purga de las SA (Sturmabteilung), el brazo paramilitar del partido nazi, que había ordenado Hitler y en el curso de la cual habían sido fusilados

varios centenares de miembros de las tropas de asalto nazis: «*Herr* Hitler, se piense lo que se piense de sus métodos, intenta sinceramente transformar el fervor revolucionario en esfuerzos moderados y constructivos e imponer unos valores superiores a los funcionarios nacionalsocialistas».[4]

La izquierda política advirtió del peligro del fascismo, pero lo consideraba una amenaza interna en lugar de externa. En Gran Bretaña, el Partido Laborista pidió que se ayudara a la república española, que en aquellos momentos luchaba por su vida, pero votó contra todas las asignaciones a gastos de defensa en 1939. En Francia, el gobierno del Frente Popular que encabezaba Léon Blum denunció las propuestas de Charles de Gaulle de crear una fuerza blindada alegando que era una estratagema para crear un ejército agresivo. Blum arguyo que en el caso de producirse un ataque alemán, no haría falta tener blindados porque la clase obrera se alzaría como un solo hombre para defender la república. El gobierno Blum debilitó la industria de defensa francesa con sus leyes sociales y frenó los gastos de defensa hasta tal punto que incluso Italia gastó en ella más que Francia durante el período 1935-1 938.

La política exterior soviética era igualmente inapropiada; Stalin alentó la formación de movimientos «frentepopulistas» contra el fascismo, pero su política iba dirigida a fomentar una guerra entre los capitalistas más que a pararle los pies a Hitler. En 1937 tuvo lugar una purga salvaje que diezmó las fuerzas armadas soviéticas y fue una prueba más de que Stalin creía que una guerra con Alemania era improbable.

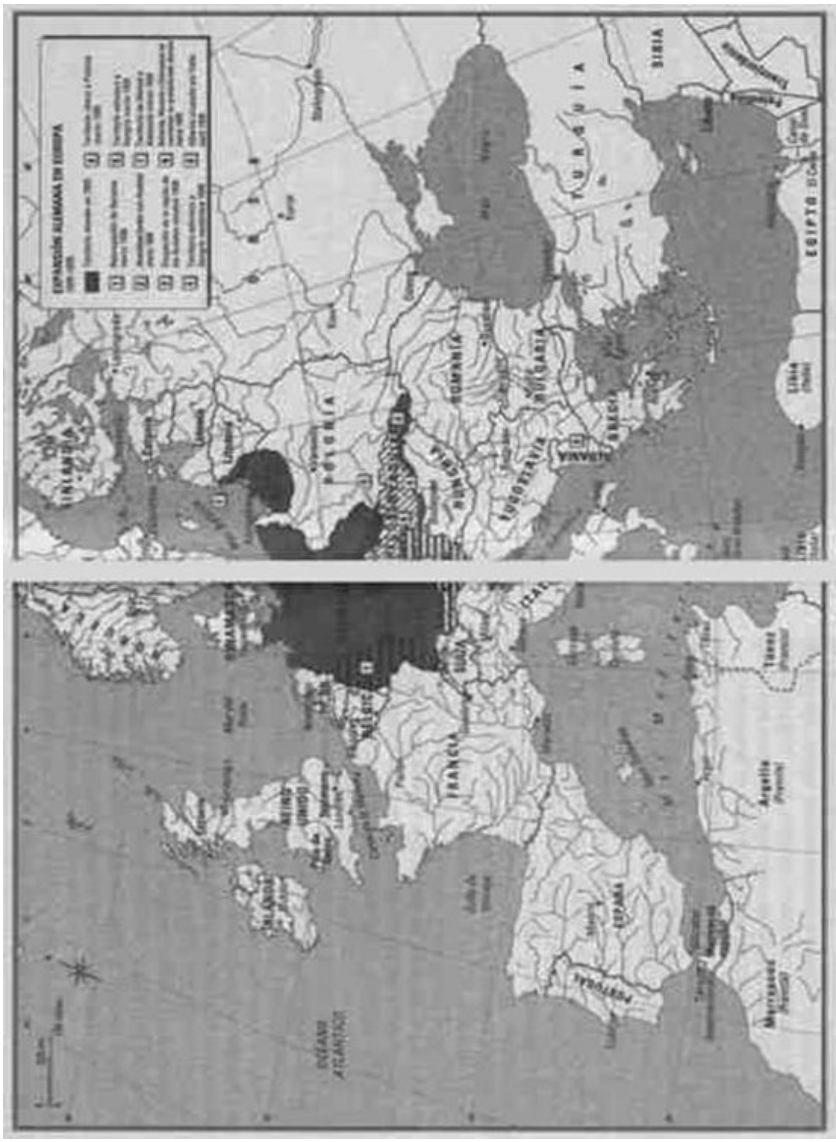
En 1935 Benito Mussolini invadió Abisinia y añadió ese país a los dominios coloniales italianos. Utilizando la guerra de los italianos en África como tapadera, Hitler remilitarizó Renania en marzo de 1936, faltando así a una de las disposiciones más importantes del Tratado de Versalles. En Francia se produjo una crisis política que causó la caída del gobierno e hizo que la protesta francesa contra los alemanes no significara nada. Y lo único que consiguieron movilizar los ingleses fueron vaguedades en el sentido de que los alemanes habían entrado en su propia casa.

En julio de 1936 estalló la guerra civil en España, lo cual favoreció los intereses de Hitler porque distrajo a los europeos de la

amenaza alemana. Aunque Hitler ayudó a Francisco Franco, el cabecilla de la rebelión, la ayuda alemana fue siempre limitada. En diciembre de 1936 Hitler se negó rotundamente a facilitar las tres divisiones que pedían los militares que se habían sublevado contra la república y comentó que al Reich le convenía que Europa siguiera concentrando la atención en España. La guerra civil española se alargó y satisfizo las expectativas de Hitler. Franco prolongó deliberadamente el conflicto con el fin de disponer de tiempo para matar al mayor número posible de republicanos.

Además del sufrimiento que infligió al pueblo español, la guerra civil ejerció una influencia funesta en los enemigos potenciales de Alemania, especialmente en Francia, que estuvo a punto de verse desgarrada por las secuelas políticas de la guerra de España. El gobierno británico adoptó una actitud moralizante, pero hizo poco por impedir la avalancha de armas y hombres destinados a ambos bandos. Stalin proporcionó material militar, pero en todo momento mostró más interés en exportar la paranoia de la NKVD (policía secreta soviética) y de los soviéticos que en derrotar al fascismo. Aparte de España, Italia fue, sin embargo, el país que más perdió. Al proporcionar «voluntarios» y armas a Franco, Mussolini retrasó la modernización de sus propias fuerzas armadas. Lo único que obtuvo Italia a cambio de ello fueron promesas que más adelante, en el mundo brutal de los años cuarenta, Franco no cumplió.

Después de su éxito en Renania, Hitler continuó trazando sus planes durante dos años sin que surgiese ninguna crisis importante. Con todo, la actuación de las unidades del ejército alemán en las maniobras del otoño de 1937 indicó que el día de ajustar cuentas no estaba muy lejos. Observadores como Mussolini y el general británico Edmund Ironside partieron de Prusia Oriental impresionados por la eficiencia del ejército alemán. Pero los alemanes experimentaban graves dificultades económicas. Sencillamente no había divisas extranjeras suficientes para pagar las importaciones de las materias primas que se necesitaban para poner en práctica los masivos programas de rearme. Desde septiembre de 1937 hasta febrero de 1939 la escasez de dichas materias impidió a la industria alemana servir puntualmente más del 40 por ciento de los pedidos.



En noviembre de 1937 Hitler se reunió con sus principales asesores para hablar de estos problemas estratégicos y económicos. Las actas de la reunión hacen hincapié en la creencia del *Führer* de que el Reich debía emprender pronto una política exterior agresiva. Sus predicciones sobre posibles guerras futuras eran traídas por los

pelos, pero los blancos inmediatos, Austria y Checoslovaquia, eran bastante claros. Sin embargo, Hitler chocó con la oposición del general Werner von Fritsch (comandante en jefe del ejército), del mariscal de campo Werner von Blomberg (ministro de la Guerra) y de Konstantin von Neurath (ministro de Asuntos Exteriores). Los tres coincidían en pensar que Alemania no estaba preparada para la guerra y que dar un paso prematuro podía acarrear un desastre. Ningún resultado concluyente salió de la reunión, aunque antes de que transcurriese un mes Von Blomberg ordenó que se rehicieran los planes para atender a posibles contingencias.

Hitler se llevó un gran disgusto al ver las vacilaciones de sus principales asesores. A finales de enero de 1938 dio los primeros pasos, aprovechando como excusa la alianza desafortunada de Von Blomberg y una mujer con «pasado». Los generales exigieron la destitución de Von Blomberg y Hitler les complació gustosamente. Luego, valiéndose de acusaciones falsas de homosexualidad, se volvió contra Von Fritsch y lo destituyó también. Para completar la purga, Hitler substituyó a Von Neurath por su protegido Joachim von Ribbentrop, al tiempo que jubilaba o trasladaba a otros oficiales de alta graduación. Hitler asumió entonces personalmente el control del Ministerio de la Guerra y nombró al general Wilhelm Keitel —que destacaba por su obsequiosidad incluso entre los generales alemanes— para el cargo de principal asesor militar.

La purga presagió un cambio importante de política. Hitler controlaba ahora tanto la burocracia militar como la diplomática. Pero el triunfo fue efímero. Las acusaciones contra Von Fritsch no pudieron probarse por culpa de la incompetencia de las SS (Schutzstaffel, la policía de seguridad y secreta del Partido Nazi). En marzo de 1938, poco antes de que empezara el consejo de guerra de Von Fritsch, ya parecía que iba a producirse un choque entre Hitler y la oficialidad.

El enfrentamiento nunca tuvo lugar, porque mientras se desvanecían las acusaciones de las SS contra Von Fritsch, Hitler perseguía el *Anschluss* , la soñada unión con Austria. En una reunión que sostuvo a mediados de febrero con el canciller austríaco, Kurt Schuschnigg, Hitler exigió concesiones que debilitaban la independencia de Austria. La respuesta de Schuschnigg fue convocar un plebiscito para determinar si los

austríacos estaban a favor de una «Austria libre, independiente y cristiana». El *Führer* montó en cólera y ordenó la movilización contra Austria; al mismo tiempo, los nazis ejercieron mucha presión diplomática sobre Viena para que capitulase. Austria se vino abajo, su destrucción instigada por su movimiento nazi indígena y la indiferencia de Europa. Schuschnigg se doblegó a las exigencias de Hitler y dimitió. El nazi Arthur SeyssInquart asumió el puesto de canciller. Un ejército alemán movilizado apresuradamente penetró entonces en Austria. Multitudes extáticas dieron la bienvenida a sus nuevos amos, mientras otros austríacos trataban desesperadamente de escapar. Hitler, enardecido por el entusiasmo de sus compatriotas, los austríacos, anunció casi inmediatamente la unión de Austria y Alemania. Durante los siguientes siete años Austria desapareció de los mapas de Europa, de mejor grado que los países que la seguirían.

El *Anschluss* puso fin al furor causado por la destitución de Von Fritsch. El ejército alemán había llevado a cabo su primera operación importante desde la Gran Guerra sin mayores problemas. Con todo, la operación puso de manifiesto algunos síntomas de debilidad: fallos de disciplina durante las marchas, problemas mecánicos y logísticos en las fuerzas blindadas y medidas de movilización inadecuadas. Al igual que en el pasado, el ejército se propuso enseguida aprender de sus experiencias.

Aunque a largo plazo el *Anschluss* no resolvió los problemas estratégicos de Alemania como nación pobre en recursos, fue útil a corto plazo. Los austríacos poseían muchas existencias de divisas extranjeras que inmediatamente se asignaron a los programas de rearme del Reich. Según cálculos de entonces, los beneficios económicos del *Anschluss* sirvieron para sufragar los costes del rearme durante el resto de 1938, a la vez que en 1939 las fábricas austríacas ya producían cazas Bf 109 y contribuían de manera considerable a la producción de acero de gran calidad. La campaña de Austria proporcionó ventajas militares y estratégicas también. Ahora, Alemania rodeaba a Checoslovaquia por tres lados y lindaba directamente con Hungría, Yugoslavia e Italia. El ejército austríaco, aunque de calidad variable, añadió cinco divisiones al ejército alemán (dos de montaña, dos de infantería y una motorizada).

En las memorias interesadas que escribieron generales alemanes

como, por ejemplo, Heinz Guderian se dice que «sus camaradas austríacos» pasaron a formar parte del «gran ejército» alemán en un clima de felicidad y alegría. En realidad, la pesada mano del nacionalsocialismo cayó sobre los austríacos antinazis, militares y civiles por igual. Treinta oficiales de alta graduación austríacos fueron encarcelados en Dachau, mientras la Gestapo (G[efheime] Sta[ats] po[lizei] o policía secreta del estado) asesinaba al general Wilhelm Zehner, secretario de la Guerra en el gobierno Schuschnigg. Sin embargo y por desgracia, fueron demasiados los austríacos que aceptaron con entusiasmo los cambios; el periódico *Schwarzer Korps* de las SS alemanas habló con gran satisfacción del «gozo sincero» con que los austríacos estaban logrando «hacer en una quincena lo que en este lento y pesado norte no hemos conseguido hasta ahora».[5]

LA CRISIS CHECA Y MUNICH

Las grandes potencias europeas recibieron el *Anschluss* con indiferencia. Neville Chamberlain, el primer ministro británico, reconoció ante su gabinete que los métodos de Alemania habían sacudido al mundo como «ilustración típica de la política basada en el poder».[6] No obstante, tres días después dijo a la Comisión de Política Exterior que no había ninguna razón para que Gran Bretaña alterara el rumbo de su diplomacia. Con Austria controlada ahora firmemente por los alemanes, resultaba obvio que el siguiente blanco de Hitler era Checoslovaquia. Pero en el caso de Checoslovaquia los detalles estratégicos eran diferentes: los checos habían firmado tratados de alianza con Francia y la Unión Soviética. Por tanto, si los alemanes daban un paso precipitado, podía estallar un conflicto grave.

En la primavera de 1938, después de atiborrarse de botín en Austria y de acosar a los indefensos judíos de Viena, los alemanes se volvieron contra los checos. Una minoría de más de tres millones de ciudadanos checos de origen alemán (cerca del 20 por ciento de la población del país) vivía junto a la frontera checa. Esta minoría se encontraba en los distritos donde los checos habían situado sus defensas. Asimismo, la historia reciente proporcionó a Hitler un argumento útil para reprender a los liberales británicos y franceses: el de la autodeterminación y los derechos de las minorías. Hitler

empezó inmediatamente los preparativos para debilitar a Checoslovaquia al tiempo que tomaba medidas para impedir que recibiera apoyo del exterior.

En el campo militar, el día 28 de marzo el alto mando de las fuerzas armadas (Oberkommando der Wehrmacht u OKW) empezó a planificar el despliegue de unidades alemanas contra los checos desde el territorio austríaco recién adquirido. A mediados de mayo los checos, alarmados por informes de los servicios de inteligencia sobre movimientos de tropas alemanas, movilizaron y ocuparon sus fortificaciones para proteger la región de los Sudetes de una repentina incursión alemana. Hitler se puso furioso, al tiempo que las grandes potencias evaluaban la situación. Chamberlain y el primer ministro francés, Édouard Daladier, decidieron apaciguar a los alemanes, aunque tuvieran que abandonar a los checos, mientras que el *Führer* decidió destruir la república checa en una campaña militar en el otoño de 1938. Nueve días después de la crisis, Hitler firmó nuevos planes de despliegue que indicaban claramente su intención de aplastar a Checoslovaquia. El mismo día ordenó a los ingenieros del ejército que acelerasen la construcción de la *Westwall* , las fortificaciones que protegerían la frontera alemana en el oeste.

La política agresiva de Hitler chocó con la seria oposición de Ludwig Beck, jefe del estado mayor general, que insistió en que un ataque alemán contra Checoslovaquia provocaría una guerra europea que Alemania no podría ganar. Pero la postura de Beck recibió escaso apoyo del nuevo comandante en jefe del ejército, Walther von Brauchitsch, que ya estaba profundamente comprometido porque Hitler había pagado para librarle de un matrimonio infeliz. Parte del problema residía en el hecho de que en el sistema de gobierno alemán no existía ningún mecanismo para que las fuerzas armadas evaluasen la situación estratégica, lo cual no se ajustaba sólo a los deseos del *Führer* sino también a los de las fuerzas armadas. Así pues, durante el verano de 1938 la fuerza aérea (Luftwaffe) y el ejército alemanes trabajaron con ahínco en planificar la destrucción de los checos, mientras que la dimisión de Beck a finales de agosto no provocó ninguna respuesta por parte de los generales.

A mediados de septiembre los preparativos nazis ya estaban tan

avanzados que Chamberlain intervino personalmente para impedir la guerra. El 14 de dicho mes, el primer ministro británico voló a Alemania para entrevistarse con Hitler en Berchtesgaden. Después de escuchar el monólogo del *Führer* , Chamberlain preguntó cuáles eran las condiciones alemanas. El primer ministro regresó entonces a Londres y persuadió a sus colegas británicos, a los franceses y finalmente a los checos de que la entrega de la región de los Sudetes representaba la única esperanza de paz. Los franceses accedieron porque no sentían ningún deseo de luchar, a la vez que los checos, desesperados, entregaron el territorio, lo cual fue comprensible si se tiene en cuenta el tamaño de su nación, pero contrastó de manera significativa con el comportamiento de los polacos y los finlandeses en circunstancias parecidas un año más tarde.

Sin embargo, al regresar a Alemania para fijar las condiciones, Chamberlain descubrió que Hitler no estaba sinceramente interesado por la paz. La negativa del *Führer* a frenar el ritmo de los preparativos militares causó gran enojo en Gran Bretaña y Francia, pero Chamberlain y Daladier no tenían ninguna intención de adoptar una actitud firme. A pesar de que Hitler había rechazado un acuerdo, el primer ministro británico arguyo que las potencias occidentales debían continuar avanzando por el camino del apaciguamiento. Tal como dijo a sus compatriotas el 27 de septiembre: «Qué horrible, fantástico e increíble es que estemos aquí cavando trincheras y probando máscaras antigás debido a una disputa en un país lejano entre gente de la que no sabemos nada».7

Mientras Inglaterra y Francia titubeaban, septiembre había sido un mes ajetreado para Hitler. Pese al desasosiego de la oficialidad, había conducido a Alemania hacia un enfrentamiento militar. Sus esfuerzos diplomáticos habían intentado separar a Occidente de los checos, y dentro de Alemania había manipulado la opinión pública por medio de las mentiras del Ministerio de Propaganda nazi, dirigido por su malvado lugarteniente Joseph Goebbels. No obstante, ya al borde de la guerra —y debido probablemente a las medidas de movilización de los aliados y a la falta de entusiasmo de la población alemana— Hitler se echó atrás y con la ayuda de Mussolini accedió a celebrar una conferencia con las grandes potencias (exceptuando la Unión Soviética) al objeto de llegar a un acuerdo. En Múnich, el 24 de septiembre de 1938, sus esbirros y

Mussolini intimidaron a Chamberlain y Daladier hasta hacerles aceptar todas las exigencias alemanas. Chamberlain, con un acuerdo en la mano, regresó a Londres convertido en un héroe. Churchill fue el único que se opuso con firmeza. A principios de octubre ante una Cámara de los Comunes hostil, resumió despiadadamente la política de apaciguamiento de Chamberlain: «Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto».[8]

Múnich fue un desastre estratégico para Occidente. Un ataque contra Checoslovaquia en 1938 hubiera significado la entrada de la Wehrmacht en una gran guerra europea para la cual no estaba preparada. Hay que reconocer que las fuerzas alemanas hubieran aplastado a Checoslovaquia, a la vez que los franceses hubiesen hecho poco. Pero una campaña contra los checos hubiera destruido las existencias de armas checas (todas las cuales cayeron intactas en manos alemanas en marzo de 1939) y tal vez hubiera destruido las fábricas Skoda, el gigantesco complejo de producción de armas que había en Checoslovaquia. El verdadero problema para Alemania, sin embargo, no era la conquista de Checoslovaquia, sino determinar qué opciones se le ofrecían *después* de Checoslovaquia. En el aire, la Luftwaffe era incapaz de llevar a cabo una campaña de bombardeo estratégico contra las Islas Británicas, a la vez que en tierra el ejército tampoco estaba preparado para la guerra. Sus fuerzas mecanizadas consistían en sólo tres divisiones panzer (blindadas) cuyos tanques ya eran anticuados. La situación en el este de Europa era turbia, pero en general hostil a los intereses alemanes. Finalmente, debido a las presiones del rearme, la economía del Reich se hallaba en una situación desesperada. Los trastornos causados por las movilizaciones en la primavera y el otoño, los enormes costes del rearme y las escaseces de divisas extranjeras indujeron a los economistas alemanes a señalar que en la última mitad de 1938 «la economía alemana se había encontrado frente a dificultades inauditas. La caja fuerte estaba vacía».[9]

Con escasas perspectivas de una victoria rápida para Alemania, una guerra europea empezada en el otoño de 1938 hubiese dependido de la fuerza económica y la resistencia de los bandos opuestos. Los recursos económicos, la capacidad industrial y las fuerzas navales de los aliados eran abrumadoramente superiores, tanto si Alemania se enfrentaba sólo a Gran Bretaña y Francia como

a una coalición mayor que incluyese a Polonia y tal vez a la Unión Soviética. Aun así, una guerra contra Alemania en 1938 a causa de Checoslovaquia no hubiera sido fácil, pero hubiera resultado mucho menos desastrosa que el conflicto que estallaría a causa de Polonia y Finlandia en septiembre de 1939.

EL CAMINO DE LA GUERRA

Chamberlain y los partidarios del apaciguamiento no habían entregado Checoslovaquia porque temieran que Gran Bretaña perdiese una guerra contra Alemania, sino que actuaron empujados por su miedo desesperado a la guerra en sí. No es extraño que Chamberlain se negara a acelerar el ritmo del rearme después de Múnich. La Royal Navy recibió unos cuantos destructores y el gobierno amplió el contrato de compra de cazas para la real fuerza aérea (RAF), pero no encargó más aviones de este tipo durante los dos años siguientes. El ejército no recibió nada. Al otro lado del Canal, los franceses no se mostraron más dispuestos que los ingleses a remediar las deficiencias fundamentales de sus fuerzas militares.

Mientras las potencias occidentales titubeaban, Hitler afianzó sus avances en la Europa oriental. Aún no habían pasado tres semanas desde el pacto de Múnich cuando el *Führer* ordenó al OKW que preparase planes para ocupar lo que quedaba de Checoslovaquia. Al mismo tiempo, arremetió contra la oficialidad por su falta de fe y le exigió mayor obediencia a su liderazgo. Después de ver la actuación de Hitler en Múnich, los generales dejaron que se encargara de la estrategia. Beck se retiró y buena parte de los nuevos jefes eran más tecnócratas que estrategas. En lugar de sentirse satisfecho de sus éxitos diplomáticos, Hitler estaba furioso por haber perdido la oportunidad de aplastar a los checos. Antes de que transcurriera un mes lanzó un ataque fulminante contra los ingleses que se oponían al apaciguamiento y advirtió que Alemania no toleraría injerencias en el sudeste de Europa.

Las dificultades económicas que seguían obstaculizando el rearme nazi fueron un incentivo importante para apoderarse del resto del territorio de Checoslovaquia. En marzo de 1939 se produjo en ese país una crisis política que Hitler aprovechó para atacar. La

toma de Praga puso en manos de los alemanes los recursos, la industria y las instalaciones militares de Checoslovaquia. La ocupación también les proporcionó gran cantidad de divisas extranjeras, y por si esto fuera poco, los ingleses facilitaron el proceso transfiriendo oro checo del Banco de Inglaterra a Berlín. De especial valor fueron las fábricas de armamento Skoda y Brünn, a la vez que el botín procedente de los depósitos de armas checos fue inmenso. Los alemanes obtuvieron 1231 aviones, 1996 cañones antitanque, *2254* piezas de artillería de campaña, 810 tanques, 57 000 ametralladoras y 630 000 fusiles, todo lo cual contribuyó en gran medida al rearme de la Wehrmacht.

Con todo, la ocupación alemana del resto de Checoslovaquia tuvo serias consecuencias estratégicas. Por primera vez las potencias occidentales respondieron con ira a lo que habían hecho los alemanes. La respuesta fue fruto de la indignación pública más que del reconocimiento por parte de los gobiernos de que Alemania se había pasado de la raya. Chamberlain comentó a su gabinete que la acción de Hitler fue más que nada simbólica. Sin embargo, una tormenta de protestas públicas en Gran Bretaña obligó al gobierno a replantearse el rumbo de su diplomacia. Por desgracia, esa reevaluación no cambió la premisa fundamental de que la guerra era evitable. Chamberlain recurrió a la diplomacia activa para cercar a Alemania; el apaciguamiento no murió nunca y en el verano de 1939 los ingleses aún ofrecían concesiones diplomáticas e importantes empréstitos industriales con la única condición de que Alemania se portara bien.

La caída de Praga en poder de los alemanes obligó a Chamberlain a ocuparse de la falta de preparación de las fuerzas armadas británicas. El gobierno decidió por fin destinar todos los fondos necesarios a los programas de rearme y reconoció que el papel continental del ejército era esencial. En mayo los ingleses ya habían introducido el servicio militar obligatorio (medida a la que seguían oponiéndose los laboristas) y habían decidido crear un ejército de más de 30 divisiones. Sin embargo, el reconocimiento de estas necesidades había llegado demasiado tarde; el ejército británico tendría un papel relativamente poco importante en el drama de mayo de 1940. Pero el compromiso de Gran Bretaña con el continente llenó de alegría a los franceses. Eso sólo basta para

explicar su buena disposición a secundar a los ingleses cuando ofrecieron garantías a prácticamente todas las naciones de la Europa oriental.

La reacción de Hitler cuando Gran Bretaña garantizó la independencia de Polonia (en un momento de pánico) fue de incredulidad primero y de indignación después. Influyó en sus percepciones el desprecio que le inspiraban los líderes occidentales en general. Comentó al almirante Wilhelm Canaris, director del servicio de inteligencia alemán, que prepararía un estofado para los ingleses y que éstos se atragantarían al comerlo. A otros les comentó que había visto a sus enemigos en Múnich y que eran gusanos. Hitler decidió entonces eliminar a los polacos.

El 3 de abril ordenó al OKW que trazara planes para invadir Polonia, a los que dio el nombre en clave de Caso Blanco. Las operaciones militares debían comenzar aproximadamente el 1 de septiembre; esta vez Hitler rechazó todas las oportunidades de negociar. Tal como dijo a sus generales en agosto: «Ahora Polonia se encuentra en la posición en que yo la quiero… Lo único que me temo es que algún cerdo me presente un plan de mediación».[10] El nuevo jefe del estado mayor general, el general Franz Halder, sancionó con entusiasmo la decisión del *Führer* . Mientras tanto, los ingleses, animados por los franceses, no se decidían a tratar con los soviéticos, y en julio el propio Hitler ya había tendido la mano a Stalin. Su intento de acercamiento fue muy bien recibido.

Desde la perspectiva soviética, la ocupación alemana de Praga y la garantía anglofrancesa de la independencia de Polonia alteraron de manera fundamental la situación estratégica. Ahora se le ofrecía a Stalin la oportunidad de provocar un enfrentamiento entre Alemania y Occidente, y en este juego, por ahora, los alemanes poseían ventajas importantes. Hitler podía prometer a Stalin no sólo Finlandia, los estados del Báltico y grandes porciones de Polonia y Rumania, sino también la paz. Las potencias occidentales, que aparentemente protegían los derechos de las naciones pequeñas, ni siquiera podían ofrecer territorios a Stalin. En el Kremlin, a finales de agosto de 1939, Stalin y Ribbentrop firmaron el Pacto de No Agresión nazisoviético. El ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Halifax, descartó inmediatamente el acuerdo diciendo que tenía poca importancia estratégica, aunque reconoció que su efecto

en la opinión pública mundial sería enorme.

Por segunda vez en 25 años Alemania estaba dispuesta a embarcarse en una guerra. El 1 de septiembre de 1939 Hitler lanzó la Wehrmacht contra Polonia creyendo que Gran Bretaña y Francia, dada la situación estratégica, no harían honor a sus obligaciones. Huelga decir que estaba dispuesto a hacer frente a las consecuencias si se había equivocado al juzgar a las potencias occidentales. Los comentarios que hizo a sus generales a finales de agosto son un indicio de lo que pensaba. Arguyo que el Reich no tenía por qué temer un bloqueo, ya que los soviéticos proporcionarían todo lo que necesitaba la economía alemana. Aparte de estos cálculos simplistas, no hay ninguna señal de que alguien en Alemania pensara en las opciones que tendrían los alemanes si la guerra continuaba después de la campaña de Polonia. Los generales alemanes se dieron por satisfechos con equiparar la dirección de las operaciones militares con la estrategia y luego dejar los asuntos estratégicos enteramente en manos del *Führer* .

Los ingleses y los franceses sí poseían una estrategia, y era una estrategia que trataba de sopesar el equilibrio militar, político y económico entre ellos y Alemania. Las potencias aliadas pretendían imponer a los alemanes un bloqueo que, a la larga, estrangulase la economía de guerra de Alemania. Sin embargo, una estrategia así exigía tomar serias medidas militares que obligasen al enemigo a gastar sus escasos recursos en teatros marginales. Al final, esa estrategia fracasó porque los estadistas y generales británicos y franceses no estaban dispuestos a tomar *ninguna* medida militar. Su inacción fue la causa de que la Wehrmacht poseyera la máxima capacidad militar en la primavera de 1940.

Había, de hecho, tres regiones —Italia, Noruega y el frente occidental— donde la presión aliada hubiese podido afectar mucho a los alemanes. Incluso antes de que empezara la guerra, Gran Bretaña y Francia habían echado a perder la oportunidad italiana. Mientras Mussolini estaba preocupado por mantener el delicado equilibrio entre sus obligaciones para con Alemania y las vulnerabilidades estratégicas de Italia, los aliados siguieron con el apaciguamiento. Por una vez en su carrera Chamberlain había calculado correctamente la ecuación estratégica, pero los jefes del estado mayor le convencieron de que siguiera apaciguando a Italia.

A finales de junio de 1939 Chamberlain había argüido que Gran Bretaña no debía permitir que Italia permaneciese neutral en una futura guerra, sino que debía empujarla hasta hacerla caer en brazos de Hitler. Sin embargo, los jefes del estado mayor arguyeron que la neutralidad de Italia sería preferible a su participación hostil en cualquier conflicto que se avecinara. Ganaron la discusión. Los italianos permanecerían neutrales hasta junio de 1940, momento en que la situación desesperada de los aliados incitaría a Mussolini a entrar en la guerra al lado de los alemanes. Al dejar pasar la oportunidad de añadir el lastre italiano a las responsabilidades de Alemania en 1939, los aliados también desaprovecharon la ocasión de combatir a los italianos en un momento en que disponían de poca ayuda alemana.

En la mañana del 1 de septiembre de 1939, Chamberlain se reunió con su gabinete para hablar de la invasión de Polonia. Comentó que «el acontecimiento contra el cual habíamos luchado durante tanto tiempo y en serio había caído sobre nosotros».[11] Uno de los ministros llegó al extremo de sugerir que Gran Bretaña evitara una declaración de guerra. No es extraño que hiciera falta una revuelta política en la Cámara de los Comunes para obligar al gobierno a declarar la guerra dos días después. La declaración de guerra francesa siguió a la británica.

CONCLUSIÓN

A finales de agosto de 1939 el equilibrio estratégico ya había oscilado de forma apreciable contra los aliados. Los militares alemanes empezaban finalmente a darse cuenta del potencial de las innovaciones militares serias unidas a la inversión de enormes recursos durante más de un decenio. En el otro bando, en cambio, el rearme aliado apenas había empezado. Los alemanes también poseían importantes fuerzas mecanizadas que encontrarían condiciones favorables en la gran llanura polaca, donde se librarían las primeras batallas de la segunda guerra mundial. Además, la serie de victorias militares y diplomáticas de Hitler había consolidado el apoyo del pueblo alemán detrás de su régimen en un grado que no existía en 1938.

La ventaja estratégica alemana se vio reforzada por el Pacto de No Agresión nazisoviético. Ahora las dos potencias podían cooperar

con entusiasmo en el saqueo de la Europa oriental, primer paso hacia cosas mayores y mejores para ambas. Para Hitler, la destrucción de los estados de la Europa oriental abriría las puertas para invadir la propia Unión Soviética y apoderarse de *Lebensraum* para Alemania después de liquidar a las potencias occidentales. Para los soviéticos, el acuerdo representaba la primera salva de la gran guerra entre las potencias capitalistas que inevitablemente llevaría a la revolución europea y tal vez mundial.

La ascensión de la Alemania nazi amenazaba la supervivencia de la civilización occidental. A pesar de ello, la sombra de las matanzas de la Gran Guerra ejercía una influencia poderosa en los estadistas que guiaban la política occidental. Por un lado, al analizar las intenciones y los objetivos del Tercer Reich, quitaban importancia a la amenaza de la ideología nazi. Por otro lado, de 1935 a 1938 sus asesores militares exageraron de forma disparatada las capacidades alemanas en el campo de batalla y este error de juicio mermó la confianza de los aliados en sí mismos y reforzó una política de apaciguamiento. Pero en 1939, cuando las fuerzas armadas británicas recibieron fondos mucho mayores, los asesores militares británicos empezaron a mostrarse más optimistas. Hay cierta ironía en este cambio de estado anímico, porque antes de 1939 las fuerzas armadas alemanas no poseían la capacidad de salir de la posición constreñida del Reich. Pero 1939 fue el año en que la Wehrmacht se benefició mucho de su masivo rearme, así como del pillaje de Austria y Checoslovaquia. La política de los aliados, presionada por la inflamada opinión publica antinazi, no podía evitar las consecuencias implícitas de la ocupación de Praga por los nazis. Así pues, en circunstancias desfavorables, las potencias occidentales adoptaron una actitud firme ante lo sucedido en Polonia. Si bien el estallido de la segunda guerra mundial fue resultado directo de la política agresiva de Hitler, la fecha en que empezó reflejaba también las decisiones y los errores de los estadistas, los jefes militares y los diplomáticos occidentales. El largo camino hasta el 1 de septiembre de 1939 estuvo empedrado de buenas intenciones, pero en un mundo de Hitleres y Stalines las buenas intenciones no bastaban. Sólo el frío acero y el campo de batalla podían defender ahora los intereses y las esperanzas de las naciones occidentales.

2 La revolución en las operaciones militares 1 919-1939

VISTO con la perspectiva de finales del siglo XX , hay cierta simplicidad en el período que va de 1919 a 1939. De manera fría y premeditada, las potencias que la historia llamaría el Eje (la Alemania nazi, el Japón imperial y la Italia fascista) se preparaban para la guerra, mientras las democracias perseguían sueños vanos. Con todo, ni siquiera los militares alemanes se percataron de la magnitud de la guerra que sus líderes desencadenarían en 1939. Para los encargados de preparar a fuerzas militares, el futuro aparecía obscuro, a la vez que las lecciones del pasado seguían siendo poco claras. Y cuando empezó la guerra incluso los alemanes descubrieron deficiencias en sus preparativos. Sus adversarios, las potencias occidentales (Gran Bretaña y Francia), no estaban tan bien preparados, lo cual se debía en parte a las limitaciones que los líderes políticos impusieron al rearme y en parte a las deficiencias profesionales de su oficialidad. Y los preparativos militares y el pensamiento conceptual serían los factores que determinarían en gran medida el resultado del primer choque de las armas.

La guerra moderna se había inventado durante la primera contienda mundial. El comandante de un batallón que estuviera luchando en el frente occidental en 1918 hubiera comprendido el concepto de las armas combinadas —la coordinación de la infantería, los tanques, la artillería y los aviones— que aún estaba vigente cuando la guerra del Golfo en 1991. Pero en 1914 el comandante de un batallón apenas hubiese reconocido los campos de batalla de 1918. En el aire y en el mar, así como en tierra, gran parte de las operaciones de la segunda guerra mundial tenían su

origen en el conflicto de 1914-1 918.

La guerra en el aire había consistido en duelos entre aviones de caza, vuelos de reconocimiento, estrecho apoyo aéreo a las tropas que luchaban en tierra, inhabilitación (ataques contra las líneas de abastecimiento y comunicación del enemigo) e incluso bombardeos estratégicos. Además, la guerra aérea había enseñado una lección inequívoca: sin superioridad en el aire, todas las otras operaciones aéreas causaban pérdidas inadmisibles de pilotos y aviones. De forma parecida, el submarino subrayó en el mar que había alternativas a la estrategia basada en grandes batallas navales por las que abogaba Alfred Thayer Mahan. Incluso en los combates navales de tipo convencional, la aviación ya tenía un papel que interpretar en 1918; en octubre de aquel año aparatos británicos procedentes del portaaviones *Glorious* habían atacado objetivos en tierra. En el verano de 1918 los tanques ya eran parte integrante de las operaciones aliadas en tierra.

Es sorprendente ver hasta qué punto 1939 fue continuación de 1918; a ojos de un historiador, las lecciones de la Gran Guerra señalaban de forma inequívoca el futuro. Sin embargo, lo que hoy es obvio no lo era en 1919. Pocos en aquel momento, excepto entre los vencidos, podían imaginar que Europa provocaría otra guerra mundial antes de que transcurriesen dos decenios. Las obscuras sombras del Marne, Champagne, Verdún, el Somme, el Isonzo, Passchendale, y las batallas culminantes de 1918 se extendían de un extremo otro de Europa. Tal como señala el protagonista de *Suave es la noche* , de F. Scott Fitzgerald: «Mira aquel arroyuelo… en dos minutos podríamos llegar andando hasta él. A los ingleses les costó un mes llegar a él… todo un imperio andando muy despacio, muriendo los hombres de delante y empujando los de atrás… Ningún europeo volverá a hacerlo en esta generación… Para ello hicieron falta la religión y años de abundancia y tremendas certezas y la relación exacta que existía entre las clases».[1]

La mayoría de los oficiales, que eran reflejo de sus sociedades respectivas, no podían imaginar que volverían a vivir el horror por el que habían pasado tan recientemente. Buscaban respuestas en otra parte y pretendían devolver a la guerra la brillantez napoleónica que habían estudiado diligentemente en los colegios de estado mayor. En las democracias, los líderes políticos dejaron claro

que no tolerarían una repetición de la última guerra. El dolor y las pérdidas que habían sufrido sus naciones eran demasiado grandes y el pueblo estaba demasiado cansado. Los ingleses se negaron a enviar un ejército al continente hasta marzo de 1939, a la vez que los políticos franceses alegaron razones contra los medios ofensivos como los que proponía Charles de Gaulle.

La victoria en el campo de batalla en la primera guerra mundial había dependido de la pericia táctica y no de la operacional [2] . A pesar del genio del general Erich Ludendorff como arquitecto de la reforma táctica del ejército alemán en 1917 y 1918, su comentario cuando le preguntaron cuál era el objetivo de la ofensiva de marzo de 1918 —«abriremos un agujero en sus líneas y veremos qué pasa»— es un indicio claro de la falta de visión estratégica y perspicacia operacional en la dirección de la guerra. Ser un general eficaz en la primera guerra mundial tenía más que ver con dirigir grandes organizaciones y apoyar las innovaciones tácticas y mecánicas que con la dirección de las operaciones militares. El énfasis en la dirección fue especialmente acentuado en los ejércitos británico y francés a medida que la guerra fue acercándose a su fin. Reflejaba su estrecha concentración en el frente occidental. Hay que reconocer que el mariscal de campo lord Allenby, comandante en jefe británico en el Oriente Medio, dirigió operaciones de las que formaron parte maniobras arrolladoras que permitieron tomar Jerusalén en 1917 y derrotar a los ejércitos turcos en 1918. No obstante, en Gran Bretaña se prestó mucha más atención a las aventuras de T. E. Lawrence y al desastre de 1915 en Gallipoli que a los sólidos logros operacionales de Allenby. Y aunque gran parte de la excepcional actuación del ejército alemán en la segunda guerra mundial se basaba en una interpretación concienzuda de lo que realmente había sucedido en las batallas del frente occidental durante la Gran Guerra, debido a sus experiencias de 1914 a 1918 en el este, los alemanes concentraron su atención en las posibilidades inherentes al aprovechamiento de las victorias tácticas para perseguir objetivos mayores, tales como rodear y destruir a las fuerzas enemigas.

En el período de entreguerras los soviéticos fueron los que mostraron mayor imaginación al pensar en futuras posibilidades operacionales. Tal vez la relativa independencia del Ejército Rojo

respecto del pasado fue lo que permitió a pensadores tales como M. N. Tujachevski y V. K. Triandafillov imaginar batallas mecanizadas que se librarían a lo largo de muchos kilómetros en lo que denominaron «batalla profunda», es decir, operaciones cuyo objetivo era romper el equilibrio del enemigo tanto como destruir su ejército. La batalla profunda crearía un mayor potencial para inutilizar las fuerzas de primera línea del enemigo empujándolas hacia las profundidades de su retaguardia. Los soviéticos se dieron cuenta de que los grandes estados poseían reservas de hombres y material y que, debido a este factor, las batallas individuales, aunque fuesen victoriosas, ya no serían decisivas. En vez de ello, los ejércitos tendrían que librar una serie de batallas para erosionar la fuerza del enemigo. Sin embargo, en 1937 Stalin instigó una purga devastadora de las fuerzas armadas durante la cual no sólo se liquidó a gran parte de los jefes del Ejército Rojo, sino que también se atacó toda idea imaginativa sobre el arte de la guerra que no estuviera asociada con el gran líder en persona. Con todo, incluso después de las derrotas de 1941, el pensamiento operacional innovador no desapareció sino que se conservó en grado suficiente para que la nueva generación de jefes militares soviéticos llevara a cabo las campañas terrestres más impresionantes de la segunda contienda mundial.

En cuanto a las marinas de guerra que participaron en el primer conflicto mundial, el catastrófico punto muerto al que se llegó en el mar del Norte, interrumpido sólo por la batalla de Jutlandia, que no fue concluyente, en 1916, ofreció poca orientación para pensar en las campañas de la siguiente guerra. El pensamiento más imaginativo en Alemania fue la constatación del fracaso de la estrategia del gran almirante Tirpitz, que había concentrado todos los recursos de Alemania en la creación de una gran flota de batalla. En aguas europeas, la única posibilidad que parecía ofrecer la siguiente guerra era el bloqueo. Pero en el caso del Pacífico, Estados Unidos y Japón tuvieron que hacer frente a nuevos problemas logísticos y espaciales en lo que se refiere al despliegue de sus flotas para el combate. El resultado, en particular en Estados Unidos, fueron innovaciones revolucionarias en las operaciones con portaaviones, la logística de la flota y la guerra anfibia. La primera guerra mundial había proporcionado las posibilidades tácticas,

algunas de las cuales, como Gallipoli, fueron fracasos, pero en el Pacífico los planificadores navales tuvieron que afrontar problemas fundamentalmente nuevos.

Durante el período de entreguerras se registraron grandes avances en la conceptualización de las tácticas y las operaciones, pero los progresos fueron desiguales y los planificadores raramente pudieron predecir lo que daría buenos resultados en otra guerra y lo que no los daría. Algunas organizaciones militares dieron la espalda al pasado, otras tergiversaron las lecciones del pasado y sólo unas cuantas hicieron progresos en lo que se refería a obtener buenos resultados de los cambios revolucionarios. Lo que hizo que la segunda guerra mundial fuese tan devastadora fueron las mejoras tácticas, que aumentaron las posibilidades operacionales mucho más allá de todo lo que había tenido lugar en el último conflicto. La tecnología perfeccionada tuvo ciertamente un papel, pero las conceptualizaciones intelectuales, que combinaban numerosos elementos tácticos para formar complicadas capacidades operacionales, fueron el factor clave en el buen resultado de la innovación. Y en el corazón de ese proceso intelectual residían la educación militar profesional y la experimentación sincera.

LAS FUERZAS DE TIERRA

Durante la primera guerra mundial la constante innovación tecnológica acabó rompiendo el punto muerto territorial en el frente occidental en 1918 y devolvió las maniobras al campo de batalla. Fue crucial para la invención de la guerra moderna la creación de técnicas de fuego indirectas: el empleo de la artillería para atacar y destruir posiciones enemigas que no eran visibles. Esa innovación permitía a la artillería —el arma dominante en la Gran Guerra— apoyar a la infantería a distancias mucho mayores, al tiempo que suprimía la artillería enemiga. Pero estas tácticas ofensivas cada vez más perfeccionadas chocaban siempre con tácticas defensivas que también eran cada vez más perfeccionadas, lo cual creaba un punto muerto continuo. El avance conceptual de 1918 consistía en penetrar rápidamente en los puntos débiles de las defensas del enemigo al tiempo que se dejaban puntos fuertes

aislados para ocuparse de ellos más tarde. El objetivo era desbaratar el esquema defensivo del enemigo por medio del fuego y las maniobras. Los cuatro combatientes principales en el frente occidental ya utilizaban sin excepción tales tácticas a finales del verano de 1918. Pero cuando el 8 de agosto los ingleses añadieron el tanque a la ecuación sus fuerzas obtuvieron una victoria devastadora que Ludendorff calificó de «el día más negro» de la guerra para el ejército alemán.

Después del advenimiento de una paz precaria en 1919, los ejércitos de dos continentes empezaron a prepararse para la siguiente guerra en un clima de incertidumbre. Los alemanes consideraban que su derrota no había sido fruto de una estrategia nacional defectuosa, sino de la *Dolchstoss* (puñalada por la espalda), leyenda que recibió apoyo tanto oficial como extraoficial en una masiva campaña de desinformación patrocinada por la república de Weimar. Según dicha campaña, el ejército alemán permanecía intacto e imbatido en el campo de batalla en noviembre de 1918, hasta que las maquinaciones de los judíos y los comunistas, o lo que Hitler denominó los «criminales de noviembre», provocaron la caída de la nación. Supuestamente, el estallido de la revolución en la retaguardia del ejército y en el frente civil había causado la derrota al negar al frente el apoyo moral y material que necesitaba. Los oficiales alemanes llegaron a creer que el Partido Nazi garantizaría el apoyo fundamental en el país del que los *Frontsoldaten* presuntamente habían carecido en la última guerra.

Pero mientras que los ciudadanos corrientes y los oficiales alemanes aceptaban estas tergiversaciones de la historia militar, el Reichsheer (el ejército alemán) acometió la tarea de examinar sinceramente la naturaleza revolucionaria del campo de batalla de 1918, y allí residía el gran peligro para Europa. Dos factores ayudaron a efectuar este análisis. El primero fue la exigencia de las potencias victoriosas de que la república de Weimar redujera su ejército a un total de 100 000 hombres, cuyos oficiales no serían más de 5000. El segundo fue el nombramiento del general Hans von Seeckt para que supervisase la reducción del ejército. Al reducir la oficialidad, Von Seeckt eligió los nuevos jefes entre los mejores hombres del estado mayor general, sin prestar la menor atención a

otros grupos, tales como los héroes de guerra y la nobleza. El resultante énfasis en el estudio serio de la profesión militar, incluida su historia, y en la comunicación sincera entre los distintos niveles de mando fue una garantía de que la nueva oficialidad no repetiría los errores de la última guerra. Los oficiales del estado mayor general habían desempeñado un papel central en la creación de las concepciones tácticas revolucionarias de 1917 y 1918, y la nueva oficialidad alemana aceptó los valores del estado mayor general como no los había aceptado antes de 1914. Así pues, en 1939 los alemanes ya habían creado tácticas y conceptos operacionales de una eficacia impresionante basándose en el estudio minucioso de la primera guerra mundial.

Uno de los grandes mitos de la historia militar es que las organizaciones militares se preparan para la próxima guerra estudiando la última y que por esto obtienen malos resultados. En realidad, Von Seeckt creó no menos de 57 comisiones diferentes para que estudiasen la guerra. Tal como recalcó: «Es absolutamente necesario colocar la experiencia de la guerra bajo mucha luz y recoger esta experiencia mientras las impresiones sacadas en el campo de batalla todavía estén frescas y una proporción importante de los oficiales experimentados se encuentren aún en puestos destacados».[2] Las citadas comisiones produjeron la primera edición de *Liderazgo y batalla con armas combinadas* en 1923. La edición de 1933, *Die Truppenführung* , escrita por los generales Werner von Fritsch y Ludwig Beck (que pronto se convertiría en comandante en jefe del ejército y jefe del estado mayor), proporcionó la doctrina para la próxima guerra. La «doctrina» de una organización militar explica detalladamente el marco conceptual que determina cómo combatirá la organización. En 1933 los alemanes ya poseían una doctrina militar de armas combinadas que no dejaba de tener en cuenta ni una sola de las lecciones de la última guerra.

El aspecto más radical de esta forma alemana de abordar la guerra era rechazar el concepto del liderazgo jerárquico, de arriba abajo, en el campo de batalla. *Die Truppenführung* afirmaba explícitamente: «En la guerra las situaciones son de una variedad ilimitada. Cambian a menudo y de repente, y sólo raramente son discernibles desde el primer momento. Elementos incalculables ejercen a menudo gran influencia. La voluntad independiente del

enemigo se enfrenta a la nuestra. Las fricciones y los errores son cosa de todos los días».[3] La nueva forma alemana de abordar las armas combinadas haría hincapié en la sorpresa, el discernimiento, la rapidez y el aprovechamiento de las deficiencias momentáneas del enemigo.

Así pues, en el decenio de 1930, mucho antes de recibir los primeros tanques, los oficiales alemanes ya comprendían el principio de la guerra móvil con blindados. Fritsch y Beck fueron los elementos clave en la creación de las fuerzas blindadas. En 1935 Beck mostró al estado mayor general cómo podía emplearse una división blindada, y al año siguiente el estado mayor general ya se hallaba examinando el potencial de un ejército de blindados. Aunque los alemanes se inspiraron mucho en los experimentos con blindados que hicieron los ingleses en el período de entreguerras, los innovadores insistieron en que era necesario que las unidades blindadas tuvieran algo más que tanques; tenían que ser una fuerza integrada de infantería motorizada, artillería, ingenieros y tropas de comunicaciones. Y había algo aún más importante: las divisiones blindadas debían operar como parte de un grupo de armas combinadas para aprovechar rápidamente las deficiencias del enemigo. Así pues, las nuevas divisiones blindadas representaban un fenómeno evolutivo más que revolucionario, toda vez que no eran más que la ampliación de los principios en que se basaba la manera alemana de hacer la guerra. Las fuerzas blindadas estuvieron siempre dentro del marco táctico global del ejército.

Sin embargo, el grueso del ejército alemán siguió constituyéndolo la infantería, cuyo modelo era el de 1918. Este conservadurismo tenía diversos orígenes. En primer lugar, los jefes no podían arriesgar la totalidad de sus escasos recursos adoptando una forma de hacer la guerra que era nueva y no había sido probada. Alemania no poseía ni la base industrial ni las reservas de petróleo necesarias para motorizar, y mucho menos mecanizar, más de una pequeña porción del ejército. Así las cosas, el gran programa de rearme estuvo a punto de arruinar al país a finales del decenio de 1930 y empujó a Hitler a atacar a Polonia y correr el riesgo de provocar una guerra en gran escala en 1939. Pero fuera cual fuese la mezcla incompleta de tecnología y material, en 1939 la Wehrmacht fue a la guerra con una doctrina moderna que había

preparado a sus oficiales para hacer una guerra de maniobras y se basaba en la autoridad descentralizada y la explotación de las deficiencias del enemigo.

El ejército británico no tenía, ni con mucho, una perspectiva tan moderna, lo cual era debido a diversos obstáculos políticos e institucionales que impedían preparar fuerzas de tierra para la guerra. En primer lugar, los políticos y los votantes rechazaban rotundamente la preparación de un ejército que luchase en el continente. Una oleada de literatura contra la guerra intensificó la amarga desilusión del público con los sacrificios de la primera contienda mundial. Por tanto, hasta febrero de 1939 el gobierno británico se negó a asignar al ejército todo cometido que sobrepasara el de policía de las colonias de Gran Bretaña. Incluso reformadores militares como Basil Liddell Hart apoyaron con entusiasmo esta política estratégica, y cuesta ver cómo hubieran encajado los tanques en una política de defensa concentrada en proteger las colonias. Como dijo un burócrata del ejército: «[Hay,] por supuesto, la notable diferencia entre nosotros y Alemania… Ellos saben qué ejército usarán y, en líneas generales, cómo lo usarán y, por tanto, pueden prepararse… en la paz para tal acontecimiento. En cambio, nosotros ni siquiera sabemos qué tamaño de ejército debemos prever a efectos de hacer preparativos para su abastecimiento entre ahora y abril de 1939».[4]

No obstante, bajo el liderazgo del jefe del estado mayor general del imperio, el mariscal de campo lord Milne (1926-1 933), los ingleses llevaron a cabo una serie de experimentos innovadores con blindados que sugerían caminos para una ampliación futura. Por desgracia, esto se hizo de forma aislada del resto del ejército. Irónicamente, puede que a la larga los alemanes aprendieran más de estos experimentos que los propios ingleses, toda vez que observaron los ejercicios con gran interés y divulgaron ampliamente los resultados.

Una deficiencia real del ejército británico era la peculiar cultura tribal de su sistema de regimientos, en el cual cada uno de éstos obraba por cuenta propia. Pero el problema más serio del ejército era no haber formulado una doctrina coherente de armas combinadas basada en un estudio detenido de la última guerra. Hasta 1932 no instituyó Milne una comisión que se encargara de

estudiar las lecciones de la Gran Guerra y de sugerir si tales lecciones se habían incorporado a los manuales y a los procedimientos de adiestramiento del ejército. Por desgracia, el sucesor de Milne, Archibald MontgomeryMassingberd, suprimió el informe de la comisión porque criticaba demasiado la actuación del ejército.

El caso de Francia es igualmente triste. Tampoco los franceses estudiaron detenidamente la historia para crear un marco basado en el examen minucioso de los problemas de los ejércitos en el período de entreguerras. Deseando evitar el nivel de bajas que habían sufrido en la primera guerra mundial, los franceses no prestaron atención al concepto de las armas combinadas, ya se basaran en los blindados o en tácticas más convencionales, al pensar en un conflicto futuro. Su forma de abordar la guerra se basaba en la llamada batalla metódica, cuyo objetivo era maximizar la potencia de fuego y evitar bajas numerosas por medio del control riguroso de los movimientos de los reclutas y los reservistas relativamente mal adiestrados que constituían el grueso del ejército. Los responsables de formular esta doctrina —en particular la Ecole Supérieure de Guerre— concentraron su atención en una serie limitada de batallas que se habían librado en 1918 y que confirmaron lo que ya creían los jefes militares franceses. Los franceses estudiaron la primera guerra mundial en busca de lecciones que hicieran honor al ejército; no estudiaron el pasado para descubrir verdades desagradables. Además, en el método de los jefes militares franceses había una tendencia cartesiana al razonamiento deductivo, así como una disposición a amañar los libros siempre que las pruebas empíricas de la última guerra no concordasen con la doctrina y las prácticas del momento. Los jefes del ejército francés se inclinaban a seguir adelante y «esperar» que las cosas salieran bien.

Con todo, para comprender la debilidad militar de Francia ante la guerra que se avecinaba, hay que mirar más allá de las deficiencias doctrinales del ejército y ver el puro sentimiento de satisfacción por sus propias cualidades que mostraba al prepararse para la guerra. Sus ejercicios proporcionaban poco adiestramiento y todavía menos elementos para la reflexión. Los franceses se preparaban de manera indolente, mientras que sus adversarios alemanes lo hacían con la meticulosidad teutónica que aplicaban a

la guerra.

En contraste con los franceses, en los años veinte el Ejército Rojo hizo un claro esfuerzo por romper con el pasado. A pesar del atraso de la economía rusa en el período de entreguerras, exacerbado por la primera guerra mundial y la guerra civil, el estado soviético y sus militares trabajaron activamente para hacer frente a sus dificultades. Gozando de un clima internacional que presentaba relativamente pocas amenazas en los años veinte y que se volvió aún más benigno a principios de los treinta con el derrumbamiento de los presupuestos de defensa europeos durante la Depresión, Stalin se embarcó en un extenso programa de industrialización, el Plan Quinquenal, con el fin de dotar a la Unión Soviética de los medios económicos que permitieran crear una gran fuerza militar.

Al mismo tiempo, los pensadores militares soviéticos hicieron alarde de imaginación al buscar formas de efectuar innovaciones en las fuerzas de tierra. Huelga decir que había tradicionalistas que se aferraban a la doctrina de los ejércitos de masas, como en el pasado. Pero los soviéticos crearon su primer cuerpo mecanizado en el otoño de 1932, tres años antes que las primeras divisiones blindadas alemanas, y los paracaidistas del Ejército Rojo llevaron a cabo su primer lanzamiento en masa en las maniobras de 1936, también mucho antes que los alemanes. La debilidad de este naciente ejército moderno residía en la falta de educación del grueso de sus fuerzas. No obstante, a mediados del decenio de 1930 la industria soviética ya producía inmensas cantidades de pertrechos. Cuando los alemanes invadieron el país en 1941, el parque de tanques del Ejército Rojo contaba con más de 17 000 vehículos de combate blindados.

Luego, en mayo de 1937, la pesada mano de Stalin cayó sobre el Ejército Rojo al llegar a la puerta de éste las purgas políticas que ya se habían ensañado con las elites profesionales del país. Por orden de Stalin aproximadamente la mitad de sus 70 000 oficiales fueron fusilados o enviados al Gulag. La NKVD, la policía secreta soviética, liquidó a tres de los cinco mariscales, a 14 de los 16 comandantes de ejército, a 60 de los 67 comandantes de cuerpo, a 136 de los 199 comandantes de división, a la totalidad de los 11 comisarios adjuntos de defensa y a todos los comandantes de distrito militar: de hecho, exterminó a los oficiales profesionales. Debido a la purga

del Ejército Rojo no sólo desapareció la mayor parte de la pericia operacional y táctica competente que encarnaban los oficiales, sino que el ataque también afectó a técnicos como, por ejemplo, los oficiales de ingenieros, los expertos en movilización y los hombres capaces de poner el primitivo sistema ferroviario de la Unión Soviética al servicio del ejército. En agosto de 1939 los soviéticos destruyeron una división reforzada japonesa en Nomonham, lo cual fue señal de que algunos de los oficiales que sobrevivieron a la purga eran hábiles. Pero la mayoría del Ejército Rojo adquirió el hábito de la obediencia ciega. Además, los asesores militares de Stalin sacaron de la guerra civil española la misma conclusión errónea que los franceses: que las formaciones de blindados no interpretarían un papel importante en el futuro. A partir de agosto de 1939, el Ejército Rojo disolvió la mayoría de sus unidades blindadas. Harían falta las catástrofes de 1941 para que el régimen comprendiese lo importante que era la competencia militar en un mundo donde también vivía la Wehrmacht.

Si la ineptitud militar sería la causa de la futura derrota de los franceses, y la ineptitud política sería responsable de las derrotas soviéticas, los italianos mostraron *ambos* tipos de ineptitud, la militar y la política. Las dificultades de los italianos no tuvieron su origen en la falta de valor individual, toda vez que los muertos italianos en la primera guerra mundial habían sobrepasado la cifra de 600 000. El problema residía en una oficialidad que en conjunto no se tomaba su profesión en serio. Tal como ha comentado un comandante: «El problema del *Duce* (que hay que admitir que tardó en reconocer y fue incapaz de remediar) era lo que podríamos llamar la tradición del estado mayor general italiano: Custozza, Isa, Adua, Caporetto. En esas ocasiones los militares… se distinguieron por la falta del estudio diligente, la planificación cuidadosa y la atención escrupulosa a los detalles que caracterizaban a los alemanes, y por la tendencia a la confusión de las responsabilidades y a las intrigas incesantes entre los oficiales de alta graduación».[5]

Debido a su vulnerabilidad estratégica, a sus deficiencias económicas y a su falta de recursos, Italia era una aliada dudosa. Aunque los italianos gastaron en defensa tanto como los franceses durante la segunda mitad del decenio de 1930, gran parte fue destinado a la conquista de Etiopía en 1935-1 936 y a apoyar a

Franco en su lucha por derrocar al gobierno republicano de España; ninguna de las dos cosas mejoró la situación estratégica de la Italia fascista. Los recursos que Mussolini proporcionó al ejército se malgastaron en el intento de sostener una estructura de fuerzas que Italia no podía permitirse. El ejército carecía de una doctrina militar realista que fuera acorde con sus medios, y este problema se veía agravado por el carácter chapucero del adiestramiento y los ejercicios. Resumiendo la actitud italiana ante la guerra, que costaría cara a las potencias del Eje, el mariscal Rodolfo Graziani anunció en la última reunión que los jefes del estado mayor italiano celebraron antes de la guerra que: «Cuando suene el cañón, todo funcionará automáticamente como es debido».6

Separados de sus homólogos europeos, así como el uno del otro, por miles de kilómetros, los ejércitos de Estados Unidos y Japón tenían algunas cosas en común a la vez que presentaban algunos contrastes notables. No cabe duda de que sospechaban que acabarían enfrentándose y daban por sentado que una guerra en el Pacífico dependería del poderío aéreo y naval. Ninguno de los dos ejércitos había perdido una guerra en los tiempos modernos, pero tampoco ninguno de ellos había experimentado todas las repercusiones de la guerra moderna que tanto habían traumatizado a sus aliados europeos. Japón y Estados Unidos podían tener influencia mundial, pero el poderío militar que ejercían era regional, alejado de los ejércitos de masas de Europa. Ambos daban por seguro que dispondrían de tiempo y recursos abundantes para movilizar un ejército de tierra antes de que una crisis mundial llegase a su puerta.

El ejército japonés se sentía dolido por lo que sus oficiales consideraban una muestra de la duplicidad de los europeos, que habían privado a Japón de sus conquistas en China y de la oportunidad de impedir que Rusia siguiera interviniendo en los asuntos de Asia después de la revolución bolchevique. Los japoneses se prepararon para una guerra cuyo objetivo sería hacerse con el control de China y Manchuria en el decenio de 1920. En última instancia, los estrategas japoneses pretendían acabar con el dominio europeo y norteamericano en Asia y el Pacífico Occidental. En 1930 el ejército japonés tenía 200 000 oficiales y soldados distribuidos en diecisiete divisiones, pero el número de hombres que habían

recibido instrucción militar antes de ser reclutados y en la reserva era aproximadamente de cuatro millones. La instrucción militar era obligatoria en las escuelas secundarias, los institutos técnicos y las universidades. En ella las habilidades militares se combinaban con el adoctrinamiento nacionalista y marcial. Todo soldado japonés creía que debía la vida al emperador y al *yamato* , el pueblo elegido de su patria.

La cadena de mando bajo el emperador era menos clara. El ejército (de forma muy parecida al prusiano) tenía tres jefes profesionales en Tokio: el ministro de la Guerra, el jefe del estado mayor general y el inspector general del adiestramiento. Aunque en teoría el emperador estaba al frente del Cuartel General Imperial, los estados mayores de las fuerzas armadas existían en esferas totalmente segregadas, una del ejército y otra de la marina. El ministro de la Guerra y los ministros de Marina tenían la misma categoría que los jefes del estado mayor, por lo que nunca estuvo claro del todo quién mandaba. Además, el ejército había creado fuertes centros de poder regional en los territorios ocupados por Japón. El Ejército Kwangtung de Manchuria era el más conocido, pero los ejércitos de Formosa y Corea también gozaban de una autonomía casi feudal. El Ejército Kwangtung incluso tenía su propio auxiliar, el Ejército de Manchukuo, integrado por chinos y coreanos que ansiaban luchar contra los soviéticos y sus paisanos comunistas.

En los años treinta Japón aumentó sus gastos de defensa, tanto en volumen de yenes como en el porcentaje del gasto público y la renta nacional, y el ejército japonés modernizó sus fuerzas de campaña, cambiando los fusiles por las ametralladoras y las piezas de artillería por los tanques. Con frecuencia las armas que escogió eran parecidas a los modelos europeos, pero ya llevaban un retraso de una generación respecto de las occidentales. Si bien estas armas eran toscas y de fácil mantenimiento, su característica más obvia era que su producción resultaba barata y sencilla.

Se suponía que la habilidad y el ímpetu darían al soldado japonés la superioridad en el campo de batalla que no obtendría de sus armas. La doctrina japonesa hacía hincapié en las operaciones nocturnas, la infiltración, las emboscadas, los francotiradores, el camuflaje, las fortificaciones de campaña y el aprovechamiento del

terreno. Aunque sus tácticas eran sencillas, los comandantes japoneses trataban de sorprender al enemigo por medio de maniobras muy arriesgadas. Esta preparación hacía que los japoneses fuesen enemigos formidables cuando estaban a la defensiva, pero vulnerables cuando pasaban al ataque. Como el ejército no fomentaba la iniciativa en los niveles inferiores, los planes que salían mal no se corregían y resultaban letales. Las operaciones se llevaban a cabo con una logística muy reducida y con pocas reservas. Cuando luchaban contra un enemigo inexperto o desmoralizado, los soldados japoneses obtenían victorias asombrosas, pero resultarían menos temibles al enfrentarse a tropas experimentadas.

La experiencia de la primera guerra mundial influyó en las fuerzas de tierra de Estados Unidos en mayor grado que en el ejército japonés. Los oficiales norteamericanos que combatieron en Francia sabían que otra guerra entre los países industrializados requeriría una movilidad y una potencia de fuego mucho mayores si se quería que las fuerzas de tierra influyeran en el resultado. El general «Black Jack» Pershing, jefe de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos en la primera guerra mundial, se aseguró de que sus oficiales realizaran un análisis tan exhaustivo de la lucha en la citada contienda como el que hicieron los alemanes. Ese esfuerzo culminó con el *Field Service Regulation* de 1923, el manual de doctrina básico del ejército, y explica por qué el ejército estadounidense se adaptó tan rápidamente a las condiciones tácticas de combate en la segunda guerra mundial. En el nivel operacional, sin embargo, el ejército se limitó a traducir el manual francés a principios del decenio de 1930 y, por tanto, chocó con enormes dificultades al llevar a cabo operaciones con grandes unidades.

Estados Unidos también necesitaba echar los cimientos de un masivo ejército de ciudadanos en tiempos de paz sin recurrir al servicio militar obligatorio. Durante más de un decenio después de la primera guerra mundial, el Departamento de Guerra había apoyado a todos los componentes del ejército estadounidense: sus fuerzas regulares, las reservas, la Guardia Nacional y el Cuerpo Aéreo del Ejército. Pero la Depresión de 1929 puso fin a este sistema. Preocupados por la agresividad de los japoneses, dos jefes del estado mayor del ejército, Douglas MacArthur y Malin Craig,

desviaron la inversión hacia las partes del ejército que, a su modo de ver, podían prepararse para una guerra inmediata, lo cual significaba dentro de un plazo de ocho meses. Esa fuerza podía tener 400 000 soldados, pero su presupuesto para las armas y los pertrechos necesarios se quedaba corto en más de 1000 millones de dólares. MacArthur insistió en que había que mejorar las fuerzas por medio de la motorización; si el ejército de Estados Unidos tenía alguna cualidad que le permitía competir con los mejores del mundo, esa cualidad era el transporte motorizado, reflejo de la mecanización de la sociedad norteamericana. MacArthur también quería artillería móvil, lo cual entrañaba combinar los camiones, la munición y el obús remolcado de 105 milímetros M2A1, probablemente el arma más eficaz que utilizó el ejército en la segunda guerra mundial.

Craig llevó la modernización más lejos al patrocinar la adopción de armas tales como el fusil semiautomático Garand M1, único rival del 105 como el arma norteamericana más eficaz en la próxima guerra. El ejército también disponía de la familia de fusiles automáticos y ametralladoras Browning, que databan de la Gran Guerra; tres morteros muy buenos cuyos calibres iban de 60 a 106 milímetros; y, finalmente, lanzallamas y lanzacohetes antitanque. Los cañones antitanque norteamericanos, que pasaron de 37 a 75 milímetros, tenían muchas cualidades admirables contra toda clase de blancos excepto los tanques alemanes, cuyo blindaje les llevó ventaja durante toda la guerra. Las armas de la infantería estadounidense igualaban o superaban las de sus enemigos con la excepción de la ametralladora ligera alemana, la MG42.

Las grandes innovaciones del ejército para el combate en tierra, entre ellas la reducción de las divisiones de infantería a tres regimientos y la fusión de las unidades especializadas a nivel de cuerpo, no tuvieron un equivalente en la guerra mecanizada. Parte del problema era sencillamente geopolítico; las fuerzas mecanizadas parecían inútiles en una guerra en el Pacífico con Japón, y ningún otro enemigo potencial de los norteamericanos requería una inversión tan arriesgada. El ejército no tenía nada contra el tanque de por sí; de hecho, la infantería contaba con dos regimientos de tanques y quería más.

Los experimentos de guerra mecanizada pasaron por tres etapas

vacilantes. La primera prueba de dos batallones de tanques (uno bajo el mando de Dwight D. Eisenhower, el otro bajo el de George S. Patton, Jr.) terminaron con la abolición de un cuerpo de tanques independiente debido al conservadurismo de los jefes de alta graduación. La segunda unidad de prueba, la Fuerza Experimental Mecanizada de 1928-1 930, desapareció al decidir MacArthur que todas las armas de combate —la infantería, la artillería y la caballería— creasen unidades motorizadas. En 1936, sin embargo, Craig permitió que la caballería formase una tercera fuerza experimental, la 7ª Brigada de Caballería (Mecanizada), que llevó a cabo ejercicios para determinar cuál era la combinación más eficaz de unidades de reconocimiento, caballería dotada de tanques, infantería motorizada y mecanizada y artillería móvil. El problema más grave fue la concepción de los tanques, que hacía hincapié en el elemento *Blitz* (esto es, la velocidad por la velocidad) en lugar de en el elemento *Krieg* (la eficacia en combate). Como era propio de la caballería, la fuerza blindada, creada en 1940, daba la mayor importancia a la explotación de los puntos débiles del enemigo y al envolvimiento y minimizaba la cooperación entre los tanques y la infantería en las batallas campales, omisión que se pagaría cara.

Las maniobras efectuadas en todo el sur de Estados Unidos en 1940 y 1941 dieron por resultado varias innovaciones prometedoras. El ejército se dio cuenta de que necesitaba mejorar sus comunicaciones por radio para cada uno de sus elementos, hasta el pelotón de infantería. Los expertos en logística comprobaron que el consumo potencial de gasolina era poco menos que voraz; un tanque mediano, por ejemplo, tragaba casi 10 litros por kilómetro. La innovación más alentadora fue la capacidad de la artillería para ajustar el tiro y concentrar el fuego contra blancos invisibles, ya fuera basándose en el análisis de mapas o, lo que era más importante, valiéndose de observadores en tierra o en el aire.

Sin embargo, todos los planes del Departamento de Guerra fueron objeto de una drástica reevaluación después de que Alemania invadiera Polonia en 1939, Francia en 1940 y la Unión Soviética en 1941. En el verano de 1941 el estado mayor general del Departamento de Guerra terminó un análisis de las necesidades del ejército. A la luz de su planificación y su política de antes de la guerra, incluso con la llamada a filas de los hombres de la Guardia

Nacional y los reservistas y el comienzo del adiestramiento militar obligatorio en 1940, el «Programa Victoria» del ejército fijó objetivos asombrosos: un ejército de tierra integrado por 6,7 millones de hombres organizados en 213 divisiones (la mitad de ellas blindadas o mecanizadas) y una fuerza aérea del ejército con unos efectivos de 2,9 millones organizados en 195 grupos de más de 400 escuadrones volantes, más de la mitad de los cuales eran de bombarderos. Los planes de 1941 determinaron las condiciones para los problemas más grandes que el ejército de Estados Unidos afrontaría en la segunda guerra mundial: ¿cuál era el equilibrio apropiado entre las fuerzas de tierra y las aéreas, y qué grado de apoyo logístico necesitarían dos ejércitos norteamericanos independientes el uno del otro, uno en Europa y el otro en el Pacífico y cada uno de ellos embarcado en una empresa estratégica diferente?

LAS FUERZAS AÉREAS

La primera guerra mundial proporcionó mucha experiencia para que los aviadores meditasen sobre ella, de haberlo querido. Prácticamente todas las misiones que desempeñarían papeles cruciales en la segunda guerra mundial —conquista y mantenimiento de la superioridad aérea, estrecho apoyo aéreo a las tropas de tierra, reconocimiento, defensa aérea, inhabilitación y bombardeo estratégico— tenían su origen en la Gran Guerra. De modo aún más explícito, las operaciones aéreas habían subrayado dos cosas. En primer lugar, todos los tipos de operación aérea (desde el apoyo a las fuerzas de tierra hasta el bombardeo estratégico) exigían ante todo conseguir y mantener la superioridad en el aire. En segundo lugar, a los aviones les resultaba difícil localizar los blancos y dar en ellos. Sin embargo, en el centro de las teorías sobre el poderío aéreo estaba la creencia de que dicho poderío podía evitar que se repitiera la terrible matanza de la primera guerra mundial. Durante el período de entreguerras, los teóricos del aire como, por ejemplo, el italiano Giulio Douhet, hacían hincapié en que los ataques contra los centros de población del enemigo eran el único camino apropiado para el poderío aéreo,

un camino que traería la victoria de manera barata y fácil. Así pues, incluso antes de que la tecnología cambiase mucho las capacidades aéreas, los aviadores ya rechazaban las dos lecciones cruciales de la última guerra por considerarlas inaplicables.

Sir Hugh Trenchard, jefe del estado mayor del aire durante gran parte del decenio de 1920, dio forma a la actitud de la Royal Air Force ante el poderío aéreo en los años de entreguerras. Trenchard había mandado el Royal Flying Corps del ejército británico en el frente occidental durante gran parte del primer conflicto mundial. En los años veinte se erigió en decidido paladín del bombardeo estratégico. Asediado por los otros componentes de las fuerzas armadas, que querían absorber la RAF, Trenchard preservó la autonomía de ésta. Pero el precio fue alto: un compromiso fanático con el bombardero como única encamación del poderío aéreo. Pese a ello, Trenchard alentó a un grupo de jefes innovadores y creativos dentro de la aviación. Algunos de ellos, como Arthur Harris y Charles Portal eran partidarios declarados del bombardeo estratégico, pero unos cuantos, como Hugh Dowding y Arthur Tedder, estaban dispuestos a estudiar otras posibilidades.

Bien entrada la segunda guerra mundial, los jefes de la RAF rechazaban la posibilidad de cazas de escolta con gran autonomía de vuelo no sólo por creer que eran innecesarios, sino también por considerar que no eran factibles desde el punto de vista tecnológico. Además, a pesar de que tanto en la contienda mundial como en el período de entreguerras se había podido comprobar que a los aviones les costaba identificar los blancos y acertar en ellos, es claro que los jefes de la RAF creían que la población de las ciudades enemigas sería especialmente vulnerable al ataque y que bastarían relativamente pocas incursiones para doblegar al enemigo. El peso de las pruebas en sentido contrario no influyó mucho en los que preparaban la fuerza de bombardeo para la guerra contra Alemania. En 1939, los jefes del Mando de Bombardeo aún habían avanzado poco hacia la creación de los dispositivos de ayuda a la navegación y la selección de objetivos de los cuales dependería el bombardeo estratégico de Alemania.

Hubo un solo rayo de luz en los preparativos relacionados con el poderío aéreo que se hicieron en Gran Bretaña: la creación de las defensas aéreas de la nación. Ese éxito, que fue de vital importancia

para la continuación de una presencia anglonorteamericana en la guerra, fue en gran parte obra de un solo hombre, el mariscal del aire Hugh Dowding. A principios de los años treinta Dowding ocupó el puesto de director de la sección de investigación y desarrollo de la RAF y fomentó los experimentos con el radar además de fijar las especificaciones para los cazas Hurricane y Spitfire. En 1937 Dowding resultó vencido en la pugna por el nombramiento de jefe del estado mayor del aire, pero se hizo cargo del Mando de Caza, que era una organización nueva a la que se encomendó la defensa aérea del Reino Unido. En su nuevo puesto integró la tecnología y las armas creadas durante su etapa de director de investigación y desarrollo en las tácticas de interceptación aérea y creó un sistema de defensa de los espacios aéreos británicos. Antes de la guerra el gobierno Chamberlain optó por una estrategia aérea defensiva en lugar de ofensiva, lo cual favoreció los esfuerzos de Dowding frente a la firme oposición del Ministerio del Aire. En 1939 Gran Bretaña ya tenía en funcionamiento un sistema de defensa aérea que integraba aviones, radar y comunicaciones en un conjunto coherente.

En muchos aspectos, la evolución del poderío aéreo en Estados Unidos siguió un camino parecido. Al igual que los ingleses, los norteamericanos que abogaban por el poderío aéreo definieron una postura ideológica. A principios del decenio de 1920 el general Billy Mitchell, comandante de las unidades aéreas norteamericanas que apoyaron la ofensiva de Saint Michel en 1918, ya proclamaba la necesidad de una fuerza aérea independiente que hiciera que el ejército y la marina resultasen superfluos. Mitchell dio un tono apasionado al debate que marcó las relaciones entre los distintos componentes de las fuerzas armadas hasta mucho después de la segunda guerra mundial. Pero había en Mitchell una cosa importante que le distinguía de Trenchard y Dohuet: creía que el primer blanco de toda campaña aérea tenía que ser la fuerza aérea del enemigo antes de atacar otros blancos en tierra.

Las ideas más influyentes sobre el empleo del poderío aéreo salieron de la Escuela Táctica del Cuerpo Aéreo de Estados Unidos. Sus instructores desarrollaron varias suposiciones entrelazadas que dominarían el pensamiento de los aviadores norteamericanos en los comienzos de la guerra. Arguyeron que las grandes formaciones de

bombarderos fuertemente armados podían abrirse paso luchando en el espacio aéreo enemigo sin sufrir pérdidas inaceptables. Tal como sugería uno de los textos que se utilizaban en la escuela: «Las formaciones de bombarderos pueden ser derrotadas por perseguidores hostiles; pero con una formación constituida apropiadamente, pilotada de manera eficiente, estas derrotas serán la excepción en lugar de la regla».7 La postura norteamericana en relación con los cazas con gran autonomía de vuelo era que sencillamente no hacían falta.

A diferencia de los ingleses, los norteamericanos no pensaban atacar blancos civiles; cualquier sugerencia en ese sentido hubiera chocado con la firme oposición del Congreso. En lugar de ello, los planificadores norteamericanos argüían que las economías modernas poseían nudos vitales cuya destrucción tendría consecuencias de gran alcance y tal vez catastróficas. Estos nudos, según señalaron, eran el petróleo, la electricidad, el transporte, los rodamientos de bolas y otras industrias necesarias para el buen funcionamientos de una moderna economía de guerra. Pero los aviadores norteamericanos no previeron la complejidad de la tarea de atacar un sistema económico ni la fuerza que poseen las economías modernas.

Como formaba parte del ejército, el cuerpo aéreo tenía que fingir que era partidario del apoyo táctico a las fuerzas de tierra, pero su estructura real subrayaba cuáles eran sus prioridades. En 1935 las fuerzas de campaña del ejército controlaban directamente sólo 10 escuadrones de observación; de los 45 escuadrones volantes bajo el Cuartel General de la Fuerza Aérea (que respondía directamente ante Washington) o de comandantes del aire en ultramar bajo el comandante del teatro de que se tratara (por ejemplo en las Filipinas), sólo siete tenían asignada la misión de lanzar ataques contra tierra. Las misiones del resto del Cuerpo Aéreo del Ejército (15 escuadrones de persecución, 15 de bombardeo y 7 de reconocimiento) estaban relacionadas con el bombardeo de blancos industriales o flotas de invasión del enemigo, o con la protección de bases aéreas y ciudades de los ataques de bombarderos enemigos. Incluso las operaciones, cuyo objetivo era alcanzar la superioridad aérea con el fin de proteger a las fuerzas de tierra, recibían poca prioridad. Además, el cuerpo aéreo parecía

destinado a recibir una parte creciente del presupuesto del Departamento de Guerra. Esa parte superó el 10 por ciento en 1930 y alcanzaría el 15 por ciento en 1935. Atraídos por la emoción de volar, por una paga más elevada, por las mejores condiciones de vida y por la mayor rapidez de los ascensos, muchos oficiales con talento del ejército querían servir en la aviación.

La imagen tradicional del poderío aéreo en Alemania ha presentado a la Luftwaffe como la «criada del ejército», como una fuerza aérea sin interés por otras misiones que no fueran prestar apoyo a las vanguardias de blindados. En realidad, los alemanes intentaron construir la Luftwaffe de acuerdo con las conclusiones que habían sacado al analizar lo que había sucedido realmente en el aire durante el conflicto de 1914 a 1918. A pesar de que el Tratado de Versalles obligó a los alemanes a disolver sus unidades aéreas, el general Hans von Seeckt, comandante en jefe del Reichsheer, mantuvo un número considerable de oficiales del aire enterrados en la estructura de mando del ejército. Estos oficiales eran cualquier cosa menos partidarios acérrimos de interpretar el papel de «criada».

Después de que los nazis se hicieran con el poder en enero de 1933, se creó la Luftwaffe bajo el mando de Hermann Goering, el segundo hombre más poderoso del estado nazi. La nueva arma tenía varios oficiales cuya mentalidad era muy apropiada para dirigirla y contaba con gran apoyo por parte de la población alemana. Desde el principio algunos aviadores alemanes habían instado al régimen nazi a crear una fuerza de bombardeo estratégico. Pero en 1934 la industria alemana no estaba en condiciones de construirla. No obstante, en el período anterior a la guerra la Luftwaffe creó una fuerza de bombarderos más amplia y más capacitada que sus competidores. El manual doctrinal básico de la Luftwaffe, *Die Luftkriegführung* (Dirección de la Guerra Aérea), recalcaba que las principales misiones de la Luftwaffe serían la conquista y la conservación de la superioridad aérea, el apoyo estrecho al ejército y la marina, la inhabilitación del campo de batalla y el bombardeo de las industrias del enemigo. Durante los últimos años treinta los alemanes trabajaron para mejorar estas capacidades y proporcionar el apoyo tecnológico requerido.

Para los alemanes el primer blanco de la guerra sería la fuerza

aérea enemiga, y para cumplir esa misión la Luftwaffe tenía el mejor caza del mundo, el Bf 109. Cuando las fuerzas de tierra alemanas avanzaran hacia el interior del territorio enemigo, la estructura de tierra de la Luftwaffe avanzaría también con el fin de proteger al ejército con un paraguas de superioridad aérea. Incluso crearon un caza de escolta que tenía gran autonomía de vuelo, el Bf 110, aunque carecía de la velocidad y la maniobrabilidad que se necesitaban para salir bien librado de los enfrentamientos con cazas de primera categoría. La capacidad de la Luftwaffe alcanzaba su punto más bajo cuando tenía que cumplir misiones de apoyo. Si bien en España la Legión Cóndor creó procedimientos para cumplir este tipo de misiones sobre un campo de batalla estático (como ocurrió a orillas del Meuse en mayo de 1940), hasta 1941 no pudieron los alemanes apoyar siempre a las fuerzas móviles. Pero, a diferencia de los norteamericanos y los ingleses, antes de la guerra los aviadores alemanes se mostraban dispuestos a proporcionar apoyo a las fuerzas que luchaban en tierra.

Hasta en el caso de las capacidades de bombardeo estratégico, la Luftwaffe estaba mejor preparada que sus rivales de la RAF y el Cuerpo Aéreo del Ejército estadounidense. Los alemanes nunca dieron por sentado que los bombarderos llegarían a sus blancos sin el apoyo de aparatos de caza o que podrían encontrar e identificar los blancos y acertar en ellos de noche o con mal tiempo. En vez de ello, cuando los informes procedentes de España confirmaron que acertar en el blanco desde el aire no iba a ser fácil, los alemanes se pusieron a resolver los problemas. Al empezar la guerra, la fuerza de bombarderos de la Luftwaffe ya poseía aparatos de radionavegación, aparatos para bombardear sin ver el objetivo y una fuerza de reconocimiento. La RAF no emplearía estas tecnologías y capacidades hasta 1942. Los alemanes también construyeron una importante flota de bombarderos medianos (1176 al estallar la guerra) que podían atacar las capitales de la Europa central y occidental. Aunque esta fuerza de bombarderos fue insuficiente para derrotar a los ingleses en 1940, aún aventajaba a todas las fuerzas aéreas del mundo en aquel tiempo. La equilibrada serie de capacidades de la Luftwaffe contribuiría en gran medida a las victorias alemanas de los primeros años de guerra.

Dohuet, el famoso teórico italiano del poderío aéreo, se convirtió

en un influyente propagandista del bombardeo estratégico inmediatamente después de la primera guerra mundial. Por ser un país pobre, Italia nunca hubiera podido crear los medios tecnológicos y el apoyo industrial necesarios para emprender campañas de este tipo, pero, a pesar de ello, el régimen fascista de Mussolini pregonó las teorías de Dohuet porque veía en ellas un medio de hacer realidad su visión de Italia como gran potencia. El tamaño del presupuesto militar italiano —casi igual a los gastos de Gran Bretaña de 1933 a 1938— ciertamente debería haber preparado a la Regia Aeronáutica (la fuerza aérea italiana) para desempeñar un papel importante en la guerra que se avecinaba. Pero Mussolini obtuvo muy poco a cambio de lo que gastó. En gran parte fue debido a una serie de aventuras que el megalómano Mussolini emprendió en el campo de la política exterior —Etiopía y España— y que agotaron el erario italiano. Los italianos no eran incapaces de proyectar o producir aviones modernos. Pero para esto se necesitaban recursos importantes y no se disponía de ellos a causa de las aventuras de Mussolini en el extranjero. Debido a ello en junio de 1940 los italianos entrarían en guerra con una fuerza aérea aún más anticuada que la francesa.

Aunque Francia ya tenía una fuerza aérea independiente, los franceses se encontraban ante la misma serie de problemas tecnológicos y estructurales que acuciaban a otras fuerzas aéreas a mediados de los años treinta. La base industrial de la fuerza aérea francesa no estaba más anticuada e inservible en 1933 que la de los alemanes. Pero mientras que los alemanes invirtieron mucho en su industria aeronáutica, los franceses hicieron lo contrario. La siguiente generación de aviones exigía una revisión total del proyecto, las fábricas y las instalaciones de producción que el gobierno francés se negó a hacer hasta 1938. El gobierno frentepopulista de Léon Blum aplazó los incrementos de los gastos de defensa y prefirió emplear el dinero en la reforma social y económica. El resultado fue que mientras la Luftwaffe hacía la transición a una nueva generación de aviones en 1937-1 938 y la RAF seguía el ejemplo de los alemanes el año siguiente, los franceses no empezaron la transición hasta finales de 1939. Cuando finalmente pusieron en servicio aviones de primera clase, los franceses tropezaron con los mismos problemas de mantenimiento,

accidentes, tripulaciones inexpertas y tasas bajas de disposición operacional (el porcentaje de aviones en condiciones de volar) que habían atormentado a la RAF y a la Luftwaffe a finales de los años treinta. Pero los franceses experimentaron estos problemas justo en el momento en que empezaban las grandes batallas aéreas en los Países Bajos en mayo de 1940.

Durante todo el período de entreguerras los soviéticos mostraron gran interés por el poderío aéreo; después de todo, era un atributo obvio de la modernización. Pero la base tecnológica de la Unión Soviética era mucho más primitiva que la de las potencias industrializadas de Occidente. No cabe duda de que la cooperación con los militares alemanes en los últimos años de la república de Weimar ayudó más a los soviéticos que a los alemanes, y a mediados de los años treinta la Unión Soviética ya iba camino de crear una base industrial avanzada para el poderío aéreo, especialmente en los capítulos de fábricas e ingenieros.

Entonces la NKVD causó estragos entre la oficialidad de la fuerza aérea y la consiguiente parálisis retrasó la transición a una nueva generación de aviones hasta 1941. Al producirse el ataque de la Wehrmacht, la posición de los soviéticos era parecida a la de los franceses en 1940. Las unidades que empezaban a utilizar los nuevos aviones no habían sido bien adiestradas ni podían mantener en funcionamiento normal los nuevos cazas y bombarderos. La combinación de aviones inservibles, pilotos mal preparados y tardanza en pasar a la nueva generación de aviones resultó aún más mortal para la fuerza aérea roja de lo que había sido para los franceses.

LAS FUERZAS NAVALES

La innovación generalizada en la tecnología y las tácticas navales entre 1919 y 1939 tuvo consecuencias importantes para la dirección de las operaciones navales en el conflicto que se acercaba. Las nuevas capacidades ya habían empezado a aparecer al acercarse el fin de la primera contienda mundial. Pero en un campo, la guerra submarina, las marinas de ambos bandos mostraron una resistencia asombrosa, casi obstinada, a aprender del pasado. Esta actitud

estuvo a punto de causar la derrota de los aliados y también impidió que los alemanes se beneficiaran de las ventajas que suponía tener en su poder la Francia occidental en 1940. En cambio, la rápida creación de fuerzas de portaaviones y anfibias dominaría las operaciones navales en los amplios espacios del Pacífico en los años venideros.

Al concluir la Gran Guerra, la Royal Navy seguía siendo la marina dominante en el mundo a pesar de la decepción que había sufrido en Jutlandia y de la campaña submarina que casi había logrado cortar las vitales líneas marítimas de comunicación de Gran Bretaña. Tal vez el fallo más asombroso del período de entreguerras fue el que cometió el almirantazgo británico al descartar por completo la amenaza del arma submarina alemana. En parte fue debido a la invención del sonar (aparato que servía para detectar submarinos mediante ondas sonoras) al terminar la guerra, aunque no hubo tiempo suficiente para probar sus capacidades. No obstante, en los años treinta los jefes de la marina confiaban tanto en las capacidades antisubmarinas de ésta que presentaron poca oposición cuando las bases navales de la costa occidental irlandesa fueron devueltas al Estado Libre de Irlanda a comienzos de 1938. Esta confianza estaba totalmente fuera de lugar. La marina británica puso a prueba sus tácticas antisubmarinas con luz diurna, buen tiempo y en áreas limitadas, y durante períodos cortos. Además, las fuerzas antisubmarinas sólo hacían prácticas de protección de flotas rápidas y no de convoyes lentos.

Un segundo fallo de los ingleses durante el período de entreguerras fue no conceder la debida importancia a los portaaviones. Para la mayoría de los oficiales de la Royal Navy, el verdadero símbolo de poderío naval seguía siendo el acorazado. Había cierta ironía en esto, porque a finales de la primera guerra mundial los ingleses poseían una flota de 11 portaaviones primitivos cuando las demás marinas del mundo no tenían siquiera uno. Al crearse la RAF en 1917, los efectivos aéreos de la marina pasaron a ser competencia del estado mayor del aire, que puso la fabricación de aviones para portaaviones en el último lugar de su lista de prioridades. Por consiguiente, los pilotos navales flotaban entre las dos armas en una incómoda posición indefinida debido a la cual no había almirantes que tuvieran conocimiento directo del

poderío aéreo, y la aviación destinada a los portaaviones nunca recibió en Gran Bretaña el mismo empuje conceptual que se le dio en Estados Unidos.

Tal vez el ingrediente más importante que faltaba en la Royal Navy durante aquellos años era un innovador entre sus oficiales de alta graduación, alguien que tuviera el dinamismo, la imaginación y la perspicacia política que William Moffett mostraba en la marina estadounidense. Con todo, aunque durante el período de entreguerras la marina británica no se preparó para hacer frente al desafío de los submarinos o la aviación en el próximo conflicto, sí hizo una labor notable al instruir a los que serían sus jefes en las tradiciones de la marina de los siglos XVIII y XIX . En el futuro se cometerían pocos errores mayúsculos como los que habían caracterizado la batalla de Jutlandia. La superioridad de sus jefes permitió a los ingleses defender el Mediterráneo contra una flota italiana mayor que la británica en los comienzos de la guerra y andando el tiempo, con un coste terrible, vencer la amenaza que representó la segunda gran ofensiva submarina alemana.

En el caso alemán, resulta irónico, en vista del éxito de su campaña submarina en la primera conflagración mundial, que la Kriegsmarine mostrara poco interés por potenciar su flota de submarinos durante los años de entreguerras. Siguió concentrando su atención en construir una nueva flota de acorazados de alta mar. Después de su subida al poder en 1933, Hitler dio a la marina un cheque en blanco, y el almirante Erich Raeder, su comandante en jefe, emprendió inmediatamente un ambicioso programa de construcción de acorazados. Como justificación, los jefes de la marina alemana resucitaron el objetivo que tenía Tirpitz antes de la primera guerra mundial: construir una marina de talla mundial alrededor del acorazado. El propio Raeder dijo que los portaaviones eran «cisternas de gasolina», a la vez que su principal ayudante sugirió que los aviones con base en tierra podían hacer lo mismo que los que despegaran de portaaviones.

Debido a las limitaciones que imponían el espacio disponible en los astilleros y las escaseces de materias primas, los alemanes terminaron los dos primeros cruceros de combate en 1939 y dos acorazados en 1941. Pero no era una flota que pudiese desafiar a la Royal Navy en la superficie y, además, sus jefes eran muy poco

imaginativos o innovadores. Creían que los ingleses habían resuelto el problema de la detección y que, por tanto, los submarinos sólo podían usarse como auxiliares de reconocimiento de la flota. En 1939 los alemanes sólo poseían 26 submarinos de altura, y durante el primer año de guerra añadieron sólo 35 mientras que perdieron 28, lo cual fue consecuencia directa de dar mayor prioridad a la construcción de unidades de superficie que a la de submarinos.

Pero a la larga fueron los propios submarinos alemanes los que merecen que se les culpe de su derrota final en la batalla del Atlántico. Ya en 1937 Karl Dönitz, jefe de la campaña submarina durante toda la guerra, argüía que los submarinos ofrecían la posibilidad de cortar las líneas de comunicación marítimas de Gran Bretaña. Pero los preparativos que hizo Dönitz fueron para una campaña submarina contra dichas líneas conforme con el modelo de 1918, que se había concentrado en gran parte en atacar a los mercantes cuando estaban cerca de las Islas Británicas. Dönitz se decidió por un modelo estilizado de 680 toneladas que era muy maniobrable cerca de la costa pero que demostraría adolecer de graves limitaciones cuando la guerra contra el comercio británico se trasladó al centro del Atlántico e incluso más allá, hasta las costas de Estados Unidos y el Caribe. En aquellas aguas lejanas, la pequeñez del submarino limitaba su campo de acción y el número de torpedos que podía transportar; asimismo, la vida a bordo de ellos era una pesadilla a causa de la falta de aire acondicionado.

Igual importancia tenía el hecho de que, al parecer, los alemanes no habían previsto las posibilidades inherentes a la dirección operacional de una guerra de este tipo. Tanto en sus preparativos antes de la guerra como en su dirección de las operaciones de los submarinos durante el conflicto, se concentraron en los problemas tácticos y tecnológicos. Tenían poco sentido de las posibilidades que se ofrecían a las fuerzas defensivas británicas en los grandes espacios abiertos del Atlántico, de la necesidad de una inteligencia operacional clara, de la necesidad de apoyo aéreo y de los peligros que la aviación podía representar para una campaña submarina. Así pues, los alemanes idearon tácticas hábiles, pero no abordaron los aspectos operacionales más amplios. Al final, la derrota del arma submarina alemana se debería a estos aspectos más amplios, en particular el uso de inteligencia y el descifre de códigos por parte de

sus enemigos británicos.

En 1941 la marina imperial japonesa ocupaba un tercer lugar, superada sólo por la norteamericana y la Royal Navy, en cuanto a barcos de guerra y tonelaje. Llevaba ventaja a ambas tanto en el alcance y la potencia destructiva de sus torpedos como en su elevado nivel de artillería, los proyectos de barcos y el arte de navegar. Sus oficiales pertenecían al sector más cosmopolita, occidentalizado y tecnológicamente avanzado de la sociedad japonesa; y el 80 por ciento de la marinería lo constituían voluntarios cuyos méritos superiores les habían permitido librarse de servir en el ejército. En 1941 la marina contaba con aproximadamente 311 000 oficiales y marineros para una fuerza de 391 barcos de guerra y auxiliares en servicio. Casi dos tercios de su personal prestaban servicio en el mar. El problema que representaba tener un cuerpo de elite tan reducido era que durante la guerra no fue posible ampliarlo rápidamente sin degradar mucho el nivel de su personal, con la consiguiente pérdida de eficiencia.

Ningún grupo presentaba más características propias de una elite que los aviadores navales, las Águilas Marinas, cuyo número era de 3500. Un hecho asombroso es que, al prepararse para la guerra, los japoneses previeron que sólo tendrían que añadir varios centenares de pilotos nuevos al año a pesar de sus propios cálculos de que las necesidades de la guerra podían alcanzar los 15 000. Cuando Japón denunció los Tratados de Washington de 1922 que limitaban los armamentos navales, la marina puso en marcha un moderado programa de construcción de barcos para adelantarse a los norteamericanos en modernidad y potencia combativa de la flota antes de los primeros años cuarenta. Además, los japoneses empezaron un programa de emergencia para potenciar y fortificar sus bases, programa que antes estaba prohibido y que se centró en Truk y Palaos en las Carolinas, con bases complementarias en las Marianas (Saipán y Tinian) y las Marshall. Estas bases se hallaban a uno y otro lado de la ruta directa de Hawai a las Filipinas y servían para las operaciones de los submarinos y los aviones de reconocimiento además de para apoyar la flota.

Aunque lograra acercarse a los efectivos de la flota norteamericana a finales de los años treinta, la marina japonesa se apoyaba en unos cimientos industriales que eran frágiles y no

podían sostener una guerra prolongada, sobre todo si las escasas materias primas y los limitados recursos humanos especializados tenían que compartirse con el ejército. Esta debilidad resultaría mortal en un enfrentamiento con Estados Unidos. Cuando se produjo el ataque contra Pearl Harbor la marina estadounidense ya estaba construyendo 10 acorazados nuevos y 11 portaaviones al amparo de programas cuyo objetivo era ampliar y modernizar sus efectivos. Después de Pearl Harbor, los japoneses añadieron a su flota 171 grandes unidades de combate, 88 de las cuales se estaban construyendo en 1941, pero Estados Unidos añadió 500. La marina japonesa aumentó su personal hasta contar con 1,7 millones de hombres, pero la cifra norteamericana fue de 3,4 millones. El brazo aéreo de la flota japonesa tampoco pudo mantener el ritmo. Nunca careció de aviones, pero no pudo rivalizar con la aviación naval norteamericana en número de aviones ni de pilotos.

Aunque la marina japonesa creía tener reservas de petróleo para dos años de operaciones bélicas, sus tasas de consumo y de pérdidas causaron una escasez de carburante para barcos y aviones después de poco más de un año de guerra. Fue necesario traer más petróleo de las Indias Orientales Holandesas, pero la armada, que controlaba las operaciones de la marina mercante en tiempo de guerra, no hizo los preparativos adecuados para proteger la flota mercante japonesa, en especial los petroleros, de los submarinos norteamericanos. Japón empezó la guerra con una flota mercante de aproximadamente 540 millones de toneladas, una de las más modernas del mundo. Pero el tonelaje de barcos mercantes descendió rápidamente desde el comienzo de la guerra, y después de que el arma submarina estadounidense resolviera varias dificultades tecnológicas relacionadas con sus torpedos en el verano de 1943, la marina mercante japonesa sufrió una caída en picado. Los japoneses exacerbaron sus problemas logísticos en combate al proporcionar insuficiente cobertura aérea con base en tierra y escoltas de superficie para los buques nodriza y de transporte, debido a lo cual las operaciones nocturnas e inciertas fueron imperativas.

Un análisis desapasionado de la marina de Estados Unidos por parte de cualquiera de sus enemigos y aliados en potencia en los años treinta hubiera detectado deficiencias obvias en el número de

barcos, la preparación y el personal, pero hubiera reconocido que poseía unos cimientos sólidos para hacer la guerra en dos océanos, siempre y cuando se le proporcionaran los recursos necesarios. Al igual que su adversario en potencia, la marina preveía una futura campaña naval de un extremo a otro del extenso océano Pacífico a cargo de fuerzas capaces de luchar en el mar, por encima del mar y bajo el mar.

Un arma aparte dentro del Departamento de Marina, el Cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos, asumió un papel totalmente nuevo en la planificación naval. Los infantes de marina se organizaban y preparaban exclusivamente para misiones consistentes en apoderarse de bases navales enemigas que luego la marina podía convertir en bases avanzadas para la flota y para la aviación que operaba desde tierra. En 1941 los planes de guerra incluso sugerían que los bombarderos estratégicos de la fuerza aérea del ejército podían usar algunas de estas bases para atacar las islas del archipiélago japonés.

La marina y el cuerpo de infantería de marina hicieron conjuntamente una extraordinaria serie de innovaciones en el período de entreguerras en el campo de los portaaviones y en el de la guerra anfibia. El Colegio de Guerra Naval de Newport, Rhode Island, bajo la dirección del almirante William Sims, llevaba a cabo simulacros de combate para comprobar las posibilidades de los portaaviones incluso antes de que la marina estadounidense tuviera uno sólo de estos buques. El nombramiento del almirante William Moffett para que dirigiese la Oficina de Aeronáutica supuso la llegada de un individuo dinámico, ambicioso e imaginativo que potenciaría la flota de portaaviones. El Congreso fomentó la innovación al legislar que sólo los aviadores podían mandar bases aéreas de la marina y portaaviones; estos destinos se consideraban equivalentes al mando de un acorazado y, por tanto, eran cruciales para ascender a almirante. Debido a esta legislación los almirantes con antecedentes en la aviación constituirían un grupo de presión cada vez más poderoso en la marina.

A principios de los años veinte, los simulacros de combate de Newport habían indicado que el poderío aéreo de los portaaviones alcanzaba su máxima eficacia cuando los aviones atacantes volaban en grandes formaciones y, por tanto, era obvio que el número de

aparatos que llevase un portaaviones sería esencial para su eficacia en combate. Se hicieron experimentos con el fin de aumentar al máximo dicho número. Barreras de protección, ganchos de freno y otras innovaciones tecnológicas reducían el espacio necesario para el lanzamiento rápido y la recuperación de los aviones y permitían un considerable aumento del número de aparatos que los portaaviones estadounidenses podían desplegar. En 1929 la cubierta del *Saratoga* tenía cabida para más de 100 aviones, número que era sencillamente inconcebible para los oficiales de la marina británica. Otro resultado de los experimentos fue la construcción de portaaviones mayores.

Estas innovaciones en los portaaviones estadounidenses tuvieron otros resultados aparte de los que se buscaban. Mientras que en los años veinte los motores con los cilindros en línea parecían ofrecer mayor fuerza que los motores con cilindros en disposición radial, la marina descubrió que los segundos eran más fáciles de mantener cuando el portaaviones cabeceaba, incluso en los de gran calado. La invención de aparatos con motor radial para la marina de Estados Unidos (que, a diferencia de la británica, controlaba la adquisición de sus propios aviones) influyó en la producción de este tipo de motores para los aviones de pasajeros estadounidenses y culminaría con el DC2 y el DC3. Los fabricantes civiles trasladaron luego esa tecnología a los proyectos de motores para los bombarderos y los cazas del Cuerpo Aéreo del Ejército. El B17 del ejército, el B24, el B29 y el P47, así como aviones de la marina tales como el Hellcat y el Corsair, poseían motores radiales, lo cual representaba una gran ventaja sobre sus equivalentes europeos en lo que se refería a la capacidad de mantenimiento.

Las innovaciones en la guerra anfibia fueron fruto de la lucha de la infantería de marina estadounidense por sobrevivir y crecer en un entorno de defensa donde lo mejor que podía esperar era desatención benévola por parte de la marina y donde solía ser objeto de la hostilidad activa del ejército. En el Pacífico, donde las distancias eran enormes, había que atacar y conquistar islas que eran defendidas por los japoneses y que pudieran utilizarse como bases para futuras operaciones. John Lejeune, comandante en jefe del Cuerpo de Infantería de Marina a principios de los años veinte, fue el primero en promover la conversión del cuerpo en una fuerza

de asalto anfibia. Con las duras realidades de la Depresión amenazando la existencia misma del cuerpo, sus escuelas de Quantico cerraron sus puertas en 1931 para escribir el primer borrador de lo que acabaría siendo *The Tentative Manual for Landing Operations* de 1934. De ese comienzo doctrinal salió una serie de ejercicios de desembarco de la flota que empezó en 1935 y resolvió los problemas relacionados con el movimiento de tropas de los barcos a la playa y con el apoyo a las fuerzas de tierra que luchaban después de desembarcar. Durante todo este período los jefes del ejército siguieron viendo con escepticismo las posibilidades de la guerra anfibia; sólo las realidades estratégicas de 1942 convencieron al ejército.

Como signatario del tratado de limitación de armamentos que se firmó en Washington en 1922, Estados Unidos aceptó limitaciones al tonelaje y disposiciones relativas al número y las características de los barcos de guerra que en esencia inmovilizaron a la marina durante más de un decenio. En los años veinte el Congreso se opuso a que la construcción alcanzara dichos mínimos. Pero a partir de 1931 el temor a la expansión japonesa hizo que el Congreso cambiase de actitud ante la asignación de recursos para construir barcos. Al principio se construyeron sobre todo cruceros, pero en 1933 y 1934 el Congreso aprobó planes para construir tantos buques como permitiese el tratado, lo cual supuso la construcción de 134 barcos de guerra, entre los que había 8 acorazados, 3 portaaviones, 8 cruceros y 71 destructores. En 1938, año en que Japón entró en guerra con China, el Congreso ya había aprobado la Ley de Ampliación de la Flota, que prescindió de las limitaciones del tratado y fijó el objetivo de una «marina sin rival» en el plazo de diez años. Este programa de 1100 millones autorizó la construcción de 3 acorazados, 2 portaaviones, 9 cruceros y 23 destructores. La invasión de Francia por los alemanes en 1940 indujo al Congreso a aprobar otro proyecto de ley naval cuyo objetivo era doblar el tonelaje de la marina con otros 9 acorazados, 11 portaaviones y 44 cruceros. No llegaron a construirse todos los acorazados, pero sí la totalidad de los portaaviones y los cruceros.

Aunque seguía sin estar segura de cuál iba a ser el papel exacto de los aparatos de los portaaviones, que o bien podían proteger la flota de los ataques aéreos o pasar a la ofensiva y atacar los barcos

de guerra enemigos con bombas y torpedos, la marina de Estados Unidos formó una fuerza de aviación bien preparada y tácticamente eficaz, si bien los aparatos operacionales que tenía en 1941 no podían rivalizar con sus equivalentes japoneses. La Ley de Ampliación de la Marina de 1938 y la Ley de la Marina de Dos Océanos de 1940 echaron los cimientos de un brazo aéreo de la flota integrado por 8000 pilotos y 15 000 aparatos modernos, la mayoría de ellos destinados a los portaaviones. En el momento del ataque a Pearl Harbor, la aviación naval ya tenía 6750 pilotos y 5260 aparatos. En los ejercicios de desembarco que se llevaban a cabo anualmente a finales del decenio de 1930, los almirantes de los portaaviones demostraron el potencial ofensivo del ataque aéreo desde el mar contra barcos de guerra y bases en tierra, incluidos simulacros de ataque contra Pearl Harbor. Los oficiales de alta graduación que aún eran partidarios de los acorazados continuaron mostrándose escépticos en cuanto a la eficacia de los aviones en las operaciones nocturnas o con mal tiempo, y no les faltaba razón, pero hasta ellos aprobaron que se armaran los barcos de guerra con gran número de cañones antiaéreos y se potenciara el radar no sólo para la artillería, sino también para la defensa aérea.

A pesar de este enorme incremento de las fuerzas navales, en diciembre de 1941 la marina norteamericana todavía no estaba preparada para la guerra. En una importante evaluación que el Departamento de Marina hizo en 1938 y que en lo sucesivo se actualizó todos los años se identificaron deficiencias graves: falta de personal, adiestramiento insuficiente a causa de la falta de municiones y carburante, escasez de barcos en el «tren de aprovisionamiento de la flota», bases navales primitivas fuera del territorio continental de Estados Unidos, barcos y aviones anticuados y un número insuficiente de barcos y lanchas de desembarco para la infantería de marina. La junta de almirantes que llevó a cabo el estudio no pudo calibrar otros problemas, tales como una actitud ante el adiestramiento militar que era propia de tiempos de paz y minimizaba el riesgo y el aprendizaje, defectos desconocidos en los torpedos que usaba toda la flota, y la tardanza en perfeccionar el radar para los barcos y las operaciones aéreas. Además la marina estadounidense estaba mal preparada, tanto en el aspecto táctico como en el operacional, para combatir contra una

potencia que no fuera Japón. La planificación para una segunda guerra antisubmarina que tal vez habría que hacer en el Atlántico se vio perjudicada por la falta de atención institucional, por una confianza injustificada en la marina británica y por la incomprensión de las exigencias de la protección de los convoyes y de la guerra ofensiva contra los submarinos.

El enemigo más probable de la marina de Estados Unidos era también el que constituía el mayor reto. En los ejercicios de la flota, las aulas del Colegio de Guerra Naval y las oficinas del Departamento de Marina una generación de oficiales estudió detenida y cuidadosamente lo que se necesitaría para derrotar a Japón. Después de la guerra, el almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de la flota del Pacífico, reflexionó sobre esta preparación mental y declaró que los ataques de los *kamikazes* —aviones suicidas que sencillamente se estrellaban contra sus víctimas— eran lo único que les había sorprendido a él y a sus colegas. Con algunas excepciones, tales como el lamentable comportamiento de los torpedos, de los comandantes de los submarinos y de los barcos de guerra norteamericanos en la lucha nocturna, el punto de vista de Nimitz resulta convincente.

CONCLUSIÓN

En el período de entreguerras, las organizaciones militares de tres continentes calcularon las posibilidades operacionales que ofrecía la adaptación de las tácticas y tecnologías de la primera guerra mundial. Para hacer bien esta difícil tarea, los teóricos necesitaban comprender claramente lo que había sucedido en la última guerra y el porqué. Siempre que las instituciones y los innovadores militares trataban de dar un salto hacia el futuro sin prestar suficiente atención al testimonio de la historia, los resultados de sus intensos esfuerzos eran peligrosamente engañosos.

La innovación exigía organizaciones militares que pudieran traducir ideas y conceptos en realidades mediante el adiestramiento y el trabajo arduos y sin tregua en los campos de maniobras. En este sentido, el contraste entre los ejércitos francés y alemán es significativo. En 1939 ambos ejércitos entraron en guerra con

considerables deficiencias en el adiestramiento y la preparación no sólo de sus unidades de reservistas sino también de las integradas por tropas regulares. Los alemanes se dieron cuenta de esas deficiencias y las corrigieron por medio de un implacable programa de adiestramiento de seis días a la semana. Los franceses, no.

Sin embargo, la excelencia del ejército alemán en el combate tenía su anverso. Los generales alemanes se concentraron de forma casi exclusiva en el campo de batalla y no dieron la debida importancia a la estrategia, creyendo ingenuamente que no era necesario prestar atención a la logística y que el único valor del trabajo de los servicios de inteligencia era la ayuda inmediata que pudiera prestar a las unidades de combate. En 1935 la Luftwaffe produjo uno de los manuales doctrinales más impresionantes que jamás se hayan escrito sobre la guerra en el aire, pero al final de la primera parte, que se ocupa de las operaciones de combate, el manual afirma que las secciones sobre los servicios de inteligencia y sobre logística aún estaban por escribir. No se escribieron nunca.

La guerra estalló en Polonia en septiembre de 1939, en un momento en que las fuerzas militares de los bandos opuestos seguían bregando con las lecciones de la última guerra. Hay que reconocer que los alemanes llevaban mucha ventaja en lo que se refiere a traducir conceptos en capacidades y que sus victorias en los primeros años de la contienda les permitieron ampliar esa ventaja. Con todo, su incapacidad para comprender la necesidad de encontrar el equilibrio entre los medios y los fines, como prueba el hecho de que no tuvieran en cuenta la importancia de los servicios de inteligencia y de la logística, acabaría imponiéndoles un fuerte castigo.

Mientras tanto, las organizaciones militares de sus adversarios —las naciones que se convertirían en las potencias aliadas— se embarcaron en la guerra sin estar mental y físicamente preparadas para ella. El resultado fue que los soldados, los aviadores, los marineros y los infantes de marina aliados, así como la población civil, pagarían un precio terrible para alcanzar la victoria final.

3 Designios alemanes 1 939-1940

EN la primavera de 1939 Hitler ya contaba con la organización militar y los generales con los que llevaría a cabo las primeras campañas de la segunda guerra mundial. A principios de 1938, después de desembarazarse de Fritsch y Blomberg, había substituido el antiguo Ministerio de la Guerra por un estado mayor personal. Había dado a la nueva organización el imponente nombre de Oberkommando der Wehrmacht (OKW o alto mando de las fuerzas armadas) y nombrado director de la misma al general Wilhelm Keitel, hombre de obtusa lealtad. Pero en aquel momento el OKW no cumplía ninguna función de mando y tampoco proporcionaba ninguna orientación a las fuerzas armadas, a menos que Hitler lo ordenase. Así pues, en la estructura de mando alemana no había ningún cuartel general que se encargara de la estrategia o de coordinar las actividades de las diversas armas. Este estado de cosas concordaba tanto con la inclinación de Hitler como con las proclividades de las fuerzas armadas.

En realidad, sólo Hitler determinaría la estrategia y el marco general de las operaciones militares de las tres armas. Así pues, directamente debajo de Hitler estaban el Oberkommando des Heeres (OKH o alto mando del ejército), el Oberkommando der Kriegsmarine (OKM o alto mando de la marina de guerra) y el Oberkommando der Luftwaffe (OKL o alto mando de la fuerza aérea). Los jefes de las tres armas, el Generaloberst (coronel general) Walther von Brauchitsch (ejército), el almirante Erich Raeder (marina) y el mariscal de campo Hermann Goering (Luftwaffe), conservaban celosamente sus propias prerrogativas y mostraban poca inclinación a cooperar.

El ejército seguía siendo el arma dominante. Brauchitsch se

consideraba jefe de tropas y saltaba a la vista que lo que más le gustaba era visitar unidades de combate. Hitler tenía a Brauchitsch completamente dominado porque había pagado para librarle de un matrimonio infeliz y le había proporcionado el apoyo económico necesario para volver a casarse, esta vez con una nazi fanática. En las escasas ocasiones en que discutió con su amo el resultado fue normalmente un derrumbamiento total ante la ira del *Führer* . Después de la guerra, el jefe del estado mayor del ejército alemán, el general Franz Halder, bávaro católico muy aficionado a los libros, habló mucho de su oposición al régimen nazi, pero lo cierto es que proporcionó a Hitler asesoramiento militar competente y a menudo imaginativo en los primeros años de la contienda.

Los jefes de las otras dos armas no hubieran podido ser más diferentes. Goering había sido piloto de caza en la última guerra; en la lucha del Partido Nazi por el poder había sido un puente importantísimo con las elites políticas de la república de Weimar. Debajo de su afabilidad resultó ser uno de los barones políticos más despiadados y asesinos del Tercer Reich. Decidido patrocinador de la potenciación de la Luftwaffe, Goering conservaba la perspectiva de un piloto de caza y nunca adquirió las perspectivas más amplias, de índole logística y tecnológica, que eran necesarias para mandar una fuerza aérea en el decenio de 1940. Adicto a las drogas desde que resultara herido en el *putsch* de la cervecería de Munich en 1923, cuando Hitler había intentado derrocar la república de Weimar, la capacidad de prestar atención y la competencia de Goering ya habían empezado a decaer al estallar la guerra. Raeder, en cambio, era uno de los oficiales navales más conservadores de su tiempo. Esto no le impidió hacer que la marina apoyara al nazismo con tanto entusiasmo como la Luftwaffe, pero sus concepciones estratégicas para la marina fueron las menos innovadoras entre las de todos los jefes militares alemanes.

LA CAMPAÑA CONTRA POLONIA

A finales de marzo de 1939 Gran Bretaña y Francia habían garantizado la independencia de Polonia y Hitler, furioso, había

tomado la decisión de eliminar a los polacos por medio de la acción militar en septiembre de aquel año. Dado que una campaña contra Polonia estaría en gran parte a cargo del ejército, el OKH asumió la responsabilidad de planear las operaciones. Halder y su estado mayor se pusieron a trabajar en el proyecto a principios de abril. No cabe duda de que Halder expresó el entusiasmo que le producía una guerra contra Polonia ante varios oficiales de alta graduación, al mismo tiempo que descartaba por completo la posibilidad de una intervención de las potencias occidentales. Lo asombroso es que nadie —ni Hitler, ni Brauchitsch, ni Goering, ni Halder— hablase de los planes a largo plazo que debía hacer la Wehrmacht por si las potencias occidentales declaraban la guerra.

El concepto inicial para el ataque contra Polonia llevaba aparejados dos golpes tremendos: el más fuerte, a cargo del Grupo de Ejércitos del Sur, bajo el Generaloberst Gerd von Rundstedt, partiría en dirección al noroeste desde Silesia hacia Varsovia. El Grupo de Ejércitos del Norte cerraría el Pasillo Polaco —la franja de territorio que separaba Pomerania de Prusia Oriental— y luego se desviaría hacia el sudeste por detrás de la capital polaca. Tres ejércitos estaban concentrados en el Grupo de Ejércitos del Sur. Los ejércitos 8º y
14°
cubrirían los flancos del
10°
ejército, que disponía de una porción considerable de las divisiones mecanizadas y motorizadas alemanas. El
10°
destruiría al ejército polaco ante el río Vístula e impediría que la resistencia se prolongase en el corazón del país. En el norte, los ejércitos 3º y 4º del Grupo de Ejércitos del Norte cruzarían el Pasillo Polaco y avanzarían directamente sobre Varsovia. Sin embargo, el Generaloberst Fedor von Bock, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Norte, arguyo que las divisiones mecanizadas del 4º ejército debían internarse profundamente detrás de Varsovia después de cruzar Prusia Oriental. El OKH acabó accediendo a ello.

Debajo de los planes alemanes se hallaba el tema recurrente de que la Wehrmacht debía ejecutar las operaciones de manera rápida y despiadada. En el plano estratégico, este planteamiento reflejaba

la esperanza de Hitler de que una victoria militar rápida disuadiera a Gran Bretaña y a Francia de intervenir. En el plano operacional subrayaba la concepción alemana de la guerra, cuyo objetivo era empezar por destruir el equilibrio polaco y, por medio del ritmo de las operaciones, asegurarse de que los polacos no se recuperaran.

En 1939 los alemanes aún no habían desarrollado plenamente el concepto de la *Blitzkrieg* , la «guerra relámpago». Aún no existía ningún ejército de blindados y la Luftwaffe apenas contribuía a potenciar las fuerzas de tierra. No había ningún cuartel general que fuera responsable de coordinar la actuación de las tres armas durante la campaña. Según los planes de la Luftwaffe, había que empezar por un masivo bombardeo estratégico de Varsovia. Este plan se malogró debido al mal tiempo que reinaba en la capital polaca el 1 de septiembre, pero el apoyo directo al ejército siguió ocupando el último lugar entre las prioridades de la aviación. Si bien los alemanes dedicaron algunos recursos a proporcionar apoyo aéreo inmediato a las fuerzas de tierra, la única estrategia que la Luftwaffe y el ejército habían ideado era un sistema de coordinación para que los aviones apoyaran los ataques contra sistemas de defensa estáticos en tierra. Fuera de estas operaciones, ninguna de las dos armas poseía las comunicaciones, la doctrina táctica y la experiencia práctica necesarias para apoyar desde el aire a fuerzas móviles que avanzaran rápidamente. En 1939 y 1940 la combinación de tanques y bombarderos en picado Stuka existía sólo en la imaginación de Goering y en las pesadillas de los aliados. Los primeros experimentos de este tipo de cooperación tuvieron lugar finalmente en abril de 1940, cuando ya era demasiado tarde para apoyar las operaciones móviles del ejército en Polonia o las que más adelante se llevarían a cabo contra los franceses.

El despliegue contra Polonia reveló que se habían registrado mejoras importantes en el adiestramiento y la preparación desde la crisis del otoño de 1938. Los alemanes reunieron aproximadamente 54 divisiones para el ataque contra Polonia, todas las cuales estaban mejor armadas que las 37 divisiones que se habían concentrado contra Checoslovaquia en septiembre de 1938. Seis eran divisiones panzer o blindadas, cuatro eran ligeras y otras cuatro eran de infantería motorizada. El resto eran divisiones convencionales de infantería por el estilo de las de la primera guerra mundial que

marchaban al campo de batalla a pie y cuya artillería y material logístico eran arrastrados por caballos. El Grupo de Ejércitos del Norte consistía en 630 000 soldados; el Grupo de Ejércitos del Sur, en 886 000. El
10°
ejército incluía dos divisiones blindadas, tres ligeras y dos de infantería motorizada (en tres cuerpos) para el ataque contra Varsovia, a la vez que el
14°
ejército poseía una división ligera y dos blindadas para lanzar una ofensiva contra Cracovia, en el sur de Polonia. En el norte, la 10ª división blindada permanecía en reserva, mientras el XIX cuerpo blindado del general Heinz Guderian disponía de una división blindada y dos de infantería motorizada para cruzar el Pasillo Polaco y pasar por detrás de Varsovia. Los alemanes disimularon hábilmente los despliegues de tropas y tanques, por lo que los polacos nunca averiguaron cuándo empezaría el ataque.

Los tres jefes más importantes del ataque contra Polonia serían Rundstedt, Bock y el Generaloberst Walter von Reichenau, comandante en jefe del
10°
ejército. Rundstedt ya era viejo para ser un jefe militar de alta graduación, pero se le respetaba mucho por su competencia. A pesar de que en la posguerra afirmaría que no le había interesado la política, serviría lealmente a Hitler y al régimen nazi hasta el final. Bock poseía una personalidad más acerba, lo cual explica por qué su carrera terminaría en el verano de 1942. Era especialmente áspero cuando sospechaba que alguien había sobrepasado los límites del comportamiento «apropiado». Durante la marcha hacia el interior de Austria había regañado a Guderian porque el estado de sus vehículos era poco militar, toda vez que muchos de ellos estaban adornados con flores. Reichenau era mucho más joven que Rundstedt y Bock y partidario declarado y entusiasta de los nazis. En los primeros años del Tercer Reich, Reichenau, como principal subordinado de Blomberg, había contribuido en gran medida a que el ejército estuviera bajo el control del régimen. En el verano de 1941 haría pública una proclama dirigida a sus tropas en la que subrayaba su apoyo total a la guerra de exterminio emprendida por

el régimen contra los judíos. En calidad de comandante en jefe del 10°
ejército, Reichenau demostró ser un jefe imaginativo y enérgico en el plano operacional. De hecho, estos tres oficiales sin excepción, así como la mayoría de sus colegas, eran maestros en su profesión, al menos en los campos de batalla de la Europa central.

A comienzos de agosto los polacos ya habían reconocido las líneas generales de los despliegues alemanes y adivinado dónde podían tener lugar las ofensivas de la Wehrmacht, pero la rapidez de las operaciones alemanas los pilló totalmente desprevenidos. En realidad Polonia se encontraba en una posición insostenible. A diferencia de Checoslovaquia, no poseía fronteras naturales. Su región industrial más importante lindaba directamente con Alemania, que limitaba con Polonia por tres lados. En el este los soviéticos eran, en el mejor de los casos, hostiles. Y la relativa falta de relieve del terreno polaco era ideal para las operaciones móviles.

El ejército polaco de 1939 consistía en 30 divisiones en activo, 11 brigadas de caballería independientes y 2 brigadas mecanizadas. La movilización de los reservistas aportaría otras 9 divisiones. En total los polacos podían situar más de un millón de hombres en el campo de batalla. A diferencia de los checos, los polacos mantenían unidades regulares en escala reducida, lo cual hacía necesaria la movilización para que las unidades en servicio activo contaran con todos sus efectivos. Sin embargo, los suboficiales polacos estaban bien preparados y muy motivados, aunque su número era demasiado reducido. Pero la calidad de los oficiales presentaba grandes variaciones. Además de estos problemas, el ejército polaco sufría graves deficiencias de material; los alemanes llevaban mucha ventaja en comunicaciones, artillería pesada y armas de apoyo, así como en logística. Asimismo, los polacos no poseían nada que equivaliese a las fuerzas mecanizadas alemanas, a la vez que su infantería carecía de adiestramiento, armas, apoyo y doctrina para llevar a cabo operaciones móviles. Finalmente, la fuerza aérea polaca tenía sólo 313 aviones de combate, frente a los 2085 de la Luftwaffe.

Pero los polacos gozaban de una ventaja que no tenía precio: gracias a la habilidad de sus espías y a una brillante labor matemática, habían logrado comprender el funcionamiento de la

máquina de cifra Enigma de los alemanes. En el verano de 1939 pasaron estos conocimientos a sus nuevos aliados, los ingleses y los franceses. Basándose en esta información, los ingleses empezaron a preparar su sistema de descifre (cuyo nombre clave era Ultra), que contribuiría de manera decisiva a la victoria aliada en la segunda guerra mundial.

La tozuda negativa polaca a abandonar sus regiones industrializadas cerca de la frontera alemana hizo que una situación que era difícil pasara a ser insostenible. Los polacos destinaron una porción considerable de sus fuerzas a defender este territorio, que a todos los efectos prácticos era indefendible. Sus perspectivas se vieron todavía más perjudicadas por la inoportunidad: la invasión sorprendió a los polacos antes de que terminaran de movilizar todas sus fuerzas. La culpa fue en gran parte de las potencias occidentales. Los estadistas británicos y franceses, que seguían tratando activamente de apaciguar a los alemanes, pidieron a los polacos que retrasaran la movilización para no ofender a Hitler. La situación económica de Polonia también influyó en la decisión de retrasar la movilización, pero el resultado final fue que Polonia no movilizó sus fuerzas hasta el 29 de agosto. Al empezar la invasión el 1 de septiembre, sólo una tercera parte de las unidades del ejército polaco contaban con todos sus efectivos. Las otras divisiones regulares aún no habían terminado de integrar a los reservistas, a la vez que las divisiones de reserva se hallaban en las primeras etapas de movilización.

La campaña alemana se ganó en los primeros días del ataque. Ante la feroz resistencia polaca, las nubes de polvo y los fallos inevitables que se producen cuando las tropas reciben su bautismo de fuego, algunas de las puntas de lanza alemanas avanzaron unos 24 kilómetros el primer día. El 4º ejército cruzó el Pasillo Polaco con el XIX cuerpo blindado de Guderian en la vanguardia. Guderian atravesó entonces Prusia Oriental para enlazar con el avance del 3º ejército sobre Varsovia. El XIX cuerpo blindado cortó por detrás de la capital y acabó así con las pocas perspectivas que tenían los polacos de prolongar la resistencia detrás del río Vístula. En el sur, el
10°
ejército obtuvo una victoria importante. Las divisiones mecanizadas

y motorizadas de Reichenau atravesaron las defensas enemigas en Silesia y penetraron en terreno despejado, lo cual les proporcionó libertad operacional al finalizar el segundo día. El 6 de septiembre las unidades blindadas del
10°
ejército ya habían destruido las fuerzas polacas que tenían delante y se encontraban a medio camino de Varsovia. Las divisiones polacas desplegadas al noroeste pronto se encontraron con que había tropas alemanas entre ellas y la capital. En el sur, el
14°
ejército ocupó Cracovia y las fuerzas polacas desplegadas al norte de los Cárpatos se derrumbaron.

En el aire, la aviación polaca opuso mucha resistencia en los primeros días y sus pilotos demostraron ser valientes y hábiles. Pero la Luftwaffe machacó a los polacos y la superioridad alemana tanto en el número como en la calidad de sus aviones pronto se hizo notar. En los ataques contra los aeródromos polacos el 1 de septiembre falló el factor sorpresa porque los polacos ya habían trasladado sus aviones a aeródromos secundarios. Pero la presión incesante de la Luftwaffe acabó destruyendo la fuerza aérea polaca. Mientras tanto, los ataques contra el sistema ferroviario interrumpieron la movilización que los polacos estaban llevando a cabo, a la vez que los ataques aéreos dificultaban los movimientos en terreno despejado. Los esfuerzos por romper los cercos a lo largo del río Bzura fracasaron a causa de los bombardeos aéreos, que causaron tanta desmoralización que los defensores arrojaron sus armas.

La ruptura de sus defensas y la explotación sin tregua de la misma por parte de las fuerzas mecanizadas alemanas ya habían derrotado a los polacos al finalizar la primera semana de guerra. El 7 de septiembre, el mariscal Edward SmiglyRydz, comandante en jefe del ejército polaco, sacó su cuartel general de Varsovia debido a la creciente amenaza alemana. Su decisión completó el derrumbamiento del sistema de mando y control de los polacos. Los intentos desesperados de replegarse detrás del Vístula fracasaron a causa de la continua presión alemana en el aire y en tierra y el alto mando polaco perdió el dominio de la situación. El rápido colapso de los polacos dio a la Unión Soviética una excusa para intervenir el

17 de septiembre. Proclamando que no hacía más que proteger a la población fraterna de Bielorrusia y Ucrania, el Ejército Rojo cruzó la frontera oriental de Polonia el 17 de septiembre. Para entonces la campaña ya había empujado al ejército polaco hacia el oeste. Lo único que ahora les quedaba por hacer a los ejércitos alemán y soviético era rodear a los restos de un enemigo derrotado.

Varsovia, sin embargo, consiguió resistir hasta finales de septiembre, lo cual dio lugar a que un general de la Luftwaffe, Wolfram von Richthofen, pidiera permiso para destruir la ciudad por completo, teniendo en cuenta que estaba previsto que fuese sólo una estación aduanera. El OKW se mostró más comedido al ordenar que el bombardeo aéreo eliminara sólo las instalaciones que fueran esenciales para que la vida continuase en la ciudad. A finales de septiembre los defensores de Varsovia se rindieron y las fuerzas armadas de Polonia dejaron de existir en territorio polaco. Pero el gobierno se exilió y sus fuerzas continuarían luchando al lado de los aliados hasta el final de la guerra. Las pérdidas polacas fueron de 70 000 muertos, 133 000 heridos y 700 000 prisioneros; los alemanes tuvieron 11 000 muertos, 30 000 heridos y 3400 desaparecidos en combate.

Las negociaciones soviéticonazis establecieron ahora una línea de demarcación «definitiva». La línea inicial, trazada al azar en los protocolos del pacto de No Agresión entre nazis y soviéticos firmado en agosto de 1939, había situado Lituania dentro de la esfera alemana, a la vez que algunas regiones donde había población de habla polaca debían pasar a poder de los soviéticos. Alarmados por la invasión de Polonia y dolidos por la toma de Memel por los alemanes en marzo, los lituanos rechazaron las proposiciones alemanas. Los soviéticos propusieron entonces un cambio en la división del territorio y sus habitantes. Alemania recibiría todo el territorio donde se hablara polaco mientras que Lituania caería dentro de la esfera soviética. Decepcionado al ver que Lituania no entraba en el bando alemán y preocupado porque la división de la población polaca sería causa de inestabilidad, Hitler aceptó la proposición soviética. Las consecuencias estratégicas de estas nuevas disposiciones influirían mucho en el resultado de la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941, toda vez que Hitler renunció a territorios que hubieran mejorado

mucho la posición geográfica de la Wehrmacht. Pero ningún miembro del alto mando alemán se preguntó por las consecuencias estratégicas de la cesión de Lituania.

Desde el primer día de la guerra los alemanes pusieron en práctica el programa ideológico del *Führer* , cuyo objetivo era rehacer la demografía de Europa. Crueldades que los europeos no habían imaginado durante cuatro siglos cayeron sobre judíos y polacos por igual, como resultado de la política deliberada del gobierno alemán. Hitler exigió como mínimo la eliminación de las clases dirigentes e intelectuales de Polonia para que los polacos nunca más volviesen a desafiar a sus amos. Una anotación en el diario del general Halder, que deja constancia de los comentarios de Hitler, reza: «*Hay que impedir que la intelectualidad polaca se establezca como nueva clase gobernante* . Debe conservarse el bajo nivel de vida. Esclavos baratos».[1]

Pero las deportaciones, ejecuciones y detenciones en masa que llevaron a cabo los nazis en el oeste y el centro de Polonia tuvieron su equivalente en lo que las fuerzas de seguridad de Stalin estaban haciendo en el este. Un destino más sombrío aguardaba a los judíos. El 30 de enero de 1939 Hitler había proclamado su intención de castigar al «judaismo mundial» por la guerra que él, Hitler, no tardaría en desencadenar. Desde el comienzo de la campaña de Polonia, los SS Einsatzgruppen (grupos especiales de operaciones) perpetraron atrocidades contra los judíos, aunque en 1939 se dedicaron principalmente a atacar de forma salvaje a los polacos. Las atrocidades fueron tan graves que disgustaron incluso al ejército alemán, pese a ser una organización que no se caracterizaba por sus remilgos. De hecho, el general encargado de la administración militar en Polonia, Johannes Blaskowitz, se quejó ante Berlín de las SS y las autoridades políticas. Si las atrocidades alemanas de 1939 aún no habían alcanzado el horror de 1941, era sólo porque los líderes nazis aún no habían ideado un sistema de exterminio eficiente. Las autoridades alemanas en los territorios ocupados concentraron a los judíos en guetos restringidos donde el hambre, las enfermedades y el exceso de trabajo pronto empezarían a cobrarse su tributo.

DILEMAS ESTRATÉGICOS

La ocupación del resto de Checoslovaquia por parte de Hitler en marzo de 1939 había resucitado la alianza anglofrancesa de la primera guerra mundial. Durante la primavera y el verano de 1939 las dos potencias se esforzaron por alinear su política estratégica y militar, pero debajo de la capa de cooperación había aún un núcleo de suspicacia que era fruto de los errores y la despreocupación de los dos decenios anteriores. La opinión popular en sus respectivos países empujó a ambos gobiernos a apoyar a los polacos, pero las perspectivas del conflicto que se avecinaba aterraban a los líderes aliados. Como el grueso de las fuerzas de tierra sería suyo, los franceses determinarían la estrategia militar de las potencias occidentales en el continente, al tiempo que la fuerza de la Royal Navy daba a los ingleses la voz preponderante en los asuntos navales. Pero mientras que la estrategia del Tercer Reich dependía en gran parte de la voluntad idiosincrática de un solo hombre, un número casi infinito de comisiones, organismos interaliados e instituciones democráticas hacían prácticamente imposible que las potencias occidentales se pusieran de acuerdo sobre alguna decisión o política coherente que llevara aparejada la acción.

En el centro de esta estrategia de inacción por defecto se hallaba el hecho innegable de que los políticos británicos y franceses no se veían con ánimos para la guerra. La invasión de Polonia por los alemanes había convertido en realidad la peor pesadilla de aquéllos. La política de apaciguamiento había fracasado, pero en lo último que pensaban era todavía en una acción militar en serio. En el mejor de los casos, la estrategia aliada se apoyaba en la esperanza de que las potencias occidentales pudieran ganar estrangulando la economía alemana sin tener que recurrir al campo de batalla.

Su instrumento preferido volvería a ser un bloqueo, método que finalmente había paralizado a Alemania en 1918. Por desgracia para las perspectivas aliadas, la única manera posible de hacer que el bloqueo fuese eficaz consistía en emprender operaciones militares en serio que dañasen los intereses alemanes y obligasen a la Wehrmacht a combatir en desventaja. Pero este procedimiento era justamente lo que rechazaban los líderes aliados, tanto militares como civiles. A finales de agosto de 1939, Mussolini había estado a

punto de hacer honor a sus obligaciones para con la Alemania nazi. Pero un masivo esfuerzo anglofrancés por apaciguar a los italianos dio buenos resultados y en el último momento Mussolini evitó entrar en guerra. Este pequeño éxito del apaciguamiento privó a las fuerzas aliadas en el Mediterráneo de la oportunidad de alcanzar fácilmente victorias militares contra los italianos, en un momento en que los alemanes no estaban en condiciones de ayudar.

De forma parecida, los franceses se negaron a entrar en acción en el frente occidental para responder al ataque contra Polonia. Como los alemanes ya habían desplegado 35 divisiones en el *Westwall* antes del 7 de septiembre, los franceses tenían pocas perspectivas de lograr una gran victoria. No obstante, hubieran podido atacar el Sarre, importante centro de industria que producía cerca del 8 por ciento del carbón de Alemania, pero no lo hicieron. El alto mando francés no cumplió las promesas que hiciera a los polacos antes de la guerra en el sentido de que atacaría a los alemanes en el oeste; las patrullas francesas ni siquiera llegaron a la línea de puestos avanzados del *Westwall* . A mediados de septiembre el general Maurice Gamelin, comandante en jefe del ejército francés, contestó a las desesperadas peticiones de ayuda de los polacos declarando que su ejército estaba en «contacto» con los alemanes, lo cual no era verdad, y que la aviación francesa tenía inmovilizada a buena parte de la Luftwaffe en el oeste, lo cual tampoco era cierto. Dijo al agregado militar polaco que Francia ya había cumplido así su promesa de lanzar una ofensiva antes de que transcurrieran 15 días desde la movilización. Y añadió que el ejército francés no podía hacer más.

Al mismo tiempo Gamelin comunicó a los ingleses que no preveía que los combates en el frente occidental fueran a causar numerosas bajas, ya que el objetivo de las operaciones que había empezado (patrullar hasta el *Westwall*) era distraer a los alemanes. No tenía ninguna intención de atacar las principales defensas del enemigo, y mucho menos la cuenca del Sarre. Al final, Gamelin —hombre meloso, muy inteligente, asiduo cultivador de los contactos políticos— demostró no tener ni pizca de verdaderas cualidades de militar y, por desgracia, esta combinación de rasgos era típica de los jefes políticos y militares aliados en 1939.

La estrategia aliada en Escandinavia también ayudó a los

alemanes. Debido a la interrupción de las exportaciones de mineral de hierro francés desde BrieyLongwy al estallar la contienda, la economía de guerra alemana necesitaba desesperadamente mineral de hierro sueco de gran calidad. Durante el verano dicho mineral pasaba por el puerto báltico de Lulea; en el invierno, al helarse el Báltico, pasaba por el puerto noruego de Narvik. A mediados de septiembre de 1939, Winston Churchill, que volvía a formar parte del gabinete británico en calidad de primer lord del Almirantazgo, propuso que se minaran las aguas territoriales noruegas frente a Narvik. Pero chocó con la oposición del ministerio de Asuntos Exteriores y los jefes del estado mayor. El primero arguyo que la operación violaría los derechos de una pequeña potencia neutral y amiga, a la vez que los segundos afirmaron que podía impedir que Noruega y Suecia invitaran a las fuerzas aliadas a ayudar a Finlandia y ocupar los yacimientos de mineral metalífero.

El resultado de estas deliberaciones de los aliados fue que *no* se hizo nada. Los jefes militares rechazaron todas las posibilidades porque temían la fuerza del Eje y exageraban su propia debilidad. Al mismo tiempo que rechazaban las medidas contra Alemania, los líderes aliados estudiaban la posibilidad de tomar medidas militares contra la Unión Soviética por haber invadido Finlandia. El excomandante en jefe del ejército francés, Máxime Weygand, instó a llevar a cabo ataques aéreos contra los yacimientos de petróleo soviéticos cerca de Bakú.

Un ataque de la RAF contra la base naval alemana de Wilhelmshaven, en diciembre de 1939, subraya la inutilidad de la llamada «guerra falsa». Veinticuatro bombarderos Wellington tenían que atacar la flota alemana. Al llegar, descubrieron un acorazado, un crucero pesado, un crucero ligero y cinco destructores. Los Wellingtons tomaron fotografías, pero debido a que los navíos de guerra estaban amarrados a muelles donde podía haber trabajadores civiles, no arrojaron sus bombas. Los cazas alemanes —menos considerados— derribaron diez Wellingtons.

Hitler había empezado la guerra creyendo que, en vista de la situación desesperada de Polonia y de la cobardía de los jefes aliados, Gran Bretaña y Francia no intervendrían. Sin embargo, estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de un error de cálculo. Lo que no previo fue la insuficiencia del apoyo económico soviético

y los efectos del bloqueo aliado en la economía de guerra alemana. El tonelaje y el valor de las importaciones alemanas descendieron aproximadamente un 75 por ciento debido al bloqueo. Todavía más peligrosa fue una disminución de las existencias de carburante entre septiembre de 1939 y abril de 1940. En septiembre las reservas de carburante alemanas eran de unos 2 millones de toneladas; en mayo habían descendido a unos 1,4 millones a pesar de la ausencia casi total de operaciones militares. Además, durante el invierno las escaseces de carburante causaron graves dificultades económicas y obstaculizaron los preparativos militares. Las existencias de gasolina cayeron de 272 000 toneladas a principios de septiembre a unas 100 000 en abril de 1940; las de gasóleo, de unas 199 000 a 66 000 toneladas; y las de carburante para calderas de alrededor de 317 000 a unas 231 000. Sólo las existencias de carburante para la aviación permanecieron estables.

La situación económica explica por qué a principios de octubre de 1939 Hitler exigió que la Wehrmacht emprendiera inmediatamente una ofensiva en el oeste. Una directriz del OKW fechada el 9 de octubre y escrita por orden del *Führer* advertía de que «el peligro en caso de una guerra prolongada reside en la dificultad de garantizar, a partir de una base limitada de alimentos y materias primas, [el necesario nivel de sustento] para la población al mismo tiempo que se garantizan los medios para la prosecución de la guerra».[2] La exigencia de lanzar una ofensiva en el oeste encontró mucha oposición por parte de los generales. El resultado fue una pelea furiosa. Lo que había detrás de las exhortaciones de Hitler era la presión económica que soportaba el Reich. Por otra parte, hasta cierto punto estaba justificada la afirmación del ejército de que sus deficiencias tácticas y operacionales afectarían a su capacidad para llevar a cabo una ofensiva victoriosa en el oeste.

Las discusiones de Hitler con sus generales se centraban de forma exclusiva en asuntos operacionales y tácticos. Con todo, la concepción estratégica que había detrás de la ofensiva del otoño de 1939 adolecía de defectos fundamentales, lo cual reflejaba falta de previsión al trazar los planes para invadir Polonia. El 9 de octubre, Hitler dio a conocer la Directriz n° 6 para la Dirección de la Guerra, en la que explicaba en líneas generales sus objetivos territoriales y sugería sus expectativas estratégicas. La ofensiva se lanzaría contra

«los flancos septentrionales del frente occidental, a través de Luxemburgo, Bélgica y Holanda… cuanto antes y con la mayor fuerza posible». Su propósito era «derrotar la mayor parte posible del ejército francés y las fuerzas de los aliados que combatían a su lado». Pero su objetivo territorial era «apoderarse de una parte tan grande de Holanda, Bélgica y el norte de Francia [como fuera posible], para utilizarla como base de la victoriosa prosecución de la guerra aérea y marítima contra Inglaterra, además de como amplia zona de protección del Ruhr, que era importantísimo desde el punto de vista económico».[3] Es significativo que Hitler no pretendiera derribar a Francia o a su ejército y que, en vez de ello, hiciese hincapié en tomar bases desde las cuales la Luftwaffe pudiera llevar a cabo una campaña contra Gran Bretaña en el aire y en el mar. Lo que importaba al *Führer* era llevar ventaja en su lucha contra los ingleses. Es claro que calculaba que los partidarios británicos del apaciguamiento no harían frente a los golpes fuertes y que Francia se derrumbaría en cuanto cayera Gran Bretaña. Es lo que sugirió en un comentario que hizo a Brauchitsch: «Los ingleses estarán dispuestos a conversar sólo después de una paliza… Debemos atacarles tan rápidamente como sea posible».[4]

Halder empezó a preparar el plan del OKH para una ofensiva en el oeste basándose en la Directriz n° 6. Por tanto, los objetivos estratégicos y operacionales del plan que trazó eran limitados: conquistar los Países Bajos y el norte de Francia para que Alemania pudiese controlar los puertos del Canal. No era una repetición del Plan Schlieffen de 1914, que había pretendido destruir Francia por medio de un gran movimiento envolvente que atravesaría los Países Bajos, penetraría en el norte de Francia y barrería al ejército francés. El OKW dejó claro desde el principio que el objetivo era más bien hacerse con la costa del Canal. La oposición del ejército a la ofensiva no se debió al descontento con la estrategia de Hitler, sino más bien a las preocupaciones que había causado la actuación de las tropas alemanas en los combates librados en Polonia. A primera vista la campaña de Polonia había sido una victoria clamorosa. Sin embargo, el análisis que hizo el OKH de la actuación de las unidades reveló una serie de deficiencias: las tropas *no* habían estado a la altura de lo que exigía el ejército, que era mucho. Si bien se hicieron importantes cambios tácticos y

operacionales que influirían mucho en futuras victorias alemanas, igual importancia tuvieron el adiestramiento y la adaptación institucional.

El reexamen y la reevaluación rigurosos de que fue objeto el ejército después de la victoria en Polonia explican por qué la Wehrmacht sería tan devastadora en el campo de batalla. A finales de octubre el OKH había reunido gran número de informes que hacían pensar en la existencia de graves deficiencias en el adiestramiento de la infantería y las armas combinadas y en la iniciativa de los oficiales y los suboficiales, así como falta de agresividad por parte de las tropas alemanas expuestas al fuego del enemigo. Además, la cooperación entre la Luftwaffe y el ejército no había sido satisfactoria después de que las puntas de lanza blindadas penetraran en terreno abierto; en diversas ocasiones la Luftwaffe había atacado a unidades blindadas alemanas que avanzaban a través de las retaguardias polacas. Basándose en estos informes, el OKH instituyó un programa de adiestramiento muy completo con el fin de elevar el nivel de competencia en combate e inculcar un espíritu agresivo a las unidades que protagonizarían la ofensiva en el oeste. Durante seis meses el ejército alemán recibió un adiestramiento riguroso con el que se quería corregir sus deficiencias.

Así pues, las discusiones entre Hitler y sus generales giraban en torno a la preparación del ejército. A principios de noviembre Brauchitsch sugirió al *Führer* que el estado del ejército era tan malo como en 1918. Hitler montó en cólera ante la insinuación de que el nacionalsocialismo no había motivado suficientemente a la juventud alemana; reprendió con amargura a los generales, y a Brauchitsch en particular, por no haber hecho su trabajo y exigió que se le informase de cuántas penas de muerte por insubordinación habían dictado los consejos de guerra del ejército. Temblando de pies a cabeza, el comandante en jefe del ejército se retiró a Zossen, el cuartel general del OKH. Una serie de alertas en noviembre y diciembre llevaron a las tropas alemanas a las bases de operaciones del oeste, pero el tiempo otoñal poco propicio, malísimo incluso para Europa, obligó a aplazar la ofensiva. Sin embargo, Hitler no la aplazó finalmente hasta que en enero los planes alemanes cayeron en manos de los belgas debido a un error de vuelo del avión correo

que los transportaba. Los generales dispusieron, pues, de otros cuatro meses para hacer que todo el ejército alcanzase unos niveles elevados.

Durante todo este período el OKH abdicó de la dirección estratégica y política de la guerra y se sometió totalmente al *Führer* . En esta abdicación había también connotaciones morales. El ejército, según dijo su venerado exjefe, Fritsch, había llegado a considerar a «Hitler el destino de Alemania», aun cuando estaba plenamente enterado de las atrocidades que las SS habían cometido en Polonia. En una carta que escribió a su esposa a finales de noviembre de 1939, un oficial del estado mayor de operaciones del OKH dijo: «La fantasía más descabellada de la propaganda destinada a inspirar horror no es nada si se compara con la realidad, las pandillas organizadas que asesinan, roban y saquean y que, según se dice, gozan de la tolerancia de las más altas autoridades… ¡Me avergüenzo de ser alemán!»[5] Sin embargo, los generales no desafiaron a Hitler por consideraciones estratégicas ni morales. El ejército comprobó que Hitler no prestaba atención a los consejos ni siquiera en las cosas relacionadas con las operaciones y la preparación, es decir, en lo que la institución castrense tenía por su esfera.

ESTRATEGIA ALEMANA EN ESCANDINAVIA

Mientras los jefes alemanes discutían sobre cuál sería la siguiente operación, los soviéticos ampliaron su dominio en la Europa oriental. Brigadas de la NKVD sembraban el terror en el este de Polonia. Lituania, Letonia y Estonia recibieron ultimátums perentorios para que aceptasen la presencia de guarniciones soviéticas que las «protegerían» de enemigos no especificados. Stalin formuló luego las mismas exigencias a Finlandia. Los finlandeses accedieron a algunas de ellas, pero se negaron a hacer concesiones que representaran un riesgo para su independencia. Seducido por su propia propaganda, Stalin atacó entonces a Finlandia a finales de noviembre. Reservistas de Leningrado fueron enviados a Finlandia sin la menor preparación para combatir en regiones árticas. Apenas hubieron empezado las hostilidades, los

soviéticos reconocieron la República Democrática de Finlandia, integrada por unos cuantos finlandeses comunistas que vivían en Moscú y habían sobrevivido a las purgas. Obviamente, Stalin esperaba que los obreros finlandeses recibieran al Ejército Rojo con los brazos abiertos.

Pero las fuerzas soviéticas chocaron con una nación unida y defendida por los soldados más duros y más capacitados del mundo para luchar en condiciones invernales. Con menos de cuatro horas de luz diurna en el sur de Finlandia al finalizar el año, temperaturas bajo cero y ventiscas violentas, el mal preparado Ejército Rojo sufrió un desastre. Los ataques contra la línea defensiva Mannerheim ante la ciudad finlandesa de Viipuri fracasaron, y lo mismo ocurrió con los que se lanzaron al norte del lago Ladoga. Dos columnas de tropas soviéticas, cada una de ellas con efectivos propios de un cuerpo de ejército, penetraron hasta llegar al centro de Finlandia. El avance en el norte se replegó con grandes bajas. Las tropas finlandesas aislaron, dividieron y luego destruyeron las divisiones soviéticas
16°
y
44°,
encargadas del avance en el sur. El Ejército Rojo recibió una paliza humillante en todo el frente.

Si bien estas derrotas hacían pensar que el ejército adolecía de defectos graves, fueron menos representativas de la calidad de las fuerzas soviéticas que la batalla que en agosto y septiembre de 1939 se libró en Nomanhan, en la Mongolia Exterior. Las divisiones soviéticas bajo el mando del general Georgy Zhukov habían aplastado allí a una división reforzada japonesa. Sin embargo, basándose en los desastres de la guerra de Finlandia, los analistas europeos sacaron la conclusión de que las capacidades soviéticas eran claramente inferiores. Esta conclusión tendría un efecto fatídico en los preparativos nazis para invadir la Unión Soviética.

La invasión soviética de Finlandia indignó a Occidente. La Sociedad de Naciones expulsó a la Unión Soviética, al tiempo que Gran Bretaña y Francia trazaban planes inoperantes para intervenir a favor de Finlandia. Hasta Mussolini mandó aviones a los atribulados finlandeses. Stalin, sin embargo, no tenía la menor

intención de verse envuelto en la guerra general de Europa, al menos de momento. Lo primero que había que hacer era persuadir a los finlandeses de que las derrotas soviéticas no indicaban el verdadero equilibrio entre las naciones. Los soviéticos concentraron fuerzas de tierra y aire en el istmo de Carelia y a principios de febrero unas *45* divisiones, respaldadas por una cantidad enorme de artillería y 3000 tanques, atacaron a los finlandeses, que tuvieron que retirarse a Viipuri. A comienzos de marzo de 1940 el Ejército Rojo ya se había abierto paso entre las líneas finlandesas, y el 13 de dicho mes el mariscal Cari Mannerheim, comandante en jefe de las fuerzas finlandesas, convenció a su gobierno de la necesidad de aceptar las exigencias territoriales de Stalin. Prácticamente todo el istmo de Carelia cayó en poder de los soviéticos y Stalin también se quedó con territorios finlandeses más al norte. Pero retiró las exigencias que representaban una amenaza para la independencia de Finlandia; la República Democrática de Finlandia desapareció y sus miembros volvieron a su existencia mezquina y temerosa en Moscú.

La agresión de Stalin a Finlandia causó trastornos en una región que tenía mucha importancia económica para Alemania. A pesar de la gran simpatía que los finlandeses despertaban entre el pueblo alemán, Hitler cumplió con las obligaciones que imponía el Pacto de No Agresión nazisoviético. El Reich se negó incluso a transbordar aviones italianos destinados a Finlandia. Es obvio que las dificultades económicas de Hitler y sus esperanzas de recibir ayuda soviética ejercieron un papel clave en la política alemana. Pero aunque las dos potencias firmaron un acuerdo sobre cereales en octubre de 1939, hasta mediados de 1940 no llegaron a un acuerdo sobre asuntos comerciales de mayor envergadura. Si bien Hitler se enfadó cuando los soviéticos invadieron Finlandia, pensó que una intervención de los aliados en Escandinavia significaría que sus enemigos controlarían los esenciales yacimientos de mineral de hierro del norte de Suecia. Contribuyó a que el *Führer* adoptara esta actitud un incidente acaecido el 16 de febrero en el que efectivos navales británicos abordaron el mercante alemán *Altmark* , que en el otoño de 1940 había hecho de buque nodriza del acorazado de bolsillo *Graf Spee* en una aciaga incursión contra los mercantes británicos en el Atlántico Sur. Los ingleses liberaron a los marineros

británicos que el *Graf Spee* había transferido al *Altmark* . Como el incidente ocurrió en aguas jurisdiccionales noruegas, Hitler se convenció de que los ingleses no tardarían en violar la neutralidad de Noruega y de que era necesario adelantarse a ellos.

La marina alemana fomentó la idea, ya que desde el otoño de 1939 el almirante Raeder había abogado por una política agresiva con Escandinavia para proteger los envíos de minerales metalíferos y establecer bases navales en la región. Sin embargo, Raeder, como de costumbre, no adoptó una perspectiva amplia. La campaña en el oeste, si triunfaba, proporcionaría a Alemania los yacimientos de minerales metalíferos del nordeste de Francia, así como una posición geográfica más favorable, sin necesidad de arriesgar la flota de superficie. Además, Raeder no tuvo en cuenta la posibilidad de que con el tiempo la ocupación de Noruega representase para Alemania una carga que no guardase ninguna proporción con sus ventajas estratégicas.

Una vez Hitler hubo decidido llevar a cabo la operación, se trazaron los planes para atacar a Noruega a comienzos de la primavera. Fue prácticamente la única vez en la guerra que los alemanes prepararon una operación conjunta de dos armas, planificada por un estado mayor especial que creó el OKW. Dinamarca no presentaba dificultades importantes, pero Noruega, con su larga costa accesible a la armada británica, planteaba un problema serio. Los alemanes decidieron emplear toda su marina para transportar las fuerzas de tierra necesarias para apoderarse de los puntos estratégicos de Noruega. Un pequeño contingente de paracaidistas de la Luftwaffe tomaría los pocos aeródromos que había en el sur de Noruega. Los cruceros de batalla *Scharnhorst* y *Gneisenau* darían escolta a diez destructores (2000 soldados) hasta Narvik; el crucero pesado *Hipper* y cuatro destructores (1700 soldados) atacarían Trondheim mientras los cruceros ligeros *Köln, Königsberg* y *Kalsruhe* atacarían Bergen (1900 soldados) y Kristiansand (1100 soldados). Finalmente, el crucero pesado *Blücher* , el acorazado de bolsillo *Lützow* y el crucero ligero *Emden* se apoderarían de Oslo (2000 soldados). Además, los alemanes tomaron medidas para transportar pertrechos para las fuerzas de tierra invasoras por medio de barcos mercantes. Estos barcos zarparon seis días antes del ataque con el fin de llegar a su destino

simultáneamente con los barcos de guerra.

La empresa escandinava, cuyo nombre en clave era Weserübung (operación Weser), representaba un riesgo enorme. Los alemanes tenían la esperanza de sorprender a la marina británica, lo cual permitiría que las fuerzas alemanas tomaran los puertos y las bases aéreas noruegas antes de que los ingleses pudieran responder. Con los aeródromos noruegos en su poder la Luftwaffe podría controlar las aguas que bañaban las costas de Noruega.

PLANIFICACIÓN ALEMANA PARA LAS OPERACIONES EN EL OESTE

La operación Weserübung, sin embargo, debía ser una mera campaña secundaria en comparación con Fall Gelb (Caso Amarillo), el ataque contra la Europa occidental. Los alemanes mandaron a Noruega una división de montaña, cuatro divisiones de infantería y una brigada de infantería motorizada, y otras tres divisiones de infantería a Dinamarca. Para Caso Amarillo desplegaron no menos de tres grupos de ejército con 136 divisiones. Por tanto, aunque Halder y Brauchitsch no tomaron parte en la planificación de la invasión de Noruega, sí estuvieron muy ocupados con la de Fall Gelb.

El plan inicial para la invasión de la Europa occidental, que era obra de Halder y se basaba en operaciones ofensivas a cargo de dos grandes ejércitos, el Grupo de Ejércitos A y el Grupo de Ejércitos B, había reflejado la deficiente estrategia con la que Hitler quería obligar a Gran Bretaña a dejar de luchar en los comienzos de la guerra. El plan no agradaba a nadie, ni siquiera a Hitler. En el mejor de los casos, las fuerzas alemanas se apoderarían de los Países Bajos, pero tenían pocas esperanzas de que el primer golpe destruyese a los ejércitos aliados. El Grupo de Ejércitos B del Generaloberst Bock hubiera cruzado el norte de Bélgica y Holanda y tal vez hubiese conquistado estos dos países y los puertos del Canal, pero a los alemanes les hubiera costado avanzar más allá del Somme.

La primera estrategia alternativa salió del Grupo de Ejércitos A,

que debía proteger los flancos del avance. El general Erich von Manstein, jefe del estado mayor del Grupo de Ejércitos A que mandaba el Generaloberst Rundstedt, sugirió que las fuerzas mecanizadas pasaran a su grupo de ejércitos para acelerar el avance a través de las Ardenas. Pero Manstein hubiera destinado sólo una parte relativamente pequeña de las divisiones blindadas a apoyar aquel avance. Mientras tanto, ya se estaba revisando el plan inicial. El 30 de octubre Hitler ya había sugerido que se añadiera un cuerpo blindado a las fuerzas que debían avanzar a través de las Ardenas. El 20 de noviembre Guderian ya estaba preparando el XIX cuerpo blindado (una división de infantería motorizada y dos divisiones blindadas) para ejecutar una maniobra en las Ardenas, a la vez que una nueva directriz del OKW ordenaba que se tomasen «todas las precauciones para permitir que el peso principal del ataque pasara del Grupo de Ejércitos B al Grupo de Ejércitos A en el caso de que la disposición de las fuerzas enemigas sugiriese en algún momento que el Grupo de Ejércitos A podía obtener mejores resultados».[6]

Durante el resto de 1939, Manstein y Rundstedt dieron la lata al OKH para que alterase su plan. Si bien Hitler daba pasos en una dirección parecida, el OKH no podía hacer cambios importantes en los planes porque el *Führer* exigía una ofensiva inmediata. Sólo el aplazamiento de Fall Gelb en enero, debido a la crudeza del invierno y al hecho de que los planes cayeron en poder de los belgas, dio a los alemanes tiempo para la enorme tarea de modificar el despliegue y los planes que fue necesaria cuando se dio prioridad al Grupo de Ejércitos A sobre el B.

Febrero de 1940 fue el momento crítico para modificar los planes operacionales. En los niveles más elevados, Halder desvió la prioridad de la ofensiva alemana contra las Ardenas en mayor medida de lo que jamás propusiera Manstein. Pese a ello, surgieron grandes discrepancias entre Halder y los comandantes de las fuerzas blindadas sobre si éstas debían cruzar el Meuse antes de que las divisiones de infantería se acercaran al río. En un simulacro de combate que se hizo en Coblenza el 7 de febrero, Guderian se mostró partidario de que el XIX cuerpo blindado cruzara el Meuse en el quinto día. Halder comentó después de la reunión que la propuesta de Guderian «no tenía sentido» y que un ataque coordinado en la otra orilla del Meuse sería «imposible antes del

noveno o el décimo día de la ofensiva».[7] En esta primera reunión para hablar de la ofensiva Hitler preguntó a Guderian si el avance en la otra orilla del Meuse debía dirigirse a la costa del Canal o a París. El general de los blindados contestó que a la costa del Canal, pero su decisión reflejaba la creencia de que las divisiones blindadas podían cruzar el Meuse solas. Obviamente, de no haber podido cruzar el río antes del noveno o el décimo día, el objetivo hubiera sido París porque las reservas aliadas se hubieran desplegado desde el oeste y el noroeste.

En otro simulacro de combate que se hizo el 14 de febrero y en un simulacro final a mediados de marzo surgieron más desacuerdos sobre la propuesta de Guderian de cruzar el Meuse sin esperar a la infantería. En el segundo de ellos Halder tomó nota de la siguiente opinión: «Se reserva la decisión sobre nuevos movimientos después del paso del Meuse».[8] Contrariamente a los estereotipos aliados, los planificadores alemanes no se pusieron de acuerdo. De hecho, la discrepancia entre Halder y Guderian no se resolvió; en lugar de ello, los alemanes esperarían que los acontecimientos determinasen qué decisiones operacionales debían tomarse, de acuerdo con la situación real. En vez de rechazar otras posibilidades operacionales por estar Halder por encima de Guderian en el orden jerárquico, los planificadores alemanes dieron a los comandantes de los blindados libertad para que tratasen de cruzar el río por su cuenta. Si fracasaban, el Grupo de Ejércitos A pasaría a la opción basada en la infantería.

Así pues, el nuevo plan tardó mucho tiempo en elaborarse. Reflejaba una concepción de las operaciones que iba dirigida a crear posibilidades en lugar de limitarlas y a permitir a los comandantes que aprovecharan al máximo todas las oportunidades que surgieran sobre la marcha. El plan alemán representaba un riesgo considerable. Se basaba en varios supuestos y el fallo de cualquiera de ellos hubiera podido causar graves dificultades. Para que los alemanes obtuvieran una victoria decisiva, sería necesario que los franceses no defendiesen las Ardenas, desplegaran fuerzas débiles a lo largo del Meuse, entrasen precipitadamente en Bélgica con sus fuerzas móviles y no dispusieran de reservas para hacer frente a los alemanes si éstos rompían sus líneas defensivas.

Por suerte para los invasores, los aliados les hicieron el juego de

manera total. Durante el invierno, el general Maurice Gamelin, el comandante en jefe aliado, contribuyó a que sus fuerzas fuesen aún más vulnerables a una ofensiva a través de las Ardenas al cambiar sus planes y el despliegue de las mismas. Los franceses estaban en desventaja en varios sentidos. Su ejército no tenía experiencia militar reciente a la vez que sus conceptos tácticos y operacionales estaban desfasados. Por carecer de los beneficios prácticos que la campaña de Polonia había dado a los alemanes, ni los franceses ni los ingleses acertaron a reconocer sus deficiencias y mucho menos a corregirlas. En la otra orilla del Rin los alemanes adquirían ventaja porque su adiestramiento se basaba en un análisis realista de los combates recientes.

Los aliados también pasaron por alto las lecciones de Polonia. Al volver de Varsovia, un general francés dijo: «Sería una locura no aprender la lección de esta pauta y no prestar atención a esta advertencia. El sistema alemán consiste esencialmente en abrir una brecha en el frente con los blindados y la aviación, luego lanzar columnas mecanizadas y motorizadas por esa brecha, moviéndolas de derecha a izquierda con el fin de seguir agrandándola».[9] Gamelin, sin embargo, no tenía intención de aprender de la derrota de una potencia de segunda fila. Desde los años treinta había puesto freno a los debates en el seno del ejército y politiqueado constantemente en relación con la defensa. Pero su principal contribución al derrumbamiento de 1940 fueron sus preparativos para hacer frente a la invasión alemana de la Europa occidental durante la «guerra falsa». Para empezar, estableció su cuartel general en la antigua fortaleza de Vincennes, que estaba cerca de París pero muy lejos del frente y sin ningún sistema de comunicación por radio. En enero Gamelin se aisló todavía más, al tiempo que complicaba la estructura de mando estableciendo el Cuartel General de las Fuerzas de Tierra entre él y el general Alphonse Georges, que tenía a su cargo los Ejércitos del Nordeste.

Además de embrollar el mando y el control, Gamelin dominaba la preparación de los planes operacionales para hacer frente a la invasión. Los planes franceses preveían una penetración de fuerzas anglofrancesas en Bélgica para ayudar a sus vecinos; la cuestión era hasta dónde debían avanzar. En noviembre Gamelin ya había decidido llegar hasta el río Dyle, que se hallaba más lejos del punto

que proponía Georges, pero su plan tenía mucho mérito desde los puntos de vista político y militar. Los aliados defenderían Bruselas en lugar de abandonarla; apoyarían a las fuerzas belgas en los primeros días de lucha y acortarían las líneas defensivas en unos 70 kilómetros. Lo que convirtió los planes de Gamelin en un desastre fue la variante «Breda». Gamelin tomó la reserva central francesa, el 7º ejército, que estaba situado de manera ideal para hacer frente a la ofensiva alemana en las Ardenas, y lo trasladó a la lejana ala izquierda para enlazar con los holandeses. Con esta decisión eliminó su reserva central. Desde todos los puntos de vista, Gamelin sería un factor importante de la catástrofe aliada.

Georges tenía al menos cierta idea de que los alemanes disponían de opciones operacionales. El 5 de diciembre advirtió: «No cabe duda de que nuestra maniobra ofensiva en Bélgica y Holanda debería dirigirse con la precaución de no permitirnos a nosotros mismos comprometer la parte principal de nuestras reservas en esta parte del teatro, ante una acción alemana que no podría ser sino una diversión. Por ejemplo, en el caso de que un ataque de fuerzas numerosas penetrase por el centro, en nuestro frente entre el Meuse y el Mosela, nos veríamos privados de los medios necesarios para un contraataque».[10]

Los servicios de inteligencia franceses sugirieron esa posibilidad, a la vez que los belgas también temían que los alemanes atravesaran las Ardenas. Ni siquiera el alto mando francés descartó jamás la posibilidad de un ataque alemán a través de la región. Después de todo, ¿acaso el plan XVII francés de 1914 no había lanzado una parte del ejército francés al interior de las Ardenas? Lo que no habían previsto los franceses era la rapidez con que se moverían los alemanes. Al igual que algunos generales alemanes, creían que una ofensiva a través de las Ardenas necesitaría apoyo de infantería para cruzar el Meuse y, por tanto, no lo cruzaría hasta el décimo día.

El mayor error de los franceses fue crear un ejército cuya doctrina carecía de flexibilidad y de la capacidad de responder con rapidez. De hecho, contaban con que los alemanes luchasen dentro de un marco muy parecido al suyo. Otro factor de igual importancia fue que el ejército francés, a diferencia de la Wehrmacht, no se preparó lo suficiente para la batalla que se avecinaba. Durante gran

parte de la «guerra falsa», las tropas francesas se dedicaron a construir fortificaciones en lugar de prepararse para lucha.

CONCLUSIÓN

Así pues, mientras los alemanes planeaban un ataque contra el oeste a través de las Ardenas, los franceses cambiaban el despliegue de sus fuerzas y situaban el centro de gravedad aliado en la frontera belga. Se decidió que lo mejor del ejército francés y el ejército británico, que estaba dotado de gran movilidad, penetrase en Bélgica, lo cual significó alejarse del punto donde tendría lugar la principal embestida de la ofensiva alemana. Además, las tropas más débiles del ejército francés, en su mayoría divisiones de la reserva formadas por clases de más edad, defendían el crucial punto de unión entre el ala izquierda aliada y la Línea Maginot a lo largo del río Meuse enfrente de las Ardenas, a la vez que había pocas reservas para detener el avance alemán o lanzar un contraataque.

En el nivel estratégico, un estudio aliado de abril de 1940 resumió el efecto de la «guerra falsa» en el equilibrio entre las fuerzas enfrentadas: «Por consiguiente, el Reich parece haber sufrido poco desgaste durante los seis primeros meses de la guerra, y el que ha sufrido se debe principalmente al bloqueo aliado. Mientras tanto, ha sacado partido del intervalo para perfeccionar el material de sus fuerzas de tierra y aire, para incrementar la oficialidad y completar el adiestramiento de sus tropas y para añadir más divisiones a las que ya tenía en campaña».[11] Los alemanes habían superado sus graves dificultades económicas; su ejército había puesto remedio a sus deficiencias tácticas; el OKH había modificado sus planes para una ofensiva en el oeste y los había convertido en una maniobra arriesgada pero brillante; la Luftwaffe había dotado de material nuevo a varios de sus escuadrones. La inactividad aliada sencillamente estimuló la confianza de los alemanes en sí mismos. En todos los aspectos, los aliados estaban peor que seis meses antes.

4 Alemania triunfante 1940

EN abril de 1940 Neville Chamberlain anunció que a «Hitler se le había escapado el autobús».[1] La certidumbre del primer ministro reflejaba la esperanza de que el bloqueo aliado estuviera estrangulando la economía alemana y ganando la guerra sin que se produjese el terrible derramamiento de sangre de la primera contienda mundial. Tal como escribió Chamberlain a su hermana aquel mes: «La acumulación de pruebas de que un ataque [en el oeste] es inminente es formidable… y, pese a ello, no puedo convencerme de que vaya a producirse».[2] Pero a Chamberlain se le habían pasado por alto todas las señales de Hitler. El líder del Tercer Reich lo *arriesgaría* todo en una gran ofensiva y lo que tenía eran tanques y no autobuses.

El 9 de abril de 1940 los alemanes atacaron Dinamarca y Noruega. Por tener frontera común con el Reich, Dinamarca estaba indefensa. Después de disparar unos cuantos tiros, la resistencia de los daneses se vino abajo; Alemania dominaba ahora la entrada del Báltico, a la vez que gracias a las bases danesas la Luftwaffe se encontraba unos 320 kilómetros más cerca de Noruega. En la campaña de Noruega (Weserübung), los aeródromos y los puertos eran los centros de gravedad decisivos. Bajo la dirección general del OKW, los alemanes lanzaron sus fuerzas contra los puertos noruegos de Oslo, Bergen, Trondheim y Narvik. La marina alemana transportó las tropas, mientras barcos de carga supuestamente vacíos transportaban material y pertrechos. Las fuerzas de ataque debían llegar simultáneamente a las 05,00 horas del 9 de abril a una costa cuya longitud era de casi 1600 kilómetros; semejante coordinación exigía planes meticulosos y mucha suerte. Los alemanes debían tomar los puertos antes de que pudiera intervenir la Roy al Navy, así como conquistar los aeródromos noruegos para proporcionar bases para la Luftwaffe.

El número de cosas que salieron mal fue suficiente para pensar que la victoria de la operación Weserübung se logró por un margen escaso. Incluso antes de que empezara el ataque los alemanes tropezaron con dificultades. El 8 de abril, el destructor británico *Glowworm* avistó una de las agrupaciones de fuerzas navales alemanas que se dirigían a Noruega; atacado por el crucero pesado *Hipper* , el *Glowworm* no sólo mandó una señal de alarma, sino que además embistió contra el crucero y le causó muchos desperfectos. El submarino polaco *Orzel* hundió luego el transporte alemán *Rio de Janeiro* , que llevaba caballos, pertrechos y tropas de apoyo a Bergen. Los pesqueros noruegos que faenaban en la zona recogieron a los supervivientes, la mayoría de ellos todavía de uniforme, que afirmaron que se dirigían a Noruega para defenderla de los ingleses. Así pues, los aliados tenían ahora dos pistas de gran importancia: los alemanes estaban en el mar del Norte y su blanco era Noruega.

Pero los ingleses respondieron tomando medidas para interceptar a la flota alemana si trataba de penetrar en el Atlántico. Los servicios de inteligencia británicos basaron su hipótesis en una serie de suposiciones erróneas. El almirantazgo ordenó a sus barcos que desembarcaran a las tropas que ya estaban a bordo y que procedieran a bloquear los estrechos islandeses. Los noruegos, mientras tanto, apenas respondieron a la amenaza de invasión. El gabinete se reunió, pero no tomó ninguna decisión, a la vez que el comandante en jefe del ejército sufría una crisis nerviosa. Se dio aviso a algunos de los fortines que protegían los principales puertos, pero no a los aeródromos. Las órdenes de movilización se mandaron por correo.

Durante la noche del 8 al 9 de abril empezaron a llegar a los puertos noruegos unidades de la flota alemana. Un contingente numeroso encabezado por el crucero pesado *Blücher* remontó el fiordo de Oslo. Pero los reservistas noruegos que guarnecían los fortines que protegían el estrecho se negaron a permitir que pasaran los barcos y dispararon contra ellos proyectiles pesados y torpedos que causaron grandes incendios en el *Blücher* . A las 07,30 horas el crucero zozobró y luego se hundió con gran parte de los expedientes de la Gestapo sobre noruegos antinazis. Sin embargo, al no haber recibido sus órdenes claras, los soldados de los fortines no dispararon contra los restantes barcos. El convoy se retiró para

desembarcar sus tropas más abajo y avanzar luego sobre Oslo. La continua parálisis del gobierno noruego y la rapidez mental de un grupo de la embajada alemana salvaron el ataque contra la capital. Informada de que la marina estaba en apuros, la Luftwaffe lanzó sus paracaidistas sobre el aeródromo de Oslo. Una vez lo hubieron tomado, los alemanes se apresuraron a enviar fuerzas de infantería; a primera hora de la tarde tenían tropas suficientes para entrar en Oslo. Pero el gobierno noruego consiguió escapar y más adelante organizó un movimiento de resistencia nacional.

En Bergen, los noruegos causaron desperfectos en el crucero ligero *Königsberg* , pero la Luftwaffe enmudeció las defensas costeras. Después de cumplir su misión en Kristiansand, el crucero ligero *Karlsruhe* fue torpedeado y se hundió. En otras partes los alemanes encontraron poca resistencia. Cerca de Stravanger, los paracaidistas se apoderaron del aeródromo más importante del sur de Noruega, al tiempo que en Trondheim y Narvik las tropas alemanas desembarcaron sin dificultad. Con todo, en Narvik sólo disponían de un petrolero, lo cual dobló el tiempo que necesitaban para repostar los diez destructores que habían transportado la fuerza de invasión. Este retraso fue una de las causas principales de la batalla en el fiordo de Narvik. Sólo aquí intervino directamente la marina británica. A primera hora de la mañana siguiente el capitán B. A. W. WarburtonLee, siguiendo un destructor alemán fiordo arriba, entró con sus cinco destructores en el puerto. Los ingleses sorprendieron a cinco destructores alemanes en el puerto principal y en el ataque que tuvo lugar a continuación hundieron el petrolero y dos destructores, a la vez que causaban grandes daños a otro y daños de menor cuantía a los dos restantes. Al retirarse, los ingleses perdieron dos destructores y a su comandante, al que se concedió una Cruz Victoria. Fue el único comandante aliado de alta graduación que actuó con iniciativa en la campaña.

Tres días después los ingleses volvieron con el acorazado *Warspite* para terminar el trabajo. Una vez concluido, los alemanes habían perdido diez destructores, casi el 50 por ciento de su fuerza de esta clase de barcos. La hazaña de WarburtonLee sugiere lo que tal vez hubieran conseguido los ingleses de haber atacado otros puertos al empezar la campaña; por ejemplo, el *Hipper* y dos destructores permanecieron en Trondheim hasta última hora del día

10. Sin embargo, los ingleses no los atacaron.

El control de los puertos y los aeródromos permitió a la Wehrmacht dominar la campiña noruega, ya que incrementó rápidamente sus fuerzas. El desastre del primer día impidió que los noruegos movilizaran fuerzas de tierra que pudiesen obstaculizar el avance alemán. Sólo en Narvik, lejos de las bases de la Luftwaffe, lanzaron las potencias occidentales una contraofensiva eficaz. Pero sus esfuerzos fueron tan prudentes y su preparación táctica tan inadecuada que el ataque se retrasó hasta finales de mayo y para entonces las derrotas en Francia les obligaron a abandonar rápidamente lo que habían ganado.

El Seekriegsleitung (el alto mando naval alemán), sin embargo, no había perdido ni pizca de su capacidad de confundir la estrategia con los intereses burocráticos. A finales de mayo, preocupado por la posibilidad de que las victorias alemanas en Francia y Noruega pusieran fin a la guerra antes de que sus cruceros de batalla entrasen en acción, Raeder ordenó a dos de ellos, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* , que atacasen a las unidades navales británicas a la altura del cabo Norte de Noruega. El estado mayor naval tenía la esperanza de obtener una victoria que le permitiese influir en los debates presupuestarios después de la guerra. Los cruceros de batalla atraparon y hundieron el portaaviones británico *Glorious* , cuyo capitán, que era un individuo pendenciero, se había apartado del grueso de las fuerzas navales para poder asistir al consejo de guerra del jefe de sus oficiales de vuelo en Scapa Flow. Pero el destructor británico *Acasta* torpedeó al *Scharnhorst* . El *Gneisenau* fue torpedeado más tarde también, por lo que ambos cruceros de batalla permanecerían en diques de reparaciones hasta diciembre de 1940. Dado que el 20 de mayo Raeder ya había hablado con Hitler de la posibilidad de invadir Gran Bretaña, este despilfarro de fuerza naval alemana ante el cabo Norte fue uno de los mayores errores de cálculo de la guerra en el mar.

La operación Weserübung representó otra de las victorias que se apuntaron los alemanes en los dos primeros años de la contienda. Pero la campaña de Noruega fue una empresa perjudicial a corto plazo y las ganancias a largo plazo también eran discutibles. Prácticamente todas las unidades de superficie de la marina alemana habían sido hundidas o habían sufrido desperfectos, de tal

manera que a mediados de junio Raeder tenía sólo un crucero pesado, dos cruceros ligeros y cuatro destructores en condiciones de combatir. Además, durante el resto de la guerra Noruega tuvo inmovilizadas numerosas fuerzas alemanas; cuando los aliados desembarcaron en Francia en junio de 1944 casi medio millón de soldados alemanes se encontraban aún en Noruega, y al terminar el conflicto la cifra era de más de 300 000 soldados todavía. Andando el tiempo, también se comprobó que las bases de submarinos en Noruega —uno de los principales argumentos de Raeder a favor de la campaña— no estaban tan bien situadas como las del oeste de Francia, a la vez que después de la conquista de los yacimientos de minerales metalíferos de Lorena, en Francia, el mineral de hierro sueco perdió gran parte de su importancia. Al final, la operación Weserübung fue hija de la marina: reflejó las virtudes tácticas de esta rama de las fuerzas armadas, pero también su falta de visión estratégica.

Puede que el beneficio más importante que tuvo Noruega para los aliados tuviera por marco el reino de la política. Muchos políticos británicos atribuyeron muy acertadamente la derrota de Noruega al fracaso de las medidas defensivas de antes de la guerra, y los comentarios optimistas de Chamberlain inmediatamente antes de la ofensiva de Hitler contra Escandinavia no hicieron más que intensificar el descontento de los círculos políticos. En un debate celebrado a primeros de mayo en la Cámara de los Comunes, el gobierno conservador perdió buena parte de su fuerza. Leo Amery resumió la indignación de la cámara al citar a Cromwell ante el primer ministro: «Habéis estado sentados aquí demasiado tiempo para el bien que habéis hecho. Marchaos, digo, y que no tengamos nada más que ver con vosotros. ¡En nombre de Dios, marchaos!».[3] La votación que tuvo lugar acto seguido provocó la dimisión de Chamberlain y la subida de Churchill al poder el 10 de mayo al frente de un gobierno de unidad integrado por laboristas y conservadores.

EL ATAQUE CONTRA EL OESTE

La siguiente campaña reflejó los planes y designios que los

alemanes y sus enemigos habían puesto a punto durante el invierno. El 10 de mayo de 1940 una serie de devastadores ataques aéreos y terrestres señaló el comienzo de la ofensiva contra el oeste, Fall Gelb (Caso Amarillo). Ninguno de los posteriores acontecimientos del ataque mostró en aquel momento el orden y la claridad que los participantes en ellos, sus defensores y sus críticos verían después de 1940. Los generales y los soldados tuvieron que tomar sus decisiones bajo fuertes presiones y basándose en información incompleta sobre sus propias fuerzas y sobre el enemigo. Y la herencia del pasado se hizo sentir en todas las decisiones.

Los alemanes pretendían nada menos que derribar a Francia y destruir la influencia de Gran Bretaña en el continente. Holanda era un objetivo esencial de la campaña, toda vez que después de quitar énfasis operacional del Grupo de Ejércitos B y los Países Bajos para ponerlo en el Grupo de Ejércitos A y las Ardenas, una victoria alemana en Holanda era esencial para que el alto mando aliado siguiera concentrando su atención en el flanco norte. Bajo el Grupo de Ejércitos B del Generaloberst Fedor von Bock, el 18° ejército invadió los Países Bajos. Sus divisiones consistían principalmente en infantería de línea, pero contaba con una división blindada y una división de infantería motorizada de las Waffen SS (las SS armadas). Además, los alemanes usaron la mayor parte de sus fuerzas aerotransportadas (aproximadamente los efectivos de una brigada) para apoderarse de los puentes clave que conducían al interior de la «Fortaleza Holanda» (las fortificaciones holandesas que protegían el centro de Holanda) y acelerar el avance de los blindados.

El ataque aerotransportado tuvo dos elementos. Un contingente atacó los principales aeródromos que había cerca de La Haya con el fin de que la 22ª división aerotransportada pudiera ayudar a tomar la ciudad y capturar al gobierno. Después de que los paracaidistas tomaran los aeródromos llegaron las primeras oleadas de aviones Ju52 para reforzar a la infantería. Pero los contraataques de los holandeses pronto desalojaron a los alemanes de los aeródromos y les obligaron a refugiarse en los pueblos cercanos, donde los paracaidistas de la Luftwaffe resistieron hasta la rendición. El ataque de las fuerzas de paracaidistas trastornó al alto mando

holandés y distrajo su atención de la peligrosa ofensiva de la 9ª división blindada. A pesar de ello, el precio que pagaron los alemanes fue alto; durante la campaña la Luftwaffe perdió 213 transportes y otros 240 sufrieron desperfectos, lo cual equivalía al 80 por ciento de sus aparatos de transporte aéreo.

El segundo ataque aerotransportado fue dirigido contra los principales puentes que cruzaban el sistema defensivo holandés. El 10 de mayo paracaidistas apoyados por infantería aterrizaron en aviones anfibios y se apoderaron de los puentes en Rotterdam y sobre el Mosa en Moerdijk y Dordrecht. Durante los dos días siguientes la 9ª división blindada enlazó con los paracaidistas; el 13 de mayo los alemanes ya habían atravesado las principales defensas holandesas, y unidades blindadas con apoyo de infantería habían cruzado el Mosa y se acercaban a Rotterdam. Al caer la tarde del 13 de mayo, cuando los holandeses estaban a punto de derrumbarse y Rotterdam se disponía a rendirse, el

18°

ejército exigió que se hiciera todo lo necesario para acabar con la resistencia holandesa en la ciudad. La Luftwaffe respondió lanzando un gran ataque que destruyó el centro de Rotterdam, mató a más de 800 civiles y dejó sin hogar a 80 000. Ante la amenaza de nuevos ataques de la aviación alemana, los holandeses se rindieron el 15 de mayo.

La concepción del OKH para Fall Gelb dependía de que los aliados acudieran corriendo a defender Bélgica. Así pues, la importada del Grupo de Ejércitos de Bock en el norte era decisiva para el avance del Grupo de Ejércitos A en las Ardenas, en el sur. A primera hora de la mañana del 10 de mayo fuerzas de infantería llegaron en planeadores y tomaron dos de los tres puertos que cruzaban el canal Albert. Asimismo, planeadores de la Luftwaffe aterrizaron directamente encima de la fortaleza de Eben Emael, clave de la primera línea de canales de defensa de Bélgica. Eben Emael era una fortificación de último modelo, pero no tenía ninguna defensa contra los ataques aerotransportados. En unas cuantas horas, 80 paracaidistas alemanes pertrechados con cargas explosivas huecas y lanzallamas, así como armas de infantería, cegaron y asfixiaron a los defensores y pusieron el fortín fuera de combate. Los belgas contraatacaron, pero ya era demasiado tarde.

Fuerzas de

infantería alemanas en embarcaciones de asalto consolidaron pronto su posición.

La rápida caída de Eben Emael, junto con los puentes que cruzaban el canal Albert, convenció a los franceses de que su evaluación de las intenciones operacionales de los alemanes era correcta. El 6º ejército del Generaloberst Walter von Reichenau,

encabezado por el XVI cuerpo blindado de Erich Hoepner, avanzó inexorablemente hacia las fuerzas aliadas que entraban en Bélgica para ocupar sus puestos a orillas del río Dyle. El avance de Hoepner hacia la brecha de Gembloux en el norte de la Bélgica central amenazaba la posición en el Dyle y también concordaba con las ideas preconcebidas de los franceses. Además, los intensos combates entre el XVI cuerpo blindado y unidades mecanizadas francesas que defendían la brecha el día 14 causaron grandes pérdidas a los franceses (el 33 por ciento de los tanques Somua de la unidad y el 66 por ciento de sus tanques Hotchkiss que participaron en la lucha). La batalla eliminó estas unidades mecanizadas francesas como posible fuerza de contraataque contra la creciente amenaza en el sur.

Los ataques iniciales de la Luftwaffe contra las bases, los depósitos y los aviones de los aliados tenían por objeto conquistar la superioridad aérea. Formaciones de bombarderos, en muchos casos sin escolta, se encargaron de gran parte de la operación y pagaron un precio muy alto. El 10 de mayo los alemanes perdieron 83 aviones, entre ellos 47 bombarderos y 25 cazas: las mayores pérdidas de los alemanes en un solo día en todo el año 1940. Pero los ataques alemanes crearon mucha confusión y causaron numerosos daños en las zonas de retaguardia de los aliados. La mayor aportación de la Luftwaffe tuvo lugar en el terreno psicológico al aumentar la impresión de que nada ni nadie podía librarse de sus ataques. El primer contraataque aéreo aliado llegó tarde y fue demasiado prudente. Hasta las 11,00 horas no recibieron los comandantes de la aviación aliada permiso para atacar a las fuerzas alemanas que estaban penetrando en Bélgica, e incluso entonces con la advertencia de que debían evitar a toda costa atacar ciudades y pueblos.

Mientras tanto, más hacia el sur, a lo largo del Meuse, los acontecimientos se desarrollaban con la aparente inevitabilidad de una tragedia griega. Con todo, el análisis de la superioridad alemana en doctrina, adiestramiento y preparación, así como de los errores de cálculo operacionales que cometieron los franceses al planear la campaña y desplegar sus fuerzas, no explica la confusión, la vaguedad y las fricciones que acompañaron a los acontecimientos reales. La lucha en las orillas del Meuse entre el 13 y el 15 de mayo

fue muy reñida. Hasta Guderian, eterno impulsor de la habilidad militar alemana, así como de la suya propia, dijo que la victoria había sido «casi un milagro».[4]

La ofensiva hasta el Meuse corrió a cargo de tres cuerpos blindados, el XV, el XLI y el XIX, bajo el mando de los generales Hermann Hoth, GeorgHans Reinhardt y Guderian, respectivamente. Los dos últimos formaban parte del grupo blindado del Generaloberst Ewald von Kleist. Hubo varias ambigüedades en la ofensiva. La primera fue que el OKH seguía sin estar convencido de que las fuerzas blindadas pudieran avanzar por una región de bosques tan espesos como las Ardenas sin más acompañamiento que el de sus regimientos orgánicos de infantería motorizada. Así pues, el Grupo de Ejércitos A asignó sólo cuatro carreteras para el avance de Guderian; las otras cuatro que había en la región se asignaron a la infantería de apoyo. La intención era que las divisiones blindadas dispusieran de considerables refuerzos de infantería en el caso de que chocaran con una resistencia eficaz por parte de los franceses y los belgas en los bosques de las Ardenas. De modo parecido, nadie sabía si las divisiones blindadas conseguirían cruzar el Meuse en el cuarto o el quinto día de la ofensiva. Al igual que la mayoría de los comandantes de alta graduación, Halder opinaba que las fuerzas blindadas no podrían avanzar y tendrían que esperar que la infantería que las seguía llegase al Meuse en el noveno o el décimo día.

Con una pequeña excepción, la resistencia aliada en las Ardenas fue poco inspirada. El hecho de que dos compañías de los Chasseurs Ardennais belgas detuvieran el avance de la 1ª división blindada durante un día (de las 07,45 a las 20,15 horas) en Bodange sugiere lo que hubieran conseguido las fuerzas de contención aliadas de haber estado mandadas por jefes decididos. Un peligro potencial mayor para los alemanes fue el colapso casi total de la disciplina de tráfico que se produjo en las Ardenas el 12 de mayo; formaciones de infantería que se dirigían al sudoeste cruzaron la línea de avance de los blindados y causaron un atasco monumental. Así pues, Halder no se equivocó del todo al pensar que la ofensiva de las Ardenas podía tardar más de una semana en llegar al Meuse.

Pero los franceses mandaron su caballería a las Ardenas sin una misión clara excepto retrasar el avance de unas fuerzas que ellos

pensaban que eran insignificantes. La caballería no informó luego al alto mando de los efectivos reales de los alemanes en las Ardenas. Por si fuera poco, salió de las Ardenas muy debilitada el día 12 y esto mermó la moral de la infantería y la artillería que esperaban el asalto alemán. La aviación aliada hizo algunos intentos de detener el avance alemán, pero los cazas Bf 109 de la Luftwaffe infligieron grandes pérdidas a las formaciones de bombarderos que volaban sin escolta. El 10 de mayo, 32 bombarderos ligeros Fairey Battle británicos atacaron blancos en las Ardenas; los cazas alemanes derribaron 13 y causaron desperfectos a los demás; al día siguiente los ingleses sólo pudieron hacer ocho salidas y solamente un bombardero pudo volver a la base, aunque no sin dificultad. A pesar de ello, los esporádicos ataques aéreos empujaron a Guderian a cambiar su cuartel general el día 12 y exigir que la Luftwaffe diera mayor apoyo a su cuerpo. El 12 de mayo al caer la tarde los tres cuerpos de blindados ya subían por el Meuse de Sedán a Dinant.

A primera hora de la mañana del 13 la infantería motorizada de la 7ª división blindada del general de división Erwin Rommel atacó la otra orilla del Meuse. No recibió apoyo aéreo y tuvo que depender del que le dieron la artillería y los tanques de la división desde la margen derecha del Meuse. La infantería atacante se encontró inmediatamente en apuros. El fuego de las ametralladoras y los fusiles franceses causó gran mortandad entre los soldados que cruzaban el río en balsas de caucho. Pero Rommel llegó a la otra orilla con el primer batallón y su ejemplo hizo que el ataque continuara a pesar de las numerosas bajas. A primera hora de la tarde su infantería ya había logrado establecer una posición que permitió a los ingenieros construir puentes para los tanques. Durante un breve período los blindados franceses amenazaron la cabeza de puente; pero la infantería alemana, encabezada por el intrépido Rommel, repelió a los franceses con ametralladoras ligeras. Al caer la noche, Rommel participaría diligentemente en la construcción de los puentes para que la 7ª división blindada cruzara el Meuse. Su actuación en las márgenes del Meuse como ingeniero, comandante de compañía y comandante de división en una sola persona fue uno de los ejemplos más inspirados entre los generales de toda la guerra. Por la noche la 7ª división blindada cruzó el río a pesar del fuego de la artillería francesa.

La confusión en la otra orilla del Meuse contribuyó a la victoria de Rommel. Al producirse el ataque de la 7ª división blindada, los franceses estaban substituyendo la 1ª división de caballería —que los alemanes habían echado de las Ardenas— por la 18ª de infantería, unidad que acababa de llegar sin cañones antitanque ni apoyo artillero. De haber intentado los alemanes cruzar el río más tarde, es muy posible que hubieran fracasado. No obstante, los franceses habían estado a punto de impedir que la 7ª división blindada cruzara el río. Un contingente de infantería de la 5ª división blindada lo cruzó con más facilidad. Los alemanes encontraron en la otra orilla del Meuse una esclusa que los franceses habían olvidado volar o defender porque caía en la línea divisoria entre dos unidades. En otra parte, la 5ª división blindada sufrió numerosas bajas al intentar el cruce. Una vez en la otra margen, sus fuerzas fueron objeto de un fuerte contraataque de las unidades francesas los días 14 y 15 de mayo, pero debido a la batalla la presión que soportaba Rommel disminuyó mucho. Así pues, las defensas francesas en el flanco norte de las Ardenas se desmoronaron.

El día 15 Rommel ya había atravesado las posiciones francesas y avanzaba hacia el oeste. Los días 16 y 17 de mayo sus divisiones abrieron una pequeña cuña en las defensas francesas (80 kilómetros en un solo día, el 17) y aplastaron a la mayor parte de la 1ª división blindada francesa. Rommel comentó sobre el avance: «Un caos de cañones, tanques y vehículos militares de todos los tipos, enredados inextricablemente con carros de refugiados tirados por caballos, cubría las carreteras y los arcenes… La sorpresa de las tropas francesas era total al vemos aparecer súbitamente, deponían sus armas y marchaban hacia el este al lado de nuestra columna. En ninguna parte hubo intentos de resistencia. Los tanques enemigos que encontrábamos en la carretera eran puestos fuera de combate al pasar junto a ellos. El avance siguió sin detenerse hacia el oeste. Centenares y centenares de soldados franceses, con sus oficiales, se rindieron al llegar nosotros».[5] En dos días la división de Rommel capturó 10 000 soldados, 100 tanques, 30 coches blindados y 27 cañones. El diario de guerra de la división terminaba el 17 de mayo con una anotación que decía que sus unidades «no tenían tiempo para recoger gran número de prisioneros y material».[6]

La victoria de Rommel trastornó por completo el sistema defensivo a lo largo del Meuse y permitió al XLI cuerpo blindado de Reinhardt cruzar el río el día 15. La formación principal de dicho cuerpo, la 6ª división blindada, había llegado al Meuse en Monthermé, pero no había podido seguir avanzando a causa de la decidida resistencia de la división Fortaleza, la 102ª. El día 13 por la tarde, algunos efectivos del 4º regimiento de fusileros alcanzaron la otra orilla a pesar de sufrir numerosas bajas, pero sólo les siguieron unos pocos refuerzos. Luego, la mañana del 14 de mayo, el fuego de la artillería francesa destruyó la pasarela y la reducida cabeza de puente quedó aislada. Pero el desastre en el norte y la grave situación en el sur empujaron al comandante en jefe del ejército, André Corap, que era corpulento y corto de entendederas, a ordenar que las fuerzas francesas se retiraran del Meuse. La 102ª división carecía del adiestramiento y el material motorizado necesarios para efectuar la retirada ante los blindados enemigos. Al empezar ésta, los blindados de Reinhardt destruyeron la 102ª división y salieron inmediatamente a terreno despejado.

El avance más importante tuvo lugar en Sedán, donde las armas prusianas habían decidido la derrota de los franceses en 1870. El XIX cuerpo blindado de Guderian llegó al Meuse a última hora de la tarde del 12 de mayo y se preparó inmediatamente para cruzarlo. Es frecuente que se considere a Guderian el padre de las fuerzas blindadas alemanas, lo cual se debe a las memorias que escribió después de la guerra, tal vez las más interesadas que nunca escribiera un general alemán, que ya es decir. De hecho, fue sólo uno de entre los varios oficiales (Ludwig Beck incluido) que reconocieron que las divisiones mecanizadas ampliarían mucho la capacidad del ejército alemán para explotar la ruptura de las defensas enemigas. En cuanto al carácter, Guderian estaba entre los generales alemanes más irascibles y malhumorados; en 1943 se negaría a estrechar la mano que le ofrecía el mariscal de campo von Kluge, insulto inaudito en un ejército de hombres orgullosos y altaneros. Guderian era también un nazi entusiasta cuya lealtad al régimen le llevaría a ser nombrado jefe del estado mayor del ejército después del fracasado golpe del 20 de julio de 1944. Como general, Guderian era un jefe despiadado cuya disposición a arriesgarse para explotar una situación sólo era superada por la de

Rommel.

En las posiciones francesas que defendían Sedán no había tropas de primera línea, circunstancia que se vio exacerbada por la falta de adiestramiento durante los meses de invierno. Además, la costumbre francesa de sacar compañías de las líneas para que trabajaran en las fortificaciones de campaña y destinarlas luego a otro sector había creado un sistema defensivo irregular en el cual ningún comandante de regimiento o batallón controlaba un sector concreto. No menos de 15 compañías diferentes de tres regimientos diferentes estaban entremezcladas en las defensas de Sedán, de tal modo que no había líneas de autoridad o responsabilidad claras. El sistema defensivo era un ejemplo más de la deficiencia extrema de los jefes supremos del ejército francés.

La Luftwaffe apoyó el ataque del XIX cuerpo contra la otra orilla del Meuse con un prolongado bombardeo de las posiciones francesas, tras el cual, a las 15,00 (hora alemana), las tres divisiones blindadas del XIX lanzaron sus regimientos de fusileros para que tomasen la otra orilla y el terreno elevado que había más allá; la 1ª división blindada, que estaba en el centro, recibió un regimiento de fusileros complementario, el Grossdeutschland, la unidad de guardia de elite del ejército, al tiempo que la 10ª división blindada también atacaba con dos regimientos de infantería. Las tradicionales armas de artillería, infantería e ingenieros, que se atenían a la doctrina táctica alemana formulada en la primavera de 1918, llevaron a cabo la penetración y las primeras batallas de explotación de los resultados.

Al igual que las operaciones de cruce que tuvieron lugar más al norte, los logros de Guderian subrayan hasta qué punto fue realmente estrecho el margen de la victoria alemana. Al oeste de Sedán, la 2ª división blindada apenas pudo entrar en el río —sólo una de las ocho embarcaciones de asalto logró llegar a la otra orilla— y no había perspectivas de recibir más refuerzos. Hasta que la 1ª división blindada rompió las defensas francesas su infantería no pudo pasar al otro lado, cosa que hizo a las 22,00 horas, y tampoco pudo terminar un puente para sus blindados hasta el amanecer del día 14. Al sur, la 10ª división blindada también lo pasó muy mal. El fuego de los defensores impidió que el

regimiento de infantería llegara a la otra margen; los franceses destruyeron 48 de las 50 balsas de asalto y causaron numerosas bajas. El cruce del 1º regimiento de fusileros de la 1ª división blindada en Wadelincourt se consiguió únicamente gracias a las extraordinarias dotes de mando de sus jefes, que no sólo hicieron posible que los ingenieros de la división empezaran a construir un puente, sino que, además, contribuyeron al avance de la Grossdeutschland. Así pues, la victoria decisiva tuvo lugar en el sector de la 1ª división blindada, donde el 1º regimiento de fusileros trituró todo el sistema defensivo francés. Con la presión complementaria de la Grossdeutschland, la infantería alemana alcanzó los altos situados al sur del Meuse a primera hora de la noche y la construcción de puentes para que los tanques y la artillería cruzaran el río se aceleró.

No había ningún motivo para que las posiciones francesas a lo largo del Meuse se desmoronaran a causa de esta victoria de los alemanes; al caer la noche del día 13 los alemanes tenían sólo infantería en la otra orilla. A pesar de sus esfuerzos desesperados, los ingenieros no terminaron el primer puente hasta la medianoche. Pero los franceses ya estaban en apuros. Las unidades de artillería de la 55ª división, que estaba encargada de la defensa, fueron presa de pánico y huyeron casi inmediatamente después del bombardeo de la Luftwaffe. Debido a ello, la infantería francesa que hizo frente a la 1ª división blindada no recibió apoyo artillero durante los combates decisivos, y los ingenieros alemanes que construían los puentes a primera hora de la noche no fueron hostigados por la artillería francesa. Aunque sólo disponían de batallones de infantería, los alemanes siguieron ejerciendo una presión implacable. Los franceses respondieron de manera prudente y desordenada, confundidos por la rapidez de los ataques alemanes. Los comandantes locales pensaban lanzar un contraataque, pero a causa del proceso de planificación y de la confusión el ataque no empezó hasta última hora de la mañana siguiente, chocó con fuerzas alemanas más poderosas y en cuestión de unos minutos el 7º batallón de tanques francés perdió el 50 por ciento de su personal y el 70 por ciento de sus vehículos. El alto mando francés seguía sin apenas darse cuenta de la amenaza que se cernía sobre sus fuerzas. El cuartel general de Gamelin resumió su impresión con el

comentario «impresión [de conjunto] muy buena».[7]

Se avecinaban cosas peores. A primera hora de la mañana del 14 de mayo, los tanques de la 1ª división blindada se hallaban cruzando los puentes de barcas; la posición establecida tenía ahora cerca de cinco kilómetros de anchura y entre seis y diez de profundidad. El *XIX* cuerpo blindado había penetrado totalmente en las defensas enemigas y estaba preparado para seguir avanzando. Los franceses pidieron desesperadamente que la aviación aliada atacase los puentes sobre el Meuse, pero los cazas y los antiaéreos alemanes hicieron estragos entre los atacantes. La RAF perdió 40 de sus 71 bombarderos. De todos modos, los ataques causaron algunas dificultades. El XIX cuerpo blindado dejó constancia de que «el puente militar en Donchery aún no está terminado a causa del intenso fuego artillero de flanqueo y de los largos bombardeos contra el punto donde se está construyendo».[8] Pero las pérdidas aliadas fueron tan elevadas que sus unidades aéreas no pudieron reanudar los ataques el día 15.

Es claro que el 14 de mayo fue el último momento en que los franceses tuvieron una oportunidad de frenar el avance alemán. El XXI cuerpo francés, que consistía en la 3ª división blindada y la 3ª motorizada, estaba disponible para contraatacar; además, su comandante, el general J. A. R. L. Flavigny, había sido un destacado partidario de la guerra de blindados en los años treinta. Pero ni él ni sus comandantes de división pudieron preparar sus fuerzas para lanzar un contraataque el día 14. En vez de ello, los combates librados alrededor de Stonne arrastraron a parte de la 3ª división blindada y gran parte de la 3ª motorizada a una batalla campal, a la vez que Flavigny formaba una defensa lineal en vez de contraatacar. Al no lanzar Flavigny ningún tipo de ataque, Guderian vio confirmada su impresión de que los franceses no tenían reservas numerosas en la región y de que, por tanto, podía explotar su ventaja desviando prácticamente todo el XIX cuerpo blindado hacia el oeste.

Así pues, a pesar de sufrir gran número de bajas, y con las divisiones de infantería alemanas muy lejos del Meuse y la posibilidad de un contraataque francés desde el sudeste, Guderian se dirigió hacia el oeste y creó lo que pronto aparecería como una enorme brecha entre el XIX cuerpo blindado y las divisiones de

infantería que lo seguían. Como los alemanes no sabían con toda certeza dónde estaban las reservas francesas, la existencia de la creciente brecha explica por qué los jefes de alta graduación presionaron a Guderian para que se detuviese y asegurara su flanco antes de reunirse con Reinhardt y Hoth. Vistas las cosas de manera retrospectiva, Guderian tenía razón, pero esto no era obvio en aquel momento. Las preocupaciones de los alemanes subrayan la importancia de la falta de un contraataque por parte de Flavigny. Un ataque francés, aunque hubiera fracasado, hubiese obligado a los alemanes a prestar atención a su flanco sudoriental. El alto mando francés perdió lo único que no podía permitirse perder: tiempo. Pero el *15* de mayo, al anochecer, los tres cuerpos blindados sin excepción se dirigían al oeste sin encontrar nada ante ellos, mientras que las fuerzas de Flavigny formaban parte de los restos al sur de Sedán.

La verdadera explicación de la catástrofe a orillas del Meuse reside en la calidad de los jefes alemanes, desde los generales hasta los suboficiales. Hoy está de moda creer que las batallas no importan, o que hechos históricos aislados (tales como las victorias junto al Meuse) tienen poca importancia, son una simple cuestión de facticidad, en comparación con las fuerzas sociales mayores e «invisibles» que dan forma a nuestro mundo. Sin embargo, la batalla del Meuse, que se libró entre los días 13 y *15* de mayo, induce a ver el mundo de otra manera. Un número relativamente pequeño de individuos vestidos con uniformes de color gris, en una ciudad de provincias ensangrentada, destruida y obscura, desviaron el curso de la historia hacia cauces más sombríos. La cansada infantería alemana que tomó los altos detrás del Meuse y que abrió el camino para la embestida de los blindados hacia la costa hizo inevitables la caída de Francia, la invasión de Rusia, la Solución Final y el derrumbamiento de la posición de Europa en el mundo. La victoria alemana estuvo peligrosamente cerca de destruir la civilización occidental.

El 16 de mayo Guderian llegó a Marle y Derey, a 88 kilómetros de Sedán, lo que significa que avanzó 64 kilómetros aquel día. A pesar de su victoria, por segunda vez recibió la orden de detenerse; enfurecido, dimitió allí mismo y se presentó ante Rundstedt. Con la tolerancia que el alto mando alemán mostraba para con los oficiales

de talento, por truculenta que fuese su conducta, los superiores de Guderian estaban dispuestos a llegar a un acuerdo que le permitiese seguir mandando sus fuerzas, pero sólo le autorizaron a continuar una operación de reconocimiento. Su cuartel general siguió en el mismo sitio, con el fin de que el alto mando pudiera vigilar sus movimientos. Pero Guderian reanudó su avance hacia el oeste; sencillamente engañó a sus superiores del cuartel general al mandar señales sobre su paradero.

El problema era que muchos comandantes alemanes de alta graduación, Hitler entre ellos, veían con creciente alarma los flancos expuestos del avance. Además, las frágiles relaciones entre el OKW y el OKH —que nunca fueron buenas en los mejores tiempos— eran especialmente tensas. Un Halder deprimido escribió en su diario el 17 de mayo. «Asustado por sus propios éxitos, [Hitler] teme arriesgarse y, por tanto, preferirá tirar de las riendas para frenarnos».[9]

Pero los acontecimientos habían adquirido impulso propio. Los tres cuerpos blindados atravesaron las unidades francesas que hacían esfuerzos desesperados por formar un frente. Sobrevolando el campo de batalla, el escritor Antoine de SaintExupéry, que servía en calidad de observador y perecería como piloto de caza en 1944, comentó: «En todas las regiones que [los blindados alemanes] han cruzado como relámpagos, un ejército francés, aunque parece prácticamente intacto, ha dejado de ser un ejército. Se ha transformado en segmentos grumosos. Se ha coagulado, por así decirlo. Las divisiones blindadas desempeñan el papel de agente químico que precipita una solución. Donde antes existía un organismo dejan una mera suma de órganos cuya unidad ha sido destruida. Entre los grumos —por más que sigan siendo combativos— el enemigo se mueve a voluntad. Un ejército, para que sea eficaz, no debe limitarse a ser la suma numérica de sus soldados».[10]

Guderian llegó a SaintQuentin el 18 de mayo, con las fuerzas de Reinhardt y Hoth subiendo a su derecha. Siete divisiones blindadas avanzaron hacia el Canal sin encontrar oposición. El cuerpo de Hoth giró entonces hacia el norte para formar un flanco defensivo mientras los otros dos cuerpos llegaban hasta la costa. El 19 de mayo la 1ª división blindada llegó a Peronne, en el antiguo campo

de batalla del Somme. Al día siguiente la 2ª división blindada comunicó que se le había terminado la gasolina. Después de intercambiar cumplidos con su comandante, Guderian ordenó que bajara hasta Abbeville. Aquella noche las fuerzas alemanas llegaron al Canal.

DESASTRE, RESPIRO Y DERRUMBAMIENTO FINAL

La entrada de fuerzas anglofrancesas en Bélgica se hizo de manera impecable. Con un espléndido tiempo primaveral, multitudes entusiasmadas aclamaron a las tropas. No obstante, el avance provocó muchas fricciones con los belgas, que, temiendo comprometer su neutralidad, se negaron a celebrar conversaciones de estado mayor antes del 10 de mayo. Aún más grave era la engorrosa e ineficaz estructura de mando. Pero, sobre todo, los franceses tenían una idea totalmente errónea de los propósitos y los objetivos alemanes. El 14 de mayo, el general Charles Huntziger, comandante en jefe del 2º ejército, que era responsable de la zona situada al sur de Sedán, sacó la conclusión de que la ofensiva de las Ardenas representaba un esfuerzo alemán por llegar a la Línea Maginot. Huntziger retiró su ejército para proteger su flanco izquierdo, maniobra que libró a la 10ª división blindada alemana de la presión de la artillería y aumentó aún más la brecha por la que estaban penetrando las fuerzas de Guderian. Empezaron a llegar numerosos informes pesimistas. El 14 de mayo, el general Georges, comandante en jefe de los ejércitos del nordeste, ya estaba convencido de que el frente se había desintegrado cerca de Sedán. Un oficial de estado mayor que asistió a una conferencia aquella mañana cuenta que Georges se derrumbó entre sollozos.

El 9º ejército de Corap se hallaba en una situación desesperada. En medio del naufragio, la marea alemana se tragó a unidades francesas de refresco como, por ejemplo, las divisiones blindadas 1ª y 2ª, que todavía se dirigían al frente. El comandante en jefe del 1º ejército francés, general G. H. G. Billotte, no tomó ninguna medida a pesar del derrumbamiento que se produjo a su derecha; aunque el

día 14 había indicios de que Corap estaba en apuros, Billotte no reaccionó hasta el 16. En París cundió el pánico. Churchill se trasladó apresuradamente a Francia para estudiar la situación y preguntó a Gamelin cuáles eran las reservas francesas. El generalísimo respondió: «*Aucune* [ninguna]».[1]
[1] El
gabinete francés seguía resistiéndose a destituir al desanimado comandante en jefe; el presidente del Consejo, Paul Reynaud, ordenó al anterior comandante en jefe del ejército, el general Máxime Weygand, que volviera a Francia desde Siria. Gamelin no hizo nada hasta el 19 de mayo. El día 17 la 4ª división blindada del general Charles de Gaulle había obtenido una victoria local contra las columnas de abastecimiento de Guderian; esa victoria temporal sugirió que los contraataques dirigidos a los flancos norte y sur del avance alemán ofrecían posibilidades. Gamelin ordenó a Georges que intentase una maniobra de este tipo, pero subrayó su deseo de no «intervenir en la dirección de la batalla que se está librando ahora, que está en manos del comandante en jefe del frente del nordeste».[12]

Mientras tanto, Reynaud reestructuró su gabinete y eliminó a un viejo enemigo, Daladier, del Ministerio de Defensa, a la vez que nombraba ministro del Interior al feroz secretario privado de Clemenceau, Georges Mandel. Pero el posible fortalecimiento que representaban estas medidas se perdió cuando el mariscal Philippe Pétain volvió de España para formar parte del gabinete. Reynaud destituyó finalmente a Gamelin. Su substituto, Weygand, aprobó la idea de un contraataque y, después de afirmar que no había que perder ni un minuto, se fue a echar una siesta.

El *Führer* recibió con entusiasmo la noticia de la llegada de Guderian a Abbeville. A pesar de ello, el OKW y el OKH no ordenaron que se avanzara hacia los puertos del Canal hasta el día 21, lo que significa que perdieron un día. Detrás de la cuña que formaban los blindados, la infantería alemana caminaba pesadamente por las polvorientas carreteras del norte de Francia. Al desplegarse las divisiones de infantería alemana formando una línea en el flanco sur, se desvaneció la perspectiva de un contraataque aliado. No obstante, el nerviosismo del OKW aumentaba en proporción inversa al peligro. Contribuyó a sus temores el único

contraataque importante que lanzaron las fuerzas aliadas. El 21 de mayo un contingente británico improvisado con 74 tanques, dos batallones de infantería territorial y un batallón de motocicletas chocó con la 7ª división blindada y con la división Totenkopf de las SS en el flanco derecho del avance alemán. El ataque pilló a los alemanes por sorpresa a primera hora de la tarde y alcanzó una victoria inicial contra las columnas de abastecimiento.

Pero el avance británico tuvo mala suerte por partida doble. Rommel se hallaba en los alrededores y los tanques que atacaron a la Totenkopf de las SS se encontraron con el batallón antitanque de la división. Al caer la noche, los ingleses estaban atascados y los tanques que les quedaban emprendieron la retirada. En el campo de batalla habían conseguido poco, pero su ataque había aumentado el nerviosismo de los alemanes y desempeñaría un papel importante en la huida final del ejército británico. El día 22 un ataque en pequeña escala por parte del V cuerpo francés intensificó los temores del OKW.

El 21 de mayo, Weygand llegó a la bolsa que el avance alemán hacia el Canal había formado en el norte. No habló con los comandantes aliados juntos y tampoco pudo hablar con lord Gort, que mandaba la fuerza expedicionaria británica. Para colmo de desgracias, inmediatamente después de hablar con Weygand, el general Gastón Billotte, comandante del primer Grupo de Ejércitos (el ala izquierda de los aliados) resultó herido de consideración en un accidente de automóvil. No parece que Weygand comprendiese la gravedad de la situación, pero el hecho de no haber podido entrevistarse con Gort le indujo a sospechar que los ingleses se disponían a ahuecar el ala.

Para entonces los alemanes habían colocado 10 divisiones blindadas, 4 de infantería motorizada y 2 de infantería de las Waffen SS entre Arras y la costa. Las divisiones blindadas de Guderian ya avanzaban sobre los puertos del Canal y no había ninguna razón para que sus tanques no llegasen hasta Dunkerque. A primera hora de la mañana del 24 de mayo, tanto Reinhardt como Guderian tenían tropas en la otra orilla del canal de Aa al sur de las posiciones británicas. En este momento el OKW dio una de las órdenes más controvertidas de la guerra y detuvo el avance sobre Dunkerque. Visto en retrospectiva, fue un error grave, pero en

aquellas circunstancias tenía sentido para muchos generales alemanes y no sólo para Hitler.

Hasta ese momento de la campaña las unidades blindadas habían librado los combates más reñidos, además de sufrir las mayores pérdidas. El 23 de mayo, Kleist, comandante en jefe de los cuerpos blindados de Guderian y Reinhardt, comunicó que sus divisiones estaban agotadas y no podrían hacer frente a un contraataque fuerte del enemigo. Rundstedt estaba igualmente preocupado. En una conferencia con Hitler se mostró de acuerdo con que se detuviera el avance de las divisiones blindadas del Grupo de Ejércitos A costa arriba y la infantería de Bock se encargase de destruir las fuerzas aliadas que estaban en la bolsa. Muchos comandantes alemanes también estaban preocupados porque la campaña había ido demasiado bien y su suerte forzosamente tenía que cambiar. ¿Había otro «milagro del Marne» esperando? Entonces era mejor poner los blindados a salvo y dejar que la infantería terminase la batalla. Además, Goering sugirió a Hitler que dejara la destrucción de las fuerzas aliadas a su Luftwaffe «nazi». Sólo Halder y Brauchitsch se opusieron a la orden de detener el avance. El 26 de mayo, Halder, que estaba furioso, escribió: «En una zona pide [el OKW] un ataque frontal contra un frente que se retira ordenadamente y conserva su capacidad de resistencia, y en otra parte inmoviliza las tropas… cuando sería posible atacar al enemigo en cualquier momento».[13]

En uno de esos momentos raros en que individuos que parecen tener poca capacidad de grandeza demuestran estar a la altura de las circunstancias en una crisis y afectan a la marcha de la historia, lord Gort, comandante en jefe de la fuerza expedicionaria británica, salvó al ejército británico. Oficial de la guardia real con impecables relaciones sociales, Gort había ganado una Cruz Victoria en la primera guerra mundial y luego había ido ascendiendo sin mostrar ningún mérito especial. Nombrado jefe del estado mayor imperial en diciembre de 1937, tras la destitución de su predecesor, Gort había decepcionado a quienes creían que podría reformar al encorsetado ejército.

Al estallar la guerra, Gort asumió el mando de la fuerza expedicionaria británica en Francia. El 19 de mayo Gort ya advirtió a Londres de la posibilidad de que los ingleses tuvieran que retirarse

del continente y de que lo más sensato era optar por el puerto de Dunkerque para llevar a cabo la evacuación. El gabinete de guerra no se alegró al recibir la advertencia, pero pidió al almirante Bertram Ramsey, que estaba en Dover, que reuniera barcos para una posible evacuación desde los puertos de la costa francesa. La ruptura entre los ingleses y los franceses se produjo durante la noche del 23 al 24 de mayo. Con las divisiones británicas 5ª y 50ª en posiciones insostenibles cerca de Arras, Gort ordenó la retirada, pero no informó al general Georges Blanchard, el nuevo comandante en jefe del Primer Grupo de Ejércitos aliados. Reynaud y Weygand montaron en cólera. La furia de los franceses ante la retirada de Gort induce a pensar que ya andaban buscando un chivo expiatorio. El general de división Edward Spears, enlace de Churchill con los franceses, oyó el 25 de mayo que uno de los oficiales de Blanchard soltaba en el gabinete francés que Francia necesitaba capitular. En la misma reunión Weygand afirmó que todo era una locura. Francia había entrado en guerra con un ejército anticuado con el que debía luchar contra un ejército moderno como era el alemán. Aquella noche el gabinete francés habló de la posibilidad de un armisticio.

Gort estaba muy lejos de estas discusiones. Si bien había retirado las divisiones 5ª y 50ª de Arras, aún no había decidido abstenerse de participar en la contraofensiva propuesta. Sin embargo, al hacerse evidente aquel día que los belgas, que cubrían el flanco norte de los ingleses, habían llegado al límite de su capacidad de resistencia, Gort ordenó a sus fuerzas que abandonaran los preparativos para un contraataque y cubrieran una posible capitulación de los belgas ante los alemanes sin pedir permiso a los franceses. Pocas cosas estaban claras el día 26. Algunos jefes franceses interpretaron las decisiones de Gort como señal de que los ingleses pensaban retirarse; el día 27 Weygand habló de la negativa de Gort a luchar y de la defección de los ingleses. No obstante, el día 26 parecía que las perspectivas de una evacuación con buenos resultados eran mejores. Al detenerse el avance alemán, los aliados pudieron situar fuerzas de cobertura en el flanco sur y los ingleses tomaron precauciones ante un posible derrumbamiento de los belgas. La Royal Navy ya había evacuado a 28 000 no combatientes, y cuando empezaron a entrar tropas en el perímetro de Dunkerque

los ingleses pusieron en marcha oficialmente la Operación Dynamo, cuyo objetivo era retirar sus fuerzas del continente.

Pero los franceses seguían empeñados en afirmar que las evacuaciones eran innecesarias. Blanchard se negó a permitir una retirada, a la vez que Weygand insistía en sus planes para un ataque desde el norte. Así pues, los alemanes envolvieron a la mayor parte del 1º ejército francés; aunque el III cuerpo logró escapar, el resto se rindió el día 29. La guarnición de Lille hizo lo propio dos días más tarde, pero al menos su resistencia fue lo bastante tenaz como para que los alemanes le rindieran honores militares.

La desconfianza entre franceses e ingleses fue en aumento. El día 29 de mayo a primera hora de la tarde, los ingleses ya habían evacuado 70 000 soldados, pero los franceses seguían negándose a participar en la retirada de Dunkerque. Al menos los belgas proporcionaron un chivo expiatorio. A primera hora del 28 el rey Leopoldo accedió a poner fin a las hostilidades, pero los ingleses ya habían tomado precauciones. No obstante, los franceses aprovecharon la rendición para excusar el desastre que estaba envolviendo a las fuerzas aliadas. Pero en el mismo momento en que los jefes franceses vilipendiaban a los belgas, Weygand fue incapaz de desaprovechar la oportunidad de echar la culpa de la rendición de Leopoldo a los ingleses. Tal como comentó a Pétain, «Si Gort hubiese contraatacado con más vigor… los belgas, sintiéndose mejor apoyados, quizá hubieran resistido más tiempo».[14]

A medida que los aliados fueron retirándose, las dificultades de los alemanes se multiplicaron. La resistencia aliada era tenaz, mientras que los ataques alemanes contra el perímetro que iba disminuyendo no estaban coordinados de manera global. Todavía el 27 de mayo 2 grupos de ejércitos, 4 ejércitos y 16 cuerpos controlaban las operaciones contra Dunkerque. Hasta el 30 de mayo no racionalizaron finalmente los alemanes la estructura de mando y encargaron al
18°
ejército las operaciones contra el perímetro. Tal como señaló Halder: «Incontables miles de enemigos están huyendo a Inglaterra delante de nuestras narices».[15] Los alemanes no habían comprendido que el mar era un camino en vez del punto final de un

avance. La evacuación continuó día y noche. El 31 de mayo la Operación Dynamo alcanzó su apogeo; 68 000 soldados aliados escaparon y con ellos el total de evacuados fue de 194 000. Un Halder pesimista comentó que el
18°
ejército aún no controlaba todas las formaciones que atacaban la bolsa. El 1 de junio escaparon otros 64 000 soldados; para entonces, casi toda la fuerza expedicionaria británica se había ido ya. Durante la noche del 2 al 3 de junio los barcos aliados evacuaron a la retaguardia británica y a otros 60 000 soldados franceses; para entonces, el total había alcanzado 350 000 soldados evacuados. El fracaso alemán en Dunkerque fue también un fracaso de la Luftwaffe. En las batallas aéreas que libró sobre las playas, los aviones alemanes chocaron con la fuerte oposición de la Royal Air Force; estas batallas aéreas deberían haber advertido a los jefes de la Luftwaffe de la debilidad de su arma. Hay que reconocer que los alemanes lucharon en desventaja. Los Bf 109 procedentes de bases de Alemania alcanzaban los límites de su autonomía de vuelo, a la vez que los bombarderos alemanes tenían que volar desde distancias aún mayores. Por consiguiente, la Luftwaffe tuvo dificultades para coordinar los ataques aéreos contra la evacuación. Mientras los bombarderos alemanes batían las playas, el Mando de Caza británico infligía grandes pérdidas a los atacantes. La Operación Dynamo costó a la RAF 177 aviones y a la Luftwaffe, 240. Según el Fliegerkorps II (segundo cuerpo aéreo), el 27 de mayo, al atacar el perímetro, perdió más aviones que en los diez días anteriores.

No es necesario hacer hincapié en la actuación de la Royal Navy. El almirante Ramsey, que interpretaría un papel crucial en el retorno al continente cuatro años más tarde, organizó los esfuerzos de la marina, así como de los navegantes civiles, pescadores y deportistas. Al hacerse cada vez más difícil utilizar Dunkerque, las embarcaciones pequeñas contribuyeron en gran medida a la evacuación desde las playas. No obstante, los aliados pagaron un precio. Los ingleses perdieron 6 destructores (los franceses, 3), y 19 resultaron dañados; otros 9 barcos de gran calado se perdieron. Pero Dunkerque había puesto a salvo a los muy valiosos veteranos del ejército británico.

La destrucción del ala izquierda aliada dejó indefensa a Francia. El 4 de junio, Churchill advirtió a la Cámara de los Comunes: «Las guerras no las ganan las evacuaciones».[16] Los franceses se encontraron solos. Holanda y Bélgica se habían rendido; la fuerza expedicionaria británica había perdido su material, y lo más penoso para los franceses fue que los ingleses se negaron a emplear sus cazas en defensa de Francia. La Luftwaffe había destruido la aviación francesa; las mejores divisiones de Francia habían sufrido grandes estragos en Flandes, y un frente largo y expuesto se extendía desde el Meuse a lo largo del Somme hasta el mar. En ese frente los franceses desplegaron 47 divisiones de infantería y 6 formaciones motorizadas débiles. Los ingleses aún tenían 2 divisiones en el continente (con 2 más en el Reino Unido); esas divisiones representaban las últimas formaciones plenamente pertrechadas de que disponía Gran Bretaña. Las restantes fuerzas o bien acababan de escapar de Dunkerque o se hallaban aún en proceso de formación.

Mientras la batalla de Dunkerque daba sus últimos coletazos, los alemanes ocupaban posiciones al norte del Somme para reanudar las operaciones desde allí. Los blindados dispusieron de más de una semana para hacer reparaciones y reorganizarse. El OKH nombró a Guderian comandante de un grupo blindado cuya misión sería avanzar hasta la frontera suiza y atrapar a las fuerzas francesas que seguían en la Línea Maginot, en la frontera francoalemana, donde hasta el momento se había luchado poco. El grupo blindado de Kleist tenía París por objetivo, a la vez que el V cuerpo blindado de Hoth debía atacar en dirección sur para aislar la costa francesa. Tres grupos de ejércitos alemanes que sumaban 119 divisiones atacaron a poco más de 50 divisiones francesas; el OKH tenía 23 divisiones en reserva. Así pues, los alemanes poseían una superioridad de casi tres a uno. Además, 10 divisiones blindadas y 7 de infantería motorizada daban a los alemanes una superioridad abrumadora en cuanto a fuerzas mecanizadas. Weygand desplegó sus fuerzas en profundidad detrás del Somme. Debido a las deficiencias de las fuerzas francesas, esa profundidad era insuficiente para detener la ofensiva alemana. Para los jefes franceses el objetivo principal de la batalla era restaurar la empañada reputación del ejército.

El Grupo de Ejércitos B atacó el 5 de junio y las fuerzas de Von

Bock encontraron fuerte resistencia. Al sur del Somme, los franceses habían tenido dos semanas para organizar sus defensas; los artilleros franceses permanecieron en sus posiciones hasta que se vieron arrollados. Tan fuerte fue la resistencia con que chocó Kleist que el OKH retiró su grupo blindado y ordenó que avanzase más al este. Al oeste de Kleist, a lo largo del curso bajo del Sena, la 7ª división blindada de Rommel tomó dos puentes de ferrocarril intactos. El avance fue lento el primer día, pero al día siguiente la 7ª división blindada Panzer cruzó las líneas francesas y avanzó hacia el Sena. Al finalizar la campaña, había llegado hasta Ruán, se había desviado hacia la costa para capturar al IX cuerpo francés (que incluía la 51ª división escocesa) y luego había continuado en dirección a Cherburgo y había avanzado 240 kilómetros el 7 de junio. En seis semanas la 7ª división blindada había hecho 97 648 prisioneros y capturado 277 cañones, 458 vehículos blindados y 4000 camiones. El Grupo de Ejércitos A de Rundstedt atacó el 9 de junio y las defensas francesas se derrumbaron rápidamente.

El derrotismo del gobierno francés aumentó de forma vertiginosa a medida que el derrumbamiento fue generalizándose. Pétain no ofrecía nada más que pesimismo, reforzado por los ruegos de Reynaud de que se salvara el ejército. La alianza anglofrancesa formada en la primavera de 1939 se desmoronó a causa de la derrota. A última hora del 16 de junio, Reynaud dimitió y Pétain asumió el poder. Dos horas después pidió al embajador español que concertara un armisticio. El sábado 22 de junio, en el bosque de Compiégne, los representantes franceses pusieron fin a las hostilidades. Saboreando la humillación, Hitler hizo que los ingenieros alemanes sacaran el vagón de ferrocarril en el cual los delegados de la república alemana habían capitulado en noviembre de 1918. Ahora fue el escenario de una segunda humillación, esta vez de los franceses.

En todos sus aspectos, la victoria alemana representó uno de los grandes triunfos militares de la historia. Sus causas fueron dos. Una fue la excelencia de los alemanes en los niveles tácticos y operacionales de la guerra. En ningún sentido constituyó la victoria alemana una revolución en los asuntos militares, sino que la ventaja alemana fue más bien fruto de un proceso evolutivo que consistió en crear una doctrina de armas combinadas para la guerra móvil y

someter a sus fuerzas a un duro adiestramiento. Sin embargo, es interesante la explicación de la victoria alemana que hizo uno de los oficiales de estado mayor mejor considerados. Poco después del armisticio, el general Erich Marcks escribió en su diario que «el cambio en los hombres pesa más que el cambio en la tecnología. Los franceses ya no eran los de 14/18. La relación era como la que hay entre los ejércitos revolucionarios de 1796 y los de la [Primera] Coalición… sólo que esta vez nosotros éramos los revolucionarios y *sansculottes* ».[17] Dicho de otro modo, la ideología había sido el componente clave de la victoria alemana, desde el punto de vista de Marcks. Sin duda alguna, la disposición de la infantería alemana a absorber cuantiosas pérdidas y seguir avanzando induce a pensar que Marcks estaba en lo cierto.

Casi inmediatamente después de la derrota, los franceses empezaron a buscar chivos expiatorios. Por supuesto, la doctrina y el adiestramiento del ejército francés adolecían de graves problemas. Sin embargo, también es evidente que los soldados franceses, en su mayor parte, resistieron y lucharon. Más de 123 000 murieron en poco más de cinco semanas de lucha. Pero su sacrificio fue en vano, porque sus jefes, en todos los niveles superiores de mando, habían sido completamente incapaces de hacer frente al desafío alemán. Los culpables fueron Gamelin, Weygand y otros generales, centenares de ellos, que sirvieron entre 1919 y 1940.

LA BATALLA DE INGLATERRA

La magnitud de su victoria hizo que los alemanes se engañaran. Parecía imposible que los ingleses pensaran seguir resistiendo. En realidad, la substitución de Chamberlain por Churchill había creado un clima muy distinto en Londres. Pero en el gabinete seguía habiendo mucha oposición a prolongar la guerra. En un enconado debate que tuvo lugar el 27 de mayo, el ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, instó a sus colegas a considerar un ofrecimiento de los alemanes «que salvaría el país de un desastre evitable».[18] Pero Hitler nunca hizo un ofrecimiento definitivo, a la

vez que Churchill adoptó una actitud cada vez más firme contra los que instaban a continuar con el apaciguamiento.

En junio, Rab Butler, subsecretario de estado para Asuntos Exteriores, habló con el embajador sueco de un posible trato con los alemanes. Churchill, furioso, amonestó a Halifax. Ahora la principal duda que atormentaba a Churchill no era si debía seguir resistiendo, sino si Gran Bretaña conseguiría apoyo financiero y económico de Estados Unidos para continuar la guerra. A finales de mes tenía suficiente apoyo extraoficial del presidente Franklin Delano Roosevelt para ordenar a la Royal Navy que desarmara la flota de la Francia de Vichy. La operación se ejecutó con un mínimo derramamiento de sangre en Alejandría, Egipto, y en puertos británicos, pero las unidades de la flota principal francesa en el norte de África eran otra cuestión. El 5 de julio en la gran base naval de MerselKebir, la Fuerza H de la Royal Navy procedente de Gibraltar destruyó el acorazado *Bretagne* y causó graves desperfectos a los acorazados *Dunkerque* y *Provence* . Murieron casi 1300 marineros franceses. La razón de estado que impulsó a los ingleses a atacar a los que hasta poco antes habían sido sus aliados fue resumida de forma óptima por el almirante Dudley Pound, que comentó al agregado naval francés: «El único objetivo que teníamos a la vista era ganar la guerra y… era tan esencial para ellos [los franceses] como para nosotros que la ganáramos… Todas las trivialidades, tales como las cuestiones de amistad… debían descartarse».[19] El ataque subrayó que había algo más que retórica detrás de los discursos de Churchill.

Los alemanes se equivocaron por completo al juzgar la resolución británica y creyeron que la guerra prácticamente había terminado. Tal como sugirió a finales de junio Alfred Jodl, el jefe de operaciones del OKW: «La victoria final de Alemania sobre Inglaterra es sólo cuestión de tiempo».[20] Deleitándose en una sensación de vanagloria y autoadulación, Hitler se fue de vacaciones. Durante su visita a París, sus giras por los campos de batalla de la primera guerra mundial y sus meriendas campestres a orillas del Rin, la guerra era lo último que ocupaba el pensamiento del *Führer* . La estructura del alto mando alemán era tal que cuando la atención de Hitler se desviaba hacia otros asuntos, no había nadie que tuviera el empuje o la visión necesarios para tomar las riendas.

Por consiguiente, los alemanes pasaron el resto de junio y gran parte de julio esperando que los ingleses hicieran propuestas de paz.

Durante aquellos días los alemanes apenas trazaron planes militares. En un memorándum fechado el 30 de junio Jodl sugería dos posibilidades estratégicas: *a*) «un ataque directo contra la patria inglesa; *b*) una extensión de la guerra a zonas periféricas» tales como el Mediterráneo. La primera posibilidad ofrecía tres opciones: 1) una ofensiva aérea y naval contra las rutas comerciales británicas; 2) ataques aéreos contra los centros de población británicos para sembrar el terror, y 3) una operación anfibia contra las Islas Británicas. Jodl creía que con una campaña aérea contra las líneas de abastecimiento de las Islas Británicas y contra la población la Luftwaffe lograría quebrantar la moral británica. Finalmente, señaló que la estrategia alemana requería un desembarco en la costa británica sólo como «golpe mortal» (*Todessdtoss*).[21]

La mezcla de posibilidades que propuso Jodl era un síntoma de la incapacidad de los alemanes para entender problemas estratégicos complejos más allá de la Europa central. Andando el tiempo, Raeder presentaría una estrategia mediterránea, pero eso no sería hasta 1941 y cabe sospechar que su propuesta tenía más que ver con la rivalidad entre las distintas armas de las fuerzas armadas que con alguna concepción estratégica. Irónicamente, Francisco Franco, el dictador español, expresó de forma clara en aquellos días su gran deseo de unirse al Eje tan rápidamente como fuera posible. Las bases españolas en las Canarias y la toma de Gibraltar hubieran mejorado mucho la posición del Reich en un momento en que poco hubieran podido hacer los ingleses para responder a ella. Pero, convencidos de que la guerra había terminado y con escasos deseos de repartirse el botín con Franco además de Mussolini, los alemanes siguieron mostrándose indiferentes.

Un desembarco anfibio en las Islas Británicas nunca fue una opción seria. Pocos militares de alta graduación alemanes tenían idea de las complejidades de semejante operación. Tanto Keitel como Halder se referían al problema como si se tratara de cruzar un río. El ejército mismo trazó un plan para la operación León Marino que sólo puede calificarse caritativamente de mal informado de los requisitos navales. La marina, a la que después de lo de Noruega

sólo le quedaba un crucero pesado y dos cruceros ligeros, no estaba en condiciones de ofrecer ayuda en serio. Los ingleses habían destacado cuatro flotillas de destructores (aproximadamente 36 buques) a lo largo de la costa meridional mientras la flota metropolitana se encontraba preparada para intervenir, por lo que una operación anfibia alemana no tenía ninguna probabilidad de salir bien. Ni siquiera gozando de superioridad aérea hubiese podido impedir la Luftwaffe que los destructores británicos atacasen a las fuerzas de desembarco, con consecuencias desastrosas para ellas. Finalmente, las embarcaciones de desembarco propuestas para la operación León Marino, a saber, barcazas del río Rin sin ninguna capacidad marinera, revelan la escasa atención que se prestó al asunto y la total falta de preparativos para la guerra anfibia por parte de la Wehrmacht.

Así pues, la tarea de poner a Gran Bretaña fuera de combate correspondería exclusivamente a la Luftwaffe. Entre todas las fuerzas aéreas que existían en 1940, la alemana era la que estaba mejor preparada para ejecutar una campaña de bombardeo estratégico; además, la Luftwaffe poseía unidades que señalaban el objetivo a los bombarderos e incluso había creado un caza de escolta con gran autonomía de vuelo, aunque luego resultaría inadecuado. Pero los alemanes tenían grandes problemas. Nadie había llevado a cabo aún una campaña aérea de aquel tipo y, por tanto, pisaban terreno desconocido. ¿Cuál debía ser el objetivo principal del ataque contra Gran Bretaña? ¿La industria? ¿Los centros de población? ¿Las instalaciones militares? ¿Y cómo podía una campaña aérea preparar el camino para la operación León Marino, si ésta era necesaria? Igual importancia tuvo el hecho de que los servicios de inteligencia de la Luftwaffe no explicaron a los comandantes operacionales las complejidades de las tareas que tenían delante.

El abismo entre los servicios de inteligencia británicos y alemanes ya era grande e iba en aumento. Los ingleses ya estaban disfrutando de sus primeros éxitos en el descifre del sistema de codificación Enigma, y durante toda la guerra la deficiente disciplina de señales de los alemanes daría a los servicios de inteligencia británicos acceso a un sistema que debería haber sido tecnológicamente indescifrable. No está claro hasta qué punto Ultra

(nombre en clave de la información obtenida interceptando y descifrando los mensajes alemanes) influyó en la batalla de Inglaterra. Lo que sí está claro es que Ultra, en combinación con el análisis del movimiento de mensajes radiofónicos, dio a los ingleses una idea cada vez más exacta del orden de batalla alemán mientras las operaciones aéreas continuaban hasta bien entrado septiembre. Además, la batalla de Inglaterra hizo que los científicos británicos participasen directamente en la labor de los servicios de inteligencia.

En el otro bando, la indiferencia desdeñosa ante la información sobre las capacidades del enemigo caracterizó las operaciones de la Luftwaffe durante toda la contienda. En un estudio fechado el 16 de julio de 1940, el jefe del servicio de inteligencia de la Luftwaffe, el general «Beppo» Schmid, minimizó las capacidades de la RAF en casi todas las categorías. Es cierto que calculó correctamente el número de aviones de que disponía el Mando de Caza, pero luego calculó que la capacidad de producción de cazas por parte de la industria británica era de entre 180 y 200 aparatos al mes, cuando la realidad era que las fábricas produjeron casi 500 cazas en un solo mes, julio. Schmid consideraba que el Bf 109 era superior tanto al Spitfire como al Hurricane, y que el Bf 110 era igual que el Spitfire y superior al Hurricane, lo cual no era verdad. También sugirió que el Mando de Caza desplegaría todos sus efectivos y, por ende, no tendría reservas importantes.

Su estudio no mencionaba el sistema de defensa aérea basado en el radar que tenían los ingleses, aunque ya en 1938 los alemanes sabían de los experimentos británicos con el radar. Tres semanas más tarde, a pesar de la experiencia de los combates intensos, Schmid informó de que los cazas británicos eran controlados desde sus bases de procedencia. Finalmente, terminó con un comentario optimista en el sentido de que «la Luftwaffe, a diferencia de la RAF, estará en condiciones en todos los aspectos de conseguir un efecto decisivo este año».[2]

[2] El mayor error de cálculo que cometieron los alemanes fue sobre todo la incapacidad para entender el complejo sistema de adaptación en que el Mando de Caza se había convertido, sistema en que el radar dirigía todas las interceptaciones del Mando de Caza en vez de

servir de instrumento tecnológico para guiar a unos cuantos cazas en la tarea de interceptar aviones alemanes.

El largo período de preparación entre el final de la campaña de Francia y el lanzamiento de la campaña aérea reflejaba algo más que la excesiva confianza de los alemanes en sí mismos. La Luftwaffe había sufrido muchas pérdidas en la campaña francesa: el 30 por ciento de sus bombarderos, el 30 por ciento de sus cazas bimotores, el 40 por ciento de sus transportes, el 19 por ciento de sus cazas monomotores y más del 15 por ciento de sus pilotos de caza. La escala de estas pérdidas requería tiempo para la reconstitución y la recuperación, así como para integrar nuevas tripulaciones en las unidades de combate. Además una campaña aérea exigía una importante reorganización no sólo de las unidades de combate, sino también de toda la infraestructura logística de la Luftwaffe.

El 30 de junio de 1940 Goering firmó la orden que daba inicio a la campaña. La Luftwaffe atacaría en primer lugar a la RAF, a su estructura de apoyo en tierra y a la industria aeronáutica británica. «Mientras la fuerza aérea enemiga no sea destruida, el principio fundamental de la dirección de la guerra aérea es atacar a las unidades aéreas enemigas en todas las oportunidades favorables que se presenten —de día y de noche, en el aire y en tierra— sin pensar en otras misiones.»
[23] El
blanco principal sería la RAF, incluido el Mando de Bombardeo. Pero alcanzar la superioridad aérea era de por sí una tarea dificilísima, dadas la fuerza y las capacidades de la Luftwaffe. Debido a la limitada autonomía de vuelo del Bf 109, los escuadrones de caza de la Luftwaffe podían cubrir a los bombarderos sólo hasta Londres, lo cual permitía a la RAF utilizar el resto del país como refugio. Si la presión sobre el Mando de Caza se intensificaba demasiado, los ingleses siempre podían retirarse al norte de Londres. La Luftwaffe nunca estuvo en condiciones de atacar a la RAF en todas las Islas Británicas y los alemanes sólo podían imponer al Mando de Caza el nivel de desgaste que los comandantes de éste aceptaran.

La Luftwaffe pecó de optimismo descabellado al calcular la duración de la campaña: cuatro días para derrotar al Mando de

Caza, seguidos de cuatro semanas durante las cuales los bombarderos y los cazas con gran autonomía de vuelo destruirían el resto de la RAF y la industria aeronáutica británica. Pero los alemanes se enfrentaban a un adversario resuelto y eficaz mandado por un aviador de primera clase, el mariscal del aire *sir* Hugh Dowding. Éste había desempeñado un papel importante en la creación del radar, del Spitfire y del Hurricane cuando era director del mando de investigación y desarrollo de la RAF. Se había hecho cargo del Mando de Caza en 1937 y había integrado sin problemas la tecnología en un eficaz sistema de defensa aérea. Durante la batalla de Francia había hecho frente a Churchill y se había opuesto a mandar más cazas a una situación desesperada. Churchill había admirado su actitud. El objetivo de Dowding no era vencer, sino impedir, hasta que llegara el otoño y las condiciones climatológicas no permitieran a los alemanes cruzar el Canal, que la Luftwaffe adquiriese superioridad aérea. Dowding desplegó aproximadamente una tercera parte de sus cazas en aeródromos del sur de Inglaterra. El Mando de Caza defendería la totalidad de las Islas Británicas, pero los escuadrones del norte representaban una reserva que Dowding podía destinar a la batalla aérea a medida que los combates agotaran los escuadrones de caza del sur.

La primera fase de la batalla, la de exploración, duró desde principios de julio hasta principios de agosto, y los alemanes intentaron atraer al Mando de Caza a la otra orilla del Canal. La batalla inicial fue un error grave por parte de los alemanes, toda vez que proporcionó al Mando de Caza mucha experiencia sobre los procedimientos y tácticas alemanes y permitió a los ingleses perfeccionar la habilidad de sus operadores de radar y el sistema en conjunto. Los errores iniciales, como el del 11 de julio, día en que los controladores británicos mandaron seis Hurricanes a interceptar un solo atacante y luego los cazas se encontraron con una formación de más de 40 aviones, se hicieron cada vez más infrecuentes.

La segunda fase empezó el 13 de agosto con el llamado Día del Águila (*Adlertag*), en que la Luftwaffe tenía que lanzar ataques de gran alcance contra las bases de la RAF en el sur de Inglaterra. El mal tiempo obligó al alto mando de la Luftwaffe a cancelar los ataques de la mañana, pero algunos bombarderos no recibieron el

mensaje. El resultado fue un principio desigual de lo que tenía que ser un ataque decisivo. Debido a la mala información, muchos ataques alemanes alcanzaron aeródromos de la RAF que tenían poca importancia para la defensa.

Durante los meses siguientes los dos bandos enemigos libraron una gran batalla de desgaste en el cielo. Los ataques iniciales causaron graves daños a varias bases aéreas e inutilizaron diversas estaciones de radar. Pero la Luftwaffe no persistió en los ataques porque sus servicios de inteligencia nunca comprendieron el complejo sistema entrelazado de defensa aérea de los ingleses. En los combates en el aire los Spitfires y Hurricanes demostraron ser superiores a los bimotores Bf 110, a la vez que el Spitfire se mantenía firme al enfrentarse al Bf 109. Así pues, los cazas monomotores alemanes tenían que prestar apoyo incluso a los Bf 110. Los bombarderos en picado Stuka Ju87 resultaron tan vulnerables que tras una importante batalla aérea el 18 de agosto, en que los ingleses derribaron 18, Goering ordenó que abandonaran la lucha.

Las batallas aéreas de mediados de agosto pusieron de relieve que la Luftwaffe carecía de un caza eficaz dotado de gran autonomía de vuelo. El 15 de agosto los cazas de la RAF infligieron un 20 por ciento de pérdidas a los bombarderos y Bf 110 alemanes que despegaban de Noruega, y demostraron de forma concluyente que las Islas Británicas estaban defendidas a fondo. Al aumentar las pérdidas de bombarderos, Goering criticó severamente a la fuerza de caza de la Luftwaffe. Las pérdidas de bombarderos causadas por los cazas enemigos indujeron al recién ascendido Reichsmarschall a acusar a sus pilotos de caza de excesiva prudencia. Les ordenó que escoltaran a los bombarderos desde muy cerca, lo cual les dejaba poca libertad para entablar combate con los cazas británicos.

Los cazas de ambos bandos se veían sometidos a una intensa presión. En julio los ingleses perdieron el 10 por ciento de sus pilotos de caza y los alemanes, el 11 por ciento. En agosto las pérdidas británicas de pilotos del Mando de Caza ascendieron al 26 por ciento, y las de los alemanes al 15 por ciento. En septiembre las pérdidas británicas alcanzaron el 28 por ciento, mientras que los alemanes perdían más del 23 por ciento. Ambos bandos estaban perdiendo pilotos experimentados y tenían que sacar de las

unidades de instrucción operacional tripulaciones mal preparadas.

A pesar del daño que sufrió la estructura de bases del Mando de Caza, las pérdidas por ellos sufridas en el sur de Inglaterra persuadieron a los alemanes de que alterasen su estrategia a comienzos de septiembre. Hitler y Goering, plenamente apoyados por el mariscal de campo Albert Kesselring, comandante en jefe de la Luftflotte 2 (Segunda Fuerza Aérea), recurrieron a un ataque en gran escala contra Londres. El 7 de septiembre tuvo lugar una gran incursión diurna que continuó hasta entrada la noche y causó daños enormes en el East End de Londres y sus astilleros. Durante la noche del 7 al 8 de septiembre, los bomberos de Londres lucharon contra nueve incendios que hicieron necesaria la intervención de más de 100 autobombas y un incendio en los muelles de Surrey que requirió 300.

Pero el cambio de estrategia dio al Mando de Caza un descanso que necesitaba mucho, especialmente para sus pilotos y unidades de apoyo en tierra en el sur de Inglaterra. Los bombardeos nocturnos y los reconocimientos diurnos de la semana siguiente ejercieron mucha presión tanto sobre los londinenses como sobre las tripulaciones de los bombarderos alemanes. Sin embargo, hasta el 15 de septiembre no lanzó la Luftwaffe otro gran ataque diurno contra Londres. Para entonces el período de calma había permitido a Dowding substituir todos sus escuadrones de caza por otros relativamente nuevos que procedían del norte. Los grandes combates aéreos de ese día representan el momento culminante de la batalla de Inglaterra.

Por la mañana, 100 bombarderos Do17, acompañados por una nutrida cobertura de cazas, se abrieron paso luchando hasta Londres, pero se vieron atacados por el ala Duxford de Douglas Bader, formada por cinco escuadrones de caza. Por la tarde, 150 Dorniers y Heinkels, también con una numerosa escolta de cazas, atacaron Londres. En el cielo de Kent, 175 Hurricanes y Spitfires del Grupo II salieron al encuentro de los alemanes; cuando el enemigo llegó al este de Londres, los escuadrones de Bader arremetieron contra las formaciones alemanas. Los bombarderos huyeron en dirección a la costa y desparramaron sus bombas sobre el paisaje del sur de Inglaterra. La ofensiva diurna había fracasado. Hitler aplazó indefinidamente la operación León Marino.

Pero Gran Bretaña todavía no estaba a salvo. Los alemanes recurrieron ahora a una ofensiva nocturna cuyo objetivo era infligir grandes daños a la industria británica y quebrantar la moral de la población civil. Esperaban una gran exactitud de sus dispositivos de bombardeo a ciegas, Knickebein y XGerät, que utilizaban ondas radioeléctricas para guiar la navegación. Pero a principios del verano de 1940 los ingleses —basándose en la información extraída de los restos de los aviones derribados, el interrogatorio de las tripulaciones capturadas y varios mensajes Ultra— habían entendido el funcionamiento del Knickebein y sus deficiencias tecnológicas. Los científicos británicos crearon entonces contramedidas que distorsionaran la exactitud de las ondas de orientación que emitían los dispositivos alemanes. El éxito científico de los ingleses en la batalla de Inglaterra fue fruto en particular de un joven científico, R. V. Jones, uno de los hombres más brillantes y amables que participaron en los niveles más altos de toma de decisiones durante la segunda guerra mundial. Al llegar el invierno, como las contramedidas británicas daban buenos resultados, las tripulaciones de los bombarderos alemanes empezaban a desconfiar de la tecnología de sus propios dispositivos de bombardeo. Así pues, las ciudades británicas sufrieron un fuerte castigo durante el invierno, pero los ataques alemanes nunca alcanzaron la exactitud o la concentración suficiente para quebrantar la moral del pueblo británico.

CONCLUSIÓN

Las consecuencias del derrumbamiento de Europa occidental fueron inmensas. A ojos de los alemanes, la victoria frente a Francia sugería que para el Tercer Reich todo era posible. Raras veces en la historia militar de Europa había alcanzado una nación una victoria tan decisiva sobre otra potencia. Sin embargo, los alemanes no habían gozado de superioridad en recursos humanos ni materiales excepto tal vez en el aire. La victoria alemana no se basó en una doctrina operacional formulada a consecuencia de la derrota de Alemania en la última guerra. Fue fruto de la maduración inteligente y seria de la doctrina bélica desde 1917 hasta las

lecciones de la campaña de Polonia. La creación de la capacidad de combate de Alemania fue evolutiva, no revolucionaria; la victoria en la batalla de Francia en 1940 fue resultado de la actuación de militares de infantería como Erwin Rommel en la misma medida en que dependió de pioneros del tanque como Heinz Guderian. El factor unificador fue una forma coherente, basada en las armas combinadas, de abordar la guerra moderna. Los blindados, la infantería y la artillería hablaban el mismo lenguaje: un lenguaje de explotación, autoridad descentralizada y liderazgo agresivo.

Sin embargo, fuera cual fuese el éxito operacional del ejército, la victoria en Francia no resolvió los problemas estratégicos que planteaba la visión de Hitler. Se limitó a satisfacer los requisitos económicos y estratégicos inmediatos creados por el estallido de la guerra en septiembre de 1939. Alemania tenía ahora el control de los recursos económicos de la Europa occidental y central así como de los Balcanes, pero dichos recursos representaban una capacidad productiva en potencia, y no inmediata.

Las obras escritas después de la contienda generalmente han situado la guerra en el oeste en un marco diferente al de la guerra en el este. En realidad *ambas* guerras representaban partes de la misma lucha ideológica. En 1940 aún existían pintorescas costumbres aristocráticas, como los honores que los sitiadores de Lille rindieron a la guarnición cuando capituló. Pero la guerra en el oeste no fue siempre una batalla entre nobles guerreros. El 27 de mayo de 1940 una compañía de la División Totenkopf de las SS hizo 100 prisioneros del segundo regimiento Real de Norfolk. El comandante de la compañía, el Obersturmführer Fritz Knochlein, alineó a los prisioneros contra la pared de un granero y los ametralló a todos. Los supervivientes fueron rematados a bayonetazos y tiros. Las autoridades militares alemanas no formularon caraos contra Knochlein y tampoco su división consideró que lo que había hecho se saliera de lo normal.

A primera vista parecía que Francia era la que más había perdido en la campaña de 1940. Pero en realidad la mayor perdedora fue la Unión Soviética. El 18 de junio el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, expresó al embajador alemán «la más efusiva enhorabuena del gobierno soviético por las espléndidas victorias de la Wehrmacht alemana».[24] Detrás de la

afirmación de Molotov había algo más que simples palabras. Un informe del ministerio de Economía del Reich señalaba un mes más tarde los esfuerzos entusiastas del gobierno soviético por llevar a cabo la entrega de materias primas que la economía de guerra alemana necesitaba con urgencia. Por supuesto, la caída de Francia no sirvió de consuelo a Staün; su política se había basado en la creencia de que en el oeste habría otra guerra de desgaste, una guerra que agotaría a ambos bandos y permitiría a la Unión Soviética aprovechar el derrumbamiento del capitalismo europeo. Pero aunque la caída de Francia trastornó los cálculos soviéticos, Stalin se negó a ver que su régimen corría peligro mortal. Sin embargo, el resultado directo de la derrota francesa fue que la Unión Soviética lucharía sola en el continente durante tres largos años. El segundo frente que Stalin exigiría tan desesperadamente de los aliados en los años que culminaron en junio de 1944 había desaparecido en Francia en mayo de 1940.

Finalmente, Churchill aportó a la lucha un liderazgo extraordinario. Más adelante afirmaría que sólo había expresado los sentimientos del pueblo británico en 1940. Pero, de hecho, reconoció que no podía haber avenencia con el mal del nazismo y que así lo reconocería Estados Unidos en su momento. También comprendía que la dinámica de las ideologías opuestas pondría fin de manera violenta al Pacto de No Agresión nazisoviético. Y, por ende, se jugó noblemente los últimos recursos de un imperio que se apagaba porque creía que la lucha aún no estaba perdida. Tenía razón.

5 Diversiones en el Mediterráneo y los Balcanes 1 940-1941

EL 10 de junio de 1940, desde el balcón del Palazzo Venezia de Roma, Benito Mussolini anunció a las multitudes que bramaban abajo que Italia había declarado la guerra a Francia y Gran Bretaña. En efecto, la declaración de guerra de Mussolini reflejaba su profundo compromiso con el Eje RomaBerlín, nacido después de la guerra de Abisinia en 1936. También reflejaba los objetivos megalómanos de Mussolini y sus seguidores, que querían convertir el Mediterráneo en un *mare nostrum* (mar nuestro) italiano.

La entrada de Italia en la guerra no hubiera podido producirse en peor momento para los aliados. La decisión de Mussolini daba cuerpo a sus apetencias, la ideología de su régimen y las desmesuradas expectativas de las clases alta y media italianas. Nunca había habido un Mussolini «bueno»; su comportamiento relativamente pacífico en los años veinte no había sido más que una manera de adaptarse a un entorno internacional que dejaba poco espacio para los planes maléficos. La subida de Hitler al poder en el decenio siguiente alimentó las crecientes ambiciones de Mussolini, que florecieron a la sombra de la flor del norte, más sombría y más peligrosa.

La entrada de Italia en la guerra no fue fácil ni mucho menos. Los incipientes procesos decisorios del régimen fascista se basaban en la voluntad del *Duce* . De planificación no había ni rastro. Las fuerzas armadas no estaban preparadas para la guerra. El ejército había llevado a cabo un programa de expansión que iba mucho más allá de sus medios y del buen sentido operacional. La marina tenía buenos barcos, pero carecía de los jefes y el apoyo industrial

necesarios para utilizarlos eficazmente en tiempo de guerra, mientras que la fuerza aérea no tenía más que aviones anticuados. A nadie se le ocurrió llamar a los barcos mercantes italianos para que volvieran a casa antes de declarar la guerra; debido a ello acabarían en poder de los aliados cerca de un millón de toneladas. El valor del pueblo italiano no podía en modo alguno suplir todas estas deficiencias.

Como es lógico, los militares italianos creían que Italia no tendría que luchar; Mussolini, en cambio, deseaba conquistar un imperio mediterráneo que transformase a Italia en una gran potencia al tiempo que permitía a su régimen ajustar cuentas con la monarquía, la Iglesia y la clase media. Este malentendido entre el líder y los militares perjudicó la planificación estratégica durante todo el verano de 1940, cuando el derrumbamiento de Francia y la debilidad de Gran Bretaña ofrecían a Italia importantes oportunidades de atacar en el Mediterráneo. Pero tanto el régimen como sus jefes militares decidieron que Italia hiciera una «guerra paralela» en el Mediterráneo, una guerra que en todo momento fuera completamente independiente de la influencia y el apoyo de los alemanes. En los últimos días de la resistencia de Francia, los italianos lanzaron un ataque desordenado contra las escasas fuerzas francesas que había en los Alpes. Órdenes y contraórdenes iban y venían entre Mussolini, el mariscal de campo Pietro Badoglio, jefe del Comando Supremo, y los comandantes en campaña. El resultado fue totalmente negativo: no se ganó nada y las bajas fueron numerosas.

La derrota de Francia ofreció posibilidades fugaces en el Mediterráneo. La posición estratégica de Gran Bretaña era vulnerable. La Royal Navy se hallaba dividida entre Alejandría y Gibraltar. Malta, que era una posesión británica, sólo podían usarla las lanchas de asalto y los submarinos; su guarnición consistía en únicamente cinco batallones de infantería, reservistas locales, y tres aviones anticuados que por error se habían dejado en la isla y que pronto serían bautizados con los nombres de Faith, Hope y Charity (Fe, Esperanza y Caridad). El estado de las defensas de Egipto apenas era mejor. El general *sir* Archibald Wavell mandaba 36 000 hombres que aún no estaban totalmente organizados. A la *T* división blindada le faltaban un regimiento en cada brigada y parte

de su artillería. Los 27 500 soldados destacados en Palestina estaban aún menos preparados. El ejército egipcio tenía poco valor militar y representaba una clara amenaza para la seguridad interna.

Ante esta situación favorable, el alto mando italiano no fue capaz de decidir nada. Badoglio alegó obstáculos insuperables como excusa para rechazar cada una de las sugerencias del *Duce* . Sin embargo, en el fondo de las dificultades italianas estaba la incapacidad del propio Mussolini para enunciar una estrategia coherente. En consecuencia, sus intereses eran variables y pasaban de los sueños de expansión en los Balcanes a expensas de Yugoslavia y Grecia, a la conquista del imperio francés, a dominar el Mediterráneo oriental e incluso a dividir Suiza. A principios de julio Badoglio sugirió una ofensiva contra Egipto; el estado mayor del ejército reconoció que «actualmente, dada la situación presente, y con la llegada del material que en este momento se está preparando o espera ser embarcado con destino a Libia, nuestras fuerzas de tierra en el norte de África son suficientemente fuertes para el inicio en el futuro próximo de una ofensiva decisiva cuyo objetivo son las fuerzas angloegipcias que actualmente están en Egipto».[1]

De crucial importancia para una ofensiva victoriosa contra Egipto era la seguridad de las líneas de comunicación italianas de una orilla a otra del Mediterráneo. Malta representaba una amenaza obvia para las citadas líneas; no obstante, el comandante en jefe de la marina italiana descartó la isla porque, según él, la fuerza aérea podía neutralizarla. La marina italiana, sin embargo, pronto se vio atacada directamente por la Roy al Navy. A comienzos de julio tuvo lugar la batalla de Calabria cuando las dos flotas enemigas proporcionaban cobertura a importantes movimientos de convoyes, los italianos con destino a Libia y los británicos dirigiéndose o procedentes de Malta. La marina italiana tenía todas las ventajas. Conocía los movimientos de los ingleses gracias al descifre de mensajes; la noche favorecía la táctica de la marina italiana, que se basaba en las pequeñas unidades; los italianos hubieran podido concentrar una flota de batalla superior; el combate tuvo lugar cerca de Italia y dos de los acorazados británicos eran veteranos de la primera guerra mundial, lentos y vulnerables. Pero antes de la batalla, el almirante Domenico Cavagnari redujo las probabilidades

a favor de sus fuerzas al ordenar que los dos acorazados italianos nuevos permanecieran en el puerto. Con sus movimientos controlados estrictamente por Roma, la flota italiana huyó al establecer contacto. A pesar de ello los ingleses abrieron una brecha en el acorazado *Cesare* , mientras que la Regia Aeronáutica llegó tarde y luego procedió a bombardear imparcialmente ambas flotas.

Al insistir Mussolini en que había que entrar en acción, los generales italianos contestaron con su típica tozudez. En Libia, Graziani se lamentó de su inferioridad militar. A raíz de un ataque de la RAF contra su cuartel general en agosto, el mariscal volvió corriendo a Cirene, lejos de la frontera entre Libia y Egipto, y afirmó que la precisión del ataque reflejaba la labor de traidores y espías. Sin embargo, en el mismo momento en que Mussolini presionaba a Graziani en África, se hablaba también de Grecia y Yugoslavia como posibles blancos de la expansión en los Balcanes. A mediados de agosto Berlín ya se había dado cuenta de lo que estaba en la mente de Mussolini. El día 16 Ribbentrop llamó al embajador italiano y le advirtió que toda acción italiana contra Yugoslavia desagradaría al Reich, que deseaba mantener el statu quo en los Balcanes con el fin de evitar la intervención soviética. El alicaído ministro de Asuntos Exteriores italiano, Galeazzo Gano, escribió en su diario: «Es una orden total detenerse a lo largo de toda la línea».[2] Tres días después los alemanes hicieron una advertencia parecida en relación con Grecia.

Después de que los alemanes frenaran en seco sus planes para los Balcanes, Mussolini aumentó la presión sobre Graziani. Las evasivas del general agotaron la paciencia del *Duce* , que ordenó que se emprendiera inmediatamente una ofensiva y anunció al Consejo de Ministros que destituiría a Graziani si no atacaba. El general respondió al ultimátum dando la orden de avanzar, al tiempo que se quejaba en su diario de la injusticia de todo el asunto. La actuación siguiente de los subordinados de Graziani dice mucho de las cualidades del general como líder militar. El general Maletti, el «lobo del desierto» en las memorias de Graziani, no recogió a sus guías árabes ni los mapas necesarios, se extravió por el camino y tuvo que buscarle la Regia Aeronáutica justo antes de que su columna se quedara sin agua. El avance hacia Sidi el Barrani, en la costa noroccidental de Egipto, obligó a los ingleses a retroceder,

pero no causó ningún daño. Formaciones de infantería motorizada italiana, acompañadas por unos cuantos tanques, se detuvieron en posiciones estáticas, sin apoyarse mutuamente, en el extremo de tenues líneas de comunicaciones y con flanco sur expuesto al desierto. Graziani afirmó en tono grandilocuente que el soldado británico pronto «aprendería a reconocer el valor del soldado italiano», pero sus palabras no podían ocultar su falta de resolución.[3]

Mientras tanto, los ingleses reunían sus efectivos. El envío de tanques desde Gran Bretaña en septiembre significó que el ejército británico no estaría siempre en inferioridad en el desierto.

CATÁSTROFE PARA LAS ARMAS ITALIANAS

Durante septiembre de 1940 Mussolini había hecho una guerra paralela en el Mediterráneo con los alemanes como espectadores. Las peleas intestinas en los Balcanes precipitaron ahora la entrada en acción de los italianos, y este paso convirtió la indecisión en una

avalancha de desastres. Al finalizar la primera guerra mundial, el tratado de SaintGermain había dado la mayor parte de Transilvania a Rumania a pesar de su numerosa población húngara. No es de extrañar, pues, que los húngaros fueran entusiastas revisionistas, pero la falta de recursos frenaba sus ambiciones políticas. Ahora, en medio del caos del verano de 1940, vieron una oportunidad de ajustar cuentas con Rumania, en especial porque ésta había cedido Besarabia y Bucovina a los soviéticos. A finales de agosto, Hungría y Rumania ya se encontraban al borde de la guerra.

Debido a la importancia del petróleo rumano semejante estado de cosas era intolerable a ojos de los alemanes, que, junto con los italianos, se colocaron entre los posibles contendientes. A finales de agosto Ribbentrop y Ciano convocaron en Viena a los negociadores húngaros y rumanos; los ministros de Asuntos Exteriores del Eje impusieron un acuerdo que mutilaba seriamente a Rumania pero que apenas satisfacía las apetencias húngaras. El acuerdo provocó inmediatamente una convulsión política en Rumania. El rey Carlos abdicó y el general Ion Antonescu se apoderó del puesto de presidente del gobierno y no tardó en erigirse en dictador. El país se tambaleaba al borde del derrumbamiento y ofrecía posibilidades tentadoras a los soviéticos.

Pero Hitler no estaba dispuesto a permitir la intervención soviética en Rumania. Después de celebrarse conversaciones bilaterales entre alemanes y rumanos, Hitler envió una «misión» militar con el pretexto de fortalecer los lazos entre el Reich y Rumania poniendo a las tropas rumanas a la altura de las alemanas. En diciembre de 1940 esta fuerza asesora alemana ya había aumentado hasta convertirse en la 13ª división de infantería motorizada (reforzada), la 16ª división blindada, dos Staffeln (escuadrillas) de caza, una Staffel de reconocimiento y dos regimientos de antiaéreos. La «verdadera misión» de los asesores, como dejó claro Keitel, era «proteger los distritos petroleros… preparar las fuerzas armadas rumanas… de acuerdo con los intereses alemanes [y]… preparar… el empleo de fuerzas alemanas y rumanas en el caso de que los soviéticos impongan un conflicto [al Reich]».4

El altanero desdén que mostraba Hitler para con los intereses italianos en Rumania indignó a Mussolini. Según Ciano, el *Duce* le

dijo inmediatamente después de la acción alemana: «Hitler siempre me presenta hechos consumados. Esta vez voy a pagarle con la misma moneda. Se encontrará con que he ocupado Grecia».[5] Los italianos empezaron enseguida a trazar los planes para un ataque contra Grecia. Pero lo hicieron sin detener la desmovilización del ejército que había empezado en octubre y ya había reducido las fuerzas de tierra de 1000 000 a 600 000 hombres. Las razones para la desmovilización habían sido económicas además de políticas: la cosecha y la industria necesitaban efectivos humanos y el público necesitaba que se le tranquilizara un poco demostrándole que los acontecimientos iban volviendo a la normalidad. Aunque cueste creerlo, el ejército llevó a cabo la desmovilización por grupos de edad, de tal modo que todas las divisiones de Italia perdieron una parte considerable de sus efectivos. Por consiguiente, en octubre, cuando Mussolini, incitado por Ciano, empujó a sus militares a emprender una operación contra Grecia, las fuerzas italianas carecían de los efectivos humanos necesarios y no estaban preparadas para la guerra, aunque sus generales se mostraron más que dispuestos.

Los italianos preveían una campaña en dos etapas. En primer lugar, sus fuerzas en Albania (país del que Mussolini se había apoderado en abril de 1939) se dirigirían al sur y ocuparían el norte de Grecia, al tiempo que la marina tomaría las islas más importantes del Egeo. Las tropas continuarían luego la marcha hacia el sur hasta llegar a Atenas para lanzar un asalto final. Una serie de fuertes bombardeos aterrorizaría a los civiles griegos y ayudaría a precipitar la caída del régimen. Estos planes revelaban un desprecio malsano por la capacidad defensiva de los griegos, así como falta de atención a los problemas operacionales más obvios. Para empezar, entre las fuerzas italianas en Albania y los defensores griegos había, a lo sumo, una correlación de uno a uno. Además, la infraestructura logística de Albania sólo permitía sostener tropas que ya se encontrasen en el país. Una vez empezara el ataque contra Grecia, Italia no podría mandar nuevas formaciones al teatro de la guerra ni aumentar rápidamente sus fuerzas debido a las demandas de municiones, alimentos y carburante que llegarían desde el frente de batalla. Los italianos también daban por sentado que a causa de la hostilidad entre los búlgaros y los griegos, la mera

existencia del ejército búlgaro inmovilizaría a gran parte del ejército griego en Tracia.

Mientras tanto, los griegos habían captado indicios de que se avecinaba una invasión, y el 23 de octubre el embajador griego en Roma advirtió a su gobierno que esperase una invasión entre el 25 y el 26. Al recibir el aviso, los griegos se movilizaron. Sus fuerzas destacadas en la frontera eran muy parecidas en tamaño y composición a las italianas, pero la artillería griega era mejor. Los italianos eran superiores en tanques y aviones, pero el blindaje de sus tanques era ligero y la Regia Aeronáutica no poseía el adiestramiento ni los instrumentos de navegación apropiados para volar con mal tiempo. Lanzados al norte de Grecia sin ninguna concentración logística, en algunos casos incluso sin ropa de invierno, y sin una clara superioridad de armamento ni de efectivos humanos, los italianos marcharon directamente a la derrota. Al principio, obligaron a los griegos a retroceder en el frente central y avanzaron 60 kilómetros por los valles de la frontera suroccidental, pero el mal tiempo tuvo a la Regia Aeronáutica a raya. Los aviones italianos se limitaron a atacar ciudades como Salónica en vez de apoyar a sus apuradas fuerzas de tierra. Los búlgaros no hicieron nada, mientras que los griegos trasladaron reservas al frente albanés y pronto alcanzaron la superioridad en el plano local. Numerosas bajas desangraron las unidades italianas y el sistema de abastecimiento falló en casi todas sus partes.

El comandante en jefe italiano, el general Visconti Prasca, fue presa del pánico y contribuyó así a exacerbar el caos. El 7 de noviembre el flanco izquierdo italiano cerca de Kroce ya estaba al borde del derrumbamiento. Al desvanecerse las esperanzas de una *Blitzkrieg* , los italianos optaron por una estrategia de desgaste para acabar con los griegos. Prasca fue relevado por el general Uboldo Soddu, que no era mucho mejor que él. Por las tardes, el nuevo comandante en jefe del grupo de ejércitos mataba el tiempo escribiendo música para películas. A finales de noviembre los griegos ya habían obligado a los italianos a retroceder hasta Albania.

Mientras tanto, la Royal Navy contribuía a las tribulaciones de Mussolini. Con un portaaviones y doce aviones torpederos, el almirante Andrew B. Cunningham atacó a la flota italiana en

Tarento, en el empeine de la bota italiana. El ataque nocturno con torpedos fue una sorpresa total; la mañana del 12 de noviembre, tres acorazados italianos yacían en el fango, uno de ellos con daños irreparables. El ataque aéreo fue acompañado de una incursión a cargo de cruceros británicos en el estrecho de Otranto. Las fuerzas atacantes hundieron cuatro mercantes y cortaron temporalmente las líneas de abastecimiento entre Albania e Italia.

Muy poco después del ataque contra Tarento se produjo una verdadera catástrofe en Grecia. Los refuerzos que llegaban a Albania desde Italia eran escasos y los griegos, que ya se habían movilizado del todo, lanzaron un contraataque en gran escala el 14 de noviembre. La campaña se convirtió rápidamente en una derrota aplastante de los italianos; los griegos penetraron en Albania a principios de diciembre y el día 4 Soddu perdió el control y sugirió una retirada hacia Valona y Durazzo. Para entonces Mussolini había destituido a Badoglio; su substituto, el general Ugo Cavallero, se trasladó rápidamente a Albania para levantar el ánimo de Soddu. Los italianos resistieron, aunque a duras penas, y Soddu tenía los días contados, especialmente después de que Mussolini descubriera que seguía componiendo música para películas. Durante un mes y medio los italianos aguantaron en una posición precaria. El régimen decretó la movilización total, pero no pudo deshacer los daños ocasionados por la desmovilización de octubre. Unidades improvisadas a todo correr cruzaron la frontera de Albania y sin pérdida de tiempo fueron destinadas a los campos de batalla.

A finales de enero los italianos habían logrado detener el avance griego. En febrero ya tenían fuerzas suficientes para contraatacar, aunque los resultados fueron decepcionantes; los griegos apenas se movieron pese a que los ataques causaron un número extraordinariamente alto de bajas entre las unidades italianas. El fracaso de los contraataques italianos en febrero representó la última boqueada de la guerra paralela de Mussolini en el Mediterráneo. Italia iba camino de convertirse en un satélite alemán.

EL ATAQUE BRITÁNICO

La situación de los ingleses en el Mediterráneo en julio de 1940 era en verdad sombría. A pesar de tener la flota dividida entre Alejandría y Gibraltar, y apenas dos divisiones en Egipto, los ingleses decidieron obligar a los italianos a luchar por su *mare nostrum* . En el otoño de 1940 el estado anímico de los ingleses empezaba a cambiar y la confianza en sí mismos iba en aumento, a lo cual contribuía la inactividad italiana. En el desierto, grupos de ataque británicos habían establecido la supremacía sobre sus enemigos italianos. En septiembre, al avanzar los italianos hacia el interior de Egipto, el general *sir* Archibald Wavell, comandante en jefe en el Oriente Medio, decidió contraatacar si los italianos avanzaban más allá de Sidi el Barrani. Pero los problemas estratégicos de Wavell no se limitaban a Egipto, toda vez que Abisinia y Grecia se encontraban también en la región de la que era responsable. Parece ser que consideraba Abisinia una amenaza seria para el mar Rojo y una oportunidad de apuntarse una victoria fácil. Churchill compartía este punto de vista. En realidad, Abisinia carecía de importancia; las fuerzas italianas destacadas allí no poseían la infraestructura, el apoyo logístico ni la capacidad militar que se necesitaban para amenazar a nadie salvo a los etíopes, que, con la ayuda británica, habían emprendido una sublevación importante en todo el país.

Wavell decidió que una de las dos divisiones que contraatacarían, la 4ª india, se retiraría después de la primera arremetida contra las fuerzas italianas en Egipto y pasaría a Abisinia tras ser substituida por una división australiana. Wavell tomó esta decisión porque creía que el golpe contra Graziani sería sólo un ataque corto e intenso que obligaría a los italianos a abandonar Egipto; no preveía una gran victoria. Las tropas británicas que tenía a su disposición eran excelentes. Antes de la guerra, Percy Hobart, el principal experto británico en la guerra de blindados, había adiestrado a muchas de las unidades que integraban la 7ª división blindada y las había convertido en formaciones de primera clase; la 4ª división india también era excelente, a la vez que la 6ª división australiana compensaba con su entusiasmo y su valor las deficiencias de su adiestramiento. En el bando italiano, el

ejército de Graziani se había desplegado en posiciones fortificadas que no eran de apoyo y estaban dispersadas por el desierto, con formaciones móviles que supuestamente cubrían las brechas. Sin embargo, los ingleses ya dominaban el desierto abierto.

Los ingleses ocultaron hábilmente sus preparativos; colocaron depósitos de pertrechos enfrente de sus posiciones principales al tiempo que hacían circular por Egipto rumores en el sentido de que iban a retirarse. Los italianos se dejaron engañar. El general Richard O'Conner, comandante en jefe del ejército del desierto, hizo que sus fuerzas atravesaran la brecha en las posiciones italianas entre los campamentos costeros de Nibeiwa, Maktila y Sidi el Barrani y los campamentos situados más al interior, un espacio de casi 22 kilómetros. La 7ª división blindada formaba un escudo protector móvil mientras la 4ª división india daba buena cuenta de los campamentos italianos del agrupamiento de la costa. No sólo penetraron los ingleses por la brecha, sino que el ataque coordinado contra el campamento de Nibeiwa duró sólo tres horas e hizo 2000 prisioneros. Sin titubear, los ingleses procedieron a atacar el siguiente campamento, que cayó a primera hora de la tarde.

Durante los dos días siguientes las fuerzas de O'Conner destruyeron a las fuerzas italianas alrededor de Sidi el Barrani. De las siete divisiones del 10° ejército italiano sólo la división Cirene logró escapar, aunque abandonó la mayor parte de su material y sus pertrechos. Graziani se derrumbó. Las unidades italianas que se encontraban en posiciones expuestas en Sollena se retiraron a Bardia, mientras Graziani, con el apoyo de Mussolini, decidía defender Bardia y Tobruk.

Los ingleses necesitaron el resto de diciembre para organizar su logística en la frontera egipcia. Wavell se había olvidado de informar a O'Conner de que había substituido la 4ª división india por la 6ª australiana y esto agravó otros problemas causados por el cambio de divisiones. Puede que el paréntesis de dos semanas para efectuarlo

contribuyera decisivamente a impedir que los ingleses alcanzaran Trípoli antes de la llegada de Rommel con refuerzos alemanes. Los australianos no estuvieron en condiciones de atacar Bardia hasta principios de enero. Encabezados por los ingenieros y la artillería, penetraron en la fortaleza, y luego la infantería, apoyada por tanques, se encargó de limpiarla durante los tres días siguientes. A costa de 454 bajas, los australianos consiguieron matar, herir o capturar a 40 000 italianos. Varios centenares de vehículos de motor, 13 tanques medianos y 117 tanques ligeros y 400 cañones cayeron en poder de los australianos.

Acto seguido, las fuerzas de
O'Conner
subieron rápidamente por la costa y atacaron Tobruk con los mismos resultados. El 21 de enero, apoyada por blindados, la infantería australiana penetró en el mal trazado sistema defensivo italiano. Una vez dentro de Tobruk, los australianos eliminaron de una en una las unidades italianas; 25 000 italianos, con 208 cañones y 87 tanques, se rindieron. Las bajas de las fuerzas de la Commonwealth fueron apenas 400.

Después de traspasar el mando a su jefe de estado mayor y ordenar a sus fuerzas que abandonaran Cirenaica, Graziani huyó a Trípoli. Al descifrar los mensajes del enemigo, los servicios de inteligencia británicos detectaron la retirada italiana por el saliente de la costa a lo largo del golfo de Sirte. Los australianos empujaron a los italianos costa arriba mientras en una de las maniobras más atrevidas de la guerra
O'Conner
lanzaba la 7ª división blindada a través del desierto para copar a los italianos. Bajo el mando provisional del brigadier John Caunter, los blindados británicos llegaron a Beda Fromm antes que los italianos y de esta manera les cortaron la retirada. Los ingleses resistieron en una confusa serie de escaramuzas, en las cuales los italianos mostraron poca coordinación, y reforzaron de forma ininterrumpida sus unidades ligeras mientras Caunter demostraba poseer cualidades notables como jefe de unidades de tanques. El resultado fue que las fuerzas de Caunter destruyeron lo que quedaba del
10°
ejército y la resistencia italiana en el este de Libia se vino abajo.

La suerte que corrió Caunter, sin embargo, sugiere por qué el ejército británico raramente obtuvo resultados tan buenos en el campo de batalla. Caunter había mandado la 7ª división blindada durante dos combates de importancia crucial (el primer ataque contra Sidi el Barrani y luego contra Beda Fomm) debido a que el comandante en jefe de la división estaba enfermo. Poco después de la segunda operación, llegó a Egipto la 2ª división blindada, cuyo comandante murió casi inmediatamente. Con su experiencia en el campo de batalla, Caunter debería haber sido el candidato ideal para el puesto, pero en vez de ello fue enviado a la India, donde se convirtió en el experto en la guerra de blindados del ejército indio.

O'Conner recomendó que se continuara el avance, pero su sugerencia recibió una respuesta poco entusiasta en El Cairo. Los telegramas de Wavell a Londres indican su creencia de que el avance encontraría grandes dificultades; durante todo el avance de O'Conner, Wavell había mostrado poca comprensión de la velocidad y el ritmo de la guerra mecanizada. Londres, que hubiera podido responder a los informes alentadores que llegaban del Oriente Medio, ya tenía las miras puestas en los Balcanes. Así pues, el avance británico se detuvo enfrente de El Agheila, en Libia; la 7ª división blindada volvió a Egipto y su lugar lo ocupó la 2ª división blindada, que no estaba preparada y cuyo nuevo comandante no sabía nada de las condiciones en que se luchaba en el desierto. Al mismo tiempo, Wavell disolvió el Cuartel General del XIII Cuerpo de O'Conner.

En septiembre de 1940 los alemanes habían dado vueltas a la idea de enviar un cuerpo blindado que ayudase a los italianos en su avance hacia Suez, pero Mussolini no se había mostrado receptivo. El derrumbamiento de las fuerzas italianas cambió la situación y obligó a los alemanes a intervenir. Rommel recibió el mando y llegó a Libia el 12 de febrero. No cabe duda de que fue el comandante que más se destacó en los campos de batalla de la segunda guerra mundial. Al igual que prácticamente toda la oficialidad alemana, era un nazi convencido. Después de la contienda, varios oficiales del estado mayor general le criticaron diciendo que no era más que un competente comandante de división que poseía poca comprensión de la estrategia o la logística. En realidad, Rommel era

más realista en materia de logística que los oficiales del estado mayor general que trazaron los planes para invadir la Unión Soviética. En cuanto a la acusación de que Rommel era meramente un táctico competente, hay que señalar que si bien ejerció un control mínimo sobre la estrategia mediterránea de Alemania de 1941 a 1943, vio antes que la mayoría —en 1942— que la balanza se había inclinado en contra de Alemania.

De momento, sin embargo, la misión de Rommel como recién ascendido comandante de cuerpo era sencilla. Debía evitar que la posición del Eje en el norte de África se derrumbara por completo. Debido a los trascendentales preparativos que ya se estaban haciendo en la Europa oriental, Halder consideraba que la misión de Rommel era exclusivamente defensiva y tenía por objeto proteger Trípoli. Rommel, sin embargo, no tenía ninguna intención de permanecer inmóvil. Su sexto sentido le sugirió que los ingleses no estaban preparados y atacó. Wavell había deshecho el XIII Cuerpo,
O'Conner
había abandonado el desierto y las inexpertas unidades británicas, bajo el mando de comandantes igualmente inexpertos, se encontraban en el extremo de largas líneas de comunicaciones. Ni el nuevo comandante en jefe del cuerpo, el teniente general *sir* Philip Neame, ni el comandante de la 2ª división blindada, el general de división M. D. GambierParry, tenían experiencia en la guerra móvil con armas combinadas. El 31 de marzo, la 5ª división ligera de Rommel atacó a los ingleses en Mersa Breza. La coordinación entre el cuerpo británico y las unidades subordinadas volvió fallar; Wavell se apresuró a ordenar a
O'Conner
que volviese, pero ya era demasiado tarde. Por si la derrota fuera poco, los alemanes capturaron a
O'Conner
y a casi todo su estado mayor en medio de la confusión.

Las fuerzas de Rommel siguieron avanzando y expulsaron a los ingleses de Libia, donde sólo quedó la guarnición de Tobruk. La decisión británica de conservar esta posición complicó mucho la situación logística de los alemanes y obligó a Rommel a dividir sus fuerzas. No obstante, la audaz ofensiva del Afrika Korps de Rommel

había transformado la situación en el norte de África, al tiempo que horrorizaba a los superiores de Rommel en Berlín y aterrorizaba a los italianos. Halder, como siempre prudente director de escuela bávaro, pensó que Rommel se había vuelto loco. Pero la ofensiva de Rommel había impedido que los ingleses consolidaran su dominio en Cirenaica. La victoria de Rommel también impidió que los ataques de la aviación británica desde Malta y los aeródromos alrededor de Bengasi estrangularan a las fuerzas del Eje en Libia cortando sus líneas de abastecimiento entre el norte de África e Italia.

INTERVENCIÓN ALEMANA EN LOS BALCANES

Cuando Rommel llegó al norte de África los alemanes ya tenían muy avanzados los preparativos para intervenir en los Balcanes. Los líderes alemanes ya habían decidido invadir la Unión Soviética en el verano de 1941, así que lo que interesaba a los alemanes en el Mediterráneo era proteger el flanco sur de la próxima campaña contra la Unión Soviética. Pero el desastre italiano en Libia constituía una amenaza seria para la estabilidad de la región. Así pues, los alemanes tenían que apoderarse de Grecia y Rumania para proteger el flanco de sus fuerzas al invadir la Unión Soviética.

La decisión de intervenir en los Balcanes planteó a los alemanes las dificultades logísticas y diplomáticas que conllevaba el envío de fuerzas numerosas al sur de Europa. El invierno exacerbó las dificultades. Todo despliegue contra Grecia obligaría a utilizar bases en Bulgaria, con las que los alemanes no pudieron contar hasta que en enero de 1941, empujados por el temor a los turcos, los búlgaros se aliaron con ellos. Yugoslavia hubiera podido proporcionar una ruta más fácil, pero los serbios se mostraron recalcitrantes, especialmente en vista de las dificultades de los italianos en Albania. Un tiempo atroz retrasó la concentración alemana en Rumania. Hasta febrero, un mes y medio después de lo previsto, no cruzaron el Danubio y penetraron en Bulgaria. A partir de entonces la concentración se efectuó con la habitual eficiencia alemana.

Hitler ordenó a la Wehrmacht que ocupara toda Grecia y arrojara a los ingleses al mar. No obstante, los planes para invadir la Unión Soviética en la llamada Operación Barbarroja aumentaron las dificultades de una campaña en los Balcanes al complicar la concentración logística. A finales de marzo el
12°
ejército del mariscal de campo Wilhelm List, apoyado por el Fliegerkorps VIII de la Luftwaffe, ya se había desplegado en la frontera entre Grecia y Bulgaria.

Los ingleses accedieron a enviar fuerzas de tierra a Grecia en febrero y los primeros efectivos británicos llegaron a la Grecia continental a comienzos de marzo. La decisión de ayudar a los griegos contra el Eje se había tomado después de debates angustiados en el seno del gabinete. Churchill, por su parte, dudaba entre la perspectiva de nuevas victorias en Libia y ayudar a los griegos; pero, tal como indicó claramente a Wavell, era favorable a lo primero hasta que el avance en Libia perdiera ímpetu. Además, su entusiasmo por ayudar a los griegos disminuyó en varias ocasiones. En febrero de 1941 envió telegramas a sus comandantes en Oriente Medio: «No se consideren obligados a una empresa en Grecia si el corazón les dice que será otro fiasco como el de Noruega. Si no puede trazarse ningún plan bueno, les ruego que lo digan. Pero, por supuesto, ustedes saben lo valiosa que sería una victoria».[6] Sin embargo, Anthony Edén, *sir* John Dill (el jefe del estado mayor imperial) y Wavell se sintieron atraídos de forma irresistible por Grecia pese a que ayudar a dicho país era poco aconsejable desde el punto de vista estratégico. Los griegos se habían entregado por completo a la lucha en Albania. Al este de ese frente tenían dos posiciones importantes que podían bloquear un avance alemán desde Bulgaria, pero ambas estaban expuestas a posibles movimientos de flanqueo a través de Yugoslavia. Además los griegos avanzaban en Macedonia hacia la frontera búlgara. No obstante, a pesar de los riesgos, los ingleses se mostraron de acuerdo con el plan defensivo griego. Los aliados decidieron defender la línea Aliakmon con 23 batallones en lugar de los 35 que se necesitaban.

Mientras tanto, los alemanes reunieron fuerzas en Bulgaria. El 9 de marzo las divisiones blindadas 5ª y 11ª ya cubrían la frontera

turca. En poco más de una semana, cuatro cuarteles generales de cuerpo y ocho divisiones habían alcanzado la frontera griega. Los diplomáticos alemanes también actuaban; la presión nazi obligó a los yugoslavos a unirse al Eje el 25 de marzo. Los alemanes hicieron una concesión importante que hubiera podido ayudar mucho a los griegos: Yugoslavia no tendría que permitir el paso de tropas del Eje por su territorio. Esto hubiera obligado a los alemanes a atacar las defensas griegas directamente.

La noche en que los negociadores yugoslavos regresaron a Belgrado desde Berlín un golpe de estado capitaneado por oficiales de la fuerza aérea yugoslava derribó al gobierno en señal de franco rechazo de su política exterior a favor del Eje. Multitudes entusiasmadas adornaron las calles de Belgrado con banderas francesas y británicas. Los oficiales serbios se negaron, sin embargo, a ir más allá del golpe porque temían provocar represalias por parte de los alemanes, aunque sí celebraron conversaciones con Dill.

Si bien prometieron oponer resistencia a todo intento de invasión por parte de los alemanes, se negaron a hacer preparativos visibles como, por ejemplo, la movilización que hubiera proporcionado una defensa más eficaz.

Hitler no se hacía ilusiones sobre la fiabilidad de los responsables del golpe. Antes de que transcurrieran muchas horas, comunicó al OKW su deseo de «aplastar a Yugoslavia». Al caer la noche, tras conferenciar con Brauchitsch y Goering, Hitler había firmado la Directriz n° 25. Además de objetivos militares, Hitler ordenó a la Luftwaffe que destruyese «la ciudad de Belgrado… desde el aire por medio de ataques continuos día y noche».7 Los planes militares alemanes mostraron su acostumbrada adaptabilidad. Tal como Halder reconoció más adelante, el OKH ya había empezado a trazar los planes teóricos para una posible invasión de Yugoslavia; lo único que faltaba era resolver las dificultades prácticas. Antes de que pasara una semana, el OKH había alterado los preparativos del
12°
ejército en Bulgaria para incluir a Yugoslavia en ellos y había creado el 2º ejército bajo el mando del Generaloberst Freiherr von Weichs en el sur de Austria y Hungría con el fin de que se encargara de lanzar el ataque principal contra Yugoslavia.

Dos fuerzas blindadas de estos ejércitos debían atacar Belgrado, una avanzando desde el norte y la otra desde el sur. Además, la inclusión de Yugoslavia en la campaña permitió al 12° ejército atravesar Macedonia y atacar a los griegos por la retaguardia. Finalmente, con independencia del OKH, Hitler ordenó a la 2ª división motorizada de las SS bajo el XLI cuerpo blindado que atacara Belgrado desde Timisoara, en Rumania. Halder y Brauchitsch protestaron y finalmente lograron que el *Führer* les encomendara el control operacional de la ofensiva.

Junto con los cambios en el despliegue del ejército tuvo lugar un extenso movimiento de unidades de la Luftwaffe. Casi 600 aviones procedentes de bases tan lejanas como las del sur de Francia se desplegaron en los Balcanes, donde los efectivos aéreos alemanes aumentaron hasta superar los 1000 aparatos. La razón de este cambio masivo se ve en las órdenes relativas a los ataques aéreos contra Yugoslavia. Dichas órdenes excluían los ataques contra las plantas industriales o los transportes, toda vez que los alemanes planeaban usar la economía y la infraestructura yugoslavas. La tarea principal, simultánea con la obtención de la superioridad aérea, era «la destrucción de Belgrado por medio de un gran ataque aéreo». El ataque debía empezar la mañana del primer día y continuar hasta entrada la noche. En los ataques diurnos se arrojarían numerosas bombas incendiarias «con el fin de mitigar el problema de señalar la ciudad para el ataque nocturno».[8] Habría nuevos bombardeos de Belgrado el D + 1 (el día después del primer ataque). El nombre en clave de la operación, Castigo, reflejaba exactamente la furia de Hitler. Los ataques de la Luftwaffe contra Belgrado mataron a 17 000 civiles.

La campaña de los Balcanes se dividió casi inmediatamente en dos teatros de guerra distintos. Los yugoslavos no se habían movilizado, por lo que el ataque alemán cayó sobre un enemigo mal preparado. La destrucción de Belgrado, centro de las comunicaciones yugoslavas, exacerbó más la situación. El alto mando yugoslavo había extendido sus fuerzas a lo largo de toda su frontera; incluso se hizo ilusiones en el sentido de que atacaría a los italianos en Albania. Sin embargo, la única probabilidad de resistencia sostenida residía en abandonar por completo la mitad

norte del país, incluidos los territorios que se habían ganado a costa de grandes sacrificios en la primera guerra mundial.

El comienzo de las hostilidades contra Yugoslavia, con todo, dependía del momento en que empezara la invasión de Grecia. Los alemanes empezaron a bombardear Belgrado el 6 de abril; los principales ataques en tierra comenzaron el día 8. La diferencia reflejó las dificultades con que el 2º ejército alemán había tropezado al desplegarse. El 6 de abril el XL cuerpo blindado atacó en Skopje, en el sur de Yugoslavia, y atravesó el flanco sur del ejército yugoslavo; su objetivo era flanquear las posiciones griegas. Encabezados por la 9ª división blindada y el regimiento Leibstandarte Adolf Hitler de las SS, los alemanes vencieron al 3º ejército griego después de feroces combates y flanquearon las defensas griegas. El avance del XL cuerpo blindado cubrió el flanco del 1º grupo blindado, que se lanzó contra Belgrado el 8 de abril. Por consiguiente, el ataque del 1º grupo blindado desde Bulgaria encontró el camino preparado por el derrumbamiento de las defensas yugoslavas en el sur. Después de intensos combates, las unidades de Kleist gozaron de libertad operacional a partir del día 9 y se dirigieron a la ciudad de Nis y más allá. Su victoria hizo que el OKH, que había programado que el XLI cuerpo blindado atacase el 12 de abril, adelantara el ataque al día 11. Los otros cuerpos del ejército de Weichs atacaron dos días antes de lo previsto, a pesar de que las tropas aún no se habían desplegado del todo. Mientras Kleist avanzaba desde el sudeste, el XLI cuerpo blindado atacaba desde el este, al tiempo que la 8ª división blindada pasaba por detrás de Belgrado desde el nordeste. La capital cayó el 12 de abril; soldados de la división Das Reich izaron la esvástica sobre la embajada alemana y la ciudad humeante.

Con la caída de Belgrado, el ejército yugoslavo se sumió en un caos total. Ya habían estallado luchas entre unidades croatas y serbias; la campaña dio paso a una derrota aplastante. Unidades de montaña e infantería encabezadas por la 14ª división blindada tomaron Zagreb, donde encontraron poca resistencia. Mientras tanto, la 8ª división blindada se dirigió al sudoeste para alcanzar Sarajevo y encontrarse con la 14ª división blindada (también bajo el XLI cuerpo blindado), que se dirigía al sudeste desde Zagreb. Las fuerzas militares convencionales de Yugoslavia dejaron de existir. El

17 de abril, con su alto mando ya en poder de los alemanes, representantes del gobierno yugoslavo capitularon ante Weichs en Belgrado. La Wehrmacht había destruido Yugoslavia en apenas una semana.

Los alemanes se apresuraron ahora a retirar sus unidades de Yugoslavia con el fin de no perturbar el calendario de la Operación Barbarroja. Esta rápida retirada dejó a miles de soldados yugoslavos imbatidos en las zonas montañosas. Puede que el gobierno hubiera dejado de existir, pero la resistencia de los partisanos empezó casi inmediatamente. La aparente rotundidad de la victoria alemana no hacía más que ocultar el fuego sin llama del violento nacionalismo balcánico.

La campaña de Grecia reprodujo el sojuzgamiento de Yugoslavia, con la excepción de que en este caso también los ingleses fueron humillados. Al atacar Skopje, el XL cuerpo blindado había flanqueado las líneas griegas, pero los primeros ataques contra la línea Nestos en el norte de Grecia por parte del XVIII cuerpo de montaña sólo obtuvieron un éxito limitado. Sin embargo, el avance alemán a través de Yugoslavia obligó a los ingleses y a los griegos a retirarse. Los alemanes envolvieron la retaguardia griega en Albania. Mientras los alemanes perseguían rápidamente a los aliados que huían hacia las Termopilas, los generales griegos en Albania depusieron a su comandante en jefe y pidieron condiciones para rendirse, condiciones que no incluían a los italianos.

Debido al derrumbamiento de los griegos, los ingleses no pudieron conservar las Termopilas en su poder. No obstante, la defensa del desfiladero frenó el avance alemán. Mientras avanzaban más allá de las Termopilas, List lanzó paracaidistas sobre el canal de Corinto para cortar la retirada de las fuerzas británicas así como para tomar el canal intacto con el fin de proteger el envío de petróleo entre Italia y Rumania. Pero los ingleses cruzaron el canal antes del ataque y destruyeron sus puentes. Mientras tanto, a pesar de la superioridad aérea casi total del Eje, la Royal Navy evacuó a 50 732 de los 62 000 soldados británicos que había en Grecia.

Eliminadas Grecia y Yugoslavia, los alemanes atacaron un último objetivo: Creta, la isla más meridional del Egeo. Hitler ordenó un ataque aerotransportado para terminar la campaña y proteger los yacimientos de petróleo rumanos de la amenaza de

bombardeo. El general Kurt Student, el pionero de los paracaidistas militares, ya había propuesto un asalto aerotransportado contra Grecia; al mismo tiempo, el OKW propuso un asalto contra Malta. Hitler se decidió por Creta. Como Malta hubiera requerido cambiar el despliegue de numerosas tropas, fue un acierto elegir Creta. Pero un ataque de esta clase tendría que depender de manera casi exclusiva de fuerzas aerotransportadas; la marina alemana logró reunir algunos transportes, pero los movimientos en el Egeo necesitarían apoyo naval italiano. Debido al desastre ocurrido en marzo a la altura del cabo Matapán, donde la Royal Navy había hundido tres cruceros pesados italianos, las probabilidades de una salida de barcos italianos eran mínimas.

La superioridad aérea de la Luftwaffe era total. Los alemanes disponían de casi 500 aviones de transporte y 100 planeadores para el asalto desde el aire; con todo, el número de transportes disponibles impuso limitaciones considerables a los planes. Además, el despliegue de tantos transportes, más 280 bombarderos, 150 bombarderos en picado, 180 cazas y 40 aviones de reconocimiento creaba una pesadilla logística en los aeródromos de Grecia. Las escaseces de aviones de transporte obligaron a los alemanes a planear un ataque en dos oleadas para la Operación Merkur. El asalto de la mañana iría dirigido contra el aeródromo de Maleme y contra Canea, en la costa septentrional de Creta; los aviones de transporte volverían con una segunda oleada por la tarde para atacar los aeródromos de Retimo y Heraklion en el centro. Los alemanes disponían de dos divisiones: la 7ª aerotransportada de la Luftwaffe y la 5ª de montaña del ejército. Al igual que en Holanda, los alemanes esperaban que la toma de los aeródromos crearía una cabeza de puente que podría ampliarse por medio de refuerzos que llegarían por aire.

Si sus servicios de inteligencia hubiesen dado una idea exacta de la situación, es posible que los alemanes nunca hubieran lanzado el ataque. Los informes de los citados servicios se quedaron muy cortos al calcular el número de soldados de la Commonwealth que había en Creta y supusieron que la población de la isla se mostraría amistosa. En realidad, el general Bernard Freyberg, comandante en jefe de las fuerzas aliadas, desplegó unos 28 000 soldados británicos, australianos y neozelandeses, más cierto número de

formaciones griegas mal pertrechadas. Gran número de los efectivos de Freyberg habían huido de la Grecia continental y del ataque alemán sin su material pesado, pero eran soldados de primera clase y su moral seguía estando alta. Los ingleses también gozaban de la ventaja de Ultra, que les proporcionaba los planes alemanes con muchos detalles, entre ellos que los aeródromos de Creta serían el blanco principal. Otras fuentes complementaban la información proporcionada por Ultra.

La víspera del ataque, los griegos derribaron un Bf 110 y recuperaron la orden operacional para el 3º regimiento de paracaidistas de entre los restos del avión. Freyberg tuvo así información fidedigna de lo que debía esperar. Sin embargo, no hizo caso de ella y dio mayor importancia a la defensa contra un ataque procedente del mar. Inmediatamente antes del ataque comunicó a Churchill que un ataque a cargo de fuerzas aerotransportadas no era lo único que le preocupaba. Así pues, durante los primeros y decisivos días de la batalla de Creta los defensores se concentraron en la amenaza procedente del mar en vez de en el asalto real, que llegó del cielo. Por consiguiente, el grueso de las fuerzas de la Commonwealth defendía las playas al tiempo que la mayoría de los cañones antiaéreos cubría el sector de la bahía de Suda y Canea. Sólo un batallón de infantería defendía el crucial aeródromo de Maleme; el resto de la 5ª brigada Nueva Zelanda cubría la carretera de la costa.

Al principio, el ataque alemán estuvo a punto de convertirse en una catástrofe militar. Durante el viaje a Creta, al planeador que llevaba al comandante en jefe de la 7ª división aerotransportada se le rompió el cable de remolque, perdió un ala y se estrelló en la isla de Egina. En Creta, los paracaidistas alemanes saltaron sobre un avispero de resistencia. El fuego antiaéreo destruyó tanto transportes como planeadores; la estructura de mando alemana se disolvió en el suelo. Los paracaidistas que tomaron tierra en Malene se encontraron sin radios que funcionasen para comunicar a Atenas que se hallaban en una situación desesperada. Así pues, el lanzamiento de la tarde se efectuó tal como estaba previsto y depositó sus paracaidistas en el otro extremo de la isla, donde se encontraron en la misma situación que los que habían tomado tierra en Maleme y Canea. Los apuros de los alemanes se vieron agravados

por la Royal Navy, que interceptó dos convoyes que se dirigían a Creta con tropas de refuerzo; después de ahuyentar a las lanchas torpederas alemanas que les daban escolta, los ingleses hundieron diez caiques llenos de tropas alemanas y material. No llegaron más refuerzos por mar.

Con todo, el momento crítico de la batalla llegó durante la primera noche en Maleme. El teniente coronel L. W. Andrew, comandante en jefe del 2º batallón Nueva Zelanda, había ganado una cruz Victoria en la Gran Guerra. Pero ahora, cansado y sometido a una presión terrible, Andrew retiró sus hombres de la colina desde la que se dominaba el aeródromo de Maleme. Los alemanes estaban igualmente agotados; sus bajas habían sido desastrosas. Pero al retirarse los neozelandeses de la colina, la Luftwaffe pudo empezar a desembarcar la 5ª división de montaña al día siguiente. Si bien una serie de contraataques batió a los invasores, los alemanes no perdieron el dominio de Malene. Además, durante todo el segundo día la atención de Freyberg permaneció concentrada en la amenaza procedente del mar. Mantuvo sus reservas alrededor de Suda, mientras los neozelandeses recibían sólo un batallón más, y ese batallón llegó tarde porque se dio prioridad a la defensa costera de la bahía de Suda.

Una vez hubo empezado la concentración de fuerzas alemanas, la posición británica empeoró. Por tercera vez en un año, la Royal Navy llevó a cabo una evacuación importante bajo intensos ataques aéreos y, a pesar de la superioridad total de los alemanes en el aire, logró cumplir su misión. Pero el precio fue considerable: 3 cruceros y 6 destructores hundidos; 2 acorazados, 1 portaaviones, 6 cruceros y 7 destructores dañados.

Al final, Creta representó un duro golpe estratégico para los aliados. La posesión de la isla hubiera proporcionado a los ingleses una base desde la que podían interceptar los envíos de petróleo rumano por el Egeo y una base aérea para lanzar ataques directos contra los yacimientos petrolíferos de Rumania. También hubiera proporcionado una posición ideal para suministrar armas a las fuerzas de la resistencia en toda Grecia. En cuanto al bando alemán, Creta no fue una gran victoria, habida cuenta de que la 7ª división aerotransportada sufrió más bajas que las invasiones de Grecia y Yugoslavia juntas.

CONCLUSIÓN

Para Hitler, la campaña del Mediterráneo en 1940-1 941 representó una diversión. En el verano de 1940 había asignado toda la región a Mussolini, mientras él soñaba con el *Lebensraum* a expensas de la Unión Soviética. Las gestiones alemanas ante el mariscal Philippe Pétain, jefe del régimen colaboracionista de la Francia de Vichy, y ante Franco en octubre de 1940 supusieron un esfuerzo por distraer a los ingleses teniéndolos tan ocupados en el oeste que no pudieran obstaculizar la campaña que estaba a punto de empezar en el este.

Hitler tenía razón, pues desde el punto de vista estratégico Oriente Medio ofrecía pocas posibilidades. La entrada de Italia en la guerra había cerrado el Mediterráneo a los aliados; por tanto, los barcos británicos tenían que doblar el Cabo. El viaje era mucho más largo pero no imponía una carga intolerable a los recursos británicos. Además, en la cuenca del Mediterráneo había pocos recursos y materias primas que fueran esenciales para la dirección de la guerra por parte de Gran Bretaña.

Las esperanzas estratégicas de los ingleses se apoyaban en la movilización y la participación de Estados Unidos y tal vez de la Unión Soviética en la contienda. Hitler previo todo esto. Por tanto, su actuación en el Mediterráneo fue una maniobra que puso en marcha en espera del momento en que pudiera ocuparse del problema de Alemania en el este. Hitler, por supuesto, había albergado la esperanza de que los italianos pudiesen llevar la campaña del Mediterráneo sin ayuda; además, esperaba que hubiese cierto grado de eficacia en la política italiana. Pero subestimó la magnitud de la incompetencia y la irresponsabilidad de los italianos. A partir de octubre de 1940, los alemanes tuvieron que intervenir para evitar daños mayores. Esto condujo a reforzar el norte de África con el Afrika Korps y al tremendo mazazo contra Grecia y Yugoslavia, que sumió a ambos países en una dura ocupación.

Al principio, el Mediterráneo fue una victoria muy sorprendente y bienvenida para los ingleses. Pero Wavell tenía una visión limitada de las cosas y no se dio cuenta de las vulnerabilidades de la posición italiana en Libia. Así pues, los ingleses desperdiciaron la oportunidad de avanzar sobre Trípoli y prefirieron liberar Abisinia.

Además, el hecho de no perseguir a los italianos en Libia hasta el final sería la causa de la desastrosa intervención en Grecia. Y, finalmente, el fracaso en Creta privó a los ingleses de una base valiosa y permitió a los alemanes proteger su flanco sur para la invasión de la Unión Soviética.

Pero la conquista de Grecia y Yugoslavia fue el principio de un capítulo más sombrío en la historia de Europa. Los alemanes extrajeron tantos alimentos y materias primas de Grecia que hubo una hambruna general el siguiente invierno. La hambruna alimentó el crecimiento de fuerzas de resistencia, toda vez que los alemanes no completaron la conquista porque tenían prisa por ocuparse de la Unión Soviética. Desde el principio la respuesta alemana a las actividades de los partisanos fue una política despiadada que ensangrentó centenares de aldeas serbias y griegas; también dio por resultado el fusilamiento inmediato de miles de judíos serbios y austríacos por parte del ejército alemán. Durante el verano de 1941, sin haber recibido instrucciones de Berlín, las autoridades militares alemanas en los Balcanes emprendieron el asesinato en masa de rehenes judíos, igual que sus colegas estaban haciendo con tanto entusiasmo en la Unión Soviética.

Así pues, los oficiales alemanes coincidían con el régimen nazi en identificar a los judíos como partisanos y, por tanto, merecedores de una sentencia de muerte inmediata. Como era de esperar, los conflictos civiles, de clase y tribales entre los pueblos de los Balcanes pronto avivaron las llamas de la revolución contra los ocupantes del Eje. La descripción eterna de Tucídides de la guerra civil en Corcira en el siglo V a. C. sugiere el horror que Mussolini y Hitler habían desatado: «Mas la guerra es un maestro severo; al privarla de la facultad de satisfacer fácilmente sus necesidades cotidianas, hace que la mente de la mayoría de las personas descienda hasta el nivel de sus circunstancias reales… En sus luchas por la supremacía nada estaba prohibido; terribles en verdad fueron las acciones que cometieron, y al tomar venganza fueron más lejos aún. Aquí no les detuvieron ni las reivindicaciones de justicia ni los intereses del estado».[9]

6 Barbarroja 1941

El brindis de Stalin en el banquete de celebración en agosto de 1939

captó los parámetros morales del Pacto de No Agresión nazisoviético: «Por Heinrich Himmler, el hombre que ha traído orden a Alemania». En aquel momento parecía que los soviéticos eran los que más se habían beneficiado del pacto: podían permanecer ajenos a la guerra, apoderarse de territorios en la Europa del este y esperar la caída del Occidente capitalista provocada por otro baño de sangre. Lo único que habían ganado los alemanes era tranquilidad asegurada en el este mientras resolvían los asuntos en el oeste… si podían. A finales de septiembre de 1939 los alemanes incluso renunciaron a sus pretensiones sobre Lituania a cambio del control de todo el territorio de habla polaca. Fue una maniobra de cierta importancia estratégica para los soviéticos, toda vez que Leningrado quedó 320 kilómetros y pico más lejos del territorio nazi. Las relaciones entre las dos potencias se volvieron mucho más amistosas. En diciembre, Stalin telegrafió a Ribbentrop para decirle que la sangre de los soldados nazis y soviéticos había «unido» a los dos pueblos. El propio Ribbentrop escribió que la cordialidad con que Stalin y Vyacheslav Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, le habían recibido en el Kremlin hizo que se sintiera como si estuviese en una reunión de viejos camaradas del partido Nacionalsocialista.

Hitler albergaba la esperanza de que cuando las potencias occidentales declarasen la guerra —si la declaraban—, los soviéticos ayudaran a romper el bloqueo. Así fue, pero no de manera significativa hasta que en febrero de 1940 el envío de materias primas y alimentos al Reich mejoró de forma considerable. A cambio de productos acabados tales como máquinas y herramientas, los soviéticos suministraban petróleo, materias primas y caucho por medio del Ferrocarril Transiberiano. Según la oficina del Plan Cuadrienal del Reich, la ayuda soviética tuvo una «importancia militar decisiva» para la ofensiva contra Occidente. En 1940 las exportaciones soviéticas a Alemania constituyeron el 66 por ciento de todas las importaciones de fósforo, el 63 por ciento de las de cromo, el 55 por ciento de las de manganeso y el 33 por ciento de las de petróleo para la economía de guerra.

La caída de Francia en mayo de 1940 alentó a Stalin a apoderarse del resto de los territorios prometidos por el Pació de No Agresión nazisoviético. Lituania, Letonia y Estonia suplicaron que

las incluyeran en el paraíso de los obreros y los campesinos. Los soviéticos también exigieron que Rumania les entregara las provincias de Besarabia y Bucovina (el pacto no abarcaba esta última). Sin embargo, Stalin no adivinó el peligro que acechaba en este camino. El 1 de julio de 1940 comentó al nuevo embajador británico, *sir* Stafford Cripps, que Alemania no tenía intención de dominar Europa.

Pero cuando en agosto Hitler garantizó la independencia de Rumania, los soviéticos se pusieron furiosos, y más aún les molestó que tropas alemanas cruzaran Finlandia para llegar a Noruega en septiembre. Sus quejas fueron severas, pero sus actos revelaban debilidad. En noviembre, Molotov estuvo en Berlín para negociar una alianza en un momento en que los alemanes ya estaban muy enfrascados en los planes para invadir la Unión Soviética. Molotov pasó gran parte del viaje a Berlín buscando aparatos de escucha en su vagón de ferrocarril. La visita no fue un éxito. Molotov apenas pudo disimular la suspicacia mientras escuchaba los monólogos de Hitler y Ribbentrop. Sugirió que la participación soviética en el Pacto Tripartito —la alianza de Alemania, Italia y Japón— era aceptable en principio, siempre y cuando la Unión Soviética se convirtiese en socio de pleno derecho. Los alemanes no estaban interesados.

A las pocas semanas del regreso de Molotov, los soviéticos reiteraron su deseo de unirse al Pacto Tripartito. Berlín permaneció callado. A principios de enero de 1941, poco después de firmarse un nuevo acuerdo económico, Molotov preguntó en tono quejumbroso al embajador alemán por qué no había recibido respuesta. Al mismo tiempo notificó a los alemanes que la Unión Soviética consideraba que Bulgaria se encontraba dentro de su zona de seguridad. Pese a ello, antes de que transcurriese un mes y medio, la Wehrmacht había cruzado el Danubio y penetrado en Bulgaria al desplegar sus tropas hacia la frontera griega. De nuevo las protestas soviéticas no recibieron ninguna respuesta.

A principios de abril los soviéticos reaccionaron a la extensión de la influencia alemana en los Balcanes con la firma de un tratado de alianza con los coroneles yugoslavos que habían dado el golpe de estado en Belgrado. Los nazis emprendieron entonces una masiva invasión de Yugoslavia. Los soviéticos, seriamente preocupados,

siguieron cumpliendo con su parte de los acuerdos económicos y enviaron gran cantidad de materias primas, mientras que los alemanes se retrasaban cada vez más en el envío de productos acabados. El 22 de junio de 1941 los soviéticos ya habían suministrado 1995 400 toneladas de cereales, 907 000 toneladas de petróleo y 90 700 toneladas de algodón. Estos suministros (en particular los de petróleo) resultaron esenciales para que la Wehrmacht llevase a cabo la invasión.

Stalin dio pocas señales de ser consciente de la tormenta que se avecinaba. No hizo el menor caso de las advertencias que recibía de Occidente ni de las de sus propios servicios de inteligencia. Sin duda la desinformación alemana contribuyó a la incredulidad de Stalin, pero la tozudez fue también un factor. El 13 de abril, en una ceremonia de despedida del ministro de Asuntos Exteriores japonés, abrazó al embajador alemán y exclamó: «¡Debemos seguir siendo amigos y usted debe hacer todo lo que pueda para ello!»[1] El 14 de junio la agencia de noticias soviética, Tass, informó de que los rumores acerca de la intención de Alemania de «lanzar un ataque contra la Unión Soviética» eran totalmente infundados.[2] Hasta la medianoche del 21 al 22 de junio de 1941 no mandó el Kremlin una orden de aviso a sus comandantes, a la vez que a

1. El *Reichstag* (parlamento alemán), incendiado por un comunista holandés, arde la noche del 27 al 28 de febrero de 1933. Este incendio, provocado por motivos políticos, dio a Hitler la excusa que necesitaba para aniquilar a sus enemigos e instaurar su dictadura.

2. Hitler y sus secuaces en una concentración del Partido Nazi en los primeros años del Reich "de los mil años". A la derecha del Führer figuran Hermann Goering, Joseph Goebbels y Rudolf Hess.

3. Un Hitler solemne acepta la ovación de los diputados del Reichstag tras la feliz anexión de Austria. Goering, resplandeciente con su uniforme de la Luftwaffe, se halla en el estrado. A la izquierda del Führer están Hess y Joachim von Ribbentrop, su nuevo ministro de Asuntos Exteriores.

4. Agitando en el aire un papel que él y Hitler habían firmado esa mañana, Neville Chamberlain regresa triunfal de la Conferencia de Múnich. Una multitud agradecida recibe al primer ministro.

5. Furioso porque Chamberlain y Daladier le habían hurtado la oportunidad de atacar a los odiados checos, Hitler responde al saludo de una unidad del ejército alemán de ocupación en la región de los Sudetes (principios de octubre de 1938).

6. Vyacheslav Molotov, ministro soviético de Asuntos Exteriores, firma el Pacto de No Agresión nazi-soviético el 22 de agosto de 1939. Ribbentrop parece un tanto perplejo entre sus enemigos raciales, mientras que es evidente que Stalin está encantado del resultado. Una fotografía de Lenin contempla la escena con benevolencia.

7. Walter von Brauchitsch (*izquierda*), comandante supremo del ejército alemán, y Franz Halder (*derecha*), jefe del estado mayor, consultan con el comandante de la 31ª división (*en medio*) durante la campaña de Polonia.

8. El no tan moderno ejército alemán: un regimiento de infantería encabezado por dos oficiales marcha por una carretera polaca en las proximidades de Dobromil-Przemysl en septiembre de 1939.

9. Los militares alemanes modernos: automóviles del estado mayor y motoristas de enlace del regimiento Leibstandarte Adolf Hitler de las Waffen SS cambian impresiones en una carretera polaca a comienzos de septiembre de 1939.

10. Tropas de asalto alemanas atacan con granadas una posición defensiva polaca en septiembre de 1939.

11. Soldados alemanes supervisan a un grupo de polacos que cavan sepulturas para los que ya han sido fusilados. Una vez terminada su macabra tarea, estos hombres siguieron la misma suerte. Más de 3.000.000 de polacos murieron durante la guerra a manos de sus amos nazis.

12. Soldados marcando el paso de la oca a la cabeza del Desfile de la victoria del ejército alemán en Varsovia a comienzos de octubre de 1939. Un grupo de generales preside el desfile.

13. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt *(izquierda)*, epítome de la tradición del estado mayor, sirvió al Reich "de los mil años" de Hitler desde el principio de la guerra hasta su amargo final.

14. Erwin Rommel *(arriba)*, epítome del soldado con barro en las botas, además de ser ávido lector de libros también los escribía. Leal partidario del régimen al principio de la guerra, Rommel empezó a tener dudas en el verano de 1944.

15. Tropas de las Waffen SS expuestas al intenso fuego del enemigo en las primeras horas de la invasión de Holanda. Los blusones de camuflaje y las fundas de los cascos identifican a estos hombres como miembros de las Waffen SS y no del ejército.

16. Tropas de asalto alemanas se disponen a cruzar el Mosa con sus balsas neumáticas. Los proyectiles de la artillería francesa caen en sus proximidades.

17. Los alemanes se llevan como prisioneros de guerra de las playas de Dunkerque sembradas de restos de la batalla a británicos y franceses. Pero los soldados del ejército británico que lograron escapar fueron suficientes para continuar la resistencia.

18. Un francés llora de frustración y de pena al entrar en París las tropas alemanas a mediados de junio de 1940.

19. Consumada ya la rendición de Francia, Hitler y Mussolini se entrevistan en Múnich para discutir la consiguiente división del mundo. Centenares de miles de nazis bávaros saludan a los jubilosos dictadores.

20. Aunque inferior al Spitfire y al Bf 109, el Hurricane británico podía hacer un papel excelente con un buen piloto de caza a los mandos. En el verano de 1940 los Hurricane se encargaron de atacar a los bombarderos alemanes, mientras los Spitfire mantenían a raya a los Bf 109.

21. Detrás del Puente de la Torre, gran parte del este de Londres es presa de las llamas después de los salvajes ataques aéreos de la Luftwaffe el 7 de septiembre. Pero el cambio de táctica de los alemanes dio al Mando de Caza un tiempo precioso para equilibrar la situación.

22. Niños del East End ante la destrucción de su hogar y sus pertenencias tras un ataque nocturno de la Luftwaffe sobre Londres en septiembre de 1940.

23. La gran cúpula de San Pablo se recorta sobre un mar de llamas durante el masivo ataque de la Luftwaffe contra Londres la noche del 29 de diciembre. Gran parte de la zona quedó destruida, pero la catedral sufrió pocos daños.

24. Heinrich Himmler, jefe de las SS y arquitecto del Holocausto, visita un campo de prisioneros de guerra lleno de cautivos soviéticos durante las primeras semanas de la operación Barbarroja. Le acompaña un oficial del ejército, muy probablemente el comandante del campo, y al fondo les contempla un suboficial de la Luftwaffe.

25. El Generaloberst Hermann Hoth *(centro)*, comandante del 3º grupo blindado, conversa con unos oficiales del estado mayor en las etapas iniciales de la invasión de la Unión Soviética.

26. Un miembro de uno de los Einsatzgruppen de Himmler a punto de ejecutar a un judío ucraniano. Al fondo, además de soldados y hombres de las SS, hay un miembro adolescente del Reichs Arbeitsdienst (servicio de trabajo) alemán que realiza sus prestaciones laborales antes de ser reclutado por el ejército.

27. Soldados finlandeses atacan posiciones soviéticas en el verano de 1941 como represalia por la agresión de noviembre de 1939. En estas guerras ambos bandos pagaron un elevado precio.

28. Aparte de bayonetas, balas y entusiasmo, durante el largo y sombrío verano de 1941 el Ejército Rojo apenas tenía con qué luchar.

29. La caballería soviética ataca junto al saliente de Yelnya a finales del verano de 1941; al fondo caen los proyectiles de la artillería alemana.

30. Los soviéticos lanzan una contraofensiva en el frente de Folkshov durante el invierno de 1941-1942. Estuvieran a la ofensiva o a la defensiva, los soviéticos siempre tenían numerosas bajas.

primera hora de la mañana el último tren cargado de mercancías procedentes del este entró en territorio alemán. A las 00,30 horas del 22 de junio de 1941 fuerzas alemanas iniciaron su ofensiva desde Prusia Oriental hasta el mar Negro. Al día siguiente Molotov

se quejó lastimeramente al embajador alemán: «No nos merecíamos eso».[3]

PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

Los preparativos económicos de la Unión Soviética para la guerra habían empezado a finales de los años veinte con el primer Plan Quinquenal. Stalin temía que las potencias capitalistas estuvieran preparando una invasión; lógicamente, gran parte de la concentración económica tuvo lugar al este de Moscú, en los Urales y Siberia. A finales de los años treinta estos esfuerzos ya habían creado un complejo militarindustrial de enorme potencial. En 1939 la industria soviética aumentó la producción para la defensa en un 46,5 por ciento. Entre enero de 1939 y junio de 1941, de las cadenas de producción salieron 105 000 ametralladoras, 100 000 metralletas, 82 000 piezas de artillería, más de 1800 tanques, 15 000 cañones antitanque y más de 2700 aviones. Esta capacidad económica explica en gran parte la supervivencia soviética después de las desastrosas derrotas de 1941.

El lado sombrío de los preparativos soviéticos residía en la naturaleza de la tiranía que instauraron Stalin y Lenin. Para Stalin, la lógica de la política exigía la liquidación de los enemigos potenciales además de los declarados. Por consiguiente, a partir de 1934 llevó a cabo una brutal purga de la burocracia soviética. El turno de los militares llegó en 1937. La destrucción de la oficialidad del ejército soviético puso fin a los esfuerzos por remediar las deficiencias militares que se hicieron visibles en las maniobras de mediados de los años treinta; la purga también eliminó a la mayoría de los militares que pensaban en el futuro. Especialmente trágica fue la eliminación de M. N. Tujachevski, que, junto con V. K. Triandafillov, había sido pionero de las ideas radicales de la batalla profunda y las operaciones profundas en el Ejército Rojo, conceptos que llevaban aparejada la penetración de fuerzas mecanizadas en el corazón del país enemigo.

El resultado fue la reorganización del Ejército Rojo y la disolución de las formaciones blindadas que Tujachevski había patrocinado. Todavía en el invierno de 1939-1 940 la NKVD fusilaba a comandantes operacionales y expertos en logística contaminados por su relación con los experimentos de Tujachevski o sus contactos

con los alemanes. En 1941 la jefatura del Ejército Rojo consistía en oficiales nuevos que aún no habían sido puestos a prueba y un reducido grupo de oficiales de alta graduación que eran capaces de adaptarse a los caprichos del dictador pero poco más.

A juicio de la mayoría de los planificadores militares soviéticos, la causa del rápido derrumbamiento de Francia había sido su sistema político y económico de signo capitalista. Esta forma de pensar no era un buen augurio en lo que se refería a las evaluaciones soviéticas de las capacidades alemanas. Las deficiencias del Ejército Rojo eran claras: falta de iniciativa entre los oficiales jóvenes y los suboficiales, falta de coordinación entre las armas de combate, labor deficiente del estado mayor y un sistema de abastecimiento que funcionaba esporádicamente. En 1940 el alto mando soviético prestó mucha atención a corregir estas deficiencias, pero al mismo tiempo tuvo que ocuparse del problema de rehacer las formaciones blindadas que Stalin había disuelto en 1939.

Con todo, lo que más temía Stalin no era una insurrección de los militares, sino la poca fiabilidad de los pueblos soviéticos desde el punto de vista político. ¿Podía confiar en que sus ciudadanos opondrían resistencia a una invasión extranjera? Al modo de ver del dictador, el régimen no podía entregar ningún territorio, incluidos los recién ocupados distritos de Polonia y las repúblicas bálticas, no fueran tales pérdidas a mermar la estabilidad política de la Unión Soviética. Por consiguiente, el Ejército Rojo avanzó hasta ocupar posiciones en la frontera recién adquirida, al tiempo que tropas de ingenieros desmovilizaban la Línea Stalin en la antigua frontera. Sin embargo, la construcción de estas nuevas posiciones defensivas no empezó hasta principios de 1941. En tal caso, ¿cómo defender el territorio soviético?

Una serie de simulacros de combate que se llevó a cabo entre diciembre de 1940 y enero de 1941 indicó los puntos que eran vulnerables en caso de producirse una invasión alemana. Pero esto sólo sirvió para respaldar la intuición de Stalin: las fuerzas soviéticas debían reforzar la frontera con el fin de que los alemanes no pudieran penetrar por ella. Luego la movilización de las reservas permitiría lanzar un contraataque: no se perdería ningún territorio, no habría problemas políticos. Durante toda la primavera, los

soviéticos aumentaron sin parar sus fuerzas en las fronteras hasta que sus efectivos fueron los propios de una guerra. A comienzos de junio, cuando le dijeron que había 149 divisiones en el oeste, Stalin todavía preguntó a Zhukov si eran suficientes.

Otros dos factores exacerbaron las dificultades soviéticas. El primero fue que Stalin se equivocó al pensar por dónde atacarían los alemanes. Debido a las dificultades económicas de Alemania, Stalin calculó que los alemanes descargarían el golpe principal en el sur. De las aproximadamente 130 divisiones soviéticas desplegadas en la frontera, 60 defendían Ucrania, 40 defendían el centro y 30, los estados del Báltico. Los frentes norte y central eran los que tenían las defensas más débiles, y sobre ellos caería lo más fuerte de la ofensiva alemana.

El segundo factor que agravó las dificultades soviéticas fue que no se renovaron los efectivos de primera línea. En aquel momento el Ejército Rojo se hallaba reorganizando y adiestrando de nuevo a muchas de sus unidades, con el objeto de corregir las deficiencias que se habían observado en la guerra contra Finlandia. En algunos aspectos, al empezar la campaña el Ejército Rojo estaba en peores condiciones que el ejército francés en mayo de 1940. Además, la tiranía de Stalin exigía que la NKVD extirpase todas las señales de derrotismo. A causa de ello, pocos miembros de la burocracia militar se atrevieron a expresar sus temores. La idea misma de que el Ejército Rojo tal vez tendría que hacer una guerra defensiva se interpretaba como señal de una actitud inadmisible por derrotista. Así pues, muchas de las unidades que combatieron en junio se encontraron con que sólo tenían mapas del territorio alemán, por donde supuestamente avanzarían, y no del territorio nacional que estaban defendiendo y en el que tal vez tendrían que retirarse. Por más que los alemanes hicieran una buena labor destinada a engañar al enemigo, Stalin fue el culpable de que el ataque alemán pillara totalmente por sorpresa al Ejército Rojo.

Mientras Hitler iba de picnic a orillas del Rin en junio de 1940, el orgullo que las victorias de la Wehrmacht inspiraba a los alemanes alcanzó nuevas cotas. En julio el Sicherheitsdienst (el SD, es decir, el servicio de seguridad de las SS) informó de que la mayoría de los alemanes tenía la esperanza de que Gran Bretaña rechazara la oferta de paz del *Führer* porque entonces la

Wehrmacht podría aplastar a los ingleses. Sin embargo, casi inmediatamente después de la caída de Francia, Hitler se volvió contra la Unión Soviética en vez de atacar a Gran Bretaña. El 22 de julio comentó a Brauchitsch y Halder que si los ingleses seguían luchando, era sólo porque «1) tenían la esperanza de que hubiera un cambio en Estados Unidos… [y] 2) tenían esperanza en Rusia».[4] A finales de mes Hitler ya había decidido firmemente invadir la Unión Soviética. Además de las razones estratégicas, sus propias predilecciones ideológicas le empujaban hacia la conquista en el este. Tal como sugirió a sus generales en enero de 1941, «Victoria alemana incompatible con ideología rusa. Decisión: Rusia debe ser aplastada lo antes posible».[5]

Hitler recalcó ante sus comandantes que la guerra en el este era diferente. En marzo de 1941 el *Führer* describió la próxima campaña a los generales empleando los términos siguientes: «*Choque de dos ideologías* ». Denuncia contundente del bolchevismo… El comunismo es un peligro enorme para nuestro futuro… Ésta es una guerra de exterminio… *Guerra contra Rusia* : Exterminio de los comisarios comunistas y de la intelectualidad comunista… Debemos luchar contra el veneno de la desintegración. Esto no corresponde a los tribunales militares… Los comisarios y los hombres de la GPU (policía secreta soviética) son criminales y deben ser tratados como tales».[6] Los comentarios de Hitler influyeron directamente en los planes del OKW y el OKH que dieron forma a la guerra en el este. Las directrices generales para la guerra (fechadas el 13 de mayo de 1941) y la Orden sobre Comisarios, que decretaba el fusilamiento de todos los comisarios del Ejército Rojo en cuanto fueran capturados, prescindían de las obligaciones internacionales y legales de Alemania incluso antes de que empezara la guerra. La visión de una cruzada ideológica se extendió por toda la estructura de la Wehrmacht. Incluso un futuro participante en el complot del 20 de julio de 1944 contra Hitler, el general Erich Hoepner, dio la siguiente directriz a su 4º grupo blindado: «El objetivo de esta batalla tiene que ser la demolición de la Rusia actual y, por tanto, debe dirigirse con *severidad sin precedentes*… En particular, *ningún adepto del sistema bolchevique ruso contemporáneo debe ser perdonado* ».[7]

Como resultado de este marco ideológico, los alemanes nunca

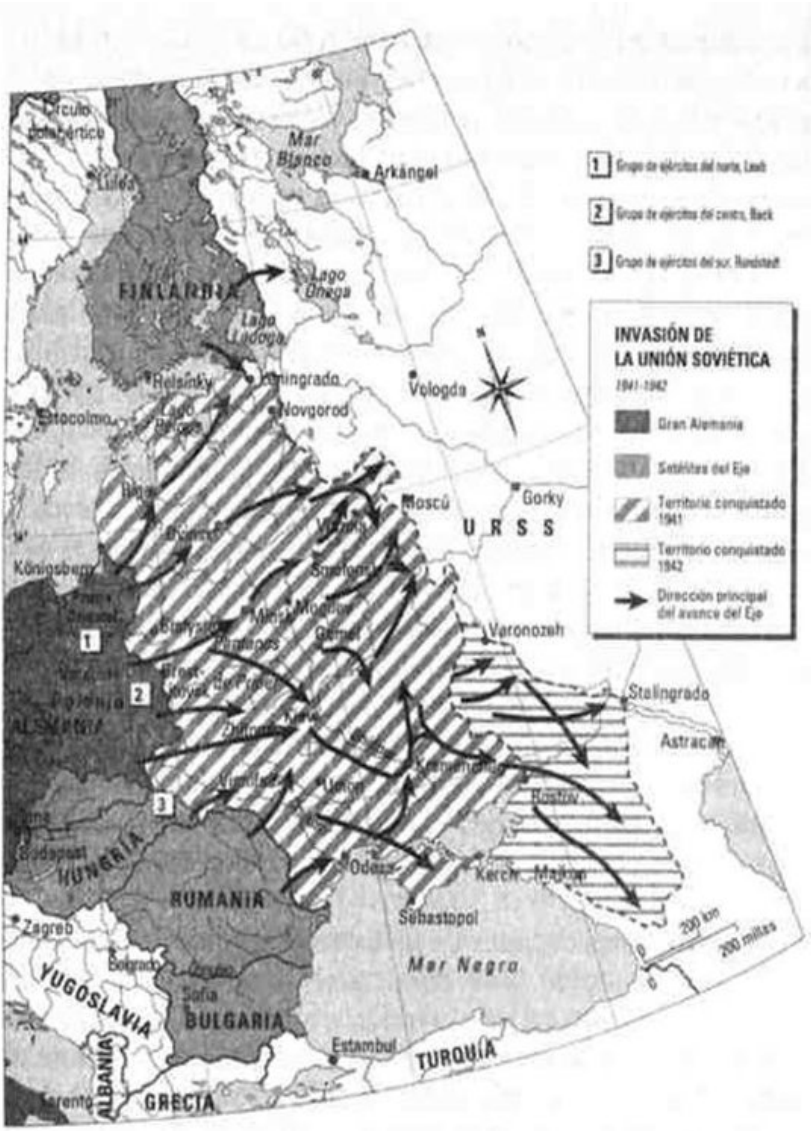
prestaron la menor atención a la arraigada hostilidad que la tiranía de Stalin despertaba en gran parte de la población rusa. En lugar de buscar el apoyo de los pueblos soviéticos al esfuerzo por derrocar el régimen comunista, los nazis hicieron que se echasen en brazos de sus gobernantes. Además, debido al desprecio que sentían por los eslavos, los militares alemanes, y no sólo Hitler, infravaloraron una y otra vez la resistencia y el saber hacer de sus enemigos. Antes de que empezara la invasión Hitler comentó que una vez los alemanes derribasen su puerta a patadas, toda la estructura, gobernada por judíos infrahumanos, se desmoronaría. De modo parecido, el general Günther Blumentritt, experimentado oficial del estado mayor general, afirmó en 1941 que «la historia militar rusa demuestra que el soldado de combate ruso, analfabeto y medio asiático, piensa y siente de manera diferente [de los alemanes]».[8]

Dos semanas después de firmarse el armisticio con Francia el 17 de junio de 1940, Brauchitsch ordenó a Halder que empezase a pensar en una invasión de la Unión Soviética. La planificación se llevó a cabo de forma intermitente durante el resto del mes porque no estaba claro del todo cuáles podían ser los objetivos. Tal como escribió Halder el 22 de julio de 1940: «¿Qué objetivo operacional podría alcanzarse? ¿Qué fuerza tenemos a nuestra disposición? ¿El momento y el lugar de reunión?».[9] Hitler había comentado al general Alfred Jodl, jefe de la sección de operaciones del OKW, que la campaña para destruir la Unión Soviética empezaría en mayo de 1941. Dos días más tarde una conferencia aclaró aún más la estrategia alemana. Hitler informó a Halder y Brauchitsch de que la futura ofensiva «cumple su propósito sólo si el estado ruso puede destruirse hasta sus raíces de un solo golpe». De manera caótica describió su concepción de la campaña: «La operación se dividirá en tres secciones: *Primera embestida* : Kiev y asegurar la protección del flanco en el Dniéper… *Segunda embestida* : Estados bálticos y avance sobre Moscú. Finalmente: enlace de las puntas norte y sur».[10]

Al empezar la planificación, el departamento geográfico del estado mayor general indicó que la ocupación de Leningrado, Moscú, Ucrania y el Cáucaso no agotaría el potencial económico soviético. Los Planes Quinquenales habían creado una fuerza económica considerable a lo largo y al este de los Urales que

permitiría a los soviéticos continuar la resistencia, aun en el caso de que cayera la mayor parte de la Rusia europea. Aunque parezca asombroso, este factor no se tuvo en cuenta cuando se trazaron los planes para la Operación Barbarroja. A finales de julio Halder ya tenía su propia concepción de la campaña: un avance sobre Moscú que obligaría «a las concentraciones rusas en Ucrania y el mar Negro a aceptar la batalla con el frente invertido».[11] Sin embargo, incluso antes de que surgieran diferencias entre Hitler y el ejército, los alemanes habían aceptado la suposición de que la Wehrmacht podría derrotar al grueso de las fuerzas soviéticas antes de que llegara el invierno. De esa suposición nacieron varios errores fundamentales.

El 5 de agosto de 1940, el general de división Erich Marcks presentó el borrador de su concepción a Halder. Marcks planteaba como principal objetivo estratégico la destrucción de las fuerzas soviéticas, con el avance principal hacia el norte de los pantanos de Pripet en dirección a Moscú; avances secundarios protegerían los flancos. Las tropas invasoras avanzarían luego hasta la línea ArkángelGorkieRostov para eliminar la amenaza aérea. Marcks



argüía que las batallas decisivas se librarían en las primeras semanas y que las fuerzas blindadas interpretarían el papel crucial; sus penetraciones destruirían el Ejército Rojo en las zonas fronterizas. Una vez las fuerzas alemanas hubieran penetrado en las defensas enemigas, el mando y el control soviéticos se

derrumbarían, lo cual permitiría destruir poco a poco los ejércitos restantes. Marcks calculaba que las fuerzas de tierra alemanas necesitarían entre nueve y diecisiete semanas para alcanzar sus objetivos estratégicos.

Los cálculos de Marcks plantean varios asuntos interesantes, en especial si se tiene en cuenta que las distancias eran enormes. Su diario sugiere que creía en la superioridad ideológica de la Wehrmacht sobre su enemigo en potencia. Esa superioridad, inherente también al pensamiento de Hitler, explica el optimismo extraordinario sobre la posible duración de la campaña. Un estudio del OKW en septiembre y otro de la sección de operaciones del OKH en octubre reforzaron el cálculo preliminar de Marcks según el cual las fuerzas alemanas lograrían derrotar a la Unión Soviética antes del invierno. Estos estudios también indicaban que el teatro de operaciones, cuya forma era parecida a la del embudo, no favorecería a las fuerzas alemanas. Si el Ejército Rojo se libraba de sufrir una derrota en la frontera, el espacio, el tiempo y la distancia favorecerían a los soviéticos. Sin embargo, en vez de inducir a los alemanes a poner en duda la suposición de que la victoria sería rápida, estos estudios reforzaron su inclinación a considerar decisivas las batallas en la frontera.

Hitler, por supuesto, suscribió las intenciones del OKH de destruir al Ejército Rojo en la frontera. A principios de diciembre comentó a Brauchitsch y Halder que «lo más importante es impedir que el enemigo se repliegue antes de nuestra arremetida… Objetivo de la campaña: aplastar los efectivos humanos rusos; no debe permitirse que escape ningún grupo capaz de recuperarse». Pero Hitler también hizo hincapié en que el avance hacia el interior de Ucrania era la clave. Otro objetivo casi tan importante era controlar el Báltico, con el fin de proteger el comercio de mineral de hierro con Suecia, mientras que «Moscú no tenía importancia».[12] Sus concepciones informaban la Directriz n° 21, pauta básica para la Operación Barbarroja. La directriz subrayaba la destrucción del Ejército Rojo en la frontera, pero insistía en que estas batallas preliminares debían preparar el escenario «para un movimiento giratorio a cargo de fuertes elementos motorizados que se dirigirán al norte con el fin de aniquilar a las fuerzas enemigas en la región báltica en conjunción con el grupo de ejércitos del norte que

avanzarán desde Prusia Oriental aproximadamente en dirección a Leningrado». De modo parecido, después de la destrucción de las fuerzas soviéticas en el centro, los alemanes perseguirían al enemigo derrotado hacia el interior de la cuenca del Donets. La Directriz n° 21 sugería «que se llegue a Moscú lo antes posible. La importancia política y económica de tomar esta ciudad es tremenda».[1]

[3] Lo que representaba la directriz era que había discrepancias en el alto mando alemán, incluido el propio Hitler. La premisa fundamental de los planes alemanes ahora era que las operaciones debían esforzarse por destruir el Ejército Rojo en la frontera; aparte de eso, nada era claro.

En el verano de 1940, cuando ya se estaban trazando los planes para la Operación Barbarroja, empezaron los primeros movimientos de fuerzas alemanas hacia el este. El 18° ejército se desplegó en el este, seguido en septiembre por el Grupo de Ejércitos B y los ejércitos 4º y 12°, a los que acompañarían diez divisiones de infantería y una de blindados. Asimismo, tres divisiones de blindados y dos de infantería motorizada regresaron al este de Alemania con el fin de adiestrarse para combatir en el este y preparar las zonas de despliegue y las redes de comunicaciones que requeriría la avalancha de fuerzas alemanas. Ocultar la concentración era esencial para los planes alemanes. Los primeros movimientos podían explicarse diciendo que eran una fuerza de cobertura. Después, el problema se hacía más complejo al acelerarse el ritmo del despliegue. Pero hasta finales de mayo y junio de 1941 no llenaron los alemanes a las zonas fronterizas de la Polonia ocupada y Prusia Oriental con casi dos divisiones diarias. Para entonces era demasiado tarde para que los servicios de inteligencia soviéticos comprendiesen el alcance de los despliegues alemanes, al menos antes de la invasión. El último despliegue fue de 28 divisiones de blindados e infantería motorizada, la columna vertebral de la ofensiva alemana. El apoyo logístico y las reservas ya estaban en su sitio, pero los soviéticos seguían sin comprender la razón de los

movimientos alemanes.

La operación Barbarroja dependía de crear un sistema logístico capaz de aprovisionar a la Wehrmacht en la Unión Soviética, donde las distancias eran inmensas. Pero este requisito permaneció en el último lugar de las prioridades alemanas durante todo el período de planificación. El 31 de julio de 1940 Hitler había ordenado al ejército que aumentara el número de sus divisiones hasta 180 a partir de las aproximadamente 100 que existían en aquel momento. Además, el número de divisiones blindadas se multiplicó por dos mientras el de divisiones de infantería motorizada aumentaba hasta quedar en diez. Para alcanzar este objetivo sus planificadores tuvieron que disminuir los regimientos de tanques en cada división blindada de dos a uno, a la vez que cada nueva división blindada requería un nuevo regimiento de infantería motorizada y un nuevo regimiento de artillería motorizada, más ingenieros de transmisiones y tropas de refuerzo. Esta reorganización supuso una pesadilla para los encargados de planificar el abastecimiento al crear nuevas formaciones motorizadas y mecanizadas. La magnitud de la tarea de pertrechar a las nuevas formaciones móviles probablemente hubiera obligado a aplazar el comienzo de la operación, incluso sin la campaña de los Balcanes.

Para pertrechar a las formaciones recién creadas, los alemanes reunieron un batiburrillo de armas y vehículos. Los camiones del ejército procedían de los países de la Europa occidental y databan de antes de la guerra, y había también camiones tomados a los aliados e incluso procedentes de Suiza. Todos estos camiones se habían proyectado para utilizarlos en las carreteras bien construidas de la Europa occidental, por lo que sufrirían innumerables averías a causa del estado de las carreteras soviéticas. Todavía más variados eran los orígenes de las armas con que se dotó a las formaciones de combate alemanas. Los tanques de fabricación checa seguían constituyendo una parte considerable de los efectivos blindados; las diversas armas y los vehículos de abastecimiento se repartieron por todo el ejército de manera poco lógica. En el caso de las divisiones de infantería, la situación logística era aún peor: había artillería francesa, checa e incluso noruega, vehículos de prácticamente todas las naciones europeas, y armas cortas cuyo origen no era alemán (a menudo eran checas). Así pues, las unidades de abastecimiento y

mantenimiento se encontraron ante la tarea imposible de abastecer a unidades que con frecuencia estaban dotadas de armas y vehículos de apoyo totalmente distintos.

Las complejidades logísticas de la operación Barbarroja ya eran claras en noviembre de 1940. El jefe de la sección de logística del OKH, el general de división Eduard Wagner, advirtió de que las distancias y el factor tiempo exacerbarían el problema, ya crítico, de pertrechar a las fuerzas alemanas. Wagner calculó que el sistema logístico de la Wehrmacht podía sostener a las fuerzas en una profundidad de 500 kilómetros al este de la frontera, distancia que no llegaba a Leningrado, Moscú y la cuenca del Donets. Su advertencia tuvo escaso efecto. Asimismo, los expertos en logística alemanes advirtieron de que los avances de 300 a 400 kilómetros obligarían a hacer una pausa para reaprovisionar a las unidades de vanguardia. Pero la verdad es que las propias autoridades encargadas del abastecimiento fueron demasiado optimistas; por ejemplo, calcularon que en la campaña no se gastaría más munición que en la batalla de Francia. Por consiguiente, las tropas invasoras penetraron en territorio enemigo con sólo entre dos y tres unidades de fuego básicas (la munición que se calculaba para un día) con la esperanza de que el sistema de abastecimiento les proporcionaría munición suficiente hasta que cesara la resistencia soviética. Como el sistema de abastecimiento apenas podía transportar carburante y munición suficientes para las unidades de primera línea, los alimentos para la tropa y el forraje para los caballos tendrían que obtenerse por medio del pillaje, lo cual significaba infligir más malos tratos a los civiles. Por último, y de forma inexplicable, a los soldados encargados de la reparación de ferrocarriles, cuyo apoyo era esencial para el buen fin de la campaña, se les asignó la prioridad más baja en el avance.

Y llegó el 22 de junio. En el nivel operacional los alemanes contaban con destruir al Ejército Rojo en las zonas fronterizas. Pero, aparte de eso, el alto mando alemán no había decidido cuáles serían los siguientes objetivos de la campaña, lo cual se debía en gran medida a que Halder y Brauchitsch temían que una decisión por parte de Hitler les obligara a concentrarse en Leningrado y Ucrania, cosa que no querían hacer. La estructura de apoyo no era segura ni mucho menos. Si los soviéticos resistían el primer golpe, el sistema

logístico se vería en apuros para sostener a la Wehrmacht en las regiones más interiores de Rusia. Otro factor que empeoraba las perspectivas de los alemanes era que no llegaban como liberadores, sino con la intención de exterminar a los judíos de Europa y esclavizar a los eslavos. Tal como comentó Hitler, «Naturalmente, esta gran región tendría que ser pacificada. La mejor solución era fusilar a cualquiera que mirase con recelo».[14] Estas actitudes condonaron crímenes terribles y subestimaron al enemigo de Alemania.

Sin embargo, a pesar de esas deficiencias extraordinarias, Stalin estuvo a punto de echarlo todo a perder. Estacionó las mejores unidades del Ejército Rojo en las zonas fronterizas y con ello consiguió que fueran aniquiladas cuando empezó la campaña, al tiempo que los temores que le infundía la estabilidad política de la Unión Soviética le empujarían a malgastar la mayor parte de sus reservas de hombres y material antes del invierno. El Ejército Rojo no dominó el arte de hacer la guerra contra sus enemigos hasta después de recibir muchas lecciones costosas.

LA PRIMERA FASE

A primera hora de la mañana del 22 de junio de 1941, una unidad de transmisiones alemana interceptó los siguientes mensajes que los soviéticos mandaron por radio: «Unidad de primera línea: “Están disparando contra nosotros. ¿Qué hacemos?”. Cuartel general del ejército: “Os habéis vuelto locos y ¿por qué no mandáis vuestra señal en clave?”»[15] Aquella misma mañana Halder anotó lacónicamente en su diario: «Al parecer, se ha conseguido la *sorpresa* táctica del enemigo en toda la línea».[16] Antes del amanecer bombarderos alemanes cruzaron la frontera a gran altura para no poner sobre aviso a las defensas soviéticas. Luego atacaron los aeródromos donde los aviones soviéticos estaban alineados cuidadosamente. Los pocos aparatos soviéticos que lograron despegar no tardaron en ser víctimas de los cazas alemanes. El Fliegerkorps IV informó de que en sus primeros ataques había destruido 142 aviones en tierra y 16 en el aire. Al mediodía los

soviéticos habían perdido 528 aviones en tierra y 210 en el aire sólo en los distritos militares del oeste; a lo largo de todo el frente oriental perdieron más de 1200 aviones de combate en las primeras 8 horas y pico. Los pilotos soviéticos estaban mal adiestrados y volaban torpemente en formaciones tácticas imposibles, mientras los ataques de la Luftwaffe provocaban el desmoronamiento del mando y el control soviéticos. El mariscal de campo Erhard Milch dejó constancia de la destrucción de 1800 aviones el 22 de junio, 800 el 23, 557 el 24, 351 el 25 y 300 el 26.

La guerra en tierra fue un desastre todavía mayor. En algunas zonas los guardias de la frontera opusieron fuerte resistencia, pero los alemanes penetraron por los puntos importantes y los blindados se apresuraron a explotar el colapso consiguiente. La *Stavka* (el alto mando soviético) hizo el juego a los alemanes. En su mayor parte ordenó contraataques en todas las direcciones. Al finalizar el día, dio a conocer un comunicado tranquilizador, pero falso, que indicaba que los alemanes sólo habían obtenido victorias insignificantes aquella mañana y que por la tarde «los ataques de las tropas alemanas a lo largo de la mayor parte de nuestras fronteras han sido rechazados y se han infligido grandes pérdidas al enemigo».[17] En realidad, de un extremo a otro de la frontera los alemanes habían pillado a los soviéticos por sorpresa. Sus divisiones blindadas y motorizadas ya habían dejado atrás las posiciones soviéticas en primera línea y avanzaban profundamente en la retaguardia del Ejército Rojo.

Con dos ejércitos de infantería y un grupo blindado, el Grupo de Ejércitos del Norte arrancó desde una pequeña cuña de territorio en Prusia Oriental. Los tanques del 4º grupo blindado no tardaron en poder operar libremente y se dirigieron a toda velocidad hacia el río Dvina, en Letonia. El LXVI cuerpo blindado de Manstein alcanzó el citado río en cuatro días y tomó los puentes de Dvinsk, a unos 320 kilómetros de su punto de partida en la frontera de Prusia Oriental. Por el camino los blindados alemanes aplastaron las reservas soviéticas que avanzaban hacia un frente que los soldados creían que aún quedaba lejos. Manstein instó entonces a Hoepner, comandante del 4º grupo blindado, a ordenar que el otro cuerpo blindado siguiera a las fuerzas de Manstein y permitiese que el LXVI cuerpo blindado continuase avanzando más allá del Dvina. Pero ni

Hoepner ni el comandante del grupo de ejércitos, el mariscal de campo Ritter von Leeb, sabían si su misión era seguir avanzando hasta Leningrado en el norte o proteger el flanco del avance del Grupo de Ejércitos del Centro hacia Smolensko en el este. Durante las semanas siguientes intentaron hacer las dos cosas y al final fracasaron en ambas. Las vacilaciones de Leeb aumentaron todavía más los problemas de un grupo de ejércitos que hacía frente a demasiado espacio con recursos demasiado escasos.

Manstein permaneció en Dvinsk, mientras el XLI cuerpo blindado llegaba por su flanco a Jacobstadt. La pausa que se hizo a continuación para que el XLI cuerpo blindado le alcanzara dio a los soviéticos tiempo para recuperar el equilibrio, retirarse de Lituania y Letonia y traer refuerzos del este. A comienzos de julio, el 4º grupo blindado reanudó su avance sobre un eje que iba de Dvinsk hacia la punta meridional del lago Peipus en el camino de Leningrado. Mientras el XLI cuerpo blindado avanzaba directamente sobre Ostov, el cuerpo blindado de Manstein se desviaba hacia el este a través de la línea Stalin y entraba en los bosques impenetrables del norte de Rusia. El 9 de julio Manstein ya se encontraba atascado en los bosques; una vez hubo salido de su difícil posición, sus fuerzas siguieron al XLI cuerpo blindado y luego se desviaron hacia el nordeste y el lago limen. El resto del 4º grupo blindado se dirigió hacia Narva, a orillas del Báltico. A finales de julio Leeb ya había recorrido tres cuartas partes del camino de Leningrado; sus tropas habían aplastado a la mayoría de los defensores soviéticos que encontraron a su paso. No obstante, el Grupo de Ejércitos del Norte había llevado mal el avance de sus unidades mecanizadas al utilizar dos ejes, mientras sus fuerzas se hallaban dispersas en el extremo de largas y tenues líneas de comunicación. La infantería alemana permaneció muy rezagada y empezaron a escasear la munición y los alimentos para las fuerzas blindadas.

La situación en que se encontraban los soviéticos era de pesadilla. Sin tener una idea clara de sus responsabilidades, ya que los jefes del Ejército Rojo habían prohibido los preparativos flexibles para la guerra defensiva, las fuerzas soviéticas del Báltico se disolvieron ante el ataque. Las divisiones de infantería del frente del noroeste quedaron reducidas a una tercera parte de los efectivos

autorizados. A principios de julio, decenas de miles de civiles soviéticos trabajaban desesperadamente en la construcción de una línea de defensa cerca de Luga, unos 96 kilómetros al sudoeste de Leningrado, mientras las fuerzas soviéticas a duras penas construían defensas para cortar el veloz avance alemán sobre la ciudad. Además, se cernía una nueva amenaza; los finlandeses se movilizaron y atacaron. Si bien no avanzaron más allá de su antigua frontera de 1939, su ofensiva aisló Leningrado desde el norte.

Los peores desastres, sin embargo, ocurrieron en el centro, donde el Ejército Rojo había desplegado sus tropas en posiciones muy avanzadas en la Polonia ocupada por los soviéticos. El comandante en jefe, el teniente general D. G. Pavlov, que a su vuelta de España había instado a disolver el cuerpo mecanizado, se acobardó. Al norte y al sur de BrestLitovsk, los grupos blindados del Grupo de Ejércitos del Centro ampliaron las brechas que habían abierto en las defensas soviéticas y penetraron mucho en su retaguardia. Siguiendo servilmente las órdenes de Moscú, Pavlov ordenó contraatacar, pero sus órdenes significaban poco para unas fuerzas que ya se estaban disolviendo o se encontraban en situaciones desesperadas. Las comunicaciones se derrumbaron cuando comandos alemanes cortaron los hilos y destruyeron las emisoras de radio. Los intensos bombardeos de la Luftwaffe destruyeron aún más la cohesión del Ejército Rojo. En las primeras 16 horas el avance alemán había roto los goznes del frente del noroeste con el frente del oeste. Mientras Pavlov arrojaba unidades a las fauces del cerco, los grupos blindados 2º y 3º giraban para encontrarse cerca de Minsk el 28 de junio. Los ejércitos alemanes 4º y 9º, que consistían en divisiones de infantería, completaron un cerco más pequeño en Bialystok.

El 25 de junio al caer la noche, los ejércitos soviéticos
10˚
y 3º intentaban desesperadamente retirarse de Minsk. Los estados mayores de las divisiones y los cuerpos perdieron el contacto con las unidades subordinadas. Pavlov perdió el control de manera irrevocable. Pero con gran asombro de los alemanes, muchos soldados soviéticos resistieron a pesar de su desesperada situación. Aproximadamente 324 000 soviéticos cayeron en poder de los alemanes y otros tantos resultaron muertos o heridos. Pero la

verdadera catástrofe fue que el Ejército Rojo perdió muchos de sus mejores oficiales y suboficiales, hombres que hubieran tenido un valor incalculable al reunir los ejércitos de reserva.

Además de las bajas humanas, los soviéticos perdieron 3300 tanques y 1800 piezas de artillería en el campo de batalla. Los alemanes habían destruido los ejércitos soviéticos 3º y
10°
e infligido grandes pérdidas a los ejércitos 4º,
11°
y
13°.
Stalin hizo fusilar a Pavlov. Las victorias iniciales de sus tropas llenaron de euforia al alto mando alemán, toda vez que confirmaban la creencia de que la Wehrmacht podía ganar la guerra derrotando al Ejército Rojo en las zonas fronterizas. El 3 de julio Halder escribió: «Uno ya puede decir que la tarea de destruir la masa del Ejército Rojo enfrente del Dvina y el Dniéper se ha cumplido… Podemos calcular que encontraremos [más] al este… sólo fuerzas inconexas que por sí solas no poseen la capacidad de obstaculizar [nuestras] operaciones… Por tanto, no exagero al afirmar que la campaña contra Rusia se ha ganado en catorce días».[18]

El novelista alemán Theodor Pliever fue quien mejor captó la naturaleza del avance blindado alemán: «La corriente de tanques cruzó con gran estruendo el puente. El polvo cubrió a la infantería que se encontraba tendida junto a la carretera. Cuando hacían un alto los hombres… podían echar un buen vistazo a los tanques. Sólo el conductor estaba sentado dentro, la tripulación se sentaba encima… el comandante junto al borde de la torreta con los auriculares puestos, los otros detrás de él. La columna siguió avanzando, se detuvo y luego arrancó de nuevo, avanzando a unos 16 kilómetros por hora… No había ni rastro de sol, que debía de estar poniéndose, porque todo aquel traquetear y rugir y gemir y chirriar que avanzaba lentamente ocultaba el día. La larga corriente de blindados y la larga estela de polvo espeso que levantaba llegaba hasta el Bug muy adentro del corazón de Polonia… Y así siguió rodando por la carretera a través de Brest Litovsk, Minsk y Smolensko, rodando por la carretera militar hacia Moscú».[19]

Pero los alemanes aún encontrarían problemas. Poco después de que las puntas de lanza se acercaran en Minsk, Halder tenía la esperanza de que Guderian prosiguiera su avance más allá de Mogilev hasta llegar al Dniéper, aunque el OKH no pudo dar una orden en este sentido a causa de la injerencia de Hitler. Sin embargo, el OKW aceptó los deseos de Halder; el 3 de julio permitió que se reanudara el avance con el objeto de Smolensko. El 3º grupo blindado fue el primero en ponerse en marcha. Las fuerzas de Guderian seguían defendiendo la línea sur del caldero de Minsk mientras esperaban infantería de apoyo. El avance chocó enseguida con fuerte resistencia, toda vez que el Ejército Rojo había formado apresuradamente una nueva línea defensiva. Bajo la dirección general del 4º ejército los dos grupos blindados avanzaron sobre el Dniéper. Mientras los blindados formaban una nueva bolsa alrededor de Smolensko, las divisiones de infantería se rezagaron aún más.

A mediados de julio el Ejército Rojo había perdido la batalla por la línea DniéperDvina. El 16 de julio la 29ª división blindada de Guderian tomó Smolensko. Con todo, a pesar de las súplicas de Hoth, no fue posible cerrar la brecha entre los dos grupos blindados del Grupo de Ejércitos del Centro; el grupo blindado de Guderian tenía que defender demasiado territorio en el sur y se encontraba bajo un fuerte contraataque de las fuerzas del mariscal S. K. Timoshenko. Hasta el 24 de julio no pudo cerrar Hoth el cerco con la 27ª división motorizada. Hasta el 5 de agosto no completaron los alemanes la destrucción de las unidades soviéticas dentro de la bolsa; otros 300 000 prisioneros, 3205 tanques y 3000 cañones engrosaron el total de capturas alemanas. Pero la resistencia del Ejército Rojo incluso en situaciones desesperadas no disminuyó en lo más mínimo; el comandante de la 18ª división blindada comentó que los alemanes tenían que reducir sus bajas «si no queremos alcanzar la victoria muertos».[20] El Grupo de Ejércitos del Centro había avanzado 800 kilómetros y pico, dos tercios del camino de Moscú.

La situación en el sur era muy diferente. El comandante en jefe soviético, el coronel general M. P. Kirponos, había tomado precauciones elementales en los últimos días de paz movilizando y cambiando el despliegue de sus fuerzas en posiciones más fáciles de

defender. En los primeros días de la operación Barbarroja reunió seis cuerpos mecanizados para atacar el flanco del 1º grupo blindado del Generaloberst Ewald von Kleist. Desde el principio, los tanques de Kleist tuvieron las cosas difíciles. El hecho de que gran número de sus unidades mecanizadas hubieran participado en la campaña de los Balcanes aumentó sus dificultades. Hubo una serie de feroces batallas en la frontera cuando el 1º grupo blindado trató de avanzar; su avance amenazaba con rodear tres ejércitos soviéticos (el 6º, el
26°
y el
12°).
Los soviéticos, sin embargo, lograron retirarse a la antigua frontera, aunque perdieron mucho material al replegarse. El 8 de julio cayó Jitomir y los alemanes se encontraron a sólo unos 144 kilómetros de Kiev. Pero la presión de los ejércitos soviéticos en los pantanos de Pripiet obligó a Rundstedt a desviar el 6º ejército hacia el nordeste en lugar de usarlo para apoyar al 1º grupo blindado. Mientras el 6º ejército rechazaba los ataques soviéticos, el 1º grupo blindado se alejó de Kiev porque Hitler había ordenado que el Grupo de Ejércitos del Sur no lanzase un ataque directo contra la ciudad utilizando unidades blindadas. El 6º ejército no pudo mover su infantería hacia el frente hasta finales de julio; por consiguiente, Rundstedt y Kleist optaron por un avance de los blindados hacia el sur con el fin de atrapar a las unidades soviéticas que se retiraban del río Dniéster. Así pues, el 1º grupo blindado obtuvo una victoria impresionante a principios de agosto en Uman al cercar a 20 divisiones y tres ejércitos soviéticos. Comunicó que había hecho 103 054 prisioneros y tomado 858 piezas de artillería, 317 tanques y 5286 camiones.

Al empezar el mes de agosto, los alemanes ya habían penetrado mucho en Rusia y donde no habían destruido, matado o capturado al enemigo, habían obligado al Ejército Rojo a retirarse en desorden. La Wehrmacht casi se encontraba en Leningrado, Smolensko había caído y la parte de Ucrania situada al oeste del Dniéper se hallaba al alcance de las fuerzas alemanas. A pesar de ello, la posición alemana era mucho más débil de lo que parecía. El alto mando no tenía una idea clara de cuál era el siguiente objetivo

de la ofensiva. Hitler seguía pensando en los grandes recursos que había en el sur. Halder, por su parte, aplazaba el momento de hablar con el *Führer* porque tenía la esperanza de que éste aceptase el punto de vista del OKH. Finalmente, el Ejército Rojo, purgado, mal preparado y con jefes ineficaces, ya había demostrado que era capaz de oponer una resistencia prolongada, tenaz, mucho después de que la lógica dictase que sus unidades se rendirían o se derrumbarían.

LA PAUSA DE AGOSTO

Al planear la operación Barbarroja, los alemanes habían dado por sentado que después de la arremetida inicial y la destrucción del Ejército Rojo en la frontera, los soviéticos no dispondrían de numerosas fuerzas de reserva y no podrían emplearlas de manera coherente. A finales de junio los soviéticos habían llamado a filas a 5,3 millones de reservistas; 13 ejércitos de campaña (un ejército soviético equivalía aproximadamente a un cuerpo alemán) se desplegaron en julio, 14 en agosto, uno en septiembre y cuatro en octubre. Unidades procedentes de Siberia y del Extremo Oriente permitieron a los soviéticos situar en la vanguardia otros ocho ejércitos para la defensa de Moscú, y 10 más llegaron en la primavera de 1942. En total, los soviéticos desplegaron en el oeste, durante el verano de 1941, 97 divisiones que ya existían y crearon no menos de 194 divisiones nuevas y 84 brigadas aparte.

El puro peso numérico de los efectivos soviéticos empezó a echar por tierra los planes alemanes. El 11 de agosto Halder escribió: «La situación muestra de forma cada vez más clara que hemos subestimado al coloso ruso… Esto se advierte tanto en el nivel operacional como en el económico, en el transporte, y, sobre todo, en las divisiones de infantería. Ya hemos identificado 360. Hay que reconocer que las divisiones no están armadas y pertrechadas en el sentido que damos nosotros a estos términos, y desde el punto de vista táctico están mal mandadas. Pero ahí están; y cuando destruimos una docena, los rusos sencillamente crean otra docena».[21] Las numerosas bajas que las divisiones blindadas sufrieron en julio aumentaron el pesimismo de Halder. Por ejemplo,

la 20ª división blindada había perdido el 35 por ciento de sus oficiales, el 19 por ciento de sus suboficiales y el 11 por ciento de sus hombres antes del 26 de julio. No menos inquietante era la calidad inesperada de parte del material militar soviético, en particular el tanque T34, que demostró ser eficacísimo en combate.

La pausa en las operaciones alemanas entre finales de julio y finales de agosto no fue resultado de las discusiones de Hitler y el OKH sobre si la siguiente ofensiva debía apuntar a Moscú o a Leningrado y Kiev. En vez de ello, los alemanes se detuvieron porque no podían transportar munición y carburante a la vanguardia, a lo cual se sumó el efecto de la movilización soviética. Tal como señaló Halder, las reservas soviéticas andaban desesperadamente escasas de material, carecían de oficiales y suboficiales con experiencia y sus conocimientos tácticos eran elementales, pero proporcionaron los efectivos humanos necesarios para una serie de contraataques que ahora caían sobre la vanguardia alemana. A principios de agosto, Timoshenko, que mandaba las fuerzas soviéticas en el centro, lanzó cuatro de estos ejércitos de reserva (unas 37 divisiones) en una serie de ataques que golpearon el flanco sur de Guderian. Estas ofensivas no estaban coordinadas y sólo pusieron dificultades locales. Pero obligaron a los alemanes a luchar y agotaron las reservas de munición y carburante que necesitaban para reanudar su avance.

Cuanto más lejos intentaban llegar los alemanes, más aumentaban las dificultades con el aprovisionamiento. Los camiones civiles, robados en la Europa occidental, se desintegraban en las primitivas carreteras soviéticas. Antes de que transcurrieran 19 días desde el comienzo de la campaña, la Wehrmacht había perdido el 25 por ciento de estos vehículos y las probabilidades de reemplazarlos eran escasas. Los alemanes albergaban la esperanza de remediar el problema del aprovisionamiento reparando rápidamente los ferrocarriles soviéticos y adaptándolos al ancho de vía estándar de Europa. Pero este plan conllevaba dos problemas importantes. En primer lugar, las unidades mecanizadas habían avanzado por las carreteras soviéticas en vez de emplear los ferrocarriles y a menudo habían dejado las vías en manos de las fuerzas soviéticas. Además, el trabajo de reparación y conversión resultó más difícil de lo esperado. Ya el 29 de junio la Luftwaffe

tuvo que llevar carburante para el 4º grupo blindado. Los trenes de aprovisionamiento del Grupo de Ejércitos del Norte disponían de tres horas para descargar en el punto donde el ancho de vía alemán daba paso al soviético, pero tardaban 80 horas en hacer el trabajo. Esto causó un atasco de tráfico que los observadores calificaron de catastrófico. Las dificultades de las puntas de lanza del Grupo de Ejércitos del Norte se veían exacerbadas por el hecho de que sus líneas de comunicaciones (más de 640 kilómetros) seguían expuestas a los ataques. A finales de julio, las existencias de munición de las divisiones y los cuerpos habían quedado reducidas al 50 por ciento de los niveles normales y seguían disminuyendo.

No era mejor la situación del Grupo de Ejércitos del Sur. Las condiciones meteorológicas que encontraron las tropas de Rundstedt eran terribles: rachas de sol abrasador y polvo iban seguidas de chaparrones torrenciales. El 17 de julio la mitad de los camiones del Grupo de Ejércitos del Sur ya eran inservibles. Entre las unidades se producían fuertes discusiones debido al secuestro de trenes y pertrechos. El 1 de agosto, a una semana del previsto avance Dniéper abajo, las unidades de vanguardia de Rundstedt tenían entre una sexta y una séptima parte de su carga básica de munición. Igualmente mala era la situación del Grupo de Ejércitos del Centro. A principios de julio las divisiones blindadas de Bock perdían tanques porque el sistema de aprovisionamiento no podía proporcionar piezas. Los combates para cerrar y destruir la bolsa de Smolensko ocasionaron gran gasto de munición, a la vez que los fuertes contraataques de los ejércitos de reserva soviéticos agravaron la escasez de munición. Fue necesario reducir el suministro de carburante con el fin de traer más munición. Por tanto, el Grupo de Ejércitos del Centro sólo pudo formar unos cuantos depósitos de munición para una nueva ofensiva; las unidades de primera línea gastaban la munición tan rápidamente como la recibían y la tropa vivía de la tierra. A finales de julio todos los trenes que transportaban pertrechos para el Grupo de Ejércitos del Sur fueron asignados al 3º grupo blindado para su ofensiva hacia el interior de Ucrania (que aún estaba muy por debajo de las expectativas), a la vez que los camiones del 9º ejército tenían que recorrer más de 480 kilómetros para llegar a los depósitos de la frontera. La formación de reservas de carburante para reanudar el

avance hacia Moscú no llegó a empezarse siquiera.

También la Luftwaffe tenía problemas de abastecimiento. A mediados de julio, sus unidades padecían una grave escasez de carburante y munición. El 5 de julio el Fliegerkorps VIII comunicó que se estaba quedando sin carburante pese a que ya había reducido sus operaciones. Su comandante, el Generaloberst Wolfram von Richthofen, señaló que «el abastecimiento es para nosotros la mayor dificultad en ésta [campaña]».[2]

[2] A

medida que las fuerzas de tierra se desplegaron por el teatro de operaciones, crecieron las peticiones de apoyo aéreo, lo cual obligó a mandar las unidades de la Luftwaffe de un grupo de ejércitos a otro. Estos cambios incrementaron la tensión que soportaba el sistema de abastecimiento y estuvieron a punto de provocar su interrupción total a finales del otoño de 1941. Para entonces las tasas de disponibilidad operacional correspondientes a los escuadrones de bombarderos en toda la Luftwaffe habían descendido hasta ser inferiores al 50 por ciento, y siguieron bajando hasta quedar en un 32 por ciento en diciembre.

En vista de todas estas dificultades, los alemanes analizaron detenidamente sus opciones. A finales de julio Hitler dejó claro que sus objetivos estratégicos seguían siendo los mismos. La Wehrmacht debía eliminar Leningrado y las fuerzas soviéticas en el Báltico como factores militares y también había que conquistar Ucrania y la cuenca del Donets con sus respectivas reservas de carbón. Hitler no acababa de decidirse por uno u otro de estos dos objetivos fundamentales de la campaña. Su fijación con Leningrado y Ucrania induce a pensar que no estaba seguro de que la Wehrmacht pudiera alcanzar la victoria antes del invierno. Al mismo tiempo, el OKH y los comandantes de primera línea seguían instando a avanzar sobre Moscú porque creían que serviría para ganar la guerra, aunque ninguna prueba concreta respaldaba las afirmaciones que hicieron entonces y después de la contienda.

A principios de agosto Hitler visitó el Grupo de Ejércitos del Centro para conferenciar con Bock, Guderian y Hoth. Expresó su asombro por lo bien que habían ido las operaciones, habida cuenta de la inesperada fuerza del Ejército Rojo, y reconoció que el Grupo de Ejércitos del Norte tal vez no necesitaría apoyo desde el centro.

De todos modos, volvió a insistir en que Ucrania y la cuenca del Donets eran esenciales para la economía de la Unión Soviética. Un hecho interesante es que previo que la lluvia obligaría a interrumpir las operaciones a gran escala en el sur a mediados de septiembre y enfrente del Grupo de Ejércitos del Centro antes de octubre. A pesar de la falta de interés del *Führer* por Moscú, Bock recalcó que sólo la capital ofrecía la posibilidad de obtener una victoria decisiva, pero hizo hincapié en que tal victoria requeriría incrementar el apoyo logístico. Los argumentos de esta clase eran puramente teóricos porque la situación logística seguía siendo problemática; sólo el grupo blindado de Guderian tenía cierto margen para emprender operaciones ofensivas.

Al final, sin embargo, Hitler decidió atacar Ucrania pese a que el OKH y el OKW estaban de acuerdo (una de las pocas veces que así fue durante la guerra) en que las fuerzas alemanas debían concentrarse en Moscú. Hitler reconoció que el Grupo de Ejércitos del Centro podía lanzar una ofensiva contra Moscú antes del invierno, pero sólo después de que las fuerzas nazis hubieran cerrado Ucrania y creado las condiciones previas para tomar Leningrado.

No es extraño que el avance alemán en agosto fuese mínimo. En el norte las fuerzas de Leeb aflojaron la marcha hasta avanzar a paso de tortuga; aunque habían hecho un promedio de 27 kilómetros diarios antes del 10 de julio, el promedio era ahora de menos de dos kilómetros. Hoepner arguyo que el 4º grupo blindado debía retirarse del terreno poco apropiado para los tanques que había enfrente de Leningrado (apenas a 112 kilómetros de distancia) y dejar que las divisiones de infantería se encargaran de tomar la ciudad.

Los combates más intensos fueron los que sostuvo el Grupo de Ejércitos del Centro. A mediados de julio Guderian había tomado el terreno elevado alrededor de Yelnaya como base de las operaciones contra Moscú. A finales de julio y en agosto no menos de seis ejércitos soviéticos contraatacaron las posiciones de Yelnaya y Smolensko, al tiempo que otros once ejércitos atacaban a las fuerzas del Grupo de Ejércitos del Centro desde Velkie Luki en el norte hasta Gomel en el sur. A pesar del interés de Hitler por Ucrania, Guderian y sus superiores arguyeron que las tropas alemanas debían

defender Yelnaya por razones de prestigio. Los ataques soviéticos, a menudo mal ejecutados, cayeron con ferocidad sobre las tropas en el saliente de Yelnaya; unidades motorizadas y de las Waffen SS del grupo blindado de Guderian lucharon sin ceder terreno hasta que a comienzos de agosto llegaron las divisiones de infantería del 4º ejército.

Desde que empezara la guerra los alemanes no habían experimentado condiciones como las de esta batalla. Por ejemplo, con unas defensas que carecían de profundidad, la 78ª división defendió un frente de 18 kilómetros sin reservas y con las posiciones soviéticas directamente encima de sus tropas. Debido a ello, las bajas fueron numerosas. En un período de cuatro días, la división perdió 400 hombres sólo en el intento de defender su línea; durante todo el tiempo que pasó en el saliente fue objeto de un constante bombardeo de artillería. Cuando los alemanes abandonaron Yelnaya a principios de septiembre, la batalla había destruido cinco divisiones de infantería. Después de la guerra, el mariscal Georgy Zhukov afirmó que las bajas alemanas habían sido entre 45 000 y 47 000 hombres, cálculo que era correcto.

El 1 de septiembre los alemanes ya habían sufrido 409 998 bajas en el frente oriental, de los 3780 000 soldados disponibles al empezar la campaña. Incluso con los reemplazos, las unidades de combate tenían 200 000 soldados menos de los que necesitaban. Más alarmante era el hecho de que el OKH ya hubiera distribuido 21 divisiones de su reserva inicial de 24 para reforzar los grupos de ejércitos; prácticamente no quedaban reservas. El estado de los vehículos y de las unidades mecanizadas no era menos alarmante. Sólo el 47 por ciento de los blindados se hallaban en condiciones de entrar en servicio; el resto había sido destruido, inutilizado o necesitaba reparaciones y mantenimiento.

En agosto Kleist bajó con el 1º grupo blindado por la margen derecha del Dniéper al este de Kiev. Esta maniobra creó una situación peligrosa para el frente sudoccidental soviético cuya gravedad fue en aumento cuando las fuerzas alemanas avanzaron hacia el interior de la curva del Dniéper y el grupo blindado de Guderian trasladó su peso contra Gomel. Kiev misma resistió, pero más al este los alemanes apretaron ambos lados del saliente, que era cada vez mayor. Ya a finales de julio Zhukov había recomendado a

Stalin que ordenara la retirada; el dictador se negó y relevó a Zhukov de su puesto de jefe del estado mayor. La mano de Stalin siguió apoyada con firmeza en el timón. Las tropas soviéticas del sur permanecerían y lucharían donde estaban.

Las dudas, por no decir desesperación, de los últimos días de junio desaparecieron al emprenderse una ofensiva implacable en pos de la supervivencia. A mediados de julio Stalin había vuelto a imponer el sistema de comisarios a la oficialidad. No obstante, las mismas deficiencias que habían contribuido a las primeras derrotas soviéticas seguían impregnando el sistema. En el lejano norte decenas de miles de habitantes de Leningrado cavaban zanjas para proteger la ciudad de los tanques, pero las autoridades soviéticas se negaban a evacuar a los ancianos y los niños o a hacer acopio de provisiones para el asedio. Estas medidas hubieran sugerido la posibilidad de que el frente no aguantase y podían llevar directamente ante el piquete de ejecución. Ni los soldados ni los ciudadanos de cualquier edad podían librarse de las amenazas draconianas del sistema soviético.

KIEV Y MOSCÚ

A finales de agosto Guderian limpió de fuerzas soviéticas las cercanías de Gomel y avanzó hacia Ucrania. A principios de septiembre los alemanes habían mejorado el ferrocarril hasta Gomel, que proporcionaba una línea logística de crucial importancia para la ofensiva de Guderian. Al avanzar hacia el sur, el 2º grupo blindado expuso su flanco izquierdo a un contraataque soviético. Sin embargo, creyendo que el ataque alemán iría dirigido contra Moscú, los soviéticos no hicieron nada contra su flanco sur y con ello facilitaron el avance de Guderian. El 2º grupo blindado se dirigió ahora hacia el sur. El 26 de agosto, la 3ª división blindada tomó una cabeza de puente sobre el Desna en Novgorod Seversky; los alemanes habían penetrado en los frentes del sudoeste y Briansk. Las fuerzas de Guderian arremetían en Romny, mientras Kleist cruzaba el Dniéper en Kremenchug. La *Stavka* quedó paralizada. Ordenó al general A. I. Yeremenko que atacase a las fuerzas de Guderian desde el flanco; aún albergaba la esperanza de que

contraatacar en Kremenchug obligaría a los alemanes a volver a la otra orilla del Dniéper mientras Kirponos defendía Kiev. A pesar de las advertencias de los comandantes que estaban allí y también del comisario de Ucrania, Nikita Jruschov, Stalin se negó a autorizar una retirada.

El 15 de septiembre las puntas de lanza del 1º y 2º grupo blindado se encontraron cerca de Lochvica, 160 kilómetros al este de Kiev. Los blindados rodearon y destruyeron cuatro ejércitos soviéticos (el 5º, el
21°,
el
26°
y el
37°).
A finales de septiembre los alemanes ya podían afirmar que habían hecho 665 000 prisioneros desde la toma de Gomel. Asimismo, entre los restos encontraron 824 tanques, 3018 piezas de artillería y 418 cañones antitanque.

Por asombroso que parezca, los alemanes no habían desechado la idea de tomar Moscú. La victoria de Kiev había cumplido con una de las condiciones previas para reanudar el avance del Grupo de Ejércitos del Centro. Mientras tanto, en el norte, las fuerzas de Leeb cumplieron con la otra condición previa. A comienzos de septiembre los alemanes ya habían expulsado a los soviéticos de Estonia mientras el
18°
ejército se abría paso luchando hacia Tijvin y unidades blindadas y motorizadas combatían para llegar a los barrios periféricos de Leningrado. La toma de Schlüsselburg a orillas del lago Ladoga cortó las comunicaciones ferroviarias y por carretera entre Leningrado y el resto de la Unión Soviética. Hitler ordenó al Grupo de Ejércitos del Norte que rodease la ciudad, rindiera por hambre a sus habitantes y destruyese todos los edificios mediante masivos bombardeos de artillería y aviación. Pero por orden del *Führer* las tropas alemanas no debían penetrar luchando en la ciudad. El asedio de Leningrado había empezado.

Mientras hervía el caldero de Kiev, el OKH y el OKW concentraron de nuevo su atención en Moscú y reanudaron la

ofensiva en el centro. El principal impulsor de los planes y de su ejecución fue Halder, que persuadió a Hitler a embarcarse en este esfuerzo decisivo por derrotar al Ejército Rojo. El jefe del estado mayor general creía que después de que las tropas alemanas tomaran Moscú, la Unión Soviética se vendría abajo, lo cual eliminaría los problemas estratégicos, operacionales y logísticos de la Wehrmacht. Al igual que Schlieffen había buscado una victoria decisiva sobre Francia antes de 1914, Halder pretendía librar una batalla de aniquilamiento frente a Moscú, otra Cannas que dejase a la Unión Soviética fuera de combate permanentemente y pusiera fin a la amenaza de un conflicto en dos frentes.

Mientras el Grupo de Ejércitos del Sur destruía las fuerzas soviéticas en Ucrania, el Grupo de Ejércitos del Norte se acercaba a Leningrado. Zhukov había llegado a la ciudad el 13 de septiembre para restaurar el orden en una situación que se estaba derrumbando, pero no pudo impedir que la infantería de Leeb rodease Leningrado. Antes de finalizar septiembre, el 18° ejército había llegado al lago Ladoga y prácticamente había aislado Leningrado del resto de la Unión Soviética. Con todo, a estas alturas Hitler había retirado el 4º grupo blindado y la mayoría de sus unidades del norte para reforzar el ataque contra Moscú. Además, el *Führer* sacó la conclusión de que un ataque directo contra la ciudad sería demasiado costoso, así que ordenó detener el avance mientras la artillería y la Luftwaffe destruían la ciudad con sus bombardeos.

La situación en la ciudad era desesperada. Temiendo que las acusaran de derrotismo, las autoridades locales no habían hecho acopio de alimentos ni de combustible para un asedio. Tampoco se habían tomado la molestia de evacuar a los ancianos y los niños. Quedaba todavía una vía de abastecimiento a través del lago Ladoga, pero incluso ésta quedó cortada con la pérdida de Tijvin el 8 de noviembre. Así pues, Leningrado permaneció completamente aislada durante todo un mes hasta que los soviéticos lograron reconquistar Tijvin a principios de diciembre. Esta victoria permitió a los soviéticos establecer una tenue línea de abastecimiento a través del lago Ladoga y llevar un mínimo de provisiones a la ciudad hambrienta. Más de un millón de ciudadanos de Leningrado morirían durante el asedio causa de las bombas de la artillería y la

aviación alemanas, del hambre, de las enfermedades y del frío. Fueron víctimas de la agresión nazi y de la incompetencia soviética.

El 6 de septiembre, Hitler y el OKW dieron a conocer una nueva directriz que mostraba su acuerdo con la importancia que daba Halder a un ataque contra Moscú. Una vez llevadas a buen término las operaciones en los flancos, partes de los ejércitos 2º y 6º quedarían bajo el control del Grupo de Ejércitos del Centro, mientras la totalidad del 2º grupo blindado volvería a quedar bajo Bock. El desplazamiento hacia el centro fue acentuado: no sólo volvió el 2º grupo blindado, sino que un cuerpo de ejército integrado por cuatro divisiones de infantería y un cuerpo blindado compuesto por dos divisiones panzer y dos divisiones de infantería motorizada se trasladaron al norte para apoyar a Guderian. Por su parte, el Grupo de Ejércitos del Norte perdió el cuarto grupo blindado con cinco divisiones blindadas y dos de infantería motorizada. En total, la ofensiva lanzaría tres grupos blindados contra Moscú a principios de octubre. Estos tres grupos representaban el grueso de las fuerzas mecanizadas de la Wehrmacht.

Tres problemas graves deberían haber suscitado dudas sobre la conveniencia de emprender otra ofensiva a gran escala: lo avanzado de la estación, la falta general de pertrechos y las numerosas pérdidas que desde junio habían sufrido las divisiones mecanizadas y motorizadas. El abastecimiento había mejorado poco desde julio. Tal como el comandante del
14°
ejército comunicó a mediados de septiembre: «En este momento [el sistema de abastecimiento satisface] el consumo actual solamente. Hasta ahora el sistema de transporte no ha permitido la creación de depósitos suficientemente grandes para que las tropas puedan recibir lo que necesitan de acuerdo con la situación táctica. El ejército vive al día, especialmente en lo que se refiere al carburante».[23] Pero lo más alarmante era la preparación de los blindados para entrar en acción. Las divisiones blindadas ya habían dado por perdido el 30 por ciento de sus tanques; otro 23 por ciento se encontraba en los talleres de reparaciones. Más de la mitad de las divisiones blindadas asignadas a la ofensiva del Grupo de Ejércitos del Centro disponía de menos del 35 por ciento de sus vehículos de

combate. Los esfuerzos hercúleos de Halder y los servicios de abastecimiento sólo lograron aumentar ese total en otro 10 por ciento antes de que comenzara la ofensiva.

Hitler marcó la pauta para el avance sobre Moscú (la operación Tifón) al exigir a las tropas atacantes que pusieran fin a 25 años de bolchevismo en Rusia: un sistema de gobierno, según afirmó, al que sólo igualaba la plutocracia capitalista. «El sostén de estos sistemas es también el mismo en ambos casos: el judío y sólo el judío.»[24]

La pausa que hicieron los alemanes en agosto y los ataques contra los flancos en septiembre habían adormecido a la *Stavka* . En vista de que el año estaba muy avanzado y no tardaría en llegar el mal tiempo, parecía inconcebible que los alemanes quisieran lanzar otra ofensiva. Distraídos por el desastre de Kiev y el aislamiento de Leningrado, a los soviéticos les pasó por alto el traslado de fuerzas alemanas al centro. Además, el Ejército Rojo estaba atacando en el centro desde finales de julio y había hecho pocos preparativos para la defensa. Finalmente, los soviéticos habían desplegado sus fuerzas en todo el frente y tenían pocas reservas.

Guderian volvió del Grupo de Ejércitos del Sur y empezó su avance con dos días de anticipación para alcanzar la carretera de Orel a Briansk. Debido a la situación de riesgo que existía en el sur, el ataque del 2º grupo blindado fue totalmente inesperado. El 1 de octubre el XXIV cuerpo blindado tomó Sevsk. A pesar de las dificultades relacionadas con el carburante, los blindados aprovecharon su ventaja; en total, el cuerpo blindado avanzó 136 kilómetros y pico aquel día. El 3 de octubre, la 4ª división blindada llegó a Orel y cogió a los soviéticos por sorpresa. Tanto es así que los tranvías aún circulaban por las calles cuando entraron los tanques alemanes. El 2 de octubre, los otros dos grupos blindados se abrieron paso a cañonazos hasta salir a terreno abierto. El 6 de octubre, Briansk ya había caído y los soviéticos habían perdido el control de todo el frente central.

El avance alemán fue tan rápido e inesperado que Moscú se enteró del desastre por un discurso que Hitler pronunció en Berlín anunciando el principio de la ofensiva final. La única noticia de que algo iba mal que recibió la *Stavka* decía que se habían cortado las comunicaciones entre Moscú y las fuerzas que se enfrentaban al

Grupo de Ejércitos del Centro. El 5 de octubre, los pilotos de reconocimiento soviéticos informaron de que una columna de blindados alemanes de 25 kilómetros de largo avanzaba por la gran carretera que iba de Smolensko a Moscú. A pesar de que la NKVD trató de arrestar a los pilotos por sembrar el pánico, su informe alertó a las autoridades de la magnitud del peligro.

La operación Tifón rasgó la línea del frente desde Briansk hasta Viazma y cercó a dos enormes grupos de ejércitos soviéticos. En el norte, alrededor de Viazma, los alemanes habían derrotado a los ejércitos soviéticos
19°,
24°
y
32°;
en el sur, el 3º, el
13°
y el
15°
también fueron a parar a los campos alemanes de prisioneros de guerra. Los alemanes hicieron otros 600 000 prisioneros. Varios miles de soldados soviéticos lograron escapar; algunos se unieron a los partisanos, pero decenas de miles murieron en los combates con las tropas alemanas rodeadas. El número total de prisioneros es una indicación de la inmensidad de la derrota. Por segunda vez en un mes, una catástrofe había sorprendido al Ejército Rojo. Tan grande fue el botín de material que el Ministerio de Propaganda de Goebbels anunció el fin de la guerra en el este. Sin embargo, a pesar de las catástrofes, la situación de los soviéticos aún no era desesperada. Los alemanes habían empezado la operación Tifón con un mínimo de pertrechos; su avance se hizo mucho más lento con la llegada de las lluvias de otoño a mediados de octubre y el apoyo de la Luftwaffe cesó casi por completo. El interrogante sobre si el avance debía continuar pese a las dificultades logísticas y la proximidad del invierno ruso raras veces afloró a la superficie en las conversaciones de alto nivel entre los jefes alemanes. De los militares de alta graduación que formaban parte del Grupo de Ejércitos del Centro sólo el mariscal de campo Günther von Kluge, comandante del 4º ejército, parecía haber reconocido el peligro. Su

diario de guerra registraba que las operaciones en Rusia habían llegado a un punto crítico «dado que las tropas por una parte sin ropa de invierno y por otra parte enfrentadas a adversarios imposibles y tenaces que defienden las carreteras encontraban el avance extraordinariamente difícil».25 El agotamiento de las fuerzas blindadas después de las batallas de Uriansk y Viazma añadió énfasis a las palabras de Von Kluge. La 10ª división blindada, que tenía 200 tanques el 10 de octubre, tenía sólo 60 el día 16; la 4ª división blindada tenía sólo 38. Llegaron entonces las lluvias de otoño y las carreteras y caminos se convirtieron en mares de barro pegajoso.

Al detenerse el avance alemán, los soviéticos se esforzaron por reconstruir las defensas enfrente de Moscú. La *Stavka* se apresuró a ordenar a Zhukov que abandonara Leningrado para hacerse cargo de la defensa. Es posible que Zhukov fuese el más grande de los comandantes operacionales de la guerra. Sin duda alguna fue una de las luces que iluminaron al Ejército Rojo en el sombrío año de 1941. Suboficial en el ejército zarista y luego oficial en el Ejército Rojo durante la guerra civil rusa, Zhukov había ascendido rápidamente en el período de entreguerras. No sirvió en el estado mayor general, lo que tal vez le salvó la vida durante las purgas. Su victoria sobre los japoneses en JaljinGol en septiembre de 1939 había añadido más brillo a su reputación, igual que su actuación en los cruciales simulacros de combate que Stalin había observado atentamente en enero de 1941.

Al empezar la guerra, Zhukov era jefe de la *Stavka* , pero el cargo no era apropiado para su temperamento. Sus lúcidos consejos le valieron el retorno al frente en julio, señal segura de que Stalin tenía una excelente opinión de él, si tenemos en cuenta el trato que el dictador solía dispensar a aquéllos con quienes no estaba de acuerdo. Zhukov era implacable y severo con sus subordinados y se ganó la enemistad profunda de la mayoría de sus colegas. Pero era hombre de enorme competencia, valeroso y tenía la inteligencia suficiente para comprender lo que era posible. A veces cometía errores, pero decía libre y claramente lo que pensaba cuando hablaba de asuntos militares. Cuando volvió a Moscú a mediados de octubre, Zhukov había restaurado la situación en Leningrado de tal manera que ahora cabía albergar cierta esperanza de defender la

ciudad. La situación con que se encontró entonces, con la operación Tifón en plena marcha, parecía aún más desesperada. Pocas reservas quedaban después del despilfarro del verano. Con todo, algo quedaba: infantería arrancada de otras fronteras, los últimos reclutas de 1941, las milicias obreras de Moscú y los primeros hombres llegados de Siberia. Zhukov se puso a trabajar con estas unidades para formar reservas y lanzar un contraataque cuando los alemanes se hubieran agotado.

Los alemanes seguían sin apenas hacer preparativos para el invierno. Los encargados de trazar los planes aún daban por sentado que la mayoría de las divisiones volverían al Reich antes de que llegaran los crudos fríos. Sólo 58 divisiones se quedarían para administrar el país conquistado. Pero el sistema de aprovisionamiento, que a duras penas pudo hacer acopio de pertrechos para la operación Tifón, no pudo, en la estación del barro, proporcionar carburante y municiones suficientes para el avance. Aún más peligrosa sería la imposibilidad de que los carburantes y la ropa apropiados para el invierno llegaran a las 58 divisiones que debían quedarse en la Rusia europea, y mucho menos a las otras divisiones, en el caso de que los soviéticos no se derrumbaran. Además, los alemanes no pudieron acumular pertrechos detrás del frente para contrarrestar las inevitables dificultades que el invierno ruso causaría al sistema de transporte. No obstante, el avance sobre Moscú continuó. Los generales creían que sería mejor pasar el invierno en Moscú que en el campo. Los servicios de inteligencia subestimaron otra vez a los soviéticos y afirmaron que las victorias recientes habían agotado finalmente las reservas del enemigo. Bock sacó la conclusión de que «ahora los alemanes podían permitirse correr riesgos».[26] Al hablar con los jefes de los estados mayores de los diversos grupos de ejércitos a mediados de noviembre, Halder expresó la esperanza de que no nevase hasta transcurridas otras seis semanas, lo cual permitiría a las tropas llegar a Vologda, Stalingrado y Maikop. Sus interlocutores, que conocían mejor las condiciones del frente del este, no eran tan optimistas. El representante de Guderian incluso sugirió a Halder que el 2º ejército blindado no estaba «ni en el mes de mayo ni en Francia».[27] Moscú tenía hipnotizados tanto a Halder como a Bock, aunque este último no suscribía la idea de llevar a

cabo las operaciones de gran alcance más allá de Moscú que estaban planeando tanto el OKH como el OKW. Los generales de mayor categoría se referían constantemente al fracaso del Marne en 1914 para justificar la necesidad de luchar hasta el último batallón.

Con los fríos de noviembre, los alemanes pudieron reanudar su avance sobre terreno helado. El 2º ejército blindado (rebautizado hacía poco) encontró una resistencia sorprendentemente débil, y uno de sus cuerpos blindados avanzó 40 kilómetros en un solo día. Sin embargo, el 4º ejército tropezó con una resistencia soviética tan fuerte que su comandante, Kluger, sugirió la conveniencia de replegarse hasta una línea defensiva mejor. En otras partes, el avance fue muy lento. Los grupos blindados 3º y 4º dejaron atrás Klin y abrieron una brecha de 43 kilómetros en las defensas soviéticas. Pero no había efectivos suficientes para alcanzar otra victoria del calibre de la de Briansk o la de Viazma.

Mientras Bock afrontaba una situación cada vez más peligrosa a medida que sus tropas avanzaban trabajosamente bajo un tiempo que iba empeorando, el OKH y el OKW arguyeron que Moscú representaba sólo un paso preliminar en un avance sobre Voronezh y Yaroslav más al este. El 3 de diciembre Bock dijo a Jodl que sus tropas estaban agotadas y sus pertrechos eran inexistentes, pero que continuaba atacando «“a sangre y fuego”… porque llevar la iniciativa era preferible a ponerse a la defensiva con fuerzas debilitadas en posiciones expuestas».[28] Las temperaturas ya estaban bajo cero mientras copiosas nevadas acompañaban al intenso frío. Durante la noche del 4 de diciembre, la temperatura descendió hasta más de

30° C

bajo cero; un regimiento alemán sufrió 300 bajas por congelación y varios de los heridos murieron a causa de ella. Una retirada quizá hubiera salvado algo. Desde luego, los alemanes hubieran podido retirarse a líneas más defendibles. Pero ni Bock ni Brauchitsch ni Halder se atrevieron a sugerirle una retirada a Hitler. Rundstedt mostró más carácter. Sus tropas tomaron Rostov el 29 de noviembre, pero se encontraban expuestas, con escasos pertrechos y en franca inferioridad numérica. Por consiguiente, ordenó a Kleist que se replegara hasta el río Mius. Hitler destituyó inmediatamente a Rundstedt y puso en su lugar a Reichenau, que volvió a dar las

mismas órdenes. A resultas de ello, el Grupo de Ejércitos del Sur se libró de algunas de las dificultades que atormentarían al Grupo de Ejércitos del Centro en los meses siguientes.

Mientras las fuerzas nazis y soviéticas luchaban hasta el agotamiento en las últimas semanas de 1941, el Pacífico se desbordaba. Aviones japoneses atacaron Pearl Harbor el 7 de diciembre. Antes de que transcurrieran tres días, Hitler había tomado la decisión que decidiría irrevocablemente la suerte del Tercer Reich: declaró la guerra a Estados Unidos. Su decisión fue fruto de varios errores de percepción. Por un lado, veía a Estados Unidos como una mezcla híbrida de razas. A pesar de ello, durante el verano de 1941 Hitler se había mostrado un tanto reacio a responder a las provocaciones navales de Estados Unidos en el Atlántico Norte y su apoyo a Gran Bretaña con el programa de Préstamo y Arriendo, en virtud del cual los norteamericanos prestaron ayuda masiva a los ingleses y más adelante a la Unión Soviética. Con todo, la Kriegsmarine trató de persuadir al *Führer* para declararse a Estados Unidos, y el 9 de julio llegó al extremo de sugerir que la ocupación norteamericana de Islandia exigía un «asalto armado inmediato contra todos los barcos estadounidenses dentro de una zona de guerra proclamada públicamente».[29]

Pero a comienzos de diciembre de 1941 la decisión dependió más de acontecimientos militares que de cálculos estratégicos. Las cosas iban mal en Rusia: los alemanes habían abandonado Rostov, Hitler había destituido a Rundstedt, la suerte del Grupo de Ejércitos del Centro pendía de un hilo y el Grupo de Ejércitos del Norte se veía sometido a gran presión. Ni siquiera en el norte de África iba bien la guerra. En medio del pesimismo llegó la noticia de que los japoneses se habían apuntado una clamorosa victoria militar contra los norteamericanos. Y Estados Unidos representaba un blanco contra el que la Alemania nazi podía disparar con algunas perspectivas de acertar; al menos eso es lo que prometió la Kriegsmarine con sus submarinos. El cálculo de Hitler también se basó en la explicación nazi de la derrota de Alemania en 1918: el ejército alemán se encontraba supuestamente imbatido e intacto en el campo de batalla pero había sido traicionado por los judíos y los comunistas. La llegada de dos millones de soldados norteamericanos y el apoyo económico de Estados Unidos a los aliados en 1918 no

habían figurado en la explicación alemana de la derrota, y este empeño alemán en subestimar la fuerza de Estados Unidos sería la perdición de Hitler.

En cuanto a evaluaciones estratégicas, no se hizo ninguna. La Kriegsmarine pensaba que una declaración de guerra era una buena idea; al ejército y a la Luftwaffe les tenía sin cuidado. Mientras su estado mayor celebraba la noticia de Pearl Harbor, Hitler preguntó con indiferencia dónde estaba Pearl Harbor. Nadie lo sabía. Declarar la guerra a Estados Unidos fue uno de los errores más graves que cometió Hitler. Permitió a Roosevelt presentar a los alemanes y los japoneses como un enemigo unido. Como mínimo, permitió a Estados Unidos seguir una estrategia basada en «Alemania Primero» que, antes de que transcurriese un año, haría que numerosas fuerzas estadounidenses, tanto aéreas como de tierra, llegaran a Europa.

LA CAMPAÑA DE INVIERNO

El 5 de diciembre, fuerzas soviéticas pasaron a la ofensiva enfrente de Moscú en condiciones horrorosas: nieve, vientos fuertes y temperaturas bajo cero. El contraataque de Zhukov golpeó a los alemanes justo cuando acababan de quedar agotados. Los atacantes eran más fuertes de lo que habían sido en Briansk y Viazma a comienzos de octubre, a la vez que tanto sus fuerzas aéreas como de tierra estaban cerca de sus depósitos de aprovisionamiento.

Pero había deficiencias. El mando y el control soviéticos seguían siendo primitivos. Por consiguiente, Zhukov recomendó objetivos limitados que a corto plazo paralizasen al Grupo de Ejércitos del Centro y tal vez destruyeran una parte del mismo antes de la primavera. Pero Stalin creía que, como en 1812, la victoria total —la destrucción de un ejército invasor europeo— estaba cerca. Por tanto, al empezar la ofensiva, cuando los alemanes eran más vulnerables, retuvo las reservas y envió fuerzas soviéticas a todos los frentes desde Crimea hasta Leningrado, en vez de concentrar el esfuerzo contra las fuerzas expuestas del Grupo de Ejércitos del Centro. En el sur, los desembarcos soviéticos en la península de Kerch aliviaron la presión que soportaba Sebastopol, pero los

alemanes mantuvieron su dominio en Crimea y en todo el campo de operaciones del Grupo de Ejércitos del Sur. En el norte, los ataques soviéticos obligaron a los alemanes a salir de Tijvin, lo que permitió transportar pertrechos a Leningrado a través del lago Ladoga, que estaba helado. Pero la ciudad había agotado sus provisiones y el hambre asolaba sus calles. Y aunque el apoyo a Leningrado era una necesidad política, los ataques contra el Grupo de Ejércitos del Sur fueron un derroche de hombres y material y subrayaron el error que había cometido Stalin al sobreestimar las capacidades del Ejército Rojo.

No obstante, los soviéticos estuvieron a punto de aplastar al Grupo de Ejércitos del Centro y destruir como mínimo uno, cuando no varios, de los ejércitos alemanes. Las brechas más peligrosas se abrieron en los flancos. El 10 de diciembre los soviéticos ya habían cortado la carretera más allá de Klin, la principal ruta de escape del 3º grupo blindado. El diario de guerra del grupo describe la situación en los términos siguientes: «Se está derrumbando la disciplina. Más y más soldados se dirigen al oeste a pie y sin armas, llevando un ternero atado con una cuerda o tirando de un trineo cargado de patatas. Los ataques aéreos contra la carretera son constantes. Ya no se entierran las víctimas de las bombas. Todos los parásitos (cargadores, personal de la Luftwaffe, tropas de intendencia) huyen a la retaguardia. Sin raciones, muertos de frío, retroceden. Las dotaciones de vehículos que no quieren esperar en terreno abierto hasta que se disuelvan los atascos salen de la carretera y se meten en las aldeas. El hielo, las pendientes y los puentes crean obstrucciones horrendas».[30] Expuestos a temperaturas muy por debajo de cero y cegados por la nieve que levantaba el viento, la tarea de sobrevivir era una pesadilla para los soldados alemanes. El frío era tan intenso que a menudo las armas no funcionaban y los motores no se ponían en marcha.

Los grupos blindados 3º y 4º llegaron a perder el contacto y quedaron rezagados a orillas de los ríos Lama y Ruga, donde gozaron de un respiro. Pero Hitler decidió que los ejércitos alemanes debían plantarse y luchar donde estuviesen. Además, como pensaba que los generales habían fallado, Hitler destituyó a los jefes de mayor graduación del ejército en medio de un vasto y complejo conflicto militar y reemplazó prácticamente a todos los

jefes que se encontraban en el este. Brauchitsch era uno de ellos y fue substituido por el propio *Führer* como comandante en jefe del ejército. Hitler también destituyó a los demás comandantes de grupos de ejércitos, Bock y Leeb, junto con Guderian, Hoepner y varios generales más. El OKH asumió el control de las operaciones en el frente del este al tiempo que perdía el de las unidades del ejército en otros teatros de operaciones. El OKW asumió el control de las operaciones en tierra en los teatros del Mediterráneo y de Europa occidental. El ejército ya no tenía un comandante para su guerra, a la vez que la marina y la Luftwaffe hacían guerras independientes. Sólo en la mente del *Führer* encajaban las piezas de alguna alta estrategia. Y en el Tercer Reich seguía sin existir una organización que se encargara de tomar decisiones, aunque esto no quiere decir que los jefes de las fuerzas armadas hubieran pedido alguna vez que se creara una.

Mientras tanto, las dificultades del Grupo de Ejércitos del Centro iban de mal en peor. El 19 de diciembre, el LVI cuerpo blindado comunicó que sus efectivos de combate eran de 900 hombres, mientras el XLI cuerpo tenía sólo 1821 hombres preparados para combatir. El 3º grupo blindado disponía de 63 obuses ligeros y 21 pesados. El frío persistente redujo en un 50 por ciento la capacidad de aprovisionamiento del sistema, que ya era insuficiente: frecuentes y copiosas nevadas paralizaban por completo los movimientos de trenes. Durante un tiempo pareció que el ejército alemán del este fuera a correr la misma suerte que el Gran Ejército de Napoleón en 1812. El diario de Halder captó el nefasto desarrollo de los acontecimientos: «20 de diciembre: Todavía muy tenso… 29 de diciembre: *¡Un día muy malo!* … 30 de diciembre: *¡Otra vez un día difícil!* … Crisis muy grave en el 9º ejército… 31 de diciembre: *De nuevo un día arduo…* 2 de enero: Un día de combates feroces… 3 de enero: Otra escena dramática con el *Führer* , que pone en duda el valor de los generales para tomar decisiones difíciles… 8 de enero: *Día muy grave* . El avance hacia el oeste de la penetración en Sujinichi empieza a amenazar a Kluge… 11 de enero: *El día entero con el mariscal de campo Von Kluge en el cuartel general del Führer* . Ahora la situación se está volviendo realmente crítica».[3]

[1] El comandante de la 26ª división de infantería comentó sobre uno de sus regimientos: «El regimiento de infantería 78 ya no puede considerarse un regimiento. Tiene sólo 200 hombres. Los rusos han cortado sus comunicaciones. Sus radios… y ametralladoras están congeladas… los ametralladores están muertos junto a sus armas».[32]

A principios de enero las fuerzas de Zhukov habían penetrado por ambos flancos del Grupo de Ejércitos del Centro. La situación era especialmente peligrosa en los puntos donde los soviéticos avanzaron más allá de Rzhev y se dirigieron a Viazma y a las zonas de retaguardia del 3º ejército blindado, pero mientras las puntas de lanza soviéticas envolvían los flancos alemanes, los ataques frontales de los soviéticos obligaban a los alemanes a retroceder del saliente, que iba creciendo. Como si fuese Hitler, Halder dijo a Kluge que «tiene que haber un hombre capaz de arreglar las cosas aquí, si no un comandante de división, al menos algún coronel, y si no, entonces un mayor que tenga la energía y la decisión necesarias».[3]

[3] A finales de enero las fuerzas soviéticas ya atacaban Viazma desde tres puntos distintos, y el 26 de enero cortaron las líneas de abastecimiento del 4º ejército y los alemanes no pudieron abrirlas de nuevo hasta finales de mes. Pero los alemanes tenían en su poder las carreteras y los centros de abastecimiento y poco a poco recuperaron el equilibrio. Los grandes movimientos arrolladores que intentaba el Ejército Rojo estaban muy por encima de sus capacidades. A principios de marzo los alemanes habían conseguido estabilizar hasta cierto punto sus zonas de retaguardia y las primeras líneas.

En otras partes del frente del este los soviéticos no estuvieron más cerca de alcanzar grandes victorias. Los ataques contra Kerch amenazaban al 11° ejército de Manstein, pero fueron contenidos. Un ataque de gran magnitud cortó el contacto entre los ejércitos 6º y 17° del Grupo de Ejércitos del Sur y durante un tiempo pareció a punto de aislar los ejércitos blindados panzer 17º y 1º. Pero los soviéticos

nunca llegaron al Dniéper. La presión alemana contuvo el avance y acabó estrangulando las puntas de lanza, que estaban situadas de manera precaria. En el norte los soviéticos lograron algunas victorias locales. Los ataques de enero permitieron a los soviéticos aislar a dos cuerpos alemanes en Demiansk y una bolsa más pequeña en Cholm. A pesar de sufrir numerosas pérdidas, la Luftwaffe abasteció ambos cercos desde el aire. Sus pérdidas fueron exorbitadamente elevadas en estas operaciones de socorro. En mayo, cuando los alemanes rompieron el cerco, la Luftwaffe había perdido 265 aviones de transporte, el 30 por ciento de su flota de aparatos Ju52.

Un peligroso avance soviético al norte de Novgorod en enero ganó todavía menos. Se detuvo detrás de las líneas alemanas, porque los atacantes no pudieron expulsar a los nazis de las carreteras cruciales para el reaprovisionamiento. En lugar de reducir sus pérdidas, la *Stavka* hizo que el fracaso fuera mayor y perdió la totalidad del 2º ejército de choque y a su comandante, el teniente general A. A. Vlasov, cuando las lluvias de primavera transformaron el terreno en un barrizal. Los fracasos soviéticos fueron resultado directo de la injerencia de Stalin, del mismo modo que la causa de las terribles derrotas del verano y el otoño de 1941 había sido su incompetencia como jefe militar. Al perseguir la victoria en todas partes, privó a sus ejércitos de la oportunidad de derrotar al Grupo de Ejércitos del Centro.

Así pues, los alemanes se libraron de una derrota total, pero los generales alemanes fueron tan responsables como Hitler del fracaso militar enfrente de Moscú. Hay que reconocer que el *Führer* había fijado objetivos imposibles, pero los generales habían perseguido sin apenas murmurar una victoria decisiva que había eludido a sus predecesores en el Marne. Con todo, ante la amenaza de un desastre durante el invierno, Hitler aportó la ciega determinación que evitó que la derrota se convirtiera en derrumbamiento. El triunfo de su voluntad hizo que el Tercer Reich arrastrara a gran parte de Europa hacia el abismo de otros tres largos años de guerra.

LOS PARÁMETROS MORALES

Después de la contienda, los generales alemanes arguyeron que se habían negado con firmeza a dar la infausta orden relativa a los comisarios, que decretaba la ejecución inmediata de todos los comisarios en el momento de ser capturados. Y para explicar otras atrocidades de que fueron víctimas los prisioneros de guerra soviéticos, los generales afirmaron que la mutilación de los heridos alemanes por parte de los soldados soviéticos en los primeros días de la invasión fue la causa de que los soldados alemanes, ciertamente sin la aprobación de sus comandantes, se saltaran los límites del derecho internacional. La suerte de los prisioneros de guerra soviéticos pinta un cuadro muy diferente. Un informe de marzo de 1942 sobre el posible uso de prisioneros soviéticos para la economía de guerra indica que de un total de 3,6 millones de soldados soviéticos capturados por los alemanes hasta aquel momento, sólo 100 000 eran aún capaces de trabajar en la industria alemana. La mayoría de los demás ya habían muerto o agonizaban. En noviembre de 1941 Goering, riendo, comentó al ministro de Asuntos Exteriores italiano, Ciano, que «el hambre entre los prisioneros rusos ha alcanzado tales extremos que para que anduvieran hacia el interior del país ya no [era] necesario obligarlos; basta con poner en la cabeza de la columna… una cocina de campaña que despida el fragante olor de la comida».[34]

Irónicamente, en un momento en que la economía de guerra alemana tenía gran necesidad de obreros, Hitler se negó a emplear prisioneros soviéticos en ninguna capacidad. El ejército era el responsable del cuidado de los prisioneros de guerra soviéticos. La crueldad con que los alemanes trataron a dichos prisioneros reflejaba de forma directa el programa ideológico del régimen, así como la aceptación del mismo por parte del ejército. Si bien puede decirse que la causa de algunas de las muertes fue el extraordinario número de soviéticos que se rindieron, el enorme porcentaje de soldados que murieron en el cautiverio subraya la convergencia entre la ideología del ejército y la del Tercer Reich.

Aunque el ejército dejó que las enfermedades y el hambre decidieran la suerte de los prisioneros de guerra, la mayoría de sus jefes aceptó de manera directa e inmediata la orden relativa a los comisarios. Del 22 de junio al 19 de julio de 1941, el

grupo blindado informó de la liquidación de 172 comisarios; hasta el 24 de julio, el 2º ejército afirmó que había matado a 177; hasta principios de agosto, el 3º grupo blindado había fusilado a 170. El OKW fue la fuerza motriz que había detrás de gran parte del comportamiento criminal. Su decreto del 17 de julio decía: «La situación especial de la campaña del este, por tanto, exige *medidas especiales* que deben ejecutarse libres de… influencia burocrática y dispuestos a aceptar la responsabilidad. Aunque hasta ahora las… órdenes relativas a los prisioneros de guerra se basaban exclusivamente en consideraciones *militares* , ahora debe alcanzarse el objetivo *político* , que es proteger la nación alemana de los invasores bolcheviques y proceder sin demora a imponer disciplina al territorio ocupado».[35]

Los objetivos de Hitler complacían a la mayor parte de los altos mandos del ejército. Tanto Reichenau como Manstein dieron órdenes del día a sus tropas sobre las actitudes políticas apropiadas ante la guerra en el este. La de Reichenau señalaba: «El soldado debe comprender la necesidad del castigo severo pero justo de los seres infrahumanos judíos… Se le pide que alcance dos objetivos: 1) El exterminio de la herejía blochevique… 2) El exterminio despiadado de la traición y la crueldad extranjeras para salvaguardar a la Wehrmacht alemana en Rusia».[36] Hitler, encantado, calificó la orden de Reichenau de sobresaliente. Manstein comentó que «detrás del frente también continúa la lucha… los judíos hacen de intermediarios entre el enemigo en la retaguardia… [y] lo que queda de las fuerzas del Ejército Rojo y de los líderes rojos. Más que en Europa,… es el centro de toda agitación y sublevación».[37]

Una consigna sobre la guerra contra los partisanos vinculaba el tratamiento tanto de los rusos como de los judíos en las grandes atrocidades de 1941: «Donde está el partisano, está el judío, y donde está el judío, está el partisano».[38] De un extremo a otro de la Rusia europea, los invasores alemanes se encargaron ellos mismos del asunto, como quería Hitler. Los Einsatzgruppen fueron responsables de la mayoría de las muertes violentas, pero recibieron la plena cooperación del ejército. En Babi Yar, en las afueras de Kiev, el SSSonderkommando 4ª asesinó a 33 771 judíos y otros ciudadanos soviéticos en una orgía de violencia que duró dos días

para vengarse de la destrucción causada por los soviéticos en Kiev. El comandante local del ejército, el general de división Kurt Eberhard, cooperó con entusiasmo e incluso proporcionó a las SS una compañía de propaganda del ejército para que persuadiera a los judíos de Kiev de que iban a trasladarlos a un nuevo asentamiento. En numerosas ocasiones los comandantes de las tropas ordenaban a sus hombres que participasen en «acciones especiales» contra los judíos y los comunistas. La naturaleza repetitiva de tales órdenes sugiere el nivel de cooperación entre el ejército y las SS en la totalidad del avance alemán, que iba seguido de una oleada de asesinatos, violencia y destrucción cuyas víctimas principales eran los judíos, aunque iba dirigida contra la población soviética en general.

CONCLUSIÓN

Las victorias de la Wehrmacht durante el verano y el otoño de 1941 ocultaron hasta qué punto eran altas las probabilidades de que la operación Barbarroja saliera mal. Al hablar de *Vernichtungskrieg* (guerra de destrucción), Hitler y la Wehrmacht hicieron que los pueblos soviéticos apoyasen la tiranía de Stalin en vez de colaborar en el esfuerzo por derribar el régimen soviético. Rusia no era invencible, como indicó claramente su derrumbamiento en 1917. Pero la campaña alemana se basó en la creencia errónea de que la Wehrmacht podría derrotar al Ejército Rojo en el plazo de cinco meses y que el desafío alemán a Stalin haría que el edificio político de la Unión Soviética, que aparentemente estaba podrido, se desmoronara. La guerra racial, la orden relativa a los comisarios, el exterminio de los judíos y el expolio de la población local reforzaron de manera inevitable la resistencia al invasor.

Además, las deficiencias de la logística y de los servicios de inteligencia alemanes eran extraordinarias. También estos factores definen la «forma alemana de hacer la guerra». Los jefes militares alemanes fueron incapaces de hacer frente a las duras realidades que ya empezaron a afectar a sus operaciones a finales de julio. Los generales nunca consideraron la posibilidad de actuar de otro modo; había que alcanzar la victoria antes del invierno y, por tanto,

Brauchitsch, Halder y Bock llevaron a las agotadas tropas alemanas hasta las puertas de Moscú y a la derrota.

Stalin también fue en gran parte culpable de las victorias alemanas. La gran purga que desencadenó contra los militares en el período comprendido entre 1937 y 1939, su mendaz y tramposa política exterior, su obstinada y exagerada confianza en sí mismo y su rechazo de todas las señales de que iba a producirse una invasión aumentaron la magnitud de la catástrofe que cayó sobre el Ejército Rojo a partir del 22 de junio de 1941. Incluso desperdició la oportunidad de cambiar la marcha de los acontecimientos aprovechando la llegada del invierno y el agotamiento de las fuerzas alemanas. El precio de la supervivencia de la nación en 1941 —el número de ciudadanos soviéticos muertos oscila entre 5 y 8 millones— sugiere no sólo el coste de la guerra sino también el de la tiranía. Pero la matanza no había terminado. No había hecho más que empezar.

7 Los orígenes de la guerra en Asia y el Pacífico 1919-1941

AL entrar su tren en Berlín en marzo de 1941, el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Matsuoka Yosuke, se preguntó si su país podría evitar los peligros que acechaban las relaciones con Alemania, la Unión Soviética y Estados Unidos y acabar erigiéndose en amo de Asia y primera gran potencia moderna cuya raza no era blanca. Había asumido la responsabilidad de los asuntos exteriores de Japón en julio de 1940. Ahora, nueve meses después, hacía frente al mayor desafío: utilizar el Pacto Tripartito de septiembre de 1940 con Alemania e Italia para seguir en paz con Estados Unidos y lograr que dejase de prestar ayuda a China y al imperio británico. Por el Pacto Tripartito, que era en gran parte obra de Matsuoka, las tres potencias principales del Eje se comprometieron a ayudarse mutuamente si alguna nación que en aquel momento no era beligerante atacaba a uno de los signatarios. Como Alemania y la Unión Soviética seguían estando ligadas por el pacto de neutralidad de 1939 —que había dado una sorpresa horrible a Japón—, sólo Estados Unidos respondía a la descripción del tratado.

Si alguien podía poner fin al Incidente de China —eufemismo japonés que disimulaba la matanza vengativa de centenares de miles de chinos durante la invasión de China en 1937— y llevar a cabo la expansión del imperio japonés sin recurrir a la guerra (sólo un 50 por ciento de posibilidades, según dijo Matsuoka a sus colaboradores al salir de Tokio), ese alguien era Matsuoka. Sin más ventajas que su energía y su inteligencia, había ascendido a la cumbre de la política y el mundo empresarial de Japón como administrador implacable, planificador brillante y orador incansable. Hasta sus admiradores le llamaban la «máquina de hablar» y se preguntaban si era en verdad brillante o sencillamente

estaba loco. Padre devoto de siete hijos, trataba a la mayoría de las personas como a niños y su brusquedad, su arrogancia y sus opiniones quijotescas sobre el futuro de Japón confundían a muchos de sus contemporáneos. Con sus grandes gafas, su bigote pequeño y su cuerpo bajo y robusto, Matsuoka aparecía ante los europeos como el estereotipo del funcionario japonés. Esta impresión no hubiera podido ser más engañosa. Matsuoka era un hombre obsesivo y peligroso que pretendía utilizar la guerra europea para que Japón cumpliese su destino y gobernara toda Asia. Y creía comprender que la debilidad de Estados Unidos y su miedo a una guerra europea podían explotarse… cuanto antes, mejor.

Matsuoka Yosuke podía afirmar que poseía un conocimiento especial de la vida norteamericana: había crecido en Oregón. Después de fugarse de casa para ser aprendiz de marinero, a la edad de 13 años sus compañeros de a bordo le habían abandonado en Portland. Durante los diez años siguientes (1893-1 903) fue tirando gracias a la generosidad y la comprensión de una familia norteamericana que le dio vivienda y le alimentó mientras iba a la escuela y trabajaba de peón y pasante de abogado. Su gran energía y su inteligencia le permitieron hacer algo más que ir tirando y sus conocimientos de inglés mejoraron rápidamente. Iba a una iglesia protestante. Al volver a Japón para empezar su ascensión al poder y la riqueza en Manchuria, tenía un título por la universidad de Oregón. Gracias a su conocimiento del sistema occidental de hacer negocios acabó siendo presidente del Ferrocarril SudManchuriano y amigo de confianza del Ejército Kwangtung —el ejército japonés que era casi autónomo y defendía Manchuria— y de sus oficiales más destacados, entre ellos el general Tojo Hideki.

Al crecer la influencia del ejército en Tokio, la de Matsuoka creció también. En los primeros años treinta ya era embajador en la Sociedad de Naciones y salió de la sala de sesiones al debatirse en ella la conquista de Manchuria por los japoneses en 1931. Matsuoka anunció con orgullo que Japón abandonaba la Sociedad. Después de convertirse en ministro de Asuntos Exteriores, demostró su talento para la diplomacia coactiva arrancando un acuerdo de la Francia de Vichy para estacionar tropas japonesas en el norte de Indochina. Luego amenazó con bloquear Hong Kong si los ingleses no cerraban la carretera de Birmania, principal fuente de pertrechos militares

para los nacionalistas chinos. Cabalgando en estos éxitos como si fueran el caballo de un samurái en busca de venganza, Matsuoka negoció luego el Pacto Tripartito y a comienzos de 1941 anunció que visitaría Berlín, Moscú y Washington y presentaría un acuerdo que podría fin a toda amenaza norteamericana al imperialismo japonés. Anunció con igual certeza que Alemania no tardaría en derrotar a Gran Bretaña y que la amenaza germanojaponesa de una guerra en dos frentes intimidaría tanto a la Unión Soviética que incluso era posible que Stalin se uniese al Pacto Tripartito.

En mayo de 1941 Matsuoka volvió a Tokio con su grandioso proyecto hecho trizas y su reputación dañada de forma irreparable. Se había obsesionado tanto con la necesidad de llegar a un «entendimiento» con Estados Unidos que había juzgado erróneamente la cambiante alineación de fuerzas en Europa. Gran Bretaña no había sido derrotada y en Berlín los alemanes le informaron confidencialmente de la posibilidad de que invadiesen Rusia. Matsuoka no les creyó. Al llegar a Moscú en abril, estableció inmediatamente un pacto de no agresión con la Unión Soviética que puso furiosos tanto a los alemanes como a los militaristas de Tokio. Mientras tanto, sus intentos indirectos de acercamiento a Estados Unidos no fueron a ninguna parte y reforzaron el propósito norteamericano de ayudar a Gran Bretaña y a China.

Ante los ataques de sus críticos de Tokio por pactar con Stalin, Matsuoka arguyo que sus objetivos estratégicos todavía eran los mismos, que sólo sus tácticas habían cambiado. Japón seguía siendo aliado del Eje y utilizaría su poder para evitar que Estados Unidos entrara en la guerra europea. En mayo de 1941, el ministro de Asuntos Exteriores pensaba que había pocas probabilidades de una resolución negociada del Incidente de China con Estados Unidos. Al cabo de un mes anunció que no veía ninguna razón para continuar sus negociaciones en Washington: «Aunque se me ordene seguir con la diplomacia, pienso que las maniobras diplomáticas con Estados Unidos han terminado en este punto».[1]

LA FORMACIÓN DEL JAPÓN MODERNO

Aislado del tráfico de Chiyodaku, Tokio, el Santuario de Yasukuni

es uno de los centenares de importantes *jinja* sintoístas que proporcionan islas de verdor y silencio en una de las ciudades más frenéticas del mundo. Construido en 1869 durante el reinado del emperador Meiji (1867-1912), era un *shokonsha* o Santuario para Invitar a los Espíritus, en este caso los espíritus de todos los que murieron en la guerra civil para restaurar el gobierno imperial en Japón. Después de diez años, el santuario fue rebautizado con el nombre de Yasukuni Jinja o Santuario para Establecer la Paz en el Imperio y recibió apoyo especial del emperador porque sería el santuario oficial que inmortalizaría a todos los japoneses muertos al prestar servicio militar después de 1853. Yasukuni es el equivalente japonés de la Tumba del Soldado Desconocido en el Cementerio Nacional de Arlington.

Yasukuni Jinja se especializa ahora en los recuerdos de la segunda guerra mundial. Hasta 1937 los espíritus de los guerreros difuntos del emperador eran unos 200 000, más o menos el número de militares norteamericanos que han perecido en las guerras en Asia desde 1898 hasta la actualidad. Después de 1945, sin embargo, Yasukuni recordaba a más de dos millones de militares muertos cuyas cenizas o huesos reposaban en lejanas junglas y bajo un inmenso océano. Los ancianos que visitan Yasukuni todavía se consideran leales soldados del emperador que se limitaron a cumplir con su deber igual que sus camaradas muertos.

A comienzos de la Restauración Meiji en 1867-1 868, el emperador, a quien habían devuelto el poder los cuatro clanes que derrocaron al sogunado Tokugawa, se comprometió a restaurar la propia estimación de los japoneses. Dos experiencias recientes crearon en los japoneses una sensación de inferioridad militar: la entrada de una escuadra de la marina de guerra norteamericana en la bahía de Tokio en 1854 y el bombardeo por la armada británica de Kagoshima y Shimonoseki en 1862-1 863 como represalia por los malos tratos infligidos a ciudadanos occidentales. A finales de siglo, una vez modernizados, el ejército y la marina japoneses parecían europeos en lo que se refería a los uniformes y las armas, pero el alma de las fuerzas armadas seguía teniendo sus raíces en la tradición samurái del feudalismo japonés. En 1894-1 895 Japón derrotó a su único rival asiático, la China de la dinastía Ching, en una campaña naval que se caracterizó por la sorpresa y la plena

explotación de los barcos de guerra modernos. Una campaña en tierra en Corea y Manchuria demostró que las armas de fabricación alemana y el espíritu guerrero japonés podían producir victorias impresionantes. La misma fórmula dio buenos resultados en 1904-1 905, esta vez con la Rusia imperial como aturdida perdedora. Las victorias gemelas pusieron Taiwan y Corea bajo el dominio japonés y abrieron Manchuria a la explotación económica bajo la protección de soldados japoneses que residían allí. La participación en la supresión del levantamiento de los bóxers (1900) también produjo concesiones y privilegios para Japón en China.

Si las fuerzas armadas japonesas, apoyadas por la elite de la corte y la burocracia y admiradas por el pueblo, pensaban que de algún modo lograrían que las dos victorias dieran paso a una tercera que sería mayor y más magnífica, igual que hicieran sus maestros alemanes en 1870-1 871, su experiencia en la primera guerra mundial resultó decepcionante. Debido en parte a una alianza firmada con Gran Bretaña en 1902, en 1914 Japón atacó y tomó Jiaozhou y Shandong, [3] territorios que los alemanes habían arrendado en China. Algunos funcionarios japoneses y parte del público apoyaron el movimiento revolucionario de Sun YatSen en China, pero Japón dio por sentado que sus intereses requerían una nueva política para con su gigantesco vecino, una política de hegemonía antieuropea que desafiara la política de puertas abiertas de Estados Unidos, que era contraria a que se hicieran concesiones especiales a *todas* las naciones. La sensibilidad japonesa ya estaba en carne viva a causa del trato discriminatorio que los inmigrantes asiáticos recibían en Estados Unidos, y Tokio no quería que siguieran dándole lecciones sobre su obligación moral para con la integridad territorial y la soberanía política de China.

Sin prestar atención a las advertencias europeas y a los consejos prudentes de algunos miembros de su propia elite política, el gobierno japonés rechazó la propuesta aliada de devolver a los chinos las concesiones alemanas en China, a la sazón gobernada por Yuan Shikai y, después de morir éste en 1916, por una coalición de señores de la guerra. En vez de ello, Japón presentó las llamadas «Veintiuna Exigencias», que eran una declaración de codicia. En esencia, las exigencias hubieran convertido China en un

protectorado y cedido a los japoneses el control directo de las concesiones alemanas y gran parte de Manchuria. Los chinos, reforzados por el apoyo norteamericano, las rechazaron durante gran parte de 1915, pero al final accedieron a ampliar los privilegios japoneses en Manchuria a cambio de protección en la China propiamente dicha. El acuerdo sobre Manchuria, con todo, hizo que los japoneses se interesaran mucho por la revolución rusa de 1917 y por la suerte de Siberia y el territorio del Litoral de Rusia, anclado en Vladivostok, a orillas del mar de Japón. Al amparo de una expedición militar aliada a Siberia cuyo objetivo era salvar el esfuerzo de guerra ruso, los japoneses enviaron 72 000 soldados que penetraron mucho en la Rusia asiática, principalmente para asegurarse de que ni los aliados ni los bolcheviques restaurasen el poderío militar de Rusia. En 1920 los japoneses ya ocupaban la mitad meridional de la isla de Sajalin. Una vez más, sin embargo, la presión política occidental durante las negociaciones de paz de 1919, después de la primera guerra mundial, obligó a los japoneses a abandonar Siberia en 1922, pero no el sur de Sajalin.

Al igual que los ciudadanos de Estados Unidos y Europa occidental, los japoneses buscaron la «normalidad» en los años veinte, lo cual significó la reducción de los gastos militares, la disminución de la hostilidad contra Occidente, y la mejora de las condiciones económicas por medio del comercio y la producción agrícola e industrial del país. A pesar de la influencia del sintoísmo (religión estatal de culto a los antepasados y al emperador), del confucionismo y de las germanizadas sociedades anónimas y universidades, la población urbana japonesa mostraba un interés serio por la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad familiar. En los años veinte la Dieta japonesa, que era una pálida copia de las asambleas occidentales, mostró de pronto un valor insólito y apoyó a los cortesanos nombrados, que formaban parte del gabinete, en su pugna con los militaristasexpansionistas. Los militares seguían gozando de un prestigio desmesurado, pero de momento los prudentes conservadores —alianza de nobles de la corte y tecnócratas occidentalizados— persuadieron a los sucesivos gabinetes a seguir una política internacional de cooperación en lugar de enfrentamiento. El «partido de la paz» se benefició de la muerte en 1922 del príncipe y mariscal de campo Yamagata

Aritomo, cuyo poder en el ejército y la corte le permitía hacer y deshacer gabinetes.

A finales de 1921, diplomáticos japoneses viajaron a Washington con el propósito de demostrar la recién descubierta responsabilidad internacional de su nación, para lo cual firmaron tres tratados cuya finalidad era estabilizar el statu quo en Asia. Firmado en Washington en febrero de 1922, el Tratado de las Cinco Potencias (Japón, Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos) ponía un límite a la construcción y modernización de barcos de guerra de gran calado. Con respecto a Gran Bretaña y Estados Unidos, Japón aceptó una inferioridad numérica de un tercio (15:15:10 acorazados) y un 40 por ciento del tonelaje a cambio de restricciones a la construcción y fortificación de todas las bases navales en el Pacífico excepto las situadas en el territorio de las respectivas potencias. Por el Tratado de las Cuatro Potencias los signatarios (Japón, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos) se comprometían a no atacar sus respectivas colonias. El Tratado de las Nueve Potencias (Japón entre ellas) situaba China fuera del alcance de la expansión imperialista. China, que en aquel momento y no sin dificultad hacía otro experimento de gobierno débil, descentralizado, necesitaba todas las ventajas que pudiera encontrar, y el Tratado de las Nueve Potencias le dio un pequeño grado de protección. El estatuto de Manchuria, sin embargo, no experimentó ningún cambio importante, lo cual significaba que varias naciones y consorcios comerciales internacionales conservaron privilegios especiales. Otro aspecto importante de los tratados de Washington fue que liberaron a Gran Bretaña de su tratado de 1902 con Japón.

Aunque los tratados internacionales firmados en Washington frenaron el expansionismo japonés en los años veinte, en el decenio de 1930 los vientos de la política interior hicieron de contrapeso y crearon condiciones favorables al resurgir del «destino manifiesto» de Japón. En lugar de un gobierno dominado por los representantes de los clanes, reconocidos oficialmente como el Consejo Privado, cuyos miembros eran ancianos estadistas, los gabinetes de los años veinte representaban una coalición precaria e inherentemente inestable de cortesanos conservadores, militares de alta graduación, magnates de los florecientes grupos industriales o *zaibatsu* y un

nuevo grupo de políticos de partido y tecnócratas burocráticos. Los partidos políticos, con la excepción de los socialistas, eran débiles, estaban divididos por la corrupción y las rencillas personales y no tenían ningún atractivo especial para el público. Irónicamente, al liberalizarse la participación política en los años veinte, también se creó una clase media urbana politizada que resultó fácil de agitar y manipular utilizando las escuelas, los medios de comunicación y la burocracia gubernamental. La perspectiva de una reforma democrática alarmó a la Dieta, que en 1925 aprobó la Ley de Preservación de la Paz, que disponía que se condenara a diez años de prisión a quienes ingresaban en sociedades que pretendieran alterar el gobierno o desafiar los derechos de propiedad privada. Con poca imaginación, dicha ley podía hacerse extensiva a cualquier grupo político disidente. Lo que hacía que la ley fuese aún más amenazadora era el hecho de que la policía encargada de velar por su cumplimiento se hallaba bajo el control indirecto del ministro de la Guerra.

Incluso con sus presupuestos reducidos, el ejército y la marina imperiales seguían dominando con fuerza las vidas de los japoneses. El servicio militar obligatorio continuó después de la primera guerra mundial, y el sistema escolar exigía que se venerase al emperador y a las fuerzas armadas. Al modernizar algunas de sus armas, especialmente los aviones, el ejército y la marina forjaron fuertes lazos de trabajo con el *zaibatsu* . El ejército, como principal brazo administrativo del gobierno en Manchuria y Corea, adquirió no sólo autonomía en el extranjero, sino también poder político capaz de provocar la caída de los gabinetes en Tokio. Tan grande llegó a ser la influencia del Ejército Kwangtung en Manchuria que la camarilla que formaban sus oficiales podía determinar la política japonesa.

La Sociedad del Cerezo, formada por oficiales disidentes y fundada en 1930, pretendía cambiar el país por medio de la revolución militar; su estatuto en el ejército les protegía eficazmente de la Ley de Preservación de la Paz. En alguna parte de las lóbregas callejuelas laterales donde merodeaban los agentes de los servicios de inteligencia militares y los terroristas de derechas, la Sociedad del Cerezo cultivaba la violencia política y probablemente influyó en el asesinato del primer ministro

Hamaguchi Yuko en 1930 y en el del también primer ministro Inukai Ki en 1932. Aunque algunos oficiales de alta graduación trataron de actuar dentro de las normas del control civil, sus subordinados y el público consideraban que el ejército tenía el sagrado deber de proteger a Japón de corrupciones modernas como la democracia y el materialismo.

Un emperador maduro y enérgico tal se vez se hubiera unido a la coalición que formaba el partido de la paz y controlado a los militares, pero el hombrecillo con gafas llamado HiroHito, que se convirtió en emperador en 1926, a la edad de veinticinco años, aceptó su tradicional papel pasivo. Dio a su reinado el título de *showa* o «paz ilustrada», pero sus primeros veinte años no fueron ni ilustrados ni pacíficos. Muy influenciado por la cultura británica, HiroHito daba el máximo valor a su papel de monarca reinante. Aunque su poder era en teoría absoluto, su poder real siguió siendo limitado, pero bastante real. Cuando en 1936 el ejército y la marina le pidieron que aprobara sus planes de guerra contra China y Rusia (la «estrategia continental») y contra los europeos en el sudeste de Asia (la «estrategia de movimiento hacia el sur»), lo hizo en ambos casos. Quizá el emperador suponía que debido a la rivalidad entre las diferentes armas de las fuerzas armadas y el faccionalismo interno en el seno de la oficialidad, tanto del ejército como de la marina, se llegaría a un punto muerto. Si pensaba eso, cometió un gran error al juzgar a sus generales y almirantes.

EL DERRUMBAMIENTO DEL ORDEN ASIÁTICO

Después de frenar el imperialismo japonés por medio de los tratados de Washington, los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y los países europeos con intereses en Asia consideraron a Japón miembro hecho y derecho de la comunidad internacional, como signatario del pacto de la Sociedad de Naciones y como país con el que se tenían relaciones comerciales. Estados Unidos, por ejemplo, dio la bienvenida a las inversiones japonesas en industrias de propiedad norteamericana y exportaba chatarra y petróleo a Japón

para las fábricas del *zaibatsu* . Por supuesto, los inmigrantes japoneses no eran bienvenidos en Estados Unidos, excepto en Hawai, donde, al igual que los coreanos (nominalmente ciudadanos japoneses), demostraron ser laboriosos peones agrícolas. Las actitudes británicas y norteamericanas ante los japoneses todavía reflejaban el tradicional racismo antiasiático. Los extranjeros percibían el progreso industrial en Japón como una simple copia de las prácticas europeas: ingeniería a la inversa por todo lo alto a la que los japoneses no añadían nada original. Con frecuencia los occidentales pasaban por alto la estrategia de investigación y desarrollo de los japoneses, cuyo objetivo era colocarse a la altura de Occidente con tanta rapidez como fuera posible y luego hacer innovaciones donde surgieran oportunidades de mejorar verdaderamente los productos, tales como el avión de caza Zero. Sin embargo, con una superabundancia de tradicionales cultivadores de arroz, una nueva fuerza laboral industrial de habilidades limitadas y una elite directiva que en realidad no comprendía las técnicas empresariales occidentales, no era posible tomar en serio a Japón como competidor económico. Además, su falta de recursos naturales, exceptuando el carbón, significaba que tenía que seguir siendo un suplicante en el orden del comercio internacional de los años veinte, un simple protegido de Gran Bretaña y Estados Unidos. El papel de Japón parecía limitarse a fabricar prendas de seda y producir textiles baratos utilizando algodón importado.

Los occidentales, sobre todo los ingleses y los norteamericanos, tendían a exagerar su influencia en la cultura japonesa y a subestimar la hostilidad latente que la civilización occidental despertaba en Japón. Por ejemplo, acusaban a las artes plásticas japonesas de ser afeminadas y confundían la delicada presentación de los alimentos japoneses con la dieta forzosa. Las actitudes occidentales ante Japón dieron forma a la opereta *El Mikado* y a la ópera *Madame Butterfly* , que presentaban a los japoneses como figuras tragicómicas. Pocos occidentales podían apreciar la corriente oculta de desesperación, persistencia y violencia a menos que hubieran tenido ocasión de asistir a una función del teatro de *kabuki, bunraku* y *noh* . Ir a la escuela elemental vestidos de marinero y de soldado no convertía a los niños japoneses en inglesitos y alemanitos; su lenguaje y sus estudios les retrotraían a

los grandes días de Hideyoshi, el imperialista japonés del siglo XVI y no a la Ilustración europea del XVIII.

Los misioneros cristianos en particular exageraban casi siempre los efectos de la religión occidental en Japón. Menos del uno por ciento de la población mostró interés, siquiera pasajero, por el cristianismo excepto como medio de acceder a la YMCA. [4] Algunos japoneses se convirtieron en serio al cristianismo… y unos cuantos prisioneros de guerra aliados deberían su vida a estos valientes correligionarios. Pero a menudo los japoneses «interesados» sencillamente buscaban una buena manera de aprender inglés y conseguir entrar en prestigiosas universidades de Estados Unidos e Inglaterra. En cambio, la cultura popular occidental —música, deportes y películas— fascinaba a los japoneses, pero no los transformaba. Yamamoto Isoroku, el almirante que conduciría la flota combinada a sus primeras victorias contra los norteamericanos, tuvo ocasión de ver muchas cosas de Estados Unidos durante sus dos estancias allí para aprender inglés y servir en calidad de agregado naval (1919-1 921 y 1926-1 928). Aunque la extensión y la vitalidad económica de Estados Unidos le dejaron maravillado, opinaba que la marina norteamericana era incompetente y los norteamericanos, alfeñiques hedonistas. Al igual que otro visitante de Estados Unidos en la misma época —un vietnamita bajo y descarnado que respondía al nombre de Ho Chi Minh—, Yamamoto sacó la conclusión de que pocas cosas de valor espiritual podía ofrecer Estados Unidos a su país.

Lo único que exportaba Occidente y que los japoneses respetaban de verdad era la tecnología industrial, en particular el ritmo con que las fábricas occidentales producían bienes duraderos. Por razones que tenían que ver con el poder nacional más que con el consumo privado, Japón se zambulló en el mundo interdependiente de la competencia comercial y de recursos con el ardor del nuevo converso. Al igual que Gran Bretaña, su modelo occidental, Japón avanzó rápidamente hacia la industrialización; en 1937 una mayoría de sus habitantes vivía en ciudades: 37 millones de una población total de 70 millones. También al igual que Gran Bretaña, Japón no podía ser un gigante industrial sin importar muchas cosas: petróleo, hierro, minerales, caucho, algodón, lana y

madera. Algunos alimentos, especialmente la carne rica en proteínas, eran difíciles de producir en los espacios limitados del archipiélago y había que importarlos. Japón sólo era autosuficiente en el caso del carbón, gracias a las minas del norte de Corea y de Manchuria. A diferencia de Gran Bretaña, Japón no tenía ningún imperio del que pudiera extraer materias primas baratas. Formosa y Corea apenas bastaban para que Japón fuese autárquico y tampoco eran suficientes los privilegios especiales de que gozaban los japoneses en Manchuria. En los años treinta los políticos japoneses, cuyo débil compromiso con los conceptos de los mercados internacionales y el libre comercio se vio cortado por la Gran Depresión, vieron en la explotación económica de China la única manera de evitar el retroceso de la economía de su país.

Al sufrir su economía una recesión en los años treinta, Japón empezó a impacientarse a causa de las barreras económicas con que tropezaba en Asia. Indochina, Birmania, Malaya, las Filipinas y las Indias Orientales Holandesas eran colonias y, debido a ello, Japón veía limitado el acceso a estos mercados, al tiempo que la hostilidad de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética ante la penetración económica japonesa en Manchuria y China parecía encarnar la discriminación imperialista, cuando no la hipocresía descarada. La postura norteamericana era la más incomprensible para los japoneses. Los norteamericanos nunca habían explotado China con tanto ardor como los europeos y su apego a dicho país parecía ser más bien cuestión de sentimientos e imperialismo cultural. China había recibido sólo un uno por ciento de las inversiones norteamericanas en el extranjero y sólo el cuatro por ciento de las exportaciones norteamericanas iba destinado a China. Las inversiones y el comercio de Estados Unidos con Japón eran como mínimo cinco o seis veces mayores y estaban en expansión, a pesar de la política racista de Estados Unidos en el capítulo de la inmigración. Los funcionarios japoneses pensaban que la sensatez económica de Estados Unidos acabaría imponiéndose y los norteamericanos reconocerían la necesidad japonesa de dominar la economía china.

El problema ruso era diferente. La Unión Soviética ocupaba ahora el lugar de Alemania como protectora del gobierno nacionalista de Chiang Kaishek, cuya base estaba en Nankín,

aunque los nacionalistas habían obligado a los comunistas chinos a replegarse al noroeste de China en 1931. Los japoneses contemplaron con alarma cómo la relación soviéticochina se volvía más afectuosa en los años treinta al tiempo que crecía la perspectiva de una mayor colaboración militar entre las dos potencias.

Si Estados Unidos y la Unión Soviética hacían una extraña pareja en China, también parecían actuar de común acuerdo —en los resultados aunque no en las intenciones— para debilitar a los regímenes coloniales europeos en Asia. Los soviéticos abordaban el asunto de manera franca y consecuente: el imperialismo occidental en Asia debía caer ante la revuelta de las masas oprimidas. Los japoneses, que habían apoyado a los revolucionarios asiáticos antes de la ascensión del comunismo en los años veinte, contemplaban el crecimiento de movimientos subversivos clandestinos en Indochina y las Indias Orientales Holandesas convencidos de que podrían explotar el derrumbamiento del imperialismo europeo. Los norteamericanos y sus intereses eran más difíciles de entender que los europeos, que parecían dispuestos a utilizar la mano dura para mantener el orden en sus colonias, como los ingleses habían demostrado en la India y los franceses en Indochina. En cambio, en 1934 el Congreso norteamericano aprobó una serie de leyes que prometían conceder la independencia a las Filipinas un decenio más tarde; el gobierno Roosevelt permitió que un jefe de estado mayor retirado, Douglas MacArthur, fuese a Manila para crear un ejército nacional filipino, es decir, volver a crear el mismo ejército que un ejército norteamericano había aplastado 35 años antes. Estados Unidos tenía alrededor de la bahía de Manila fuerzas regulares que por sí solas no podían derrotar a una invasión decidida, pero era improbable que el Congreso invirtiese dinero militar en una colonia no blanca a la que anhelaba despegar de la bandera norteamericana. En China, Estados Unidos mantenía tropas en Shanghai, Tientsin y Peiping para presionar a los europeos y hacerles renunciar a sus privilegios especiales y sus derechos comerciales.

Antes de que alguna potencia extranjera o sus propios jefes en Tokio pudieran intervenir, los oficiales del Ejército Kwangtung siguieron adelante con sus planes e instauraron el control total de los japoneses en Manchuria. Algunos lo consideraban el primer paso

esencial hacia un plan de mayor alcance cuyo objetivo era conquistar China, porque una base segura en Manchuria proporcionaría materias primas industriales y alimentos y frenaría la ayuda militar soviética a los nacionalistas o a los comunistas chinos. Aprovechando la ansiedad que causaron los disturbios contra los extranjeros en China durante el período 1925-1 927, los japoneses organizaron incidentes terroristas en toda Manchuria y pidieron que se tomasen medidas duras contra los insurgentes chinos. En 1928 una camarilla de oficiales del cuartel del Kwangtung hizo volar un tren en el que viajaba el general Chang Tsolin, el señor de la guerra del norte de China y Manchuria y rival de Chiang Kaishek. Esta obrita de *kabuki* falló porque el hijo de Chang Tsolin, Chang Hsuehliang, «el Joven Mariscal», señor de la guerra como su padre, descubrió el complot y se alió con Chiang Kaishek. Otros señores de la guerra siguieron su ejemplo, entre ellos un favorito de los norteamericanos, Feng Yuhsiang, cristiano nominal que usaba mangas de bombero para bautizar a sus tropas. Los japoneses habían hecho de la beligerancia una pesadilla convertida en realidad.

En septiembre de 1931 conspiradores del ejército japonés intentaron de nuevo crear una oleada de terrorismo falso que justificara una toma del poder por los militares en Manchuria y la eliminación de los residuos de la influencia europea y del ejército de Chang Hsuehliang. Esta vez, la destrucción que causaron en Mukden y en otras partes precedió a la rápida ocupación por los japoneses de lugares clave por razones políticas y económicas, así como al desarme o la derrota aplastante de los soldados y la policía chinos y el envío urgente de refuerzos del ejército japonés en Corea y sus auxiliares coreanos. En Tokio los conspiradores neutralizaron a los ministros hasta que la ocupación estuvo casi terminada; los oficiales del cuartel general imperial bendijeron el «incidente» a posteriori y ayudaron a derrocar al gabinete en diciembre. El ejército secuestró a Henry PuYi, el último emperador chino, que estaba en Tientsin, y lo instaló como emperador del estado marioneta de Manchukuo. Para anticiparse a una intervención de los chinos, el Ejército Kwangtung llegó a atacar a las guarniciones chinas del norte de China y Mongolia entre 1931 y 1935, a pesar de la resolución (sin sanciones) de la Sociedad de Naciones que

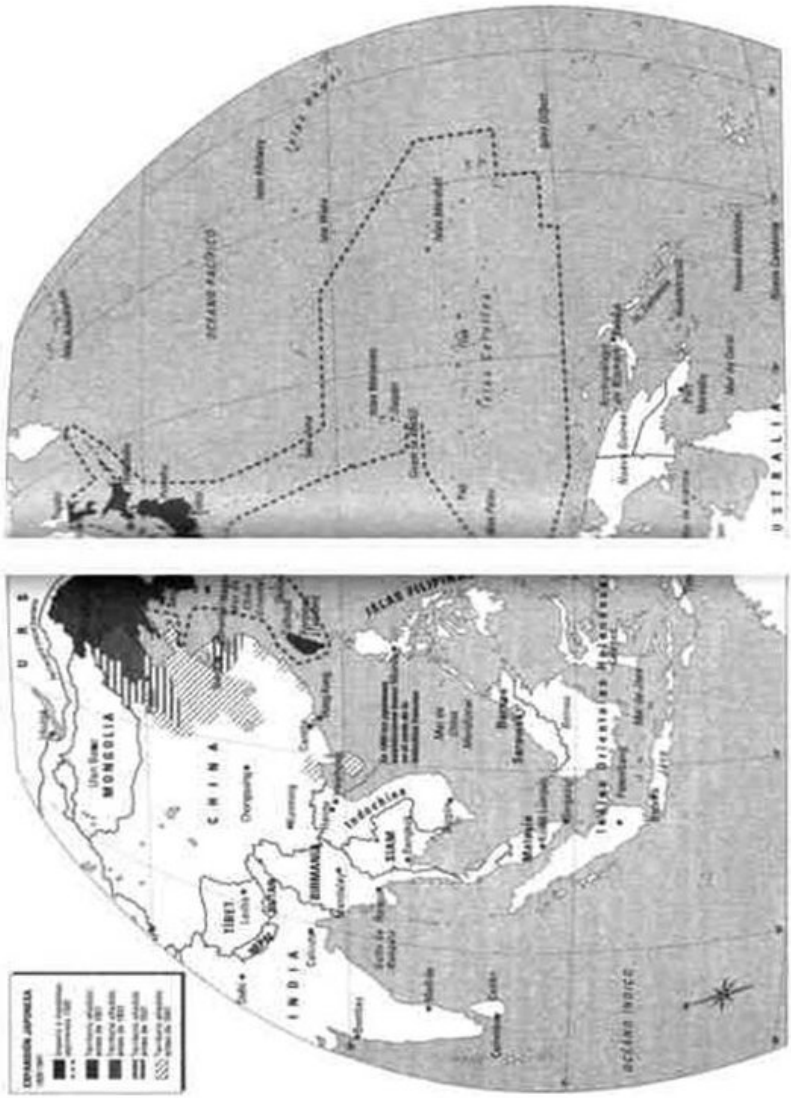
condenó la agresión japonesa. Ni Estados Unidos ni Gran Bretaña tomaron medidas y los soviéticos vendieron sus intereses ferroviarios en Manchuria y se retiraron al norte.

Durante esta marcha hacia la gloria, los japoneses llevaron a cabo una campaña de castigo dura y sangrienta en Shanghai en 1932 como represalia por el terrorismo y los disturbios contra ellos que hubo en aquel puerto. El ejército chino luchó con considerable eficacia y los japoneses se vieron en apuros para expulsar a los chinos de la ciudad. Necesitaron una brigada de infantería de marina y tres divisiones del ejército para derrotar al Ejército de la 19ª Ruta, que era adiestrado y armado por asesores alemanes y soviéticos. Mientras tanto, los japoneses se retiraron de la Sociedad de Naciones y denunciaron los tres tratados que habían firmado en Washington en 1922.

La creciente confusión que reinaba en China contribuyó a dividir y radicalizar a la oficialidad del ejército japonés, donde un grupo de altos mandos, al que sus adversarios llamaban Toseiha o Camarilla del Control, se comprometió con la causa del expansionismo en China y la preparación para una guerra inevitable con la Unión Soviética. La otra facción, que había nacido en los años veinte como el Movimiento de Oficiales Jóvenes, recomendó prudencia en el extranjero y revolución en casa, el rechazo del materialismo y el capitalismo occidentales, la nivelación de las clases sociales y un retorno a un imperio dictatorial que exaltara las valores japoneses tradicionales. Una parte de este movimiento, llamada Kodoha o Grupo del Camino Imperial, se convirtió en el borde afilado del extremismo político en Japón. Entre 1931 y 1935 intervino en seis motines del ejército y en diversos actos de terrorismo político en Japón. La Camarilla del Control, capitaneada por el general Nagata Tetzusan, emprendió una purga de los puestos clave del ejército que eliminaría a 3500 miembros de la oposición Kodoha, entre ellos su héroe, el general Araki Sadao, que fue destituido de su puesto de ministro de la Guerra. Enfurecido, un oficial partidario de Kodoha asesinó a Nagata en agosto de 1935; HiroHito exigió que al asesino se le formara consejo de guerra y se le ejecutara, lo cual representó una novedosa afirmación de la disciplina que el ejército japonés normalmente evitaba. Los activistas de Kodoha sacaron entonces la conclusión de que la única manera de salvar el trono consistía en

deponer a HiroHito.

En un acto de *gekokujo* (indisciplina por cuestión de principios) que se llevó a cabo del 26 al 29 de febrero de 1936 (el llamado Incidente DosVeinteSeis), 1400 oficiales y soldados partidarios del movimiento Kodoha intentaron matar a tres funcionarios clave de la corte, dos ministros del gabinete y el sucesor de Nagata en el puesto de inspector general de



adiestramiento. En efecto, mataron a cinco hombres, pero sólo dos de ellos figuraban en la lista de los que debían morir. Sus planes de apoderarse de edificios del gobierno y el ejército fracasaron y los oficiales amotinados pronto se vieron abandonados por sus tropas. El resultado final fue la ejecución de nueve cabecillas a la vez que

los líderes de Kodoha que sobrevivieron fueron encarcelados, licenciados o jubilados. Una vez aplastado el golpe, los oficiales de la Camarilla de Control, entre ellos misioneros del expansionismo tales como los generales de división Ishiwara y Doihara Kenji, que por sus operaciones especiales era llamado el Lawrence de Manchuria, pasaron a ocupar puestos clave en el campo de la planificación.

Los imperialistas continentales ejercían ahora su dominio en todo el ejército japonés, no sólo en Manchuria. Los militares subrayaron la amenaza del comunismo internacional, resaltada por la declaración del Séptimo Congreso de la Comintern en 1935 en el sentido de que todos los socialistas revolucionarios y los liberales debían formar un frente común contra el fascismo. Los pronunciamientos de este tipo hacían sospechar a los generales japoneses que se estaba produciendo una alianza creciente entre la Unión Soviética y la China nacionalista en la que incluso los comunistas de Mao Zedong eran bienvenidos en las fuerzas antijaponesas. Como director de planificación bélica del ejército, Ishiwara instó a sus contemporáneos a asegurar el control japonés del norte de China por razones económicas y para dar al ejército profundidad geográfica en la guerra que iba a estallar con la Unión Soviética. El gobierno debía poner en marcha un programa de modernización industrial a gran escala que requería el apoyo continuo de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Aunque en Tokio el estado mayor general quería evitar la guerra si era posible, en Manchuria el Ejército Kwangtung tenía su visión propia del futuro de Japón. Tal como explicó el general Tojo, el adusto policía militar cuyo control del Ejército Kwangtung durante el Incidente DosVeinteSeis le había convertido en su jefe de estado mayor, una parte del plan consistía en actuar contra los señores de la guerra que operaban en el norte de China antes de que se unieran a los nacionalistas. Los jefes del Ejército Kwangtung también advirtieron a Tokio de otra alianza entre los nacionalistas y los comunistas. En diciembre de 1936 Chang Hsuehliang tuvo a Chiang Kaishek prácticamente prisionero en Sian hasta que el generalísimo accedió a suspender su cruzada anticomunista. Chiang Kaishek y Mao Zedong prometieron entonces unirse contra los japoneses.

Sólo un mes antes, los japoneses vieron otro mal augurio: la

mejora de la eficiencia del ejército chino. Siguiendo la política consistente en usar fuerzas chinas patrocinadas por los japoneses para subvertir los regímenes de los señores de la guerra, Tojo envió un pequeño ejército de mongoles mandados por japoneses al noroeste de China, donde encontró un ejército chino bajo el general Fu Tsoyi. De hecho, los chinos ganaron una batalla en Suiyuan y obligaron a los mongoles a retirarse. Los japoneses vieron la mano de los soviéticos en esta batalla, lo cual les proporcionó otra justificación para firmar el pacto AntiComintern con Alemania en noviembre de 1936. El pacto hacía afirmaciones generales sobre la guerra contra el comunismo, pero en esencia prometía que ni Alemania ni Japón ayudarían a la Unión Soviética si uno de los signatarios entraba en guerra con ella.

Estas operaciones militares limitadas de los japoneses en el norte de China no provocaron ninguna intervención en serio de las potencias europeas, ni tan sólo de la Unión Soviética. Los diplomáticos no sabían qué hacer, pero la opinión general de Europa, alarmada a causa de la anexión de Austria por Hitler, era que Estados Unidos debía asumir la responsabilidad principal de vigilar a Japón. Debido al aislacionismo del Congreso y del público norteamericanos Roosevelt tropezaba con dificultades para ayudar a China, aunque sólo fuera cortando el suministro de petróleo, chatarra y metales estratégicos a Japón. La elocuente facción de amigos de China que existía en el Departamento de Estado no pudo vencer el temor del secretario de Estado, Cordell Hull, a una guerra con Japón ni los argumentos de los europeístas, según los cuales un enfrentamiento en el Pacífico no haría más que ahondar la creciente crisis política de Europa. Japón apenas ocultó su propósito de revisar el sistema internacional, pero la recurrente agitación política en el país y la creciente presión militar contra los señores de la guerra del norte de China no provocaron ninguna respuesta norteamericana excepto una «protesta moral» que consistió en no reconocer los regímenes marioneta de Manchuria y las disputadas provincias de Mongolia. Estados Unidos no tenía ganas de embarcarse en un enfrentamiento a causa de lejanas tierras asiáticas.

LA GUERRA CHINOJAPONESA

A medida que iban llegando numerosos mensajes confusos a su cuartel general en Nankín, Chiang Kaishek, a quien aún escocía su humillación en el Incidente de Sian, no acertaba a ver ninguna alternativa de la guerra como resultado del más reciente choque entre chinos y japoneses cerca de Peiping. Lo único que sabía el generalísimo era que soldados japoneses y chinos habían sostenido tiroteos en la obscuridad. Chiang Kaishek ordenó a los comandantes locales que adoptasen una actitud firme ante los japoneses. «Si permitimos que se pierda un centímetro más de nuestro territorio o que se usurpen los derechos de soberanía, seremos culpables de cometer un crimen imperdonable contra la raza china… incluso a costa de una guerra, y una vez la guerra ha empezado no se puede mirar atrás.»[2]

En Tokio el ambiente no era menos belicoso, aunque algunos elementos del estado mayor general del ejército, encabezados por el general Ishiwara, temían que si se ampliaban las operaciones en el norte de China, los preparativos para la guerra con la Unión Soviética se verían afectados negativamente. El comandante del ejército de guarnición en el norte de China en la zona de PeipingTientsin no abrigaba reservas de esta clase, al igual que el Ejército Kwangtung en Manchuria. Indignados por la actuación de los chinos durante las luchas esporádicas de julio, que incluyó varias revueltas de tropas colaboracionistas chinas y la matanza de japoneses desarmados, el gobierno del príncipe Konoe Fumimaro pensó que no había otra opción que aplastar el poderío militar chino en todo el norte de China. Después de que el Ministerio de la Guerra mandara cinco divisiones a China para que se unieran a las que ya estaban allí, los japoneses creyeron que ahora pondrían fin al llamado Incidente del Norte de China. En lugar de ello, se encontraron envueltos en la Guerra de Resistencia Contra Japón, como llamaron los chinos al conflicto.

Los japoneses obtuvieron victorias relativamente fáciles en los primeros meses de la guerra. Aseguradas sus líneas de abastecimiento desde Manchuria y con Peiping y Tientsin bajo su control en agosto, el

ejército japonés siguió los ferrocarriles y las carreteras hacia el oeste y en octubre de 1937 ya ocupaba por completo las cinco provincias del norte de China. Sobre el papel, los ejércitos chinos eran muy superiores a los japoneses; los generales chinos afirmaban tener 176 divisiones bajo su mando, cuyos efectivos eran de dos millones de soldados en total. La mayor parte de estas fuerzas, sin embargo, eran poco más que bandidos o infantería ligera, armados con fusiles, ametralladoras ligeras y morteros. Sólo las 33 divisiones adiestradas por alemanes y bajo el control directo de Chiang Kaishek se acercaban a los niveles occidentales de eficacia; contaban con artillería, servicios de apoyo, unidades de comunicaciones y apoyo aéreo.

La moral de los chinos era baja en todas partes excepto en este puñado de divisiones de primera clase y en las tres divisiones que quedaban del Ejército Comunista de la 8ª Ruta. La mayoría de los ejércitos chinos vivía de la tierra, recibía botín a modo de paga y no tenía ningún deseo de hacer una campaña lejos de sus regiones natales. Luchar contra ellos significaba que había que atacarlos y debido a su dispersión los japoneses podían permitirse el lujo de derrotarlos de uno en uno. El coronel Joseph W. Stilwell, el agregado militar norteamericano, dijo que los *boy scouts* chinos que servían en calidad de voluntarios médicos eran los chinos más valientes y disciplinados sobre el terreno. A principios de la guerra sólo una formación china, la 115ª división comunista, mandada por un general joven y ambicioso llamado Lin Piao, derrotó a una brigada japonesa en una batalla que se libró en Pingsingkuan en septiembre de 1937.

En contraste con los soldados chinos, el ejército japonés entró en guerra con una herencia de victoria, una fuerza equilibrada de armas de combate y servicios de apoyo, un sistema de estado mayor de tipo alemán, artillería y tanques apropiados para una campaña en China y el espíritu de *bushido* , el código del guerrero, un código de victoria o muerte y ninguna piedad para el enemigo. El ejército japonés se beneficiaba del programa de modernización de su armamento que había emprendido en los años treinta y gracias al cual estaba a la altura de los ejércitos occidentales, al menos los de la primera guerra mundial. El principal freno a la agresividad japonesa era sencillamente el tamaño de su ejército y el lento

proceso de regimentar a la población civil y la economía para la guerra. Al empezar el conflicto chinojaponés, el ejército sólo contaba con 17 divisiones y el Ejército Kwangtung, con cinco. Incluso cuatro años más tarde, en el apogeo de la movilización, el número de divisiones era de 31 solamente (cada una de 20 000 hombres) y el Ejército Kwangtung, de 13. Muy consciente de sus vulnerabilidades humanas y económicas, en 1937 el gobierno de Konoe Fumimaro tomó medidas paralelas de coacción y persuasión. Negoció directamente con los nacionalistas y exigió el derecho de dominar el norte de China por medio de sus regímenes marioneta. Los japoneses también buscaron colaboradores chinos que quisieran derrocar a Chiang Kaishek, tales como un notable del Kuomintang que desertó y se llamaba Wang Chingwei. Y con ayuda alemana trataron de impedir la intervención extranjera en China. Finalmente, siguieron ejerciendo presión militar y avanzaron hacia el sur, hasta llegar a ciudades situadas a orillas del río Amarillo, a lo largo de la línea que iba de Tsingtao a Sian, a comienzos de 1938. Esta prudente estrategia tal vez hubiera tenido alguna probabilidad de dar buenos resultados de no haber sido porque los propios japoneses la echaron a perder al abrir un segundo frente en Shanghai.

Chiang Kaishek decidió que Shanghai fuese el lugar donde derrotaría a los japoneses y mandó allí sus mejores tropas nacionalistas bajo la mirada vigilante de la prensa occidental y la comunidad extranjera de Shanghai, protegida todavía por una guarnición anglonorteamericana. Cuando las tropas locales participaron en los disturbios y los asesinatos antijaponeses en agosto, Chiang Kaishek apoyó a su comandante con cuatro divisiones adiestradas por los alemanes y finalmente destinó unas 50 divisiones (700 000 soldados) para contener y luego destruir a un ejército japonés de 10 divisiones (300 000 soldados e infantes de marina). Mientras concentraba sus efectivos, el 14 de agosto Chiang Kaishek ordenó a su fuerza aérea que bombardease las unidades de aviación, los barcos y las instalaciones de los japoneses en Shanghai; varias bombas cayeron en el barrio de las concesiones internacionales y mataron a unas 2000 personas, la mayoría de ellas chinas. Algunos observadores sacaron la conclusión de que los nacionalistas habían demostrado su propio desprecio insensato por

la vida con el fin de estimular la intervención europea. En vez de ello, las fuerzas armadas japonesas (incluidas unidades y aviación navales) dieron comienzo a una campaña de venganza y exterminio que expulsó a los chinos de Shanghai antes de finales de noviembre. Los chinos combatieron valerosamente y perdieron la mitad de sus efectivos; ninguno de los dos bandos respetó la vida de los heridos y los prisioneros. En lo que se refiere a su efecto en los observadores occidentales, la batalla de Shanghai no inclinó la balanza de los sentimientos a favor de ninguno de los dos bandos y lo único que hizo fue aturdirlos a causa de la ferocidad de lo que los japoneses llamaban ahora el Incidente de China.

Después de aniquilar a las mejores divisiones nacionalistas, la Fuerza Expedicionaria japonesa en la China Central avanzó hacia el oeste siguiendo el Yangtse en dirección a Nankín y el gobierno de Chiang Kaishek. Los restos del ejército chino opusieron cierta resistencia, pero los japoneses entraron en la ciudad el 13 de diciembre tras un ataque devastador de la aviación y la artillería. El ejército japonés abandonó entonces la moderación disciplinaria que se le había impuesto para mantener la autoridad de los oficiales más que para demostrar valores humanitarios. Casi todo el mundo se convirtió en blanco legítimo de los enfurecidos japoneses. Sus aviones atacaron barcos de guerra extranjeros que estaban evacuando a los aterrorizados europeos de Nankín; un ataque aéreo contra la cañonera de la marina norteamericana *Panay* mató a dos marineros e hirió a 50 personas entre marineros y pasajeros. El gobierno japonés demostró que era sensible a la opinión norteamericana pidiendo perdón a Estados Unidos y disponiendo que se pagaran indemnizaciones en sólo dos semanas. Sobre la población china, sin embargo, cayó la dura mano del genocidio; en ocho semanas de caos de las que fueron testigos miles de occidentales y supervivientes chinos, soldados japoneses de todas las graduaciones torturaron, violaron, mutilaron y asesinaron a decenas de miles de chinos sin distinción de edades ni sexos. El gobierno nacionalista calculó que el número total de muertos fue de 100 000, pero varias investigaciones efectuadas después de la guerra dieron una cifra más próxima a 200 000. La defensa de Shanghai había despertado el nacionalismo chino y la «violación de Nankín» dio a los chinos, por primera vez desde hacía siglos, una

causa común contra un invasor extranjero. Además, los medios de comunicación occidentales prestaron mayor atención a la guerra, y no fue en beneficio de Japón.

Los ejércitos japoneses desplegados al sur y al norte del valle del río Amarillo iban acercándose el uno al otro y sus comandantes esperaban que su encuentro señalara el final de la guerra. Mientras tanto, los diplomáticos japoneses, utilizando con frecuencia intermediarios alemanes, buscaron algún tipo de acuerdo con los nacionalistas que ratificase la victoria militar sin tener que proseguir la campaña ni emprender un duro programa de pacificación. El gobierno nacionalista estableció ahora su capital en Chungking, también a orillas del Yangtse, mucho más arriba, pero todavía bajo la amenaza de los ataques aéreos, e hizo ahora un llamamiento a la resistencia total y a una prolongada guerra de guerrillas.

La situación de Chiang Kaishek era desesperada. La ayuda militar soviética era insegura, a la vez que los alemanes no veían ningún beneficio en continuar su misión militar ante Chiang Kaishek. El *Führer* se dio cuenta de que ayudar a Japón en vez de a China debilitaría a la Unión Soviética y al imperio británico, como sugerían los cantos de sirena que el embajador japonés en Berlín, (el general) Oshima Hiroshi interpretaba hábilmente. Los japoneses se aseguraron de que los alemanes entendieran que la guerra en China era también una guerra contra el comunismo; el creciente poder de las fuerzas partisanas de los comunistas chinos en el noroeste de China era la prueba de ello. El gobierno de Konoe Fumimaro demostró su confianza en sí mismo en enero de 1938 anunciando que dejaría de reconocer al gobierno de Chiang Kaishek y trataría sólo con otros movimientos políticos, excepto, por supuesto, los comunistas.

La posibilidad de que la guerra en China acabara provocando conflictos con la Unión Soviética y una coalición anglonorteamericana justificó el incremento de la regimentación y la represión interior en Japón. El gobierno de Konoe Fumimaro se hizo ahora eco de los llamamientos a la «revitalización moral y cultural» que recordaban el autoritarismo radical de la facción kodoha del ejército, que ya había sido aplastada, y ejerció presión sobre la Dieta para que aprobase la Ley de Movilización Nacional

General de febrero de 1938, que permitía al gabinete gobernar sin consultar con la Dieta. Los liberales, los socialistas y los pacifistas cristianos se vieron empujados a los márgenes de la sociedad japonesa, a menudo destituidos de sus puestos de trabajo y a veces encarcelados. El público japonés empezaba a notar la presión económica de la guerra; poco a poco fueron racionándose algunos tipos de alimentos, prendas de vestir, artículos de consumo y de importación. Financiados en gran parte por los préstamos y la expansión monetaria, los gastos militares consumieron el 75 por ciento de la financiación pública. La inflación aumentó, al igual que la dependencia de Japón de las materias primas importadas que servían para aumentar la producción bélica del *zaibatsu* \ exceptuando el mineral de hierro y el carbón, los materiales estratégicos (especialmente el petróleo) tenían que traerse del extranjero. Incluso después de dedicar nuevas tierras a la producción agrícola, Japón tenía que importar alimentos básicos, entre ellos el arroz.

Las victorias militares japonesas de 1938 reforzaron una política de conquista y ocupación. A pesar de otra rara victoria militar de los nacionalistas en Taierhchuang en marzoabril de 1938, la defensa del valle del río Amarillo por los chinos se derrumbó con la pérdida de la ciudad ferroviaria clave de Hsuchow en mayo de 1938 y la destrucción del ejército del 2º Grupo chino, compuesto por 600 000 soldados, a manos de un ejército japonés de 400 000 bien dotado de artillería y tanques. Los chinos perdieron de nuevo más de la mitad de sus hombres. Mientras tanto, otra fuerza japonesa, mandada por el general Doihara, tomó Wuhan, lugar clave del río Yangtsé, con lo que los japoneses tuvieron un pie a cada lado de la última línea ferroviaria de norte a sur que salía de China. Más fuerzas expedicionarias bajaron por la costa desde Shanghai hasta Cantón en octubre de 1938 y finalmente se apoderaron de la isla de Hainan en el golfo de Tonquín en febrero del año siguiente. Estos enclaves costeros reforzaron el bloqueo marítimo de China por parte de los japoneses, que ahora se encontraban en un lugar desde el que podían amenazar la Indochina francesa y las Filipinas.

Después de evaluar las victorias militares de 1938, el jefe del gobierno japonés anunció con satisfacción que Japón se había embarcado en una cruzada cuyo objetivo era acabar con el

imperialismo europeo en Asia. Japón se convertiría en el baluarte de un «Orden Nuevo» para Asia, la Dai ToA Kyoeiken o Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. El Orden Nuevo pondría fin al imperialismo, detendría el comunismo y uniría a los asiáticos en una gran alianza cultural y espiritual libre de la mácula occidental. Expresando los agravios contra Occidente que abrigaba desde que prestara servicio en Versalles en 1919, el príncipe Konoe Fumimaro anunció el fin de la política «de puertas abiertas».

La declaración de la victoria por parte del príncipe Konoe Fumimaro en noviembre de 1938 resultó prematura y él mismo dimitió cuando apenas habían transcurrido dos meses, a principios de un año fatídico para Japón, un año tan lleno de malos augurios que incluso los militares se preguntaron si era acertado hacer la guerra contra China. Cuanto más penetraban los japoneses en China, más lejos parecían estar de la paz. Además, otros enemigos parecían dispuestos a desafiarles y los alemanes resultaron ser tan pérfidos como los ingleses. Por primera vez, Estados Unidos estuvo cerca de tomar medidas oficiales para ayudar a la China nacionalista cuando el Congreso aprobó una modesta solicitud de créditos por valor de 25 millones de dólares que presentó el gobierno Roosevelt. Concebido para apuntalar el crédito internacional de Chungking, el empréstito representaba un desplazamiento hacia el intervencionismo, a pesar de que Hull seguía oponiéndose a ello. En el Departamento de Estado, el Tesoro y la Casa Blanca se formó una alianza de funcionarios pro China que recibió apoyo de varios magnates de los medios de comunicación que simpatizaban con los chinos, especialmente Henry Luce de las revistas *Time* y *Life* . Misioneros y hombres de negocios, que a menudo compartían una admiración sincera por los chinos normales y corrientes, aunque no por el Kuomintang, instaron al gobierno a actuar de manera más agresiva. Chiang Kaishek tuvo el buen sentido de utilizar a su esposa, la luminosa *Madame* Chiang (Soong Meiling), y a sus dotados hermanos y hermanas de nacimiento y por matrimonio como representantes personales suyos. Los Soong hablaban inglés, tenían años de experiencia en la comunidad extranjera de Shanghai, practicaban el cristianismo y conocían la política norteamericana de sus tiempos de estudiantes en Estados Unidos y de muchas visitas subsiguientes.

A finales de 1938, Roosevelt, que pertenecía a una familia cuya fortuna tenía su origen en el comercio con China a principios del siglo XIX, sacó la conclusión de que los japoneses tenían que pagar algún precio por su codicia y su inclinación a derramar sangre. El presidente empezó a pensar en imponer sanciones económicas y en calibrar la aceptación que las medidas de este tipo tendrían entre los norteamericanos. La reacción pública al ataque contra la *Panay* inducía a pensar que Roosevelt tenía un mandato para actuar de forma moderada y lo mismo opinaban los líderes del Congreso. Aunque la ayuda directa todavía era imposible debido a las dificultades prácticas que conllevaba el envío de pertrechos militares a China, el primer paso para castigar a Japón y debilitar su movilización industrial consistiría en abrogar el Tratado de Comercio y Navegación de 1911, que había dado a los japoneses generoso acceso a los proveedores y las instituciones financieras estadounidenses. En julio de 1939 el Congreso abrogó el tratado. Sin embargo, los japoneses tenían seis meses para arrepentirse antes de que la ley entrase en vigor.

Los europeos asestaron a los japoneses golpes más contundentes. Exceptuando Gran Bretaña, que quería apaciguar a Tokio además de a Berlín, las naciones de la Europa occidental respaldaron a Estados Unidos, mientras que Alemania y la Unión Soviética marcharon cada una por su lado. El Pacto de No Agresión nazisoviético de agosto de 1939 dejó atónitos a los japoneses, que se preguntaron qué había sido de la gran alianza contra el comunismo. El Ejército Kwangtung se llevó una sorpresa todavía mayor al chocar con fuerzas soviéticas en la frontera entre Manchuria, la Unión Soviética y Mongolia en agosto de 1938 y mayo de 1939. En la segunda batalla, el Incidente de Momonhan, los soviéticos destruyeron una división reforzada japonesa que huyó además de sufrir gran número de bajas mortales. Los soviéticos tenían una potencia de fuego y una movilidad que los japoneses no podían igualar, y el estado mayor general del ejército japonés se preguntó si podría continuar desplegando sus divisiones en la inmensidad de China al mismo tiempo que hacía frente al Ejército Rojo en la frontera de Manchuria. En China los ejércitos nacionalistas habían quedado reducidos a un simple fastidio, pero las fuerzas de partisanos, muchas de ellas capitaneadas por comunistas entusiastas, atacaban

ahora a los destacamentos que vigilaban el tenue sistema de ferrocarriles y carreteras del que dependía el ejército japonés en el interior. En términos convencionales, el ejército japonés había ganado la guerra en China, pero no podía poner fin a ella.

En una conversación con un oficial norteamericano que visitó su cuartel general en Yenan, Mao Zedong se burló de la afirmación de que los japoneses habían conquistado China: «China es como una jarra de cuatro litros que Japón intenta llenar con medio litro de líquido».[3] La evaluación de Mao no estaba muy equivocada en lo que se refería exclusivamente a la gente en armas. A pesar de que los ejércitos chinos habían perdido más de un millón de hombres, aún había dos millones de soldados distribuidos en unidades regulares o grupos de partisanos, aun cuando estuvieran mal armados, adiestrados y mandados. La mitad de la población de China, que ascendía a 450 millones de almas y vivía en un 60 por ciento de las tierras arroceras del país, seguía estando fuera de la zona ocupada por los japoneses. Mao Zedong recordó a los chinos que el factor tiempo les era favorable: «Los militaristas japoneses van perdiendo gradualmente la iniciativa debido a su escasez de tropas… debido a que están luchando en suelo extranjero… y debido a las estupideces del mando».[4]

China, sin embargo, continuaba aislada del mundo exterior salvo por el aire y por dos carreteras primitivas desde Birmania y la Indochina francesa. Además, la mayor parte de su limitada industria había caído en manos de los japoneses. Aunque el gobierno chino pudiera comprar armas en la Europa occidental, seguía dependiendo de los puertos y las carreteras controlados por los ingleses y los franceses para hacer llegar estas armas al ejército nacionalista que operaba en el oeste del país. Los japoneses no permitieron que este tráfico pasara desapercibido y en 1940 ejercieron presión sobre los ingleses para que cerrasen la carretera de Birmania. En julio de 1940 fuerzas japonesas desembarcaron en la zona de HanoiHaifong, en el norte de Indochina, y, con la cooperación resignada (tras una batalla que duró dos días) de la administración colonial francesa, que era fiel al régimen de Vichy, cerraron la última carretera que llevaba a la China nacionalista.

El estallido de la guerra en Europa en septiembre de 1939 no supuso ningún cambio en el punto muerto estratégico a que se

había llegado en China, que tuvo su propia «guerra falsa» durante el invierno de 1939-1 940. Esto, con todo, no quiere decir que los adversarios no buscaran ventajas en la región. Los japoneses hicieron dos intentos (abriloctubre de 1939 y abriljunio de 1940) de tomar Changsha, en la provincia de Hunan, y en ambas ocasiones decidieron que las bajas no justificaban continuar avanzando hacia esta ciudad interior del sur. Empezaron a llamar a sus ofensivas periódicas «expediciones punitivas», y en el norte de China el general en jefe japonés dijo que la guerra era una campaña dirigida a suprimir la guerrilla que justificaba la política de «los Tres Todos», es decir, de matanzas, incendios y destrucción totales. Los nacionalistas chinos dieron algunas señales de reanimación militar, pero en enero de 1941, en lugar de concentrarse en combatir a los japoneses, Chiang Kaishek usó uno de sus mejores ejércitos para aplastar al nuevo 4º ejército comunista, que operaba con eficacia detrás de las líneas japonesas en el norte de China. Este último acto de suicidio político por parte de Chiang Kaishek también eliminó a Wang Ming, el protector del 4º ejército en el seno de la elite gobernante comunista. Wang Ming era el principal rival de Mao Zedong y líder de la camarilla prosoviética en el Partido Comunista chino. Tras la eliminación de Wang Ming, no quedó nadie que pudiera obstruir el camino de Mao hacia el poder.

ESTADOS UNIDOS ENTRA EN ACCIÓN

Tanto para Japón como para Estados Unidos, la caída de Francia y la difícil situación del imperio británico provocaron el primero de dos grandes cambios en la situación estratégica mundial. Con motivo de otro cambio de gobierno en Japón, el príncipe Konoe Fumimaro volvió para encabezar un gabinete más agresivo en julio de 1940 y nombró a dos partidarios acérrimos del gobierno japonés en Manchuria, el general Tojo y Matsuoka Yosuke, como ministro de la Guerra y ministro de Asuntos Exteriores, respectivamente. Para completar la disolución de los partidos políticos japoneses, el gobierno de Konoe Fumimaro anunció la formación de la Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial, que era una coalición de grupos nacionalistas de carácter extremista que se

parecía al Partido Nazi. Con todo, Konoe Fumimaro concentró su atención en la necesidad de encontrar un modus vivendi con los chinos. Hasta trató de negociar con Chiang Kaishek, a costa de desmoralizar a las diversas marionetas que Japón tenía en China, pero las iniciativas no llegaron a ninguna parte. Konoe Fumimaro decidió entonces tratar de restaurar las relaciones de Japón con Alemania, y en septiembre de 1940 Matsuoka Yosuke puso punto final a las complejas negociaciones cuyo resultado fue el Pacto Tripartito entre Alemania, Japón e Italia contra Estados Unidos. Los alemanes pensaron que la amenaza que suponía el Pacto limitaría la ayuda que los norteamericanos pudieran prestar a Gran Bretaña; los japoneses pensaron que el pacto haría que Estados Unidos y la Unión Soviética vacilaran en prestar ayuda a China o a las colonias europeas del sudeste de Asia. El pacto también estipulaba que Alemania prestase ayuda económica y militar a Japón.

En contra de las expectativas, la conquista alemana de la Europa occidental fortaleció de manera espectacular el propósito norteamericano de ayudar a Gran Bretaña y hacer frente a Japón, no sólo a causa de China, sino también en lo que se refería al futuro de los imperios coloniales en toda Asia. En enero de 1940 Roosevelt ya había ordenado a la marina de guerra estadounidense que trasladara la flota de batalla a la base de Pearl Harbor, Hawai, cuyo potencial aún no se había aprovechado plenamente. Fue un acto de diplomacia disuasoria que en realidad dejó a la flota menos preparada para combatir. La caída de Francia, sin embargo, hizo pensar en la posibilidad de que fuera necesario tomar medidas más drásticas para prestar ayuda directa a Gran Bretaña y evitar que los recursos del sudeste de Asia cayeran en poder de los japoneses. Roosevelt logró que el Congreso accediera a revisar las Leyes de Neutralidad, aunque sólo fuese para que el gobierno pudiera reforzar sus defensas en el hemisferio cooperando con los aliados. El «lobby» pro China también cobró ánimos al aprobarse, en noviembre de 1940, la solicitud de Chiang Kaishek de otro empréstito de 100 millones de dólares. La embajada japonesa, en cambio, no pudo evitar que en julio y septiembre de 1940 se impusiera un embargo parcial a las exportaciones de chatarra y acero norteamericanos, así como de otros materiales estratégicos y petróleo, a Japón. Estas leyes no hicieron más que estimular el

deseo de Japón de ser el líder de la Alianza Tripartita.

Aunque se aprobó principalmente para ayudar a los ingleses, la ley de Préstamo y Arriendo de marzo de 1941 permitió al gobierno Roosevelt considerar la posibilidad de prestar ayuda militar directa a Chiang Kaishek, cuya resistencia continua tenía al ejército japonés inmovilizado en China y lejos del sudeste de Asia. Los nacionalistas, cuyo representante en Washington era T. V. Soong, hicieron tres importantes peticiones: 1) la creación de una fuerza aérea de 1000 aviones bajo el mando de un oficial retirado del ejército norteamericano, Claire Chennault, que trabajaría para los chinos; 2) maquinaria de construcción para mejorar las carreteras y los ferrocarriles de China, y 3) armas y material para pertrechar a 30 divisiones modernas. El ejército de Estados Unidos y la Oficina de Administración de Préstamo y Arriendo aprobaron un programa más realista de 145 millones de dólares, dividido entre aviones y armas para el ejército, toda vez que gran parte de la maquinaria pesada que solicitaban los chinos no podría llegar a su país. El gobierno también aprobó la propuesta del ejército de enviar una misión militar permanente a China para que adiestrase al ejército nacionalista. Las dificultades de enviar material a China permitieron a Estados Unidos decir a Japón que aún estaba a tiempo de negociar un acuerdo.

Sin embargo, antes de que las conversaciones en serio entre norteamericanos y japoneses pudieran empezar, la situación estratégica volvió a cambiar de manera espectacular: Alemania invadió la Unión Soviética. Por los mensajes que el embajador Oshima envió desde Berlín, que eran largos y fieles a la verdad, Konoe Fumimaro tuvo conocimiento de la operación Barbarroja a comienzos de 1941 y permitió a Matsuoka Yosuke negociar un Pacto de Neutralidad con los rusos en abril de 1941. El pacto y la operación Barbarroja hicieron desaparecer la amenaza soviética sobre Manchuria y las islas del archipiélago japonés. Ahora los japoneses podían pensar en recurrir a la única de sus grandes bazas que aún no habían utilizado, la flota combinada de la marina imperial, mandada por el almirante Yamamoto. Los miembros más agresivos del gabinete de Konoe Fumimaro arguyeron que una decisión favorable a la guerra no podía esperar; las reservas de petróleo y alimentos habían empezado a descender en 1941.

Además, los militares japoneses insistieron en que era necesario detener a Estados Unidos antes de que la ayuda que prestaba a los nacionalistas produjese una verdadera fuerza aérea china, un pequeño ejército moderno y un aumento de las fuerzas paramilitares que ya hostigaban a las divisiones del ejército japonés, incapaces de dar más de sí. Konoe Fumimaro, que aún albergaba la esperanza de que Estados Unidos dejara de apoyar a China y a las colonias de los aliados, disolvió su segundo gabinete para librarse de Matsuoka Yosuke.

Al observar que el apoyo norteamericano a Gran Bretaña iba en aumento y que la Unión Soviética se tambaleaba, los militares japoneses creyeron que Estados Unidos no haría una guerra a gran escala contra Japón porque hacerla significaría permitir que el nazismo triunfara en Europa. Había llegado el momento de poner en práctica la estrategia de 1936: *hokushu nanshin* o «conservar el norte, ir al sur». El primer paso fue la ocupación japonesa del resto de la Indochina francesa en julio de 1941, que permitió crear una nueva base de operaciones en la bahía de Cam Ranh. Washington respondió inmediatamente congelando los fondos y activos japoneses en Estados Unidos e imponiendo un embargo total al petróleo y los metales estratégicos.

Durante todo el verano y principios del otoño de 1941, los funcionarios japoneses y norteamericanos consideraron la perspectiva inmediata de una guerra y ninguno de los dos grupos de diplomáticos y funcionarios encontró mucho consuelo en sus cálculos. Los norteamericanos habían trabajado en diversos planes de contingencia desde la caída de Francia y Roosevelt les había empujado a aceptar el principio de Alemania Primero si Estados Unidos se veía obligado a declarar la guerra a todas las naciones del Eje al mismo tiempo. La defensa de las Filipinas y las colonias aliadas tendría que ser una acción dilatoria a cargo de fuerzas improvisadas que aportarían los ingleses, los holandeses, los australianos y los norteamericanos; aviones con base en tierra, una flota aliada combinada sin portaaviones, y los ejércitos coloniales, reforzados con unas cuantas divisiones europeas y norteamericanas, tendrían que hacer todo lo posible. El ejército estadounidense, por ejemplo, proporcionó sólo una división regular y una fuerza aérea de 250 aviones para la defensa de las Filipinas; todas las demás

divisiones estaban formadas por voluntarios y reclutas filipinos con poca experiencia. El plan de guerra que parecía tener más probabilidades de usarse en el otoño de 1941 era el llamado Rainbow Five, que daba por sentado que había pocas esperanzas de detener a los japoneses. En líneas generales, la única amenaza seria que podía preparar Estados Unidos era una incursión en el Pacífico Central a cargo de la Flota del Pacífico, que ya estaba debilitada a causa del envió de parte de sus unidades al Atlántico y del ir y venir transportando refuerzos a bastiones tales como Guam, la isla de Wake, las islas Midway y las Filipinas vía Australia.

Ante la perspectiva de una guerra, en julio de 1941 el príncipe Konoe Fumimaro intentó frenar a los activistas de su propio gabinete. Arguyó que Roosevelt entraría en razón y abandonaría Asia al ver que la crisis iba en aumento. Konoe Fumimaro pensaba que al menos podría ganar tiempo antes del enfrentamiento con Estados Unidos. Encontró apoyo en los estados mayores de la marina encargados de la planificación en Tokio y con la flota combinada, que ahora tenía su base en Hokkaido, lejos de las miradas indiscretas y las distracciones de Honshu. Una y otra vez se repasaron los planes y los simulacros de combate. El ejército afirmó que podía poner en práctica la estrategia de «ir al sur» mediante una campaña relámpago con sólo 15 de las 51 divisiones de que disponía. En el archipiélago japonés quedarían sólo cinco divisiones.

Lo más importante era la marina, que contaba con una fuerza de aviación bien adiestrada y magníficamente pertrechada, que se componía de 2000 aviones con bases en portaaviones y en tierra y una fuerza de batalla cuyos principales elementos eran diez acorazados y diez portaaviones. El ejército, sin embargo, dudaba del entusiasmo de la marina por la guerra, especialmente en el caso del almirante Yamamoto. La estrategia japonesa dio origen a rivalidades entre la marina, el ejército y la fuerza aérea. Yamamoto no dudaba de que la marina podía llevar a cabo el plan de «ir al sur» en el sentido operacional, pero se preguntaba si Estados Unidos se atendría a su estrategia de Alemania Primero en el caso de sufrir una derrota en el Pacífico. Le parecía más probable que la vergüenza racial y el orgullo nacional empujaran a Estados Unidos a emprender una cruzada antijaponesa, en vez de aceptar

graciosamente el derecho natural de Japón de dominar Asia. Yamamoto no ponía en duda el acierto de atacar las Filipinas, lo que con toda seguridad provocaría la entrada de Estados Unidos en la guerra, porque las fuerzas japonesas no podían operar más al sur con semejante amenaza en su retaguardia. Sin embargo, no podía asumir la responsabilidad de que la marina obtuviera una victoria si no se le permitía atacar a la flota norteamericana del Pacífico en sus fondeaderos de Pearl Harbor.

El príncipe Konoe Fumimaro participó en las deliberaciones acerca de la guerra con los europeos y Estados Unidos, pero no pudo ocultar sus dudas sobre una victoria rápida, alentadas por la evaluación de Yamamoto. Los ministros de su gabinete pensaban de otra manera y en julio de 1941 arguyeron que el plan de «ir al sur» debía ponerse en práctica lo antes posible. Otro examen a fondo de la situación internacional a principios de septiembre dio el mismo resultado: la guerra con Estados Unidos era inevitable y la victoria se alcanzaría lanzando un ataque preventivo inmediatamente. Konoe Fumimaro permaneció en su puesto hasta que las presiones le obligaron a dimitir en octubre de 1941. El general Tojo se convirtió en jefe del gobierno. El 5 de noviembre Tojo y los otros ministros clave volvieron a revisar los planes, que ahora incluían la opción Pearl Harbor de Yamamoto como precio de la participación de la marina en la estrategia de «ir al sur». Tojo decretó que si Estados Unidos no satisfacía las exigencias japonesas de hegemonía en Asia antes del 25 de noviembre, los planes de guerra entrarían en vigor.

CONCLUSIÓN

Para Estados Unidos los días de paz disminuyeron hasta quedar reducidos a poquísimos; pero para Japón el año 1941 trajo la oportunidad de poner fin a cuatro años de guerra en China y liberarse de la humillación racial y de la interdependencia económica. Cegados por su propio sentido de superioridad cultural y sus falsas ideas de progreso industrial y determinismo económico, los japoneses no podían comprender por qué Estados Unidos se preocupaba por los chinos, que mostraban un tradicionalismo

irracional y una patética desorganización social. Después de convencerse de que los únicos dioses verdaderos de Estados Unidos eran los beneficios y el consumo, los japoneses no acertaron a imaginar que las llamas que consumieron los acorazados de la flota norteamericana del Pacífico el 7 de diciembre de 1941 encenderían una mortífera tempestad de venganza, racismo, vergüenza e idealismo en el corazón del pueblo norteamericano.

8 La guerra japonesa de conquista 1 941-1942

LOS aviones sobrevolaron estruendosamente la base naval estadounidense de PearI Harbor a las 7,55 de la mañana hora de Hawai con los brillantes rayos del sol detrás de ellos. A bordo de los barcos de guerra norteamericanos anclados en Middle Loch, East Loch y «Battleship Row» junto a la isla de Ford, los abanderados hicieron una pausa en las bovedillas de los barcos antes de izar la bandera norteamericana y miraron a los aviones que se acercaban. Algunos pensaron que procedían del portaaviones *Enterprise* , que debería haber llegado ya el día anterior después de llevar refuerzos a la isla de Wake. Entonces empezaron a caer las bombas.

En el cercano aeródromo de Hickam, donde los aviones de las Fuerzas Aéreas del Ejército Norteamericano (USAAF) se hallaban pulcramente estacionados en las pistas, el soldado raso Earl Schaeffer echó a correr al oír las explosiones de las bombas: «Bueno, vi muchos incendios, aviones que ardían, edificios en llamas, mucho humo saliendo de la zona de Pearl Harbor. ¡Era demasiado! Sencillamente no entendía qué estaba pasando». Miró fijamente, con ojos incrédulos, los enormes discos rojos de los cazas que se elevaban y descendían sobre las pistas de Hickam, disparando sus cañones de 20 milímetros y sus ametralladoras contra los aviones estacionados. Se dio cuenta de «la espantosa verdad» y se sintió mal mientras observaba cómo los cazas Mitsubishi A6M2 Zero hacían una pasada tras otra sobre los restos llameantes de los bombarderos a lo largo del área de estacionamiento.[1]

EL CAMINO A LA GUERRA

Aunque desde hacía un decenio los planificadores navales, tanto japoneses como norteamericanos, conocían bien los requisitos para un ataque contra Pearl Harbor, sólo el estado mayor del almirante Yamamoto Isoroku, comandante en jefe de la flota combinada, podía transformar los estudios y los simulacros de guerra en una realidad llameante y crear una llave de jiujitsu que derribó a la Flota del Pacífico en un momento de debilidad imprevista. Después de que a comienzos de 1941 sacara la conclusión de que la guerra era ya inevitable, Yamamoto se valió de su carisma, su dominio técnico de las operaciones navales y su voluntad indomable para convencer a los estados mayores generales del ejército y la marina imperiales de Japón de que el ataque contra Pearl Harbor era esencial para una «guerra norteamericanobritánicoholandesa». Desde julio de 1941 los estados mayores del ejército y la marina en Tokio habían estudiado y debatido con considerable pasión las diversas opciones para dicha guerra, galvanizados por la opinión de que debido a la falta de petróleo sería esencial lanzar un ataque antes de que transcurrieran 18 meses a menos que Estados Unidos levantara las sanciones económicas.

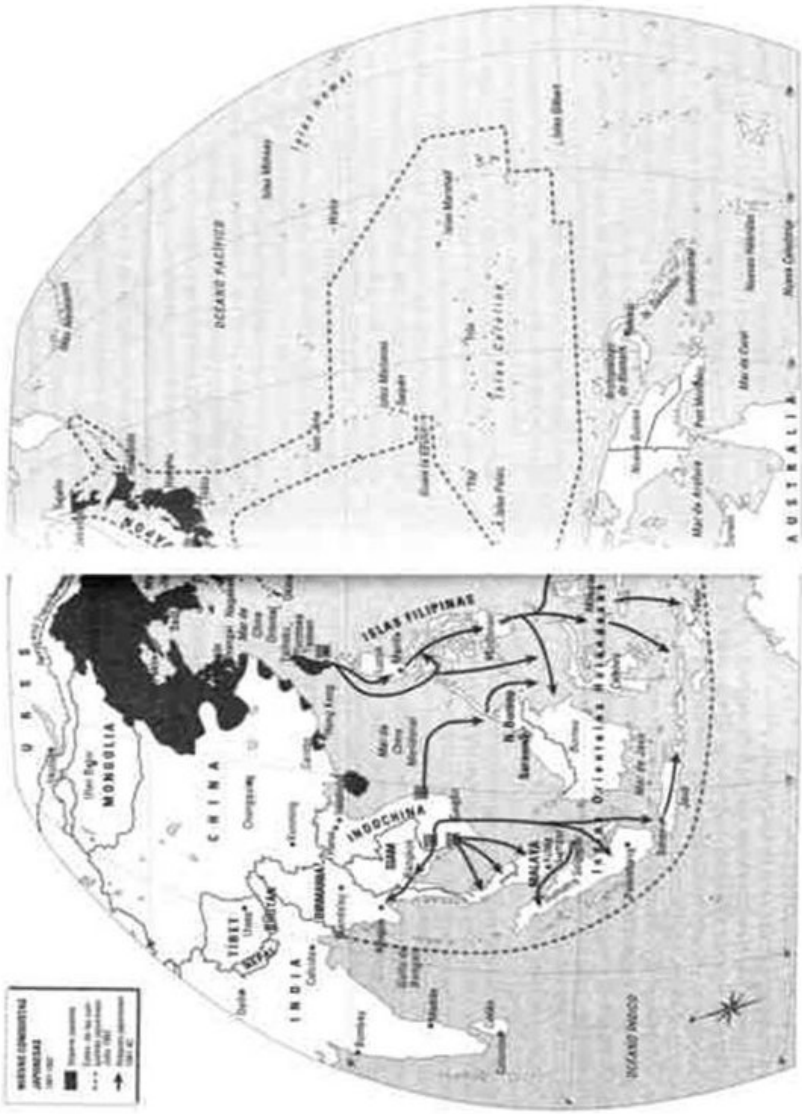
Los objetivos económicos clave eran Malasia y las Indias Orientales Holandesas, pero lo primero que había que preguntarse era si sería posible atacarlos y tomarlos sin lanzar un ataque simultáneo contra las Filipinas. Por una vez los generales japoneses mostraron más sutilidad política que los jefes de la marina. Aunque los bombarderos norteamericanos con base en tierra (los B17 de la Fuerza Aérea del Extremo Oriente) y los cruceros, destructores y submarinos de la flota norteamericana en Asia representaran una amenaza para las flotas de invasión, la decisión norteamericana de participar en la guerra debían tomarla los propios e imprevisibles norteamericanos. Los generales propusieron que no se atacase Luzón.

Los planificadores de la marina, sin embargo, juzgaron que el riesgo era demasiado grande e insistieron en que las bases norteamericanas en Luzón debían considerarse objetivos primordiales, aunque atacarlas significara entrar en guerra con Estados Unidos. Seguidamente las discusiones se centraron en la

eliminación de la flota estadounidense del Pacífico, que tenía su base en Hawai y sus bases de operaciones avanzadas en Guam y la isla de Wake, donde estaban los aviones de reconocimiento y los submarinos. Un ejercicio de estado mayor que tuvo lugar del 10 al 13 de septiembre demostró que la operación de Pearl Harbor era factible, pero las discusiones sobre si era aconsejable continuaron hasta entrado octubre. Cuando incluso el estado mayor general de la marina puso en duda los riesgos de la operación en las Hawai, Yamamoto amenazó con retirarse, gesto que sus compañeros consideraron que sería un desastre en potencia para la moral y la eficacia de la Flota Combinada.

A finales de octubre los planes de guerra ya identificaban las Filipinas, Pearl Harbor y Malasia como los primeros objetivos de la campaña de «movimiento hacia el sur», con operaciones secundarias contra Hong Kong, la isla de Wake y Guam. Las Indias Orientales Holandesas se conquistarían más adelante, pero todos estos objetivos debían tomarse antes de que trascurrieran 150 días. Para entonces los aliados ya no tendrían fuerzas aéreas, navales y de tierra capaces de impedir la conquista de toda la zona de recursos de los Mares del Sur. Yamamoto y los jefes de las fuerzas de invasión pasaron ahora a concentrar sus unidades, determinar los requisitos locales y poner a punto a sus ansiosos soldados y marineros para la solución final de la influencia europea en Asia.

A medida que el orden de batalla japonés fue cobrando forma en el otoño de 1941, la agresividad con que Yamamoto defendía su estrategia era un indicio del papel desproporcionado que la marina imperial japonesa iba a desempeñar en la guerra. El ejército japonés podía proporcionar 12 divisiones y 4 brigadas independientes y 2 grupos aéreos de 700 aviones para la campaña en el sur.



Una división del 23° ejército (Cantón) [5] tomaría Hong Kong. Cuatro divisiones del
25°
ejército, bajo el mando del teniente general Yamashita Tomoyuki y con sus bases en la isla de Hainan e Indochina, se encargarían de la

invasión de Malaya. Las dos divisiones y dos brigadas independientes del 14° ejército, con sus bases en Formosa y las Riukiu bajo el mando del teniente general Homma Masaharu, tenían la misión de invadir Luzón y tomar la bahía de Manila para destruir así las fuerzas y bases de importancia crítica para la resistencia filipinonorteamericana. Las tres divisiones del 16° ejército, mandadas por el teniente general Imamura Hitoshi y sacadas de las fuerzas del archipiélago japonés e Indochina, proporcionaban cierta reserva estratégica, dado que invadirían las Indias Orientales Holandesas sólo cuando se juzgara que las operaciones en las Filipinas y Malaya habían alcanzado sus objetivos. Regimientos reforzados de las fuerzas de desembarco especiales de la marina (la «infantería de marina» japonesa) asumieron la responsabilidad de asaltar Guam y la isla de Wake. El ejército japonés aportaría alrededor de una quinta parte del poder combativo que tenía en 1941.

El único factor que tranquilizaba a los japoneses era que las fuerzas de tierra aliadas eran aún menos numerosas, no estaban tan bien adiestradas como las suyas y su entusiasmo era menor. Los ingleses habían guarnecido Hong Kong con una brigada británicocanadiense compuesta por seis batallones de infantería y armas de apoyo (10 000 oficiales y otras clases). Las fuerzas que defendían Malaya, incluido el bastión insular de Singapur, ascendían a casi 90 000 soldados, mientras que la fuerza de ataque japonesa era de 60 000. Este ejército de la Commonwealth, reunido a toda prisa finales de 1941, tenía poco apoyo de la Royal Air Force (158 aviones inferiores a los japoneses), carecía de tanques y su artillería de campaña era insuficiente. Además, el Ejército Indio proporcionó la mayoría de las fuerzas (dos divisiones y una brigada), y los indios no eran la flor y nata de su propio ejército, que ya se había desplegado en el Oriente Medio y África para luchar contra los italianos y los alemanes. Una división australiana recién reclutada (la 8ª división, Fuerza Imperial Australiana) defendía el sur de Malaya; Singapur era defendida por dos brigadas malayobritánicas, con una tercera apostada en la otra orilla del

estrecho de Johor. El Real Ejército de las Indias Holandesas contaba con unos 40 000 oficiales y soldados, una tercera parte de los cuales eran holandeses o euroasiáticos y el resto javaneses y de otros lugares de Indonesia; la única reserva real era la policía colonial, que compartía el mantenimiento de la paz interna con el KNIL. Su función policial en tiempos de paz significaba que el KNIL era una fuerza de infantería ligera, desplegada en blancos económicos potenciales (yacimientos de petróleo) y centros de población en las islas principales, es decir, Java, Sumatra, Borneo holandés, Célebes y las Molucas.

La marina holandesa destinó tres cruceros, siete destructores y 15 submarinos a cubrir más de 3200 kilómetros de litoral. Los ingleses reunieron una agrupación naval mayor en Singapur, formada alrededor del acorazado *Prince of Wales* y el crucero de batalla *Repulse* , protegidos por 23 cruceros y destructores. Esta fuerza de superficie, sin embargo, no tenía verdadera cobertura aérea porque el portaaviones que se envió apresuradamente desde el Mediterráneo sufrió una avería durante la travesía.

Las fuerzas de tierra filipinonorteamericanas en Luzón no representaban una gran amenaza, con la posible excepción de los escuadrones de cazas y bombarderos del ejército reunidos en el aeródromo de Clark y capaces de llevar a cabo misiones en puntos tan alejados como Formosa. La Flota de Asia de la marina de Estados Unidos, bajo el mando del almirante Thomas C. Hart, consistía en 3 cruceros, 13 destructores y 29 submarinos, estos últimos una amenaza potencial pero armados (sin saberlo) con torpedos defectuosos. Al igual que los 100 000 hombres de las fuerzas de tierra, las fuerzas aéreas estaban bajo el mando de Douglas MacArthur, que había vuelto al servicio activo en calidad de general en jefe de las fuerzas del ejército estadounidense en el Extremo Oriente. MacArthur, exjefe del estado mayor del ejército y mariscal de campo en las Filipinas, asumió el mando en julio de 1941. Si las palabras nobles pudieran matar, MacArthur estaría al nivel de Gengis Khan como autor de millones de muertes, pero los japoneses pronto demostraron que las palabras nunca podían hacerles daño. En lo que se refería a tropas avezadas y armas modernas, MacArthur se encontraba casi indefenso. Sus fuerzas de tierra se habían formado alrededor de una división del ejército

regular de Estados Unidos (la División de las Filipinas) y una división adiestrada del ejército filipino. Ambas divisiones se basaban en cinco regimientos de infantería de batidores filipinos, un regimiento de batidores de caballería (el 26) y cinco batallones de artillería del ejército estadounidense. La otra aportación norteamericana era un regimiento de infantería, pero el Departamento de Guerra había reforzado a MacArthur con dos batallones de tanques de la Guardia Nacional y tres regimientos de artillería costera y artillería antitanque de la Guardia Nacional y del ejército regular. El resto de las fuerzas de tierra de MacArthur eran 11 divisiones de alrededor de 80 000 milicianos filipinos que habían sido llamados a filas (la mayoría sin adiestramiento previo) durante el otoño de 1941. Incluso cuando sus oficiales eran reservistas norteamericanos y graduados del Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de la Reserva filipino, estas divisiones tenían más o menos el mismo armamento y el mismo adiestramiento que la típica división nacionalista china.

En resumen, las tres agrupaciones de defensa aliadas de 1941 —británica de la Commonwealth, holandesaindonesia y filipinanorteamericana— contaban con poco salvo con tropas inexpertas. La única esperanza real que tenían era la posibilidad de que la aviación y las fuerzas navales aliadas desbaratasen los delicados planes de los japoneses. Éstos —bien informados por sus agentes de la falta de preparación de los aliados— se concentraron en neutralizar la oposición aérea y naval. Sus planes asignaban aproximadamente la mitad de la Flota Combinada a las fuerzas de invasión en el Pacífico Occidental y la mitad a la fuerza de ataque de Pearl Harbor, dirigida personalmente por el almirante Yamamoto *por* mediación de su almirante del aire Nagumo Chuichi. Éste zarpó con seis de los ocho grandes portaaviones de la marina imperial japonesa, pero con sólo dos acorazados, dos cruceros y 11 destructores. La mayoría de las unidades de superficie de la marina japonesa permanecieron en el Pacífico Occidental, donde ocho acorazados, dos portaaviones y más de 100 cruceros y destructores de primera se quedaron para confundir a las flotas aliadas. Escuadrones de la aviación naval japonesa con base en tierra garantizaban la cobertura aérea. Aun en el caso de que el ataque contra Pearl Harbor hubiera fallado o hubiese sido suspendido, la

marina imperial japonesa en el Pacífico Occidental hubiera arrollado a la flota aliada que se envió contra ella.

Mientras se reunían las fuerzas que debían efectuar la conquista, el gobierno japonés intentó reanudar las negociaciones con el norteamericano pensando que había una pequeña posibilidad de que la amenaza de una derrota inminente empujara al gobierno Roosevelt a capitular. Los gobiernos chino y británico, igualmente alarmados, instaron a Roosevelt a mantenerse firme. Diplomáticos oficiales y extraoficiales, obsesionados con su miedo a la guerra, corrían de un lado para otro con toda clase de propuestas, pero en esencia ambos bandos se mantuvieron firmes después de julio de 1941. Los japoneses ofrecieron varios planes de retirada de Indochina y China si el resto del mundo reconocía que Japón debía tener derechos económicos especiales en China y el control absoluto de Manchuria y otras tierras fronterizas más allá de la Gran Muralla. Los japoneses arguyeron que aunque China seguiría siendo una nación independiente, sería un protectorado de facto de Japón, del mismo modo que Cuba y Panamá continuaban bajo la tutela de Estados Unidos.

Cordell Hull, el secretario de Estado, respondió con palabras definitivas en octubre de 1941: Estados Unidos podía suavizar su boicot económico si Japón accedía a abandonar Indochina y China en el plazo de dos años y volver a los principios del Tratado de las Nueve Potencias, que garantizaba la soberanía para China. Mientras continuaban estas negociaciones, Estados Unidos tomó la inciativa de patrocinar conferencias sobre la defensa del Pacífico occidental y el sudeste de Asia, lo cual estimuló algunos refuerzos marginales. El gobierno Tojo pensó que las conversaciones no darían fruto y ordenó acelerar los planes de guerra en septiembre, pero los miembros más conservadores de la junta de planificación (organismo encargado de coordinar la movilización industrial) y los estados mayores militar y naval recomendaron un avance más indirecto hacia la guerra que se extendiese hasta entrado diciembre. Los preparativos esenciales habían quedado terminados a principios de noviembre, y el día 5 el gobierno japonés decidió que si los norteamericanos no cumplían sus condiciones antes de que terminara el mes, iniciaría las operaciones militares contra Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos.

Cuando los diplomáticos vieron que las negociaciones no progresarían, el gobierno Tojo y los estados mayores militares —identificados de forma colectiva como el Cuartel General del Alto Mando Imperial— ordenaron que la fuerza de ataque a Pearl Harbor zarpara de sus fondeaderos en las islas Kuriles, en el norte, el 26 de noviembre. Movimientos parecidos empezaron en las bases japonesas de Formosa, las Marianas, China e Indochina. El gobierno norteamericano, que tenía cierto acceso al movimiento de mensajes cifrados japoneses, tanto diplomáticos como militares, se enteró de los despliegues, pero se le escapó la salida hacia el este de la fuerza de ataque a Pearl Harbor, que se efectuó sin utilizar la radio y bajo un fuerte frente tempestuoso propio de los comienzos del invierno. Desplegados de manera imperfecta, los aviones y barcos de reconocimiento del
14°
Distrito Naval no vieron los portaaviones que se aproximaban, que también evitaron los pocos barcos mercantes que surcaban el Pacífico Norte. Todos los indicios que captaron los servicios de inteligencia sugerían claramente una ofensiva japonesa en el Pacífico Occidental, pero ninguno de ellos hacía pensar en un ataque contra Pearl Harbor. Los comandantes militares norteamericanos en Washington y las Hawai pensaban que con un ataque contra Pearl Harbor (o el canal de Panamá) los japoneses no cosecharían nada excepto indignación, prescindiendo de los daños materiales que pudieran ocasionar. Aunque un análisis más perspicaz de los datos obtenidos por los servicios de inteligencia tal vez hubiera permitido que las Hawai estuviesen más preparadas, el gobierno Roosevelt y los altos mandos militares pensaban que la guerra era inevitable, pero que un ataque contra Pearl Harbor era increíble.

En Washington, el secretario de Estado, Hull, senador wilsoniano de Tennessee que casi era partidario de la paz a cualquier precio, accedió a entrevistarse con los dos negociadores japoneses, el representante especial del emperador, Kurusu Saburo, y el embajador ante Estados Unidos, el almirante Nomura Kochisaburo, pese a que éstos solicitaron que la entrevista se celebrara a la una de la tarde del domingo 7 de diciembre de 1941. Antes de acudir a la entrevista, Hull ya sabía que la embajada

japonesa había recibido un mensaje largo y complicado de Tokio que los criptólogos norteamericanos trabajaban afanosamente para descifrar. Los oficiales militares y diplomáticos que estaban de guardia opinaron que el contenido del mensaje y el momento de su recepción no auguraban nada bueno y comunicaron su preocupación a Hull. El secretario de Estado se enteró del ataque contra Pearl Harbor mientras Kurusu y Nomura esperaban ser recibidos.

Cuando por fin les recibió, alrededor de las 2,30 de la tarde, Hull les acusó inmediatamente de duplicidad, traición y mendacidad por traerle un ultimátum lleno de «infames falsedades y tergiversaciones en una escala tan enorme que nunca hasta hoy imaginé que algún gobierno de este planeta fuera capaz de proferirlas». Después de que los dos japoneses huyeran de su enfurecida presencia, Hull les llamó «homúnculos y sinvergüenzas».[2] Los dos negociadores japoneses no sabían nada del ataque contra Pearl Harbor. El plan del gobierno Tojo de presentar a Estados Unidos un memorial de agravios y una llamada a la capitulación en el mismo momento en que llovían bombas sobre la Flota del Pacífico no había dado resultado. Fue la primera vez, pero no la última, que los japoneses se pasaron de listos en sus planes.

DERROTA EN EL PACÍFICO

A los pocos minutos de caer las primeras bombas sobre sus acorazados, el cuartel general de la Flota del Pacífico y el cuartel general de su aviación enviaron mensajes por radio a sus unidades, a otras estaciones del Pacífico y (vía San Francisco) al Departamento de Marina en Washington: «Ataque aéreo, Pearl Harbor… Esto no es ningún ejercicio». El secretario de Marina, Frank Knox, retrocedió con asombro, pensando que el mensaje tenía que referirse a las Filipinas. Franklin Roosevelt, que estaba almorzando con su ayudante de confianza Harry Hopkins en el Despacho Oval, recibió la noticia de Knox y tuvo la misma reacción. Los japoneses habían cometido un error político de primer orden al atacar territorio norteamericano. El presidente dijo a Hopkins que ya no podía controlar los acontecimientos, toda vez que el Congreso

sin duda declararía la guerra a Japón inmediatamente. Añadió que albergaba la esperanza de poder respetar su acuerdo con Churchill y luchar primero contra Alemania, pero ya se había doblegado ante las presiones políticas al reforzar las Filipinas, en contra de los consejos de sus asesores militares. Llamó al embajador chino para darle la noticia pero le advirtió que procurase que en Chungking no se alegraran demasiado. A media tarde Roosevelt recibió un primer informe de Pearl Harbor sobre la magnitud de los daños, que era grave pero no irreparable; no informó de las pérdidas a la prensa. Luego autorizó la guerra aérea y submarina sin restricciones contra el imperio japonés. Ya se había puesto a trabajar en el mensaje al Congreso sobre el «día que vivirá en la infamia».

Dejando torres de humo tras ellas, las Águilas Marinas del cuerpo de aviación naval japonesa se alejaron con gran estruendo de la destrucción que acababan de causar en toda la isla de Oahu. Habían atacado en dos oleadas, que habían despegado con un intervalo de una hora, y antes de que transcurrieran siete horas el último avión había aterrizado en su portaaviones. La primera oleada de 183 aviones torpederos, bombarderos en picado, bombarderos en vuelo horizontal y cazas había causado la mayor parte de los daños en ataque de unos 30 minutos; al llegar la segunda oleada de 170 bombarderos en vuelo horizontal, bombarderos en picado y cazas, se encontró con que el humo ocultaba sus objetivos y el fuego antiaéreo era intenso y furioso. La primera oleada se dividió en cuatro subgrupos y arremetió contra sus objetivos principales: los aeródromos del ejército Hickam, Wheeler, Bellows y Mokuleia, las estaciones aéreas de la infantería de marina en Ewa y la bahía de Kaneoheg y la estación aérea naval en la isla de Ford. De los casi 400 aviones militares que había en Oahu, 188 fueron destruidos y 159, dañados.

El otro objetivo principal eran los ocho acorazados anclados en Battleship Row en la isla de Ford y cualquier otro barco de guerra que estuviera anclado. Aunque el 7 de diciembre había más de 200 barcos y embarcaciones dentro del puerto, sólo 46 eran buques de guerra y entre ellos no había ningún portaaviones. Los acorazados fueron los que llamaron más la atención; todos resultaron alcanzados y dos de ellos (el *Arizona* y el *Oklahoma*) se hundieron de forma irremisible y se llevaron consigo a la mayoría de los 2100

marineros e infantes de marina que murieron en aquel día. De los 38 cruceros y destructores, sólo ocho sufrieron daños y todos se salvaron y pudieron seguir navegando y combatiendo. El número total de muertos en Oahu fue de 2400 y el de heridos, 1200.

Excepto para los endurecidos profesionales que rodeaban al almirante Nagumo y conocían las deficiencias del ataque, Pearl Harbor fue una de las mayores victorias militares japonesas, más dulce que otras por haber sido a expensas de la temida y despreciada marina estadounidense. A costa de 29 aviones (19 de ellos perdidos en la segunda oleada), las Águilas Marinas habían eliminado la amenaza directa que la Flota del Pacífico representaba para todas las fuerzas desplegadas para apoderarse de Malaya, las Filipinas y varios objetivos de menor importancia. Cuando el comandante Fuchida Mitsuo, que mandó el primer ataque, instó a lanzar un tercero, Nagumo rechazó el plan. Los norteamericanos tenían dos agrupaciones de portaaviones (el *Enterprise* y el *Lexington*) en algún punto situado al sur y los cruceros y destructores que se habían salvado del ataque contra Pearl Harbor podían salir a reunirse con ellos. Nagumo no tenía motivos para preocuparse por esto, toda vez que los almirantes norteamericanos en Oahu habían decidido que se encontraban ante una invasión, amenaza que en gran parte era fruto de la imaginación de los traumatizados mandos del ejército, que habían perdido la mayor parte de sus aviones. Asimismo, Nagumo no confiaba en que la fuerza de submarinos le ayudara; en efecto, su evaluación resultó correcta, ya que los norteamericanos ya habían hundido un submarino grande y cinco submarinos enanos que tenían la misión de penetrar en Pearl Harbor. Los críticos de Nagumo en sus propias filas opinaban que debería haber mandado un tercer ataque contra los depósitos de carburante y las instalaciones que sostenían la Flota del Pacífico, pero estos blancos (con la excepción de los grandes diques secos) podían substituirse y reponerse fácilmente. El objetivo inmediato —inutilizar temporalmente a la marina norteamericana— se había cumplido.

A las pocas horas del ataque contra Pearl Harbor, las fuerzas armadas japonesas empezaron una serie de conquistas que durarían seis meses y les llevarían hasta las puertas de la India y los accesos marítimos a Australia y Hawai. Los objetivos más pequeños

(medidos según su situación geográfica y el tamaño de las fuerzas que los defendían) cayeron rápidamente: Hong Kong, Guam, la isla de Nueva Bretaña con su puerto natural de Rabaul, Bougainville y Buka con llanuras costeras para aeródromos en el norte de las Salomón y las islas Gilbert. Entre las posesiones británicas, Hong Kong fue la que se defendió con mayor firmeza durante la semana del 9 al 15 de diciembre y las bajas representaron casi la mitad de las tropas de la Commonwealth; la lucha enfureció a los japoneses, que se abrieron paso violando, asesinando y saqueando entre la población europea y china de la colonia. En otras partes, los defensores, por regla general, lucharon sólo durante el tiempo suficiente para destruir instalaciones de gran importancia e intentar algún tipo de evacuación.

La excepción fue la isla de Wake, puesto avanzado de la aviación naval norteamericana unos 3200 kilómetros al oeste de Hawai y defendido por un escuadrón de cazas de la infantería de marina y parte de un batallón de defensa. La guarnición militar también recibió un poco de ayuda de los 1200 trabajadores civiles que había en la isla. El primer intento japonés de tomarla, después de un devastador ataque aéreo el 8 de diciembre, fracasó cuando los pilotos y los artilleros de la infantería de marina norteamericana hundieron o dañaron seis barcos. Los japoneses volvieron con fuerzas mucho más numerosas dos semanas después —antes de que la Flota del Pacífico pudiera organizar una expedición de socorro eficaz— y tomaron la isla, lo cual les costó 1000 bajas más. El gobierno Roosevelt había procurado que la opinión pública no tuviera una idea clara de la derrota de Pearl Harbor, pero en el caso de Wake la estimuló con historias (en su mayor parte ciertas) que hablaban del valor de los infantes de marina; «Acordaos de la isla de Wake» se sumó a «Acordaos de Pearl Harbor» como llamada a la unidad.

Nadie excepto el ejército japonés tenía muchos recuerdos gratos de las campañas de conquista de Malaya y las Filipinas, ambos objetivos totalmente aislados por la supremacía aérea y naval de los japoneses. Al trazar los planes de la campaña de Malaya, el general Yamashita y su estado mayor contaban con la superioridad aérea y naval para compensar la inferioridad numérica del

ejército, que se vio agravada por la falta de barcos de transporte y por el hecho de que los efectivos de las unidades del ejército no eran los que se requerían en tiempo de guerra. Con su fuerza de asalto inicial reducida al equivalente de la mitad de su ejército de cuatro divisiones, Yamashita optó por dar a las fuerzas de la Commonwealth la muerte de los mil cortes [6] : las fuerzas japonesas desembarcarían en múltiples puntos del norte de Malaya, luego bajarían por la península hasta Singapur mientras se aumentaban los efectivos del ejército. Escuadrones de la aviación del ejército y la marina, complementados por dos agrupaciones de la marina imperial que incluirían acorazados y portaaviones, aislarían Singapur e impedirían la llegada de refuerzos. Yamashita confiaba en que su infantería, apoyada por tanques ligeros y artillería, demostraría su buena forma física y su adiestramiento contra cualquier tipo de fuerzas de la Commonwealth, especialmente las indias.

Con especial falta de perspicacia operacional, muy parecida a la de los franceses en 1940, los jefes de las fuerzas británicas, el mariscal en jefe del aire *sir* H. R. BrookePopham de la Royal Air Force y el teniente general Arthur Percival, decidieron defender toda la isla. Su deficiencia más crítica fue la falta de aviones de combate que pudieran hacer frente a los japoneses; la única potencia de ataque verdadera de que disponían era la Fuerza Z, la agrupación naval formada alrededor del *Prince of Wales* y el *Repulse* y mandada por el vicealmirante Tom Phillips. En lugar de defender sólo Johor y Singapur, los ingleses trataron de dar cierta protección a todos los europeos de Malaya y sus activos económicos y, con menor entusiasmo, a los malayos y los chinos.

El 25° ejército japonés, que también tuvo que desviar tropas para alcanzar objetivos en la «neutral» Tailandia, encontró sorprendentemente fáciles sus operaciones iniciales contra dos divisiones y una brigada indias. La marina imperial japonesa hizo su mayor aportación hundiendo el *Prince of Wales* y el *Repulse* utilizando bombarderos con base en tierra el 10 de diciembre, dos días después de los primeros desembarcos. El almirante Phillips y más de 800 marineros se fueron al fondo del mar con sus barcos, los primeros barcos de su clase en activo que fueron hundidos exclusivamente por aviones. Fue el primero de los numerosos

desastres que sufrirían los ingleses. Dos batallones japoneses, reforzados con tanques, dispersaron una división india; y menos de dos divisiones japonesas que avanzaban a pie, en bicicleta y en lanchas de desembarco, desbordaron todas las posiciones indias por tierra y por mar hasta que los restos del III cuerpo indio se replegaron a Johor llevando consigo, presa de confusión y pánico, la parte de la 8ª división australiana que había tratado de detener el desfile japonés por la costa oriental de Malaya. Muchos malayos dieron la bienvenida a los japoneses como liberadores y les sirvieron con entusiasmo en calidad de guías.

Así pues, Percival se encontró defendiendo Johor, después de todo, pero con sólo aproximadamente la mitad de las fuerzas que mandaba al principio y esa mitad ya desmoralizada, con la excepción de los batallones de regulares británicos que permanecían en Singapur. La defensa de Johor duró sólo una semana a pesar de la agresiva dirección de las operaciones por parte del sucesor de BrookePopham, el general *sir* Archibald Wavell. Después de una serie ininterrumpida de derrotas, los supervivientes de la fuerza indoaustraliana cruzaron el paso elevado hasta Singapur el 31 de enero. Encontraron la isla mal preparada para una defensa en serio, aun cuando la Royal Navy, la Royal Air Force y toda una división británica llevaban dos meses en guerra y disponía de gran número de peones indios y chinos. La campaña de ensueño continuó hasta el final, que fue de pesadilla.

El sitio de Singapur duró del 31 de enero al 15 de febrero y fue entre una recreación de la guerra de los Treinta Años y una opereta de Gilbert y Sullivan. Yamashita seguía sin tener más que tres cansadas divisiones de infantería para lanzar un ataque anfibio en la otra orilla del estrecho de Johor, pero Percival disponía de aún menos tropas de primera para defender la costa del norte y guarnecer las defensas de la ciudad en el lado sur de la isla. Los japoneses intentaron crear a los ingleses un enorme problema de carácter civil bombardeando la ciudad además de los objetivos militares; los administradores civiles afrontaron el creciente desorden y la huida de Singapur con no más competencia que la que mostraban al apoyar al ejército británico.

En esta fase de la campaña, tanto los ingleses como los japoneses andaban escasos de municiones y alimentos y los ingleses aún

tenían una leve superioridad en el capítulo logístico. Yamashita quería impedir que su enemigo tuviera tiempo de recuperar el equilibrio, por lo que mandó fuerzas de asalto de sus tres divisiones a la otra orilla del estrecho durante la noche del 8 al 9 de febrero. El peso del ataque cayó sobre los batallones indioaustralianos estacionados en el sector occidental de la isla; la tercera fuerza de la división de la guardia imperial japonesa sufrió numerosas bajas al tratar de inmovilizar a los regulares británicos en el sector oriental, mientras las veteranas divisiones 5ª y 18ª envolvían la línea de defensa de Percival y tomaban los depósitos de agua de la ciudad, cuya importancia era crítica. Dos días de luchas encarnizadas decidieron el resultado. Singapur se sumió en un desorden catastrófico y hubo actos de violencia, incendios provocados, ebriedad y saqueos generalizados antes de que llegaran los japoneses. Después de la rendición de Percival, el

ejército japonés restauró el orden, y luego entregó la ciudad a la policía militar japonesa (la temida *kempetai*), que rápidamente procedió a ejecutar de manera sistemática a la clase media china y euroasiática con el fin de impedir cualquier movimiento de resistencia.

Después de la caída de Singapur, el mito del derecho moral británico a gobernar desapareció para siempre de Asia y África. A partir de entonces Australia dio por sentado que sólo se podía contar con Estados Unidos en lo que se refería a derrotar a Japón o a cualquier otro enemigo asiático. Para los japoneses, fue la más emocionante de las numerosas victorias emocionantes que obtuvieron en 1942, porque Gran Bretaña había sido siempre la odiada y temida madre de la modernidad japonesa. El general Yamashita y su ejército habían hecho un milagro militar; en sólo 70 días, a costa de 10 000 bajas, habían tomado una joya económica y abierto el camino de las Indias Orientales Holandesas. Habían infligido más de 38 000 bajas a un enemigo más numeroso y tomado más de 130 000 prisioneros e internos. La campaña de Malaya fue para el ejército japonés lo que Pearl Harbor representó para la marina imperial japonesa: una celebración de la superioridad espiritual japonesa contra siglos de arrogancia cultural y racismo occidentales. También produjo un caso muy grave de

«enfermedad de la victoria».

LA CONQUISTA DE LAS FILIPINAS

Si el desastre de Malaya desacreditó al imperio británico, la defensa de las Filipinas, que estaba condenada al fracaso, convirtió a un general norteamericano, Douglas MacArthur, en un héroe internacional y garantizó que la futura guerra con Japón se haría bajo su influencia. Fue uno de los giros más extraños de la segunda guerra mundial, ya que MacArthur hizo que una derrota pareciese en cierto modo una victoria, en gran parte debido a la obstinada resistencia de sus soldados rasos contra dificultades que parecían abrumadoras.

Pionero de las relaciones públicas del ejército incluso antes de la primera guerra mundial, MacArthur ya había establecido sus credenciales como héroe del Partido Republicano, enemigo de los subversivos norteamericanos de la derecha y la izquierda (sobre todo de la izquierda), paladín de los chinos y los filipinos y crítico franco de la influencia británica en la política exterior norteamericana. Uno de sus contemporáneos dijo de él que era el mejor actor que jamás había servido en el ejército de Estados Unidos y otro comentó que MacArthur no tenía un estado mayor, sino una corte. Su comportamiento en los momentos difíciles —incluido en combate— desconcertaba por igual a admiradores y detractores; era capaz de mostrarse absolutamente insensible al peligro, pero a la vez evitaba el contacto directo con las tropas de combate, en especial los enfermos y los heridos. Tenía la costumbre de caer enfermo en los momentos de crisis y su comportamiento incluso cuando era joven (y en 1941 tenía sesenta años) sugería depresión de origen químico y tendencia a la hiperventilación y a vomitar. Tenía siempre un médico cerca de él y seguía su programa de comidas y descanso con la precisión de un relojero suizo. No cabe duda de que comprendía los entresijos de la política norteamericana y la importancia de manipular los medios de información para influir en la dirección de los asuntos públicos. Franklin Delano Roosevelt dijo una vez que MacArthur era uno de los dos demagogos más peligrosos de la política norteamericana: el

otro era Huey Long.

MacArthur siempre supo que se encontraba en el centro del escenario mundial y no tenía ninguna intención de permitir que las Filipinas cayeran sin mediar una lucha de proporciones legendarias. Las dificultades con que se enfrentaba eran muy reales y enormes y es dudoso que él o cualquier otro general norteamericano hubiera podido salvar las islas, pero sus errores propios y los de otros pusieron a sus fuerzas en grave peligro desde el primer día de la guerra. La principal esperanza de MacArthur era que la primera línea de escuadrillas de la Fuerza Aérea del Ejército —107 cazas P40 y 35 B17— pudiese defender eficazmente Luzón y derrotar a las fuerzas que intentaran invadir la isla. Los aviones norteamericanos se enfrentaban al 5º grupo aéreo (500 aviones) del ejército imperial japonés y a la 11ª flota aérea (200 aviones) de la marina imperial japonesa, ambos con base en Formosa. Incluso antes de que empezara la guerra habían surgido discrepancias sobre el empleo de los B17 entre MacArthur, el general de brigada Richard K. Sutherland (jefe de su estado mayor) y el general de división Lewis H. Brereton, comandante en jefe de la fuerza aérea en el Extremo Oriente. Los generales de las fuerzas de tierra querían trasladar los bombarderos a aeródromos más seguros en el sur, donde podían atacar a las flotas de invasión. Pero Brereton dudaba de que sus bombarderos pudieran desempeñar este papel y creía que, en vez de ello, debían atacar los aeródromos japoneses en Formosa. Al parecer, en diversas ocasiones, a comienzos de diciembre, MacArthur aprobó ambas opciones, pero Sutherland seguía pensando que los B17 debían ir al sur y Brereton opinaba que debían volar al norte.

A las nueve horas de recibir aviso de que había empezado la guerra, los B17 y los P40 (que, de todos modos, no podían usarse en misiones de escolta) aún se encontraban estacionados en las pistas de los aeródromos de Clark e Iba, donde los encontraron los bombarderos y los cazas de la 11ª flota aérea japonesa. Fue una «matanza» de aviones aparcados que duplicó el desastre de Pearl Harbor —con mucha menos excusa— en la que la fuerza aérea del Extremo Oriente perdió más de la mitad de sus aparatos y casi todos sus B17 y P40. El desastre de Clark e Iba, en el que también murieron muchos pilotos y técnicos especializados, garantizó a los

japoneses que no encontrarían ninguna amenaza aérea importante cuando el
14°
ejército empezara las operaciones de desembarco. Aquel mismo día otros ataques aéreos hicieron estragos en las bases navales de la bahía de Subic y Cavite.

Siguiendo un acuerdo firmado antes de la contienda para crear una flota aliada, los barcos de guerra del almirante Hart ya iban camino de las Indias Orientales Holandesas cuando los japoneses atacaron Luzón. Así pues, MacArthur se encontró con que tenía que hacer frente a dos divisiones reforzadas del general Homma y tropas de apoyo del ejército (46 000 hombres) con sólo una fuerza de tierra, aun cuando su ejército filipinonorteamericano gozaba de superioridad numérica. MacArthur dio por sentado, y acertó, que los japoneses querían Manila y las bases militares y navales que había alrededor de su bahía. Las restantes fuerzas de defensa de la marina que protegían el puerto y su propia artillería costera hacían que un ataque directo fuese improbable, así que MacArthur supuso, y volvió a acertar, que los japoneses desembarcarían en el golfo de Lingayen y bajarían hacia el sur por el valle del río Grande en dirección a Manila; también pensó que los japoneses desembarcarían en algún punto del sur y rodearían la ciudad.

Para defender Luzón, MacArthur formó tres fuerzas (cuerpos) regionales con las nueve divisiones que tenía en Luzón y desplegó cuatro en el norte, tres en el sur y dos en Manila. Añadió batidores de infantería, artillería y regimientos de caballería filipinos a las fuerzas del norte y del sur. Retuvo bajo su control, cerca de Manila, el grueso de la división filipina, el recién llegado 4º regimiento de infantería de marina evacuado de Shanghai, la 91ª división filipina y todas las demás unidades del ejército regular de Estados Unidos y batallones de tanques de la guardia nacional. Asimismo, rechazó las medidas de precaución de su plan de guerra Orange 3, que había sido aprobado por el ejército y disponía que su fuerza se retirara a la península de Bataán para una defensa prolongada mientras protegía la bahía de Manila y esperaba fuerzas de socorro. MacArthur opinaba que el plan era derrotista y canceló la concentración de municiones, alimentos y material médico procedentes de los depósitos situados en los alrededores de Manila.

El mes de diciembre pasó sin que se tomaran medidas con el fin de preparar Bataán para una resistencia prolongada.

El ejército de MacArthur hizo caso omiso de los desembarcos a pequeña escala que los japoneses llevaron a cabo en el sur de Luzón y se enfrentó a la invasión principal a cargo de dos divisiones, que tuvo lugar en el golfo de Lingayen y empezó el 22 de diciembre. A pesar de la valerosa retórica de MacArthur, que instó a luchar contra los japoneses en las playas, las dos divisiones filipinas del general Jonathan Wainwright no pudieron contener las fuerzas de desembarco. Al cabo de cuatro días, después de utilizar al valiente 26° de caballería de la división filipina para evitar la derrota, MacArthur ordenó de repente que los dos cuerpos desplegados en Luzón pusieran en práctica el plan de guerra Orange 3, es decir, la retirada a Bataán. Aunque 80 000 soldados del ejército filipinonorteamericano llegaron a Bataán, acompañados de 26 000 civiles de la zona de Manila, este ejército tendría que sobrevivir en una jungla montañosa e infestada de malaria, sin alimentos, medicinas ni munición apropiados.

El cuartel general del ejército imperial japonés en Tokio juzgó que la situación de los norteamericanos era tan desesperada que retiró la veterana 48ª división para utilizarla en las Indias Orientales Holandesas, substituyéndola por una brigada de reservistas. El ejército de Homma siguió siendo de unos 40 000 hombres —la mitad de los efectivos de MacArthur— y su reorganización permitió que la fuerza filipinonorteamericana escapara y preparase su primera línea de defensa. La fuerza de MacArthur también redujo sus raciones a la mitad, menos de 2000 calorías diarias. El 9 de enero de 1942, Homma atacó la parte oriental de la defensa norteamericana con la 65ª brigada de reserva y explotó una brecha que el monte Natib y sus «junglas infranqueables» cerraban en el centro de la posición de Wainwright. (Wainwright mandaba ahora un ejército de dos cuerpos compuesto por siete divisiones filipinas, reforzadas por dos regimientos de batidores.) Sólo el empleo de toda la división filipina en una batalla alrededor de Abucay permitió que el ejército se replegara a una segunda línea de defensa el 22 de enero.

Mientras tanto, fuerzas improvisadas con soldados regulares

norteamericanos (aviadores sin aviones, artilleros costeros sin cañones, cocineros sin cocinas) acabaron con una fuerza anfibia que los japoneses habían desembarcado en la costa occidental de la península y cuyos efectivos equivalían a un regimiento. Aunque su eficacia relativa en combate mejoró —los japoneses perdían ahora miles de hombres a causa de las batallas y las enfermedades—, el ejército de Wainwright redujo aún más sus raciones, ahorraba su munición y buscaba inútilmente efectivos que substituyeran a las bajas. Los aguerridos regimientos de batidores ya habían quedado reducidos a menos de la mitad de sus efectivos, y los regimientos norteamericanos, ya fueran de regulares como el
31°
de infantería o especiales como el regimiento de la fuerza aérea, empezaron a sufrir el mismo desgaste.

A pesar de su debilidad, la fuerza filipinonorteamericana defendió su segunda línea desde el 26 de enero hasta el 8 de febrero, día en que Homma suspendió su segunda ofensiva tras sufrir 7000 bajas. Aunque las fuerzas de Wainwright habían conservado su posición e incluso habían eliminado varias penetraciones con feroces contraataques, había sido necesario echar mano de las mejores unidades para sostener el frente. Fue el momento culminante de la defensa de Bataán, una clara derrota táctica para los japoneses. Pero el coste había sido prohibitivo. Wainwright informó de que sólo una cuarta parte de su ejército, que aún contaba con más de 70 000 hombres, tenía la energía y los recursos necesarios para otra batalla. El
24°
ejército japonés se encontraba en un estado casi igual de lastimoso, pero podía recibir pertrechos y efectivos de Formosa y Japón, y mientras tanto Homma se dio por satisfecho con sitiar sin entusiasmo a los norteamericanos durante la mayor parte de marzo. El destino del ejército de Wainwright lo escribió uno de sus oficiales:

… salvados para otro día, salvados para el hambre y las heridas y el calor, para el lento agotamiento y la desalentadora retirada, para una esperanza perdida y una derrota segura.[3]

El papel del propio MacArthur en la batalla de Bataán demostró su singular estilo como jefe: cuando era bueno, era muy bueno, y

cuando era malo, era horroroso. Después de ordenar que se pusiera en práctica el plan Orange 3, se retiró a un mundo propio y a partir del 24 de diciembre vivió en su cuartel general del Túnel de Malinta debajo del bastión de la isla de Corregidor. Hizo un solo viaje a Bataán y durante el mismo evitó todo contacto personal con su ejército; se comunicaba con Wainwright por teléfono y radio o le llamaba a Corregidor para entrevistarse con él. Su objetivo principal era galvanizar a Washington para que le mandase refuerzos; sus ruegos, que pronto le pusieron en comunicación directa con el mismísimo Roosevelt, contenían toda clase de amenazas y acusaciones de doblez en Washington. De hecho, el Departamento de Guerra había empezado a enviar tropas, aviones y pertrechos a Australia, pero nadie veía muchas probabilidades de que los convoyes pudieran llegar a Mindanao, y mucho menos a la bahía de Manila. MacArthur también bombardeó el mundo con comunicados de prensa que falseaban su propio papel y ocultaban la situación desesperada de su ejército al tiempo que exageraban los apuros de los japoneses. Durante el calvario de Bataán permitió que sus oficiales de abastecimiento, demasiado entusiastas, transfirieran los escasos alimentos y pertrechos de Wainwright a su propia guarnición de 12 000 hombres en cantidades que eran el doble de las necesarias para un sitio que duró hasta julio. Mientras el ejército de Wainwright se consumía, MacArthur dijo a Roosevelt que pensaba vencer o morir en Corregidor.

El intrigante de la Casa Blanca no tenía la menor intención de permitir que el intrigante del Túnel de Malinta se convirtiera en un mártir. Roosevelt ordenó a MacArthur que abandonara la isla y el general obedeció entre el 11 y el 12 de marzo con la ayuda de las lanchas torpederas que le quedaban a la marina. Wainwright, a quien le quedaba poco más que los cigarros sobrantes y la crema de afeitar de MacArthur, asumió el mando de las fuerzas del ejército de Estados Unidos en el Extremo Oriente.

Sin embargo, la decisión de Roosevelt de salvar a MacArthur comportaba oportunidades y riesgos. Roosevelt vio que MacArthur podía hacer que Australia, que en este momento se enfrentaba a la posibilidad de un ataque directo de los japoneses, se recuperara de su desánimo y también podía dar a los jefes el tiempo que necesitaban para organizar a las fuerzas norteamericanas que se

estaban concentrando en Australia para defender la barrera de Malaya. La decisión de Roosevelt también creó un desafío político. Los partidarios de la estrategia de «Asia Primero» —coalición de poderosos senadores republicanos y muchos votantes republicanos— habían hecho de MacArthur su general favorito. Por consiguiente, los Jefes del Estado Mayor Conjunto, que no ignoraban cómo hacía la guerra MacArthur, accedieron de mala gana a crear un nuevo teatro para él, el sudoeste del Pacífico, cuya base era Australia, donde pudiera prepararse para alguna ofensiva que aún estaba mal definida.

Pero los objetivos del propio MacArthur no estaban mal definidos: «¡Volveré!», dijo. Y no era a Washington adonde pensaba volver. Después de haber disfrutado de éxitos ininterrumpidos en el campo de batalla durante la primera guerra mundial ahora había conocido la derrota a manos de despreciados asiáticos. Estaba enterado de la estrategia de Alemania Primero, pero no tenía ninguna intención de dejarla pasar sin protestar, aunque para ello tuviera que aliarse con la marina. Roosevelt, de hecho, promovió la deificación de MacArthur al concederle la Medalla de Honor, condecoración que el padre de MacArthur, que era general, había ganado en la guerra civil.

Mientras tanto en las Filipinas no había recompensas psíquicas a la vez que había muy poco futuro para el ejército de Wainwright, que a finales de marzo sobrevivía con 1000 calorías diarias. Era un ejército tan flaco como su comandante el que trató de contener una nueva ofensiva japonesa el 3 de abril. Homma concentró sus mejores regimientos contra la sombra del II cuerpo filipino en el sector oriental y atacó con abundantes tropas de refresco hasta que el frente se derrumbó el 5 de abril. Sin espacio para maniobrar y sin reservas, el general de división Edward P. King, el oficial de graduación más alta en Bataán, se rindió con sus débiles supervivientes el 9 de abril.

Su calvario no terminó, sin embargo, porque los japoneses, que normalmente ya no eran amables con los prisioneros de guerra, no habían hecho planes para hacerse cargo de tantos. Los japoneses habían calculado que harían 25 000 prisioneros —habían creído que el número de norteamericanos que huiría a Corregidor sería mayor— y en vez de ello capturaron a 12 000 norteamericanos y

60 000 soldados filipinos, así como 26 000 civiles. De forma precipitada, el ejército japonés obligó a los prisioneros a marchar hasta un campo de reunión en el centro de Luzón sin haber tomado medidas para proporcionarles alimentos, agua, asistencia médica y medios de transporte motorizados. Antes de finalizar la/Marcha de la Muerte de Bataán varias semanas después, 600 norteamericanos habían muerto a causa de las enfermedades y el agotamiento o habían sido asesinados por sus vigilantes; el número de muertos filipinos fue de entre 6000 y 7000. Los nacionalistas filipinos afirmarían más adelante que las raciones norteamericanas habían salvado a los blancos a expensas de los asiáticos. Lo que es más claro es que los japoneses demostraron otra vez que su racismo no iba dirigido sólo contra los europeos sino que también disfrutaban asesinando y oprimiendo a otros asiáticos. Aunque en las Filipinas había mucho resentimiento contra los norteamericanos, el comportamiento del ejército japonés hizo que ya en mayo de 1942 también él fuera blanco de los guerrilleros.

Después de otro mes de defensa inútil pero ejemplar, las fuerzas filipinonorteamericanas en Corregidor y en las islas del sur acabaron rindiéndose, pero no sin antes haber vuelto a infligir más bajas a los japoneses, amén de desbaratar sus operaciones. Un asedio solo no era suficiente para obligar a Corregidor a capitular e hizo falta un asalto anfibio en toda regla para persuadir al general Wainwright a rendirse, cosa que hizo el 6 de mayo. En Mindanao, en Joló y en las Visayas otras unidades filipinonorteamericanas combatieron contra los japoneses de diciembre de 1941 a junio de 1942; algunas de estas fuerzas se negaron a rendirse y desaparecieron en las montañas, donde se convirtieron en guerrilleros. Mientras tanto, el presidente Manuel Quezón formó un gobierno filipino en el exilio, financiado con dinero evacuado y ligado por medio de agentes al régimen de supervivientes y colaboracionistas de José Laurel, Manuel Roxas y la familia Aquino, perteneciente a la elite. Cuando MacArthur volviera, si volvía, el grupo de bienvenida ya estaba intacto y sólo excluía a una pequeña camarilla de verdaderos colaboracionistas y al profundamente antinorteamericano y marxista Ejército Popular contra el Japón o *hukbalahap* .

La tenaz defensa de las Filipinas no retrasó la conquista de las

Indias Orientales Holandesas por los japoneses, toda vez que el 16°
ejército no destacó parte de sus fuerzas para ayudar a Homma; de hecho, Homma envió dos divisiones al sur mientras seguía luchando en Bataán. Los primeros esfuerzos de los aliados, dirigidos por Wavell como jefe del mando combinado norteamericanobritánicoholandésaustraliano, no pudieron impedir que los japoneses desembarcasen y lanzaran paracaidistas en las islas septentrionales de las Indias Orientales Holandesas en diciembre y enero. Flanqueados por más desembarcos tanto al este como al oeste, los aliados reunieron sus escasas fuerzas aéreas y navales en un intento de conservar Java en su poder, lo cual mantendría abiertas las líneas de comunicación con Australia y permitiría ayudar a defender Singapur. Esta defensa fracasó también cuando aviones de la marina japonesa destruyeron la mayor parte de las fuerzas aéreas aliadas a finales de febrero; el 27 de febrero la flota aliada, que se componía de cinco cruceros y nueve destructores, encontró un contingente parecido de la marina imperial japonesa y aprendió una costosa lección de artillería naval, el uso de torpedos de largo alcance y la importancia del reconocimiento y la coordinación. En una batalla en la cual no intervino la aviación naval, los japoneses destruyeron la flota aliada y acabaron hundiendo los cinco cruceros sin excepción (entre ellos el muy duradero *Houston* de la marina norteamericana) y todos los destructores menos cuatro. Las batallas del mar de Java y el estrecho de Sonda decidieron el sino de Java, que capituló entre el 9 y el 12 de marzo. Entre los 93 000 soldados aliados (la mayoría de ellos indonesios) que cayeron prisioneros había 650 soldados y marineros norteamericanos que no habían podido retirarse. Los japoneses se apoderaron de los yacimientos de petróleo que buscaban y celebraron que los nativos parecieran entusiasmados al ver que unos asiáticos como ellos hubieran obligado a los holandeses a retirarse.

La conquista de Birmania por los japoneses completó la compleja y arriesgada serie de operaciones que empezó con el ataque contra Pearl Harbor, pero el 15°
ejército japonés, bajo el teniente general Iida Shojiro, sólo tenía dos

divisiones para hacer frente a la fuerza de la Commonwealth formada alrededor de dos débiles divisiones de infantería india y birmana, apoyadas por pequeñas unidades de infantería, artillería y aviación británicas. Los japoneses tenían razones de peso para ocupar el sur de Birmania y la ciudad portuaria clave de Rangún en diciembre de 1941 y enero de 1942, aunque sólo fuese para eliminar Rangún como estación de paso de los refuerzos británicos que se dirigían a Singapur y de la ayuda norteamericana a los nacionalistas chinos. Los norteamericanos, por ejemplo, habían desplegado dos escuadrillas de P40 de los Tigres Voladores del Grupo Voluntario Norteamericano en Kunming antes de noviembre de 1941, pero habían dejado otra escuadrilla en Birmania para la defensa aérea. Mandados por Claire Chennault, oficialmente capitán retirado del ejército y coronel de la fuerza aérea china, los hombres del grupo voluntario, unos 100, eran pilotos militares regulares y reservistas que se hacían pasar por mercenarios. La misión del grupo era proporcionar un poco de defensa aérea para las bases nacionalistas del oeste de China y la Carretera de Birmania, que empezaba en Kunming y acababa en la terminal del ferrocarril de Lashio en el interior de Birmania.

Sin embargo, el 15° ejército japonés, que disfrutaba de superioridad aérea y de la ayuda de colaboradores birmanos, y que había sido reforzado hasta sumar cuatro divisiones, volvió a demostrar que contra las tácticas japonesas, en especial los movimientos de flanqueo durante la noche en terreno difícil, nada podían hacer tropas aliadas que se veían obligadas a permanecer en las carreteras, fuera cual fuese su potencia de fuego. Al darse cuenta de la terrible amenaza que se cernía sobre sus líneas de abastecimiento, Chiang Kaishek envió nueve divisiones nacionalistas chinas a Birmania, más o menos bajo la dirección de su jefe de estado mayor, el teniente general norteamericano Joseph W. Stilwell, «veterano de China» a quien no gustaban el generalísimo, la misión que éste le había encomendado ni los ingleses. En mayo de 1942 los japoneses ya habían añadido Birmania a la lista de sus conquistas a cambio de sólo 2000 muertos en el campo de batalla e incluso menos muertos (1400) entre las fuerzas de la Commonwealth. Mandadas por el único general británico victorioso de la campaña, William Slim, las fuerzas

angloindias se replegaron a la India mientras los chinos, con menos de 5000 muertos, se retiraban a su país y dejaban que Stilwell (por decisión propia) se dirigiera a pie a la India con su reducido y descorazonado estado mayor. Stilwell, al igual que MacArthur, prometió volver. La carretera de Birmania se cerró para siempre.

LA RESPUESTA NORTEAMERICANA

De las cenizas de la derrota en el Pacífico surgió un fénix de victoria final, incubado por Roosevelt y alimentado por la indignación pública, que empezó a probar sus alas en Washington y Honolulú. Una estrategia para continuar la guerra contra Japón dependía del poderío aéreo. Desde su nuevo nido en Australia, Douglas MacArthur añadió sus propias llamadas estridentes pidiendo una arremetida aérea contra el perímetro del nuevo imperio japonés —en su caso la toma de bases aéreas en Nueva Guinea— para empezar su marcha de venganza hacia las Filipinas. En el nivel de la dirección política, Roosevelt sencillamente anunció a Churchill que aunque comprendía la necesidad británica de defender la India, consideraba que la guerra contra Japón era en esencia una tarea que debían hacer los norteamericanos, apoyados por sus dos nuevos clientes en tiempo de guerra, la China nacionalista y Australia. Roosevelt se limitó a afirmar lo que era obvio: que sólo el poderío aéreo y naval de Estados Unidos era capaz de obligar a los japoneses a acabar retirándose de sus puestos avanzados en el Pacífico y liberar a los estados conquistados del sudeste de Asia y China.

Aunque al asesor militar en quien más confiaba Roosevelt, George C. Marshall, Jefe del Estado Mayor del Ejército, le preocupaba la desviación de recursos del ejército de Europa a la guerra del Pacífico, también comprendía que la Flota del Pacífico conservaba gran parte de su capacidad combativa, que aumentaría mucho en 1943 con la llegada de acorazados, portaaviones y cruceros que ya se estaban construyendo y que no se necesitarían en la campaña contra los submarinos alemanes. Los recursos aéreos eran otra cuestión, pero Marshall reconoció que el ejército tenía fuerzas de aviación táctica que podían emplearse con buenos

resultados en el Pacífico. Para la marina de Estados Unidos, el único enemigo que importaba era Japón, el enemigo predilecto desde la primera guerra mundial. Además, el almirante Ernest J. King, el jefe de las operaciones navales, padecía una anglofobia tan fuerte que los almirantes y generales británicos a veces se preguntaban si eran *ellos* el enemigo de la marina. Ellos no lo eran, pero sí lo eran su teatro europeo y sus intereses imperiales, y King despreciaba su competencia como militares. Él mismo demostró ser bastante inepto al dirigir la campaña contra los submarinos del Atlántico en 1942 y esa experiencia desagradable probablemente le empujaba a hacer una guerra que le gustaba mucho más.

El protegido de King para la guerra contra Japón, el almirante Chester W. Nimitz, no odiaba a los japoneses con la misma intensidad que King, pero al menos quería que la marina vieja continuase en la guerra mientras esperaba la marina nueva de 1943. La primera decepción de Nimitz fueron los malos resultados de sus submarinos, cuyos aprensivos comandantes y torpedos defectuosos cosecharon pocos éxitos hasta que capitanes agresivos, tripulaciones experimentadas y torpedos seguros pudieron aprovechar la excelencia de los submarinos más modernos de la marina. Aunque él mismo era submarinista por experiencia, Nimitz apreciaba la fuerza de ataque potencial que ofrecían las agrupaciones de portaaviones, la más potente de las armas ofensivas que le quedaban. Con cruceros y destructores protegiéndola de los ataques aéreos y los submarinos, una agrupación de portaaviones (que consistía en uno o dos de estos buques) podía atacar y escapar de cualquier contingente de unidades pesadas de superficie de la marina imperial japonesa. Si operaba lejos de los aviones japoneses con bases en tierra, sus probabilidades de supervivencia parecían excelentes.

La marina estadounidense, con la ayuda del servicio de inteligencia de MacArthur en Australia, gozaba también de una ventaja muy grande sobre los japoneses debido a su creciente habilidad para recoger y analizar los mensajes que el enemigo mandaba por radio. Conocida por el nombre genérico de «servicio de inteligencia de transmisiones», la unidad de seguridad e inteligencia de comunicaciones del estado mayor de la marina en Washington (Op 20G) competía con su compañera en el cuartel

general de Nimitz, la Estación Hypo de la Unidad de Radio de la Flota en el Pacífico (FRUPAC), dirigida por el poco convencional genio del descifre de la marina, el comandante Joseph R. Rochefort. La marina tenía más de 20 años de experiencia en la interceptación de comunicaciones diplomáticas y militares japonesas; la dificultad radicaba en encontrar sentido a los mensajes cifrados que se interceptaban y que estaban protegidos por el rápido cambio de las claves y las señales de llamada. Después de entrar en guerra, los japoneses habían aumentado el número de mensajes operacionales pero cambiaban las cifras y las señales de llamada con menor frecuencia debido a la gran dispersión de sus fuerzas. Aunque los analistas del servicio de inteligencia de la marina habían obtenido cierto acceso a la cifra principal de la marina japonesa, JN25, habían adquirido mayor habilidad para identificar las señales de llamada de las estaciones transmisoras así como la ubicación de las transmisiones. En sus conjeturas basadas en los mensajes interceptados sólo habían cometido un fallo importante —Pearl Harbor— debido a que la fuerza de ataque de Nagumo había zarpado con las radios en silencio. Complementada por los reconocimientos submarinos y aéreos, la labor de los servicios de inteligencia proporcionaba ahora a la marina la información que necesitaba para llevar sus operaciones a buen término.

Mientras las fuerzas expedicionarias japonesas se apoderaban de la llamada «Zona de Recursos de los Mares del Sur» y su perímetro defensivo en el Pacífico, la Flota Combinada japonesa y la Flota del Pacífico norteamericana se evitaban mutuamente, como si se dieran por satisfechas con fortalecerse contra enemigos menores hasta que volvieran a encontrarse. Los portaaviones japoneses llegaron hasta el océano índico y sus unidades aéreas atacaron puertos del este de la India y Ceilán, hundiendo dos cruceros y un portaaviones entre el 6 y el 9 de abril de 1942. Sin embargo, la incursión en el océano índico tuvo un resultado positivo para los norteamericanos: retrasó en dos meses el cambio de la cifra naval japonesa, lo cual permitió captar un número sin precedentes de mensajes descifrables, entre ellos los planes estratégicos de Yamamoto.

A miles de kilómetros de distancia, las agrupaciones de portaaviones de la Flota del Pacífico se pusieron a prueba atacando los puestos avanzados japoneses en las islas Marshall en enero de

1942, tras lo cual atacaron la isla de Wake, Rabaul en la isla de Nueva Bretaña y algunos objetivos en la costa de Nueva Guinea, todo ello con cuatro portaaviones. Los aviadores navales norteamericanos empezaron a idear las tácticas para luchar contra el Zero, caza japonés que era más rápido y más ágil que el F4F Wildcat, y a coordinar los ataques combinados de bombarderos en picado y torpedos contra barcos de guerra. Estas operaciones crearon un nuevo héroe de los medios de comunicación, el vicealmirante William F. Halsey, que estaba especializado en los portaaviones y tenía unos modales bruscos de lobo de mar. Los medios de comunicación le adoraban porque les daba la oportunidad de citar sus frecuentes declaraciones contra los japoneses. Más importante para las operaciones reales era que los estados mayores de las agrupaciones navales y aéreas adquirieron una experiencia valiosísima con un coste muy reducido.

La agrupación de Halsey, integrada por el *Enterprise* y el *Hornet* , llevó a cabo el primer golpe maestro de las fuerzas navales norteamericanas en la guerra, un ataque de bombarderos B25 del ejército contra Tokio. El ataque fue idea de Roosevelt y King y se efectuó bajo el mando del teniente coronel James H. Doolittle. Doce bombarderos sobrevolaron y atacaron Tokio el 18 de abril y tres más (que se extraviaron durante el viaje), otras ciudades de la isla de Honshu. El número de muertos y la magnitud de los daños que causaron los bombardeos fueron insignificantes pero conmocionaron a los japoneses. Ni un sólo bombardero cayó a causa del fuego de las defensas antiaéreas, aunque los japoneses capturaron más tarde a 9 tripulantes (de un total de 80) que habían proseguido el vuelo hasta aeródromos chinos o efectuado aterrizajes forzosos en el continente asiático. (Los japoneses juzgaron y ejecutaron a tres tripulantes por matar civiles, pero cinco sobrevivieron a la guerra.) El hecho de que los aviones B25 de Doolittle pudieran despegar de un portaaviones (Roosevelt dijo que procedían de «Shangrila» [7]) y aterrizar en China pusieron de relieve que el ejército y la Flota Combinada japoneses tenían asuntos pendientes que tratar con Estados Unidos.

La incursión de Doolittle impulsó a las fuerzas japonesas en China a dar al ejército nacionalista de Chiang Kaishek y a sus aviadores norteamericanos una lección práctica con retraso.

Además de librar varias batallas considerables en la Birmania central, los nacionalistas repelieron otra salida de tres divisiones hacia Changsha en enero de 1942. Tal como la describieron los reporteros occidentales, la batalla pareció una versión de Stalingrado en pequeña escala. El Grupo de Voluntarios norteamericanos de Chennault también demostró su competencia para derribar bombarderos japoneses imprudentes y destruyó 286 aviones a cambio de la pérdida de 50 aparatos y 9 pilotos antes de que se disolviera el grupo en julio de 1942. En mayo de 1942 una fuerza expedicionaria japonesa de 100 000 hombres penetró en las provincias de Chekiang y Kiangsi, en el norte de China, y, a modo de represalia, instauró un reinado del terror de cuatro meses durante el cual usaron gases asfixiantes y gérmenes de enfermedades epidémicas contra las fuerzas irregulares y los campesinos chinos que habían acogido a los tripulantes de la escuadrilla de Doolittle. Es posible que la expedición de castigo causara la muerte de hasta 250 000 chinos además de cerrar los improvisados campos de aviación que habían utilizado los norteamericanos. Sin embargo, la idea de usar China como base de una ofensiva aérea contra Japón no desapareció en Washington ni en Chennault, que ahora era general norteamericano.

En Japón, la responsabilidad de detener la agresividad de que ahora daba muestras la marina estadounidense recayó principalmente en la Flota Combinada del almirante Yamamoto, cuyos acorazados y portaaviones se habían librado hasta ahora de sufrir daños graves. Una tarea aguardaba a los japoneses en el Pacífico Sur, donde los australianos y los norteamericanos habían creado una línea de estaciones de paso para la marina y bases aéreas cuya finalidad era defender la parte más expuesta de la barrera oriental de Malaya (Nueva Guinea y las Salomón meridionales) y los grupos de islas (en su mayor parte francesas, aunque entre ellas estaba la norteamericana Samoa) que protegían las rutas de los convoyes que iban de California y el canal de Panamá a Australia y Nueva Zelanda, el «Reducto Final» de MacArthur. Los oficiales del servicio de inteligencia de la marina norteamericana escucharon cómo la Flota Combinada se reorganizaba y cambiaba su despliegue después de su regreso del océano Indico. En abril de 1942 predijeron otra importante

campaña naval japonesa desde las Aleutianas hasta Australia. King y Nimitz concentraron sus fuerzas (cuatro portaaviones y sus escoltas) en Hawai para un enfrentamiento con los japoneses. Dos meses más tarde habían logrado librar y ganar dos batallas navales. No llegaron a ser un Trafalgar, pero estuvieron lejos de ser una Jutlandia de resultado no decisivo.

Nimitz estaba relativamente seguro de que la próxima operación japonesa sería un ataque contra Port Moresby, en Nueva Guinea, y probablemente otros puestos avanzados de los aliados en la barrera malaya, y envió dos portaaviones (el *Lexington* y el *Yorktown*) junto con otras unidades al encuentro de un contingente de la marina imperial japonesa integrado por cinco unidades que debía ejecutar la Operación MO (tomar Port Moresby) e infligir daños a las fuerzas navales aliadas que intentaran impedirlo. Entre las unidades japonesas había tres portaaviones: el ligero *Shoho* y dos veteranos de Pearl Harbor, el *Shokaku* y el *Zuikaku* . Los australianos y los norteamericanos desplegaron 21 cruceros y destructores, la marina japonesa 24. Aunque los aliados pudieron desplegar más de 400 aviones con base en tierra y los japoneses sólo 161, los grupos aéreos de los portaaviones eran casi iguales en fuerza operacional y tenían alrededor de 150 aparatos cada uno. Los portaaviones decidieron la batalla, ya que los bombarderos con bases en tierra prácticamente no causaron daños y los buques de guerra de superficie nunca llegaron a establecer contacto. En lo que sería el habitual minué confuso de los combates navales entre portaaviones en la guerra del Pacífico, las unidades japonesas y norteamericanas avanzaban y retrocedían, cambiaban de rumbo y se alejaban o acortaban la distancia de acuerdo con los elementos climatológicos, la luz disponible y la información muy confusa e incompleta sobre el enemigo. Ambos bandos hicieron afirmaciones descabelladas acerca de los daños que habían infligido, pero los resultados fueron decisivos para los aliados.

La batalla del mar del Coral demostró que los aviadores de la marina norteamericana, a pesar de la inferioridad de sus aparatos, podían luchar contra las Águilas Marinas de igual a igual. El día en que los combates fueron más intensos, el 8 de mayo, los bombarderos en picado y los aviones torpederos norteamericanos, que habían hundido el *Shoho* el día anterior, causaron graves daños

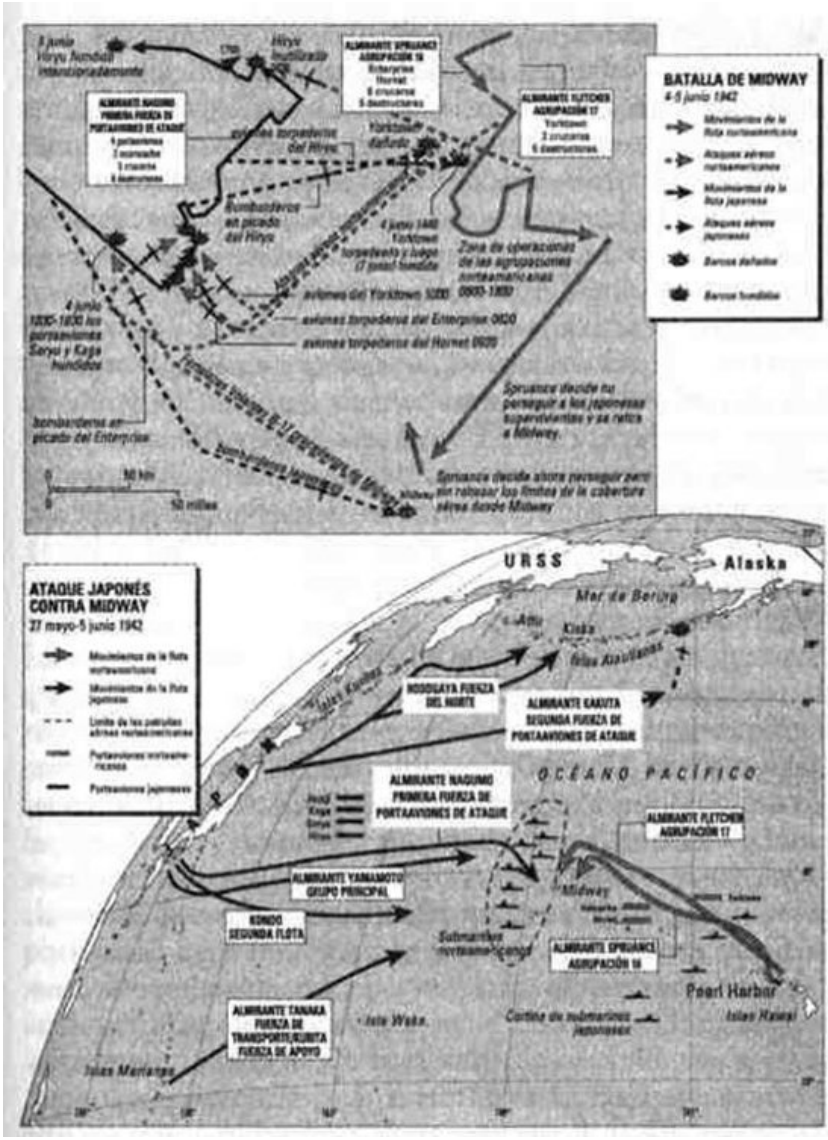
al *Shokaku* . En los ataques y combates aéreos, los norteamericanos perdieron 33 aviones. Los japoneses perdieron el doble de aparatos a causa de la acción de los cazas norteamericanos y el fuego antiaéreo, pero hundieron el *Lexington* y causaron daños en la cubierta del *Yorktown* . Aunque no resultó alcanzado, el *Zuikaku* perdió casi todos sus aviones. La marina estadounidense perdió un petrolero y un destructor, a la vez que siete barcos japoneses de los convoyes de invasión fueron a parar al fondo del mar. En resumen, el almirante japonés decidió no continuar la operación MO por haber perdido su flota la superioridad aérea absoluta.

Un desastre mayor esperaba a la Flota Combinada, esta vez bajo el mando directo del almirante Yamamoto. En una batalla que se libraría en el mar y el cielo al norte de la isla de Midway, el cebo de la trampa, Yamamoto planeaba tender una emboscada a los dos portaaviones que le quedaban a Nimitz, el *Enterprise* y el *Hornet* . Con cuatro grandes portaaviones bajo el almirante Nagumo entre sus fuerzas, Yamamoto pensaba que las probabilidades de ser derrotado eran escasas. De todos modos, también trajo consigo 11 acorazados y 16 cruceros, así como 53 destructores, fuerza de superficie para la cual los norteamericanos no tenían respuesta porque necesitaban sus 24 cruceros y destructores para proteger sus portaaviones de los submarinos y los ataques aéreos. Nimitz disponía de 121 aviones con base en tierra para diversos fines, entre ellos la acción ofensiva, mientras que los japoneses no disponían de ninguno; pero una vez más esta capacidad norteamericana resultó prácticamente inútil. Los japoneses disfrutarían de una ventaja de tres a dos aviones, que hubiera sido aún peor si los equipos de reparación de Pearl Harbor no hubiesen vuelto a poner el *Yorktown* en condiciones mínimas de combatir. Los comandantes de la marina japonesa tenían razones de sobra para creer que terminarían la destrucción de la Flota del Pacífico que habían empezado el 7 de diciembre de 1941.

Bien informado de las intenciones últimas y las considerables capacidades del enemigo, Nimitz no se dejó engañar por la trampa estratégica (una invasión de las Aleutianas) ni por la trampa operacional (los ataques aéreos contra Midway y la posible invasión de la isla). En vez de ello, ordenó a sus comandantes en el mar, los almirantes Frank Jack Fletcher y Raymond A. Spruance, que

buscaran los portaaviones de Nagumo y eludieran los grandes cañones de Yamamoto. Aunque seguía habiendo algunas dudas sobre la posición exacta de los portaaviones japoneses, Spruance y Fletcher dieron a todos sus grupos aéreos la orden de atacar el 4 de junio.

Los aviones de reconocimiento japoneses aún no habían localizado los portaaviones norteamericanos, pero la dirección de donde procedería el ataque aéreo norteamericano indicaría claramente su posición. Todos los cálculos ya estaban hechos y los riesgos iban en aumento. Pensando que disponía de tiempo suficiente para un segundo ataque contra Midway, Nagumo ordenó rearmar sus aviones de reserva y reponer el carburante de los aviones de la primera oleada, que regresaron en mal momento: justo cuando llegaron los primeros aviones norteamericanos. En una versión aérea de la Carga de la Brigada Ligera, tres escuadrillas de aviones torpederos norteamericanos se lanzaron sobre los portaaviones japoneses, pero fue inútil y no hicieron ningún blanco en ellos; de los 41 aparatos que atacaron a los portaaviones, sólo regresaron seis. Mientras los barcos japoneses zigzagueaban bajo las nubes de fuego antiaéreo y los Zeros se lanzaban sobre los portaaviones norteamericanos, los bombarderos en picado de la marina y los Wildcats que los acompañaban se filtraron fácilmente entre las Águilas Marinas y cayeron sobre la flota de Nagumo. En diez minutos tres portaaviones japoneses quedaron reducidos a ruinas en llamas que fue imposible salvar. El cuarto, el *Hiryu* , logró escapar y aquel mismo día lanzó un ataque de represalia que volvió a causar daños en el *Yorktown* , que finalmente se hundió tres días después. A última hora de la tarde del 4 de junio más bombarderos de reconocimiento norteamericanos dieron con el *Hiryu* y le infligieron daños tan graves que su tripulación lo hundió al día siguiente, completando así la



eliminación de la fuerza de portaaviones japonesa. Durante el tercer día de persecución, los pilotos de la marina estadounidense hundieron un crucero y dañaron otro, a la vez que Spruance maniobraba para que sus dos portaaviones y los barcos de escolta que le quedaban a Fletcher quedasen fuera del alcance de la flota de

superficie de Yamamoto. A costa de un portaaviones, un destructor y 147 aviones, la Flota del Pacífico había «tachado» cuatro cruceros y 322 aviones de los portaaviones de la marina imperial japonesa, junto con sus pilotos, muchos de los cuales perecieron en los incendios y explosiones de a bordo. Los japoneses tuvieron 3057 muertos en combate, los norteamericanos sólo 362.

Quedaba por ver si era posible derrotar a las Águilas Marinas en combate aéreo, pero la marina norteamericana iba a recibir un nuevo caza, el F6F Hellcat, que se probó con buenos resultados contra un Zero que se había recuperado intacto en la tundra de las Aleutianas donde se había estrellado en junio de 1942. No sólo no tardarían en llegar nuevos portaaviones al Pacífico, sino que estos barcos traerían consigo nuevos modelos de cazas, bombarderos en picado de reconocimiento y aviones torpederos que estarían a la altura de los mejores aparatos japoneses. Mientras tanto, la experiencia de los pilotos y las tácticas prudentes tendrían que ser suficientes.

CONCLUSIÓN

La batalla de Midway representó el apogeo de la expansión geográfica japonesa, pero no fue un cambio importante en la estrategia de «conquistar y retener». Conmocionados por la pérdida de cuatro portaaviones y 100 pilotos insustituibles, los almirantes japoneses aún disponían de una flota equilibrada que era excelente en lo que se refería a la pericia de sus artilleros y los combates nocturnos y cuyo armamento era superior al de la marina norteamericana. Los cuatro portaaviones podían substituirse —y así se hizo en 1944—, pero el revés material y psicológico temporal que sufrió la marina imperial japonesa ofreció a los aliados una oportunidad de tomar la iniciativa estratégica. En un sentido, el alto mando japonés podía sencillamente conservar la Flota Combinada, que aún contaba con cuatro portaaviones grandes, en las bases centrales de Rabaul y Truk y retar a la Flota del Pacífico a tomar la ofensiva. Sin embargo, el plan japonés original había cometido un grave error al calcular la duración de la guerra. La guerra corta se había convertido en una guerra larga, el camino al suicidio ritual

japonés, *seppuku* .

9 La guerra en Asia y el Pacífico 1942-1 944

DESPUÉS de las derrotas navales que sufrieron los japoneses en mayo y junio de 1942, la guerra en Asia y el Pacífico derivó hacia un conflicto limitado e improvisado, de oportunismo y desgaste. Al igual que un tifón en el Pacífico, la guerra giraba sobre sí misma con creciente violencia, arrastrando hombres y máquinas. La estrategia anglonorteamericana de «Alemania Primero» y la soviética de «Alemania Sólo» prevalecieron, pero la tentación de llevar a cabo ofensivas limitadas contra Japón reflejaba presiones políticas que ni siquiera los estadistas eurocéntricos podían pasar por alto. Los aliados salieron de esta prueba de 18 meses en mejor forma que Japón, pero el margen no era muy grande.

En lo que se refiere al ejército y la marina japoneses, los desastres del mar del Coral y Midway no hicieron más que acelerar los planes para poner en práctica una estrategia defensiva en la frontera de las conquistas hechas en 1942. Los servicios de inteligencia japoneses calcularon que los aliados no emprenderían operaciones ofensivas hasta 1943, porque en esta fecha llegarían los nuevos portaaviones y acorazados para la flota norteamericana del Pacífico. En el continente asiático, los soviéticos seguirían siendo neutrales mientras luchasen con la Wehrmacht, y el ejército británicoindio y los chinos, con sus ejércitos numerosos pero mal adiestrados y pertrechados y su apoyo aéreo insuficiente, no podrían representar un desafío serio.

Además, el ejército indio se encontraba ante la perspectiva de que continuase la agitación en el frente civil; en plena derrota de Birmania, el Partido del Congreso, cuyos líderes eran Mohandas K. Gandhi y Jawaharlal Nehru, declaró la India libre del *raj* británico, lo cual provocó disturbios generales en las ciudades y violencia

entre las comunidades. Los otros bastiones que le quedaban a la Commonwealth, Australia y Nueva Zelanda, habían enviado sus fuerzas expedicionarias al Oriente Medio. Con sólo una división en condiciones de luchar (la 7ª) en Australia, el primer ministro, John Curtin, pidió a Churchill que devolviera la 9ª división a Australia. Cuando Churchill arguyo que los ingleses no podían prescindir de la 9ª división y oyeron decir que tal vez la enviarían a Birmania, los australianos pensaron, una vez más, que no podían confiar su seguridad exclusivamente a la Commonwealth.

LAS CAMPAÑAS SIGUIENTES

Desde luego, los japoneses tenían los ojos puestos en Australia porque ofrecía a los aliados una base desde la cual podían atacar las Indias Orientales Holandesas y Malaya, que eran componentes esenciales de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. Temerosos de encontrarse ante una guerra prolongada y la perspectiva de que Alemania no pudiese derrotar a la Unión Soviética, los japoneses planeaban seguir avanzando lentamente hacia Nueva Guinea, las Salomón meridionales y las islas franconorteamericanas situadas en el este que protegían las comunicaciones entre Australia y Norteamérica y las Hawai. Aunque los japoneses dieron carpetazo a los planes para llevar a cabo expediciones contra Samoa y Nueva Caledonia, establecieron un importante cuartel general del ejército y la marina (el
17°
ejército y la 9ª flota) en Rabaul para que dirigiese las operaciones contra Port Moresby, creara nuevas bases en las Salomón meridionales, destruyese los barcos aliados que navegaban por el Pacífico Sur y bombardeara Darwin, la única base en condiciones que había en la costa septentrional de Australia.

En el norte lejano pensaban usar las recién conquistadas islas de Attu y Kiska para neutralizar cualquier movimiento de los norteamericanos en las Aleutianas occidentales. Estos planes ofensivos, sin embargo, no cambiaron el convencimiento general de que el ejército del sur había cumplido su misión y podía prescindir de la mitad de sus divisiones para que prestaran servicio en China o

se quedaran en Japón como reserva estratégica. La aviación del ejército y de la marina así como la flota de superficie y la submarina protegerían los accesos al Pacífico Occidental desde las nuevas bases en las islas, que los planificadores optimistas consideraban «portaaviones que no podían hundirse».

Inquieto a causa de la campaña de castigo que los japoneses emprendieron en el norte de China después de la incursión de Doolittle, Chiang Kaishek temía que la pérdida de la Carretera de Birmania y las exigencias de otros teatros cortasen los programas de Préstamo y Arriendo para China. Lo que le preocupaba a corto plazo era que la ocupación japonesa se extendiese hacia el oeste de China; su objetivo estratégico era reforzar el Kuomintang y el ejército nacionalista contra los comunistas. El problema especial de Chiang Kaishek era el oficial norteamericano de alta graduación que estaba a su lado en sentido organizativo pero que físicamente se encontraba en la India, el teniente general Joseph W. Stilwell. En 1942 Stilwell ya había discrepado de Chiang Kaishek en lo concerniente a la reforma y la utilización del ejército chino. Stilwell tenía dos divisiones en Ramgarh, India (la Fuerza X), y creía que controlaba 12 divisiones más en la provincia china de Yunnan (la Fuerza Y). Después de la campaña de Birmania, ninguna de estas divisiones contaba con más de la mitad de sus efectivos humanos y todas carecían de armas y adiestramiento. Chiang Kaishek opinaba que ninguna de las dos fuerzas era apropiada para sus necesidades.

En su lugar, en junio de 1942 presentó un plan ambicioso a Roosevelt, las llamadas «Tres Exigencias», que redactado el general de brigada Claire L. Chennault. Según dicho plan, China tenía la clave para derrotar a Japón por medio de la aviación con base en tierra. Chiang Kaishek no podía esperar hasta que Stilwell volviese a abrir la Carretera de Birmania con una nueva extensión desde Ledo, en el norte de la India. En vez de ello, Estados Unidos debía mandar tres divisiones que se encargaran de esta misión mientras Chennault formaba una fuerza aérea norteamericana de más de 500 aviones en China. Los bombarderos pesados de esta fuerza atacarían las líneas de abastecimiento y las bases japonesas en la costa de China. Hasta que volviera a abrirse la Carretera de Birmania, los transportes aéreos desde la India abastecerían a la fuerza aérea en China. Chiang Kaishek exigió que se creara un puente aéreo con una

capacidad de unas 4500 toneladas mensuales, cifra increíble, toda vez que el medio de transporte designado, el bimotor C46, tenía una capacidad de carga de sólo 3600 toneladas. En el momento de presentarse el plan de las «Tres Exigencias», los 130 aviones de Chennault requerían 1800 toneladas mensuales de pertrechos, lo cual significaba que una fuerza de 500 aviones probablemente necesitaría unas 9000 toneladas mensuales y no 4500. Además, ¿quién protegería las bases aéreas? El plan de Chiang Kaishek y Chennault señalaba que un ejército nacionalista de elite, armado por los norteamericanos (la Fueza Z) se encargaría de esta misión, lo cual elevó todavía más los requisitos logísticos.

Roosevelt y los Jefes del Estado Mayor Conjunto sabían que no podrían satisfacer las «Tres Exigencias», pero no podían pasar por alto que tal vez los nacionalistas inmovilizarían a gran parte del ejército japonés. Un renacimiento militar en China, basado en unas 30 divisiones de elite nacionalistas, protegería la fuerza aérea que quería Chennault. A pesar del escepticismo británico en cuanto a China, Roosevelt prometió hacer algo para proporcionar a Chungking dinero y pertrechos al amparo del programa de Préstamo y Arriendo. Lo hizo por varias razones: el convencimiento sincero de que China podía llegar a ser una potencia en la región; su pragmatismo optimista en los asuntos militares; y su sensibilidad ante el «lobby» chino, del cual formaban parte miembros influyentes de su propio gabinete así como senadores republicanos y magnates de los medios de comunicación.

Cuando en junio de 1942 sacó la conclusión de que los aliados no podrían abrir un segundo frente en Europa aquel año, Roosevelt brindó a sus jefes militares la oportunidad de argüir que una acción ofensiva contra Japón sería posible si no ponía en peligro la invasión del norte de África. El almirante Ernest J. King, jefe de operaciones navales, siempre había recomendado que se emprendiera inmediatamente una campaña naval en el Pacífico; el ejército abogaba ahora por un plan parecido. Desde Australia, MacArthur exigía refuerzos, en especial fuerzas aéreas y navales, y presentó un plan para una campaña relámpago contra el bastión aéreo y naval japonés de Rabaul. Los argumentos estratégicos rebotaban entre Washington, Honolulú y Melbourne; pronto resultó claro que King no daría a un jefe del ejército (a saber, MacArthur)

el control de sus portaaviones. Accedió sólo a que se llevara a cabo una campaña lenta e ininterrumpida hacia el norte en vez de cargar contra Rabaul. El 2 de julio los Jefes del Estado Mayor Conjunto dieron a conocer una directriz definitiva en el sentido de que el aislamiento de Rabaul empezaría con la toma de Santa Cruz y Tulagi y luego se extendería de las Salomón a Nueva Guinea. Finalmente, una fuerza expedicionaria de aire y tierra dirigida por MacArthur pondría sitio a Rabaul.

Las campañas chocaron con dos problemas. El primero era la indefinición de las relaciones de mando, que reflejaban las diferencias entre los objetivos de las diversas naciones. En el teatro chinobirmanoindio los ingleses pretendían conservar el control de la India y recurrir a operaciones anfibias para flanquear a las fuerzas japonesas en el sur de Birmania; no veían ninguna razón que justificase emplear sus escasas fuerzas para apoyar a un moribundo gobierno chino nacionalista que quería poner fin a la influencia británica en Asia. Para los norteamericanos, en cambio, el norte de Birmania era importante como ruta para llegar a China por tierra. El hecho de que Stilwell ocupara puestos complementarios como comandante chino y norteamericano y fuese árbitro de los pertrechos amparados por el programa de Préstamo y Arriendo complicaba las diferencias entre los ingleses y los norteamericanos. La aversión personal que le inspiraban tanto Chiang Kaishek como Chennault hacía que su postura fuese aún más difícil, al menos para los demás, y tampoco los ingleses le merecían mucho respeto. Roosevelt había hecho creer a Chiang Kaishek que era un jefe de importancia fundamental en la coalición aliada e incluso le había asegurado que a *Madame* Chiang y a su hermano, T. V. Soong, se les trataba como a miembros de la realeza en Washington, donde Soong desempeñó durante cierto período los cargos duales de Ministro de Exteriores y embajador ante Estados Unidos. La cuestión de cómo había que tratar a China perjudicó la planificación anglonorteamericana.

En el Pacífico Sur, las relaciones de mando eran igualmente tortuosas, aunque giraban en torno a asuntos de naturaleza militar. En su calidad de comandante norteamericano en el teatro del Pacífico Sudoeste, MacArthur era responsable ante los Jefes del Estado Mayor Conjunto y sólo por mediación de ellos ante los Jefes

del Estado Mayor Combinado. Pero en realidad MacArthur se erigió en mariscal de campo de las fuerzas armadas australianas gracias a la influencia personal que ejercía en el primer ministro, Curtin. Aunque nombró a un auténtico héroe de guerra, el general Thomas Blarney, comandante de las fuerzas de tierra aliadas, el estado mayor de MacArthur siguió siendo en gran parte norteamericano y era frecuente que MacArthur formara agrupaciones especiales de tropas norteamericanas sin contar con Blarney. A medida que la campaña fue desarrollándose, el ejército australiano se preguntaba por qué una y otra vez se le encomendaban misiones desagradables sin prácticamente ningún reconocimiento ni apoyo norteamericano. La razón era que Curtin valoraba las conexiones políticas de MacArthur.

MacArthur tenía los ojos puestos en otros asuntos, sobre todo en chantajear a la marina estadounidense para que mandase más refuerzos al Pacífico Sur. Si Marshall se cansaba a veces de tratar con MacArthur, no sucedía lo mismo en el caso de King, que se aseguró de que Nimitz, que era comandante de las Zonas del Océano Pacífico así como comandante en jefe de la Flota del Pacífico, tomara las decisiones críticas referentes a la asignación y el empleo de fuerzas navales norteamericanas. Con la aprobación de King, Nimitz creó un mando subordinado, el teatro del Pacífico Sur, independiente del mando directo de MacArthur pero lindante con él desde el punto de vista geográfico y responsable de las Salomón meridionales. El vicealmirante Robert L. Ghormley y luego el vicealmirante William F. Halsey fueron jefes de éste mando.

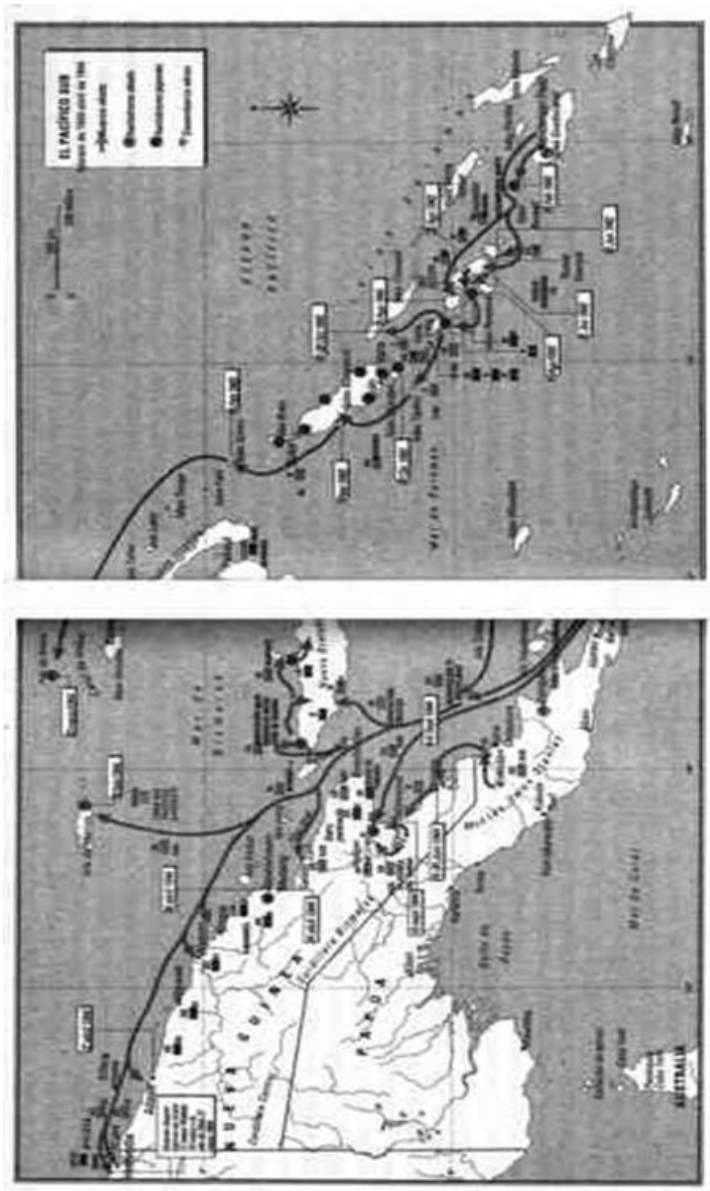
Los comandantes que luchaban en el Pacífico se quejaron de que «Alemania Primero» fuera la estrategia de la coalición aliada, que estaba concentrando fuerzas para invadir el norte de África. Su letanía de lamentos no tenía en cuenta varios factores que indicaban que no hubieran podido usar fuerzas mayores de las que ya tenían y, en todo caso, éstas eran aproximadamente iguales al número de hombres (unos 300 000), barcos y aviones (excepto bombarderos) que se enviaron a Europa a mediados de 1943.

El primer factor que los comandantes del Pacífico pasaban por alto era la primitiva infraestructura del transporte en el Pacífico Sur y las dificultades propias de la climatología y el terreno. Desplegar un soldado norteamericano en el extranjero requería

aproximadamente cuatro *toneladas* de material y para su mantenimiento se necesitaban unos 900 kilos al mes; las necesidades de gasolina de los vehículos de combate y los aviones iban de 22 a varios centenares de kilos diarios, y el consumo de petróleo de los acorazados y los portaaviones se cifraba entre cinco y ocho toneladas por hora. Sin embargo, aparte de en Australia y Nueva Zelanda, en el Pacífico Sur no había puertos y aeródromos que pudieran utilizarse para llevar a cabo una tarea de abastecimiento de semejante magnitud. La guerra en el Pacífico requería más ingenieros, unidades portuarias, mecánicos de aviación, estibadores y conductores de camión que soldados de infantería y pilotos.

Además, un segundo factor —la humedad, el calor y la abundancia de insectos portadores de enfermedades— hacía que el Pacífico Sur fuese el teatro más peligroso para la salud de los norteamericanos. Birmania no era diferente, y en ambos lugares las bajas debidas a las enfermedades fueron más numerosas que las que causaron las batallas. La situación médica no hacía más que agravar el tercer factor que no tenían en cuenta los comandantes norteamericanos: los problemas operacionales. Los planificadores podían predecir las limitaciones del abastecimiento aunque los comandantes operacionales a veces fingieran que no existían. Los aliados también podían dar por sentado que en algunos tipos de armamento, principalmente aviones y artillería naval, se encontrarían en inferioridad tecnológica. Lo que no reconocieron —y los generales y los almirantes fueron los más culpables en este sentido— fue que no sabían cómo luchar en el nivel operacional. En las batallas del mar del Coral y de Midway los aviadores navales se dieron cuenta de lo mucho que tenían que aprender; sus colegas del ejército, especialmente los escuadrones de bombarderos, aún creían que podían bombardear los barcos de guerra enemigos. Las divisiones del ejército y de la infantería de marina compartían una parecida falta de experiencia en la coordinación de la infantería, la artillería y los blindados en las operaciones en la jungla. Muchos jefes de campaña de todas las armas tuvieron que aprender sobre la marcha; incluso los veteranos de la primera guerra mundial (y eran muy pocos) tuvieron que aprender a mandar divisiones por medio de los estados mayores en vez de mandar batallones basándose en el

carisma personal.



Algunos oficiales resultaron ser incompetentes y cobardes, como ocurre en todos los ejércitos, pero el problema más serio era

sencillamente la transición del modo de pensar propio de los tiempos de paz a las crueles realidades de la guerra. Reflejo de la inexperiencia operacional de las fuerzas norteamericanas y de la Commonwealth fue el hecho de que las unidades navales de superficie, por ejemplo, no lucharon con eficacia razonable contra los japoneses hasta finales de 1942 y que hasta bien entrado 1943 sufrieron pérdidas que hubieran podido evitarse. Las operaciones nocturnas fueron una prueba muy dura para la competencia de las fuerzas navales aliadas, aunque nunca para su valor. Las circunstancias eran las mismas en los combates aéreos y las operaciones defensivas nocturnas en tierra. La guerra de 1942-1 944 en Asia y el Pacífico dio a los japoneses abundantes oportunidades de comprobar si los aliados tenían lo que ellos llamaban *makoto* , es decir, resolución.

NUEVA GUINEA

Al ver poco recompensados sus compromisos con Asia, los jefes militares norteamericanos optaron por luchar contra Japón, donde veían alguna oportunidad de llevar a cabo operaciones ofensivas. El comienzo de estas operaciones en el Pacífico Sur se apoyó en un nivel de fuerza militar que fomentaba la prudencia. En el Pacífico Sudoeste, MacArthur disponía sólo de dos divisiones norteamericanas que aún no había sido puestas a prueba, dos divisiones australianas y 500 aviones. Las fuerzas navales australianonorteamericanas no fueron más numerosas que las de tierra y las aéreas hasta que recibieron el refuerzo de la Flota del Pacífico, cuyas bases estaban en Hawai y California. En el teatro del Pacífico Sur los norteamericanos disponían de una sola división de infantería de marina, con otra división y el equivalente de tres divisiones de infantería disponibles en potencia si no se necesitaban para proteger la línea de comunicaciones logísticas.

Por supuesto, tampoco los japoneses habían reforzado aún sus bases en el Pacífico Sur, pero a mediados de 1942 ya habían establecido un cuartel general del ejército de la zona (el 8º) con dos ejércitos subordinados (el

17°
y el
18°)
que en algún momento llegó a disponer de ocho divisiones y varias guarniciones navales. La fuerza principal de los japoneses eran los aviones con base en tierra, las divisiones aéreas 6ª y 7ª del ejército, y la 11ª flota aérea de la marina imperial. La 8ª flota, que más adelante se llamaría Flota del Área del Sudeste, controlaba las operaciones navales desde Rabaul.

La situación de las Salomón —doble hilera de islas que se extendía 965 kilómetros desde BougainvilleBuka hasta San Cristóbal— no basta para explicar por qué este sector fue el escenario de los combates más intensos de la guerra en el Pacífico en 1942-1 943. En términos puramente militares, el valor de las islas residía en su utilidad como emplazamiento de bases aéreas. Durante sus operaciones en Midway en el verano de 1942, los japoneses, que habían empezado a formar una estructura de bases en las Salomón septentrionales a principios de 1942, saltaron hasta Guadalcanal y Tulagi en el sur para establecer bases de operaciones avanzadas. En esencia planeaban lanzar ataques aéreos y navales contra la línea de comunicaciones marítimas con el sur, protegida por bases aéreas y estaciones navales aliadas en Nueva Caledonia, y los archipiélagos de Nuevas Hébridas, Fiji y Samoa. Sin embargo, una vez empezada la campaña, los altos mandos japoneses (el general Imamura Hitoshi y el vicealmirante Mikawa Gunichi) deberían haber dosificado sus fuerzas para la defensa de la península de VitjazHuon en Nueva Guinea y la isla de Nueva Bretaña, como hizo Imamura, y Rabaul y BougainvilleBuka, como no hizo Mikawa.

El elemento decisivo en la guerra del Pacífico seguía siendo la flota, en especial los acorazados y los portaaviones. En 1942 los japoneses llevaban la delantera en portaaviones (7 a 4) a pesar de haber perdido cinco de ellos en el mar del Coral y en Midway. Estados Unidos tenía más acorazados que Japón (15 a 11). Con todo, la paridad aproximada que existía en 1942 cambiaría a favor de los norteamericanos al entrar en servicio los barcos nuevos cuya construcción se había autorizado en 1938-1 940. Los japoneses ya tenían menos barcos de guerra de los que el estado mayor general

de la marina juzgaba suficientes para derrotar a Estados Unidos en una guerra prolongada. El programa de construcción de la propia marina japonesa no aportaría nuevos barcos de guerra de gran calado hasta 1944, año en que entrarían en servicio cinco nuevos portaaviones de escuadra. La marina imperial japonesa había encargado su último acorazado en 1942.

El estado de la aviación naval japonesa también reflejaba la fragilidad de la marina. La industria aeronáutica podía construir nuevos aviones, pero los comandantes de las Águilas Marinas, que eran una unidad de elite, no suavizaron el proceso de adiestramiento, que era exigente y largo, por lo que la marina japonesa no podía reemplazar tan rápidamente como la norteamericana los pilotos que perdía. Los estadounidenses crearon un sistema que permitía dotar a la flota de más aviadores y con mayor rapidez y que, además, hacía posible la rotación de las escuadrillas en las zonas de combate para preservar así a los veteranos con el fin de que mandaran las nuevas escuadrillas. Al empezar la guerra, la marina de Estados Unidos tenía el doble de pilotos que la marina imperial japonesa y su sistema de adiestramiento producía pilotos cualificados en 18 meses, mientras que en Japón se necesitaban 50 meses. Atrapados por su rígido programa de adiestramiento, los pilotos veteranos japoneses recibían poca ayuda de escuadrillas operacionales.

La campaña en el Pacífico Sur dependía en esencia del grado de integración de las operaciones aéreas, terrestres y navales de las fuerzas opuestas, toda vez que ninguno de estos elementos bastaba por sí solo para ser decisivo. El problema de los japoneses seguía siendo la dificultad de la cooperación entre las diversas armas, lo cual significaba que el ejército y la marina (y sus brazos aéreos independientes) hacían guerras distintas y echaban la culpa de los fracasos a las otras armas. Huelga decir que lo mismo ocurría en el bando norteamericano, pero sus comandantes (en este caso MacArthur y Halsey) actuaban con energía e imponían la cooperación, con el respaldo de las cadenas de mando de las distintas armas y los Jefes del Estado Mayor Conjunto. Las causas de la complejidad de la campaña aliada eran la participación de Australia y el papel de MacArthur.

MacArthur reconoció que Australia era la Inglaterra de la

contienda en el Pacífico, un bastión isleño desde el cual podían organizarse expediciones contra las islas de la barrera malaya hasta las Filipinas. Necesitaba unidades aéreas y de tierra australianas para complementar sus propias fuerzas y su apoyo logístico dependía del compromiso entusiasta de los civiles. Aunque no asignaba ningún papel especial a los generales australianos, MacArthur valoraba la capacidad de Australia para mantener una parte importante del esfuerzo de guerra de la Commonwealth concentrada en el Pacífico. También solía utilizar las vías diplomáticas australianas para eludir la cadena de mando militar estadounidense.

En los comienzos de la campaña de Nueva Guinea, MacArthur mostró algunas características singulares como jefe. Su estado mayor, dominado por la llamada Banda de Corregidor, trató de convencerse a sí mismo y a otros de que MacArthur era un genio militar. Algunas personas se lo creyeron, pero muchas otras, no. La paranoia, el ansia de publicidad personal, la ambición política, el estilo de vida estructurado y cómodo y la hipocondría de MacArthur eran muy conocidas en el ejército. Uno de sus íntimos dijo que MacArthur detestaba los entierros y los hospitales y los evitaba a toda costa. En la primera guerra mundial, se había negado a llevar careta antigás (y fue gaseado en dos ocasiones) debido a la claustrofobia y no para demostrar su valentía. Su equilibrio emocional era precario. Estas flaquezas personales, al lado de las cuales George Patton parecía normal, desviaban la atención de lo que debería haber sido lo principal: la competencia militar profesional de MacArthur. Su actuación desigual en las Filipinas debería haber conducido a su relevo y jubilación, pero, en vez de ello, la Medalla del Honor y una avalancha de interés de los medios de comunicación, fomentada por Roosevelt, distrajeron la atención de los desastres militares de Estados Unidos. Luego, tras crear un monstruo, Roosevelt y los Jefes del Estado Mayor Conjunto tuvieron que soportar a MacArthur y sus poderosos amigos.

De los comandantes de alta graduación en el Pacífico, MacArthur era el menos cualificado, según criterios militares rigurosos, para interpretar un papel importante. Había pasado sus primeros 14 años en el ejército como ingeniero. En la primera guerra mundial había servido en calidad de jefe de estado mayor de

división, comandante de una brigada de infantería y, durante dos semanas en las que no se libró ningún combate, comandante de división en funciones. Después de cinco meses de luchar en Francia MacArthur no volvió a servir en campaña, y debido a la prematura ascensión al generalato y a las misiones que le encomendaron se perdió la rigurosa educación militar profesional de los años de entreguerras. Era un generalempresario teatral, un hombre cuya mayor inclinación era sermonear sobre geopolítica en vez de ejercer de general.

Parte de la función que cumplía el estado mayor de MacArthur era procurar que tuviera la moral alta. Pero otra parte importante era proteger al general de la gente (periodistas incluidos) que podía descubrir la superficialidad de su comprensión de los detalles operacionales y técnicos. Los generales y almirantes que estaban a sus órdenes recibían sólo una orientación general, lo que unas veces daba buenos resultados y otras no, especialmente si las operaciones salían mal. La aviación del ejército floreció bajo esta incertidumbre, pero para la marina, el ejército y los australianos su comandante supremo era una carga pesada. Por suerte, los japoneses decidieron hacer frente a la ofensiva en las Salomón con mayor determinación de la que habían mostrado en la defensa de Nueva Guinea y Nueva Bretaña (Rabaul).

Después de que los australianos repelieran múltiples avances sobre Port Moresby (de julio a septiembre de 1942) y los Jefes del Estado Mayor Combinado aprobasen una ofensiva limitada en Nueva Guinea, MacArthur emprendió operaciones dirigidas a aislar Rabaul con un avance sobre el sistema de bases japonesas en el norte de PapuasiaNueva Guinea, el enclave de GonaBunaSanananda. Con la mayor parte del poderío naval y aéreo de Japón concentrada en las Salomón, la fuerza expedicionaria de dos divisiones sólo tuvo que hacer frente a la climatología, el terreno y los tenaces restos de una sola división que los japoneses tenían en la angosta península de Papúa. Sin embargo, hicieron falta dos meses de encarnizados combates en la jungla para matar a los defensores japoneses. Ernest Gerbert, jefe de pelotón en la 32ª división de infantería, comprobó que la obscuridad absoluta de la jungla hacía juego con su ignorancia: «No comprendíamos la guerra en la jungla… no comprendíamos a los japoneses. Creíamos que la

guerra la harían caballeros. Cuando un tipo tuviera bastante, lo dejaría y sanseacabó. No es así como fue. Lo averiguamos muy rápidamente».[1] Casi 3000 soldados aliados serían abatidos por las balas y 18 000 por las enfermedades, comparados con 10 000 japoneses, la mayoría de los cuales murieron en combate o a causa de enfermedades provocadas por la inanición. MacArthur no podía aceptar la lentitud y la «factura del carnicero»; relevó al general de división Edwin F. Harding, comandante de la única división norteamericana en orden de batalla. El pecado de Harding fue negarse a aceptar el programa poco realista de MacArthur y sus excusas por la falta de refuerzos (de la división del propio Harding), potencia de fuego y apoyo logístico. MacArthur culpó a la marina por no proporcionar barcos. Acusó a sus propios soldados de faltar a su obligación.

La campaña, de todos modos, sugirió a MacArthur que debía explotar su superioridad en aviación táctica y la creciente capacidad anfibia de sus fuerzas navales en el teatro, llamadas ahora la 7ª flota. La nula disposición a crear un estado mayor conjunto condenó a MacArthur a hacer su guerra sin agrupaciones rápidas de portaaviones. Sin embargo, podía solicitar y solicitaba apoyo oportuno de la Flota del Pacífico de Nimitz cuando una operación permitía hacer los preparativos apropiados y los objetivos ofrecían blancos reales a los ataques aéreos. A principios de 1943 MacArthur decidió dejar a un lado algunos puntos fortificados japoneses y atacar otros (generalmente los que defendían aeródromos) con la cobertura de la 5ª fuerza aérea del teniente general George C. Kenney. Brillante proyectista de aviones, adiestrador, organizador y piloto de combate en la primera guerra mundial, Kenney consiguió por medio de halagos más aviones de su amigo el general «Hap» Arnold, jefe de las fuerzas aéreas del ejército, en gran parte porque aceptó tipos de aviones que no gustaban a los comandantes del aire en Europa: P39, P38, P40, A20 y B24. Kenney se las arreglaba con buenas tácticas y pilotos excepcionales; las fuerzas anfibias de la marina navegaban sin sufrir serios reveses, protegidas por el paraguas aéreo del ejército.

Las operaciones ofensivas de Kenney contra las bases y los barcos japoneses permitieron superar los obstáculos y avanzar. Una de sus mayores victorias tuvo lugar en marzo de 1943, cuando sus

aviadores hundieron cuatro destructores y ocho transportes grandes en el mar de Bismarck y el mar de Salomón. En agosto, otra operación permitió a la 5ª fuerza aérea, que despegó de bases avanzadas ocultas, destruir cuatro aeródromos en Wewak, en la costa septentrional de Nueva Guinea. Ninguna de estas operaciones resultó costosa para el ejército, que perdió sólo ocho aviones y aproximadamente 40 aviadores, mientras que destruyó más de 200 aviones enemigos y 1000 de sus tripulantes y personal de tierra.

Al amparo de los crecientes y destructivos efectivos aéreos aliados, que consistían en las Fuerzas Aéreas del Extremo Oriente de las fuerzas aéreas 5ª y 13ª de Estados Unidos y la Real Fuerza Aérea Australiana, todas bajo el mando operacional de Kenney, MacArthur empezó subir por la costa de Nueva Guinea en junio de 1943. Las fuerzas aliadas desembarcaron desde el mar y en paracaídas cerca de Lae y evitaron varias bases japonesas en su avance costa arriba. Con cinco divisiones australianas y dos norteamericanas, MacArthur ocupó la península de Huon antes de enero de 1944, pero dos de las tres divisiones japonesas a las que hizo frente se libraron de ser atrapadas, aunque ya no podían contar con que las reabastecieran desde el mar. El avance por la costa continuó en Wewak, Hollandia y Wadke y las islas Biak, al tiempo que la 1ª división de infantería de marina y un regimiento del ejército cruzaban el estrecho de Vitjaz y desembarcaban en el cabo Gloucester y en Arawe, Nueva Bretaña, y luego avanzaban por tierra hacia Rabaul en diciembre de 1943. Otras fuerzas anfibias norteamericanas atacaron las islas del Almirantazgo en febrero de 1944. Rabaul fue sitiada y los 135 000 hombres de su guarnición quedaron a la espera de su final.

Cuando la operación Rueda de carro llegó a su fin, MacArthur, los Jefes del Estado Mayor Combinado y los japoneses habían perdido interés por la campaña. En septiembre de 1943 el Cuartel General Imperial adoptó un nuevo concepto estratégico que en gran parte renunciaba a Nueva Guinea y las Salomón así como a las islas Marshall y Gilbert en el Pacífico Central con el fin de ahorrar fuerzas aéreas y navales para destinarlas a la defensa del Pacífico Occidental y el sudeste de Asia. Gracias a la excepcional labor de los servicios de inteligencia australianos, holandeses y norteamericanos, así como a la información Ultra, MacArthur sabía mucho más sobre los japoneses de lo que éstos sabían sobre él. La

superioridad en el aire y los reconocimientos aéreos (así como un experto departamento de cartografía) proporcionaron información topográfica esencial. MacArthur compartió con los Jefes del Estado Mayor Conjunto el conocimiento de que tenía delante al 18° ejército japonés, tenaz pero abandonado. Así pues, aceleró el ritmo de las operaciones para que sus fuerzas avanzaran tan rápidamente hacia las Filipinas que fuese imposible detenerlas.

Mal servido por su oficial de inteligencia (o G2), Charles Willoughby, en varias ocasiones MacArthur envió fuerzas contra guarniciones japonesas numéricamente superiores y expuso sus fuerzas navales al atacar objetivos en puntos situados más allá de la cobertura aérea con base en tierra. La marina se apresuró a enviar portaaviones ligeros y de escolta a la 7ª flota del vicealmirante Thomas C. Kinkaid, pero los japoneses sólo lanzaron un contraataque aéreo fuerte, la Operación IGO en abril de 1943. Los daños que produjo esta ofensiva aérea resultaron soportables, pero demostraron que la superioridad aérea casi nunca es absoluta. Esta lección la aprendieron los aviadores aliados, pero no sus comandantes del ejército.

MacArthur demostró un malsano desprecio por el ejército japonés al emplear tropas de tierra en operaciones muy arriesgadas en busca de la sorpresa. El desembarco en Lae en septiembre de 1943 requirió la coordinación de una fuerza australiana de 7800 hombres, un regimiento paracaidista norteamericano que se lanzó unos 32 kilómetros tierra adentro y la oportuna llegada de más australianos por tierra o en transportes a una pista de aterrizaje que tomaron paracaidistas norteamericanos. Los 10 000 defensores japoneses sorprendieron a todo el mundo porque no contraatacaron a los grupos aislados mientras se abrían paso luchando para salir de la trampa y huir a las montañas.

MacArthur aumentó los riesgos al tratar de explotar la victoria de Lae. En Arawe, el 112° regimiento de caballería encontró una fuerza japonesa más numerosa y tuvo que luchar encarnizadamente durante más de un mes para conservar su cabeza de playa. La 1ª división de infantería de marina pasó cuatro semanas atascada en el fango de un pantano

de Nueva Bretaña repleto de japoneses antes de poder llevar a cabo siquiera operaciones ofensivas limitadas. MacArthur no prestó atención a ninguna de estas dos fuerzas excepto para abandonar su idea de efectuar una campaña por tierra en Nueva Bretaña. En septiembre la 9ª división australiana se encontró con que los defensores japoneses de Finschhafen eran el doble de numerosos y más decididos de lo previsto y tuvo que luchar durante tres meses para tomar una posición que MacArthur había dicho que les costaría una semana de trabajo. Al desembarcar en Sarmi, el
158°
grupo regimental de combate se encontró con que había dos japoneses por cada uno de sus hombres y la 6ª división de infantería estadounidense tuvo que acudir en su auxilio. El regimiento que atacó Los Negros se encontró con que la desventaja era aún peor (4 a 1); tuvo que intervenir la totalidad de la 1ª división de caballería para evitar una repetición de Little Big Horn **[8]**

Estos acontecimientos dieron a la guerra en el sudoeste del Pacífico un carácter más australiano. Mac Arthur anunciaba con frecuencia la victoriosa conclusión de las operaciones mucho antes de que los combates cesaran realmente. En cierto sentido, como los japoneses se quedaban y luchaban hasta la muerte, tales declaraciones eran correctas en cuanto los aliados asaltaban las playas, pero no animaban a la infantería que afrontaba la peligrosa tarea de matar a los defensores japoneses de búnker en búnker.

MacArthur también tenía una habilidad especial para tratar las cifras de bajas. Se convenció a sí mismo y a otros de que su manera de hacer la guerra —esto es, evitar algunos enclaves japoneses— minimizaba las pérdidas aliadas y, por ende, era más eficaz que las operaciones que organizaban los comandantes (generalmente almirantes y generales de la infantería de marina) en otras partes del Pacífico. Si bien exageraba las pérdidas japonesas, MacArthur decía la verdad acerca de la proporción de muertos en combate que sufrían los bandos enfrentados, pero las diferencias eran atribuibles a la densidad del fuego artillero, la superioridad aérea, la asistencia médica y el apoyo logístico, y no al simple hecho de evitar posiciones japonesas, aunque los comunicados de prensa podían inducir a pensar lo contrario.

Entre otras cosas, MacArthur nunca reconoció que las

condiciones en que se desarrollaban las operaciones en su teatro se cobraban un elevado tributo. La división del ejército que tomó Biak, por ejemplo, mató a 4700 japoneses a costa de 400 muertos y 2000 heridos, pero otros 7000 soldados tuvieron que ser hospitalizados debido a las enfermedades y las heridas causadas por accidentes. En Wadke, el
187°
grupo regimental de combate perdió menos de 200 soldados mientras que mató a 800 japoneses, pero salió de la batalla incapacitado para seguir combatiendo a causa del agotamiento y las enfermedades. Además, MacArthur no reconoció la gravedad de las pérdidas de sus divisiones australianas. En la campaña de Buna en 1942, las bajas australianas fueron 2017 muertos, 3533 heridos y 9250 enfermos de malaria. De las 24 000 bajas que sufrieron las tropas de tierra de MacArthur en 1943, 17 000 eran soldados australianos. Los costes de la guerra en la jungla eran especiales. Las heridas por armas de fuego abarcarían al doble de soldados de infantería que en Europa y eran más difíciles de curar; en el teatro del sudoeste del Pacífico se daban las peores tasas de vuelta al servicio activo en el ejército estadounidense. También se registraba en él la tasa más elevada (44 por 1000) de crisis neuropsicológicas de las fuerzas armadas norteamericanas.

MacArthur minimizaba el número de bajas en el sudoeste del Pacífico, pero los Jefes del Estado Mayor Conjunto se dieron cuenta. A pesar de la retórica de MacArthur sobre las operaciones que salvaban vidas, a los Jefes del Estado Mayor Conjunto no les entusiasmaba la idea de permitirle que liberase las Filipinas. Esta decisión, sin embargo, no se basaba en el análisis militar profesional.

LAS SALOMÓN

De los cinco sectores del perímetro de defensa del nuevo imperio japonés, tres se encontraban en la línea de la barrera de Malaya (Birmania, Nueva Guinea y las Salomón) y uno colocaba tropas japonesas en las islas de Attu y Kiska, parte de la cadena de las Aleutianas, que se extendían hacia el oeste desde Alaska. El quinto

eran los atolones de las Marshall y las Gilbert en el Pacífico Central. Los puestos avanzados del ejército en el norte no duraron mucho; una división del ejército norteamericano reconquistó Kiska en agosto de 1943 y los japoneses abandonaron Attu. Ninguno de los dos bandos tenía ganas de emprender una campaña en serio cerca del círculo polar ártico entre islas desoladas que sólo servían para instalar en ellas estaciones meteorológicas y estaciones de comunicaciones para las operaciones aéreas y navales. Al igual que Nueva Guinea, las Salomón representaban el otro extremo del espectro de incomodidades: montañas volcánicas rodeadas de selvas tropicales; ríos sépticos y tibios con márgenes empinadas y fangosas que hacían de ellos fosos naturales; junglas lluviosas y cálidas, llenas de vegetación podrida donde habitaban insectos hostiles y microbios voraces que se cebaban en europeos y asiáticos por igual. Los melanesios de las Salomón meridionales tendían a apoyar a los aliados, a diferencia de los de las Salomón septentrionales, pero el miedo y el deseo de sobrevivir neutralizaban el comportamiento de todos salvo de unos cuantos partidarios decididos de los ingleses.

La guerra del Pacífico siguió siendo fundamentalmente una lucha marítima y la campaña de las Salomón representó el tercer enfrentamiento de dos grandes marinas. El almirante Mikawa era un comandante agresivo, de mucho talento, que creía que sus fuerzas de superficie podían llevar el peso que las fuerzas de portaaviones ya no podían soportar, siempre y cuando las Águilas Marinas con base en tierra conquistaran la superioridad aérea. Detrás de Mikawa se encontraba el gran Yamamoto en persona, que trabajaba desde la base avanzada de la Flota Combinada en Truk. Dolido por la derrota en Midway, Yamamoto buscaba todas las oportunidades de atraer a la Flota del Pacífico hacia el radio de acción de sus aviones y de los cañones de sus acorazados. La marina estadounidense aún no había superado la fuerza de superficie de Yamamoto, que consistía en acorazados y cruceros y no había sufrido pérdidas de consideración. Yamamoto podía interpretar la batalla de Midway como resultado de pura mala suerte que no volvería a suceder, especialmente si él y Mikawa llevaban a cabo una campaña que explotara la relativa falta de experiencia de la marina norteamericana. Aunque él no lo sabía, Yamamoto se enfrentaba a dos adversarios muy cautos, los vicealmirantes Robert

L. Ghormley y Frank Jack Fletcher, ninguno de los cuales tenía el carácter necesario para mandar fuerzas norteamericanas en apuros.

A pesar de las conocidas deficiencias del adiestramiento y la logística, Ghormley cumplió la orden de King y Nimitz y desembarcó la 1ª división de infantería de marina en Guadalcanal y TulagiGavutu el 7 de agosto de 1942. La maniobra pilló a los japoneses por sorpresa. El objetivo clave, identificado por el contraalmirante Richmond K. Turner y el general de división A. A. Vandegrift, era el aeródromo japonés cerca de Lunga Point, llanura situada casi en el centro de la costa septentrional de Guadalcanal. El control del aeródromo (que los norteamericanos llamaban Henderson Field) se convirtió en el foco de la campaña hasta el final de ésta en enero de 1943. Después de encontrar poca oposición al desembarcar en Guadalcanal, los infantes de marina pronto aprendieron que la defensa en tierra era sólo parte de la ecuación de la victoria; no se hacían ilusiones sobre la capacidad combativa de los japoneses, toda vez que sus camaradas habían tenido que luchar encarnizadamente para tomar las pequeñas islas de Tulagi y Gavutu. El control del aire y el mar se convirtió en la clave de la batalla, ya que sin él la fuerza de desembarco no podría defender Henderson Field. Aviones con base en tierra tendrían que aportar cobertura aérea continua para los barcos que traían refuerzos y pertrechos. El asunto quedó claramente delineado antes de que transcurrieran tres días desde el desembarco. Mikawa reaccionó a éste con masivos ataques aéreos contra la fuerza anfibia. En dos días sus Águilas Marinas atacaron la fuerza de Turner con 70 bombarderos y perdieron 28 de ellos y los Zeros que los escoltaban; Fletcher perdió 21 cazas en los intentos de interceptar los aparatos enemigos. La pérdida fue lo bastante grave como para que Fletcher decidiera acortar en 12 horas el apoyo aéreo que prestaba desde los portaaviones.

Con la cobertura del ataque aéreo, Mikawa en persona llevó siete cruceros y un destructor al sur y atacó a los cruceros y destructores de Turner la noche del 8 al 9 de agosto. El ataque cogió a los barcos australianos y norteamericanos totalmente desprevenidos. Sin perder un solo barco en la batalla (un submarino norteamericano hundió uno de los cruceros cuando los japoneses ya se retiraban), los japoneses echaron a pique cuatro cruceros y un

destructor y causaron graves daños a otro crucero y a dos destructores. En el caos de una batalla naval librada de cerca, murieron 1534 marineros aliados, más de los que habían perecido en Pearl Harbor. Mikawa, sin embargo, interrumpió el combate antes de alcanzar los transportes porque temía que con la luz del día se produjera un ataque de la aviación estadounidense. No sabía que Fletcher ya se había retirado, seguido al cabo de poco por las fuerzas anfibias de Turner.

Uno de los oficiales del estado mayor de Mikawa recordó las oportunidades que se desperdiciaron: «En retrospectiva, puedo ver dos errores graves que cometió la marina japonesa durante la campaña de Guadalcanal: el intento de llevar a cabo operaciones importantes simultáneamente en Milne Bay [Nueva Guinea] y en las Salomón, y la retirada prematura de la batalla de la isla de Savo. Yo interpreté un papel importante en cada uno de estos errores. Ambos fueron fruto de una confianza excesiva en las seguridades infundadas de nuestro ejército y del desprecio general por las capacidades del enemigo. Así se abrió el camino de Tokio».[2] A pesar del derrotismo de Ghormley —cinco semanas más tarde aconsejó a Vandegrift que considerase la posibilidad de rendir su división o abandonar su posición para hacer la guerra de guerrilla en las montañas—, Turner empezó a enviar aviones y pertrechos a Guadalcanal tan pronto como Henderson Field estuvo en condiciones de utilizarse, el 20 de agosto. Cazas de la infantería de marina y de la marina procedentes de Henderson Field cubrirían las operaciones de reabastecimiento naval. El tenaz compromiso de Turner obtuvo un apoyo decisivo cuando Halsey reemplazó a Ghormley el 18 de octubre y Thomas C. Kinkaid y otros guerreros de la marina reemplazaron a Fletcher.

La lucha por Guadalcanal adquirió un ritmo mortal que no cambiaría hasta noviembre de 1942, un círculo ininterrumpido de combates en tierra, mar y aire que finalmente dio la victoria a los norteamericanos. Era una lucha de «hacer ver», llena de lecciones fatales. La existencia de Henderson Field creó un círculo cada vez más amplio de requisitos operacionales. Mientras los aviones norteamericanos —escuadrones pertenecientes a todas las armas— pudieran utilizar el aeródromo y otro que se construyó cerca de él, sería posible atacar a los refuerzos japoneses y proteger sus propios

convoyes, pero sólo en operaciones diurnas. Los japoneses trajeron tropas de tierra al sur durante la noche por medio de transportes y barcazas rápidos con el propósito de rodear el aeródromo. Lanzaron tres ataques a gran escala contra él utilizando un regimiento, una brigada y una división desde el 21 de agosto hasta el 26 de octubre. Todos los ataques fracasaron ante la tenacidad de los infantes de marina que defendían el aeródromo, que en octubre contaron con la ayuda del no menos tenaz
164°
regimiento de infantería. Los japoneses, sin embargo, siguieron igualando los refuerzos de tierra norteamericanos hasta noviembre; también desembarcaron artillería de largo alcance que amenazó el aeródromo hasta que los norteamericanos les empujaron hacia el oeste con su propia artillería pesada y una ofensiva en tierra. En los dos últimos meses de la campaña las fuerzas de tierra estadounidenses, que acabaron consistiendo en dos divisiones de infantería y una segunda división de infantería de marina, atacaron a las fuerzas japonesas, cuyo comandante, el teniente general Hyakutake Haruyoshi, decidió finalmente rescatar a los supervivientes, unos 13 000 hombres de los 36 000 enviados a Guadalcanal. Las fuerzas de tierra norteamericanas sufrieron aproximadamente 2500 muertos en combate, pero sus heridos (4183) fueron sólo la mitad de las pérdidas que causaron las enfermedades y otras formas de incapacitación.

Los norteamericanos ganaron la batalla por la superioridad aérea, en parte porque la infantería de marina protegió el aeródromo de los ataques por tierra. Sin embargo, la 1ª división de infantería de marina, que incluía dos batallones de artillería antiaérea y costera, no pudo impedir los bombardeos aéreos ni los navales. La infantería de marina tampoco pudo impedir que de los barcos de guerra y de transporte que formaban el «Expreso de Tokio» desembarcasen hombres y pertrechos. Esa misión dependía de los aviadores y los marineros. Los japoneses bombardearon el perímetro de Lunga Point tan a menudo y con tanta furia como podían, generalmente coordinando los ataques aéreos con otras operaciones, pero la coordinación nunca fue suficientemente estrecha. Los bombarderos japoneses, que tenían sus bases en Rabaul y en las Salomón septentrionales y que en su mayor parte

eran «Bettys» (Mitsubishi Tipo 1 de la marina) con una capacidad de carga de dos toneladas de bombas, tenían que volar cinco horas para llegar al sur. Los vigilantes costeros de la operación Ferdinand —la red de observadores y grupos de apoyo que organizó la Oficina de Inteligencia Aliada y estaba a cargo de isleños británicos y australianos— a menudo observaban la llegada de bombarderos japoneses e informaban de sus movimientos desde el principio hasta el fin. La hora en que tenían lugar estos ataques aéreos pasó a ser previsible, puesto que dependía de los factores tiempo y espacio. Los infantes de marina incluso hacían sus comidas de acuerdo con el horario de los ataques aéreos japoneses; su régimen de dos comidas diarias dependía más de la amenaza de bombarderos a la hora del almuerzo que de una escasez de raciones; con todo, las comidas que se saltaban y el estrés producían fatiga incapacitante y disminuían la resistencia a las enfermedades.

Los aviadores navales y de la infantería de marina, que vivían y volaban en condiciones primitivas, respondían a los ataques japoneses con decisión y creciente habilidad. Concentraban sus ataques en los bombarderos y aceptaban el peligro de los Zeros de escolta. Los norteamericanos, sin embargo, al igual que sus colegas de la RAF en la Batalla de Inglaterra, sabían que podían luchar durante más tiempo que sus enemigos, y si se libraban de morir en la carlinga, un atrevido servicio de rescate airemar los sacaba del agua. Un piloto japonés herido, tal como Sakai Suburo, el as de las Águilas Marinas, tenía que soportar un viaje de vuelta al norte que duraba seis horas. Los pilotos estadounidenses comprobaron que la táctica consistente en volar en zigzag y en secciones de cuatro aviones les permitía luchar contra los Zeros en pie de igualdad, siempre y cuando no hiciesen acrobacias aéreas al enfrentarse a ellos. Los ases de la infantería de marina empezaron a multiplicarse en el Henderson Field y John Smith, Marión Cari y Joe Foss se convirtieron en nombres muy conocidos en Estados Unidos. Gracias a la posibilidad de meter y sacar escuadrillas de Guadalcanal desde bases seguras en el sur, el contraalmirante John S. McCain y sus sucesores en el puesto de comandante en jefe de las fuerzas aéreas en las Salomón no sólo protegieron Guadalcanal, sino que estacionaron aviones de ataque contra objetivos terrestres y bombarderos de reconocimiento en la isla para atacar a la infantería

y los transportes japoneses, si los localizaban durante las horas de luz diurna.

Lo que estaba por decidir era quién controlaría la noche y la superficie del mar alrededor de Guadalcanal y la respuesta desde la isla de Savo hasta los días 1215 de noviembre fue la marina imperial japonesa. Incluso en las operaciones con luz diurna la marina estadounidense pagó un alto precio por permanecer en el océano. Mientras cubrían operaciones de refuerzo durante la semana del 23 al 30 de agosto, los portaaviones *Enterprise* y *Saratoga* sufrieron graves daños. Los refuerzos japoneses lograron llegar a la isla aunque un portaaviones ligero fue hundido y un crucero pesado resultó dañado. Los japoneses, sin embargo, perdieron el triple de aviones que los norteamericanos. En un combate parecido que se libró la noche del 11 al 12 de septiembre la marina japonesa y la norteamericana volvieron a tomarse sus medidas respectivas. Los norteamericanos perdieron el portaaviones *Wasp* , a la vez que el nuevo acorazado rápido *North Carolina* y un destructor sufrieron daños que los dejaron fuera de servicio. Sólo un portaaviones y un acorazado permanecieron como núcleo de las fuerzas de operaciones en el Pacífico Sur.

Turner consiguió que sus convoyes de abastecimiento llegaran a su destino, pero también lo lograron los japoneses. La lucha continuó. Los días 11 y 12 de octubre tuvo lugar otra batalla nocturna entre agrupaciones de cruceros y destructores cerca de la isla de Savo. Los japoneses perdieron un crucero y otros dos barcos sufrieron daños; en el bando norteamericano un crucero y dos destructores resultaron dañados, pero sólo se hundió un destructor, lo cual podría decirse que fue una victoria. Con todo, después de la batalla los japoneses enviaron acorazados a bombardear Henderson Field, destruyeron casi 50 aviones y continuaron estos ataques nocturnos durante otros tres días. Mientras tanto, llegaron a la isla más refuerzos japoneses.

Halsey azuzó a sus almirantes hasta que decidieron luchar de noche. Sin embargo, en la siguiente batalla, que se libró el 26 de octubre, volvieron a participar las agrupaciones de portaaviones que permanecían en mar abierto alrededor de Guadalcanal. A la altura de la isla de Santa Cruz, los aviones norteamericanos dañaron dos portaaviones y un crucero japonés y derribaron 100 aviones o

los atraparon en las cubiertas de los portaaviones. Las pérdidas norteamericanas fueron casi catastróficas: el portaaviones *Hornet* se hundió y el *Enterprise* , un acorazado, un crucero y un destructor sufrieron graves daños. Setenta y cuatro aviones de la marina completaron la lista de pérdidas.

El apogeo de la campaña fueron cuatro días, del 12 al 15 de noviembre, y terminó con una victoria norteamericana… por poco. Mientras Turner conducía otro convoy de refuerzos hacia Guadalcanal, Halsey envió tres agrupaciones contra los japoneses: 13 cruceros y destructores para escoltar el convoy, una agrupación de portaaviones, con uno de ellos apenas en condiciones de cumplir su cometido, el *Enterprise* , y una agrupación cuyo núcleo eran el dañado *Saratoga* y un nuevo acorazado, el *Washington* . Los japoneses destruyeron la fuerza de cruceros y destructores del contraalmirante Daniel J. Callaghan, hundiendo seis barcos y dañando a todos los otros menos uno. Aun cuando Callaghan y el contraalmirante Norman Scott murieron en sus respectivos puentes de mando, no fue como en la isla de Savo. Un acorazado y dos destructores japoneses sufrieron daños suficientes para ser blanco fácil de los aviones norteamericanos con luz diurna. El grupo aéreo del portaaviones *Enterprise* del almirante Kinkaid no podía utilizar su propia cubierta, pero podía reforzar y reforzó a los infantes de marina de Henderson Field, y estas fuerzas dieron una paliza a los transportes japoneses. No pudieron impedir que los barcos de guerra japoneses bombardearan Guadalcanal impunemente, pero, a pesar de ello, los japoneses perdieron siete transportes.

La batalla continuó y el contraalmirante Willis Lee, que mandaba dos acorazados y cuatro destructores, libró otra batalla nocturna los días 14 y 15 de noviembre. Los japoneses hundieron o dañaron todos los barcos de Lee excepto el *Washington* , que se encontró rodeado de restos, entre ellos los de un acorazado y un destructor japoneses. Una fuerza japonesa muy superior (dos acorazados más y un crucero pesado) abandonó el combate y se retiró al norte. Dejó tras ella 13 transportes destruidos y unos 6000 soldados japoneses muertos, la mayoría víctima de subsiguientes ataques aéreos.

La campaña de Guadalcanal persuadió a Yamamoto de la necesidad de reducir sus pérdidas y reservar la Flota Combinada

para algún combate posterior y más favorable, pero la marina japonesa se encontraba ante un futuro infeliz. Había infligido pérdidas graves a la marina de Estados Unidos: dos portaaviones, siete cruceros y 15 barcos de guerra de diversos tipos. Había matado a casi 5000 marineros norteamericanos (pérdida tan traumática que durante varios años la marina se negó a revelar sus bajas) y había destruido 134 aviones. Pero las pérdidas japonesas también habían sido graves: dos acorazados, un portaaviones ligero, cuatro cruceros, 17 barcos de guerra de otros tipos, y alrededor de 1200 aviadores navales y 3500 marineros. Los japoneses habían perdido 500 aviones, la mayoría pertenecientes a la 11ª flota aérea y a los grupos aéreos de los portaaviones, y 14 transportes. Aunque podían reemplazar los aviones y los barcos, los aviadores y los marineros expertos eran irreemplazables.

Lo que tampoco podía reemplazarse era la ventaja psicológica que habían perdido los japoneses. Luchando en un mar llano donde aún no llevaban ventajas abrumadoras en número, habilidad y tecnología, todas las armas norteamericanas habían demostrado que podían derrotar a lo mejor de las fuerzas armadas japonesas. Los veteranos de la campaña de las Salomón siguieron respetando la tenacidad y la habilidad de los japoneses, pero ya no los temían como a principios de 1942. Con la llegada de más recursos al teatro del Pacífico Sur a comienzos de 1943, las perspectivas de victoria de los aliados aumentaron.

El cambio favorable a la flota norteamericana del Pacífico que tuvo lugar en noviembre de 1942 no fue absoluto, aunque Yamamoto reservaba ahora sus acorazados y portaaviones. Sus cruceros y destructores, especializados en combatir de noche y armados con el letal torpedo llamado «Lanza Larga», obligaron a los capitanes norteamericanos a seguir siendo prudentes. Durante el año que siguió a las grandes batallas de noviembre de 1942 a la altura de Guadalcanal, la marina japonesa y la marina norteamericana se enfrentaron otras siete veces. En dos batallas nocturnas, Tassafaronga (30 de noviembre1 de diciembre de 1942) y Kolambangara (1213 de julio de 1943), los norteamericanos perdieron dos cruceros y un destructor, pero en estas batallas y en otras la marina japonesa perdió dos cruceros y diez destructores, aunque algunos de estos últimos habían sido convertidos en

transportes. Tassafaronga en particular demostró lo que les ocurría a las agrupaciones navales que no respetaban a la marina imperial japonesa y no utilizaban su radar sabiamente; una escuadra de destructores japoneses hundió un crucero y causó numerosos daños a otros tres con torpedos «Lanza Larga» y sin sufrir ninguna pérdida. De hecho, convencieron a los norteamericanos de que los barcos atacantes eran acorazados. Estos percances no pudieron evitar que los norteamericanos continuaran subiendo de forma inexorable por la cadena de las Salomón hasta llegar a Rabaul.

Dolido por la pérdida de Guadalcanal, Yamamoto reunió sus fuerzas aeronavales en el Pacífico Sur para cumplir la orden del cuartel general imperial y lanzar la operación GO, que consistiría en un ataque aéreo contra las bases aéreas y los puertos norteamericanos en Nueva Guinea. Bajo la supervisión del vicealmirante Koga Mineichi, el alto, elegante y tranquilo profesional que mandaba la 3ª flota (portaaviones) en Truk, las Águilas Marinas de dos portaaviones se unieron a sus camaradas con bases en tierra en Rabaul y Bougainville. Los días 1114 de abril de 1943 la fuerza combinada de 340 aviones de todos los tipos sobrevoló Nueva Guinea hasta la bahía de Milne y atacó con una ferocidad como no se había visto desde Pearl Harbor. Los entusiasmados pilotos comunicaron que los aliados habían sufrido pérdidas catastróficas en barcos y aviones, lo cual resultó muy exagerado pero complació a Yamamoto. La pérdida de 40 de sus aviones con sus tripulaciones le pareció justificada. Animado por la victoria imaginaria, el almirante se trasladó a Bougainville para hacer una inspección y cayó en una emboscada que le tendieron aviones norteamericanos P38, cuyos pilotos conocían la ruta de Yamamoto gracias a la interceptación de mensajes radiofónicos. El 18 de abril, el más grande de los jefes de la marina japonesa pereció al estrellarse el bombardero en el que viajaba en la jungla de Bougainville. La muerte de Yamamoto representó la desaparición del único almirante japonés que estaba a la altura de los generales del ejército como jefe y estratega.

Su sucesor, el almirante Koga, lanzó una contraofensiva aérea a mayor escala todavía, la operación RO, a principios de noviembre de 1943. De nuevo, bombarderos que despegaron de portaaviones y otros que tenían sus bases en tierra se reunieron en las Salomón

septentrionales; en la operación contra las flotas de invasión aliadas a la altura de las islas de Bougainville y Nueva Bretaña y contra las bases aéreas acabaron participando hasta 500 aviones. Alertados por los mensajes radiofónicos que captaron sus servicios de inteligencia, que eran superiores, los norteamericanos lanzaron sus propios ataques aéreos, en especial desde los portaaviones de Halsey. Del 2 al 9 de noviembre, en tres grandes batallas aéreas, los japoneses perdieron tal vez otros 200 valiosísimos aviones con sus pilotos. Esta vez fueron los norteamericanos quienes exageraron mucho su victoria, pero las pérdidas reales de los japoneses fueron muy grandes y costaron a Koga el mando de la flota combinada. Su sucesor, el almirante Ozawa Jisaburo, aconsejó inmediatamente al cuartel general imperial que abandonara Truk al igual que Rabaul mientras él formaba nuevos grupos aéreos que operarían desde portaaviones.

Con Guadalcanal fuera de peligro, Halsey tomó la iniciativa y empezó una campaña de explotación cuyo objetivo era apoderarse de las bases aéreas y los fondeaderos que habían creado los japoneses durante la campaña de las Salomón meridionales. Ahora podía depender principalmente de escuadrones de cazabombarderos de la infantería de marina y del ejército con base en tierra e incluso de bombarderos del ejército. Sin embargo, había comprobado que los bombarderos con base en tierra no podían inutilizar Rabaul ni proporcionar apoyo decisivo, así que necesitaba bases avanzadas para aviones más eficaces. Aunque sus fuerzas navales serían suficientes —siempre y cuando la flota combinada no interviniera—, Halsey no disponía de fuerzas de desembarco avezadas porque las divisiones 1ª y 2ª de la infantería de marina se habían ido para llevar a cabo otras misiones y las divisiones Americal y 25ª de infantería necesitaban reconstituirse. Así pues, tuvo que improvisar una fuerza de desembarco con el XIV cuerpo del ejército (tres divisiones nuevas), reforzada por batallones de defensa y asalto de la infantería de marina, junto con dos brigadas neozelandesas.

En Nueva Georgia, en las Salomón centrales, las operaciones no fueron bien y se repitieron muchos de los errores que había cometido el ejército al debutar en la guerra ofensiva en la jungla en Buna, pero a comienzos del otoño de 1943 los aliados ya tenían las

Salomón centrales en su poder y preparadas para servir de bases aéreas y de embarque avanzadas. El 1 de noviembre de 1943 la recién llegada 3ª división de infantería de marina atacó Bougainville, seguida por la 37ª división de infantería. Después de otra lucha encarnizada en las junglas, en medio de la tupida vegetación y el fango, llegaron refuerzos consistentes en otras tres divisiones australianas y norteamericanas. Por sangrienta y difícil que fuese la lucha en Bougainville, los aliados ya no tenían que hacer frente a un esfuerzo concertado de los japoneses por conservar las Salomón —o Rabaul— en su poder. Lo único que pretendían los japoneses era que el precio de la victoria aliada fuera lo más alto posible. Bougainville no fue conquistada hasta el final de la guerra.

Al entrar en su última fase a finales de 1943, la campaña cuyo objetivo era aislar Rabaul había demostrado lo que podían conseguir los aliados explotando su creciente capacidad de dominar la guerra airemar. Debido a los constantes ataques aéreos, el alto mando japonés sacó las fuerzas de tierra que pudo de sus guarniciones aisladas, aunque resultaba difícil a causa de la superioridad aérea de los aliados. En Bougainville, por ejemplo, el II cuerpo australiano mató a unos soldados japoneses en una operación que vino a ser una especie de asedio medieval en la jungla; las bajas australianas fueron 516 muertos y 1572 heridos solamente. Casi 10 000 japoneses perecieron por culpa de las enfermedades y de inanición antes de que terminara la guerra, momento en que se rindieron 13 000 supervivientes.

Rabaul corrió la misma suerte. Aunque los aliados arrojaron más de 18 000 toneladas de bombas sobre el puerto, sus defensores se encontraban muy bien atrincherados y la idea de lanzar un asalto resultaba poco atractiva, por lo que una división australiana tuvo que sitiarlo durante casi un año antes de que acabase la guerra. En 1945 casi 90 000 japoneses, entre militares y civiles, se rindieron a los australianos. Mientras tanto, probablemente otros 10 000 japoneses murieron de todas las causas imaginables. Después de reducir el poderío aéreo y naval de Japón, la campaña aliada en el Pacífico Sur se alargó acompañada de fúnebres lamentos, tanto de los vencedores como de los vencidos.

LOS ASIÁTICOS EN GUERRA

Winston Churchill sabía historia. De hecho, escribía historia y comprendía que la guerra significaba mucho más que el choque de ejércitos y marinas. Las guerras que más influyeron en Churchill eran guerras en las que él no había combatido ni sobre las que había escrito: las guerras con los franceses entre 1792 y 1815. El desafío estratégico ante el que se encontraba Churchill presentaba notables similitudes con el que había afrontado Pitt el Joven, uno de sus predecesores como primer ministro en tiempo de guerra. Churchill conocía los puntos débiles del imperio británico que había jurado conservar. Ahora que Japón había creado su propio dominio de ultramar, Churchill pensaba que a la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental se la podía atacar por medio de la subversión y la guerra económica además de militarmente. Aprovechando el antiimperialismo natural de Roosevelt, el primer ministro no tuvo ninguna dificultad en aplaudir la declaración que Roosevelt hizo en Casablanca, en enero de 1943, en el sentido de que las potencias del Eje no podían negociar un acuerdo que preservara sus nuevas conquistas. En El Cairo, en noviembre del mismo año, Churchill, Roosevelt y Chiang Kaishek anunciaron que Japón no podría conservar ninguna de las conquistas que había hecho desde 1895.

Excepto en el caso de China, Roosevelt veía las realidades políticas de Asia más claramente que Churchill. El imperialismo europeo en Asia y el Pacífico estaba moribundo en 1941, y los japoneses se habían limitado a darle el golpe de gracia. En Asia los aliados se enfrentaban a un problema especial que no existía en Europa: la posibilidad de que los asiáticos que vivían en los territorios ocupados por los japoneses no les recibieran como liberadores y no vieran a los japoneses como conquistadores. Los japoneses se habían presentado como los *verdaderos* antiimperialistas, los que venían a salvar a sus hermanos asiáticos de la explotación anglonorteamericana. De hecho, en 1943 los japoneses celebraron una Conferencia Panasiática a la que dieron mucha publicidad. Señalaron su colaboración con los tailandeses y los chinos contrarios al Kuomintang como ejemplo de que actuaron en serio al formar una mancomunidad antieuropea. Los únicos asiáticos excluidos de la generosidad japonesa eran los comunistas.

Otro grupo de opositores asiáticos no recibía su inspiración del servicio al marxismo, sino del compromiso con los valores cristianos. Los resistentes y los colaboracionistas no se dividían según la clase social a la que pertenecían; era posible encontrar monárquicos por motivos económicos en ambos bandos. Las verdaderas líneas divisorias entre los habitantes de los países asiáticos ocupados se formaron en torno a asuntos relacionados con la ideología antiimperilista, la etnicidad, la religión y las rivalidades regionales.

La probabilidad de que los aliados pudieran crear una resistencia antijaponesa parecía escasa, incluso en 1943. En vez de ello, los japoneses habían encontrado aliados bien dispuestos en casi todas las antiguas colonias europeas así como en China y Tailandia. La India incluso parecía al borde de la subversión japonesa, cuando en 1942 una serie de disturbios casi paralizó su sistema de telecomunicaciones y ferrocarriles. Los japoneses ofrecían a sus prisioneros de guerra indios una alternativa al trabajo de esclavo y la muerte: alistarse en el Ejército Nacional Indio e ir a Birmania para preservar el orden y prepararse para invadir la India. El Ejército Nacional Indio, que llegaría a contar con unos 20 000 hombres como máximo, encontró su voz más potente en Subdas Chandra Bose, expresidente del Congreso exiliado en Alemania. Sus comandantes militares eran un puñado de exoficiales indios. Sin embargo, en realidad los japoneses no querían usar soldados indios, por lo que el Ejército Nacional Indio sólo tuvo una división, por pura fórmula, que se derrumbó en el desastre de 1944-1 945.

El intento de explotar el antiimperialismo birmano resultó todavía más inútil. Al principio Birmania parecía un modelo de nación de la Nueva Asia. Partiendo de los restos del dominio británico, un nacionalista birmano carismático, Ba Maw, formo un gobierno y obtuvo la independencia nominal en agosto de 1943. Uno de sus iguales en el partido de los Thakins (señores), el aún más carismático Aung San, formó un Ejército Nacionalista Birmano para preservar el orden y tener a raya las minorías que habitaban en las montañas. Aung San, sin embargo, detestaba a los japoneses y a sus rivales birmanos casi tanto como a los ingleses y en 1944 formó otro grupo, la Liga Antifascista para la Libertad de los Pueblos, al amparo del Ejército Nacionalista Birmano. Este ejército

fantasmagórico se pasó a los ingleses en marzo de 1945 a tiempo de matar a unos cuantos japoneses y ganarse el perdón. Los kachines, los karenes y los chin, que habían sido perseguidos por los japoneses y los birmanos, ya habían integrado unos 20 000 soldados en el

ejército británico en 1943, lo cual les daba mejores credenciales como resistentes que a los birmanos pero no les libró de tener que luchar con el ejército de Aung San en la posguerra.

Los japoneses gozaron de sus mejores éxitos en cuanto a la colaboración consensual en las Indias Orientales Holandesas, pero incluso allí los aliados aprovecharon bolsas de resistencia. Al principio los japoneses se beneficiaron de una conquista que no causó muchos muertos entre los indonesios y fue seguida de una administración liberal bajo el general Imamura Hitoshi. Los japoneses y los javaneses colaboraron de buen grado en la instauración de un gobierno indonesio independiente en 1944 y en la creación de organizaciones económicas que se encargarían de extraer y embarcar petróleo y minerales indonesios a Japón. Achmed Sukarno brindó a los japoneses la oportunidad de apoyar a un auténtico antiimperialista javanés. Los japoneses autorizaron la creación de una fuerza paramilitar, Pembala Tanah Air (PETA) o «Ejército Voluntario de la Defensa de la Patria», para que velara por la seguridad interna. La PETA llegó a tener 70 000 efectivos y colaboró estrechamente con la *kempeitai* , la temida policía militar japonesa. La aparición de los javaneses como elite política de Indonesia, sin embargo, permitió que los agentes aliados (la mayoría de ellos holandeses y australianos) organizaran grupos de partisanos en Sumatra, Borneo y Timor a los que abastecía y apoyaba el general MacArthur por medio de su Oficina de Inteligencia Aliada, el único organismo combinado que el general permitió en su teatro, en gran parte para excluir a la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), que se encargaba de las operaciones subversivas. Los partisanos hostigaban a los japoneses en las islas remotas, pero no pudieron hacer mella en el sistema de seguridad japonésjavanés y, al terminar la guerra, la PETA estaba intacta en gran parte y preparada para oponer resistencia a la reocupación holandesa.

En otras partes de Asia, los comunistas tomaron la iniciativa en lo que se refiere a formar movimientos de resistencia y sólo en las Filipinas apareció un movimiento de resistencia que no era comunista. Basándose en gran parte en su experiencia en el norte de China, donde las fuerzas partisanas comunistas contaban probablemente un millón de efectivos en 1973, los japoneses daban por sentado que guerrillero chino significaba guerrillero comunista, suposición que contribuyeron a convertir en una de esas profecías que por su propia naturaleza tienden a cumplirse. Con todo, la nacionalidad no definía el comunismo, ya que los comunistas filipinos, coreanos y vietnamitas también hostigaban a los japoneses y asumieron la responsabilidad del nacionalismo auténtico.

En Malaya, al menos, los japoneses no se equivocaron al leer las hojitas de té. Ellos mismos se crearon problemas al ejecutar como mínimo a 5000 chinos destacados y sus familias tras la caída de Singapur. Los ocupantes japoneses se encontraron ante un desafío serio porque la población china (dos millones) era casi tan numerosa como la malaya (2,5 millones) y tenía lazos fuertes tanto con el Kuomintang como con los comunistas de China. Aunque los malayos y los indios (750 000) no organizaron grupos de resistencia importantes, los chinos previeron que iban a ser los que más sufrirían a causa de la ocupación japonesa y crearon una red de resistencia en cuanto empezó la guerra.

Patrocinado, financiado y adiestrado por la brigada especial de la policía malaya, la fuerza impulsora del movimiento clandestino era Lai Tek, secretario general del Partido Comunista malayo, que también estaba a sueldo de los ingleses como informante. Después de la victoria japonesa, Lai Tek creó su red de comisarios y jefes militares… y luego los vendió a los japoneses en dos incidentes que ocasionaron la pérdida de más de cien líderes clave de la resistencia. Después de afianzar su poder y su seguridad, Lai Tek se puso en comunicación con la Fuerza 136 (la SOE o Junta de Operaciones Especiales, en la India) y pidió más apoyo para su ejército de guerrilleros. En 1943 llegó a Malaya una misión de enlace británica que incluía al carismático Lim Bo Seng, hombre joven y rico que hablaba inglés y era miembro del Kuomintang. Los ingleses, que ya sospechaban de Lai Tek, advirtieron a Lim Bo Seng que no se quedara en Malaya, pero él no les hizo caso y organizó su

propia unidad de partisanos. Traicionado también por Lai Tek, Lim Bo Seng murió en 1944 después de ser torturado durante meses por los japoneses y se convirtió en mártir heroico de los chinos de Singapur.

Aunque el Ejército del Pueblo Malayo contra Japón (MAPJA), integrado por 8000 hombres, llevó a cabo 340 ataques (cifra que dio el mismo MAPJA) contra puestos avanzados de los japoneses, los comunistas lucharon sobre todo para sobrevivir. A medida que crecían las sospechas sobre la lealtad de Lai Tek, el poder en la resistencia gravitó hacia su lugarteniente de 23 años de edad, Chin Peng, que hablaba inglés y por ello hizo de oficial de enlace con la Fuerza 136. Chin Peng utilizó su poder para organizar el MAPJA con vistas a la lucha por el control de Malaya en la posguerra. Se limitó a llevar a cabo las operaciones suficientes para que su fuerza tuviera derecho a la ayuda británica mientras seguía ocupándose principalmente de sus rivales internos. De las 7000 personas que mató durante la guerra, la mayoría eran chinas y entre ellas había 2500 miembros del MAPJA. La Fuerza 136 recibió cierta cantidad de información útil y otros tipos de ayuda del MAPJA, pero la resistencia malaya hizo poco por debilitar la ocupación japonesa.

En Indochina, el gobierno colonial juró lealtad a la Francia de Vichy, y en Camboya y Laos, donde los franceses gobernaban indirectamente por medio de dinastías tradicionales, los japoneses encontraron poca resistencia. En Vietnam, en cambio, los japoneses se encontraron con que como mínimo dos importantes movimientos anticoloniales amenazaban su control. El más influyente de ellos, el Viet Nam Quac Dan Dong, había sobrevivido a la represión francesa en los años treinta y se había infiltrado en las fuerzas de seguridad francovietnamitas en los años cuarenta, donde poco a poco fue formando un gobierno en la sombra. En marzo de 1945, el ejército japonés lanzó un ataque preventivo contra el ejército y la policía francovietnamitas porque creía que no tardarían en atacarlo. Mató o ejecutó a 1700 resistentes potenciales y encarceló al resto. Después de este desastre, los aliados no tuvieron más remedio que establecer relaciones con lo poco que quedaba del Partido Comunista vietnamita, que había establecido campamentos base junto a la frontera china en las fuentes del río Rojo. El líder de este grupo era un intelectual demacrado que tenía una voluntad de hierro, había

viajado mucho por Europa y usaba el nombre de guerra de Ho Chi Minh. En 1945, tanto la Fuerza 136 como la OSS mandaron delegaciones al Viet Nam Doc Lap Dong Minh (Viet Minh), principalmente para recoger información y llevar a cabo operaciones aéreas de apoyo.

También en las Filipinas la victoria inicial fue el origen de una fuerza política que luego los japoneses despilfarraron. La derrota que sufrieron los norteamericanos destruyó por completo el mito de la omnipotencia occidental, pero los japoneses no cayeron en la cuenta: los filipinos ya sabían que los norteamericanos eran malos imperialistas. No cabe duda de que el ansia de sobrevivir ayudó a los japoneses a imponer cierto grado de autoridad; los líderes políticos nacionalistas, la jerarquía católica y los terratenientes ricos parecieron aceptar gustosamente la ocupación japonesa y la policía uniformada filipina se mostró dispuesta a mantener el orden en el país. Pese a ello, los japoneses (cuyos servicios de inteligencia eran muy buenos) se vieron obligados a enfrentarse a un importante movimiento de resistencia que estaba dividido siguiendo más o menos criterios ideológicos. Los comunistas filipinos crearon el Hukbong *Bayan* laban Sa Hapon (Hukbalahap) o Ejército Popular contra Japón, cuyos efectivos procedían del campesinado tradicional antiimperialista y contrario a los terratenientes del centro de Luzón. Capitaneados por Luis Taruc, los huks sabían quién era el enemigo y no eran necesariamente los japoneses; antes de que terminara la guerra mataron a unos 15 000 filipinos, colaboracionistas y «americanistas», en comparación con 5000 japoneses.

Los huks tenían muchos competidores locales. Los norteamericanos y filipinos que se habían rendido en 1942 no representaban a todos los que querían matar japoneses en nombre del patriotismo norteamericano y la independencia filipina. En 1942-1 943 aparecieron grupos de resistencia en todas las islas importantes; es probable que en 1943 la mitad de los guerrilleros en activo (cuyo total se calcula en 60 000) ya no fueran huks, sino «americanistas» bajo el mando conjunto de oficiales de los ejércitos norteamericano y filipino como Ramón Magsaysay, que más adelante sería presidente de la república. En 1943 la mayoría de estos grupos ya estaba en comunicación con el cuartel general de

MacArthur, que les proporcionaba armas, radios y material médico.

El ejército japonés, en especial sus oficiales de inteligencia y sus policías militares, ya había adquirido mucha experiencia en Corea, Manchuria y China y sabía utilizar hábilmente las recompensas y los castigos para poner fin a los brotes de insurgencia. En el norte de China y en Manchuria contuvo a los partisanos utilizando sus propias fuerzas además de colaboracionistas chinos y coreanos. En 1941 las fuerzas japonesas eliminaron casi por completo a un ejército guerrillero chinocoreano en Manchuria (en el que servía a un obscuro oficial coreano llamado Kim II Sung). Los japoneses lograron mantener a dos ejércitos comunistas chinos a raya, el de la 8ª Ruta y el Nuevo 4º ejército, aunque no pudieran eliminarlos. Las exigencias mismas de la guerra, sin embargo, condenaron al fracaso los esfuerzos japoneses por controlar a los habitantes de su nuevo imperio económico. Al igual que Inglaterra, Japón no podía sobrevivir y hacer la guerra sin hacer masivas importaciones a su imperio insular.

Durante 1942 los encargados de administrar la economía japonesa organizaron la extracción de toda clase de mercancías esenciales de China, Corea y el sudeste de Asia y su envío a Japón. Grandes cantidades de petróleo, mineral de hierro, estaño, caucho, magnesio, quinina, manganeso, níquel, bauxita, sal, carbón, azúcar, arroz, té y otras materias primas llegaban a Japón. Sin embargo, esta actividad económica no enriqueció a los proveedores de estas materias primas, toda vez que no formaba parte del comercio internacional y los japoneses no tenían ningún incentivo para recompensar a sus sátrapas económicos. En Corea, por ejemplo, se dobló la producción de arroz, pero los coreanos vieron reducida a la mitad la cantidad de este producto destinada a ellos. La explotación japonesa, que era impulsada por las exigencias de la guerra, pronto fue más onerosa que el colonialismo económico europeo de antes de la contienda. Esta causa de alienación hubiera podido ser soportable, pero los japoneses también necesitaban exportar mano de obra. Los japoneses imitaron a sus aliados alemanes y recurrieron a trabajadores extranjeros para llenar los puestos que dejaban vacantes los trabajadores japoneses que eran reclutados por las fuerzas armadas. Los «soldados económicos» extranjeros no tenían ninguna posibilidad de elegir su destino y el número de ellos

que se envió al archipiélago japonés o a otras partes aumentó mucho entre 1943 y 1945: 800 000 coreanos, 300 000 indonesios, 1000 000 chinos y 100 000 malayos. Como es natural, no cabía esperar que esta política reforzara los lazos afectivos dentro de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental.

Dadas las limitaciones de los movimientos de resistencia, en ningún momento de la guerra pudieron los aliados utilizar a los guerrilleros para substituir a las fuerzas regulares en Asia, lo cual llenó de frustración a los románticos «pittianos [9] churchillianos» de la SOE y el OSS. El primer obstáculo en este sentido era sencillamente la herencia del colonialismo europeo, sobre todo en las colonias holandesas, británicas y francesas. Los japoneses no eran liberadores sensibles, pero al menos no eran europeos. Otra limitación era la inmediatez del apoyo aliado. Las perspectivas de recibir ayuda y de liberación eran muy remotas, por lo que es natural que los movimientos de resistencia no quisieran correr riesgos especiales luchando contra el ejército japonés.

También los supervisores de las guerrillas aliadas se encontraban ante un problema difícil. Si procuraban que las bandas de partisanos siguieran siendo pequeñas, mejoraban sus probabilidades de supervivencia y aumentaban su utilidad como proveedores de información para las operaciones convencionales. Una guerrilla reducida también podía rescatar a los aviadores derribados y llevar a cabo otras tareas sin atacar las posiciones japonesas: por ejemplo, volar instalaciones importantes y centros de transporte, así como tender emboscadas a unidades japonesas. Era probable que los japoneses respondiesen a estos ataques de gran efecto ejecutando a rehenes civiles, destruyendo poblados y organizando operaciones en serio contra los guerrilleros. En realidad, los partisanos no podían crear un «segundo frente» en ninguno de los países asiáticos ocupados, aunque representaban una amenaza que los japoneses no podían pasar por alto. Si la subversión no podía alterar el panorama estratégico, habría que llenar el vacío con alguna otra manera de atacar la economía de guerra japonesa.

LA GUERRA SUBMARINA

La marina estadounidense creía que podía debilitar el control que ejercían los japoneses sobre los recursos de Asia sin depender de los bombardeos estratégicos ni de la guerra de guerrillas. Propuso la destrucción de la marina mercante japonesa por medio de la guerra submarina sin limitaciones, toda vez que la industria de guerra y el tejido social de Japón, como en el caso de Inglaterra, dependían del suministro ininterrumpido de materias primas y alimentos. Aunque la marina norteamericana había creado su propia fuerza submarina para apoyar las operaciones de la flota, las nuevas clases de submarinos (principalmente las clases *Tambor* y *Gato* , llamadas también buques de escuadra) poseían un radio de acción que les permitía llegar a las rutas comerciales del Pacífico Occidental, incluso a las aguas jurisdiccionales de Japón. Además, la marina japonesa, al igual que la norteamericana, había prestado poca atención a la guerra antisubmarina o a la organización de convoyes. Antes de que transcurriera una semana del ataque contra Pearl Harbor, tres submarinos norteamericanos navegaban hacia aguas japonesas y otros buques con base en Cavite, Filipinas, buscaban blancos que atacar. Sin embargo, durante casi dos años las fuerzas submarinas de la Flota del Pacífico, divididas entre Australia y Hawai, no resultaron más eficaces que los bombarderos que despegaban de China. Las limitaciones de los ataques norteamericanos contra el comercio japonés en los primeros tiempos de la guerra fueron una razón más para que los aliados no tuvieran otra opción que luchar contra el ejército y la marina japoneses en alguna parte del Pacífico.

Antes de la guerra, el arma submarina de Estados Unidos había alcanzado una fama de excelencia que rivalizaba con la aviación naval o el arma submarina alemana. Los miembros de la tripulación se seleccionaban cuidadosamente atendiendo a su inteligencia, su habilidad técnica y su estabilidad emocional; obligados a vivir en condiciones difíciles y a correr grandes peligros, los submarinistas cobraban más que otros marineros y gozaban de comodidades especiales en tierra. A los oficiales se les ofrecía la perspectiva de llevar a cabo misiones estimulantes y ejercer el mando aunque su graduación fuera inferior a la de otros oficiales que llevaban una vida más cómoda a bordo de acorazados y cruceros. Con todo, las preocupaciones por la seguridad y los gastos de adiestramiento en

tiempos de paz no ponían a prueba a los comandantes de los submarinos, y durante el primer año de la guerra una tercera parte de ellos perdieron sus despachos debido a su ineficacia. No obstante, el material humano del arma submarina fue sobresaliente desde el principio hasta el fin. Tenía que serlo, porque el arma submarina de Estados Unidos corrió riesgos mayores que el resto de los norteamericanos que combatieron en la segunda guerra mundial. Casi el 22 por ciento de sus tripulantes perdió la vida en misiones de patrulla durante la contienda (3500 de 16 000 marineros), el porcentaje de muertes más elevado en las fuerzas armadas norteamericanas.

La marina construyó submarinos de calidad para que hiciesen juego con sus tripulantes, que eran superiores a los demás marineros. Los submarinistas rompieron con la costumbre de construir los buques en astilleros del gobierno y forjaron estrechas relaciones de trabajo con fabricantes alemanes y norteamericanos de motores diesel y eléctricos y cascos de presión de acero; las compañías más influyentes eran la Electric Boato Company (Groton, Connecticut), MaschinenfabrikAugsburgNürnberg (Alemania), AllisChalmers, General Electric y General Motors. Los comandantes de los submarinos colaboraban de manera estrecha y persuasiva con sus colegas del Bureau of Engineering, el departamento de la marina encargado de construir submarinos. La construcción de submarinos no siguió una línea recta ni estuvo exenta de problemas, pero en 1941 el arma submarina de Estados Unidos ya creía disponer —y no se equivocaba— de buques con motores diesel superiores que podían navegar rápidamente en superficie (el máximo eran 20 nudos), motores eléctricos superiores cuya seguridad y durabilidad eran suficientes para los ataques bajo el agua y cascos, soldados y maquinaria que respondían a los desafíos implacables del océano y el enemigo. Esta evaluación resultó correcta.

Dadas las expectativas de la marina, los resultados que obtuvieron los submarinos en 1942 y 1943 fueron un ejemplo más de esperanzas malogradas. En 1942 la marina mercante japonesa perdió sólo 180 barcos (incluidos dos petroleros) con un peso total de 725 600 toneladas; en 1943 los submarinos norteamericanos obtuvieron mejores resultados y hundieron 335 barcos (23

petroleros) con un peso total de 1360 500 toneladas. Este volumen de pérdidas aún estaba lejos de ser catastrófico. Los japoneses substituyeron el tonelaje perdido con relativa facilidad en 1942; su pérdida anual representó sólo una sexta parte de las que los submarinos alemanes causaron a los aliados. El tonelaje total de mercantes japoneses siguió estando cerca de 4,5 millones hasta mediados de 1943. Como la guerra antisubmarina que hicieron los japoneses no puede ser la explicación de los resultados decepcionantes que obtuvieron los norteamericanos —que perdieron sólo 7 submarinos en 1942 y 17 en 1943—, las causas tenían que ser internas.

Y lo eran. Al igual que todas las fuerzas militares que participaron en la segunda guerra mundial, los submarinistas norteamericanos tuvieron que hacer ajustes tácticos, pero su problema principal eran los torpedos defectuosos. Los submarinos norteamericanos entraron en guerra erizados de torpedos y tubos de lanzamiento; llevaban una carga normal de 24 «peces» que se disparaban por medio de seis tubos de lanzamiento en la proa y cuatro en la popa. La Oficina de Armamento se había superado a sí misma al crear el torpedo Mark XTV, que tenía casi 4,60 metros de longitud y era capaz de alcanzar velocidades de hasta 46 nudos en una extensión de unos 4113 metros. El Mark XIV llevaba 227 kilos de TNT, que pronto serían substituidos por casi 318 kilos de Torpex, explosivo todavía más devastador… siempre y cuando la ojiva hiciera explosión.

En eso residía el problema, porque el Mark XIV llevaba dos tipos de detonador, de campo magnético y de contacto, y ninguno de los dos funcionaba correctamente. Además, los ingenieros de la Oficina de Armamento habían calibrado los ajustes de la profundidad con un error de 34,5 metros debido a que las pruebas se habían hecho sin toda la carga explosiva. A fuerza de experiencia, los comandantes de los submarinos determinaron que el complejo percutor del detonador magnético tenía un fallo de diseño a causa del cual estallaba prematuramente o no estallaba nunca; dado que el detonador era muy secreto, pocos supieron en qué podía consistir el problema, hasta que un valiente capitán separó una ojiva y la puso a prueba. Convencidos de que los detonadores magnéticos no funcionarían, el citado capitán y otros los desactivaron y

recurrieron al detonador por contacto. Tampoco este detonador funcionó ninguna vez, de nuevo a causa de un problema de diseño en el percutor que afortunadamente pudo corregirse y compensarse con un cambio de tácticas. Mientras trataban de resolver los problemas de la ojiva del Mark XIV, los submarinistas descubrieron también el problema del ajuste de la profundidad. El comandante Tyreü Jacobs, que había descubierto el problema del detonador, llegó a efectuar pruebas en combate y otro capitán maniobró bajo el fuego del enemigo para disparar cuatro torpedos contra un carguero anclado. Ninguno de los torpedos, que fueron disparados con diversos ajustes de la profundidad, causó daños al barco y uno estalló en la playa. Entonces el capitán hundió el carguero con dos modelos más antiguos.

Indignado a causa del problema del torpedo, el contraalmirante Charles A. Lockwood, comandante de la fuerza submarina en Hawai, llevó a cabo sus propias pruebas no autorizadas y acabó logrando que la Oficina de Armamentos reconociera que sus ingenieros habían cometido errores. Al terminar 1943 —año en que habían disparado diez «peces» por cada barco hundido— los submarinos norteamericanos finalmente ya tenían ojivas dignas de confianza. Combinadas con nuevos radares para detectar aviones y barcos de superficie enemigos y sonar activo y pasivo para la detección bajo el agua, los submarinos estadounidenses gozaban de considerables ventajas técnicas sobre los japoneses. Gracias al sistema de descifre Ultra también recibían mejor información sobre los blancos que debían interceptar. Durante gran parte de 1942-1 943 se les había negado esta información por temor a la captura y a comprometer las operaciones de inteligencia. A la marina mercante japonesa no le quedaba mucho tiempo de vida.

Los primeros resultados que obtuvo el arma submarina japonesa no fueron mucho mejores, pese a contar con marineros de elite, buques modernos, bien construidos y armados con una variante del torpedo Lanza Larga Modelo 95 y una capacidad de sonar y radar adecuada. No era un arma numerosa, pero la marina japonesa disponía de 56 buques de Clase I comparables con los buques de escuadra de la marina estadounidense. No obstante, el arma submarina japonesa no organizó una verdadera campaña contra los barcos aliados en el Pacífico. Aunque aumentó hasta contar con casi

200 buques antes del final de la guerra, hundió sólo 171 barcos de guerra, barcos auxiliares y mercantes con un peso total de aproximadamente 907 000 toneladas. Desde luego, los barcos aliados que transportaban materias primas a Norteamérica navegaban por rutas que estaban en los límites del radio de acción de los submarinos japoneses, pero el esfuerzo de guerra aliado requirió el envío masivo de tropas, armas y pertrechos al Pacífico Sur y Australia hasta bien entrado 1944 y luego a las Filipinas, en el norte. Convoyes parecidos seguían a la Flota del Pacífico hacia el oeste a finales de 1943. Los japoneses hicieron poco por impedir el movimiento de material. De diciembre de 1941 a julio de 1942 sus submarinos y aviones hundieron 21 mercantes, la mayoría de ellos a lo largo de la barrera de Malaya y en el océano índico. Durante los siguientes 18 meses los japoneses hundieron sólo 10 mercantes, nueve de ellos en el Pacífico Sudoeste o en el océano índico.

Las pérdidas aliadas aumentaron mucho cuando los japoneses empezaron a utilizar los aviones suicidas llamados kamikazes, que sencillamente se estrellaban contra sus víctimas; pero los 14 barcos hundidos y 53 dañados en aguas filipinas y en dirección norte no lo fueron por obra de los buques de clase I. Sin que su sacrificio se viera muy recompensado, la marina japonesa perdió 128 submarinos en la segunda guerra mundial (112 hundidos por los estadounidenses), y el porcentaje de bajas entre los submarinistas japoneses superó incluso el de sus aliados alemanes.

La causa del fracaso de los japoneses en la guerra submarina no fue la tecnología, sino la defectuosa doctrina operacional y la deficiente seguridad de las comunicaciones. La marina japonesa esperaba que sus buques atacaran barcos de guerra enemigos. Así pues, los capitanes de los submarinos japoneses mostraban mucha más agresividad al atacar barcos de guerra norteamericanos que al atacar mercantes. Sin embargo, los acorazados y los portaaviones contaban con la protección de destructores y destructores de escolta. Las operaciones de los norteamericanos contra los submarinos mejoraron al aumentar el número de barcos de escolta, de aviones, de sistemas de radar y de sonar, así como el caudal de experiencia. Además, al recibir información Ultra sobre los despliegues de submarinos japoneses, las fuerzas antisubmarinas encontraban siempre submarinos japoneses formando cordones

previsibles delante de la Flota del Pacífico. En un memorable período de doce días en 1944, tres destructores de escolta estadounidenses hundieron seis buques de clase I. Los submarinos japoneses ni siquiera se especializaron en operaciones contra los submarinos estadounidenses hasta los últimos tiempos de la contienda, cuando las aguas jurisdiccionales de Japón ya se habían convertido en un estanque para los buques norteamericanos. Durante toda la guerra, los submarinos japoneses hundieron sólo un submarino norteamericano, mientras que los sumergibles estadounidenses hundieron 17 submarinos japoneses. La preferencia de la marina japonesa por las heroicas batallas navales fue la causa de una de las grandes oportunidades desperdiciadas de la guerra: la probabilidad de destruir los transportes de tropas, petroleros y barcos de municiones de los cuales dependían los aliados en el Pacífico Sur.

EL TEATRO DE CHINA, BIRMANIA Y LA INDIA

La estrategia para derrotar a Japón no hubiera podido ser más sencilla: las fuerzas aéreas, de tierra y navales de los aliados avanzarían en tres amplios ejes para obligar al imperio japonés a replegarse hasta las islas de la metrópoli, que entonces las fuerzas aliadas invadirían y ocuparían, si era necesario. Las fuerzas de la Commonwealth británica avanzarían desde la India a través de Birmania hasta llegar a Malaya y Hong Kong; las fuerzas australianonorteamericanas avanzarían hacia el norte y el oeste desde Australia y penetrarían en las Indias Orientales Holandesas y las Filipinas; y Estados Unidos, con sus abundantes unidades aéreas y de superficie de la marina, atacaría y cruzaría el Pacífico Central en dirección a las Filipinas y Formosa. La destrucción de las fuerzas armadas japonesas (en especial las unidades aéreas y navales) se llevaría a cabo simultáneamente con la destrucción de la economía japonesa, que dependía del transporte marítimo de petróleo, minerales, carbón, caucho y alimentos. Cualquier aficionado que supiera leer un mapa podía idear esta estrategia general. Ponerla en

práctica resultó un asunto muy distinto.

La experiencia militar aliada en el teatro de China, Birmania y la India demostró lo difícil que sería lanzar una ofensiva cohesiva desde naciones con intereses encontrados y capacidades asimétricas. Hasta 1943 los comandantes británicos en la India no creyeron que su principal fuerza de campaña, el
14°
ejército, pudiese llevar a cabo siquiera operaciones ofensivas limitadas. Pusieron a prueba sus fuerzas con el avance de una división única por la costa de Arakan y se encontraron con que los japoneses y el terreno eran inconquistables. La ofensiva de Arakan demostró lo que temía el comandante del
14°
ejército, el general William Slim. Sólo operaciones anfibias de gran alcance podrían llevar a su ejército más allá de los escarpados montes Chin, que protegían Birmania desde el oeste y bloqueaban el acceso a los valles fluviales que conducían a Mandalay y Rangún. Slim era un curtido militar de campaña que había aprendido su oficio en el frente occidental y en el ejército indio. Sus habilidades para mandar y adiestrar tropas se combinaban con el valor personal y moral además de la simpatía, una cabal comprensión de la vida militar y un conocimiento sólido de la guerra en Asia y la excelencia del ejército japonés. Había experimentado la catástrofe de la retirada de Birmania en 1942 y el fracaso del ataque en Arakan. Su honradez y su carácter hacían que fuera el hombre más indicado para reformar el
14°
ejército, formado con efectivos del ejército indio aunque también incluía fusileros gurkhas del Nepal, en los que siempre se podía confiar, batallones de infantería del este y el oeste de África que aún estaban por probar y batallones de infantería y unidades de apoyo del ejército británico.

En teoría, la idea de efectuar envolvimientos anfibios que llegaran hasta Singapur tenía sentido para todo el mundo excepto para los demás aliados y gran parte de la marina británica. Debido a las exigencias de otros teatros, los aliados no pudieron encontrar embarcaciones anfibias adecuadas siquiera para una modesta operación contra Rangún programada para finales de 1943 o 1944.

Slim comprendió entonces que la única opción que se le ofrecía era un avance por tierra de su ejército, reforzado gradualmente desde el Oriente Medio y la India, donde la seguridad interna ya requería menos batallones británicos en 1944. El
15°
ejército japonés, bajo el teniente general Mutaguchi Renya, también aumentó durante los mismos meses y de cuatro divisiones pasó a tener ocho, con lo cual incrementó el coste que pagaría Slim por una ofensiva terrestre a través de las montañas del oeste de Birmania. Mientras que Slim no pudo encontrar ninguna forma razonable de substituir una ofensiva convencional, otros ofrecieron brillantes promesas de victoria fácil. Churchill y Roosevelt, políticos y oportunistas hasta la médula, acogieron con entusiasmo estas opciones falsas.

Roosevelt, que ya estaba ligado a la China nacionalista por los sentimientos y el compromiso anterior, nunca abandonó la esperanza de que los ejércitos de Chiang Kaishek pasaran a la ofensiva y de que el propio Chiang Kaishek pudiera llegar a interpretar el papel de líder regional. Desde mediados de 1942 hasta mediados de 1943 Roosevelt se esforzó por mantener a China en la guerra, para lo cual contó con la ayuda de Marshall y Stilwell. En octubre de 1942 Roosevelt respondió a las Tres Exigencias de Chiang Kaishek con promesas limitadas de efectuar una concentración aérea en la India y un esfuerzo serio por traer pertrechos por aire a Kunming al amparo del programa de Préstamo y Arriendo. Los aliados podrían completar la extensión de la Carretera de Birmania desde Ledo sólo si expulsaban a como mínimo una división japonesa del norte de Birmania utilizando para ello algún ejército chinonorteamericano. Roosevelt no prometió mandar fuerzas de tierra, aun cuando Stilwell era partidario de esta opción. Animado por el estado mayor de Hap Arnold y por Chennault (que ahora mandaba la 10ª Fuerza Aérea en China) a pensar más en operaciones aéreas ofensivas desde China, en mayo de 1943 Roosevelt eligió (con gran consternación de Stilwell y alegría de Chiang Kaishek) el concepto de Chennault, es decir, una importante ofensiva de bombardeo contra las ciudades costeras de China y las rutas de navegación japonesas. Chennault, el experto en defensa aérea, de pronto prometió la victoria por medio de

bombardeos, probablemente influenciado por el comandante nominal de su teatro aéreo, el general de división Clayton D. Bissell, y el protector de éste, Hap Arnold. El plan aéreo, sin embargo, ofreció cierto consuelo a Stilwell, toda vez que requería una carretera abierta de Ledo a Birmania y un ejército chino reformado que protegiera las bases de bombarderos en China. En la conferencia que se celebró en Quebec en agosto de 1943, Churchill, Roosevelt y los Jefes del Estado Mayor Combinado aprobaron una ofensiva en el norte de Birmania.

Al ver sus planes de operaciones anfibias desbaratados por la escasez de barcos, Churchill optó por apoyar los planes norteamericanos para el teatro de China, Birmania y la India, aunque tenía poca fe en la China nacionalista. Además, Churchill quedó hechizado por uno de los comandantes más excéntricos y carismáticos de la guerra, el brigadier Orde Wingate. Experto en el Oriente Medio y con victorias en la guerra de guerrillas en Sudán, Etiopía y Palestina en su haber, Wingate era partidario de hacer una guerra poco convencional en Birmania. Slim dudaba de que Wingate encontrase a los japoneses tan impresionables como sus enemigos en Oriente Medio y le molestaba la influencia que el brigadier ejercía en Churchill, que permitió que Wingate despojara al

14°

ejército de algunos de sus mejores soldados británicos, gurkhas y africanos.

En 1943 Wingate, que rebosaba energía, formó una brigada de 3300 hombres, la 77ª, llamada Grupo de Penetración de Gran Alcance o «Chindits», apodo sacado de los feroces leones de piedra alados que vigilan los templos de Birmania. Las alas tenían mucho que ver con los Chindits, toda vez que Wingate esperaba que su fuerza aterrizara en planeador o paracaídas detrás de las líneas japonesas y luego fuera reabastecida desde el aire. De proporcionar fuego de cobertura se encargarían aviones cazabombarderos en lugar de la artillería. El primer experimento se efectuó en febrerojunio de 1943 y no fue un gran éxito, ya que no hizo más que demostrar que los Chindits se cansaban y caían enfermos como todo el mundo y no podían vivir exclusivamente de los suministros que les lanzaban en paracaídas. Los Chindits mataron a tres veces

tantos japoneses como bajas sufrieron ellos (68 a 28), pero al terminar la operación, casi ninguno de ellos estaba en condiciones de seguir prestando servicios. Ciertamente, Slim no consideró que las operaciones de los Chindits pudieran substituir su campaña.

Los planes quijotescos de Wingate se convirtieron entonces en un plan de mayor envergadura y más optimista cuyo objetivo era el regreso a Birmania en 1944 y cuyo modelo era el mismo. La idea gustó a Churchill a la vez que Stilwell vio en la fuerza de Wingate un instrumento útil para su propio plan, que consistía en dirigir una fuerza de tierra chinonorteamericana contra Myitkyina, que era un importantísimo cruce de carreteras en el camino de Lashio, la terminal de la Carretera de Birmania. Con la aprobación del almirante lord Louis Mountbatten, nombrado comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el sudeste de Asia en septiembre de 1943, Wingate se hizo con el control de tropas que estaban en la India y fuera del mando de Slim y formó un grupo de penetración de seis brigadas cuyos efectivos eran de 20 000 hombres entre oficiales y soldados. Stilwell no disponía de ninguna fuerza de tierra comparable. Tenía dos pequeñas divisiones chinas bajo su control directo y Marshall había proporcionado sólo un grupo regimental de infantería de combate improvisado con «voluntarios» del ejército estadounidense. Llamada la 5307ª Unidad Compuesta Provisional, sus miembros preferían el nombre de Merodeadores de Merrill, identificándose así con el general de brigada Frank D. Merrill, que era uno de los oficiales de estado mayor favoritos de Stilwell pero también un comandante inexperto que padecía una grave dolencia cardíaca.

Stilwell, sin embargo, tenía algunos otros recursos para atraer a Wingate y hacerle participar en la campaña del norte de Birmania. En primer lugar, contaba con la plena cooperación de las fuerzas aéreas norteamericanas (aunque no de Chennault) porque una carretera abierta de Ledo a Birmania reduciría de forma considerable la necesidad de organizar puentes aéreos sobre «el Hump», la peligrosa extensión sudoriental del Himalaya. Además, la perspectiva de tener bases en China atrajo a los generales del mando de bombardeo, que aún no tenían mucho éxito en la ofensiva contra Alemania y habían hecho inversiones enormes en un nuevo avión dotado de gran autonomía de vuelo, la

Superfortaleza B29. Arnold y Bissell organizaron su propia ala de operaciones especiales, la 5138ª Unidad de la Fuerza Aérea o 1º Grupo de Comandos Aéreos, cuyo jefe era el coronel Philip «Flip» Cochran, que demostró ser uno de los oficiales más capacitados en el teatro de China, Birmania y la India. Stilwell prometió a Wingate que el grupo de 200 aviones de Cochran, que incluía cazabombarderos y transportes además de planeadores y aviones de reconocimiento, proporcionaría a los Chindits el apoyo aéreo que la RAF no podía darles, si Wingate coordinaba sus operaciones con la expedición a Myitkyina.

Tanto Stilwell como Wingate dieron por sentado que recibirían ayuda de las tribus de las montañas de Birmania que eran partidarias de los aliados. Las principales entre ellas —los nagas, los kachines, los karenes, los shan y los chin— representaban sólo una minoría de 7 millones de personas entre los 17 millones de habitantes de Birmania. Los nagas, los kachines y los karenes habían servido con mucho gusto en las fuerzas de seguridad coloniales, habían luchado contra los japoneses en 1942 y ahora querían armas para combatir contra los colaboracionistas birmanos y los japoneses. Muchos karenes se habían convertido al cristianismo y los kachines rivalizaban con los gurkhas en cuanto a cualidades guerreras. En 1943 las tribus montañesas dieron la bienvenida a los nuevos jefes de guerrilleros procedentes de Estados Unidos y la Commonwealth, el Destacamento 101 de la OSS y la Fuerza 136 de la Junta de Operaciones Especiales británica. Abastecidos generosamente de armas, dinero, pertrechos y radios, estos grupos de partisanos reunieron a miles de miembros de las tribus kachin y karen. También ellos dependían del apoyo del 1º Grupo de Comandos Aéreos.

Mientras las divisiones indias de Slim llevaban a cabo prudentes operaciones ofensivas en el centro y el sur de Birmania, los Chindits, los Merodeadores de Merrill y los chinos penetraban por tierra o por aire en el centro y el norte de Birmania en febrero y marzo de 1944. Wingate no tenía intención de apoyar a Stilwell, pero murió en un accidente aéreo en marzo y entonces su sucesor coordinó el movimiento de las seis brigadas del grupo de penetración con la fuerza de Stilwell. Por desgracia, Stilwell subestimó la capacidad combativa y la tenacidad de la 18ª división

japonesa, bajo el mando del teniente general Tanaka Shinchi, y utilizó sus fuerzas (incluido el apoyo aéreo) con tanto despilfarro que los Chindits y el 1º Grupo de Comandos Aéreos quedaron incapacitados para combatir antes de que cayera Myitkyina. Los Merodeadores de Merrill y tres divisiones chinas se abrieron paso luchando hasta las fuentes del Irrawaddy antes de abril de 1944 pero la marcha los dejó agotados. En las batallas de Walawbum y Shadzup, sólo la oportuna llegada de los chinos salvó a los Merodeadores de Merrill del desastre. El propio Merrill sufrió otro ataque cardíaco.

Stilwell ordenó entonces que los restos de su fuerza expedicionaria anduvieran unos 104 kilómetros hasta llegar a Myitkyina, a la que puso sitio en junio y finalmente tomó en agosto con la ayuda de más chinos y de los guerrilleros birmanos. La campaña acabó con los Merodeadores de Merrill e incapacitó a la Fuerza X china. Sin embargo, la campaña no terminó, ya que Chiang Kaishek había ordenado finalmente que la Fuerza Y penetrase en Birmania desde el este, a la vez que Marshall enviaba otros dos regimientos de infantería norteamericana (Fuerza Marte) al teatro de China, Birmania y la India para que substituyesen a los Merodeadores de Merrill, que contaban apenas con 200 efectivos de los 3000 que formaban la fuerza al principio. El precio de la cooperación de Chiang Kaishek fue el relevo de Stilwell porque el líder chino consideraba a «Vinegar Joe» procomunista. Stilwell no sabía qué régimen chino se apoderaría del Mandato del Cielo. Señaló que el Kuomintang se caracterizaba por «la corrupción, la negligencia, el caos, la economía [mala], los impuestos… el acaparamiento, el mercado negro, el comercio con el enemigo». Los comunistas «reducen los impuestos, los alquileres, los intereses… aumentan la producción y el nivel de vida, participan en el gobierno. Predican con el ejemplo».[3] Vinegar Joe, enfermo y amargado, abandonó el teatro de China, Birmania y la India antes de que la fuerza del norte de Birmania se encontrara finalmente con la Fuerza Y en la frontera china al sur de Lashio y permitiera a los ingenieros del ejército estadounidense empalmar la carretera de Ledo con la que llevaba hasta Kunming.

Cuando la ruta por tierra a China quedó abierta de nuevo, el plan aéreo de Chennault ya había fracasado. Hasta Roosevelt aceptó

finalmente la conclusión que sus jefes militares habían sacado mucho antes: los nacionalistas chinos harían poco por derrotar a Japón. Dentro de China ya se observaban señales clarísimas de que se eludían las obligaciones. La inflación y la corrupción, alimentadas por los pertrechos y el dinero norteamericanos, se desbocaron. Las bajas militares chinas fueron inferiores a 300 000 por primera vez desde 1937. La misión militar norteamericana en Chungking, dirigida ahora por el general de división Albert C. Wedemeyer, creía que sólo el ejército comunista de la 8ª Ruta y los guerrilleros chinomongoles apoyados por la OSS luchaban de verdad.

De la decadencia del ejército nacionalista no tuvieron la culpa los aviones de transporte de la 10ª Fuerza Aérea, que sobrevolaban el «Hump». En agosto de 1943 los C46 ya entregaban unas 4500 toneladas mensuales de pertrechos a China, cifra impensable cuando Chiang Kaishek había pedido ese apoyo un año antes. En enero de 1944 la cifra ya alcanzaba las 13 600 toneladas mensuales. El tributo que se pagó por ello fue alto. La fuerza de transporte perdió como mínimo un avión por cada uno de los 804 kilómetros entre la India y China y más de 1000 tripulantes perecieron en la ruta. En su momento de apogeo, la 10ª Fuerza Aérea tenía 650 aviones en el aire cada día, de sol a sol. Este esfuerzo permitió a Chennault organizar la operación Matterhorn, es decir, el bombardeo estratégico de blancos situados en China y en Formosa utilizando aviones B24 y B29 con base en China.

El coste de la oportunidad para los nacionalistas chinos también fue alto, toda vez que el 90 por ciento del tonelaje de carga correspondiente a 1943-1 944 consistía en gasolina para la aviación y pertrechos en lugar de armas para el ejército chino suministradas de acuerdo con el programa de Préstamo y Arriendo. Este desequilibrio se cobró su tributo muy pronto. Como el puente aéreo por encima del «Hump» proporcionaba más apoyo logístico, Arnold envió más grupos operacionales a China y creó un mando nuevo para Chennault, la 14ª Fuerza Aérea, que incluía un ala de bombarderos B29. Cuando Churchill y Roosevelt se entrevistaron con Chiang Kaishek camino de Teherán en 1943, prometieron al caudillo chino, que rebosaba engreimiento, hacer una gran guerra aérea contra Japón desde China. El encuentro coincidió con el

primer bombardeo de Formosa por parte de los norteamericanos. También le prometieron intensificar las operaciones con el fin de abrir la carretera de Ledo a Birmania e incrementar la ayuda al amparo del programa de Préstamo y Arriendo. A cambio del reconocimiento de su papel como generalísimo aliado en Asia, Chiang Kaishek prometió utilizar su ejército lo mejor que pudiera, dentro de su limitada capacidad, para apoyar la ofensiva norteamericana y británica.

Sin embargo, los japoneses no vieron con buenos ojos la creciente presencia de las Fuerzas Aéreas del Ejército estadounidense en China y en enero de 1944 ordenaron a su ejército expedicionario en dicho país que empezase la operación IHIGO (Operación Uno). Durante los diez meses siguientes el ejército japonés obligó a los chinos a retroceder e invadió una base tras otra, lo que a su vez obligó a los cazas y bombarderos de la 14ª Fuerza Aérea, que tenían bases avanzadas, a internarse más en China. Los japoneses sólo habían ocupado menos de la mitad del territorio chino. La resistencia del ejército chino fue irregular y finalmente inútil, pero las bajas japonesas y la prolongación del apéndice logístico de las divisiones japonesas hicieron necesaria la interrupción de las operaciones en enero de 1945. Los generales japoneses en China advirtieron a Tokio que no podían avanzar lo suficiente para tomar las bases de los nuevos B29, que tenían una autonomía de vuelo de más de 6400 kilómetros.

Los paladines del bombardeo estratégico, sin embargo, ya habían sacado la conclusión de que ampliar la operación Matterhorn era una empresa demasiado difícil. Con el declive de la 14ª Fuerza Aérea y el apoyo militar de Chiang Kaishek, las operaciones en el teatro de China, Birmania y la India, dividido en el del sudeste de Asia y el chino en 1944, volvieron a ser un esfuerzo de la Commonwealth británica por restaurar el imperio, objetivo que Estados Unidos no apoyó con mucho entusiasmo. La guerra contra Japón se ganaría en otra parte.

CONCLUSIÓN

Campaña tras campaña, teatro tras teatro, los aliados habían

lanzado ofensivas limitadas contra las fuerzas armadas y la economía japonesas, pero ninguna de ellas había proporcionado aún grandes beneficios a principios de 1944. En su efecto acumulado, con todo, especialmente el desgaste de la aviación naval japonesa y la inmovilización de las escasas divisiones del ejército japonés en Asia, la guerra a lo largo del ecuador y la barrera malaya había obligado a los japoneses a estirar sus líneas defensivas al máximo e incluso a abandonar prácticamente el sistema de bases en las Salomón septentrionales. Aunque las fuerzas de tierra norteamericanas y de la Commonwealth que combatieron en las regiones tropicales sufrieron muchísimas bajas, éstas representaban sólo una fracción de las divisiones que pasaron a estar disponibles en 1944; por ejemplo, de las 21 divisiones del ejército de Estados Unidos que lucharon contra los japoneses, sólo ocho combatieron en Nueva Guinea y las Salomón. A pesar de los golpes que recibió en unas 15 batallas contra la marina imperial japonesa en el Pacífico Sur, en las que perdió 31 barcos de guerra, la marina norteamericana podía contar con que sus pérdidas se repondrían y sus barcos dañados se repararían rápidamente. Los japoneses no tenían la misma certeza. Además, aunque la China nacionalista no estuviese a la altura de las expectativas de Roosevelt, Estados Unidos había adquirido un aliado decidido, Australia. La campaña de la Commonwealth había obligado a Japón a mantener una parte considerable de su ejército en el sudeste de Asia así como en China. En algún punto, de algún modo, los aliados encontrarían la manera de atravesar el perímetro defensivo de Japón, que cada vez era más tenue.

31. Soldados japoneses vigilan a prisioneros chinos capturados durante el Incidente de Shangai, en 1932. Las destrucciones y la violencia contra los extranjeros dieron pretexto a los japoneses para una campaña militar a gran escala, preludio de la guerra de 1937.

32. El vicealmirante Yamamoto Isoroku (*izquierda*), viceministro de Marina, y el almirante Osumi Mineo (*derecha*), ministro de Marina, dirigieron entre 1936 y 1938 la purga de partidarios del Tratado de Washington en la marina japonesa y prepararon la flota para la guerra con Estados Unidos. Ya como almirante, Yamamoto mandaría luego la flota combinada en las operaciones contra Pearl Harbor (1941) y Midway (1942).

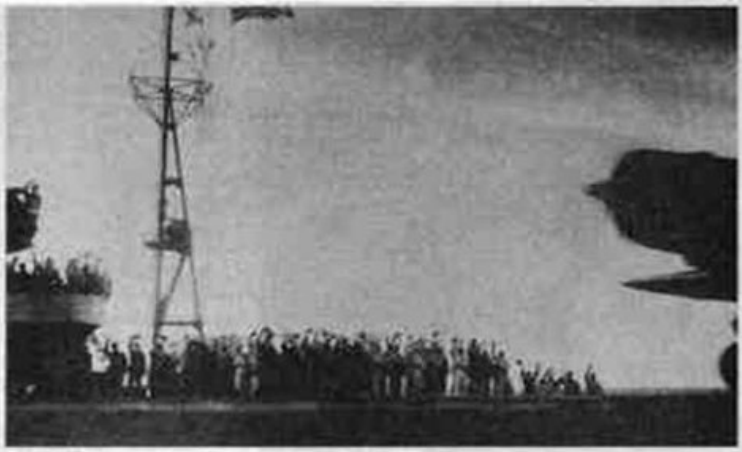
33. Un niño abandonado llora entre las ruinas de una estación de ferrocarril de Shangai tras un bombardeo japonés en 1937. Si bien destruyó las mejores divisiones de los nacionalistas chinos, la campaña japonesa contra Shangai retrasó el avance japonés por el valle del río Yangtzé.

34. Cadáveres de civiles chinos obstruyen las escaleras de los refugios antiaéreos subterráneos de Chongquing. Víctimas de una multitud presa de pánico, 4.000 inocentes perecieron en los intentos desesperados de ponerse a salvo.

35. Los civiles chinos fueron los más castigados por el fuego japonés en 1937, mientras las potencias del Eje intentaban acabar con los gobiernos enemigos lanzando ataques directos contra los no combatientes.

36. Este tramo de la carretera de Ledo, construida entre 1942 y 1944, refleja las dificultades de ingeniería que competaba mantener el contacto por tierra entre las bases aliadas en la India, los ejércitos nacionalistas chinos y las bases aéreas norteamericanas en China. Hasta la terminación de la carretera de Ledo los suministros aliados tuvieron que salvar el Himalaya en aviones de transporte.

37. Soldados de la 8ª división de infantería australiana cruzan un río malayo en 1941. El ejército japonés, numéricamente inferior, se impuso gracias a sus movimientos y a su espíritu combativo a una fuerza defensiva integrada por ingleses, indios y australianos y tomó Singapur en febrero de 1942.



38. En el portaaviones japonés *Akagi* la dotación de la cubierta de vuelo prorrumpe en un entusiasta *banzai* cuando la primera oleada de bombarderos en picado y aviones torpederos despega para el ataque contra Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941.

39. Aviones anfibios de reconocimiento PBY de la marina e hidroaviones de reconocimiento SOC-4 arden en la rampa de la estación aeronaval de Ford Island, en Pearl Harbor, tras el primer ataque japonés. Los portaaviones *Enterprise* y *Lexington*, blancos principales de los japoneses, se libraron del ataque por haber zarpado de la base.

40. El acorazado *Arizona* se hunde en su fondeadero ante Ford Island, en Pearl Harbor. Una bomba japonesa de gran tamaño atravesó la cubierta y provocó la explosión de la santabárbara de proa, matando a 1.103 oficiales, marineros y soldados de la marina y de infantería de marina, en su mayoría atrapados en el interior.

41. En Pearl Harbor los japoneses mataron a 2.335 militares norteamericanos y a 68 civiles, perdiendo ellos 55 tripulantes, 29 aviones y 12 submarinos. Estos civiles hawaianos perecieron bajo el fuego de un Zero que los ametralló en vuelo rasante.

42. Un bombardero mediano B-25 de las Fuerzas Aéreas del Ejército despega del portaaviones *Hornet* para atacar Tokio y otras tres ciudades japonesas el 18 de abril de 1942. Aunque estos bombarderos, mandados por el teniente coronel James H. Doolittle, causaron pocos daños, levantaron la moral de los norteamericanos y enfurecieron a los japoneses lo suficiente para organizar una incursión contra la isla de Midway.

43. En un raro momento de placer compartido, el generalísimo Chiang Kai-shek, la señora de Chiang (Soong Mei Ling) y el teniente general Joseph W. Stilwell, del ejército de Estados Unidos, posan para los fotógrafos en el cuartel general de Stilwell en Birmania, adonde había acudido en 1942 un ejército nacionalista chino para ayudar a los ingleses. Los japoneses obligaron a la fuerza expedicionaria de Stilwell a volver a China.

44. Los defensores norteamericanos de la isla fortaleza de Corregidor, en la bahía de Manila, en las Filipinas, salen del Túnel de Malinta, puesto de mando del general Douglas MacArthur y de su sucesor, el teniente general Jonathan M. Wainwright. Con la capitulación de Corregidor el 6 de mayo de 1942 terminaba en las Filipinas la resistencia organizada a los japoneses.

45. Bombarderos de reconocimiento Douglas SBD-3 de la marina de Estados Unidos atacan barcos de guerra japoneses cerca de Midway en junio de 1942. El escuadrón de Douglas SBD-3 que iba a bordo de tres portaaviones norteamericanos hundió en dos días un crucero japonés y cuatro portaaviones. Fue la primera derrota de la flota combinada japonesa y un momento decisivo de la guerra.

46 La infantería nacionalista china, dirigida por Stilwell, lucha contra los japoneses en el norte de Birmania con el fin de abrir a los aliados una ruta por tierra para el abastecimiento de China. En mayo-junio de 1944 dos divisiones de la Fuerza de Yunnan, adiestrada y pertrechada por los norteamericanos, interpretaron un papel decisivo en la toma del centro de transportes de Myitkyina.

47. Soldados de la 43ª división de infantería norteamericana desembarcan en la isla de Rendova, en las Salomón centrales, durante la campaña del Pacífico Sur en 1942-1944. El objetivo de la campaña era tomar la importante base japonesa de Rabaul.

48. Tropas griegas cerca del monte Eyuzati, en el corazón de las montañas de Albania, rechazan a los italianos a comienzos del invierno de 1941. La invasión italiana de Albania desde Grecia desencadenó una catástrofe para los habitantes de los Balcanes.

49. Rommel visita la 15ª división blindada entre Tobruk y Sidi Omar durante la operación Cruzado. Fue una de las pocas ocasiones de toda la guerra en que Rommel fue pillado por sorpresa; a pesar de ello, estuvo a punto de desbaratar el intento británico de socorrer Tobruk.

50. Fuerzas blindadas británicas pasan cerca de Tobruk en la primavera de 1942. Las dotaciones de los blindados van a pecho descubierto, lo que indica que no hay alemanes en los alrededores.

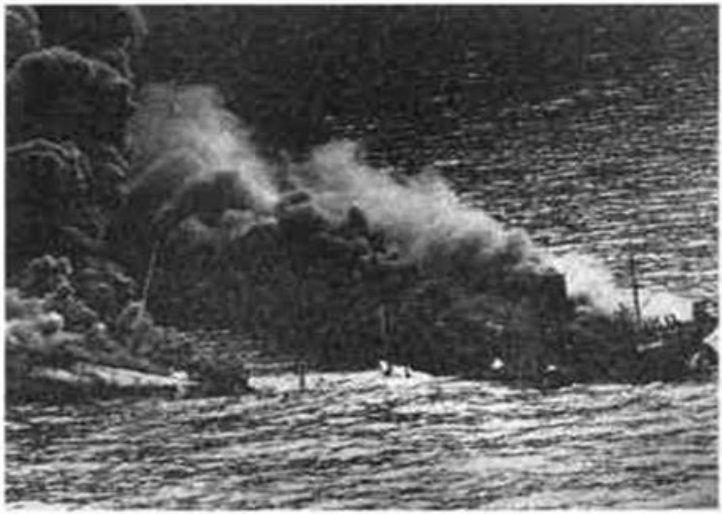
51. En El Alamein, Egipto, los alemanes tienen inmovilizados desde tres lados cerca de un terraplén ferroviario a efectivos del segundo y tercer batallón de pioneros australianos; 31 de octubre de 1942.

52. A finales del invierno de 1942 tropas soviéticas apoyadas por tanques atacan un pueblo en poder de los alemanes.

53. Los soviéticos contraatacan en Stalingrado a finales del otoño de 1942. El estado del terreno urbano es el resultado de dos meses de feroces combates.

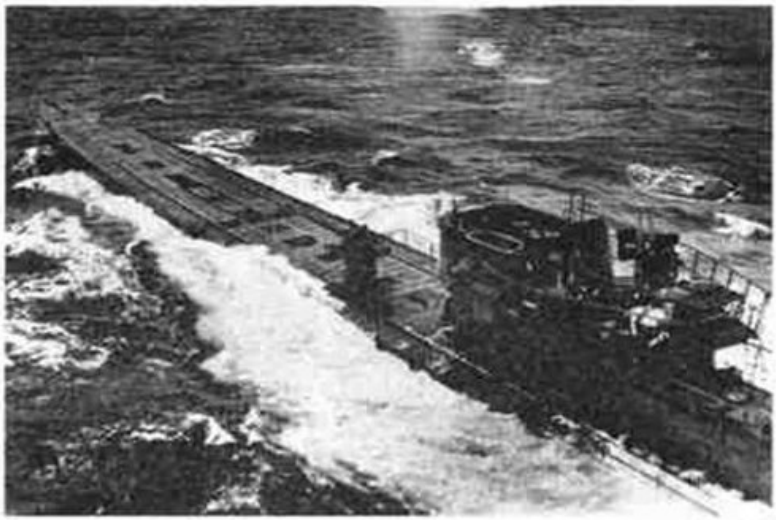
54. Tropas alemanas empiezan a retirarse del Cáucaso en el invierno de 1942-1943. Si bien no se vieron envueltas en combates tan intensos como los de Stalingrado, las condiciones invernales y el paisaje desolado dan una idea de las penalidades que los soldados alemanes tuvieron que soportar en el frente del este.

55. Largas columnas de prisioneros de guerra alemanes salen de Stalingrado tras la rendición de Paulus. De los 90.000 que cayeron en poder de los soviéticos, apenas 5.000 seguían vivos al terminar la contienda y pudieron regresar a Alemania en el decenio de 1950.



56. Envuelto en nubes de humo y carburante en llamas, otro petrolero aliado se va a pique, víctima de los submarinos alemanes. Las probabilidades de que la tripulación se salvara eran escasas.

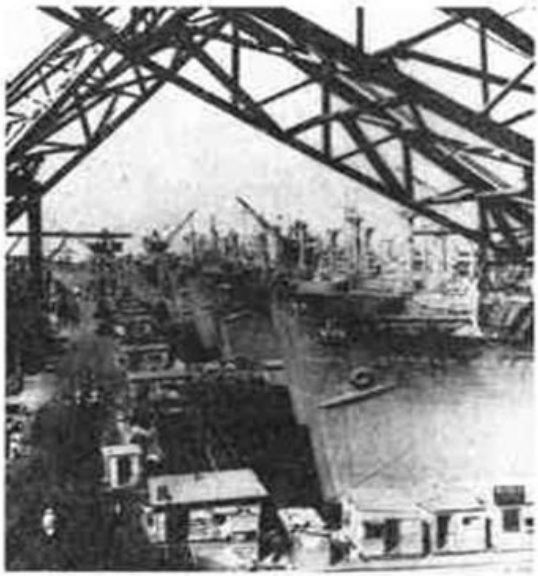
57. El 17 de abril de 1943, el cúter *Spencer* del Servicio de Guardacostas de Estados Unidos ataca y hunde el submarino alemán U-175. Un grupo de tripulantes contempla las explosiones de las cargas de profundidad. El convoy sigue su camino.



58. Marineros alemanes observan el dibujo que trazan las cargas de profundidad lanzadas desde el aire que se acercan directamente al submarino. La primera explosión ya es visible.

59. Tres tripulantes de un submarino sentados en la cubierta de un cúter del Servicio de Guardacostas de Estados Unidos tras su captura.

60. Los trabajadores terminan de construir el casco de un submarino en la Electric Boat Company de Groton, Connecticut. Al fondo se ve la silueta de otro sumergible.



61. Barcos *Liberty* producidos en masa a la espera de los últimos retoques antes de ser cargados de pertrechos y enviados al vasto Pacífico.

62. Esta planta de montaje de la Ford en Willow Run, Michigan, que producía aviones B-24 y otros parecidos, hizo que un historiador británico escribiese que en 1943 las fábricas de Estados Unidos ya producían bombarderos como si fueran golosinas.

63. Nancy Harkness Love, directora del Escuadrón Auxiliar Femenino de Transportes de Estados Unidos, se prepara para pilotar un avión desde la fábrica hasta su base de partida hacia ultramar. A medida que avanzaba la guerra las mujeres cada vez jugaban un papel más importante en las tareas de apoyo.

10 La batalla del Atlántico 1939-1 943

A mediados de marzo de 1943, la batalla del Atlántico alcanzó su apogeo. Tres grandes convoyes, dos rápidos y uno lento, atravesaron el Atlántico Central camino de Gran Bretaña. Un total de 28 buques de escolta protegerían estos convoyes en un momento u otro. El convoy lento (el SC 122, con 60 barcos mercantes) logró burlar una patrulla de submarinos. Pero los dos rápidos (el HX 229, con 40 mercantes, y el HX 229A, con 38) siguieron directamente al SC 122 porque sus barcos de escolta no pudieron reponer carburante a causa del mal tiempo. Luego, después de evitar la patrulla de submarinos gracias a la información especial que había recibido, el HX 229 se tropezó por casualidad con un solo sumergible (el U653) que regresaba a su base con un motor averiado. Al ser informado de la posición de los convoyes rápidos, el alto mando del arma submarina concentró diez buques en el que creía que era el convoy lento, el SC 122.

En una noche aterradora de explosiones de torpedos, bengalas, botes salvavidas desparramados por el mar y barcos que se iban a pique, los apurados buques de escolta trataron desesperadamente de dominar una situación que iba empeorando. No lo consiguieron. Los submarinos entraban y salían del convoy casi a voluntad y disparaban tanto contra los mercantes como contra los barcos de escolta. Hundieron siete mercantes. Asimismo, como el SC 122 estaba cerca, a sólo 150 millas delante del HX 229, los submarinos también arremetieron contra él. Al dirigirse a toda máquina para participar en el ataque contra el HX 229, el U338 se cruzó con el SC 122 y en menos de diez minutos lanzó cinco torpedos y hundió cuatro barcos. Sólo la llegada de aviones con gran autonomía de vuelo procedentes de Irlanda del Norte impidió que la catástrofe

fuese total.

En una batalla que duró tres días los submarinos echaron a pique 21 de los 90 barcos mercantes que formaban los tres convoyes. El 20 de marzo ya habían dejado fuera de servicio más de medio millón de toneladas de barcos aliados. El penetrante olor a aceite pesado, el estruendo de los torpedos que estallaban y de los barcos que saltaban en pedazos y el miedo en los ojos de los marineros mercantes que eran sacados de las aguas subrayaron la catástrofe. Si los submarinos hubieran continuado apuntándose victorias, tal vez hubiesen quebrantado la voluntad de los marineros mercantes y puesto fin a los convoyes en el Atlántico Norte. Pero no fue así y su fracaso trajo consigo la victoria más importante de los aliados en la segunda guerra mundial; porque sin esta victoria en el mar, hubieran peligrado la Ofensiva Combinada de Bombardeo, la invasión de Europa y la llegada de ayuda del programa de Préstamo y Arriendo al frente oriental.

Los convoyes aliados navegaban contra un enemigo decidido bajo los grises cielos del Atlántico Norte, con los marineros pasando horas interminables en cubierta y soportando el cabeceo del barco, azotados por la lluvia, la nieve y el aguanieve, vigilando y esperando ataques mientras todos rezaban para que no se produjeran. Del éxito o el fracaso de sus esfuerzos dependía el intento anglonorteamericano de proyectar su poderío industrial y militar sobre el continente europeo. La batalla del Atlántico duró desde el 3 de septiembre de 1939 hasta el final de la guerra en Europa. Llevó aparejados el empleo de ingentes recursos industriales, la explotación de la tecnología y la decisiva intervención de los servicios de inteligencia durante sus períodos críticos. Al final, la victoria en la batalla del Atlántico recompensó los esfuerzos de los aliados y cobró a los alemanes un alto precio que mal podían permitirse pagar.

LOS COMIENZOS DE LA GUERRA

Al estallar las hostilidades en septiembre de 1939, la debilidad de la flota de batalla alemana (que tenía sólo dos cruceros de combate) impuso un retorno a la guerra contra el comercio británico que los

submarinos germanos habían hecho en la primera contienda mundial. Pero los alemanes tampoco estaban preparados para esta clase de guerra. Los submarinistas alemanes no habían trazado planes detallados sobre muchos de los grandes problemas operacionales que conllevaba una campaña contra el comercio aliado. Tenían una fuerza de submarinos poco numerosa pero de primera clase y una táctica nueva cuyo objetivo era formar grupos de sumergibles («manadas de lobos») para atacar a los convoyes aliados. Pero debido a la pequeñez de sus buques (680 toneladas), a la falta de un eficaz servicio de inteligencia naval y al atraso tecnológico general era dudoso que pudieran llevar a cabo una campaña a largo plazo.

A finales de agosto de 1939, la Kriegsmarine desplegó sus sumergibles en el Atlántico y soltó sus buques corsarios y barcos de guerra de superficie contra el comercio británico. El hundimiento del acorazado de bolsillo *Graf Spee* (crucero pesado con pretensiones de acorazado que pesaba poco más de 9070 toneladas y estaba armado con cañones de 28 centímetros) cerca de Montevideo en diciembre de 1939 indicó la existencia de problemas graves en la estrategia del almirante Erich Raeder de utilizar sus barcos de gran calado como corsarios contra el comercio. Raeder era la esencia del almirante de acorazados. En el período anterior a la guerra había rechazado los portaaviones por considerarlos inútiles, había subestimado las posibilidades de los submarinos y había preparado la Kriegsmarine para hacer una guerra de superficie contra el comercio británico. Pero el segundo conflicto mundial empezó mucho antes de que *su* marina estuviese preparada. El 3 de septiembre escribió en tono inconsolable: «Hoy ha estallado la guerra contra Inglaterra y Francia. Es evidente que la marina no está en modo alguno suficientemente preparada, en el otoño de 1939, para embarcarse en una gran lucha con Inglaterra… Las fuerzas de superficie… siguen siendo tan pocas en número y poderío comparadas con la flota inglesa que… lo único que pueden demostrar es que saben morir con honor».[1] Dando muestra de una disciplina inflexible que rivalizaba con la del ejército, Raeder y su sucesor se aseguraron de que la marina alemana estuviera a la altura de esta esperanza. No habría ningún motín naval como había ocurrido en 1918.

Los submarinos, con todo, obtuvieron muchas victorias en los dos primeros meses de la guerra, pero cuando tuvieron que regresar a puerto para someterse a reparaciones y reponer pertrechos, las pérdidas que causaban a los aliados descendieron hasta quedar en menos de 90 700 toneladas mensuales. Hasta abril de 1940 los submarinos fueron una molestia mortal, pero nada más. Hubo algunas hazañas espectaculares, tales como el hundimiento del acorazado *Royal Oak* por Günther Preen después de una incursión espeluznante en el bien defendido fondeadero de Scapa Flow, en las islas Oreadas. Pero las experiencias de los primeros meses de la guerra confirmaron las lecciones de la contienda anterior: los convoyes, incluso con escoltas mínimas, eran esenciales para la supervivencia de la marina mercante. A finales de 1939 los submarinos sólo habían hundido cinco barcos de los 5756 que navegaban en convoy.

A largo plazo, los problemas de la marina británica eran, sin embargo, considerables. Tenía un número insuficiente de barcos de escolta, el apoyo aéreo era mínimo y, además, los barcos de escolta tenían que hacer frente a las «manadas de lobos». Asimismo, por haber subestimado deplorablemente la amenaza de los submarinos, la Royal Navy no había ideado tácticas y conceptos operacionales apropiados para proteger grandes convoyes. La RAF, por su parte, poca ayuda ofrecía. Hasta finales de 1942 no empezó el Mando Costero de la RAF a recibir los recursos que necesitaba para interpretar su papel en la batalla del Atlántico. Así pues, en muchos aspectos la respuesta británica a la campaña submarina fue una serie de medidas desesperadas cuya finalidad era que el movimiento del comercio aliado se mantuviese en los niveles necesarios para apoyar el esfuerzo de guerra, intensificar la producción bélica y sostener al pueblo británico hasta que se alcanzara la victoria.

La caída de Francia en junio de 1940 alteró el marco geográfico de la batalla del Atlántico. A comienzos de julio, el U30 llegó al puerto de Lorient después de patrullar por el Atlántico: era el primer sumergible que entraba en lo que se convertiría en una gran base de submarinos en la costa francesa. Desde las bases de Francia, los submarinos alemanes tenían fácil acceso al final de las líneas de comunicación marítimas de Gran Bretaña, a la vez que la Luftwaffe podía llevar a término con mayor facilidad sus misiones de

reconocimiento y sus ataques contra los barcos. No obstante, debido a que por orden de Raeder en los primeros años de la guerra se construyeron principalmente acorazados y cruceros, el número de nuevos submarinos que entraron en servicio en 1940 apenas compensaba las pérdidas de este tipo de buques. En julio de 1940, el vicealmirante Karl Dönitz, comandante en jefe de la flota submarina, disponía únicamente de 29 buques.

En la primera guerra mundial Dönitz había sido comandante de submarinos y había ganado numerosas condecoraciones antes de caer prisionero de los ingleses en 1918. Después de una afortunada trayectoria profesional en barcos de superficie, a mediados del decenio de 1930 recibió el encargo de reconstruir la flota submarina. Dönitz era un nazi convencido que creía que los submarinos ofrecían las mejores posibilidades de derrotar a los ingleses. También era un microgestor y su control obsesivo de los submarinos en el mar y la dependencia concomitante de gran número de mensajes Enigma entre tierra y los submarinos contribuyó en gran medida a que los ingleses consiguieran captar y descifrar los mensajes radiofónicos alemanes. Dönitz también mostró poco interés por la tecnología hasta que fue demasiado tarde; a resultas de ello, sus buques seguirían teniendo las mismas capacidades tecnológicas que al empezar la guerra cuando se enfrentaron a enemigos muchísimo más avanzados en las batallas culminantes de 1943.

El objetivo operacional que Dönitz había fijado para esta ofensiva era sencillo: hundir el mayor número de barcos aliados posible, sin tener en cuenta cargamento, destino o siquiera si llevaban carga a bordo. Sin embargo, los submarinos destacados en el Atlántico raramente alcanzaron la cifra de diez durante el resto de 1940, porque en cualquier momento dado una tercera parte de la flota submarina se encontraba en puerto para ser acondicionada y reparada, mientras otra tercera parte navegaba hacia las zonas de operaciones o volvía de ellas.

Con todo, la producción británica de barcos de escolta no era más eficaz en lo que se refería a remediar el desequilibrio entre los requisitos y la disponibilidad. Desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1940, los astilleros británicos botaron sólo 14 destructores y, hasta finales de 1940, apenas seis corbetas antisubmarinas. La

Royal Navy necesitaba desesperadamente barcos antisubmarinos y optó por una medida provisional, la corbeta, que era un tipo de barco basado en las balleneras que los astilleros británicos habían construido para los noruegos. Con un peso inferior a las 907 toneladas, las corbetas no eran mucho más rápidas que los submarinos en la superficie. En cuanto a sus características de gobierno, un veterano que había servido en las corbetas en el Atlántico Norte sugirió en una ocasión que se balanceaban incluso sobre la hierba mojada.

Los problemas de los ingleses se vieron exacerbados por el elevado coste de la campaña de Noruega en la primavera de 1940 y la evacuación de Dunkerque en mayo y principios de junio del mismo año; luego, durante el verano, la amenaza de una posible invasión anfibia alemana tuvo ocupados a muchos destructores británicos en la defensa del Canal hasta finales de octubre. Debido a ello, un reducido número de submarinos pudo infligir grandes pérdidas a los convoyes poco protegidos que navegaban con rumbo a las Islas Británicas durante el verano y el otoño. De julio a septiembre los submarinos echaron a pique una media de 226 750 toneladas mensuales, a cambio de menos de dos sumergibles hundidos por mes. En octubre las pérdidas británicas subieron hasta alcanzar las 319 633 toneladas, todas ellas prácticamente en un radio de 250 millas del ángulo noroccidental de Irlanda.

La suerte que corrieron los convoyes SC 7, HX 79 y HX 79ª a mediados de octubre de 1940 es un ejemplo de la destrucción que podían causar los submarinos cuando se concentraban. Los alemanes atraparon al SC 7, que era un convoy lento, y desplegaron cinco sumergibles, entre ellos el mortífero U99 de Otto Kretschmer,

contra los infortunados barcos. A pesar del refuerzo de cuatro barcos de escolta, muchos de los capitanes de los mercantes fueron presa de pánico y el convoy se dispersó, facilitando así la tarea a los alemanes. Kretschmer, que hundió seis de los 18 barcos que perdió el convoy, dio cuenta de que estallaron torpedos en todo el convoy. Su diario de guerra dice: «2358: Disparo de proa contra carguero grande aprox. 6000 toneladas. Distancia 685 metros. Alcanzado debajo trinquete. La explosión del torpedo fue seguida inmediatamente de una elevada cortina de llamas y una explosión que abrió el barco hasta el puente y produjo una nube de humo de más de 180 metros de altura. La parte de proa del barco aparentemente destrozada. El barco sigue ardiendo furiosamente, con llamas verdes».[2]

Cuando apenas se habían recuperado de la batalla de la primera noche, los submarinos se encontraron con el HX 79 a última hora de la tarde siguiente. El HX 79 llevaba como mínimo nueve barcos de escolta, pero éstos no estaban bien adiestrados y los submarinos pasaron junto a las columnas de mercantes disparando torpedos a babor y estribor, mientras los barcos de escolta los buscaban inútilmente alrededor del perímetro. En tres días los alemanes hundieron 38 barcos y perdieron un solo buque. Desde su punto de vista, fueron en verdad unos «momentos felices». Sin embargo, a pesar de las pérdidas que sufrieron los ingleses en estas batallas, una cifra sobresale: de los 217 barcos mercantes que hundieron los submarinos en la segunda mitad de 1940, sólo 73 (aproximadamente una tercera parte) formaban parte de convoyes. Es obvio que eran demasiados los barcos mercantes británicos que seguían navegando en solitario, sin la protección de barcos de escolta. Churchill comentó después de la guerra: «¡Cuán gustosamente hubiera cambiado un intento de invasión a gran escala por este peligro sin forma, sin medida, expresado en gráficos, curvas y estadísticas!»[3]

Octubre fue el peor mes de 1940. Al desvanecerse la amenaza de invasión de Gran Bretaña por los alemanes, aumentó el número de destructores disponibles para el servicio de escolta y la Royal Navy pudo destinar más recursos a la batalla que se estaba librando en el Atlántico. De una cifra máxima de 319 633 toneladas en octubre, las pérdidas descendieron a 132 977 en noviembre y 192 819 en

diciembre. El refuerzo de las escoltas en aguas británicas obligó a los submarinos alemanes a adentrarse en las inmensidades del Atlántico Central, donde era más difícil localizar convoyes y concentrarse. Asimismo, los alemanes estaban sufriendo las consecuencias de no haber incrementado mucho la construcción de submarinos en el primer año de la guerra. A pesar de las victorias de sus ases de la guerra submarina, Dönitz no había logrado privar a las Islas Británicas de sus imprescindibles fuentes de abastecimiento.

En los primeros días de la contienda, el mando de la flota submarina alemana había atacado con recursos mínimos en una situación táctica favorable. Pero no había estudiado detenidamente las consecuencias a largo plazo de lo que hacía en aquellos momentos. Las primeras victorias alemanas en la guerra submarina fueron un aviso para los ingleses y les dieron tiempo para adaptarse. Así pues, a la larga, la campaña submarina de 1940 fue contraproducente. No pudo descargar un golpe decisivo y, sin embargo, hizo que los ingleses se dieran cuenta de que los submarinos representaban una amenaza para su existencia nacional. Al final, los alemanes hicieron que la marina y la aviación británicas pusieran en marcha una serie de programas desesperados de investigación y desarrollo cuyo resultado sería el perfeccionamiento del radar y el sonar para los barcos antisubmarinos, la mejora de las cargas de profundidad, el erizo (arma antisubmarina que disparaba hacia adelante sin perturbar el sonar del barco), torpedos antisubmarinos que podían lanzarse desde aviones y aparatos radiogoniométricos que indicaban a los barcos de escolta la posición exacta de los submarinos que acechaban a los convoyes. Los ingleses también empezaron a estudiar la forma de mejorar las tácticas antisubmarinas y alterar el tamaño de los convoyes con el fin de elevar al máximo la eficacia de los barcos de escolta.

En 1940 Estados Unidos, que aquel año construyó barcos mercantes que apenas alcanzaban un total de 907 000 toneladas, reconoció que el ataque alemán a la navegación mundial representaba una amenaza importante para su propia posición estratégica. El gobierno Roosevelt empezó a trazar planes para un masivo programa de construcción de mercantes, y en el verano de

1941 los astilleros de Henry J. Kaiser en Estados Unidos botaron sus primeros barcos. Pronto crearían también el barco Liberty, que se construía en secciones que luego se soldaban una a otras. Era un concepto de fabricación en serie que revolucionó la construcción naval. La disponibilidad de centenares de barcos Liberty debilitó por completo los supuestos estratégicos de la campaña submarina de Dönitz. Irónicamente, si la campaña submarina de los alemanes en el otoño de 1940 no hubiera resultado tan destructiva para la marina mercante británica, es muy posible que el programa norteamericano hubiera empezado más tarde y hubiese alcanzado niveles de producción inferiores en años siguientes.

En el otoño de 1940 el gobierno de Washington se comprometió directamente con la batalla del Atlántico al comprender que la guerra en Europa afectaba a los intereses de Estados Unidos y, por tanto, era necesario apoyar a los aliados. En septiembre de aquel año, los gobiernos británico y norteamericano firmaron un acuerdo en virtud del cual Gran Bretaña recibiría gran cantidad de material de guerra, entre el que había 50 destructores «sobrantes» que los norteamericanos tenían en la reserva desde que finalizara la primera guerra mundial. A cambio de ello, Estados Unidos recibiría en arriendo bases en Terranova, las Bermudas, Nueva Escocia y posesiones británicas en el Caribe. Este acuerdo sería decisivo para la capacidad británica de hacer la guerra en Europa. Aunque los destructores «sobrantes» dejaban mucho que desear en lo que se refería a sus características de gobierno, representaron un refuerzo valiosísimo para las marinas británica y canadiense en un momento de extrema necesidad.

A comienzos de enero de 1941, la batalla del Atlántico ya se encontraba en un punto muerto. Los alemanes esperaban la llegada de sus nuevos sumergibles, mientras los ingleses querían aumentar sus fuerzas de escolta. Ninguno de los dos bandos consiguió que su estado mayor del aire destinara recursos importantes a la batalla. La Luftwaffe hizo un esfuerzo débil por adaptar su cuatrimotor de transporte, el FockeWulf 200C Condor, para que sirviese en el Atlántico. Estos aviones despegaban de Bretaña, se adentraban mucho en el Atlántico y luego aterrizaban en Noruega. Resultaban de muchísima utilidad para los vuelos de reconocimiento así como para los ataques contra los convoyes; uno de ellos incluso interpretó

un papel importante en el hundimiento del gran transatlántico *Empress of Britain* en octubre de 1940 al bombardearlo y provocar grandes incendios a bordo. Pero Goering se negó a proporcionar más recursos a la marina, a la vez que a los aviones Condor les resultaba difícil resistir las presiones del combate.

La RAF se mostró tan reacia como la Luftwaffe a emplear parte de sus fuerzas en el Atlántico. Sus mandos arguyeron que los bombarderos podían hacer una aportación mayor a la victoria atacando Alemania y perturbando la producción de buques de guerra que luchando contra los submarinos que ya estaban en activo. Vista en retrospectiva, la postura del estado mayor del aire no era más que el reflejo de su fe ideológica en las virtudes del bombardeo estratégico. En realidad, hasta 1943 los bombardeos tuvieron poco efecto en la industria y la moral alemanas, mientras que el vacío en la cobertura aérea en el Atlántico Central no se llenó hasta la primavera de 1943. Durante todo este tiempo, las estadísticas demostraron una y otra vez que los convoyes con cobertura aérea sufrían muchas menos pérdidas que los que tenían que librar sus batallas defensivas sin más protección que la de unidades navales de superficie.

Aparte de los ataques aéreos y submarinos, la Royal Navy tuvo que hacer frente a otro peligro en el Atlántico durante la primera mitad de 1941. Los alemanes no sólo enviaron barcos corsarios bien pertrechados y disfrazados de mercantes, sino que la flota de superficie de la Kriegsmarine mostró una agresividad que no volvería a verse durante el resto de la guerra. A finales de 1940, los astilleros alemanes habían terminado de reparar los daños que los cruceros de batalla *Scharnhorst* y *Gneisenau* habían sufrido a la altura del cabo Norte de Noruega a comienzos de junio. Tras un breve período de pruebas, los dos cruceros emprendieron una incursión contra los convoyes en el Atlántico Norte a finales de enero de 1941. Lograron burlar la vigilancia de las patrullas aéreas y marítimas británicas y penetraron en el Atlántico Central. Después de encontrarse con los petroleros y los barcos nodriza que se les habían adelantado, los dos cruceros se limitaron a atacar a los convoyes o los barcos solitarios que no llevaban una escolta numerosa. En un período de dos meses hundieron mercantes con un peso total de 104 869 toneladas, trastornaron por completo las rutas

de los convoyes en el Atlántico Norte y luego, a finales de marzo, sin haber sufrido daño alguno, volvieron al puerto francés de Brest.

En abril, el *Bismarck* , el más nuevo y más poderoso acorazado alemán, había terminado sus pruebas en el mar y el adiestramiento de su tripulación. Como el *Scharnhorst* debía ser objeto de reparaciones a gran escala, Raeder planeó mandar el *Gneisenau* a reunirse con el *Bismarck* en el Atlántico Central; los dos buques irían acompañados de los cruceros pesados *Prinz Eugen* e *Hipper* . Pero un ataque extraordinariamente valeroso de aviones del Mando Costero de la RAF alcanzó al *Gneisenau* con un solo torpedo que lo mandó al dique seco. Luego, durante la noche del 10 al 11 de abril, bombarderos británicos hicieron blanco en el *Gneisenau* , que seguía en dique seco, y causaron más daños. Ese ataque puso fuera de servicio a los barcos pesados disponibles en Brest, al menos durante un tiempo.

Sin embargo, Raeder decidió mandar el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* al Atlántico para que atacasen las rutas de los convoyes a pesar de las protestas del comandante de la flota de superficie, el vicealmirante Günther Lütjens, que opinaba que atacar el sistema de convoyes del Atlántico Norte con un solo acorazado era un riesgo demasiado grande. Raeder no hizo caso de las protestas de Lütjens, que a partir de ese momento albergaría muchas dudas sobre la operación que se le había encomendado. Es muy probable que la decisión de Raeder se basara en la esperanza de que la marina pudiera obtener una gran victoria antes del comienzo de la operación Barbarroja en el frente oriental, toda vez que la guerra en dicho frente sin duda no realzaría los servicios de Raeder ni las aportaciones de la marina al Tercer Reich.

La salida del *Bismarck* empezó mal. Los suecos detectaron el movimiento del acorazado al pasar junto a sus costas y transmitieron la información a la Royal Navy. Aviones de reconocimiento británicos siguieron y fotografiaron la llegada y la salida de los barcos alemanes de Noruega. Al pasar los alemanes por los estrechos de Dinamarca, los aparatos de radar de dos cruceros de la Royal Navy captaron la presencia del *Bismarck* y el *Prinz Eugen* a primera hora de la noche del 23 de mayo. Los cruceros británicos siguieron a los alemanes hacia las aguas abiertas del

Atlántico. La mañana siguiente el crucero de batalla británico *Hood* y el nuevo acorazado *Prince of Wales* interceptaron los barcos alemanes. Pero en vez de atacar de frente, lo cual hubiera limitado la exposición del *Hood* , cuyo blindaje era ligero, al tiro fijante, los ingleses interceptaron a los alemanes siguiendo un rumbo casi paralelo, un rumbo que, además, impedía utilizar sus torretas de popa y sólo les permitía disparar desde las de proa. Tuvo lugar entonces un duelo de artillería a distancia que favoreció a los alemanes. Justo después de las 6,00 del 24 de mayo, una bomba de 38 centímetros del *Bismarck* alcanzó una de las santabárbaras del *Hood* y la explosión resultante hizo saltar el crucero de batalla por los aires. Sólo hubo tres supervivientes. El *Prince of Wales* , que aún no estaba preparado para el combate y llevaba trabajadores civiles a bordo, no se hallaba en condiciones de enfrentarse al *Bismarck* y se retiró, dejando que los cruceros se encargaran de seguir al enemigo.

El *Bismarck* y el *Prinz Eugen* finalmente burlaron a sus perseguidores y durante un tiempo pareció que ambos lograrían llegar a Brest. Pero un Catalina, avión de patrulla con gran autonomía de vuelo obtenido gracias al programa de Préstamo y Arriendo, divisó al *Bismarck* , que ahora navegaba solo, en el Atlántico Central. A distancia extrema, aviones torpederos Swordfish procedentes del *Ark Royal* atacaron al *Bismarck* a pesar de las nubes, que pasaban rápidamente, empujadas por el viento, y de la lluvia. De un total de 13 torpedos, sólo dos dieron en el blanco, pero uno de ellos bloqueó el timón del *Bismarck* , que no pudo seguir avanzando y empezó a navegar en círculos, incesantemente. Ese blanco afortunado permitió que, a la mañana siguiente, las fuerzas perseguidoras británicas dieran alcance al acorazado alemán.

Se entabló entonces un duelo artillero sostenido y las fuerzas británicas, que eran superiores, sometieron al *Bismarck* a un intenso bombardeo. Los daños que el *Bismarck* recibió sin hundirse fueron una prueba de la maravillosa calidad de la industria alemana, pero el episodio volvió a poner de relieve el fracaso de la estrategia naval alemana. Aunque el *Hood* se había hundido, la destrucción del *Bismarck* compensó con creces la pérdida británica.

La estrategia de Raeder basada en los corsarios de superficie había fracasado en gran parte. El *Scharnhorst* y el *Gneisenau* estaban en puertos franceses, desde donde continuaron amenazando las rutas de los convoyes si bien ellos mismos se encontraban bajo la amenaza constante de un ataque de los bombarderos de la RAF.

Al desplazarse la guerra submarina al Atlántico Central a finales de 1940, el problema para ambos bandos fue la información. Los alemanes tenían que localizar los convoyes; los ingleses necesitaban encontrar la forma de evitar los submarinos que Dönitz había desplegado para cortar las probables rutas de los convoyes. La información obtenida de las transmisiones —es decir, el descifre de los mensajes del enemigo para determinar la situación de sus unidades— pasó a ser un factor de importancia crítica para los dos bandos. Al principio, los alemanes gozaban de una ventaja que, sin embargo, se veía compensada por el hecho de que al empezar la guerra había menos movimiento de mensajes radiofónicos que pudieran captarse del que habría más adelante. Por tanto, los dos bandos jugaron a la gallina ciega bajo los vendavales del deprimente invierno atlántico. Las condiciones eran casi tan duras para los submarinistas como para los tripulantes de las corbetas. Por si fuera poco para los alemanes, en diciembre de 1940 el almirantazgo británico empezó a trazar rutas que permitían a los convoyes evitar las concentraciones de submarinos, que los ingleses identificaban gracias a la información obtenida de las estaciones radiogoniométricas.

De todos modos, en marzo de 1941 Dönitz ya podía desplegar cada vez más submarinos en el Atlántico Central y prácticamente todos ellos permanecieron fuera del alcance de los bombarderos dotados de gran autonomía de vuelo que tenían los ingleses. Gracias al descifre de comunicaciones radiofónicas británicas y a las observaciones de los submarinos, los alemanes podían concentrar «manadas de lobos» para atacar a los convoyes que navegaban por este hueco de la cobertura aérea británica. Era claro que los submarinos estaban ganando la partida, pero no todo les iba bien. Sólo en marzo cuatro ases submarinistas se hundieron con sus buques o fueron capturados. El bien adiestrado grupo de escolta del capitán Donald MacIntyre hundió los submarinos de Joachim Schepke y Kretschmer con la ayuda del nuevo y mortífero radar

Type 271. Un destructor británico sorprendió a Schepke en la superficie y embistió contra su buque. Estas pérdidas fueron críticas para los alemanes si se tiene en cuenta que durante la guerra no más de 30 capitanes de submarinos, lo que equivale al 2 por ciento, hundirían el 30 por ciento de los barcos que perdieron los aliados. Más del 75 por ciento de los submarinos que botaron los alemanes no hundieron ni un solo barco aliado.

Con todo, la amenaza de los submarinos crecía sin parar. En marzo y abril de 1941 los sumergibles alemanes hundieron casi 453 500 toneladas de barcos; en mayo, 294 366 toneladas; y en junio, 289 097 toneladas. En julio Dönitz ya dispondría de 65 submarinos y en enero de 1942, la cifra sería de 91. Parecía que poco podían hacer los ingleses ante este aumento de las pérdidas; el aumento del número de unidades de la flota submarina alemana no era un buen augurio para las perspectivas británicas en los seis últimos meses de 1941.

LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA ENTRAN EN LIZA

A partir de la aparición de radiotransmisores y radiorreceptores a comienzos del siglo XX los estados modernos pudieron hacer la guerra a distancias cada vez mayores y con fuerzas cada vez más dispersas. La marina de guerra en particular, con sus barcos dispersos por las inmensidades del océano, dependía de estos aparatos para lograr una coordinación precisa. Pero como los mensajes radiofónicos eran fáciles de interceptar, fue necesario cifrarlos. En los años veinte una compañía comercial alemana había creado una máquina llamada Enigma que parecía ofrecer un medio seguro de cifrar y descifrar mensajes. La persona que enviaba el mensaje lo escribía en un teclado normal; luego, mediante un complejo sistema de rotores y conectores, Enigma cifraba el texto y éste se enviaba a una unidad receptora. Utilizando los mismos ajustes, la unidad receptora podía transcribir el mensaje y convertirlo de nuevo en texto normal. La marina y el ejército alemanes (y más adelante la Luftwaffe) se apresuraron a adoptar el

sistema Enigma para proteger sus comunicaciones.

Pero sin saberlo los alemanes, los polacos se hicieron con una máquina Enigma a principios de los años treinta y sus matemáticos empezaron a descifrar los mensajes alemanes. En 1939 los alemanes construyeron máquinas más complejas e impidieron así que los polacos continuasen descifrando sus mensajes. Pero en agosto de aquel año los servicios de inteligencia polacos regalaron a los ingleses una máquina Enigma acompañada de un informe completo de la labor que habían hecho antes de que su país cayera envuelto en llamas. Los ingleses obtuvieron así una descripción teórica y real de cómo funcionaba el sistema Enigma.

Como los usuarios del sistema Enigma cambiaban la posición de los rotores cada día, los descifradores británicos tenían que determinar los nuevos ajustes cada 24 horas. Para ello, podían confiar en apoderarse del programa alemán de ajustes diarios, lo cual era inseguro, o descubrir los errores («refritos») que cometieran los alemanes (tales como transmitir el mismo título de mensaje a la misma hora cada día). Los operadores de radio de la Luftwaffe tenían fama de ser descuidados con sus procedimientos y, debido a ello, los ingleses habían empezado a descifrar con exactitud y rapidez crecientes los mensajes de la Luftwaffe en el verano de 1940. La información obtenida así llevaba el nombre en clave de «información muy especial» o Ultra.

Los operadores de la marina alemana eran más cuidadosos. Así pues, durante la primavera de 1941 los ingleses no tuvieron mucho éxito en la tarea de descifrar los mensajes navales alemanes. Pero todo eso estaba a punto de cambiar. En marzo de 1941 los ingleses capturaron un buque de pesca armado alemán, el *Krebs* , durante una incursión contra las islas Lofoten, al norte de Noruega, y encontraron en él las tablas de cifrado de la máquina Enigma. Este hallazgo permitió que los especialistas de Bletchley Park —sede de los servicios de descifre británicos— empezaran a descifrar los mensajes de la marina alemana.

Los ingleses averiguaron así que los alemanes tenían un buque meteorológico operando ante la costa de Islandia. A principios de mayo, en una operación bien planeada, la Royal Navy se apoderó del barco y de las claves de Enigma correspondientes a junio. Dos días más tarde cayó en su poder una presa aún mayor cuando los

barcos de escolta de un convoy capturaron el sumergible alemán U110, mandado por el as Julius Lemp, y se llevaron todo el material relacionado con Enigma que había a bordo, incluidas las claves para los mensajes ultrasecretos «sólo para oficiales».

Los alemanes habían previsto la posibilidad de que los ingleses dieran un golpe maestro por el estilo, pero confiaban en que sólo pudiesen descifrar los mensajes Enigma que se transmitieran durante los meses cuyas claves obraban en su poder. Los expertos alemanes no habían calculado la capacidad de descifre de los ingleses, que aprovecharon las experiencias de los polacos y los franceses, así como las propias, en la tarea de descifrar otras claves Enigma. Una vez Bletchley Park tuvo la oportunidad de analizar los mensajes radiofónicos de la marina alemana durante mayo y junio, empezó a descifrar con gran regularidad los mensajes que los alemanes mandaban a sus submarinos desde tierra y las respuestas correspondientes. Por tanto, los ingleses pudieron determinar suficientes errores como para seguir descifrando los mensajes alemanes durante el resto de 1941 incluso después de que las claves que tenían en su poder perdieran vigencia. Además, el acceso a los mensajes entre el cuartel general de la flota submarina y los sumergibles permitió a Bletchley Park tener una idea casi completa de las operaciones del enemigo: cómo desplegaba Dönitz sus buques, cómo concentraba las «manadas de lobos», cuánto tiempo operaban en el mar los submarinos y qué operaciones pensaba llevar a cabo Dönitz en cualquier momento dado.

Los resultados fueron inmediatos y perceptibles. Las primeras victorias se obtuvieron cuando la Royal Navy destruyó los barcos nodriza que los alemanes habían mandado al Atlántico para reaprovisionar a los corsarios de superficie y los submarinos. Los barcos nodriza habían desempeñado un papel importantísimo en la incursión por parte de los cruceros de batalla durante el invierno y habían reabastecido de carburante al *Prinz Eugen* , que gracias a ello había podido llegar a Brest. La Royal Navy se enteraba de la posición de los barcos nodriza al descifrar los mensajes que les ordenaban encontrarse con los submarinos u otros barcos y a principios de junio ya los había destruido todos. Irónicamente, la Royal Navy tenía órdenes de no atacar a dos de ellos para evitar que los alemanes sospecharan, pero, a pesar de ello, los hundió al

encontrarlos por casualidad. Los alemanes investigaron este súbito desastre logístico en dos ocasiones, una en el verano de 1941 y la segunda en 1942, pero fracasaron porque partieron de la premisa de que Enigma era indescifrable.

La eliminación de los buques nodriza, a la que siguieron ataques contra los corsarios alemanes, mitigó la presión que soportaba la Royal Navy. La aportación de Ultra a la guerra antisubmarina pasó a ser ahora la victoria más importante de los servicios de inteligencia durante la contienda y el único episodio en que dichos servicios por sí solos tuvieron un efecto decisivo en las operaciones militares. La excelente labor de los descifradores británicos permitió al Cuartel General de los Accesos Occidentales (encargado de proteger los grandes convoyes del Atlántico) determinar en qué parte del Atlántico Central desplegaban los alemanes patrullas de submarinos para interceptar los convoyes y trazar sus planes en consecuencia. Durante el resto de 1941 los ingleses pudieron alterar el rumbo de los convoyes para evitar los puntos peligrosos. El Atlántico pareció vaciarse de repente para los submarinos a medida que un convoy tras otro evitaban el peligro. Los ingleses tenían pocas armas nuevas, carecían de recursos complementarios y tampoco tenían ninguna táctica nueva; a pesar de ello, la disminución de las pérdidas fue notable. Hacía poco que habían incrementado la velocidad de los barcos que navegaban en solitario, pero no parece que esa medida fuera decisiva.

El caso del convoy HX 13 es un ejemplo de lo que aportó la información obtenida descifrando los mensajes alemanes. El submarino U203 había avistado el convoy e informado de su rumbo a finales de junio de 1941. La sala de seguimiento del Cuartel General de los Accesos Occidentales cambió inmediatamente el rumbo del convoy y el despliegue de los barcos de escolta de otros dos convoyes sobre los que no se cernía la amenaza de un ataque. Varios aviones del Mando Costero también acudieron a defender el HX 13, lo cual obligó a los submarinos que se estaban concentrando a sumergirse e hizo que les resultara difícil seguir el rumbo del convoy. Al cabo de cinco días, Dönitz se dio por vencido; había perdido dos de sus buques y otros habían sufrido daños, mientras que el convoy había perdido sólo cinco barcos mercantes.

La mayor aportación de Ultra fue el número de convoyes que

lograron eludir por completo la atención de los submarinos. En julio de 1941, el primer mes en que los ingleses se beneficiaron plenamente de la información Ultra, las pérdidas causadas por los submarinos descendieron a 85 447 toneladas, la cifra más baja desde mayo de 1940. Pero lo de julio no fue un caso aislado. En agosto las pérdidas inglesas fueron de sólo 72 841 toneladas. En septiembre y octubre las cifras ascendieron a 183 957 y 141 994 toneladas, respectivamente, pero volvieron a descender hasta niveles asombrosamente bajos, 56 411 toneladas en noviembre y 112 531 en diciembre. El aumento de las pérdidas en septiembre y octubre se debió casi por entero a que aviones de reconocimiento alemanes captaron y siguieron el avance de los convoyes que navegaban entre Gibraltar y las Islas Británicas. La información Ultra no podía hacer nada para evitar el riesgo de que los convoyes fueran avistados por aviones de reconocimiento. En todo caso, las presiones que soportaban los recursos británicos para dar escolta a los convoyes fueron en aumento durante todo el período. La grave situación en el Mediterráneo, la tormenta que amenazaba con estallar en el Extremo Oriente y, a finales de septiembre, la salida del primer convoy con destino a Murmansk cargado con ayuda para la Unión Soviética, todo ello obligó a los ingleses a estirar sus recursos al máximo. Por otra parte, el número de submarinos alemanes creció de forma ininterrumpida durante la segunda mitad de 1941.

En octubre de 1941 las pérdidas sufridas en la ruta de Gibraltar habían adquirido proporciones tan graves que el almirantazgo suspendió los convoyes hasta que pudiera reunir fuerzas de escolta suficientes para hacer frente al gran número de submarinos que operaban en la zona. A mediados de diciembre los ingleses se disponían a mandar el convoy HG 76 desde Gibraltar con no menos de 16 barcos de escolta, incluido su primer portaaviones de escolta, para proteger un gran convoy de 32 barcos mercantes. Sin embargo, las unidades de superficie y el portaaviones de escolta no estaban bajo el mando del mismo comandante, lo cual tendría consecuencias funestas al final de la batalla. El oficial que mandaba la agrupación de superficie era el comandante Johnny Walker, el más eficaz de los oficiales que participaron en la guerra antisubmarina y feroz guerrero naval que poseía enormes

conocimientos técnicos. Durante el período de entreguerras, Walker se había concentrado en la guerra contra los submarinos; la marina pasó por encima de él cuando debía ascenderle a capitán. Pero la competencia de Walker tuvo un valor incalculable en la batalla desesperada que se libró en el Atlántico.

Los alemanes tardaron dos días en localizar al convoy HG 76, a pesar de que agentes españoles informaron de su salida. Alertado por la información Ultra, Walker había llevado el HG 76 por una ruta que quedaba muy al sur de las que normalmente seguían los convoyes que zarpaban de Gibraltar. Al tercer día aviones del *Audacity* , el portaaviones de escolta, sorprendieron al submarino U131 en la superficie y lo hundieron con la ayuda de los destructores. Después de impedir que los alemanes penetraran en la cortina protectora del convoy, los barcos de escolta de Walker atraparon al U434 la mañana siguiente y lo hundieron también. Aquella noche los alemanes atacaron a los barcos de escolta y hundieron el destructor *Stanley* , pero el barco de Walker, el *Stork* , obligó al U574 a aflorar a la superficie con cargas de profundidad y luego lo embistió. Durante la noche siguiente los barcos de escolta acabaron con el U567. Mientras tanto, los aviones del *Audacity* ahuyentaron a los Condor y obligaron a los submarinos que seguían al convoy a sumergirse, tras lo cual su tarea resultó casi imposible.

Por desgracia, el comandante del portaaviones de escolta no hizo caso a Walker, que le aconsejó que durante la noche mantuviera su buque dentro de la cortina protectora del convoy. El resultado fue que el U751 torpedeó y hundió al *Audacity* la noche del día 21. Pero poco después los alemanes se retiraron tras perder cuatro submarinos a cambio de hundir sólo dos mercantes, un portaaviones de escolta y un destructor. La experiencia del HG 76 demostró que la combinación de efectivos aéreos y una fuerza de escolta eficaz y bien adiestrada podía representar una amenaza seria para los submarinos de Dönitz. La lección era clara: la información Ultra podía ayudar, pero para poner fin a la amenaza de los submarinos se requerirían unidades de escolta bien adiestradas, tecnológicamente avanzadas y en número suficiente.

En el verano de 1941 el gobierno Roosevelt adoptó una postura más firme en relación con el Atlántico Norte. El 20 de junio, el submarino alemán U203 había seguido e intentado atacar al

acorazado estadounidense *Texas* muy cerca de Islandia. El 7 de julio una brigada de infantería de marina norteamericana se hizo cargo oficialmente de la defensa de Islandia, y aún no habían transcurrido dos semanas cuando Roosevelt ordenó que la marina escoltara a todos los barcos hasta Islandia, fuera cual fuese su nacionalidad. La marina norteamericana también se responsabilizó en parte de dar escolta a los barcos aliados en el Atlántico Occidental. La ocupación de Islandia por los norteamericanos provocó una respuesta inmediata de los niveles más altos de las fuerzas armadas alemanas: Raeder se fue corriendo a Rastenburg, desde donde Hitler dirigía la operación Barbarroja, y sugirió que la medida norteamericana constituía una declaración de guerra. El *Führer* , sin embargo, dijo claramente que, de momento, no deseaba involucrar a Estados Unidos en la guerra.

No obstante, los jefes de la marina alemana continuaron presionando a favor de una declaración de guerra o para que al menos se permitiera hacer la guerra a gran escala contra el comercio norteamericano, basándose sólo en las ventajas operacionales inmediatas. Lo que hace que esto resulte especialmente asombroso es que el alto mando de la marina alemana (la Seekriegsleitung) no estudió las consecuencias estratégicas que tendría una guerra con Estados Unidos. Los jefes de la marina alemana eran muy persistentes, sin embargo, y a mediados de septiembre de 1941 Raeder y Dönitz volvieron a visitar Rastenburg e instaron a Hitler a permitir que los submarinos emprendieran una gran ofensiva contra los barcos de guerra y los mercantes estadounidenses. Es innegable que los norteamericanos provocaban a los alemanes, ya que Roosevelt respondió a un ataque con torpedos contra el destructor *Greer* denunciándolo como acto de «piratería», aunque la verdad era que el *Greer* lo había provocado. Pero Hitler siguió negándose a declarar la guerra a Estados Unidos.

El mismo día en que Raeder y Dönitz se hallaban conferenciando con el *Führer* , la marina estadounidense se hizo cargo de la protección de los convoyes del Atlántico Norte durante la travesía de Terranova a Islandia. En el Atlántico Norte existía un estado de guerra no declarada y era inevitable que, a pesar de los deseos del *Führer* , los sumergibles alemanes atacasen barcos de guerra

norteamericanos. El enfrentamiento tuvo lugar a mediados de octubre al ser atacado el convoy SC 48. El submarino U568 divisó la silueta del destructor estadounidense *Kearny* sobre el fondo de un petrolero noruego en llamas y disparó tres torpedos. Uno de ellos dio en el blanco y la explosión casi rompió la quilla del *Kearny* a la vez que mataba a 11 de sus marineros. Roosevelt se indignó hasta el punto de anunciar que había empezado una guerra de verdad y que la historia dejaría constancia de quién había disparado el primer tiro. Antes de que transcurrieran 72 horas otro submarino alemán literalmente hizo saltar al *Reuben James* del agua y 115 marineros resultaron muertos. Pero ni Hitler ni Roosevelt se mostraron dispuestos a declarar la guerra… todavía.

LOS MESES SOMBRÍOS, ENERO DE 1942, MARZO DE 1943

A principios de 1942 tres acontecimientos cruciales influyeron en la marcha de la batalla del Atlántico. En primer lugar, el 11 de diciembre de 1941, envalentonado por el ataque japonés contra Pearl Harbor, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. En segundo lugar, el alto mando del arma submarina alemana lanzó sus buques contra los barcos que navegaban ante la costa oriental de Estados Unidos. Y, por último, los alemanes introdujeron un cuarto rotor en las máquinas Enigma que usaban los submarinos, lo cual impidió que Bletchley Park pudiera descifrar los mensajes alemanes durante el año siguiente. La declaración de guerra reflejó el deseo de Hitler de atacar a alguien debido a la situación desesperada que existía en el frente oriental, donde una catástrofe militar amenazaba a las fuerzas alemanas ante Moscú. Al menos para la Seekriegsleitung, Estados Unidos ofrecía un blanco fácil.

Resulta irónico, en vista del ansia de atacar barcos norteamericanos que la marina alemana mostraba en 1941, que Dönitz sólo dispusiera de un puñado de buques para empezar la campaña ante la costa oriental de Estados Unidos cuando Hitler finalmente declaró la guerra. Debido a la grave situación que existía en el norte de África a finales de 1941, con las victorias británicas

contra Rommel, y debido también a que zarparon los primeros convoyes con ayuda para la Unión Soviética, el OKW desvió gran número de submarinos hacia aquellos teatros. Además, Hitler estaba preocupado por la seguridad de Noruega. En consecuencia, de los 91 submarinos operacionales que tenía en enero de 1942, Dönitz tuvo que desplegar 23 en el Mediterráneo y 16 en Noruega. En vez de esperar y concentrar fuerzas numerosas contra los norteamericanos, los alemanes atacaron a principios de enero con apenas media docena de buques.

Desde el principio, la ofensiva submarina contra los barcos norteamericanos en el hemisferio occidental, llamada operación Toque de tambor, encontró un adversario totalmente desprevenido. A pesar de beneficiarse de la experiencia de los ingleses, la marina estadounidense actuó como si la batalla del Atlántico no guardara relación alguna con la protección de los barcos en el Caribe y a lo largo de la costa atlántica de Estados Unidos. Por consiguiente, había pocos medios de incorporar a las operaciones la información obtenida por los ingleses; no había convoyes porque los comandantes norteamericanos creían que los convoyes débilmente escoltados eran peores que la ausencia total de convoyes; la cooperación aérea y naval era mínima; los barcos antisubmarinos patrullaban siguiendo horarios rígidos, lo cual permitía a los sumergibles prever su aparición; y en las tácticas antisubmarinas prácticamente no se aprovechó ninguna de las experiencias que habían adquirido los ingleses. El almirante King se portó peor que nunca; sencillamente no estaba dispuesto a aprender nada de los ingleses, fueran cuales fuesen las consecuencias negativas.

Asimismo, a pesar de la conmoción que causó lo ocurrido en Pearl Harbor, la vida en Estados Unidos siguió su curso normal, como si el país no estuviese en guerra, lo cual contribuyó a sus dificultades. En las ciudades y poblaciones de la costa oriental no se ordenó el obscurecimiento nocturno y, por tanto, sus luces hacían que los barcos se destacaran sobre el cielo occidental incluso en las noches más negras. La 10ª flota de la marina norteamericana, bajo el mando directo de King, siguió sin saber nada sobre cómo se llevaban a cabo las operaciones antisubmarinas. Para los submarinos, la operación Toque de tambor fue una segunda tanda de «momentos felices». Mientras que los buques de Dönitz

hundieron un mercante tras otro, hasta abril de 1942 la marina estadounidense no hundió ni un solo submarino.

Los sumergibles alemanes hundieron más barcos norteamericanos ante la costa oriental de Estados Unidos en 1942 de los que habían hundido en los accesos occidentales de Gran Bretaña en el otoño de 1940. En enero, destruyeron 48 barcos con un peso total de 251 053 toneladas; en febrero Dönitz ya había concentrado mayor número de submarinos ante las costas de Estados Unidos y enviado algunos al Caribe. Las pérdidas en aguas norteamericanas en febrero fueron de 73 barcos mercantes con un peso total de 389 911 toneladas; en marzo las cifras fueron de 95 barcos y 484 396 toneladas. Con 756 586 toneladas de barcos aliados perdidos en diversas partes del mundo, marzo de 1942 fue uno de los tres peores meses de la guerra. Sin embargo, la 10ª flota de Estados Unidos se negó obstinadamente a adoptar el sistema de convoyes porque creía que los barcos de escolta que tenía no eran suficientes y que no formar convoyes era preferible a formarlos y darles una escolta débil. La experiencia obtenida por los ingleses durante los dos años anteriores demostraba hasta qué punto esta creencia no se basaba en la realidad, pero los almirantes estadounidenses no querían aprender nada de la Roy al Navy.

Esta actitud horrorizó a los ingleses, que enviaron al comandante Roger Winn, jefe del centro de inteligencia operacional, a Washington. Cuando el jefe del estado mayor de King, el contraalmirante R. E. Edwards, dijo a Winn que «los norteamericanos deseaban aprender sus propias lecciones y que tenían barcos abundantes para ello», Winn montó en cólera: «El problema, almirante, es que no sólo están perdiendo sus malditos barcos: ¡muchos de ellos son nuestros!»[4]

El resultado de la crítica franca de Winn fue que la marina estadounidense creó su propia sala de seguimiento para integrar la inteligencia en la dirección de operaciones con convoyes y operaciones antisubmarinas. Más adelante mejoró la cooperación entre los centros operacionales ingleses, norteamericanos y canadienses, lo cual contribuiría a ganar la batalla, pero se tardó tiempo en crear el nivel de pericia necesario en la parte occidental del Atlántico y este tiempo se pagó con la pérdida de barcos y marineros.

En muchos aspectos, la marina norteamericana no estaba preparada para afrontar el ataque de los submarinos por las mismas razones que habían confundido a la Royal Navy en 1939. Había escasez de barcos de escolta, poca experiencia práctica, ideas erróneas y una falta general de cooperación entre la aviación del ejército y la naval, Pero el mayor defecto residía en la incapacidad de los norteamericanos para incorporar la labor de los servicios de inteligencia en las operaciones antisubmarinas. Debido a ello, les costaba comprender la situación general, que, además, cambiaba de mes en mes. En la primavera, un ataque contra el tráfico de petroleros en el Caribe señaló que los submarinos habían extendido su campo de operaciones de Terranova a Trinidad, lo cual representaba una distancia de casi 4000 kilómetros.

Los norteamericanos abordaron el problema en parte recurriendo a su legendaria productividad. En abril Estados Unidos puso en marcha un programa cuyo objetivo era producir 60 barcos de escolta en 60 días, y una vez hubo alcanzado esa cifra, anunció otro programa igual. La Royal Navy aportó 10 corbetas y 22 barcos rastreadores antisubmarinos al esfuerzo norteamericano por defender los mercantes que transportaban grandes cargamentos de material de Préstamo y Arriendo a Europa. Pero la verdadera dificultad era adiestrar a los oficiales y los marineros de los barcos de escolta de modo que pudieran encontrar, atacar y hundir submarinos, toda vez que se trataba de una tarea táctica que exigía gran habilidad y paciencia.

Al principio, la situación aérea no era mucho mejor. A finales de marzo de 1942 los norteamericanos disponían de 167 aviones para patrullar por la costa oriental desde Maine hasta Florida. En julio estas cifras casi se habían doblado, pero la introducción de convoyes en abril fue lo que permitió que los nuevos aviones fuesen eficaces. A mediados de mayo, el sistema de convoyes, que incluía cobertura aérea, estaba firmemente establecido a lo largo de la costa atlántica y los submarinos desaparecieron porque emigraron a caladeros más fáciles en el golfo de México y el Caribe. En estas aguas la marina estadounidense aún no había tomado medidas para formar convoyes con los barcos que transportaban material de gran importancia, en especial tanques. En mayo los alemanes hundieron más tonelaje en el golfo de México y el Caribe del que habían

hundido en cualquier mes de 1940: un total de casi 453 500 toneladas. Y el coste fue asombrosamente bajo; en la primera mitad de 1942, las fuerzas antisubmarinas norteamericanas, tanto las aéreas como las navales, sólo consiguieron hundir ocho sumergibles. Las pérdidas de petroleros aliados fueron especialmente elevadas. En 1942 se perdieron 1512 427 toneladas de petroleros además de las 848 952 toneladas que se habían perdido en los primeros dos años y tres meses de la guerra; durante todo el período comprendido entre el 1 de septiembre de 1939 y el 31 de diciembre de 1942, los aliados lograron producir sólo 1590 878 toneladas de petroleros.

En mayo Dönitz indicó a Hitler que si los norteamericanos establecían defensas más eficaces en el Caribe y el golfo de México, volvería a trasladar la guerra submarina al Atlántico Norte. Pero de momento creía que podría concentrar más buques y continuar los «momentos felices» contra los norteamericanos. Se equivocó. A finales de junio los norteamericanos habían tomado medidas defensivas para la mayoría de los barcos mercantes en el Caribe y el Golfo. Si no tenían aviones, barcos de escolta ni adiestramiento suficientes para hundir submarinos, al menos podían negarle al enemigo la fácil tarea de atacar a los barcos que navegaban en solitario. En julio los hundimientos causados por submarinos descendieron en un tercio, mientras que el número de sumergibles perdidos aumentó hasta diez (seis en aguas norteamericanas), comparados con sólo cuatro en mayo y tres en junio.

La primera mitad de 1942 había sido una auténtica catástrofe para la navegación aliada. A pesar de la ventaja que habían adquirido los ingleses en la segunda mitad de 1941, la batalla había vuelto a la desastrosa situación del otoño de 1940, excepto que esta vez se libraba en la otra orilla del Atlántico. En conjunto, los aliados perdieron 2721 000 toneladas de barcos en aguas norteamericanas durante la primera mitad de 1942. Al pasar a otro teatro donde sus enemigos no habían aprendido todas las duras lecciones de 1940, los alemanes se habían apuntado un gran éxito. Además, la guerra submarina se había extendido del Mediterráneo y el Ártico al Atlántico Norte y de allí al Caribe, lo cual obligaba a los aliados a estirar sus recursos al máximo. Para colmo de males, la guerra que se estaba desarrollando simultáneamente en el Pacífico aumentaba

tanto los compromisos como las pérdidas de los aliados. Si las pérdidas que sufrieron en el Pacífico no rebasaron unos límites razonables fue sólo porque los japoneses se negaban a utilizar submarinos contra los barcos mercantes.

Con todo, la campaña dio resultados positivos, ya que las victorias que obtuvieron sus submarinos distrajo tanto a los alemanes que no se dieron cuenta de que los ingleses habían descifrado el código Enigma durante la segunda mitad de 1941. Cuando en febrero de 1942 los alemanes introdujeron en la máquina Enigma un cuarto rotor que impidió que Bletchley Park descifrara sus mensajes durante el resto del año, los ingleses ya habían aprendido muchas cosas sobre las operaciones de los submarinos, a la vez que nuevos aparatos radiogoniométricos proporcionaban mucha información sobre la ubicación y el blanco de la campaña submarina. Pero los ingleses ya no podían alterar ventajosamente las rutas de los convoyes en el Atlántico Norte como habían hecho durante los seis meses anteriores. Este factor hubiera saltado a la vista de no haber sido porque el efecto de los cambios en el sistema Enigma quedó ocultado al cambiar Dönitz el despliegue de los submarinos y mandarlos a la costa oriental de Estados Unidos.

Inexplicablemente, durante la primera mitad de 1942 Dönitz había prohibido atacar a los convoyes del Atlántico Norte cuando los submarinos navegaban con rumbo a sus destinos ante la costa oriental de Estados Unidos y en el Caribe. Pero a mediados del verano la atención del alto mando de la flota submarina se desplazó de nuevo hacia el Atlántico Norte, donde la pugna era ahora favorable a los alemanes. Debido a la falta de información obtenida de las transmisiones alemanas en la segunda mitad de 1942, así como al incremento del número de submarinos en el Atlántico, era difícil trazar rutas que permitieran a los convoyes burlar las patrullas de submarinos. Los alemanes habían descifrado varios códigos ingleses, en particular el del almirantazgo para los barcos mercantes, por lo que el alto mando del arma submarina disponía de información excelente sobre las fechas y la dirección de los convoyes importantes. Sin embargo, a pesar de todas estas ventajas, los alemanes seguían afrontando el gran problema de localizar y atacar a los convoyes en el vasto y movido Atlántico. Durante la

batalla de 11 meses que se libraría en el Atlántico Norte, 105 convoyes de los 174 programados (más del 60 por ciento) hicieron la travesía sin ser atacados por ningún submarino.

En contrapartida, los dispositivos tecnológicos que estaban creando los ingleses para la lucha antisubmarina tardaban en llegar a las unidades de escolta. Eran pocos los barcos que ya estaban dotados de aparatos de radiogoniometría o de radar 271M. Los nuevos aparatos radiogoniométricos permitían a los barcos de escolta localizar con exactitud la posición de los submarinos en el mar, a la vez que el nuevo radar les daba una resolución mejor a mayores distancias y con mayor fiabilidad.

Por otra parte, los marineros norteamericanos y canadienses que lucharon en la batalla del Atlántico eran novatos y no estaban adiestrados. Por consiguiente, transcurrió cierto tiempo antes de que las nuevas unidades de escolta y sus tripulaciones pudieran llevar el mayor número posible de barcos mercantes a puerto seguro, cumpliendo así su misión principal, que no consistía en hundir submarinos. Lo que más preocupaba a los marineros era la gran extensión del Atlántico Central que quedaba fuera del alcance de los aviones aliados. Esta falta de apoyo aéreo era resultado directo de la negativa de las fuerzas aéreas aliadas a utilizar sus bombarderos dotados de gran autonomía de vuelo en la lucha antisubmarina. La falta de suficientes portaaviones de escolta agravó mucho el problema. El bombardero Liberator B24, dotado de gran autonomía de vuelo, era el único medio de llenar el vacío, pero las fuerzas aéreas de ambas orillas del Atlántico siguieron oponiéndose empecinadamente a asignar bombarderos de primera línea al Atlántico Central. Entretanto, a partir de julio de 1942 el programa acelerado de construcción de submarinos ponía 30 buques nuevos al mes a disposición del mando de Dönitz, mientras que sus pérdidas habían sido de sólo 26 sumergibles en la primera mitad de año.

La situación pareció volverse contra los aliados incluso en la superficie a comienzos de 1942. En febrero, el *Gneisenau* , el *Scharnhorst* y el *Prinz Eugen* atravesaron el Canal de la Mancha, donde la respuesta de los ingleses fue mínima. No obstante, ambos cruceros de batalla chocaron con minas y tuvieron que pasar a dique seco para ser reparados, y sólo el *Scharnhorst* volvería al

servicio activo. Mientras tanto, los alemanes concentraron el resto de sus fuerzas de superficie, entre las que se encontraba el *Tirpitz* , gemelo del *Bismarck* , en el norte de Noruega, donde constituían una amenaza directa para los convoyes que se dirigían a Murmansk navegando por una de las peores extensiones de agua del mundo, con sus furiosos vendavales y sus temperaturas árticas. En gran medida, los convoyes de Murmansk representaban un gesto propagandístico dirigido a los soviéticos, dado que aproximadamente sólo una cuarta parte del material de Préstamo y Arriendo que las potencias occidentales enviaron a los soviéticos pasó por esta ruta. Cerca de la mitad de dicho material pasaba por Siberia después de atravesar el Pacífico Norte y el mar del Japón hasta llegar a Vladivostok. El resto lo recibían los soviéticos vía Irán y el golfo Pérsico. Con todo, los ingleses y los norteamericanos se sentían obligados a destinar fuerzas navales y barcos mercantes a la ruta de Murmansk debido a la carga militar que soportaban los soviéticos.

La amenaza de una flota de batalla alemana acechando en los fiordos noruegos, los implacables ataques de la Luftwaffe, los omnipresentes submarinos y la horrenda climatología hacían de la ruta de Murmansk una pesadilla. En mayo de 1942 el convoy PQ 16 sufrió el ataque de no menos de 108 oleadas sucesivas de bombarderos de la Luftwaffe y perdió ocho de sus 25 mercantes. En julio, el primer lord del almirantazgo, el almirante *sir* Dudley Pound, creyendo que el *Tirpitz* había zarpado con el propósito de atacar al convoy PQ 17, ordenó a éste que se dispersara. Los navíos pesados alemanes no habían salido de puerto, pero bombarderos de la Luftwaffe y submarinos atacaron los barcos dispersos y sólo 11 de los 34 que formaban el convoy lograron llegar con dificultad al puerto de Murmansk.

Durante un breve período las potencias occidentales abandonaron la ruta de Murmansk, pero en septiembre, cuando las noches eran más largas y el tiempo era peor, el convoy PQ 18 volvió a utilizarla. Ante la triple amenaza alemana, en el aire, en la superficie y debajo de ella, los cuarenta barcos mercantes del PQ 18 requirieron una escolta formada por un portaaviones, dos acorazados, siete cruceros, treinta destructores, dos barcos antiaéreos, cuatro corbetas, tres dragaminas, cuatro bous, dos

submarinos y dos petroleros. La misión habitual de todos estos barcos era proteger los convoyes del Atlántico, cuyos cargamentos y tripulaciones representaban una aportación considerable al esfuerzo de guerra. El PQ 18 y los barcos que le daban escolta soportaron feroces ataques de la Luftwaffe, que hundió 10 de los 40 mercantes. Los alemanes perdieron 41 aviones durante la batalla, la mayoría de ellos derribados por el fuego antiaéreo. Los submarinos hundieron tres mercantes más y perdieron tres buques a causa de la acción de los destructores. Finalmente, 27 barcos mercantes consiguieron llegar a Murmansk.

La batalla del Atlántico Norte fue desfavorable a los aliados durante el resto de 1942. Numerosos convoyes sufrieron las consecuencias del descifre de los mensajes aliados por parte de los alemanes y del aumento de las patrullas de submarinos, ya que los alemanes disponían ahora de muchos más buques. Sin apoyo aéreo que obligara a los submarinos a sumergirse, lo cual les impedía navegar tan rápidamente como los convoyes, los barcos de escolta eran atacados noche tras noche. Octubre y noviembre fueron meses especialmente malos y es posible que los estragos que causaron los submarinos aumentaran debido a la disminución del número de barcos de escolta, muchos de los cuales se emplearon para apoyar la operación Antorcha —la invasión anglonorteamericana del África del norte francesa—, así como para abastecer a las fuerzas de tierra en Túnez. En octubre los submarinos hundieron 101 barcos con un peso total de 578 514 toneladas, a la vez que en noviembre las cifras fueron de 134 barcos y 732 632 toneladas, el total más elevado de la guerra. Los resultados que obtuvieron los alemanes en noviembre quizá hubieran sido aún mayores si el OKW no hubiese ordenado a Dönitz que destinara gran número de submarinos a atacar los desembarcos aliados en el norte de África. En conjunto, los submarinos hundieron más de cinco millones de toneladas de barcos mercantes aliados en 1942, cifra que casi igualó el tonelaje que salió de los astilleros norteamericanos aquel año.

Sin embargo, no todo era favorable a los alemanes. Las pérdidas de submarinos iban en aumento. En la segunda mitad de 1942 perdieron 65, en comparación con sólo 21 en la primera mitad del año. Aunque el número de buques nuevos que recibía el mando de la flota submarina seguía siendo superior al de unidades perdidas,

esta triplicación de las pérdidas subrayó el incremento de la eficacia de las medidas antisubmarinas de los aliados. Aún más preocupante para los alemanes fue el escaso éxito que tuvieron los submarinos al atacar los convoyes bien protegidos que apoyaban la invasión del norte de África.

Tres factores clave favorecían a los aliados: la cobertura aérea de gran alcance empezaba a llenar el vacío en el Atlántico Central; los aviones y los barcos de escolta estaban dotados ahora de radares, aparatos de radiogoniometría, armas y aparatos de comunicaciones más eficaces; y el número de barcos de escolta iba en aumento. Los alemanes no contaban con ninguna mejora tecnológica comparable. Por ejemplo, los submarinos alemanes seguían careciendo de radar. Lo único que tenían los alemanes eran numerosas unidades, e incluso este factor tenía una vertiente negativa además de la positiva: la necesidad de tripular los nuevos submarinos provocó un descenso del nivel de adiestramiento y experiencia de los capitanes. Con creciente frecuencia las hazañas de los submarinos, cuando las había, eran obra de unos cuantos comandantes atrevidos y experimentados.

Así pues, en 1942 los alemanes tuvieron la oportunidad de acabar con el sistema de convoyes de los aliados, pero esa oportunidad, aunque real, fue efímera. Si bien Dönitz prestaba especial atención al número de submarinos, su única esperanza era que la oleada de hundimientos quebrantase la moral de los marineros que tripulaban los barcos mercantes. Pero el invierno de 1942-1 943 fue uno de los más duros que registran los anales; desde diciembre hasta marzo una tempestad tras otra barrió el Atlántico. Las condiciones eran terribles incluso en los barcos de mayor calado, y las tripulaciones de los barcos pequeños como, por ejemplo, las corbetas tenían que soportar golpes de mar monstruosos que hubieran podido calificarse de infernales de no haber sido tan fríos. Pero durante gran parte de diciembre de 1942 y enero de 1943 los submarinos no pudieron operar y debido a ello las pérdidas aliadas descendieron a 313 733 toneladas y luego a 237 052 durante los citados meses. Y en diciembre Bletchley Park volvió a descifrar los mensajes que se enviaban con la máquina Enigma de cuatro rotores.

Los historiadores sugieren a menudo que la batalla del Atlántico

alcanzó su apogeo en febrero y marzo de 1943. Pero sería más acertado decir que ese período fue el canto de cisne de la campaña submarina. En la zona que seguía desprovista de cobertura aérea, los sumergibles alemanes infligieron graves pérdidas a los convoyes. Pero con la ayuda de Bletchley Park, el Mando de los Accesos Occidentales consiguió que muchos convoyes evitaran las patrullas de submarinos. Los servicios de interceptación alemanes leían los códigos de los convoyes británicos, por lo que ambos bandos jugaban una partida de ajedrez con sus jugadas y contrajugadas. Marzo fue el último mes malo de la guerra submarina para los aliados; fue tan malo que algunos planificadores del almirantazgo llegaron a sugerir que se abandonara el sistema de convoyes. Pero los jefes aliados se negaron a pensar en una capitulación. Sencillamente no había otra manera de mover la masa de barcos de la que dependía el esfuerzo de guerra aliado a través de los grandes espacios oceánicos.

En abril y mayo de 1943 las tornas se volvieron de forma irrevocable contra los submarinos. Entraron en servicio portaaviones de escolta que proporcionaron a algunos convoyes su propia cobertura aérea; aviones con gran autonomía de vuelo llenaron el vacío en el Atlántico Central; los barcos de escolta estaban suficientemente bien pertrechados para que los comandantes de grupo pudieran hundir muchos de los submarinos que encontraban, a la vez que el adiestramiento y la experiencia de los grupos de escolta empezaron a dar excelentes resultados. En febrero y marzo, los barcos de escolta aliados hundieron 49 submarinos y sólo en mayo hundieron 41. Las pérdidas abrumadoras de mayo obligaron a Dönitz a reconocer la derrota y retirar sus buques del Atlántico Norte. Los 135 submarinos hundidos entre mayo y octubre de 1943 ponen de manifiesto hasta qué punto el equilibrio táctico se desplazó a favor de las fuerzas antisubmarinas aliadas. En los tres años y tres meses que precedieron a 1943 sólo habían hundido 153 submarinos. Para Dönitz la guerra había terminado.

De repente, con la batalla ya perdida, el alto mando del arma submarina empezó a interesarse por el apoyo tecnológico para su ofensiva. El *Schnorchel* dio a los submarinos algunas ventajas nuevas que les permitían navegar bajo el agua al mismo tiempo que

utilizaban sus máquinas diesel, que consumían aire. Los alemanes también introdujeron mecanismos para contrarrestar el radar británico y torpedos acústicos que se guiaban por el ruido que hacían las hélices. Pero todas estas innovaciones fueron insuficientes y llegaron demasiado tarde.

En enero de 1943, antes de que las tornas se volvieran contra los submarinos en el Atlántico, Hitler nombró a Dönitz comandante en jefe de la marina alemana. Este ascenso fue fruto del fracaso del crucero pesado *Hipper* y del acorazado de bolsillo *Lützow* en su intento, a finales de diciembre de 1942, de infligir graves daños a un convoy que se dirigía a Murmansk protegido por destructores. Hitler, furioso, había destituido a Raeder y exigido la disolución de toda la flota de superficie. Pero Dönitz acabó logrando que el *Führer* cambiase de parecer. Luego, se vio que bien hubiese podido aceptar la decisión de Hitler y disolver no sólo la flota de superficie, sino también toda la flota submarina, para lo que sirvieron ambos grupos durante el resto de la contienda. Acorazados británicos atraparían y hundirían el *Scharnhorst* ante el cabo Norte de Noruega a finales de 1943, a la vez que el *Tirpitz* tendría un final ignominioso al ser hundido en un fiordo de Noruega por la RAF en el otoño de 1944. En cuanto a la flota submarina, sus buques pasaron del papel de perseguidores al de perseguidos durante el resto de la guerra. Los marineros alemanes hubieran contribuido más a la defensa de la patria luchando en Normandía o en el frente oriental que esperando a que los bombarderos británicos volasen el *Tirpitz* o navegando hacia la muerte a bordo de sus submarinos.

LA BATALLA DEL ATLÁNTICO EN RETROSPECTIVA

Los alemanes hubieran podido mejorar sus probabilidades de ganar la guerra si nunca hubiesen librado la batalla del Atlántico y, en su lugar, hubieran dedicado todos sus recursos a las campañas en el aire y en tierra. El Tercer Reich carecía de los recursos que se necesitaban para hacer una guerra mundial en tantos frentes y la guerra exige decisiones difíciles. Pero debido al método de Hitler

para tomar decisiones y a la incapacidad de los militares alemanes para pensar en el ámbito estratégico, los líderes del Tercer Reich no pudieron tomar las decisiones que tal vez les hubieran dado la victoria.

Más que los éxitos y los fracasos de los sumergibles, los efectos indirectos de la ofensiva submarina fueron el factor que contribuyó a que la guerra empezara a ser desfavorable para Alemania. De no haber sido por las terribles pérdidas que infligieron los submarinos en el verano y el otoño de 1940, tal vez Estados Unidos nunca hubiera emprendido su gran programa de construcción de barcos mercantes. Los éxitos alemanes ante la costa oriental de Estados Unidos a principios de 1942 hicieron que Roosevelt apoyara dicho programa con más ímpetu todavía. En 1945, 99 astilleros nuevos debían su existencia al patrocinio del gobierno federal. Durante la guerra, los resultados se reflejaron claramente en la ventaja que adquirieron los aliados en la producción de nuevos barcos comparada con las pérdidas (véase el cuadro 1).

Pero hizo falta algo más que nuevos astilleros para inclinar la balanza; los hombres de negocios norteamericanos aplicaron los procesos de producción en serie a la construcción de barcos mercantes. El diseño estandarizado de componentes permitía no sólo recurrir a las técnicas propias de las cadenas de montaje, sino también al montaje prefabricado. Los más famosos entre estos barcos fueron, por supuesto, los cargueros del tipo Liberty, el primero de los cuales se botó en Baltimore en septiembre de 1941. Al terminar la guerra, los astilleros llevaban construidos más de 2700 barcos de éstos. Durante la totalidad del sombrío año de 1942, la producción estadounidense estuvo a la altura de las enormes pérdidas que sufrieron los aliados. Pero la derrota de los submarinos en mayo de 1943 y el consiguiente descenso de las pérdidas dio por resultado una expansión enorme de la flota mercante en 1943 y 1944. Sólo en 1943, la producción aliada casi compensó la suma de las pérdidas sufridas en los tres primeros años de la contienda. Casi fue insuficiente: la proyección del poderío militar norteamericano en el Pacífico y en Europa, así como el apoyo económico a sus aliados británicos y soviéticos, estiró la flota al máximo. Sin el arranque de la industria norteamericana que provocó Dönitz, la producción norteamericana de barcos mercantes quizá no hubiese

alcanzado los niveles necesarios con la prontitud suficiente para apoyar estos fines.

CUADRO 1. PÉRDIDAS DE BARCOS MERCANTES/ GANANCIAS DE BARCOS, 1940-1945

Julio-septiembre	1940	–1.043.050
Octubre-diciembre	1940	–907.000
Enero-marzo	1941	–816.300
Abril-junio	1941	–997.700
Julio-septiembre	1941	–136.050
Octubre-diciembre	1941	–181.400
Enero-marzo	1942	–1.179.100
Abril-junio	1942	–453.500
Julio-septiembre	1942	+226.750
Octubre-diciembre	1942	+453.500
Enero-marzo	1943	+1.133.750
Abril-junio	1943	+2.630.300
Julio-septiembre	1943	+2.947.750
Octubre-diciembre	1943	+3.210.780
Enero-marzo	1944	+2.340.060
Abril-junio	1944	+2.893.330

Como ocurría tan a menudo cuando hacían evaluaciones estratégicas, los alemanes habían subestimado a sus enemigos. La labor de Bletchley Park contribuyó de manera decisiva a desviar la ofensiva submarina, especialmente en la segunda mitad de 1941, cuando los ingleses eran más vulnerables. A pesar de las abundantes pruebas circunstanciales de que los ingleses descifraban sus códigos, los alemanes se negaron a creer en ellas porque confiaban en la superioridad de su tecnología. Esta arrogancia fue la causa de que los ingleses llevasen las de ganar en la guerra submarina durante prácticamente toda la segunda mitad de la contienda. A los alemanes les resultaba imposible creer que alguien pudiera derrotarles y ser más inteligente que ellos.

Pero el descifre de los mensajes no basta para explicar el fracaso naval alemán. Al empezar la contienda, Dönitz empleó un estado mayor relativamente pequeño para controlar la batalla submarina contra el comercio británico. Para una campaña que se limitara a las costas del Reino Unido, un estado mayor muy centralizado y reducido quizá hubiera sido suficiente. Pero al extenderse la campaña contra el comercio británico y aumentar su complejidad, el estado mayor del cuartel general de la flota submarina alemana siguió siendo reducido; en todo caso, se contrajo al intentar Dönitz cerrar lo que los alemanes consideraban filtraciones humanas en sus sistemas de seguridad. Esta decisión tuvo varias consecuencias importantes. La más obvia fue el agotamiento general de todos los oficiales que participaron en la dirección de la campaña submarina. Pero más grave que los errores nacidos de este cansancio general fue la incapacidad del mando alemán para distanciarse y examinar la guerra con mayor detenimiento, tanto para evaluar la situación de sus servicios de inteligencia como para poner en práctica mejoras tecnológicas. Al igual que el Mando de Bombardeo de la RAF, el mando de la flota submarina alemana no se interesó por la tecnología hasta que la guerra empezó a serle desfavorable, y entonces ya era demasiado tarde para recurrir a la tecnología como solución.

Los alemanes tampoco reconocieron la eficacia con que sus enemigos estaban utilizando la tecnología para contrarrestar los ataques de los submarinos. Esto se debía en parte a la insuficiencia del estado mayor y del análisis, pero también era resultado de la decisión de Dönitz de trasladar sus submarinos de un teatro a otro al adaptar los aliados sus barcos de escolta y sus tácticas. En su búsqueda constante del eslabón débil del sistema de convoyes, los alemanes acabaron chocando con un sistema de defensa que respondía de la misma y eficaz manera en todas partes. Entonces, sin haber hecho ningún cambio real en su propia eficacia tecnológica y táctica, los submarinos literalmente se hundieron.

No menos criticable es la forma en que Dönitz llevó los parámetros operacionales de la campaña. El fuerte control que ejerció sobre sus submarinos durante gran parte de la guerra los privó de flexibilidad; también desempeñó un papel importante al proporcionar la inmensa serie de mensajes que Bletchley Park

requería para descifrar el sistema Enigma. Como era tan típico de la forma alemana de enfocar la guerra, Dönitz secundó plenamente los esfuerzos de Raeder por conseguir que Hitler declarase la guerra a Estados Unidos en la segunda mitad de 1941. Sin embargo, cuando tuvo lugar la declaración de guerra, Dönitz utilizó sus sumergibles en número reducido en vez de concentrarlos para descargar un golpe mortal contra la costa oriental de Estados Unidos, el golfo de México y el Caribe. El daño que causaron fue considerable, pero al final sólo sirvió para que Estados Unidos dedicara suficientes fuerzas navales y recursos al problema y no produjo daños irreparables a la causa aliada. La operación Toque de tambor reflejó el hábito alemán de seguir el camino táctico y operacional más fácil sin pensar para nada en las consecuencias estratégicas o a largo plazo.

CONCLUSIÓN

Los aliados acabaron ganando la batalla del Atlántico, pero pagaron un precio innecesariamente elevado. Las cifras de bajas entre los marinos mercantes británicos subrayan este extremo: de los 185 000 hombres que sirvieron en la marina mercante, 32 952 perdieron la vida, lo que equivale a un 17 por ciento y es una tasa de bajas superior a la de cualquiera de las tres armas británicas. La falta de interés de las fuerzas armadas por la guerra antisubmarina antes de que estallara el conflicto fue inexcusable, especialmente si se tienen en cuenta sus experiencias en la primera guerra mundial. Cuando a comienzos de la segunda guerra mundial volvió a aparecer la amenaza de los submarinos las fuerzas destinadas a luchar contra ellos recibieron la atención que merecían, pero para entonces fue necesario tomar medidas de lo más desesperadas, entre ellas someter a toda la nación británica a dieta de hambre o casi, para vencer el desafío.

Lo que resulta todavía más asombroso, medio siglo después de la guerra, es la obstinada resistencia de las fuerzas aéreas aliadas a dedicar los recursos necesarios para llenar el vacío en la cobertura aérea que existía en el Atlántico Central. Exceptuando el Mando de Costas, los jefes de la RAF se opusieron, con un fervor rayano en el

fanatismo, a utilizar aviones dotados de gran autonomía de vuelo para proteger los convoyes. Y los hombres de la aviación mantuvieron esta postura durante todo el año 1942 y buena parte de 1943, cuando finalmente sus superiores políticos les obligaron a ello. Centenares de barcos y muchas vidas se perdieron por culpa de dicha postura.

Pero con la excepción de los jefes del Mando de Bombardeo de la RAF, la lucha contra la ofensiva submarina fue uno de los momentos culminantes de la guerra para las fuerzas armadas británicas. Cuando sus jefes se dieron cuenta de la gravedad de la amenaza, la Royal Navy creó las tácticas, la tecnología y la capacidad de mando que se necesitaban para afrontar la dura tarea de la guerra antisubmarina. La integración de la tecnología en sistemas tácticos eficaces fue decisiva para vencer a los submarinos en 1943; de modo parecido, la integración de la labor de los servicios de inteligencia en la dirección de las operaciones antisubmarinas y de los convoyes aumentó considerablemente las probabilidades de alcanzar la victoria. La flexibilidad mental de los encargados de la campaña antisubmarina, en particular de los almirantes Percy Noble y Max Horton, permitió a los ingleses sacar el máximo partido de científicos civiles, oficiales de inteligencia en la reserva y analistas de operaciones. Al mismo tiempo que Dönitz ejercía un control cada vez más estrecho sobre su estado mayor, los ingleses ampliaban y adaptaban el suyo.

Al final, con todo, lo que llevó a la victoria fue la valiente disposición de los marineros mercantes aliados a arrostrar las terribles condiciones del Atlántico Norte y las aterradoras pérdidas en algunas de las rutas de los convoyes. Tal como se señaló en el solemne oficio de celebración de la victoria que tuvo lugar en la catedral de Liverpool en agosto de 1945: «Éstos fueron los hombres / que fueron su salvación / que dominaron las aguas y las profundidades / que / en la tempestad y la calma / enseñaron a Inglaterra a vivir de nuevo / y dieron de comer a sus hijos».

11 Año de decisión para Alemania 1942

LA estrategia alemana se había jugado el todo por el todo en la operación Barbarroja y la derrota ante Moscú a principios de diciembre de 1941 reveló la magnitud de este error de juicio. Al empezar el tercer año de la contienda, los alemanes hacían frente a una gran coalición mundial que se vio reforzada de manera formidable al declarar Hitler la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941. El conflicto se había convertido en una guerra verdaderamente mundial que los combatientes de la primera conflagración mundial no hubieran podido imaginar. Mientras se libraban batallas en el Pacífico y los ingleses y los norteamericanos trataban de detener la avalancha japonesa, los alemanes seguían siendo la gran amenaza. Europa continuaría siendo el lugar donde se decidiría el resultado de la contienda.

Las terribles pérdidas sufridas en la operación Barbarroja habían embotado el filo de la Wehrmacht. El interrogante fundamental que se les planteaba a los combatientes en 1942 era si el Reich podría reunir fuerzas militares suficientes para terminar la guerra, o si Estados Unidos y Gran Bretaña, que se estaban armando desesperadamente para compensar los «años que devoró la langosta [10] », y la Unión Soviética, gravemente herida en 1941, podrían resistir durante el tiempo suficiente para que prevaleciese su fuerza económica. Al recibir la noticia de lo ocurrido en Pearl Harbor, Churchill había exclamado que los aliados habían ganado. Sin embargo, a principios de 1942 la derrota segura de Alemania no era tan obvia a ojos de la mayoría de los observadores. Tampoco eran inevitables sus respuestas a la creciente oposición que encontraba. De hecho, los alemanes hubieran podido seguir otros caminos que bien pudiesen haber prolongado la guerra en Europa. Fueron las

decisiones estratégicas y el resultado de las batallas de 1942 los factores que fijaron el rumbo definitivo de la guerra.

En 1942 el sistema británico para formular la estrategia y la política militar ya funcionaba bien. En los años treinta, sin un liderazgo coherente en la cúspide, la burocracia británica había tendido a ahogarse bajo el peso del papeleo que producían sus numerosas comisiones. Pero bajo el inspirador liderazgo de Churchill, como primer ministro y ministro de defensa, una jerarquía de comisiones articulada cuidadosamente producía una política coherente e inteligente que se traducía en estrategia eficaz. Directamente debajo de Churchill estaban el Gabinete de Guerra y la Comisión de Jefes de Estado Mayor, que juntos controlaban las grandes cuestiones políticas y estratégicas que planteaba la guerra. Debajo de ellos, gran número de comisiones analizaban los problemas importantes; y si la respuesta que presentaban no era la apropiada, como ocurría a veces, no era por no haberlo intentado.

Churchill intimidaba a sus colegas, les daba la lata y les hacía trabajar incesantemente, en su persecución de la victoria. No era hombre de trato fácil en las mejores circunstancias y bajo las presiones de la guerra a veces era insoportable. Su relación con su principal asesor militar, el jefe del Estado Mayor Imperial, el mariscal de campo *sir* Alan Brooke, llegaba con frecuencia al borde de la ruptura total. Y, a pesar de ello, Brooke, en su diario a menudo mordaz, captaba atisbos del genio churchilliano; sobre un encuentro a altas horas de la noche con el primer ministro escribió: «[Churchill] tenía el gramófono en marcha y vestido con su bata multicolor, con un bocadillo en una mano y un poco de berro en la otra, trotaba una y otra vez alrededor de la sala y daba saltitos al compás del gramófono. Cada vez que llegaba cerca del hogar, se detenía para soltar alguna cita o pensamiento de las que no tienen precio. Por ejemplo, citó un dicho según el cual la vida de un hombre es como andar por un pasillo con ventanas cerradas a ambos lados. Al llegar a cada ventana, una mano desconocida la abre y la luz que entra no hace más que incrementar por contraste la obscuridad en el extremo del pasillo».[1]

Uno de los ayudantes militares de Churchill describió de la siguiente manera el contraste con los tiempos de Chamberlain: «Los días de mera “coordinación” habían terminado para siempre…

Ahora íbamos a recibir dirección, liderazgo, acción enérgica».[2] Hastings Ismay, uno de los principales asesores de Churchill durante la guerra, comentó a Claude Auchinleck en 1941 que «la idea de que [Churchill] era grosero, arrogante e interesado era totalmente falsa. No era ninguna de estas cosas. Desde luego, era franco al hablar y al escribir, pero esperaba que los demás fuesen igualmente francos con él».[3]

El problema urgente de Churchill era el ejército. Tal como Brooke escribió en su diario en 1942: «Además [el rendimiento militar del ejército] es peor a causa de la falta de buenos comandantes. La mitad de nuestros Comandantes de Cuerpo y de División son totalmente ineptos para sus nombramientos, y, pese a ello, si tuviera que destituirles, ¡no podría encontrar otros mejores! No tienen carácter, imaginación, empuje y facultades de liderazgo».[4] Estos defectos se estaban haciendo ahora sumamente visibles en los campos de batalla del norte de África.

EL NORTE DE ÁFRICA

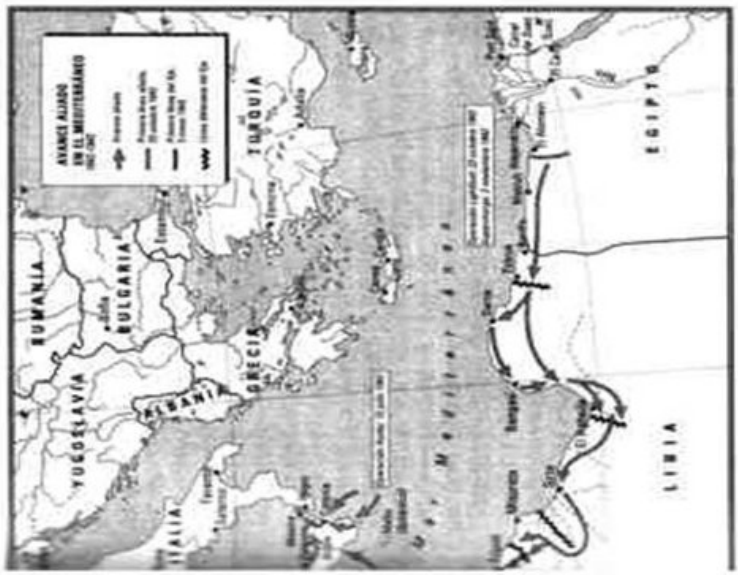
Al llegar a Libia en febrero de 1941 con su Afrika Korps, Erwin Rommel había atacado inmediatamente a las fuerzas británicas y las había obligado a retroceder hasta Egipto. Pero sus líneas de abastecimiento resultaron ser su talón de Aquiles; raras veces recibió pertrechos suficientes desde la otra orilla del Mediterráneo. Los alemanes acusaban a los italianos de incompetencia en lo que se refería a proteger las rutas marítimas, pero, de hecho, la causa de este problema logístico en particular era la incompetencia de los servicios de inteligencia alemanes, que no se daban cuenta de que los aliados descifraban los mensajes que se mandaban por medio del sistema Enigma. Gracias a la información Ultra —la que se basaba en el descifre de las claves más complejas de los alemanes y los italianos—, las fuerzas aéreas y navales británicas, que operaban desde Malta, atacaban los convoyes de abastecimiento escoltados por los italianos y cortaban constantemente las líneas de aprovisionamiento de Rommel.

El hecho de que el puerto libio de Tobruk estuviera en poder de los ingleses aumentaba en gran medida la carga logística del Afrika

Korps. Tobruk ponía a Rommel entre la espada y la pared: no podía avanzar hacia Egipto hasta que hubiese tomado dicho puerto, pero una ofensiva en gran escala contra Tobruk expondría sus fuerzas en Egipto a un ataque británico. Halder, el jefe de estado mayor del OKH, contemplaba el dilema de Rommel con torva satisfacción. Sin embargo, hay que decir que Rommel nunca fue responsable de la estrategia alemana en el Mediterráneo. Su misión era sencilla: proteger Libia, mantener el prestigio de Mussolini y tener a los ingleses ocupados, y hasta octubre de 1942 el Afrika Korps cumplió estos objetivos con un coste relativamente bajo.

Rommel demostró así que era el mejor de los comandantes que lucharon en los campos de batalla de la segunda guerra mundial. Si bien no había aprobado los exámenes para ingresar en la Kriegsmarine —paso preliminar para ser oficial del estado mayor general—, era un ferviente estudioso de la historia militar y de su profesión, además de autor de uno de los más reflexivos libros de memorias de la primera guerra mundial. También era un buen líder, con una gran capacidad para inspirar a sus tropas y lograr que se esforzasen al máximo ante enormes dificultades. Su energía, combinada con un sexto sentido para el campo de batalla, era el origen de una osadía en el combate que a veces rayaba en la temeridad. Pero Rommel jamás desaprovechaba las oportunidades que sus adversarios le ofrecían con demasiada frecuencia. No cabe duda de que era firme partidario del régimen nazi; pese a ello, en varias ocasiones desobedeció algunas de sus órdenes más odiosas, tales como la relativa a los comandos. En 1941 era claro que se hallaba en la cumbre de sus facultades de mando, y esas facultades magnificaron ahora todas las ventajas que poseían los alemanes en doctrina, adiestramiento y eficacia en el campo de batalla. La operación Hacha de guerra —importante ofensiva británica en junio de 1941 contra las posiciones defensivas alemanas en el paso de Halfaya, en la frontera entre Egipto y Libia— reveló la magnitud de la debilidad británica. Presionado por Churchill, el mariscal de campo Archibald Wavell, comandante en jefe de las fuerzas británicas en Oriente Medio, lanzó un ataque con dos objetivos, a saber: capturar el paso y avanzar luego hacia Tobruk. Con cañones antiaéreos de 88 milímetros, bien situados y utilizados como armas antitanques, los alemanes aniquilaron la primera oleada de

atacantes. Las fuerzas británicas, que avanzaban en tres columnas inconexas, no pudieron apoyarse mutuamente, pero esta desorganización no era más que el principio.



Rommel llegó al día siguiente desde las posiciones alemanas situadas delante de Tobruk. Los ingleses, que no tenían ninguna doctrina coherente,

y mucho menos una doctrina para la guerra mecanizada, libraron batallas aisladas, mientras que los blindados, la infantería y la artillería alemanes lucharon como grupos muy coordinados. La mañana del tercer día, el Afrika Korps ya amenazaba con envolver a gran parte del 8º ejército británico. Sólo una retirada precipitada salvó a los ingleses de la derrota total. Las pérdidas de tanques sugieren la importancia del desastre: los alemanes perdieron 12, muchos de ellos reparables, mientras que los ingleses perdieron 91. La derrota, unida a la torpeza con que Wavell hizo frente a los disturbios en Irak y Siria, empujó a Churchill a substituirle por el general Claude Auchinleck. Sin embargo, el 8º ejército aprendió poco de sus experiencias. Aunque los comandantes británicos reconocieron la eficacia de las armas antitanques de 88 milímetros, subestimaron la movilidad con que los alemanes las utilizaban. Más grave aún fue que no comprendiesen la doctrina de las armas combinadas del enemigo.

En noviembre de 1941, con la operación Cruzado, los ingleses volvieron a intentarlo. Esta vez pillaron a Rommel por sorpresa. Y en una batalla arremolinada y confusa, las fuerzas de la Commonwealth gozaron de considerable superioridad sobre sus enemigos: de cuatro a uno en tanques (710 frente a 174 con otros 500 en reserva para substituir las pérdidas). Pero los ingleses desaprovecharon la ventaja de la sorpresa al lanzar ataques divergentes y sin apoyo con efectivos de brigada. En uno de ellos la inexperta 22ª brigada cargó contra las posiciones antitanques italianas, que estaban bien situadas, y perdió el 25 por ciento de sus tanques. Una y otra vez las unidades del 8º ejército no se apoyaron mutuamente, mientras que los alemanes atacaron con todo el peso de las dos divisiones de blindados del Afrika Korps.

Pero los alemanes también tenían sus problemas. Cegados por la superioridad aérea británica, en ningún momento tuvieron una idea clara de las intenciones de los ingleses. Un ataque mal organizado que se lanzó tarde cerca de *Sidi* Rezegh costó a los alemanes la mitad de sus tanques. A continuación el Afrika Korps avanzó hasta la frontera egipcia y durante un breve tiempo amenazó con sembrar la confusión en el 8º ejército. Su comandante, el general Alan Cunningham, dio orden de suspender la ofensiva, pero Auchinleck tomó personalmente el mando y ordenó a sus tropas que

continuaran luchando. Los ingleses se mantuvieron ahora firmes en la retaguardia y reanudaron el avance sobre Tobruk para romper el cerco y establecer contacto con la guarnición. Los alemanes, en cambio, actuaron con torpeza al atacar en la frontera egipcia y, al aumentar el peligro alrededor de Tobruk y empeorar el abastecimiento, interrumpieron la batalla.

Los alemanes se retiraron hasta El Agheila, de donde habían partido en abril de 1941. La superioridad numérica de los ingleses en el campo de batalla había sido decisiva, a la vez que sus ataques aéreos y navales desde Malta contra las líneas de abastecimiento del Eje habían destruido un porcentaje importante de los barcos que hacían la travesía hasta Libia. Pero había ayuda en camino para el apurado Afrika Korps. Hitler ordenó a la Luftflotte 2 (Segunda Fuerza Aérea) y a su comandante, el mariscal de campo Albert Kesselring, que se trasladaran de Rusia al Mediterráneo. Además, el OKW ordenó que varios submarinos se trasladaran también al Mediterráneo. Así pues, las operaciones aliadas desde Malta tuvieron repercusiones no sólo en la batalla del norte de África, sino también en el frente del este y en la batalla del Atlántico.

La situación cambió inmediatamente con la llegada de la Luftflotte 2. El abastecimiento mejoró y en enero de 1942 Rommel contraatacó y los ingleses tuvieron que replegarse hasta Gazala. El frente se estabilizó allí durante los siguientes cuatro meses, mientras los ejércitos, agotados, se instalaban bajo las lluvias invernales y empezaban a prepararse para reanudar la lucha en la primavera. Los ingleses establecieron una línea defensiva formada por posiciones fortificadas de infantería que se internaban mucho en el desierto; al igual que las posiciones italianas delante de Mersa Matruh en el otoño de 1940, estas posiciones no se apoyaban mutuamente. Detrás de la primera línea los ingleses desplegaron sus blindados en formaciones que equivalían a brigadas. Su intención era evitar una batalla defensiva; debido a su superioridad numérica los comandantes británicos creían que pasarían a la ofensiva. Sin embargo, al examinar los informes Ultra, Churchill no comprendía por qué el 8º ejército no atacaba enseguida. Pero Churchill nunca supo ver los defectos del ejército británico en cuanto a doctrina, adiestramiento y capacidades de armas combinadas; por desgracia, tampoco supieron verlos sus comandantes, que habían hecho poco

para remediar las deficiencias tácticas y operacionales del 8º ejército.

Rommel fue el primero en atacar. Durante la noche del 26 al 27 de mayo el Afrika Korps avanzó hacia el sur rodeando la línea de Gazala y la posición defensiva de la fortaleza de Bir Hacheim, guarnecida por la 1ª brigada de Franceses Libres. Por razones que hoy siguen siendo inexplicables, los comandantes británicos creyeron que un ataque alemán, suponiendo que se produjera, iría dirigido contra su centro. Por consiguiente, desplegaron sus blindados para contraatacar allí en lugar de protegerse de un gran ataque contra el flanco. A pesar de que patrullas de coches blindados detectaron la maniobra de Rommel durante la noche, los comandantes británicos se negaron a dar crédito a los avisos. El resultado fue que las poderosas fuerzas alemanas arrollaron primero a la 3ª brigada motorizada india, luego a la 7ª brigada motorizada británica y a continuación a la 4ª brigada blindada, sin que ninguna de ellas prestara la menor atención a lo que les estaba pasando a sus vecinas. Los alemanes también arrollaron el puesto de mando de la 7ª división blindada e hicieron prisionero a su comandante, el general F. W. Messervy, que había mandado la 1ª división blindada cuatro meses antes cuando los alemanes habían destruido dicha unidad.

No obstante, Rommel pronto tuvo dificultades. Había albergado la esperanza de llegar a la costa y sitiar toda la línea de Gazala, pero el Afrika Korps se lanzó contra los blindados británicos en el centro de la posición de Gazala y sufrió numerosas pérdidas a causa de los nuevos tanques Grant, obtenidos al amparo del programa norteamericano de Préstamo y Arriendo. Después de un segundo día de intentos infructuosos de avanzar hasta la costa, Rommel detuvo el Afrika Korps detrás de la línea de Gazala e intentó atravesar los campos de minas y posiciones defensivas de los ingleses para abrir una línea de abastecimiento. En lo que se refería al número de blindados, los ingleses seguían gozando de superioridad, casi tres a uno. Atrapado con los campos de minas británicos a su espalda, Rommel lanzó una cortina de fuego con los antiaéreos de 88 milímetros. La actuación de un general británico le favoreció involuntariamente ahora. El general Neil Ritchie, comandante del 8º ejército, persistió en lanzar una serie de ataques con blindados mal

coordinados y sin apoyo. Intensos ataques aéreos, ataques de tanques y bombardeos de artillería cayeron sobre las fuerzas alemanas que se encontraban en el «caldero», pero en ningún momento de forma coordinada.

Al rechazar los ataques británicos, los alemanes tomaron la posición defensiva en *Sidi* Muftah en la línea de Gazala el 1 de junio. Abrieron así un camino que permitía abastecer a los blindados. Un fuerte ataque británico el *5* de junio volvió a encontrarse con la cortina de fuego antitanque de Rommel y sufrió muchas pérdidas: 230 tanques. El 10 de junio, los alemanes tomaron finalmente las posiciones francesas en Bir Hacheim, aunque muchos de sus defensores consiguieron huir durante la noche. A estas alturas, los ingleses, aunque todavía llevaban ventaja en blindados, estaban muy debilitados. Una vez abastecidas sus fuerzas, Rommel atacó desde su posición defensiva. Tampoco en esta ocasión coordinaron los ingleses sus operaciones. El 12 de junio Rommel atrapó dos brigadas de blindados británicos entre sus divisiones blindadas; una tercera brigada blindada británica que acudió rápidamente a ayudar a las otras chocó con la acostumbrada cortina de cañones antitanques. Por si el desastre fuera poco, el desventurado Messervy se encontró aislado de sus tropas por tercera vez en otras tantas semanas. Después de esta batalla, tanto la ecuación de blindados como la iniciativa quedaron firmemente en manos de Rommel. Los ingleses huyeron precipitadamente.

La mayor parte de la infantería de las posiciones de Gazala se retiró sin sufrir daño, pero sólo porque Rommel tenía la atención concentrada en objetivos más lejanos. Mientras el desastre británico cobraba ímpetu, Churchill exigió que Auchinleck defendiese Tobruk. El 19 de junio las fuerzas de Rommel pasaron rápidamente junto a la fortaleza, sin detenerse, y tomaron los aeródromos situados al este del puerto; al parecer, el Afrika Korps se dirigía a la frontera egipcia. La guarnición de Tobruk era razonablemente numerosa y consistía en la 2ª división sudafricana, la brigada de la guardia real, y la 32ª brigada de tanques con 70 carros de combate. Sin embargo, ninguna de estas fuerzas estaba preparada para un asedio. Convencidos de que los alemanes se habían dirigido al este, los defensores se dispusieron a esperar acontecimientos. Pero al amanecer del 20 de junio, el perímetro sudoriental de Tobruk sufrió

un bombardeo masivo; los alemanes habían vuelto. Aún no habían transcurrido tres horas cuando la infantería alemana atravesó las defensas. Por la mañana, el comandante sudafricano se rindió y Tobruk cayó finalmente en poder de los alemanes.

En ese momento, Rommel, que acababa de ser ascendido a mariscal de campo, era partidario de avanzar hacia el interior de Egipto mientras que Kesselring prefería un ataque aerotransportado contra Malta. Hitler, que sin duda recordaba las grandes pérdidas sufridas en Creta y desconfiaba de la marina italiana, optó por continuar el avance. De hecho, el Afrika Korps había sufrido numerosas pérdidas y no estaba en condiciones de tomar Egipto; sólo un derrumbamiento total de los ingleses le hubiera permitido llegar a Alejandría. Auchinleck, que ya había intervenido y relevado a Ritchie, estableció el 8º ejército en posiciones defensivas cerca de El Alamein, a 96 kilómetros de Alejandría. Directamente al sur de las posiciones británicas se hallaba la depresión de Qattara, extenso mar de sal seco que los vehículos pesados no podían atravesar. No habría ningún flanco abierto. En esa posición, Auchinleck logró detener una serie de ataques del Afrika Korps a principios de julio. Durante un breve período, los ingleses tuvieron la oportunidad de obtener una gran victoria, pero el 8º ejército no tenía ni la confianza ni la iniciativa necesarias para lanzar un contraataque.

A comienzos de agosto, inmediatamente después de la victoriosa defensa de El Alamein por Auchinleck, Churchill y el jefe del estado mayor imperial, Brooke, llegaron a El Cairo. Muy correctamente, debido a los fracasos de Auchinleck durante el año anterior, decidieron substituirle por el general *sir* Harold Alexander. El nuevo jefe del 8º ejército sería el comandante del XXX cuerpo, el teniente general W. H. E. «Strafer» Gott, pero éste murió en un ataque aéreo y ocupó su lugar un comandante de cuerpo que era relativamente desconocido y procedía de Gran Bretaña, el general Bernard Law Montgomery.

Montgomery resultó ser uno de los grandes comandantes de campaña de la segunda guerra mundial. No era una persona simpática; obstinado, engreído, vanidoso, totalmente seguro de sus propias capacidades e incapaz de comprender a otros seres humanos, Montgomery también poseía los atributos de un gran general. Era riguroso y entusiasta y mostraba una gran flexibilidad,

era un adiestrador de primera y conocía la forma de pensar y las necesidades básicas del soldado raso. Era consciente de que debía librar sus batallas ateniéndose a las limitaciones que imponían las deficiencias de las fuerzas que estaban bajo su mando. Así pues, se negó a luchar contra los alemanes en una guerra móvil y, en vez de ello, les obligó a combatir como él quería: basándose en la potencia de fuego y el factor numérico.

Montgomery disponía apenas de tres meses para preparar el 8º ejército para su ofensiva; a pesar de ello, consiguió restaurar la moral al ejército, dejó claro en todos los niveles que el 8º ejército tenía un nuevo comandante y estableció grandes depósitos de pertrechos. En las crestas de Alam Halfa, en El Alamein, dijo a los soldados que allí se quedarían, vivos o muertos. A finales de agosto, Rommel lanzó otra ofensiva cuyo objetivo era expulsar a los ingleses de la posición de El Alamein. Después de administrar un fuerte revés al Afrika Korps, Montgomery se negó a explotar su victoria; en vez de ello, continuó concentrando fuerzas y material para su propia ofensiva a finales de octubre. Al llegar dicho mes, Montgomery ya poseía una ventaja de casi cuatro a uno en lo que se refería a las tropas (230 000 frente a 80 000), de tres a uno en cuanto a tanques (1500 frente a 500, de los cuales sólo 260 eran alemanes) y de casi cuatro a uno en el caso de los aviones (1200 frente a 350). Una vez más la fortaleza insular de Malta, tras recuperarse de los intensos bombardeos que había sufrido en la primavera de 1942 y con la ayuda de Ultra, volvía a cumplir su misión de impedir el envío de pertrechos de una orilla del Mediterráneo a la otra.

El plan de Montgomery era sencillo. Una serie de ataques de diversión haría que los alemanes desviaran su atención hacia el sur mientras la ofensiva principal, preparada cuidadosamente, en la cual la artillería y los ingenieros abrirían caminos para cruzar los campos de minas, rompía el cerco. A finales de octubre, al empezar el ataque de Montgomery, Rommel se encontraba en Alemania recuperándose de una ictericia. Su suplente, el general Georg Stumme, murió de un ataque cardíaco al comenzar la batalla, y los alemanes no respondieron con rapidez. Cuando por fin reaccionaron, perdieron casi la mitad de los tanques del Afrika Korps en contraataques mal planificados. La 15ª división blindada

ya había perdido tres cuartas partes de sus tanques en los feroces combates. Rommel tardó cerca de cuarenta y ocho horas en llegar al norte de África. Mientras tanto, los ingleses también tenían sus problemas. Los caminos para cruzar los campos de minas eran demasiado estrechos, a la vez que en muchos casos la infantería atacante no lograba establecer posiciones seguras en el extremo de los caminos. Debido a ello, muchos tanques británicos quedaron atrapados en los campos de minas, donde los cañones antitanques del Eje les infligieron grandes pérdidas.

En aquel momento y a partir de entonces, Montgomery insistió en que sus ofensivas habían salido de acuerdo con los planes. De hecho, se adaptó a las condiciones reales. Al anochecer del segundo día reconoció que sus planes iniciales no estaban saliendo como esperaba. El día 28, después de dedicar la jornada a reorganizarse, los ingleses descargaron un golpe todavía más fuerte en el norte; también esa ofensiva fracasó, pero los combates redujeron el número de tanques de Rommel a 90, mientras que los ingleses aún tenían 800. El 2 de noviembre los ingleses atacaron de nuevo, y de nuevo sus tanques avanzaron lentamente por los campos de minas alemanes, donde chocaron con la inevitable cortina de cañones antitanques. Los atacantes sufrieron numerosas pérdidas —más de 200 tanques—, pero ahora al Afrika Korps le quedaban sólo 30 tanques. El 3 de noviembre Rommel ordenó la retirada, pero a mediodía Hitler dio orden de detenerse y su decisión contribuyó a que las bajas alemanas fuesen más numerosas e impidió que el Afrika Korps hiciese un gran esfuerzo por defenderse en Libia. El día 4, los alemanes finalmente se escabulleron, pero en medio de la confusión los ingleses capturaron al general Wilhelm Ritter von Thoma, uno de los principales pioneros del tanque en Alemania.

El 8 de noviembre la situación estratégica en el norte de África cambió de manera radical con el desembarco, en Marruecos y Argelia, de fuerzas de tierra anglonorteamericanas bajo el mando del teniente general Dwight David Eisenhower. Eisenhower había ascendido vertiginosamente a la cumbre de la estructura de mando norteamericana durante los últimos dos años. En 1940, siendo un joven oficial, había suplicado un empleo a Patton. Pero su actuación en puestos de estado mayor y en maniobras había llamado la atención del general George Marshall, y éste —jefe del estado

mayor del ejército estadounidense y hombre con una capacidad casi infalible para reconocer el talento ajeno— se había dado cuenta de las dotes de Eisenhower. La personalidad entusiasta y jovial de Ike hizo que demasiadas personas subestimaran su férrea voluntad y su extraordinaria inteligencia. Pese a no ser un intelectual, Eisenhower se había preparado para la prueba que se avecinaba tan concienzudamente como cualquier oficial norteamericano de alta graduación con la posible excepción de Patton. Pero a diferencia de tantos contemporáneos suyos, Eisenhower era un hombre dispuesto a subordinar su ego en aras del bien general. Y su personalidad le permitía formar un equipo con un grupo de oficiales diversos pertenecientes a armas y naciones distintas. Finalmente, Eisenhower sabía reconocer lo que era posible desde el punto de vista político, dadas las complejidades de la guerra de coalición, otra capacidad única en un campo donde abundaban los egos nacionales rabiosos.

La operación Antorcha reflejó el triunfo de los argumentos estratégicos británicos sobre los que proponían los norteamericanos, que habían insistido en que se invadiese el norte de Francia lo antes posible. Pero en 1942 la realidad era que el ejército estadounidense aún estaba organizando sus fuerzas de combate y poco más podía hacer. Debido a ello, toda invasión de la Europa continental tendría que depender casi exclusivamente de los ingleses, que con su experiencia en la lucha contra los alemanes y el esfuerzo de dos años de guerra tenían pocos deseos de invadir el continente de momento.

No obstante, Marshall se oponía enérgicamente a un desembarco en el norte de África porque temía que el envío de fuerzas aliadas al Mediterráneo impidiera desembarcar en el norte de Francia hasta 1944. Marshall era una de las grandes figuras de la guerra. Licenciado por el Instituto Militar de Virginia, creía con razón que había recibido una pésima educación y se pasó el resto de su vida corrigiendo esta circunstancia desfavorable. Tal como dijo a un contemporáneo, uno no podía comprender la estrategia a menos que hubiese leído a Tucídides. Durante su ascensión a la cúspide del ejército, Marshall había impresionado prácticamente a todos los que habían tratado con él excepto a Douglas MacArthur, que siempre fue hostil para con sus iguales. Marshall poseía una personalidad austera, tan austera que le bastaba una mirada para sugerir a

Franklin Roosevelt que ni siquiera el comandante en jefe debía llamarle por su nombre de pila. Tenía un ojo excelente para reconocer el talento y durante la guerra cometería pocos errores al seleccionar y ascender a oficiales de alta graduación del ejército. Sobre todo, Marshall tenía por lema el de otra institución militar, «Deber, Honor, Patria», y establecería unas normas de comportamiento que pocos alumnos de West Point podrían igualar.

No obstante, fue necesaria una orden directa de Roosevelt, que prevaleció sobre Marshall y sus asesores militares (cosa que Churchill nunca hizo), para que se destinaran tropas norteamericanas a los desembarcos en el norte de África. El presidente tomó esta decisión por motivos relacionados con la política interior. Estados Unidos tenía que mandar fuerzas a luchar contra los alemanes en 1942 porque, de no hacerlo, las presiones políticas a favor de «Japón Primero» podrían resultar intolerables.

Los militares de la Francia de Vichy en el norte de África estaban agobiados por las restricciones del armisticio y no tenían ninguna probabilidad de oponer una resistencia prolongada a la invasión aliada. Pero tropas francesas con armas anticuadas lucharon con denuedo contra los desembarcos aliados, sobre todo en Argelia. Las dificultades que encontraron las tropas estadounidenses al enfrentarse a un enemigo mal pertrechado subrayaron hasta qué punto estaban mal preparadas para luchar contra la Wehrmacht. Los planes habían dispuesto un avance rápido hasta Túnez después de que las fuerzas aliadas consolidaran su posición en Argelia, pero los alemanes llegaron primero. El gobernador de Túnez, que era adepto al régimen de Vichy, abrió gustosamente las puertas a los alemanes (en acusado contraste con la vigorosa respuesta de los soldados de Vichy en Argelia a los desembarcos de la operación Antorcha).

Por suerte para los aliados, en noviembre de 1942 el alto mando alemán se encontraba sumido en su habitual estado de confusión. El *Führer* iba camino de Múnich en tren para pronunciar su discurso anual en el aniversario del *putsch* de la cervecería de 1923. Una serie de consultas apresuradas por teletipo desde Turingia no lograron organizar una respuesta estratégica eficaz a la operación Antorcha. El estado mayor del OKW que permanecía en la Prusia Oriental sugirió que no era posible defender el norte de África,

pero, tal como señaló uno de sus oficiales, esta evaluación «pasó desapercibida en el batiburrillo general de vagas ideas políticas y estratégicas basadas principalmente en consideraciones de prestigio».5 Ciertamente, no se llevó a cabo ninguna evaluación global de carácter estratégico u operacional de las fuerzas extra que se necesitaban en el norte de África. Hitler se apresuró a enviar paracaidistas a Túnez, a los que siguieron por vía marítima unidades blindadas y de infantería. Poco después, ordeno a la Wehrmacht que ocupara el resto de Francia y con ello desaparecieron los jirones de independencia de que seguía gozando el régimen colaboracionista del mariscal Pétain. La flota francesa prefirió hundirse intencionadamente en Tolón a unirse a los aliados. El OKW había destinado ahora gran parte de las unidades de transporte de la Luftwaffe y de las reservas del ejército alemán a operaciones en el otro extremo del Mediterráneo, donde sólo existían tenues líneas de abastecimiento desde la Italia continental.

MOVIMIENTOS PRELIMINARES EN EL ESTE

En marzo de 1942, las operaciones en el frente oriental se habían interrumpido finalmente a causa de la *rasputisa* (período del barro) de primavera. Los ejércitos de los dos bandos estaban agotados. Sin embargo, ambos continuaron sobreestimando su propia fuerza al tiempo que subestimaban la del enemigo. A corto plazo los soviéticos pagaron este error de cálculo; a largo plazo los alemanes pagaron todavía más. Al evaluar la situación estratégica, Hitler calculó que Alemania debía eliminar a la Unión Soviética en 1942 antes de que las potencias occidentales pudieran movilizar sus recursos económicos y militares para una invasión del continente europeo. Pero la paliza que la Wehrmacht sufrió durante el invierno limitó las opciones del *Führer* . El ejército alemán ya no podía sostener operaciones ofensivas de un extremo a otro de la Rusia europea como hiciera en 1941. Dado que Hitler codiciaba Ucrania y las materias primas de la Unión Soviética desde sus primeros escritos, no es extraño que volviera a concentrar su atención en las ganancias económicas potenciales en el sur de Rusia.

En medio de la desesperada lucha del invierno, el *Führer* había informado al mariscal de campo Bock, que había asumido el mando del Grupo de Ejércitos del Sur después de que Reichenau sufriera un ataque al corazón y luego muriese en un accidente aéreo cuando volvía a Alemania, de que su grupo de ejércitos atacaría en primavera. A partir de febrero de 1942, Bock recibió la máxima prioridad en lo que se refería a reemplazos, nuevas divisiones y material, a la vez que el 4º ejército blindado se trasladó al sur desde el Grupo de Ejércitos del Centro con algunas de sus mejores divisiones. En abril, los planes militares de Hitler se habían consolidado lo suficiente para ordenar la operación Blau (Azul). El blanco de la ofensiva serían los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, con el fin de paralizar a los soviéticos y aliviar las escaseces de petróleo que habían perjudicado el esfuerzo bélico del Reich. Otro objetivo era Stalingrado, pero incluso para Hitler tenía menos importancia que el Cáucaso, al menos cuando se trazaron los planes de la operación Blau. En la planificación alemana estaba implícita la creencia de que la toma de Stalingrado impediría a los soviéticos utilizar su petróleo. Había, pues, una divergencia en los objetivos de la operación Blau (Stalingrado al este, el Cáucaso al sur), así como una contradicción entre el deseo de tomar el petróleo para usarlo y el de impedir que los soviéticos tuvieran acceso a él.

Con todo, los alemanes dedicaron muy pocos recursos a preparar la ofensiva. Todo avance extendería considerablemente el frente alemán, en particular a lo largo del río Don. Las escaseces de tropas en el este obligarían a los alemanes a depender de los ejércitos de sus aliados para defender el frente a medida que fuera alargándose. En vista de ello, Hitler pidió a Rumania, Italia y Hungría que facilitaran las divisiones necesarias para proteger el flanco del río Don, y decidió encajonar a los italianos entre los húngaros y los rumanos para impedir que los dos ejércitos balcánicos lucharan uno contra el otro en vez de combatir a los soviéticos. Una indicación de la grave escasez de hombres y material que padecía el ejército alemán, a pesar de los esfuerzos desesperados por aumentar las fuerzas de Bock, es el hecho de que sólo 15 divisiones de infantería y seis de infantería motorizada y blindados de las 65 divisiones del Grupo de Ejércitos del Sur contaban con todos sus efectivos. Otras 17 divisiones de infantería y 10 de infantería motorizada y

blindados se reconstruyeron en los frentes hasta que contaron con efectivos más o menos completos. Las restantes 17 divisiones de infantería —más del 25 por ciento de los efectivos del Grupo de Ejércitos del Sur— no se reconstruyeron y siguieron andando escasas de oficiales, soldados y material. Es claro que los alemanes contaban con que las pérdidas que habían sufrido los soviéticos desde junio de 1941 hubieran agotado al Ejército Rojo. Como es lógico, los servicios de inteligencia alemanes apenas avisaron de la rapidez con que se recuperó la producción de armamentos en los Urales durante el invierno.

Antes de que empezara la operación Blau, el 1 1º ejército de Manstein debía limpiar Crimea expulsando a las fuerzas soviéticas de la península de Kerch y tomando Sebastopol. A esas alturas de la guerra, Manstein ya iba camino de convertirse en el principal general alemán de la contienda. Brillante oficial de estado mayor,

había sido uno de los protegidos de Bock y desempeñado un papel importante en la potenciación del ejército. A resultas de la eliminación de Fritsch y Blomberg, había pasado del OKH a mandar una división y, al estallar la guerra, se había convertido en jefe del estado mayor de Rundstedt. Por apoyar obstinadamente los intereses del Grupo de Ejércitos A durante el invierno de 1939-1 940, en la primavera de 1940 fue sustituido y destinado al mando de un cuerpo de infantería. En su nuevo puesto se distinguió lo suficiente para que se le diera el mando de un cuerpo blindado en 1941. Sus notables triunfos en los comienzos de la operación Barbarroja no tardaron en valerle otro ascenso: esta vez al mando del 11º ejército. Además de su reconocida brillantez como comandante operacional, Manstein era desmesuradamente ambicioso incluso entre sus iguales. Indicaba su apoyo al régimen nazi por medio de las declaraciones que hacía ante sus tropas y su respaldo a las acciones especiales que tenían lugar en su esfera de mando.

Manstein empezó las operaciones en Crimea con un ataque contra Kerch el 8 de mayo. La ofensiva pilló a los defensores soviéticos por sorpresa; y al atacar el punto más fuerte de la línea, Manstein desequilibró el plan de defensa de los soviéticos. L. Z. Mekhlis, comisario político de Stalin, tenía a sus órdenes un inepto equipo defensivo. Con el eficaz apoyo del Fliegerkorps VIII de Wolfram von Richthofen, las tropas de Manstein vencieron a los defensores y completaron la conquista de la península antes del 19 de mayo. Los soviéticos perdieron 175 000 hombres junto con 4646 piezas de artillería, 496 tanques y 417 aviones. Cuando estas pérdidas se sumaron a las 225 000 bajas que los soviéticos habían sufrido desde febrero, no es extraño que hasta Stalin encontrara que la derrota era demasiado. Destituyó a Mekhlis, que nunca volvió a ocupar un puesto militar importante.

Mientras Manstein atacaba Kerch, los soviéticos habían lanzado una gran ofensiva contra Jarkov. Al finalizar las batallas de invierno, los soviéticos tenían establecidas dos pequeñas cabezas de puente a orillas del Donets: una al nordeste y la otra al sudoeste de Jarkov. Desde el punto de vista de los soviéticos, una ofensiva limitada para rodear este importante centro logístico resultaba atractiva, dado lo que sabían de las disposiciones alemanas. Los

soviéticos creían que los alemanes estaban a punto de derrumbarse a causa del esfuerzo de las batallas del invierno; pero la realidad era que los servicios de inteligencia soviéticos no habían detectado la llegada de refuerzos al Grupo de Ejércitos del Sur. Al atacar Jarkov, los soviéticos atacaron uno de los pocos lugares donde los alemanes tenían reservas fuertes.

El 12 de mayo, las fuerzas del mariscal S. K. Timoshenko se lanzaron al ataque. En vez de 12 divisiones de infantería y una división blindada, todas ellas maltrechas, encontraron 16 divisiones de infantería, dos divisiones blindadas renovadas y tres grupos de batalla de infantería. La pinza del norte logró pulverizar la 294ª división de infantería alemana, pero luego chocó con las bien preparadas fuerzas del 6º ejército. Los soviéticos no sólo tuvieron que hacer frente a un fuerte contraataque, sino que, además, la Luftwaffe los machacó sin piedad. Al principio la pinza del sur tuvo mejor suerte y logró una clara penetración. Durante un breve tiempo la línea alemana al este de la curva del Donets estuvo al borde del colapso. Pero el alto mando alemán tomó la atrevida decisión de esperar hasta que el
17°
ejército recibiera refuerzos del 1º ejército blindado de Kleist desde el sur. Los alemanes permitieron así que los soviéticos avanzaran mucho antes de empezar su contraataque.

El 17° ejército ya se había preparado para una ofensiva limitada en el saliente de Izium, de donde había partido la pinza meridional de la ofensiva soviética. La contraofensiva alemana se produjo ahora en la parte posterior de dicho saliente. En el último momento, Bock se echó atrás, pero Hitler, Kleist, el general Friedrich Paulus, nuevo comandante del 6º ejército, y el estado mayor del Grupo de Ejércitos del Sur opinaban que un contraataque masivo y bien preparado desde el sur representaba una solución mejor, aunque más arriesgada, que tratar de improvisar un frente defensivo.

El 17 de mayo, los alemanes atacaron a los desprevenidos soviéticos, que seguían con la atención concentrada en su propia ofensiva. Las ocho divisiones de infantería reconstituidas, dos divisiones blindadas y una división de infantería motorizada de Kleist arremetieron contra el flanco meridional soviético. El día 18, con la operación Fridericus cerca de la victoria, los comandantes

soviéticos así como la *Stavka* seguían concentrados en su ofensiva contra Jarkov. Durante los tres días siguientes el ataque de Kleist estrechó el pasillo que llegaba hasta las fuerzas soviéticas atacantes; el día 22, los alemanes ya habían cerrado el cerco y atrapado así al 57° ejército soviético y al Grupo Bobkin de unidades mecanizadas. Las bajas soviéticas fueron de 170 958 muertos o prisioneros, más 106 232 heridos. Los alemanes contaron 1200 tanques soviéticos y 2600 piezas de artillería entre los restos. En realidad, los soviéticos habían malgastado prácticamente todas sus reservas en el frente meridional.

Con todo, las tribulaciones soviéticas no habían terminado; el 2 de junio los alemanes iniciaron un masivo bombardeo artillero y aéreo de Sebastopol. El Fliegerkorps VIII y la artillería del 11° ejército prepararon a los defensores durante los siguientes cuatro días, mientras fuerzas aéreas y navales aislaban Sebastopol del resto del mundo. El ataque por tierra empezó la mañana del 7 de junio y a continuación hubo luchas intensas durante las cuales la infantería alemana avanzó relativamente poco. Pero la embestida de los alemanes fue cobrando velocidad y a mediados de mes ya habían tomado los fuertes Stalin y Maksim Gorki. El 29 de junio, arriesgándose mucho, Manstein lanzó el LIV cuerpo de ejército a la otra orilla de la bahía de Severnaja en un asalto anfibio que pilló a los defensores soviéticos por sorpresa. Las defensas de Sebastopol se derrumbaron, pero la resistencia de grupos individuales hizo que el proceso de limpieza resultara costoso. El 4 de julio la batalla ya había terminado y los alemanes contaron 90 000 prisioneros de guerra. Hitler ascendió a Manstein a mariscal de campo por sus victorias, pero se negó a escuchar sus consejos en el sentido de que el 11° ejército permaneciese en el sur como reserva estratégica para la próxima ofensiva de verano. En vez de ello, el *Führer* decidió trasladar sus unidades directamente para que tomasen parte en la operación Blau u otros proyectos tales como la toma de Leningrado.

En el espacio de dos meses, los alemanes habían infligido tres graves reveses a las fuerzas soviéticas. Lo irónico del caso es que

aquellas derrotas prepararon el escenario para las grandes victorias soviéticas de los seis meses siguientes, toda vez que obligaron a la *Stavka* a hacer frente a las deficiencias de las tropas y comandantes soviéticos y a forjar una relación más fuerte entre los medios y los fines. Tal como sugirió Stalin al mariscal Timoshenko y Nikita Jruschov: «Las batallas deben ganarse no con el factor numérico, sino por medio de la habilidad. Si no aprendes a dirigir mejor a tus tropas, todos los armamentos que el país pueda producir no serán suficientes para ti».[6] Los alemanes, en cambio, aprendieron las lecciones que no deberían haber aprendido; las victorias de mayo y junio engañaron al *Führer* y a muchos de sus principales asesores, que creyeron que las derrotas del invierno de 1942 se habían debido casi exclusivamente al tiempo y no a la ineptitud. Asimismo, las victorias de Rommel en el norte de África contribuyeron a aumentar la euforia en el OKW. El sentido de superioridad racial y, por extensión, militar de los alemanes seguía intacto. La arriesgada decisión de Hitler de imponer su criterio al de Bock y optar por el contraataque en Jarkov había dado buenos resultados, y para el *Führer* esto era una indicación más de que su juicio era superior al de los militares profesionales.

LA OPERACIÓN BLAU

A estas alturas, en la estructura de mando alemana ya reinaba una confusión total. Era claro que Hitler, como comandante en jefe del ejército, iba a entrometerse en la dirección de la operación Blau en mayor grado todavía que en la operación Barbarroja el año anterior. Por tanto, el OKW también tendría voz y voto en cuanto a apoyar las inclinaciones del *Führer* a expensas de Halder y el OKH. La posición de Bock como comandante general de campaña para la operación Blau era débil por varias razones: había sido destituido del Grupo de Ejércitos del Centro en diciembre; su forma de llevar la ofensiva contra Jarkov no había sido nada hábil; y los planes alemanes ya pedían que se sacara una parte considerable de las fuerzas alemanes del frente meridional para formar otro grupo de ejércitos. De los demás comandantes, Hoth, como jefe del 4º ejército

Panzer, ya tenía una reputación justificada de ser uno de los profesionales más hábiles del ejército. Aunque un tanto anodino, Hoth era un profesional consumado.

Pero el nuevo comandante del 6º ejército, Paulus, era una incógnita. Hasta ese momento de la guerra, había sido un buen oficial de estado mayor: jefe de estado mayor del 6º ejército de Reichenau y luego el principal oficial de operaciones en el OKH, donde había demostrado ser un apoyo capacitado y de confianza para Halder. Sin embargo, Paulus aún no había ejercido ningún mando en campaña y algunos oficiales de alta graduación dudaban de que tuviera el carácter que se necesitaba para ejercer un mando independiente e importante, en especial un mando que estaría dominado por el *Führer* .

El 28 de junio de 1942 empezó por fin la ofensiva de verano alemana. La operación Blau se dividiría en tres fases. La primera consistiría en un avance hacia Voronezh para establecer una posición bloqueadora que protegería el flanco del avance al girar hacia el sur. En la segunda fase las fuerzas alemanas se dirigirían al sur hacia el Donets y el curso bajo del Don; formaciones rumanas, húngaras e italianas las seguirían para limpiar y guarnecer un flanco que iría alargándose. Finalmente, los ejércitos blindados 1º y 4º atacarían la otra orilla del Don y se internarían en el Cáucaso, mientras el 6º ejército avanzaba a través de la estepa hacia Stalingrado. A finales de junio un avión que llevaba los planes para la operación Blau se estrelló detrás de las líneas soviéticas. El alto mando alemán se enzarzó en fuertes discusiones sobre quién era responsable de la pérdida, pero los soviéticos, en parte por inclinación y en parte debido al engaño alemán, siguieron convencidos de que los alemanes se estaban preparando para atacar Moscú.

Así pues, los primeros movimientos de la operación Blau pillaron a los soviéticos por sorpresa. El primer día, el XLVIII cuerpo blindado avanzó 48 kilómetros hacia Voronezh y encontró una resistencia irregular. Dos días más tarde, a pesar de la fuerte lluvia, el 6º ejército logró penetrar limpiamente y sus tropas cruzaron el río Korocha. En el norte, el barro era tan abundante que las unidades de las divisiones Grossdeutschland y 16ª de infantería motorizada que iban en cabeza tuvieron que avanzar a pie. Los

alemanes cruzaron el río Olym camino de Voronezh. Pero al formarse una bolsa con el avance del 4º ejército blindado en el norte y el 6º ejército en el sur, la *Stavka* , en lugar de ordenar a los defensores que resistiesen, ordenó a los ejércitos soviéticos
40˚
y
21˚
que se retiraran hacia el este. Bock se concentró en tomar Voronezh, con gran consternación de Hitler y Halder, toda vez que ya habían empezado a planear el avance hacia el sur.

En una serie de contraataques mal coordinados que lanzaron los soviéticos la 9ª división blindada alemana destruyó dos brigadas de tanques enemigos el 6 de julio. Voronezh cayó el mismo día, pero, aparte de conquistar territorio, poco obtuvieron los alemanes a cambio de sus esfuerzos. Los comandantes alemanes se vieron sorprendidos por la huida de unidades soviéticas de la bolsa así como por la retirada del frente sudoccidental soviético ante el 6º ejército alemán. En realidad, los soviéticos acabaron intercambiando espacio por tiempo y negándose a arriesgar fuerzas para defender posiciones que ya estaban comprometidas por las operaciones alemanas. Los soviéticos daban por sentado que Moscú seguía siendo el principal objetivo de los alemanes, lo cual contribuye a explicar por qué Stalin se mostraba dispuesto a ceder territorio. Con sus reservas concentradas para proteger Moscú, los soviéticos no podían pensar en llevar a cabo grandes ofensivas en el sur; en vez de ello, tenían que salvar lo que pudiesen.

Sin embargo, los alemanes tenían sus problemas también. Bock tenía prácticamente todos los blindados que había en el norte junto a Voronezh, mientras que Paulus tenía sólo una división blindada y una división de infantería motorizada para perseguir a los soviéticos Don abajo. El 9 de julio el OKH puso en práctica los planes que había trazado mucho antes y dividió el Grupo de Ejércitos del Sur en el Grupo de Ejércitos B (bajo Bock) y el Grupo de Ejércitos A (bajo el mariscal de campo Wilhelm List); este último debería cruzar el bajo Don e internarse en el Cáucaso. Pero había ya demasiadas disputas en el alto mando alemán. Bock y Halder discutían a causa de errores pasados; Keitel no aportaba nada más que comentarios aduladores y el *Führer* insistía en que el tiempo

era importantísimo. Hitler relevó sumariamente a Bock el 13 de julio y lo substituyó por el Generaloberst Maximilian von Weichs. No es extraño que nadie prestara atención a la última advertencia de Bock en el sentido de que los ejércitos alemanes no hacían más que conquistar territorio desierto.

El 16 de julio, Hitler trasladó los elementos de mando del OKW y el OKH a Vinnitsa, en Ucrania, con el fin de poder controlar directamente ambos grupos de ejércitos. A esas alturas la operación Blau ya era poco más que una carrera por ocupar territorio soviético. La disposición de los soviéticos a emprender la retirada presentaba a los alemanes condiciones totalmente nuevas. El Grupo de Ejércitos A avanzó hasta llegar a Rostov. En tres semanas dicho grupo hizo sólo 54 000 prisioneros, a la vez que el avance ya estaba perjudicando el apoyo logístico de la Wehrmatch, que no daba más de sí. El sistema de abastecimiento se encontraba ante las mismas dificultades que un año antes —grandes distancias, mal tiempo y carreteras inadecuadas—, al tiempo que la amplitud del frente en expansión requería cada vez más tropas para proteger el flanco del Don.

A mediados de julio Hitler seguía concentrándose en cercar a las fuerzas soviéticas cerca de Rostov y tomar esa ciudad. Para ello, dio una pausa de entre tres y cuatro días a los soviéticos, que huyeron en gran número a la otra orilla del Don mientras la falta de pertrechos tenía al 6º ejército alemán inmovilizado al norte de la curva del Don. La situación logística de Paulus dependía de una sola línea de ferrocarril de baja capacidad desde la cual los pertrechos debían transportarse en camiones a distancias cada vez mayores. El movimiento del 4º ejército blindado de Hoth por la retaguardia de Paulus, siguiendo órdenes de Hitler, para llevar a cabo la operación de Rostov sólo sirvió para exacerbar las dificultades logísticas. Hitler aún no había concentrado su atención en Stalingrado, pero el paso del río Chir al oeste de la ciudad por las tropas de Paulus ciertamente alertó a los soviéticos sobre el peligro. En la toma de Rostov prácticamente no se hicieron prisioneros, a la vez que el 1º ejército blindado sólo hizo 80 000 en su avance de más de 320 kilómetros.

De pronto, el 19 de julio, Hitler reorientó la ofensiva del Cáucaso a Stalingrado. El OKH ordenó a Hoth que cediera el LI

cuerpo (tres divisiones de infantería) y el XIV cuerpo blindado (dos divisiones de infantería motorizada y una división blindada) al 6º ejército. A pesar de ello, el *Führer* no abandonó ninguno de sus objetivos en el Cáucaso. En pos de lo imposible, su Directriz 45, dada a conocer el 19 de julio, afirmaba que hasta el momento las operaciones habían alcanzado los objetivos «profundos» de la ofensiva, entre ellos la «destrucción definitiva de la fuerza defensiva soviética». La realidad no era tan definitiva. En el norte, las fuerzas de Paulus que avanzaban sobre Stalingrado eran relativamente débiles, a la vez que los soviéticos ya habían tomado numerosas medidas para preparar las defensas de la ciudad. La divergencia de los avances alemanes hacia el este y hacia el sur ya había empezado a influir de manera perjudicial en las operaciones alemanas. El 1º ejército blindado y el
17°
ejército se encontraron con un vacío en el Cáucaso debido a la retirada de las fuerzas soviéticas. Las distancias que separaban los objetivos en esta región perjudicaron las ambiciones alemanas y, además, la negativa de Hitler a concentrarse en un objetivo específico empeoró las cosas.

Las montañas del Cáucaso protegieron a las fuerzas soviéticas a lo largo del mar Negro; aunque el
17°
ejército alemán tomó Maikop, los soviéticos habían destruido tan a conciencia sus pozos de petróleo que la economía de guerra alemana no recibió ni una gota de aquella fuente. El 1º ejército blindado estuvo a punto de llegar a Grozni, en el Cáucaso central, pero las perspectivas de alcanzar una victoria estratégica eran escasas debido a la debilitación continua del sistema logístico y a la disminución del apoyo de la Luftwaffe con motivo de la ofensiva contra Stalingrado. El punto muerto al que se llegó en el Cáucaso fue suficiente para que Hitler destituyese a List. Halder también se vio relevado de su puesto de jefe del estado mayor del ejército, a la vez que la ira del *Führer* caía sobre gran parte del estado mayor operacional del OKW. Jodl estuvo a punto de ser destituido y Hitler probablemente le hubiese reemplazado por Paulus a finales del otoño de no haber intervenido otros.

La destitución de estos destacados generales en el verano de

1942 no fue sólo resultado de acontecimientos en el frente del este, sino que reflejó un esfuerzo más importante de Hitler y la oficina de personal del ejército por alterar radicalmente el *ethos* de la oficialidad y ponerlo más a tono con la ideología nazi, al menos desde la perspectiva del *Führer* . Estas reformas pretendían transformar el ejército en un verdadero instrumento del nacionalsocialismo por medio de la eliminación de lo que Hitler consideraba la funesta influencia del estado mayor general en la *mentalität* del ejército. En lo sucesivo el nuevo ejército nacionalsocialista recompensaría el comportamiento en el campo de batalla y el compromiso ideológico en vez de los logros técnicos y educacionales. Se basaría en el rendimiento en lugar de la clase social. Y de él no saldría ninguna de las críticas y las dudas sobre el «genio» del *Führer* que Hitler creía que habían sido la causa del fracaso de la operación Barbarroja.

Mientras tanto, el 6º ejército avanzaba sobre Stalingrado a paso de tortuga. A finales de julio Paulus perdió la mitad de su cupo de pertrechos en beneficio de las unidades del Grupo de Ejércitos A con prioridades mayores. Pero los soviéticos también tenían dificultades. El 28 de julio, Stalin firmó la Orden 227, que pronto tomó el nombre de la frase: «¡Ni un paso atrás!» y disponía que se tomaran medidas feroces, tales como la ejecución inmediata de quien fracasara en el cumplimiento de su deber. Al mismo tiempo, el avance de Paulus debía recibir ahora apoyo desde el sur, ya que Hitler ordenó al 4º ejército blindado que se retirase hacia el nordeste y Stalingrado. El 7 de agosto, el 6º ejército atacó la cabeza de puente de Kalach, en la orilla occidental del Don, y atrapó al 62° ejército soviético. Cuatro días más tarde los alemanes habían terminado de limpiar la bolsa y otros 50 000 prisioneros soviéticos iban camino de los despiadados campos de prisioneros del Reich. Sin embargo, el apoyo logístico que recibió el 6º ejército apenas era suficiente para abastecer a las tropas, dado el gasto de municiones y carburante que hacían en ese momento, y mucho menos para acumular reservas. La Luftwaffe trató de ayudar, pero, en el mejor de los casos, sólo pudo aliviar las escaseces más acuciantes. El día 21 Paulus hizo caso omiso de las cabezas de puente soviéticas en la orilla occidental del Don y ordenó al LI cuerpo que cruzara el río en

dirección a Vertiachi. La maniobra volvió a pillar a los soviéticos por sorpresa. Al día siguiente el 6º ejército tenía una extensa cabeza de puente en la otra orilla del Don, apuntando al Volga.

Los planes alemanes disponían que el 6º ejército atravesara en línea recta el Volga más arriba de Stalingrado y desde allí se dirigiese hacia el sur para tomar la ciudad. Mientras tanto, unidades complementarias se dirigirían hacia el sur para enlazar con el 4º ejército blindado de Hoth y cercar a las fuerzas soviéticas a orillas del Don. Pero la maniobra de enlace no atrapó a los soviéticos; el 64° ejército y los restos del 62° ejército ya habían penetrado en Stalingrado, donde los civiles estaban trabajando denodadamente en la construcción de defensas. Ahora Hitler decidió firmemente tomar Stalingrado, en marcado contraste con su actitud un año antes, cuando frenó el avance de Rundstedt hacia Kiev y ordenó poner sitio a Leningrado pero sin atacarla por temor a crear otro Verdún. De acuerdo con sus objetivos ideológicos, ordenó a sus comandantes que exterminaran a los varones que vivían en la ciudad y deportasen a la población femenina para convertirla en mano de obra esclava en el Reich.

La Luftwaffe captó el espíritu de la directriz del *Führer* . El 3 de septiembre, Richthofen lanzó un masivo ataque aéreo que duró 24 horas y dejó gran parte de Stalingrado en llamas. A la larga el ataque fue contraproducente porque los soviéticos utilizaron los edificios y las fábricas destruidos como excelentes posiciones fortificadas para la defensa. A primeros de septiembre la campaña de Stalingrado había estirado la Luftwaffe al máximo. Los alemanes habían empezado la operación Blau con 1610 aviones, pero a finales de julio disponían sólo de 1359, a la vez que la tasa de aviones en condiciones de entrar en acción había descendido del 71 al 56 por ciento. Entre el comienzo de la operación Blau y el 10 de octubre, el número de bombarderos había descendido de 480 a 232 debido a las pérdidas, los problemas de abastecimiento y el desgaste natural de los aviones. Al mismo tiempo, se había disparado el recurso a la Luftwaffe para que llevara a cabo operaciones de inhabilitación, apoyo aéreo, apoyo logístico e incluso bombardeo estratégico de Stalingrado, mientras su sistema logístico estaba

acusando el esfuerzo tan intensamente como el del ejército.

Como en el caso de la operación Barbarroja, Blau representó un intento demasiado ambicioso por parte de los alemanes, tanto en términos logísticos como estratégicos. El objetivo de obtener petróleo del Cáucaso no podía alcanzarse debido a las distancias; Grozni estaba a más de 965 kilómetros del lugar donde había empezado la ofensiva de verano. Y el objetivo de tomar Stalingrado tenía aún menos sentido estratégico (u operacional) que el de tomar Kiev o Leningrado; la única justificación era el prestigio que daría tomar la ciudad de Stalin. Además, la disposición de los soviéticos a cambiar espacio por tiempo privó a los alemanes de la oportunidad de destruir numerosas fuerzas soviéticas. Así pues, en la operación Blau no se repitieron las grandes victorias de 1941. El fracaso alemán podría atribuirse en parte a las oportunidades perdidas. Por ejemplo, el 10 de octubre Richthofen lanzó sus bombarderos contra las refinerías de los alrededores de Grozni e infligió graves daños. Pero, como descubrieron los norteamericanos en 1943, los ataques individuales contra blancos petroleros, por más que fueran espectaculares, no consiguen efectos a largo plazo y las fuerzas de Richthofen no repitieron el ataque. De haber tenido una perspectiva más amplia, los alemanes podrían haber utilizado las bases aéreas que habían tomado en la curva del Don para llevar a cabo una campaña sostenida contra la industria petrolera soviética.

Este tipo de evaluación equilibrada de los objetivos estratégicos y operacionales no formaba parte del repertorio alemán. En vez de ello, bajo el mando del *Führer* , las tropas alemanas se pusieron en marcha en la vasta extensión de la Rusia meridional sin ningún objetivo coherente excepto la vana esperanza de que los soviéticos se derrumbasen.

STALINGRADO: VERDÚN EN EL ESTE

Una lucha terrible, calle por calle, entre las casas y las fábricas destruidas de Stalingrado tuvo lugar a lo largo de la orilla occidental del río Volga durante septiembre, octubre y parte de noviembre. Los soviéticos habían traído un equipo nuevo para que dirigiese la defensa de la ciudad. El general A. I. Yeremenko, que

acababa de recuperarse de las heridas sufridas en los comienzos de la guerra, ostentaba el mando global, y el general V. I. Chuikov dirigía la batalla en tierra en la ciudad. Mientras los ataques del 6º ejército y el 4º ejército blindado, precedidos por masivos bombardeos de la artillería y la aviación, avanzaban lentamente hacia el interior de la ciudad, los soviéticos introdujeron en ella fuerzas suficientes para mantener una resistencia tenaz en las ruinas. En las primeras etapas de la operación Blau los alemanes habían avanzado rápidamente a través de grandes extensiones de territorio, pero ahora la Wehrmacht se arrastraba lentamente de un objetivo geográfico a otro. A finales de septiembre el 6º ejército dio cuenta de que había tomado la Cota 107.5 y los bloques de casas al noroeste de la ciudad así como un barranco. El 28 de septiembre, el LI cuerpo informó de que había ocupado aproximadamente la mitad del asentamiento de Barrikadi y dos tercios de un bloque de casas cerca de la montaña de Mamaev Kurgan, así como la parte occidental de la fábrica Octubre Rojo. Durante el resto de septiembre, todo octubre y parte de noviembre los alemanes se abrieron paso luchando en un paisaje de cascotes y esqueletos de edificios. El coste fue horrendo. A pesar de la constante llegada de refuerzos, los efectivos de la infantería alemana disminuían sin parar. A primeros de octubre, los batallones de primera línea tenían una media de tres oficiales, 11 suboficiales y 62 soldados. La situación de los defensores soviéticos no era mejor. Bajo intensos bombardeos y ataques constantes, los efectivos soviéticos, pese a los refuerzos que llegaban todas las noches desde la otra orilla del Volga, también disminuían. A mediados de noviembre los alemanes ya habían obligado a los defensores a replegarse a una estrecha franja a lo largo de los precipicios que daban al Volga.

Los alemanes y los rusos luchaban tan cerca unos de otros que incluso Richthofen reconoció que la Luftwaffe no podía distinguir las fuerzas amigas de las enemigas. En noviembre, la ciudad ya había absorbido prácticamente todas las reservas alemanas. En el norte inmediato el 3º ejército rumano, respaldado por un débil cuerpo blindado, protegía el flanco izquierdo del 6º ejército. Asimismo, el flanco del Grupo de Ejércitos B a lo largo de toda la curva septentrional del Don dependía de un ejército húngaro, otro rumano y un tercero italiano, ninguno de los cuales poseía la

eficacia militar necesaria para resistir una gran ofensiva soviética. Al sur de Stalingrado, el 4º ejército blindado, que intervenía parcialmente en la lucha en la ciudad, mantenía su flanco con la ayuda de los cuerpos rumanos VI y VII, que no estaban preparados para las condiciones en que tenían lugar los combates en el frente del este. Los servicios de inteligencia alemanes, sin embargo, no captaron ninguna señal de que se estuviera tramando algo raro en los flancos del 6º ejército. El 8 de noviembre Hitler, que sin duda se sentía frustrado por el desarrollo de los acontecimientos en el norte de África, anunció a los camaradas del partido que estaban celebrando el *putsch* de la cervecería de 1923 que el 6º ejército había conquistado Stalingrado. El soldado alemán se encontraba ahora a orillas del Volga y allí, según declaró Hitler, permanecería.

En septiembre los soviéticos habían empezado a trazar los planes de dos grandes operaciones militares que tendrían lugar a finales del otoño. La primera, la operación Urano, consistiría en cercar a las fuerzas alemanas que luchaban a orillas del Volga; las débiles fuerzas rumanas que se encontraban en los flancos de Stalingrado ofrecían un blanco tentador. Los generales Aleksandr Vasilevski, que tenía el mando global, y N. K. Vatutin, comandante del frente sudoccidental, interpretaron los papeles clave en la planificación, que llevó aparejado el uso extenso del engaño (*maskirovka*) para proteger los despliegues soviéticos en la zona. Al mismo tiempo, Zhukov también estaba planeando una gran ofensiva, la operación Marte, cuyo objetivo era destruir el saliente expuesto de Rzhev en el Grupo de Ejércitos del Centro. Parece que la operación Marte era la mayor y más ambiciosa de las dos. Urano tenía que ser la ofensiva secundaria y su objetivo consistía en obligar a los alemanes a sacar reservas del Grupo de Ejércitos del Centro, de manera que la ofensiva de Zhukov tuviera la posibilidad de obtener una victoria importante al oeste de Moscú. El contraste entre el destino de estas dos ofensivas revela lo que hubieran podido conseguir los alemanes con un enfoque operacional más prudente en el verano de 1942.

La operación Marte empezó antes de que transcurriera una semana del ataque contra Stalingrado y pretendía infligir al 9º ejército alemán la misma suerte que Urano debía infligir al 6º ejército. Al igual que la operación Urano, Marte debía ir seguida de una ofensiva aún mayor destinada a destruir el Grupo de Ejércitos

del Centro. El hecho de que Zhukov tomara la iniciativa en la planificación y la ejecución de la ofensiva sugiere la importancia que la *Stavka* daba a su operación. Pero Marte iba a ser el mayor fracaso de Zhukov. A diferencia de la situación alrededor de Stalingrado, el 9º ejército alemán (bajo el general Walter Model), que protegía el saliente de Rzhev, contaba con unidades relativamente descansadas, entre ellas las divisiones blindadas 1ª, 5ª y 9ª y las divisiones de infantería motorizada 14ª y Grossdeutschland. Además, se disponía de reservas importantes, entre ellas las divisiones blindadas 12ª, 19ª y 20ª, del Grupo de Ejércitos del Centro. Y Model era un maestro de la guerra defensiva, como ya habían probado los acontecimientos del invierno anterior.

Los soviéticos desplegaron 11 ejércitos de armas combinadas (cada uno equivalente a un cuerpo alemán) y algunas de las mejores unidades del Ejército Rojo. El 25 de noviembre los ejércitos soviéticos
22°
y
41°
atacaron el lado occidental del saliente de Rzhev, mientras los ejércitos
20°
y
31°
del general Ivan Konev atacaban el lado oriental. Después de feroces combates, los soviéticos sólo consiguieron cercar la población de Belyi. Además, se encontraron casi inmediatamente bajo fuertes contraataques de las reservas del mariscal de campo Kluge. Con refuerzos del Grupo de Ejércitos del Centro, Model tenía seis divisiones blindadas y dos divisiones de infantería motorizada a su disposición para obligar a las formaciones soviéticas atacantes a retroceder.

Hubo momentos en que el 9º ejército estuvo cerca de la derrota, pero la actuación extraordinaria de las tropas infligió numerosas bajas a los soviéticos. Una crónica alemana de un combate dio cuenta de que «el Feldwebel [sargento primero] Schafer, que ya había destruido cinco tanques el día anterior, avanzó desde la base de combate Hubert… [en un tanque Mark IV] con un cañón

antitanque de 7,5 centímetros bajo su mando… e inmediatamente atacó a los tanques enemigos. La mayoría de éstos eran T34, con tres KV1 entre ellos, todos con infantería montada en ellos. Schafer, que aún tenía unos cuantos [proyectiles antitanques] a su disposición, al principio disparó y destruyó un KV1 y cinco T34. Después de que se le terminaran las municiones, llevó su tanque y su cañón de asalto hasta el refugio más cercano [para reponer munición]. Luego volvió al norte bajo la copiosa nevada y se lanzó contra la retaguardia de los tanques enemigos. Aquí, destruyó otros nueve T34 y un KV1 [antes de ser puesto él mismo fuera de combate]».[7]

El resultado de la batalla fue un desastre total para las armas soviéticas… una derrota casi tan grande para los soviéticos como Stalingrado sería una victoria. Cuando Zhukov dio finalmente por terminada la operación Marte, cuyas ganancias fueron muy pequeñas, los soviéticos habían tenido unos 100 000 muertos y más de 235 000 heridos… cerca de tres cuartas partes de las pérdidas sufridas en los combates de noviembre, diciembre y enero alrededor de Stalingrado y a lo largo del Don. El único resultado positivo de la operación Marte fue que impidió que el Grupo de Ejércitos del Centro transfiriese refuerzos al sur, donde se estaban desarrollando acontecimientos de crucial importancia.

La operación Urano fue otra cosa. Las luchas intensas habidas desde mayo habían consumido gran parte del 6º ejército, a la vez que las únicas reservas que tenían los alemanes eran unas cuantas divisiones de campaña de la Luftwaffe y la 22ª división blindada. Contra las fuerzas rumanas y estas escasas reservas, los soviéticos reunieron fuerzas poderosas. Los cuatro cuerpos blindados principales poseían 660 tanques de primera. Mientras tanto, los servicios de inteligencia aseguraban a los comandantes alemanes que los soviéticos carecían del potencial necesario para lanzar una gran ofensiva. En el más elevado nivel de mando, los alemanes estaban sumidos en una confusión todavía mayor que la habitual. Después de su discurso anual en Munich, Hitler se trasladó a Berchtesgaden, llevándose a Keitel y Jodl consigo. El estado mayor de operaciones del OKW se quedó en Salzburgo para hablar con los italianos de la situación en el Mediterráneo, mientras en Prusia Oriental el estado mayor del OKH bajo el nuevo jefe del estado

mayor del ejército, el general Kurt Zeitzler, quedaba aislado e inoperante.

El 19 de noviembre estalló la tormenta. Después de una noche de nieve copiosa y temperaturas en descenso, más de 3500 piezas de artillería soviéticas abrieron fuego contra las posiciones del 3º ejército rumano al norte de Stalingrado. Al mediodía, el 1º ejército de tanques y el
21°
ejército ya habían penetrado por completo en las defensas rumanas; dos cuerpos de tanques entraron por la brecha y salieron a campo abierto, donde avanzaron 70 kilómetros antes de que terminase el día. Noticias igualmente malas llegaron la mañana siguiente al sur, donde el
21°
ejército acabó con el VI cuerpo rumano; los soviéticos tenían ahora dos grandes penetraciones en cada lado de Stalingrado. La respuesta alemana fue totalmente local. A última hora del día 19, el Grupo de Ejércitos B ordenó al 6º ejército que suspendiera las operaciones ofensivas y sacara tres divisiones blindadas y una división de infantería de la ciudad para proteger un flanco izquierdo que ya no existía. Paulus se limitó a esperar acontecimientos.

La respuesta en los niveles superiores fue aún menos decisiva. Zeitzler llamó a Hitler con «noticias alarmantes», pero, al parecer, el *Führer* creía que el XLVIII cuerpo blindado podría reconstruir el frente en el norte. En realidad, la abrumadora fuerza soviética ya lo estaba destruyendo. Hitler respondió degradando y encarcelando al comandante de la 22ª división blindada. Al empeorar la situación, el *Führer* decidió regresar en ferrocarril y avión a su cuartel general de Rastenburg, en la Prusia Oriental, y perdió el contacto con el OKH durante gran parte de los días 21 y 22. Sin instrucciones del OKH, los que se encontraban en los campos de batalla dejaron que las cosas siguieran su curso. Richthofen advirtió al 6º ejército que la Luftwaffe no podía abastecer sus fuerzas en Stalingrado por medio de puentes aéreos. El jefe del estado mayor de Paulus contestó que no había más opción que el reabastecimiento desde el aire.

Hasta cierto punto, es posible que incluso tuviera razón. La lucha por Stalingrado había erosionado en tal medida los efectivos y las reservas de carburante y municiones del 6º ejército que aunque

se hubiera retirado, no estaba en condiciones de librar una gran batalla de invierno en las estepas. Zeitzler arguyo furiosamente ante Hitler que debía permitir que el 6º ejército se retirara, pero Goering aseguró que la Luftwaffe podría abastecer la ciudad y con ello persuadió al *Führer* a mantenerse firme a orillas del Volga. Como de costumbre, Keitel hizo cuanto pudo por estimular los peores instintos del *Führer* . Las frustraciones de las últimas semanas, especialmente los reveses en el norte de África, contribuyeron a la decisión de Hitler. Vista en retrospectiva, la intervención de Goering fue catastrófica, porque la Luftwaffe no tenía ninguna probabilidad, ni siquiera en las mejores condiciones, de abastecer al 6º ejército de lo que necesitaba. El invierno ya estaba cerca y los soviéticos habían tomado los aeródromos que los alemanes tenían preparados para las operaciones de invierno. Así pues, la Luftwaffe tendría que operar desde campos de aviación cuyas infraestructuras eran muy primitivas. El día 24, el día después de que las pinzas soviéticas rodearan al 6º ejército, Richthofen y otros comandantes de la Luftwaffe volvieron a advertir que un puente aéreo sería imposible, dadas las condiciones. Era demasiado tarde, puesto que Hitler ya había tomado su decisión.

A última hora del día 23, el IV cuerpo de tanques procedente del norte cerró el cerco alrededor de Stalingrado al encontrarse con unidades del IV cuerpo mecanizado en Sovietski. La ofensiva soviética había rodeado a más de un cuarto de millón de soldados alemanes y rumanos y abierto un agujero enorme en las líneas alemanas. Al limitar sus objetivos y concentrarse en la destrucción del 6º ejército, los soviéticos habían avanzado mucho por el camino que llevaba a una gran victoria. Dieron muestra de una gran disciplina en comparación con la forma en que habían dirigido las operaciones del año anterior. En vez de continuar las operaciones para explotar el enorme agujero que habían abierto, los soviéticos establecieron dos fuertes anillos defensivos alrededor de Stalingrado, el primero para mantener la guarnición dentro, el segundo para impedir una penetración desde fuera.

Al otro lado de las líneas, Hitler escogió a Manstein para que se encargara de la liberación de Stalingrado, con mando sobre el 6º ejército y el 4º ejército blindado alemanes así como los ejércitos rumanos 3º y 4º, mientras Paulus volvía en avión a la bolsa.

Ciertamente, no era hombre dado a actuar de manera decisiva ni independiente. El carácter repentino así como la ferocidad de la ofensiva habían cogido a los alemanes totalmente desprevenidos. Tal como ha señalado un comentarista: «El cerco de un ejército moderno es un acontecimiento cataclísmico. En el mapa a menudo adquiere un aspecto quirúrgicamente preciso. En el campo de batalla es una operación desgarradora que deja a las víctimas debatiéndose en estado de conmoción con la menos favorable de todas las situaciones militares: sus líneas de comunicaciones están cortadas; su cuartel general suele estar separado de las tropas; los elementos de apoyo están hechos añicos; y su frente está expuesto al ataque desde todas las direcciones. En el momento en que se cierra el anillo cada uno de los individuos que hay en la bolsa es un prisionero. La muerte está delante y detrás de él; el hogar es un sueño lejano. El miedo y el pánico se ciernen en el aire».[8]

El día 24 Manstein llegó al cuartel general del Grupo de Ejércitos B. Allí le advirtieron de que la posición del 6º ejército era insostenible, pero el mariscal de campo envió al OKH un informe más optimista que sugería que no había ninguna necesidad apremiante de romper el cerco. Este mensaje, junto con las promesas de Goering, decidió la suerte del 6º ejército. Manstein, que ahora mandaba el Grupo de Ejércitos del Don, se encontró con que tenía que hacer dos cosas. La primera era aumentar los efectivos de la Luftwaffe hasta que fuesen suficientes para establecer un puente aéreo eficaz; la segunda, organizar una fuerza de socorro que rompiese el cerco y llegara hasta el Volga. La primera se convirtió en una pesadilla. Entre mediados de agosto y mediados de noviembre, el OKL había retirado una parte considerable de los efectivos aéreos del este para utilizarlos en las operaciones en el Mediterráneo.

Además, la flota de transporte de la Luftwaffe ya estaba ocupada con las operaciones en Túnez, donde había sufrido numerosas pérdidas. La única forma de reunir un número respetable de aviones consistía en despojar a las unidades de adiestramiento de parte de sus aparatos. Un grupo de aviones de transporte de tipos diversos —Ju 52, Ju 86, He 111 (asignados ahora a las unidades de transporte)— voló desde el Reich hasta las primitivas bases de operaciones en la curva del Don. Además de los aviones de

transporte, Richthofen recibió Condors Fw 200, Ju 290 e incluso algunos bombarderos He 177 (cuyos motores soldados seguían teniendo una lamentable tendencia a desacoplarse en pleno vuelo). Los aviones de transporte fueron sumándose poco a poco al puente aéreo. Hasta el 2 de diciembre no contó Richthofen con 200 aviones de transporte y el puente aéreo no alcanzó la cifra de 300 aparatos hasta una semana después.

Los principales aeródromos de operaciones serían Tatsinskaia y Morozovsk, ninguno de los cuales poseía hangares permanentes. Así pues, los mecánicos de aviación, que en su mayor parte no estaban familiarizados con las condiciones del frente oriental, trabajaban al aire libre bajo temperaturas glaciales y vientos huracanados que convertían las esenciales tareas de mantenimiento en una pesadilla. Las tasas de aviones en condiciones de operar cayeron hasta quedar en un 20 por ciento; este bajo porcentaje tuvo un efecto positivo, ya que limitó el tiempo de vuelo de las tripulaciones inexpertas, pero no contribuyó en absoluto a mejorar el puente aéreo. El OKH y el OKL intentaron dirigir el puente aéreo desde Berlín y Rastenburg, lo cual impulsó a Richthofen a quejarse de ser poco más que «un suboficial muy bien pagado».9

El puente aéreo empezó el 25 de noviembre con 30 aviones Ju 52, que sólo transportaron 75 toneladas de pertrechos. Durante los cinco restantes días de noviembre los transportes apenas alcanzaron la cifra que Goering había prometido para un solo día. Sólo en tres días de diciembre alcanzó la Luftwaffe las 300 toneladas, y había días, durante las rachas de mal tiempo, en que el puente aéreo apenas pudo llevar nada a la guarnición sitiada en Stalingrado. Ni siquiera la llegada del genio del abastecimiento de la Luftwaffe, el mariscal de campo Erhard Milch, contribuyó a mejorar la situación. Las incesantes injerencias de Goering exasperaban a Richthofen, que sugirió que Hitler mandara al Reichsmarschall a Stalingrado para que llevase el mando de toda la operación de auxilio: «El líder optimista en el lugar que inspira su optimismo».10

Las pérdidas sufridas en Stalingrado (y en el norte de África) causaron daños irreparables a la Luftwaffe, tanto a su fuerza de transporte como a la de bombardeo. El puente aéreo costó a la Luftwaffe la pérdida de 269 aviones Ju 52, 169 He 111, 42 Ju 86, nueve Fw 190, un Ju 290 y cinco He 177 —el equivalente de todo

un Fliegerkorps— a causa del tiempo, los cazas y los cañones antiaéreos. Y al final, las pequeñas cantidades de pertrechos que llegaron a Stalingrado sólo sirvieron para prolongar inútilmente la batalla.

Mientras la Luftwaffe se esforzaba por abastecer Stalingrado, Manstein reunió fuerzas para acudir a socorrer a los sitiados. El Grupo de Ejércitos del Don empezó a recibir refuerzos a principios de diciembre y Manstein se preparó para abrir un pasillo a través de las líneas soviéticas que permitiera llegar al interior de la ciudad. Pero los soviéticos se encontraban preparando una gran ofensiva dirigida contra los ejércitos del Eje que ocupaban posiciones junto al Don. A pesar de ello, el LVII cuerpo blindado penetró profundamente en el anillo que rodeaba Stalingrado y las unidades que formaban su vanguardia llegaron a 56 kilómetros de la ciudad. Manstein pidió a Hitler y también a Paulus que ordenaran al 6º ejército que rompiese el cerco, pero Hitler se negó y Paulus no estaba dispuesto a desobedecer las instrucciones del *Führer* .

El 16 de diciembre los soviéticos iniciaron la operación Pequeño Saturno contra el 8º ejército italiano y el 3º ejército rumano junto al Don. Ninguno de los dos ejércitos contaba con efectivos suficientes para resistir una ofensiva soviética y ambos se derrumbaron. Las fuerzas alemanas que respaldaban a sus aliados italianos y rumanos eran demasiado débiles para impedir las penetraciones del enemigo y los soviéticos abrieron un agujero de más de 160 kilómetros de longitud en el frente del Don al noroeste de Stalingrado. Manstein abandonó inmediatamente su esfuerzo por llegar al 6º ejército, que permanecía en sus posiciones. Numerosas fuerzas soviéticas penetraron por las brechas del norte y se dirigieron en línea recta hacia los aeródromos de los que dependía el puente aéreo; además, conservaban el potencial operacional necesario para seguir avanzando hasta Rostov y dar buena cuenta del Grupo de Ejércitos A, que seguía en lo profundo del Cáucaso.

Goering se negó a autorizar la retirada de los aeródromos de Tatsinskaia y Morozovsk hasta que las fuerzas de tierra soviéticas estuvieran a la vista. La víspera de Navidad, mientras los aviones de transporte de la Luftwaffe trataban desesperadamente de despegar, los soviéticos tomaron Tatsinskaia; los depósitos de pertrechos y gran número de aviones cayeron en poder de los soviéticos antes de

que los alemanes pudieran destruirlos. Aquella misma noche, la artillería soviética disparó contra Morozovsk. Los transportes alemanes que no resultaron destruidos tuvieron que retirarse al aeródromo de Novocherkassk, que distaba 350 kilómetros de Stalingrado. Como la distancia era mayor, los aviones necesitaban llevar más carburante y, por consiguiente, tenían que reducir la carga útil.

Manstein estaba ahora preocupadísimo por la amenaza que se cernía sobre Rostov. Sostuvo una larga serie de discusiones con los que se encontraban en Rostov, a los que apoyaban Zeitzler y el *Führer* , sobre si los ejércitos blindados
16°
y 1º debían retirarse del Cáucaso. Finalmente, Hitler accedió a regañadientes a ordenar la retirada. Sin embargo, hizo algo que anuló la eficacia de la orden. En vez de retirar el Grupo de Ejércitos A a través de Rostov, permitió que sólo el 1º ejército blindado se retirase cruzando el Don, mientras el
17°
ejército se retiraba a la región de Kuban desde Crimea, donde supuestamente se apostaría para lanzar una ofensiva hacia el interior del Cáucaso en 1943.

Estos acontecimientos trascendentales decidieron la suerte de Stalingrado. El puente aéreo era inútil desde que empezara el mes y sólo proporcionaba lo estrictamente necesario. Los soviéticos, por su parte, decidieron eliminar la bolsa para poder utilizar las fuerzas que rodeaban la ciudad en las operaciones de otros puntos del frente del este. El 7 de enero enviaron tres emisarios a la ciudad para exigir la rendición del 6º ejército. Paulus hizo llegar las condiciones a Hitler, que ordenó que se luchara hasta el fin. Manstein estuvo de acuerdo, toda vez que el alto mando alemán no tenía más opción que exigir que el 6º ejército resistiera tanto tiempo como fuese posible e impidiera así que los soviéticos destinaran fuerzas del Volga a las batallas que se estaban librando más al oeste. El 10 de enero la ofensiva soviética empezó con un bombardeo preliminar a cargo de 7000 piezas de artillería. No obstante, los soviéticos subestimaron considerablemente las fuerzas sitiadas en Stalingrado. Durante los primeros cinco días sólo hicieron avances limitados, pero el 15 de enero el frente alemán a

lo largo del río Rossoshka se resquebrajó. A resultas de ello, las fuerzas soviéticas no tardaron en llegar a Pitomnik, el principal aeródromo alemán en la bolsa. Había un aeródromo secundario en las afueras de la ciudad, pero el 6º ejército no había hecho preparativos suficientes para poder usarlo. Desde este punto la Luftwaffe sólo podía arrojar pertrechos en paracaídas a la guarnición, lo cual rebajaba aún más el apoyo mínimo que recibía el 6º ejército.

El día 17 los soviéticos ya habían tomado dos tercios de la bolsa. El día 22, el
57°
ejército atravesó las líneas alemanas cerca de Voroponovo y penetró en la ciudad. La guarnición estaba medio muerta de hambre, casi había agotado el carburante y tenía pocas municiones. Paulus pidió permiso para rendirse, pero el *Führer* ordenó otra vez que se luchara hasta el fin. En condiciones indescriptibles, en una ciudad que ya había resultado destruida de un extremo a otro por las batallas del otoño anterior, los alemanes lucharon calle por calle y casa por casa. Los heridos morían congelados, la moral se derrumbó y el orden empezó a venirse abajo. Ladrillo tras ladrillo, pared tras pared, los soviéticos reconquistaron la ciudad en medio de las explosiones de la artillería y los alaridos de los soldados moribundos. El día 25 los defensores izaron la bandera de batalla del Reich para alentar a los supervivientes a combatir hasta la última bala. El día 28, el 6º ejército dejó de repartir raciones entre los heridos. El 31, la parte sur de la ciudad se rindió; el recién ascendido mariscal Paulus marchó al frente de sus hombres hacia el cautiverio. En la bolsa del norte, alrededor de la fábrica de tractores, el XI cuerpo siguió luchando durante otros dos días. El 2 de febrero, transmitió el último mensaje desde el interior de la bolsa.

El coste para ambos bandos fue terrible. Murieron unos 147 000 alemanes y rumanos y 91 000 cayeron prisioneros, de los cuales sólo 5000 sobrevivieron al cautiverio en los campos de prisioneros de los soviéticos. Los alemanes además habían sacado en avión aproximadamente 30 000 heridos durante el asedio. Las bajas en el bando soviético fueron mucho peores: de hasta medio millón. Los soviéticos gastaron 911 000 bombas de artillería, 990 000 de

mortero y 24.000 000 de balas de fusil y ametralladora en enero y comienzos de febrero, lo cual da cierta idea de la ferocidad de la batalla. En todos los sentidos Stalingrado fue una derrota catastrófica para los alemanes, una derrota que inclinó la balanza a favor de los soviéticos en el este.

CRISIS, RECUPERACIÓN Y DERROTA

Al morir Stalingrado, Manstein se encontró ante una situación que empeoraba gravemente. Cuatro ejércitos soviéticos, apoyados por un cuerpo de caballería y un cuerpo de tanques, se aproximaban a Rostov, a la vez que la retirada del Grupo de Ejércitos A del Cáucaso no había hecho más que empezar. Los destacamentos del ejército FretterPico y Hollidt defendieron la línea del Chir detrás del Don durante un breve período, pero pronto tuvieron que replegarse hasta el Donets a pesar de las objeciones de Hitler. El 7 de enero sólo el empleo de un batallón recién organizado de tanques Tiger impidió que los soviéticos llegaran a Rostov y cortaran la línea de ferrocarril y la carretera de las cuales dependía la retirada del 1º ejército blindado. Sin embargo, el tiempo invernal causó más dificultades a los soviéticos que a los alemanes. Alternando entre períodos de deshielo y temperaturas bajo cero, el invierno ruso hizo que las operaciones ofensivas resultasen extraordinariamente difíciles, incluso para las tropas soviéticas más resistentes.

Las injerencias de Hitler continuaron. Mientras el cuartel general del 1º ejército blindado se retiraba a través de Rostov, Hitler permitió que sólo una división blindada, una de infantería y dos de seguridad fueran a apoyar al Grupo de Ejércitos del Don. Las demás se replegaron con el
17°
ejército hacia la cabeza de puente de Kuban. Pero mientras Manstein se esforzaba desesperadamente por unir un frente que se estaba derrumbando a lo largo del Don, los soviéticos pretendían nada menos que aniquilar las fuerzas alemanas en el sur. No obstante, al igual que un año antes, las ambiciones soviéticas rebasaban los recursos disponibles y la habilidad de sus comandantes. En la segunda mitad de enero, los alemanes y sus

aliados sufrieron tres ataques masivos. El primero, a cargo de tres ejércitos, cayó sobre las fuerzas alemanas y húngaras junto al curso medio del Don. Once días más tarde un fuerte ataque obligó al 2º ejército a cruzar de nuevo el curso alto del Don en Voronezh y envolvió a dos de sus tres cuerpos. Al mismo tiempo el Frente de Voronezh y el Frente Sudoccidental lanzaron seis ejércitos contra la línea que los alemanes habían formado al norte de Rostov. Pero estos ataques carecían del foco operacional que había caracterizado la ofensiva de Stalingrado, y el avance soviético penetró en zonas que no tenían una importancia crítica para los alemanes. Además, los propios atacantes habían sufrido numerosas pérdidas en los combates y padecían graves escaseces de material. Finalmente, los soviéticos habían dejado atrás su apoyo logístico; aún no tenían las enormes flotas de camiones que el programa de Préstamo y Arriendo les proporcionaría en 1943 y 1944, a la vez que las condiciones invernales dificultaban el reabastecimiento.

El avance del Frente Sudoccidental fue el más peligroso. A mediados de febrero las fuerzas soviéticas habían seguido adelante hasta Jarkov, que cayó cuando el Cuerpo de las SS que defendía la ciudad desobedeció las órdenes que había recibido y se retiró. Pero los alemanes estaban concentrando sus fuerzas. A comienzos de febrero disponían de tres divisiones reacondicionadas de las Waffen SS —la Totenkopf, la Das Reich y la Leibstandarte Adolf Hitler— y Hitler dio a Manstein mucha libertad para utilizar las siete divisiones blindadas y de granaderos blindados (que era el nuevo nombre de la infantería motorizada) que en aquel momento estaban en la zona de la cual era responsable el Grupo de Ejércitos del Don. Estas divisiones no contaban con todos sus efectivos, pero estaban formadas por veteranos. El *Führer* tomó un avión para visitar a Manstein el 17 de febrero, posiblemente para relevar al mariscal de campo y con toda seguridad para echarle una bronca por la actitud defensiva del Grupo de Ejércitos del Don. Pero Manstein tenía una sorpresa para el *Führer* ; sus fuerzas estaban preparadas para lanzar un gran contraataque. Asimismo, a esas alturas las escuadrillas de la Luftwaffe habían recuperado gran parte de su fuerza al replegarse hacia sus depósitos de abastecimiento y recibir nuevos aviones y pilotos del Reich. También operaban desde aeródromos semipermanentes que poseían como mínimo instalaciones de

mantenimiento rudimentarias, a la vez que Richthofen había racionalizado la estructura de mando. Además, el Ejército Rojo había avanzado mucho más allá del alcance de su apoyo aéreo.

Mientras los alemanes hacían acopio de fuerza, los soviéticos emprendieron operaciones cada vez más ambiciosas. Lanzaron dos grandes ataques contra el Grupo de Ejércitos del Centro en un intento de destruir el saliente de Orel y luego limpiar la región de Briansk. Ambos ataques dependían de que continuaran las victorias en el sur. Sin embargo, las fuerzas soviéticas de Stalingrado nunca se desplegaron de forma apropiada, mientras que las defensas que el Grupo de Ejércitos del Centro había preparado durante el último año y medio resultaron formidables. Los soviéticos avanzaron mucho a expensas del 2º ejército alemán, pero, al empeorar la situación en el sur, los alemanes restauraron sus primeras líneas e incluso recuperaron parte del territorio perdido. En el sur, las puntas de lanza soviéticas avanzaron hacia la trampa que Manstein había tendido.

El contraataque alemán empezó el 20 de febrero con un éxito clamoroso. El XL cuerpo blindado atrapó al Grupo Popov al noroeste de Stalino y rodeó a la fuerza blindada soviética. Después de encarnizados combates, el teniente general A. F. Popov sacó algunas de sus unidades, pero sólo después de sufrir grandes pérdidas de efectivos humanos y de material. El 1º ejército blindado apoyó entonces el flanco del ataque del 4º ejército blindado contra Jarkov y limpió la cuenca del Donets.

El 4º ejército blindado se puso en marcha desde la cabeza de puente de Dnepropetrovsk. Sus primeros movimientos, encabezados por la división Totenkopf de las SS, atraparon a numerosas fuerzas soviéticas al sur del río Samara. Las fuerzas de Hoth cobraron velocidad al avanzar hacia el nordeste y Jarkov. Tan súbita e inesperada fue la ofensiva alemana que los soviéticos no reaccionaron. El día 26, las unidades de la vanguardia alemana ya habían alcanzado Lozovaya. A pesar del deshielo primaveral, el 4º ejército blindado avanzó mucho frente a la confusa resistencia soviética. Durante los cinco primeros días de marzo, las tropas de Hoth avanzaron 80 kilómetros. El día 9, el II cuerpo blindado ya se acercaba a Jarkov desde el oeste con instrucciones explícitas de no entrar en la ciudad y seguir avanzando hacia el nordeste y dejar una

fuerza envolvente detrás de la ciudad.

Pero el comandante del II cuerpo de las SS, el general Paul Hausser, desobedeció las órdenes que tenía y lanzó dos de sus divisiones directamente hacia la ciudad. Después de tres días de feroces combates de casa en casa, las tropas de las SS reconquistaron la ciudad, aunque a costa de numerosas pérdidas. Lo que probablemente salvó a Hausser de un consejo de guerra fue el hecho de que su cuerpo avanzó entonces siguiendo la línea del ferrocarril y tomó Belgorod —unos 48 kilómetros línea abajo— en cuatro horas. El día 21, en medio de los barrizales de la primavera, Manstein terminó la contraofensiva. Sería la última victoria operacional de carácter ofensivo que se apuntaban los alemanes en el frente del este.

En las intensas luchas que tuvieron lugar durante el avance, la Luftflotte 4 de Richthofen proporcionó apoyo importante. Los aviadores alemanes no sólo limpiaron los cielos de aviones soviéticos —por última vez en la guerra—, sino que los Stukas y los bombarderos medianos machacaron sin piedad a las unidades enemigas. Mientras que en enero la Luftwaffe apenas había hecho una media de 350 salidas diarias, ahora llevó a cabo más de 1000 salidas de inhabilitación y de apoyo aéreo diariamente. El 23 de febrero, durante el ataque de las unidades del 1º ejército blindado, los pilotos de Richthofen hicieron 1200 salidas. Pero estos esfuerzos por apoyar al ejército tuvieron su precio. Durante febrero y marzo la Luftwaffe perdió 56 bombarderos en picado, 217 bombarderos y 163 cazas.

El deshielo de primavera había puesto fin a las operaciones que empezaran en mayo de 1942. Irónicamente, con la excepción del saliente de Kursk, creado en febrero de 1943 por el ataque soviético contra el 2º ejército del Grupo de Ejércitos del Centro, el frente seguía de forma casi exacta las mismas posiciones del año anterior. La Wehrmacht no había ganado prácticamente nada a cambio de sus inmensos esfuerzos. Los alemanes se preguntaban si existía alguna opción estratégica que les permitiera evitar la derrota. Cabía la posibilidad de que Alemania tuviera que atender a un segundo frente en Francia antes de fin de año y, como mínimo, tendría que ocuparse de las importantes operaciones militares que las potencias occidentales habían emprendido en el Mediterráneo. Además, la

Ofensiva Combinada de Bombardeo de los aliados estaba causando graves daños a la industria alemana; tanto era así que en ese momento los grupos de ejércitos destacados en el este empezaron a evaluar el estado de la moral en su país.

Algunos planificadores del OKW recomendaron prudentemente que se adoptara una postura defensiva; asimismo, Heinz Guderian, al que habían sacado de su retiro para que ocupase el puesto de jefe de las fuerzas blindadas, también se mostró contrario a lanzar grandes ataques contra los soviéticos. Pero al finalizar el invierno de 1943, Hitler y la mayoría de los altos mandos del ejército no concebían ninguna opción operacional que no fuese la reanudación de la ofensiva en el frente del este cuando llegara el verano. Lo que estaba por decidir era dónde. A comienzos de primavera Manstein sugirió que se instigara a los soviéticos a emprender una gran operación contra el Grupo de Ejércitos del Sur e incluso que se les permitiera avanzar un poco antes de lanzar una contraofensiva. Hitler, sin embargo, no mostró el menor interés por una propuesta operacional que podía provocar la pérdida de terreno. En vista de ello, Manstein sugirió al *Führer* y al OKH que existía la posibilidad de poner cerco al saliente de Kursk, desde Orel en el norte y hacia el nordeste desde Jarkov en el sur. La sugerencia intrigó a Hitler e inmediatamente se trazaron los planes de la operación.

La operación, que pronto se llamaría Ciudadela, ofrecía al principio algunas perspectivas de triunfar. El saliente soviético en Kursk era vulnerable a los ataques procedentes de Jarkov y Orel, en particular porque ambas ciudades eran importantes centros logísticos de los alemanes. Pero era mucho lo que estaría en juego en la operación, porque los alemanes dependían del buen resultado de la misma para frenar nuevas ofensivas soviéticas en 1943. Así pues, Hitler buscaba una victoria rápida y decisiva. En la orden de operaciones que dio el 15 de abril afirmaba que la inminente batalla de Kursk debía servir de faro. Ahí estaba el problema, porque cuanto antes lanzaran los alemanes la operación Ciudadela, mayor sería el riesgo, pero también la perspectiva de una gran victoria. Hitler, sin embargo, ya no estaba de humor para correr riesgos. Durante los meses siguientes retrasó el comienzo con el fin de que la Wehrmacht pudiera desplegar el máximo de fuerzas, dar tiempo a la producción de más tanques Panther y Tiger y preparar

meticulosa y detalladamente cada uno de los aspectos de la ofensiva.

El problema era que los soviéticos, a diferencia del año anterior, conocían los planes alemanes. Después de que sus jefes militares convencieran a Stalin de que permitiese a los alemanes hacer el primer movimiento —de nuevo a diferencia del año anterior—, los soviéticos emprendieron un programa a gran escala para preparar las defensas de Kursk, al tiempo que desplegaban considerables reservas que intervendrían en la batalla en el momento decisivo. Los soviéticos ocultaron a los alemanes la mayoría de estas medidas defensivas, así como el nuevo despliegue de sus reservas móviles. La *maskirovka* soviética era ahora tan hábil que los alemanes no se percatarían de los preparativos de prácticamente ninguna de las grandes ofensivas que lanzarían los soviéticos durante el resto de la guerra. Fue el resultado de la superioridad intelectual de los soviéticos al planear sus operaciones y también de las actitudes alemanas ante los «seres infrahumanos» eslavos.

Ambos bandos reunieron numerosas fuerzas para esta decisiva batalla de la segunda guerra mundial, la mayor batalla de la historia de la humanidad. El 9º ejército alemán bajo el mando del general Model debía dirigirse hacia el sur desde el saliente de Orel mientras el 4º ejército blindado Panzer, con su flanco oriental protegido por el destacamento Kempf del ejército, se dirigía hacia el norte desde Jarkov. Model tenía dos cuerpos blindados con seis divisiones blindadas y una división de granaderos blindados. El 4º ejército blindado de Hoth poseía las fuerzas de ataque más poderosas con el II cuerpo blindado de las SS formado por tres divisiones, junto con el XLVIII cuerpo blindado que integraban dos divisiones blindadas y la división de granaderos blindados Grossdeutschland. En su flanco el destacamento Kempf desplegaría tres divisiones blindadas. En total, el Grupo de Ejércitos del Sur tenía seis divisiones blindadas y cinco de granaderos blindados. Además de nuevos tanques Mark III y Mark IV, fruto de la movilización de la economía europea por parte de Albert Speer, la fuerza atacante poseía el Tiger pesado con su cañón de 88 milímetros y un nuevo tanque mediano, el Panther. Hitler había aplazado deliberadamente la operación Ciudadela para incrementar el número de estos supertanques nuevos. Pero el debut del Panther

no fue convincente, a la vez que el motor del Tiger seguía siendo poco potente para su tamaño. En conjunto, las fuerzas atacantes alemanas ascendían a 435 000 soldados, 9960 piezas de artillería y 3155 tanques.

En el bando soviético, el alto mando empezaba finalmente a cuajar. La dura educación de Stalin en asuntos militares, adquirida a costa de millones de soldados soviéticos, había alcanzado el punto en que confiaba razonablemente en los criterios de sus subordinados militares. A pesar del fracaso de la operación Marte, Zhukov ya había demostrado ser un comandante excepcional; su relación con Stalin se había fortalecido después de un período inestable en los comienzos de la guerra. Tal como recordó Zhukov después de que terminara la contienda, en dos ocasiones por lo menos había acudido a una entrevista con el dictador sin tener la certeza de que literalmente saldría vivo de ella. Pero a esas alturas ya había aparecido una generación de comandantes jóvenes, oficiales endurecidos en el combate que se habían puesto a prueba en las terribles batallas del frente oriental y empezaban a demostrar que estaban a la altura de sus contrarios alemanes en todos los sentidos.

Los soviéticos pusieron en marcha un gran programa de construcción para hacer frente al ataque que esperaban. Dos de los jóvenes comandantes del Ejército Rojo que más impresión causaban libraron la batalla por los soviéticos. El mariscal K. K. Rokossovski mandaba el Frente Central y asumió la responsabilidad del lado norte del saliente de Kursk; tenía tres ejércitos a sus órdenes. Rokossovski había estado internado en el Gulag en 1940, de donde le habían sacado sus carceleros con la siniestra advertencia de que siempre podría volver a él. En el sur, N. A. F. Vatutin mandaba el Frente de Voronezh, donde los alemanes lanzaron el ataque principal. En su defensa de primera línea no había menos de cuatro ejércitos y tenía un quinto ejército disponible de manera inmediata. El Frente de la Estepa de Konev, con cinco ejércitos, estaba en reserva para los defensores de Kursk. En conjunto, las defensas de primera línea soviéticas reunían un millón de soldados, 13 013 piezas de artillería y morteros y 3275 tanques; y en reserva había otros 449 133 soldados, 6536 piezas de artillería y morteros y 1506 vehículos de combate blindados. Aparte de la magnitud de sus

fuerzas, los soviéticos construyeron una extensa serie de fortificaciones de campaña. En el sur había tres líneas distintas cuya profundidad variaba entre nueve y 28 kilómetros aproximadamente, y los ingenieros soviéticos sembraron más de medio millón de minas. Hitler hizo algo que era raro en él y confesó un presentimiento. En efecto, poco antes de que empezara la operación Ciudadela, dijo a Guderian que cada vez que pensaba en la operación sentía náuseas.

La operación Ciudadela empezó el 5 de julio y desde el principio chocó con fuerte resistencia por parte de los soviéticos. Éstos estaban tan bien informados que empezaron a bombardear las posiciones alemanas de primera línea 30 minutos antes de que empezase la operación y pillaron a la primera oleada de tropas de asalto en sus posiciones de partida. En el norte, Model atacó en un frente de 50 kilómetros. Al empezar el segundo día, la vanguardia del 9º ejército había penetrado 12 kilómetros como máximo en las defensas soviéticas y se detuvo mucho antes de llegar a la tercera línea de Kokossovski. Model dijo que era una batalla de desgaste, justamente el tipo de batalla que los alemanes habían deseado evitar.

A las fuerzas de Manstein les fue un poco mejor en el sur, quizá porque eran el brazo más fuerte de la pinza. El 4º ejército blindado atacó en un frente de más de 50 kilómetros y penetró en las posiciones de primera línea soviéticas en las primeras horas. Pero al empezar la tarde se encontró enredado en la segunda línea de defensa, cuya existencia desconocían los alemanes. Luchas feroces detuvieron el avance en medio de impresionantes tempestades de truenos que convirtieron el campo de batalla en un mar de barro. Además, el destacamento Kempf, que debía proteger el flanco de Hoth, hizo pocos progresos. Durante los cinco días siguientes, las fuerzas de Manstein se abrieron paso entre las defensas soviéticas y sufrieron grandes pérdidas; la Grossdeutschland, por ejemplo, perdió 230 de sus 300 tanques.

Las tácticas alemanas eran muy poco imaginativas: grandes cuñas de blindados encabezados por Tigers y Panzers protegían a los tanques Mark III y IV, que eran menos eficaces. Pero finalmente, el 11 de julio, Manstein conquistó un poco de espacio operacional. El II cuerpo blindado de las SS y las divisiones blindadas de Kempf

rodearon y aniquilaron a numerosas tropas soviéticas. Al día siguiente, aproximadamente 400 tanques del II cuerpo blindado de las SS llegaron hasta Prohorovka. Los soviéticos contraatacaron inmediatamente. Zhukov, el representante de la *Stavka* , aprobó la petición que hizo Vatutin de que se retirasen fuerzas del Frente de la Estepa para emplearlas en un contraataque. Se entabló entonces una batalla que duró todo un día y en la que participaron 1200 vehículos blindados. Fue la mayor batalla de tanques del mundo hasta la guerra del Golfo. En lo que se refiere a las pérdidas, el conflicto fue un empate: los soviéticos perdieron 400 tanques y los alemanes, 320. Pero los soviéticos no cedieron terreno y pudieron reparar gran número de sus vehículos dañados.

Mientras se libraba la batalla en las quemadas y revueltas praderas de la Rusia europea, la Luftwaffe y la fuerza aérea roja luchaban desesperadamente por la superioridad en el aire. Un ataque aéreo por sorpresa que lanzaron los soviéticos la mañana del 5 de julio falló porque los alemanes recibieron aviso de sus estaciones de radar en tierra. Pero a partir de aquel momento la batalla fue desfavorable a los aviadores alemanes. En el primer día de la operación Ciudadela la Luftwaffe hizo 3000 salidas y los Stukas llevaron a cabo hasta seis misiones en 24 horas. El cañón antitanque de 37 milímetros montado en dicho avión resultó especialmente eficaz contra los blindados soviéticos. Pero los cazas y las grandes concentraciones de cañones antiaéreos causaron numerosas bajas a la Luftwaffe y los alemanes nunca conquistaron la superioridad en el aire sobre el campo de batalla. Mientras tanto, la aviación soviética infligió daños considerables a las fuerzas de tierra alemanas gracias a que la habilidad de sus pilotos había mejorado mucho y gracias también al incremento del número de aviones.

El 12 de julio Manstein ya era el único que deseaba continuar la batalla. Como disponía de dos divisiones blindadas relativamente descansadas, arguyo que podía abrirse paso hasta Kursk. Sin embargo, Manstein no hizo más que expresar una creencia inspirada por el deseo ante la magnitud de las reservas soviéticas. De hecho, reconoció que continuar la ofensiva era la única manera de impedir que se sacaran efectivos alemanes del frente del este para enviarlos a Sicilia, donde el 8 de julio había empezado la invasión aliada.

Estaba en lo cierto: Hitler ordenó interrumpir la operación Ciudadela para poder enviar refuerzos importantes al teatro del Mediterráneo. Al final, la derrota de Kursk subrayó hasta qué punto habían cambiado las cosas antes del verano de 1943. Los soviéticos habían resistido todo lo que los alemanes habían podido arrojarles y habían frenado por completo la ofensiva alemana.

Durante el período comprendido entre el verano de 1942 y el de 1943 se produjo un drástico declive de la posición estratégica alemana en el frente oriental. En la ofensiva del verano de 1942 los alemanes habían pagado un precio muy alto por conquistar territorio que no podrían defender. Al decidir mantenerse firme en Stalingrado, Hitler sólo consiguió empeorar la situación. El aniquilamiento del 6º ejército amenazó luego la posición de Alemania a lo largo de toda la parte meridional del frente. Sólo la brillante contraofensiva de Manstein en Jarkov restauró el equilibrio brevemente. A pesar de ello, los alemanes continuaron subestimando a sus enemigos, a la vez que la batalla de Kursk destruyó gran parte de las fuerzas móviles del ejército alemán en el este. Se acercaba el momento de ajustar cuentas.

DERROTA EN EL MEDITERRÁNEO

Los desembarcos anglonorteamericanos en las costas de Argelia y Marruecos en noviembre de 1942 habían roto el equilibrio en el teatro del Mediterráneo. La conquista de Tunicia por los alemanes dio un respiro al Eje, pero la decisión de llevarla a cabo no se basó en ningún análisis operacional o estratégico coherente. Los alemanes mandaron numerosas fuerzas para consolidar su dominio en Tunicia y seguir controlando el paso por mar abierto. Esas fuerzas fueron suficientes para detener el avance aliado desde Argelia. A resultas de ello, las potencias del Eje mandaron cerca de un cuarto de millón de soldados al enclave. De nuevo, ningún miembro de la jerarquía militar alemana se detuvo a considerar cómo se podría abastecer a dichos soldados, dada la amenaza que representaban los aviones británicos con base en Malta.

Además, en vez de nombrar un comandante en jefe de todo el teatro norteafricano, Hitler dividió incluso el mando en tierra.

Rommel seguiría mandando el Afrika Korps, que en este momento se retiraba a través de Libia hacia Tunicia, pero el Generaloberst Jürgen von Arnim mandaría las divisiones enviadas apresuradamente a dicho lugar. Arnim reunía los peores defectos de un oficial de estado mayor general: era arrogante, resultaba difícil trabajar con él y despreciaba a quienes no lucían el galón de color granate del estado mayor general. Kesselring ostentaba el mando global de las fuerzas alemanas en el Mediterráneo. El «Risueño Albert», como le apodaban, aportó mucha simpatía y una inclinación ideológica nazi a su mando. Al empeorar la situación en el norte de África, Kesselring envió una serie interminable de informes optimistas y tranquilizadores al OKW al tiempo que sugería a sus pilotos que el fanatismo japonés era un ejemplo excelente de cómo debían comportarse. El gran piloto de caza alemán Johannes Steinhoff recordaba haber asistido a una conferencia de Kesselring en marzo de 1943: «Nunca en mi vida olvidaré la conferencia sobre la situación de la Flota Aérea a la que se me permitió asistir. Allí estaba yo, un oficial combatiente, presenciando la pronosticación y la presentación sintética de la marcha futura de la batalla en el norte de África… Encontré insufribles la afectación de petimetre y la altanería general [de los oficiales de estado mayor]».[11]

Mientras los alemanes organizaban las defensas de Tunicia, los ingleses y los norteamericanos celebraban una conferencia trascendental en Casablanca. Durante diez días a partir del 14 de enero, en villas frías y húmedas, Roosevelt, Churchill y sus respectivos asesores hablaron de la estrategia aliada. Los norteamericanos seguían siendo partidarios de un desembarco en el noroeste de Europa en 1943; no tenían ningún interés en nuevas operaciones en el Mediterráneo después de la derrota de las fuerzas del Eje en Tunicia. Pero los ingleses no tenían ninguna intención de apoyar este enfoque estratégico y con una labor de estado mayor muy superior salieron victoriosos de casi todas las discusiones importantes con los norteamericanos. No habría ningún gran desembarco en la costa francesa en 1943 y las fuerzas aliadas invadirían Sicilia en el verano.

En retrospectiva, los ingleses tenían toda la razón. Aún no se daba ninguna de las condiciones previas para un desembarco

victorioso en la costa de Francia. La batalla del Atlántico no había terminado; la Luftwaffe aún no había sido derrotada; la infraestructura logística para el apoyo inmediato de la invasión no existía, y las fuerzas aéreas aliadas no podían inhabilitar la zona de desembarco e impedir que los alemanes reaccionaran con rapidez contra la invasión. Prácticamente lo único que consiguieron los norteamericanos fue un acuerdo simbólico de coordinar las operaciones de las fuerzas de bombardeo estratégico aliadas.

Mientras los estados mayores aliados discutían sobre estrategia en Casablanca, el Afrika Korps llegó a Tunicia. La cooperación que Rommel recibió de Arnim fue mínima. El mariscal de campo propuso una gran operación con sus fuerzas blindadas combinadas cuyo objetivo sería atacar los depósitos de pertrechos y los aeródromos que los aliados habían construido en Argelia; la operación tendría lugar antes de que el 8º ejército británico se acercara a Tunicia. Arnim, sin embargo, no tenía la menor intención de cooperar con Rommel, de modo que el ataque se llevó a cabo bajo dos estructuras de mando distintas y suspicaces. A pesar de ello, el éxito de los alemanes a escala local fue considerable. El general de división Lloyd Fredendall, uno de los pocos nombramientos desacertados que Marshall hizo en la guerra, mandaba el II cuerpo norteamericano que defendía el frente central de Tunicia. Alojado en una profunda cueva lejos del campo de batalla, Fredendall desplegó mal sus fuerzas y luego no supo actuar como un buen líder en la crisis que se produjo cuando Rommel atacó. El resultado fue un revés táctico en el paso de Kasserine, un revés que no debería haber sido totalmente inesperado en vista del poco tiempo que los norteamericanos habían tenido para prepararse.

Los norteamericanos, sin embargo, demostraron que aprendían rápidamente, a la vez que el substituto de Fredendall, George Patton, despertó el espíritu combativo de los soldados, aunque a veces concitase más odio contra él mismo que contra los alemanes. George Patton fue uno de los personajes más extravagantes que produjeron la Academia Militar y el Ejército de Estados Unidos. Fue también un gran general. El mariscal de campo Douglas Haig, comandante de las fuerzas británicas en el frente occidental en la primera guerra mundial, conoció al capitán Patton en 1917, cuando

éste era ayudante de Pershing y declaró que el futuro depararía grandes cosas para Patton. Gravemente herido cuando mandaba una unidad de tanques en 1918, volvió a la aburrida vida del ejército norteamericano durante el período de paz entre las dos guerras mundiales y poco a poco fue ascendiendo en el cuerpo de oficiales. Cuando le advirtieron que su defensa del tanque podía poner su carrera en peligro, Patton volvió a la caballería. Pero detrás de su porte gallardo de oficial de caballería aficionado a jugar al polo, había un militar serio que se preparaba intelectualmente para la próxima guerra. La riqueza personal de Patton le permitió reunir una biblioteca impresionante y viajar extensamente. Su defecto como profesional era la incapacidad de dominar sus emociones y tener la boca callada.

A la larga la derrota del paso de Kasserine tuvo importancia porque puso al ejército estadounidense en camino de convertirse en una organización militar verdaderamente eficaz. Por desgracia, muchos oficiales de alta graduación británicos no se dieron cuenta de que lo ocurrido en el paso de Kasserine había sido fruto de los problemas que era de esperar que tuviese un ejército que acababa de empezar a rearmarse. Así pues, durante el resto de la guerra subestimarían una y otra vez las capacidades cada vez más impresionantes de las fuerzas de tierra de Estados Unidos.

Mientras tanto, el general Dwight Eisenhower, inicialmente comandante de la operación Antorcha, reorganizó las relaciones entre las fuerzas aéreas, navales y terrestres de los aliados. Así, creó el primer cuartel general (interaliado) verdaderamente combinado. Las dotes de Eisenhower como conciliador y estratega eran excepcionales; también estaba dispuesto a aprender de la experiencia. Y su paciencia le permitió transformar a un grupo de generales de diferentes nacionalidades, discutidores e irascibles, en un equipo vencedor. Que casi todo el mundo le subestimase era un factor importante en su eficacia. Ahora iba a demostrar sus habilidades reuniendo y organizando las fuerzas aliadas que atacaban las posiciones del Eje en Tunicia.

A principios de marzo de 1943, Montgomery, gracias a la ventaja que le proporcionaba la información Ultra, infligió una gran derrota a las fuerzas de Rommel en la frontera tunecinolibia. El fracaso del intento de detener al 8º ejército británico fue el canto

del cisne de Rommel en África; regresó a Alemania para recibir más tratamiento médico. A esas alturas la situación de las fuerzas del Eje en Tunicia empeoraba rápidamente. Los cazas aliados llevaban ventaja, de modo que los Stukas ya no podían operar sin sufrir numerosas pérdidas. En tierra, la presión aliada colocaba las tropas del Eje en una situación insostenible.

Pero lo que más perjudicaba al Eje era la incesante campaña aérea aliada contra sus barcos y puertos. Los aliados tenían información Ultra sobre prácticamente todos los movimientos aéreos y navales del Eje y los ataques de su aviación causaban estragos en los convoyes que se dirigían al norte de África. A mediados de marzo el Fliegerkorps Tunis sacó la conclusión de que alguien comunicaba a los aliados el rumbo de los convoyes del Eje que se dirigían a Tunicia desde Sicilia, pero los alemanes no podían creer que el problema pudiera radicar en sus propias comunicaciones. A finales de marzo tuvieron que abandonar por completo el sistema de convoyes y substituirlos por un puente aéreo. En abril y primeros de mayo, los cazas aliados —informados plenamente por Ultra de los programas de vuelo alemanes— destruyeron el puente aéreo entre Sicilia y Tunicia. En un lapso de cinco semanas los alemanes perdieron más de 200 aviones de transporte.

Una serie de ataques aliados empujó a las fuerzas alemanas de Tunicia hacia una bolsa cada vez más pequeña. A finales de abril, encabezados por el 1º ejército británico y el II cuerpo estadounidense, los aliados dividieron la cabeza de puente del Eje en dos posiciones separadas que luego no tardaron en reducir. Con relativamente poca munición, prácticamente sin carburante y de espaldas al Mediterráneo, las fuerzas del Eje se derrumbaron, aunque los italianos resistieron más tiempo que sus aliados alemanes. Durante la última semana de abril y la primera de mayo, gran número de alemanes e italianos entraron en los campos de prisioneros de guerra de los aliados; en total, los aliados capturaron 275 000 soldados en una derrota que tuvo una importancia casi tan crítica como la de Stalingrado, ya que eliminó prácticamente todas las reservas alemanas en el Mediterráneo.

Los anglonorteamericanos se encontraron en una posición parecida a la de los soviéticos inmediatamente después de

Stalingrado. Pero mientras que éstos habían cometido la imprudencia de cruzar el Don, los anglonorteamericanos pecarían de excesiva prudencia. Aunque apenas había tropas alemanas en Sicilia, Córcega y Cerdeña, los mandos aliados no quisieron arriesgarse. En lugar de ello, esperaron más de dos meses mientras preparaban de forma meticulosa y detallada la invasión del Mediterráneo. Hasta el 10 de julio de 1943 no lanzaron la operación Husky contra Sicilia. En aquel período de dos meses perdieron la posibilidad de apoderarse de Córcega y Cerdeña y amenazar a los alemanes con desembarcos desde el sur de Francia hasta Sicilia.

Pero la prudencia estaba a la orden del día: por parte británica debido al temor a las capacidades alemanas; por parte norteamericana a causa del deseo de minimizar los compromisos en el Mediterráneo. En la conferencia que en mayo se celebró en Washington, llamada Tridente, los norteamericanos al menos estuvieron de acuerdo en continuar la campaña aliada en el Mediterráneo más allá de Sicilia con el fin de eliminar a los italianos de la guerra. Pero al mismo tiempo obligaron a los ingleses a acceder a que la invasión del norte de Francia tuviera lugar en mayo de 1944. El resultado de este tira y afloja, sin embargo, fue un ataque directo poco imaginativo contra Sicilia que no aprovechó la superioridad naval, anfibia y aérea de los aliados y las deficiencias del Eje en el aire y en tierra.

Al buen resultado de la operación Husky contribuyeron en gran medida los hábiles planes de engaño con que los aliados persuadieron a elementos destacados del OKW y, lo que es más importante, al propio Hitler de que, después de todo, no atacarían Sicilia ni la península italiana, sino los Balcanes y Grecia. En junio y julio de 1943 el OKW desplegó refuerzos numerosos en Grecia, entre ellos la 11ª división de campaña de la Luftwaffe, las divisiones Jäger 104ª y 117ª, la 1ª división blindada y la 1ª división de montaña. Tan preocupados estaban Hitler y el OKW que incluso mandaron a Rommel a Salónica para que hiciera frente a la invasión que esperaban. En lugar de ello, la tarea de estas fuerzas alemanas consistió en vigilar playas griegas, lo cual no era un deber desagradable en los comienzos del verano de 1943.

La invasión de Sicilia fue la mayor operación anfibia de la

guerra, al menos el primer día. Montgomery trazó el plan y, lógicamente, asignó el lugar de honor al 8º ejército, que seguía bajo su mando. Los ingleses desembarcarían en el ángulo sudoriental de la isla y avanzarían hacia el norte hasta llegar a Mesina para aislar a la guarnición alemana e italiana. Al oeste, el 7º ejército norteamericano bajo Patton protegería el flanco.

A comienzos de junio los aliados empezaron una gran campaña aérea contra las bases aéreas italianas y alemanas en toda Sicilia. Las maltrechas escuadrillas de la Luftwaffe ya no podían defenderse. Los pilotos con experiencia habían ido muriendo uno tras otro y sus puestos los ocupaban muchachos inexpertos que tenían pocas probabilidades de sobrevivir. Los desembarcos anfibios de principios de julio fueron bien, aunque encontraron cierta oposición tenaz durante el primer día. Pero la campaña no salió como Montgomery había esperado. El avance británico hacia el norte tropezó con dificultades casi inmediatamente; entonces Montgomery tomó carreteras asignadas al 7º ejército estadounidense. Sin embargo, Patton, que no tenía ninguna intención de interpretar un papel secundario respecto de Montgomery, ya había lanzado sus fuerzas hacia el oeste para tomar Palermo y cruzar luego la costa septentrional y llegar a Mesina antes que los ingleses.

Lo que sí consiguió la invasión de Sicilia fue provocar el derrocamiento de Mussolini y obligar a los alemanes a dar por terminada la operación Ciudadela en el este. Fue la primera vez que los aliados occidentales aportaban ayuda importante y directa a los soviéticos en el campo de batalla. Pero en el nivel operacional sus resultados fueron menos que satisfactorios. Los aliados ganaron poco más que la isla de Sicilia, y por primera aunque no última vez, los comandantes anglonorteamericanos permitieron que gran número de alemanes escaparan y siguieran luchando. En este caso, los alemanes instalaron numerosos cañones antiaéreos en ambas orillas del estrecho de Mesina y luego transportaron a prácticamente todos los soldados supervivientes a la península. Ni el poderío aéreo ni el poderío naval de los aliados actuaron con eficacia. En un plano más personal pero lamentable, George Patton, con su característica falta de dominio de sí mismo, abofeteó a dos soldados norteamericanos que padecían neurosis de guerra y

malaria. Los incidentes estuvieron a punto de poner fin a su carrera militar y motivaron su relevo por el adusto, poco imaginativo y profundamente celoso Ornar Bradley en el puesto de comandante supremo de las fuerzas de tierra estadounidenses.

Hubo, con todo, una importante ganancia estratégica en la campaña del Mediterráneo en 1942-1 943: abrió el mar a los barcos mercantes aliados y, al acortar así la ruta de Oriente Medio y el Extremo Oriente, liberó entre tres y cuatro millones de toneladas de barcos mercantes para otros fines.

CONCLUSIÓN

En el período comprendido entre mayo de 1942 y julio de 1943 se produjo un gran cambio en la marcha de la guerra. Las victorias alemanas del verano de 1942 representaron la última vez que la habilidad y la estructura de fuerzas de la Wehrmacht aún fueron suficientes para tomar y conservar la iniciativa. Pero estas victorias en el Mediterráneo y en el frente oriental entrañaban un enorme error de cálculo relativo a la capacidad del Tercer Reich para coordinar, mandar y abastecer a sus fuerzas en dos frentes. Los alemanes se agotaron persiguiendo objetivos inalcanzables y con ello crearon oportunidades para contraataques aliados que resultaron devastadores. A partir de este momento, la iniciativa la llevarían los enemigos de Alemania. Los alemanes tendrían que esperar cada golpe con inflexible determinación y la callada esperanza de poder luchar durante el tiempo suficiente para dividir la coalición aliada, sin alcanzar la victoria total.

12 La ofensiva combinada de bombardeo 1941-1 945

LA historia militar tradicional, en particular la historia operacional, es en muchos sentidos fácil de escribir. El flujo y reflujo de las campañas activas proporciona pautas que permiten construir una narración. Los acontecimientos clave se anuncian por sí solos, los vencedores y los vencidos son evidentes, y, sobre todo, el historiador puede examinar el resultado de batallas e incidentes concretos que fueron el origen de resultados de mayor envergadura. La tarea es raras veces tan sencilla al examinar la génesis y la dirección de la ofensiva combinada de bombardeo anglonorteamericana. Varios de sus rasgos impiden hacer una narración ordenada. La campaña misma llevó aparejada una pauta cambiante de expectativas y propósitos a medida que los comandantes aliados determinaban, basándose principalmente en un método de tanteos, cuál era la mejor manera de emplear sus fuerzas. Asimismo, hubo en la campaña una falta de variedad que resulta monótona: una serie continua de misiones en las cuales miles de hombres jóvenes, semana tras semana, dejaban sus bases para arrostrar temperaturas glaciales, cazas enemigos y fuego antiaéreo con el fin de arrojar sus bombas sobre blancos que en gran parte estaban a oscuras.

PRIMERAS LECCIONES

Los orígenes del bombardeo estratégico se remontan a las doctrinas y expectativas del período de entreguerras, en particular a la creencia de que los bombarderos podían eludir las defensas

enemigas y atacar centros de población e industrias. Los defensores del poderío aéreo predecían con confianza la perturbación de la sociedad enemiga, la eliminación de su potencial industrial y el derrumbamiento de la moral civil. Lejos de parecer bárbara a sus partidarios, esta visión ofrecía la perspectiva de evitar matanzas como las de la primera guerra mundial. Empapados del potencial del bombardeo estratégico y socializados de manera que considerasen esta forma de guerra como la piedra angular de su independencia, los aviadores se entregaban a su vocación de un modo que era casi mesiánico. Su creencia en la invencibilidad del bombardero se basaba en un par de suposiciones clave. En primer lugar, creían que los bombarderos gozarían de la iniciativa debido a su invisibilidad en los grandes espacios del cielo. En segundo lugar, debido a que los bombarderos de finales de los años treinta estaban erizados de armamento defensivo, los aviadores creían que las pérdidas que pudieran producirse no rebasarían unos «límites aceptables».

Cuando llegó la guerra las cosas resultaron diferentes. En septiembre de 1939, al invadir los alemanes Polonia y declarar Gran Bretaña la guerra al Tercer Reich, el Mando de Bombardeo de la RAF se encontró sin planes, sin efectivos humanos adiestrados y sin los elementos necesarios para emprender una ofensiva aérea. En el período de la «guerra falsa» de 1939 y comienzos de 1940, mientras los aliados esperaban que los alemanes atacasen, los ingleses hicieron lo imposible por no causar daño a civiles y optaron por limitarse a arrojar folletos de propaganda y atacar blancos navales de día. Pero incluso estas operaciones limitadas pusieron de relieve las deficiencias de la RAF. Las misiones de lanzamiento de folletos revelaron las dificultades de encontrar blancos con mal tiempo y de noche. Y en los ataques diurnos contra blancos navales, tales como la infortunada incursión contra Wilhelmshaven en diciembre de 1939, las pérdidas ocasionadas por los cazas enemigos fueron numerosas. La defensa contra los ataques aéreos era en verdad posible, y aunque los bombarderos «siempre lograran pasar», pocos regresaban.

A pesar de estas vulnerabilidades, después de la caída de Francia en junio de 1940 y la expulsión de las fuerzas expedicionarias británicas del continente, el bombardeo estratégico representaba el

único medio del que disponía Gran Bretaña para devolver el golpe a la Alemania nazi. Tal como sugirió Churchill, «Hay una única cosa que hará… caer [a Alemania], y es un ataque absolutamente devastador y exterminador por parte de bombarderos muy pesados de este país contra la patria nazi».[1] Y así empezó el gran esfuerzo. Las primeras incursiones atacaron blancos específicos de la economía alemana, tales como el petróleo. Los resultados no fueron buenos. Por ejemplo, en diciembre de 1940 la RAF arrojó 237 toneladas de bombas contra la refinería de petróleo de Gelsenkirchen, y los tripulantes de los aviones afirmaron que el ataque había sido un éxito. Al no aparecer ningún daño en las fotografías de reconocimiento —ni una sola bomba había caído sobre la refinería—, el estado mayor del aire las descartó por completo y siguió haciendo hincapié en los ataques de precisión nocturnos. Sin embargo, a pesar de la tan cacareada precisión, los estudios de dicho estado mayor empezaron a hablar cada vez más de los «daños colaterales» que los bombardeos causaban a las estructuras de las inmediaciones del blanco, y antes de que transcurriese mucho tiempo el Mando de Bombardeo empezó a elegir blancos con la intención manifiesta de explotar las posibilidades de tales daños. Además, los conceptos que existían antes de la guerra sobre el bombardeo como medio de acabar con la moral civil entraron ahora de manera explícita en los cálculos prácticos de la RAF. En el otoño de 1940 *sir* Charles Portal, que todavía era el comandante en jefe del Mando de Bombardeo, sugirió: «Tenemos la única arma directamente ofensiva de todo nuestro arsenal, el único medio de debilitar la moral de gran parte del pueblo enemigo, sacudir su fe en el régimen nazi y al mismo tiempo y con las mismas bombas desarticular la mayor parte de su industria pesada y buena parte de su producción de petroleo».[2]

A medida que las limitaciones de la puntería fueron haciéndose más claras, se pasó de dar prioridad a los bombardeos contra las refinerías de petróleo a darla a los ataques dirigidos contra la moral del enemigo. Lo irónico del caso es que este cambio se produjo de forma casi simultánea con el *Blitz* de la Luftwaffe contra Londres, que demostró la capacidad británica de soportar bombardeos intensos *sin* que se produjera un derrumbamiento de la moral. El comentario de Churchill en el sentido de que «sólo los bombarderos

proporcionan el medio de la victoria» era muy cierto en 1940-1 941, pero no tanto como hubiese podido parecer. La función que tenía que cumplir la ofensiva de bombardeo era más política que militar, a saber: demostrar a los observadores nacionales y extranjeros por igual que Gran Bretaña seguía firmemente en la guerra. Tal como Harry Hopkins, el asesor más íntimo de Roosevelt, comentó a Churchill: «No tiene usted ni idea de la emoción y los ánimos que los bombardeos [de la RAF] nos han dado a todos».[3]

Agosto de 1941 puso fin a la eficacia imaginada del bombardeo de precisión nocturno. En dicho mes, el asesor científico de Churchill, lord Cherwell, ordenó que se investigara la precisión de los ataques aéreos mediante el examen de las fotos tomadas por los bombarderos. El informe Butt, fruto de dicha investigación, aportó muchos datos deprimentes. Concluía con la observación de que, de todos los aviones que afirmaban haber atacado el blanco, sólo una tercera parte alcanzaba en realidad un radio de ocho kilómetros del mismo (una zonaobjetivo de unos 194 kilómetros cuadrados). El Mando de Bombardeo se quejó inmediatamente y dijo que el informe no era justo, pero el carácter independiente del mismo le dio credibilidad. Churchill comentó a Portal, que ahora era jefe del estado mayor del aire, que el informe requería la más seria atención. El pesimismo del informe Butt vino a reforzar opiniones privadas de tipo parecido en el seno del propio estado mayor del aire. Al subrayar las dificultades que tenía la RAF con la precisión de la navegación y el bombardeo, reforzó a quienes eran partidarios de la creación de instrumentos tecnológicos de ayuda. El informe tuvo otras consecuencias. Una campaña de destrucción de ciudades parecía ser lo único que se ajustaba al potencial de la RAF, e incluso para ello se requerirían no menos de 4000 bombarderos. Existía, por supuesto, la posibilidad de volver a bombardear de día, pero en tal caso sería necesario crear un caza de escolta eficaz y con gran autonomía de vuelo que atacase a los cazas enemigos y protegiera a los bombarderos. Como artículo de fe más que basándose en conocimientos tecnológicos, el estado mayor del aire creía que no era posible combinar la velocidad, la maniobrabilidad y la potencia de fuego de un caza con la autonomía de vuelo de un bombardero. Cuando Portal dijo a Churchill que la RAF creía que producir un caza de escolta con gran autonomía de vuelo era imposible desde el

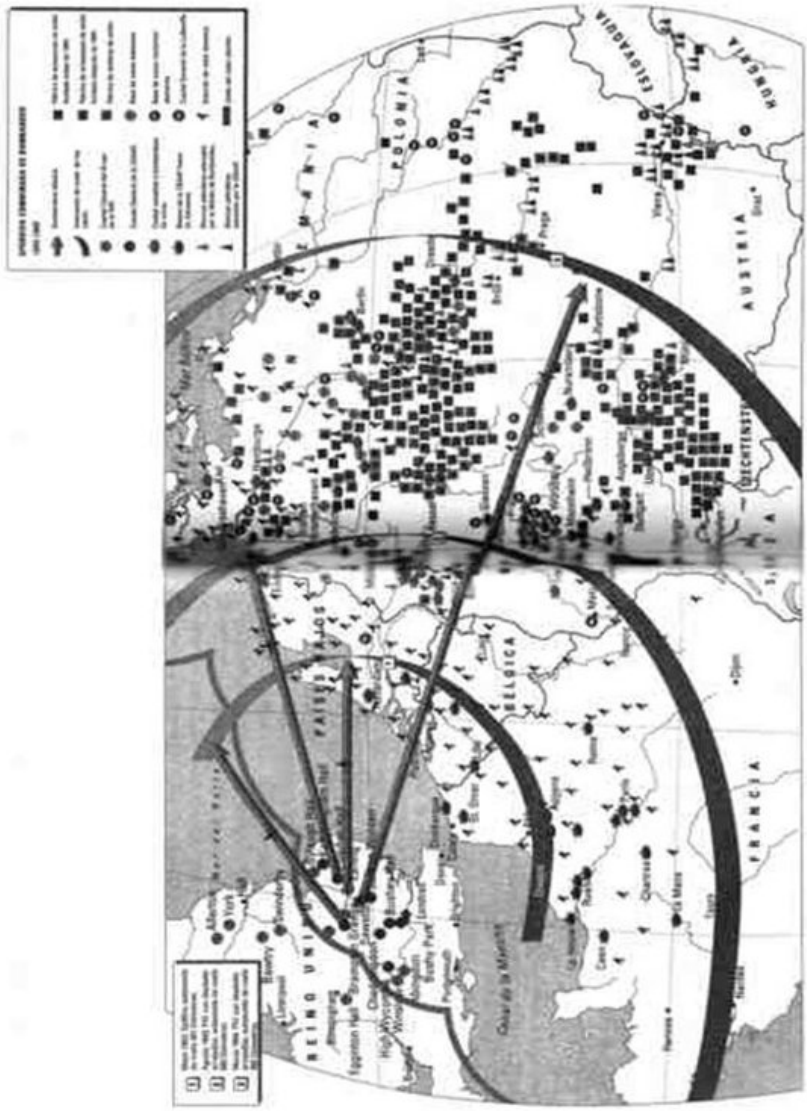
punto de vista tecnológico, el primer ministro replicó que la postura del estado mayor del aire «cerraba muchas puertas».[4]

En febrero de 1942, Arthur Harris asumió la jefatura del Mando de Bombardeo en el momento en que se estaba desvaneciendo rápidamente la promesa de obtener resultados decisivos de la campaña. Churchill, desanimado, comentó que lo máximo que cabía esperar era que la campaña de bombardeo causara cada vez más molestias al Tercer Reich. En tales circunstancias, sólo el liderazgo y la entrega de Harris podía sostener la exigencia de recursos para la campaña. Harris era partidario acérrimo de los bombardeos. Rhodesiano de nacimiento, se había alistado en 1914 y había sido piloto durante la primera guerra mundial. Su forma de hablar era siempre un poco subida de tono y había sido uno de los más francos entre los jóvenes aviadores de la RAF de Trenchard. Había estado a punto de ser expulsado del colegio de estado mayor de Camberley por escribir que el ejército no compraría un tanque hasta que encontrase un modelo que relinchara, comiese forraje y luego defecara. Al igual que todos los grandes comandantes, tenía la capacidad de inspirar a sus subordinados, pero mostraba poco interés por la tecnología y llegó a descartar por completo la posibilidad de que la Luftwaffe utilizara ondas radioeléctricas para mejorar la puntería de sus bombardeos en 1940. Harris detestaba todo lo que impidiese que los bombarderos pesados desempeñaran su verdadero papel, que era machacar las ciudades alemanas. No le gustaba la idea de atacar objetivos económicos como, por ejemplo, fábricas de rodamientos o instalaciones petroleras: «blancos panacea» los llamaba. Incluso desconfiaba de atacar la moral alemana, aunque toleraba la idea. El efecto del bombardeo «de zonas», a su modo de ver, dependía de la pura destrucción. Si se volaban suficientes ciudades, los alemanes se vendrían abajo.

El nombramiento de Harris coincidió con dos innovaciones que reavivaron la ofensiva de bombardeos nocturnos. La primera era el sistema de navegación Gee, que consistía en enviar señales de radio desde Gran Bretaña que permitían al navegante determinar la posición del avión y localizar el blanco. El sistema Gee mejoró mucho la precisión de los bombardeos a ciegas, pero su alcance apenas llegaba al Rin. Sin embargo, los científicos británicos no se equivocaron al calcular que la vida operacional del sistema no

duraría más de seis meses y que los alemanes idearían la forma de contrarrestarlo. Durante aquel período, con todo, Harris procuró sacar la máxima ventaja táctica del nuevo sistema. Un ataque a gran escala contra Lübeck destruyó casi la mitad de la ciudad y las bombas arrojadas sobre Rostock infligieron daños aún mayores. Los éxitos obtenidos al atacar los citados blancos —elegidos porque eran fáciles de localizar y muy inflamables— resucitaron el prestigio del Mando de Bombardeo y garantizaron que la RAF continuaría recibiendo una parte considerable de la producción industrial de Gran Bretaña.

La segunda innovación fue crear el auténtico bombardero pesado, monstruo cuatrimotor que podía transportar cargas de bombas mucho mayores. Con el Halifax y en particular el Lancaster, el Mando de Bombardeo tenía aviones capaces de infligir castigos terribles. En mayo de 1942 los primeros ataques «de mil bombardeos» decidieron la cuestión. Para demostrar el potencial del bombardeo estratégico, Harris concentró 1043 bombarderos para un solo ataque nocturno contra Colonia. La noche del 30 al 31 de mayo la ciudad renana sufrió más daños que en los 70 ataques anteriores al caer sobre ella más de 1300 toneladas de bombas. Ardieron 243 hectáreas de la ciudad, la mitad de ellas en el centro. La tasa de pérdidas de los bombarderos atacantes, el 5,94 por ciento, fue alta pero dentro de límites aceptables. Si bien los daños causados a la ciudad no fueron permanentes, en Gran Bretaña el primer ataque



«de mil bombarderos» provocó una reacción política de entusiasmo. Y aunque fue la única vez que pudieron reunirse tantos aparatos en 1942, las capacidades del Mando de Bombardeo crecieron sin parar mientras los líderes alemanes persistían en subestimar el peligro que llegaba del cielo.

A principios de 1943 ya se disponía de un número creciente de nuevos bombarderos cuatrimotores a la vez que de sistemas

tecnológicos tales como el Oboe (aparato radiogoniométrico de navegación) y el H2S (localizador de blancos mediante el radar), que junto con la nueva fuerza de Pathfinders (que localizaban y marcaban los blancos), permitieron asestar una serie de golpes devastadores contra la cuenca del Ruhr. Los ataques de la primavera de 1943 representaron un punto decisivo de la campaña de bombardeo. Las fuerzas de Harris podían infligir ahora un castigo tremendo en casi todos los ataques a gran escala. Sin embargo, el coste siguió siendo alto y el Mando de Bombardeo se expuso a la derrota al acercarse las pérdidas a niveles inaceptables: no menos de 872 bombarderos durante la primavera de 1943. Entonces, en julio, Harris introdujo el sistema denominado Window, que consistía en lanzar tiras de aluminio que reflejaban la imagen de un bombardero y confundían al sistema de radar alemán. Con sus pantallas llenas de estas imágenes, los operadores de radar alemanes se veían reducidos a la impotencia.

A finales de julio, el Mando de Bombardeo se volvió contra Hamburgo y lanzó una serie de ataques llamada apropiadamente Gomorra, como la pervertida ciudad de la Biblia que fue destruida por Dios. Con las defensas de Hamburgo cegadas y su situación, en un estuario, fácilmente identificada por medio de los instrumentos de ayuda a la navegación, los bombardeos británicos fueron de una precisión devastadora a partir del primer ataque, que tuvo lugar la noche del 24 al 25 de julio. Pero fue el segundo ataque el que causó la catástrofe. Gran parte de los bomberos de Hamburgo se encontraban en el norte de la ciudad combatiendo los efectos de ataques anteriores. Las condiciones climatológicas eran perfectas: la noche era calurosa, seca y clara. Y las defensas no podían hacer nada. Antes de que transcurrieran 20 minutos desde que los primeros Pathfinder iluminasen la zonaobjetivo en el centro de la ciudad, Hamburgo estalló en llamas. La creciente pira fue alimentada por los mayores almacenes de madera que había en el Reich y las sucesivas oleadas de bombarderos no tuvieron ninguna dificultad para localizar el blanco y descargar sus bombas. El infierno alcanzó temperaturas de hasta
537° C,
mientras aire supercalentado barría la ciudad a velocidades cercanas a los mil kilómetros por hora. Un alemán recordaba la

tempestad de fuego de esta manera: «Muchas personas empezaron a arder y se tiraron al canal. En el muelle tuvieron lugar escenas horribles. La gente moría abrasada en medio de horribles sufrimientos; algunas personas enloquecieron. Alrededor nuestro había muchos cadáveres».[5] En algunas zonas los equipos de socorro sólo encontraron las cenizas de las personas que habían tratado de refugiarse del bombardeo: el calor había incinerado los cuerpos por completo. Murieron como mínimo 40 000 alemanes. Más de la mitad de las viviendas de la ciudad, el 75 por ciento de sus fábricas de electricidad, el 60 por ciento de su sistema de abastecimiento de agua y el 90 por ciento de sus fábricas de gas resultaron destruidos. Después de los ataques, la producción descendió en un 40 por ciento en el caso de las grandes empresas y un 80 por ciento en el de las medianas y las pequeñas.

La noticia de la devastación de Hamburgo corrió por todo el Reich y el aterrador desastre preocupó a los líderes nazis incluso más que los daños materiales. Albert Speer, el jefe de producción de armamento, advirtió a Hitler que otros seis ataques igualmente destructivos podían detener la producción de armamento del Reich. El *Führer* contestó que Speer encontraría la forma de poner las cosas en orden. En retrospectiva, Hitler acertó, pero en gran medida fue debido a que ni siquiera en 1943 pudo el Mando de Bombardeo lanzar más ataques tan devastadores como el de Hamburgo. No obstante, en agosto la RAF destruyó gran parte de la estación experimental de cohetes de Peennemünde. Pero al acercarse el otoño, las defensas alemanas se recuperaron y las pérdidas británicas empezaron a aumentar otra vez.

LLEGAN LOS NORTEAMERICANOS

A diferencia de la RAF o la Luftwaffe, las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos (USAAF) se permitieron el lujo de observar los dos primeros años de la guerra aérea sin tomar parte en ella. Pero los norteamericanos aprendieron poco de la experiencia de sus aliados. No hay ningún indicio de que el tiempo complementario surtiera algún efecto en las concepciones que tenían los aviadores estadounidenses de la campaña que pretendían

hacer; en su opinión, sólo una numerosa fuerza de bombarderos de precisión podía destruir la economía de guerra nazi atacando la red eléctrica, la red de transportes e industrias clave tales como la del petróleo. Las USAAF basaban su método operacional en un documento que redactó la división de planes de guerra en agosto de 1941 titulado AWPD/1 (Air War Plan D/l). El documento preveía una gran fuerza de bombarderos de precisión que destruiría la economía de guerra nazi por medio de ataques contra sus industrias clave. Sus objetivos incluían los que ya hemos citado. Basándose en este documento, los norteamericanos idearon un detallado y complejo plan de bombardeo de precisión y se propusieron seguirlo sin desviarse un ápice. Necesitaron mucho tiempo, sin embargo, para preparar sus fuerzas. El primer bombardeo norteamericano en el continente europeo no tuvo lugar hasta agosto de 1942, cuando aviones Boeing B17 escoltados por cazas británicos atacaron los patios de maniobras de los ferrocarriles en Ruán. Durante el resto de 1942 la mayoría de los ataques norteamericanos se ciñeron a la autonomía de vuelo de los cazas de escolta y, por consiguiente, las pérdidas siguieron siendo pequeñas.

En noviembre de 1942 los desembarcos aliados en el norte de África obligaron a enviar gran parte de los bombarderos de la 8ª fuerza aérea norteamericana al Mediterráneo. Por tanto, hasta la primavera de 1943 no contó con un número de aviones suficiente para lanzar ataques sin escolta en el interior del espacio aéreo alemán. Cuando empezaron estos ataques, las defensas aéreas alemanas basadas en los cazas y los cañones antiaéreos (*flak*) resultaron ser más formidables de lo que esperaban los norteamericanos. El 17 de abril, los B17 atacaron la fábrica Folke Wulf cerca de Bremen, que producía aviones de caza; se perdieron 16 bombarderos estadounidenses y 40 resultaron dañados, lo que representaba el 40 por ciento de los aviones atacantes. Durante el verano, la selección de blancos combinó la doctrina de antes de la guerra con las realidades de ésta. Los objetivos principales eran las fábricas que producían motores y armazones para cazas, seguidas de astilleros de construcción de submarinos, fábricas de rodamientos de bolas y refinerías de petróleo. La importancia que se daba a reducir la producción de cazas era fruto del respeto que la Luftwaffe infundía a los aliados. Los aviadores albergaban la

esperanza de que la destrucción de las fábricas de rodamientos de Alemania tuviera efectos en cascada en toda la producción industrial.

En junio la 8ª fuerza aérea atacó dos blancos situados más allá de donde podían llegar los cazas de escolta. En ambos ataques las pérdidas fueron numerosas. El primero fue contra el complejo de caucho sintético de Hüls y resultó uno de los más afortunados de la guerra. Pero los norteamericanos esperaron más de un año antes de lanzar un segundo ataque y la fábrica, después de extensas reparaciones, alcanzó su producción máxima en marzo de 1944. En julio los bombardeos diurnos alcanzaron un nuevo nivel de intensidad cuando, durante un par de semanas, los norteamericanos atacaron Hamburgo, Hannover, Kassel, Kiel y Warnemünde. Chocaron con la feroz oposición de los cazas enemigos y perdieron 87 bombarderos. Luego, el 27 de julio, cazas P47, que por primera vez utilizaban depósitos arrojadizos, lo cual les permitía llevar carburante extra y, por tanto, aumentar su autonomía de vuelo, atraparon a unos cazas enemigos sobre el Rin cuando atacaban a B17 rezagados que volvían de una misión de bombardeo.

La 8ª fuerza aérea lanzó su ataque más ambicioso el 17 de agosto: una incursión doble contra la fábrica de rodamientos de bolas de Schweinfurt y el complejo de montaje Messerschmidt en Ratisbona. Los ataques se lanzaron por separado, pese a que los planes disponían que las dos formaciones se apoyaran mutuamente. Después de atacar ferozmente a la formación de B17 de la 3ª división de bombardeo del general de brigada Curtís LeMay, los cazas alemanes tuvieron tiempo para recuperarse, reponer carburante y rearmarse antes de que llegase la segunda formación atacante. El número de B17 derribados durante el día fue de 60, lo que equivale a más del 15 por ciento de la fuerza atacante; en un solo día la 8ª fuerza aérea había perdido el 10,3 por ciento de sus aviones y el 17 por ciento de sus tripulaciones.

Aunque los bombarderos causaron daños considerables a las fábricas de rodamientos de bolas, la producción no se interrumpió. Las fábricas, que producían el 45 por ciento de los rodamientos de bolas de Alemania, eran esenciales para la industria bélica, tal como habían calculado los planificadores del ataque aéreo, pero debido a varios factores imprevisibles la 8ª fuerza aérea no pudo causar

daños irreparables a la economía de guerra del Reich. En primer lugar, las bombas que se usaron no eran lo bastante pesadas como para destruir las máquinas y herramientas de las fábricas. Y, en segundo lugar, las pérdidas de maquinaria que sí se produjeron fueron repuestas rápidamente por los suecos y los suizos, siempre dispuestos a ayudar, a la vez que la propia industria alemana poseía reservas importantes.

Las incursiones dobles contra Schweinfurt y Ratisbona a mediados de agosto representaron una grave derrota para los bombarderos diurnos norteamericanos. No obstante, el incremento de la producción de aviones B17 y la llegada de más tripulaciones de Estados Unidos permitieron que la 8ª fuerza aérea continuase sus ataques. Después de una pausa en septiembre debido a las grandes pérdidas de agosto, en octubre hubo una serie de violentas batallas aéreas.

Las operaciones empezaron con fuertes ataques contra Bremen y Vegesack el día 8. Los atacantes sufrieron mucho: 30 aviones perdidos y 26 muy dañados. La incursión daba inicio a una semana de intensas operaciones. El 9 de octubre los norteamericanos atacaron la fábrica Arado en Anklam y la planta Folke Wulf en Marienburgo en el interior de Alemania, ambos importantes centros de producción de aviones; la profundidad y la magnitud del ataque sorprendieron a las defensas enemigas y la destrucción fue muy grande. El siguiente ataque a gran escala tuvo lugar el 10 de octubre y encontró mucha oposición. Escuadrillas de cazas alemanes fueron relevándose para atacar al primer grupo cuando se dirigía al objetivo y luego al alejarse de él, destruyendo la formación que volaba en vanguardia y que estaba integrada por el 100°
grupo de bombardeo. Ni uno sólo de los 12 aparatos del grupo regresó a su base. De los 119 bombarderos de la primera oleada, los alemanes derribaron 29, lo que representaba una pérdida del 24,4 por ciento.

Al cabo de cuatro días —el «Jueves Negro» para las tripulaciones que tomaron parte en la misión— los bombarderos norteamericanos volvieron a visitar Schweinfurt y recibieron una paliza aún peor. Los cazas y la *flak* enemigos derribaron 59 aviones B17 sobre Alemania o sobre territorio ocupado por los alemanes; uno cayó en

el Canal; tres fueron abandonados por sus tripulaciones cuando sobrevolaban Inglaterra; dos se estrellaron al aterrizar; y 17 de los 139 aviones que lograron tomar tierra fueron al desguace debido a los daños que habían sufrido en la batalla, mientras que los 122 restantes resultaron dañados en mayor o menor grado. En cuanto al personal, al finalizar el Jueves Negro en los aviones que volvieron había 5 muertos y 43 heridos, y 594 hombres desaparecieron en territorio en poder de los alemanes.

Una persona que estaba en tierra describió a las tripulaciones que regresaron en los términos siguientes: «Al llegar las tripulaciones sus rostros [están] cansados y macilentos, no sólo a causa de la fatiga, sino porque demasiados amigos han caído envueltos en llamas ante sus ojos. Demasiados. Jerry [11] había lanzado contra ellos tantos aviones que estaban desconcertados. Y por otra razón. Estaba todavía mañana y pasado mañana». Prácticamente todos los aviones que regresaron habían sufrido daños y bajas. Tal como comentó un superviviente a los que esperaban en tierra: «¡Jesucristo, danos cazas!»6

Las pérdidas en la segunda incursión contra Schweinfurt subrayaron lo que debería haber quedado claro en el primer ataque: las formaciones de bombarderos sin escolta no podían abrirse paso luchando en los cielos donde el enemigo tuviera gran número de cazas para defenderse. El ataque causó graves daños a la producción de rodamientos de bolas y Speer veía con preocupación la posibilidad de que los norteamericanos volvieran antes de que pudieran dispersarse las instalaciones de producción. Pero con grandes pérdidas y serios problemas de moral, la 8ª fuerza aérea no podría atacar de nuevo Schweinfurt en un futuro previsible, a la vez que «Bombardero» Harris, con su desprecio por los blancos «de panacea», no *quería* atacar Schweinfurt.

LA RESPUESTA DE LA LUFTWAFFE

Con el comienzo de la operación Barbarroja, la Luftwaffe se encontró desplegada en tres frentes: la Europa occidental, el Mediterráneo y la Europa oriental. No obstante, hasta finales de

1942 concentró gran parte de sus efectivos en la lucha contra los soviéticos; aproximadamente el 50 por ciento de sus fuerzas estaba inmovilizado en aquel teatro, donde se produciría el 60 por ciento de sus pérdidas. Alemania había entrado en la segunda guerra mundial con un sistema de defensa aérea considerablemente inferior al de Gran Bretaña, pese a que su tecnología era superior. La defensa de las ciudades del Tercer Reich correspondió a la artillería antiaérea, toda vez que los cazas estaban ocupados combatiendo sobre territorio enemigo. Los alemanes continuaron haciendo hincapié en la *flak* durante toda la guerra, pese a que eran conscientes de que incluso el fuego guiado por radar era ineficaz, en especial contra aviones que volaban a gran altura. No obstante, Hitler, con su amor a los cañones, era partidario acérrimo de las fuerzas de *flak* de la Luftwaffe. Igual importancia tenía el hecho de que los cañones antiaéreos que disparaban contra los aviones atacantes eran una especie de muleta psicológica para la población alemana. En 1943 Joseph Goebbels, el ministro de propaganda nazi, con el apoyo de los Gauleiters (los jefes de distrito del Partido Nazi), todavía censuraba a la Luftwaffe por tener un número insuficiente de baterías de *flak* defendiendo las ciudades de la Patria.

En julio de 1940 la Luftwaffe estableció en Bruselas, bajo el mando del general Joseph Kammhuber, la 1ª división de cazas nocturnos, en la que había cierto número de cazas diurnos que no estaban dotados de radar. Una de las primeras medidas defensivas fue la instalación en el oeste de Alemania de numerosos cinturones de reflectores antiaéreos para iluminar a los bombarderos británicos, que los cazas monomotores Bf 109 intentarían luego destruir; estas medidas tuvieron poco éxito. En octubre de 1940 los alemanes introdujeron el radar Würzburg y en 1941 ya habían establecido un cinturón defensivo de estaciones de radar que iba de Dinamarca a Holanda y luego seguía hacia el sur a través de Bélgica hasta el norte de Francia. Se trataba de un sistema de alerta inmediata que además permitía controlar la interceptación desde tierra y apoyar a una fuerza de cazas nocturnos dotados de radar. A comienzos de 1942 la línea Kammhuber, como la llamaron, representaba un sistema de gran profundidad y muy avanzado, pero también adolecía de una grave deficiencia. Con un único centro de

intercepción y un solo caza defendiendo una zona dada, el Mando de Bombardeo británico podría derrotar las defensas enviando un grupo compacto de bombarderos.

La creciente amenaza no despertó al alto mando alemán. Durante 1942 el OKW siguió con la atención concentrada en el frente oriental, incluso después de la terrible sacudida del ataque «de mil bombarderos» contra Colonia a finales de mayo. Lo ocurrido en Colonia puso furioso a Hitler. En una diatriba dirigida contra Hans Jeschonnek, jefe del estado mayor de la Luftwaffe, Hitler se burló de los intentos de la fuerza aérea de presentar la defensa de Colonia como una victoria. Para Hitler, la única réplica a semejantes incursiones de terror era pagar con la misma moneda. Tal como él lo veía, el ataque representaba un intento de los ingleses de abrir un segundo frente en los cielos. Pero durante el resto del año los ingleses no obtuvieron ninguna victoria comparable con la incursión contra Colonia, y como las incursiones de las que informó el OKW durante el verano y el otoño de 1942 fueron muy dispersas, Hitler dejó de pensar en la amenaza. Por consiguiente, las fuerzas nocturnas de la Luftwaffe recibieron un apoyo mínimo. De los 116 aviones con que contaban en septiembre de 1940, las fuerzas de Kammhuber aumentaron hasta 250 en septiembre de 1941, pero sólo a 345 en septiembre de 1942. En vez de destinar recursos a las defensas nocturnas, los alemanes trataron de obligar a los ingleses a poner fin a los bombardeos estratégicos mediante incursiones de represalia, tales como las llamadas «incursiones Baedeker» contra Inglaterra, que eran un concepto muy propio de Douhet.

A comienzos de 1943 la línea Kammhuber ya se veía desbordada por los aviones de la RAF. Pero los líderes nazis seguían pensando en tomar represalias en vez de en organizar una defensa eficaz. La destrucción de gran parte de la cuenca del Ruhr fue un golpe duro, pero el bombardeo de Hamburgo hizo que la amenaza fuese más apremiante. El 30 de julio de 1943 el mariscal de campo Erhard Milch, jefe de producción de la Luftwaffe, advirtió que el enemigo estaba intensificando los ataques aéreos. Si no se lograba vencer la amenaza, Alemania se encontraría en una situación desesperada. Milch anunció luego que Hitler había dado la máxima prioridad a la producción de cazas, que aumentaría hasta la cifra de 2000 aviones

al mes antes del verano de 1944. El frente oriental tendría que arreglárselas como pudiera hasta que la Luftwaffe hubiese reducido la amenaza de los bombarderos en Alemania. De hecho, incluso después de que gran parte de los efectivos de caza de la Luftwaffe volvieran al Reich, Hitler siguió sin mostrar interés por la adopción de una estrategia defensiva. Poco tiempo después de la destrucción de Hamburgo, advirtió a sus asesores que «el terror sólo puede vencerse con terror». Los ataques contra los aeródromos alemanes no le impresionaban en absoluto, pero la destrucción de ciudades era otra cosa. Y el enemigo se sentiría de la misma manera cuando los bombardeos alemanes destruyeran sus ciudades. Además, «el pueblo alemán exige represalias».[7] A estas alturas de la guerra los alemanes ya habían empezado a destinar recursos inmensos a los programas de construcción de cohetes V1 y V2, con la esperanza de que estas nuevas armas sirvieran para lanzar los ataques de represalia que Hitler había prometido.

Mientras tanto, la creciente intensidad de los ataques norteamericanos representaba una nueva amenaza para el Reich. Las grandes batallas aéreas del verano de 1943 obligaron a la Luftwaffe a hacer un esfuerzo tan terrible que Jeschonnek se suicidó al día siguiente del ataque norteamericano contra Schweinfurt y el de la RAF contra Peennemünde. Sin embargo, los alemanes consiguieron soportar la arremetida norteamericana y tomaron dos decisiones estratégicas que les proporcionaron un respiro de la ofensiva aérea diurna: concentrar los cazas monomotores en el Reich trasladando casi todos sus cazas a Alemania, y usar armas y tácticas nuevas contra los atacantes diurnos. La primera decisión supuso ceder el control del aire sobre sus apuradas fuerzas de tierra en el frente oriental así como en el Mediterráneo y en el norte de África. La segunda decisión significó que, al llegar el otoño de 1943, las nuevas tácticas y armas permitirían a los comandantes de los cazas alemanes debilitar en gran medida la ofensiva diurna norteamericana. En septiembre los alemanes ya habían perfeccionado su sistema defensivo contra las incursiones de día. En primer lugar, sus bimotores Bf 110 volaban siguiendo el borde de las formaciones de B17 norteamericanos, justo fuera del alcance de su armamento defensivo, y disparaban cohetes contra ellas. Los cazas Bf 109 y Fw 180 lanzaban luego ataques de frente y por

detrás para romper las formaciones. Los depósitos de municiones y carburante dispersos por todo el Reich permitían a los cazas de la Luftwaffe hacer múltiples salidas contra los bombarderos enemigos sin necesidad de volver a sus bases.

Con todo, a pesar de los buenos resultados de las defensas aéreas alemanas, había señales de derrota inminente. Aunque las formaciones de bombarderos sufrían numerosas pérdidas, también infligían grandes pérdidas a sus torturadores. En septiembre la Luftwaffe perdió 276 cazas monomotores en el oeste (el 17,4 por ciento de sus cazas) y en octubre, otros 284. Aún más peligrosas a largo plazo eran las pérdidas de pilotos de caza. En julio, agosto y septiembre de 1943, alrededor del 16 por ciento de los pilotos de caza alemanes murió, resultó herido o desapareció en combate cada mes; y en noviembre y diciembre la cifra se acercó al 10 por ciento. La media mensual de pilotos en las escuadrillas de cazas operacionales de la Luftwaffe en 1943 era de 2105, mientras que las pérdidas de pilotos de caza durante el año fueron de 2967 pilotos muertos, heridos o desaparecidos, lo que representa el 141 por ciento. Esas pérdidas eran inferiores a las de tripulantes de la 8ª fuerza aérea estadounidense (aproximadamente el 38 por ciento en mayo y junio, el 35 por ciento en julio, el 31 por ciento en agosto, el 20 por ciento en septiembre y el 37 por ciento en octubre). Si el riesgo relativo se expresa en términos estadísticos, en 1942 un joven alemán tenía mejores probabilidades de sobrevivir alistándose en las Waffen SS y luchando en el frente oriental que haciéndose piloto de caza, mientras que en el mismo año las probabilidades de sobrevivir de un joven norteamericano eran mejores si se alistaba en la infantería de marina y combatía en el Pacífico que si volaba con la 8ª fuerza aérea en 1943. Pero a la larga los norteamericanos, que contaban con más pilotos y aviones en reserva, podían absorber tales pérdidas. La Luftwaffe no podía y el derrumbamiento de sus defensas basadas en los cazas en 1944 reflejó el efecto acumulativo de este desgaste.

Lógicamente, la persistencia de los ataques aéreos diurnos indignó a Hitler. Como se negaba a alterar las prioridades de producción, el *Führer* y Goering buscaron otras respuestas. Una solución era aumentar el entusiasmo nacionalsocialista por la defensa de la Patria. Tal como Goering argumentó a sus pilotos y a

su estado mayor en numerosas ocasiones, lo que exigía el momento era abordar la defensa aérea con mayor fanatismo; también reprendió a los pilotos de caza porque, a su modo de ver, su cobardía era la causa directa de los apuros en que se encontraba el Reich. Goering y Hitler no eran los únicos que hacían afirmaciones de esta clase. El mariscal de campo Kesselring, que era muy admirado por los comentaristas anglonorteamericanos de la posguerra (pero no tanto por quienes sirvieron a sus órdenes), mostró un entusiasmo inquebrantable por el fanatismo ajeno en combate. Ya en marzo de 1943, instaba a sus apurados pilotos de caza a tomar por modelo a los japoneses e intercalaba en sus mensajes amenazas de consejo de guerra para aquéllos cuyo fanatismo fuese insuficiente.

Pero el obstáculo insuperable en la defensa del espacio aéreo alemán era la falta de interés que el propio Hitler mostraba por la guerra aérea en Alemania. Para él era una vergüenza más que otra cosa. En cierto momento el *Führer* llegó a argüir que la destrucción de las ciudades de Alemania «en realidad nos favorece, porque está creando un grupo de gente que no tiene nada que perder… gente que, por tanto, luchará con absoluto fanatismo».[8] Una conversación entre Goering y Milch en noviembre amplía este argumento. Milch sugirió que además de las cuestiones de vida o muerte del frente oriental, estaba igualmente preocupado por lo que haría la patria cuando los bombarderos norteamericanos volviesen en 1944. Goering replicó que «cuando todas las ciudades de Alemania hayan sido arrasadas, el pueblo alemán seguiría viviendo. Desde luego, sería espantoso, pero la nación ya vivía antes de que hubiera ciudades». Milch sugirió entonces que semejante circunstancia podía afectar a la producción de armas, pero Goering no le escuchó y, en vez de ello, preguntó a su jefe de producción qué era más peligroso para el esfuerzo de guerra: la destrucción de Berlín o la llegada de los soviéticos a suelo alemán. Goering señaló que esto último era el «peligro número uno».[9]

En realidad, los alemanes ya habían perdido la guerra aérea en 1941 al optar por hacer caso omiso de las lecciones de la batalla de Inglaterra y no poner su industria aeronáutica en pie de guerra. Se habían preparado para una guerra en la Europa central, pero el número de aviones y pilotos que eran suficientes dentro de las

fronteras del Reich antes de la contienda no podía satisfacer las necesidades de una guerra en el aire desde el golfo de Vizcaya hasta Moscú y desde el cabo Norte hasta Libia. La tendencia más peligrosa en 1941 era un programa de producción insuficiente tanto a corto como a largo plazo.

Es sorprendente constatar lo bajos que eran los niveles de producción de la Luftwaffe al empezar la guerra, aunque reflejaban la realidad económica de los años anteriores al conflicto. Las victorias de 1940, sin embargo, mejoraron de manera fundamental la situación económica y estratégica del Reich, ya que ahora los alemanes podían echar mano de los recursos de Europa. Disponiendo de ese potencial, hubieran podido organizar las nuevas conquistas de acuerdo con su propia economía para incrementar la producción de armamentos. Con una cortedad de vista que es difícil comprender en retrospectiva, no lo hicieron. Goering resumió la política económica nazi a comienzos de la guerra: «En lo que a mí respecta, pienso en el pillaje de manera exhaustiva».[10] La explotación por parte de los nazis de las economías de los países conquistados consistió en gran medida en expediciones de saqueo en las cuales las autoridades militares y civiles rivalizaban en el reparto del botín. Las materias primas obtenidas así y gran número de máquinas herramientas iban a parar directamente al Reich, lo cual tenía poco sentido desde el punto de vista económico, ya que las fábricas de Alemania, en especial las de la industria aeronáutica, ya estaban infrautilizadas.

El nombramiento de Milch para que controlase la producción de aviones en el verano de 1941 supuso una gran mejora. En un discurso que pronunció ante los principales industriales del Reich, Milch expuso los nuevos objetivos de la producción y pidió a sus oyentes que juzgasen lo que era posible y lo que no lo era. Además, se negó a permitir que la industria siguiera produciendo aviones en serie e insistió en que, en su lugar, pasara a la producción en masa, al menos de los tipos de avión más antiguos. El cambio de dirección llegó, sin embargo, demasiado tarde. En 1941, las potencias occidentales ya producían muchos más aviones que Alemania. En el último trimestre, la producción anglonorteamericana de cazas era casi cuatro veces mayor que la alemana; en la de aviones bimotores, la ventaja era casi del doble; y en la de cuatrimotores, era la friolera

de 40 veces mayor. Los totales de 1941 sólo eran una parte de la historia. Los ingleses y los norteamericanos también estaban haciendo inversiones básicas para incrementar mucho más la producción en los años venideros; dado el potencial de la economía norteamericana, la escala de todos estos preparativos fue tan grande que los alemanes ni siquiera hubieran podido imaginarla.

Al aumentar sus pérdidas de aviones y tripulantes a partir de 1941, la Luftwaffe sacó lo que pudo de su industria y sus escuelas de vuelo y destinó tripulaciones inexpertas y aviones mal fabricados a unidades de primera línea. Mientras tanto, los líderes nazis cerraban los ojos ante el peligro. Goebbels se deleitaba tomando nota de todos los desastres aliados en 1942 al tiempo que rechazaba las cifras de producción norteamericanas, tachándolas de fanfarronadas. La realidad apareció de forma harto clara en 1943, año en que la industria alemana produjo un 64 por ciento más de aviones que en 1942, con un espectacular aumento del 125 por ciento en la producción de cazas. En mayo, produjo 1000 cazas por primera vez; en julio la producción había alcanzado 1263. No era suficiente. La superioridad cada vez mayor de las fuerzas aéreas aliadas, tanto en aviones como en tripulantes, ocasionó una tasa de desgaste tan grande en la Luftwaffe que, a pesar del gran aumento de la producción, los efectivos de las unidades alemanas de primera línea sólo crecieron un poco.

Milch se esforzó una y otra vez por informar a Hitler y a Goering de la amenaza. Hitler siguió mostrándose escéptico. A principios de julio de 1943, Kammhuber propuso al *Führer* que se llevara a cabo una reestructuración radical de las defensas aéreas contra los bombarderos. Hitler respondió exigiendo que se le informara del origen de «estas cifras disparatadas» y añadió que «si las cifras de producción aliadas fueran correctas, tendríamos que interrumpir la ofensiva en el este y concentrarlo todo en la defensa aerea».[11] Como no tenía la menor intención de hacer nada parecido, aseguró a Kammhuber que las cifras tenían que ser falsas.

LA DEFENSA NOCTURNA DEL REICH

A raíz del suicidio de Jeschonnek en agosto de 1943, el general

Günther Korten fue nombrado jefe del estado mayor de la Luftwaffe. Korten, que era consciente de la situación desesperada de Alemania, tenía dos objetivos estratégicos: reforzar las defensas aéreas del país y crear una fuerza de bombardeo estratégico para atacar la economía de guerra soviética. La tarea era imposible, sin embargo, porque la Luftwaffe ya había perdido la oportunidad de defender el Reich. Hitler se negó a dar prioridad a los cazas sobre los bombarderos porque se resistía, incluso a estas alturas, a reconocer la razón principal de la apurada situación de Alemania: la abrumadora superioridad de la producción aliada. Tanto él como Goering sacaron a relucir muchas excusas sobre por qué los bombarderos aliados se internaban tanto en los espacios aéreos del Reich, pero un tema recurrente era la cobardía de los pilotos de caza. Si se tiene en cuenta el gran número de bajas que se producían entre estos jóvenes, las acusaciones de esta clase ponen de relieve la hipocresía de los líderes de Alemania.

En septiembre y octubre de 1943 el Mando de Bombardeo británico prosiguió su ofensiva con una serie de ataques devastadores contra ciudades alemanas. El 5 de septiembre las fuerzas de Harris concentraron los grandes bombardeos en la zona de MannheimLudwigshafen y destruyeron ambas ciudades. El 4 de octubre pulverizaron Francfurt del Mein y el 8 de octubre destruyeron la mayor parte del centro de Hannover. El ataque que causó más daños se produjo el 22 del mismo mes contra Kassel; los aviones Pathfinder marcaron el objetivo con tanta exactitud que el 86 por ciento de los aviones atacantes arrojaron sus bombas dentro de un radio de entre cuatro y cinco kilómetros del blanco. La concentración provocó una segunda tempestad de fuego; las ruinas seguían humeando siete días más tarde. En noviembre Harris decidió utilizar sus fuerzas para destruir Berlín. En una nota a Churchill sugirió: «Podemos demoler Berlín de un extremo a otro si la USAAF participa. Nos costará entre 400 y 500 aviones. A Alemania le costará la guerra».[12] Harris esperaba ganar la guerra durante el invierno valiéndose exclusivamente del bombardeo de zonas. Ahora cruzó la línea que separaba la perseverancia realista de la adhesión empecinada a las ideas preconcebidas. No hubiera podido escoger un blanco más difícil. Berlín se encontraba en lo más hondo de Alemania, por lo que las fuerzas atacantes tenían que

recorrer largas distancias y arrostrar las defensas aéreas del enemigo. El tamaño de la capital exacerbaba el problema. Para los bombarderos británicos era relativamente fácil arrojar sus bombas dentro de los límites de la ciudad; otra cosa era lograr la concentración que el bombardeo de zonas requería. Además, Berlín quedaba fuera del alcance de los aparatos de navegación a la vez que en la ciudad había pocos rasgos topográficos que permitieran que el radar captase una imagen clara para los apuntadores. Finalmente, el invierno europeo que se avecinaba resultó una pesadilla.

También los alemanes tenían dificultades. Al igual que los aliados, se veían obligados a volar con un tiempo atroz. Pero en el otoño de 1943 sus defensas nocturnas, que se basaban en los cazas, ya habían mejorado mucho tanto en el material como en la táctica después de las derrotas del verano. Los científicos alemanes habían creado un nuevo radar aerotransportado, el SN2, cuya longitud de onda era mayor; por consiguiente, el sistema Window ya no daba buenos resultados. En la vertiente táctica, los cazas nocturnos alemanes habían abandonado el sistema que los ataba a determinadas estaciones de radar. Ahora, guiados por comentarios continuos y radiofaros, podían despegar rápidamente para interceptar las formaciones de bombarderos. Este sistema menos rígido tenía algunos inconvenientes; la RAF podía atraer a los cazas hacia ataques de diversión y proteger así el ataque principal. Pero en conjunto el nuevo plan defensivo permitía concentrar más cazas para atacar a los bombarderos.

La ofensiva contra Berlín empezó en noviembre de 1943 con cuatro grandes ataques. Al principio las pérdidas fueron escasas, lo cual sorprendió al Mando de Bombardeo, pero las cifras eran engañosas. En diversas ocasiones el tiempo era tan malo que los cazas nocturnos no pudieron despegar. El mal estado del tiempo proporcionó un manto protector a los atacantes británicos, pero también les impidió concentrar gran número de bombarderos. A pesar de ello, Berlín sufrió grandes daños porque una lluvia de bombas cayó sobre toda la ciudad. Goebbels comentó en tono pesimista: «La situación se ha vuelto más alarmante porque han incendiado una planta industrial tras otra… El cielo sobre Berlín es de un intenso rojo de sangre, y de una belleza que impone. No

soporto verla». No obstante, el ministro de propaganda se consoló al ver que los ingleses exageraban la importancia de los daños y prohibió los desmentidos con la esperanza de que «cuanto antes se convenza Londres de que en Berlín no queda nada, antes detendrá su ofensiva contra la capital del Reich».[13]

En diciembre, las pérdidas de bombarderos británicos empezaron a aumentar espectacularmente; en enero, ya eran inadmisibles. Las tasas de desaparecidos en seis ataques contra Berlín aquel mes fueron del 6,1 por ciento y los bombardeos contra otras ciudades situadas también en lo más hondo de Alemania mostraron una media del 7,2 por ciento. Los ingleses perdieron 316 bombarderos aquel mes, cifra que ninguna fuerza aérea podía soportar. La balanza tecnológica y táctica se había inclinado ahora a favor de la defensa. En enero de 1944 los cazas nocturnos alemanes salían a interceptar a los bombarderos sobre el mar del Norte. Sus crecientes victorias obligaron a los ingleses a tomar medidas drásticas. La planificación y la dirección de los ataques se volvieron más complicadas, con falsos ataques, interferencia de las comunicaciones alemanas y abandono de las balizas que guiaban a los bombarderos. No obstante, Harris persistió en su campaña hasta finales de marzo y estuvo a punto de provocar la destrucción de sus propias fuerzas.

A comienzos de marzo, los ingleses atacaron objetivos situados en el sur de Alemania; a finales de mes volvieron a planear incursiones que se adentraban mucho en el Reich. El 24 de marzo las fuerzas de Harris atacaron Berlín por última vez y perdieron 77 bombarderos (el 9,1 por ciento). El día 26 los ingleses descargaron un golpe devastador contra Essen y, como la ciudad estaba cerca de la frontera occidental de Alemania, las pérdidas fueron mínimas, nueve bombarderos. La exactitud del bombardeo de Essen, sin embargo, subrayó hasta qué punto dependían los aviones de los aparatos de navegación, y los radiofaros sólo alcanzaban hasta las secciones occidentales del Reich. Durante la noche del 30 al 31 de marzo tuvo lugar la última penetración profunda de la ofensiva de Berlín, en condiciones climatológicas que eran perfectas para los interceptores enemigos. No sólo era imposible ocultar el paso de las formaciones de bombarderos, sino que además sobrevolaron uno de los principales radiofaros de los cazas enemigos. Los alemanes

derribaron 108 bombarderos y, entre éstos, los Halifax sufrieron una tremenda pérdida del 20,6 por ciento.

En cinco meses los ingleses habían perdido 1128 aviones, casi todos ellos bombarderos cuatrimotores. Además, mientras que las pérdidas fueron mucho mayores que en batallas anteriores, los beneficios para los aliados fueron palpablemente inferiores. Tal como el mariscal del aire D. C. Bennett, comandante de los Pathfinders, comentó después de la guerra, la batalla de Berlín «había sido lo peor que podía haberle pasado al mando».[14] A finales de marzo, Harris se encontraba e n el mismo punto que los norteamericanos habían alcanzado en octubre del año anterior. Las pérdidas de bombarderos nocturnos, sin protección de cazas de escolta con gran autonomía de vuelo, resultaban prohibitivas.

LA BATALLA DIURNA

Ante las tremendas pérdidas sufridas en el ataque contra Schweinfurt debido a la falta de cazas de escolta, los norteamericanos hicieron un intento desesperado de ampliar la autonomía de vuelo de sus cazas añadiéndoles depósitos arrojadizos. El éxito de este plan fue sólo mínimo, pero en aquel mismo momento entró en escena el caza P51 Mustang, cuya autonomía de vuelo era muy grande. El P51 nació huérfano. La North American Aircraft creó este avión de ataque contra tierra a principios de la guerra con el fin de obtener un contrato de los ingleses. El modelo inicial poseía buenas capacidades a baja altitud, pero su motor Allison no funcionaba eficazmente a altitudes mayores. En el verano de 1942, ingenieros británicos aumentaron su potencia dotándolo de un motor Rolls Royce Merlin; en octubre de 1942 ya habían transformado un pavo en un águila. El camino que llevaba a la producción, sin embargo, resultó difícil. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos eran reacios a pedir que empezaran a producirse aviones de este modelo, toda vez que no era fruto de ninguna de las dos industrias aeronáuticas. Pero en el verano de 1943 el potencial del P51 ya era obvio, especialmente si se tenía en cuenta su autonomía de vuelo. El segundo desastre de Schweinfurt fue un último incentivo para proceder sin demora a la producción

en gran escala.

Entre finales de octubre y principios de enero, la aviación norteamericana concentró sus ataques en el oeste de Alemania, que se encontraba dentro de los límites de la autonomía de vuelo de los cazas de escolta que a la sazón tenían los aliados. No obstante, ambos bandos sufrieron numerosas pérdidas de aviones en los ataques, si bien el desgaste resultaba menos sostenible para la Luftwaffe. Las rachas de mal tiempo impedían utilizar inmediatamente el gran número de aviones que producían los norteamericanos, y a finales de año se registraron cambios importantes en la estructura de mando estadounidense. Una nueva fuerza aérea, la 9ª, asumió el control de las unidades tácticas que apoyaban la invasión. Además, la 15ª fuerza aérea empezaba a reforzar sus formaciones de bombarderos pesados en el sur de Italia, lo cual le permitía atacar blancos en Austria, Baviera y los Balcanes. Los generales Cari «Tooey» Spaatz y James Doolittle llegaron del Mediterráneo para asumir el mando de las fuerzas aéreas de Estados Unidos en Gran Bretaña. Su jefe, el general «Hap» Arnold, dejó claro en un mensaje de Navidad que su misión era «destruir la fuerza aérea enemiga dondequiera que la encontréis, en el aire, en tierra y en las fábricas».[15]

Doolitde era uno de los aviadores más interesantes e innovadores de la guerra. Se había alistado y había aprendido a volar durante la primera guerra mundial, pero no había llegado a luchar en ella. En el período de entreguerras hizo una carrera deslumbrante como piloto de caza, papel que le colocó en el primer lugar de la innovación tecnológica. Durante un viaje por América del Sur, se cayó por la ventana de un club de oficiales de Chile mientras bebía y se rompió los dos tobillos, pero continuó su viaje en avión por el continente sudamericano y luego regresó a Estados Unidos. Con todo, Doolittle era mucho más que un alocado piloto de caza. Obtuvo un doctorado en ingeniería aeronáutica por el Massachusetts Institute of Technology y a mediados de los años treinta fue pionero de los instrumentos de aterrizaje a ciegas. Dejó el Cuerpo Aéreo del Ejército en 1930 para trabajar en la Shell Corporation, donde fue precursor de los carburantes con mayor índice de octano, que fueron una ventaja importante para las fuerzas aéreas aliadas en los comienzos de la guerra.

Doolittle se reincorporó al servicio activo como oficial de la reserva al acumularse los nubarrones de guerra en 1940. A instancias de Arnold, organizó el ataque contra Tokio en 1942 y luego ascendió rápidamente hasta el mando de bombarderos pesados en el Mediterráneo. Desde allí, en mayo de 1943, mucho antes que nadie en Europa, advirtió a sus superiores de Washington que convenía crear cazas de escolta dotados de gran autonomía de vuelo o la ofensiva de bombardeo estratégico tropezaría con graves dificultades. Ascendido finalmente a teniente general, Doolittle era el oficial de la reserva norteamericana de graduación más alta que participó en la guerra. En los años ochenta el presidente Reagan le ascendió a capitán general.

A mediados de enero la 8ª fuerza aérea volvió a llevar a cabo una profunda penetración en Alemania en la que 663 bombarderos atacaron varios blancos. La cifra de aparatos indica hasta qué punto habían crecido los efectivos de la fuerza de bombardeo. Sin embargo, de los 174 aviones que atacaron las fábricas aeronáuticas de Oschersleben, los alemanes derribaron 34, y las pérdidas totales fueron de 60 bombarderos. Muchas de ellas se debieron al escaso apoyo que podían prestar los cazas de escolta; en aquel momento sólo se disponía de un grupo de cazas P51. La 8ª fuerza aérea encontró finalmente un intervalo de buen tiempo a mediados de febrero. Spaatz y Doolittle arrojaron todo lo que tenían contra la Luftwaffe y su estructura de apoyo. A estas alturas, el 8º Mando de Caza poseía 539 Lightnings P38J, 416 Thunderbolts P47D y 329 Mustangs P51B. Durante una semana el buen tiempo prevaleció; el resultado fue una gran batalla aérea que los vencedores llamaron la «Gran Semana». Grupos de cazas se turnaban para acompañar a los bombarderos hasta los objetivos y durante el viaje de vuelta, aunque debido a la escasez de P51 la cobertura todavía no era perfecta. El blanco principal era la industria aeronáutica, en particular las fábricas que producían cazas. A la larga, los alemanes superaron los importantes daños causados por los bombardeos y lograron aumentar la producción en un 50 por ciento, pero el precio que pagaron por ello fue interrumpir la producción de prácticamente todos los otros tipos de aviones. El incremento del peso de la producción aeronáutica alemana durante 1944 fue de sólo el 20 por ciento.

La Gran Semana empezó el 20 de febrero con un ataque contra múltiples objetivos de la industria aeronáutica alemana, que era el blanco principal de los bombardeos. Escoltados por 885 cazas, más de 1000 bombarderos despegaron de bases norteamericanas en Gran Bretaña. El ataque del primer día encontró una oposición relativamente leve, pero durante el resto de la semana se libraron batallas aéreas sobre toda la Europa central que culminaron en los ataques de los días 24 y *25* . El día 24 los norteamericanos perdieron 66 bombarderos pero sólo 10 cazas, lo cual reflejaba los intentos desesperados de la Luftwaffe de atacar principalmente a los bombarderos. Al día siguiente, la 8ª fuerza aérea perdió sólo 17 bombarderos de los 820 que envió. Pero la 15ª (la fuerza de bombardeo estratégico en Italia) perdió 41 bombarderos de los 116 que participaron en la incursión contra Ratisbona. Así pues, los norteamericanos perdieron 124 bombarderos en dos días, el doble de las pérdidas sufridas en los ataques contra Schweinfurt en 1943.

La capacidad de las fuerzas de bombardeo estratégico norteamericanas para soportar tales pérdidas era una señal de lo mucho que habían crecido desde el otoño de 1943. A diferencia de los alemanes, las fuerzas aéreas 8ª y 15ª pudieron absorber una tasa de desgaste cercana al 20 por ciento durante febrero. En febrero y los meses siguientes las pérdidas de pilotos y aviones de la Luftwaffe pusieron fin a su capacidad para organizar una defensa aérea eficaz *en cualquier parte* . Las tácticas defensivas que habían dado buenos resultados cuando las formaciones de bombarderos no iban acompañadas ya no servían. Los P51 se ensañaron con los cazas bimotores Bf 110, al tiempo que los Bf 109 y Fw 190 de la Luftwaffe luchaban desesperadamente por salir indemnes de los combates con los cazas de escolta. El combate sostenido de la Gran Semana causó gran devastación entre los cazas monomotores de la Luftwaffe. Las pérdidas norteamericanas durante los tres meses siguientes sugieren que la derrota no fue un proceso corto, sino prolongado, un proceso que finalmente, en mayo, culminó con la derrota de la Luftwaffe. Pero los resultados de febrero fueron pésimos para la Luftwaffe: perdió el 33 por ciento de los cazas monomotores. Aún más perjudicial fue la pérdida del 17,9 por ciento de sus pilotos de caza.

En marzo el desgaste fue aún mayor porque la 8ª fuerza aérea

amplió las operaciones hasta Berlín. El día 4, bombarderos norteamericanos atacaron la capital por primera vez. Dos días después un segundo ataque encontró una oposición tenaz que provocó la pérdida de 69 bombarderos. El tercer ataque en el espacio de seis días tuvo lugar el día 8. Lo único que pudieron hacer Goebbels y su Ministerio de Propaganda fue explicar sin convicción que «si de vez en cuando [bombarderos norteamericanos] vuelan en cielo despejado sin ser perseguidos en este momento por los temidos cazas alemanes, sólo el profano se engaña, y sólo durante unos momentos… En su caso, las formaciones cerradas no son una señal de fuerza».[16]

El desgaste de pilotos de caza alemanes alcanzó una nueva marca en marzo, casi el 22 por ciento. El incremento fue fruto de varios factores. El más obvio fue la aceleración del ritmo de las operaciones. Aunque los persistentes períodos de mal tiempo impidieron otra «gran semana», los norteamericanos siguieron presionando sin tregua. Los bombardeos, en particular contra las instalaciones de producción de cazas, obligaban a la Luftwaffe a despegar y luchar. Otro factor fue el aumento del número de escoltas norteamericanos con gran autonomía de vuelo. Además, Doolittle dio permiso a sus cazas para que, después de cumplir su misión principal, que era escoltar a los bombarderos, atacasen a los aviones alemanes en cualquier parte del Reich y causaran estragos en los aeródromos alemanes volando a baja altura. Un último factor fue la pericia de los pilotos: las mayores pérdidas de la Luftwaffe ocurrieron entre los pilotos inexpertos. Los aviadores norteamericanos y británicos contaban con casi el doble de horas de vuelo de adiestramiento, lo cual ponía a los pilotos novatos de la Luftwaffe en una situación muy desventajosa, y los efectos de los errores que cometían empezaban a notarse. Pero la ley de probabilidades empezaba a alcanzar también incluso a los pilotos alemanes con más experiencia. En marzo la Luftwaffe perdió dos comandantes de Geschwader (escuadrón), uno de los cuales había derribado 102 aviones enemigos y el otro, 161.

En abril los aliados continuaron ejerciendo presión sobre las defensas y la 8ª fuerza aérea perdió más bombarderos que en cualquier otro mes de la guerra. En mayo la Luftwaffe se vino abajo. A partir de entonces las pérdidas de bombarderos norteamericanos

disminuyeron mucho, tanto en cifras brutas como en porcentaje de aviones perdidos en cada ataque. A partir de mayo los cazas alemanes infligieron sólo daños esporádicos a los atacantes diurnos, mientras que sus propios niveles de pérdidas seguían siendo insoportables. Sólo en mayo la Luftwaffe perdió el 25 por ciento de sus pilotos de caza, y en los primeros cinco meses de 1944 había perdido 2262 de los 2395 pilotos de caza que estaban de servicio el 1 de enero.

Este desgaste insostenible causó una reacción que se extendió por toda la fuerza aérea. Para atender a la demanda de nuevos pilotos que substituyeran a los pilotos con experiencia que morían, el mando de adiestramiento de la Luftwaffe acortaba una y otra vez el plan de estudios al tiempo que reducía el número de horas de vuelo que se exigían a los novatos. Los pilotos de caza alemanes pasaban menos de 80 horas volando en aviones operacionales antes de ser enviados a su primera misión de combate, mientras que los pilotos de la RAF y de la USAAF contaban con 225 horas de vuelo en aviones operacionales. Un estudio de la Luftwaffe no pudo hacer más que sugerir que sus jóvenes pilotos compensaran esta obvia desventaja con mayor entusiasmo y más valor. No lo consiguieron, pero miles de ellos murieron en el intento.

NORMANDÍA Y PETRÓLEO

El 1 de abril de 1944, todos los recursos aéreos de las potencias occidentales, incluidos la 8ª fuerza aérea norteamericana y el Mando de Bombardeo británico, pasaron a estar bajo el control operacional del Comandante Supremo de las Fuezas Expedicionarias Aliadas en Europa, el general Dwight D. Eisenhower. El adjunto de Eisenhower, el mariscal del aire *sir* Arthur Tedder, con la ayuda inestimable de Solly Zuckerman, su principal colaborador científico, había planeado una campaña aérea cuyo objetivo era destruir la capacidad de la Wehrmacht para incrementar y abastecer sus fuerzas en la futura zona de invasión. Tedder era una anomalía entre los altos mandos de la RAF durante la guerra. Se mostró siempre dispuesto a adoptar una perspectiva conjunta con las diversas armas en vez de seguir los prejuicios estrechos de su propia

arma. En calidad de comandante de las fuerzas de la RAF en Oriente Medio, Tedder había comprendido inmediatamente que el bombardeo estratégico tenía poca relación con las necesidades de su teatro de operaciones. Así pues, se concentró en crear una fuerza equilibrada que fuera capaz de cumplir diversas misiones: alcanzar la superioridad aérea para que el ejército británico pudiese hacer su trabajo sin ser hostigado por la Luftwaffe, prestar apoyo aéreo a las fuerzas de tierra que estuvieran en apuros al luchar contra el Afrika Korps, llevar a cabo ataques de inhabilitación contra la infraestructura del Eje en el norte de África y misiones de ataque contra las líneas de abastecimiento de Rommel en el Mediterráneo. Después del éxito de los desembarcos de la operación Antorcha y la conexión de las fuerzas aliadas en Tunicia, Eisenhower y Tedder formaron una asociación que duró hasta el final del conflicto. El plan de Tedder y Zuckerman tenía por objetivo destruir la red de ferrocarriles del oeste y el centro de Francia y paralizar el tráfico por carretera destruyendo los puentes de las arterias principales.

Como era de esperar, Harris se esforzó furiosamente por impedir que el Mando de Bombardeo participara en la propuesta de Tedder. El primer argumento que adujo —que sus fuerzas estaban ganando la guerra ellas solas— quedó hecho jirones tras la derrota en la batalla de Berlín. Pero Churchill temía que los bombardeos contra los patios de maniobras de los ferrocarriles franceses, la mayoría de los cuales estaban en zonas pobladas, causaran numerosas bajas entre los civiles y dañaran de forma irreparable las relaciones con Francia en la posguerra. Harris reforzó estos temores con argumentos francamente falsos en el sentido de que sus bombarderos no podían dar en el blanco al atacar objetivos en Francia. Pero sus pilotos demostraron que no era verdad y el Mando de Bombardeo llevó a cabo gran parte de la ofensiva contra los ferrocarriles franceses con mayor puntería que los ataques de precisión de los norteamericanos.

La discusión entre Tedder y los norteamericanos fue menos clara. Spaatz introdujo un elemento nuevo en la ecuación al proponer que sus bombarderos atacaran la infraestructura petrolera de Alemania, cuya destrucción ayudaría a las fuerzas de tierra aliadas más que la del sistema de transportes francés. Dada su autoridad, Eisenhower impuso su criterio, pero hizo algunas

concesiones. Así pues, los bombarderos estratégicos de la 8ª fuerza aérea prestaron un apoyo importante a la campaña de inhabilitación. De los 80 blancos cruciales del sistema de transportes francés, el Mando de Bombardeo atacó 39, la 8ª fuerza aérea 23 y las fuerzas aéreas tácticas aliadas 18. A mediados de abril, el tráfico ferroviario francés empezó una caída en picado a causa de los ataques aliados. Al principio los alemanes redujeron el tráfico civil en beneficio de las necesidades militares, pero los ataques aéreos sostenidos no tardaron en afectar también al tráfico militar. En mayo los ataques de los cazabombarderos contra los puentes del Sena y los trenes aceleraron la caída. Al finalizar el mes, el tráfico ferroviario francés era apenas la mitad de lo que había sido en enero y a partir de entonces descendió hasta quedar reducido a un 10 por ciento. Los ataques contra el sistema ferroviario en el oeste de Francia fueron especialmente eficaces y a mediados de junio el sistema había dejado de funcionar.

Un informe alemán fechado a principios de junio señalaba: «En [Francia y Bélgica], la destrucción sistemática… desde marzo de todos los empalmes importantes de toda la red —no sólo de las líneas principales— ha incapacitado gravemente todo el sistema de transportes (instalaciones ferroviarias, incluido el material rodante). De forma parecida, París ha perdido la comunicación con el tráfico a larga distancia; y los puentes más importantes en el curso bajo del Sena han sido destruidos uno tras otro… La red ferroviaria debe ser destruida por completo… Este objetivo se ha alcanzado con tanto éxito —al menos localmente— que el Reichsbahn [está]… considerando si no es inútil tratar de efectuar más reparaciones».[17]

El buen resultado del plan contra los transportes contribuyó en gran medida a la victoria aliada en Normandía. Como gran parte de la Wehrmacht consistía en infantería cuyos pertrechos se transportaban en vehículos tirados por caballos, los alemanes dependían de los ferrocarriles para mover sus reservas y pertrechos. La destrucción de este apoyo logístico hizo que fuera difícil desplegar las reservas y abastecerlas una vez hubo empezado la invasión. Así pues, los intentos alemanes de reforzar Normandía fracasaron antes incluso de que empezara la invasión. La destrucción del sistema de transportes obligó a la infantería alemana a luchar sin artillería apropiada a la vez que incluso

escaseaba la munición para la infantería. Además, las unidades motorizadas y mecanizadas tuvieron grandes dificultades para llegar a Normandía debido a los daños que había sufrido la red de carreteras. Es cierto que los alemanes mantuvieron una defensa sostenida en Normandía, pero fue en gran parte porque la campaña de inhabilitación no había puesto fin al tráfico de barcazas por el Sena. Los alemanes se valieron de él para enviar pertrechos suficientes con el fin de evitar que el frente se derrumbara.

A mediados de mayo Eisenhower dio permiso a Spaatz para lanzar sus bombarderos contra la industria petrolera alemana. Los norteamericanos habían encontrado por fin el punto débil de la economía de guerra alemana. El petróleo tenía preocupados a los alemanes desde el principio de la contienda. En septiembre de 1940 Hitler comentó que los esfuerzos británicos por sabotear los yacimientos petrolíferos de Rumania le causaban mucha preocupación. Agregó que había dos materias primas importantísimas que la Alemania nazi necesitaba: el mineral de hierro sueco y el petróleo rumano. A partir de 1940, las escaseces de carburante causaron dificultades a los alemanes y muchas de las decisiones de Hitler tenían que ver con la necesidad de proteger el petróleo u obtener acceso a él. Sin embargo, con la excepción del bombardeo de 1943 contra la industria petrolera de Ploiesti, en Rumania, los aliados no atacaron las fuentes de petróleo del Reich, y los alemanes no se explicaban por qué. En marzo de 1944 el estado mayor de Speer advirtió de que las fuerzas aéreas enemigas podían atacar la industria petrolera con el fin de terminar rápidamente la guerra. En abril un oficial del estado mayor de la Luftwaffe se mostró más directo. Considerando que las principales refinerías y plantas de carburante de Alemania se encontraban en la zona amenazada por los ataques aéreos, le parecía extraordinario que los aliados aún no las hubiesen atacado, ya que su destrucción hubiera puesto en peligro el esfuerzo de guerra del Reich.

Pero todo eso cambió en mayo de 1944. Los ataques de la 8ª fuerza aérea contra la industria de petróleo sintético en el Reich complementaron las incursiones de la 15ª desde Foggia, en Italia, contra las refinerías y las instalaciones de producción de Rumania. El primer ataque desde Gran Bretaña se produjo el 12 de mayo; 935 bombarderos se lanzaron contra las plantas de petróleo sintético de

Zwickau, MerseburgoLeuna, Brüx, Lutzkendorf, Bohlen, Zeitz y Chemnitz. Los bombarderos y los cazas de escolta aliados encontraron fuerte resistencia. Los resultados, aun siendo alentadores, no fueron decisivos. Aunque resultó dañada, la gran planta de Leuna perdió sólo el 18 por ciento de su capacidad. No obstante, preocuparon muchísimo a Speer.

Lo que Speer no sabía y no se sabría hasta las revelaciones sobre Ultra a principios de los años ochenta era el papel que los servicios de inteligencia especiales interpretaron para que los bombardeos estratégicos norteamericanos siguieran concentrándose en la industria petrolera. Como señaló el oficial encargado de Ultra al escribir el informe posterior, las comunicaciones interceptadas que indicaban que las escaseces de petróleo eran generales y no sólo locales fueron decisivas para persuadir «a todos los interesados de que la ofensiva aérea había descubierto un punto débil en la economía alemana y conducir a la plena explotación del mismo».[18] El 16 de mayo, Bletchley Park remitió un mensaje alemán que cancelaba una orden de que las Luftflotten 1 y 6 (las fuerzas aéreas 1ª y 6ª) cedieran a la Luftflotte 3 (la 3ª fuerza aérea) cinco baterías de antiaéreos pesados y tres de antiaéreos ligeros cada una. Estas baterías pasarían a la Luftflotte Reich (la fuerza aérea Reich) para proteger la planta de hidrogenación en Troglitz. Además, otras unidades antiaéreas fueron trasladadas para proteger otras importantes plantas de carburante. El día 21 se interceptó otro mensaje que advirtió a sus destinatarios de que esperasen grandes déficits en las asignaciones de carburante correspondientes a junio en vista de los ataques contra las instalaciones petroleras de Rumania y Alemania. Después de esfuerzos febriles, a finales de mayo la producción casi había alcanzado los niveles de antes de los ataques. El día 28, la 8ª volvió a atacar blancos petroleros en toda Alemania. En dos días perdió 84 bombarderos, pero esta vez causó graves daños a la industria petrolera. Combinados con los ataques de la 15ª fuerza aérea contra Ploiesti, los ataques norteamericanos redujeron la producción petrolera a la mitad.

El efecto de los ataques se hizo evidente de forma casi inmediata. El 6 de junio, Bletchley Park descifró el siguiente mensaje: «A consecuencia de la renovada perturbación de la producción de carburante para aviones por parte de los aliados, la

mayoría de los requisitos esenciales para el adiestramiento y el cumplimiento de los planes de producción apenas pueden satisfacerse con las cantidades de carburante para aviones de que se dispone… Para asegurar la defensa del Reich e impedir el derrumbamiento gradual de la preparación para la defensa de la fuerza aérea alemana en el este, ha sido necesario echar mano de las reservas del OKW… Bajo ninguna circunstancia pueden hacerse asignaciones mayores».[19]

Los ataques de mayo fueron el preludio de los duros bombardeos que tendrían lugar en los meses siguientes. Después de una pausa de dos semanas, durante las cuales los bombarderos aliados apoyaron la invasión, los norteamericanos llevaron a cabo otra serie de ataques que destruyeron el 90 por ciento de la producción de carburante para la aviación, de tal modo que a finales de mes la producción total había quedado reducida a la minúscula cifra de 573 toneladas. A mediados de julio los alemanes habían reparado las instalaciones lo suficiente para cuadruplicar la producción. Más ataques norteamericanos con el apoyo de los ingleses rebajaron entonces la producción a unas 108 toneladas al día. A finales de julio estos ataques aéreos habían destruido el 98 por ciento de la capacidad de producción de carburante para la aviación. Durante el resto de la guerra los bombardeos estratégicos norteamericanos se concentraron en las plantas y refinerías de carburante. En julio, Leuna alcanzó sólo el 70 por ciento de la producción normal, mientras que en otras instalaciones principales la cifra había quedado reducida a entre el 43 y el 58 por ciento. Ludwigshafen era el único lugar donde la producción no había descendido. Los continuos ataques paralizaron la producción de petróleo hasta el final de la contienda.

Las consecuencias de estos ataques no eran difíciles de ver. En junio, Speer advirtió a Hitler que necesitaba entre seis y ocho semanas para restablecer la producción. Si el *Führer* no proporcionaba apoyo defensivo a la industria del petróleo, el enemigo se daría cuenta de los esfuerzos de recuperación y destruiría lo que se había reparado. A mediados del verano de 1944, la producción de cazas alcanzó nuevas marcas, pero la Luftwaffe no tenía ni carburante ni pilotos para utilizar todos los cazas nuevos. Bien mirado, el plan de Tedder contra los transportes

y el de Spaatz contra el carburante se complementaban. Juntos privaron a las tropas alemanas de Normandía de los pertrechos y el carburante que necesitaban para derrotar la invasión. Luego, después del derrumbamiento a finales de julio, los alemanes no pudieron retirarse y combatir al mismo tiempo porque carecían del carburante que requería la guerra móvil, lo cual evitó que Francia sufriera más destrucción todavía de la que la aviación aliada ya había causado en la primavera y el verano.

A principios de septiembre los comandantes del aire volvieron a hacerse cargo de los bombarderos estratégicos. Como es lógico, los «barones» del bombardeo volvieron a emplear sus fuerzas para atacar lo que ellos creían que eran blancos decisivos. Las fuerzas aéreas enemigas se interponían siempre entre los bombarderos atacantes y sus blancos, e infligían siempre niveles inadmisibles de desgaste a los atacantes. Los propagandistas occidentales de la guerra en el aire afirmarían más adelante que, una vez despachadas, las formaciones de bombarderos nunca dejaban de atacar su blanco, pero estos argumentos no tienen en cuenta lo que realmente importaba. Cuando la 8ª fuerza aérea atacó Schweinfurt en agosto y octubre de 1943, sus B17 no pudieron volver para acabar de destruir el objetivo hasta mucho después porque los cazas alemanes les habían causado graves daños.

La segunda gran sorpresa fue observar la capacidad que tenía el estado industrializado moderno para absorber castigos y seguir funcionando. No se trata de que los bombardeos tuviesen un efecto psicológico que convirtiera a los ciudadanos alemanes en trabajadores más eficaces, sino más bien de que los estados industrializados modernos, ya fueran democráticos o totalitarios, podían movilizar recursos humanos y materiales en cantidades casi infinitas. Y cuando la moral popular flaqueaba, el estado moderno poseía los poderes policíacos necesarios para tener a la población a raya y obligarla a trabajar.

La creencia popular en la posguerra es que los bombardeos estratégicos influyeron relativamente poco en la victoria en la segunda guerra mundial. La idea central de los argumentos en este sentido es que los costes de los bombardeos fueron excesivos en comparación con las ganancias. Sin embargo, los hechos señalan en otra dirección. La eficacia de la campaña de bombardeo de zonas

que llevó a cabo el Mando de Bombardeo británico es difícil de medir en términos cuantitativos. Cabe conjeturar que en las zonas devastadas por los ataques la producción disminuyó mucho. Es imposible calcular en qué medida hubiera podido aumentar la producción de guerra del Reich sin los efectos retardantes de los ataques. Lo que sí se puede sugerir es que una economía alemana que no sufriera ataques aéreos y utilizase los recursos de toda la Europa central y occidental hubiera podido alcanzar niveles de productividad muy superiores.

Más fácil es calcular los efectos indirectos de la campaña de bombardeo de zonas. Los ataques británicos contra las ciudades y la moral civil empujaron al régimen nazi a cometer dos errores decisivos al responder a la amenaza. Por un lado, los bombardeos británicos distorsionaron mucho la producción y el uso de munición y artillería. El gran número de baterías antiaéreas que disparaban contra los atacantes inspiraba confianza a la población alemana. En el verano de 1943, ya eran 89 las baterías de antiaéreos que defendían Berlín y el crecimiento de su número durante la guerra fue considerable. De las 791 baterías que en 1940 defendían el Reich se pasó a 967 en 1941, 1148 en 1942 y 2132 en 1943; estos incrementos representaron una enorme inversión de recursos y efectivos humanos. La presencia de más de 10 000 cañones antiaéreos (todos los cuales hubieran podido ser muy eficaces como armas antitanques) —por no hablar del medio millón de hombres y mujeres que se encargaron de manejarlos y que hubieran podido contribuir a la producción industrial o luchado en otros frentes— hubiese tenido un efecto importante en la guerra en tierra en el este o el oeste en 1943 o 1944.

El segundo efecto indirecto del bombardeo de zonas se produjo en las reacciones estratégicas y operacionales de los líderes nazis. No cabe duda de que los bombardeos causaron mucho daño a la moral y que los líderes, basándose en su creencia de que Alemania había perdido la última guerra debido al derrumbamiento de la moral civil, formularon su respuesta de acuerdo con un estado de ánimo popular que exigía represalias. Llevados de su entusiasmo por los ataques contra Gran Bretaña, los alemanes se negaron siempre a proporcionar recursos suficientes para la defensa aérea.

Asimismo, la importancia que se dio a las represalias causó un

error estratégico todavía mayor que consistió en invertir demasiado en armas exóticas para la venganza. A finales de 1943 el ejército estaba a punto de producir su misil balístico V2 al tiempo que la Luftwaffe se encontraba en las últimas fases de creación de su misil de crucero V1. La V1 causó una diversión considerable de fuerzas defensivas aliadas con un coste que no fue excesivo para los alemanes, por lo que su creación no fue necesariamente una estrategia mala. Pero la V2, si bien fue un triunfo de la ingeniería, no representó un monumento a la sensatez. Exigía apoyo tecnológico complejo; era desmesuradamente cara; consumía materias primas que escaseaban; y su producción sobrecargó las industrias de instrumentos y componentes eléctricos. En el verano de 1943 los líderes alemanes tuvieron que elegir entre, por un lado, reestructurar la industria aeronáutica para tener la seguridad de disponer de suficientes cazas diurnos y nocturnos que hicieran frente a la ofensiva de bombardeo y, por el otro, crear la base de producción para la V1 y la V2. En una decisión que fue crucial para el resultado de la guerra, Hitler optó por lo segundo; se negó a dar una respuesta militar a la ofensiva de bombardeo estratégico. Tal como comentó Goering en octubre de 1943, al pueblo alemán no le importaba si la Luftwaffe atacaba aeródromos británicos: «Lo único que deseaba oír cuando un hospital o un asilo infantil en Alemania es destruido es que hemos destruido su equivalente en Inglaterra; entonces se siente satisfecho».[20]

El resultado fue dar a la V1 y la V2 una importancia que distorsionó los programas de defensa aérea. Impidió que los alemanes crearan cohetes antiaéreos eficaces y extrajo recursos importantes de la producción de cazas. El Estudio del Bombardeo Estratégico norteamericano calculó que el esfuerzo y los recursos industriales que se dedicaron a estas armas de venganza equivalieron a la producción de 24 000 aviones de caza. Un análisis más reciente sugiere que la V2 afectó a la economía de guerra alemana en una medida equivalente a la carga que el Proyecto Manhattan supuso para Estados Unidos. Pero como ocurría tan a menudo, Estados Unidos, a diferencia del Reich, podía permitirse el coste. Comparada con el rendimiento de la inversión, la V2 fue indudablemente el arma menos rentable de la guerra.

Evaluar los efectos de los bombardeos estratégicos

norteamericanos es más fácil porque iban dirigidos contra blancos específicos. En 1943 los bombarderos norteamericanos atacaron dos clases de blancos: la industria de rodamientos de bolas y la aeronáutica. Los ataques contra la primera fracasaron porque la 8ª fuerza aérea fue incapaz de hacer un esfuerzo sostenido y constante contra ella; por consiguiente, los alemanes pudieron reconstruir las instalaciones en Schweinfurt, dispersar la producción, aumentar las importaciones y recurrir a alternativas tales como los cojinetes de rodillos. Los ataques norteamericanos contra la producción aeronáutica tuvieron más éxito. No derrotaron a la Luftwaffe, pero crearon las condiciones previas para la superioridad aérea aliada en 1944. Causaron un descenso sensible de la producción de nuevos cazas ya en la segunda mitad de 1943 y, aunque costosos, también causaron mucho desgaste a la Luftwaffe.

En 1944 la campaña aérea norteamericana desvió su concentración primero hacia la Luftwaffe y su base industrial y luego, en mayo, hacia las instalaciones petroleras, que siguieron siendo el principal objetivo de los norteamericanos hasta el final de la guerra. Los efectos de los bombardeos en las fábricas de aviones fueron indirectos. En primer lugar, los incrementos de la producción de cazas en Alemania se hicieron casi enteramente a expensas de la producción de bombarderos. En segundo lugar, y más importante, la Luftwaffe se vio obligada a luchar en defensa de su base industrial, y en el cielo sobre el Reich los cazas norteamericanos con gran autonomía de vuelo rompieron el espinazo del poderío aéreo alemán. El resultado fue que los aliados se hicieron con la superioridad aérea en el continente, incluidas las playas de Normandía, y los bombardeos diurnos continuaron sin estorbo durante el resto de la contienda.

Los ataques contra la industria petrolera causaron graves dificultades a las operaciones militares alemanas. Las escaseces de carburante obligaron a la Luftwaffe a reducir el número de horas de vuelo. Y sin suficiente petróleo, las unidades de tierra no podían maniobrar. Por ejemplo, en enero de 1945 había 1800 tanques en Silesia, pero casi todos ellos estaban inmovilizados por la falta de carburante. Debido a ello, las fuerzas de tierra alemanas no pudieron defender aquella decisiva base industrial.

La mayor aportación de los bombardeos estratégicos tuvo lugar

en los últimos meses de la guerra, con la segunda campaña de Tedder contra los transportes. La campaña no impidió que los alemanes hicieran un último intento de resistir en su frontera, un intento que duró hasta el invierno de 1944-1 945. Tampoco les impidió reunir fuerzas para lanzar la desesperada ofensiva de las Ardenas en diciembre de 1944. Pero para entonces los ataques aéreos aliados ya estaban a punto de paralizar la economía de guerra alemana. La industria alemana se estaba derrumbando y las pocas armas y municiones que se producían no llegaban a manos de los soldados. El movimiento en los ferrocarriles y los canales casi cesó y los ejércitos alemanes, privados de carburante y municiones, no pudieron con las fuerzas de tierra enemigas, que se movían con rapidez. Así pues, no hubo un *Götterdämmerung* final que prologase la guerra hasta el verano de 1945.

CONCLUSIÓN

Los bombardeos estratégicos fueron decisivos para la victoria aliada. Por desgracia, al exagerar las virtudes del poderío aéreo, los hombres de la aviación crearon impresiones falsas. La Ofensiva Combinada de Bombardeo contribuyó a la victoria porque apoyó a las fuerzas de tierra y navales aliadas y viceversa. El coste fue elevado y con la perspectiva del tiempo transcurrido desde entonces caber argüir que los bombardeos estratégicos se llevaron a cabo frecuentemente de forma poco imaginativa, que las fuerzas aéreas no se adaptaron a las condiciones reales y que los aviadores a menudo restringían el potencial del poderío aéreo. Pero ¿acaso estos conceptos erróneos y estas faltas de imaginación no son las condiciones en que se hacen todas las guerras? Al final, lo que es seguro es que la Ofensiva Combinada de Bombardeo fue esencial para la derrota de la Alemania nazi. No fue elegante, no fue humanitaria, pero fue eficaz.

13 La destrucción del poderío naval japonés 1943-1 944

A L modo de ver del almirante Ernest J. King, Jr., la única guerra que destruiría Japón no era la que se estaba haciendo, sino la que ardía en su imaginación desde que se convirtiera en alférez en 1901, el cuarto de su clase en la academia naval. En 1943, superados ya los 64 años, la edad de retiro obligatorio, King era el principal defensor de la guerra con Japón en el gobierno Roosevelt. Su influencia nacía enteramente de su pericia profesional y su fuerza mental, no de su carácter. Lo más elogioso que de él pudo decir uno de sus admiradores y colaboradores más íntimos, el contraalmirante Charles M. «Sawy» Cooke, Jr., fue que era «un hombre de acción», a la vez que otro íntimo dijo sencillamente que King era «más mezquino de lo que puedo describir».[1] En dos ocasiones antes de la guerra dieron el mando de las operaciones navales a otros pasando por encima de él. Después de mandar la flota del Atlántico, en diciembre de 1941 King volvió a Washington para ocupar el puesto de jefe de operaciones navales así como el de comandante en jefe de la flota de Estados Unidos. Tenía una única misión: aplastar a Japón.

King era el hombre más indicado para derrotar a los japoneses, toda vez que tenía toda una vida de práctica en aplastar a sus rivales y avergonzar a sus colaboradores. Su discurso de despedida en el instituto de segunda enseñanza había llevado el título de «Valores de la adversidad» y se pasó su carrera en la marina aprendiendo de la adversidad, generalmente creada por él mismo. Después de empezar como alférez en diversos destructores, pasó a realizar tareas de ingeniería. Tras servir en más destructores y mandar un barco frigorífico, tuvo el mando de una flotilla de submarinos. Creyendo que su carrera estaba paralizada, a la edad

de 47 años King aceptó el reto de sacar el título de aviador naval y terminó el plan de estudios reducido para oficiales de alta graduación con el fin de poder mandar una estación aeronaval, un buque auxiliar de hidroaviones y el portaaviones *Lexington* . Después de alcanzar la graduación de jefe de escuadra en 1932, incluso prestó servicio en calidad de jefe de la Oficina de Aviación.

Convertirse en almirante no mejoró ni pizca el comportamiento de King. Echaba broncas a sus subordinados en público, recurría al miedo para mandar y gritaba a los incompetentes y a los oficiales que le parecían demasiado simpáticos. Amargaba la vida a todos los que le rodeaban, incluidos su esposa y sus siete hijos, fumando un cigarrillo tras otro, emborrachándose y persiguiendo a las mujeres sin ningún disimulo. Sin embargo, su puro dominio de todos los aspectos de la guerra y la administración navales le llevaban de una misión difícil a otra a pesar de su personalidad.

Desde el comienzo de su servicio como jefe de operaciones navales y comandante de la flota —fusión de responsabilidades desconocida en la historia de la marina—, King demostró que haría la guerra a su manera, lo cual quería decir que habría una concentración institucional en la guerra del Pacífico, una concentración tan intensa que el propio King hizo una chapuza de la guerra contra los submarinos alemanes en 1942. Sencillamente pasó por alto este fracaso e insistió en una acción más ofensiva en el Pacífico. La mayoría de las veces discrepaba de sus colegas o superiores más prudentes. Decía que no con invariable brusquedad al presidente Roosevelt, a Frank Knox, secretario de Marina, a George C. Marshall, a Douglas MacArthur y a los representantes británicos en las juntas de Jefes del Estado Mayor Combinado. Tenía un objetivo estratégico primordial: destruir el poderío militar japonés y liberar la marina estadounidense de la esclavitud de los ingleses y de MacArthur. A diferencia de MacArthur, King no tenía raíces en el Congreso, los medios de comunicación o algún partido político. En vez de ello, dependía enteramente de su absoluta determinación y su corrección estratégica para insistir en que los aliados no podían derrotar a los japoneses a lo largo de la barrera malaya con un coste admisible en tiempo y vidas.

Entre las numerosas cualidades intelectuales de King estaba la capacidad de contar. Todas las cifras correspondientes a la

construcción naval de 1943 indicaban que la marina norteamericana gozaría de una abrumadora superioridad numérica en barcos y aviones en 1944. A finales de 1943, la marina de King ya tenía una ventaja de 10 a 4 sobre la marina imperial japonesa en portaaviones de escuadra pesados, una ventaja de 9 a 5 en portaaviones ligeros y de 35 a 3 en pequeños portaaviones de escolta. Las proporciones entre aviadores y aviones navales eran todavía mejores para los norteamericanos. La marina imperial japonesa tenía nueve acorazados (dos de ellos puestos en servicio después de Pearl Harbor) frente a los 19 de la marina norteamericana, siete de los cuales eran acorazados nuevos y rápidos que podían navegar a la misma velocidad que los portaaviones. Los japoneses tenían 34 cruceros de todos los tipos; los norteamericanos, 48. Incluso con las pérdidas que sufrió en 1942, la «marina del Tratado» norteamericana —la parte de la flota que entró en servicio antes de 1940— no había desaparecido; 12 de los 18 cruceros pesados seguían en activo y sólo uno más (el *Indianapolis*) sería hundido antes de que terminase el conflicto. Entre abril de 1943 y abril de 1945,12 nuevos cruceros pesados pasarían a formar parte de la flota y ni uno sólo de ellos sería destruido.

Además, King sabía que sus barcos de guerra podían surcar el Pacífico Central con el apoyo de un creciente tren de aprovisionamiento formado por barcos logísticos. Más de 200 barcos en esta fuerza de servicios podían cumplir misiones logísticas sin anclar. Estos petroleros, barcos de municiones y barcos de aprovisionamiento constituían los grupos de buques nodriza que permanecían constantemente en el mar hasta quedar vacíos y que se encontraban con los diversos grupos de portaaviones y barcos de superficie para poporcionarles de todo, desde petróleo y alubias hasta películas para la cámara de oficiales. Antes de que terminase la guerra, la marina tendría una fuerza de servicios de más de 1000 barcos.

La mayor victoria políticoestratégica que obtuvo King durante la guerra fue a costa del ejército británico y del estadounidense cuando en 1943 Roosevelt y Churchill reconocieron oficialmente que la guerra con Japón sólo podía ganarse por medio de una campaña naval norteamericana en el Pacífico Central dirigida por

King y su principal subordinado, Chester W. Nimitz. La primera fase del debate tuvo lugar antes, durante y después de dos conferencias entre Roosevelt y Churchill a principios de 1943: la de Washington, llamada Trident, y la de Quebec, llamada Quadrant. Con la ayuda de su mejor estratega, el almirante Cooke, King luchó por su versión del documento JCS 287, que era un plan estratégico para la derrota de Japón redactado por los norteamericanos. En sus primeros borradores, el plan sencillamente reflejaba la realidad del momento, es decir, que había campañas en marcha en Birmania, China y el Pacífico Sur. Aunque los planificadores del ejército, que estaban entregados a un segundo frente en Europa, mostraban poco interés por la guerra con Japón, el ejército seguía aprobando la campaña de MacArthur cuyo objeto era cumplir su promesa de volver. King insistía en que toda campaña debía concentrarse en la destrucción de los recursos de Japón en el exterior, lo cual significaba una ofensiva dirigida exclusivamente a las rutas marítimas del Pacífico Occidental. Aprovechó que Roosevelt confiaba cada vez menos en que los ingleses y los chinos contribuyeran algún día a una guerra de estrangulamiento económico contra Japón. Cuando los jefes británicos reconocieron finalmente que no sacarían fuerzas del Mediterráneo para enviarlas a Asia, King presionó para que se aprobara el documento CCS 242/6, que contenía los fundamentos aprobados para la dirección de la guerra y básicamente disponía que los norteamericanos se encargaran de la guerra con Japón. Roosevelt y Churchill aprobaron este documento el 25 de mayo de 1943.

Sin embargo, las operaciones que autorizaron ofrecían pocas promesas de llevar a cabo una campaña en el Pacífico Central; fue un renacimiento del Plan de Guerra Naranja, que preveía una victoria naval como la de Trafalgar sobre la flota japonesa. La única operación aprobada hasta ahora era el plan de Nimitz, que consistía en tomar algunas bases aéreas japonesas en los atolones de las islas Gilbert y las Marshall orientales. Esta operación estaba justificada como parte de la última fase de Rueda de carro, el aislamiento continuo de Rabaul. Con todo, también podía ser útil como primera fase de una campaña cuyo objetivo fuera tomar la principal base de operaciones de la marina japonesa en Truk, en las Carolinas orientales. En las comisiones de planificación estratégica de los

Jefes del Estado Mayor Conjunto continuaron los debates, alimentados por las protestas de MacArthur en el sentido de que una ofensiva en el Pacífico Central desviaría recursos escasos (especialmente aviación táctica) de su magnífica campaña en Nueva Guinea. Los Jefes del Estado Mayor Conjunto no prestaron mucha atención al análisis de MacArthur, pero no hicieron nada para inducirle a pensar que no recibiría apoyo. En julio de 1943 directrices estratégicas complementarias identificaron Truk y Palau, otra importante base japonesa en las Carolinas occidentales, como objetivos de crucial importancia para una campaña naval en 1944. Este eje de avance era puro Plan de Guerra Naranja, toda vez que iba directamente al oeste, hacia Mindanao, otro de los objetivos principales en el mapa de MacArthur.

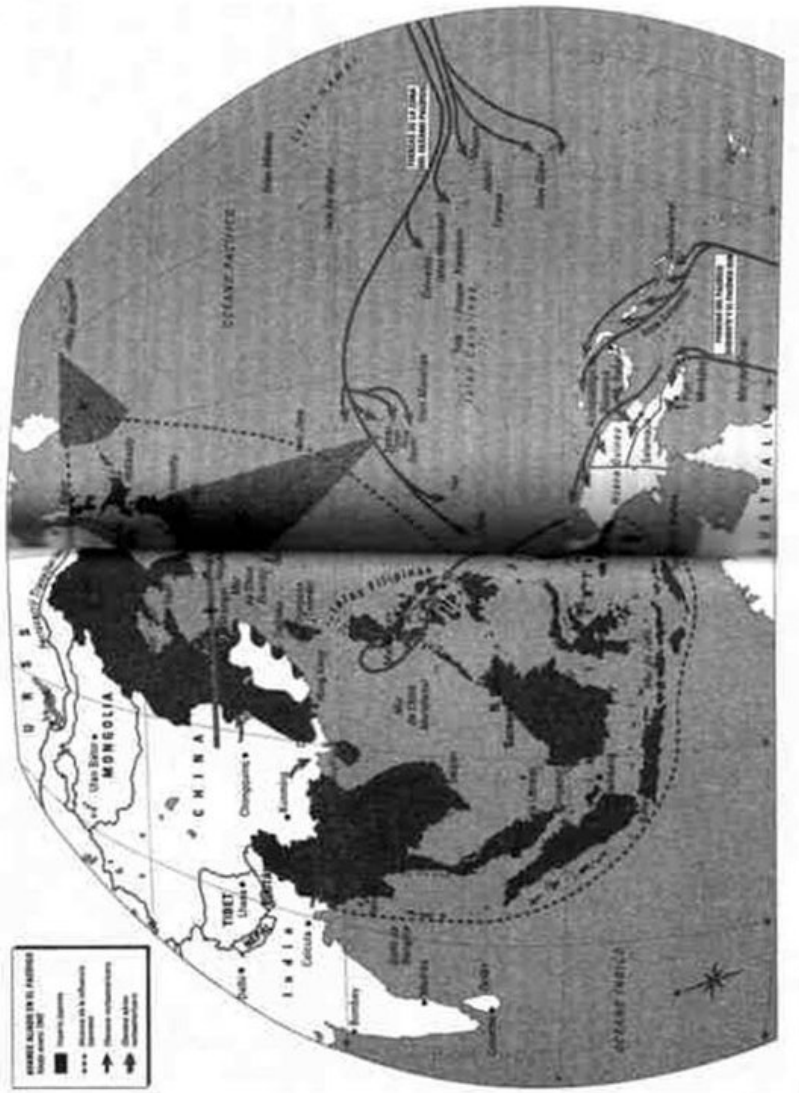
King seguía sin estar convencido de que las Filipinas debían ser el blanco principal de una campaña en el Pacífico Central. De hecho, estaba de acuerdo con MacArthur en que el Plan de Guerra Naranja original tenía ahora poco sentido, toda vez que en la bahía de Manila no había ninguna fuerza norteamericana en apuros a la que hubiera que rescatar. Lo único que necesitaba ser rescatado era la atribulada reputación de MacArthur, y King no lo consideraba necesario tampoco, ya que liberar Luzón sencillamente causaría miles de muertos entre los japoneses y los filipinos, por no hablar de los soldados norteamericanos, sin causar ningún efecto importante en el poderío aéreo naval o la actividad industrial de Japón. King expresó sus dudas criticando la elección de Palau como objetivo y señalando en su lugar Formosa porque, en su opinión, era un lugar mejor que las Filipinas para inhabilitar el comercio exterior japonés.

King encontró apoyo a este punto de vista en el general Hap Arnold, comandante de las fuerzas aéreas, y en Nimitz, puesto que ambos arguyeron que debían tomarse las Marianas (Saipán, Tinian y Guam). La conquista de estas islas aplazaría la obligación de escoger entre las Filipinas y Taiwan, y las islas citadas ofrecían un gran potencial como bases avanzadas de operaciones para submarinos y bombarderos con gran autonomía de vuelo. Arnold tenía que cumplir un programa muy costoso y arriesgado cuyo propósito era crear un bombardero pesado con gran autonomía de vuelo —la Superfortaleza B29— y quería que dicho bombardero

tuviera su base en un lugar seguro (¡no en China!) desde el cual pudiera alcanzar las ciudades de Japón, que se inflamaban con facilidad. Nimitz tenía otro plan (al igual que King), que consistía en obligar a la flota combinada japonesa a entablar un combate decisivo. A sabiendas de que los estados mayores militares japoneses habían hecho que las Marianas fueran parte esencial del perímetro defensivo, a King le gustaba la idea de apuntar con la 5ª flota (la fuerza de Nimitz en el Pacífico Central) ligeramente al norte de la ruta en línea recta hacia las Filipinas.

A finales de 1943 King ya había logrado en gran parte no sólo hacer que Estados Unidos fuera el árbitro principal de la estrategia en el Pacífico, sino también que la estrategia norteamericana fuese sinónimo de estrategia de la marina. En medio de la frenética actividad que causaron las reuniones con Chiang Kaishek en El Cairo y con Stalin en Teherán, los planificadores de la estrategia norteamericana dejaron claro en el documento CCS 417 (dado a conocer en diciembre de 1943) que la guerra con Japón la ganarían fuerzas norteamericanas que avanzarían sobre el archipiélago desde el este y no una fuerza de la coalición de Estados Unidos, China y la Commonwealth con base en Asia. Los jefes británicos, que nunca habían mostrado mucho entusiasmo por los planes de Churchill y Mountbatten para recuperar Birmania y Malaya, estuvieron de acuerdo. Entre los numerosos objetivos que ahora se identificaron como importantes para una campaña en el Pacífico estaban las Marianas.

Los planes que se aprobaron en 1943 no excluían Luzón, pero sólo aprobaban el retorno de MacArthur a Mindanao y no la liberación total de las



Filipinas. MacArthur seguía siendo reacio a una campaña en el Pacífico Central, pero le gustaba la idea de cerrar el teatro del Pacífico Sur y poner fin a la operación Rueda de carro sin tomar Rabaul. Las fuerzas de tierra del ejército en el Pacífico Sur (seis divisiones de infantería y tropas de los cuerpos de apoyo) y la 13ª fuerza aérea pasarían a formar parte de las de MacArthur, al tiempo que la mayoría de los barcos de guerra volverían a la 5ª flota. No

obstante, algunos barcos de guerra nuevos (especialmente cruceros, portaaviones de escolta y embarcaciones anfibias de desembarco) se unirían a la 7ª flota de MacArthur.

En enero de 1944, el almirante King, en representación de los Jefes del Estado Mayor Conjunto, se trasladó a Honolulú para entrevistarse con los principales encargados de planear la estrategia de todas las fuerzas del Pacífico. Quedó consternado al ver que muchos de ellos no estaban tan convencidos como él de la importancia de las Marianas. Los dos críticos más vehementes fueron los tenientes generales George C. Kenney y Richard K. Sutherland, que era jefe del estado mayor de MacArthur y persona tan desagradable como King. Éste se encontró también con que Nimitz era demasiado débil para imponer su voluntad al ejército, rasgo que ya habían observado los oficiales de la marina y la infantería de marina que servían a sus órdenes. Los planificadores se enzarzaron en discusiones sobre el lugar, los objetivos clave y la fecha de las operaciones futuras. Las Marianas seguían en la lista de blancos preferidos, pero también Palau seguía en ella y ahora se le había sumado Luzón. No hubo consenso sobre el momento ni siquiera sobre a cuál de los ejes duales del avance debía darse más importancia. En algunas fases de la discusión King pudo hacer poco más que recalcar que quienes tendrían la última palabra serían los Jefes del Estado Mayor Conjunto y no los comandantes de los teatros. Al volver a Washington, King, que seguía estando furioso a causa de la oposición a su estrategia, no vio otra opción que presionar a Nimitz para que siguiera adelante con la guerra, ordenar que la 5ª flota penetrase profundamente en el corazón de las defensas japonesas en el Pacífico Central y adoptar la sencilla orden del almirante William F. Halsey en el Pacífico Sur: «¡Matad japoneses! Y después, ¡matad más japoneses!»

LA CAMPAÑA EN EL PACÍFICO CENTRAL

Después de que King hiciera de la campaña en el Pacífico Central la solución final de la marina para el problema japonés, los detalles de su planificación correspondieron a Nimitz y a los comandantes de su estado mayor. Nimitz tendía a actuar como presidente del

consejo y exigía que su propio estado mayor y los de los subordinados de todas las armas presentaran planes y contraplanes a su consideración. King, como era de prever, permitía que su propio grupo de expertos operacionales hiciese «sugerencias», que luego solían convertirse en órdenes. Por ejemplo, algunos planificadores querían que Nimitz y su principal comandante operacional, el vicealmirante Raymond A. Spruance, pasaran de largo por las Gilbert y atacasen directamente las Marshall orientales. Los objetivos tenían que ser los atolones de Jaluit, Mille, Majuro, Maloelap, Wotje y Kwajalein. Todos los objetivos eran iguales: un círculo irregular de pequeñas islas coralinas que coronaban un gran sistema de arrecifes en el que había arrecifes más pequeños alrededor de cada isla. Por lo general la mayor de las islas no superaba los 12 o 18 kilómetros cuadrados, pero en los casos en que se extendían del noroeste al sudeste y se ajustaban a las pautas de los vientos, podían convertirse en pistas de aterrizaje. Además, la gran laguna del interior del gran arrecife podía utilizarse como fondeadero. Las islasaeródromos eran los «portaaviones insumergibles» de Japón.

Tanto Nimitz como Spruance eran prudentes y dudaban de que las fuerzas navales, aéreas y de desembarco de que disponían pudieran tomar todos estos objetivos en las Marshall de manera más o menos simultánea. Hubieran preferido algún objetivo menos difícil (lo cual resultaba irónico) en las Gilbert septentrionales, a ser posible el atolón de Tarawa, donde también había una pequeña base aérea japonesa. Una de las cosas que les preocupaba era la pequeñez de su fuerza anfibia de desembarco, que consistía en la veterana 2ª división de infantería de marina y la 27ª división de infantería, que aún estaba por probar y cuyos efectivos eran soldados de la Guardia Nacional de Nueva York que llevaban más de un año destacados en las islas Hawai. MacArthur se reservó la 1ª división de infantería de marina para el desembarco en el cabo Gloucester, y Halsey tenía el mando de la 3ª división de infantería de marina para Bougainville. Los tres desembarcos se llevarían a cabo con intervalos de menos de seis semanas, lo que sin duda causaría problemas a los japoneses pero también pondría en peligro las operaciones en las Gilbert. King y los otros Jefes del Estado Mayor Conjunto decidieron que la fuerza de Nimitz era demasiado

numerosa para utilizarla contra un solo atolón. Nimitz recibió la orden de tomar otro aeródromo en una isla, la de Nauru, 643 kilómetros al oeste de las Gilbert. Nimitz respondió con un objetivo substitutivo para la 27ª división: el atolón de Makin en el borde septentrional de las Gilbert. La 2ª división de infantería de marina se encargaría de la operación principal en Tarawa mientras los neoyorquinos hacían el desembarco de menor importancia en Makin, objetivo que un batallón de infantes de marina había atacado en 1942 y estaba relativamente desguarnecido.

Aunque observaban con recelo la posición y los movimientos de la flota combinada japonesa, los norteamericanos no creían que los japoneses estuvieran dispuestos a arriesgar sus acorazados y portaaviones para salvar las Gilbert, quizá ni siquiera las Marshall, cuya caída hubiera representado un riesgo para Truk. Los ataques aéreos, las patrullas de submarinos y los diversos tipos de programas electrónicos de los servicios de inteligencia confirmaron que el mando japonés de las islas amenazadas —la 4ª flota del vicealmirante Kobayashi Masashi— tenía sólo una flotilla aeronaval, tres cruceros ligeros y unos 28 000 hombres, entre soldados y obreros de la construcción, para defender las Marshall, con otros 5500 soldados (principalmente infantes de marina y fuerzas encargadas de defender bases) en las Gilbert. Cuando los servicios de inteligencia proporcionaron una visión más clara de la situación a finales de 1943, creció la confianza de los estados mayores navales de que la operación Galvanic resultaría bastante fácil, mientras que aumentaron las reservas de los comandantes de la fuerza de desembarco, especialmente del general de división Holland M. Smith de la infantería de marina. El problema era la isla de Betio, el objetivo principal en Tarawa, en la que había casi 200 cañones y centenares de ametralladoras, todas en bunkers de hormigón, troncos de palmera, esteras y gruesas capas de arena. Las defensas más fuertes se hallaban de cara al mar, lo cual hacía que un ataque desde el interior de la laguna fuese una opción atractiva.

Los desembarcos en las islas de Tarawa y Makin fueron una lección victoriosa pero costosa sobre la dirección de operaciones anfibias para todas las armas norteamericanas. Algunas personas y armas la aprendieron mejor que otras. De lo que se trataba era de determinar el tipo de operación que tenía que preceder a un

desembarco. Spruance y el comandante de su fuerza anfibia, el pugnaz Richmond Kelly Turner, famoso por las Salomón, comprendían lo valioso que sería aislar las Gilbert septentrionales de los ataques aéreos y navales de los japoneses; a comienzos de octubre aviones procedentes de portaaviones y bombarderos de la fuerza aérea atacaron la mayoría de los aeródromos y fondeaderos japoneses en las Marshall y las Gilbert. Exceptuando algunos submarinos ocultos, los refuerzos navales y aéreos japoneses desaparecieron. Los defensores tendrían que luchar sin la esperanza de recibir ayuda. Para reducir el sistema defensivo japonés, los lentos acorazados, viejos cruceros y destructores de Turner tendrían que combinarse con la aviación naval de los portaaviones de escolta (escuadrones que no habían sido adiestrados en el ataque contra tierra) para bombardear a los japoneses o aturdirlos hasta obligarlos a rendirse. Los conceptos relativos al fuego de apoyo se remontaban a la primera guerra mundial: si se arrojaba determinado tonelaje de explosivos sobre una zona calculada, el enemigo sería como mínimo «neutralizado», palabra inquietante porque una fuerza neutralizada bien podía dejar de estarlo. A los almirantes les daba miedo concentrar barcos de guerra y de transporte alrededor de una isla pequeña y querían desembarcos que se caracterizaran por la rapidez y la agresividad táctica, apoyados por un bombardeo de preparación que se midiera en horas (tres o cuatro en este caso) y no en días.

La 2ª división de infantería de marina (bajo el general Julián C. Smith) tenía experiencia de combate, pero no había llevado a cabo ningún asalto anfibio. Sin embargo, un decenio de ejercicios y estudio preparó a los planificadores de la infantería de marina para reconocer casi todos sus problemas en potencia, aunque no su solución. Una parte importante del problema era sencillamente la inexperiencia y la arrogancia de los altos mandos de la marina. Todo intento de alterar el plan de fuego de apoyo de la marina era recibido con evasivas. No habría un período de preparación más largo, lo cual significaba que no podría hacerse una cuidadosa evaluación de los daños, ni corregir el tiro ni lanzar con precisión las bombas pesadas sobre blancos específicos como, por ejemplo, los bunkers principales. El movimiento de los barcos a la playa tendría que dar prioridad a la tarea de colocar el mayor número posible de

infantes de marina de tres batallones (con artillería y tanques de apoyo) en tierra con tanta rapidez como fuera posible, pero salvando un arrecife que distaba entre 548 y 914 metros del rompeolas de Betio. El truco consistiría en cruzar el arrecife interior y llegar a la isla, que tenía tres kilómetros y pico de longitud y menos de 1600 metros de anchura. Los infantes de marina tenían una respuesta: el uso táctico de un nuevo vehículo de desembarco sobre orugas o tractor anfibio. Pero la 2ª división tenía que compartir los tractores disponibles con las divisiones 1ª y 3ª de infantería de marina en el Pacífico Sur. No obstante, la 2ª división añadió unos 50 tractores a los 75 que le habían adjudicado; más adelante argüiría que hubiera sido mejor disponer de 300.

Aun en el caso de que los batallones de asalto llegaran a tierra con pérdidas admisibles —y nadie sabía qué cifra era admisible—, a los dos generales Smith (Holland y Julián) les preocupaba el refuerzo del regimiento de asalto al otro lado del arrecife, especialmente si las estimaciones de las mareas resultaban demasiado optimistas. Tampoco fue un consuelo para ellos que Turner decidiera que uno de sus tres regimientos de infantería de marina sería la reserva de la fuerza conjunta de desembarco en las islas Gilbert, lo cual los privó de él sin su aprobación. Turner, que había tratado de dirigir la campaña en tierra en las Salomón, seguía siendo el mismo. Si las lanchas de desembarco convencionales no lograban pasar el arrecife, que requería entre 90 centímetros y 1,20 metros de calado, los refuerzos tendrían que transbordar a los tractores en el arrecife o caminar por el agua hasta la orilla bajo el fuego enemigo. Llevar ametralladoras y morteros hasta la playa sería difícil, y los obuses de a lomo y los tanques fácilmente podían terminar convertidos en una parte más del arrecife. Julián Smith pensó que emplazar la artillería en una isla cercana podía ser una ayuda, pero la marina no quiso dedicar tiempo ni barcos a un desembarco previo al desembarco principal. Más de un oficial de la marina aseguró a Holland Smith que tomar Betio sería fácil, aunque sin duda la inexperiencia de los infantes de marina norteamericanos causaría algunos problemas. Smith opinaba que los verdaderos problemas eran la inexperiencia de los comandantes de la marina y el fanatismo de los japoneses, y que muchos infantes de marina morirían por no haberse hecho esta distinción.

La batalla de Betio duró del 20 al 23 de noviembre y la furiosa orgía de sangre de aquellos días conmocionó incluso a los infantes de marina y traumatizó realmente a los almirantes Nimitz, Spruance y Turner. Aniquilar a la guarnición japonesa costó a la 2ª división de infantería de marina más de 1000 muertos y 2300 heridos; la mayor parte de dos regimientos de infantería de marina cayó en combate. Los tres primeros batallones de asalto tuvieron que reducir de uno en uno y con un coste elevado varios blocaos que seguían intactos; los tres batallones siguientes cruzaron andando la laguna cuando la «marea cambiante» obligó a sus embarcaciones a detenerse en el arrecife, y sólo restos llegaron a la playa. Los cañones japoneses destruyeron demasiados tractores para poder ir a buscar a los refuerzos. La resistencia japonesa no se derrumbó hasta que parte de dos batallones norteamericanos atacó a cuatro batallones japoneses diezmados a lo largo del prolongado eje de la isla.

La propia infantería de marina reconoció que hacía falta más coordinación de las demoliciones y los lanzallamas con los tanques y la artillería, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que el fuego de la artillería naval y los tractores tendrían que mejorar en calidad y en cantidad. Los infantes de marina, que eran dados a una sinceridad brutal, conmocionaron también al frente civil al mostrar fotografías y películas de la matanza de Tarawa para que el público se diera cuenta de las dificultades venideras. El público y los políticos (algunos de uniforme) quedaron consternados, ya que por primera vez vieron los horrores que la guerra estaba infligiendo a las tropas norteamericanas. En una visita a Betio, el mismo Nimitz sintió náuseas al ver los cadáveres hinchados y los miembros en putrefacción. Estaba claro que era preciso mejorar las técnicas de asalto de la 5ª flota.

Varios comandantes de alta graduación del ejército en el teatro del Pacífico Central, principalmente el teniente general Robert C. Richardson, arguyeron que con sus supuestos operacionales y sus tácticas de la primera guerra mundial Holland Smith sería la perdición de cualquier fuerza de desembarco, pero la actuación de la 27ª división de infantería en la toma de Makin no favoreció los argumentos del ejército. La división desembarcó 6500 soldados de todas las armas y tardó tres días en derrotar a sólo 400 defensores,

si bien sufrió sólo 200 bajas y pico. Smith se hallaba presente y pudo ver cómo cuatro batallones de infantería ponían en peligro a casi todos los que estaban a tiro, y no se ganó la amistad de nadie con los comentarios cáusticos que dedicó a las tácticas del ejército. La indolencia de los soldados se convirtió en algo más que una fuente de irritación cuando un submarino japonés hundió el portaaviones de escolta *Liscome Bay* y mató a 642 marineros. Como el *Liscome Bay* tenía una misión en Makin que lo obligaba a permanecer en aguas locales, los críticos del ejército no reconocieron que el portaaviones fue hundido cuando había transcurrido más de un mes desde que cayera la isla. El asunto dio a la 27ª división una mala fama de la que nunca se recuperó y, además, la actuación de esta única división inepta del ejército dañó las relaciones entre la marina y el ejército durante el resto de la guerra.

Nimitz instó a Spruance a continuar la campaña, fueran cuales fuesen las impresiones causadas por la operación Galvanic. Tomó la audaz decisión de evitar la mayoría de las Marshall y tomar sólo uno de los atolones, Kwajalein, objetivo original del archipiélago. Los demás atolones serían sitiados por aviones con base en tierra y barcos de guerra o sencillamente se pasarían por alto. Nimitz demostró que comprendía tan bien como MacArthur, tal vez mejor, la importancia de aislar las islas japonesas. Además, todos los elementos de la fuerza anfibia de Turner y de la fuerza de desembarco de Smith, así como los portaaviones cuyos escuadrones tenían la misión de atacar los objetivos insulares, mejoraron su rendimiento operacional. Los artilleros navales y los aviadores practicaban en Hawai el ataque a objetivos específicos situados en tierra con ayuda de observadores aéreos y terrestres que utilizaban la radio para comunicarse con ellos. Para el movimiento de los barcos hacia tierra, la nueva 4ª división de infantería de marina (mandada por veteranos) desplegó 370 tractores anfibios en la toma de las islas vecinas de Roí y Namur (3500 defensores), mientras la veterana 7ª división de infantería desembarcaba en la isla de Kwajalein con 174 tractores. Tanto los infantes de marina como los soldados de infantería contaron con el fuego de apoyo directo de tractores blindados y erizados de cañones y ametralladoras; desde pequeñas islas cercanas cinco batallones de artillería apoyaron al

regimiento de asalto de cada división.

Los objetivos de la operación Flintlock sufrieron intensos bombardeos de la aviación y la marina tres días antes de los desembarcos, con efectos muy mejorados. Equipos especiales de ingenierosnadadores de la marina (los hombres rana del Equipo de Demoliciones Submarinas) e ingenieros anfibios del ejército se encargaron de hacer agujeros en los arrecifes y destruir los posibles obstáculos. En menos de tres meses, la 5ª flota había reunido todos los elementos esenciales para un asalto anfibio y tomó todos los objetivos en cuatro días, con menos de 2000 bajas.

Como la 5ª flota había demostrado su eficacia en las operaciones anfibias de manera tan convincente en las Marshall orientales, Nimitz, con el apoyo entusiasmado de King, avanzó la fecha prevista para tomar todas las islas orientales del mandato. Sólo un verdadero objetivo, el atolón de Eniwetok (consistente en tres islas guarnecidas), se encontraba delante de la principal base de la flota japonesa en Truk, una de las Carolinas. Bajo continuos bombardeos aéreos y rodeada de submarinos estadounidenses, Truk mostraba pocas señales de actividad aérea y naval por parte de los japoneses, por lo que Nimitz y Spruance consideraron que adelantar la fecha de invasión de Eniwetok del 1 de mayo al 17 de febrero representaba un riesgo mínimo. Sin llevar a cabo una gran campaña de limpieza en las Marshall orientales, Spruance reunió las diversas agrupaciones navales de la 5ª flota y navegó 1000 millas hacia Japón para probar que la operación Flintlock no fue ninguna casualidad afortunada.

Los efectivos de su fuerza de desembarco, que consistía en dos regimientos reforzados de infantes de marina y soldados, sobrepasaban los 8000 hombres, mientras que los defensores japoneses, una brigada anfibia de elite del ejército imperial, eran sólo 2000. En cinco días (1722 de febrero de 1944) las fuerzas de desembarco aniquilaron a la guarnición japonesa a cambio de unos 300 muertos y desaparecidos y 700 heridos. Los japoneses lucharon tenazmente y llegaron a impedir el avance de los batallones de asalto del ejército en Eniwetok, debido a que el bombardeo de la artillería naval había sido descuidado y apresurado. La verdadera noticia, sin embargo, fue que la flota japonesa y su aviación permanecían inactivas. Truk perdió su importancia y, al igual que

Rabaul, pasó a ser otro ex Gibraltar del Pacífico. El enfrentamiento de Nimitz con la flota combinada japonesa se aplazó una vez más.

LOS JAPONESES RESPONDEN

La campaña de la marina norteamericana en el Pacífico Central sacudió al cuartel general imperial. Las noticias de Tarawa habían dado ánimos a los jefes militares de Tokio, ya que defensas parecidas en las Marshall permitirían ganar más tiempo para reparar la aviación naval, volver a adiestrar a la Ilota y trasladar tropas de elite del ejército de China y Japón para que defendieran las Marianas y las Filipinas. Con todo, en sólo cuatro meses los norteamericanos habían penetrado 2090 kilómetros en las islas del mandato y eliminado Truk, igual que hicieran con Rabaul, como base avanzada de operaciones para las fuerzas aéreas y navales. En febrero de 1944 los oficiales de alta graduación de ambas armas japonesas se enzarzaron en una tremenda discusión sobre cuál era la respuesta apropiada al avance de doble eje de los norteamericanos. El primer ministro, Tojo, se enfureció con los otros generales y almirantes, que se culpaban mutuamente de la situación caótica en que se encontraba el imperio y competían por los cupos preferenciales de producción de aviones y armas. Al modo de ver de Tojo, los futuros planes no hacían al caso en ese momento. ¿Cómo y dónde podrían los japoneses detener a los norteamericanos? Sus consejeros opinaban que había que prolongar la guerra con la esperanza de que en alguna parte sucediera algo que les diera más tiempo para reforzar sus defensas interiores y preservar el acceso a las materias primas del sudeste de Asia. Un consejero clave, el general Sato Kenryo, propuso que abandonaran las Marianas, que la línea defensiva natural debían ser las Filipinas. Tojo asumió personalmente el mando del Ministerio de la Guerra, reemplazó al obstinado jefe del estado mayor de la marina y luego rechazó el consejo de Sato. La batalla decisiva contra los norteamericanos se libraría en las Marianas.

Aunque Tojo apenas se atrevía a compartir sus dudas íntimas, ya había reflexionado sobre la conveniencia de que Japón pidiera la paz, tal vez por mediación de los rusos, que seguían siendo

neutrales. Aunque sus propios informadores en las fuerzas armadas no tenían una visión total de la situación, Tojo sabía que los discípulos del difunto almirante Yamamoto creían que la guerra estaba perdida y que el único objetivo era minimizar los daños que sufriría Japón. Debido a que la oficialidad tenía la costumbre de asesinar a los disidentes, todo oficial de alta graduación que albergara semejantes «pensamientos de paz» no hablaba de ello con nadie. Tojo nunca compartió sus propias dudas y en lugar de ello ordenó que se reanudara la ofensiva estratégica de 1944, con la esperanza de que si se lograba derrotar a los aliados una vez más, una sola, quizá pedirían la paz.

Tojo pensaba llevar a cabo tres grandes ofensivas: una campaña contra el ejército de la Commonwealth en la India, otra contra el ejército chino y las bases aéreas norteamericanas en el oeste de China y una campaña conjunta del ejército y la marina contra la 5ª flota. El avance de MacArthur hasta la costa de Nueva Guinea y más allá de ella podía pasarse por alto; los japoneses seguirían luchando desesperadamente allí por contener el avance aliado basándose en el supuesto de que MacArthur se dirigiría a las Filipinas meridionales en lugar de a las Indias Orientales Holandesas, que eran más valiosas.

Aunque Tojo trató de cerrar los ojos ante gran parte de las señales de la estrangulación que sufría el frente civil, era consciente de la vulnerabilidad de Japón al derrumbamiento de la economía. Los efectos de las pérdidas marítimas que causaban los submarinos norteamericanos ya alcanzaban proporciones inquietantes y los japoneses comprendían la manía bombardera de los norteamericanos, que habían hecho un costoso esfuerzo por construir y mantener bases de bombarderos en China. Si encontraban una base para la nueva Superfortaleza B29, las islas del archipiélago japonés se verían sometidas a bombardeos espantosos que no harían más que agravar las escaseces causadas por los submarinos estadounidenses. La preocupación por los bombardeos estratégicos vinculaba los tres teatros que el cuartel general imperial seleccionó para las ofensivas en 1944. Si los resultados eran satisfactorios en los tres teatros sin excepción, disminuiría la presión que soportaban las defensas aéreas del archipiélago, que sólo servían para organizar a la población civil con el fin de que se

refugiara y luchase contra los incendios así como para sacar a parte de ella de las ciudades. Aunque la fuerza aérea del ejército imperial japonés creó un sistema de defensa dotado de cierta complejidad técnica y operacional, la falta de tiempo y de recursos impidió organizar defensas masivas como las de la Luftwaffe en Alemania. Además, las diversas armas japonesas querían dosificar sus fuerzas aéreas para emplearlas en acciones ofensivas.

Del cuartel general japonés no salió ningún gran plan estratégico, pero las numerosas decisiones secuenciales y paralelas de comienzos de 1944 llevaron a las fuerzas armadas de lapón a la catástrofe. Sólo la campaña de China salió más o menos tal como estaba planeada, ya que la serie de operaciones que se llevaron a cabo de abril a octubre de 1944 obligaron al ejército nacionalista y a la 14ª fuerza aérea norteamericana a internarse más en la China occidental. Aunque los B29 todavía podían llegar a las islas del archipiélago desde China, la fuerza aérea no tardó en dejar de utilizar China como base principal para bombardear Japón. En su lugar, los bombardeos irían dirigidos contra blancos situados en China misma y en Formosa, y ninguno de los lugares era decisivo.

La iniciativa estratégica japonesa en el teatro de Birmania y la India empezó de forma prometedora y terminó desastrosamente. El ejército de la región de Birmania (bajo el teniente general Kawabe Masakazu) tenía dos ejércitos de ocho divisiones y pico de tropas de tierra y una división aérea (más de 100 aviones) para hacer frente al

14°

ejército británico y a la extraña mezcla que formaban los chindits de Wingate, la agrupación de comandos aéreos y merodeadores norteamericanos y varias divisiones chinas. Incluso con mejor acceso al primitivo sistema de transportes de la frontera chinobirmana, el ejército de la región de Birmania sólo pudo destinar tres divisiones a su ofensiva; además tuvo que bloquear al ejército chino en Yunnan, hacer frente a la campaña de los chindits y los merodeadores en el norte de Birmania y a las divisiones africanas e indias del general William Slim desplegadas en los montes del sur de China. No obstante, el

15°

ejército japonés estuvo a punto de lograr lo imposible: desbaratar

los planes ofensivos de un ejército y una fuerza aérea que gozaban de superioridad numérica.

La ofensiva de KohimaImphal no pilló a Slim por sorpresa, aunque poco pudo hacer salvo responder a ella con las fuerzas de que disponía —el IV cuerpo, integrado por tres divisiones angloindias— o renunciar a sus propios planes de tomar la ofensiva general en Birmania en 1944. En teoría, la ofensiva preventiva japonesa dio a Slim una oportunidad sin par de debilitar el ejército de la región de Birmania antes de ordenar un avance hacia Mandalay y Rangún sin ninguna operación anfibia. Slim optó por dejar que los japoneses tomaran la iniciativa, a pesar de que muchos le aconsejaron que no lo hiciera, porque creía que ahora su ejército podía luchar contra los japoneses en igualdad de condiciones o en condiciones mejores, dada su superioridad en fuerzas aéreas, blindados y apoyo logístico. Pero mientras se desarrollaba la campaña, entre marzo y julio de 1944, las divisiones japonesas avanzaron de forma más rápida y feroz de lo que Slim había previsto. Pero no pudieron vencer al IV cuerpo, que se reagrupó en la llanura de Imphal y se replegó a posiciones fortificadas alrededor de la ciudad del mismo nombre.

A finales de marzo la campaña entró en crisis. Con sólo una división disponible para reforzar o contraatacar, Slim y el comandante del IV cuerpo, el teniente general Geoffrey Scoones, decidieron que avanzara hacia Imphal con la esperanza de que la división que defendía Kohima venciera sin ayuda de nadie. Si Kohima caía los japoneses podrían cortar el sistema ferroviario de Assam en Dimapur, lo cual representaría un grave revés para el
14°
ejército. La 5ª división indobritánica, que defendía Dimapur con una brigada menos, retuvo Kohima durante el tiempo suficiente para que Slim reuniese más refuerzos. En ninguna parte durante la segunda guerra mundial —ni siquiera en el frente del este— lucharon los combatientes con mayor salvajismo. En abril, sin embargo, la infantería japonesa, sin apoyo y escasa de pertrechos, pasó a la defensiva, y Slim añadió una división de refresco a las fuerzas cuyo objetivo era aniquilar la 31ª división japonesa.

Al pasar sin ser visto por los japoneses a través de los montes del curso alto del Irawadi, el IV cuerpo británico se encontró con la 15ª

división japonesa, y la batalla por la cadena montañosa de Chin continuó con pérdidas crecientes. En una campaña de desgaste que se llevó a cabo durante la estación de las lluvias, el ejército de Slim obligó al
15°
ejército japonés a retroceder hacia el este, hasta que el 22 de junio fuerzas de la Commonwealth que avanzaban desde el norte se encontraron con otro cuerpo que contraatacaba desde el sur. Con casi 60 000 bajas (13 376 muertos), el ejército de la región de Birmania había perdido su capacidad ofensiva y ahora era vulnerable a la ofensiva aplazada de Slim. Aunque sus propias pérdidas (casi 16 000) no eran insignificantes, Slim evaluó correctamente el renacimiento del
14°
ejército. Sus tropas de la Commonwealth habían perdido el miedo a la jungla y a los japoneses. Todo lo que la aviación, la artillería y los blindados pudieran hacer para apoyar a los batallones de infantería se haría, y las fuerzas aliadas gozarían de un nivel de apoyo logístico con el que los japoneses sólo podían soñar. Correr riesgos tácticos sería posible porque el apoyo aéreo y los lanzamientos de pertrechos acabarían llegando incluso a las unidades más aisladas. El cuidado y la evacuación de las bajas habían adquirido proporciones ingeniosas, y la medicina preventiva y la buena disciplina habían reducido al mínimo las pérdidas causadas por las enfermedades. Por carecer de estas ventajas en el campo de batalla, el ejército japonés no tenía futuro en el sudeste de Asia.

El destino final del esfuerzo de guerra de Japón en 1944 dependía, sin embargo, de la campaña naval que en aquellos momentos tenía lugar en el Pacífico. Las flotas de superficie y las agrupaciones de portaaviones se habían evitado mutuamente durante gran parte de 1943 y los seis primeros meses de 1944. Pero con la 7ª flota escoltando a las fuerzas de tierra de MacArthur en su avance hacia el oeste y la 5ª flota trazando una ruta nueva en el Pacífico Central, la marina estadounidense llevaba ahora la iniciativa estratégica, sólo que aún no había acorralado a la marina imperial japonesa.

La fuerza submarina de la flota norteamericana del Pacífico, sin

embargo, no tuvo ningún problema para enfrentarse al enemigo y sus operaciones debilitaron las defensas de las Filipinas y las Marianas además de acelerar el declive económico de Japón. En parte, el éxito de la flota submarina norteamericana fue cuestión de números y experiencia; en enero de 1944 el número de submarinos era el doble del que existía al empezar la guerra, y volvió a aumentar en un 50 por ciento hasta cifrarse en 156 antes de finalizar el año. La modificación incremental de los cascos, los motores, los cañones de cubierta y los sistemas de radar y sonar les daba ventajas técnicas, y el problema de los torpedos se había resuelto en gran parte modificando el Mark XIV o utilizando el Mark XVIII, que tenía sus propios inconvenientes técnicos, pero hacer que la carga explosiva estallase no era uno de ellos. En suma, los submarinos estadounidenses podían operar en grupos, atacar y replegarse con más éxito e infligir una destrucción casi segura a todos los barcos japoneses salvo los de mayor calado. Además, las tripulaciones de los submarinos pasaron a ser una mezcla apropiada de veteranos y novatos apasionados. La flota de submarinos podía inspirarse en sus heroicos capitanes de 1943, pero no dependía de ellos.

Al concentrar los submarinos sus ataques en los convoyes militares y los barcos mercantes, a los japoneses les resultaba difícil mandar sus fuerzas a las Marianas y a las Filipinas. En los tres meses y medio anteriores a la invasión de Saipán, los japoneses perdieron el equivalente de dos divisiones y sus materiales de fortificación debido a los ataques de los sumergibles. Un convoy que transportaba dos divisiones a Nueva Guinea perdió siete de sus nueve transportes durante la travesía. Los generales japoneses encargados de la defensa de las Filipinas en 1944 se quejaron de que las pérdidas de barcos les impedían ejecutar los planes de Tokio. Guiados por los descifradores de la marina y los analistas de los servicios de inteligencia, que podían descifrar la mayoría de los códigos de navegación japoneses, los submarinos se lanzaban sobre cualquier convoy que tratase de burlar el bloqueo y llegar al Pacífico Central. Aunque las fuerzas antisubmarinas de los japoneses aumentaron y mejoraron, no podían operar en alta mar más allá de los accesos directos al archipiélago japonés, es decir, el norte de Formosa y las Riukiu. Las fuerzas de escolta también

tenían órdenes de proteger a los petroleros que llegaban a Japón y no a los transportes del ejército que navegaban con rumbo norte. Esta

64. En el curso de la operación Antorcha tropas norteamericanas desembarcan en el norte de África el 8 de noviembre de 1942. Uno de los soldados lleva una bandera estadounidense de gran tamaño con la esperanza de que los franceses no disparen. En realidad los franceses de Vichy opusieron feroz resistencia a los aliados en Argel y Marruecos, pero ninguna a los paracaidistas alemanes en Túnez.

63. Blindados ligeros británicos alineados a orillas del mar en Trípoli tras la caída de la capital de Libia en poder del 8º ejército de Montgomery.

66. En Túnez, en la primavera de 1943, los divos rivales, Montgomery y Patton, se preparan para la invasión de Sicilia.

67. Una larga fila de LST (buques de desembarco para tanques) se dispone a cargas los tanques Sherman de una unidad blindada norteamericana para la operación Husky.

68. Un tirador británico en Cupa, Italia.

69. Tropas británicas se abren paso en una población de Sicilia en julio de 1943.

70. Hap Arnold, comandante de las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos, visita el frente italiano en diciembre de 1943. En la foto se le ve recibiendo información del comandante del 5º ejército, Mark Clark.

71. Vigilados por policías y tropas de las SS, judíos del gueto de Varsovia cruzan las calles de la ciudad camino de los trenes que los llevarán a Auschwitz.

72. En enero de 1942 tropas soviéticas se abren camino para entrar en Rostov por segunda vez en un año y liberar la ciudad

73. Hitler y Manstein analizan el febrero de 1943 las posibilidades de un contraataque del Grupo de Ejércitos del Sur contra las puntas de lanza soviéticas.

74. La infantería soviética sigue a los T-34 en medio de feroces combates durante la batalla de Kursk, que fue la batalla culminante de la segunda guerra mundial en el frente del este.

75. Soldados de fuerzas blindadas alemanas saltan de sus semiorugas blindadas al entrar en la línea de fuego soviético durante el frustrado avance desde el saliente de Orel.

76. Lanzacohetes soviéticos someten a las posiciones alemanas a un intenso bombardeo en las primeras etapas de la batalla de Kursk. La artillería fue una de las principales ventajas del Ejército Rojo sobre sus adversarios durante la segunda mitad de la guerra.

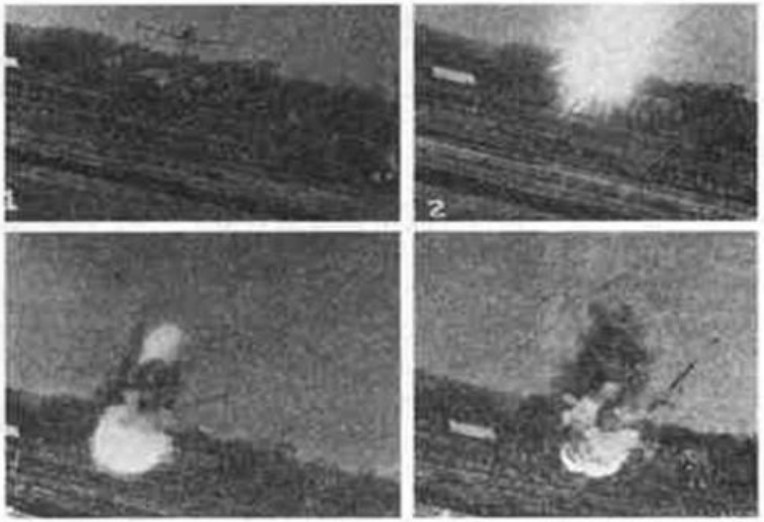
77. Tropas soviéticas pasn junto a un tanque alemán incendiado en el curso de los combates en que libraron Kiev en el otoño de 1943.

78. Uno de los jefes militares más eficaces de la Unión Soviética, el mariscal Ivan Konev, mira a la cámara con expresión un poco desconcertada.

79. Una formación de B-17 se dirige al Reich en el verano de 1943. Los B-17 sufrieron bajas «inadmisibles» en incursiones de profunda penetración, debido a la falta de interés de los jefes de la aviación norteamericana y británica por los cazas de escolta con gran autonomía de vuelo.

80. Los resultados de los bombardeos de precisión se aprecian en este ataque de la 8ª fuerza aérea contra las instalaciones de reparación de motores de aviación de la Hispano Suiza cerca de París el 31 de diciembre de 1943.

81 y 82. Durante la batalla por la superioridad aérea del verano de 1944 un B-24 se parte en dos y casi envuelto en llamas al ser alcanzado de lleno por el fuego antiaéreo alemán; el piloto de un Bf 109 se tira de su aparato.



83. Un FW 190 salta en pedazos a baja altura en el verano de 1944; las imágenes fueron captadas por la cámara de un caza estadounidense.

84. Cadáveres tendidos aún sin retirar de las calles de Dresde tras la tempestad de fuego que provocó uno de los ataques más eficaces del Mando de Bombardeo (febrero de 1945).

85. El oficial encargado de la catapulta del portaaviones *Enterprise* salva al piloto de un caza Grumman F6F tras un ataque contra la isla de Makin, en el Pacífico Central, en noviembre de 1943. La aviación de los portaaviones permitió a la marina estadounidense destruir la flota combinada japonesa.

86. Soldados de la 27ª división de infantería estadounidense se dirigen a la playa de la isla de Butaritari, en el atolón de Makin, el 20 de noviembre de 1943, en el curso de la campaña para eliminar las bases japonesas de aviones de reconocimiento de las islas Gilbert.

87. Efectivos de la 2ª división de infantería de marina liquidan un blocao de mando japonés en la isla de Betio, en el atolón de Tarawa, islas Gilbert, el 20 de noviembre de 1943. El asalto de Betio costó a la infantería de marina más de 1.000 hombres, pero les enseñó a utilizar el fuego de los cañones navales contra las fortificaciones.

88. Sacando partido de las lecciones de Tarawa, la 4ª división de infantería de marina toma el atolón de Roi-Namur, en las islas Marshall, en enero de 1944, y aniquila a la guarnición japonesa con un mínimo de bajas propias. La artillería de la infantería de marina que disparaba desde islas vecinas y el fuego de los cañones navales decidieron la suerte de los defensores japoneses.

89. El atolón de Kwajalein, en las islas Marshall, proporcionó a la flota tras su conquista en febrero de 1944 un fondeadero y una base logística para futuras operaciones navales. Las bases navales improvisadas y el reaprovisionamiento de barco a barco en alta mar permitieron a la flota norteamericana del Pacífico operar a un ritmo que los japoneses no podían igualar.

90. Soldados de la 37ª división de infantería estadounidense asistida por un tanque mediano Sherman de engrentan a un blocao japonés en bougainville, en las Salomón septentrionales (marzo de 1944) en la última fase de la campaña para aislar Rabaul. La coordinación entre los tanques y la infantería fue esencial para la lucha en la jungla.

91. Soldados afro-americanos del 25° regimiento de infantería entran en combate en Bougainville encuadrados en la división Americal en abril de 1944. El 25° de infantería fue uno de los primeros experimentos de integración racial limitada en el ejército y demostró su capacidad combativa en Bougainville.

92. El general Douglas MacArthur y el almirante Chester W. Nimitz analizan la estrategia de la guerra del Pacífico en el cuartel general del primero en Brisbane, Australia, en marzo de 1944. Con Rabaul aislada, en el Pacífico Sudoeste MacArthur encaminó sus fuerzas hacia la parte occidental de Nueva Guinea y las Filipinas, al tiempo que en el Pacífico Central Nimitz ampliaba y aceleraba su campaña naval.

93. Efectivos de la 2ª división de infantería de marina desembarcan en Saipán, islas Marianas, bajo un intenso bombardeo artillero, en junio de 1944. El V cuerpo anfibio, formado por dos divisiones de infantería de marina y una del ejército, necesitó cuatro semanas de continuos combates para eliminar una guarnición japonesa de 32.000 hombres. La toma de Saipán hizo posible la posterior toma de Tinián y Guam.

94. Infantes de marina muertos en las playas de Saipán. Extensa isla agrícola con montañas y cuevas, Saipán permitió a la artillería móvil y a los tanques japoneses maniobrar y esconderse hasta que los destruyó la aviación que apoyaba a la infantería de marina.

95. El teniente general Holland M. Smith, comandante del V cuerpo anfibio, recorre Saipán. La campaña de las Marianas atrajo a la flota combinada japonesa a la batalla del mar de las Filipinas, que fue una derrota catastrófica para la aviación naval japonesa y proporcionó a los norteamericanos bases para ataques aéreos y submarinos contra la línea de comunicación y suministros entre Japón y el sudeste de Asia.

96. Batallones de la 4ª división de infantería de marina encabezan el asalto anfibio contra Tinian, en las Marianas, en julio de 1944. Los infantes de marina van en un tractor anfibio o Vehículo de Desembarco con Orugas-4 (LVT-4). La conquista de Tinian proporcionó a los bombarderos pesados B-29 una base desde la que podían atacar las islas del archipiélago japonés.

cruel discriminación sencillamente reflejaba la peligrosa condición del esfuerzo de guerra japonés.

En uno de esos casos infrecuentes en que el análisis estadístico se corresponde con la realidad, las cifras de 1944 proporcionan un

panorama claro del inminente derrumbamiento económico de Japón. La dependencia del petróleo auguraba la derrota de Japón, porque su industria y sus fuerzas armadas utilizaban combustibles sólidos. El carbón podía sustituir al petróleo en las fábricas, pero no en los barcos y los aviones. Producir petróleo en el sudeste de Asia no planteaba ningún problema, pero hacerlo llegar a Japón era otra cosa; los petroleros japoneses entregaron únicamente una décima parte del petróleo producido en 1944-1 945. Sólo en 1944 los japoneses llevaron menos de 181 400 toneladas a las islas del archipiélago. Sin que el consumo local fuera su explicación, se registraron escaseces parecidas en todas las materias primas de importancia primordial: algodón, caucho, pasta de papel, cemento, metales ferrosos, mineral de hierro, azúcar, carbón, madera y nitratos para fertilizantes y explosivos. De las 3446 600 toneladas de barcos japoneses de todos los tipos hundidos en 1944, los submarinos norteamericanos destruyeron 2086 100. Al empezar la guerra, la flota mercante japonesa tenía 4535 000 toneladas de barcos y al finalizar el año, la cifra había quedado reducida a la mitad. A pesar de que los japoneses prácticamente no construyeron nada más que petroleros en 1944, no pudieron impedir que en doce meses la flota de este tipo de barcos descendiera de alrededor de 634 900 toneladas a menos de 272 100. Los petroleros al servicio de los militares japoneses tampoco se salvaron. Antes de finalizar 1944, los comandantes de los submarinos norteamericanos empezaron a quejarse de que encontraban muy pocos blancos en las rutas que llevaban a Japón.

Los ataques aéreos aliados no contribuyeron al desgaste económico de Japón hasta 1945. Mientras los submarinos reducían las materias primas y los alimentos destinados a la sociedad industrial de Japón, las fuerzas aéreas del ejército de Estados Unidos planeaban destruir las ciudades mismas en vez de limitarse a hacer que los trabajadores y sus familias pasaran hambre. De Arnold a la nueva generación de generales de las fuerzas aéreas, que se habían puesto a prueba en los cielos de Alemania, el futuro de la guerra aérea con Japón dependía del perfeccionamiento y el despliegue rápido de la Superfortaleza B29, el proyecto más caro y arriesgado de la fuerza aérea. Concebida en 1940, la Superfortaleza dependía de una serie de logros de ingeniería avanzada y muy

arriesgada que hacían que a su lado el B17 pareciese un Ford Modelo T. Prácticamente todas las dificultades que surgían al tratar de satisfacer la necesidad de un bombardero pesado con gran autonomía de vuelo (6436 kilómetros en un viaje de ida y vuelta y una carga de bombas de nueve toneladas) obligaban a las fuerzas aéreas del ejército a internarse en campos tecnológicos inciertos como eran la metalurgia, la avionica, los sistemas eléctricos de conducción del tiro para la defensa en el aire, el diseño de los motores, la estructura del armazón y los sistemas de navegación y bombardeo dependientes del radar. Sólo el coste del proceso de realización ya había ascendido a 3000 millones de dólares en 1942, y el coste estimado de cada aparato aquel año era de 1500 000 millones de dólares. En aquel tiempo, un solo B17 costaba 240000 dólares. Nuevos cambios del diseño para reducir el peso y aumentar la autonomía de vuelo hicieron que el coste estimado por unidad bajara a 700 000 dólares antes de 1943. Más demoras relacionadas con la ingeniería causaron dificultades al programa, pero en 1943 las fuerzas aéreas del ejército dieron a tres empresas aeronáuticas contratos para la producción de unos 1200 aviones. La mayoría de los B29 salieron de las fábricas de su principal constructor, Boeing Aircraft.

El proyecto del B29 fue objeto de mucha publicidad y despertó mucha expectación, a diferencia del secretismo del Proyecto Manhattan para la creación de la bomba atómica y las investigaciones sobre el radar y armas relacionadas con la electrónica tales como la espoleta de proximidad para la artillería y las bombas antiaéreas. Así pues, Arnold sentía una necesidad especial de demostrar las virtudes del programa desplegando los nuevos bombarderos contra Japón cuanto antes fuera posible en 1944, mientras sus B17 y B24 seguían pulverizando Alemania y apoyando a las fuerzas que combatían en el Pacífico. Durante las pruebas operacionales del avión, sin embargo, los pilotos descubrieron un grave defecto del diseño en sus motores. En vez de ronronear y producir 2200 caballos de fuerza (el doble de los que producía el motor de un B17), cada uno de los cuatro motores R3350 CurtisWright refrigerados por aire tenía tendencia a trabarse y arder cuando daban muchas revoluciones por minuto. Esta tendencia se convertía en una realidad cuando el B29 volaba a gran

altura y transportaba cargas máximas de bombas. Casi todos los demás sistemas avanzados tenían problemas, pero no tan funestos. En 1943 algunos oficiales de las fuerzas aéreas daban al B29 el apodo de «el Aniquilador», y no se referían a que aniquilase japoneses. Incluso después de identificar todas las modificaciones que era necesario llevar a cabo y efectuar las correcciones oportunas, hicieron falta 25 000 horashombre para reparar cada bombardero, con más coste todavía. A mediados de 1944 las fuerzas aéreas del ejército habían recibido menos de 100 bombarderos B29, pero Arnold quiso que incluso este mísero número entrara en acción inmediatamente. Su empeño en tomar las Marianas sin demora rayaba en la obsesión.

LA CAMPAÑA DE LAS MARIANAS

Con la toma de las Marshall prácticamente asegurada en marzo de 1944, el almirante Nimitz, que seguía conmocionado por las pérdidas sufridas en Tarawa y preocupado por la marina japonesa, decidió que no quería tomar Saipán, Guam y Tinian. En un ejemplo de pensamiento colectivo, su estado mayor y muchos de sus comandantes navales cambiaron de punto de vista sobre la estrategia y adoptaron la perspectiva del general MacArthur: unir todas las fuerzas norteamericanas en un solo eje de avance y dirigirse a las Filipinas. En el sentido operacional más riguroso, este concepto tenía sus méritos. Si Truk ya no representaba una amenaza, las bases de Yap y Palau y el fondeadero de Ulithi en las Carolinas occidentales tenían que ser los siguientes objetivos, después de los cuales las Filipinas ofrecían bases operacionales en potencia. En alguna parte del Pacífico Occidental la flota combinada japonesa tendría que salir a luchar. La batalla se libraría tan al oeste y al sur que los aviones de la marina japonesa con bases en las Marianas, Formosa y las islas Bonin y Riukiu no podrían intervenir en ella. En marzo de 1944, alentado por MacArthur, Nimitz preguntó a King si los Jefes del Estado Mayor Conjunto realmente querían que se tomaran las Marianas.

King respondió en términos que Nimitz y MacArthur, que con frecuencia oían diferentes palabras en el mismo mensaje, no podían

entender mal. Los Jefes del Estado Mayor Conjunto querían que las Marianas se tomaran a comienzos del verano sin más objeciones de poca monta. El avance sobre un eje doble continuaría y las fuerzas de MacArthur llegarían a Mindanao a principios del otoño… suponiendo que las fuerzas aéreas y navales japonesas no representaran ninguna amenaza importante. Aunque los almirantes de Honolulú no creían que los bombardeos estratégicos contribuyeran a acelerar la victoria, se encargarían de que los aviadores tuvieran las bases que querían en Guam y Tinian. Además, MacArthur no pasaría a ser el único comandante aliado en el teatro del Pacífico. Incluso Nimitz estuvo de acuerdo en que era impensable.

King dijo a Nimitz que, de hecho, iba a dividir la 5ª flota en dos: la 5ª y la 3ª. MacArthur conservaría la 7ª flota como fuerza naval de su teatro de operaciones. Aunque Spruance seguiría mandando la 5ª flota en la campaña de las Marianas, el mando subsiguiente de las fundamentales agrupaciones de portaaviones y los nuevos acorazados y cruceros de apoyo sería para el almirante Halsey en su calidad de comandante de la 3ª flota. La reserva de fuerzas de operaciones no cambiaría, pero sí habría un cambio en los cuarteles generales que las dirigían. Uno llevaría a cabo las operaciones mientras el otro trazaba los planes. Nimitz y Spruance vieron inmediatamente nuevas ventajas en la campaña de las Marianas y pusieron sus estados mayores a trabajar en la planificación de la que sería la campaña culminante de la guerra del Pacífico, la operación Reforger. La 5ª flota se encargaría de llevarla a cabo y la 3ª, de explotar la victoria.

Spruance ya no podía justificar su prudencia alegando que sus fuerzas navales eran insuficientes. Para cualquier batalla que hubiese que librar contaría con la agrupación 58, mandada por un duro y experimentado comandante de portaaviones, el vicealmirante Marc Mitscher, y sus no menos experimentados comandantes de agrupación. La agrupación 58 se desplegó para la campaña de las Marianas con siete acorazados rápidos, 15 portaaviones con 891 aviones, 21 cruceros de todos los tipos y 69 destructores. La 5ª fuerza anfibia (bajo el vicealmirante Turner) invadiría Saipán y Guam en tres días a mediados de junio con más de 400 barcos de guerra y embarcaciones de asalto anfibias. Aunque

Holland Smith era el comandante titular de las fuerzas de desembarco conjuntas, en realidad asumió el mando del V cuerpo anfibio, mientras el teniente general Roy S. Geiger mandaba el III cuerpo anfibio. Las Tropas del Norte y Fuerza Expedicionaria de Desembarco (nombre poco apropiado para el cuerpo conjunto de tierra y aviación) de Smith incluían las veteranas divisiones de infantería de marina 2ª y 4ª y la 27ª división de infantería, que ya se había ganado el desdén de Smith por su deslucida actuación en la campaña de los atolones. En la fuerza de Smith había batallones de tractores anfibios equivalentes a un cuerpo, artillería, tanques, ingenieros y unidades logísticas, así como unidades de aviación de la infantería de marina y del ejército. El cuerpo de Geiger era muy parecido: las experimentadas 3ª división y 1ª brigada de infantería de marina y la 77ª división de infantería, que aún no había sido puesta a prueba.

Mientras tanto, los almirantes japoneses hacían lo que sus homólogos norteamericanos pensaban que harían y concentraban sus fuerzas para una batalla decisiva en alguna parte del mar de las Filipinas, unas 1500 millas de océano que separaban las Marianas de las Filipinas. En Tokio, el cuartel general imperial nombró al almirante Toyoda Soemu nuevo jefe de la flota combinada para substituir al almirante Koga, que había desaparecido durante un vuelo en abril de 1944. En la reorganización subsiguiente, el mando de la 1ª flota móvil, que consistía en los grupos de batalla de superficie y portaaviones de la marina, correspondió al almirante Ozawa Jisaburo, pugnaz almirante de portaaviones cuya fama de agresivo seguía intacta. Toyoda y Ozawa trazaron planes concurrentes que acabarían fusionándose en la operación A, plan relativo a la decisiva batalla entre flotas que no habían librado en Midway. Mientras los almirantes trazaban planes, la 1ª flota móvil se reunió en el fondeadero de Tawitawi entre Mindanao y Borneo; llegaron unidades de Singapur, las Filipinas y las islas del archipiélago japonés, todas bajo la mirada vigilante de los submarinos estadounidenses y los oídos despiertos de los servicios de inteligencia navales. La 1ª flota móvil adquirió proporciones impresionantes: seis acorazados, nueve portaaviones con unos 500 aviones, 13 cruceros y 28 destructores. La 1ª flota aérea, que ocupaba un lugar importante en los planes japoneses y tenía sus

bases en tierra, desplegó unos 1000 aviones en diversos aeródromos que permitirían a sus escuadrones de elite de torpederos y bombarderos cubrir el mar de las Filipinas, protegidos por los Zeros de escolta. La flota submarina japonesa también se desplegó en dirección a las Marianas, pero sin darse realmente prisa.

Mientras se reunía la 1ª flota móvil con su fuerza de apoyo de petroleros y submarinos, Toyoda y Ozawa pidieron a sus estados mayores más integración operacional para la batalla decisiva. Los estados mayores llevaron a cabo simulacros de combate y analizaron todas las fases de la operación. Incluso el emperador en persona observó uno de los ejercicios de Toyoda, lo cual era síntoma del nivel de desesperación de la marina. El concepto de la operación A reflejaba el debilitamiento de la fuerza aérea de los portaaviones japoneses. Los aviones de esta fuerza se habían perfeccionado, pero sus pilotos eran inexpertos y la mayoría de ellos tenían en su haber menos de seis meses de vuelo en solitario. Los restantes pilotos veteranos se destinaron a la 1ª flota aérea. Los aviadores japoneses gozaban de una única ventaja: sus aviones tenían más autonomía de vuelo que los norteamericanos, lo cual significaba que los portaaviones podían lanzar vuelos de ataque más allá de donde podían llegar los aviones de la marina norteamericana. Los bombarderos con base en tierra podían cubrir distancias aún mayores. Debido a la escasez de gasolina, los aviadores navales japoneses tendrían que lanzar sus ataques con la esperanza de encontrar aeródromos en Guam, Saipán y Tinian donde repostar carburante. Los planificadores, de hecho, contaban con que los aparatos de la 1ª flota aérea asestaran los golpes más certeros a los norteamericanos y luego aterrizaran en las Marianas para repostar y rearmarse antes de atacar al enemigo durante el viaje de regreso a la base. Mientras los combates aéreos distrajeran a los norteamericanos, los veloces acorazados y cruceros pesados avanzarían rápidamente hacia el este para librar una batalla nocturna en la superficie y explotar el único defecto táctico de la marina estadounidense.

Los barcos de guerra con los que la marina imperial japonesa empezó la campaña eran excelentes desde el punto de vista tecnológico, pero adolecían de graves defectos operacionales. El buque insignia de Ozawa, el portaaviones *Taiho* , de 26 575

toneladas, estaba dotado de lo más moderno en máquinas, armamento antiaéreo, radar y cubierta de vuelo blindada y otros adelantos. Encargado en 1944, el *Taiho* había entrado apresuradamente en servicio con su oficial de ingeniería como comandante, toda vez que nadie más estaba en condiciones de mandarlo; las pruebas limitadas que hizo en el mar revelaron enseguida que los tripulantes no dominaban su tecnología. Otros barcos de guerra también entraron en servicio con escasez de marineros adiestrados. A estos problemas relacionados con los efectivos humanos había que añadir que la marina japonesa creía erróneamente que su sistema de comunicaciones seguía siendo invulnerable a los descifradores norteamericanos. Siempre que algún oficial de alta graduación sospechaba que los códigos básicos no ocultaban nada, alguien daba una nueva explicación de las emboscadas que sufrían los convoyes y de los ataques aéreos que tenían lugar inesperadamente. En vísperas de la operación A, Ozawa exigió finalmente un cambio total de los libros de códigos, pero con ello sólo consiguió que la coordinación de las fuerzas japonesas resultara más difícil y además la medida llegó demasiado tarde para confundir a los norteamericanos, que ya se habían preparado para una gran batalla en el mar de las Filipinas.

Los defensores japoneses de las Marianas se encontraban ante el mismo reto que sus camaradas muertos en las Marshall y que consistía en hacer que las fuerzas de desembarco norteamericanas pagaran un alto precio por su agresividad. En este caso tenían una misión concreta: asegurarse de que los aeródromos de la isla continuasen en poder de los japoneses mientras la 1ª flota móvil y la 1ª flota aérea pudieran utilizarlos. En Saipán había mucho personal naval en tierra: 6000 entre oficiales y tropa bajo el mando del vicealmirante Nagumo Chuichi, el aviador naval que había atacado Pearl Harbor. El destacamento naval en Guam era menos numeroso. La defensa de las Marianas, en el aire y en tierra, dependía del

ejército (bajo el teniente general Obata Hideyoshi), formado por dos divisiones, dos brigadas mixtas bien provistas de artillería y blindados y tropas de ingeniería y servicios: en total, una fuerza de combate en tierra de 59 000 hombres repartidos en tres islas.

La fuerza de defensa de Saipán (bajo el teniente general Saito Yoshitsugu) era la más numerosa y mejor armada, con 32 000 hombres entre oficiales y tropa y un regimiento de 48 tanques. Saito también tuvo que hacerse responsable de una población civil de 20 000 personas de todas las edades y sexos que a principios de los años veinte habían llegado a Saipán, procedentes de Okinawa, para trabajar la tierra. Los complejos de fortificaciones que Saito había proyectado para una isla donde abundaban las cuevas no estaban terminados en junio de 1944. Los ataques de la aviación y los submarinos norteamericanos habían obstaculizado la afluencia de refuerzos y pertrechos; cuando la 43ª división embarcó con destino a la isla, el primer convoy llegó intacto, pero el segundo perdió cinco de siete transportes y cargueros. Además, los aviones de los portaaviones estadounidenses habían bombardeado y fotografiado la isla desde febrero, concentrándose de modo especial en el aeródromo de Aslito y una pista de aterrizaje complementaria que los ingenieros japoneses habían empezado a construir cerca de allí.

Los ataques aéreos que soportó la guarnición de Saito fueron fruto del convencimiento de Spruance de que la agrupación 58 tenía que derrotar a la 1ª flota aérea antes de que las fuerzas de desembarco bajaran a tierra o las dos flotas entablaran combate. Gracias a la labor de sus servicios de inteligencia, Spruance, que también había recibido información Ultra, conocía bien el plan de batalla de Ozawa. Los pilotos de Mitscher, bien adiestrados y dotados del último modelo de F6F Grumman Hellcat, iniciaron los ataques preliminares del desembarco en todas las Marianas y las Bonin el 11 de junio, entablando combate con los interceptores de la 1ª flota aérea y dispersando los bombarderos. Antes de que la agrupación 58 y la 1ª flota móvil llegaran a encontrarse, los pilotos norteamericanos —en ocho días de combates— redujeron a la mitad los aviones de que disponía la 1ª flota aérea para el combate. El almirante Ozawa, informado sólo parcialmente de este primer revés, esperó hasta que tuvo la seguridad de que la 5ª flota realmente invadiría Saipán y entonces ordenó que continuase la operación A. Cuando los barcos de apoyo de Turner abrieron fuego contra Saipán el 13 de junio, Ozawa levó anclas y atravesó con el *Taiho* el estrecho de San Bernardino entre las islas de Samar y Luzón para

encontrarse con sus petroleros y el resto de la flota móvil el 16 de junio a primera hora de la tarje. Submarinos y luego aviones de reconocimiento norteamericanos siguieron a su flota. Mientras tanto, los japoneses de Saipán hacían frente a toda la furia del V cuerpo anfibio.

Pese a la previsible confusión sobre las playas que tenían asignadas, los cuatro regimientos de infantería de marina que desembarcaron en Saipán el 15 de junio demostraron la superioridad abrumadora de los norteamericanos en lo que se refería a los movimientos de hombres y pertrechos entre los barcos y las playas. Seis batallones de tractores anfibios, la mitad del ejército y la mitad de la infantería de marina, llevaron los ocho batallones de asalto a la playa en 719 tractores, casi la mitad de ellos blindados y armados con cañones. En menos de 30 minutos desembarcaron 8000 infantes de marina, con la pérdida de unos 20 tractores. Con todo, una vez en la playa, los infantes de marina se encontraron en una vorágine de fuego de artillería y mortero de las baterías emplazadas en las colinas cercanas, fuera del alcance de las bombas que disparaban los barcos. Los norteamericanos no habían desembarcado artillería de la infantería de marina o del ejército en los islotes sin guarnición para tener fuego de apoyo y los aviones de la marina aún no podían cumplir la tarea de bombardear lugares situados cerca de donde estaban las tropas. Mientras la 2ª división de infantería de marina se dirigía a las colinas del norte desde las que se dominaban los aeródromos, los batallones de asalto de la 4ª división de infantería de marina trataban de internarse en la isla a bordo de sus tractores anfibios para tomar Aslito, pero la infantería y los cañones antitanques japoneses detuvieron el avance. Antes de que terminara la campaña, 164 tractores anfibios fueron destruidos cuando los infantes de marina intentaron usarlos como vehículos de combate en tierra, donde su delgado blindaje y su gran visibilidad los hacía vulnerables. Holland Smith montó en cólera al ver que los japoneses se habían percatado plenamente de las posibilidades defensivas de Saipán. La batalla sería una sangrienta guerra de desgaste entre enemigos implacables.

Mientras la batalla de Saipán se convertía en otro baño de sangre, la 5ª flota norteamericana y la 1ª flota móvil japonesa se disponían a entablar combate, Spruance con su prudencia

característica y Ozawa con la agresividad que le caracterizaba pero con menos información táctica. No sólo brindaría la 1ª flota aérea japonesa poca ayuda a Ozawa, de lo cual éste no acabó de darse cuenta hasta el 15 de junio, sino que la flota submarina no había hecho nada contra los norteamericanos y, en cambio, perdió 17 de los 25 buques que había desplegado. La agrupación 58 tenía dos grupos de portaaviones en posición de atacar, pero Mitscher optó por esperar mientras sus otros dos grupos de portaaviones regresaban después de atacar las Bonin. Mientras tanto, Spruance canceló la invasión de Guam (programada para el 18 de junio) y ordenó a la fuerza anfibia de Turner que se alejara de las playas de Saipán. A diferencia de Guadalcanal, los infantes de marina dieron por sentado que el movimiento duraría poco y ya habían tenido tres días para descargar munición y pertrechos de gran importancia. En la despejada mañana del 19 de junio, Águilas Marinas pilotadas por jóvenes japoneses despegaron de las cubiertas de vuelo de sus portaaviones y partieron con rumbo a una de las mayores matanzas aéreas de la segunda guerra mundial.

Los aviadores navales de la agrupación 58 llamaron a la batalla del Mar de las Filipinas, como se llamó oficialmente, «el gran tiro al blanco de las Marianas», y los veteranos se maravillaron de la ineptitud de los pilotos japoneses que se enfrentaron a ellos. Los aviadores de los portaaviones japoneses hicieron 328 salidas y perdieron 243 aviones, mientras que la 1ª flota aérea japonesa perdía otros 50. Con un coste de sólo 20 aviones, los Hellcats, que explotaron al máximo los sistemas de interceptación por medio de radar que llevaban a bordo, hicieron más de 400 salidas que causaron estragos entre las Águilas Marinas. A primera hora de la tarde los submarinos estadounidenses hundieron el *Tatho* y otro portaaviones.

Entonces, con gran consternación de los almirantes de sus portaaviones, Spruance ordenó interrumpir el combate estando la fuerza de Ozawa todavía a tiro, y la agrupación 58 puso proa al este para proteger a la fuerza anfibia de un posible ataque nocturno por parte de barcos de superficie. Esta decisión —que años después seguía poniendo furiosos a los aviadores navales— parece en verdad demasiado prudente, dada la superioridad numérica y la mayor eficacia de los norteamericanos, pero es posible que Spruance

pensara que ya había agotado su cupo de buena suerte en Midway. Hasta el momento sus fuerzas sólo habían sufrido daños mínimos causados por las pocas Águilas Marinas que se habían zafado de sus patrullas aéreas y quería que las cosas siguieran igual.

Spruance, que pensaba reanudar la batalla al día siguiente, cambió el rumbo y se dirigió al oeste aquella noche, pero demasiado tarde para enfrentarse a Ozawa, que también había puesto proa al oeste para regresar a su base. Hasta bien entrada la tarde del 20 de junio los aviones de reconocimiento norteamericanos no localizaron la 1ª flota móvil, que ahora disponía sólo de 35 cazas para proteger a seis portaaviones y seis acorazados. Mitscher mandó una fuerza de ataque de más de 200 aviones detrás de la flota japonesa, sin saber que el parte de posición que había recibido era incorrecto. Ni siquiera al darse cuenta de que sus pilotos probablemente volverían —si volvían— con los depósitos vacíos canceló la misión. Los norteamericanos hicieron blanco en seis barcos de guerra y hundieron un portaaviones ligero con un coste de 20 aviones en combate (y 11 tripulantes) antes de volver a sus portaaviones en la obscuridad. A pesar de la amenaza de ataque submarino Spruance ordenó encender las luces de la flota, pese a lo cual 80 aviones se estrellaron al tratar de aterrizar. La pérdida de otros 38 pilotos y tripulantes el 20 de junio, si bien fue relativamente baja, empañó un poco la victoria del día 19. Mitscher en persona resumió los resultados de los dos días: «El enemigo había escapado. Había resultado malherido por un único golpe agresivo de los portaaviones en el único momento en que estuvo a tiro. Su flota no fue hundida».[2]

Aunque la derrota de Ozawa hizo que resultara inútil seguir resistiendo, Saito convirtió la batalla de Saipán en un mal recuerdo para los infantes de marina y los soldados del V cuerpo anfibio. Explotando el terreno con gran habilidad, los 41 000 japoneses vendieron caras sus vidas en una batalla que duró casi un mes en lugar de unos pocos días como habían predicho algunos optimistas. Las fuerzas de tierra norteamericanas sufrieron más de 14 000 bajas y tal vez hubieran perdido todavía más hombres si los subordinados de Saito no hubieran organizado varias dramáticas cargas *banzai* (suicidas), algunas con el apoyo de tanques. La última *banzai* , el 7

de julio, costó la vida a unos 2000 soldados japoneses, pero también arrolló a dos batallones de infantería del ejército y a tres batallones de artillería de la infantería de marina. Esta terrible matanza sólo sirvió para que la batalla alcanzara nuevas cotas de horror.

La 27ª división de infantería volvió a dar muestras de aletargamiento en combate, lo cual era un pecado imperdonable a ojos de Holland Smith, que relevó a su comandante. El escándalo que provocó esta medida no amainó hasta que intervinieron los Jefes del Estado Mayor Conjunto y el comandante en jefe del Cuerpo de Infantería de Marina accedió a ascender a Smith a un puesto no operacional. Smith había evaluado correctamente los defectos de la 27ª división; nuevos comandantes y tropas mejor adiestradas la mejoraron un poco, aunque no mucho. Pero también había mostrado sus propias limitaciones como comandante de un cuerpo —justamente la acusación que le hizo el ejército— al mostrar poca comprensión de los factores tiempoespacio y de la coordinación del fuego de apoyo, defecto que observaron el estado mayor y los comandantes de división del propio Smith. Lo ocurrido en Saipán aumentó la tensión entre la infantería de marina y el ejército, especialmente porque a Nimitz no le gustaba resolver enfrentamientos.

Además de empeorar las relaciones entre las dos armas, Saipán fue una espeluznante visión anticipada de lo que tal vez depararía la guerra al llegar a las islas pobladas del Pacífico Occidental: la muerte de inocentes. Al abrirse paso luchando hacia el norte de la isla, los infantes de marina y los soldados descubrieron los cuerpos destrozados de ancianos, mujeres y niños que habían sido víctimas de los ataques aéreos y los bombardeos de la artillería. Encontraron civiles entre los muertos en la *banzai* del 7 de julio. Cosas peores ocurrirían al llegar a Marpi Point, donde atraparon a unos mil soldados japoneses y otros tantos civiles de todos los sexos y edades. Entonces contemplaron con horror cómo los japoneses se mataban en actitud desafiante unos a otros, pegándose tiros, decapitándose, ahogándose y haciéndose saltar por los aires, a pesar de que norteamericanos que hablaban japonés, algunos de ellos soldados *nisei* (de origen japonés pero nacidos y educados en Estados Unidos), les rogaban que se rindieran. Los infantes de marina trataron de matar a algunos japoneses para salvar a otros,

pero fue inútil. Los numerosos cadáveres tiñeron de rojo el oleaje que rompía en las rocas de Marpi Point. La mayoría de los observadores norteamericanos volvieron los ojos hacia otra parte, asqueados por la muerte innecesaria y horrorizados por lo que semejante fanatismo significaba implícitamente para el resto de la guerra. Luchar contra soldados japoneses y matarlos, incluso en los campos de batalla «sin cuartel» del Pacífico, al menos entraba en lo que cabía esperar en una guerra, pero no podía decirse lo mismo de las muertes de Marpi Point.

Hasta que tuvo la seguridad de que la 1ª flota móvil japonesa no volvería y de que Saipán había caído, Nimitz apoyó la decisión de Spruance de aplazar los desembarcos en Guam y Tinian. Para las Tropas del Sur y la Fuerza de Desembarco del general Geiger el aplazamiento significó abrir estelas interminables en el océano, a salvo de los aviones y submarinos japoneses. Tal como un sargento recordaba la escena, cuando la división y la brigada de infantería de marina finalmente desembarcaron el 21 de julio, estaban tan enfurecidos con la marina de Estados Unidos que hubieran matado a sus propias abuelas. En vez de ello, se encontraron ante otra resuelta fuerza de defensa japonesa de 18 500 hombres que habían utilizado el tiempo extra para construir más baluartes en las montañas. El retraso también significó que las fuerzas aéreas del ejército empezaron a atacar el 6 de mayo y los aparatos de los portaaviones el 11 de junio, y el bombardeo de la artillería naval se produjo el 8 de julio, todo ello de acuerdo con el plan original. A pesar del prolongado bombardeo, el general Geiger evaluó la resistencia, que seguía siendo fuerte, en las escarpadas colinas justo detrás de la cabeza de playa, y ordenó que la 77ª división de infantería bajara a tierra el mismo día del desembarco.

Geiger y el general de división Andrew D. Bruce demostraron que los generales de la infantería de marina y del ejército podían trabajar bien juntos; sus tropas aprendieron a admirar sus habilidades mutuas en el combate y los infantes de marina apreciaron la estimable actuación de la artillería del ejército y los batallones de tractores anfibios que apoyaban al III cuerpo anfibio. Veterano de Guadalcanal y Bougainville, Geiger demostró que por lo menos un general de la infantería de marina sabía mandar un cuerpo con competencia. Los japoneses pusieron a prueba todos los

elementos de su mando con *banzais* nocturnas, inteligentes posiciones defensivas, bombardeos por sorpresa e imperturbables resistencias hasta la muerte. Varios incidentes de fuego amigo estropearon la batalla pero no provocaron otra ronda de hostilidad entre las distintas armas. La isla cayó finalmente en poder de los norteamericanos el 10 de agosto, aunque algunos soldados japoneses que no sabían que la guerra había terminado permanecieron en las colinas hasta 1972.

Para los norteamericanos la batalla de Guam se convirtió en un doloroso recordatorio de las razones para hacer una guerra con un coste tan terrible. La isla era territorio norteamericano al invadirla los japoneses y su reconquista, durante la cual se izó la bandera en el lugar donde estaba el antiguo cuartel de la infantería de marina, hizo de ésta una campaña emocional. El plan de maniobras en tierra de Geiger garantizó no sólo la toma del aeródromo de Orote Point al cabo de poco tiempo sino también la liberación de las regiones pobladas de Guam, así como la de 20 000 chamorros que habían sido encarcelados y maltratados por los japoneses durante dos años y medio. La batalla costó la vida a algunos nativos, pero éstos «cogieron con entusiasmo el retomo de los norteamericanos y participaron en la batalla como exploradores y porteadores. A pesar de las restrictivas reglas de combate, el fuego naval y el apoyo aéreo fueron excelentes. La lucha propiamente dicha causó 7800 bajas a los norteamericanos (unos 2000 muertos) y las bajas de un regimiento de infantería de marina fueron comparables a las que más adelante se registrarían en las batallas de Iwo Jima y Okinawa. Entre los muertos norteamericanos había dos coroneles, Sam Puller, hermano del legendario Infante de marina "Chesty" Puller, y Douglas C. McNair, hijo único del teniente general Leslie J. McNair, comandante de las fuerzas de tierra del ejército, que resultó muerto aquel mismo mes en Francia. Las muertes norteamericanas, sin embargo, hicieron posible que Guam se convirtiera rápidamente en una base para los B29 y una base avanzada de operaciones para los submarinos y las fuerzas de servicios de la marina.

La toma de Tinian entre el 24 de julio y el 1 de agosto correspondió a las divisiones 2ª y 4ª de la infantería de marina, que habían sido reconstituidas y contaban con el apoyo de cuatro batallones de tractores anfibios de primera clase del ejército, 13

batallones de artillería y un batallón de ingenieros. Los infantes de marina cruzaron los 6 kilómetros y pico del estrecho que separa Saipán de Tinian y sorprendieron a los japoneses (cuyo número era de 8000) al desembarcar en algunas playas estrechas del norte y atacar luego en dirección sur, en vez de desembarcar en un frente más amplio situado en el centro de la isla. La rapidez del ataque y el diluvio de fuego de apoyo permitieron a los infantes de marina convertir un frente de dos batallones en un enclave de dos divisiones en 48 horas y tomar algunas alturas prominentes sin sufrir pérdidas graves. Con un total de alrededor de 2000 bajas (y sólo 328 muertos), los infantes de marina aniquilaron a la guarnición japonesa con metódicos avances diurnos y tenaces defensas nocturnas contra las previsibles *banzais* . El aeródromo de Tinian, una vez tomado, no tardó en convertirse en la principal base para los B29 que tenían la misión de bombardear el archipiélago japonés. Como ejercicio de habilidad táctica, la operación de Tinian dejó claro que los japoneses no podían infligir bajas preocupantes a menos que cambiaran sus tácticas defensivas. El alto mando norteamericano no quería darles tiempo de aprender nuevas lecciones.

EL RETORNO A LAS FILIPINAS

Mientras continuaba la campaña en las Marianas, el general MacArthur insistió en que la siguiente gran ofensiva tenía que ser en las Filipinas y no en Formosa, a lo cual seguía oponiéndose el almirante King. MacArthur presentó un argumento que el propio King aceptó: las Filipinas podrían ser una base desde la cual se cortarían las rutas comerciales de Japón. MacArthur también adoptó la postura moral y política de que Estados Unidos debía liberar a los filipinos tras haberlos abandonado en 1942. El presidente Roosevelt se trasladó personalmente a Honolulú en 1944 para escuchar los argumentos de MacArthur y Nimitz. Es probable que MacArthur también adivinara que Roosevelt deseaba ser visto con el gran general republicano, toda vez que Roosevelt ya había declarado su intención de presentarse a las elecciones presidenciales por cuarta vez. Ni MacArthur ni Nimitz arguyeron que Formosa

debía ser el siguiente objetivo. De hecho, incluso los planificadores del propio King opinaban que una invasión de Formosa sería prematura, dadas las fuerzas aéreas y navales de que todavía disponían los japoneses. Después de estudiar más el asunto, a principios de septiembre los Jefes del Estado Mayor Conjunto rechazaron el plan de MacArthur de navegar directamente a Luzón y en su lugar aprobaron una propuesta menos ambiciosa que consistía en desembarcar en Mindanao en noviembre de 1944.

Los planificadores japoneses no tenían ninguna duda de que el siguiente objetivo de los norteamericanos serían las Filipinas. Estas consideraciones ya habían añadido cierta confusión a la salida contra la 5ª flota en el mar de las Filipinas. Incluso ahora que las Águilas Marinas ya no podían despegar de los portaaviones en número suficiente, el estado mayor general de la marina imperial sacó la conclusión de que una agrupación numerosa de fuerzas de superficie de su flota combinada y aviones con base en tierra aún podían asestar un golpe tremendo a la marina norteamericana y rechazar o retrasar así la invasión de las Filipinas. Trabajando en insólita armonía nacida de la desesperación, los estados mayores de la marina y el ejército trazaron un plan de contingencia nacional, Sho Go u operación Victoria, que se envió a los comandantes a finales de julio de 1944. El almirante Toyoda ya había sacado la conclusión de que las Filipinas serían el siguiente gran campo de batalla y puso sobre aviso a los comandantes de su agrupación aérea y naval con el fin de que se prepararan para luchar en aguas filipinas. En términos generales la marina japonesa formó dos grandes agrupaciones para la operación Sho Go: los portaaviones y sus escoltas de la 1ª flota móvil del almirante Ozawa destacados en el archipiélago japonés, y la 2ª flota de acorazados y cruceros bajo el mando del almirante Kurita Takeo, duro marino que tenía la dudosa distinción de haber perdido más buques insignia que cualquier otro almirante japonés.

El plan de Toyoda para la inminente acción de la flota, que provocó quejas de Ozawa y Kurita, contaba con que la marina estadounidense siguiera obsesionada con destruir la 1ª flota móvil de Ozawa, que había logrado escapar durante la batalla del mar de las Filipinas. Toyoda consideraba la fuerza de cuatro portaaviones de Ozawa una diversión sacrificadora y rechazó la sensata

propuesta de Ozawa de que la 1ª flota móvil volviera a encargarse de la defensa aérea de la flota, toda vez que el propio Ozawa reconoció que las Águilas Marinas habían perdido su capacidad ofensiva. Toyoda decidió que, en vez de ello, dependería de que aviones con base en tierra proporcionaran cobertura a su ofensiva principal, que sería un ataque directo de la 2ª flota de Kurita contra la armada invasora norteamericana y contra los portaaviones que no salieran en persecución de Ozawa. Toyoda ordenó a Kurita que crease su propia 1ª fuerza de diversión a partir de siete de los acorazados y cruceros más lentos de Japón. La fuerza central de Kurita, lo mejor de la artillería de la marina, incluiría los superacorazados *Yamato* y *Musashi* , tres acorazados más viejos, 12 cruceros y 15 destructores. Además, entraría en acción con radares perfeccionados y sistemas de control de fuego además de munición antiaérea especial.

Desde la perspectiva de los altos mandos y los estados mayores de las fuerzas que japoneses y norteamericanos estaban reuniendo, la primera consideración era la superioridad aérea. MacArthur seguía insistiendo en que el número de portaaviones de su 7ª flota era insuficiente. El apoyo naval de la 7ª flota lo proporcionaban los pequeños grupos (unos 40 aviones) embarcados en sus 16 portaaviones de escolta tipo *Casablanca* , que eran sencillamente plataformas de 9977 toneladas montadas sobre cascos de mercante de gran calado. MacArthur insistió en que la aviación táctica de Kenney (exceptuando los B24) no podía llegar a los objetivos de las Filipinas desde sus bases actuales situadas al sudeste. Intimidó a los Jefes del Estado Mayor Conjunto para que obligasen a Nimitz a no guardarse nada de la agrupación 38, los cuatro grupos de no menos de 16 portaaviones de escuadra y ligeros, de los cuales todos menos dos eran completamente nuevos y estaban provistos de abundantes grupos de aviones también nuevos. (Un portaaviones de escuadra o de tipo *Essex* llevaba unos 80 aviones, mientras que un portaaviones ligero de tipo *Independence* llevaba entre 40 y 50.) Nimitz respondió de varias maneras a las preocupaciones de MacArthur, la más importante de las cuales fue un plan agresivo que preveía atacar las bases aéreas japonesas en lugares tan alejados como las Riukiu y tomar islas clave en el archipiélago de las Palau, unos 1287 kilómetros al oeste de las Filipinas. Como en el

Pacífico Central, dos de las escabrosas Palau —Angaur y Peleliu— tenían aeródromos, pero el verdadero premio desde la perspectiva de la marina era el atolón de Ulithi, donde la fuerza de servicios del Pacífico podía establecer contacto con los portaaviones sin correr peligro e incrementar el ritmo de las operaciones aéreas.

Siempre ansioso de llevarse bien con MacArthur, Nimitz dedicó gran parte de julio de 1944 a mostrar a su cocomandante de teatro hasta qué punto estaba dispuesta a cooperar la marina, y sus concesiones incluso despertaron las iras de King. Una de las ventajas que supuso reorganizar el más alto nivel operacional de la flota del Pacífico en dos componentes, las flotas 5ª y la 3ª, fue destinar la 3ª flota de Halsey a los avances preliminares de MacArthur hacia las Filipinas. MacArthur y Halsey eran camaradas del Pacífico Sur y se admiraban mutuamente. Nimitz reafirmó su propia promesa de tomar las islas clave de las Carolinas occidentales. La erosión de la fuerza aérea y naval de Japón en las Carolinas redujo la operación de un desembarco de cuatro divisiones a un ataque de dos divisiones contra Peleliu y Angaur por parte de la 1ª división de infantería de marina (que nunca había combatido en atolones) y la 81ª división de infantería (que nunca había participado en un desembarco).

Mientras esta fuerza anfibia se reunía en el Pacífico Sur, Halsey recorrió el Pacífico Occidental con la agrupación 38 y llevó a cabo varios ataques. Los aviadores de Halsey atacaron con entusiasmo los aeródromos y los puertos de Yap, Mindanao, las Palau y Formosa y afirmaron que habían destruido unos 500 aviones de los 1500 que los japoneses tenían desplegados allí o que se dirigían a la batalla decisiva. Las afirmaciones japonesas sobre el número de aviones y barcos norteamericanos que habían destruido fueron todavía más fantásticas, pero esta vez fueron los norteamericanos los más afectados por la euforia. Halsey instó a MacArthur y Nimitz a descartar Mindanao como objetivo y dirigirse directamente a Leyte. Los Jefes del Estado Mayor Conjunto aprobaron esta recomendación el 13 de septiembre y fijaron la fecha para mediados de octubre. Dos días después empezaron los desembarcos en las Palau tal como estaba planeado, aunque la razón fundamental de la operación había desaparecido en gran parte.

Los desembarcos en las Palau se convirtieron en una operación

huérfana que se caracterizó por la ausencia de liderazgo mientras la 1ª división de infantería de marina se agotaba luchando en Peleliu. El fuego de apoyo aéreo y naval también resultó insuficiente. En Angaur la limitación del apoyo tuvo poca importancia, ya que la 81ª división aniquiló a la guarnición japonesa de 1500 hombres en cuatro días (1720 de septiembre de 1944), demostrando buen adiestramiento y paciencia táctica apropiada para tratarse de una división en la que había muchos reclutas con treinta años cumplidos que habían entrado en filas cuando la guerra ya estaba muy avanzada. El caso de Peleliu, defendida por 10 500 duros soldados japoneses, resultó distinto. Dando por sentado que en Peleliu ocurriría lo mismo que en los ataques contra otros atolones del Pacífico Central, el comandante de la 1ª división de infantería de marina predijo que la victoria sería cuestión de sólo unos días y luego vio cómo sus tres regimientos de infantería disminuían en cuatro semanas de arduos combates contra japoneses apostados en cuevas. Fue necesario añadir a las fuerzas dos regimientos de la 81ª división para terminar la batalla y los dos regimientos pagaron su ayuda con un número de bajas muy superior al que habían sufrido en Angaur. Del 15 de septiembre al 15 de octubre, Peleliu fue la peor pesadilla de los infantes de marina y costó 6400 bajas a la 1ª división. A diferencia de la campaña de las Marianas, en la cual los soldados japoneses habían contraatacado y luchado de manera convencional, los defensores de Peleliu combatieron hasta el final desde sus agujeros, con lo que minimizaron la superioridad de fuego de los norteamericanos. Fue una primera indicación de que tal vez los japoneses habían cambiado su forma de luchar, pero los norteamericanos no se dieron cuenta.

A pesar de los defectos de sus servicios de inteligencia, los japoneses adivinaron que los norteamericanos no tardarían en desembarcar en alguna parte de las Filipinas y dudaron de que Mindanao fuese el objetivo. Detectaron una inclinación al norte en el eje de avance norteamericano, reforzada cuando a comienzos de octubre Halsey lanzó otra serie de grandes ataques con portaaviones contra Okinawa, Formosa y las Filipinas. Aunque los norteamericanos exageraron al dar cuenta del número de aviones japoneses que habían destruido, los daños reales fueron lo bastante importantes como para obligar a Toyoda a pensar en la

conveniencia de poner en práctica una de las variantes de la operación Victoria, cosa que hizo en una confusa serie de instrucciones los días 10 y 11 de octubre. En vez de permitir que otra fuerza de superficie mandada por el vicealmirante Shima Kiyohide se uniera a Ozawa y tendiese una emboscada a la agrupación 38, ordenó que dicha fuerza, que se componía de siete barcos de guerra, abandonara la defensa de Formosa y se uniera a la primera fuerza de diversión, que debía abrirse paso en el estrecho de Surigao mientras la fuerza central de Kurita atacaba directamente a la 7ª flota. Sin duda la fuerza de Shima hubiese añadido cañones a Kurita u Ozawa, pero en vez de ello no aportó nada a la mayor batalla naval de la segunda guerra mundial. Otro problema del que Toyoda apenas se dio cuenta fue que sus agrupaciones de superficie no tendrían suficiente cobertura aérea con base en tierra; también le resultó muy difícil obtener de los servicios de inteligencia información concreta sobre las agrupaciones dispersas del enemigo. Los norteamericanos, en cambio, gracias a los mensajes radiofónicos que habían captado, así como a las observaciones de los submarinos y las patrullas aéreas, encontraron todos los elementos de Sho Go poco después de que empezaran a concentrar sus fuerzas.

La serie de combates navales denominada batalla del golfo de Leyte (2426 de octubre de 1944) puso fin a toda posibilidad de que la marina japonesa pudiera influir en la marcha de la guerra en el Pacífico. La batalla mostró la gran competencia y la valentía de la marina de Estados Unidos en el nivel táctico, aunque un enemigo decidido hubiera encontrado oportunidades sorprendentes de explotar sus deficiencias operacionales. El problema empezaba arriba. Sin ningún oficial al mando con autoridad clara para controlar todos los aspectos de la campaña de Leyte, las fuerzas norteamericanas podían librar y libraron distintas batallas. MacArthur y Kinkaid tenían una sola preocupación: desembarcar cuatro divisiones del ejército en la costa oriental de Leyte y tomar aeródromos para los escuadrones aéreos de Kenney. Nimitz, sin embargo, había ordenado a Halsey que buscara un combate decisivo entre las flotas al mismo tiempo que protegía a la fuerza de invasión, dos misiones que podían ser compatibles o no serlo. Los japoneses hicieron que este tipo de ambigüedad sobre la misión que

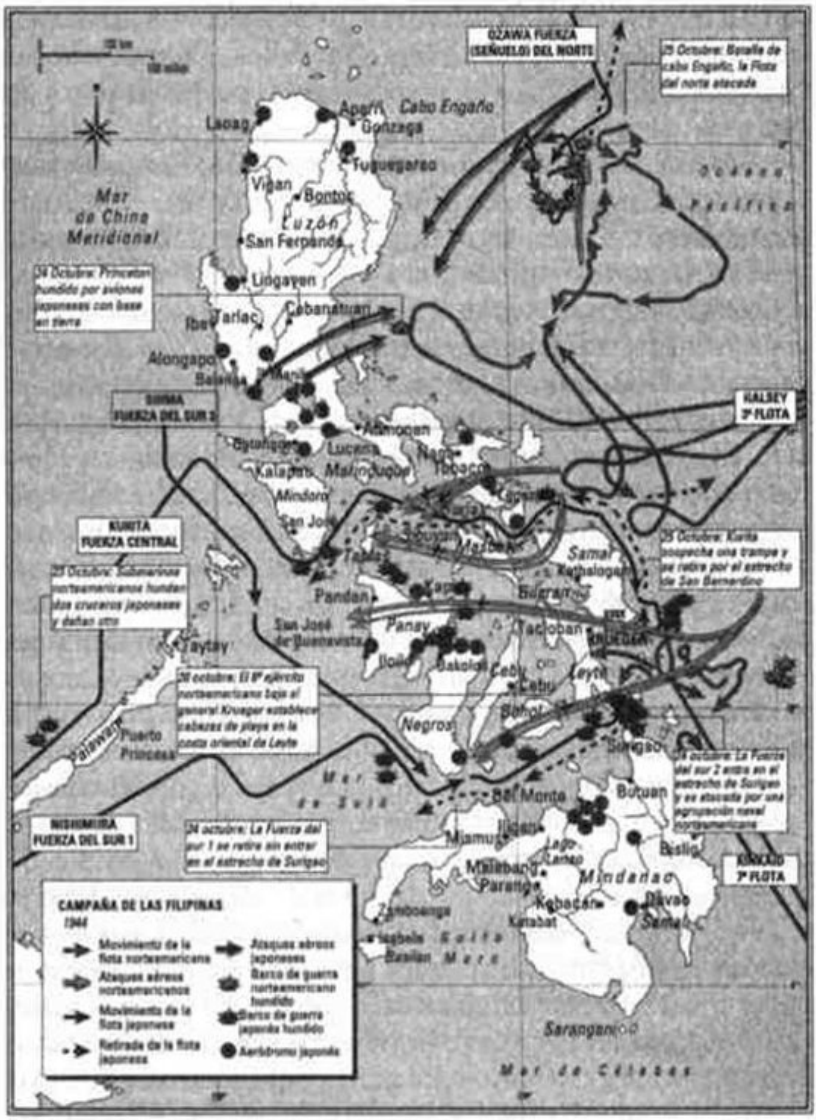
debía cumplir atormentase a la 3ª flota. Mientras las cuatro agrupaciones navales japonesas avanzaban hacia las Filipinas, el 6º ejército de MacArthur (bajo el teniente general Walter Krueger) desembarcó en Leyte y encontró poca resistencia el 20 de octubre. Los japoneses finalmente sabían con certeza dónde encontrarían a la marina norteamericana.

La batalla del golfo de Leyte empezó y terminó en medio de la confusión, pero los norteamericanos salieron victoriosos, aunque infelices y un poco asustados. Los submarinos y aviones de reconocimiento norteamericanos divisaron la fuerza central de Kurita dentro del estrecho de San Bernardino los días 23 y 24 de octubre. El día 24, Halsey ordenó a la agrupación 38 que la atacase. Los norteamericanos también localizaron a las dos agrupaciones del sur, la de Nishimura y la de Shima, y Kinkaid destacó una agrupación de sus acorazados, cruceros y destructores lentos al sur para que cubriesen la entrada del estrecho de Surigao, otro de los pasillos para la flota de invasión que operaba a la altura de Leyte. El 24 de octubre los ataques de los submarinos y los aviones causaron grandes pérdidas a la fuerza central, exacerbadas por la decisión de la segunda flota aérea, que tenía su base en tierra, de atacar a Halsey en vez de proteger a Kurita. Los ataques duraron todo el día y hundieron el *Musashi* (que fue alcanzado por 19 torpedos y 17 bombas) y causaron daños a otros cuatro barcos de guerra; para evitar más daños, Kurita ordenó a su fuerza que pusiera proa al oeste desde el estrecho antes de que obscureciese.

Casi al mismo tiempo, aviones de reconocimiento estadounidenses avistaron los portaaviones de Ozawa, que navegaban con rumbo sur siguiendo la costa oriental de Luzón a la altura de cabo Engaño. Halsey ordenó a la 3ª flota que se dirigiese al norte, sin dejar ninguna agrupación que cubriese el estrecho de San Bernardino. Sin embargo, ordenó al contraalmirante Willis Lee, el héroe de las últimas batallas navales ante Guadalcanal, que se preparase para formar la agrupación 34, poderosa unidad de acorazados y cruceros rápidos, para su posible despliegue al sur si se le ordenaba. Kinkaid pensó que el mensaje también significaba que la acción ya se había efectuado, pero no era así. Es posible que el estado mayor de Halsey diese la orden de manera confusa, pero no cabe duda de que Lee entendió que no tenía ninguna misión

nueva. Lee pensó que debería haberse quedado cerca de Kinkaid, ya que no tenía ninguna seguridad de que los ataques aéreos realmente hubiesen obligado a la fuerza de Kurita a retirarse.

Mientras tanto, Kinkaid tuvo que vérselas con las columnas gemelas de Nishimura y Shima, y tomó medidas decisivas que produjeron una victoria espectacular en el estrecho de Surigao en la obscura noche del 24 al 25 de octubre. Bajo el mando del contraalmirante Jesse A. Oldendorf, los seis acorazados de Kinkaid, relegados a la misión de bombardear la costa, y ocho cruceros hundieron la totalidad de los 12 barcos de Nishimura menos uno y ahuyentaron a la fuerza de Shima. Fue una victoria especialmente grata para los acorazados, cinco de los cuales habían resultado casi destruidos en Pearl Harbor. En una acción clásica que empezó con el arrojo de las lanchas torpederas y los destructores atacando con torpedos y terminó con el



devastador cañoneo, guiado por radar, de los acorazados, la fuerza de Oldendorf ganó la batalla sin sufrir ninguna pérdida; el único barco de guerra norteamericano que sufrió graves daños fue un destructor al que alcanzó el fuego de los propios norteamericanos. El mismo tipo de batalla desigual tuvo lugar durante las horas

diurnas del 25 de octubre a la altura de cabo Engaño. Creyendo que habían detenido la fuerza central, los aviadores de Halsey atacaron con entusiasmo la flota sacrificatoria de Ozawa y hundieron la totalidad de los cuatro portaaviones y tres destructores.

Ocultado por esta neblina de victorias norteamericanas, Kurita ordenó a su agrupación que diera la vuelta y volvió en busca de la 7ª flota o de portaaviones incautos que encontrara al azar. Mandaba cuatro acorazados y ocho cruceros. A primera hora de la mañana del 25 de octubre, la fuerza de Kurita encontró seis portaaviones de escolta y siete destructores y destructores de escolta, cuyo nombre cifrado era Taffy 3, ante la costa de Samar. Bajo el mando del contraalmirante Clifton Sprague, Taffy 3 —superada en todo menos en valor— pasó cuatro horas luchando con poca ayuda contra Kurita. Perdió un portaaviones y tres escoltas en el combate. Ataques suicidas de aviones navales norteamericanos y de los escoltas hicieron que la lucha se decantara a favor de los norteamericanos, aunque no hundieron ni un solo barco japonés. Mensajes desesperados pidiendo ayuda llenaron las ondas atmosféricas de la marina, pero no obtuvieron nada. La agrupación 34 de Lee, que seguía en el norte con Halsey, no pudo llegar al escenario de la batalla después de recibir órdenes definidas en tal sentido, cuatro horas después de que empezara la lucha. La fuerza de Oldendorf se hallaba igualmente mal situada en el sur.

Sin embargo, Kurita pensó que los acorazados norteamericanos acudían en auxilio de sus compatriotas y también creyó que había entablado batalla con portaaviones de gran calado en lugar de portaaviones de escolta. Estos dos errores de cálculo distrajeron su atención y fueron la causa de que no atacase a la flota de invasión. El contraalmirante Koyanagi Tomiji, jefe del estado mayor de Kurita, pensó que la fuerza central tenía dos misiones que no eran compatibles: atacar a la 7ª flota y tratar de sorprender a los portaaviones de Halsey por detrás cuando navegaran hacia el norte siguiendo los señuelos de Ozawa. Tal como escribió Koyanagi en sus memorias: «Kurita y su estado mayor tenían la intención de tomar la agrupación enemiga como objetivo principal si surgía la necesidad de escoger entre varios objetivos. Naturalmente, se juzgó que nuestro encuentro con el enemigo a la altura de Leyte el 25 de octubre era la ocasión para semejante elección. Por un lado, era

muy arriesgado cambiar nuestro objetivo principal cuando no conocíamos dónde estaban las demás fuerzas enemigas ni cuál sería la eficacia de nuestras fuerzas aéreas con base en tierra. Deberíamos haber elegido el objetivo único y definido y seguir avanzando sin desviarnos de él. El golfo de Leyte estaba cerca y [la 7ª flota] no podía escapar».[3]

Antes de que alguien pudiera atraparlo, Kurita ordenó que su fuerza regresara atravesando el estrecho de San Bernardino, donde tuvo que soportar más ataques submarinos y aéreos que acabaron hundiendo tres cruceros. La agrupación 34 de Lee nunca se enfrentó al enemigo y perdió una última oportunidad de demostrar que los acorazados aún tenían un papel que interpretar en las grandes batallas navales. Mientras los últimos restos de la Flota Combinada se dispersaban en busca de refugio, Toyoda contó sus pérdidas: cuatro portaaviones, tres acorazados, 10 cruceros y nueve destructores. Otros 10 000 marineros japoneses habían perecido en menos de una semana. Después de gozar de 50 años de supremacía en alta mar, la marina imperial japonesa ya no podía desafiar a la marina norteamericana en los combates entre flotas.

Ante la avalancha de recriminaciones que se hicieron después de la batalla por no haber destacado Halsey la agrupación 34, los almirantes norteamericanos en aguas filipinas y en Honolulú hubiesen podido reflexionar sobre algunas otras pérdidas. Entre el 10 y el 16 de octubre, cuando se dirigían a Leyte, tres cruceros y tres portaaviones de escolta de la 7ª flota sufrieron daños tan graves a causa de los ataques aéreos que tuvieron que retirarse. El 24 de octubre aviones japoneses atacaron al portaaviones ligero *Princeton* , que formaba parte de la agrupación 38, y lo incendiaron con una sola bomba; al estallar el portaaviones durante las operaciones de salvamento, la explosión destruyó el crucero *Birmingham* . Al día siguiente los aviadores de una escuadrilla de la marina japonesa juraron que llevarían sus ataques hasta el extremo de estrellar sus aparatos contra los barcos norteamericanos. Luego despegaron de un aeródromo de Luzón y se lanzaron contra otro de los grupos de portaaviones de escolta de Kinkaid, hundiendo uno de ellos y causando daños en cuatro barcos de guerra. El 4 de noviembre, aviones suicidas tocaron dos transportes y mataron a más de 100 soldados y marineros. De los 3000 y pico marineros

norteamericanos que murieron en aguas filipinas entre el 24 y el 26 de octubre, más de la mitad no habían tomado parte en la batalla del golfo de Leyte.

Mientras las dos marinas proseguían su viaje de destrucción en aguas filipinas, la fuerza de desembarco de MacArthur, que al principio se componía de cuatro divisiones de infantería, también se encontró con que Leyte estaba llena de sorpresas desagradables. Aunque MacArthur era demasiado astuto para predecir una victoria rápida, sus planes para la invasión de Luzón sufrieron varios retrasos de la fecha prevista inicialmente, que era a principios de diciembre, y quedaron para algún momento indefinido de comienzos de 1945. Los planes de MacArthur chocaron con un objeto inamovible: el ejército japonés y su aviación. A diferencia de operaciones anteriores en el Pacífico Sudoeste, los japoneses no titubearon en mandar refuerzos contra las tropas que habían desembarcado en Leyte. También lanzaron escuadrones de la aviación del ejército a la batalla tanto en ataques convencionales como suicidas, e incluso atacaron con comandos los aeródromos norteamericanos. El carácter obstinado de la defensa de Leyte era fruto de la decisión del comandante del teatro del ejército del sur, el mariscal de campo Terauchi Hisaichi, de emplear fuerzas que estaban destinadas a la defensa de Luzón. El comandante en jefe en las Filipinas, el general Yamashita Tomoyuki, quería retener su ejército para una larga acción dilatoria en Luzón, pero Terauchi le ordenó que enviase refuerzos al sur mientras tuviera algo de apoyo aéreo. El cuartel general del ejército en Tokio accedió a trasladar tropas de Manchuria a Luzón, por lo que las fuerzas de Yamashita en las Filipinas siguieron siendo de alrededor de 200 000 hombres en total y la guarnición de Leyte aumentó de 23 000 a casi 70 000 durante la campaña. Formaba parte de esta fuerza el 4º ejército del aire, que destinó 1500 aviones a las operaciones en Filipinas en los tres últimos meses de 1944.

Mostrando que todavía no se había librado de todos los malos hábitos operacionales, el estado mayor de MacArthur subestimó el tamaño de la guarnición inicial de Leyte y aceptó un nivel de riesgo que resultó peligroso para el 6º ejército, que de cuatro divisiones pasó a tener ocho, es decir, un total de 200 000 hombres entre oficiales y soldados. El riesgo llevaba aparejada la suposición de que

la 5ª fuerza aérea pondría en funcionamiento entre dos y cinco aeródromos al empezar la campaña y substituiría a la aviación de los portaaviones, que continuaría bombardeando Formosa y Luzón. Los portaaviones de escolta de la 7ª flota, castigados en las batallas de octubre, buscaron otras aguas. MacArthur no protestó demasiado a causa de esto una vez el 6º ejército hubo desembarcado sano y salvo y tomado por lo menos dos aeródromos poco después de los desembarcos del 20 de octubre.

La dificultad surgió porque los japoneses optaron por subir la apuesta en la batalla aérea y el tiempo no cooperó con los ingenieros del ejército que trabajaban para poner las pistas de aterrizaje de Leyte en condiciones de utilizarse. MacArthur y el comandante de la 5ª fuerza aérea, el general de división Ennis C. Whitehead, pensaban que tendrían como mínimo diez grupos aéreos de todos los tipos operando desde Leyte antes de que transcurrieran dos semanas del desembarco. En vez de ello, el 27 de octubre disponían de un solo aeródromo, en Taclobán, para un grupo de P38. Un segundo aeródromo, en Dulag, empezó a funcionar en noviembre. Un fuerte monzón otoñal, secundado por un terrible tifón, convirtió Leyte en un atolladero durante toda la campaña. Mientras tanto, refuerzos japoneses llegaron por mar al puerto de Ormoc.

La campaña en tierra empezó con gran dramatismo y mucha euforia cuando las cuatro divisiones de Krueger tomaron dos importantes cabezas de playa (separadas por unos 22 kilómetros, otro toque del optimismo de MacArthur) sin encontrar gran resistencia en la orilla. La única división japonesa que en aquel momento defendía el este de Leyte se había retirado a las posiciones que tenía preparadas en la Cordillera Central, que distaba entre 32 y 48 kilómetros de las playas. Las fuerzas de cobertura locales causaron algunos momentos de angustia, pero no los suficientes para impedir que MacArthur desembarcase en Red Beach, donde la 24ª división de infantería había encontrado la resistencia más resuelta por parte de los japoneses. Al frente de su séquito, MacArthur anduvo por el agua hasta la playa, como luego haría varias veces en Leyte, enfrente de Taclobán, que había sido su primer destino después de salir de West Point en 1903. «Fue un momento de plenitud para mí.» Luego se dirigió por radio a los

filipinos y les dijo que había cumplido su promesa de volver y que «la hora de vuestra redención ha llegado». No sentía ningún respeto especial por su enemigo, el general Yamashita, a quien MacArthur calificó de fanfarrón por sugerir (al menos así se lo habían dicho) que aceptaría la rendición de MacArthur como hiciera con la de Percival en Singapur. MacArthur reconoció que Yamashita podía ser «un comandante capaz, pero… hablaba demasiado».[4] En su mensaje MacArthur instó a todos los filipinos de verdad a unirse y «golpear» en nombre del patriotismo filipino, el cristianismo y Estados Unidos. Advirtió a los filipinos que «golpeasen» cuando las tropas norteamericanas estuvieran lo bastante cerca como para salvarles de las represalias japonesas, pero los guerrilleros ya habían digerido ese consejo táctico. Los que estaban presentes en este momento épico sintieron su fuerza, pero lo recordarían más como una sesión fotográfica para la prensa que como un gran discurso.

Mientras la marina norteamericana tomaba las medidas a la flota combinada japonesa, el 6º ejército se encontró con que gran parte de los golpes los asestarían los japoneses. La artillería pesada norteamericana podía influir en la batalla donde se encontrara la infantería, pero sólo la 5ª fuerza aérea podía detener la afluencia de refuerzos desde el norte, y no podría hacerlo mientras durase el obstáculo que representaban el mal tiempo y la lucha contra el 4º ejército aéreo. Antes de que transcurriera una semana desde los desembarcos, los bombarderos japoneses atacaron el aeródromo de Taclobán, las playas de desembarco y los fondeaderos con espantosa regularidad, convirtiendo los aviones norteamericanos en chatarra. Las fuerzas aéreas no habían experimentado semejante devastación desde los días más negros en Nueva Guinea. Los ataques contra los barcos logísticos también resultaban preocupantes; antes de que terminaran las operaciones en las Filipinas al año siguiente, los japoneses hundieron o dañaron 46 cargueros en aguas filipinas, de los cuales un número desmesurado transportaban munición y gasolina de aviación. Aunque fuera relativamente fácil derribar los aviones suicidas, identificados ahora como el nuevo cuerpo de aviación *kamikaze* , toda defensa aérea tenía sus fallos y los resultados eran catastróficos. Una consecuencia directa de los ataques contra las bases aéreas y logísticas norteamericanas fue que Whitehead tuvo que reforzar su grupo de interceptación en Leyte,

sacrificando así su capacidad ofensiva. Las divisiones del 6º ejército, que estaban enzarzadas con los japoneses en las montañas de Leyte, no podían esperar mucho apoyo aéreo. No obstante, la infantería norteamericana siguió avanzando por las resbaladizas laderas y los difíciles caminos de montaña hacia el valle de Ormoc y los puertos que recibían los refuerzos japoneses. Básicamente, sólo el tercio septentrional de Leyte se convirtió en zona de batalla.

Durante más de un mes, las líneas de contacto entre el 35° ejército japonés y el 6º ejército norteamericano estuvieron estancadas desde la carretera de la costa septentrional de Leyte siguiendo la difícil Cordillera Central. Krueger intentó un par de pequeños envolvimientos anfibios, pero ninguno de ellos cambió la situación de estancamiento. Al planear desembarcos más ambiciosos, MacArthur le dijo que los desembarcos previstos para Luzón tenían prioridad. El 6º ejército prosiguió su obstinado avance, sacando fuerza esencial para los combates de su abundante artillería y su limitado contingente de tanques. No obstante, penetró en el borde septentrional del valle de Ormoc y giró hacia el sur para atacar la población homónima, pero se encontró con que otro sistema de defensas japonesas cruzaba el valle. Hicieron falta tres semanas más de batallas de desgaste para debilitar las defensas japonesas. Ante la perspectiva de que su fuerza de defensa de Leyte se derrumbara, Yamashita aceptó un plan del 4º ejército aéreo para llevar a cabo una incursión de comandos complementada con el lanzamiento de todo un regimiento de paracaidistas de elite sobre los aeródromos de Leyte. Durante casi una semana de principios de diciembre, los japoneses hostigaron las zonas de retaguardia del 6º ejército y las bases de la 5ª fuerza aérea, pero no lograron cambiar el equilibrio táctico. En vez de ello, debido al ataque por tierra cuyo objetivo era apoyar la incursión, una división japonesa se vio expuesta al intenso fuego de la artillería. Krueger dio el golpe de gracia desembarcando toda la 77ª división de infantería cerca de la población de Ormoc. Las dos fuerzas norteamericanas se encontraron antes de finales de diciembre y la campaña terminó a todos los efectos. El 35° ejército japonés había sufrido alrededor de 60 000 muertos mientras

que sólo había causado 3500 muertos y 12 000 heridos al 6º ejército de Estados Unidos.

CONCLUSIÓN

La campaña de Leyte representó la última lucha entre las fuerzas armadas norteamericanas y japonesas dentro de los parámetros de la guerra convencional. Intervinieron de lleno en ella todos los elementos de las fuerzas aéreas, terrestres y navales que los beligerantes habían desplegado en la guerra del Pacífico. También obligó a la mayor cooperación (o falta de cooperación) entre las distintas armas que se dio en la guerra del Pacífico. Aunque la cooperación entre aire y tierra y ejército y marina en el bando japonés conservara sus tensiones inherentes, la defensa de las Filipinas demostró que las fuerzas armadas japonesas no sólo seguían estando dispuestas a morir, sino que también poseían una considerable capacidad para luchar dentro de las limitaciones operacionales que imponían la superior potencia de fuego y la creciente superioridad numérica de los norteamericanos. En el bando norteamericano, las distintas armas mostraron una nueva disposición a cooperar unas con otras, prescindiendo de los problemas causados por los egos y las lealtades organizativas de sus altos mandos. Durante la campaña de Leyte, por ejemplo, el Cuerpo de Infantería de Marina había enviado un grupo aéreo mixto a Taclobán para que ayudase a la 5ª fuerza aérea con su superioridad aérea y en misiones de apoyo inmediato a las fuerzas de tierra. La cooperación y el entendimiento entre el ejército y la marina habían rebasado los límites de la 7ª flota e influyeron en las operaciones de toda la flota del Pacífico.

Mientras las fuerzas armadas norteamericanas perfeccionaban las operaciones militares convencionales, la desesperación empujaba a los japoneses a intentar prescindir de las definiciones tradicionales sobre la forma de hacer la guerra. A medida que la guerra del Pacífico se acercaba al archipiélago japonés, nadie en ninguno de los dos bandos podía saber con certeza si serían los valores modernizados o los valores tradicionales de los japoneses los que influirían en la oposición final del imperio a la subyugación

extranjera.

14 La hora de matar 1943-1944

EN la segunda mitad de 1943, mientras las fuerzas estadounidenses lanzaban una ofensiva a gran escala en el Pacífico, la guerra en Europa se volvía de forma inexorable contra la Alemania nazi. Durante el verano, las operaciones aliadas ejercieron una presión creciente e interrelacionada en todos los teatros europeos. La decisión de Hitler de suspender la batalla de Kursk en el frente del este no fue fruto sólo de las derrotas tácticas, sino también de la invasión anglonorteamericana de Sicilia y la amenaza de derrumbamiento de Italia. Los alemanes ya no eran dueños de los acontecimientos. Por hábil que fuese su forma de dirigir las batallas defensivas, el peso del poderío militar aliado iba desgastando las ventajas tácticas de la Wehrmacht.

Con todo, desde nuestra perspectiva y con nuestro conocimiento de los crímenes que los secuaces de Hitler estaban infligiendo a los civiles indefensos de Europa, a veces las operaciones aliadas parecen titubeantes y deficientes. El Holocausto estaba en plena marcha en 1943; los grandes campos de exterminio de Auschwitz, Sobibor y Treblinka recibían a diario sus cargamentos de víctimas, principalmente judías, aunque también había entre ellas gran número de otros «indeseables». Los pogromos de 1939 contra los judíos en Polonia —acompañados del asesinato sistemático de intelectuales y líderes polacos— habían ido a más y en 1941 ya se habían convertido en matanzas organizadas de centenares de miles de judíos en lugares como Babi Yar. Allí, los *Einsatzgruppen* **[12]** de las SS habían fusilado a ancianos, jóvenes, hombres y mujeres y arrojado los cadáveres a grandes fosas. En 1942 los verdugos de Himmler habían pasado a la matanza organizada e industrializada de las razas «inferiores» de Europa en grandes campos de exterminio cuya única misión era el asesinato de centenares de miles de inocentes. De forma lenta pero inexorable, fueron

vaciándose los grandes guetos que los conquistadores alemanes habían creado en 1939 y 1940. Las chimeneas de los crematorios lanzaban sus cenizas a la atmósfera mientras Adolf Eichmann y otros burócratas seguían buscando nuevas víctimas más lejos.

En 1943 Franklin Roosevelt y Winston Churchill habían visto informes de los refugiados que sugerían que los nazis estaban matando sistemáticamente a los judíos como «solución final» de la «cuestión judía». Pero Roosevelt, Churchill y los comandantes aliados sacaron la conclusión de que la única esperanza de poner fin a las atrocidades era la victoria militar sobre la Wehrmacht; sólo derrotando a la Alemania nazi y ocupándola con tropas de tierra podrían acabar con aquellos crímenes contra la humanidad. No había

ningún equivalente moral entre matar alemanes —civiles además de soldados— y los crímenes que los alemanes cometían o toleraban.

Matar alemanes con todos los medios disponibles con el fin de ganar la guerra pasó a ser la meta de los aliados. Pero los ejércitos aliados sólo podían alcanzar dicha meta pagando un elevado precio.

Su adversario era tenaz y estaba bien adiestrado, muy motivado y decidido a aplazar el día de ajustar cuentas tanto como fuera posible. Cuando el masivo aumento de la producción de armas en todo el mundo llegó a los combatientes, la lucha se intensificó. No cesaría hasta mayo de 1945.

LA CAMPAÑA DE ITALIA, SEPTIEMBRE DE 1943, MAYO DE 1944

En julio de 1943, fuerzas anglonorteamericanas habían desembarcado en Sicilia. A pesar de las numerosas riñas entre los comandantes aliados, sus fuerzas habían obligado a los alemanes a replegarse hasta Mesina. Estas derrotas del Eje fueron suficientes para provocar la caída del régimen de Mussolini, posibilidad que los alemanes, a diferencia de sus enemigos, ya habían tenido en cuenta. Desde el punto de vista alemán, la palabra clave era «cuándo» y no «si» Italia abandonaría la guerra. Rommel había recibido el mando del Grupo de Ejércitos B en Austria con el fin de canalizar tropas alemanas hacia Italia tan rápidamente como fuera posible y asumir el mando del teatro en dicho país. En el bando italiano, el rey Víctor Manuel III había nombrado al mariscal Badoglio sucesor de Mussolini con el encargo de sacar a Italia de la guerra. En vista del historial de Badoglio —comandante de cuerpo en Caporetto, supervisor de la potenciación de las fuerzas armadas en los años treinta, jefe del mando supremo durante los desastres de 1940— el mariscal era la última persona capaz de sacar a Italia de la contienda sin destruir el país. Los generales que le rodeaban no estaban mejor preparados para oponer resistencia a las tropas alemanas, que ya habían empezado a invadir Italia y avanzaban hacia el sur.

Ni el alto mando aliado ni los líderes italianos actuaron con suficiente rapidez. El primer emisario que los italianos enviaron a los aliados llegó a Portugal sin estar autorizado para negociar. En vez de ello, portaba un mensaje que instaba a los aliados a desembarcar cuanto antes. Hubo nuevas conversaciones en agosto, mientras las fuerzas aliadas se preparaban para invadir el

continente. Hasta el 1 de septiembre no aceptaron los italianos las condiciones aliadas para un armisticio. Al principio, el general *sir* Harold Alexander, comandante de las fuerzas de tierra, consideró la posibilidad de desembarcar la 82ª división aerotransportada norteamericana en Roma para que ayudase a defender la ciudad, pero una rápida visita a la ciudad por parte del segundo comandante de la división, el general de brigada Maxwell D. Taylor, convenció a los aliados de que los italianos no estaban preparados para luchar contra los alemanes. La operación se canceló cuando las tropas ya empezaban a subir a los aviones.

Al comenzar los desembarcos de Salerno, en el sur de Italia, la mañana del 8 de septiembre, Eisenhower anunció que se había acordado un armisticio con los líderes italianos. En Roma, el rey, el príncipe heredero, Badoglio y otras lumbreras se esfumaron para trasladarse al sur. No dejaron ninguna orden para sus subordinados. Debido a ello, los alemanes desarmaron rápida y fácilmente a las fuerzas italianas y procedieron de inmediato a enviar a la mayoría de los desgraciados a los campos nazis de trabajadores esclavos. En los casos en que los italianos opusieron resistencia, los alemanes dieron rienda suelta a su furia ante la traición de que había sido objeto la alianza del Eje. En la isla griega de Cefalonia, donde las fuerzas italianas repelieron varios asaltos de la 1ª división de montaña de la Wehrmacht, los alemanes capturaron y ejecutaron a 155 oficiales y 4750 soldados.

El hecho de que el grupo de gobernantes fugitivos pasara los controles de carretera alemanes camino del sur, pese a la orden de Hitler de detener al rey y a los que habían traicionado la alianza del Eje, induce a pensar que los líderes italianos habían hecho un trato con Albert Kesselring «el Risueño», comandante de las fuerzas alemanas en el Mediterráneo. Probablemente obtuvieron un salvoconducto para ir al sur a cambio de faltar a su deber y traicionar a su pueblo y su país. Mientras tanto, los acontecimientos militares prepararon el escenario para una larga y desalentadora campaña. Los desembarcos en Normandía el 6 de junio de 1944 han tendido a eclipsar lo acaecido en Italia. Sin embargo, desde septiembre de 1943 hasta abril de 1945 los aliados sufrieron 312 000 bajas en la campaña de Italia, a la vez que causaban 435 000 a sus enemigos nazis. En esta lucha penosa y encarnizada,

los combatientes sembraron la destrucción del norte al sur de Italia.

Reacio a arriesgar sus fuerzas en lugares donde los cazas de cobertura no podían llegar a causa de las limitaciones de su autonomía de vuelo, Alexander desembarcó el 8º ejército de Montgomery en la punta de la bota italiana, mientras el 5º ejército del teniente general Mark Clark desembarcaba en Salerno. Muchos de los contemporáneos de Clark opinaban que poseía uno de los mejores cerebros del ejército estadounidense. Otros opinaban de su carácter que era tan vanidoso como escurridizo. Ambas opiniones eran correctas. Al final se vio que lo que le faltaba a Clark era carácter. A finales de diciembre de 1942 Clark recibió el mando del 5º ejército y se pasó la mayor parte de los seis meses siguientes vigilando el Marruecos español, por si Franco entraba en guerra en el bando del Eje. Como Clark había rechazado otro nombramiento, el de principal asesor norteamericano de Churchill, Bradley asumió el mando del 1º ejército estadounidense en Inglaterra en septiembre de 1943, mientras Clark se internaba en Italia al frente del 5º ejército. Entretanto, George Patton, el más competente de los comandantes operacionales norteamericanos en el teatro europeo, que debería haber recibido uno de los dos nombramientos, seguía pagando las consecuencias de su comportamiento poco profesional al abofetear a dos soldados en sendos hospitales de Sicilia.

A pesar de su brillantez como oficial de estado mayor, Clark resultó ser uno de los comandantes norteamericanos más decepcionantes de la guerra. Ambicioso, implacable con sus subordinados, pródigo con las vidas de sus soldados, poco comprensivo con las dificultades de otros ejércitos aliados, y más dado a sentirse impresionado por las apariencias que por la substancia, Clark carecía de la empatía de Eisenhower y de su capacidad de anteponer los intereses de la alianza a los suyos. Al modo de ver de Clark, había una proporción directa entre el esfuerzo militar y el número de bajas. Además, comprendía poco el marco táctico y operacional dentro del cual combatían sus fuerzas, y mostraba las peores cualidades del «general todo va bien» que detestaban los soldados. Al enterarse de que Marshall probablemente visitaría su teatro de paso para Yalta en febrero de 1945, Clark hizo enjalbegar todos los puentes Bradley que había en Italia.

Por encima de Clark estaba Alexander, el sucesor de Auchinleck en el puesto de comandante del teatro de Oriente Medio después de los desastres sufridos en el desierto en 1942. Ocupando ahora el puesto de comandante de las fuerzas de tierra en el Mediterráneo bajo Eisenhower, era uno de los grandes y valerosos caballeros del ejército británico, un oficial de la guardia que había demostrado su valor en la primera guerra mundial y fue comandante de la retaguardia en Dunkerque. En sus puestos de mando Alexander mostró mucho tacto además de la capacidad de trabajar dentro de un marco aliado. Pero nunca pudo controlar eficazmente a Montgomery, y Clark no se mostró más dispuesto a cooperar. Por consiguiente, los ejércitos anglonorteamericanos en Italia libraron sus propias batallas.

El comienzo de la campaña fue poco prometedor. Las fuerzas de Montgomery cruzaron el estrecho de Mesina el 3 de septiembre. Pero el avance hacia el norte de la bota de Italia resultó muy lento porque los ingenieros alemanes habían volado los puentes de las carreteras. Cinco días después, cuando tropas norteamericanas y británicas desembarcaron en Salerno, Montgomery se encontraba a casi 160 kilómetros de allí. Kesselring había creído que los desembarcos aliados probablemente tendrían lugar en Salerno, y —optimista risueño como siempre— creía que sus fuerzas tenían efectivos suficientes para defender el territorio en poder de los alemanes al sur de Roma. Rommel, en cambio, arguyo que los efectivos de la Wehrmacht eran insuficientes y que la estrategia alemana debía concentrarse en impedir una ofensiva anfibia de los aliados más al norte de la península. Atrapado entre estas dos voces potentes, Hitler no acababa de decidirse, pero las dificultades de los aliados en el desembarco en Salerno le convencieron de que Kesselring tenía razón. Así pues, Kesselring conservó el mando en Italia, mientras Rommel se encargaba de preparar las defensas del noroeste de Europa.

El plan del 5º ejército aliado para Salerno proyectaba un desembarco en dos playas. En una desembarcaría el X cuerpo británico y en la otra, el VI cuerpo norteamericano, separados por una distancia de 16 kilómetros además del río Sele. Al ser informado del plan, Patton, que debía apoyar a Clark, había sugerido que si los alemanes conocían su oficio encontrarían la

brecha entre los dos cuerpos y tratarían de explotarla. Clark no hizo caso. La rendición de Italia había dado a demasiados planificadores aliados una falsa sensación de optimismo; algunos habían llegado a predecir que la fuerza atacante llegaría a Nápoles antes de que transcurrieran tres días. Lo que no tuvieron en cuenta fue la presciencia de Kesselring. En los días inmediatamente anteriores al desembarco, trasladó la 16ª división blindada a la región de Salerno y apostó dos divisiones más justo al sur de Nápoles.

A pesar de estos preparativos, los alemanes reaccionaron con bastante lentitud a la invasión propiamente dicha. Los desembarcos se produjeron a las 3,30 horas del 9 de septiembre, la mañana después de que Eisenhower anunciara la rendición de Italia. En el lado sur de la invasión, la 36ª división de infantería norteamericana, una división bisoña formada en gran parte por soldados de la Guardia Nacional de Texas, se encontró bajo intenso fuego alemán en las playas, pero los destructores proporcionaron un fuego de cobertura que acalló muchos de los puntos fortificados del enemigo. El general de brigada John
O'Daniel,
comandante de la escuela de guerra anfibia del 5º ejército en el norte de África, actuó con firmeza en la dirección y la organización de las tropas y los pertrechos en las playas donde desembarcaron los norteamericanos. En el ala izquierda de la 36ª división de infantería, algunas unidades lograron penetrar unos ocho kilómetros en el interior; pero en el ala derecha el
141°
equipo de combate regimental encontró muchas más dificultades delante de Paestum debido a la resistencia y los contraataques de los alemanes.

En el norte, las fuerzas de desembarco británicas también encontraron mucha resistencia por parte de los puntos fortificados que defendían las playas; también en este caso el fuego de apoyo de la marina contribuyó de manera decisiva a que las tropas pudieran establecer una cabeza de playa. Pero los ingleses fueron presa de gran confusión cuando parte de la 46ª división se equivocó de lugar de desembarco. La Royal Navy comunicó que varias unidades habían arrojado sus cargamentos de munición extra sin esperar a salir de las lanchas de desembarco; otra unidad desembarcó con un

piano para el comedor de los sargentos; y un regimiento incluso trajo un cerdo para la cena con que sus oficiales pensaban celebrar la victoria en Nápoles. A los ingleses les hubiera ido bien tener un general como
O'Daniel
en sus playas.

Los resultados de los desembarcos británicos fueron diversos. Unidades de la brigada del brigadier L. O. Lyne de la 56ª división avanzaron sobre el aeródromo de Montecorvino, donde quedaron asombrados al encontrarse con que varios aviones alemanes seguían allí; destruyeron 39 de ellos, junto con algunos tanques, cañones de asalto y vehículos semiorugas. En cambio, la infantería de los Hampshires de la 46ª división, que avanzaba armando mucho ruido porque no esperaba encontrar resistencia por parte de los alemanes, chocó con una compañía de granaderos blindados. Al terminar el combate, el batallón había perdido 100 hombres entre muertos y heridos y otros 300 habían caído prisioneros.

Al final, cuando ambas fuerzas de desembarco aliadas estuvieron en tierra, seguía habiendo una distancia de unos 11 kilómetros entre ellas. Además, la oposición de la Luftwaffe había resultado inesperadamente fuerte. Entre el 9 y el 11 de septiembre la aviación alemana causó graves daños al acorazado británico *Warspite* y al crucero *Uganda* , además de hundir otro crucero, cuatro transportes y siete embarcaciones para el desembarco de tanques. El 10 de septiembre ya habían empezado a llegar refuerzos alemanes a la zona que rodeaba la cabeza de playa; durante los días siguientes llegaron la 29ª división blindada, que era un grupo de batalla de la división Hermann Goering, y las divisiones 3ª y 15ª de granaderos blindados. Por suerte para los aliados, en el trazado de los planes alemanes habían intervenido demasiados cuarteles generales de cuerpos y ejércitos, por lo que el ataque principal del día 11 careció de coordinación y no logró detener el avance británico. Pero los alemanes consiguieron ejercer una presión cada vez mayor sobre toda la fuerza de desembarco.

Una de las principales ventajas de los aliados era la inmensa superioridad de su potencia de fuego. Acorazados, cruceros y destructores machacaban todos los blancos que sus observadores conseguían identificar, a la vez que los aviones aliados atacaban

ahora de forma casi exclusiva los alrededores de Salerno. En un caso, durante la fase de desembarco, un destructor británico logró destruir un tanque Tiger alemán. El hecho de que un crucero del tipo *Brooklyn* pudiera disparar 1500 bombas de 12,7 centímetros en diez minutos subraya el nivel de potencia de fuego que las unidades navales aliadas proporcionaban a las fuerzas de desembarco.

El 12 de septiembre Clark ya estaba preocupado —con mucha razón— por la posibilidad de que los alemanes atacasen los flancos interiores del X cuerpo británico o del VI cuerpo norteamericano. Los alemanes demostraron que Clark no andaba equivocado. El día 13 un contraataque hábilmente preparado de la 16ª división blindada y de la 29ª división de granaderos blindados golpeó el flanco izquierdo de los norteamericanos. Aunque los alemanes carecían de efectivos suficientes para amenazar la cabeza de playa, la habilidad y la ferocidad de su ataque destruyeron un batallón estadounidense. En un vano intento de explotar su victoria, los alemanes avanzaron por una carretera militar italiana que no llevaba a ninguna parte. Entonces dos batallones de artillería norteamericanos dispararon casi 4000 bombas contra los desventurados alemanes. No obstante, la dureza del contraataque alemán alarmó a Clark lo suficiente para pensar en una retirada. Pero después de la llegada de refuerzos —entre ellos un regimiento de la 82ª división aerotransportada que se había lanzado en paracaídas sobre la cabeza de puente alrededor de la medianoche del 13 de septiembre—, los aliados estabilizaron finalmente el desembarco. Los alemanes lanzaron un último ataque a gran escala el día 16, pero fracasó a causa de la potencia de fuego de los barcos, los aviones y las tropas de tierra de los aliados. Kesselring retiró sus fuerzas sin que los aliados salieran en su persecución.

El repliegue a las montañas dio a los alemanes tiempo suficiente para fortificar la Línea Gustavo, que habían elegido cuidadosamente y estaba anclada en el río Rápido en el oeste y cruzaba los Apeninos hasta llegar al Adriático cerca de Ortona. A principios de noviembre, la resistencia alemana, sumada a la nieve, la lluvia y un mar de barro, detuvo el avance aliado, que ya era penosamente lento. Tal como el rey de Italia había sugerido la primavera anterior, la única forma de *no* conquistar Italia era subir por la

península desde el sur hasta el norte. Al menos los aliados tomaron Nápoles y los aeródromos situados alrededor de Foggia, que resultarían muy útiles para los ataques aéreos contra el sur de Alemania y los yacimientos de petróleo de Rumania en 1944. No obstante, a pesar de que la situación continuó estancada, los comandantes aliados nunca pensaron en la posibilidad de abandonar la campaña. Tenían la esperanza de inmovilizar suficientes fuerzas alemanas en Italia para facilitar el camino de las fuerzas de invasión en Francia. Con Roma apenas 128 kilómetros al noroeste, parecía inconcebible que las fuerzas militares aliadas no pudieran tomar la Ciudad Eterna antes del Día D.

Clark mostró lo peor de sí mismo al dirigir las operaciones en enero de 1944. Debido a la considerable presión de Churchill, los Jefes del Estado Mayor Conjunto acordaron efectuar un desembarco anfibio detrás de las líneas alemanas en Anzio, apenas 64 kilómetros al sur de Roma. La operación tendría lugar el 22 de enero. Mientras tanto, Clark programó una serie de ataques para las divisiones británicas y norteamericanas del 5º ejército. Por desgracia, el intervalo entre las fechas que escogió fue demasiado grande y el

10˚

ejército alemán encontró tiempo suficiente para responder a cada ataque. La ofensiva de Clark empezó el 17 de enero con un ataque contra la Línea Gustavo. El X cuerpo británico obtuvo una victoria táctica limitada, pero Clark se negó a apoyarlo. La 46ª división británica, cuyas embarcaciones de asalto eran suficientes para una sola brigada, fracasó luego en su intento de cruzar el río Garigliano y los comandantes británicos no quisieron empeorar el fracaso y ordenaron la interrupción del ataque.

La 36ª división de infantería norteamericana, que ya había perdido muchos efectivos a causa de los intensos combates en las montañas, se vio repelida de forma aún más sangrienta a orillas del Rápido. El paso del río fue un desastre desde el primer momento. El río bajaba muy crecido; los soldados estaban cansados y desanimados; faltaba coordinación entre la infantería y los ingenieros; y no había un plan de fuego concertado. Pero Clark —que despreciaba a los ingleses por haber fracasado al tratar de pasar el Garigliano— ordenó a las tropas norteamericanas que

hicieran otro intento, y los resultados fueron igualmente desastrosos. Cuando el VI cuerpo aliado desembarcó en Anzio el 22 de enero, 1000 hombres de la 36ª división de infantería habían muerto o desaparecido y 600 habían resultado heridos. El parte que redactaron los alemanes después del combate señalaba lacónicamente que sus fuerzas habían «impedido que tropas enemigas cruzaran en S. Angelo».[1] La operación se ejecutó tan mal que los alemanes creyeron luego que sólo habían hecho frente a ataques diversivos.

Los únicos alemanes que los aliados encontraron al desembarcar en la playa de Anzio eran cuatro oficiales borrachos en un Volkswagen Kübelwagen que entraron con el vehículo por las puertas abiertas de una lancha de desembarco. El desembarco había pillado al enemigo por sorpresa; el servicio de inteligencia alemán, la Abwehr, haciendo honor a su proceder habitual, acababa de presentar un informe según el cual no había ninguna perspectiva de desembarco anfibio detrás de la Línea Gustavo. La respuesta de los comandantes aliados reflejó la prudencia excesiva con que hacían la guerra. El comandante del cuerpo, el general de división John Lucas, después de comparar su situación con la batalla de Little Big Horn, anotó en su diario que las batallas de esta clase «no son muy divertidas, y un fracaso ahora sería la perdición de Clark, probablemente me mataría a mí y sin duda prolongaría la guerra».[2] En vez de romper el cerco y avanzar agresivamente hacia el monte Albano y cortar así una de las principales rutas de abastecimiento que pasaba cerca de la costa desde Roma hasta el
10°
ejército alemán, Lucas se agachó y estableció un sólido perímetro defensivo. En una visita que hizo a Anzio el primer día, Clark reforzó la prudencia de Lucas con el comentario de que «no debía asomar la cabeza».[3] Mirando hacia atrás, puede que la respuesta de Lucas fuese muy acertada. En primer lugar, Clark había programado los ataques del 5º ejército demasiado pronto y el resultado fue que no ejercieron presión sobre los alemanes. Pero la verdadera justificación de las acciones de Lucas la dio la rapidez con que la Wehrmacht respondió al desembarco detrás de sus líneas. Antes de que transcurriera un día, los alemanes mandaron unidades improvisadas a Anzio y el OKW permitió inmediatamente que se

utilizaran divisiones de reserva en todo el teatro. En el plazo de ocho días los alemanes tuvieron parte o la totalidad de ocho divisiones alrededor del perímetro de Anzio. La rapidez de la respuesta fue una advertencia del *Führer* a los aliados sobre lo que les esperaba si trataban de desembarcar en la costa francesa.

Churchill comentó que había esperado que la invasión de Anzio se abalanzara sobre la costa como un «gato montés», pero, en vez de ello, había llegado a la playa como «una ballena varada». El VI cuerpo no trató de romper el cerco hasta el 30 de enero, mucho después de que los alemanes establecieran sus defensas. Como es lógico, el intento fracasó y las bajas fueron numerosas. Un fuerte contraataque alemán el 16 de febrero tuvo cierto éxito, pero cuando los alemanes explotaron la brecha inicial contra la 45ª división de infantería norteamericana, el peso de la potencia de fuego de los aliados frenó el avance de sus unidades. Un nuevo intento dos días después fue menos afortunado, y lo mismo ocurrió con un ataque lanzado el 28 de febrero. Los combates causaron muchas bajas a los alemanes y redujeron sus reservas operacionales. Pero Hitler quería la aniquilación de la fuerza de desembarco y sus subordinados no tenían más remedio que obedecer sus órdenes, por más que fueran poco realistas.

Mientras tanto, los aliados intentaron de nuevo abrir una brecha en la Línea Gustavo, esta vez en Cassino, mediante una serie de ataques costosos e ineficaces. En uno de los bombardeos más imperdonables de la guerra, las fuerzas aéreas aliadas destruyeron el antiguo monasterio donde tenía su sede la orden Benedictina, en Monte Cassino. El ataque sólo sirvió para proporcionar a los paracaidistas de la Luftwaffe mejores posiciones defensivas entre las ruinas.

Mientras el avance aliado se detenía a poca distancia de Roma, los alemanes aplicaron su concepto especial del orden a las partes de Italia que seguían bajo su control. Tras ser liberado por comandos de las SS en septiembre, Mussolini, agradecido, instauró «la República de Saló» para dar legitimidad a la dureza del dominio alemán en Italia; pero la medida no engañó a nadie, ni siquiera el exdictador. Las SS iniciaron la tarea de descubrir a los judíos que vivían mezclados con la población italiana. Los italianos ocultaron y protegieron a sus conciudadanos judíos y mostraron así un grado de

conciencia que no se vio en gran parte del resto de la Europa ocupada. La Iglesia católica, siguiendo las instrucciones del papa Pío XII, hizo grandes esfuerzos por salvar a los judíos. Fue una de las pocas veces que obró así durante la guerra. Al final, cuatro quintas partes de la población judía de Italia se libraron de la matanza, lo cual constituye un notable testimonio de valentía moral.

El dominio nazi resultó igualmente duro en otros ámbitos. No tardó en estallar en gran parte de Italia una guerra feroz entre los partisanos antifascistas y la milicia fascista de Mussolini, que contaba con el respaldo de fuerzas alemanas. El 23 de marzo de 1944 terroristas italianos hicieron estallar una serie de bombas en un lugar de Roma por donde todos los días desfilaba el 3º batallón del regimiento de policía de las SS. Al disiparse el humo en la Via Rasella, 32 policías alemanes habían muerto y una cifra mayor habían resultado heridos. Hitler montó en cólera y exigió que sus autoridades militares en Italia ejecutaran a 10 italianos por cada alemán muerto por las bombas. Con el consentimiento de Kesselring, las autoridades de las SS en Roma reunieron a 320 víctimas y las transportaron a las cuevas Ardeatinas, en las afueras de la ciudad, donde policías de las SS las asesinaron a todas. Acto seguido, ingenieros del ejército alemán dinamitaron la entrada de las cuevas, pero la noticia no tardó en filtrarse por medio de los testigos oculares. La matanza de las cuevas Ardeatinas fue sólo una de las represalias que se infligieron con gran entusiasmo a la población italiana. En un incidente acaecido a finales de septiembre en Marzabotto, en los Apeninos, la milicia fascista y las SS asesinaron a 1830 civiles con pleno conocimiento, como de costumbre, de los altos mandos militares alemanes.

Al finalizar el invierno era obvio para los aliados que un avance victorioso para enlazar con Anzio y seguir luego hacia Roma y el norte de Italia exigía una planificación cuidadosa por parte de todo el *5º* ejército. La ofensiva no podría llevarse a cabo hasta mayo, lo cual pondría en peligro el desembarco que los aliados se proponían efectuar en el sur de Francia y que ahora llevaba el nombre de operación Yunque. Los ingleses pusieron objeciones a dicha operación porque tenían la esperanza de utilizar la campaña de Italia como trampolín para penetrar en el sur de Austria y tal vez

incluso en los Balcanes. Eisenhower, que ya se encontraba en Inglaterra para mandar la invasión del norte de Francia, se mostró de acuerdo con ellos, pero en gran parte fue porque quería para su ataque los recursos anfibios disponibles en el Mediterráneo. Pero los Jefes del Estado Mayor Conjunto norteamericano siguieron estando unánimemente a favor de la operación Yunque, aunque los desembarcos tuvieran que aplazarse al menos hasta julio.

LA CAMPAÑA DE ITALIA, MAYO SEPTIEMBRE DE 1944

La ofensiva que empezó a mediados de mayo en Italia representó el punto culminante de la fuerza aliada en aquel teatro. Numerosas fuerzas francesas y polacas, adiestradas y pertrechadas por los norteamericanos, resultaron un complemento decisivo. Las tropas francesas procedían del norte de África y otras colonias. Los polacos habían llegado al Oriente Medio tras ser liberados de los campos de Stalin; a pesar de la certeza de que o bien los alemanes o los soviéticos controlarían su patria después de la guerra, siguieron combatiendo con extraordinario valor.

Según los planes, el 8º ejército británico, que se había hecho cargo del frente en Monte Cassino, debía efectuar un avance a gran escala por el valle del Liri; a su izquierda, el 5º ejército norteamericano llegaría hasta Anzio, y en el momento apropiado, las seis divisiones que estaban en la bolsa romperían el cerco para dirigirse a Valmontone. Allí, la ruta 6 representaba tanto el principal enlace logístico con el
10°
ejército alemán como su vía de escape. El propósito de la campaña era aniquilar a las fuerzas alemanas que se encontraban al sur de Roma. Sin embargo, Clark nunca aceptó este objetivo fundamental de las operaciones aliadas. Tenía mucho más interés en asegurarse de que *su* 5º ejército y *sus tropas norteamericanas* liberasen la Ciudad Eterna y disfrutaran de la publicidad internacional que una prensa agradecida daría a aquel momento histórico.

Con una superioridad de potencia de fuego abrumadora, los

aliados dieron una buena paliza a las posiciones alemanas de primera línea el 11 de mayo. Se dispararon 1,2 millones de bombas pesadas, lo cual es una indicación de la ventaja aliada. Al principio la ofensiva dio escasos resultados. El 8º ejército ganó un mínimo de terreno, a la vez que los polacos sufrieron mucho en los ataques contra Monte Cassino. No fue mayor el éxito de las unidades veteranas del 5º ejército. Pero en el centro de las líneas aliadas, las cuatro divisiones coloniales francesas sorprendieron por su eficacia. Como el terreno montañoso parecía intransitable, los alemanes cubrieron con una división débil el sector que quedaba enfrente de las divisiones del general Alphonse Juin. Clark sentía poco respeto por los franceses, motivo por el cual correspondió a éstos un sector donde el terreno era tan difícil. Juin, por su parte, sentía escaso respeto por los planes de Clark y, obrando a la francesa, procedió a marcharse siguiendo su propia línea de ataque.

Después de intensos combates, las tropas norteafricanas acabaron con los defensores alemanes, llegaron hasta la Línea Gustavo y cruzaron las montañas. A diferencia de muchos otros generales aliados, Juin comprendía y aceptaba su objetivo operacional: penetrar en la retaguardia del
10˚
ejército alemán y permitir que los ejércitos 5º y 8º rompieran el cerco. El éxito de los franceses abrió el camino al II cuerpo norteamericano. No menos importante fue que los goums de Juin (su infantería de montaña marroquí) cruzaron la escarpadura y penetraron en el valle del Liri antes de que los alemanes pudieran guarnecer la línea de refuerzo Hitler. Los norteamericanos lograron engañar por completo a Kesselring, que tardó en responder. Sus problemas se vieron agravados por la ausencia del competente comandante del
10˚
ejército, el general Frido Senger von Etterlin (que estaba de permiso en Alemania) y por la escasa rapidez con que reaccionaron los comandantes que estaban en el lugar del ataque.

Los planes del jefe del estado mayor de Alexander, el general de división John Harding, disponían que el 5º ejército enlazara con las seis divisiones en la cabeza de puente de Anzio. Las fuerzas combinadas debían avanzar entonces hacia el norte hasta llegar a

Valmontone por la ruta 6 y cortar el camino principal que seguirían los alemanes en caso de retirarse. Con Valmontone en poder de los aliados, las perspectivas de que el *5º* ejército rodease a gran parte del
10°
ejército alemán serían buenas. Los alemanes pensaban que al salir de la cabeza de puente de Anzio los aliados se dirigirían hacia el noroeste con el propósito de llegar a Roma, y el VI cuerpo norteamericano se encargó de que siguieran pensándolo. Sin embargo, el 23 de mayo los norteamericanos abandonaron la cabeza de puente hacia el norte en dirección a Valmontone, y en dos días de fuertes combates lograron avanzar mucho. El camino para llegar a la ruta 6 quedó abierto. En ese momento el G3 (oficial de operaciones) de Clark, el general de brigada Donald Brann, llegó al cuartel general del VI cuerpo, donde el general de división Lucian Truscott estaba al mando. Clark desobedeció las órdenes de Alexander y envió una sola división camino de Valmontone mientras todo el peso del VI cuerpo seguía avanzando en línea recta hacia Roma. Truscott exigió ver a Clark, pero el comandante del 5º ejército había tomado la precaución de ausentarse.

De hecho, Alexander ya había previsto la posibilidad de que Clark desobedeciera sus órdenes, pero no estaba dispuesto a reprender a su comandante norteamericano. En ciertos aspectos la insubordinación de Clark se pareció al acto de desobediencia que cometió Montgomery en 1944 al no dar la mayor prioridad a la apertura de Amberes. Pero la diferencia fue que Montgomery actuó de acuerdo con su análisis operacional de la situación, mientras que la desobediencia de Clark reflejó una búsqueda vanagloriosa de publicidad y prestigio.

Los alemanes retuvieron en su poder Valmontone el tiempo suficiente para que la mayor parte del
10°
ejército pudiera escapar. Al seguir avanzando hacia Roma, el 5º ejército chocó inmediatamente con fuertes defensas alemanas. Sin embargo, el I cuerpo aerotransportado alemán no cubrió las empinadas laderas que dominaban Velletri y los soldados de la 36ª división de infantería norteamericana tomaron la posición. Kesselring tuvo que reconocer ahora que no podría defender Roma,

y las tropas alemanas se retiraron ordenadamente hacia el norte. El 4 de junio Clark y sus tropas entraron en una ciudad desguarnecida, y el Papa procedió de inmediato a realzar su ambigua trayectoria pidiendo a los aliados que no permitieran que los soldados de raza negra entrasen en la Ciudad Eterna. Durante breves momentos Clark gozó de la publicidad que le dio salir en primera plana de la prensa norteamericana, pero antes de que transcurrieran dos días la operación Overlord —la invasión del norte de Francia— subsumió los acontecimientos de Italia y Clark y su ejército se encontraron relegados a las páginas de atrás.

Con todo, la lucha en Italia no cesó. Los alemanes se replegaron a su nueva Línea Gótica enfrente del valle del río Po, justo al norte de Florencia. Su intención era oponer fuerte resistencia, ya que la producción industrial en el norte de Italia, que en gran parte no se había visto afectada por los bombardeos aliados, suministraba grandes cantidades de armas y pertrechos al Reich. Durante el verano Kesselring libró una serie de combates dilatorios mientras sus tropas se retiraban, y por una vez Hitler —distraído por los acontecimientos en otras partes de Europa— no puso objeciones a las retiradas. Kesselring no hacía más que replegarse a una línea que Hitler había considerado defender en el otoño de 1943.

Mientras avanzaban lentamente hacia el norte, los aliados sacaron siete divisiones del teatro de Italia para la invasión del sur de Francia (el nombre cifrado de Yunque se cambió ahora por el de Dragón). Clark cedió tres divisiones estadounidenses veteranas, sus fuerzas especiales con efectivos divisionarios, y la totalidad de sus seis divisiones francesas. Probablemente no le entristeció perder estas últimas, toda vez que los franceses no sólo se habían mostrado displicentes a la hora de cumplir sus instrucciones sino que, además, su desobediencia les había dado buenos resultados. Después de la guerra, varios comentaristas británicos sugirieron que sacar estas divisiones del teatro italiano impidió que Alexander tomara el valle del Po y siguiera avanzando hasta Trieste y Viena. Teniendo en cuenta el historial de los ejércitos aliados en Italia, es posible que hubieran tomado el valle del Po, pero la idea de que tal vez hubieran continuado su avance hasta llegar a Viena tras cruzar los Alpes es inconcebible. Después de todo, el ejército austríaco había sabido utilizar las montañas para rechazar innumerables

ataques italianos en la primera guerra mundial (y matar a 600 000 italianos), y esta vez los defensores de los Alpes hubiesen sido alemanes en lugar de austríacos. Además, la aportación de Dragón a la apertura de los puertos del sur de Francia resultó decisiva para responder a la crisis de suministros aliados en Francia en el otoño de 1944, especialmente después de que Montgomery no lograra abrir el Escalda. Es más, no parece razonable pensar que Francia dejara sus tropas en Italia mientras su propio territorio era liberado de los alemanes.

A finales de agosto, las fuerzas de Alexander trataron de penetrar en el valle del Po con las restantes 18 divisiones aliadas. Los canadienses asestaron un hábil golpe que estuvo a punto de penetrar en las defensas alemanas cerca del Adriático y tomar el valle del Po. Pero el comandante del 8º ejército británico, el general Oliver Leese, no desplegó sus reservas de manera que permitiese aprovechar tal posibilidad. Leese, que era un lento militar de infantería, había sido comandante del XXX cuerpo en El Alamein, y no puede decirse que su actuación fuera espectacular. Como siempre, los alemanes respondieron más rápidamente que los aliados y las posibilidades que abrieron los canadienses se esfumaron. Además, llegó la estación de las lluvias y los campos de batalla se convirtieron en ciénagas que dificultaban los movimientos.

El avance de Clark hacia Bolonia empezó el 10 de septiembre; la excelente 88ª división de infantería estadounidense, una de las mejores entre las destacadas en Italia, trató de flanquear la ciudad por el este pero no lo consiguió. Clark lanzó entonces una serie de ataques frontales que desangraron su división. En realidad, el ejército de Estados Unidos se enfrentaba a una crisis mundial de efectivos humanos, y el teatro de Italia ocupaba uno de los últimos lugares en la lista de prioridades de infantería de reemplazo. Esta crisis hizo que Clark finalmente comprendiese por qué los ingleses estaban mucho menos dispuestos que él a empujar a sus divisiones hasta el agotamiento. A resultas de sus fracasos, lo único que pudieron hacer los aliados fue observar con recelo el valle del Po durante el invierno de 1944-1 945.

Mark Clark ascendería hasta asumir el mando del grupo de ejércitos aliados en Italia, pero eso no podía saciar su sed de gloria.

En abril de 1945 las fuerzas aliadas en Italia vencieron finalmente a los alemanes, pero en gran parte se debió al derrumbamiento de las fuerzas alemanas en otros teatros. Para los estrategas aliados el teatro de Italia había sido una gran decepción; pero para las tropas que combatieron allí había sido un horror, y para el pueblo italiano fue una verdadera catástrofe.

EL FRENTE DEL ESTE, VERANO-OTOÑO DE 1943

La derrota de la operación Ciudadela en Kursk a principios de julio de 1943 subrayó hasta qué punto la correlación de fuerzas en el frente del este había cambiado desde el verano de 1942. En aquella ofensiva los alemanes habían intentado una operación militar limitada cuyo objetivo era arrancar el saliente de Kursk y aniquilar a las fuerzas soviéticas que lo defendían. Los atacantes alemanes sufrieron un número espantoso de bajas y apenas hicieron mella en las defensas soviéticas. Cuando Hitler ordenó el cese de la batalla de Kursk a mediados de julio, los comandantes alemanes que estaban en aquel teatro no tenían ni idea de lo que iba a suceder seguidamente en el este. Lo peor que podían imaginar estaba lejos de la aterradora realidad que se presentó a continuación. Durante los dos años siguientes tuvo lugar una serie de derrotas aplastantes que superaban sobradamente sus cálculos más pesimistas.

A estas alturas, en el verano de 1943, el Ejército Rojo gozaba de una importante superioridad numérica sobre los alemanes: 5755 000 soldados, 7855 tanques y 21 050 cañones antitanque, contra 3064 000 soldados alemanes con 2088 tanques y 8063 cañones antitanque. Los soviéticos también llevaban mucha ventaja en la recogida de información, el engaño y la ejecución de operaciones. Aunque los ataques soviéticos mostraban a veces rigidez táctica, una actitud displicente ante la logística y una dependencia excesiva de la potencia de fuego (esto último era una reacción a las pérdidas de efectivos humanos que el Ejército Rojo había sufrido en los dos primeros años de la contienda), los comandantes soviéticos llevaban a cabo sus ofensivas con

competencia y confianza cada vez mayores a medida que la guerra iba avanzando en el frente del este.

Buena parte de las victorias militares soviéticas de 1943 fueron fruto del programa de Préstamo y Arriendo. Los alimentos que mandaban los aliados cubrían el vacío entre la producción soviética

de aquel momento y los niveles producidos anteriormente en el inmenso granero de Ucrania. Las máquinas herramientas y las materias primas occidentales sostenían la producción de armas y munición. Es probable que los pertrechos militares que llegaban de Occidente tuvieran menos importancia; en 1943 los soviéticos ya producían aviones toscos y fáciles de mantener, aunque los aviones norteamericanos y británicos eran útiles para la fuerza aérea roja, en particular para el transporte. No cabe duda de que el mayor efecto del programa de Préstamo y Arriendo se hizo sentir en el campo de la logística. Durante la guerra los aliados enviaron a los soviéticos 11 800 locomotoras y vagones de ferrocarril, junto con 409 000 camiones de carga, muchos de ellos con tracción a cuatro ruedas, y 47 000 *jeeps* , todo lo cual fue de un valor incalculable para mantener el ímpetu de avance de las operaciones ofensivas soviéticas. ¿Hubiese podido sobrevivir la Unión Soviética sin el programa de Préstamo y Arriendo? Es muy probable que sí, pero el coste de la guerra para los soviéticos hubiera sido considerablemente más elevado.

Antes de Kursk, los soviéticos habían estacionado reservas poderosas cerca de la zona de batalla. Estas reservas hubieran entrado en combate de haber logrado avanzar mucho los alemanes. En realidad, algunas de las fuerzas del general Ivan Konev habían sido retiradas para afrontar el ataque del mariscal de campo Erich von Manstein (comandante del Grupo de Ejércitos del Sur) en el lado meridional del saliente de Kursk. Pero el propósito secundario era permitir que el Ejército Rojo pasara a la ofensiva en el sur y el centro una vez sus fuerzas en el saliente de Kursk hubieran eliminado la amenaza inmediata y acabado con los alemanes. El 12 de julio de 1943 los soviéticos se sentían lo bastante seguros de sí mismos como para descargar el primer golpe. Los frentes de Briansk y occidental empezaron con una serie de ataques contra el lado septentrional del saliente de Orel. Casi inmediatamente lograron hacer un importante avance en el norte que amenazó toda la posición alemana en el saliente. El mariscal de campo Günther von Kluge, que seguía mandando el Grupo de Ejércitos del Centro, desvió de inmediato dos divisiones que debían unirse al 9º ejército del Generaloberst Walter Model y pidió a éste que cediera dos de sus divisiones blindadas. Al día siguiente Model recibió el mando de

todo el saliente de Orel.

Model, que pronto se perfilaría como el experto de la Wehrmacht en guerra defensiva, tenía el don de arrancar concesiones inusitadas del *Führer* . Por ejemplo, Hitler le permitió que empezara a construir posiciones defensivas al oeste de Orel y luego, a finales de julio, después de que la hábil defensa alemana y el mal tiempo frenaran la ofensiva soviética, que se retirara por completo del saliente de Orel. El consentimiento de Hitler reflejó la confianza que tenía en Model, uno de los nazis más fervorosos entre los generales y también uno de los más competentes. Pero también reflejó la necesidad de Hitler de liberar más divisiones para afrontar las crecientes dificultades de Alemania en Italia y Ucrania.

Manstein había sido el único comandante del frente del este en instar a Hitler a continuar con la operación Ciudadela; el éxito relativo de sus fuerzas convenció al mariscal de campo, incluso después de cancelarse Ciudadela, de que sus operaciones habían destruido en gran medida las capacidades ofensivas de los soviéticos. Así pues, trasladó una parte considerable de sus reservas blindadas al sur para hacer frente a los ataques diversivos de los soviéticos en el curso bajo de los ríos Dniéper y Mius. A finales de julio Manstein instó al OKW a proporcionarle refuerzos o a permitirle que se replegara del río Donets al Dniéper. Dada la situación en otras partes, lo primero era imposible, y además Hitler se negó a permitir cualquier pérdida de territorio donde no se estuvieran llevando a cabo operaciones activas.

El problema de Manstein era que el Grupo de Ejércitos del Sur se encontraba defendiendo un frente largo junto al Donets con fuerzas insuficientes; además, el terreno que se extendía detrás del Donets ofrecía un territorio excelente para que los soviéticos lo explotasen, pero ventajas mínimas para fines defensivos. En términos operacionales, un avance en el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos del Sur, entre el saliente de Kursk y Jarkov, despejaría el camino para que los soviéticos llegasen al Dniéper y les permitiría cortar las líneas de abastecimiento alemanas que apoyaban a las fuerzas situadas a lo largo del Donets. El 3 de agosto los soviéticos atacaron. Los alemanes se encontraron en apuros inmediatamente, y sus dificultades exacerbadas por el hecho de que un exceso de confianza había empujado a Manstein a desplegar sus tropas en

posiciones conquistadas durante la ofensiva de Kursk en vez de ordenar que se replegaran a sus antiguas posiciones, que eran más defendibles. No obstante, la lucha fue dura para los soviéticos y hasta el 5 de agosto por la tarde no penetraron en las defensas alemanas. Al caer la noche, las tropas soviéticas se encontraban 60 kilómetros detrás de las líneas alemanas, a la vez que Belgorod caía aquel mismo día.

Pillados por sorpresa, los alemanes respondieron con rapidez. Hitler liberó de inmediato las divisiones blindadas Grossdeutschland y 7ª del Grupo de Ejércitos del Centro, aunque Kluge y Model lograron que no liberase una parte numerosa de sus fuerzas respectivas. El OKH ordenó que las divisiones Das Reich y Totenkopf de las SS, que se disponían a partir para Italia, se unieran al Grupo de Ejércitos del Sur. Sin embargo, Hitler no hizo caso de los ruegos apremiantes de Manstein y no ordenó replegarse de la Línea Donets, a pesar de que en la zona no quedaban reservas complementarias. Mientras tanto, los soviéticos habían hecho un gran avance que separó el 4º ejército blindado y el destacamento del ejército Kempf y creó una brecha de unos 56 kilómetros por la que empezó a penetrar todo un frente soviético (el equivalente de un ejército alemán). Las únicas fuerzas que había entre los soviéticos y el Dniéper era una división alemana en Poltava. Como los refuerzos llegaban poco a poco, Manstein tuvo que desplegarlos en los márgenes del avance. Los alemanes lanzaron varios contraataques limitados que no consiguieron poner remedio a una situación que iba empeorando: entre los días 13 y 17 de agosto, las fuerzas soviéticas combatieron contra las unidades blindadas de las SS hasta que la lucha quedó en tablas cerca de Bogodujov. Mientras tanto, Hitler pedía a gritos que Kempf defendiera Jarkov. Kempf predijo que se avecinaba otro Stalingrado y ello contribuyó a que fuera relevado el 14 de agosto. El destacamento del ejército Kempf fue rebautizado con el nombre de 8º ejército varios días después.

Al empeorar las cosas en el frente del este, Hitler ordenó que empezara a construirse una línea defensiva, pero durante el resto del verano no mostró ninguna disposición a autorizar retiradas a posiciones más defendibles ni a acortar las líneas. Con poderosas fuerzas alemanas en sus flancos, el general N. F. Vatutin se volvió contra el 8º ejército para obligar a los alemanes a salir de Jarkov.

Las fuerzas de Vatutin combatieron con denuedo y gracias a ello el frente de Konev pudo liberar finalmente Jarkov la noche del 21 al 22 de agosto. No obstante, la concentración de los soviéticos en dicha ciudad brindó a Manstein la oportunidad de cerrar la brecha entre el 4º ejército blindado y el 8º ejército. Una nueva ofensiva soviética en el sur contrarrestó entonces el éxito de Manstein en el norte. Al finalizar el mes, los soviéticos habían expulsado los ejércitos blindados 1º y 6º (reconstituidos desde Stalingrado) de Donbas y los habían obligado a replegarse a la llamada Línea Pantera. Así pues, aunque los soviéticos habían logrado hacer un gran avance a principios de mes, no habían explotado su ventaja. Pero los intensos combates habían debilitado más a las divisiones alemanas e incrementado el desequilibrio entre los dos bandos. Y la negativa de Hitler a tomar decisiones en firme sobre retiradas preventivas hizo que las fuerzas alemanas se vieran expuestas a nuevos ataques soviéticos.

A finales del verano de 1943 los soviéticos seguían en sus operaciones una pauta muy distinta del concepto operacional de los envolvimientos profundos que los alemanes habían utilizado en 1941 o de sus propios esfuerzos, en enerofebrero de 1941, por explotar el avance en el Don. No cabe duda de que el grave revés que causó el contraataque de Manstein a finales del invierno hizo que a partir de entonces los soviéticos fueran prudentes en sus operaciones. La pauta general representaba una serie de ofensivas fluidas en las cuales, al ser derrotados en una zona, los frentes soviéticos cambiaban con rapidez el eje de avance o reforzaban zonas donde sus fuerzas habían obtenido resultados mejores. Esta presión continua tenía a los alemanes en permanente desequilibrio, siempre respondiendo a una situación desesperada tras otra y sin poder preparar nunca una respuesta operacional propia.

En el centro y en el norte, los soviéticos resultaron menos hábiles. Una ofensiva a gran escala contra el Grupo de Ejércitos del Norte a finales de agosto fracasó estrepitosamente. Una serie de ataques contra el Grupo de Ejércitos del Centro no fue más afortunada, toda vez que los alemanes se habían replegado a una posición defensiva bastante bien preparada. Pero estos ataques inmovilizaron a los alemanes e impidieron que los dos grupos de ejércitos mandaran refuerzos al sur, donde la situación empeoraba

rápidamente. En su ataque inicial del 26 de agosto, el Frente Central del general Rokossovski no logró adquirir ventaja operacional porque el 2º ejército alemán, que gracias a los vuelos de reconocimiento estaba informado del probable escenario del ataque principal, se defendió con eficacia. Pero en lugar de empeorar el fracaso —característica de las operaciones soviéticas en 1941—, Rokossovski trasladó dos de sus cuerpos 96 kilómetros al sur y luego los lanzó en un ataque secundario que no tardó en hacer importantes avances a costa del flanco meridional del 2º ejército. En la tercera semana de septiembre, tres de los ejércitos del Frente Central, apoyados por dos cuerpos mecanizados, ya habían cortado las comunicaciones entre el Grupo de Ejércitos del Sur y el del Centro y se acercaban a Kiev desde el nordeste.

Al mismo tiempo que su flanco izquierdo quedaba al descubierto, Manstein recibía noticias no menos desconcertantes de su flanco derecho. El 1º ejército blindado, que se había retirado de la línea del río Donets al replegarse el 6º ejército hasta el río Kalmius, perdió el control; la estepa abierta sencillamente no podía proporcionar posiciones defendibles. El Frente Sudoeste se acercó rápidamente a los alemanes que se retiraban y lanzó un fuerte ataque contra el 1º ejército blindado y el 6º ejército dos días después de que llegaran a sus nuevas posiciones. Antes de dos días, el XXIII cuerpo de tanques y el I cuerpo mecanizado de guardias del general Malinovski se encontraban 160 kilómetros detrás de las primeras líneas alemanas. La situación era desesperada y finalmente obligó a Hitler a ordenar que el Grupo de Ejércitos del Sur se retirase hasta el Dniéper y el Grupo de Ejércitos del Centro, hasta la Línea Pantera. La segunda maniobra debería haber liberado varias divisiones. Sin embargo, el *Führer* se echó atrás casi inmediatamente mientras Kluge le persuadía de la necesidad de que el Grupo de Ejércitos del Centro se retirase despacio porque de esta forma conservaría la mayor parte de sus divisiones.

Para Manstein y el Grupo de Ejércitos del Sur la retirada hasta el Dniéper llegó demasiado tarde. La gran tardanza de Hitler en tomar la sensata decisión operacional de retirarse a posiciones más defendibles había tenido dos efectos negativos. Las feroces luchas de julio, agosto y principios de septiembre redujeron considerablemente la mayoría de las divisiones del Grupo de

Ejércitos del Sur. Más importante aún era que los alemanes habían recibido un fuerte castigo, y aunque el *Führer* y sus generales no comprendieran este hecho, no cabe duda de que las tropas sí lo comprendían. La retirada hasta el Dniéper no provocó un derrumbamiento total — los dos cuerpos de vanguardia de Malinovski, por ejemplo, recibieron una tremenda paliza al restablecer el contacto con sus fuerzas de apoyo, y en la mayoría de las zonas los alemanes pudieron efectuar una retirada organizada—, pero en algunas zonas las fuerzas alemanas fueron presa del caos. Un soldado de la Grossdeutschland recordaba un cruce cerca de Kiev del modo siguiente: «Oímos disparos y explosiones que se acercaban, salpicados de alaridos aterradores. De pronto, unos hombres salieron de la niebla pálida que nos envolvía y desaparecieron como fantasmas en el agua negra. Al oír el chapoteo, supusimos que trataban de nadar. El miedo nos tenía petrificados y nos quedamos donde estábamos. Una terrible y rugiente masa de máquinas pasó cerca de nosotros, haciendo temblar la tierra y el agua y un faro penetrante perforó la niebla. No podíamos ver adónde iba, sólo que se movía… Podíamos oír ráfagas de ametralladora que rasgaban el aire muy cerca de nosotros, por encima del estruendo chirriante de las orugas de los tanques. Y siempre, alaridos aterradores, mientras los tanques abrían un surco sangriento a través de las multitudes que se apretujaban paralizadas por el terror y la obscuridad. Un poco más arriba, otras dos luces, apenas visibles en la obscuridad, buscaban otras víctimas».[4]

Los alemanes volvieron a cruzar el Dniéper por un número de puntos relativamente pequeño. Aunque las fuerzas soviéticas que los perseguían también habían sufrido numerosas bajas en los combates, podían apuntar al Dniéper en toda su longitud. Así pues, al retirarse los alemanes por sus principales puntos de cruce, los soviéticos atravesaron el Dniéper y establecieron varias cabezas de puente en la orilla izquierda. El Frente de la Estepa, por ejemplo, se apoderó de tres pequeñas cabezas de puente entre Kremenchug y Dnepropetrovsk, que luego amplió y convirtió en un único e importante enclave en la orilla occidental de 48 kilómetros de anchura y 16 de profundidad. A lo largo de toda la Línea del Dniéper, las cabezas de puente soviéticas significaban que, a efectos

prácticos, los alemanes habían perdido el control del río incluso antes de tener la oportunidad de defenderlo. Los soviéticos interrumpieron brevemente las operaciones a principios de octubre para reorganizar, reparar y reabastecer las unidades que habían combatido constantemente durante los últimos tres meses. Durante el resto de octubre y hasta entrado noviembre, una calma precaria reinó en la parte septentrional del frente del Dniéper.

Para entonces la *Stavka* ya había decidido que las operaciones soviéticas se concentraran en expulsar a los alemanes de Ucrania y dejaran para más adelante el ajuste de cuentas con el Grupo de Ejércitos del Centro. Un importante intento de romper el cerco desde la cabeza de puente de Kremenchug permitió a las fuerzas de Konev tomar Krivoi Rog a mediados de octubre, pero perdió esa ciudad ucraniana a causa de un contraataque alemán. Sin embargo, la principal ruptura en octubre se produjo en el lejano sur. El día 9 de dicho mes, el 4º Frente Ucraniano lanzó un ataque a gran escala contra las defensas del 6º ejército alemán alrededor de Melitopol. A pesar de la abrumadora superioridad numérica y de potencia de fuego (15 000 bombas estallaron en dos sectores divisionales alemanes en el espacio de dos horas), los atacantes necesitaron dos semanas para tomar la ciudad y abrir una brecha. El 25 de octubre los ejércitos
28°
y 51º salieron a campo abierto.

Una vez más Hitler se negó a tomar una decisión en firme, que en esta ocasión se refería a si era conveniente sacar el
17°
ejército de Crimea. El 3 de noviembre los soviéticos ya habían llegado al mar Negro y aislado al
17°
ejército. Los restos del 6º ejército se replegaron a la parte meridional del Dniéper, pero Hitler exigió que el 1º ejército blindado defendiera Nikopol como punto de partida de un contraataque cuyo objetivo sería restablecer las comunicaciones con Crimea. A finales de octubre Manstein había logrado poner un poco de orden en su flanco derecho, pero casi inmediatamente estalló una nueva crisis en el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos del Sur cerca de Kiev. Vatutin trató de tomar Kiev desde la cabeza de

puente de Bukrin, pero los alemanes desbarataron el intento. Vatutin pasó de inmediato a la cabeza de puente de Liutezh. Sólo cerrando herméticamente los tanques T34 y haciéndolos cruzar a toda velocidad el río (muchos de ellos fracasaron en el intento) pudieron reunir los soviéticos suficientes fuerzas blindadas en la pantanosa cabeza de puente. En ningún momento habían pensado los alemanes que los soviéticos fueran a atacar desde una zona como aquélla, pero atacaron y lograron efectuar un claro avance que condujo casi inmediatamente a la liberación de Kiev.

Esto eliminó además toda posibilidad de que los alemanes intentaran oponer resistencia a orillas del Dniéper. Una vez más Manstein tuvo que apresurarse a enviar sus cansadas fuerzas mecanizadas a poner freno a otra crisis. Las vanguardias de Vatutin tomaron Fastov —el importantísimo centro del que dependía gran parte del sistema logístico del Grupo de Ejércitos de Manstein— antes de que los alemanes pudieran llegar para defender la ciudad. El 10 de noviembre, el XLVIII cuerpo blindado infligió una derrota aplastante a las vanguardias soviéticas cerca de Fastov, pero no logró recuperar la ciudad.

Las esperanzas de Manstein de obtener otro éxito mediante un contraataque parecido a la victoria de Jarkov en marzo de 1943 se vieron frustradas por la superioridad táctica y operacional de los soviéticos. Los alemanes obtuvieron algunos éxitos locales en los duros combates que se libraron durante el resto de noviembre y en diciembre, y en un caso consiguieron aniquilar una parte del 1º cuerpo de guardias de caballería, que había liberado las existencias de licor del 4º ejército blindado y no estaba en condiciones de luchar, que digamos. Pero la Línea Dniéper ya no era defendible.

EL FRENTE DEL ESTE, INVIERNO-PRIMAVERA DE 1944

El invierno no trajo ninguna interrupción del vapuleo que los alemanes estaban recibiendo de sus torturadores soviéticos. Si frenaban una ofensiva en una zona, casi inmediatamente se producían ataques a gran escala en otra parte, después de que los

alemanes dejaran la zona desprovista de reservas. La disparidad de fuerzas era aún mayor que en el verano. A finales de 1943 los alemanes tenían aproximadamente 2500 000 soldados en el frente del este, apoyados por 700 000 soldados de sus satélites. Las fuerzas nazis contaban con 26 divisiones blindadas con aproximadamente 2300 tanques; las piezas de artillería superaban ligeramente la cifra de 8000, casi 2000 menos que los antiaéreos que defendían los cielos de Alemania de los ataques de la Ofensiva Combinada de Bombardeo. Finalmente, la Luftwaffe tenía alrededor de 3000 aviones. El Ejército Rojo disponía de casi 6400 000 soldados, 5800 tanques y 13 400 aviones.

Pero lo que daba al Ejército Rojo una ventaja aún mayor que la proporción de 3 a 1 que indican estas cifras era que la *maskirovka* (el engaño) soviética engañaba una y otra vez a los alemanes sobre dónde se produciría el siguiente ataque soviético. Dada la continua serie de sorpresas operacionales, habría sido de esperar que los alemanes se dieran cuenta del efecto de la *maskirovka* en los cálculos de sus servicios de inteligencia. Pero, al igual que en el caso de Ultra, la creencia fanática de los alemanes en su propia superioridad hacía totalmente inconcebible la idea de que sus servicios de inteligencia pudieran ser manipulados una y otra vez por los eslavos. A medida que la situación iba volviéndose más desesperada, lo único que podía hacer Manstein era soltar perogrulladas como: «Quien retenga sus posiciones durante un minuto más habrá ganado».[5]

Las operaciones de finales de diciembre indican hasta qué punto los alemanes se engañaban a sí mismos. Manstein lanzó un gran contraataque a lo largo de la Línea KorostenKiev y aniquiló fuerzas soviéticas que resultaron ser una maniobra de *maskirovka* cuyo objeto era distraer la atención de otra ofensiva a gran escala por parte del 1º Frente Ucraniano de Vatutin. El día de Navidad empezó la verdadera ofensiva soviética. El 1º ejército de guardias y el 1º ejército de tanques, encabezados por 14 divisiones de infantería y cuatro cuerpos mecanizados (cada uno de los cuales equivalía a una división blindada alemana con todos sus efectivos), penetró en las defensas alemanas y se dirigió al sudoeste camino de Berditchev y Kazatin. Esta maniobra amenazaba todo el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos del Sur y puso fin a la ilusión de que las fuerzas

soviéticas estaban tan agotadas como las alemanas a causa de las batallas del verano y el otoño. Manstein solicitó desesperadamente permiso para retirar las tropas que le quedaban junto al Dniéper con el fin de liberar reservas. Por orden de Hitler, el OKH autorizó algunas retiradas y prometió mandar refuerzos, pero no dio a Manstein el tipo de libertad operacional que la gravedad de la situación exigía. El 28 de diciembre las puntas de lanza del 1º Frente Ucraniano llegaron a Kazatin, importante centro de abastecimiento, y destruyeron centenares de camiones alemanes; al caer la noche, los alemanes sólo conservaban en su poder la mitad de la ciudad, al tiempo que el 4º ejército blindado parecía al borde del derrumbamiento.

Las dificultades de Manstein se vieron agravadas por el hecho de que el OKW, que era responsable de los teatros occidental y mediterráneo, se había dado cuenta de que las fuerzas anglonorteamericanas efectuarían la tan anunciada invasión de Europa en la primavera o a principios del verano del año siguiente. En vista de ello, Keitel y Jodl persuadieron a Hitler a no retirar las divisiones reorganizadas y reparadas que los alemanes tenían en Francia y Bélgica y, en vez de ello, aumentar las fuerzas alemanas en el oeste con el fin de derrotar la invasión. La victoria alemana permitiría entonces a la Wehrmacht volver todo su poderío militar contra la Unión Soviética. Así pues, durante las luchas de invierno en Ucrania, el OKW perdió una sola división (de Noruega) y tres regimientos de reclutas de sus teatros, mientras que gran cantidad de refuerzos salían del Reich con destino a los teatros occidental y mediterráneo.

A comienzos de enero, el 1º Frente Ucraniano de Vatutin, que al principio se había concentrado en el 4º ejército blindado alemán, se abrió paso alrededor del flanco derecho de los alemanes y, de pronto, se colocó en una posición que volvía a amenazar la seguridad del Grupo de Ejércitos del Sur. El día 4, Manstein visitó a Hitler y pidió permiso para abandonar la curva del Dniéper; sin embargo, conociendo las predisposiciones de Hitler, no quiso sugerir la posibilidad de que su grupo de ejércitos se retirara hasta el río Bug. Ciertamente, la posición alemana aparecía desesperada. Además de la amenaza que se cernía sobre las fuerzas alemanas que permanecían cerca del Dniéper, la brecha entre el Grupo de

Ejércitos del Centro y el Grupo de Ejércitos del Sur ya sobrepasaba los 160 kilómetros. Los pantanos de Pripet eran lo único que impedía que los soviéticos destruyeran toda la posición nazi en el frente del este.

Los combates continuos durante los seis meses anteriores habían diezmado las divisiones alemanas. A principios de enero, el XIII cuerpo informó de que sus divisiones contaban con menos de 300 soldados de infantería y que los efectivos de primera línea de la totalidad del cuerpo equivalían a los de un solo regimiento. Tan desesperada era la situación relativa a los efectivos humanos que las divisiones de refuerzo que llegaban del oeste a menudo eran enviadas a luchar sin darles tiempo de aclimatarse a las condiciones del teatro y, en algunos casos, antes de que llegaran todos sus pertrechos y armas. El terrible desgaste de la infantería de combate induce a preguntarse por qué perseveraron los soldados alemanes. Sin duda, en vista de las pérdidas, no podía deberse únicamente a la cohesión de grupo.

La explicación parece ser que en todos los niveles los oficiales alemanes inculcaban en sus tropas los valores y supuestos de la ideología nazi y la idea de la mortal amenaza racial y comunista. A principios de 1944, el adoctrinamiento ideológico ya ocupaba un lugar importante en la preparación para el combate tanto en el frente del este como en el del oeste. Después de la guerra, los generales alemanes afirmarían que ni ellos ni sus soldados se habían tomado en serio la instrucción ideológica, pero los hechos sugieren lo contrario. No sólo indican las cartas y los diarios de los combatientes que la ideología era un factor considerable en la eficacia combativa de los alemanes, sino que una y otra vez los comandantes de las unidades, del nivel divisional para abajo, elegían a oficiales muy condecorados para que se encargasen de adoctrinar a la tropa. Este hecho subraya que el ejército en su conjunto se tomaba muy en serio la motivación ideológica.

Todo este adoctrinamiento nazi contaba luego con el respaldo de un sistema de justicia militar cuya falta de piedad sólo superaban los soviéticos. En la primera guerra mundial el ejército alemán sólo había ejecutado a 48 de sus soldados por infringir la disciplina militar. En la segunda guerra mundial, en cambio, el ejército alemán ejecutó entre 13 000 y 15 000 soldados como resultado

directo de consejos de guerra por subversión, deserción o desobediencia en primera línea. Y ese total no incluye las decenas de miles que fueron condenados a servir en batallones de castigo, lo que a efectos prácticos equivalía a la pena de muerte.

Hitler seguía negándose a permitir que el Grupo de Ejércitos del Sur se retirara del saliente cada vez mayor que el avance de Vatutin estaba creando al avanzar más allá del 1º ejército blindado y el 8º ejército. A mediados de enero Manstein se esforzó por recomponer el frente entre los ejércitos blindados 4º y 1º. Los contraataques alemanes tuvieron aún menos éxito que los que lanzara en diciembre el Grupo de Ejércitos del Sur; no habría una repetición de la segunda batalla de Jarkov. El 24 de enero, el segundo martillo soviético cayó sobre el Grupo de Ejércitos del Sur. El 1º ejército de guardias y el
53°
ejército, que habían sido asignados al 2º Frente Ucraniano de Konev, penetraron en las posiciones defensivas alemanas al este de KorsunSevcenkovski. El frente de Vatutin, que atacaba desde el oeste, tuvo más dificultades, pero el 3 de febrero de 1944 las fuerzas soviéticas ya habían establecido contacto unas con otras y habían atrapado a los cuerpos XI y XLII en la bolsa de Cerkassy. Manstein se apresuró a reunir una fuerza de socorro consistente en tres divisiones blindadas del ejército que no contaban con todos sus efectivos y la división blindada Leibstandarte Adolf Hitler de las Waffen SS. Esta fuerza nunca consiguió llegar a la bolsa, debido a la intensa resistencia soviética, pero las fuerzas que se encontraban en la bolsa hicieron un intento desesperado de romper el cerco después de abandonar y destruir su material pesado. Los supervivientes de la División Wiking de Fascistas Nórdicos de las SS tuvieron que cruzar a nado el río Gniloy Tikich, en cuyas aguas heladas se ahogaron centenares de ellos.

Hay algunas dudas sobre cuántos soldados lograron escapar. Los alemanes afirmaron que 30 000, mientras que los soviéticos dijeron que 55 000 alemanes habían resultado muertos o heridos en la operación y 18 000 habían caído prisioneros. Fuera cual fuese la verdad, los que sí consiguieron escapar se encontraban en un estado tan desesperado que fue necesario enviarlos a Polonia para reorganizarlos. Stalin premió a Konev con un ascenso a la

graduación de mariscal de la Unión Soviética. Tal vez Vatutin hubiera recibido un ascenso parecido, pero a finales de mes lo mataron partisanos ucranianos que trataban inútilmente de liberar su patria tanto de Hitler como de Stalin.

Durante todo el mes de marzo, el tiempo terrible que reinaba en el frente del este, oscilando entre las heladas y el deshielo, las nevadas copiosas y la lluvia, convirtió Ucrania en un pegajoso mar de barro. A pesar de ello, los soviéticos pudieron continuar sin interrupción sus ataques contra el Grupo de Ejércitos del Sur gracias a dos ventajas clave, la primera en la configuración de los tanques y la segunda en los vehículos de apoyo. La explicación convencional de la maniobrabilidad a campo traviesa de los blindados soviéticos, en particular la del excepcional T34, ha sido que sus orugas eran más anchas. Sin embargo, la ventaja soviética en movilidad de sus tanques era fruto en gran medida de que el centro de gravedad del T34 residía en la parte central del vehículo en lugar de en su parte delantera. Los tanques alemanes, especialmente los pesados Tigers y Panthers, cuyo centros de gravedad estaban delante, tendían a hundirse de morro en el fango, mientras que los T34 circulaban sin dificultad a campo traviesa o por carreteras embarradas. Los ingenieros navales soviéticos habían sugerido este cambio decisivo en los años treinta, al participar en los equipos que proyectaban tanques. A la ventaja soviética en maniobrabilidad de sus tanques se sumaba la llegada de vehículos norteamericanos de tracción a cuatro ruedas que ayudaban a llevar pertrechos a las unidades de vanguardia. En cambio, la movilidad alemana durante la estación del barro en primavera (*rasputitsa*) dependía en gran medida de los llamados *panje* , que eran carros campesinos.

La *Stavka* pretendía expulsar a los alemanes de Ucrania antes de la primavera y colocar al Ejército Rojo en posición para penetrar en los Balcanes. Los alemanes continuaban albergando la esperanza de que la *rasputitsa* obligara a interrumpir las operaciones, pero no tendrían un respiro hasta mayo. Después de limpiar la bolsa de Cerkassy, los soviéticos modificaron su despliegue, de nuevo con la intención de caer sobre la izquierda del 4º ejército blindado. Tres ejércitos de tanques soviéticos se trasladaron al flanco noroeste del Grupo de Ejércitos del Sur en los últimos días de febrero y primeros de marzo. Manstein había intentado reforzar el frente del citado

grupo de ejércitos en el norte, pero sus fuerzas permanecieron clavadas en gran parte a medio camino entre el Dniéper y el Bug, en un mar de barro imposible de defender. Lo más peligroso para los alemanes era el hecho de que los soviéticos aún no habían empleado todas sus reservas; incluso después de los duros combates del invierno, seguían contando con gran cantidad de tropas de refresco.

El 1º Frente Ucraniano, bajo el mando de Zhukov, que había substituido a Vatutin, demostró ahora hasta qué punto eran vanas las esperanzas de los alemanes de que la *rasputitsa* obligara a interrumpir las operaciones militares. El 4 de marzo, las tropas de Zhukov lanzaron un fuerte ataque en la brecha que había entre los ejércitos blindados 1º y 4º. El 3º ejército de tanques de los guardias atravesó limpiamente las líneas alemanas y se dirigió al sur. Hubo más ataques soviéticos durante los días siguientes, pero el del 3º ejército de tanques de los guardias fue decididamente el más peligroso. Manstein esperaba cortar la vanguardia de dicho ejército con un ataque desde Ternopol, en el oeste, a cargo del 4º ejército blindado y un ataque desde Proskurov, en el este, por parte del 1º ejército blindado. Pero mientras las fuerzas soviéticas avanzaban hacia el sur, las cuatro divisiones blindadas que formaban la fuerza de contraataque del 1º ejército blindado justo empezaban a subir a los trenes. De momento, Manstein logró reunir fuerzas suficientes para defender el frente entre Ternopol y Proskurov, pero era obvio que Zhukov iba a traer más refuerzos para volver a abrir el camino del sur. Además, el Grupo de Ejércitos del Sur hacía frente a amenazas igualmente graves en su flanco derecho.

El avance del 23˚ ejército de tanques de los guardias no fue más que la primera de varias emergencias que Manstein tuvo que afrontar durante sus últimos meses de mando. El 6 de marzo, los ejércitos de guardias 6º y 1º lograron hacer una penetración que no tardó en aislar al LIX cuerpo alemán en Staro Constantinov. Mientras tanto, el 1º Frente Ucraniano de Konev había atacado en el este. No menos de tres ejércitos soviéticos atacaron al 8º ejército al norte de Uman y antes de dos días esta ciudad estaba en poder de los soviéticos. Al cobrar ímpetu el avance de Konev, se vio claramente que su objetivo era establecer contacto con las fuerzas de Zhukov para rodear toda el ala izquierda del Grupo de Ejércitos

del Sur. Las unidades alemanas, con la mayor parte de su material atascado en el barro, se dirigieron a marchas forzadas hacia el sur con la intención de llegar al Bug. Hitler continuaba negándose a emprender la retirada, lo cual significaba que no había ninguna esperanza de defender la línea a orillas del citado río, e incluso era dudoso que los alemanes pudieran resistir en el Dniéster. Por si la confusión era poca, el *Führer* declaró fortalezas varias ciudades y poblaciones, en las cuales las tropas, del general al mando para abajo, lucharían hasta la muerte. Entre los altos mandos del ejército pronto se dio el honor de dar a estas posiciones el nombre de Himmelfahrtskommandos o «viaje a los mandos del cielo». Hitler creía que estas fortalezas frenarían la arremetida de las fuerzas soviéticas; en realidad, representaron una excusa más para retrasar el momento de tomar decisiones en situaciones operacionales críticas.

Mientras Manstein se esforzaba por poner remedio al derrumbamiento en el flanco derecho del Grupo de Ejércitos del Sur, Zhukov trajo más refuerzos. El 21 de marzo, lanzó tres ejércitos de tanques, respaldados por el 1º ejército de guardias, contra la línea defensiva alemana entre Ternopol y Proskurov. Doscientos tanques soviéticos atravesaron las defensas alemanas el primer día y siguieron avanzando. Una vez más un ataque soviético había separado los ejércitos blindados 1º y 4º. El día 23, la presión soviética ya había empujado a las fuerzas alemanas detrás de Ternopol. Como Hitler se había negado a ordenar la retirada, en la «fortaleza» de Ternopol seguía habiendo gran número de tropas. Mientras tanto, las puntas de lanza de Zhukov habían llegado a Chortkov, 96 kilómetros al sur, y se dirigían a establecer contacto con las fuerzas de Konev al sur del Dniéster. Las fuerzas de Konev acababan de cruzar el río por Yampol. De momento daba la impresión de que los soviéticos tuvieran acorralado a todo el
1°
ejército blindado; la pérdida de su ferrocarril de vía única había aislado completamente al 1º ejército blindado entre los dos grandes avances soviéticos.

El 25 de marzo, después de discutir durante todo el día, Manstein persuadió a Hitler para que ordenara que el 1º ejército blindado rompiese el cerco al tiempo que recibía el II cuerpo

blindado de las SS (las divisiones blindadas Hohenstaufen y Frundsberg) junto con dos divisiones de infantería del ejército. De hecho, la decisión afectó a una parte importante de las reservas que el OKW y Hitler pensaban utilizar para defender el oeste en la primavera. Así pues, los ataques soviéticos en Ucrania influyeron mucho en la victoria aliada en Normandía porque negaron a los comandantes alemanes en el oeste el empleo de cuatro divisiones de primera clase en los primeros días de la batalla (las dos divisiones de las SS llegarían tarde).

Con el fin de romper el cerco, el 1º ejército blindado atacó en dirección al 4º ejército blindado, cruzando directamente las líneas de comunicación de los ejércitos de tanques 4º y 1º de Zhukov. Los alemanes tuvieron que invertir su frente y atacar por detrás, al tiempo que mantenían una retaguardia suficiente para impedir que los soviéticos explotasen la retirada. Una fuerte tormenta de nieve ocultó la maniobra; al terminar la nevada, Zhukov se apresuró a mandar fuerzas para impedir que los alemanes cruzaran el río Seret. No lo consiguió. Apoyados por aviones Ju52 que trajeron munición y carburante, los alemanes vadearon el río. Dos días después, el II cuerpo blindado de las SS, que acababa de llegar de Alemania, empezó un ataque a gran escala y consiguió llegar hasta el 1º ejército blindado. El 10 de abril los supervivientes, que estaban en mucha mejor forma que los de la bolsa de Cerkassy en febrero, volvían a encontrarse detrás de las líneas alemanas.

Mientras el 1º ejército blindado luchaba por la vida, los soviéticos asestaron una serie de fuertes golpes al 8º ejército y al Grupo de Ejércitos A (el 6º ejército). No obstante, si bien los soviéticos habían penetrado en las defensas alemanas por varios sitios, nunca obtuvieron la clase de libertad operacional que Zhukov y Konev habían conseguido en el norte. Debido a ello, ambos ejércitos alemanes pudieron retirarse del río Ingulets al Bug. Luego, el 28 de marzo, ambos empezaron a retirarse hacia el Dniéster sin la amenaza de una derrota catastrófica que se había cernido sobre las fuerzas alemanas más al norte. Sin embargo, el 2 de abril, una gran penetración soviética llegó al Dniéster detrás de Odesa y obligó a los dos ejércitos nazis a replegarse hacia la frontera rumana. Aunque los alemanes llegaron a la Línea Dniéster, los soviéticos ya habían tomado varias cabezas de puente que emplearían de manera

eficaz al empezar su ofensiva en los Balcanes a finales de agosto.

La penosa serie de derrotas y retiradas finalmente hizo que Hitler se decidiese a efectuar cambios importantes en el mando. El 30 de marzo, Manstein y Kleist fueron en avión al cuartel general de Hitler para recibir la Cruz de Caballero a la Cruz de Hierro y luego ser destituidos sumariamente. Hitler dijo a Manstein que ya no había tiempo para grandes maniobras operacionales y que lo que Alemania necesitaba ahora eran comandantes más capaces de organizar la defensa hasta el último hombre. Después de convencerse de que el *Führer* no le llamaría para que salvase al Reich, Manstein dio muestra de su comprensión de la estrategia y la política tomando los sustanciosos honorarios que había recibido de Hitler, así como los ahorros de la familia, y comprándose una finca en Prusia Oriental en octubre de 1944.

Los sustitutos de Manstein y Klein serían los generales Model y Ferdinand Schörner, ambos nazis acérrimos. La mejor indicación de las capacidades militares del segundo es el comentario que había hecho cuando era comandante de cuerpo en la Laponia septentrional: «El Ártico no existe».[6] El substituto de Manstein, Model, había restablecido poco antes la situación en el Grupo de Ejércitos del Norte después de una gran victoria soviética en aquel teatro. Cuando recibió su nombramiento Model se encontraba escribiendo un memorándum en el que sugería por qué el Grupo de Ejércitos del Norte podía permitirse ceder sólo dos divisiones al Grupo de Ejércitos del Sur. Después de deshacerse del borrador, escribió un nuevo memorándum que indicaba que el Grupo de Ejércitos del Norte podía, de hecho, permitirse perder seis divisiones para apoyar al Grupo de Ejércitos del Sur. Logró convencer a Hitler, pero el jefe del estado mayor del OKH, Kurt Zeitzler, intervino para reducir el número de divisiones cedidas a dos. Hitler decidió rebautizar al Grupo de Ejércitos del Sur y al Grupo de Ejércitos A con los nombres de Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania y Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania, respectivamente. Pero toda esta reorganización y todos estos cambios de nombre no pusieron fin a los problemas de los alemanes en el sur. A pesar de los ruegos del dictador rumano, Antonescu, que quería que el *Führer* permitirá la retirada de Crimea para salvar a las siete divisiones rumanas que había en la península, Hitler

ordenó que las fuerzas del Eje permanecieran firmes. Seguía preocupándole la posibilidad de que la aviación aliada utilizara Crimea como base para atacar los yacimientos de petróleo de Rumania. Había cierta ironía en esta postura, porque en marzo de 1944 bombarderos norteamericanos con base en Foggia, Italia, empezaron una ofensiva cuyo objetivo era destruir los citados yacimientos. Al llegar la primavera, Hitler también había destinado muchos recursos a Crimea para defender el istmo de Perekop y la península de Kerch, donde los soviéticos habían vuelto a establecerse. Durante el invierno, Crimea fue reforzada con cuatro divisiones alemanas. Además, también habían llegado dos brigadas de cañones de asalto autopropulsados, que casi equivalían a una división blindada. Hitler había ordenado que se enviaran estos refuerzos a pesar de la situación desesperada del Grupo de Ejércitos del Sur. Los alemanes y los rumanos tuvieron tiempo para construir grandes defensas en el istmo de Perekop y la península de Kerch, pero más allá de éstas no había otras posiciones defendibles en Crimea hasta llegar a Sebastopol.

El 7 de abril, Schörner llegó a Crimea para inspeccionar las defensas. El general mostró un pésimo sentido del tiempo, además de escasa capacidad como analista, al declarar que las fortificaciones eran excelentes y podrían defenderse «durante mucho tiempo». La mañana siguiente el 4º Frente Ucraniano atacó y en menos de dos días aniquiló a la 10ª división rumana, que defendía una parte de la cabeza de puente de Sivash. Los comandantes alemanes no tuvieron más remedio que autorizar la retirada a Sebastopol. Hitler se puso furioso, pero como Schörner confirmó la necesidad de una retirada a instancias del comandante del 7º ejército, el *Führer* se avino a ello.

No obstante, Hitler exigió que las fuerzas alemanas defendieran Sebastopol indefinidamente aunque ya no fuera imposible evitar que los soviéticos tuvieran bases aéreas en la península de Crimea. El 12 de abril los soviéticos ya habían penetrado en una línea provisional que habían establecido los alemanes, y el día 16 éstos se habían replegado a las defensas de Sebastopol. Por desgracia para los alemanes que estaban en Crimea, la Luftwaffe y la marina dieron una impresión demasiado optimista de su capacidad de abastecer a la «fortaleza», con lo que reforzaron la decisión de

Hitler de que el
17°
ejército permaneciera en Sebastopol. Tal como explicó a Schörner, necesitaba conservar la ciudad en su poder durante seis u ocho semanas hasta después de derrotar la invasión anglonorteamericana en el oeste. El comandante del
17°
ejército, el general de zapadores Erwin Jaenecke, dio un ejemplo extraordinario de valentía moral al solicitar que su ejército se subordinara directamente a Hitler, que de esta manera sería el responsable del desastre que se avecinaba. Debido a su sinceridad fue relevado en el acto. A principios de mayo, Antonescu volvió a mandar un mensaje desesperado que solicitaba una retirada para que las formaciones rumanas pudieran regresar y defender sus fronteras, donde ya se estaban concentrando fuerzas soviéticas. El ambiente era tan tenso que el personal del cuartel general de Hitler se negó a mostrar siquiera el mensaje al *Führer* .

Así pues, el 17° ejército se quedó en Sebastopol. El Ejército Rojo puso entonces fin al debate. El *5* de mayo, un amago de ataque hizo que los alemanes concentraran su atención en las defensas del norte de la ciudad. Dos días después la ofensiva principal partió de los altos de Balaklava, donde la brigada ligera británica había lanzado su carga mortal casi un siglo antes. Al terminar el primer día, los soviéticos se habían apoderado de los altos de Sapun. Los contraataques alemanes no lograron obligarles a retroceder y, ante la certeza de la derrota, Hitler finalmente autorizó la retirada. La marina alemana la echó a perder y de una guarnición que a principios de mayo tenía más de 64 000 soldados, 26 700 cayeron en manos de los soviéticos. Dadas las numerosas bajas habidas en los combates, es probable que los alemanes apenas lograran rescatar a 20 000. El desprecio cruel de Hitler por los intereses rumanos acabó con el poco apoyo que le quedaba a Antonescu y preparó el escenario para el derrumbamiento total de Rumania a finales de agosto.

EL GRUPO DE EJÉRCITOS DEL NORTE,

INVIERNO DE 1944

Durante el período que siguió a la ofensiva de invierno soviética en abril de 1942, el Grupo de Ejércitos del Norte había sufrido pocas de las penalidades que habían caracterizado las terribles luchas en el frente del este más al sur. Los soviéticos lanzaron varios ataques durante 1942 y 1943, pero su éxito había sido mínimo. Mientras tanto, respondiendo a las órdenes del OKH y de Hitler en septiembre de 1943, el Grupo de Ejércitos del Norte no se encontraba bajo ninguna presión y, por consiguiente, pudo emprender importantes trabajos de ingeniería en la línea. Los ingenieros alemanes, con la ayuda de miles de trabajadores esclavos, construyeron 800 blocaos «le hormigón y más de 5000 de campaña, tendieron más de 200 kilómetros de alambre de púas y cavaron vastos sistemas de trincheras y fosas antitanque. La nueva línea empezaba en el Báltico y subía por el río Narva y las orillas occidentales de los lagos Peipus y Pskov, y luego se internaba en los pantanos que quedaban al sur del Pskov. Además de la ventaja que para los alemanes suponía replegarse a una posición preparada cuidadosamente que los soviéticos no conocían, la nueva línea era un *25* por ciento más corta que la anterior y dejaría libres a numerosas tropas.

El estado mayor del Grupo de Ejércitos del Norte pensaba iniciar una retirada a mediados de enero. Pero a finales de diciembre el OKH empezó a desplegar de otra forma las unidades que se habían sacado del norte para ayudar al sur. En aquel momento, el comandante del grupo de ejércitos, el mariscal de campo Georg von Kuechler, llegó a persuadir a Hitler para que autorizase una retirada hasta la posición Pantera. Por desgracia para los alemanes, el comandante del
18°
ejército, el Generaloberst Georg Lindemann, comunicó a Hitler que sus comandantes de cuerpo y de división creían que podrían defender las posiciones que ocupaban en aquel momento. Fue suficiente para Hitler y el Grupo de Ejércitos del Norte, que incluía al
18°
ejército, se quedó donde estaba.

Los soviéticos atacaron a mediados de enero, esta vez con fuerzas mejor preparadas y más potentes, mientras que los alemanes ya habían perdido tres divisiones. Los soviéticos poseían el equivalente de más de 60 divisiones, frente a las 20 de los nazis; también gozaban de una ventaja de 6 a 1 en tanques. Y, como ocurría ahora de manera regular, la *maskirovka* echó un manto tupido sobre los preparativos soviéticos. El Frente de Leningrado ejerció inmediatamente mucha presión sobre las fuerzas alemanas que permanecían cerca de la ciudad, mientras a la derecha del 18° ejército el Frente de Voljov amenazaba Novgorod. Una de las divisiones de campaña de la Luftwaffe —creada con personal sobrante de la fuerza aérea que Hitler y Goering se habían negado a entregar al ejército— se derrumbó en el segundo día del ataque soviético. Antes de que transcurrieran cuatro días la situación delante de Leningrado se había vuelto desesperada para el 18° ejército. En Novgorod, Hitler autorizó una retirada en el último momento y la mayoría de las tropas lograron escapar. En el norte, sin embargo, las puntas de lanza soviéticas llegaron a la antigua residencia veraniega del zar en Krasnoje Selo y aislaron a dos divisiones alemanas. Kuechler rogó desesperadamente que se le permitiera retirarse a la Línea Pantera, aunque debido a las numerosas bajas que ya había sufrido apenas tendría suficientes hombres para defender la línea. Hitler se negó de nuevo a autorizar una retirada, esta vez porque, según afirmó, daría vía libre a los soviéticos para llegar hasta la Línea Pantera con todas sus fuerzas. Las tropas alemanas debían luchar donde se encontraban con el fin de infligir numerosas bajas a las fuerzas soviéticas. «La batalla debe librarse tan lejos de la frontera alemana como sea posible.»[7]

El día 25 los soviéticos ya habían tomado Krasnogvardejsk y con ello habían comprometido en gran parte el abastecimiento del 18° ejército. Hitler no autorizó finalmente la retirada hacia el río Luga hasta el 30 de enero, cuando el ejército de Lindemann ya se había roto en tres pedazos. Pero incluso entonces exigió que el 18° ejército restableciera el contacto con el

16°
ejército y cerrase todas las penetraciones soviéticas, una de las cuales ya tenía una anchura de 48 kilómetros. El 31 de enero, Hitler destituyó a Kuechler y encargó a Model que pusiera remedio a la situación, que iba de mal en peor. Model marcó la pauta de su mando con un mensaje que decía que nadie autorizaría una retirada en ningún nivel de mando sin haber recibido permiso directo de él. Las pérdidas del
18°
ejército habían sido terribles; mientras que el 10 de enero contaba con casi 58 000 soldados de infantería, la cifra había quedado reducida a 17 000 incluso con los refuerzos que en el ínterin había recibido el ejército.

Durante todo el mes de febrero la posición alemana en el norte siguió siendo débil. Irónicamente, Model sugirió que se llevaran a cabo arriesgadas operaciones ofensivas para poner remedio a la situación del
18°
ejército a orillas del Luga. Hitler, sin embargo, mostró una prudencia poco habitual en él y optó por una retirada total hasta la Línea Pantera. No cabe duda de que el motivo de su prudencia era el empeoramiento de la situación en Ucrania; debido a ello, estaba más dispuesto que de costumbre a liberar tropas y divisiones que pudieran aliviar la presión que soportaba el Grupo de Ejércitos del Sur. Además, los comandantes soviéticos, después de que sus fuerzas expulsaran a los alemanes de sus posiciones iniciales, no mostraron ni asomo de la eficacia operacional que Vatutin, Konev y Zhukov desplegaban en el sur. Como resultado, los alemanes pudieron retirase poco a poco hasta la Línea Pantera. A principios de marzo se encontraban en gran parte en esa posición. Los esfuerzos soviéticos por llevar a cabo una penetración no dieron resultado, toda vez que un deshielo primaveral prematuro afectó seriamente a los movimientos. Una vez más las fuerzas alemanas se habían salvado, pero pagando un precio exorbitante. Si Hitler hubiera seguido los consejos de Kuechler a comienzos de enero, los alemanes hubieran podido retirarse en orden y con reservas numerosas que hubiesen podido emplear en el sur.

LA RESISTENCIA

En el verano de 1940, durante las horas más negras que vivió Gran Bretaña, Winston Churchill persuadió al gabinete británico de la conveniencia de crear la Junta de Operaciones Especiales (SOE). Desde los primeros momentos de la SOE Churchill indicó de forma clara cuál debía ser su misión al decir al director de la SOE: «Y ahora, a prender fuego a Europa».8 Aunque la resistencia nunca llegó a satisfacer del todo las esperanzas del primer ministro de que en el continente estallara una revolución que se tragara a los nazis, las aportaciones de los diversos movimientos de resistencia en todas las naciones independientes ocupadas, excepto Austria, fueron espectaculares.

Las diversas circunstancias de la geografía, la experiencia nacional, la naturaleza de la dominación alemana, el grado de urbanización y la cantidad de apoyo exterior hicieron que los numerosos movimientos de resistencia avanzaran en direcciones diferentes. El rasgo más importante que tenían en común los resistentes era el carácter; ni la clase social ni la nacionalidad ni la edad determinaban quién contribuiría de forma significativa a la resistencia. Dos casos subrayan este extremo. El primero fue el de Andrée de Jongh, de 24 años de edad, hija de un maestro de escuela belga, que en agosto de 1941 se presentó en el consulado británico de la ciudad española de Bilbao llevando a remolque un soldado británico y dos jóvenes belgas. Comentó a los sorprendidos funcionarios consulares que sólo necesitaba que le pagaran los billetes y seguiría trayendo fugitivos. Andrée y sus camaradas sacaron a más de 700 personas de la Europa ocupada durante los dos años siguientes, hasta que los alemanes desarticularon su red. Después de dos años en un campo de concentración alemán, en el decenio de 1970 aún estaba trabajando en una leprosería de Addis Abeba.

Jean Moulin procedía del sector privilegiado de la sociedad francesa. A la edad de 41 años era prefecto de Chartres, el más joven de Francia. En 1940 intentó suicidarse antes que firmar declaraciones propagandísticas de los alemanes sobre supuestas atrocidades cometidas por los franceses. Después de recuperarse de las heridas que él mismo se había infligido, se entregó en cuerpo y

alma a la tarea de organizar la resistencia en el valle del Ródano. En otoño de 1941 salió de Francia y se trasladó a Londres, donde puso su persona y su influencia a la entera disposición del general De Gaulle. A comienzos de 1942 se lanzó en paracaídas sobre la Francia ocupada y en marzo de 1943, después de persuadir a todos los grupos no comunistas a unirse (hazaña nada desdeñable), creó una organización que los englobaba a todos, el Conseil National de la Résistance. No había transcurrido un mes cuando los alemanes lo detuvieron y mataron al infligirle atroces torturas. No habló en ningún momento. Nunca se encontró su cuerpo, pero en la catedral de Chartres una mano que aprieta con fuerza la empuñadura de una espada rota conmemora su aportación y su valor extraordinarios.

El camino que llevaba a la resistencia era muy distinto en la Europa del este y en la del oeste. En el oeste los alemanes llegaron a caballo de sus aplastantes victorias. Al principio una población aturdida y aparentemente vencida se mostró dispuesta a llegar a un acuerdo con los vencedores. Además, los alemanes ocultaron sus intenciones tras un velo de hábil propaganda. La mendacidad de los objetivos alemanes no se hizo obvia hasta el año siguiente. La resistencia armada en la Europa occidental afrontó el hecho de que existían pocos lugares donde no fuera peligroso organizar grupos numerosos de guerrilleros. Las regiones agrícolas de Francia y Bélgica, con sus pulcras parcelas, sus innumerables pueblecitos y carreteras excelentes, proporcionaban a los alemanes y a sus subordinados tanto los medios burocráticos que les permitían controlar a la población como la oportunidad de llegar fácilmente a donde fuera necesario para aplastar incluso el más leve brote de agitación. A pesar de ello, los franceses organizaron varias rebeliones armadas a gran escala. En marzo de 1944, en la meseta de Glières, en la región de Saboya, los alemanes, con el apoyo de colaboracionistas franceses, tuvieron que organizar una importante operación militar para acabar con una nutrida fuerza de guerrilleros. En julio una rebelión declarada sufrió una derrota militar todavía mayor cerca de Grenoble. Pero en Bretaña, en el verano de 1944, grupos de las fuerzas especiales aliadas —SAS (Special Air Service) y Jedburgh— recibieron suficiente apoyo para arrancar gran parte de la región de las manos de los alemanes, que, como es lógico, tenían otras cosas en que pensar.

En la Europa oriental la resistencia nunca estuvo en duda; desde el primer momento se reconoció a los alemanes como los asesinos y canallas que realmente eran. Por tanto, las personas que acabaron embarcándose en la resistencia podían elegir entre dos opciones claras: o bien la esclavitud seguida de una muerte casi cierta, o la resistencia. Sin embargo, incluso en el este los efectos militares de la resistencia fueron limitados. Hay que reconocer que en regiones como los Balcanes, en particular en Yugoslavia, se formaron inmediatamente unidades militares de partisanos, cuyo nacimiento se benefició en gran medida de la rápida retirada de unidades alemanas que tenían que participar en la operación Barbarroja. Debido a ello, en las montañas se ocultaron numerosos jóvenes bien armados sin que quedase nadie para detenerlos.

Pero ahí estaba el problema. Las regiones donde podían reunirse bandas de partisanos en número suficiente para tener importancia militar eran precisamente las regiones que menos interesaban a los alemanes. Si bien en Ucrania y Bielorrusia no había montañas, sí había pantanos y grandes regiones boscosas que ofrecían la protección que necesitaban los partisanos soviéticos. Pero tampoco estas regiones tenían importancia estratégica u operacional para la Wehrmacht. En 1943 los partisanos soviéticos ya llevaban a cabo numerosos actos de sabotaje contra las líneas de abastecimiento de los alemanes, pero raramente atacaban objetivos de gran importancia militar. A finales de junio de 1944, los partisanos lanzaron 14 000 ataques contra las líneas ferroviarias del Grupo de Ejércitos del Centro. Pero es probable que para entonces la superioridad soviética ya hiciera que la aportación de los partisanos fuera menos importante para la abrumadora victoria soviética.

Aunque sus efectos militares globales no fueran decisivos, la resistencia podía causar a los ocupantes alemanes enormes problemas organizando sabotajes, demoras y otras dificultades logísticas. El 10 de octubre de 1942, con la ayuda de agentes de la SOE, 150 partisanos griegos volaron el viaducto por el que el tren de Salónica a Atenas cruzaba el desfiladero de Gorgopotamos. Con este acto cerraron la principal línea de abastecimiento de Rommel en el norte de África y El Alamein y contribuyeron en gran medida a la derrota del Afrika Korps en noviembre. Pero el sabotaje y la resistencia armada no eran siempre tan espectaculares. Cuando se

produjo la invasión aliada en Normandía el 6 de junio de 1944, la división Das Reich de las Waffen SS se encontraba en los alrededores de Toulouse. Inmediatamente emprendió un viaje, que se suponía que iba a durar tres días, hasta el frente donde tenía lugar la invasión. Sus tanques, que iban en vagones de tren, apenas se movieron. Miembros de la resistencia francesa ya habían aplicado a los vagones grasa abrasiva suministrada por la SOE que quemó en el acto los rodamientos de bolas. Luego, cuando se dirigían al norte, los alemanes se encontraron bajo el fuego de las unidades de la resistencia que llenaban la campiña. Aunque estaban mal adiestrados y mal dirigidos, los franceses infligieron bajas a las unidades de las Waffen SS.

Los alemanes, enfurecidos, se pasaron varios días persiguiendo a sus atacantes y ejecutando a miles de franceses, incluidos todos los habitantes de OradoursurGlane; mataron a los hombres en los campos que rodeaban el pueblo, mientras encerraban a las mujeres y los niños en la iglesia, a la que luego prendieron fuego. La división Das Reich tardó casi dos semanas en llegar a Normandía, y para entonces la situación allí era muy distinta de la que hubiera sido de haber llegado la división al tercer día. Pero las dificultades con que tropezó la división Das Reich representaron sólo una parte del sabotaje generalizado que la resistencia perpetró contra los ferrocarriles y los cables de electricidad y teléfono en los días que siguieron al desembarco de Normandía. Por ejemplo, la noche del desembarco la resistencia consiguió cortar la vía férrea en 950 puntos de toda Francia.

Incluso en los campos de trabajadores esclavos del Tercer Reich algunas personas optaron por oponer resistencia. La tripulación de un bombardero norteamericano, al regresar de una misión sobre Alemania, encontró en una bomba vacía incrustada en el fuselaje un mensaje de esperanza de quienes la habían fabricado: la bomba no contenía pólvora que pudiera estallar. De modo parecido, los productos que fabricaban los trabajadores esclavos apenas satisfacían los rigurosos requisitos de los alemanes. En 1942 los suizos compraron 50 aviones Bf 109 en Alemania y los encontraron tan bien hechos que la fuerza aérea suiza los utilizó hasta los primeros años sesenta. En 1944 los suizos (que eran leales clientes del Reich) compraron otros 50 Bf 109, pero estos aviones estaban

tan mal hechos que hubo que desecharlos a finales de los años cuarenta.

El espionaje fue otra aportación importante de la resistencia. En abril de 1942 técnicos de mantenimiento franceses intervinieron uno de los dos principales cables de comunicación de los alemanes entre París y Berlín. Durante los ocho meses siguientes pudieron pasar información de valor incalculable a Londres. Esta información fue de especial importancia porque los alemanes no utilizaban la radio donde tenían cables y, por ende, los ingleses no podían interceptar sus mensajes.

En el este los partisanos soviéticos mostraron una habilidad especial para transmitir información sobre el orden de batalla de los alemanes a sus controladores de Moscú. Esta información era especialmente útil a los soviéticos para la *maskirovka* con que ocultaban sus propias intenciones operacionales. Sin embargo, la resistencia no siempre obtenía la información que los aliados realmente necesitaban. Por ejemplo, sus agentes no captaron la entrada de la 352ª división alemana en la zona que se convertiría en la playa de desembarco Omaha. Pero a veces incluso cuando la resistencia pasaba información importantísima como, por ejemplo, la llegada de formaciones de tanques de las SS a la zona donde debía producirse la operación Market Garden —la invasión del sur de Holanda por tropas aerotransportadas aliadas en septiembre de 1944—, sus receptores eran escépticos y se negaban a dar crédito a ella.

La resistencia prestó otros servicios importantes. Las redes que ayudaban a los aviadores derribados a huir de la Europa occidental tenían muchísima importancia para las fuerzas aéreas aliadas. Tal vez la aportación más importante de la resistencia fue el sentido de honor y orgullo nacional que los pueblos liberados pudieron experimentar en 1944 y 1945. Como era de esperar, muchas personas afirmaron haber participado en la resistencia en 1944, mientras que los resistentes fueron demasiado pocos en 1940 y 1941, cuando sus actividades —aunque peligrosísimas— hubieran podido cambiar por completo la marcha de la guerra. Pero eso no significa que en 1944 la resistencia no siguiera siendo una actividad excepcionalmente peligrosa, como miles de franceses pudieron comprobar a manos de las Waffen SS y la Wehrmacht. Participar en

la prensa clandestina, llevar mensajes, proteger a los aviadores aliados derribados o a los judíos, o llevarlos a lugar seguro, pintar consignas en las paredes de las ciudades y cumplir las mil pequeñas misiones de que dependía la resistencia para sobrevivir: todas estas actividades proporcionaron a los europeos de todo el continente la sensación de que por lo menos no habían sido súbditos cobardes del Tercer Reich.

Los alemanes tuvieron toda la culpa de la extensión de la resistencia y de su aportación a la causa aliada. La naturaleza despiadada de su ocupación dio una razón más que suficiente a quienes conservaban un mínimo de decencia, valor y, sobre todo, carácter, para oponer resistencia. Los alemanes tenían por norma fusilar a rehenes por «crímenes» contra la Wehrmacht o por actos de sabotaje, lo cual acabó redundando contra ellos. La política económica de los ocupantes también contribuyó a fomentar la resistencia. Durante el verano y el otoño de 1941, los alemanes se llevaron prácticamente todos los alimentos que había en Grecia y la consecuencia inmediata fue la hambruna generalizada. En la primavera de 1942 eran ya más de 40 000 los griegos que habían muerto de inanición, la mayoría de ellos en las ciudades. Para entonces ningún griego que se preciara estaba dispuesto a cooperar con los nazis. El expolio alemán de las poblaciones sometidas continuó hasta el final de la contienda. Durante el invierno de 1944-1 945 murieron de inanición 16 000 holandeses, tragedia que resultó irónica porque los holandeses habían hecho lo imposible por alimentar a los niños alemanes que pasaban hambre durante el invierno de 1918-1 919.

En la propia Alemania unos cuantos ciudadanos opusieron resistencia a los nazis. Tal vez los más nobles de ellos fueron los jóvenes idealistas alemanes del círculo de la «rosa blanca», que intentaron dar publicidad a los crímenes del régimen en Múnich a comienzos de 1943 y encontraron una muerte horrible bajo el hacha del verdugo. Los conspiradores militares se acercaron más al corazón del régimen. El conde Claus von Stauffenberg, coronel que había sufrido heridas tan graves en Tunicia que sólo le quedaban unos cuantos dedos, hizo estallar una bomba en una de las conferencias de Hitler con el estado mayor el 20 de julio de 1944. La bomba mató a varios oficiales, pero Hitler se salvó y descargó

una venganza terrible sobre los que habían participado en el complot. Al final, es probable que Europa se beneficiase del hecho de que Hitler se salvara, porque de esta manera los alemanes no pudieron culpar a nadie más que al *Führer* de la derrota en la guerra.

CONCLUSIÓN

La dirección de las operaciones por parte de los comandantes militares soviéticos después de la batalla de Kursk mostró una manera de hacer la guerra que se apoyaba de forma creciente en métodos y conceptos más complejos. Las primeras operaciones que se llevaron a cabo después de Kursk fueron una serie de ataques cuyo propósito era tanto desequilibrar de forma permanente a los alemanes como alcanzar objetivos operacionales más amplios como, por ejemplo, el envolvimiento de grandes formaciones alemanas. En efecto, los soviéticos contaban con su superioridad numérica y material para obligar a los alemanes a replegarse hasta el Dniéper y luego más allá. Estas operaciones, además de liberar territorios extensos, también infligían pérdidas que los alemanes no podían permitirse, mientras que los soviéticos podían reponer las suyas. A mediados del invierno, los comandantes soviéticos pudieron controlar operaciones que aislaron y luego destruyeron dos cuerpos alemanes en Cerkassy. La competencia operacional se tradujo en un esfuerzo todavía más ambicioso en el que intervinieron dos frentes, el de Konev y el de Zhukov, y que estuvo a punto de destruir al 1º ejército blindado. El hecho de que los alemanes consiguieran escapar demostró que los soviéticos aún tenían unas cuantas cosas que aprender. Pero hacían todos los esfuerzos posibles por beneficiarse de sus errores. En la ofensiva del verano siguiente elevarían su actuación operacional a un nuevo nivel y el resultado sería la destrucción total del Grupo de Ejércitos del Centro en la demostración más devastadora de arte operacional y la victoria más impresionante de la segunda guerra mundial.

En mayo de 1944 las operaciones en el frente del este se interrumpieron durante un tiempo y luego se reanudaron a finales de junio. Dos razones explican el cese de las operaciones ofensivas

soviéticas durante este breve período. La primera fue que la lucha había agotado en gran medida a los ejércitos soviéticos de Ucrania. Pero, más importante todavía, Stalin esperaba ahora la apertura de un segundo frente en el oeste. La gran ofensiva anfibia que las potencias occidentales venían prometiendo desde hacía mucho tiempo estaba a punto de hacerse realidad. Los soviéticos esperarían para ver si el intento anglonorteamericano salía bien. Si era así, lanzarían su gran ofensiva de verano contra el Grupo de Ejércitos del Centro. Si la invasión del frente occidental fracasaba, los soviéticos podrían esperar para ver si los alemanes trataban de recobrar la iniciativa que habían perdido en Kursk.

15 La invasión de Francia 1944

EN un discurso que dirigió por radio a los franceses en octubre de 1940, Winston Churchill terminó con una promesa: «Buenas noches, pues: dormid para recuperar fuerzas para la mañana. Porque la mañana llegará. Luminosamente brillará sobre los valientes y los fieles, bondadosamente sobre todos los que sufren por la causa, gloriosamente sobre las tumbas de los héroes. Así brillará el amanecer».[1] El amanecer llegó finalmente el 6 de junio de 1944, cuatro largos años después de que los alemanes expulsaran al ejército británico del continente. La operación Overlord, el desembarco en la otra orilla del Canal, en las playas de Normandía, había requerido cuatro largos años de preparación y su final victorioso volvió a poner a las potencias democráticas en la Europa central, posición política que tendría una importancia decisiva en la segunda mitad de siglo. Desde el punto de vista operacional, la invasión de Francia sería la ofensiva más compleja de la segunda guerra mundial, y de sus resultados dependía el desenlace político y estratégico de la contienda.

LOS BANDOS ENFRENTADOS

Aunque la Wehrmacht había sufrido pérdidas catastróficas en el frente del este durante tres años, sus soldados seguían siendo adversarios formidables. Hasta finales de 1943, los alemanes habían creído que era improbable que los aliados invadieran Francia. Debido a ello, hicieron relativamente pocos preparativos para la defensa, la mayor parte de ellos en la costa del Paso de Calais al norte del río Sena. En 1942 y 1943, las unidades alemanas que ocupaban Francia eran o bien divisiones que se recuperaban de la

lucha en el frente del este o divisiones de tercera línea, mal pertrechadas y de escasa movilidad. Pero a principios de 1944, el OKW y Hitler ya habían comprendido que no tardaría en producirse una importante invasión desde la otra orilla del Canal y procedieron a mejorar el teatro de operaciones del oeste. A partir de ahora, las unidades que se estaban reconstituyendo después de sufrir grandes pérdidas en el este o las que se estaban formando permanecerían en el oeste para hacer frente a la invasión. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt ostentaba el mando global en el oeste; pero, con el fin de que activase y controlase los preparativos defensivos en Francia y los Países Bajos, Hitler nombró comandante del Grupo de Ejércitos B a Erwin Rommel, que se encargaría de defender las zonas costeras más amenazadas desde el golfo de Vizcaya hasta Dinamarca.

Tanto Rommel como Rundstedt creían que el Paso de Calais era el objetivo probable de una invasión aliada, pero había una diferencia clave en sus opiniones respectivas sobre cómo había que defender la Fortaleza Europa. Rundstedt creía que las fuerzas blindadas debían permanecer alejadas de las regiones costeras con el fin de ejecutar un fuerte contraataque. Rommel, consciente de la abrumadora superioridad aérea y logística de los anglonorteamericanos, argüía que los alemanes debían derrotar a los aliados en las playas o la campaña y la guerra estarían perdidas. Típicamente, Hitler se negó a elegir entre los dos puntos de vista y puso las reservas mecanizadas bajo el control del OKW de tal modo que sólo pudieran moverse con su permiso. Como ni Rommel ni Rundstedt mandarían la reserva operacional, la oportunidad de responder con presteza a la invasión se evaporó.

A pesar de ello, Rommel dedicó su energía inagotable a la tarea de afrontar la amenaza aliada. Supervisó un masivo programa de construcción en el que se sembraron millones de minas, se construyeron miles de blocaos y fortificaciones de campaña, se colocaron decenas de miles de postes (los «espárragos de Rommel») en los campos para impedir el aterrizaje de planeadores y se instaló un número enorme de obstáculos contra las embarcaciones en las playas. Tanto éxito tuvo el programa de obstáculos en las playas que los aliados se vieron obligados a desembarcar cuando la marea estaba baja en vez de alta, para poder detectar y evitar este peligro.

Y como también necesitaban desembarcar al amanecer, a los aliados les quedaron sólo unos cuantos días de cada mes para poner en práctica sus complejos planes. Dada su personalidad, Rommel llevó a un extremo el adiestramiento de las divisiones alemanas e incluso las costeras de tercera categoría recibieron una fuerte dosis de preparación realista. Francia ya no era un lugar de vacaciones para soldados agotados procedentes del frente del este. Ahora era una colmena de ejercicios incesantes, días y noches de adiestramiento y trabajo de construcción.

La preparación de las unidades alemanas se reforzó con la misma doctrina potente de armas combinadas, mando descentralizado e iniciativa de las pequeñas unidades que había hecho de la Wehrmacht un adversario tan formidable durante toda la guerra. Además, la ideología del nazismo reforzó la competencia de los soldados en el campo de batalla. Pero ninguno de los aspectos de esta preparación podía compensar el problema fundamental de la Wehrmacht en los meses que precedieron a junio de 1944, a saber: su incapacidad para descubrir el lugar exacto donde se produciría la invasión aliada. Por carecer de este conocimiento, los alemanes malgastaron mucho trabajo en playas que los aliados no atacarían. Tampoco podían contar con el apoyo de la Luftwaffe, dadas las pérdidas terribles que la Ofensiva Combinada de Bombardeo había infligido a los escuadrones de cazas alemanes en las batallas libradas en los cielos del Reich durante la primavera. En último lugar, no se les avisaría apropiadamente de una invasión y, por ende, tendrían que luchar y maniobrar contra las fuerzas de desembarco aliado al mismo tiempo que eran objeto de grandes ataques aéreos. Fue un ejemplo más del estrepitoso fracaso del sistema de inteligencia alemán en la segunda guerra mundial.

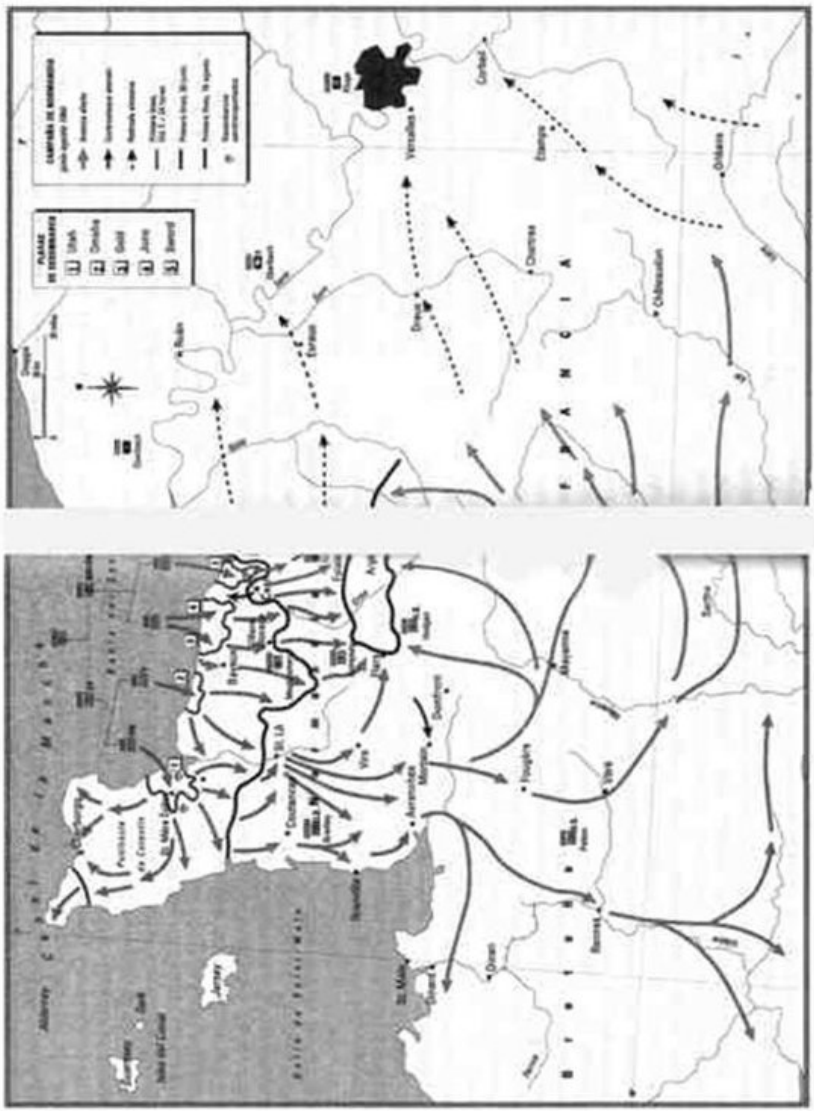
Pero los aliados también tenían que vérselas con problemas propios. Los planes iniciales para un asalto anfibio contra la Fortaleza Europa se habían basado en la suposición de que las fuerzas invasoras debían tomar un puerto importante en los primeros días de la campaña. El desastre de Dieppe en 1942, cuando tropas alemanas de tercera categoría habían aplastado una incursión anfibia anglocanadiense, puso fin a esa esperanza. La derrota sufrida en Dieppe dejó claro que un desembarco victorioso

requeriría desembarcar en playas abiertas en vez de en un puerto, ya que las playas ofrecerían espacio suficiente para concentrar hombres y pertrechos hasta contar con lo necesario para una invasión. Overlord no fue el mayor desembarco anfibio de la guerra: durante el ataque contra Sicilia, más divisiones desembarcaron el primer día. Pero en Normandía la resistencia alemana sería mucho más fuerte. Por otra parte, después de que los aliados lograran establecer una cabeza de playa, en las semanas siguientes, tendrían que aumentar sus fuerzas más rápidamente que los defensores, lo cual representaría un problema de enormes proporciones porque las tropas de refuerzo y los pertrechos tendrían que desembarcar en playas abiertas, mientras que los alemanes podrían enviar sus refuerzos usando la excelente red de ferrocarriles y carreteras de los franceses.

Para resolver este problema, *sir* Arthur Tedder, el vicecomandante de Eisenhower, ideó un plan consistente en utilizar las fuerzas aéreas aliadas, incluidos los bombarderos estratégicos, para destruir el sistema de transportes de Francia antes de los desembarcos. A pesar de la fuerte oposición de los «barones del bombardeo», los Jefes del Estado Mayor Combinado pusieron los bombarderos estratégicos a disposición de Eisenhower desde el 1 de abril de 1944 hasta septiembre del mismo año. Como los ataques aéreos aliados no podían concentrarse en Normandía, no fueran a deducir los alemanes el lugar donde se produciría la invasión, la campaña de inhabilitación abarcó toda Francia. De noche, los bombarderos británicos machacaban los patios de maniobras franceses, mientras la 8ª fuerza aérea estadounidense y enjambres de cazabombarderos británicos y norteamericanos estrangulaban el sistema de transportes francés durante el día. A finales de mayo, los aliados iniciaron una campaña continua cuyo objetivo era destruir los puentes del Sena. Para entonces, el tráfico ferroviario en Francia había quedado reducido a un 55 por ciento de los totales de enero; el 6 de junio, la cifra ya era del 30 por ciento; y a principios de julio, de apenas el 10 por ciento. Los ataques contra el movimiento ferroviario en el oeste de Francia fueron especialmente eficaces; a mediados de junio, los trenes que hubieran podido abastecer a los defensores de Normandía ya no funcionaban. La campaña dirigida a desmantelar el sistema de transportes causó la pérdida de muchas

vidas francesas, pero incluso Charles de Gaulle, el líder de los Franceses Libres, se mostró dispuesto a tolerar los sufrimientos que se impusieron a su pueblo.

Hasta finales de 1943, los planes para la invasión estuvieron en manos del teniente general del ejército británico Frederick Morgan. Su estado mayor propuso un desembarco anfibio de tres divisiones apoyadas por una división aerotransportada. A finales de 1943, prácticamente todos los altos mandos



aliados del Mediterráneo —Eisenhower, Montgomery, Tedder, Spaatz, Bradley y Patton— llegaron a Londres y rechazaron esta estrategia. Eisenhower y Montgomery exigieron y obtuvieron una fuerza de asalto de cinco divisiones, junto con tres divisiones aerotransportadas para asegurar los flancos de las zonas de desembarco. Con el fin de apoyar la invasión, los aliados ya habían creado varias maravillas de la ingeniería, en particular dos grandes

puertos artificiales, llamados «Mulberries», que luego llevarían a la otra orilla del Canal e instalarían ante las playas de Normandía para tener la seguridad de que la cabeza de playa recibiese apoyo y refuerzos suficientes.

Al escoger un lugar para el desembarco, los comandantes aliados reconocieron que el Paso de Calais ofrecía mejor terreno y estaba más cerca del Reich, Pero esta ventaja operacional lo hacía igualmente accesible para los alemanes, que podrían contraatacar desde tres direcciones diferentes. En cambio, a los alemanes les resultaría más difícil reforzar Normandía, a la vez que las características geográficas de la región limitarían los contraataques alemanes a una sola dirección: desde el sur. Los aliados también albergaban la esperanza de que un desembarco en Normandía engañara a los alemanes y les hiciese creer que iba a producirse una segunda invasión, aún más importante, contra el Paso de Calais; esta amenaza tal vez inmovilizaría numerosas fuerzas enemigas al norte del Sena.

El alto mando aliado representó uno de los pocos casos de la historia en que unos aliados cooperaron de verdad para alcanzar objetivos más amplios. Gran parte del mérito fue de Eisenhower. Si Ike merece el honor de que se le califique de «grande», es debido a que supo llevar a los generales que estaban bajo su mando, un grupo de egomaníacos cascarrabias y disfuncionales como no se había visto en ninguna otra guerra. Además, en su calidad de Comandante Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, Eisenhower tenía que soportar las presiones fuertes y opuestas de Washington y Londres, que tenían perspectivas distintas sobre la dirección de la guerra, por no mencionar los consejos no siempre útiles de sus ayudantes militares de alta graduación, el general George Marshall de Estados Unidos y el mariscal de campo Alan Brooke del Reino Unido. En el nivel operacional, sólo Patton comprendía la mejor forma de utilizar la movilidad de los aliados en tierra para explotar las deficiencias alemanas; en otras partes, sobre todo en el ejército británico, se concedía más importancia a la potencia de fuego que a las maniobras.

Las deficiencias aliadas eran especialmente notorias en el armamento, la táctica y el adiestramiento. A pesar de la abundante producción de la industria anglonorteamericana, muchas de las

armas producidas en serie —ametralladoras y tanques, entre otras— resultaron claramente inferiores a sus equivalentes alemanes. El tanque Sherman era un maravilloso vehículo blindado de combate en algunos aspectos —más digno de confianza que cualquiera que tuviesen los alemanes—, pero exceptuando una versión británica con más potencia de fuego (llamada Firefly), poseía un cañón de 75 milímetros, de baja velocidad, cuyos proyectiles no podían penetrar en el blindaje de los tanques alemanes Panther y Tiger, ni siquiera en el del Mark IV desde cerca.

Una deficiencia más grave de los preparativos aliados para la invasión era de índole táctica. Las tropas británicas y canadienses habían tenido cuatro años para prepararse para Normandía; no todas las unidades hicieron un buen trabajo. En los niveles inferiores, las tropas británicas no tenían ninguna doctrina en común y, debido a ello, el adiestramiento raramente alcanzaba un nivel alto de coherencia o eficacia. Incluso las tácticas básicas de infantería adolecían de problemas considerables. Los ingleses confiaban en poco más que un avance impetuoso en línea recta con la esperanza de que su artillería ya hubiese pulverizado a los alemanes.

Parte del problema residía en la poca disposición del ejército británico a basar los ascensos de los oficiales en la eficacia con preferencia a la clase social. Demasiados oficiales de alta graduación encontraban empleo después de fracasar en el campo de batalla. Los mandos militares superiores también eran deficientes, con la excepción de Montgomery. El héroe de El Alamein era un comandante de talento que comprendía las limitaciones de sus tropas y generalmente se negaba a correr riesgos que pusieran en evidencia sus deficiencias. En muchos sentidos, la batalla que Montgomery libró en Normandía fue la más hábil de su carrera, dadas las limitaciones de las fuerzas de que disponía y su propia predisposición a la prudencia; sólo su petulante hábito de alabarse a sí mismo impedía que se le reconocieran sus méritos, al menos por parte de muchos norteamericanos.

Los norteamericanos, que habían sido los últimos en entrar en guerra, experimentaban sus propias deficiencias. En 1939 el ejército de Estados Unidos ocupaba el decimoséptimo lugar en la clasificación mundial. En comparación con los alemanes, que en

1939 ya llevaban seis años preparándose para la guerra, los norteamericanos contaban apenas tres años antes de que sus tropas tuvieran que combatir. Por consiguiente, muchas de las unidades que lucharon en Normandía mostraron una deprimente falta de madurez táctica. A pesar de ello, la mayoría de las unidades norteamericanas mostraron mayor capacidad de adaptación que las británicas y su curva de aprendizaje fue ininterrumpida y muy pronunciada. Estas mejoras se debían en gran parte a la flexibilidad de un ejército de ciudadanos, así como a que Eisenhower no se andaba con contemplaciones cuando había que destituir a oficiales de alta graduación que fallaban.

Sin embargo, también aquí surgieron problemas. A menudo, trabajar con los subordinados estadounidenses de Eisenhower resultaba tan decepcionante como colaborar con sus colegas británicos. Especialmente problemático era Ornar Bradley, el general de mayor categoría de las fuerzas de tierra norteamericanas. Bradley tenía celos de Patton, no se fiaba de los ingleses, era poco imaginativo y adusto y no se correspondía en absoluto con la leyenda creada por los medios de comunicación, la de un general popular entre los soldados. Un general de esta clase salva las vidas de sus hombres y no se limita a vestir como ellos. Ninguno de los soldados que sirvieron bajo sus órdenes en primera línea escribió sobre él empleando términos como los que un veterano de la campaña de Birmania usó para describir a su general, William Slim: «Slim salió de debajo de los árboles en la orilla del lago y no hubo nada de “acercaos” ni subirse a un cajón ni tonterías de esta clase. Sencillamente se quedó allí, con el pulgar enganchado en el portafusil y habló de cómo habíamos pillado desprevenidos a los japoneses e íbamos a aniquilarlos en campo abierto. Sabías, cuando hablaba de pulverizar a los japoneses, que para él no se trataba sólo de flechas en un mapa, sino de limpiar blocaos y atacar bajo el fuego de la artillería; que tenía cabeza de general y corazón de soldado raso… Y después, cuando todo había terminado y hablaba de lo que había hecho su ejército, siempre decía “vosotros”, ni siquiera “nosotros” y jamás “yo”».[2] Entre los periodistas norteamericanos, sólo los gacetilleros decían que Ornar Bradley era un general popular entre sus soldados.

Patton, en cambio, comprendía muy bien la guerra en el nivel

operacional, pero había perjudicado gravemente su reputación y su posición con su falta de autodisciplina en Sicilia. También mostró, durante toda su carrera, propensión a meter la pata… con botas de caballería, calcetines y todo. Si continuó luchando fue sólo gracias a la paciencia de Eisenhower y a su reconocimiento del extraordinario talento operacional de Patton, a pesar de los esfuerzos de Bradley (otro de sus malos hábitos) por librarse de un subordinado que tenía más talento que él. Otro factor que contribuía a complicar la relación entre Patton y Bradley era que Patton quedaba bien ante las cámaras. Bradley también tenía tendencia a hacer poses, pero la mayoría de las veces quedaba sencillamente ridículo.

La concepción aliada del desembarco y la campaña era relativamente sencilla. El ataque anfibio inicial de cinco divisiones —apoyadas por tres divisiones aerotransportadas— establecería una cabeza de playa desde la cual las fuerzas aliadas avanzarían hacia el interior. En el flanco oriental, la 6ª división aerotransportada británica tomaría el terreno elevado de la margen oriental del Orne y de esta manera protegería la invasión de un contraataque desde el este. De forma parecida, en el oeste las divisiones aerotransportadas 101ª y 82ª impedirían que los alemanes obstaculizasen los desembarcos en la playa Utah, situada en la base de la península de Cotentin. Así pues, la única dirección desde la cual los alemanes podrían contraatacar con eficacia el primer día sería el sur. De las playas, sólo Omaha, con su larga repisa y las dunas sobre las que se alzaban acantilados de más de 60 metros, representaba un formidable obstáculo natural. Pero tomar dicha playa, que estaba situada entre la playa Utah en el oeste y las playas británicas en el este, era esencial para la victoria aliada.

En realidad, el desembarco en la playa Omaha estuvo a punto de fracasar, debido en gran parte a que Bradley no quiso abordar los problemas fundamentales de carácter táctico que encontraría un asalto anfibio contra defensas preparadas. En la primavera Marshall había enviado al general de división Charles Corlett, que había dirigido asaltos victoriosos contra Attu y Kwajalein, en el Pacífico, para que aconsejase a Bradley y otros generales norteamericanos encargados del desembarco sobre los obstáculos que habían encontrado el ejército y la infantería de marina al desembarcar en

el Pacífico. Corlett quedó asombrado por la acogida que le dispensaron en Europa. Ninguno de los comandantes norteamericanos, incluidos Eisenhower y Bradley, mostró el menor interés por aprender de sus experiencias en el Pacífico. De hecho, la actitud predominante era que «lo que hubiese sucedido en el Pacífico era estrictamente cosa de aficionados» y no tenía ninguna utilidad para los que estaban planeando las operaciones en el teatro europeo.

No sólo se alarmó Corlett al constatar la falta de fuego de apoyo para los desembarcos en Normandía, sino que advirtió que se habían subestimado mucho las cantidades de munición que se necesitarían en las batallas que iban a librarse. En ambas cosas tenía toda la razón. El almirante Kent Hewitt, principal experto de la marina norteamericana en la guerra anfibia en el Atlántico, confesó a Corlett que el ejército destacado en Europa llevaba seis meses de retraso con respecto a los métodos empleados en el Pacífico, pero que él no podía hacer nada para educar a sus jefes en vista de que éstos afirmaban que no tenían nada que aprender. Sólo el general Alexander Patch, que en agosto mandaría los desembarcos de la operación Dragón en el sur de Francia, se mostró dispuesto a aprender de las experiencias de Corlett en el Pacífico.

La principal lección del Pacífico que Bradley y sus planificadores pasaron por alto fue la importancia decisiva que el fuego de apoyo de la artillería naval tenía para los soldados que asaltaban las playas. Debido a la cerrilidad de Bradley, las tropas norteamericanas en las playas Omaha y Utah sólo recibirían apoyo directo de dos acorazados, cuatro cruceros ligeros y 18 destructores. En comparación, en Kwajalein la 7ª división de infantería había atacado con el apoyo, para ella sola, de siete acorazados, tres cruceros pesados y 18 destructores, que llevaron a cabo un bombardeo mucho más largo. Después de cometer este imperdonable error táctico, Bradley rechazó los vehículos de combate blindados especiales que los ingleses habían creado para eliminar minas y obstáculos en las playas. Esta decisión contribuiría a aumentar mucho las pérdidas norteamericanas en toda la campaña de Normandía.

En lo que se refería a los ingleses, Montgomery esperaba tomar Caen el primer día y luego girar sobre sus talones para subir hasta

el Sena. Mientras tanto, los norteamericanos tomarían primero la península de Cotentin y Cherburgo y luego avanzarían hacia el sur para abrir los puertos bretones. Pero tal como Brooke explicó a los generales norteamericanos en abril de 1944, la campaña no sería una guerra de movimientos amplios, sino más bien un avance ininterrumpido e implacable siguiendo las líneas del avance británico hacia el interior de Bélgica en el otoño de 1918. Ciertamente, las líneas de fase que habían trazado los planificadores logísticos hacían pensar que así sería. Pero si bien los aliados planearon meticulosamente el desembarco anfibio y la concentración de logística y divisiones de seguimiento, pensaron relativamente poco en los combates que habría que librar para ampliar la cabeza de puente.

Con sus espesos setos, sus muros de piedra y sus casas de labranza, la campiña normanda era ideal para que la Wehrmacht desplegase sus tácticas de defensa a fondo, en las cuales las fortificaciones con ametralladoras y armas antitanque se extendían mucho en la retaguardia mientras fuerzas de reserva se desplegaban profundamente en la zona defensiva para atacar y destruir las posibles penetraciones aliadas. Sólo Patton conocía bien la región, y en junio y julio estuvo lejos de ella, mandando un ejército fantasma en Inglaterra que supuestamente se encontraba preparándose para desembarcar en el Paso de Calais. Así pues, el único oficial que conocía el terreno estuvo completamente apartado de la dirección de las operaciones. Sin embargo, el papel de Patton fue realmente importante: los alemanes se tragaron el anzuelo.

LA INVASIÓN

Las fuerzas aliadas que se disponían a invadir Francia representaban cuatro años de movilización para hacer frente a la amenaza nazi. Cinco divisiones norteamericanas, británicas y canadienses junto con tres brigadas blindadas británicas llevarían a cabo el asalto anfibio el día D, 6 de junio. Tres divisiones aerotransportadas norteamericanas y británicas las precederían para lanzar paracaidistas detrás de las defensas alemanas en la playa. Para situar más de 150 000 soldados en el continente europeo en un solo

día se necesitaba una vasta armada de barcos y aviones. Más de 7000 barcos de la marina de guerra participaron en la invasión: 138 barcos de guerra, de acorazados a destructores, proporcionaron fuego de cobertura a las fuerzas de desembarco; 221 barcos de escolta protegieron a los grandes convoyes; y 287 dragaminas y 495 barcos de cabotaje cumplieron diversas misiones. A los buques de guerra había que sumar barcos y lanchas de desembarco y otras embarcaciones anfibias que totalizaban 4000. El grueso de las fuerzas de tierra aliadas y sus pertrechos iban en 805 cargueros, de petroleros a barcos de municiones, a la vez que 59 barcos de bloqueo formarían los rompeolas para los dos grandes puertos artificiales.

En el aire, toda la panoplia de bombarderos estratégicos, bombarderos tácticos, aviones de reconocimiento fotográfico, cazas, cazabombarderos y transportes que constituían las fuerzas aéreas aliadas estaba a disposición de Eisenhower. El número total de aviones militares que apoyaron la invasión fue de 11 590. Casi 1400 transportes de tropas lanzarían las fuerzas aerotransportadas aliadas y su material en el extremo más alejado de las playas, mientras 3700 cazas cubrirían las playas donde tendría lugar la invasión así como la gran flota que navegaba por el Canal. Overlord fue en verdad una impresionante operación militar, que resultaba totalmente incomprensible para los alemanes, que esperaban el golpe.

En mayo de 1944 el tiempo había sido insólitamente bueno en Gran Bretaña. Después de tomar en cuenta las mareas, el Supremo Cuartel General de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas (SHAEF) decidió que el desembarco se efectuara entre el 4 y el 6 de junio. Pero el tiempo se volvió lluvioso y ventoso a principios de mes y el día 4 Eisenhower tuvo que aplazar el desembarco programado para el 5 de junio. Sin embargo, los meteorólogos aliados previeron un breve intervalo de buen tiempo y el día 4 por la noche Eisenhower, con el apoyo de Montgomery, decidió desembarcar el día 6. Al caer la tarde sobre los aeródromos británicos el 5 de junio, paracaidistas de las tres divisiones aerotransportadas aliadas subieron a sus aviones.

Los primeros paracaidistas encargados de señalizar las zonas de lanzamiento aterrizaron antes de la medianoche. Con la ayuda de

una operación de planeadores soberbiamente ejecutada que tomó el puente Pegasus sobre el Orne, la 6ª división aerotransportada británica lanzó sus paracaidistas dentro de las zonas previstas. En el oeste, sin embargo, una combinación de nubes, intenso fuego antiaéreo y pilotos de transporte con poca experiencia hizo que los paracaidistas norteamericanos aterrizasen en lugares dispersos por toda la península de Cotentin. La dispersión resultó tener una ventaja: a los alemanes les resultó imposible adivinar los objetivos del asalto anfibio norteamericano. Mientras los alemanes concentraban su atención en los paracaidistas detrás de las playas, la 4ª división de infantería logró desembarcar en la playa Utah.

También fue una gran ayuda para los desembarcos norteamericanos en la playa Utah el hecho de que paracaidistas de la 101ª división tomaran varias posiciones de artillería alemanas que apuntaban directamente a las playas. Pero la 4ª división de infantería también estaba bien adiestrada y mandada —a su vicecomandante, Theodore Roosevelt júnior, se le concedería una Medalla de Honor— y se ocupó de los alemanes que le correspondieron. Roosevelt moriría de un ataque al corazón antes de finalizar el mes y sería enterrado en el cementerio de la playa Omaha al lado de su hermano Quentin, que había muerto 26 años antes en Francia cuando era piloto del ejército estadounidense en la primera guerra mundial.

En cuanto a los desembarcos británicos y canadienses, a pesar de algunos obstáculos locales, al mediodía los ingleses ya controlaban firmemente las playas Gold y Sword, mientras los canadienses hacían lo propio en la playa Juno. Unidades de la 50ª división de infantería británica avanzaron hasta llegar a cuatro kilómetros y pico de la antigua ciudad normanda de Bayeux. Con todo, el desorden y la confusión que reinaban en la cabeza de playa, las complejidades de abandonar las playas por las salidas que se habían abierto, así como la resistencia de los alemanes, impidieron que los ingleses o los canadienses tomaran Caen.

Fue en la playa Omaha donde la invasión de Normandía estuvo a punto de fracasar. Prácticamente todo salió mal. Las nubes obscurecieron las playas al amanecer. En vista de ello, los bombarderos pesados que tenían que machacar las defensas alemanas arrojaron sus bombas tarde con el fin de evitar que

cayeran sobre las tropas aliadas; y cuando finalmente las arrojaron, no dieron en los blancos. Así pues, el bombardeo contribuyó poco a silenciar al enemigo.

La marina hizo mal su trabajo y lanzó los tanques anfibios para la 1ª división de infantería mucho más allá de donde debía lanzarlos; sólo cinco de 34 llegaron a las playas. Fueron más los tanques de la 29ª división de infantería que llegaron a la playa, pero los cañones antitanque alemanes los destruyeron. No le fueron mejor las cosas a la artillería; pocos obuses lograron atravesar los rompientes, toda vez que los vehículos anfibios que los transportaban zozobraron en el mar.

Finalmente, los servicios de inteligencia aliados no detectaron que en mayo los alemanes habían trasladado a la zona su 352ª división de infantería, que era una unidad de primera clase. La subsiguiente matanza de soldados de infantería norteamericanos fue el doble de la registrada en Tarawa (batalla que los partidarios incondicionales del ejército han utilizado injustamente para acusar de ineptitud a la infantería de marina). Durante gran parte de la mañana, los norteamericanos supervivientes apenas lograron llegar a las dunas que quedaban a los pies de los acantilados. Los soldados se acurrucaban a lo largo de la línea de la costa mientras ardían vehículos, que habían quedado dispersados por toda la playa. El oficial alemán que mandaba las fortificaciones desde las que se dominaba la playa Omaha informó a sus superiores de que el desembarco norteamericano había fracasado. Informes parecidos llegaron a Bradley, que consideró cerrar Omaha y dirigir todos los refuerzos hacia la playa Utah.

Pero los atacantes se impusieron paulatinamente. El fuego de los cañones de la marina, en particular de los destructores, fue causando más y más bajas entre los defensores al tiempo que la 352ª división alemana no recibía refuerzos, sin duda a causa de sus informes favorables y del empeoramiento de la situación en otras partes. Las tropas estadounidenses que se encontraban en la playa devastada decidieron actuar por cuenta propia y poco a poco fueron subiendo por los barrancos hasta llegar a la meseta que había en lo alto de los acantilados. A primera hora de la tarde ya habían establecido una posición en las alturas, obligado a los alemanes a retirarse de sus posiciones aparentemente inexpugnables y tomado

desde atrás las salidas bloqueadas de las playas. El precio fue terrible. Aproximadamente 2500 norteamericanos murieron en la playa Omaha el primer día.

Con todo, al ponerse el sol el día 6, los aliados habían logrado establecer una cabeza de playa segura en la costa de Europa occidental. Los aviones y los barcos habían desembarcado más de 155 000 hombres en tierra firme: 75 215 en las playas del sector británico, 57 500 en el sector norteamericano y 23 000 paracaidistas e infantería transportada en planeadores. En total, ocho divisiones y tres brigadas blindadas se encontraban en tierra. Lo más importante de todo era que los aliados se encontraban en condiciones de empujar a los alemanes hacia el interior, lo cual les permitiría empezar la concentración de fuerzas y pertrechos.

Si el día D en la playa Omaha fue malo para los norteamericanos, peor fue para los alemanes. Para empezar, se dejaron engañar por sus partes meteorológicos y no tuvieron en cuenta la posibilidad de que el tiempo cambiase. Debido a ello, Rommel había vuelto en coche a Alemania para entregar a su esposa un regalo de cumpleaños. Otros oficiales de alta graduación se fueron a presenciar simulacros de combate en Rennes, mientras las defensas alemanas, que habían estado en alerta total en mayo, cuando hacía buen tiempo, bajaron la guardia cuando la lluvia y el viento azotaron la costa normanda. Sin la presencia de Rommel, la respuesta a la invasión quedó paralizada. Durante la madrugada Rundstedt pidió el envío de reservas móviles, pero Jodl, el oficial de operaciones del OKW, objetó que el *Führer* estaba durmiendo y no se le podía despertar, y sólo Hitler podía dar el permiso solicitado. Así pues, los alemanes no respondieron con sus reservas hasta primera hora de la tarde del día D, e incluso entonces sólo la 21ª división blindada, que se hallaba cerca de Caen, lanzó un contraataque a gran escala. A última hora de la tarde una agrupación blindada (*Kampfgruppe*) estuvo a punto de llegar al Canal entre las playas Sword y Juno. Por suerte, los tanques británicos llamados Fireflies que estaban destacados en la zona frenaron el ataque y durante el día la citada división perdió 70 de los 124 tanques que tenía por la mañana.

Aquella noche la 12ª división blindada (Hiderjugend) de las SS llegó a Caen para reforzar a las tropas alemanas y se desplegó al

norte de la ciudad. Los soldados adolescentes de dicha formación establecieron rápidamente su control en lo que resultó ser el foco de la batalla durante las seis semanas siguientes. La Hiderjugend reclutaba sus efectivos entre los miembros más fanáticos del movimiento juvenil nazi y veteranos del frente del este se encargaban luego de adiestrarlos. La división era una de las formaciones con mayor motivación ideológica y más asesina de cuantas participaron en la contienda. Al día siguiente, los blindados de la Hiderjugend y los granaderos blindados bajo el mando de Kurt Meyer arremetieron contra los canadieneses. «Panzer» Meyer (Meyer «el Blindado») había ingresado en el regimiento Leibstandarte de las SS en 1934 a pesar de tener que calzar zapatos ortopédicos a causa de una herida grave que había sufrido años antes. En 1944 ya contaba con un extraordinario historial de batalla y había sido condecorado en Francia, Grecia y la Unión Soviética por su heroísmo bajo el fuego. En Grecia, cuando sus soldados se habían mostrado un poco reacios a avanzar directamente contra el fuego de las ametralladoras griegas, había hecho rodar bombas de mano detrás de ellos con el fin de empujarles a avanzar y atacar. Pronto asumiría el mando de la Hitlerjugend al morir el comandante de la división en los feroces combates de principios de junio. Hábil y eficaz comandante táctico, era también un nazi fanático, totalmente entregado a la forma más despiadada de librar batallas. Los canadienses quedaron en segundo puesto en los intensos combates, pero gracias al apoyo de los cañones de la marina, lograron mantenerse en sus posiciones… aunque a duras penas. Varios centenares de ellos se rindieron y muchos no tardarían en ser asesinados a sangre fría por sus captores. En un incidente, soldados de la Hiderjugend ametrallaron a prisioneros canadienses y luego hicieron pasar sus tanques por encima de los cuerpos.

Mientras los alemanes trataban de expulsar a ingleses y canadienses de Caen, los aliados tuvieron tiempo para consolidar sus cabezas de playa en un único perímetro defensivo. Hitler seguía albergando la esperanza de lanzar un masivo contraataque que arrojase a los aliados al Canal, pero los refuerzos alemanes tardaban muchísimo en llegar debido a la destrucción que los aliados habían causado en la red de transportes de Francia. Se calculaba que la 2ª

división (Das Reich) de las Waffen SS tardaría sólo dos días en llegar a Normandía desde Limoges, pero pasaron casi dos semanas antes de que empezaran a llegar la división y sus pertrechos. Los ataques aéreos y las emboscadas de la resistencia francesa convirtieron el viaje en una pesadilla. Por el camino los soldados de la división, sintiéndose frustrados, asesinaron indiscriminadamente a ciudadanos franceses; el peor incidente ocurrió en OradoursurGlane, donde los enfurecidos hombres de las SS mataron a casi 600 rehenes porque la resistencia había secuestrado al comandante de su batallón.

Para colmo de desgracias, los altos mandos alemanes seguían creyendo que el ataque principal se produciría en el Paso de Calais y persistirían en este error hasta el derrumbamiento de sus fuerzas en Normandía en agosto. Debido a ello, una parte importante de las reservas alemanas continuó atada al
15°
ejército al norte del Sena mientras Rommel se quedaba defendiendo el dique en Normandía sin más fuerzas que el 7º ejército. La interceptación de los mensajes alemanes por parte de los aliados exacerbó la situación. Las interceptaciones Ultra de los días 9 y 10 de junio indicaron la situación exacta del cuartel general del Grupo Blindado del Oeste, que se disponía a hacerse cargo de la batalla móvil. Amablemente, los alemanes, que acababan de llegar del frente del este, situaron sus tiendas y vehículos en un campo abierto donde los cazabombarderos aliados pudieron destruirlos por completo al tiempo que mataban a varios oficiales de estado mayor muy capacitados. El Grupo de Blindados del Oeste quedó así fuera de combate.

Por muy desesperada que fuera su situación, el terreno donde se hallaban los alemanes era excelente para librar una batalla defensiva. Aprovecharon esa ventaja y sacarlos de allí resultó una pesadilla. Los oficiales británicos se desconcertaban al llegar a la cima de una colina y encontrarse con que los alemanes estaban atrincherados en la ladera opuesta. Afirmaban que era «algo que nunca habíamos imaginado», lo cual era extraordinario si se tiene en cuenta que las posiciones de esta clase eran un principio fundamental de la doctrina alemana desde 1917.

A veces el peor enemigo de los aliados eran ellos mismos. El 12

de junio, el general *sir* Miles Dempsey, comandante del 2º ejército británico, y Montgomery observaron que las posiciones alemanas al oeste de Caen tenían un flanco abierto que era fruto de los combates intensos que se habían librado alrededor de dicha ciudad así como de la lentitud con que llegaban las reservas alemanas. Los ingleses desviaron el eje de avance de la 7ª división blindada hacia el oeste de Caen. La brigada que formaba la vanguardia de la división no tardó en atravesar las líneas alemanas y llegar a VillersBocage cuando se dirigía a flanquear Caen desde el oeste. Pero las unidades avanzaban como si estuvieran de maniobras en tiempo de paz; no las precedían unidades de reconocimiento y las fuerzas británicas se amontonaron en la carretera principal que cruzaba el pueblo. Por desgracia para la división, el
501°
batallón de tanques pesados (Tigers) de las Waffen SS había llegado como vanguardia del I cuerpo blindado de las SS; su comandante era el gran as de los tanques Michael Wittman. Con un puñado de Tigers, Wittman hizo trizas la brigada de vanguardia al inutilizar 25 tanques y 28 vehículos blindados británicos. Wittman había tapado el agujero del dique durante el tiempo suficiente para que llegase la 2ª división blindada de las SS. Pero el fracaso británico en VillersBocage fue más que el resultado de una táctica chapucera en la vanguardia; el comandante del cuerpo hizo mal en no reforzar la 7ª división blindada mientras los alemanes estaban en apuros. Tal como comentó Dempsey después de la guerra, «Toda la forma de dirigir la batalla fue una vergüenza».[3]

La lentitud inesperada de su avance planteó un problema importante a los comandantes aliados. Aunque estaban ganando la batalla de la acumulación, la zona de la cabeza de playa empezaba a estar abarrotada. Incluso después de que una de las peores tempestades de la historia del Canal (1822 de junio) impidiera durante tres días el desembarco de fuerzas aliadas (y destruyera el Mulberry de la playa Omaha), los aliados consiguieron desembarcar más de 500 000 soldados (20 divisiones) durante las dos primeras semanas. A principios de julio, habían bajado a tierra medio millón de hombres y 190 000 vehículos. Pero los alemanes seguían impidiendo que salieran de las playas, a pesar de la destrucción del sistema ferroviario francés. Para el apoyo logístico de los alemanes

era decisivo el tráfico de barcazas en el Sena, que de manera inexplicable no había sido uno de los blancos principales de los bombardeos de inhabilitación aliados. Así pues, cuanto más al oeste se movían los alemanes a lo largo del frente y se alejaban del Sena, más problemas tenían con su abastecimiento.

El 18 de junio los norteamericanos ya habían cortado la base de la península de Cotentin y llegado al océano Atlántico por Barneville. El general de división J. Lawton («Lightning Joe», «Joe Relámpago») Collins, comandante del VII cuerpo, se encargó del avance hacia el norte para llegar a Cherburgo. Los estadounidenses entraron rápidamente y luchando en la ciudad; el 27 de junio la resistencia nazi ya había cesado, pero los alemanes habían destruido las instalaciones portuarias. A pesar de que se hicieron esfuerzos ingentes por reparar los daños, los norteamericanos no utilizarían Cherburgo hasta septiembre, y sólo de forma limitada. En otras partes los norteamericanos tuvieron todavía más dificultades para avanzar que los ingleses. Las fuerzas de Bradley se encontraban en la peor parte del *bocage* , el paisaje que formaban la mezcla de bosques y brezales, pequeños campos y huertos cuyos altos setos y edificaciones de piedra proporcionaban a los alemanes excelentes posiciones defensivas. Bradley complementó las dificultades del terreno atacando a lo largo de todo el frente; fue una serie de ataques débiles en lugar de uno solo y fuerte. Este sistema, que recordaba tanto las ofensivas británicas dirigidas por Douglas Haig en 1916 y 1917, sólo sirvió para obtener alguna victoria táctica local. Al parecer, los alemanes tenían menos que temer de los norteamericanos. Dada la presión que ejercían los ingleses y que a veces amenazaban con salir de Caen a terreno más despejado, el grueso de los refuerzos alemanes se concentró en el flanco oriental de la cabeza de playa.

Los comandantes alemanes a todos los niveles se dieron cuenta de que la superioridad aliada estaba acabando con sus fuerzas. El 28 de junio, Rommel y Rundstedt se trasladaron a Berchtesgaden para informar al *Führer* . El estallido de furia que ello produjo no contribuyó a mejorar las relaciones en el seno del alto mando alemán. Poco después, Rundstedt, apoyándose en los partes pesimistas que llegaban de los generales del ejército y de las Waffen SS, exigió que se le diera carta blanca para llevar a cabo

operaciones defensivas; no favoreció su situación la sugerencia que hizo a Keitel en el sentido de que Alemania debía firmar la paz. Hitler le destituyó en el acto y puso en su lugar al mariscal de campo Günther von Kluge, que reflejaba el optimismo del *Führer* pero nunca había combatido contra los ingleses ni los norteamericanos. Kluge llegó rebosante de entusiasmo e inmediatamente acusó a Rommel de derrotismo. Pero no transcurrió mucho tiempo antes de que el nuevo comandante cambiara de actitud de acuerdo con la realidad.

A finales de junio, Montgomery y Dempsey lanzaron un gran ataque al oeste de Caen. Este ataque, cuyo nombre cifrado era Epsom, fracasó, pero al terminar la batalla los ingleses atrajeron y aniquilaron a la última de las unidades blindadas de refresco que tenían los alemanes, resultado que en gran parte fue fortuito. No obstante, el optimismo estaba poniendo a Montgomery en una posición cada vez más incómoda ante sus superiores y colegas. Justo igual que en VillersBocage —y con menor motivo—, los generales británicos desaprovecharon las grandes ventajas que ofrecía el terreno, en gran medida porque no querían arriesgarse. Los ingleses no estaban ahora más cerca de tomar Caen que antes de Epsom, y el desgaste creciente de la infantería obligaba a los generales británicos a pensar en la probabilidad de que pronto tuvieran que dividir unidades para reemplazar las pérdidas. Después de Epsom, Montgomery lanzó otros dos ataques en julio. El primero, cuyo nombre cifrado era Charnwood, utilizó bombarderos para abrir camino hasta Caen, pero la mayor parte de las bombas no alcanzaron las posiciones alemanas. Luego, a costa de numerosas bajas, la infantería británica se abrió paso hasta la mitad septentrional de la ciudad, pero el hecho de que no se hiciera ningún avance importante inducía a pensar que el frente se encontraba estancado.

Dempsey, que estaba preocupado por las pérdidas de su infantería pero disponía de gran número de tanques, concentró entonces tres divisiones blindadas en la tarea de penetrar en las defensas alemanas después de otro bombardeo aéreo a gran escala. Las fuerzas británicas cruzarían los cerros de Bourguébus, desde los que se dominaba Caen, y llegarían a la región que quedaba al sur y era apropiada para los tanques. Al parecer, Dempsey pensó más en

los atractivos del final que en las deficiencias de la fuerza atacante. Para empezar, los alemanes tenían un excelente puesto de observación desde lo alto de la gran planta siderúrgica Colombelles en Caen; así pues, los ingleses tendrían que esperar hasta el último momento para modificar el despliegue de unidades para el ataque. Pero había problemas más graves. Montgomery hizo grandes cambios en los planes de Dempsey y adoptó una actitud más prudente; el resultado fue mucha confusión en el seno de la estructura de mando británica sobre los objetivos operacionales del ataque. La prudencia de Montgomery al trazar los planes de la ofensiva de Caen, cuyo nombre cifrado era Goodwood, reflejaba su valoración de las deficiencias de sus tropas. Pese a ello, al tratar con Eisenhower, el SHAEF y la RAF, cuyo Mando de Bombardeo dispararía la primera salva, apenas soltó prenda sobre su plan y se mostró demasiado optimista sobre sus perspectivas.

Otro impedimento estaba relacionado con los servicios de inteligencia. Ultra proporcionó menos indicaciones que de costumbre sobre los planes y preparativos alemanes. Asimismo, los servicios alemanes de inteligencia táctica adivinaron que iba a producirse un ataque. El resultado fue que los alemanes establecieron un intrincado sistema de defensa que constaba de cuatro líneas defensivas distintas. Los alemanes atrincheraron sus cañones antitanque y esperaron el siguiente golpe. Treinta y seis horas antes del ataque, Ultra advirtió finalmente que los alemanes pensaban que la batalla que iban a librar sería «decisiva para la marcha de la guerra». La advertencia, sin embargo, surtió poco efecto en los que estaban preparando la ofensiva.

Al amanecer del 18 de julio, todo el peso de las fuerzas aliadas de bombardeo estratégico cayó sobre las primeras líneas alemanas a lo largo del Orne. Los bombarderos británicos arrojaron 15 000 bombas de 454 y 227 kilos. Al cabo de una hora y media, la 8º fuerza aérea estadounidense arrojó otras 13 000 bombas de 45 kilos y 76 000 bombas de fragmentación de 9 kilos. Al salir a rastras de sus refugios, los supervivientes se encontraron con una inmensa devastación: árboles destrozados, tanques Tiger vueltos cabeza abajo y soldados aturdidos o medio enloquecidos. A pesar de todo, varios tanques y cañones antitanque se salvaron de la destrucción, y la disciplina y la instrucción de la Wehrmacht acabaron

imponiéndose. Además, el bombardeo no había alcanzado las principales posiciones de la artillería alemana detrás de los cerros de Bourguébus, a la vez que en Cagny, justo por donde tenían que pasar los blindados británicos, quedaban cuatro antiaéreos 88 de la Luftwaffe. Cuando el comandante de la batería de la Luftwaffe dijo que sus 88 no estaban hechos para luchar contra tanques, el Oberst (coronel) Hans von Luck le puso una pistola en la cabeza y le sugirió que se lo pensara bien. Durante el día 18, las divisiones blindadas británicas perdieron más de 200 tanques en los intensos combates. No lograron penetrar profundamente en las posiciones que los alemanes habían trazado; a última hora de la tarde iban llegado refuerzos enemigos a la zona de batalla y hubo más combates que sólo sirvieron para que los ingleses llegaran hasta la línea de los cerros, que había sido su objetivo mínimo.

El 20 de julio, Montgomery ordenó el cese del ataque. Había sido un claro fracaso que quizá hubiese motivado su relevo si las defensas alemanas en el oeste no se hubieran derrumbado ante el ataque de los norteamericanos. No obstante, hay que reconocer el mérito de Montgomery y las fuerzas británicas; fueran cuales fuesen sus deficiencias tácticas, lucharon hasta agotar a la mejor formación del ejército alemán. Los combates alrededor de Caen inmovilizaron los blindados alemanes en el campo de batalla del este e impidieron que Rommel reuniera las unidades mecanizadas para lanzar un contraataque. A finales de julio, 14 divisiones alemanas, entre ellas seis de blindados, hacían frente a los ingleses y los canadienses; y 11, entre ellas sólo dos maltrechas divisiones de blindados, a los norteamericanos. Lo irónico es que el fracaso del intento de avanzar más allá de Caen benefició a los aliados. Si el intento hubiera salido bien en junio o julio, tal vez el resultado habría sido una batalla móvil en la Francia central, donde los alemanes hubieran podido echar mano de sus depósitos de pertrechos, sacar las fuerzas de que disponían en relativamente buen estado e infligir numerosas bajas a los aliados.

LA SALIDA

El 3 de julio, el VII cuerpo estadounidense lanzó una ofensiva contra SaintLô. Al principio no salió mejor de lo que habían salido los ataques británicos, porque Bradley volvió a dispersar sus fuerzas

en un frente demasiado amplio. A pesar de ello, y aunque sufrieron muchas bajas, los norteamericanos obligaron a los alemanes a replegarse hasta SaintLô en un proceso de desgaste que debilitó las defensas alemanas. A finales de junio y principios de julio, las unidades norteamericanas se acostumbraron gradualmente al *bocage* , tanto desde el punto de vista táctico como del tecnológico. Las tácticas norteamericanas de armas combinadas, que hacían hincapié en la potencia de fuego con libertad de acción, mejoraron de forma ininterrumpida en la dura escuela de la guerra. Además, los soldados idearon una serie de dispositivos, el más famoso de los cuales era el llamado Rhino, para resolver el problema de los setos. Tomaban vigas de acero (la mayoría de ellas de los obstáculos que los alemanes habían colocado en las playas de Normandía), las cortaban para convertirlas en dientes irregulares, y las soldaban a la parte delantera de los tanques Sherman. Gracias a estos cortasetos, los tanques podían pasar de un campo al siguiente. A mediados de julio, centenares de tanques estadounidenses habían adquirido movilidad a campo traviesa gracias a este dispositivo, mientras que los tanques alemanes seguían atados a las carreteras.

A finales de julio, Bradley desencadenó la ofensiva decisiva. Siempre lento en aprender, finalmente concentró la operación Cobra en un frente estrecho. El VII cuerpo de Collins atacaría en un frente de sólo unos seis kilómetros. Para preparar el camino, Bradley, al igual que Montgomery, pidió bombarderos estratégicos. Los comandantes del aire se mostraron de acuerdo, pero rechazaron su petición de que los aviones volaran en línea paralela al frente. En vez de ello, volaron en perpendicular a las líneas norteamericanas. Los resultados fueron los que había previsto todo el mundo menos los hombres de la aviación. El mal tiempo obligó a cancelar los bombardeos el 24 de julio, pero a pesar de ello varios aviones arrojaron sus bombas y muchas cayeron cerca de las tropas estadounidenses: 25 soldados resultaron muertos y 131 heridos. El día siguiente amaneció despejado y 1000 bombarderos y cazabombarderos atacaron las posiciones alemanas. Sólo los cazabombarderos, cuya puntería era mejor, alcanzaron posiciones alemanas en primera línea, pero otro error de los B17 se tradujo en un fuerte bombardeo de las posiciones norteamericanas. Esta vez murieron 111 soldados, entre ellos el teniente general Leslie

McNair, y hubo 490 heridos. Sin embargo, el bombardeo, aunque no acabó del todo con la resistencia del enemigo, hizo mucho daño a los alemanes.

Los atacantes norteamericanos, aunque muy conmocionados, descubrieron que en las defensas alemanas había ahora agujeros por los que podían avanzar. En el caso de los alemanes, los combates que siguieron al bombardeo destruyeron lo que quedaba de muchas unidades, a la vez que la situación del abastecimiento, en particular el de munición para la artillería, era desesperada. Al ordenarle Kluge que su división, la blindada Lehr, resistiera, el general Fritz Bayerlin contestó: «En el frente todos resisten. Todos. Mis granaderos y mis ingenieros, y las dotaciones de mis tanques… no ceden terreno. Ni uno de ellos abandonará su puesto. Yacen en silencio en sus hoyos de protección porque están muertos».[4] Al principio los norteamericanos no consiguieron penetrar en las defensas enemigas. Pero Collins hizo que sus reservas avanzaran antes de que los apuros de los alemanes resultaran patentes del todo; así, el VII cuerpo estadounidense cobró velocidad a medida que las bolsas de resistencia alemanas se venían abajo.

Además, había pocas reservas alemanas en el oeste, a la vez que un ataque local de las fuerzas británicas en el extremo oriental del campo de batalla distrajo a los alemanes de la difícil situación en el oeste. Las tropas de Collins avanzaron hacia el sudoeste, cortando por detrás de los defensores alemanes que resistían ante el VIII cuerpo. Collins se percató de que la situación ofrecía la posibilidad de que las fuerzas estadounidenses efectuaran una salida total, mientras que Bradley seguía dando prioridad a una penetración. La toma de Coutances, a la que poco después siguieron la de Cérences y la de La HayePesnel, señaló el derrumbamiento de las posiciones alemanas en el oeste de Normandía. Ahora los ataques norteamericanos obligaban a los defensores alemanes a alejarse de la costa; su flanco quedaba al descubierto. El día 30, las tropas estadounidenses tomaron Avranches, que se alza sobre grandes acantilados desde los que se domina la bahía del monte SaintMichel; al día siguiente se apoderaron de puentes situados justo al sur de la ciudad. Las carreteras de Francia les llamaban; la línea alemana, que antes se extendía desde las playas occidentales de Normandía hasta el Canal cerca de Caen, se había roto

finalmente.

Por desgracia, los altos mandos norteamericanos se habían concentrado tanto en lograr una penetración en junio y julio que no se pararon a considerar si los planes para liberar los puertos bretones aún eran válidos. Las demoliciones que los alemanes habían llevado a cabo en Cherburgo deberían haber sugerido que los puertos de Bretaña no serían de mucha utilidad. Montgomery —y Eisenhower en menor medida— comprendió que la situación había cambiado de manera fundamental; pero Bradley se aferró a «el plan» y el plan decía que había que avanzar hacia el interior de Bretaña. El comandante de la 4ª división blindada, el general John Wood, discutió vigorosamente la orden de dirigirse al oeste. El 1 de agosto, el 3º ejército bajo el mando de George Patton fue activado finalmente para que llevara a cabo la salida. Patton se hacía cargo de las objeciones de Wood, pero, teniendo en cuenta su posición delicada, en particular sus relaciones con Bradley, no estaba en condiciones de discutir. Así pues, las dos primeras divisiones norteamericanas que cruzaron Avranches, las blindadas 4ª y 6ª, giraron hacia el oeste y penetraron en Bretaña. Los norteamericanos explotaron de forma brillante la penetración, pero en la dirección indebida. Al final, hasta Bradley se dio cuenta de que el plan de invasión no disponía que se penetrara en Bretaña. Sugería, más bien, que en el caso de que los alemanes se vinieran abajo, las fuerzas estadounidenses podían prescindir totalmente de Bretaña, doblar el flanco enemigo y avanzar hacia el este para expulsar a la Wehrmacht de Francia. El siguiente cuerpo que pasó por Avranches giró hacia el sur y el este en dirección a Le Mans y a los depósitos de abastecimiento alemanes situados detrás de los campos de batalla de Normandía.

En este momento, mientras su situación operacional empeoraba, los alemanes cometieron un error desastroso. Viendo la estrecha bisagra de la penetración, el *Führer* ordenó un contraataque enérgico en Avranches para aislar a las unidades de vanguardia norteamericanas y restaurar el frente hasta el Atlántico. Lo que parecía obvio en el mapa, sin embargo, resultaba muy distinto a ojos de los que estaban en el lugar. Avranches dominaba la campiña de los alrededores, al tiempo que el terreno situado al este y al norte proporcionaba posiciones defensivas favorables. Además,

Patton, al cruzar Avranches su recién constituido 3º ejército, había añadido profundidad a las posiciones norteamericanas. Los cazabombarderos aliados conservaban el control absoluto del aire y atacaban constantemente las concentraciones de tropas y blindados del enemigo. Finalmente, Ultra había avisado que iba a producirse un ataque alemán, aunque parece que influyó poco o nada en las disposiciones norteamericanas cuando empezó el ataque. Cuando llegó la orden del *Führer* de enviar divisiones blindadas alemanas al oeste del sector británico hacia lo que resultaba claro que era un envolvimiento en potencia, los aliados la recibieron también.

Sin embargo, Kluge no podía discutirla. Involucrado en el intento de asesinar al *Führer* el 20 de julio, el mariscal de campo sabía que su vida estaba pendiente de un hilo. Utilizando reservas que llegaban al teatro para substituir a divisiones blindadas que ya estaban en la línea, Kluge pudo formar cuatro divisiones blindadas para lanzar el contraataque. La 30ª división de infantería estadounidense, que defendía la posición por la que pasaría el contraataque nazi, era una formación sólida, y además el terreno favorecía a los defensores. El ataque inicial, aunque irregular —sólo tres de los grupos de asalto arrancaron a la hora prevista—, logró algunas victorias locales. Sin embargo, en SaintBarthelmy, al norte de Mortain, el 1º batallón del
117°
regimiento de infantería frenó el ataque de las divisiones blindadas 1ª y 2ª de las SS hasta que el sol se abrió paso entre la niebla la mañana del 7 de agosto.

Mientras tanto, el avance alemán había aislado a cuatro compañías del 2º batallón del
120°
regimiento de infantería en la Cota 317, al tiempo que unos 70 tanques penetraban en Mortain y se dirigían al oeste. Pero no llegaron lejos. Desde su punto de observación en la 317, los norteamericanos pidieron que la artillería bombardeara intensamente las columnas enemigas. Los ataques alemanes contra la Cota 317 no lograron acabar con los norteamericanos, al tiempo que los cazabombarderos y la artillería aliados machacaban incesantemente a las tropas de la Wehrmacht. El 12 de agosto, cuando finalmente recibieron socorro, sólo 357 hombres de los

aproximadamente 700 que había en la Cota 317 estaban en condiciones de caminar sin ayuda. Los cuatro comandantes de las compañías recibieron Cruces de Servicio Distinguido. El contraataque de Mortain había fracasado. No obstante, Hitler acarició la idea de reanudarlo y ordenó que otras dos divisiones blindadas que hacían frente a los ingleses se dirigieran al oeste.

Mientras tanto, la explotación que Patton estaba llevando a cabo en el sur y en el este empezaba a envolver a las fuerzas alemanas en Normandía. Los cazabombarderos de la USAAF desempeñaron un papel fundamental disolviendo las bolsas de resistencia alemanas y permitiendo que las columnas volantes de Patton mantuvieran su movilidad. En este sentido, la dirección innovadora del IX mando aéreo táctico por parte del general de división Elwood «Pete» Quesada representó uno de los momentos más felices de la cooperación entre las fuerzas aéreas y de tierra norteamericanas durante la segunda guerra mundial. Quesada puso pilotos provistos de radio en las columnas blindadas que formaban la vanguardia para que hicieran de controladores aéreos y de esta forma pudo proporcionar el apoyo aéreo receptivo y eficaz que necesitaban las tropas norteamericanas en su avance. La información Ultra indicó que los alemanes tenían la soga al cuello. Hasta que los norteamericanos llegaron a Alençon el 11 de agosto no reaccionó Hitler al creciente envolvimiento de sus fuerzas en Normandía y autorizó un contraataque dirigido al flanco de los norteamericanos; fue la primera maniobra hacia la huida.

Ni Montgomery ni Bradley se dieron cuenta de la posibilidad de envolver a las fuerzas alemanas. El 11 de agosto, Montgomery decidió que Argentan continuara siendo la línea divisoria entre sus fuerzas, que procedían del norte, y las norteamericanas, que procedían del sur. Hay que reconocer que las fuerzas estadounidenses estaban más lejos, pero no había alemanes delante de ellas, mientras que los restos de la Hiderjugend seguían bloqueando a los ingleses y canadienses que se acercaban desde el norte. A los canadienses se les notó demasiado el adiestramiento prudente y poco imaginativo que habían recibido de los ingleses entre 1940 y 1944. Además, al mando del cuerpo británico que apoyaba a los canadienses estaba el general Neil Ritchie, que había presidido el desastre de las batallas de Gazala en mayo y junio de

1942 y no había mejorado con la edad. Sólo la 1ª división blindada polaca mostró una disposición constante a habérselas con los alemanes en su frente y encabezaría el lento avance sobre Falaise.

Patton fue el único comandante aliado que percibió la fugaz oportunidad. El 12 de agosto por la tarde pidió con insistencia a Bradley que permitiese que el XV cuerpo del general de división Wade Haislip llegara hasta Falaise, lo cual hubiera rodeado por completo a las fuerzas alemanas en Normandía. Pero Patton recibió una negativa obstinada. Después de la guerra, Bradley echaría a Montgomery la culpa de la orden de detenerse, pero los hechos subrayan su responsabilidad. Mientras los ingleses avanzaban despacio hacia el sur y Bradley aplazaba una decisión, Patton sugirió una solución más ambiciosa e imaginativa desde el punto de vista operacional. El 17 de agosto instó a Bradley a permitir que el 3º ejército girase hacia el nordeste y bajara por las dos orillas del Sena para atrapar a los alemanes que huían de Falaise. El problema residía en que Bradley y Montgomery pensaban más en ganar territorio que en aniquilar las fuerzas alemanas en Francia. Huelga decir que Patton volvió a recibir una seca negativa.

Mientras tanto, los alemanes mantuvieron abiertas las fauces de la bolsa de Falaise y lograron sacar unos 50 000 soldados. Del 13 al 20 de agosto, fecha en que los aliados cerraron definitivamente la vía de escape, los soldados más duros del ejército alemán se abrieron paso entre la destrucción causada por los ataques incesantes de los cazabombarderos aliados. El material destruido, los caballos muertos y los fragmentos de cuerpos destrozados formaban una escena que parecía sacada del Infierno de Dante. Pero los que lograron escapar a través del cuello de botella vivirían para seguir luchando y fueron el armazón sobre el que se reconstruyó el ejército alemán en el oeste. Es preciso reconocer que habían perdido gran parte de sus pertrechos, pero, en el Reich, las fábricas de Albert Speer estaban produciendo cantidades ingentes de armamentos con los que se volvería a dotar a las maltrechas formaciones que escaparon de Normandía.

Mientras la batalla de Falaise se acercaba a su punto culminante, el alto mando alemán vivió otra crisis. Kluge no había obtenido mejores resultados que Rundstedt y Rommel. Además, la Gestapo, al investigar los indicios de la conspiración para asesinar a Hitler el 20

de julio, identificó un núcleo de resistencia en el seno del Grupo de Ejércitos del Centro, que había estado bajo el mando de Kluge en 1942 y 1943. El 15 de agosto, las sospechas de Hitler relacionadas con su comandante en el oeste se pusieron al rojo vivo. Aquel día, Kluge había ido a visitar a sus comandantes subordinados para obtener información de primera mano sobre lo que estaba pasando en el frente. Debido a una avería de las comunicaciones, el OKW no pudo ponerse en contacto con Kluge durante la mayor parte del día y el *Führer* sacó la conclusión de que el mariscal de campo estaba negociando una rendición con los norteamericanos. La respuesta de Hitler fue inmediata: destituyó a Kluge y ordenó al mariscal de campo Model que asumiera el mando en el oeste. Presintiendo lo que le esperaba, Kluge escribió al *Führer* una larga carta en la que se justificaba y luego, durante el viaje de Francia a casa, se suicidó.

Después de la guerra, muchos generales alemanes argüirían que habían seguido al pie de la letra las obtusas órdenes de Hitler, no para prolongar la contienda, sino para acelerar su fin. En realidad, de manera casi unánime habían tratado una y otra vez de mitigar las instrucciones de Hitler y mejorarlas siempre que fuera posible. Con ello habían atenuado la importancia de las derrotas alemanas y contribuido a que la guerra se alargara hasta 1945. Si Kluge hubiera seguido al pie de la letra las órdenes de Hitler, la destrucción del Grupo de Ejércitos B hubiese estado asegurada, lo que quizá hubiera puesto fin a la guerra en 1944. Pero, como la gran mayoría de los generales, Kluge cumplió con su deber hasta el «amargo final», prescindiendo de las consecuencias para el pueblo alemán.

El desastre de Falaise no fue el único problema que tuvieron que afrontar los alemanes a mediados de agosto. El día 15, los norteamericanos iniciaron la operación Dragón, su desembarco en el sur de Francia con el 6º Grupo de Ejércitos franconorteamericano. Esa operación, para la que se sacaron gran parte de los efectivos del ejército estadounidense de Italia, causó mucha mala sangre entre los jefes de estado mayor norteamericanos y británicos. Estos últimos, con el fuerte apoyo de Churchill, arguyeron que aún había grandes perspectivas de que las tropas aliadas en Italia obligaran a los alemanes a replegarse hasta los Alpes, tomaran el valle del río Po y se apoderaran de la región industrial del norte del país. Pero los norteamericanos insistieron en que la campaña de Italia era

secundaria y que podían obtenerse decisivas ganancias estratégicas y operacionales desembarcando en el sur de Francia y avanzando luego hacia el norte para enlazar con la salida aliada de Normandía.

Los norteamericanos tenían razón. La operación Dragón limpió el sur de Francia y proporcionó a los aliados un frente ininterrumpido que se extendía desde el Canal hasta Suiza. Lo que era más importante, la toma del gran puerto de Marsella, en el sur de Francia, resultó una bendición del cielo desde el punto de vista logístico para el abastecimiento de las fuerzas estadounidenses que lucharían en la frontera alemana durante el otoño y el invierno de 1944-1 945, especialmente si se tiene en cuenta que los aliados no pudieron utilizar el puerto de Amberes hasta diciembre. Las instalaciones portuarias de Marsella no habían sufrido ningún daño cuando cayeron en poder de los aliados, mientras que la red ferroviaria que subía por el valle del Ródano seguía intacta porque las fuerzas aéreas aliadas se habían concentrado principalmente en destruir los ferrocarriles en el norte, el oeste y el centro de Francia.

Mientras tanto, Model, que había substituido a Kluge, se aplicó con la energía de costumbre a dirigir la batalla defensiva, pero sus esfuerzos no bastaron para poner remedio a la situación. Debido a las numerosas pérdidas sufridas en Normandía, no había ninguna probabilidad de organizar una defensa a orillas del Sena, como proponía Hitler; el verdadero interrogante era si los alemanes podrían ahorrar fuerzas suficientes para defender eficazmente la frontera francoalemana e impedir que los aliados saltaran el Rin. Para los líderes aliados, el poderío alemán en Francia se había derrumbado con sorprendente brusquedad y el empeño en efectuar una penetración les impidió explotar plenamente la victoria obtenida con tanto esfuerzo. En el sentido más amplio, Montgomery, Bradley y Eisenhower dejaron escapar la oportunidad de acabar con las fuerzas de la Wehrmacht en el oeste.

Bradley obstaculizó constantemente los intentos de Patton de explotar la situación que se estaba creando. El 15 de agosto, el comandante del 1º ejército llegó al cuartel general del 3º ejército y ordenó suspender las operaciones a lo largo de toda una línea que detuvo al ejército de Patton a orillas del Sena y en Chartres y Orléans. Sólo a regañadientes permitió que Patton conservara su cabeza de puente en la otra margen del Sena. Patton, en cambio,

sobresale como la excepción entre los comandantes aliados; el día 24 volvió a insistir en que Bradley permitiera al 3º ejército llevar a cabo un amplio envolvimiento que se adelantara mucho a las fuerzas británicas y canadienses que se aproximaban y atrapara a las fuerzas alemanas en el oeste. Bradley se negó en redondo.

FRACASO EN LA FRONTERA

Mientras los avances aliados a través de Francia cobraban velocidad, Montgomery empezó a presentar argumentos a favor de un único y gran

avance hacia el interior del Reich por el flanco norte de los aliados, avance que, ni que decir tiene, estaría bajo su mando. La sugerencia de Montgomery no tenía ningún objeto operacional real, excepto conquistar más territorio. Además, si las fuerzas británicas hubiesen llegado al Rin sin el apoyo logístico de Amberes, se hubieran

encontrado con insuperables escaseces de abastecimientos, mientras que los alemanes hubieran estado luchando en el patio posterior de su casa. Después de la guerra, el experto militar británico Basil Liddell Hart argüiría que un solo avance era la única oportunidad que tenían los aliados de terminar la guerra en 1944, ¡pero que Patton, y no Montgomery, era el general más indicado para dirigirlo! Pero a finales de agosto, Patton, por desgracia, tenía la atención concentrada en Metz, que, irónicamente, era una de las pocas zonas del oeste donde los alemanes podían oponer resistencia eficaz. La importancia que Patton concedía erróneamente a Metz era fruto de las distorsiones que Pershing había introducido en las historias oficiales y análisis de la primera guerra mundial. Metz no era un centro logístico decisivo, sino más bien una formidable ciudad fortificada que, sencillamente, no valía un ataque a gran escala.

En realidad, el concepto de Eisenhower de un avance de frente amplio, en contraposición a un avance único, tenía la mayor probabilidad de derrumbar las defensas alemanas en el oeste, pero para ello se necesitaba un estilo de liderazgo enérgico que el comandante supremo nunca ejerció, y que probablemente hubiese resultado contraproducente, dado el egoísmo que caracterizaba a la mayoría de los principales generales aliados. La mayor objeción —británica o norteamericana— a un solo avance a gran escala fue que hubiera trastornado por completo la política de alianza. Eisenhower se hacía cargo de ello, pero Montgomery y Brooke se negaron a reconocer esa realidad política y siguieron abogando por un avance único. Uno hace la guerra como puede y no como le gustaría hacerla.

Gran parte de la discusión en torno al avance único comparado con el avance en un frente amplio ha reflejado la apariencia general de derrumbamiento alemán en agosto de 1944. A medida que el avance aliado cobraba velocidad, cruzando el Sena, liberando París y acercándose luego a los Países Bajos, la euforia se apoderó de los soldados aliados, de los generales para abajo. El suplente de Eisenhower, Walter Bedell Smith, comentó en París, a principios de septiembre, que en sentido militar la guerra ya estaba ganada. Pero no lo estaba. Dadas las personalidades de los que mandaban y dadas las realidades logísticas, desde el comienzo de la campaña estaba

predeterminado que la guerra no se ganaría en 1944.

Mientras las divisiones aliadas iban llegando al Sena, Eisenhower consideró la posibilidad de no pasar por París, con el fin de que sus encargados de logística no tuvieran que alimentar a la población de la ciudad. Sin embargo, los ciudadanos de París se alzaron en armas, a la vez que la realidad militar argüía que los aliados no podían dejar un París ocupado por la Wehrmacht tras ellos en su avance hacia la frontera alemana. A la 2ª división blindada francesa del general Philippe Leclerc le cupo el honor de reforzar a los resistentes franceses y liberar la capital. Por suerte para la civilización, el recién nombrado comandante alemán de París, el general Dietrich von Choltitz, desobedeció las órdenes de Hitler y no destruyó la ciudad; fue una de las pocas veces en la guerra en que un general alemán siguió los dictados de la decencia y la conciencia. No obstante, la división de Leclerc quedó fuera de combate cuando las multitudes entusiasmadas, en su mayor parte mujeres, rodearon a los liberadores y les colmaron de vino y afecto; la unidad no volvería a estar preparada para combatir hasta después de varias semanas.

Cuando agosto dio paso a septiembre, los avances aliados continuaban a toda velocidad, mientras Model, desesperado, trataba de revitalizar las defensas alemanas. El 1 de septiembre, Eisenhower tomó el control de la batalla en tierra que hasta entonces tuviera Montgomery, que continuó mandando el
21°
Grupo de Ejércitos. Pero Bradley pasó a ser ahora el igual de Montgomery en el mando del
12°
Grupo de Ejércitos. Con el fin de apaciguar el amor propio de Montgomery, así como la opinión pública, el gobierno británico le ascendió a mariscal de campo. Pero el traslado del SHAEF a París por parte de Eisenhower supuso también el traslado del cuartel general logístico de la Zona de Comunicaciones del teniente general John C. Lee, incluido el piano personal del general, lo cual contravenía de forma directa las órdenes de Eisenhower. Lee efectuó su traslado utilizando gran parte de la flota de transportes C47, justo en el momento en que empezaba a haber escasez de pertrechos, en especial de carburante, en el teatro de operaciones

europeo.

Dos factores entraban ahora en juego a medida que los aliados se acercaban a la frontera alemana. En primer lugar, a finales de julio, los encargados de la logística en el SHAEF habían aumentado la asignación de municiones a las fuerzas aliadas que luchaban en Normandía, al tiempo que rebajaban las asignaciones de carburante basándose en la demanda de tropas registrada hasta el momento en la batalla. El segundo factor era que el avance colocaba a las fuerzas de tierra aliadas en el extremo más alejado de lo que, en lo referente a los transportes, era un erial que las fuerzas aéreas aliadas habían creado al aislar a los alemanes de sus fuentes de abastecimiento. Los ferrocarriles franceses ya no funcionaban puntualmente, o no funcionaban de ningún modo.

El 1 de septiembre tropas del 2º ejército británico tomaron Amiens y cruzaron el Somme, pasando junto a los recordatorios del anterior intento alemán de dominar Europa. El avance principal de los ingleses se dirigía ahora hacia el nordeste. Mientras tanto, el 1º ejército estadounidense había tomado Laon y se acercaba al Mosa por Méziéres. A su izquierda, el 3º ejército de Patton acababa de tomar Verdún y se dirigía al este camino de Metz. Así pues, los avances aliados divergían: Montgomery hacia el norte y Patton hacia el este. Pero en ninguna parte mostraban aún los alemanes señales de endurecimiento en su huida de Francia. En vez de ello, las cansadas tropas nazis seguían avanzando hacia Alemania mientras en la retaguardia unos cuantos *Kampfgruppen* intentaban retrasar el avance aliado. Durante todo este período Montgomery incordió a Eisenhower para que diese prioridad a su avance hacia la llanura del norte de Alemania. Sin embargo, Eisenhower no quería que Montgomery se convirtiese en el amo de la función. Pero se mostró dispuesto a prestar mucho apoyo complementario a los ingleses.

El factor que más influyó en la decisión de Ike, que pronto conduciría a la operación Market Garden, era su creencia de que Amberes, por sus instalaciones portuarias, representaba *la* pieza fundamental del rompecabezas de las campañas que se llevarían a cabo en el otoño y el invierno. Las directrices que dio al

21°

Grupo de Ejércitos hacían hincapié en que tomar Amberes y abrir el

río Escalda eran las prioridades más importantes de Montgomery. Sin embargo, Montgomery, por una vez en su carrera, tenía los ojos puestos en un planteamiento amplio y arriesgado de las operaciones. Decidió emplear todo lo que tenía en un avance hacia la llanura del norte de Alemania y dejar para más adelante la resolución del problema de Amberes.

Es posible que Montgomery se abstuviera deliberadamente de abrir el Escalda, con el fin de contar con pertrechos suficientes sólo para su avance hasta la otra orilla del Rin. Entonces, por razones logísticas, las fuerzas del SHAEF hubieran tenido que apoyar su avance único hacia la llanura del norte de Alemania. La obstinada negativa del
21°
Grupo de Ejércitos a apoyar al 1º ejército canadiense, que tenía que limpiar de fuerzas alemanas las márgenes del Escalda, y las órdenes de Montgomery de que en vez de ello se concentrara en tomar los puertos del Canal son pruebas circunstanciales a favor de esta interpretación. Hasta mediados de octubre, y sólo después de que la Royal Navy y Eisenhower ejercieran presión, no daría prioridad Montgomery a suministrar munición de artillería a los canadienses y proporcionarles así el apoyo necesario para abrir el Escalda.

A principios de septiembre, el avance británico alcanzó su culminación. La tarde del día 3 de dicho mes la división blindada de la guardia real cruzó Bruselas; dos días después, la 11ª división blindada llegó a Amberes y vio con asombro que el puerto no había sufrido ningún daño. Además, al tomar Amberes, los ingleses habían aislado de forma casi total al
15°
ejército alemán, que trataba desesperadamente de huir subiendo por la costa del Canal. Sin embargo, como Amberes queda muy lejos del estuario del Escalda, los aliados necesitaban tomar ambas orillas del río, en particular las islas holandesas de Walcheren y Beveland del Sur, con el fin de utilizar el puerto. Un avance de sólo 29 kilómetros desde Amberes hubiera aislado todo el estuario y atrapado así al
15°
ejército en el sur de Holanda y el noroeste de Bélgica. Inexplicablemente, el avance británico se detuvo. El comandante de

la división se negó a actuar, a la vez que Montgomery ya tenía la mirada puesta en la llanura del norte de Alemania en vez de concentrarse en la tarea aparentemente ingrata de afianzarse en Amberes. Después de la guerra, los defensores de Montgomery aducirían la excusa de que a las puntas de lanza británicas se les había acabado el carburante; en realidad, el XXX cuerpo, que se hallaba cerca de Bruselas, tenía carburante suficiente para otros 100 kilómetros.

La decisión de detenerse en Amberes tuvo varias consecuencias funestas. La primera fue que gran parte del
15°
ejército alemán consiguió escapar. El 6 de septiembre, con el fuego de cobertura de dos baterías antiaéreas emplazadas en ambas orillas del Escalda, los alemanes empezaron a transportar 80 000 soldados a la isla de Walcheren, en el lado septentrional del estuario del río. Por segunda vez en la campaña de 1944 en Francia, los aliados habían permitido que una fuerza alemana numerosa se librara del envolvimiento y la destrucción. Desde la isla de Walcheren las tropas alemanas se desplegaron en Beveland del Sur y nuevamente en Holanda directamente al norte de las fuerzas británicas. Esta maniobra tuvo un efecto doble. Permitió a los alemanes controlar por completo el estuario del Escalda, sin que las tropas británicas y canadienses pudieran arrebatárselo hasta finales de noviembre. No menos importante fue que los alemanes que lograron escapar proporcionaron una reserva decisiva para defender el sur de Holanda.

Así pues los ingleses se detuvieron en la frontera holandesa mientras Montgomery planeaba lo que pronto se convertiría en la operación Market Garden, es decir, el paso del Rin por parte del ejército británico y su elenco de secundarios. Montgomery albergaba la esperanza de que la maniobra sirviese para obtener el apoyo que necesitaba para la estrategia basada en un avance único por la que abogaba con tanta insistencia. A estas alturas Eisenhower proporcionaba a Montgomery prácticamente todo lo que pedía, incluida la máxima prioridad en el reparto de carburante. Al finalizar la primera semana de septiembre, Montgomery había resuelto los detalles del ataque que se disponía a lanzar y que empezaría con un asalto a cargo de las divisiones aerotransportadas

norteamericanas 82ª y 101ª y la 1ª división aerotransportada británica, con el apoyo de la brigada aerotransportada polaca.

Fue en este momento cuando el hecho de no haber aniquilado a las fuerzas alemanas en Normandía tuvo un segundo efecto funesto en las operaciones que iban a llevarse a cabo. Casi simultáneamente con la toma de Amberes, y justo en el momento en que empezaban a trazarse los planes para la operación Market Garden, Ultra reveló que los alemanes estaban trasladando las divisiones blindadas 9ª y 10ª de las SS para «descanso y reacondicionamiento» a las regiones de «Venlo, Arnheim [Arnhem], Hertogenbosch».[5] Allí recibirían nuevos efectivos y material para compensar las fuertes pérdidas sufridas en Normandía. La 9ª división blindada de las SS iría luego en tren al Reich para ser reacondicionada cerca de Coblenza, pero muchas de sus unidades seguían en la zona cuando se produjo el ataque de las fuerzas aerotransportadas aliadas.

Para colmo de mala suerte de los aliados, los alemanes instalaron varios cuarteles generales clave en la zona que quedaba directamente al norte de Amberes. Model, que ahora era el número dos en el oeste como comandante del Grupo de Ejércitos B —Rundstedt había vuelto a asumir el mando global— instaló su cuartel general cerca de Arnhem. Asimismo, el general Kurt Student, el general de los paracaidistas que había dirigido el asalto contra Holanda en 1940, había llegado del Reich y recibido el mando de una fuerza variopinta que llevaba el rimbombante nombre de Primer Ejército Paracaidista y se hallaba desplegada frente a los ingleses a lo largo del canal Alberto. Finalmente, el cuartel general de un cuerpo de las SS bajo Wilhelm Bittrich seguía estando cerca de Arnhem para supervisar las tareas de reacondicionamiento de las divisiones blindadas 9ª y 10ª de las SS. Así pues, los alemanes tenían en la zona varios comandantes experimentados que por formación e inclinación responderían eficazmente a la operación Market Garden.

La reconstitución de fuerzas alemanas al norte de Amberes desempeñaría un papel importante en la batalla que estaba a punto de librarse, pero la negligencia y los errores de planificación de los aliados resultarían igualmente costosos. La importancia de los mensajes que proporcionó Ultra sobre las divisiones blindadas 9ª y 10ª de las SS pasó por alto a los servicios de inteligencia aliados

debido a una serie de fallos del estado mayor de Montgomery. Además, en el plazo de unos cuantos días, la resistencia holandesa confirmó la presencia de blindados alemanes en la zona de Arnhem. Tampoco esta advertencia se tuvo en cuenta, esta vez no sólo por parte del
21°
Grupo de Ejércitos de Montgomery, sino también por parte de los comandantes de las tropas aerotransportadas británicas. El plan de Montgomery era sencillo; irónicamente, se parecía al plan alemán que había derribado las defensas holandesas alrededor de la Fortaleza Holanda en 1940. Pero en 1940 los alemanes habían desplegado el equivalente de una sola brigada aerotransportada reforzada y una sola división blindada. Montgomery iba a utilizar ahora tres divisiones y media de tropas aerotransportadas para tomar los puentes que permitirían cruzar el sur de Holanda hacia el Rin por Eindhoven, Grave, Nimega y Arnhem, donde el puente sobre el Rin daba acceso a las llanuras del norte de Alemania. La fuerza de apoyo sería el XXX cuerpo, mandado por el teniente general Brian Horrocks. Avanzaría en línea recta por el pasillo aerotransportado para reforzar la cabeza de puente de Arnhem. Montgomery creía que una vez afianzada esa posición sus fuerzas podrían penetrar en la llanura del norte de Alemania.

El comandante del 1º ejército aerotransportado aliado era el teniente general Louis Brereton, cuya hoja de servicios en la guerra era mediocre pero resultaba claro que era uno de los que siempre salían a flote. Brereton se había visto envuelto en varios desastres, entre ellos la destrucción de la fuerza de aviones B17 en Clark Field, Filipinas, en diciembre de 1941. Pero, al igual que MacArthur, era muy hábil cuando se trataba de cargar la culpa a los demás. En su mando más reciente, el de la 9ª fuerza aérea táctica, no puede decirse que se hubiera cubierto de gloria, pero tenía muchos amigos en las altas esferas y una serie de cualidades que gustaban a las fuerzas aéreas del ejército, entre las que destacaban beber mucho, jugar al golf y andar detrás de las faldas. Con escaso conocimiento de las operaciones aerotransportadas o en tierra, Brereton se encontró al mando del ejército aerotransportado aliado. No obstante, a pesar de que aportaron una sola división, los ingleses dominaron la planificación de Market Garden así como los puestos

de mando.

El hombre elegido para que planeara y mandara la operación Market Garden era un inmaculado oficial de la guardia real, el teniente general Frederick «Boy» Browning. No está del todo claro por qué se dio el mando a Browning pasando por encima del general norteamericano Matthew Ridgway, que tenía más experiencia y mandaba el recién constituido XVIII cuerpo aéreo. Sin duda el hecho de que el ataque tuviera por objeto apoyar al 21º Grupo de Ejércitos tuvo mucho que ver con su elección. Uno de los motivos de la celebridad de Browning era estar casado con la novelista Daphne du Maurier. Parece que recibió el mando del cuerpo porque Brooke pensaba que la guardia real necesitaba un nombramiento a nivel de cuerpo. Browning había estado relacionado con unidades aerotransportadas durante un período relativamente largo, pero nunca había saltado en paracaídas para participar en un combate. Ahora decidió acompañar a la operación con todo el estado mayor de su cuerpo. Esta decisión desvió 34 planeadores de los que disponía la 1ª división aerotransportada británica para el ataque contra Arnhem. Cuando su oficial de inteligencia, el mayor Brian Urquhart, le mostró fotografías aéreas que confirmaban los informes holandeses sobre la presencia de blindados alemanes en la zona de Arnhem, Browning declaró: «Si yo fuera usted, no me preocuparía por éstos… De todas formas, probablemente no pueden utilizarse».[6] Luego Browning despidió a Urquhart y le dijo que se fuera a descansar, a la vez que no ponía la importantísima información que acababa de recibir en conocimiento de la 1ª división aerotransportada. Es probable que para entonces ya fuera demasiado tarde para cancelar la operación, pero sin duda los paracaidistas británicos hubieran podido ajustar sus cargas para llevarse más minas y armas antitanque.

La elección del lugar donde se efectuaría el lanzamiento de las divisiones subraya los errores que se cometieron al trazar los planes. Los lanzamientos más fáciles serían los de la 101ª división aerotransportada norteamericana, que tenía experiencia, mientras que a la 1ª división aerotransportada británica, que era inexperta, le tocaría el de Arnhem, que era el más peligroso. El comandante de esta última división, el general Roy Urquhart, duro militar de infantería escocés, no tenía experiencia en operaciones con tropas

aerotransportadas. El plan inicial del estado mayor de la división situaba el grueso de la fuerza de paracaidistas en las inmediaciones del puente de Arnhem. Pero el comandante de los transportes aéreos, el vicemariscal del aire L. N. Hollinghurst, rechazó las zonas de lanzamiento situadas al sur del puente porque exigían que sus aviones sobrevolaran fuertes concentraciones de cañones antiaéreos. También insistió en que el terreno era demasiado blando para los planeadores y sus vehículos. Urquhart cedió y se conformó con llevar a cabo el lanzamiento en otra zona que distaba más de nueve kilómetros del objetivo. El general Richard N. Gale, que mandaba la 6ª división aerotransportada británica en Normandía, comentaría más tarde que hubiera dimitido del mando de la división de haber estado en el lugar de Urquhart. Después de la guerra, el general James Gain, comandante de la 82ª división aerotransportada, comentaría que hubiera llevado hasta Eisenhower la negativa de la RAF a lanzar los paracaidistas en la zona escogida.

Al aceptar que el lanzamiento se efectuara en una zona lejana, la 1ª división aerotransportada hizo peligrar la operación por otro motivo: los planificadores se negaron a considerar más de un lanzamiento al día. Urquhart tendría que esperar hasta otro día para contar con gran parte de su división y luego dos días para contar con la brigada aerotransportada polaca. Muchos efectivos de la fuerza del primer día tendrían que proteger las zonas de lanzamiento correspondientes a la oleada de paracaidistas del día siguiente. La substracción de 34 planeadores de la 1ª división aerotransportada para apoyar al cuerpo de Browning, sumada a la necesidad de Urquhart de proteger la zona de lanzamiento y tomar el puente de Arnhem, significó que el ataque británico, a pesar de ser el lanzamiento más profundo y más expuesto, tendría muy poca capacidad ofensiva. Las consecuencias en cascada de una planificación tan chapucera garantizaron que los defectos de la operación Market Garden resultasen fatales.

La operación tuvo otro contratiempo. Al llegar a la cabeza de puente, ninguna de las radios de los ingleses funcionaba. Debido a ello, durante gran parte de la batalla los paracaidistas británicos no pudieron ponerse en comunicación con la estructura de mando aliada, y nadie que estuviese fuera de los perímetros alrededor del puente de Arnhem y Oosterbeek —la zona de lanzamiento donde

luchó y murió el grueso de la 1ª división aerotransportada— tenía la menor idea de lo desesperada que era la situación.

Si la operación Market Garden se resintió de las suposiciones que se habían hecho de entrada, su ejecución reveló enseguida deficiencias estratégicas y operacionales mayores en el pensamiento de Montgomery. Desde el principio la resistencia de los alemanes fue tenaz y eficaz. Los comandantes que se encontraban en el lugar de los hechos —Model, Student y Bittrich— reaccionaron de la forma coordinada y agresiva que exigía la doctrina alemana. Fue una gran ayuda para ellos la caída en su poder de los planes de la operación cuando un oficial norteamericano que, desobedeciendo las órdenes recibidas, llevaba consigo una copia de todos ellos, murió al estrellarse el planeador en que iba. A las pocas horas, Student —hombre muy preparado para comprender las operaciones aerotransportadas— tenía los planes aliados en las manos.

Las divisiones aerotransportadas 101ª y 82ª tomaron la mayoría de los puentes que tenían asignados o los substituyeron al encontrarse con que los alemanes los habían volado. Un batallón británico llegó al lado norte del puente de Arnhem. Pero luego las cosas empezaron a ir muy mal muy rápidamente. En Arnhem, las tropas de las Waffen SS, cuya presencia en la zona había descartado tan a la ligera Browning, bloquearon la entrada a la ciudad desde todas las direcciones después de que un batallón británico lograra darles esquinazo. Así pues, los alemanes habían impedido que la 1ª división aerotransportada alcanzase su objetivo. Urquhart, el comandante de la división, se encontró aislado dentro de la ciudad. Además, el tiempo se nubló, por lo que los polacos, que debían lanzarse al sur de Arnhem el tercer día, no llegaron hasta el quinto.

Más al sur, las tropas del XXX cuerpo blindado avanzaron con excepcional lentitud por el pasillo aerotransportado. Los soldados alemanes que se hallaban en la zona, muchos de los cuales eran fugitivos del
15°
ejército, lanzaron una serie de contraataques feroces y eficaces mientras las tropas del XXX cuerpo subían poco a poco hacia Arnhem. En varias ocasiones los alemanes consiguieron cortar el pasillo, lo que obligó a los ingleses a retroceder y recuperar posiciones que habían tomado antes. Dempsey, el comandante del

2º ejército, había ordenado al XXX cuerpo que avanzara con la mayor rapidez posible. El avance no tuvo nada de rápido. Después de tomar el puente de Nimega a costa de numerosas bajas, los paracaidistas de la 82ª división aerotransportada montaron en cólera al ver que los tanquistas de la división blindada de la guardia real se detenían para preparar el té. Cuando los blindados británicos llegaron a la margen sur del Rin por Arnhem, lo único que pudieron hacer fue rescatar a los supervivientes de la otra orilla del río. Las 8000 bajas de la 1ª división aerotransportada británica presentan un marcado contraste con las 1500 que sufrieron *todas* las unidades del XXX cuerpo.

Es innegable que la ideología nazi contribuyó a la eficacia con que combatieron las unidades de la Wehrmacht; pero la doctrina militar de los alemanes, con su insistencia en la explotación, la rapidez, las decisiones descentralizadas y, sobre todo, la disciplina, también contribuyó a la respuesta que dieron en Arnhem. En todo momento los alemanes demostraron que cualquier suposición sobre la derrota de la Wehrmacht era prematura. Tal vez lo más triste del fracaso británico fue el intento afortunado de Browning, con la complicidad de Dempsey y Montgomery, de echar la culpa del fracaso al comandante de la brigada aerotransportada polaca, el general Stanislow Sosabowski, cuyo único error había sido prevenir a sus superiores contra un exceso de confianza.

Los pésimos resultados de la operación Market Garden reflejaron los errores sistemáticos y conceptuales de los jefes aliados, su incapacidad para comprender la dirección de la guerra en el nivel operacional y las dificultades inherentes al frente occidental en septiembre de 1944. En el sentido más amplio, la estrategia de Montgomery era de carácter territorial e iba dirigida a ganar una cabeza de puente en la otra orilla del Rin y librar luego una batalla en la llanura del norte de Alemania. Pero no había objetivos operacionales claros como, por ejemplo, aislar a las fuerzas alemanas o la región del Ruhr, uno de los objetivos de la estrategia operacional de Eisenhower. Lo irónico fue que al detener el avance de sus tropas el 6 de septiembre, con el fin de poder prepararse para saltar hasta el Rin, Montgomery eliminó la posibilidad de atrapar y aniquilar al

ejército alemán, que aún no estaba en condiciones de librar una batalla prolongada en la boca del río Escalda.

Eisenhower fue al menos capaz de prever la importancia decisiva de Amberes para resolver la pesadilla logística que se cernía sobre los aliados. La única vez en su carrera que Montgomery se negó a actuar con su habitual prudencia, el resultado fue trágico. En lugar de abrir el Escalda y sacar partido de la toma de Amberes, el recién nombrado mariscal de campo soñaba con una lejana victoria decisiva. Al regresar de la Conferencia de Quebec a principios de octubre, Brooke, que raramente criticaba a Montgomery, escribió en su diario que los reveses que habían sufrido los aliados se debían exclusivamente a los errores de Montgomery en septiembre.

Al detenerse, Montgomery dio a los alemanes tiempo para reunir fuerzas militares suficientes para tener a raya a los aliados. Pero si su plan de cruzar el Rin y librar una batalla decisiva en la otra orilla hubiera salido bien, puede que, en realidad, hubiese provocado una derrota todavía más grave. Con el Escalda cerrado todavía, todo esfuerzo por librar una gran batalla en territorio alemán con tenues líneas de abastecimiento desde Normandía suponía meterse en graves apuros. Y las fuerzas norteamericanas que se encontraban en el sur, inmovilizadas por el avance de Montgomery, no hubieran podido ejercer presión sobre los alemanes. El apoyo que recibió Montgomery para la operación Market Garden representó una parte importante de lo que pedía para su estrategia basada en un avance único, Al final, el mariscal de campo no logró ninguno de sus dos objetivos, ni cruzar el Rin ni tomar Amberes.

Mientras tanto, la retirada de los C47 para preparar la operación aerotransportada cortó el suministro de gasolina a las fuerzas de Patton. Cuando el 3º ejército reanudó su avance, las fuerzas alemanas que defendían Metz ya habían afianzado sus posiciones. Las posibles oportunidades de continuar la explotación en el frente occidental se estaban esfumando rápidamente. Pero Patton, dirigido por Bradley y Eisenhower y engañado por la lectura de la geografía europea que hiciera el ejército norteamericano en el período de entreguerras, ya se había equivocado al escoger el objetivo y dirigirise hacia Metz, antes incluso de quedarse sin carburante. Tal vez hubiera tenido una probabilidad mejor de llegar al Rin si

hubiere avanzado hacia las Ardenas, justamente la región por la que los alemanes habían penetrado en tromba en 1940. Igualmente útil para la causa aliada hubiera sido que Patton enlazara con las fuerzas del 6º Grupo de Ejércitos que avanzaban por el valle del Ródano. Al no cerrar la brecha, los aliados permitieron que gran parte del Grupo de Ejércitos G se escapara a pesar de la clara advertencia de Ultra de que gran número de alemanes (más de 50 000 soldados) se librarían de ser capturados.

A mediados de septiembre, las fuerzas de tierra aliadas se encontraban ante las duras realidades de una crisis de abastecimiento cuya causa era la rapidez de su avance a través de Francia. El problema no era sólo la distancia que las separaba de Normandía, sino también los daños que su propia campaña había ocasionado en el sistema ferroviario francés. Además de abastecer a sus fuerzas en la frontera alemana, los aliados tenían que alimentar a gran parte de la población civil de Francia y Bélgica, y las expropiaciones que durante cuatro años habían llevado a cabo los ocupantes alemanes aumentaban la dificultad de esta tarea. Lo que evitó que los aliados sufrieran una grave derrota estratégica u operacional a finales de 1944 fue la operación Dragón, que abrió la única sección del sistema de transportes francés que seguía intacta. Durante el resto de 1944, Marsella se encargó de casi el 40 por ciento del abastecimiento de los ejércitos aliados que combatían en el frente occidental.

CONCLUSIÓN

En el sentido más amplio, la operación Overlord alcanzó sus objetivos: los ejércitos de las potencias occidentales volvieron a pisar el continente europeo. Fue la más compleja y difícil de las operaciones militares de la segunda guerra mundial porque los aliados no sólo tenían que establecer una cabeza de playa, sino también enviar tantos refuerzos como los alemanes al campo de batalla de Normandía. Los asaltos aerotransportados y anfibios iniciales salieron bien, a pesar de la chapuza que hizo Bradley con el desembarco en la playa Omaha. Pero, una vez en tierra, las fuerzas anglonorteamericanas se encontraron enzarzadas en una

difícil batalla contra un enemigo hábil y eficaz. Lucharon contra los alemanes hasta agotarlos y provocar su derrumbamiento. Si bien los ejércitos aliados se adaptaron a la situación operacional y táctica en que se encontraron, el estancamiento de junio y julio se debió a no haber pensado lo suficiente en los problemas que comportaba luchar en la región del *bocage* del oeste de Francia. Tal vez era inevitable, dadas las dificultades logísticas y tácticas que crean las operaciones anfibias.

Pero también reflejó una falta general de preparación intelectual para la guerra en el nivel operacional. Durante buena parte de 1944, los generales aliados se concentraron en los problemas tácticos inmediatos del desembarco y la concentración, sin prestar suficiente atención a las posibilidades operacionales a plazo más largo. Cuando los ejércitos aliados llevaron a cabo la salida a principios de agosto, los altos mandos no habían estudiado detenidamente las posibilidades que la misma ofrecía. La penetración descoordinada en Bretaña impidió una eficaz explotación inicial. Incluso cuando los alemanes cooperaron trasladando sus blindados más al interior de la bolsa que se estaba formando en Mortain, Bradley, con poca intervención de Eisenhower, se negó a considerar seriamente las ideas de Patton. Debido a ello, numerosas fuerzas alemanas lograron escapar. En el plazo de unas cuantas semanas, Montgomery, que soñaba con una victoria decisiva en la llanura del norte de Alemania, permitió que otra importante fuerza alemana se salvara y volviese a luchar.

A quienes paseen por los silenciosos cementerios de Normandía el coste de la victoria puede parecerles muy elevado. En los combates que se libraron entre el 6 de junio y el 29 de agosto el 21° Grupo de Ejércitos (formado por tropas británicas, canadienses y polacas) sufrió 83 045 bajas. Las fuerzas de tierra norteamericanas tuvieron otras 125 847 bajas. Además, la RAF y la USAAF perdieron más de 8000 hombres cada una, a la vez que las maniobras que precedieron a la invasión costaron a los aliados otras 12 000 bajas entre muertos y heridos. En total, las pérdidas aliadas fueron aproximadamente 225 000. Los alemanes, por su parte, sufrieron más de 200 000 bajas, y otros 200 000 soldados cayeron prisioneros. Se mire por donde se mire, la campaña del verano de 1944 fue un

baño de sangre que corrió parejo con las batallas de la primera guerra mundial, y la única diferencia fue que las pérdidas se repartieron en gran parte de Francia en vez de concentrarse en una zona pequeña.

Al final, sin embargo, los aliados obtuvieron una gran victoria que liberó Francia e hizo posible la destrucción definitiva de la Alemania nazi. Ese logro estratégico devolvió el poderío armado y los ideales de la democracia al continente y, andando el tiempo, a la Europa central, y creó las condiciones previas no sólo para la paz de la posguerra, sino también para la victoria final sobre el comunismo en la guerra fría. Así pues, la invasión de Francia fue un triunfo de gran importancia para el futuro político de Europa en la segunda mitad del siglo XX, así como para la erradicación de la Alemania nazi.

16 El final en Europa 1944-1 945

A L declinar el verano de 1944, la victoria sobre el Tercer Reich era segura. Los aliados no se preguntaban «si» obtendrían la victoria, sino «cuándo». Durante un breve período, a finales de agosto y comienzos de septiembre, el régimen nazi, asediado por todos los lados, se tambaleó al borde de la derrota. Pero el final no llegó. A pesar de su situación aparentemente desesperada, y ante la inexorable presión de los aliados, los alemanes continuaron luchando con gran ferocidad y palpable fanatismo, a sabiendas de que si eran derrotados, tendrían que responder de sus crímenes, de los que los civiles estaban tan enterados como los militares. Todos los días, mientras la guerra continuaba, morían decenas de miles de personas: en los campos de trabajadores esclavos, en primera línea, víctimas de las operaciones militares y en las ciudades alemanas machacadas por las fuerzas aéreas aliadas.

En el caso de los aliados, una segunda pregunta era cómo las operaciones militares en los últimos días del conflicto reconfigurarían el mundo de la posguerra. Stalin en particular planeó las campañas militares soviéticas de manera que le diesen el control de la Europa oriental y los Balcanes. Su propósito no era poner fin a la guerra con la mayor rapidez posible, sino más bien asegurarse de que el Ejército Rojo controlara físicamente los territorios que, a su modo de ver, quedarían dentro de su esfera de influencia al terminar la contienda.

LAS OFENSIVAS SOVIÉTICAS DE VERANO Y OTOÑO

Durante dos años, los combates en el frente del este habían tenido por escenario el sur, mientras en el norte los soviéticos habían obligado finalmente a los alemanes a retirarse de Leningrado en el invierno de 1943-1 944. Pero en el centro, los alemanes seguían controlando gran parte del territorio bielorruso del que se habían apoderado en 1941. Los soviéticos se disponían ahora a rectificar esta situación. Sin embargo, la gran ofensiva contra el Grupo de Ejércitos del Centro fue sólo una de las cinco que planeó la *Stavka* para el verano y el otoño de 1944; el objetivo más amplio de estas campañas era que las fuerzas soviéticas penetraran más en los Balcanes y se preparasen para asestar el golpe final sobre la Europa central.

El primer golpe soviético cayó sobre Finlandia el 10 de junio de 1944. Las fuerzas soviéticas gozaban de una abrumadora superioridad numérica y de potencia de fuego: casi medio millón de soldados y 10 000 piezas de artillería contra los 268 000 soldados y menos de 2000 piezas de artillería de los finlandeses. Dada su anterior experiencia con los finlandeses, los soviéticos no quisieron correr riesgos. La *maskirovka* soviética no consiguió engañar a los servicios de inteligencia enemigos, pero el alto mando finlandés no hizo caso de las advertencias. Los ejércitos soviéticos
21°
y
23°
partieron de Leningrado hacia el norte con el propósito de llegar a Viipuri y efectuaron una penetración casi inmediatamente. Once días después, lanzaron un segundo ataque contra el frente en Karelia. El 21 de junio los soviéticos ya habían tomado Viipuri, pero a mediados de julio los finlandeses habían estabilizado el frente con considerable ayuda de los alemanes. No obstante, las grandes pérdidas que habían sufrido y el derrumbamiento de las fuerzas alemanas en otras partes empujaron a Finlandia a pedir la paz a finales de agosto. Las condiciones que impusieron los soviéticos fueron duras, pero al menos preservaron la independencia finlandesa, lo cual reflejaba la preocupación que el equilibrio en el Báltico en la posguerra causaba a Stalin y su reconocimiento de las simpatías norteamericanas por los finlandeses.

Debido a la ofensiva contra Finlandia, así como a las invasiones

de Italia y Normandía, el Reich dejó de prestar atención al Grupo de Ejércitos del Centro, en cuyo teatro de operaciones la *maskirovka* disimuló los preparativos soviéticos. Los Ejércitos Extranjeros del Este bajo el coronel Reinhard Gehlen, que sería jefe de los servicios de inteligencia de la Bundesrepublik y asesor de los servicios de inteligencia norteamericanos sobre la Unión Soviética, predijo que los principales ataques del Ejército Rojo se producirían en el norte y el sur y no contra el centro. La distribución de las divisiones blindadas alemanas en el frente del este subraya los buenos resultados del engaño soviético. El Grupo de Ejércitos del Centro tenía sólo tres divisiones de este tipo, mientras que el Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania y el Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania tenían ocho cada uno. En 1944 los soviéticos ya eran maestros del engaño; señales falsas, posiciones simuladas, engañosos movimientos de tropas detrás de las primeras líneas y camuflaje sumamente hábil escondían sus intenciones operacionales de los indiscretos ojos de los servicios de inteligencia alemanes, que, además, se vieron privados del apoyo de los reconocimientos aéreos debido a la falta de aviones de la Luftwaffe en el frente del este.

Durante mayo y junio de 1944, los soviéticos reunieron sus fuerzas. Los mariscales Zhukov y Vasilevski mandaban dos frentes cada uno: el primero con cinco ejércitos; el segundo, con siete. Estos preparativos tácticos causaron cierta inquietud entre las unidades de primera línea alemanas; el 9º ejército en particular se alarmó. Pero el comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, el mariscal de campo Ernst Busch, militar absolutamente mediocre, seguía dominado por Hitler y no quiso iniciar ninguna acción que no estuviera de acuerdo con los deseos del *Führer* . Tan ciego estaba el alto mando alemán que ni siquiera durante los tres primeros días del ataque se dieron cuenta Busch y

el OKH del alcance de la ofensiva soviética y sus objetivos. Para entonces, ya eran testigos del derrumbamiento total del Grupo de Ejércitos del Centro.

La operación Bagration empezó el 22 de junio de 1944, sólo 12 días después de la invasión de Finlandia y 16 después del día D.

Pero más significativo para los soviéticos fue que comenzó en el tercer aniversario de la operación Barbarroja, la invasión de su país por los alemanes. El primer golpe alcanzó al 3º ejército blindado a ambos lados de Vitebsk. Las fuerzas soviéticas atraparon casi inmediatamente a cinco divisiones alemanas. Hasta el día 24 no pudo persuadir Busch a Hitler a que permitiera una salida, pero para entonces ya era demasiado tarde. Mientras tanto, el 23 de junio los Frentes Bielorrusos 3º y 2º se lanzaron contra el 4º ejército y amenazaron Mogilev y Orsha. Y el día 24, el 1º Frente Bielorruso atacó al 9º ejército y rápidamente rompió su frente por varios puntos. El frente del Grupo de Ejércitos del Centro se disolvió en toda su longitud mientras las puntas de lanza soviéticas penetraban más y más en su retaguardia. En todas partes intentó Busch que sus fuerzas llevaran a cabo una defensa lineal, al tiempo que desoía los ruegos de los que querían que les autorizase a emprender la retirada. Cuando el comandante del 4º ejército, el general Kurt von Tippelskirch, ordenó una retirada, Busch dio contraorden y exigió que las tropas de Tippelskirch recuperasen el terreno que habían abandonado. En el espacio de cuatro días el Grupo de Ejércitos del Centro había perdido el control operacional de sus fuerzas.

El 9º ejército fue el primero en caer. Después de que Busch y el OKH se negaran a permitir que se retirasen, los cuerpos XXXV y XLI se encontraron atrapados en la región de Bobrujsk. Mientras tanto, las puntas de lanza de Rokossovski apuntaban hacia Minsk y piezas mayores. Gran parte del 4º ejército se escapó de Mogilev a pesar de las órdenes de Hitler, pero el avance soviético sobre Minsk pronto envolvió a los fugitivos. El día 28, Busch reconoció ante Zeitzler que quedaba poco de los ejércitos blindados 3º, 4º y 9º. No obstante, ordenó a sus subordinados que defendieran una línea que iba del norte al sur de Beresino y que Hitler había trazado con una regla sobre un mapa de situación del OKH en Rastenburg. Por fin se habían dado cuenta el OKH y Hitler del alcance de la ofensiva soviética.

Hitler destituyó entonces a Busch y puso el Grupo de Ejércitos del Centro bajo el mando de Model, que siguió siendo el comandante del Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania también. Ostentando ahora el mando de ambos grupos de ejércitos, Model podría trasladar más fácilmente reservas del sur al norte para cerrar

las grandes brechas abiertas en la línea del Grupo de Ejércitos del Centro. El 3 de julio, las tropas soviéticas tomaron Minsk mientras unidades escalonadas limpiaban bolsas alemanas en la retaguardia. En el espacio de 12 días, los soviéticos habían destruido el Grupo de Ejércitos del Centro y sus 25 divisiones. Apenas una cuarta parte de las tropas alemanas sobrevivió a la catástrofe y fue necesario formar unidades totalmente nuevas con los pocos que volvieron a combatir. La explotación de estas penetraciones por parte de los soviéticos ofrece un marcado contraste con la actuación de los generales anglonorteamericanos que no explotaron las ventajas operacionales en Avranches, Falaise y el Escalda. Bagration fue la operación en tierra más impresionante de la contienda.

El Grupo de Ejércitos del Centro pensaba que los soviéticos se detendrían después de tomar Minsk, dado que las unidades que formaban la vanguardia habían avanzado más de 200 kilómetros. Sin embargo, el sistema logístico soviético, que ahora comprendía gran número de camiones Chevrolet, Ford y Dodge recibidos al amparo del programa de Préstamo y Arriendo, finalmente pudo apoyar lo que para los teóricos soviéticos de los años treinta había sido sólo un sueño: llevar a cabo operaciones profundas, es decir, ofensivas capaces de paralizar al enemigo atacando a fondo su retaguardia. El ritmo del avance soviético no decayó. Mientras algunas unidades completaban la destrucción de la bolsa de Minsk, otras ya se dirigían hacia Vilnius y Baranovichi, abriendo así una ruta en las zonas boscosas y pantanosas del oeste de Bielorrusia. Tal era la velocidad del avance soviético que los alemanes tenían pocas perspectivas de detenerlo antes de que el sistema logístico del enemigo ya no pudiera continuar apoyando a las fuerzas que avanzaban por las polvorientas carreteras de Bielorrusia. El 8 de julio, las puntas de lanza soviéticas ya habían rodeado Vilnius, aunque la ciudad no caería hasta el día 13. En el norte, los soviéticos ya estaban a punto de cortar las comunicaciones entre el Grupo de Ejércitos del Centro y el Grupo de Ejércitos del Norte.

La siguiente etapa de la ofensiva de verano soviética empezó el 13 de junio en el sur cuando las fuerzas del mariscal Ivan Konev atacaron al Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania. Al principio la resistencia que encontraron los soviéticos fue más fuerte de lo que esperaban, pero el

ejército efectuó una pequeña penetración. Konev metió el 1º ejército de tanques de los guardias en una angosta brecha y no tardó en romper la comunicación entre los ejércitos blindados 1º y 4º. Los alemanes habían preparado una posición de repliegue, la Línea Prinz Eugen, pero los soviéticos la rompieron también casi inmediatamente. El 18 de julio, Konev tenía rodeado al XIII cuerpo al este de Lvov, que todavía estaba cubierto por el 1º ejército blindado. La situación al norte de Lvov empeoró rápidamente cuando Konev envió fuerzas de refresco mientras la distancia entre los ejércitos blindados alemanes se ensanchaba.

Mientras las fuerzas de Konev destruían el Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania, en el Tercer Reich tuvieron lugar acontecimientos cuyas repercusiones se hicieron sentir en todos los frentes. El coronel Claus von Stauffenberg hizo estallar una bomba en el cuartel general de Hitler en Prusia Oriental. Los efectos en el ejército alemán fueron inmediatos. Guderian ocupó el puesto de jefe del estado mayor general y aplicó su entusiasmo y su talento a la tarea de limpiar la oficialidad además de proporcionar orientación ideológica a los hombres que combatían en el frente. Advirtió a los oficiales del estado mayor general que debían mostrar «actitudes ejemplares». La situación desesperada en que a la sazón se encontraban las fuerzas alemanas en el sur de Polonia provocó otro arrebato de Guderian: «¡Debemos pasar a la ofensiva en todas partes! Seguir retirándonos es absolutamente intolerable».[1] Pero la comunicación que Schörner, el nuevo comandante del Grupo de Ejércitos del Norte, envió a uno de sus comandantes de división resume mejor la naturaleza de los jefes nazis en el frente del este: el general debía «restaurar su propio honor y el de la división mediante un acto de valor o le echaré fuera cubierto de oprobio. Además, antes de las 21,00 debe informar de a qué comandantes ha hecho o hará fusilar por cobardes».[2] Ante el implacable avance de los soviéticos, la respuesta alemana degeneró en un ciego sacrificio.

El 4º ejército de tanques no tardó en estar cerca de los puntos de cruce del río San entre Jaroslaw y Przemysl y pasó ese obstáculo el 25 de julio. Aquella noche, unidades del 2º ejército de tanques llegaron cerca de Siedlce, a menos de 80 kilómetros de Varsovia, mientras el 4º ejército blindado alemán tenía ambos flancos al

descubierto. Pero la situación del 2º ejército era la más desesperada. La negativa de Guderian y Hitler a pensar en una retirada de Brest fue la causa de que los soviéticos rodearan a otro cuerpo alemán. El día 26, la presión de los soviéticos y sus avances hacia el oeste obligaron al 1º ejército blindado a abandonar Lvov. A finales de julio, las fuerzas soviéticas ya se encontraban cerca de Varsovia y amenazaban con saltar el Vístula por diversos puntos. El día 30, unidades del 2º ejército de tanques habían avanzado hasta llegar a menos de 11 kilómetros de la capital polaca. Más al norte, la situación de los alemanes era casi tan mala; el día 31, las fuerzas soviéticas alcanzaron el Báltico al sudoeste de Riga y el Grupo de Ejércitos del Norte se encontró así aislado del Reich.

En ese momento los soviéticos frenaron súbitamente su avance. Desde hace mucho tiempo los analistas occidentales acusan a Stalin de detener el avance con el fin de que los alemanes pudieran aplastar el levantamiento que acababa de estallar en Varsovia. Tanto si esto fue un factor como si no, es claro que los soviéticos habían llegado más allá de sus recursos logísticos. Irónicamente, la interrupción del avance se produjo justo en el momento en que las unidades norteamericanas empezaban la salida de Normandía en Avranches. Al nordeste de Varsovia, el III cuerpo de tanques soviético, que andaba escaso de carburante y munición, se detuvo en una posición expuesta donde lo destruyó un contraataque de las divisiones Wiking de las SS, Hermann Goering y 19ª de blindados. El ataque alemán también dejó muy maltrecho al III cuerpo de tanques de los guardias, que no contaba con apoyo de otras unidades soviéticas. No obstante, el 2º ejército de tanques se desvió de su objetivo para concentrarse en la tarea de establecer una cabeza de puente muy al sur de Varsovia, desde donde no podía prestar apoyo a los polacos.

El 1 de agosto, los polacos se habían sublevado contra sus opresores. Sin duda albergaban la esperanza de lograr algo que tuviese valor político antes de que llegara el Ejército Rojo. Sin embargo, los planes alemanes de oponer resistencia a orillas del Vístula no mejoraron las perspectivas de los polacos. El Ejército del Interior polaco luchó desesperadamente, en gran parte sin apoyo porque los soviéticos se negaron a que las potencias occidentales utilizaran sus bases para misiones de abastecimiento. En medio de

intensos combates que finalmente bajaron al alcantarillado, los alemanes reconquistaron Varsovia bloque por bloque. El peor tipo de unidades de las SS libró la mayor parte de los combates y las atrocidades fueron extraordinarias, incluso comparadas con la norma de los alemanes. El valor y el heroísmo sencillamente no fueron suficientes contra una potencia de fuego superior. Cuando terminó la lucha, prácticamente no quedaba nada de Varsovia. Al destruir la resistencia polaca, los alemanes facilitaron la tarea de Stalin después de la guerra; quedaron pocas personas para oponerse a su tiranía.

En sentido estratégico además de en sentido operacional, los soviéticos pasaron entonces a la defensiva en el centro y en el norte. Sus ejércitos habían penetrado profundamente en los estados del Báltico y en Polonia, y se hallaban a corta distancia del oeste y el centro de Europa. El éxito del Ejército Rojo en las dos ofensivas había sido extraordinario. La operación Bagration había destruido la mayor parte del Grupo de Ejércitos del Centro, junto con 30 divisiones nazis (sin contar el Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania); también había hecho que el territorio en poder de los soviéticos se desplazara casi 320 kilómetros hacia el oeste, además de infligir más de medio millón de bajas a los alemanes. Pero el precio de la victoria fue elevado. Las dos ofensivas costaron a los soviéticos 243 508 muertos y 811 603 heridos.

Con sus ejércitos listos para penetrar en la Europa central después de las victorias de la operación Bagration, los soviéticos pudieron prestar atención a los Balcanes. En junio y julio habían empezado los preparativos para su campaña en el sur, cuyo objetivo era tan estratégico como operacional. Dos frentes soviéticos, el 2º y el 3º ucraniano, se encargarían de la operación; sus efectivos eran de más de 1314 000 hombres frente a los poco más de 900 000 rumanos y alemanes. Pero el factor decisivo sería el número de tanques: los soviéticos tenían 1874 tanques y cañones de asalto; los alemanes, apenas 170. El frente del Dniéster había permanecido en calma desde el deshielo primaveral, tras la terrible paliza que las fuerzas rumanas y alemanas habían recibido durante el invierno. En el verano de 1944, la dictadura del mariscal Antonescu ya había perdido toda su credibilidad. A pesar de ello, el embajador alemán y el jefe de la misión militar alemana en Bucarest eran socios

fundadores de la escuela de optimismo de Kesselring. En el cuartel general de Hitler en Rastenburg tenían poca idea de la desilusión que se había enseñoreado de la población y el ejército rumanos; Keitel, siempre optimista, sugirió que Rumania seguiría al lado de Alemania en las circunstancias más desesperadas. Pero incluso a los alemanes que tenían relación directa con el ejército rumano con frecuencia se les pasaban por alto las señales de descontento con la dictadura de Antonescu y con la forma en que Alemania llevaba la guerra.

Mientras tanto, el OKH y Guderian se habían apresurado a retirar divisiones del Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania con el objeto de reconstruir el Grupo de Ejércitos del Centro y defender la línea del Vístula. Cinco divisiones blindadas y seis de infantería —una tercera parte de los efectivos del Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania— se trasladaron al norte. Debido a ello, al empezar la invasión soviética de los Balcanes, a las fuerzas alemanas apostadas a orillas del Dniéster les quedaban sólo una división blindada, una división de granaderos blindados y una división blindada rumana para contraatacar. A pesar de todo, el recién llegado comandante del Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania, el Generaloberst Johannes Friessner, se mostraba optimista. En los altos niveles del estado mayor se había hablado de una retirada desde el Dniéster hasta una línea defensiva en los Cárpatos y el bajo Danubio, pero a Antonescu no le costó persuadir a Hitler, a quien nunca le gustó la idea de abandonar territorio, de que dicha retirada haría trizas la moral de los rumanos. Con el fin de que Rumania siguiera luchando, los alemanes renunciaron a toda esperanza realista de formar una línea defendible en los Cárpatos y el bajo Danubio. El 6º ejército, reconstituido desde Stalingrado, defendería la línea del Dniéster, con el 4º ejército rumano en su flanco izquierdo y el 3º ejército rumano en el derecho (ambos también habían sido reconstituidos desde Stalingrado).

La cuarta gran ofensiva soviética del año comenzó el 20 de agosto. En algunos lugares, especialmente al enfrentarse a tropas alemanas, los soviéticos tropezaron con tenaz oposición. Pero los flancos del 6º ejército se disolvieron cuando la mayoría de las unidades rumanas emprendieron la huida o se rindieron. El 24 de agosto, las puntas de lanza soviéticas ya habían atrapado al 3º

ejército rumano a orillas del mar Negro; al día siguiente los rumanos se rindieron y en el espacio de unas semanas muchas de sus unidades se encontraron luchando al lado de los soviéticos. La ruptura del frente del Dniéster provocó la caída del gobierno de Bucarest. El 23 de agosto, en circunstancias parecidas a las de Italia en julio de 1943, Antonescu fue llamado a palacio y detenido. El rey se dirigió luego por radio a la nación para comunicarle que Rumania cambiaba de bando al tiempo que denunciaba el Tratado de Viena de 1940, que cedía gran parte de Transilvania a Hungría.

Una vez más la ineptitud alemana costó cara. Hitler ordenó al Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania que aplastara el golpe contra Antonescu y devolviese el control al dictador militar. A primera hora de la mañana del *25* de agosto, el General der Flieger Alfred Gerstenberg, comandante de las tropas antiaéreas en Rumania, comunicó desde Bucarest que los líderes rumanos eran débiles y que 6000 soldados alemanes avanzaban sobre la capital desde Ploiesti. En realidad las fuerzas alemanas eran demasiado reducidas para vencer a las tropas rumanas desplegadas en la carretera que llevaba a Bucarest. Los combates fueron intensos y duraron todo el día; Hitler ordenó entonces a la 4ª fuerza aérea de la Luftwaffe que atacara los edificios del gobierno en toda la capital.

Mientras tanto, con el derrumbamiento de las fuerzas rumanas en sus flancos, el 6º ejército se encontraba en grandes apuros y no tardó en dividirse en dos bolsas, la mayor de las cuales contenía los efectivos de combate de cuatro cuerpos. El avance soviético al oeste del 6º ejército fue tan rápido que los alemanes estuvieron a punto de llegar a lugar seguro. Pero los soviéticos acabaron bloqueando los caminos de escape y destruyeron al 6º ejército por segunda vez en la otra orilla del río Siret. En otras partes de Rumania, las unidades alemanas intentaron desesperadamente escapar ante el avance de las puntas de lanza soviéticas apoyadas por los rumanos. Los soviéticos capturaron a casi 300 000 alemanes en lo que fue otro gran desastre operacional para la Wehrmacht. Tan grande fue la derrota alemana que las fuerzas soviéticas pudieron atravesar Rumania y subir luego hacia el norte para apoderarse de los pasos que permitían cruzar los Cárpatos y los Alpes de Transilvania y llegar a la llanura de Hungría.

El derrumbamiento de Rumania hizo que el Ejército Rojo cayese

sobre Bulgaria. Aunque los búlgaros se habían negado a declarar la guerra a la Unión Soviética, eran aliados de los alemanes y estaban en guerra con las potencias occidentales. La llegada de tropas soviéticas a su frontera el 2 de septiembre les empujó a renunciar a su alianza con Alemania y volver a una neutralidad total. No ganaron mucho tiempo declarándose neutrales. Los soviéticos les declararon la guerra y tres días más tarde los búlgaros cambiaron de bando. Las tropas soviéticas inundaron la campiña al dirigirse a Macedonia; este avance puso en peligro toda la posición nazi en el oeste de los Balcanes y el norte de Grecia, al tiempo que los partisanos yugoslavos continuaban hostigando a los alemanes.

El Grupo de Ejércitos E bajo el mariscal de campo Weichs tenía aún desplegados unos 300 000 soldados alemanes en Grecia; ahora el problema era sacarlos antes de que el avance soviético y los partisanos yugoslavos les impidieran escapar. A principios de noviembre, Weichs ya había sacado una parte considerable de las fuerzas alemanas, pero sólo porque los soviéticos se habían concentrado en el esfuerzo por llegar a Bucarest en vez de impedir que los alemanes se escaparan cruzando Macedonia. Las fuerzas soviéticas enlazaron con los partisanos de Tito, «liberaron» Belgrado y expulsaron a los alemanes del sur de Yugoslavia. Aunque los soldados soviéticos pasaron por regiones donde sus hermanos socialistas yugoslavos habían luchado y muerto en gran número, su avance fue acompañado de saqueos, incendios y violaciones. Este comportamiento ofendió el puritanismo de los partisanos; Milovan Djilas incluso se quejó a Stalin de la violación generalizada de mujeres yugoslavas por parte de los soldados soviéticos. Pero el dictador replicó que a unos hombres que tanto se habían sacrificado durante la guerra no se les podía negar la oportunidad de «pasarlo bien con una mujer».[3] Los actos criminales de las tropas soviéticas contra la población civil abrieron la primera brecha que culminaría con la ruptura entre los soviéticos y los yugoslavos a finales de los años cuarenta.

Mientras los alemanes trataban de escapar de Grecia y del sur de los Balcanes, los húngaros buscaban la manera de salir de la guerra. Pero los alemanes dominaban a los húngaros con mayor firmeza que a los rumanos. Alarmados por las propuestas húngaras a las potencias occidentales, los alemanes habían obligado al almirante

Horthy, el regente, a instalar un gobierno pronazi en Budapest en marzo de 1944. Ese gobierno había cooperado luego en el envío a Auschwitz de una parte numerosa de la población judía de Hungría hasta que las amenazas de los aliados obligaron a interrumpir los transportes. La caída de Rumania empujó al OKW a desplegar dos divisiones de las SS cerca de Budapest. A primeros de septiembre se rumoreó en la capital húngara que los soviéticos estaban a sólo 225 kilómetros. El gobierno exigió inmediatamente que los alemanes proporcionaran cinco divisiones blindadas en el plazo de 24 horas.

El 10 de septiembre, Friessner, que seguía mandando el Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania y, por ende, conocía íntimamente los países balcánicos que trataban de salir de la guerra, informó de que la situación era delicada en Budapest. Tenía razón; aquel mismo día Horthy intentó, aunque sin lograrlo, persuadir al gabinete de solicitar un armisticio. El 12 de septiembre el jefe del estado mayor húngaro hizo una visita a Rastenburg que sólo sirvió para agravar las suspicacias alemanas, justificadamente, según se vería. Al irse el húngaro, Guderian le regaló un Mercedes nuevo que, al cabo de varias semanas, utilizó para pasarse a los soviéticos.

Al principio, los húngaros opusieron fuerte resistencia, principalmente contra las unidades rumanas que luchaban en el otro bando. Pero el contacto con las fuerzas soviéticas no tardó en revelar que tenían muy pocas ganas de luchar. El 21 de septiembre, perdieron Arad y en Budapest cundió el pánico. Guderian envió una numerosa fuerza blindada a las proximidades de la capital para que descansase y fuera reacondicionada. En realidad, Hitler estaba reuniendo fuerzas blindadas para un contraataque a gran escala con el que pretendía atrapar a los soviéticos al norte de los Alpes de Transilvania. Pero el 2º Frente Ucraniano del mariscal Malinovski atacó primero. Al principio los soviéticos avanzaron mucho, pero el contraataque de dos divisiones blindadas alemanas atrapó a tres cuerpos enemigos cerca de Debrecen. Sin embargo, la mayor parte de los soviéticos escapó pronto después de romper el cerco. Mientras los combates se acercaban a Budapest, Horthy volvió a hacer un intento de salir de la alianza. Pero la mayoría del parlamento y un número elevado de oficiales de alta graduación permanecieron leales a Alemania.

El 15 de octubre, Horthy habló por radio para aceptar las

condiciones de un armisticio que pusieron los soviéticos, pero para entonces los alemanes estaban preparados. El general de las SS Erich von dem BachZelewski, que poco antes había dirigido la destrucción de Varsovia, y el jefe de comandos de las SS Otto Skorzeny eliminaron casi sin esfuerzo a los partidarios de Horthy, enviaron al regente a Alemania y pusieron al líder del partido de los Cruz y Flecha, Ferenc Szalasi —notable por su memez— al frente de un nuevo gobierno. El conflicto interno destruyó lo que quedaba de la resistencia húngara: muchos generales y sus unidades desertaron al tiempo que el resto no se mostraba muy deseoso de luchar hasta el fin.

Los alemanes, sin embargo, siguieron luchando. En los últimos días de octubre, cerca de Nyiregyhaza, atraparon a tres cuerpos soviéticos que temerariamente habían avanzado demasiado y con excesiva velocidad; esta vez no lograron escapar. No obstante, los soviéticos continuaron avanzando sin interrupción hacia Budapest, mientras los ataques de Malinovski obligaban a los alemanes a replegarse hacia la capital. Hasta diciembre no entraron finalmente los soviéticos en la ciudad, y su entrada se debió en gran parte a los errores de los alemanes. Friessner tomó las dos divisiones blindadas de refuerzo y dividió los tanques y la infantería de apoyo en dos fuerzas. La infantería fue a defender los accesos del norte de la ciudad mientras los blindados, sin infantería que los apoyase, marchaban a reforzar las defensas del sur. El 20 de diciembre, Malinovski asestó dos golpes tremendos, uno al sur y otro al norte de Budapest. Esta vez los soviéticos consiguieron penetrar en las defensas y atraparon al XI cuerpo de montaña de las SS y a varias unidades húngaras en la capital. Budapest estaba casi en poder de Stalin.

La ofensiva soviética hacia el interior de los Balcanes fue un logro impresionante, un maridaje magistral de las operaciones militares con los objetivos políticos y la estrategia global. Destruyó gran parte del Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania y echó los cimientos de la dominación soviética de los Balcanes en la posguerra. Sin embargo, la campaña de los Balcanes desvió gran número de fuerzas militares soviéticas de la Polonia central, donde una nueva ofensiva tal vez hubiera llevado a la derrota de la Alemania nazi a finales de 1944. Pero entonces Stalin quizá no

hubiera alcanzado sus objetivos estratégicos.

LAS BATALLAS DE OTOÑO EN EL OESTE

Después del fracaso de la operación Market Garden en el sur de Holanda, los rápidos avances anglonorteamericanos en el oeste se detuvieron bruscamente. Algunas de las dificultades con que ahora se encontraban los comandantes británicos y norteamericanos las habían creado ellos mismos: algunas eran los efectos no buscados de decisiones sensatas; otras, el resultado inevitable de errores militares. Los ejércitos aliados se encontraban sumidos en una crisis de abastecimiento cuyo origen era la campaña aérea contra el sistema de transportes de Francia. Por más que los ingenieros trabajaran con ahínco y rapidez en la reconstrucción de puentes y patios de maniobras, la logística planteaba a los comandantes aliados una pesadilla en lo que se refería a enviar los centenares de miles de toneladas de pertrechos que requerían los ejércitos aliados. Los aliados se encontraban también ante la dificultad logística de alimentar a gran parte de la población belga y francesa.

La negativa de Montgomery a abrir Amberes en septiembre representó una decisión calculada para obligar a Eisenhower a apoyar al
21°
Grupo de Ejércitos en su avance hacia la llanura del norte de Alemania. Si en 1944 los aliados hubiesen seguido la estrategia británica y lanzado un solo avance bajo Montgomery hacia la otra orilla del Rin, es muy posible que los resultados hubieran sido un desastre para las fuerzas anglonorteamericanas. La idea de Montgomery consistente en enviar 40 divisiones a la llanura del norte de Alemania sin un objetivo operacional claro podría haber causado una gran derrota aliada, especialmente porque las fuerzas norteamericanas en el sur se hubiesen visto privadas de apoyo logístico por la propuesta de Montgomery y no hubieran podido prestar ningún apoyo importante a los ingleses. Por suerte para los aliados, la operación Dragón y la apertura del valle del río Ródano les permitieron canalizar pertrechos a través de Marsella y transportarlos valle arriba hasta sus fuerzas en la frontera alemana.

Los comandantes aliados se encontraban ante otras dos dificultades. En primer lugar, los ejércitos británicos, canadienses y norteamericanos habían sufrido muchas más bajas de infantería de lo que se había previsto antes de la campaña. A causa de ello, las reservas de reemplazos iban agotándose rápidamente. La situación en el ejército británico era tan mala que Montgomery recurrió a dividir unidades para proporcionar reemplazos, lo cual fue un acto de desesperación casi inaudito. En todos los sentidos, los ingleses habían llegado al final de sus efectivos humanos. No ocurría así en el caso de los canadienses, cuyo gobierno se negaba a enviar reclutas a ultramar, ni en el de los norteamericanos. En el caso de Estados Unidos, los problemas relacionados con los efectivos humanos fueron fruto de la decisión de conformarse con un ejército de 89 divisiones, lo cual impedía sacar divisiones del frente para que descansaran y se reorganizaran porque todas hacían falta para defender la línea: prácticamente no había reservas. Así pues, las divisiones norteamericanas permanecieron en el frente mientras duró la guerra en Europa, a la vez que los soldados se integraban en ellas directamente en primera línea después de una breve estancia en los depósitos de reemplazos. En sus nuevas unidades, estos soldados de refresco se encontraban sin amigos y solos durante su primera experiencia de combate. La escasez de efectivos humanos norteamericanos se vio exacerbada por la retención por parte del ejército de demasiadas tropas de apoyo, que hubieran podido servir fácilmente en combate sin afectar de manera grave a la estructura logística.

Pero el error más grave que cometieron los aliados en relación con los efectivos humanos en 1944 fue calcular por lo bajo los del enemigo. El derrumbamiento alemán en Francia había sido tan súbito y total que la idea de que las fuerzas de la Wehrmacht se restablecieran era inconcebible para los generales aliados. No cabe duda de que a estas alturas del conflicto los generales soviéticos hubieran podido advertir a sus colegas occidentales que los alemanes eran sumamente eficaces cuando se trataba de resucitar sus fuerzas militares. Y, por supuesto, la eficaz resistencia alemana a la operación Market Garden debería haber servido de aviso. Pero entre los altos mandos aliados predominaba el optimismo mientras, a pesar de las escaseces logísticas, esperaban un empujón final que

hiciera caer a los alemanes en la derrota, como había sucedido a finales de julio. La espera resultaría larga.

Tras fracasar Market Garden, Montgomery se jactó de que la operación había sido victoriosa en un 90 por ciento. Sin embargo, la larga y delgada penetración que apuntaba al Rin sumó unos 193 kilómetros al frente que tenía que defender su
21˚
Grupo de Ejércitos. Para reforzar sus peticiones de más apoyo, Montgomery encomendó al 1º ejército canadiense la misión de limpiar los puertos del Canal y llevar a cabo otras operaciones en el interior e hizo caso omiso de las posiciones alemanas a orillas del río Escalda. Por tanto, en vez de limpiar los accesos a Amberes, las tropas británicas y canadienses tomaron Le Havre, Boulogne, Calais y las baterías del cabo GrisNez. En todos los casos, los alemanes destruyeron a conciencia las instalaciones portuarias durante su retirada, como habían hecho en Cherburgo. Pero aunque hubieran estado intactos, ninguno de estos puertos pequeños hubiese aliviado de forma importante las escaseces generales de pertrechos.

Durante la pausa en las operaciones británicas que requirió Market Garden, los alemanes habían reforzado sus posiciones defensivas en la bolsa de Breskens, al sur del Escalda, junto a los accesos a las islas de Beveland del Sur y Walcheren, así como en las propias islas, que formaban las márgenes septentrionales del estuario del Escalda. A mediados de septiembre, la 4ª división blindada canadiense y la 1ª división blindada polaca atacaron las posiciones alemanas en la margen meridional. Ambos ataques dieron por resultado numerosas bajas y acabaron fracasando, ya que una parte demasiado grande del 1º ejército canadiense estaba ocupada en otro sitio al tiempo que los canadienses ocupaban el último lugar de las prioridades del
21˚
Grupo de Ejércitos incluso en lo que se refería a munición para la artillería. A principios de octubre, el almirante Bertram Ramsey informó a Eisenhower de que Montgomery había relegado a los canadienses a la prioridad más baja en lo tocante a pertrechos, a pesar de la importancia que tenía limpiar el Escalda. Después de un fuerte enfrentamiento en los más altos niveles de mando, Montgomery recibió la orden directa y explícita de limpiar el

Escalda inmediatamente y la cumplió proporcionando a los canadienses suficientes pertrechos, pero sin parar de quejarse de la deslealtad de Ramsey.

El 6 de octubre, los canadienses lanzaron un fuerte ataque contra la feroz resistencia alemana en la orilla norte del canal Leopoldo. Hasta el 2 de noviembre no acabaron de limpiar de posiciones alemanas la orilla sur del Escalda. Beveland del Sur resultó un problema menor. Durante la última semana de octubre, las tropas canadienses atacaron a los alemanes y liberaron la zona. La isla de Walcheren, escenario de una desastrosa expedición británica durante las guerras napoleónicas, fue un hueso más duro de roer. Los ataques de la aviación británica rompieron los diques e inundaron gran parte de la región que se extendía debajo del nivel del mar. Esto permitió que unidades anfibias canadienses y de la infantería de marina británica utilizasen los campos inundados dentro de las islas para atacar a las defensas alemanas desde la dirección opuesta a donde se encontraban.

Los alemanes tenían varias baterías costeras de cañones pesados que protegían el Escalda y que la aviación también hubiera podido destruir, pero Montgomery respaldó a «Bomber» Harris al negarse éste a apoyar a las fuerzas de tierra atacantes. A comienzos de noviembre, bajo las violentas tempestades de que es capaz el mar del Norte, comandos de la Royal Navy y tropas canadienses tomaron estas baterías costeras durante una semana de intensos combates y heroísmo extraordinario. Las bajas fueron numerosas. Pero tras la caída de Walcheren, los dragaminas aliados pudieron limpiar por fin el Escalda. El 28 de noviembre, el primer convoy entró en Amberes, 85 días después de que las tropas británicas tomaran el puerto intacto.

El fracaso de Arnhem a mediados de septiembre obligó finalmente a Montgomery a asegurar su retaguardia. Al oeste del Escalda, el 2º ejército británico —con ayuda norteamericana— cruzó Breda y obligó a los alemanes a replegarse hasta el Mosa, creando un flanco sólido al oeste del estrecho saliente de Market Garden. Pero el mal tiempo y los campos empapados, así como las llanuras, granjas y ciudades inundadas del sur de Holanda impidieron avanzar rápidamente. Lo máximo que pudo hacer el

Grupo de Ejércitos fue expulsar a los tenaces alemanes de sus defensas y dar a Amberes espacio para respirar.

Si Montgomery se encontraba ante problemas serios, no era mucho mejor la situación del
12°
Grupo de Ejércitos de Bradley. La demora ocasionada por la situación del abastecimiento norteamericano a mediados de septiembre dio a los alemanes el tiempo suficiente, aunque justo, para reforzar sus defensas en el *Westwall* . Además, el
12°
Grupo de Ejércitos dispersó sus ataques en una zona demasiado extensa. No había, empleando un término alemán, *Schwehrpunkt* (foco concentrado) en ellos a la vez que la situación logística nunca se resolvió por completo; generalmente, las divisiones norteamericanas llevaban una existencia precaria y no tenían tiempo suficiente para concentrar reservas importantes para un avance sostenido.

En términos operacionales, el gran defecto de la estrategia norteamericana en septiembre fue la decisión de Eisenhower de separar el 1º ejército de Courtney Hodges del
23°
ejército de Patton. De esta manera, el avance norteamericano se dividió en dos, con las Ardenas entre ellos y, por tanto, sin poder apoyarse mutuamente. El 1º ejército de Hodges pasó a apoyar al
21°
Grupo de Ejércitos de Montgomery, cuyo objetivo era la llanura del norte de Alemania. Hodges no tardó en verse envuelto en intensos combates con unidades alemanas de primera categoría al norte de las Ardenas. Dado el papel de esta región en la campaña de 1940, resulta extraño que los planificadores del SHAEF rechazaran la posibilidad de utilizarla para avanzar hacia el corazón de Alemania, una región donde los alemanes prácticamente no tuvieron fuerzas hasta principios de noviembre. Durante un breve período a mediados de septiembre, la 5ª división blindada penetró limpiamente en las escasas fortificaciones del *Westwall* , justo al norte de las Ardenas. Pero ni el general de división Leonard Gerow ni el comandante del cuerpo ni sus superiores se percataron de las posibilidades.

Mientras tanto, unos 128 kilómetros al sur, el 3º ejército se encontraba ocupado empujando a los alemanes por un terreno que había desempeñado un papel importante en la guerra francoprusiana. Patton intentó tomar las fortificaciones que rodeaban Metz, región que el enemigo conocía íntima y detalladamente por haber sido el centro de importantes zonas de adiestramiento tanto durante la primera guerra mundial como en el conflicto en curso. Si bien Patton no logró repetir sus victorias de agosto debido a las limitaciones logísticas, los ataques del 3º ejército desbarataron el gran contraataque que los alemanes tenían planeado lanzar en la región. El 3º ejército, sin embargo, sufrió muchas bajas. Los combates del verano habían agotado a ambos bandos, pero los alemanes estaban en condiciones de utilizar de manera ventajosa el terreno y el tiempo frío y lluvioso del otoño. Las acciones ofensivas limitadas de los norteamericanos en octubre sólo sirvieron para subrayar las restricciones logísticas y de recursos humanos bajo las que operaban los comandantes norteamericanos.

Durante octubre, el 1º ejército de Hodges se encargó de gran parte del esfuerzo del
12˚
Grupo de Ejércitos. El día 2, el XIX cuerpo, encabezado por la 30ª división de infantería y seguido por la 2ª división blindada, lanzó un ataque cuyo objetivo era rodear Aquisgrán desde el norte; las fuerzas atacantes planeaban encontrarse con el VII cuerpo, que avanzaba desde el sur, en Wurselen y envolver la antigua ciudad romana. Al principio el ataque fue bien a pesar de la intensa resistencia alemana. El día 7, la 30ª división de infantería ya se encontraba a menos de cuatro kilómetros de Wurselen, donde esperaba la 1ª división de infantería. Pero los alemanes impidieron a los norteamericanos cerrar el cerco hasta el día 16. La guarnición se rindió cinco días más tarde, después de que los norteamericanos, que no escatimaban su potencia de fuego, hubieran reducido a un montón de ruinas lo que quedaba de la ciudad bombardeada.

Más al sur, el 1º ejército había lanzado una serie de ataques infortunados en el bosque de Huertgen. El objetivo inicial era rigurosamente limitado: proteger los flancos del VII cuerpo de Collins. Por desgracia, desde el principio las operaciones en el Huertgen hicieron poco honor a los comandantes norteamericanos

en todos los niveles excepto en las primeras líneas. Los generales no se dieron cuenta de que las presas que había al sur y al este del bosque, a orillas del río Roer, permitirían a los alemanes inundar cualquier avance que las fuerzas estadounidenses hicieran en el norte. El G2 de la 9ª división de infantería, que antes del ataque no cayó en el peligro que representaban las presas, era demasiado subalterno para ejercer alguna influencia. Para los alemanes el bosque de Huertgen era un territorio esencial cuya pérdida amenazaría toda su posición delante del Rin. Irónicamente, una ruta más fácil de acceso al sudeste del bosque de Huertgen hubiera permitido a los norteamericanos tomar las presas y luego salir de los bosques y del terreno difícil que se extendía río abajo. Así pues, el intento de proteger los flancos del VII cuerpo limpiando el Huertgen puso a las fuerzas norteamericanas en gran desventaja en términos de terreno y vías de acceso. En efecto, se dirigieron hacia un callejón sin salida hasta que otras fuerzas hubieron tomado las presas que había río arriba.

Con sólo caminos de leñador cruzando sus profundos barrancos, el bosque de Huertgen puso a los atacantes en una grave desventaja, en especial porque en el otro extremo los alemanes tenían carreteras que les permitirían traer rápidamente refuerzos. En todos los sentidos, el lugar representaba una pesadilla táctica. El 1º ejército agravó sus dificultades enviando unidades al combate poco a poco. El ataque empezó el 6 de octubre. Al cabo de cinco días de lucha, dos regimientos atacantes habían penetrado 1600 metros en el bosque hasta el primer claro. Diez días de combates feroces proporcionaron a la 9ª división de infantería otros 1600 metros de terreno sin valor: su ataque de tres kilómetros costó a los atacantes casi 5000 bajas, y aún no tenían todo el bosque en su poder.

En noviembre el ritmo se aceleró de un extremo a otro del frente. Eisenhower y Bradley creían que una serie de ataques a gran escala acabarían abriendo una brecha en la primera línea del enemigo, como ocurriera en julio en Normandía. En el norte, hizo su debut un nuevo ejército norteamericano, el 9º, bajo el teniente general W. H. Simpson. Las fuerzas de Simpson, cuya densidad de tropas y artillería por kilómetro no era normal en los aliados en el otoño de 1944, lanzaron una ofensiva limitada que las llevó hasta el río Roer. Pero no habría ninguna posibilidad de cruzar el río

mientras las presas estuvieran en poder de los alemanes, que podían provocar una inundación para aislar cualquier cabeza de puente que lograra establecer el enemigo.

Por desgracia, Hodges persistió en sus esfuerzos por limpiar el bosque de Huertgen en vez de tomar las presas. Irascible y agresivo, poseía pocas capacidades operacionales o tácticas a pesar del buen concepto que Bradley tenía de él. A principios de noviembre transfirió la batalla a la 28ª división de infantería, cuyo comandante era el general de división Norman «Dutch» Cota, uno de los héroes del Día D. Tropas y unos cuantos tanques de la división cruzaron la garganta del río Kall y en sus primeros ataques llegaron a la población de Schmidt, que se hallaba en un cruce de caminos. Desde allí amenazaron las presas. Los alemanes reaccionaron vigorosamente y, como disponían de mejores carreteras, obligaron a dos batallones norteamericanos a salir de Schmidt después de fuertes combates. A pesar de estos fracasos, Hodges continuó exigiendo cosas imposibles a sus tropas. No relevó a la 28ª división de infantería hasta el 13 de noviembre, después de que sufriera más de 6000 bajas.

Respondiendo a las exigencias de Bradley, que deseaba que se reanudasen los intentos de romper las defensas alemanas, Patton lanzó un gran ataque contra Metz, en el sur de las Ardenas. El 3º ejército había tratado de tomar Metz por medio de un golpe de mano en septiembre. Las tropas norteamericanas incluso habían llegado hasta Fort Drian, importante fortaleza que vigilaba la ciudad, pero los defensores alemanes habían luchado tenazmente dentro de la fortaleza y había pedido a la artillería que disparase contra ellos. Durante la noche del 12 al 13 de octubre, los norteamericanos habían abandonado su posición en la fortaleza, mientras Patton reconsideraba la forma de tomar la ciudad. El 3º ejército reanudó su ataque el 8 de noviembre.

Al sur de Metz, el XII cuerpo atacó en dirección a la Línea Maginot. Debido a las lluvias torrenciales, el comandante del cuerpo, el general de división Mantón Eddy, pidió que se aplazara el ataque. Al sugerir Patton que tal vez Eddy querría nombrar a su sucesor, el XII cuerpo atacó como se le había ordenado. Puede que el mal estado del tiempo fuese una ayuda, porque los alemanes no esperaban que los norteamericanos atacasen sin el apoyo de los

ubicuos cazabombarderos. Pero la artillería machacó a los defensores y causó mucha dislocación entre ellos; al igual que en Normandía, los norteamericanos demostraron que la artillería era su fuerte. Aunque no hubo ninguna penetración, el XII cuerpo echó mano de sus blindados en el segundo día y los norteamericanos avanzaron mucho. Pero siguió lloviendo torrencialmente y las bajas por motivos como, por ejemplo, el pie de trinchera fueron casi tan numerosas como las que causaron los combates.

Un brazo de pinza formado por las divisiones de infantería 95ª y 90ª bajó desde el norte para encontrarse con la 5ª división blindada, que subía desde el sur, y rodeó Metz el 19 de noviembre. Sin embargo, gran parte de la guarnición de Metz escapó antes de que las fuerzas enemigas se encontraran al este de la ciudad. El ataque de Patton hubiese podido conseguir más si el tiempo hubiera sido mejor. Pero el
12°
Grupo de Ejércitos se había negado a tener en cuenta las pautas meteorológicas que eran normales en la Europa occidental a finales del otoño.

Al sur de Patton, el general Jacob Devers, que mandaba el recién creado 6º Grupo de Ejércitos, formado por fuerzas desembarcadas en el sur de Francia en agosto, lanzó un ataque victorioso para apoyar al 3º ejército. Tropas francesas cruzaron la brecha de Belford y en menos de cuatro días llegaron al Rin. La 2ª división blindada francesa del general Leclerc, que luchaba bajo el 7º ejército del teniente general Alexander Patch, liberó Estrasburgo. Pero Devers carecía de las tropas y la artillería necesarias para efectuar una gran penetración en el norte, a la vez que cruzar el Rin por cualquier punto del sur sólo serviría para internarse en las profundidades sin fin de la Selva Negra. Eisenhower aprobó un avance hacia el norte, que no hizo más que llevar al 7º ejército hasta el *Westwall* . En el sur, los alemanes conservaban una cabeza de puente bastante grande en Colmar, en la margen occidental del Rin.

Durante octubre y noviembre, mientras las condiciones meteorológicas empeoraban sin cesar, Bradley hizo hincapié en que se le suministrara carburante y munición, pero la ropa y las botas de invierno no llegaron en cantidades suficientes. Igualmente inexcusables fueron los fallos del sistema de abastecimiento que

dirigía el inexperto teniente general John C. Lee, a quien preocupaba más su propia comodidad que apoyar a las apuradas tropas que luchaban en primera línea. El precio que pagaron las unidades norteamericanas a causa del exceso de confianza de sus superiores puede verse en las cifras de bajas: 118 698 en noviembre, comparadas con 51 424 en julio, 42 535 en agosto, 42 183 en septiembre y 31 617 en octubre. Las bajas en combate durante noviembre (62 437) superaron en un 20 por ciento las registradas en los feroces combates de julio, mientras que las bajas ajenas a la lucha (56 261) se debieron en su mayor parte a las condiciones en que combatían las tropas. Aunque una porción de estas pérdidas era fruto de problemas relacionados con el sistema de reemplazo individual del ejército, el malo principal de la película fue Bradley con su política de lanzar ataques mal concebidos y mal preparados en el frente del
12°
Grupo de Ejércitos. Sin objetivos operacionales claros a gran escala, lo mejor que se podía esperar de estos ataques eran victorias locales, obtenidas con mucho esfuerzo en un terreno frío y empapado por la lluvia que infligía casi tantas bajas como el enemigo.

Las pérdidas norteamericanas de material fueron igualmente grandes en noviembre. En su ataque hacia Werth y el río Roer el 16 de dicho mes, la 3ª división blindada perdió 48 de 64 tanques en los primeros 26 minutos. Pero el apoyo de combate y mantenimiento de las divisiones blindadas norteamericanas era tan fuerte que, al caer la noche, ya se estaban reparando 40 de los tanques dañados. En lo que se refiere al material, el verdadero escándalo fue la decisión de los altos mandos de las fuerzas blindadas, incluido Patton, de seguir utilizando el tanque Sherman M4 en lugar del nuevo Pershing M26 con su cañón de 90 milímetros, su silueta mejorada y su blindaje más grueso, que quedó listo para empezar a producirse a principios de 1944. El resultado para una división blindada como la 3ª fue un rastro de tanques destruidos y quemados que dejaron los combates en que los tanquistas norteamericanos tenían pocas probabilidades de vencer. Al finalizar la contienda, la 3ª división blindada, cuyos efectivos comunes eran de 232 tanques, había sufrido una pérdida acumulada de 648 tanques en combate, a

la vez que otros 700 habían resultado dañados pero podían repararse.

LA BATALLA DE LAS ARDENAS

El éxito del intento alemán de restablecer el frente occidental en septiembre de 1944 permitió a Hitler considerar un gran esfuerzo por recuperar la iniciativa. Lo que había que decidir era dónde. En el este, los soviéticos permanecían inactivos en Polonia. Si bien la penetración soviética en los Balcanes causó a los alemanes grandes pérdidas de tropas y material, no representaba una amenaza directa para el territorio del Reich. Incluso durante la lucha desesperada por reconstruir el frente occidental en septiembre, Hitler consideró la posibilidad de una gran contraofensiva. Descartó un ataque contra los soviéticos, ya que parecía no haber ningún objetivo operacional que fuera susceptible de debilitar la voluntad política de Stalin. Pero Hitler sentía mucho menos respeto por los anglonorteamericanos. Quizá un ataque a gran escala lograría dividirlos o incluso apartar a los ingleses de la guerra. Dado el ambiente que imperaba en el Reich, mientras los agentes de Himmler perseguían a los responsables del intento de asesinato del 20 de julio, los sueños del *Führer* encontraron poca oposición entre sus principales jefes militares. Es verdad que Guderian, el nuevo jefe del estado mayor del OKH, instó a Hitler a dar prioridad al frente del este, pero el *Führer* , minimizando la fuerza de los soviéticos como ya había hecho tan a menudo, desoyó el consejo y volvió su atención hacia el oeste.

Hitler estuvo tentado casi inmediatamente de repetir la victoria de mayo de 1940 y lanzar una ofensiva a través de las Ardenas. Eisenhower había demostrado que los jefes militares aliados concedían poca importancia a las Ardenas al mandar el 1º ejército al norte y el 3º al sur de la región. En octubre, los norteamericanos ya la utilizaban para introducir nuevas divisiones en la guerra y para que en ella descansaran otras divisiones que habían resultado muy castigadas en los combates. Por tanto, Hitler se concentró en los preparativos para lanzar todas las fuerzas que pudiera

reconstruir en un ataque a gran escala a través de las Ardenas para tomar Amberes. El ataque cumpliría dos objetivos operacionales: dividiría las fuerzas aliadas en Francia y las derrotaría de forma pormenorizada, y reconquistaría Amberes. Las potencias occidentales se darían cuenta de la imposible situación logística en que Hitler las había metido y quizá entonces abandonarían la guerra y permitirían que la Wehrmacht dedicara todas sus fuerzas a derrotar a los soviéticos. Sin embargo, el hecho de que los alemanes sólo tuvieran carburante suficiente para recorrer la mitad del camino de Amberes subraya las limitaciones que el bombardeo de la industria petrolera de Alemania había impuesto al ejército alemán.

A finales de septiembre, el OKW empezó a sacar divisiones de las SS y blindadas del ejército del frente del oeste, incluidos los ejércitos blindados 6º y 5º. El imperio industrial de Speer seguía produciendo grandes cantidades de material militar, a la vez que soldados convalecientes y nuevos reclutas llenaban las filas. En octubre, Ultra dio una serie de avisos claros de que, además de reorganizar las divisiones blindadas y de granaderos blindados, los alemanes estaban desplegando una actividad inusitada. La desaparición de las unidades de primera línea así como del 5º ejército blindado y del 6º ejército blindado de las SS deberían haber sido suficiente motivo de preocupación, pero había otros indicios. Se encomendó a la Luftwaffe la misión de proteger los principales puentes del Rin más allá de las Ardenas. Ultra también indicó que el Reichsbahn estaba enviando muchos ferrocarriles a la región. Asimismo, en un momento en que todos los ejércitos alemanes que luchaban en el frente del oeste andaban desesperadamente escasos de alimentos, carburante y munición, Ultra informó de que los alemanes habían empezado a concentrar grandes depósitos en las Ardenas, la única región donde los aliados no estaban atacando.

Sin embargo, a pesar de los abundantes indicios —incluidos el reconocimiento aéreo y los informes de las divisiones destacadas en primera línea— de que se estaba preparando algo, el SHAEF y el 12° Grupo de Ejércitos siguieron engañándose y pensando que los alemanes no podían lanzar una ofensiva importante. Entre todos los comandantes aliados sólo Patton adivinó que tal vez los alemanes se arriesgarían tanto. El 24 de noviembre comentó: «El primer ejército

está cometiendo un error terrible al dejar el VIII cuerpo estacionario, ya que es muy probable que lo alemanes estén concentrándose al este del mismo».4 Algunos oficiales subalternos también eran menos optimistas que sus comandantes de alta graduación. Sólo en el norte, alrededor de Monschau, donde la 99ª división estaba apoyando un ataque contra las presas del río Roer, tenían los norteamericanos efectivos suficientes en las Ardenas. De Monschau al sur, el VIII cuerpo defendía una línea débil: la 106ª división, recién llegada de Estados Unidos, se desplegó para proteger la meseta de Scheinfel en un frente de 32 kilómetros. A continuación, la muy castigada 28ª división de infantería, que había sufrido más de 6000 bajas en el bosque de Huertgen, defendía un frente de 40 kilómetros en las orillas del río Our. Finalmente, la 4ª división de infantería, que había resultado casi igual de castigada en el Huertgen, protegía un frente de 32 kilómetros hasta el límite con el 3º ejército al sur de la ciudad de Luxemburgo. Es cierto que el general de división Troy Middleton, comandante del VIII cuerpo, tenía la 9ª división blindada en reserva, pero uno de los contingentes de combate de la división se dirigía al norte para apoyar el ataque contra las presas del Roer.

El 16 de diciembre los alemanes ya gozaban de una ventaja de tres a uno en efectivos humanos, de una ventaja de dos a uno en tanques y de superioridad general en artillería. Pero adolecían de una desventaja importante en aviación, y precisamente por ello lanzó Hitler la ofensiva durante un período de mal tiempo. La fuerza alemana más poderosa, el 6º ejército blindado de las SS, bajo el Generaloberst de las SS Sepp Dietrich, debía atacar en el norte. Dietrich, que en el mejor de los casos era un competente comandante de división, contaba con los servicios de un estado mayor muy capacitado. El 5º ejército blindado, bajo el General der Panzergruppen Hasso von Manteuffel, atacaría desde SaintVith en el sur. Bajo las nubes, la lluvia y la nieve de finales de otoño, los alemanes habían reunido una fuerza impresionante, pero en modo alguno comparable con los ejércitos que habían lanzado a través de las Ardenas en mayo de 1940. Y tampoco iban a enfrentarse a las fuerzas francesas mal adiestradas y mandadas por incompetentes que se habían derrumbado en las márgenes del Mosa cuatro años antes.

Antes del amanecer del 16 de diciembre, las posiciones norteamericanas en todas las Ardenas sufrieron un masivo bombardero de artillería. Al cabo de pocas horas, los alemanes lanzaron fuertes ataques de infantería y blindados contra las apuradas posiciones norteamericanas. En su mayor parte, las unidades norteamericanas respondieron con habilidad, valor y decisión y, cuando se vieron flanqueadas, lucharon hasta que se les terminó la munición. En el norte del frente, el 6º ejército blindado de las SS que mandaba Dietrich había pretendido penetrar en las posiciones norteamericanas y luego avanzar por cuatro arterias importantes en dirección oeste hasta el Mosa. Pero la 99ª división de infantería, a pesar de ser inexperta, opuso fuerte resistencia durante el primer día. Aunque muchas de sus unidades se derrumbaron a primera hora de la tarde siguiente, la 2ª división de infantería, que participaba en el ataque contra las presas del Roer, tuvo tiempo de cambiar de frente y formar una fuerte posición defensiva delante de los cerros de Elsenborn. Los norteamericanos resistieron allí durante los dos días siguientes a pesar de los feroces ataques alemanes. Hasta la tarde del 19 no se retiró la 2ª división a los cerros, donde estaban apostadas la 99ª división, que se había formado de nuevo, y dos divisiones de refuerzo. Y allí contendrían los norteamericanos la parte norte del saliente alemán, que iría creciendo, durante el resto de la batalla.

Pero los alemanes lograron colar una agrupación blindada de la 1ª división blindada de las SS bajo el mando de un duro veterano del frente del este, el Obersturmbannführer Joachim Peiper, a través de la brecha que se había abierto casi inmediatamente entre las divisiones de infantería 99ª y 106ª. No obstante, con esa excepción, el ejército de Dietrich no logró alcanzar sus objetivos. Más al sur, el 5º ejército blindado, que debía apoyar el avance de Dietrich, obtuvo mejores resultados. Su ataque cayó sobre la inexperta 106ª división de infantería y dos diezmados regimientos de la 28ª división de infantería. En el transcurso del primer día, la 106ª división impidió que los alemanes avanzaran mucho. Pero su inexperto comandante, el general Alan Jones, no se dio cuenta de la fuerza de los ataques alemanes ni de la gravedad de sus penetraciones. Debido a ello, Jones ordenó a sus tropas que resistieran en sus posiciones expuestas al fuego enemigo. El día 17

el frente se vino abajo y los alemanes envolvieron a dos regimientos de la 106ª división. El día 19 ya habían hecho prisioneros a casi 8000 norteamericanos.

Al sur de la 106ª división de infantería, un diezmado regimiento de la 28ª división de infantería se concentró delante del importantísimo cruce de carreteras de SaintVith. Los norteamericanos resistieron allí hasta el 21 de diciembre. Los alemanes habían albergado la esperanza de tomar SaintVith el segundo día con el fin de usar las carreteras que cruzaban el centro de las Ardenas. Durante más de cinco días la tenaz defensa norteamericana impidió que los blindados alemanes utilizaran las carreteras. El vecino regimiento de la 28ª división se encontraba aún más disperso. No obstante, retuvo en su poder la población de Clervaux y bloqueó las carreteras que llevaban a Bastogne hasta última hora del día 17. Si bien hubo mucha dislocación e incluso pánico

entre las unidades de servicios norteamericanas cuando las posiciones de primera línea se deshicieron bajo la presión alemana, en su mayor parte los soldados estadounidenses reaccionaron con disciplina e iniciativa. Los ingenieros volaron puentes para frenar a los alemanes; las baterías de artillería permanecieron en sus puestos hasta que la situación se hizo insostenible; y unidades formadas especialmente para ello resistieron hasta agotar su munición o caer

en el combate. Con su valerosa resistencia, los soldados norteamericanos, la mayoría de los cuales tenían poca experiencia de combate o estaban muy castigados a causa de las batallas del otoño y se encontraban dispersos en toda la extensión de las Ardenas, robaron a los alemanes los frutos tácticos y operacionales de la sorpresa estratégica. Fue una victoria de los soldados.

En Trois Points, el 18 de diciembre, los ingenieros norteamericanos volaron los puentes ante el Kampfgruppe Peiper, al tiempo que emprendedores guardias belgas creaban un muro de fuego enfrente de un depósito de cerca de 3785 000 litros junto a la carretera de Stavelot a Spa. Estas acciones emprendidas al azar pero heroicas impidieron que la fuerza de Peiper llegara al Mosa aquella noche. A Peiper ya se le estaba (ominando el carburante. Como era de esperar, los hombres de las SS se comportaron con salvaje crueldad. Detrás del avance de Peiper quedaba un rastro de civiles belgas muertos y violados y de prisioneros de guerra norteamericanos asesinados. La matanza de Malmedy fue el peor de varios incidentes por el estilo: 86 soldados norteamericanos fueron muertos a sangre fría. Después de la guerra, un tribunal norteamericano condenó a muerte a Peiper y a varios de sus criminales de guerra. Pero el senador Joseph McCarthy de Wisconsin se valió de su influencia para que la pena se conmutara por cadena perpetua debido al «anticomunismo» de Peiper. Después de pasar un período mínimo en la cárcel, las autoridades germanooccidentales le pusieron en libertad por buena conducid. Entonces se trasladó a Francia, donde unos cuantos franceses con recuerdos le hicieron saltar por los aires.

Al principio, el alto mando norteamericano no se dio cuenta de la importancia del ataque alemán. Eisenhower y Bradley ni siquiera se enteraron de lo que estaba pasando en las Ardenas hasta el día 16 por la tarde. La reacción inmediata de Bradley fue pensar que la ofensiva alemana representaba sólo un intento de interrumpir el ataque contra las presas del Roer. Más información de los servicios de inteligencia, en particular de Ultra, le sacó del engaño. Durante todo el día 16 Hodges, que se encontraba más cerca del escenario del ataque, siguió negándose a ordenar el cese del ataque del 1º ejército contra las presas. Pero al día siguiente la magnitud de la amenaza ya resultaba clara para todo el alto mando

norteamericano. Ya el día 16 por la tarde, Eisenhower había ordenado que las dos divisiones blindadas que estaban en reserva se dirigieran a las Ardenas para evitar que la situación continuara empeorando. Las divisiones aerotransportadas 101ª y 82ª también estaban en reserva, ambas preparándose para un partido de fútbol que sin duda hubiera sido el más sangriento de la historia. Varios de los más importantes comandantes de las fuerzas aerotransportadas se hallaban ausentes. El comandante del XVIII cuerpo aerotransportado, el general de división Matthew B. Ridgway, estaba en Inglaterra, a la vez que el de la 101ª división aerotransportada, el general Maxwell D. Taylor, se había ido a Washington en busca de un mando más prestigioso. Así pues, el general de división James M. Gavin, comandante de la 82ª división aerotransportada, asumió el mando del XVIII cuerpo aerotransportado. Los soldados de la 82ª fueron en camión a Werbomont, en el lado norte del saliente, que iba creciendo, mientras la 101ª, bajo el general de brigada Anthony McCauliffe, como comandante en funciones de la división, se dirigía a Bastogne, donde otras unidades norteamericanas se estaban concentrando para defender el importantísimo cruce que atravesaba la ciudad.

El día 19, Eisenhower se reunió con sus comandantes para preparar una respuesta coherente a la creciente penetración alemana en las Ardenas. Patton tenía sus propias ideas: «Diablos, tengamos agallas para permitir que estos hijos de perra lleguen hasta París. Entonces los despedazaremos de verdad y nos los comeremos».5 Como parecía que la situación se iba estabilizando en el norte, el problema más importan te era encontrar la forma de contener el avance de Manteuffel. Patton ya tenía preparadas tres respuestas posibles por parte del 3º ejército. Así pues, al terminar su entrevista con Eisenhower y Bradley, pudo telefonear a su estado mayor y dar la palabra en clave correspondiente a una de las tres opciones. El 3º ejército entró en acción inmediatamente. La respuesta instintiva de Patton era dirigirse a la base del saliente, pero Eisenhower, asombrado ante la rapidez con que Patton prometía responder, se decidió por un avance sobre Bastogne. Además de esta decisión operacional, Eisenhower tomó una importante decisión de mando. Con gran consternación de Bradley, pidió a Montgomery que asumiera provisionalmente el mando de

las unidades del 1º ejército en el lado norte de la penetración alemana. El
12°
Grupo de Ejércitos libraría la batalla en el lado sur del saliente.

En realidad, a estas alturas los alemanes no tenían ninguna probabilidad de alcanzar sus objetivos. El día 19, la 101ª división aerotransportada y diversas unidades más ya controlaban firmemente Bastogne. De las dos divisiones blindadas del ejército de Manteuffel que se dirigían al Mosa, la 2ª se encontró con que los norteamericanos bloqueaban el paso en Noville, justo al norte de Bastogne. Hasta el día 20 no lograron los alemanes abrirse paso a través de dicho obstáculo. Mientras tanto, una fuerza especial en la que había soldados canadienses voló los puentes del río Ourthe y detuvo el avance de la 116ª división blindada. En el norte, la resistencia de los norteamericanos alrededor de SaintVith y los cerros de Elsenborn había obstaculizado el avance de Dietrich a la vez que los intentos de redistribuir las fuerzas alemanas para sacar partido del éxito de Manteuffel fracasaron debido al mal tiempo y a la escasez de carburante. Esta escasez, que era resultado directo de la Ofensiva Combinada de Bombardeo, también frenó el avance de la 2ª división blindada hacia el Mosa después de que finalmente lograra dejar atrás Noville.

El día 22, los norteamericanos ya habían recobrado el equilibrio. Fiel a su palabra, Patton había modificado los límites entre los ejércitos 3º y 7º para poder sacar dos cuerpos completos de la línea. En el plazo de tres días desplegó tres divisiones en un cambio de 90 grados no sólo en su dirección operacional, sino también en su apoyo logístico. Con un espantoso tiempo invernal, el 23 de diciembre las divisiones del 3º ejército se encontraban en una posición apropiada para dirigirse al norte. A estas alturas de la batalla los alemanes habían aislado completamente Bastogne y ejercían mucha presión sobre las posiciones defensivas que rodeaban la ciudad. A pesar de ello, McCauliffe dio una respuesta lacónica a las exigencias alemanas de que se rindiera: «¡Nuts!» («¡A paseo!») El día 23 se acabó la buena suerte de Hitler; un frente meteorológico procedente de Rusia se llevó las nubes de la Europa central y el cielo quedó despejado sobre el campo de batalla. La drástica mejora del tiempo permitió a la aviación táctica aliada

lanzar fuertes ataques contra los alemanes en todo el frente. Mientras tanto, aviones C47 y C46 lanzaron grandes cantidades de munición y pertrechos para las tropas sitiadas en Bastogne.

La situación de los norteamericanos en la punta del saliente, donde las unidades de la vanguardia alemana se acercaban al Mosa, seguía siendo incierta. La 2ª división blindada alemana pasó junto al flanco de la 84ª división de infantería norteamericana y siguió avanzando hacia el río. Montgomery había ordenado a Hodges que reservara los refuerzos que iba recibiendo para el contraataque final, que ya se estaba planificando. No obstante, el 25 de diciembre, el 1º ejército permitió a Collins emplear la recién llegada 2ª división blindada para atacar a los alemanes antes de que alcanzaran el Mosa. Con el apoyo de cazabombarderos, los norteamericanos destruyeron las puntas de lanza nazis a sólo unos tres kilómetros del río; al caer la noche el día de Navidad, día que Patton calificó de «una Navidad fría y despejada, un tiempo espléndido para matar alemanes», el enemigo ya había emprendido la retirada y abandonado más de 80 tanques entre los restos de la derrota.6

Los alemanes habían llegado a su límite. Esto no quiere decir que no lanzaran nuevos ataques; durante el resto del mes, machacaron Bastogne a pesar de que el 3º ejército había hecho llegar una columna de socorro a la ciudad sitiada el 26 de diciembre. Los intentos alemanes de tomar la ciudad y aislarla fracasaron debido a la rapidez con que el 3º ejército había apoyado a sus fuerzas en las Ardenas. El 31 de diciembre, Patton tenía seis divisiones sobre el terreno; el resultado fue una serie de feroces batallas que arrollaron a las fuerzas de Manteuffel y redujeron las opciones alemanas en otras partes, en particular en el sur, donde un ataque limitado alemán había amenazado Estrasburgo durante breves días.

Después de la derrota de la contraofensiva alemana, los norteamericanos se preguntaron cuáles tenían que ser los objetivos de su propio contraataque. Montgomery, que mandaba fuerzas estadounidenses en el norte, había mostrado un tacto asombroso al tratar con sus subordinados norteamericanos, pero pronto lo echaría todo a perder con su arrogancia en una rueda de prensa celebrada a principios de enero. A diferencia de Bradley y Patton, Montgomery

prefería esperar un poco antes de lanzar una contraofensiva. Patton, con su aguda percepción de las posibilidades operacionales, se declaró partidario de que los ejércitos 1º y 3º lanzaran profundos ataques de envolvimiento en la base del saliente. Pero Bradley no quería correr riesgos y Hodges arguyo que la red de carreteras del norte era primitiva y obstaculizaría los movimientos de sus tropas. Como era de esperar, Montgomery se mostró partidario de la solución más limitada, es decir, expulsar a los alemanes del saliente en vez de intentar aislarlos. Así pues, los otros mandos aliados impusieron su opinión a Patton, como había ocurrido tantas veces. Los ejércitos 1º y 3º atacarían en dirección a Houffalize, en el centro del saliente, en lugar de hacia el este. Luego avanzarían sobre la frontera alemana.

La derrota de los alemanes en la batalla de las Ardenas fue una victoria para el soldado norteamericano. Había aguantado todo lo que la Wehrmacht había podido arrojarle, sobre todo al empezar la batalla, cuando se hallaba en inferioridad numérica y no contaba con protección aérea. Sin embargo, no fue una victoria para el alto mando norteamericano. Al principio, la fuerza y la ferocidad del ataque nazi pillaron totalmente por sorpresa a los generales norteamericanos, a pesar de la abundancia de indicios de que los alemanes estaban llevando a cabo una gran concentración de fuerzas. A partir de entonces, con la excepción de Patton, reaccionaron como si la balanza de la guerra se hubiera inclinado de forma espectacular a favor de los alemanes. Eisenhower, aturdido y descorazonado, pidió a los Jefes del Estado Mayor Conjunto que mandaran a Europa todos los soldados disponibles en los Estados Unidos continentales; incluso acarició la idea de que pusieran a su disposición 100 000 infantes de marina, lo cual era una asombrosa confesión de pesimismo si se tienen en cuenta sus prejuicios contra la infantería de marina. En un gesto de desesperación —que fue desastroso por sus repercusiones en la posición negociadora anglonorteamericana en Yalta—, los comandantes aliados suplicaron a los soviéticos que empezaran su esperada ofensiva de invierno en Polonia. Y finalmente, una vez hubieron detenido a los alemanes, el alto mando norteamericano, encabezado por Bradley y Hodges, optó por simplemente expulsar al enemigo de las Ardenas en lugar de aniquilarlo.

Las bajas norteamericanas son una indicación de la dureza de la batalla. En un mes y medio, las unidades norteamericanas sufrieron 81 000 bajas, divididas en 19 000 muertos, 15 000 prisioneros (más de la mitad de ellos pertenecientes a la 106ª división de infantería) y 47 000 heridos. Las bajas alemanas fueron aproximadamente 100 000; pero la pérdida de 800 tanques y cantidades ingentes de material militar de otro tipo hizo más daño a la Wehrmacht que la pérdida de efectivos humanos. La Ofensiva Combinada de Bombardeo ya había paralizado casi totalmente el sistema alemán de transportes. Los alemanes ya no podían hacer llegar a las unidades de combate las escasas armas y municiones que las fábricas de Speer producían bajo las terribles condiciones del invierno de 1944-1 945. En realidad, la ofensiva de las Ardenas agotó la reserva estratégica alemana no sólo en el oeste, sino también en todo el Reich. A los alemanes no les quedaba nada salvo enemigos y éstos se disponían a asestar el golpe mortal.

97. Desembarco de soldados estadounidenses en la playa de Omaha el Día D, 6 de junio de 1944. Los paracaidistas que se lanzaron en el interior fueron de gran ayuda para las tropas que desembarcaron en esta playa.

98. Un fusil M-1 y un casco indican la sepultura provisional de un soldado norteamericano, el precio de la operación Overlord.

99. Soldados británicos del comando nº 4, apoyados por tanques anfibios, libran intensos combates el Día D al dirigirse tierra adentro para establecer contacto con la 6ª división aerotransportada británica.

100. Tropas canadienses se protegen detrás de un tanque Sherman en su avance hacia el sur, camino de Falaise, a comienzos de agosto de 1944. Al no cerrarse la brecha entre Falaise y Argenten gran número de soldados alemanes consiguieron librarse del cerco.

101. Soldados norteamericanos inspeccionan los restos del contraataque de los blindados alemanes en Mortain. En primer plano se ve un semioruga alemán rodeado de soldados muertos por el fuego de la artillería norteamericana.

102. Paracaidistas estadounidenses de la 101ª división aerotransportada desarman a paracaidistas alemanes cerca de Eindhoven en los inicios de la operación Market Garden. Iniciada con mucho optimismo, esta operación condujo a la mayor derrota que sufrieron los aliados en el último año de la guerra.

103. Ike en un momento de reposo, Bélgica, noviembre de 1944. Detrás de la sonrisa había una comprensión del marco político y estratégico que en gran parte no supieron captar sus subordinados norteamericanos y británicos.

104. Un joven miembro de las Waffen SS se detiene para mirar a la cámara mientras él y sus camaradas saquean un convoy de abastecimiento durante la batalla de las Ardenas. De su cuello cuelga munición para la ametralladora de su pelotón.

105. En las Ardenas, dos soldados norteamericanos muertos y despojados de su equipo (uno de ellos incluso de sus botas) yacen en la nieve.

106. Un aviso de la rama más odiada de las fuerzas armadas, la policía militar, añade un toque extraño a la plaza mayor de Bastogne una vez terminada la batalla de las Ardenas.

107. El mariscal de campo Walter Model habla con uno de sus soldados jóvenes a finales del invierno de 1944. A diferencia de la mayoría de sus colegas, Model creía que después de mandar a tantos soldados a la muerte no debía sobrevivir a la guerra con honor. Se suicidó al derrumbarse la bolsa del Ruhr, en abril de 1945.

108. En Yalta, los tres grandes posan para una fotografía. La mala salud de Roosevelt es notoria. El mariscal de campo Brooke se encuentra en el extremo izquierdo. El almirante King está exactamente detrás de Churchill; el almirante Leahy y el general Marshall aparecen detrás de Roosevelt.

109. Comandantes aliados del frente occidental posan para las cámaras a finales de marzo de 1945. Brooke, Eisenhower y Montgomery están a la izquierda. Bradley se encuentra en el extremo derecho, tratando de parecerse a Patton.

110. Soldados norteamericanos buscan refugio de los proyectiles de la artillería alemana en el túnel de ferrocarril que lleva al puente de Remagen. La victoria norteamericana de Remagen mostró que la Wehrmacht, aunque seguía siendo un adversario tenaz, ya no podía responder a la movilidad aliada.

111. Unidades de vanguardia de la 6ª división blindada norteamericana avanzan por un pueblo alemán en abril de 1945. El cadáver de un soldado norteamericano yace en primer término. De la ventana de una casa cuelga una sábana en señal de rendición.

112. Hitler afirmó en una ocasión que las futuras generaciones de alemanes no podrían reconocer su país. Un soldado norteamericano contempla las ruinas de Nuremberg.

113. Víctimas hambrientas del campo de concentración nazi de Ebensee, Austria, miran a sus liberadores del ejército norteamericano.

114. Cadáveres de judíos que trabajaban en el campo de las SS de Neunburg ejecutados en el bosque.

115. Efectivos afro-americanos de la 7ª compañía de municionamiento, 1ª división de infantería de marina, avanzan en septiembre de 1944 desde la playa de Peleliu, en las islas Palau, en el oeste del Pacífico. Luchando hasta la muerte desde cuevas profundas y fortificaciones artificiales, por primera vez en la guerra los defensores japoneses pararon los pies a una división de infantería de marina.

116. Los soldados descargan dos barcos de desembarco para tanques (LST) en Leyte, durante la primera fase de la reconquista de las Filipinas, en octubre de 1944. El mal tiempo, los ataques aéreos y navales de los japoneses y una tenaz defensa en tierra trastornaron el ambicioso plan de MacArthur para su triunfal «retorno».

117. La agrupación 38.3 de la 3ª flota de Estados Unidos regresa a Ulithi, en las Palau, después de lanzar ataques aéreos contra los aeródromos japoneses de Luzón, Filipinas. Los dos portaaviones van seguidos por tres acorazados rápidos y cuatro cruceros especialmente armados para la defensa antiaérea.

118. MacArthur saluda a guerrilleros filipinos en Banambang, Luzón, después del desembarco norteamericano en el golfo de Lingayen en enero de 1945. Las fuerzas guerrilleras filipinas jugaron un papel importante en la liberación de las islas.

119. Una familia de refugiados filipinos huye del centro de Manila mientras la batalla entre norteamericanos y japoneses destruye la parte central de la ciudad y mata a 100.000 filipinos.

120. Destacamentos del ejército y la marina descargan bidones de gasolina de 189 litros en el golfo de Lingayen para alimentar el avance del 6º ejército estadounidense hacia Manila. Aunque el apoyo logístico aseguró la liberación de Luzón, la hábil campaña defensiva ideada por el general Yamashita Tomoyuki causó problemas continuos al ejército de MacArthur.

121. Una patrulla del 2/11° batallón de infantería de la fuerza imperial australiana cruza las aguas crecidas del río Danmap, en Nueva Guinea, en enero de 1945. Los australianos continuaron obligando a retroceder a fuerzas japonesas aisladas en Nueva Guinea y Nueva Bretaña hasta el final de la guerra, mientras los dos ejércitos norteamericanos de MacArthur se dirigían al oeste para liberar las Filipinas.

122. Soldados británicos el 14° ejército del teniente general William Slim cruzan el río Irawadi en Birmania en marzo de 1945 con una balsa improvisada impulsada por motores fueraborda. Al terminar la guerra el 14° ejército había reconquistado la totalidad de Birmania eliminando prácticamente de la región al ejército japonés.

123. Efectivos de la 5ª división de infantería de marina avanzan por los bancales de las playas volcánicas de Iwo Jima en febrero de 1945. El sistema defensivo japonés basado en cuevas y blocaos causó muchas víctimas mortales a la infantería de marina durante las siete semanas de la batalla.

124. Camilleros de la infantería de marina evacuan a camaradas heridos en Iwo Jima. Aunque en la batalla cayeron más de 25.000 militares norteamericanos (unos 6.000 murieron), la campaña aérea contra Japón obtuvo una base importante en la que encontrarían refugio seguro después de un amerizaje forzoso 24.000 aviadores.

125. Lanchas de desembarco de la marina descargan gasolina y pertrechos para el 10° ejército estadounidense en su lenta campaña para la toma de Okinawa en abril-julio de 1945. Los ataques de los aviones kamikazes y de fuerzas navales suicidas de diversos tipos pusieron a la flota norteamericana en peligro constante y le infligieron terribles bajas.

126. Columnas de humo del incendio del portaaviones *Bunker Hill* (CV-17), alcanzado en un hangar por un kamikaze el 10 de mayo de 1945. Murieron más de 400 tripulantes, pero los supervivientes mantuvieron el buque a flote. Los aviones kamikazes infligieron los mayores daños a la marina norteamericana en la segunda guerra mundial.

127. La nube característica en forma de hongo de una explosión nuclear se alza sobre la ciudad japonesa de Nagasaki el 9 de agosto de 1945. El efecto de dos bombas atómicas más la intervención rusa persuadieron a los dirigentes japoneses para que aceptasen las condiciones de rendición el 14 de agosto.

128. Aunque la principal capitulación japonesa tuvo lugar en el acorazado *Missouri* en la bahía de Tokio el 2 de septiembre de 1945, las guarniciones japonesas de toda Asia y el Pacífico esperaron antes de rendirse la llegada de las fuerzas expedicionarias aliadas. A bordo del buque australiano *Moresby*, el coronel Kaida Tatsuichi del ejército imperial japonés entrega a los australianos Timor, las Indias Orientales Holandesas y las Indias Orientales Portuguesas. Tras la rendición los aliados desarmaron y repatriaron a más de cinco millones de japoneses destacados en ultramar.

EL DERRUMBAMIENTO DEL REICH

En medio de un aire de irrealidad, el alto mando alemán respondió tarde, si es que respondió, a los desastres. Hitler siguió mostrándose

optimista sobre las perspectivas en el oeste hasta finales de diciembre, e incluso entonces se negó a aprobar nada salvo retiradas de última hora. Así pues, la respuesta alemana a un envolvimiento profundo de las Ardenas podría haber provocado otro desastre como el de Falaise. Pero mientras se retiraba de las Ardenas, la Wehrmacht tuvo que enfrentarse a su peor pesadilla en el este. Hitler se negó a creer que los soviéticos estuvieran preparando una gran ofensiva en el frente polaco. A comienzos de enero de 1945, al intentar Guderian advertir al *Führer* del desastre que se avecinaba, se produjo una furiosa discusión y Hitler declaró que los cálculos del OKH sobre los efectivos soviéticos eran cosas de locos. Además, las divisiones blindadas que el OKH aún tenía en el este se hallaban mal distribuidas. De las 18 divisiones que había en dicho teatro, siete estaban luchando en los alrededores de Budapest, dos se encontraban en la guarnición aislada de Curlandia (Letonia), cuatro estaban en Prusia Oriental y sólo cinco se hallaban en reserva para cubrir la Polonia central.

Mientras tanto, los soviéticos habían pasado cuatro meses reconstruyendo sus fuerzas y estableciendo inmensos depósitos de pertrechos a orillas del Vístula. Cuatro frentes masivos —(de sur a norte) el 1º Frente Ucraniano (bajo Konev), el 1º Bielorruso (Zhukov), el 2º Bielorruso (Rokossovski) y el 3º Bielorruso (I. D. Cherniajovski)— se habían preparado para asestar el mayor golpe de la guerra. Las fuerzas soviéticas eran de poco menos de cuatro millones de hombres, 9800 tanques y más de 40 000 piezas de artillería, morteros pesados incluidos. El peso de la ofensiva estaría en el sur y el centro de las fuerzas de Konev y Zhukov; la superioridad soviética era allí de cinco a uno en tropas, cinco a uno en blindados y siete a uno en artillería. Además, los soviéticos poseían flotas inmensas de camiones obtenidos al amparo del programa de Préstamo y Arriendo que garantizaban el apoyo logístico a las operaciones profundas, mientras que los alemanes, privados de la mayor parte de su carburante por la Ofensiva Combinada de Bombardeo, se hallaban prácticamente inmovilizados.

La dirección principal de la ofensiva sería de Varsovia a los Cárpatos y su objetivo sería tomar Silesia, con su considerable potencia industrial. Los dos frentes del norte tenían que aniquilar a

las fuerzas alemanas que defendían Prusia Oriental y cubrir el avance hacia el Oder. Como las potencias occidentales les habían pedido que las ayudaran a desviar reservas alemanas de las Ardenas a principios de enero, los soviéticos adelantaron el ataque aproximadamente una semana.

A primera hora de la mañana del 12 de enero, el 1º Frente Ucraniano de Konev abrió la ofensiva. Un tremendo bombardeo de artillería obligó a las tres divisiones del XLVIII cuerpo blindado alemán a abandonar sus posiciones. Antes de que transcurrieran nueve horas, los soviéticos habían lanzado sus fuerzas blindadas a explotar las brechas abiertas por los ataques iniciales. Tan rápido fue el avance soviético que sus puntas de lanza alcanzaron a las divisiones blindadas alemanas 16ª y 17ª en las zonas donde se estaban reuniendo. Al caer la tarde del 12 de enero, las divisiones de Konev habían avanzado más de 30 kilómetros desde su punto de partida. Al finalizar el día siguiente, la base del saliente que Konev estaba introduciendo en las líneas alemanas tenía una longitud de 64 kilómetros, a la vez que en algunos lugares los blindados soviéticos habían llegado 48 kilómetros detrás de la primera línea original.

El 14 de enero, el 1º Frente Bielorruso de Zhukov empezó su ataque. Un devastador bombardeo de artillería cayó sobre los defensores, mientras Hitler, una vez más, no quería ni pensar en retirarse a mejores posiciones defensivas. El 9º ejército alemán se derrumbó con tanta rapidez ante el bombardeo y el reconocimiento iniciales que los soviéticos cancelaron los bombardeos complementarios que tenían planeados. Algunas de las divisiones de Zhukov avanzaron más de 22 kilómetros el primer día; lo que es aún más importante, el
26°
cuerpo de guardias fusileros tomó un puente sobre el río Pilitsa que podía resistir el peso de los tanques. Así pues, el avance del 2º ejército de tanques llevaba mucho adelanto.

En la mayoría de los lugares las defensas alemanas se derrumbaron por completo. Los ataques aéreos soviéticos destruyeron un contraataque del XL cuerpo blindado casi antes de que empezara. Desde Varsovia hasta los Cárpatos, la situación iba empeorando de hora en hora. En Silesia, los alemanes tenían un

número importante de tanques, pero prácticamente nada de carburante para llevar a cabo una defensa móvil. Guderian, desesperado, pidió que todos los refuerzos se enviaran a la batalla; pero el 16 de enero, Hitler le informó de que, si bien dos cuerpos blindados del 6º ejército blindado de las SS abandonarían las Ardenas, sería para dirigirse a Hungría y continuar los ataques que los alemanes habían lanzado al norte de Budapest.

El 18 de enero, el 1º Frente Bielorruso y el 1º Ucraniano ya se dirigían hacia el Oder; el avance de Konev alcanzó al XLII cuerpo alemán y, después de destruir su cuartel general, aniquiló las unidades aisladas y presas de pánico. Hitler respondió finalmente al empeoramiento de la situación en el sur de Polonia, que ya amenazaba con tragarse Silesia, ordenando que el cuerpo blindado Grossdeutschland se trasladara allí desde Prusia Oriental. Pero no cabe duda de que esa maniobra fue desnudar a un santo para vestir a otro. Contra las fuerzas alemanas que defendían Prusia Oriental, el 3º Frente Bielorruso había empezado su ataque el 13 de enero. Los alemanes utilizaron aquí las defensas preparadas en los años veinte y treinta, así como otras que databan del período de intensos combates en el otoño de 1944. No hubo un avance rápido, sino sólo una lucha encarnizada en que las bajas fueron numerosas en ambos bandos. Sin embargo, el traslado de la Grossdeutschland y otras reservas al sur aligeró la tarea de las tropas soviéticas que avanzaban sobre Königsberg. El 21 de enero, los soviéticos tomaron la zona donde antes estaba el gran monumento de Tannenberg, que conmemoraba la victoria del

mariscal Paul von Hindenburg en agosto de 1914. Pero los alemanes ya habían dinamitado el monumento y trasladado el cadáver del mariscal al oeste.

Las dificultades que las fuerzas soviéticas estaban experimentando en Prusia Oriental provocaron un cambio considerable en el eje de avance del 2º Frente Bielorruso. Rokossovski empezó su ofensiva el 14 de enero con la intención de

llegar al Oder, en el flanco derecho de Zhukov. Pero la *Stavka* ordenó al 2º Frente Bielorruso que en vez de avanzar hacia el noroeste avanzara hacia el norte con el objeto de aislar Prusia Oriental del resto de Alemania y colocarse detrás de sus defensores. El 24 de enero, las puntas de lanza soviéticas, que cruzaron Elbing en línea recta con los faros encendidos, ya habían llegado al Báltico. Prusia Oriental había quedado aislada del resto del Reich mientras, presionadas por el 3º Frente Bielorruso, las tropas que la defendían se replegaban hacia las defensas exteriores de Königsberg. No obstante, el cambio de dirección del avance de Rokossovski dejó al descubierto el flanco norte de Zhukov.

De momento no pareció que tuviese importancia. Varsovia, Lodz y Cracovia habían caído rápidamente. El 22 de enero, el 8º ejército de guardias, mandado por el coronel general V. I. Chuikov, el héroe de Stalingrado, rodeó Poznan y a 60 000 soldados de la Wehrmacht. El 31 de enero, unidades de la vanguardia del 2º ejército de tanques de los guardias de Bogdanov había llegado al río Oder por la fortaleza de Kustrin, a más de 402 kilómetros del punto de partida. Al mismo tiempo, las fuerzas de Konev se dirigían al noroeste siguiendo el Oder y cruzando la Silesia alemana; el 4º ejército de tanques y el
13°
ejército incluso se las arreglaron para establecer una cabeza de puente en la otra orilla del Oder justo al norte de Breslau. Mientras tanto, el 3º ejército de tanques de los guardias giró hacia el sur en Oppeln y luego siguió avanzando en dicha dirección a lo largo del Oder con el fin de tomar gran parte de la región industrial de Silesia.

Este grupo masivo de ejércitos soviéticos ya estaba luchando en territorio alemán. Tres años y medio de ocupación alemana, de privaciones y de destrucción, de agresión y aniquilamiento, habían despertado una rabia asesina entre las tropas soviéticas. Azuzadas por Ilya Ehrenburg, el propagandista de Stalin, las tropas soviéticas desencadenaron un reinado del terror en el territorio alemán que incluyó violaciones en masa, el brutal asesinato de decenas de miles de civiles, saqueos y destrucción sin sentido. Por citar un solo ejemplo de las atrocidades que cometió el Ejército Rojo, los tanques soviéticos se lanzaban a toda velocidad contra las columnas de

refugiados y los artilleros disparaban contra los alemanes que le libraban de morir aplastados bajo ellos. A la larga, estos crímenes contra civiles alemanes perjudicarían los esfuerzos soviéticos por instaurar un régimen comunista en la Alemania Oriental. Y, sin embargo, por salvajes que fueran las atrocidades que perpetraron las tropas soviéticas, o por inocentes que fuesen algunas de las víctimas, el pueblo alemán y su régimen habían sembrado el viento con sus propios crímenes y ahora recogían las tempestades.

Había apenas 80 kilómetros entre las fuerzas soviéticas que estaban a orillas del Oder cerca de Kustrin y la capital alemana. A comienzos de febrero, la *Stavka* creía que sólo sería necesario hacer un breve alto para reorganizar los frentes de Zhukov y Konev antes de reanudar el avance hacia Berlín. Pero varios factores retrasaron el ataque en la otra orilla del Oder. El flanco de Zhukov seguía estando al descubierto en el norte. Además, numerosos refuerzos alemanes empezaban a llegar finalmente al Oder y en especial a Pomerania, donde el
11°
ejército blindado de las SS estaba reuniendo sus efectivos y parecía amenazar el flanco de Zhukov. El segundo factor fue que la fuerza de Konev residía en su flanco sur. Por consiguiente, tendría que hacer cambios importantes en su despliegue para apoyar a Zhukov. A su vez, los cambios en el despliegue exigían que Konev limpiase el resto de Silesia, incluida la ciudad «fortaleza» de Breslau.

Dado que las fuerzas de Zhukov se encontraban ahora bien situadas a orillas del Oder, la *Stavka* decidió limpiar los flancos antes de reanudar el avance sobre Berlín. Como las potencias occidentales se encontraban todavía en la otra orilla del Rin, parecía innecesario correr riesgos. Es claro que la actuación de los alemanes contribuyó a que los soviéticos se decidieran. El 8 de febrero, Konev empezó el asalto desde sus cabezas de puente en la margen occidental del Oder; pronto resultó obvio que las defensas alemanas eran más fuertes de lo que se había previsto. Si bien las tropas soviéticas rodearon Breslau, los defensores estaban situados y pertrechados para un asedio prolongado. En el norte, el 2º Frente Bielorruso, al que se había privado de gran parte de sus efectivos para que luchasen en Prusia Oriental, hizo pocos progresos en Pomerania. Además, el

ejército blindado de las SS atacó el flanco de Zhukov. Un rápido cambio del despliegue de las fuerzas de Zhukov y Rokossovski permitió entonces a los soviéticos empezar su ofensiva contra Prusia Occidental y Pomerania el 24 de febrero. Una vez más el ataque soviético cogió desprevenidos a los alemanes. Al terminar la primera semana de marzo, los soviéticos habían tomado la totalidad de Pomerania y obligado a los alemanes —los que habían sobrevivido— a cruzar el Oder.

Asombrosamente, dadas las victorias que habían obtenido los soviéticos desde el Báltico a los Cárpatos, y dado que Zhukov ya se encontraba cerca de Berlín, Hitler persistió en sus esfuerzos por obligar a las fuerzas soviéticas a replegarse hacia Budapest. El 6º ejército blindado de las SS llevó a cabo la difícil maniobra de cruzar las ruinas del sistema de transportes alemán para desplegarse en la llanura húngara mientras la catástrofe se producía en el norte. Quizá la ascendencia austríaca de Hitler y el deseo de proteger Viena y las tierras de los Habsburgo de los estragos que causaban los soviéticos fueron lo único que distrajo su atención de Prusia Oriental, Pomerania y Silesia. Fuera cual fuese la razón, a principios de marzo el 6º ejército blindado de las SS lanzó su ofensiva, que como máximo fue un ataque destructivo que no tenía ninguna perspectiva de alcanzar una importante victoria operacional. Los soviéticos estaban preparados y, como hicieran durante la ofensiva Ciudadela, se negaron a utilizar sus reservas. Después de que los alemanes agotaran su fuerza en un avance de más de 30 kilómetros, la contraofensiva soviética sencillamente los arrolló de un extremo a otro del frente. Al disolverse las defensas alemanas, quedó abierto el camino de Viena.

Estas victorias soviéticas tuvieron lugar inmediatamente antes de la conferencia de Yalta y simultáneamente con ella en febrero de 1945. En la conferencia los principales aliados dividieron la nación alemana, que pronto sería vencida. Dado que los ejércitos de Stalin estaban obteniendo grandes victorias, que los ejércitos anglonorteamericanos se encontraban atascados en la otra orilla del Rin y que las tropas soviéticas se hallaban a menos de 80 kilómetros de Berlín, para Gran Bretaña y Estados Unidos fue un gran éxito diplomático recibir la totalidad de la Alemania occidental y una

parte considerable del centro de Alemania para sus zonas de ocupación. En Yalta, Brooke continuó la campaña británica cuyo objetivo era poner la guerra en tierra en manos de Montgomery y llevar a cabo un solo avance al norte del Ruhr. Pero los norteamericanos se opusieron; por razones militares además de políticas, no estaban dispuestos a entregar el mando de la guerra en tierra a Montgomery. Y como pronto demostrarían los acontecimientos, hacerlo hubiera sido un error estratégico, además de operacional, de enorme magnitud.

Mientras las tropas norteamericanas expulsaban a los alemanes de las Ardenas a finales de enero, Eisenhower se asignó como objetivo operacional el avance sobre el Rin. Estaba dispuesto a conceder mucha libertad de acción a Bradley y Patton, pero les advirtió que daría la mayor importancia al avance de los ingleses al norte del Ruhr, que contaría con el apoyo del 9º ejército de Simpson. No obstante, Ike rechazó otra pesada solicitud de Montgomery de que el 1º ejército de Hodges permaneciera bajo el control del
21°
ejército.

A comienzos de febrero, el 1º ejército canadiense lanzó la operación Veritable desde el norte para obligar a los alemanes a volver a la otra orilla del Rin. Al mismo tiempo, el
9°
ejército lanzó la operación Granada en la otra orilla del Roer con la intención de dirigirse al norte y enlazar con los canadienses. Aunque las presas acabaron cayendo en poder de los norteamericanos, los alemanes habían provocado una avenida al destruir los desagües y la maquinaria de control. Hasta el 23 de febrero las aguas del Roer no descendieron lo suficiente para que Simpson pudiese atacar.

No obstante, el efecto de la ofensiva combinada del
9°
ejército norteamericano y el 1º ejército canadiense puso a los ejércitos de paracaidistas alemanes
15°
y 1º en una situación desesperada. A pesar de las súplicas de Rundstedt y Model, Hitler se negó a permitir una retirada. A

principios de marzo, las tropas de Simpson estaban limpiando el Rin y buscando un puente que los alemanes aún no hubieran destruido. Los alemanes consiguieron volar todos los puentes. A pesar de ello, Simpson pidió permiso para cruzar el río cerca de Ürdingen, donde había pocas tropas enemigas y donde, a su juicio, el terreno abierto en el lado norte del Ruhr ofrecía grandes posibilidades de explotación. La respuesta de Montgomery indica por qué no era el hombre indicado para el puesto de comandante de todas las fuerzas de tierra aliadas rechazó la solicitud de Simpson y esperó dos semanas antes de llevar a cabo su masivo, pesado, cuidadosamente planificado y anunciado durante mucho tiempo cruce del Rin.

Si bien Bradley tuvo que ceder varias divisiones al 9º ejército, aún tenía 22 divisiones en sus dos ejércitos. Hasta este momento de 1945 los ejércitos 1º y 3º habían hecho pocos progresos. El VII cuerpo de Collins había apoyado el ataque de Simpson en la otra orilla del Roer; el cruce había abierto ahora el camino para que Collins atacase Colonia. El 5 de marzo su gran catedral ya estaba en poder de los estadounidenses. Mientras tanto, el III cuerpo había llegado al Rin por Bonn y luego había girado hacia el sur para atacar a alemanes, que estaban más interesados en cruzar el río que en defender Renania. Hitler, por supuesto, seguía empeñado en no permitir la retirada, por lo que las unidades disponibles en Eifel permanecían en su sitio con su flanco norte cada vez más vulnerable.

Al sur de Bonn, a orillas del Rin, se encuentra la población relativamente pequeña de Remagen, cuya importancia se debe sólo a que el puente del ferrocarril Ludendorff cruzaba el río por ese punto. A media tarde del 7 de marzo, una agrupación de la 9ª división blindada norteamericana, encabezada por varios tanques Pershing, avanzó entre los alemanes que huían. Una gran explosión recibió a los norteamericanos ruando se acercaban al puente desde el oeste. Siguió una explosión todavía mayor cuyo objetivo era obviamente hacer que el puente se desplomase en el Rin. Al disiparse el humo, tanto los alemanes como los norteamericanos vieron con asombro que el puente seguía en su sitio: las cargas explosivas lo habían alzado en el aire en lugar de retorcerlo y el puente había vuelto a quedar apoyado en sus pilares.

Los norteamericanos reaccionaron sin esperar órdenes; soldados

de infantería, apoyados por el nutrido fuego de las ametralladoras y los tanques, cruzaron rápidamente el puente y obligaron a los alemanes a retroceder. Al llegar la noche, un pequeño contingente de tanques norteamericanos ya se encontraba en la otra orilla, y antes de
24 horas 8000
hombres se encontraban también en ella. Durante los diez días siguientes, Hodges situó fuerzas numerosas en la otra orilla del río Rin a pesar de los esfuerzos desesperados que los alemanes hacían por destruir el puente. La toma del puente había encantado a Eisenhower y Bradley, aunque ninguno de ellos mostró mucho interés por explotar la ventaja. Hodges se enfureció cuando Eisenhower limitó a cinco el número de divisiones del 1º ejército en la cabeza de puente, al tiempo que Bradley ordenaba al 1º ejército que limitase su avance a 914 metros diarios y se detuviera al llegar a la autopista de Francfurt.

Mientras el 1º ejército obtenía esta victoria, Patton llevó a cabo su propio cruce del Rin. El 3 de marzo, el 3º ejército había pasado a la ofensiva en Eifel. Tan tenues se habían vuelto las posiciones alemanas que las defensas se vinieron abajo el primer día. Antes de tres días, la 4ª división blindada había avanzado más de 70 kilómetros y llegado al Rin. Patton giró entonces hacia el sur por detrás de los ejércitos alemanes 1º y 7º, que seguían en sus posiciones a orillas del Mosela y en el *Westwall* . El 14 de marzo, uno de los cuerpos de Patton cruzó el bajo Mosela cerca de Coblenza y existía la amenaza real de que las tropas de Patton bajaran por el Rin y aislaran al resto de las tropas alemanas en la margen occidental. En un avance que recordó el de agosto de 1944, el 3º ejército limpió la margen occidental del Rin hacia el sur hasta Worms y Speyer; los ejércitos 3º y 7º hicieron más de 100 000 prisioneros alemanes.

La orden de Hitler de que las fuerzas alemanas se mantuvieran firmes en la otra orilla del Rin había contribuido mucho a las victorias norteamericanas. En total, Model y Rundstedt perdieron más de un cuarto de millón de hombres, que cayeron prisioneros, y un tercio de sus efectivos en la defensa de lo indefendible. Los alemanes volvían a estar ahora a orillas del Rin y no tenían nada excepto unidades muy maltrechas para defender el frente. Patton,

huelga decirlo, estaba pensando en cruzar el Rin tan pronto como sus tropas hubieran limpiado la margen occidental. Durante la noche del 22 de marzo, el 3º ejército conquistó dos puntos por donde se podía cruzar el río y sus ingenieros se pusieron inmediatamente a trabajar en la construcción de pontones. La tarde siguiente Bradley comunicó a la prensa que sin ningún bombardeo de artillería, sin apoyo aéreo y sin lanzamientos de paracaidistas, el 3º ejército había logrado cruzar el Rin, clara indirecta a la masiva ofensiva de Montgomery. Cuatro días después, las tropas del 7º ejército de Patch habían tomado una cabeza de puente en Worms y pronto las seguiría el 1º ejército francés de Lattre de Tassigny.

En marcado contraste, el
21˚
ejército juntó ingentes recursos, lo preparó todo hasta el último detalle, llevó a cabo tremendos bombardeos aéreos y de artillería y lanzó numerosos paracaidistas contra los agotados y débiles defensores alemanes. En realidad, el
21˚
Grupo de Ejércitos hubiera podido cruzar el río por el norte del Ruhr semanas antes, como había recomendado Simpson. En una visita al cuartel general de Eisenhower poco después de que empezara la explotación, Brooke reconoció que la estrategia de frente amplio estaba dando buenos resultados, pero sólo porque los aliados tenían suficientes fuerzas de tierra. Lo que, ni que decir tiene, no reconoció el jefe del estado mayor imperial, fue que en febrero, sin ir más lejos, había insistido enérgicamente en que Montgomery mandase todas las fuerzas de tierra anglonorteamericanas. En realidad, de haber sido así, el avance hubiera sido mucho más dificultoso y, además, hubiera limitado las operaciones aliadas a la llanura del norte de Alemania.

A principios de abril, los ejércitos de las potencias occidentales se extendieron por el corazón de la Alemania nazi. El 26 de marzo, después de recibir finalmente permiso para explotar su cabeza de puente, el 1º ejército empezó su avance para envolver el Ruhr desde el sur. Hodges había recibido la orden de avanzar alrededor del Ruhr para encontrarse con el 9º ejército de Simpson al nordeste de Paderborn. En dos días, la división que formaba su vanguardia, la 3ª blindada, había llegado a 72 kilómetros del límite meridional del

Ruhr. La carrera del 1º ejército hacia Paderborn cobró más velocidad aún y en un solo día, el 30, la 3ª división blindada avanzó 72 kilómetros. Sin embargo, a pesar de la rapidez del avance, hubo incontables choques a pequeña y media escala con tropas alemanas que causaron centenares de muertos norteamericanos y todavía más alemanes y que dejaron pueblos y ciudades enteras convertidos en montones de ruinas humeantes. A diferencia de los ingleses —quizá porque sus experiencias habían sido muy distintas en la última guerra— los comandantes norteamericanos estaban dispuestos a sufrir numerosas bajas al abrirse paso luchando por los pueblos alemanes para que el avance no se detuviera. A poca distancia de Paderborn —importante centro de adiestramiento de tanquistas de la Wehrmacht y las Waffen SS—, una de las columnas de la vanguardia de la 3ª división blindada se encontró con un grupo de tanques Tiger y Panther tripulados por alumnos e instructores del centro. El encuentro se convirtió en una escalofriante repetición de lo ocurrido en VillersBocage. Los alemanes acribillaron la vanguardia y la retaguardia de la columna y luego procedieron a destruir todo lo que había entre ellas. Los encargados del mantenimiento contaron luego las pérdidas: un cañón antitanque autopropulsado M36, dos *jeeps* , tres camiones, 17 tanques Sherman y 17 semiorugas.

Los intensos combates alrededor de Paderborn inducen a preguntarse cuándo se derrumbó definitivamente la resistencia alemana. Sin duda las flechas largas y agudas que cubrían todo el oeste y el centro de Alemania a finales de marzo y principios de abril situarían la fecha del derrumbamiento a mediados de marzo. Eso sería una suposición incorrecta. Desprovisto de carburante y de gran parte de su munición, el ejército alemán seguía llevando a cabo una feroz resistencia con poco control u orden. Los alemanes no tenían ninguna respuesta para la fluidez y la movilidad que habían vuelto al campo de batalla tras seis largos meses. Pero en innumerables lugares lucharon hasta el final. El número de norteamericanos muertos en el teatro de operaciones europeo en abril de 1945 fue de 10 677, casi tantos como en junio de 1944 y 1500 más que en febrero de 1945; la cifra era inferior en sólo 3000 a los penosos totales de enero y marzo de 1945. La pura verdad fue que el verdadero derrumbamiento alemán no se produjo hasta la

última semana de abril. Mientras tuvieron armas y munición, los alemanes murieron por el *Führer* y se llevaron por delante a demasiados soldados norteamericanos, británicos y soviéticos.

En el nivel estratégico, Eisenhower decidió que sencillamente no valía la pena tomar Berlín. Tenía razón. Los soviéticos estaban demasiado cerca de la capital alemana, a la vez que los políticos aliados ya habían decidido las zonas de ocupación en la posguerra. Por consiguiente, no parecía haber ninguna razón para conquistar territorio pagando un alto precio sólo para entregarlo luego a los soviéticos. El
21˚
Grupo de Ejércitos de Montgomery recibió el encargo de avanzar hasta el Elba y el Báltico. El objetivo era situar fuerzas aliadas para una posible campaña en Escandinavia en el caso de que las tropas alemanas destacadas en Dinamarca y Noruega se negaran a rendirse. Curiosamente, Eisenhower tuvo que insistir mucho para que Montgomery accediera a avanzar hacia el Báltico a pesar del derrumbamiento alemán en su frente. Los ejércitos 9º y 1º debían envolver a las fuerzas alemanas en el Ruhr. Al mediodía del domingo de Pascua, 1 de abril de 1945, la 2ª división blindada del 9º ejército enlazó con la 3ª división blindada del 1º ejército; entre los brazos envolventes de estos dos ejércitos se encontraban los restos del Grupo de Ejércitos B, del
15˚
ejército, del 5º ejército blindado y del 1º ejército de paracaidistas. A mediados de abril, Model disolvió las fuerzas que le quedaban y luego se pegó un tiro en la cabeza en un bosque apartado. Cuando los norteamericanos contaron finalmente el número de prisioneros que habían hecho en la bolsa del Ruhr, la cifra era de 317 000. Simpson, Hodges y Patton pronto quedarían libres para seguir avanzando hacia el interior de Alemania. El 9º ejército conquistó rápidamente Hannover, Brunswick y Magdeburgo. A mediados de mes, había establecido una cabeza de puente en la otra orilla del Elba. Pero cuando se disponía a avanzar sobre Berlín y Potsdam, Simpson recibió de Bradley y Eisenhower la orden de dejarlo.

Al sur de Simpson, el 1º ejército pasó sin detenerse junto al macizo montañoso de Harz y llegó a Nordhausen. El 3º ejército no tardó en estar cerca de la frontera checa. Obedeciendo órdenes de

Marshall, Patton se quedó en el lado alemán de la frontera y les cupo a los soviéticos el honor de liberar Praga. Es posible que si los norteamericanos hubiesen liberado la capital, los checos se hubiesen ahorrado los cuarenta años de tinieblas que envolvieron su nación desde 1948. Pero hay que recordar que su líder, Eduard Benes, se había rendido sin chistar a los alemanes en 1938 y haría lo mismo con los soviéticos en 1948.

Mientras una parte del ejército de Patton se quedaba en Chemnitz, otras unidades se dirigieron al sur siguiendo la frontera de la región de los Sudetes para terminar finalmente la guerra en Linz. En el sur, de nuevo frente a episodios de resistencia fanática, el 7º ejército de Patch buscó el mítico reducto alpino. Lo que encontró en su lugar fue la misma mezcla de rendiciones y resistencias fanáticas. Pero el derrumbamiento del mando, la rapidez del avance norteamericano y la falta de carburante impidieron a los alemanes organizar una defensa coherente. La 101ª aerotransportada terminó la guerra en Berchtesgaden con más licor de la bodega privada de Goering del que ningún soldado norteamericano hubiera considerado posible en sus sueños más descabellados.

Al avanzar, los norteamericanos pronto encontraron las horripilantes pruebas de los campos de trabajadores esclavos. El 3º ejército tomó los que había alrededor del lugar de producción de la V2 en Ohrdruf, pero la toma del campo de Nordhausen, que era mayor, proporcionó una indicación todavía más horripilante de lo que los aliados encontrarían en toda Alemania: «Hileras e hileras de esqueletos recubiertos de piel. Los hombres yacían donde habían muerto de inanición, amarillentos, en medio de indescriptibles inmundicias humanas. Los uniformes a rayas con el número de prisionero colgaban de los esqueletos. Me fijé en particular en una muchacha; diría que tendría unos diecisiete años de edad. Yacía donde había caído, gangrenosa y desnuda».[7]

El último acto se representó en el este. Durante un mes las fuerzas soviéticas se habían preparado para él y a mediados de abril ya estaban listas. Tres frentes mandados por Konev, Rokossovski y Zhukov, respectivamente, debían asestar el golpe de muerte. Las fuerzas soviéticas consistían en no menos de 2,5 millones de soldados, 6250 tanques y cañones autopropulsados y 41 600

cañones y morteros pesados. La tempestad estalló el 14 de abril. La Wehrmacht opuso tenaz resistencia, especialmente ante las fuerzas de Zhukov. A estas alturas los alemanes ya se habían dado cuenta de que los soviéticos se estaban vengando. Pero la disparidad de fuerzas era demasiado grande para que los alemanes pudieran hacer algo más que retrasar el momento en que caería sobre ellos la ira del enemigo. Azuzadas por Stalin, que fomentaba sin disimulo una carrera hasta Berlín, las fuerzas soviéticas pronto salieron a terreno despejado. Las puntas de lanza del Ejército Rojo envolvieron primero a los ejércitos blindados 9º y 4º que luchaban a orillas del Oder. El 19 de abril, las defensas alemanas se derrumbaron totalmente. Los ejércitos de tanques de los guardias 3º y 4º de Konev avanzaron casi 96 kilómetros y subieron hasta Berlín desde el sur. El 1º Frente Bielorruso de Zhukov se aproximaba a Berlín desde el norte y el este. El día 26, Zhukov empezó el asalto final contra la capital alemana, que ahora estaba aislada. Sin ninguna orden coherente excepto las exhortaciones de Hitler, las defensas alemanas se vinieron abajo poco a poco en toda la ciudad. La masiva potencia de fuego de los soviéticos destruyó lo poco que se había salvado de los bombardeos aliados.

En su obscuro búnker, el 26 de abril de 1945 Hitler celebró su 56° cumpleaños, se casó con su amante y luego escribió su sensiblero y amargo último testamento, en el que echaba la culpa a los judíos y al pueblo alemán del derrumbamiento final y terrible del Tercer Reich. Al cabo de unas horas, con los soviéticos cada vez más cerca de las ruinas de la cancillería del Reich, Hitler se mató de un tiro en la cabeza.

El precio que pagó el Ejército Rojo por su victoria final al tomar Berlín fue monumental: 361 367 soldados soviéticos y polacos cayeron en el empeño, lo cual es una indicación de las bajas que hubieran sufrido la potencias occidentales de haber intentado tomar la capital antes de que llegaran los soviéticos. Incluso en comparación con lo que habían hecho durante el invierno, los victoriosos y vengativos soviéticos se entregaron a una orgía extraordinaria de violaciones y asesinatos en la antigua capital del Reich. En mayo de 1945 la segunda guerra mundial en Europa había llegado a su fin.

CONCLUSIÓN

Los alemanes lucharon con fanatismo hasta el final. Los crímenes que habían cometido en Polonia y en la Unión Soviética, así como los que cometieron los soviéticos contra civiles alemanes para vengarse, proporcionan una explicación parcial de la tenacidad de la defensa en el este. Pero los alemanes no fueron menos tenaces en el oeste. Una explicación más completa reside en el compromiso ideológico de toda la Wehrmacht. Ese compromiso, la creencia en Adolf Hitler y el Tercer Reich, siguió siendo fuerte hasta los últimos días de la guerra.

Los comandantes norteamericanos habían mostrado una gran mejora en la dirección de las operaciones militares en 1945. El avance hacia el Rin reveló que estaban dispuestos a explotar todas las ventajas que diera el enemigo. La negativa de Montgomery a permitir que el 9º ejército de Simpson cruzara el Rin no hizo más que confirmar su incapacidad de comprender la dirección de las operaciones que fueran más allá de la batalla convencional. En cambio, los comandantes norteamericanos que participaron en esta batalla, y no sólo Patton, mostraron una comprensión superior de la explotación y de la guerra de maniobras que llevó a la mayor victoria norteamericana de la guerra: el envolvimiento del Ruhr por los ejércitos 1º y 9º de Estados Unidos.

Pero los soviéticos fueron los que mostraron las mayores capacidades en el nivel operacional de la guerra. Desde Bagration, que eliminó prácticamente a todo el Grupo de Ejércitos del Centro en el verano de 1944, hasta las operaciones que acabaron con las fuerzas alemanas en Prusia Oriental y Polonia en el invierno de 1944-1945, los comandantes soviéticos dieron muestra de capacidades notables para el engaño, la planificación y la dirección de las operaciones. Sus victorias fueron muy superiores a lo que los alemanes habían conseguido en los primeros tiempos de la contienda. Y, pese a ello, las bajas que sufrieron las fuerzas soviéticas, si bien entraban por completo en las percepciones de la ideología de Stalin, tuvieron consecuencias políticas y sociales que pesarían sobre la Unión Soviética hasta su desaparición.

En el otro bando, los generales alemanes hicieron su guerra con desprecio total de las perspectivas a largo plazo de su pueblo. Un

tema principal en las memorias que después del conflicto escribieron algunos de ellos gira en torno a la afirmación de que «si Hitler me hubiera hecho caso», con la que es claro que daban a entender que si el *Führer* les hubiera escuchado, la Wehrmacht hubiera combatido con mejores resultados y durante más tiempo. En realidad, si Hitler hubiera escuchado a sus generales más a menudo, y si la guerra hubiese durado hasta el verano de 1945, los norteamericanos hubieran lanzado la primera bomba atómica sobre Alemania, hecho que los generales seguían siendo incapaces de ver varios decenios después de la contienda. Al final, los militares alemanes, con su hábil resistencia, se las arreglaron para destruir la mayor parte del Reich y también de Europa, lo cual fue una hazaña horrorosa.

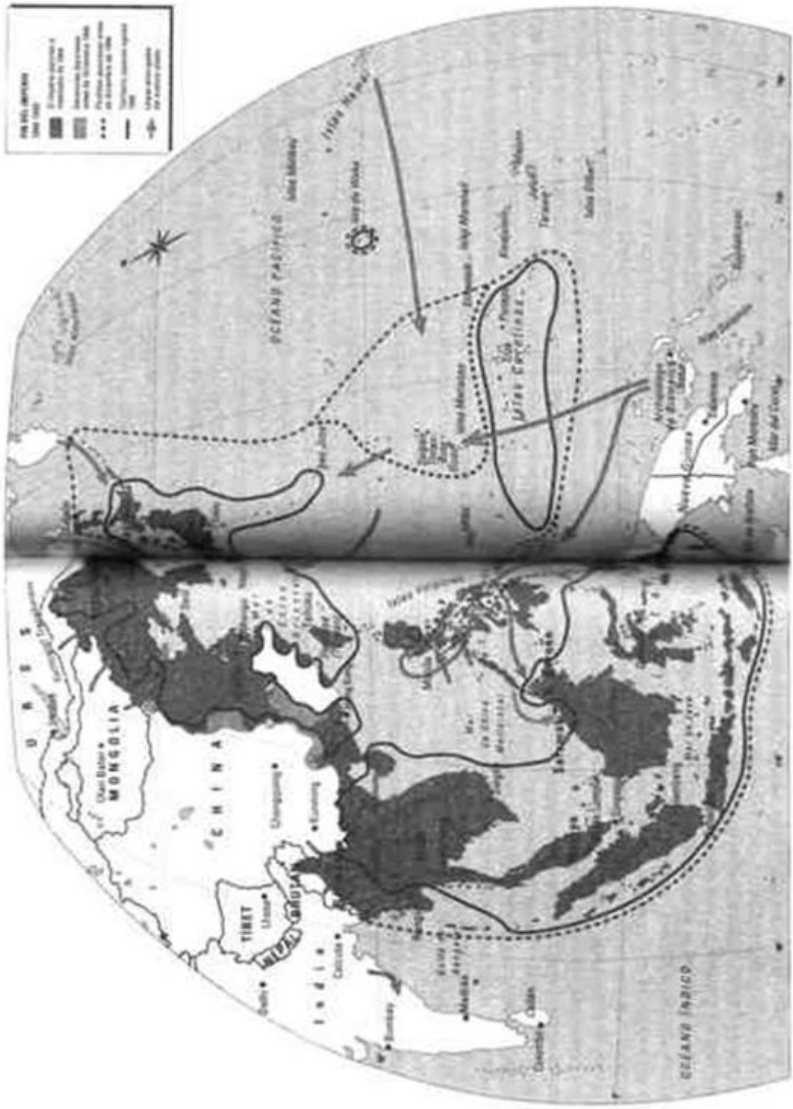
17 La destrucción del Imperio japonés 1 944 1945

MIENTRAS las fuerzas aliadas se disponían a llevar a cabo la campaña final contra el Tercer Reich, los líderes políticos y militares de la coalición anglonorteamericana examinaban la guerra con Japón. En los memorándums estratégicos redactados en el verano de 1944, los planificadores reflejaban el optimismo nacido de la caída de las Marianas y el derrumbamiento de las defensas alemanas en Francia. Desde la perspectiva norteamericana, Roosevelt y Churchill tenían ante sí tres tareas cuando volvieron a reunirse en Quebec en septiembre de 1944: (1) examinar la táctica general de los aliados para derrotar a Japón; (2) determinar el nivel y la naturaleza de la participación británica en la guerra aeronaval en el Pacífico Occidental; y (3) evaluar la necesidad de trasladar tropas norteamericanas del teatro europeo al Pacífico y programar dicho traslado.

Los Jefes del Estado Mayor Conjunto (con la excepción del almirante King, que aún quería invadir Formosa) ya habían llegado a un consenso sobre cómo derrotar a Japón. Pensaban que la clave de la destrucción de la economía y la fuerza industrial de Japón era desviar sus objetivos geográficos hacia el norte instalando bases aéreas y navales en las Bonin y las Riukiu justo al sur del archipiélago japonés. Cabía la posibilidad de que la derrota final de Japón requiriese invadir las islas de Kiushiu y Honshu. Los planificadores no consideraban necesario apresurarse a liberar las Filipinas meridionales ni las Indias Orientales Holandesas, aunque tal vez fuerzas norteamericanas podrían apoderarse de bases en la costa suroriental de China.

El defecto de este plan (JCS 924, «Operaciones contra Japón posteriores a Formosa» y sus revisiones) fue que no se ocupaba de

los japoneses en el continente asiático. Ni los ingleses ni Roosevelt se inclinaban a seguir un plan que «se olvidaba» de Asia, aunque por motivos diferentes. Roosevelt seguía creyendo que los nacionalistas chinos podían inmovilizar fuerzas de tierra japonesas y que el régimen de Chiang Kaishek podría llenar el vacío que crearía el derrumbamiento de los imperialismos europeo y japonés. En el aspecto práctico, esta creencia inspirada por el deseo proporcionaba a Roosevelt cierto alivio político, pues se veía sometido a las presiones de los partidarios de «Asia Primero» en el Partido Republicano al empezar su cuarta campaña para las elecciones presidenciales. La postura británica ante Asia también tenía sus raíces en la política, en este caso el convencimiento de Churchill de que la supervivencia del imperio británico era esencial para la rehabilitación de Gran Bretaña en la posguerra. Con la excepción del almirante lord Louis Mountbatten, Churchill no encontró otros visionarios como él entre



los altos mandos británicos, cuya preocupación principal era una salida prematura de fuerzas norteamericanas del teatro europeo. Cuando se le presionaba para que dedicase nuevos recursos a Asia, ningún oficial de alta graduación británico o norteamericano se mostraba dispuesto a reducir las operaciones en otras partes. El

general Marshall se negó a mandar a Birmania dos divisiones de infantería que estaban en Europa, a la vez que los jefes británicos no querían enviar suficientes unidades aéreas y navales para evitar la conquista de Birmania por tierra. Cuando se proponía algún plan ambicioso para ampliar la campaña en el sudeste de Asia, era inevitable que los comandantes señalaran problemas logísticos insuperables como excusa para la inacción. Lo único que se acordó en el otoño de 1944 fue que Estados Unidos proporcionara mayor apoyo aéreo al
14°
ejército del general William Slim, que se haría con el control de la carretera de Mandalay, difícil región de junglas y ríos caudalosos. Una campaña de esta índole tenía un solo atractivo para los norteamericanos: alejaría a los japoneses de la carretera de China.

Roosevelt y Marshall sacaron a regañadientes la conclusión de que la única esperanza de que Chiang Kaishek se mostrara más dispuesto a luchar consistía en devolver al general Stilwell a su antiguo puesto y reorganizar el mando estadounidense en la región. El primer cambio que hicieron fue poner un comandante norteamericano distinto, subordinado a Mountbatten, en el teatro del Pacífico Sudeste; el oficial elegido para ello fue el teniente general Daniel I. Sultán, ingeniero interesado por la aviación. Seguidamente se encomendó el teatro de China al teniente general Albert C. Wedemeyer, protegido de Marshall y renombrado planificador militar con amplia experiencia internacional. La primera medida de Wedemeyer fue hacer que Marshall «jubilara» al general de brigada Chennault, el más ferviente partidario norteamericano de Chiang Kaishek. Para dar cobertura política a estos cambios, Roosevelt escogió a Patrick Hurley, favorito de los republicanos y héroe de la primera guerra mundial, para el puesto de embajador en China. Mientras la ayuda proporcionada por el programa de Préstamo y Arriendo iba llegando en cantidades crecientes, Wedemeyer trazó planes para crear un ejército chino nacionalista modernizado que recuperase el territorio que Japón había conquistado en 1944 y establecer bases en la costa del sur de China.

En el plazo de pocas semanas, este optimismo de octubre dio paso a la sensata conclusión de que el ejército japonés en Asia no

tendría que hacer frente a la amenaza de un ejército del aire y de tierra chinonorteamericano. Los obstáculos eran numerosos. El primero fue fruto de acontecimientos inesperados en Europa, donde los grupos de ejércitos aliados habían llegado a las regiones fronterizas de Alemania al oeste del Rin pero se habían quedado atascados en una serie de batallas sangrientas desde Arnhem hasta los Alpes. En tales circunstancias, no podían trazarse planes para trasladar tropas norteamericanas de Europa a Asia. En segundo lugar, la batalla de Leyte sugirió que tendrían que desembarcar muchos más soldados norteamericanos antes de que el regreso de MacArthur a las Filipinas fuera seguro. En China misma, los diplomáticos civiles y las misiones militares (un solo ejército, una sola marina) seguían tratando de encontrar alguna forma de hacer que las fuerzas nacionalistas volviesen a combatir, pero con escaso éxito. Un grupo sintió curiosidad por los guerrilleros comunistas del norte de China y animó a Mao Zedong y Zhou Enlai a aceptar un papel secundario en un gobierno de coalición a cambio de ayuda militar norteamericana. Este acuerdo, sin embargo, no gustó a los comunistas ni a Chiang Kaishek y no contó con el respaldo del embajador Hurley, que consideraba que sus subordinados profesionales eran un hatajo de comunistas. Otra facción era partidaria de la Organización de Cooperación Chinonorteamericana del comodoro Milton Miles, que recibía apoyo de la OSS y dejó de ser una organización de observadores meteorológicos para convertirse en un grupo de bandas de guerrilleros que colaboraban con los partisanos chinos y el servicio secreto nacionalista dirigido por el general Tai Li. Esta figura misteriosa quería poner en marcha una cruzada anticomunista que le aupara al puesto de Chiang Kaishek, en vez de luchar contra los japoneses. El norte de China, donde mayor era el número de japoneses y chinos enfrentados, permaneció inactivo, en parte porque los generales nacionalistas utilizaban sus recursos para perseguir a los comunistas y no a los japoneses.

El punto muerto que se había alcanzado en China obligó a los diplomáticos y planificadores militares norteamericanos a pedir (de mala gana) a los soviéticos que presionaran a Mao Zedong para que cooperase con Chiang Kaishek y a que ellos mismos entraran en la guerra emprendiendo una campaña en Manchuria. Cuando

Roosevelt y Churchill se reunieron con Stalin en Yalta, en febrero de 1945, los Jefes del Estado Mayor Combinado ya estaban instando a sus superiores políticos a organizar la participación de los soviéticos en la guerra de Asia. Un ejército soviético en Asia tal vez daría el golpe de gracia al ejército japonés, y, como mínimo, las fuerzas aéreas y navales rusas podrían ayudar a detener las exportaciones y el despliegue de refuerzos desde Manchuria y Corea hasta Japón. Los norteamericanos incluso propusieron que se les permitiera usar bases soviéticas para sus propias operaciones aéreas y navales.

Aunque algunos analistas de la marina arguyeron que los soviéticos no valían la pena, los planificadores del ejército se concentraron exclusivamente en cuándo tendría lugar su entrada en la guerra, sin preguntarse si era necesaria o aconsejable. Una propuesta hacía entrar a los rusos en la contienda 90 días antes de la invasión de Kiushiu; otra, 90 días después de la derrota de Alemania. Roosevelt y Stalin optaron por la segunda propuesta en Yalta. Roosevelt prometió incrementar los envíos a través de Persia de armas y material del programa de Préstamo y Arriendo al Ejército Rojo y aceptó la petición soviética de concesiones en Manchuria y la devolución de territorios que habían pasado a poder de Japón en 1905. Chiang Kaishek también aceptó este acuerdo, ya que todavía consideraba que los soviéticos eran unos buenos aliados y una forma de frenar a Mao Zedong a pesar de sus lazos ideológicos. El generalísimo reservaba sus ejércitos para la aplazada guerra civil y estaba más que dispuesto a combatir a los japoneses hasta el último soldado del Ejército Rojo.

El efecto del embrollo de China en la marcha de la guerra fue sencillo: durante todo el año 1945 los japoneses pudieron desplegar sus ejércitos de Asia para continuar su lucha desesperada. Mientras los generales japoneses recibiesen siquiera un mínimo de pertrechos y refuerzos del continente, su deber de luchar por el emperador no conocería más límites que la muerte misma.

EL TEATRO DE CHINA Y BIRMANIA

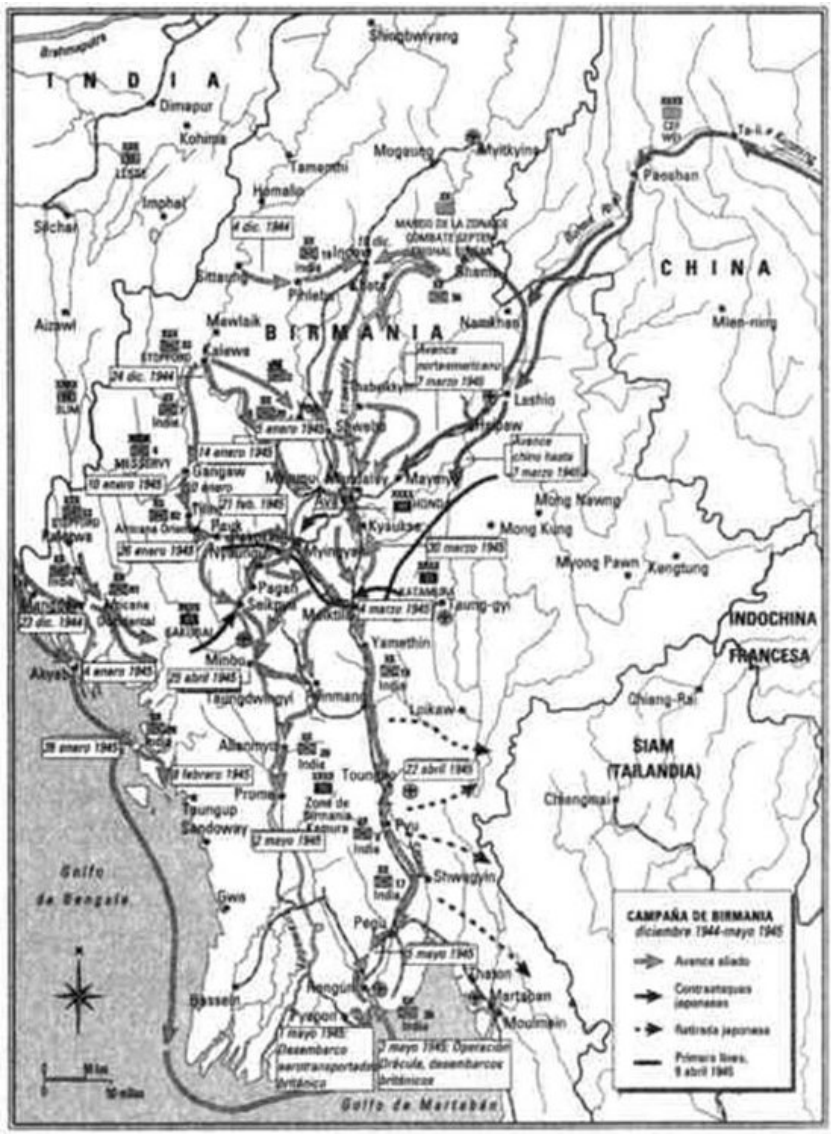
La hábil y decidida campaña del general William Slim para obligar al ejército japonés de la región de Birmania a retirarse a la frontera

de Tailandia demostró cómo un ejército no europeo podía derrotar al mejor ejército asiático de los tiempos modernos. En 1945, el 14° ejército, dividido en tres cuerpos, sólo era británico de nombre. Siete de sus doce divisiones de infantería formaban parte del ejército de la India, y los efectivos de otras tres procedían de las colonias británicas en África; sólo en dos divisiones predominaban los europeos. El flanco norte de Slim estaba protegido por la brigada compuesta (Fuerza Marte) estadounidense, que constaba de dos regimientos y substituyó a los Merodeadores de Merrill, pero el grueso de las fuerzas de tierra en el norte de Birmania lo formaban seis divisiones chinas y los batallones de guerrilleros nativos reclutados por la OSS y la SOE. La RAF (con otros contingentes de la Commonwealth) y la USAAF proporcionaban apoyo decisivo, especialmente potencia de fuego y pertrechos, a los osados y amplios movimientos que ejecutaban las unidades de Slim.

Slim explotó la derrota del 15° ejército japonés en ImphalKohima y su retirada y se dio cuenta de que ahora podía tomar la iniciativa. La movilidad y la capacidad logística de los japoneses, incluso después de replegarse a sus líneas de abastecimiento fijas, no podían compararse con las suyas. Los indicios de la desesperación de su enemigo eran visibles en todo el campo de batalla. Slim vio soldados japoneses ejecutados por sus camaradas porque estaban demasiado malheridos para evacuarlos, y los cadáveres japoneses mostraban señales de enfermedades y desnutrición; vio tropas que abandonaban la mitad de su artillería porque se les había terminado la munición. Un ejército en semejantes apuros no podía maniobrar, pero sin duda podía luchar y morir en su puesto. Slim no pensaba brindar esta opción a los generales japoneses.

El maltrecho ejército japonés de la región de Birmania podía reunir como máximo 100 000 combatientes a menos que fuera reforzado, y Slim sabía que esto era improbable debido a la superioridad aérea y naval de los aliados. Los efectivos del 15° ejército japonés eran de sólo 21 000 hombres. El 14°

ejército de Slim, en cambio, empezó su campaña en eneromarzo de 1945 con 260 000 oficiales y soldados organizados en 12 divisiones, más dos brigadas de infantería y otras dos de blindados. Slim también podía contar con 183 000 norteamericanos y 72 000 chinos para apoyar las operaciones en el norte de Birmania. Sus escuadrones de la RAF y la USAAF tenían aproximadamente 800 aviones de combate de muchos tipos y alrededor de 250 aviones de



transporte. En el mejor de los casos, los japoneses podían colocar en el aire 250 aviones. El plan de campaña de Slim aprovechó su superioridad en número de soldados, potencia de fuego, movilidad y apoyo logístico. Cambiando divisiones entre sus dos cuerpos en el centro de Birmania, permitió que sus tropas descansaran sin que su avance perdiera ritmo y, pese a ello, se aseguró de que sus tropas de combate no avanzaran más rápidamente que los ingenieros y las unidades de servicios. Con reservas suficientes para asegurar la retaguardia, y con la ayuda de tropas irregulares birmanas, podía lanzar ofensivas arriesgadas, pero también podía cambiar rápidamente sus planes si existía el peligro de que los avances causaran bajas injustificables. No tenía la menor intención de despilfarrar sus soldados de infantería, especialmente los insustituibles batallones británicos y gurkhas, cuando tenía a sus órdenes tanto apoyo de artillería y tanques. También forjó un vínculo insólitamente estrecho con sus oficiales y soldados porque respetaba su valor y su habilidad. «Al igual que a otros generales antes que yo, me salvarían… los recursos de mis comandantes subordinados y el valor inquebrantable de mis tropas.»[1]

El 14° ejército empezó su campaña mandando dos cuerpos al este en dirección a Mandalay mientras el tercero avanzaba hacia el sur por carretera y realizaba cortos envolvimientos anfibios costa de Arakan abajo, hacia Rangún. Al enterarse Slim de que los japoneses se proponían defender Mandalay desde la orilla izquierda del Irawadi, que es un río más ancho que el Rin, decidió cruzarlo con un cuerpo por Meiktila, muy al sur de Mandalay, mientras el otro fingía lanzar el ataque principal al norte de la ciudad. En marzo de 1945, el
14°
ejército cruzó el río y flanqueó a los japoneses, que decidieron limitarse a cubrir la retirada en vez de librar una batalla decisiva. No obstante, las tropas de Slim tuvieron que sacar a los japoneses de un laberinto de pagodas y fortificaciones coloniales antes de que la ciudad cayese el 20 de marzo de 1945. Aunque el total de bajas fue casi igual en los dos bandos, los japoneses tuvieron más del cuádruplo de muertos que el ejército de Slim: 6500 frente a 1600.

Compitiendo ahora con el monzón, Slim ordenó al cuerpo de Arakan que se apoderara de la boca del Irawadi y avanzara sobre

Rangún mientras otro cuerpo se dirigía al sur desde Mandalay. En mayo de 1945, las dos fuerzas se encontraron y sitiaron Rangún, pero los japoneses volvieron a escabullirse después de perder otros 7000 soldados (la mayoría de ellos muertos) frente a las 2500 bajas de Slim. Los japoneses dieron por sentado que las lluvias obstaculizarían el apoyo aéreo, la artillería y los tanques de Slim, atacaron con los restos de dos ejércitos de campaña y cayeron en una emboscada que les tendió una división india; perdieron otros 11 000 soldados, casi todos muertos. La derrota se convirtió en una matanza, ya que otros 10 000 japoneses murieron en la orilla y en las aguas del río Sittang, mientras que las fuerzas de la Commonwealth sufrieron sólo 435 muertos y 2000 heridos. En 1942 los japoneses habían conquistado Birmania y Malaya a costa de unas 5000 vidas; en septiembre de 1945 se rindieron con más de 50 000 muertos desde que la infortunada ofensiva de ImphalKohima empezara 12 meses antes.

Las victorias de Slim en 1945 se debieron en parte a la ayuda de las divisiones chinas que lucharon contra las fuerzas japonesas en el norte y el centro de Birmania, entre el Irawadi y la frontera con China y Tailandia. Además, el ejército patriótico birmano de Aung San rompió su alianza con los japoneses y llevó a cabo eficaces operaciones semiguerrilleras en la región montañosa del norte. Slim encontró la manera de hacer que todo el mundo participase en la lucha y ésta fue la diferencia fundamental entre él y los comandantes chinos y norteamericanos en China. Por medio de tácticas meticulosas y concienzudas medidas logísticas, especialmente sus previsiones sobre bajas y necesidades de alimentos, levantó la moral de sus soldados indios y africanos hasta hacerles perder el miedo a los japoneses. Aunque Slim decía que sus fuerzas eran un «ejército indio», en realidad el

ejército representaba el carácter multinacional y multicultural de todo el imperio británico. Excepto en los casos de las unidades de reconocimiento, de caballería mecanizada y de blindados, los indios no constituían la mayoría de las tropas combatientes. En sus dos divisiones británicas, Slim mandaba 16 batallones de infantería británica y sólo tres de otras nacionalidades. En las siete divisiones indias, la totalidad menos dos de las 21 brigadas de infantería

tenían un batallón británico, y en 17 brigadas de infantería servía un batallón de fusileros gurkhas. Slim, sin embargo, supo edificar el espíritu y la eficacia de sus tropas indias para que pudieran encargarse de misiones de combate más difíciles a medida que los efectivos de los batallones británicos y gurkhas disminuían a causa de la falta de reemplazos, lo cual fue otro ejemplo de la superioridad de Slim como jefe. Las dos divisiones africanas tenían batallones de infantería compuestos exclusivamente por africanos.

Mientras el 14° ejército combatía para liberar Birmania, el ejército australiano, consolidado en seis divisiones y dos brigadas blindadas en 1945, llevaba a término campañas de intensidad irregular contra los japoneses que permanecían en Nueva Guinea, cabo Bretaña (Rabaul) y Bougainville. Siguiendo la política de utilizar tropas australianas para reconquistar zonas que eran administradas por la Commonwealth en 1941, el general *sir* Thomas Blarney advirtió a sus comandantes de división y brigada que no arriesgaran vidas en operaciones precipitadas, pero también que no empleasen tácticas de «vive y deja vivir» que permitieran al ejército japonés lanzar contraataques. MacArthur obligó a Blarney a permanecer a la ofensiva amenazándole con desplegar algunas divisiones australianas en las Filipinas. A muchos australianos incluso las batallas sin sentido en las junglas de Nueva Guinea les parecían preferibles a volver a estar bajo el control de MacArthur.

Sin embargo, los Jefes del Estado Mayor Combinado veían pocas razones para que los australianos se quedaran en el sudoeste del Pacífico o fueran a las Filipinas. A principios de 1945 les pidieron que planeasen una serie de desembarcos en Borneo, isla que estaba dividida en cuatro soberanías, dos holandesas y dos británicas. MacArthur aprobó la campaña de Borneo como primer paso hacia la liberación de las Indias Orientales Holandesas, especialmente de Java, toda vez que no creía que las fuerzas de Mountbatten llegaran a salir alguna vez de Birmania. Aeródromos, yacimientos petrolíferos y refinerías hacían que la isla fuese más atractiva como objetivo. La isla también llamó la atención de los aliados porque en ella estaba el movimiento de resistencia más fuerte de las Indias Orientales: una unión de refugiados chinos y militares aliados supervivientes de 1942 con la tribu de los dayaks.

En mayo de 1945, un cuerpo australiano con apoyo aéreo y

naval aliado efectuó su primer desembarco en Borneo y continuó con envolvimientos anfibios hasta el final de la guerra. Las unidades de guerrilleros instaron a actuar con urgencia en Borneo porque sabían que los japoneses pensaban matar a los prisioneros de guerra australianos y a los civiles internados. Menos de 600 soldados australianos murieron en la liberación de los territorios holandeses, durante la cual mataron a unos 6000 japoneses. Por desgracia, al obligar a sus prisioneros de guerra a marchar a nuevos emplazamientos, los japoneses mataron a más de 3500 personas, entre prisioneros de guerra y civiles internados, en Borneo y en la isla de Ambon antes de que las fuerzas especiales aliadas pudieran rescatarlas.

MACARTHUR Y LAS FILIPINAS

Sin que ni siquiera lograran distraerle los bombardeos contra sus cuarteles en Taclobán, Leyte, MacArthur meditaba sobre la campaña que le ofrecía su venganza y su justificación supremas: la liberación de Luzón, la isla situada en el corazón político y cultural de las Filipinas. Durante toda la batalla de Leyte, MacArthur azuzó a sus subordinados para que siguieran adelante con planes ambiciosos y previsiones de fechas para el regreso a Luzón, especialmente a Manila, la capital. Ante los feroces ataques aéreos que sufría Leyte y la llegada de refuerzos para sus defensores japoneses, los comandantes subordinados de MacArthur, en especial Kenney y Kinkaid, se preguntaban si el general podría volver sin hacer cambios en la pauta de operaciones predominante. Argüían que Japón tenía suficientes aviones convencionales y kamikazes para detener un avance naval directo hacia el golfo de Lingayen.

Las preocupaciones de Kenney y Kinkaid no reflejaban una prudencia desmesurada. Los ingenieros de Kenney dudaban de que pudieran construir rápidamente aeródromos para las fuerzas expedicionarias en el norte de Luzón, lo cual era uno de los preciados supuestos de MacArthur; la experiencia de los ingenieros en Leyte había sacudido su confianza en la capacidad de los aliados para llevar a cabo operaciones aéreas utilizando aparatos con bases en tierra bajo los ataques del enemigo y el mal tiempo. Pero Kenney

no creía que una expedición a Luzón fuese posible sin la superioridad aérea que podían proporcionar sus cazas P38 y P47 y la capacidad ofensiva de sus bombarderos B25 y A20, todo lo cual formaba parte de su 5ª fuerza aérea. El almirante Kinkaid pensaba lo mismo, toda vez que ahora resultaba claro que los kamikazes prestarían especial atención a los portaaviones norteamericanos. La 3ª flota de Halsey seguía navegando por toda la zona con el fin de atacar aeródromos enemigos en las Filipinas y Formosa, pero sus ataques no quedaban sin respuesta. El 30 de octubre, los kamikazes atacaron tres portaaviones de la agrupación 38 y causaron daños tan graves que fue necesario suspender las operaciones de vuelo y retirarlos a Ulithi para que los reparasen. Al cabo de un mes, otros cuatro portaaviones resultaron muy dañados por los ataques de los kamikazes. Las pérdidas convencieron a Halsey de la necesidad de cancelar otra ronda de ataques y retirarse a Ulithi.

Aunque la retirada de la marina fue una medida sensata, MacArthur se quejó ante todo el mundo de su falta de apoyo naval. Kinkaid opinaba que sus portaaviones de escolta podrían cubrir parte del avance hacia el norte, pero sólo con protección aérea. Kinkaid y Kenney presentaron otra posibilidad a MacArthur: el asalto a la isla de Mindoro, que no estaba muy defendida, con el fin de convertirla en una base avanzada para los escuadrones de caza de Kenney, que luego podrían proporcionar patrullas aéreas a la flota que debía invadir Luzón. La operación de Mindoro obligaría a aplazar la expedición a Luzón hasta mediados de enero de 1945, pero MacArthur pensó ahora que el retraso era razonable y aprobó la operación de Mindoro, que empezaría con un asalto anfibio el 15 de diciembre.

Mientras tanto, Halsey y los almirantes responsables de las fuerzas aéreas de la marina no habían permanecido inactivos. Cambiaron la estructura de todos los grupos aéreos de los portaaviones, añadiendo como mínimo un escuadrón de cazas y reduciendo el número de bombarderos de reconocimiento y aviones torpederos de 42 a 30. Este cambio reforzó las patrullas de combate aéreo. La infantería de marina aportó Corsairs F4U para algunos portaaviones escogidos con la condición de que los portaaviones de escolta «exclusivamente de la infantería de marina» se utilizaran para misiones de apoyo aéreo así como para la protección de la

flota. Además, la marina cambió el armamento antiaéreo de sus barcos e instaló en ellos tantos cañones antiaéreos de 40 milímetros y tiro rápido, en grupos de dos y de cuatro, como permitió el espacio disponible; estos cañones substituyeron los de 20 milímetros, que no habían logrado parar a los kamikazes.

Tal como predijeron Kenney y Kinkaid, la operación de Mindoro resultó fácil sólo para la fuerza de desembarco, dos regimientos reforzados de 12 000 soldados de infantería del ejército a los que respaldaban 16 000 ingenieros y tropas de servicios también del ejército. Al encontrarse al alcance de los aviones japoneses en el norte de las Filipinas, la fuerza de invasión sufrió los primeros ataques aéreos el 13 de diciembre. Un kamikaze destruyó el puente del buque insignia, el crucero *Nashville* , y mató a 133 oficiales y marineros (entre ellos varios oficiales de alta graduación del ejército y la marina) e hirió a otros 200. Un destructor de escolta sufrió daños que lo pusieron fuera de combate. A pesar de los esfuerzos de los cazas del ejército y de la marina, los aviones japoneses lograron penetrar en la cortina antiaérea. Aunque puede que perdieran hasta 500 aviones, los japoneses hundieron tres embarcaciones de desembarco y cinco barcos Liberty a la altura de Mindoro. A pesar de todo, el 24 de diciembre los ingenieros lograron construir un aeródromo al que seguirían otros. El hecho de que los aviadores del ejército y las lanchas torpederas de la marina consiguieran rechazar el ataque de dos cruceros y seis destructores representó un nuevo punto bajo para los barcos de guerra japoneses.

Mientras esperaba con impaciencia el fin de la operación de Mindoro y el despliegue de siete grupos de cazas y bombarderos en sus nuevas bases, MacArthur continuó trazando los planes para liberar Luzón. Dejó claro que quería liberar Manila el día en que cumplía 65 años, el 26 de enero de 1945, y liberar tantos prisioneros de guerra y civiles internados como pudiera encontrar. Además de condenar el limitado entusiasmo de la marina, se preguntó si no tenía que substituir a Krueger, cuyo mando del 6º ejército consideraba dilatorio. En su propia casa había cierta confusión, toda vez que MacArthur y su brusco jefe de estado mayor, Richard K. Sutherland, habían discutido acaloradamente sobre la situación de la querida de Sutherland, una secretaria del

ejército que Sutherland había traído en secreto a Leyte contraviniendo con ello las órdenes. La señora en cuestión se marchó rápidamente, llevándose consigo el poder de Sutherland. Por desgracia, la caída de Sutherland, que no fue lamentada, no redundó en beneficio de los sufridos militares profesionales que rodeaban a MacArthur y no hizo más que reforzar el poder de sus dos cortesanos principales, el general Charles Willoughby y el general Courtney Whitney.

Esta tempestad interna no hubiese tenido ninguna importancia militar de no haber sido por la influencia desmesurada que los dos generales citados tuvieron en MacArthur durante la campaña que estaba a punto de empezar. Como buenos bufones cortesanos, lo que hacían era seguirle la corriente a su rey. La planificación racional de las operaciones pasó a ocupar un lugar secundario. También continuaban la mala costumbre que habían mostrado en el sudoeste del Pacífico y que consistía en subestimar la oposición japonesa y confundir los comunicados de prensa con la verdad. Mientras seguían trazándose los planes para la operación, el estado mayor de MacArthur dio por sentado que el ejército de Yamashita en Luzón había quedado reducido a 158 000 soldados y marineros debido a los refuerzos que se habían enviado a Leyte, aunque ajustaron la cifra al alza y la dejaron en 195 000 hombres en enero de 1945. Utilizando las mismas fuentes, más una evaluación más amplia de los informes de los agentes que actuaban en Luzón, el estado mayor de Krueger empezó con una fuerza básica de 234 500 y luego la aumentó hasta 287 000. Los efectivos reales de Yamashita en enero de 1945 eran de 267 000 hombres, cifra que se acercaba mucho más a la segunda estimación.

El general Yamashita desplegó sus fuerzas con el fin de prolongar la batalla de Luzón e infligir a los norteamericanos el mayor número posible de bajas. Su forma de dirigir la defensa fue una de las más brillantes de la guerra del Pacífico y la causa de que MacArthur acabara ahorcando al general japonés. Yamashita era lo bastante listo como para no oponer resistencia al desembarco, que, según sus predicciones, tendría lugar en el golfo de Lingayen, exactamente donde había empezado la campaña japonesa en 1941. La potencia de fuego de los norteamericanos garantizaba el desembarco de numerosas fuerzas del 6º ejército; de hecho, los

planes de Krueger eran desembarcar seis de sus 10 divisiones tan rápidamente como fuera posible. Yamashita también creía acertadamente que MacArthur bajaría por el valle central hasta Manila, lo cual expondría sus flancos a contraataques que causarían mucho daño. Yamashita, de hecho, tenía toda una división blindada (150 tanques) en reserva para tal operación. Además de las razones personales de MacArthur para liberar Manila, que Yamashita comprendía, los norteamericanos necesitaban reconquistar el puerto de Manila así como Clark Field y otras bases aéreas fijas. Los ingenieros japoneses dudaban de que el terreno del golfo de Lingayen pudiera aguantar los aeródromos de la expedición. Yamashita dio por sentado que el enemigo, a pesar de todo, alcanzaría la superioridad aérea, toda vez que tenía poca fe en que los kamikazes pudieran hacer algo más que frenar las operaciones de abastecimiento en las playas de Lingayen.

Teniendo en cuenta todos estos factores, Yamashita dividió sus fuerzas en cuatro grupos operacionales, tres de ellos del ejército y el cuarto bajo el control del contraalmirante Iwabushi Sanji. El peso de la defensa japonesa estaba en las montañas del este de Luzón. El Grupo Shobu de 150 000 hombres empezaría en posiciones defensivas en las montañas de Caraballo y buscaría oportunidades para atacar el flanco izquierdo del 6º ejército en el golfo de Lingayen; luego podría librar combates dilatorios mientras volvía al norte en las escarpadas montañas de Luzón. El Grupo Shimbu de 80 000 hombres establecería su base de operaciones en la Sierra Madre, al este de Manila, y desplegaría destacamentos al sur de la laguna de Bay para bloquear los accesos meridionales de la capital. La tercera fuerza del ejército, el Grupo Kembu, establecería una base en las escarpadas montañas de Zambales, en el oeste, para impedir la fácil reconquista de Clark Field y que cualquier fuerza que desembarcase en Bataán tomara Manila desde el oeste. El cuarto grupo operacional, formado en gran parte por fuerzas de la base naval japonesa y unidades improvisadas con las tripulaciones de los barcos que se salvaron, defendería Manila durante el tiempo suficiente para destruir las instalaciones portuarias y los pertrechos que el ejército japonés no pudiera llevarse a las montañas.

Yamashita no tenía ninguna intención de declarar Manila «ciudad abierta» y librarla así de los combates, pero tampoco

pensaba convertirla en una segunda Stalingrado (como sugerían algunos de sus subordinados). La operación de Iwabushi inutilizaría la ciudad para fines militares y luego Iwabushi se uniría al Grupo Shimbu. Entonces los tres grupos utilizarían las montañas para contener a MacArthur en el valle central, atrapado entre la población filipina, cuyas necesidades frenarían a los norteamericanos.

Dadas sus experiencias recientes en Leyte y Mindoro, Kinkaid y sus almirantes se concentraron en la tarea de desembarcar el 6º ejército de Krueger con pérdidas admisibles. Así lo hicieron el 9 de enero de 1945 en circunstancias terribles. Presionada por MacArthur y Nimitz, la agrupación de portaaviones 38 de Halsey volvió a entrar en acción el 10 de diciembre para efectuar más incursiones contra las bases aéreas japonesas, pero el día 19 fue sorprendida por un tifón porque Halsey se había equivocado al calcular su dirección. La agrupación 38 perdió tres destructores y otros 18 barcos de guerra resultaron dañados. Después de otro período de reorganización, volvió a salir de Ulithi para apoyar los desembarcos de Luzón. Atacando aeródromos en Luzón así como en Formosa, la agrupación 38 hizo cuanto pudo por reducir el poderío aéreo japonés. Los aviadores de Halsey afirmaron que habían destruido más de 150 aviones enemigos, la mayoría de ellos en tierra, pero habían perdido 86 de los suyos, más de la mitad por culpa de accidentes.

El intento de supresión de las fuerzas aéreas del enemigo no obtuvo un éxito total, ya que los kamikazes atacaron de nuevo a la 7ª flota en los primeros días de enero. Ataques sucesivos los días 4, 7 y 11 hundieron cinco barcos (entre ellos un portaaviones de escolta) y causaron daños a otros 16. Un kamikaze estuvo a punto de tocar el buque insignia de MacArthur, el crucero *Boise* , y otro mató a un grupo de oficiales de alta graduación en el puente del acorazado *New México* . Los japoneses complementaron la acción de los kamikazes con una nueva arma, las lanchas motoras suicidas, que atacaron a la agrupación anfibia los días 8 y 9 de enero y hundieron o dañaron a nueve embarcaciones de desembarco y de otros tipos. No obstante, después de un masivo bombardeo naval que mató principalmente a filipinos, el 6º ejército desembarcó con cuatro divisiones por delante el 9 de enero y estableció una cabeza

de playa permanente antes de que finalizara el día. Las fuerzas armadas norteamericanas habían vuelto a Luzón, pero ¿cuál fue el coste en tiempo y vidas? Los días 29 y 31 de enero, dos divisiones del 8º ejército del teniente general Robert Eichelberger desembarcaron en Bataán y en el sur de la bahía de Manila, como diversión y también como fuerza que se encargaría de tomar Manila en el caso de que el 6º ejército avanzara demasiado lentamente.

Durante la mayor parte de enero de 1945, MacArthur luchó para liberar Manila, mientras Krueger y Eichelberger luchaban para evitar el «saco de fuego» de Yamashita alrededor de la llanura central de Luzón. Los servicios de inteligencia informaron debidamente a MacArthur de los planes de Yamashita, pero el general seguía obsesionado con Manila. Tres divisiones norteamericanas dominaban el borde oriental de la llanura y luchaban contra las tenaces defensas y los contraataques esporádicos del Grupo Shobu; tres divisiones más avanzaron sobre los cuatro aeródromos del complejo de Clark Field desde el este y también desde el oeste, pero chocaron con la fuerte resistencia del Grupo Kembu. Los dos cuerpos del 6º ejército desplegados en la llanura central tomaron Clark Field y obligaron al Grupo Shobu a replegarse hacia el cuartel general de Yamashita en Baguio. Sin embargo, el cumpleaños de MacArthur había llegado y se había ido, y con él sus planes para hacer una entrada triunfal en Manila. El general no podía disimular su disgusto e iba de un frente a otro, pasando por encima de Krueger y sus comandantes y dando órdenes directamente a los comandantes de las divisiones. Convencido por el complaciente análisis de Willoughby de que Manila estaba madura, MacArthur intervino personalmente el 30 de enero y ordenó que tres divisiones cargasen hacia la capital.

La batalla de Manila duró casi un mes y dio a las armas norteamericanas una de las victorias más costosas de la guerra del Pacífico. La única razón por la cual no provocó un escándalo en el frente civil fue que los miles de personas que murieron en ella no eran soldados norteamericanos, sino civiles filipinos y marineros japoneses. La mayoría de los filipinos murieron a causa de las bombas y las balas norteamericanas. MacArthur no se responsabilizó de la matanza porque había prohibido los ataques aéreos contra la ciudad. Dijo a Kenney que los ataques aéreos

matarían a demasiados civiles inocentes. «El mundo se llevaría las manos a la cabeza con horror si hiciéramos algo así.»[2] Había muchos civiles en Manila por los que preocuparse, toda vez que de los ocho millones de habitantes de Luzón, casi un millón había buscado la protección de los fuertes muros y los modernos edificios de la ciudad.

Excitado por las primeras y osadas operaciones de rescate de pequeños grupos de prisioneros de guerra y civiles internados en Luzón, MacArthur ordenó que una «columna volante» (dos regimientos reforzados) de la 1ª división de caballería avanzara directamente hacia Manila desde el norte, flanqueada por un regimiento de la 37ª división de infantería en el oeste; el resto de ambas divisiones fue detrás para tomar la ciudad, al tiempo que la 11ª división aerotransportada del 8º ejército atacaba desde el sur. Antes de que transcurrieran cinco días desde la fecha en que se pusieran en marcha, el 30 de enero, elementos de las tres divisiones habían llegado a las afueras de la ciudad. El 3 de febrero una columna de la 1ª división de caballería liberó a 500 personas internadas en la Universidad de Santo Tomás. Sin embargo, con gran sorpresa de MacArthur, la batalla por la ciudad no había hecho más que empezar.

Los defensores, que seguían en plena tarea de trasladar pertrechos y destruir puentes y otros emplazamientos militares, ocuparon posiciones con la intención de no retirarse de ellas, lo cual estaba de acuerdo con la preferencia del contraalmirante Iwabushi, pero no con las órdenes de Yamashita. Previendo que los norteamericanos atacarían desde el sur, los japoneses habían convertido los modernos edificios de hormigón y piedra al sur del río Pasig, así como la antigua ciudad española, intramuros, en una vasta fortificación. Los marineros se armaron con cañones navales y cañones antiaéreos de tiro rápido y ametralladoras. Por si fuera poco, equipos de demolición del ejército japonés provocaron incendios que devastaron muchos barrios residenciales, donde abundaban los edificios construidos con materiales inflamables. Miles de refugiados huyeron en dirección al centro de la ciudad y se colocaron directamente bajo el fuego de la artillería norteamericana. Mientras tanto, los japoneses violaban, mataban a tiros y acuchillaban a los refugiados.

Krueger, al que seguían escociendo las críticas de MacArthur a su prudencia y, pese a ello, ansiaba minimizar las bajas entre sus soldados, tomó Manila a su manera, sin que MacArthur interviniese en ningún momento. La 11ª división aerotransportada se abrió paso luchando hacia el norte y la ciudad moderna, mientras la 37ª división de infantería y la 1ª división de caballería avanzaban metódicamente desde el norte y el este, cruzaban el río Pasig y se internaban en las zonas industriales del norte e intramuros. En los diez días que duró la batalla, la artillería norteamericana disparó casi 10 000 bombas contra el centro de la ciudad, mientras los tanques, los cañones antitanque autopropulsados y los cañones antitanque proporcionaban fuego próximo y directo a la infantería. Los escenarios de las batallas principales dan una idea de la naturaleza de los combates urbanos, que fueron una reproducción en menor escala de los que se habían librado en Stalingrado y Varsovia; paso a paso, los norteamericanos tomaron el estadio, el edificio de correos, los edificios gubernamentales, la jefatura de policía, la central eléctrica, la Universidad de las Filipinas, el Manila Club, la catedral y el Manila Hotel, donde MacArthur, desanimado, visitó las ruinas de su antigua *suite* privada, que había sido arrasada y quemada y estaba llena de cadáveres.

Aislados de un débil ataque que el Grupo Shimbu lanzó para socorrerlos, los marineros de Iwabushi perecieron en sus puestos. Probablemente murieron 16 000 japoneses en la hecatombe; las pérdidas norteamericanas en las luchas callejeras ascendieron a más de 1000 muertos y 5600 heridos. Frustrados y enloquecidos por su suerte ineludible, un grupo de japoneses se llevó a 3000 rehenes filipinos a los edificios de gruesas paredes intramuros de la ciudad y dio muerte a mil de ellos antes de dejar en libertad a los demás. Al igual que los polacos, los japoneses se refugiaron en las alcantarillas, donde perecieron bajo una lluvia de gasolina y granadas. Líderes políticos filipinos organizaron trabajos de socorro dentro de la ciudad, con la ayuda de unidades hospitalarias y tropas de servicios norteamericanas, pero la magnitud de la tragedia abrumó a todo el mundo. Carlos Rómulo, renombrado periodista que iba camino de distinguirse como líder político, se estremeció al ver el asesinato y el saqueo del centro de la ciudad. Reunió pruebas de que los japoneses planeaban asesinar a la elite americanista y a

los católicos militantes, pero también sabía que la artillería norteamericana se había cobrado numerosas víctimas. «Adondequiera que iba me sentía como un fantasma que tratase de encontrar su camino en un mundo desaparecido.»[3] Manila había muerto como ciudad, y dentro de sus ruinas yacían los cadáveres de hasta 100 000 civiles filipinos, cifra que equivalía a seis veces la de combatientes muertos. MacArthur volvió a la ciudad el 27 de febrero para restablecer el gobierno de la Commonwealth de las Filipinas bajo el presidente Sergio Osmeña. Abrumado por la devastación, MacArthur no pudo terminar el discurso que llevaba preparado y puso fin a las ceremonias con el Padrenuestro.

Mientras se libraba la batalla de Manila, MacArthur distrajo la atención enviando el resto del 6º ejército y parte del 8º a luchar contra los japoneses en tres frentes. Por si fuera poco, había lanzado la mayor parte de las restantes divisiones de Eichelberger en una rápida y compleja serie de operaciones anfibias cuyo objetivo era liberar las islas situadas al sur de Leyte. Lo que hizo que la campaña de las Filipinas fuese notable fue que los Jefes del Estado Mayor Conjunto no se enteraron de ella hasta que era demasiado tarde para detenerla. Una vez más MacArthur demostró que cuando una campaña importante no iba bien, una campaña de menor envergadura llena de emoción y de heroísmo podía ser una útil distracción, que en este caso corrió a cargo de algunos fogosos regimientos de infantería del ejército y escuadrones de cazabombarderos de la infantería de marina. Unos 50 000 guerrilleros filipinos, especialmente los pintorescos y despiadados moros, salieron de las montañas para vengarse en las aisladas guarniciones japonesas de las Visayas, Mindanao y el archipiélago de Joló. Ayudados por prisioneros japoneses que se dieron cuenta de que cualquier soldado norteamericano era preferible a un moro, se calcula que los estadounidenses y sus aliados mataron a 13 000 japoneses a cambio de menos de mil vidas norteamericanas y una cifra comparable de guerrilleros filipinos. Al terminar la guerra, el 8º ejército estaba a punto de establecer contacto físico con las divisiones australianas que habían hecho una campaña parecida en Borneo. En ambas campañas los aliados rescataron a prisioneros de guerra europeos, encontraron los cadáveres de miles de otros prisioneros y salvaron a incontables soldados y civiles japoneses de

las iras de la población local.

Gracias a la habilidad de Yamashita, la campaña de Luzón continuó y provocó la vergüenza del 6º ejército excepto en el nivel táctico. Las menguantes divisiones de infantería norteamericanas hicieron cuanto pudieron, de nuevo con la ayuda de guerrilleros filipinos, por cumplir las órdenes faltas de imaginación de sus generales. Incluso después de la caída de Manila, la obsesión de MacArthur por la ciudad obligó a Krueger a efectuar una serie de operaciones prominentes y muy arriesgadas en la bahía de Manila —entre ellas el lanzamiento de todo un regimiento de paracaidistas sobre Corregidor— con el fin de reconquistar las fortificaciones costeras norteamericanas. Sin suficientes reservas y reemplazos de infantería y con un número desmesurado de bajas, los soldados norteamericanos obligaron a los japoneses a adentrarse mucho en los túneles de las islas fortificadas, donde murieron a causa de los ataques de los ingenieros, que recurrieron a las demoliciones y los lanzallamas. En varios casos, la explosión de las municiones almacenadas mató tanto a los defensores como a los atacantes. En casi todos los casos los servicios de inteligencia de MacArthur calcularon por lo bajo los efectivos de las guarniciones japonesas.

Fuera de la bahía de Manila, la campaña en los campos de Luzón prosiguió con menor destreza y mayor coste, toda vez que los generales de Yamashita comprendían y seguían el concepto de resistencia prolongada de su comandante. Al Grupo Kembu le tocó en las montañas de Zambales la tarea más difícil. Además de ser la unidad más pequeña del ejército, había en él una elevada proporción de personal de aviación, tropas de servicios y muy pocas, demasiado pocas, armas pesadas; después de bloquear las carreteras que iban de Bataán a Manila, el grupo se replegó a las montañas, donde no representaba una amenaza importante. El problema más inmediato para los norteamericanos era el Grupo Shimbu, fuerza bien pertrechada de divisiones del ejército regular. Los soldados del Shimbu podían trasladar municiones y pertrechos a las montañas situadas justo al este de Manila con más facilidad que Yamashita al formar sus depósitos en el norte de Luzón. También tenían en su poder algo que hacía mucha falta a los norteamericanos: los embalses, las presas y los acueductos que suministraban agua a Manila y la zona inferior y densamente

poblada del valle central. El general Yokohama engañó a los norteamericanos (probablemente por error) al concentrar sus fuerzas de defensa alrededor de la presa de Wawa, que la 6ª división de infantería atacó sin conseguir nada mientras que su comandante murió bajo el fuego enemigo en primera línea. Una brigada de caballería no obtuvo mejores resultados en la presa de Wawa y la presa y el lago de Ipo, que, a diferencia de la de Wawa, era esencial para suministrar agua a Manila. Hicieron falta otras tres divisiones norteamericanas para dejar fuera de combate al Grupo Shimbu y tomar la presa de Ipo.

Aunque los norteamericanos no podían hacer caso omiso del Grupo Shobu de Yamashita, oculto en las montañas al este de las playas de Lingayen y las líneas de abastecimiento de sus divisiones en el sur, debido a las batallas que libraron para eliminar a los grupos Kembu y Shimbu no disponían de efectivos suficientes para atacar a Yamashita. El resultado fueron algunas de las batallas más encarnizadas e improductivas que tuvieron lugar en Luzón. Krueger hizo responsable del «frente» de las montañas de Caraballo al general de división Innis P. Swift del I cuerpo, que en enero de 1945 contaba con tres divisiones para asegurar el flanco izquierdo del ejército. Swift vio luego cómo sus divisiones eran enviadas a Manila y a las otras operaciones en el sur, con lo que sólo le quedó la 43ª división de infantería para hacer frente a Yamashita. Krueger, sin embargo, trajo tres divisiones más al norte de Luzón a finales de febrero; además el I cuerpo podía contar con la ayuda de una fuerza de casi 60 000 filipinos. Bajo el mando del coronel Russell W. Volckmann, superviviente de 1942 y legendario comandante de guerrilleros, la guerrilla filipina del norte de Luzón incluía también a los jukbalajaps, que eran comunistas. Muchos de los líderes filipinos pronorteamericanos de la posguerra (como, por ejemplo, Ramón Magsaysay) se ganaron sus honores militares en las Fuerzas del Ejército de Estados Unidos en las FilipinasNorte de Luzón.

El cuerpo de Swift, incluso con el apoyo entusiasta de los guerrilleros, tuvo que luchar para abrirse paso hacia el norte —y cuesta arriba— en un frente de tres divisiones. Su objetivo era tomar los pasos y la red de carreteras que terminaba en el cuartel general de Yamashita en Baguio. Yamashita hizo que el avance resultara lo más difícil posible, convirtiendo sus tanques en fortines

y utilizando sus limitados efectivos de infantería y artillería para obligar a los norteamericanos a efectuar un avance de desgaste, aunque su artillería y sus blindados acabaran destruyendo cada uno de los puntos fortificados japoneses. Aunque el fuego japonés no infligió bajas espectaculares en ninguna de las batallas, el I cuerpo avanzaba lentamente, descorazonado, a causa de las escaramuzas diarias, las enfermedades y el agotamiento. Baguio no cayó hasta finales de abril e incluso entonces Yamashita se retiró con más de la mitad de su ejército.

Aunque la falta de alimentos, de municiones y de armas pesadas lo había reducido a una fuerza de infantería ligera, el Grupo Shobu siguió siendo una unidad cohesiva y eficaz hasta el final de la guerra. A principios de septiembre, Yamashita en persona negoció la rendición de su ejército de 100 000 hombres. Desde mayo de 1945 sus principales enemigos habían sido los guerrilleros filipinos, toda vez que el I cuerpo ya no podía lanzar un ataque eficaz después de sufrir 10 000 bajas en dos meses. Yamashita se negó a suicidarse porque pensaba que su propia ejecución por crímenes de guerra tal vez salvaría las vidas de sus oficiales y soldados. Incluso en la derrota, el llamado Tigre de Malaya sentó una pauta de mando que raramente igualaron los comandantes norteamericanos a los que hizo frente en las Filipinas, ya que se concentraba sólo en cómo gastar sabiamente las vidas de sus hombres.

La campaña de Luzón reveló el creciente peligro de verse embarcados en una guerra de desgaste contra los japoneses, por desiguales que fueran las proporciones respectivas de muertes en el campo de batalla. Privadas de reemplazos de infantería, las divisiones del 6º ejército —y en menor medida las del 8º— habían menguado hasta rozar la ineficacia cuando Krueger detuvo el avance hacia el interior del norte de Luzón. Las bajas habidas en las batallas eran tolerables, y los servicios médicos del ejército batieron nuevas marcas en la tarea de salvar a los heridos graves y ponerlos en condiciones de volver a luchar, en parte gracias el nuevo sistema consistente en evacuar los casos graves en aviones ligeros y en los primeros helicópteros del ejército.

Los médicos, no obstante, perdieron la batalla contra las enfermedades. La pérdida permanente para el servicio de personal del ejército a causa de las enfermedades en las Filipinas en 1945 (el

51 por 1000) rivalizaba con la del ejército de MacArthur en Nueva Guinea en 1943, la peor de todos los teatros de la guerra. En cuanto a las hospitalizaciones combinadas con el tratamiento de pacientes externos, sólo el teatro de ÁfricaOriente Medio (917 por 1000) presentaba una cifra peor que el de MacArthur (807 por 1000) durante el conflicto. De enero a septiembre de 1945, en los hospitales del ejército en las Filipinas ingresaron 92 000 soldados por diversas enfermedades. Los soldados y aviadores de MacArthur se convertían en pacientes de hospital o rebajados de servicio en número muy superior al registrado a escala mundial. Más perturbador aún es pensar que con mejor disciplina e higiene las fuerzas estadounidenses hubieran podido frenar las cuatro peores enfermedades: las venéreas, la malaria, la hepatitis y las infecciones de la piel. A un soldado le resultaba difícil ocultar que sus heridas se las había infligido él mismo, pero cuando lo que se había provocado era una enfermedad, demostrarlo no era tan fácil. Un soldado podía argüir que las condiciones que existían en primera línea impedían tomar las medidas preventivas que le hubieran mantenido en condiciones de luchar.

La fuerza expedicionaria de MacArthur se encontró luchando sin que los medios de comunicación se ocuparan de ella después de la liberación de Manila, ya que la prensa norteamericana tenía puesta la atención en las campañas de Iwo Jima y Okinawa. MacArthur también se libró del escrutinio de los Jefes del Estado Mayor Conjunto. El desorden en los más altos niveles de Washington garantizó que MacArthur no tuviera que responder de sus errores de juicio en las Filipinas. Roosevelt murió el 12 de abril de 1945. Harry S. Truman, su sucesor, recordaba a MacArthur como «divo» desde su muy divulgado servicio en Francia en 1918, campaña en la que Truman había servido de manera respetable como capitán de artillería. A diferencia de Roosevelt, Truman era «un hombre del ejército», coronel de la reserva en tiempo de paz y gran admirador de George C. Marshall, el asesor militar en que más confiaba. Aunque Marshall no admiraba a MacArthur, al que tenía por un oportunista político y un comandante sobrevalorado, seguía sin ver qué ganaría el ejército o la nación si se criticaba la campaña de Luzón. La guerra que había que ganar aún no había terminado.

LA GUERRA CONTRA JAPÓN EN EL AIRE Y EN EL MAR

En 1944 la guerra se acercó a los habitantes del archipiélago japonés como las nubes al monte Fujiyama y al año siguiente los envolvió. Los primeros golpes sistemáticos contra la moral pública y la economía japonesa los asestaron los submarinos estadounidenses a principios de 1944. Sus ataques contra los barcos mercantes adquirieron proporciones catastróficas en 1945. Incluso con un incremento de los buques de escolta y la concentración decidida en llevar petróleo a las islas del archipiélago, la industria y las fuerzas armadas japonesas encontraban cada vez más difícil producir material de guerra y luego adiestrar a hombres para que lo utilizaran. En los ataques contra la marina mercante japonesa participaban ahora los aparatos de los portaaviones norteamericanos en los angostos pasos del mar Interior, mientras submarinos y aviones minaban sus aguas. En otoño de 1944 los B29 empezaron a aparecer sobre Japón, pero eran demasiado pocos o sus bombardeos eran demasiado imprecisos para representar algo más que una molestia. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los interceptores japoneses y del fuego antiaéreo, las grandes máquinas plateadas volvían una y otra vez.

Los submarinos norteamericanos empezaron el estrangulamiento económico del archipiélago japonés. Redujeron la marina mercante japonesa de 2267 500 toneladas a principios de 1945 a la mitad de esta cifra al terminar el conflicto. Los submarinos norteamericanos también hicieron una guerra más cruel de lo que querían, pues hundieron barcos que desearían no haber hundido. Cuando a finales de 1944 los japoneses empezaron a trasladar prisioneros aliados sanos, sobre todo norteamericanos y australianos, a las islas del archipiélago para emplearlos como trabajadores esclavos, los submarinos hundieron cuatro de los transportes que los llevaban (y que los japoneses no habían identificado como tales), matando a más de 4000 y salvando a menos de 300. Antes de que terminara la contienda, los submarinos y los aviones habían matado a 11 000 prisioneros de guerra de los 50 000 enviados a las islas del archipiélago. Sólo en el ferrocarril de BirmaniaTailandia fueron más numerosas las muertes de prisioneros. Como mínimo una tercera

parte de todos los prisioneros de guerra de los japoneses que murieron fueron víctima del fuego amigo, incluidos los que perecieron en Tokio, Hiroshima y Nagasaki.

En un incidente, el capitán de un submarino norteamericano hundió el *Awa Maru* , transporte de gran calado al que el departamento de estado norteamericano había dado vía libre porque se suponía que en él viajaba personal diplomático evacuado del sudeste de Asia y además transportaba suministros de la Cruz Roja para los prisioneros de guerra y las personas internadas. La verdad es que el *Awa Maru* también había embarcado artículos de contrabando que escaseaban en Japón y personal especializado de la marina. Alcanzado por cuatro torpedos, el *Awa Maru* se hundió con casi todas las 2000 personas que iban a bordo, entre tripulantes y pasajeros, provocando con ello una polémica jurídica y política que se prolongaría durante treinta años a partir del día de los hechos, el 1 de abril de 1945, el mismo día en que los norteamericanos invadieron Okinawa. A pesar de estos incidentes de errores de cálculo y pérdida de vidas, el vicealmirante Charles Lockwood y sus submarinistas disfrutaron de un lugar de honor cuando en septiembre de 1945 los japoneses se rindieron en la bahía de Tokio, honor que tenían muy merecido.

Cuando los objetivos económicos de los aliados empezaron a ir más allá del comercio marítimo, la infraestructura industrial de Japón pasó al centro del escenario como blanco de los ataques aéreos. En el verano de 1944 los ataques de los B29 procedentes de China habían producido pocos resultados que justificaran seguir invirtiendo en la operación Matterhorn. Casi todas las catástrofes imaginables relacionadas con la ineptitud de las tripulaciones, fallos tecnológicos y factores operacionales habían atormentado al XX Mando de Bombardeo. Cuando la ofensiva japonesa de 1944 empujó a los bombarderos más al interior de China, los aparatos tuvieron que volar en cielos hostiles durante más tiempo para llegar a Japón. Exceptuando el heroísmo de las tripulaciones, Arnold no pudo encontrar nada que le gustase en la operación Matterhorn. Relevó al comandante del XX Mando de Bombardero, su favorito personal, y puso en su lugar al general de división Curtis E. LeMay, que no era el favorito de nadie pero sí un general de bombarderos que había demostrado su valor y su pericia conduciendo ataques

profundos contra Alemania en 1943. LeMay era un niño pobre de Columbus, Ohio, que antes de la guerra entró en el Cuerpo Aéreo del Ejército gracias al programa ROTC (Centro de Adiestramiento de Oficiales de la Reserva) de la Ohio State University. No tenía paciencia para las relaciones personales ni para los malos bombardeos, pero incluso él se desalentó al ver las condiciones a que se enfrentaba el XX Mando de Bombardeo. En 1944 Arnold quería que el bombardeo estratégico de Japón se resolviera rápidamente, por lo que hizo caso de la recomendación de LeMay de trasladar el peso de la guerra aérea al XXI Mando de Bombardeo, que justamente estaba empezando las operaciones en las Marianas.

Organizar una campaña de bombardeo estratégico contra las islas del archipiélago japonés desde el Pacífico, en vez de desde China, trajo sus propios problemas, que Arnold y su primer comandante en las Marianas, el general de división Heywood Hansell, valeroso e inteligente pionero de los bombardeos, no comprendieron. Con un ala de aviones B29 preparada apresuradamente, Hansell mandó su primera incursión contra Japón en noviembre de 1944. Un grupo de 110 bombarderos despegó de Saipán con la misión de destruir una fábrica de aviones en Honshu; menos de una cuarta parte de los bombarderos llegaron al objetivo principal y sus bombas causaron pocos daños. El traslado a las Marianas sólo sirvió para que los problemas de los B29 pasasen a un lugar nuevo, al tiempo que añadía algunos giros extra. El sistema de defensa aérea japonés, débil en lo que se refería al radar, no representaba un obstáculo grande todavía, por lo que las pérdidas a causa de la defensa activa fueron razonables. Lo que convirtió las misiones de los B29 en una pesadilla fueron la distancia y el tiempo.

En primer lugar, las ciudades industriales de Kiushiu y Honshu se encontraban en el límite de la autonomía de vuelo de los B29, que era de 2574 kilómetros, por lo que para llegar a estos objetivos un avión necesitaba casi 34 000 litros de gasolina; por consiguiente, sólo podía llevar entre 1,8 y 2,7 toneladas de bombas de gran potencia cuando su carga máxima era de nueve toneladas. Incluso con tan pocas bombas, con frecuencia la carga de carburante provocaba accidentes al despegar y seguía dando al piloto un margen de error de sólo 30 minutos en vuelos que duraban 15 horas. Una vez llegaban a las islas de Japón, el 70 por ciento de las

veces los aviadores encontraban los objetivos cubiertos de nubes. Además, Hansell, basándose en su experiencia en Europa, quería que los aviones volasen a gran altura y que las misiones fuesen contra blancos industriales específicos, lo cual aumentaba los errores del piloto y el navegante y exponía a los B29 a peligrosas condiciones meteorológicas.

Los vientos no hacían ningún favor a los norteamericanos. A 7625 metros de altura, un viento de frente procedente del noroeste de entre 241 y 321 kilómetros por hora significaba que los B29 tenían que hacer un gran esfuerzo por avanzar, consumiendo gran cantidad de su precioso carburante, y bombardear a velocidad casi crítica a través de capas de vientos de direcciones e intensidad variables. La única alternativa que se concibió al principio fue volar hacia el oeste de las islas de Japón y luego girar hacia el este para lanzar las bombas con un fuerte viento de cola. Esta técnica significaba que los B29 sobrevolarían sus objetivos a velocidades horizontales con respecto al suelo de unos 885 kilómetros por hora, empujados por la corriente de chorro del Ártico. Debido a estas velocidades, pequeñas o grandes, el bombardeo de precisión era risible. Luego, con escaso carburante, los bombarderos tenían que regresar a las Marianas en largos trayectos por mar abierto por donde todavía no patrullaban más buques que los submarinos. En los primeros meses de la campaña de bombardeo murieron más aviadores en el mar, después de amerizar, que a causa de las defensas aéreas japonesas. Además, la aviación japonesa seguía teniendo las Marianas a su alcance. Y en diciembre de 1944 y enero de 1945 los ataques contra las bases norteamericanas en las islas destruyeron o dañaron 54 aviones.

Ante la posibilidad de pasar vergüenza por segunda vez a causa de los B29 y de su decisión de trasladar las operaciones a las Marianas, Arnold —hombre enfermo y amargado— recurrió a la opción normal entre militares: cambiar de comandantes. Después de enviar a Hansell a un nuevo y respetable destino y a una jubilación anticipada, Arnold volvió a llamar a LeMay, que llegó al XXI Mando de Bombardeo en enero de 1945. Un comandante de escuadrón que conocía el historial de LeMay escribió que éste había llegado «y hará que nos maten a todos».[4] Masticando su característico cigarro, LeMay dejó claro que tal vez mataría a todas sus tripulaciones,

incluido él mismo, pero pondrían las bombas en los blancos. Durante tres meses trató de que el método de Hansell funcionara, para lo cual mejoró el adiestramiento y la planificación, pero ni siquiera LeMay podía intimidar a la corriente de chorro. Las bombas seguían cayendo en todas partes menos en el objetivo y los aviadores seguían cayendo en el Pacífico. Sin embargo, LeMay había llevado a cabo algunos experimentos para reducir la altitud de vuelo de los bombarderos y cambiar las bombas de gran potencia por bombas incendiarias. Si volaban a menor altitud, los B29 podían llevar una carga de bombas más pesada, de hasta 5,4 toneladas. LeMay decidió copiar la campaña de bombardeo de la RAF contra Alemania. Sus aviones cumplirían la mayoría de sus misiones de noche y atacarían sus objetivos muy por debajo de la corriente de chorro, entre 2440 y 3000 metros. Los ataques nocturnos harían que el fuego antiaéreo y los interceptores japoneses fuesen menos eficaces que durante las horas de luz. La organización de la industria japonesa favorecía el concepto del bombardeo de zonas. A diferencia de la industria alemana, que rodeaba las ciudades principales, las fábricas japonesas habían crecido de cualquier manera y se encontraban muy dispersas al azar, y las abastecían proveedores igualmente dispersos. Para destruir la mayor parte de la industria japonesa se necesitaba una campaña que destruyese ciudades enteras. En 1945 las vidas de los civiles japoneses no pintaban nada en los planes de nadie.

En realidad, Arnold y muchos de sus oficiales de estado mayor, así como los comandantes subordinados de LeMay, creían que sólo un cambio espectacular en las operaciones contra Japón salvaría el bombardeo estratégico y al mismo tiempo favorecería el punto principal de su programa para la posguerra, que era crear una fuerza aérea independiente. Aunque su lealtad a la fuerza aérea y su actitud racista ante los japoneses facilitaron estos cambios, lo que más les preocupaba seguía siendo destruir la industria bélica japonesa. Pero también querían hacer una declaración sobre el infeliz futuro de Japón, así que escogieron Tokio como primer objetivo de un masivo ataque incendiario. En una de las operaciones de bombardeo orquestada con más cuidado de la guerra, más de 300 B29 despegaron de las Marianas el 9 de marzo de 1945. Bajo la obscuridad de la madrugada, 1510 toneladas de

bombas incendiarias cayeron sobre Tokio, arrojadas por B29 que volaban a una altitud de entre 1500 y 3000 metros y pasaron por encima de la ciudad siguiendo líneas de vuelo diferentes y entrecruzadas. Cuando los incendios se extinguieron finalmente al cabo de unos días, habían muerto más de 80 000 japoneses y 250 000 edificios se encontraban en ruinas. Veintidós importantes objetivos industriales desaparecieron en el holocausto.

La incursión no fue incruenta para la fuerza de bombarderos: 14 B29 cayeron en la operación, 12 a causa del fuego enemigo o de fallos operacionales, no se sabía con seguridad. Los cazas nocturnos y los antiaéreos japoneses habían entrado en acción, pero con eficacia limitada. El ataque sentó la pauta para futuras operaciones de los B29 en las islas del archipiélago japonés.

Entre marzo y agosto de 1945 los B29 de LeMay cubrieron Japón con una «manta de fuego». La 20ª fuerza aérea, el mando independiente de todas las operaciones de los B29 en Asia, señaló como objetivos las ciudades industriales japonesas, que eran entre 60 y 70, y las instalaciones militares a ellas asociadas. Los ataques incendiarios continuaron durante todo el mes de marzo y destruyeron Nagoya, Osaka y Kobe. Al finalizar marzo, las fuerzas aéreas de LeMay en las Marianas habían agotado las bombas incendiarias, pero en abril los ataques incendiarios de los B29 habían pasado a formar parte de un contexto operacional general que ahora incluía ataques diurnos con cargas mixtas de bombas. Durante esta fase de la campaña, el XXI Mando de Bombardeo disfrutó de nuevas y numerosas ventajas: cazas de escolta P51 con base en las Bonin, una amplia y activa organización de salvamento maraire, más y mejores bombas y tripulaciones y una gran mejora de los sistemas de radar para la navegación y la identificación de objetivos.

Los ataques tuvieron su precio. Los japoneses organiza ron un esforzado programa de cazas nocturnos basado principalmente en el bimotor Nakajima Ki45 Matadragones que, armado con un cañón de 20 milímetros de tiro hacia arriba, duplicaba al mortífero Messerschmidt 110GH de la Luftwaffe. Los norteamericanos replicaron con su propio caza nocturno bimotor, el P60 Black Widow. Las operaciones de bombardeo se hicieron más complejas y devastadoras con cada mejora incremental de la previsión

meteorológica, la orientación terminal y los efectos del armamento. Siguieron cayendo bombarderos y la campaña costaría al ejército casi 500 aviones de este tipo, que se perdieron por multitud de causas, y cerca de 3000 vidas.

CONCLUSIÓN

La campaña de bombardeo estratégico de la 20ª fuerza aérea surtió un efecto asombroso en el tejido de la sociedad urbana japonesa. El recuento más meticuloso, efectuado por los propios japoneses, dio menos pérdidas de las que calculaban los norteamericanos, pero las dos cifras son horrorosas: entre 240 000 y 300 000 muertos (principalmente civiles), aproximadamente 2,5 millones de hogares destruidos y más de ocho millones de refugiados. De las 71 ciudades japonesas, sólo cinco se libraron de sufrir daños de consideración… y dos de estas cinco eran Hiroshima y Nagasaki. Alrededor de la mitad de las toneladas de bombas lanzadas contra Japón (unas 154 190, aunque seguían siendo sólo una novena parte de las que se arrojaron contra Alemania) cayeron sobre objetivos industriales específicos. Sólo en Tokio, Osaka y Nagoya, las zonas arrasadas por los bombardeos incendiarios (casi 259 kilómetros cuadrados) superaron las zonas urbanas que la USAAF y la RAF combinadas destruyeron en todas las ciudades (se calcula que 204 kilómetros cuadrados). Es indiscutible que los bombardeos aplastaron la industria aeronáutica japonesa y contribuyeron al descenso de la producción eléctrica e industrial. En misiones secundarias, los B29 llevaron a cabo con fortuna una campaña de minado que convirtió el mar Interior en aguas peligrosas. Los bombardeos incendiarios llevaron la guerra a las islas del archipiélago como ninguna otra operación aliada hubiera podido llevarla, pero no bastó para persuadir a la elite política japonesa de rendirse.

18 El final de la guerra en Asia y el Pacífico 1945

DESPUÉS de perder en su discusión con el general MacArthur sobre la conveniencia de liberar las Filipinas, el almirante King siguió convencido de que para aislar a Japón era necesario eliminar el bastión aéreo y naval de Formosa y situar luego fuerzas norteamericanas en enclaves marítimos del norte de China. Para King y los planificadores de todas las armas de Estados Unidos, el objetivo final era el archipiélago japonés. A finales de 1944, ni los ataques contra el comercio ni los bombardeos habían dado señales de que los japoneses quisieran rendirse. King creía que las fuerzas armadas norteamericanas tendrían que sitiar Japón sin mucha ayuda de los ingleses y los rusos. En realidad, King no buscaba ningún aliado. Creía que la conquista de Formosa tenía que ser el primer ataque real contra las defensas interiores del archipiélago japonés, seguido de otras operaciones cuyo objetivo sería apoderarse de los accesos a la provincia china de Shantung y a Corea. King también sabía que los Jefes del Estado Mayor Conjunto habían dejado de prestar atención a la estrategia general y ahora se concentraban en los planes para la posguerra y las condiciones para que los rusos entraran en la guerra contra Japón. Lo que quería King eran decisiones y acciones estratégicas, no debates de resultados imprevisibles.

En octubre de 1944, King celebró una entrevista con representantes de los mandos del Pacífico Central. El almirante Nimitz, en su calidad de comandante del Teatro de las Zonas del Océano Pacífico, se hallaba presente, junto con su estado mayor naval y sus comandantes del ejército y de las fuerzas aéreas. MacArthur no asistió porque King no le había invitado. La reunión tenía por objeto examinar los planes sólo con Nimitz y sus

subordinados, y la intención de King era que aceptasen su plan sobre Formosa. En vez de ello, se encontró con que Nimitz, prudente como siempre, con el apoyo unánime de sus comandantes de las otras armas, ponía en duda la posibilidad de reunir una fuerza de tierra suficiente para tomar Formosa. No podía esperar ninguna ayuda de los dos ejércitos de campaña de MacArthur, toda vez que estaban ocupados liberando las Filipinas.

Nimitz y sus generales también sabían que MacArthur ya había presentado una propuesta que le daría el mando de todas las fuerzas del ejército, terrestres y aéreas, que intervenían en la guerra contra Japón, propuesta que repugnaba al teniente general Simon Bolivar Buckner, Jr., comandante del nuevo
10°
ejército de Estados Unidos, y a todos los hombres de la aviación que aún no estaban dominados por MacArthur. Nimitz habló en nombre de todos al sugerir que el asedio empezara en Iwo Jima, en las islas Volcano, y Okinawa, en las Riukiu, porque su conquista privaría a los japoneses de importantes bases aéreas y permitiría su utilización por las fuerzas aéreas y navales norteamericanas. Los oficiales generales de la marina en el océano Pacífico creían que para ello servirían las fuerzas de que disponían, en especial sus seis divisiones de infantería de marina y seis de infantería. Después de tomar de Halsey el mando de la 3ª flota, Spruance, en quien confiaban todos menos los almirantes de los portaaviones, mandaría las agrupaciones conjuntas formadas a partir de la 5ª flota en ambas operaciones.

Aunque no renunció a la idea de que la toma de Formosa seguiría a las de Iwo Jima y Okinawa, King volvió a Washington para consultar con los Jefes del Estado Mayor Conjunto, que enseguida aprobaron el plan de Nimitz y fijaron las fechas para Iwo Jima (19 de febrero de 1945) y Okinawa (1 de abril de 1945). Hasta MacArthur aprobó el plan, probablemente para cargarse la opción Formosa y ganarse la cooperación de los Jefes del Estado Mayor Conjunto para la campaña de Leyte, que empezaría sólo dos semanas después de que aprobaran el plan de Nimitz el 3 de octubre de 1944.

IWO JIMA Y OKINAWA

Ninguno de los altos mandos pensaba que Iwo Jima y Okinawa fueran a resultar fáciles, pero al menos tendrían varias semanas para bombardear ambas islas mientras esperaban que Nimitz y Spruance reorganizaran sus agrupaciones navales después de los desembarcos en las Filipinas. La superioridad aérea estaría garantizada por las incursiones de gran alcance de los portaaviones y por bombarderos B24 con base en las Marianas. Arnold tranquilizó a los almirantes y a los generales de la infantería de marina asegurándoles que Iwo Jima justificaría las 10 000 bajas que se calculaba que sufrirían, ya que su conquista eliminaría una base de cazas y una estación de radar de los japoneses. En poder de los norteamericanos, Iwo Jima proporcionaría un lugar para aterrizajes de emergencia de los B29, un aeródromo para cazas de escolta y una base para operaciones de salvamento airemar. El valor de Okinawa como base aérea y fondeadero cercano al archipiélago japonés y al mar de la China Oriental no necesitaba explicación ni justificación.

La invasión de las Filipinas no hizo más que acelerar los planes del cuartel general imperial, que ahora dominaban oficiales de alta graduación, para trasladar las mejores unidades y los mejores comandantes del ejército de Japón y China a las defensas exteriores de la Fortaleza Japón. El ejército envió al teniente general Kuribayashi Tadamichi, que tenía un mando en Manchuria, a Iwo Jima, que estaba sólo 1005 kilómetros al norte de las Marianas, para que organizase la defensa de la isla; la fuerza de Kuribayashi contaba con 21 000 oficiales y soldados y consistía en un regimiento de infantería de primera, una mediocre brigada mixta, una mediocre división de infantería que no tenía todos sus efectivos y estaba armada con abundantes cañones y morteros, y un buen regimiento de tanques. Unos 7000 miembros de la fuerza de defensa eran marineros que aportaron sus habilidades artilleras así como armas pesadas a la defensa de la base.

Los submarinos norteamericanos atacaban los transportes cargados con material para las fortificaciones, pero Kuribayashi, que conocía bien a los norteamericanos porque había hecho dos visitas a Estados Unidos, siguió adelante con su ambicioso plan de

construcción, con el que pretendía transformar Iwo Jima en un inmenso sistema de cuevas, túneles, blocaos y trincheras cubiertas. En esencia, convirtió una isla volcánica de unos 26 kilómetros cuadrados, llena de emanaciones de gases sulfurosos muy calientes, en una Línea Maginot japonesa que no podía flanquearse. Su concepto de la defensa no dejaba lugar para la interpretación: todos los japoneses permanecerían en sus puestos y dispararían hasta morir. Kuribayashi no prohibió el suicidio honorable, pero sí los inútiles ataques *banzai* , que sólo servían para desperdiciar vidas y munición.

La defensa de Okinawa se encomendó al 32° ejército bajo el mando del teniente general Ushijima Mitsuru, que reunió dos divisiones de infantería procedentes de China y Manchuria, una brigada que llegó de Japón y un regimiento de tanques y tres de artillería. También aquí el peso de la defensa recayó en las ametralladoras, los morteros y los cañones. El ejército japonés proporcionó aviación y unidades de servicios, a la vez que la marina sumó más tropas al mando. Asimismo, Ushijima absorbió en su ejército a la milicia local de Okinawa y a un gran número de civiles. Su fuerza no tardó en contar con más de 100 000 hombres, escudados por una población nativa de 450 000 personas, de las que morirían 150 000. Al igual que Kuribayashi, Ushijima adaptó su concepto de la defensa al terreno y al enemigo. Decidió no oponer resistencia al desembarco y predijo que se produciría en las anchas playas de Hagushi, en el centro de la isla; también rechazó la idea de organizar una defensa a gran escala en las montañas del norte. En vez de ello sus fuerzas defenderían el tercio meridional de la isla, donde estaban dos de los cuatro aeródromos que había en ella así como muchos de los grandes edificios, entre los que había antiguos castillos. Los cerros escarpados y rocosos y los barrancos eran ideales para la defensa posicional. Situó el primer cinturón de defensas a lo largo de la escarpadura de UraseoMura, que iba de un extremo a otro de la isla. La segunda línea partía de la ciudad costera de Naha, subía hasta el magnífico castillo de Shuri y luego seguía la línea de otros cerros hasta Yonabaru, en la costa oriental. Todas las colinas, quebradas y bolsas que había en aquel terreno difícil se convirtieron en centros de resistencia, especialmente las

defensas situadas en la ladera del otro lado, que estaba a salvo de las armas pesadas norteamericanas y expuesta solamente a los ataques de los aviones.

El plan de Ushijima para la defensa de Okinawa tenía una vertiente naval de la que carecía el de Kuribayashi para Iwo Jima. Aviones, submarinos y lanchas rápidas llevarían a cabo misiones suicidas contra la flota de invasión mientras el

ejército luchaba hasta la muerte. En las semanas que siguieron a la creación improvisada del cuerpo de kamikazes durante la campaña de Leyte, los comandantes de la aviación japonesa habían llegado a la conclusión de que era mejor que sus jóvenes mártires sencillamente estrellaran sus aviones contra los barcos de guerra enemigos, en lugar de perecer en intentos inútiles de lanzar bombas y torpedos. En estos escuadrones del «Viento Divino» no ingresaron aviadores experimentados, que, en vez de ello, pilotaban aviones de interceptación sobre Japón o escoltaban las incursiones de kamikazes, abriendo brechas en las patrullas aéreas norteamericanas para los jóvenes que tenían a su cargo.

Los pilotos kamikazes estaban bajo el mando del vicealmirante Ugaki Matome de la 5ª flota aérea, que los organizó en el Cuerpo de Dioses de los Truenos. Sus jóvenes pilotos del ejército y la marina veían su papel como una oportunidad sin igual de dar la vida por el emperador, como hicieron 3913 de ellos. La marina japonesa formó también una pequeña agrupación de submarinos (algunos eran simples torpedos sumergibles con un hombre montado) y lanchas suicidas repletas de explosivos que atacaban a los transportes norteamericanos. El acorazado *Yamato* y sus barcos de escolta también se prepararon para un ataque sin retorno contra la flota de invasión.

Los planificadores de la fuerza anfibia de la 5ª flota y del V cuerpo anfibio, que se componía de tres divisiones de infantería de marina y tropas de refuerzo de dicha arma y del ejército, sabían que Iwo Jima no iba a ser como pasar un día en la playa. No obstante, ni siquiera el general de división Harry S. Schmidt, comandante de cuerpo y veterano de dos desembarcos anteriores, tenía idea de lo mal que en realidad iban a pasarlo los norteamericanos en Iwo Jima. Sólo Holland M. Smith, rebajado ahora a la condición de

espectador, arguyo que la isla requeriría semanas y no días de bombardeo naval, ya que los bombardeos iniciados en octubre de 1944 sólo habían servido para que los japoneses se refugiaran bajo tierra y para descubrir la magnitud de sus fortificaciones. El plan de bombardeo naval —cuatro días de fuego de precisión así como de fuego extenso a cargo de todo tipo de cañones, desde las baterías principales de los acorazados hasta los lanzacohetes de lanchas de desembarco especiales— hubiera arrasado cualquier atolón o limpiado las playas de otra Saipán o Guam. Por desgracia, Iwo Jima no era lo uno ni lo otro, sino una roca volcánica inmensa y fortificada. Durante los cuatro días de bombardeo naval, los japoneses no se movieron ni devolvieron el fuego.

La invasión propiamente dicha tuvo lugar el 19 de febrero de 1945, encabezando el desembarco cuatro regimientos de las divisiones 4ª y 5ª de la infantería de marina. Mientras ocho batallones de asalto —unos 10 000 infantes de marina— subían trabajosamente por los bancales de negra grava volcánica durante quince minutos angustiosos, no atrajeron el fuego enemigo. A continuación, empezó a caer sobre Iwo Jima una lluvia de muerte. Al cruzar los bancales bajo incesantes explosiones, un sargento veterano sintió que se le encogía la mente al ver el espectáculo que le rodeaba: «En alguna parte muy adentro… en alguna parte dentro de su cerebro, dondequiera que esté esa voz que habla cuando uno está solo y en graves apuros… en ese aposento interior de la mente, desde aquel lugar obscuro y misterioso, la voz le dijo: *Carnicería* ».[1]

Kuribayashi convirtió Iwo Jima en un gigantesco saco de fuego en el que se vieron atrapadas y casi fueron aniquiladas tres divisiones de infantería de marina. El plan de Kuribayashi no respetaba a nadie; los escabrosos lugares de desembarco en que se hallaban los bancales y las fuertes rompientes también recibieron un diluvio de bombas. La artillería, los tanques, las unidades de servicios y el cuartel general sintieron el peso del bombardeo durante días, y las lanchas de desembarco resultaban destruidas al transportar munición y pertrechos a las playas y evacuar las bajas. A menudo, cuando los supervivientes llegaban a los barcos hospital tenían más heridas de las que habían recibido en el frente; sanitarios y camilleros (músicos de banda y tropas de servicios) caían al lado de los combatientes de primera línea. Nadie se libraba.

De los 24 comandantes de batallones de infantería que desembarcaron con las tres divisiones, sólo siete seguían en su puesto al finalizar la campaña; los otros 17 habían muerto o habían sido heridos y evacuados.

Cuando una patrulla de infantes de marina izó la bandera estadounidense en la cima del monte Suribachi el 23 de febrero, la batalla de Iwo Jima ya había alcanzado la inmortalidad fotográfica y parecía haber terminado. Pero transcurrirían otras tres largas semanas de lanzallamas, cargas de dinamita, granadas, millones de bombas de artillería y balas y se perderían las vidas de centenares de hombres buenos antes de que muriese el último japonés. Nimitz no exageró cuando dijo que en Iwo Jima «el valor poco común era una virtud común».[2] Después de la batalla, 27 infantes de marina y marineros recibieron la Medalla de Honor, un récord de la guerra. Trece medallas se concedieron a título póstumo.

Tal como predijo Kuribayashi, él y sus defensores murieron antes de que el 16 de marzo de 1945 el almirante en jefe norteamericano declarase que la isla había sido conquistada. La resistencia organizada de los japoneses duró diez días más. Kuribayashi había demostrado algo: por primera vez en la guerra del Pacífico, una guarnición japonesa había infligido a una fuerza de desembarco más bajas de las que había sufrido ella (21 000 bajas japonesas frente a casi 30 000 de todas las armas norteamericanas). Más de 6000 norteamericanos murieron en Iwo Jima, cinco veces la cifra de Guadalcanal o de Tarawa.

La estadística compensadora desde la perspectiva norteamericana era que más de 25 000 aviadores del ejército y la marina encontrarían en Iwo Jima refugio seguro para sus aviones averiados antes de que terminara el conflicto. Como parte de la campaña de bombardeo contra Japón, Iwo Jima resultó tan valiosa como predijo Arnold. Pero como augurio del futuro asedio de Japón, amortiguó cualquier síntoma de la «enfermedad de la victoria» que hubieran contraído los norteamericanos durante la conquista de las Marianas.

Si Iwo Jima fue una dura prueba para la infantería de marina, Okinawa se convirtió en un calvario para casi todos los que acudieron a las Riukiu a celebrar el día de los Inocentes de 1945 (1 de abril). Tal como planeó Ushijima, su defensa prolongada, que

duró del 1 de abril al 22 de junio de 1945, con dos semanas más de lucha «no oficial», resultó horripilante para la 5ª flota además del 10° ejército. Sólo en la 5ª flota murieron casi 5000 hombres y 7000 resultaron heridos, más bajas de las que había sufrido la marina estadounidense durante toda la guerra del Pacífico en los dos años anteriores. Las cifras correspondientes al 10° ejército fueron aún más horrendas. Para matar a más de 110 000 soldados japoneses y auxiliares en Okinawa, el 10° ejército perdió 78 613 hombres entre muertos y desaparecidos y el número de heridos fue de casi 32 000, mientras que 26 000 hombres cayeron por culpa de accidentes y enfermedades. Lo que hizo que la carnicería de Okinawa fuese tan diferente de la de Iwo Jima, y mucho peor, es que los defectos del mando del general Simon Bolivar Buckner contribuyeron a la matanza.

La operación Iceberg empezó con una frialdad acorde con su nombre cuando regimientos de asalto de dos divisiones de infantería de marina y dos de infantería tomaron las playas de Hagushi y penetraron en el interior, sin que el fuego enemigo tocara sus formaciones. Las divisiones de infantería de marina 1ª y 6ª conquistaron el centro de Okinawa y giraron hacia la izquierda para asegurarse de que ninguna sorpresa les aguardara en el norte. Tras una lucha encarnizada con un regimiento japonés en la península de Motobu, el III cuerpo anfibio bajo el mando del general de división Roy S. Geiger cumplió su misión. El XXIV cuerpo a las órdenes del general de división John R. Hodge se dirigió hacia el sur con las divisiones de infantería 7ª y 96ª al frente y en cuatro días llegó al primer cinturón de defensas de Ushijima.

El plan de defensa japonés era fruto de una profesionalidad y una eficacia escalofriantes. En el plazo de una semana los japoneses habían parado en seco a dos excelentes divisiones de infantería del ejército. Con ayuda de las torrenciales lluvias monzónicas, los japoneses convirtieron cada colina, cada cerro, en una embarrada trampa mortal. Bien armada con ametralladoras y morteros ligeros, la infantería japonesa defendía las laderas de delante, aunque su fuerza sólo era suficiente para obligar a los norteamericanos a

dispersarse y echar cuerpo a tierra; después de intensos tiroteos los norteamericanos acababan tomando la cima, pero allí caía sobre ellos el fuego de la artillería emplazada en las posiciones del otro lado. Entonces los norteamericanos, tambaleándose a causa de las emboscadas, se retiraban a la ladera de delante, machacados por el fuego de los morteros y la lluvia de granadas.

Después de nueve días de duras luchas de esta índole, Buckner reconoció que el XXIV cuerpo necesitaba ayuda y llamó a las divisiones de infantería de marina 1ª y 6ª. También trajo las de infantería 27ª y 77ª para reforzar sus efectivos. La llegada de los refuerzos cambió poco la situación hasta que el jefe del estado mayor de Ushijima, embriagado por los buenos resultados de la defensa, ordenó que sus mejores tropas de infantería lanzaran un contraataque el 4 de mayo. La artillería y la sólida defensa de la infantería norteamericana malograron la última gran carga *banzai* de la campaña del Pacífico y limpiaron la primera posición defensiva japonesa, que cayó el 5 de mayo.

Después de iniciarse así en la guerra defensiva japonesa, Buckner hubiese podido buscar una alternativa a su ofensiva, tipo primera guerra mundial, contra la Línea NahaShuriYonabaru. Sus almirantes y los generales de la infantería de marina y del ejército que intervenían en la campaña le dieron consejos inteligentes cuya esencia era que Buckner utilizara la 2ª división de infantería de marina que tenía en reserva para efectuar un segundo desembarco en la costa oriental de Okinawa, con lo cual flanquearía las defensas japonesas. El lugar del desembarco había sido explorado y señalado como opción para el asalto del 1 de abril. Buckner, sin embargo, sacó la conclusión de que el apoyo logístico era problemático y el desembarco comportaría un riesgo excesivo.

Por desgracia para sus tropas, Buckner no tenía la experiencia necesaria para tomar una decisión tan importante. Graduado en West Point en 1908, fue ascendido al mando de un ejército de campaña por haber reconquistado las Aleutianas, su primer combate. En comparación con sus subordinados, Buckner no era el hombre más indicado para mandar un cuerpo, y mucho menos un ejército de campaña. A pesar de ello, tenía en sus manos las vidas de más de 100 000 soldados e infantes de marina. Rechazó toda sugerencia de revisar el concepto de la campaña e hizo caso omiso

de los cuatro generales de infantería de marina que habían tomado Guadalcanal, cabo Bretaña, Guam y Peleliu. Sólo Spruance y Nimitz tenían autoridad para ordenar a Buckner que cambiara su plan y, una vez más, los almirantes decidieron evitar un conflicto con el ejército. El 28 de junio, cuando la sangrienta campaña se acercaba a su fin, una bomba mató al propio Buckner mientras observaba los asaltos finales contra el extremo meridional de Okinawa. Pero entonces ya era demasiado tarde para desembarcar la 2ª división de infantería de marina.

El avance mortalmente lento del 10° ejército hacia el sur de Okinawa obligó a buena parte de la 5ª flota a permanecer en aguas de las Riukiu para asegurar el abastecimiento ininterrumpido de pertrechos y tropas. Además, la 5ª flota tenía que proporcionar apoyo aéreo hasta que los aviones de la infantería de marina y el ejército pudieran participar en la batalla. La amenaza de un ataque convencional por parte de los restos de la marina japonesa obligaba a la marina a mantenerse alerta y los ataques aéreos seguían siendo una amenaza constante. El día 6 de abril, el grupo *Y amato* zarpó de Japón con la cobertura de 355 kamikazes y aviones de escolta. Los kamikazes fueron los primeros en atacar y hundieron siete barcos y dañaron otros 17, siete de ellos tan gravemente que tuvieron que abandonar la batalla. Al día siguiente la aviación naval norteamericana hundió el *Yamato* y cinco de sus buques de escolta a costa de 10 aviones y 12 tripulaciones. La batalla naval de Okinawa había empezado y continuaría con terribles resultados.

Entre el 6 de abril y el 22 de junio, el almirante Ugaki lanzó diez grandes ataques de kamikazes en los que su fuerza de escolta perdió 1500 vidas y otros tantos aviones. Sin embargo, las pérdidas que el ataque causó a la 5ª flota superaban las registradas en las Salomón. La marina estadounidense perdió 64 barcos, que fueron hundidos o resultaron tan dañados que nunca volvieron a participar en la guerra; otros 60 sufrieron daños suficientes como para necesitar grandes reparaciones. Incluso antes del desembarco, cinco portaaviones norteamericanos tuvieron que retirarse por el mismo motivo. El almirante Spruance perdió un buque insignia por obra de los aviones japoneses, y el almirante Marc Mitscher de la

agrupación 58 trasladó su bandera tres veces en cuatro días (11-15 de mayo) cuando los kamikazes inutilizaron otros dos de sus portaaviones de escuadra. Lo único que hizo ligeramente soportable el calvario fue que los pilotos japoneses tenían muchas dificultades para identificar los barcos, así como problemas relacionados con la confianza en sí mismos. En vez de hacer caso omiso de los destructores y los destructores de escolta, tendían a atacar al primer barco que veían. El resultado no hubiera podido ser peor para los valientes marineros de estos buques de poco calado, ya que absorbían la rabia de los kamikazes. El destructor *Laffey* fue alcanzado por seis de ellos, perdió casi la mitad de su tripulación y se mantuvo a flote para retirarse convertido en una gallarda ruina, pero muchos otros destructores antiaéreos y destructores de escolta se hundieron enseguida, en medio de un torrente de carburante en llamas y explosiones de munición. La noche del 24 al 25 de mayo, los aviones japoneses lanzaron el mayor ataque kamikaze y el mayor bombardeo de la campaña y continuaron el asalto durante cuatro días. Cuando los ataques disminuyeron a causa del nutrido fuego antiaéreo, la 5ª flota había perdido dos destructores, además de otros tres de transporte y uno dragaminas. Tres de estos buques se hundieron en el acto; los demás fueron remolcados al depósito de chatarra naval del fondeadero de Kerama Retto y nunca fueron reparados.

No todos los kamikazes se lanzaban contra la primera línea de barcos. Algunos seguían volando hacia los portaaviones y caían sobre ellos con angustiosa regularidad. A medida que la campaña fue avanzando, aumentó el número de portaaviones puestos fuera de combate: el *Bunker HUI* , el *Franklin* , el nuevo *Wasp* , el nuevo *Yorktown* y el *Enterprise* . La 5ª flota nunca perdió el dominio de las aguas alrededor de Okinawa, pero pagó un alto precio por ello. Sin embargo, ningún almirante norteamericano pudo encontrar mucho consuelo en la campaña de Okinawa, toda vez que los informes de los servicios de inteligencia sugerían que los japoneses aún podían reunir una fuerza aérea cinco veces mayor que la que habían sacrificado para defender la isla.

A ojos de Washington la guerra del Pacífico parecía ganada, puesto que la toma de Okinawa abrió una brecha en el muro del archipiélago japonés. Los japoneses, sin embargo, no apreciaron la

clarividencia de la lógica occidental y continuaron luchando.

LA BOMBA ATÓMICA

La guerra en Asia y el Pacífico terminó en agosto de 1945 con dos grandes explosiones de armas nucleares cuyas ondas expansivas llegaron hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. Entre las numerosas cargas que súbitamente cayeron sobre las espaldas de Harry S. Truman el 12 de abril de 1945 se hallaba la noticia de que Estados Unidos estaba trabajando en la fabricación de una «superarma» —una «bomba atómica»— y que los científicos pronto harían una prueba con ella en una desolada extensión de desierto cerca de Alamogordo, en Nuevo México. El nombre histórico de la región, La Jornada del Muerto, parecía especialmente apropiado, porque no cabía duda de que el arma pondría a mucha gente en el camino de la muerte. Dos semanas después de convertirse en presidente —cargo para el cual, según reconoció, poseía sólo dos cualidades, la decencia y el sentido de la responsabilidad—, Truman fue informado del Proyecto Manhattan, el chusco nombre del esfuerzo anglonorteamericano por aprovechar la energía liberada por la fisión atómica y crear un artefacto explosivo para usos militares. Los trabajos con vistas a la creación de una bomba atómica habían empezado más de tres años antes, envueltos en una capa de secretismo y seguridad llena de agujeros y financiados con más de 2000 millones de dólares disimulados en el complejo presupuesto del Departamento de Guerra. El 2 de mayo de 1945, Truman encargó a una comisión interina encabezada por el hombre que le había puesto al corriente del proyecto, Henry Stimson, secretario de Guerra, que presentara un informe sobre lo que la bomba podía significar para una guerra en el Pacífico que se negaba a terminar.

Al igual que sus compatriotas, Harry Truman necesitaba que le dieran muchas lecciones sobre cómo la bomba atómica, con sus raíces en el esotérico campo de la física de partículas, se había convertido en una parte del arsenal del país. Al explorar los misterios de la radiación a finales del siglo XIX, varios hombres de ciencia habían especulado sobre la posibilidad de que la radioactividad proporcionara una fuente incalculable de energía. En 1904 dos científicos británicos arguyeron que esta energía podía

aprovecharse para fabricar una bomba y liberarla luego como explosión para fines militares. Los trabajos, muy teóricos pero afortunados, sobre la manipulación de los núcleos atómicos continuaron hasta el decenio de 1930 y en ellos se combinaron avances en la física de partículas, la química física y la ingeniería de laboratorio. Las matemáticas que sustentaban esta investigación básica y aplicada permanecieron en manos de unos cuantos hombres de talento. La dificultad era que tales hombres se encontraban tanto en la Alemania nazi, Japón y la Unión Soviética como en Occidente.

Por suerte para los aliados, en los años treinta gran número de genios de la ciencia abandonó la Europa continental para sumarse a los pioneros de la física nuclear en Gran Bretaña y luego se trasladaron a Estados Unidos, el único país con los recursos y el interés necesarios para patrocinar más investigaciones. Estos científicos procedían de Dinamarca, Alemania, Hungría, Italia, Austria y Francia y sus nombres se hicieron legendarios en los anales de la ciencia moderna: Niels Bohr, Enrico Fermi, James Franck, Otto Frisch, Lew Kowarski, Leo Szilard, Edward Teller y otros. Entre los anglonorteamericanos estaban James Chadwick, Arthur H. Compton, Karl Compton, Ernest O. Lawrence, J. Robert Oppenheimer, Norman Ramsey, Ernest Rutherford, Harold Urey y John Wheeler. En 1939 tres de los expatriados pidieron a Albert Einstein, que para entonces ya se había convertido en un icono vivo de la ciencia, que advirtiese a Roosevelt de la posibilidad de que la Alemania nazi, patria del talentoso físico Werner Heisenberg, fabricara armas nucleares que sin duda utilizaría. Roosevelt se interesó lo suficiente para ordenar a uno de sus ayudantes que se ocupara del asunto; y el resultado fue una Comisión del Uranio que concedió a Enrico Fermi 6000 dólares para sus investigaciones. En 1941 los alarmados físicos nucleares encontraron un protector importante, el doctor Vannevar Bush, jefe de la nueva Oficina de Investigación y Desarrollo Científicos (OSRD). Bush, a su vez, gozaba de la confianza del Departamento de Guerra, que respaldó sus peticiones de tres cosas que escaseaban, a saber: recursos humanos, materias primas y dinero para financiar la investigación y el desarrollo de inventos que sirviesen para ganar la guerra.

Al entrar Estados Unidos en guerra, el Congreso abrió las arcas

para los proyectos de la OSRD y el Departamento de Guerra. En el nivel de investigación básica, el programa de armas nucleares no necesitaba financiación a gran escala. En 1942 estos estudios tenían lugar en los laboratorios de física de partículas de las universidades —Columbia, Chicago y CaliforniaBerkeley— y llevarlos a cabo era relativamente barato. Sin embargo, sus resultados fueron importantes, especialmente a partir de que una «pila» de grafito (carbono) FermiCompton situada bajo el estadio de fútbol de Chicago iniciara una reacción en cadena en diciembre de 1942. El experimento demostró que el uranio 235 podía producir plutonio (atractivo substituto del uranio) y aprovechar el uranio y el plutonio para una explosión controlable. Fermi hizo todos los cálculos decisivos con una regla de cálculo. Este avance dio un impulso directo al Manhattan Engineer District, que se rebautizó como Proyecto Manhattan, nombre cifrado que el Cuerpo de Ingenieros de Estados Unidos escogió para el programa de investigación de armas nucleares.

El proyecto adquirió su forma definitiva en 1943 y pronto requirió una financiación masiva. Dos complejos gubernamentalesindustriales en Hanford, Washington, y Oak Ridge, Tennessee, respectivamente, produjeron el material fisionable y los ingredientes con él relacionados que se requerían para fabricar ojivas nucleares. En la fabricación de los delicados componentes de la bomba, muchos de los cuales exigían los últimos adelantos de la ingeniería metalúrgica, también participaron contratistas industriales, gigantes del ramo de las máquinas herramienta y de la electricidad, como AllisChalmers y General Electric. En el emplazamiento de una escuela india de Los Álamos, Nuevo México, el Departamento de Guerra construyó una ciudad especial donde pudieran reunirse todos los expertos en armas (con sus familias) para estudiar la posibilidad de fabricar una bomba atómica.

El general de brigada Leslie Groves, ingeniero ambicioso aunque antipático, se convirtió en administrador del proyecto, pero J. Robert Oppenheimer, jefe del Laboratorio de Los Álamos, se encargó de dirigir la labor de los científicos y los ingenieros. Hasta el otoño de 1944 el Proyecto Manhattan no dio muestras de que realmente podía construirse una bomba, aun cuando los conocimientos científicos básicos ya indicaban que era factible una

explosión por medio de la fisión. Uno de los principales obstáculos era encontrar uranio y producir plutonio para convertirlo sin peligro en un arma. (Como cabía esperar de una misión en tiempo de guerra, el Proyecto Manhattan causó sus propias bajas: ocho víctimas mortales durante los experimentos y las pruebas, una de ellas a causa de la radioactividad.) Otro problema fue idear un mecanismo de disparo que fuese seguro.

A comienzos de 1945 Groves y Oppenheimer juzgaron que podían (y debían) fabricar un prototipo de artefacto nuclear y hacerlo estallar. En circunstancias de gran incertidumbre y considerable peligro, el equipo de Los Álamos hizo estallar un artefacto de plutonio, *Fat Man* («Hombre gordo»), el 16 de julio de 1945. Entre los observadores se hallaban Groves, Bush, Oppenheimer y Fermi. Una enorme bola de fuego envolvió el desierto y despidió cegadoras olas de luz y una presión atmosférica aplastante; una columna de nubes se elevó hacia el cielo y adquirió forma de hongo. La explosión liberó una fuerza equivalente a 15 400 toneladas de TNT. El resultado de la prueba llenó de júbilo a los observadores, aunque también les hizo pensar con preocupación en el poder destructivo que ahora estaba en manos de la humanidad.

Las únicas personas del Departamento de Guerra que tenían una idea clara de los progresos del Proyecto Manhattan y de la marcha de la contienda eran Stimson y el general Marshall. En 1943 tenían la confianza suficiente para preparar la inclusión de bombas atómicas en el arsenal norteamericano. Roosevelt y Churchill, por supuesto, siguieron atentamente el proyecto, y por acuerdo mutuo Gran Bretaña continuó compartiendo los hallazgos y el conocimiento científicos, aunque no contribuyese a sufragar su coste. Los ingleses estaban preocupados por la seguridad nuclear y acusaron a algunos de los científicos expatriados de albergar simpatías peligrosas por los soviéticos; pero en realidad los verdaderos agentes rusos eran un científico alemán emigrado y patrocinado por los ingleses que trabajaba en Los Álamos (Klaus Fuchs), un puñado de jóvenes norteamericanos engañados, como Theodore A. Hall y Saville Sax, y cuatro miembros comunistas de los Servicios de Inteligencia y Exteriores británicos.

Groves tomó la iniciativa en 1943 y organizó un pequeño grupo

de fieles, la Comisión Militar, para que estudiase el empleo de armas nucleares en el contexto de la guerra. El grupo examinó objetivos alemanes y japoneses, unos militares y otros urbanoindustriales. Nadie puso en duda que la bomba se utilizaría. En 1944-1 945 los norteamericanos supieron que los alemanes no podrían crear la bomba y, de hecho, perderían la guerra. La atención se volvió entonces hacia Japón, el único beligerante que quedaba cuando la explosión de *Fat Man* lo vaporizó o cristalizó todo.

Mientras tanto, las fuerzas aéreas del ejército prepararon una unidad especial, el
509°
Grupo de Bombardeo (Compuesto), bajo el mando del coronel Paul W. Tibbets, que a sus 29 años pilotaba bombarderos en la campaña contra Alemania. Tibbets, que era un talentoso piloto de pruebas e ingeniero aeronáutico, se convirtió en miembro clave del equipo que trabajaba en el proyecto del B29. En septiembre de 1944 recibió de pronto la orden de presentarse a una entrevista relacionada con un mando especial. Se sintió intrigado al ver tantos oficiales ingenieros en el comité de selección. Después se enteró de que su grupo B29 especial algún día lanzaría bombas atómicas.

En mayojunio de 1945, el grupo de Tibbets —extraordinaria colección de personas de talento y aparatos especiales— se instaló en una parte segura de Tinian, una de las islas Marianas. Durante todo el período de preparación en Estados Unidos y de despliegue en el Pacífico, Tibbets aprendió todo lo que necesitaba saber para adiestrar a su grupo e incluso salió vencedor de algunas escaramuzas con Curtis LeMay relacionadas con los requisitos de adiestramiento y apoyo. Lo único que no sabía era cuándo tendría un arma, un blanco y una misión.

En los niveles más altos de la política y la estrategia, Estados Unidos y Japón se aferraban a cualquier leve promesa de que la guerra terminase sin llegar a una invasión a gran escala de Kiushiu (cuyo nombre cifrado era operación Olímpica) en noviembre y de Honshu (operación Corona) la primavera siguiente. Unidas bajo el nombre de operación Caída, las dos invasiones requerirían fuerzas de desembarco integradas por 3 millones de hombres y toda la flota del Pacífico, reforzada por la Royal Navy, así como 5000 aviones de

combate. La planificación estratégica en Washington, complementada con estudios de MacArthur y Nimitz, empezó a evaluar el creciente despliegue de las divisiones japonesas de Asia en las islas de la metrópoli, la dosificación de los escuadrones de aviones y lanchas suicidas y la movilización de la población japonesa (especialmente obreros industriales y agricultores desplazados) para que sirviera en unidades de construcción y de defensa interior. En el Plan de Operaciones en la Patria de enero de 1945 y de nuevo en la Ley del Servicio Militar Voluntario de junio de 1945, el gabinete japonés llamaba en esencia a toda la población a prestar servicio militar, al tiempo que los propagandistas ponían en marcha el programa «La Gloriosa Muerte de Cien Millones» para despertar el entusiasmo por morir por el emperador.

Ante este nivel de preparativos para la defensa, los planes norteamericanos incluyeron estimaciones de las bajas preparadas por especialistas en personal, planificadores médicos y estados mayores logísticos. Aunque Truman, Stimson y otros interpretaron mal las estimaciones entonces y después, y a menudo confundían «muertos» con «bajas», las cifras seguían siendo espeluznantes: el total de bajas que se calculaba que sufrirían los norteamericanos en la operación Caída, basándose en las recientes batallas libradas en el Pacífico, podía ser de hasta 500 000. Los planificadores señalaron que las bajas de la guerra del Pacífico, medidas por días de combate y pérdidas por cada 1000 soldados, ya triplicaban las bajas norteamericanas en Europa durante el período 1944-1 945. La parte más incalculable de la operación eran los daños que las lanchas y los aviones suicidas podían causar a los transportes de tropas. King y otros planificadores de la marina se preguntaban si no sería más prudente cancelar la operación Caída y continuar con el programa de estrangulamiento económico y bombardeos incendiarios hasta que Japón se rindiera. Pero a Stimson, Marshall y Arnold, así como a sus asesores, la idea de una guerra prolongada con un final incierto no les gustaba demasiado.

Parte de la urgencia por terminar la guerra era fruto de problemas creados por Estados Unidos. Aunque Roosevelt no siguió sus propias declaraciones sobre la rendición incondicional en el caso de Italia, Truman las había hecho suyas y en mayo exigió la capitulación total del Tercer Reich. Debido a las bajas que habían

sufrido los norteamericanos en los últimos tiempos de la guerra y a los horrores que acababa de revelar la liberación de los campos de exterminio en Alemania y las Filipinas, cualquier concesión a las potencias del Eje sería dinamita política. Se había condicionado a la opinión pública a ver en HiroHito un criminal de guerra, por lo que cualquier capitulación que le permitiera seguir siendo emperador podría considerarse un abuso de confianza cuyo responsable sería Harry Truman. Sin embargo, los expertos en asuntos japoneses que trabajaban en el Departamento de Estado instaron al gobierno a salvar a HiroHito y hacer de él una figura clave para controlar al pueblo japonés, que sería totalmente desarmado, despojado de su imperio, privado de sus líderes tradicionales y sometido a una inevitable reconstrucción económica y emocional durante la ocupación. Aunque algunos expertos sospechaban que HiroHito había tenido una participación activa en las agresiones japonesas, veían en él un instrumento esencial para reconstruir y reformar el país.

Otra consideración final era el papel de la Unión Soviética en Asia después de la guerra. En la conferencia celebrada en Yalta en febrero, Roosevelt había obtenido de Stalin la promesa de participar en la guerra de Asia a cambio de la devolución de las «tierras perdidas» y de concesiones especiales en el norte del continente. Si los soviéticos exigían ahora un papel activo en la ocupación, incluido el pago de enormes reparaciones, la rehabilitación de Japón correría peligro. Algunos de los asesores de Truman también habían sacado la conclusión de que en relación con Europa la Unión Soviética tenía sus propios designios contra los que nada podían hacer las recién creadas Naciones Unidas ni la alineación de estados europeos destruidos que había en el momento. A algunos les parecía que valía la pena tomar alguna medida —por ejemplo, introducir la bomba atómica— que diera que pensar a los soviéticos.

Sin embargo, la principal preocupación de los que planeaban el lanzamiento de la bomba seguía siendo reducir las bajas norteamericanas en una guerra que se acercaba a su fin. Algunos asesores incluso pensaban que respetar vidas japonesas reportaría beneficios más adelante. Mientras tanto, el gobierno japonés —al menos algunas de sus partes— buscaba una solución negociada por las mismas razones: librarse de los bombardeos y el

estrangulamiento económico y evitar el derramamiento final de sangre que sin duda una invasión norteamericana provocaría. Un puñado de diplomáticos valientes que prestaban servicio en los recovecos del ministerio de Asuntos Exteriores empezó a establecer contactos con la Unión Soviética para preguntar si Stalin podía influir en Roosevelt y Churchill para que se conformasen con algo menos que la rendición incondicional. Su búsqueda se hizo más apremiante cuando el 5 de abril los rusos anunciaron que no renovarían su tratado de neutralidad. En abril el general que servía en calidad de jefe del gobierno cedió su puesto al almirante retirado Suzuki Kantaro, de 78 años, y entre la facción de la corte imperial que buscaba la paz creció la esperanza. Mientras los ministros de la Guerra y de la Marina seguían con su plan para la defensa de las islas, Suzuki jugó «la baza rusa», pero sin obtener ningún resultado. Al caer Okinawa, Suzuki y los partidarios de la paz comprendieron que su país se enfrentaba no sólo a la derrota, sino también a la extinción.

LA RENDICIÓN JAPONESA

Mientras continuaban las matanzas, Truman se trasladó a Potsdam en julio para entrevistarse con Stalin y Churchill, este último substituido a mitad de la conferencia por el líder del Partido Laborista, Clement Attlee. Stalin no mostró ningún pesar especial por la ausencia de Roosevelt y Churchill, y no reaccionó al insinuarle Truman que Estados Unidos tenía una «superbomba». En realidad es probable que Stalin supiera más cosas que Truman sobre las armas nucleares estadounidenses, ya que le había asesorado Igor Kurchatov, el Oppenheimer soviético, que había organizado el programa de armas nucleares de los soviéticos y tenía acceso a los informes del espionaje que llegaban de Los Álamos.

Stalin sugirió a Truman que nada persuadiría a los japoneses a rendirse a menos que recibieran concesiones, lo cual confirmaba lo que los servicios de inteligencia norteamericanos ya habían deducido basándose en las comunicaciones interceptadas. El 26 de julio, Truman aprobó un mensaje público dirigido a Japón que decía que podía evitar una solución final sólo si se rendía en el acto.

Sin embargo, la Declaración de Potsdam no mencionaba al emperador ni su futuro, excepto cuando decía que el gobierno japonés debía eliminar «todos los obstáculos que impidieran el renacer y el fortalecimiento de las tendencias democráticas entre el pueblo japonés». Truman creía haber autorizado un texto que insinuaba que el estatuto de HiroHito era negociable, pero varias traducciones y filtrajes culturales deformaron el mensaje hasta tal punto que dejó de ser un mensaje. El régimen de Suzuki rechazó la Declaración de Potsdam el 27 de julio, pero la rechazó pensando que dejaba la puerta abierta para nuevas comunicaciones sobre el estatuto del emperador.

Truman no se esforzó mucho por captar una señal en tal sentido. El 24 de julio ya había ordenado a la 20ª fuerza aérea que lanzase un arma nuclear sobre una de las cuatro ciudades señaladas como posibles objetivos. La elección del objetivo definitivo y del momento de lanzar la bomba dependería del tiempo y de otras consideraciones de carácter local. Barcos de la marina norteamericana ya habían llevado dos artefactos a Tinian, uno de los cuales era un segundo *Fat Man* de plutonio y el otro, un *Little Boy* («Niño pequeño») de uranio. Ambas armas se habían fabricado prácticamente a mano y en ellas se utilizó gran parte del material fisionable de que disponía Estados Unidos. Huelga decir que Truman hubiese podido cancelar la misión de haberlo querido, y Stimson le brindó la oportunidad de hacerlo el 27 de julio. Truman ordenó que la misión siguiera adelante.

El general LeMay escogió Hiroshima porque la ciudad tenía cierto valor militar, porque su puente en forma de T era un blanco perfecto y porque, que él supiera, no había en ella campos de prisioneros de guerra aliados. Esta última suposición resultó errónea. El 6 de agosto, Paul Tibbets en persona, pilotando el *Enola Gay* , lanzó el *Little Boy* sobre Hiroshima y la ciudad y sus habitantes volaron en pedazos. Tres días después, otro B29 lanzó el *Fat Man* contra Nagasaki, con resultados ligeramente menos horrorosos. Nadie pudo contar jamás con exactitud el número total de bajas, pero 180 000 muertes instantáneas en las dos ciudades no es una exageración, y fueron seguidas de otras causadas por la radioactividad y, en generaciones posteriores, por lesiones genéticas. Como si quisiera recalcar la derrota de Japón, la Unión

Soviética le declaró la guerra el 8 de agosto y lanzó sus fuerzas blindadas de 1,6 millones de hombres al interior de Manchuria.

Uno de los centenares de miles de japoneses atrapados en Hiroshima el 6 de agosto fue Sasaki Kazuji, instructor en una escuela de pagadores del ejército. Sasaki sobrevivió al derrumbamiento del aula donde estaba supervisando un examen. A pesar de graves lesiones internas y de los efectos de la radioactividad, logró llegar a su domicilio de las afueras de la ciudad. Llegó el 12 de agosto, ya cerca de la muerte. Sin embargo, empezó a informar al jefe de la escuela de pagadores y describió los daños que ésta había sufrido y los esfuerzos por salvar al personal docente y a los estudiantes. Violentos incendios le habían obligado a alejarse de su despacho y de los exámenes y otros documentos. El 18 de agosto escribió que el estado en que se encontraba le impedía terminar su informe: «Mis síntomas físicos eran dolor localizado, jaqueca intensa, fiebre alta, vómitos frecuentes, falta total de apetito. Aunque me esforcé al máximo, al final dejé que el fuego destruyera los documentos. Deploro muchísimo las inmensas dificultades para la admisión de nuevos alumnos provocadas por este resultado. Soy profundamente consciente de la gravedad de mi responsabilidad y no encuentro forma de excusarme». Mientras dictaba estas palabras a su esposa, Sasaki murió, soldado leal hasta el fin.[3]

El 9 de agosto, incluso antes de recibir la noticia del bombardeo de Nagasaki aquel mismo día, los seis hombres más importantes que dirigían el esfuerzo de guerra japonés se reunieron para considerar el futuro de su país. Tres de los seis hombres, un almirante y dos generales, querían continuar la resistencia y examinaron sus planes para emplear 2,3 millones de hombres de las fuerzas armadas y 28 millones de hombres y mujeres de la milicia local en la defensa del archipiélago. Tres hombres, dos almirantes y un diplomático, querían proseguir las negociaciones directas con los norteamericanos. Incluso cuando el jefe del gobierno amplió el grupo para que incluyese a todo el gabinete, no fue posible salir del punto muerto. Mientras debatían el asunto se enteraron de la destrucción de Nagasaki, pero el ministro de la Guerra, Anami Korechika, que encabezaba una minoría intransigente, rechazó la rendición. Suzuki convocó otra conferencia para aquella noche y

luego pidió a HiroHito que asistiese a ella y la sacara del estancamiento. La invitación incluía también a los colaboradores personales del emperador y a venerados representantes de los *genro* , es decir, estadistas que no ocupaban ningún puesto oficial.

Alrededor de la medianoche todos los participantes en la conferencia ya se encontraban reunidos y continuaba el debate a favor o en contra de la rendición. En un momento dado, en las horas más obscuras, HiroHito se puso en pie e hizo callar a sus asesores. Con voz débil dijo a todos ellos que la única esperanza que le quedaba al pueblo japonés era rendirse cuanto antes, aunque a él le costase el trono. Quería que todos los miembros del gabinete firmasen una nueva respuesta oficial a la Declaración de Potsdam en la cual Japón se rindiera con la condición de que el emperador conservase su posición simbólica como representante del pueblo japonés. A media mañana del 10 de agosto su mensaje ya había llegado a Washington y a las capitales de todo el mundo.

Una vez más, Truman se encontraba ante un problema que no podía resolver solo, por lo que recibió con agrado la recomendación de sus asesores de aceptar las condiciones japonesas, aunque significaran mantener a HiroHito (despojado de su divinidad) en el trono. Henry Stimson salió vencedor del debate y ningún otro asesor le contradijo. Marshall, Arnold y King no estaban presentes, pero no pusieron ninguna objeción seria a la decisión. De hecho, ahora todos los gobiernos aliados menos la Unión Soviética aconsejaban que se firmara la paz; los rusos tenían la sensación de que les habían birlado una campaña que les permitiría vengarse de la derrota de 1905. A modo de compensación de esta oportunidad perdida, Stalin exigió nuevo poder sobre la ocupación de Japón y la desmembración de su imperio. El 12 de agosto, los aliados aceptaron las condiciones japonesas con las salvedades de que se considerase al emperador responsable de una rendición cooperativa pero que la «forma definitiva» de un futuro gobierno japonés dependiera de «la voluntad libremente expresada del pueblo japonés». Como nadie pensaba que Japón se hubiera convertido al republicanismo jeffersoniano, esta condición pareció meramente formal a los aliados.

Algunos japoneses pensaban de otro modo. Dentro del ejército un grupo de oficiales jóvenes, soñando que seguían en los años

treinta, planeó asesinar a la facción partidaria de la paz y obligar al emperador a luchar hasta la muerte de todo el mundo. El objetivo inmediato de su complot era impedir que la rendición de Japón se hiciera pública. Una vez más Japón se encontró ante una crisis nacional e incluso el jefe del gobierno, Suzuki, titubeó ante la amenaza de un golpe militar. El ministro de la Guerra y el jefe del estado mayor del ejército no quisieron apoyar a los rebeldes; en vez de ello, sugirieron que los oficiales siguieran su ejemplo y se suicidaran.

Con la amenaza de un golpe muy viva todavía, HiroHito reunió el 14 de agosto a los principales cargos del gabinete y asesores y exigió que todos ellos aceptaran su decisión de rendirse. También ordenó al general Umezu Yoshijiro, jefe del estado mayor del ejército, que no se suicidara como Anami, el ministro de la Guerra, sino que se responsabilizara personalmente de que la capitulación fuese pacífica. Luego grabó un mensaje de rendición dirigido tanto a los aliados como al pueblo japonés. Aun así, un grupo de oficiales del ejército trató de impedir que se transmitiera, pero tropas leales al emperador desbarataron su intento a última hora. El último japonés que murió entre la guerra y la rendición fue el general que mandaba la guardia de palacio, y murió a manos de un mayor rebelde.

En su mensaje, el emperador ordenaba a sus tropas que depusieran las armas, cooperasen con las fuerzas aliadas, preservaran el orden y la disciplina y se unieran al pueblo japonés en la tarea de soportar la insoportable carga de la derrota y la desgracia. Los gritos de rabia y alivio que recibió el mensaje del emperador en todo Japón casi ahogaron el ruido de los disparos cuando tanto los rebeldes como los leales a él empezaron a suicidarse.

El mensaje de rendición llegó a un mundo agradecido. En Washington, Truman anunció, sin entrar en pormenores, que Japón había aceptado su exigencia de que se rindiera sin condiciones.

CONCLUSIÓN

El 2 de septiembre, la capitulación de Japón ante los aliados

adquirió carácter oficial cuando un puñado de diplomáticos y militares japoneses firmaron los documentos correspondientes en la cubierta del buque insignia del almirante Halsey, el *Missouri* , nuevo acorazado rápido muy querido de Truman. Este último acto de la guerra de Asia y el Pacífico se representó bajo la dirección del generaldramaturgo MacArthur, que había logrado que Halsey organizara una gran demostración aeronaval en la bahía de Tokio para los medios de comunicación y los victoriosos aliados. Entre los actores principales se encontraban los generales Jonathan Wainwright y *sir* Arthur Percival, que acababan de ser liberados.

El ritual del *Missouri* no hizo más que simbolizar los actos de rendición que ya estaban teniendo lugar en las ruinas del imperio japonés: los soviéticos aceptaron la capitulación en Manchuria y en el norte de Corea; las fuerzas de la Commonwealth, en el sudeste de Asia y las Indias Orientales; y los chinos nacionalistas, la de los ejércitos japoneses entre los dos extremos citados. Las primeras tropas norteamericanas desembarcaron en los aeródromos de las islas del archipiélago el 28 de agosto, sin incidente alguno, mientras más divisiones, a las que las bombas atómicas habían salvado la vida, zarpaban con rumbo a los destinos que les habían asignado para desarmar a las fuerzas armada japonesas.

Con el fin de que el *Missouri* fuera un lugar apropiado para la rendición japonesa, el comandante del buque, el capitán Stuart S. Murray, hizo gestiones para que le mandaran una bandera especial con el propósito de que ondease el 2 de septiembre de 1945. Los medios de comunicación dijeron luego que la bandera norteamericana que se había izado en el *Missouri* era la misma que ondeaba en el Capitolio el 7 de diciembre de 1941. No lo era. La bandera norteamericana que aquel día compartió el asta principal con las banderas de cinco estrellas del general MacArthur y los almirantes Nimitz y Halsey salió directamente del cuarto de banderas del buque y no tenía ningún linaje. La bandera especial del capitán Murray se colgó enfrente del pasillo que llevaba a su camarote, donde por fuerza tenían que verla los japoneses al llegar a la cubierta principal desde la pasarela. Sin duda la bandera de Murray les llamaría la atención, porque era vieja y tenía sólo 31 estrellas. Había ondeado en el buque insignia del comodoro Matthew C. Perry cuando entró en la bahía de Tokio en 1853 y

abrió las puertas de Japón.[4]

Encabezada por el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el débil y lisiado Shigemitsu Mamori, la delegación japonesa, compuesta por nueve militares y cargos del ministerio de Exteriores, interpretó su papel en la pieza de *kabuki* de MacArthur. Bajo un cielo gris y mortecino y una brisa fresca, los delegados japoneses fueron de Tokio a Yokohama en automóviles que no llamaban la atención, no fuera el caso que algunos rebeldes del ejército tramaran una emboscada. Al atravesar la devastada ciudad portuaria, Kase Toshikazu, joven diplomático experto en inglés, vio pocas cosas que le inspirasen alegría: «La desolación era suficiente para helarte el corazón». La delegación llegó al *Missouri* a bordo de una falúa del almirante, «diplomáticos sin bandera y soldados sin espada, taciturnos y silenciosos». La subida por la pasarela fue lenta porque Shigemitsu se movía con gran dificultad por culpa de su pierna de madera, que había substituido a la que le arrancara la bomba de un terrorista coreano. Kase miró con inquietud las filas y filas de almirantes y generales aliados reunidos bajo un baldaquín viviente de periodistas y fotógrafos colgados como monos de todos los lugares posibles de la superestructura. Kase reconoció la bandera norteamericana puesta enfrente del camarote del capitán Murray porque la había visto una vez en el museo de la Academia Naval de Estados Unidos. Poco más que miedo sentía al pensar en las posibles condiciones de la rendición.[5]

Poco antes de las 9,00 de la mañana, el ministro de Asuntos Exteriores, Shigemitsu, firmó los documentos de rendición y la guerra de Asia y el Pacífico terminó oficialmente. Uno tras otro fueron firmando los representantes aliados, el almirante Nimitz en nombre de Estados Unidos. MacArthur presidió con dignidad y elegancia y marcó la pauta de la ceremonia con uno de sus sermones sobre abolir la guerra y devolver Japón a la comunidad de naciones amantes de la paz. Prometió que la ocupación aliada, que él mandaría, traería ayuda, recuperación y reforma a Japón. El «día de la infamia» había sido substituido ahora por una época en la cual «la esperanza de la humanidad» sería que «un mundo mejor salga de la sangre y la carnicería del pasado».[6] El deber de los supervivientes de la guerra de Asia y el Pacífico sería hacer que el 2 de septiembre de 1945 fuera el primer día de una era de curación.

19 Pueblos en guerra 1937-1 945

A diferencia de sus predecesores anteriores al siglo XX, con las posibles excepciones de la república romana en sus primeros tiempos y la Francia revolucionaria, los beligerantes de la segunda guerra mundial tenían un potencial sin precedentes para convertir recursos económicos en capacidad militar. Los recursos se dividían en cinco categorías generales: (1) materias primas para fabricar municiones; (2) alimentos para mantener en vida y en funcionamiento a las fuerzas militares y a los civiles; (3) una infraestructura nacional de sistemas fabriles y transportes que podían ampliarse y reorganizarse para incrementar la productividad; (4) una población activa con el tamaño y la habilidad suficientes para satisfacer las necesidades de todos los sectores productivos; y (5) la voluntad política —ejercida por medio de la coacción, la propaganda y los llamamientos al deber cívico— para imponer sacrificios a los civiles incluso cuando dichos sacrificios se volvían intolerables.

UNA GUERRA EN POST DE RECURSOS

Un gran factor geoeconómico descuella de la historia de la segunda guerra mundial: las potencias del Eje no pudieron evitar que el hemisferio occidental y el África subsahariana fueran un campo de recursos a disposición de los aliados. La enorme productividad industrial y agrícola de Estados Unidos y de la Commonwealth británica, incluidas sus colonias no blancas, que en gran parte aplazaron sus exigencias de independencia, permaneció fuera del

alcance del Eje.

La segunda guerra mundial fue un conflicto de recursos además de ideologías, tanto en sus causas como en su dirección. Ningún recurso natural era tan esencial como los combustibles fósiles. El petróleo crudo era el ingrediente clave de la gasolina y los plásticos, y el carbón alimentaba los hornos que producían acero y hacían girar las turbinas para generar energía eléctrica. Los aliados ganaron la guerra porque tenían combustibles fósiles y porque impidieron que las potencias del Eje convirtieran los de los países ocupados en recursos para ganar la guerra. En vísperas de Pearl Harbor, Estados Unidos producía dos tercios del petróleo mundial, en gran parte porque podía extraerlo y suministrarlo a un precio (1,15 dólares el barril) que frenaba la competencia. Además, las compañías petroleras que no eran de propiedad norteamericana pertenecían a aliados de Estados Unidos: ingleses y holandeses. La Unión Soviética producía el 10 por ciento del petróleo mundial y lo usaba para sus propias necesidades; sus reservas eran importantes. El resto de los productores de petróleo reales y potenciales del mundo actuaba dentro de una esfera de intereses económicos dominada por las pautas del mercado y la geografía de antes de la contienda, pautas que favorecían a los aliados. Estas naciones eran México, Canadá, Venezuela, Irak, Irán y Arabia Saudita. Los aliados también controlaban alrededor de dos tercios de las existencias mundiales de carbón.

El panorama desde la perspectiva del Eje era muy diferente. Alemania y Japón, que ya dependían del petróleo extranjero cuando entraron en guerra, hicieron uso o se apropiaron de los yacimientos petrolíferos de Rumania, Rusia y las Indias Orientales Holandesas. Por medio de ataques aéreos y campañas navales de inhabilitación a cargo de flotas de superficie y submarinos, los aliados redujeron las importaciones de petróleo de Alemania y Japón hasta tal punto que a mediados de 1944 la escasez de gasolina inmovilizó partes de su base industrial y causó graves daños a las fuerzas armadas del Eje. Aunque en el caso del carbón el Eje tenía recursos abundantes, era necesario transportarlo a las centrales eléctricas y las fábricas, lo cual lo hacía vulnerable a los ataques aéreos y navales.

Tanto los aliados como el Eje trataron de imponer el racionamiento del petróleo y el carbón a sus economías, y ambos

hicieron experimentos con combustibles sintéticos que tuvieron cierto éxito. Sin embargo, el acceso casi ilimitado a combustibles fósiles permitió a los aliados ser los primeros en la producción de caucho sintético, plásticos duraderos y fibras sintéticas que sustituían a materias primas escasas como el algodón y la seda, dos tejidos de importancia militar.

Parecidas pautas se daban en el sector de los minerales estratégicos, más escasos en el Eje. Al comenzar la guerra, Alemania sólo tenía acceso considerable a cuatro de los veintiún minerales primordiales. Obtuvo acceso a otros seis metales esenciales cuando conquistó el oeste de Rusia. En cambio, incluso después de que los aliados perdieran Malaya en favor de Japón (su conquista más importante en el capítulo de los minerales), la Commonwealth británica y Estados Unidos lograron mantener su dominio en lo que se refiere a los metales estratégicos recurriendo a América Latina, donde las compañías anglonorteamericanas controlaban la minería del cobre y el estaño. Canadá amplió su producción de minerales, y lo mismo hicieron las colonias británicas en África, donde los aliados contaban con mano de obra barata.

Otro hecho fortuito fue que Estados Unidos y la Commonwealth británica tendían a complementarse mutuamente en el caso de las materias primas estratégicas; donde una andaba escasa, la otra llenaba el vacío. Los ingleses prácticamente no tenían azufre ni fosfatos, pero Estados Unidos los tenía en abundancia. Las existencias norteamericanas de estaño y níquel eran limitadas, mientras que los ingleses disponían de fuentes abundantes de ambos. Esta complementaridad era prácticamente desconocida en el Eje y los intercambios entre Alemania y Japón, incluso en cantidades pequeñas, de minerales raros dependían de los submarinos para su transporte. Los rusos se encontraban en una posición intermedia. Aunque encontraron algunas existencias de la totalidad de los veintiún minerales estratégicos en alguna parte de la Unión Soviética, los elementos climatológicos y los factores geográficos limitaron la explotación de estos recursos durante la contienda. Los soviéticos, por ejemplo, no usaban muchas aleaciones porque para ellas se requerían minerales que escaseaban. No obstante, tenían lo que realmente necesitaban para crear y mantener una gran industria armamentística: carbón, mineral de

hierro, cromo, fosfatos y manganeso.

LOS ALIMENTOS DE LA GUERRA

Como señaló Napoleón, los ejércitos marchan al compás de sus estómagos y las naciones en armas no son diferentes. Los agricultores aliados hicieron su aportación a la victoria, en particular los norteamericanos, que alimentaban no sólo a sus compatriotas civiles y militares, sino a todos los aliados excepto China. La afortunada combinación de suelo, agua, conocimientos técnicos, mecanización, superior cría de animales y experiencia en el aprovechamiento de la tierra (reforzada poco antes por el trauma del Dust Bowl [13] en los años treinta) preparó a Estados Unidos para ser «el granero de la democracia». Al empezar la guerra, el número de trabajadores agrícolas era menor que en 1918 y la extensión de tierras cultivadas era sólo un 5 por ciento mayor, lo cual dejaba mucho espacio para la expansión, y los agricultores norteamericanos respondieron al desafío. Aumentaron su producción de todos los principales tipos de cereales y ganado, en algunos casos hasta un 25 por ciento. La política del gobierno permitió que los precios agrícolas subieran hasta un 100 por ciento, y las subvenciones federales (como las concedidas a la industria del tabaco y a la del algodón) estimularon la producción.

El racionamiento de los alimentos, especialmente de la carne, mantuvo el consumo nacional lo bastante bajo como para alimentar a las fuerzas armadas norteamericanas y a los ingleses. El número de personas que un agricultor norteamericano podía alimentar por acre (1 acre = 0,405 hectáreas) aumentó de 10 a 15 durante el conflicto. Incluso con el inevitable mercado negro, los trabajadores de las industrias de guerra recibían los alimentos que necesitaban para funcionar, que se calculaban en un mínimo de 3500 calorías diarias, con abundancia de proteínas e hidratos de carbono. (En comparación, una mujer norteamericana típica que haga un trabajo sedentario necesita aproximadamente 2000 calorías diarias, que en el caso de un hombre se convierten en 2500.) El personal de las fuerzas armadas recibía un mínimo de 4000 calorías diarias. Es revelador que los soldados solieran quejarse de que la comida no

tenía tan buen aspecto ni sabía tan bien como la preparada en casa y no de que fuera insuficiente. En Asia y Europa los civiles que pasaban hambre a menudo sobrevivían gracias a lo que tiraban los norteamericanos.

Sometida a los bombardeos y a la campaña de inhabilitación por parte de los submarinos durante casi dos años antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, Gran Bretaña estaba perdiendo la batalla por alimentarse, al mismo tiempo que intentaba mantener sus industrias de guerra y la moral civil, ambas imprescindibles. Los agricultores británicos habían aumentado de forma admirable la extensión de tierra dedicada al cultivo, así como la producción de cereales y patatas, a la vez que los pescadores británicos lograban mantener sus capturas en los niveles de antes de la contienda, o bien los incrementaban. Finalmente, los ingleses pudieron reducir su dependencia de los alimentos importados de un 40 por ciento a sólo alrededor de un 30 por ciento. Por ejemplo, el tamaño de los rebaños lecheros permaneció estable durante la guerra, pero todos los tipos de ganado comestible disminuyeron, a pesar de que miles de familias británicas empezaron a criar sus propios pollos y cerdos. Los animales destinados a la alimentación —ganado vacuno, ovejas, cerdos y pollos— utilizaban demasiada tierra y demasiado pienso para justificar la inversión. Los proveedores latinoamericanos cubrieron en parte la escasez de carne, como habían hecho durante la primera guerra mundial. Sólo el racionamiento riguroso de todos los tipos de carne, del azúcar, los huevos y los productos lácteos, además de los alimentos basados en el azúcar, como las compotas y las pastas, incluso el té, pudo garantizar que los miembros de las fuerzas armadas y los trabajadores de las industrias de guerra recibieran la nutrición suficiente. Por suerte, el pescado, el pan, las patatas, la fruta y las verduras siguieron siendo abundantes. Después de la derrota de los submarinos alemanes en 1943, los alimentos importados de Estados Unidos fueron una gran ayuda.

Con todo, puede que la mayor aportación estuviera en la llegada masiva de las fuerzas de invasión norteamericanas en 1943-1 944, porque los soldados trajeron sus alimentos y su caridad en abundancia. Los hombres ingleses podían quejarse de que los norteamericanos cobraran demasiado, eran obsesos sexuales y estaban en Gran Bretaña, pero los soldados norteamericanos

también estaban sobrealimentados y lo sabían. Compartían su comida con muchos ingleses, especialmente mujeres y niños. El ejército demostró su confianza en que podía proporcionar comida abundante a sus efectivos al calcular la cantidad de papel higiénico por soldado estacionado en Gran Bretaña en 22,5 hojas diarias. La ración comparable de los ingleses era de tres hojas.

El tipo de generosidad que mostraban muchos soldados norteamericanos no se encontraba entre los ejércitos del Eje. En las naciones de Eurasia que ocuparon, los alemanes y los japoneses confiscaban alimentos y los enviaban a la metrópoli para el sustento de la población civil, después de que los militares se quedasen con los requisitos que ellos mismos definían. La política nazi dictaba que los civiles alemanes estuvieran bien alimentados; y todo alemán *auténtico* —es decir, los alemanes no judíos que vivían dentro de las fronteras alemanas y austríacas de antes de la guerra— necesitaba 2600 calorías diarias. Una de las principales responsabilidades de las autoridades nazis en los países ocupados era asegurarse de enviar alimentos a Alemania, cosa que hicieron con regularidad hasta que en 1944 las pérdidas de territorio en Rusia y los efectos de los bombardeos aliados empezaron a trastornar el sistema de distribución de alimentos.

Desde el momento de su concepción, la política de conquista de Hitler dio por sentado que el resto de Europa debía alimentar al pueblo alemán. Tal como lo expresó Joseph Goebbels, «Nuestros alimentos no están aquí para que se los coma la gente a la que hemos vencido y que tiene que aceptar las consecuencias de la guerra que nos ha impuesto».[1] Sólo Francia perdió 500 000 caballos de tiro y 400 000 trabajadores agrícolas en beneficio del Tercer Reich. Los funcionarios nazis —que no eran precisamente genios de ningún sector de la economía— sabían poco de agricultura y en 1944 la producción agrícola se derrumbó después de que los agricultores alemanes y sus vecinos se comieran su propio ganado y sus propios animales de tiro. Como los nazis tenían que reducir el consumo de alimentos por parte de los civiles, hicieron pasar hambre a sus trabajadores esclavos en lugar de a los alemanes no productivos. En 1944, al hacer el último esfuerzo por regular las existencias de alimentos, los alemanes fijaron una pauta diaria de menos de 1000 calorías para los trabajadores cautivos extranjeros.

Durante la ocupación, la ingesta calórica de los franceses y los holandeses descendió hasta quedar muy por debajo de las 2000 calorías. Sin embargo, la pauta calórica oficial para todos los alemanes siguió siendo de alrededor de 2000 calorías hasta 1945.

Al desembarcar en el continente y liberar Francia y Bélgica, los ejércitos anglonorteamericanos se encontraron con el mismo problema que un año antes en Italia. Heredaron una población famélica y hambrienta a la que había que alimentar de algún modo mientras la guerra seguía su curso. Churchill y Eisenhower comprendieron que los europeos esperaban que Estados Unidos y Gran Bretaña proporcionaran alimentos y medicinas. Las operaciones en Francia y Bélgica en 1944 no sirvieron sólo para que avanzasen los planes aliados para envolver partes del ejército alemán, sino también para liberar puertos y dar comienzo a la afluencia de ayuda procedente de Estados Unidos. Desde el Día D hasta el Día VE («Día de la Victoria en Europa»), organismos norteamericanos e internacionales hicieron uso de instalaciones y medios del ejército para proporcionar a la Europa del norte alimentos, medicinas y prendas de vestir por valor de aproximadamente mil millones de dólares.

Ninguna preocupación parecida influyó en las operaciones del Ejército Rojo cuando entró en la Europa del este. Los soviéticos no veían ninguna razón para ahorrar el hambre o la muerte violenta a los civiles alemanes; en vez de ello, los comisarios políticos y los altos mandos del ejército recordaron a sus soldados lo mucho que el pueblo ruso había sufrido en la defensa de la Madre Rusia. En dos años de guerra, 1941-1 943, los rusos habían perdido casi la mitad de sus tierras de cultivo y más de la mitad de su producción de grano y su ganado. No recuperaron los niveles de producción agrícola de antes de la contienda, que en el mejor de los casos eran míseros, hasta el decenio de 1950. Dos millones de trabajadores agrícolas fueron llamados a filas por el Ejército Rojo o murieron a manos de los invasores alemanes durante el citado período de dos años; fue necesario sustituirlos por nuevos trabajadores, un millón y medio de los cuales eran mujeres no especializadas que tuvieron que aprender a manejar la maquinaria agrícola. En los dos primeros años de la guerra, las ciudades de Leningrado, Moscú y Stalingrado fueron sitiadas por los alemanes. En el primer año del sitio de

Leningrado, puede que murieran de inanición hasta un millón de rusos; los rusos se comieron todas las cosas vivas, excepto unos a otros. A los civiles de Moscú y Stalingrado sólo les fue ligeramente mejor.

Los soviéticos eran en parte culpables de la situación difícil en que se encontraban. En 1941, al empezar la invasión alemana, Stalin había ordenado seguir una política de tierra quemada en vez de intentar el traslado de alimentos al este. Puede que esta política derrotase a Napoleón en 1812, pero tuvo poca importancia para la Wehrmacht en 1941. En lugar de frenar el avance alemán, mató de hambre a los rusos. En un período en que la Unión Soviética perdió una tercera parte de su gente a causa de la muerte y la ocupación, sus recursos alimentarios descendieron en un 60 por ciento. Sólo los soldados y los trabajadores de las industrias de guerra recibían suficientes calorías y proteínas; los ancianos, los adolescentes y los burócratas obtenían las raciones más bajas. Incluso había escasez de vodka, lo cual representaba una crisis nacional. Puede que el hambre fomentara indirectamente la aparición del movimiento partisano detrás de las líneas alemanas en el norte y el centro de Rusia, toda vez que el campesinado ruso tenía abundantes incentivos para atacar las líneas de abastecimiento alemanas, aunque sólo fuera para conseguir alimentos. Cuando en 1942 los norteamericanos abrieron rutas marítimas y terrestres para que la ayuda del programa de Préstamo y Arriendo llegara a Rusia, se encontraron con que lo que querían los soviéticos no eran armas, sino alimentos y transportes (camiones y locomotoras). En lo que se refiere al valor en dólares, los soviéticos recibieron menos de una cuarta parte de los 42 000 millones de dólares que se distribuyeron entre los aliados; obtuvieron, sin embargo, alrededor de un tercio de las existencias agrícolas por valor de 5000 millones de dólares que Estados Unidos envió al extranjero. Sólo los ingleses recibieron más alimentos, aproximadamente por unos tres mil millones de dólares.

El gobierno japonés dio de comer a sus fuerzas armadas y a su población civil con alimentos importados hasta que los submarinos norteamericanos cortaron el abastecimiento en 1944. Las existencias de arroz siguieron siendo suficientes hasta 1945, en gran parte porque los japoneses dedicaron casi toda la tierra de cultivo a

su producción. Los pescadores japoneses proporcionaban proteínas, pero la escasez de soja y de azúcar provocó un aumento de la desnutrición en la población japonesa. Las demandas de arroz que Japón hizo a sus dependencias económicas empujó a éstas hasta el borde de la inanición; los agricultores coreanos doblaron la producción de arroz durante la guerra, pero el consumo propio quedó reducido a la mitad para poder alimentar a sus amos japoneses. Tanto en Japón como en Corea el tofu se consideraba un alimento para pobres, pero en 1945 esta especie de queso de soja rico en proteínas ya se había vuelto popular y esencial para sustituir al arroz.

Mientras tanto, en Alemania, al terminar la guerra los panaderos ya mezclaban serrín con la harina de centeno para elaborar pan negro. Tanto en Europa como en Asia, el estruendo de los cañones fue sustituido al final de la guerra por el creciente ruido de las tripas de los millones de personas para quienes la paz no significaba nada hasta que encontraban algo de comer.

LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA GUERRA

La primera contienda mundial permitió ver lo que podría ser una guerra futura entre las potencias industriales del mundo. El distinguido economista británico E. M. H. Lloyd, que sirvió en calidad de planificador económico en ambos conflictos mundiales, vio claramente el futuro en 1924: «Otra gran guerra sumirá el mundo en una especie de comunismo militar en comparación con el cual el control que se ha ejercido durante la guerra reciente parecerá una fiesta arcádica».[2] Cuatro de los siete principales países que participaron en la segunda guerra mundial —Italia, Alemania, Japón y Rusia— optaron por planificar su economía incluso antes de 1939, en parte para hacer frente a la Depresión, pero también con el fin de aumentar su autonomía económica durante un período de rearme y probable guerra. Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos siguieron siendo economías de mercado, pero incluso estos países empezaron a rearmarse a finales de los años treinta y a crear entre el gobierno y la industria vínculos que se hicieron más fuertes con la llegada de la guerra. Después de que Francia cayera

rápidamente en la órbita económica de Alemania en 1940, aportó poco al esfuerzo industrial de guerra de los aliados. Los rusos podían movilizar y movilizaron su industria para la guerra, pero perdieron gran parte de ella cuando en 1941 cayó en manos de los alemanes o ellos mismos la destruyeron. No obstante, en 1942-1 943 sus fábricas volvían a funcionar y proporcionaban armas a un resurgente Ejército Rojo. El milagro de la producción soviética se apoyaba en la implacable asignación de recursos y el uso draconiano de la mano de obra. Gran Bretaña, posiblemente el fabricante más eficiente del conflicto, y Estados Unidos produjeron cantidades prodigiosas de material de guerra y también aceptaron la carga extra de producir suficientes barcos mercantes para transportar ese material a la otra orilla de dos océanos anchos y peligrosos. Hasta Italia y Japón se sorprendieron a sí mismas y a sus enemigos con su esfuerzo industrial, especialmente en vista de que sus limitadas industrias de guerra tuvieron que aguantar los bombardeos durante casi un año y medio. Nunca, en la historia de la guerra, tantos hicieron tanto para semejantes fines destructivos.

Un aspecto importante de la industrialización de la guerra fue el compromiso de crear y desplegar armas nuevas para dar a las fuerzas armadas claras ventajas operacionales y tácticas sobre el enemigo. Las armas aéreas en especial evolucionaron rápidamente; Alemania marcó la pauta en la creación de misiles estratégicos (la V1 y la V2) capaces de alcanzar y devastar ciudades en poder de los aliados en 1944-1 945. Los alemanes también fueron pioneros en la creación de motores a chorro para el avión interceptor Me262, matador de bombarderos. Los planificadores estratégicos aliados agradecieron a Hitler que decidiera no instalar los mismos motores en bombarderos dotados de gran autonomía de vuelo, porque algunos planificadores sabían que los alemanes habían empezado a crear para dichos bombarderos ojivas nucleares que la V2 no podía transportar debido a las limitaciones de peso de su carga útil.

Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos contaban con desplegar armas que tenían ventajas tecnológicas cualitativas sobre sus enemigos, y los tres países obtuvieron éxitos en algunos campos. Pero las armas que dominaron en el campo de batalla fueron las que podían ser producidas en masa, manejadas por hombres adiestrados y motivados, mantenidas en funcionamiento con

carburante y piezas de recambio suficientes, utilizadas con munición devastadora y apropiada y empleadas conjuntamente con otras armas. Al terminar la guerra, los líderes alemanes y japoneses empezaron a entonar el lamento del perdedor: hemos sido vencidos por una mayor abundancia de material y no por buenos soldados ni por armas de más alta calidad. Pero el resultado de la contienda demostró que las armas aliadas eran suficientemente buenas y que quienes las utilizaban en las batallas eran hombres y no robots. Si bien los tipos de sistema de armamento eran diferentes en cada nación, puede que el número de armas importantes que produjeron las potencias aliadas y del Eje dé una idea del éxito de la movilización industrial (véase el cuadro 2).

En el caso de Estados Unidos, la guerra sirvió para reconstruir un sector, el de la industria pesada, que había resultado muy perjudicado por la Depresión; la mayoría de los índices de inversión de capital y expansión de fábricas mostraron incrementos del doble y el triple de los niveles de antes de la guerra. Estados Unidos también fue el primero en institucionalizar la investigación y el desarrollo fomentando la colaboración de las universidades, los laboratorios industriales y los organismos de investigación del gobierno por medio de la Oficina de Investigación y Desarrollo Científicos, fundada en mayo de 1941. Aunque gran parte del desarrollo técnico empezó en Gran Bretaña y Alemania, Estados Unidos igualó (cuando no superó) a los dos tradicionales gigantes tecnológicos en los campos del radar, el sonar, las armas aéreas, la munición, las espoletas para bombas, la medicina, los sistemas de navegación para barcos y aviones y las comunicaciones por radio.

Tan vasta era su producción bélica que Estados Unidos no sólo se armó a sí mismo, sino que pudo compartirla con los otros aliados, con lo cual invirtió el papel que había desempeñado durante la primera guerra mundial, en la que había luchado con armas británicas y francesas. Además de convertirse en «el granero de la democracia», Estados Unidos pasó a ser «el arsenal de la democracia». Alrededor de la mitad de los 42 000 millones de dólares de ayuda que dio a los aliados de acuerdo con el programa de Préstamo y Arriendo consistió en municiones acabadas, a la vez que otra cuarta parte correspondió al petróleo y otras materias primas y máquinas herramientas esenciales para la industria. La

Commonwealth británica recibió aproximadamente la mitad de esta producción. El Congreso exigió que los beneficiarios de la ayuda de Préstamo y Arriendo pagasen los activos económicos recibidos de Estados Unidos que pudieran aplicarse ventajosamente a la economía después de la contienda, pero Gran Bretaña y la mayoría de los demás pidieron y obtuvieron la exención de este requisito durante el conflicto o después de él. Las excepciones fueron China y la Unión Soviética. Los soviéticos arguyeron que la ayuda norteamericana había contribuido poco a su esfuerzo de guerra y se negaron a pagar siquiera una fracción de su deuda. Sin embargo, en 1990 la Unión Soviética, que necesitaba desesperadamente nueva ayuda económica y ya estaba condenada a desaparecer, pagó alrededor de 600 millones de dólares de los 2500 millones de la factura de Préstamo y Arriendo.

Uno de los logros industriales más decisivos de la guerra fue la construcción naval. Los barcos mercantes y sus escoltas antisubmarinas recibieron la mayor prioridad en Estados Unidos y Gran Bretaña hasta finales de 1943, año de la derrota de los submarinos alemanes. Para Gran Bretaña, mantener una flota mercante navegando por los océanos del mundo se convirtió en cuestión de vida o muerte. Construyendo nuevos barcos e incorporando barcos de la Commonwealth y europeos a sus convoyes, Gran Bretaña apenas pudo mantener su nivel de antes de la guerra, que era de 17.233 000 toneladas de peso muerto de capacidad (carga seca). Durante la guerra, 4700 barcos mercantes con bandera británica se fueron a pique. Mientras tanto, la necesidad de más barcos para desplegar las fuerzas aéreas y de tierra aliadas alrededor del globo aumentó espectacularmente, como también aumentaron las demandas industriales y de consumo en Gran Bretaña. No era posible construir o encontrar barcos con la suficiente rapidez, a pesar de los esfuerzos heroicos de los constructores navales británicos, que a menudo trabajaban mientras los alemanes bombardeaban las fábricas siderúrgicas y los astilleros. De modo que Estados Unidos tuvo que convertirse en «el astillero de la democracia», y así lo hizo con prontitud.

El programa norteamericano de construcción naval para la guerra empezó en 1938 y su objetivo era producir cincuenta barcos al año en un esfuerzo modesto por reconstruir la marina mercante

estadounidense. Fue en gran parte obra de la Administración de Barcos de Guerra y la Comisión Marítima de Estados Unidos, bajo la dirección del almirante Emory S. Land. En 1945, los constructores navales patrocinados por la Comisión Marítima ya habían producido unos 5800 barcos, en su mayor parte petroleros y cargueros de gran calado, con una capacidad de cincuenta millones de toneladas de peso muerto. El Eje hundió 733 mercantes con bandera norteamericana, pero Estados Unidos quintuplicó su flota mercante tanto en número de barcos como en capacidad de carga. Con el fin de transportar 5,86 millones de toneladas de petróleo y gasolina a diversas partes del mundo, los norteamericanos construyeron 600 petroleros nuevos e incrementaron su capacidad de 507 920 a 9,70 millones de toneladas de peso muerto. Todo esto se consiguió aumentando el número de sus astilleros hasta 70 y acortando el tiempo que se necesitaba para construir un mercante de tipo normal (un barco Liberty o Victory de 9070 toneladas) de 105 a 56 días.

Para los aliados la principal innovación de la construcción naval fue dejar de atornillar las planchas del casco y soldarlas, sistema que ahorraba tiempo y que acabaría produciendo un casco con fuerza suficiente, aunque el problema de las grietas no desapareció. Otras innovaciones en los campos de la construcción modular, la sustitución de materiales (plásticos en lugar de metales) y los inventos de ingeniería eléctrica y naval, cuyo pionero fue en muchos casos la Kaiser Shipbuilding, redujeron el tiempo de producción y mejoraron la duración de los barcos.

La estructura de las divisiones del ejército norteamericano hizo que los milagros en la construcción naval fuesen esenciales, toda vez que el Departamento de Guerra contaba con gran potencia de fuego y gran movilidad para compensar las relativamente pocas divisiones de combate (89) que creó y desplegó. El aumento de la potencia de fuego y de la movilidad significó que había que enviar más municiones y vehículos al frente. Una división norteamericana tenía entre 2322 y 3698 vehículos. La cantidad satisfactoria de gasolina y lubricantes para una división era de 6076 toneladas como mínimo; para la artillería, la cantidad de proyectiles de 105 milímetros necesaria para diez días pesaba 5062 toneladas. Sólo la gasolina y los proyectiles de 105 milímetros (sin contar el resto de

munición) de *una* división desplegada requerían tres o cuatro barcos, suponiendo que todos ellos pudieran completar la travesía. Incluso antes de sus grandes despliegues de 1943, el ejército envió 20,8 millones de toneladas de carga seca al extranjero; y cuando la guerra alcanzó su apogeo en 1944, la carga correspondiente sólo a dicho año fue de 43,5 millones de toneladas.

Este esfuerzo logístico no se interrumpía cuando los envíos llegaban a ultramar, ya que el ejército tenía que construir puertos y dotarlos de personal, construir o reconstruir ferrocarriles y construir y mantener carreteras y todas las instalaciones que necesitaba para almacenar sus pertrechos. En marzo de 1945, cuando el ejército tenía unos dos millones de soldados en unidades de combate, tenía también 1,5 millones en puestos de apoyo a los anteriores, a la vez que 500 000 más constaban como «gastos generales del teatro». Sin un esfuerzo extraordinario por hacer que la logística fuese una bendición en vez de una carga, las fuerzas armadas norteamericanas se hubieran hundido en sus requisitos de abastecimiento.

Al mismo tiempo que Estados Unidos y Gran Bretaña luchaban contra Alemania para mantener sus barcos mercantes a flote, tuvieron que crear una flota de embarcaciones anfibias y de desembarco. Los ingleses hicieron aportaciones importantes en el diseño de barcos de desembarco (el Barco de Desembarco para Tanques o LST) y lanchas de desembarco (la Lancha de Desembarco para Infantería o LCI)), pero Estados Unidos cargó con la construcción de la «Marina de Aligátores» que tan esencial fue en todas las campañas terrestres anglonorteamericanas excepto en la europea a partir de agosto de 1944.

Las embarcaciones anfibias se dividían en dos categorías generales: las de calado suficiente para navegar por el océano y las que se usaban principalmente para viajes breves de costa a costa, como en el desembarco de Normandía y en muchas operaciones del sudoeste del Pacífico. Pertenecían a la primera categoría los transportes de tropas de asalto, los de tropas y vehículos como el LST y el Barco de Desembarco para Muelles (LSD) y los cargueros anfibios. Barcos que se destinaban sobre todo a viajes cortos eran el Barco de Desembarco para Infantería y el Barco y la Lancha de Desembarco para

CUADRO 2. PRINCIPALES ARMAS PRODUCIDAS POR LOS ALIADOS Y LAS POTENCIAS DEL EJE, 1940-1945

Armas	1940	1942	1943	1944	1945
Aviones					
Alemania	10.247	15.409	24.807	39.807	7.540
EE. UU.	12.804	47.836	85.898	96.318	49.761
Reino Unido	15.049	23.672	26.263	26.461	12.070
URSS	10.565	25.436	34.900	40.300	20.900
Japón	4.768	8.861	16.693	28.180	11.066
Tanques y artillería autopropulsada					
Alemania	2.200	9.200	17.300	22.100	—
EE. UU.	400	24.997	29.497	17.565	11.968
Reino Unido	1.399	8.611	7.476	4.600	—
URSS	2.794	24.446	24.089	28.963	15.400
Japón	1.023	1.191	790	401	42
Piezas de artillería					
Alemania	5.000	12.000	27.000	41.000	—
EE. UU.	1.800	72.658	67.544	33.558	19.699
Reino Unido	1.900	6.600	12.200	12.400	—
URSS	15.300	127.000	130.000	122.400	93.000
Japón	—	2.250	2.550	3.600	1.650
Barcos de guerra					
Alemania	2	8	3	7	—
EE. UU.	28	108	369	330	89
Reino Unido	26	65	71	77	64
URSS	33	19	13	23	11
Japón	30	49	122	248	51
Submarinos					
Alemania	40	244	270	288	139
EE. UU.	2	33	56	85	35
Reino Unido	15	20	39	39	14
URSS	42	2	16	18	18
Japón	7	61	37	39	30

— no hay datos disponibles

Fuerzas Mecanizadas. Las lanchas de desembarco estaban concebidas para ser transportadas a la otra orilla del océano en la cubierta de barcos anfibios o en el interior de las cubiertas de pozo del LSD. Aunque el LST era el principal encargado de desembarcar tanques y material pesado, el LSD transportaba armas

autotransportadas y material de ingeniería cargados de antemano en las lanchas de desembarco y que se desplegaban en las primeras etapas de un desembarco bajo el fuego enemigo, porque en tales casos los LST tenían que permanecer alejados de la playa para evitar el peligro. Estados Unidos, que al empezar la guerra prácticamente no tenía ninguna «Marina de Aligátores», acabaría produciendo 845 barcos anfibios, 1051 barcos LST y LSD, 1725 barcos de desembarco medianos y 60 148 lanchas de desembarco.

Si Estados Unidos se convirtió en maestro de los constructores navales del mundo, la Unión Soviética fue su equivalente en la construcción de tanques, piezas de artillería y aviones de ataque airetierra. Aunque afectada por la brutalidad característica de la Rusia de Stalin, la movilización industrial soviética batió marcas en la producción de estas armas. Lo notable es que este alarde de fabricación de municiones tuvo lugar a pesar de dos sucesivas evacuaciones en masa de plantas y gente del oeste de Rusia para evitar que cayeran en manos alemanas. La gente y el material que se abandonó o se rindió al enemigo alcanzaron proporciones catastróficas, pero a pesar de ello entre 10 y 20 millones de rusos, muchos de ellos trabajadores industriales especializados, consiguieron trasladarse al este, junto con unas 1500 plantas importantes y 1000 que no lo eran tanto. El movimiento hacia el este situó las fábricas más cerca de las materias primas y de la energía hidroeléctrica, pero el exceso de uso estuvo a punto de acabar con los ferrocarriles soviéticos, que funcionaban con la mitad de la capacidad de antes de la contienda a pesar de los esfuerzos hercúleos de los rusos. En un momento dado, la industria siderúrgica rusa dio la máxima prioridad a la producción de raíles.

El precario estado del sistema de transportes ruso hizo que la ayuda de los aliados fuese decisiva. Por medio del programa de Préstamo y Arriendo y de medidas de menor importancia, los aliados enviaron a Rusia 2000 locomotoras y 11 000 vagones de ferrocarril. Además, el Ejército Rojo recibió 450 000 camiones y otros vehículos, que se usaron para salvar la distancia entre las terminales ferroviarias y las tropas combatientes. Cuando el Ejército Rojo pasó a la ofensiva en 1943, tuvo que recorrer las mismas grandes distancias que habían desconcertado a la Wehrmacht un año antes. Los trenes y los camiones eran importantísimos tanto

para las retiradas como para los avances. El sistema de transportes ruso, en fin, era más útil de lo que podría parecer.

Las cantidades de armas que los soviéticos produjeron en los primeros tiempos de la guerra reflejaban deficiencias en su movilización que no podían corregirse mediante sencillas medidas encaminadas a aumentar la eficiencia. El meollo del problema ruso era una escasez de efectivos humanos causada por las derrotas que el Ejército Rojo había sufrido en 1941-1 942 y la gente que se había perdido a causa de la ocupación alemana; en un período de dos años la población activa de Rusia perdió 30 millones de personas. Las voraces demandas de infantería y dotaciones para tanques del Ejército Rojo no paraban de consumir mano de obra especializada; los trabajadores esclavos y los musulmanes y otras minorías reclutadas a la fuerza difícilmente podían convertirse en obreros especializados dignos de confianza. Por tanto, la producción de artículos de consumo prácticamente cesó y los trabajadores rurales rusos (atraídos por la promesa de alimentos y de salarios bajos) tuvieron que reforzar a los trabajadores urbanos, con lo que frenaron una posible expansión de la agricultura. Los deficientes niveles de reparación en las fábricas y las fuerzas armadas contribuían a aumentar la pasmosa demanda de armas pesadas. La vida operacional de una pieza de artillería era de cinco meses; la de un tanque, cuatro meses; y la de un avión de combate, tres meses. El Ejército Rojo tenía que reemplazar alrededor del 20 por ciento de sus armas pesadas aproximadamente *cada mes* .

Al igual que la Unión Soviética, el Tercer Reich continuó con sus hazañas prodigiosas en el campo de la producción de municiones hasta bien entrado 1944, y también tuvo que afrontar una atroz falta de efectivos humanos; a Alemania se le terminaron los guerreros adiestrados y los carburantes antes que los tanques y los aviones. Coincidiendo con este esfuerzo industrial, sin embargo, Hitler construyó fortificaciones militares dentro de Alemania en una escala desconocida en Europa desde el fin del imperio romano. La mayoría de las fortificaciones hacían frente a las fuerzas aéreas y los ejércitos anglonorteamericanos, medidas de economía de fuerzas que permitían desplegar fuerzas móviles en el frente del este. Esta elección estratégica reflejó la confianza del *Führer* en Fritz Todt, arquitectoingeniero de 47 años de edad cuya habilidad técnica y

pericia gestora igualaban su gusto por el poder y la adulación. Todt, que se había ganado la confianza de Hitler antes de la guerra, aceptó el reto de construir el *Westwall* (llamado también la Línea Sigfrido) en la frontera alemana con Francia al otro lado del Rin. Todt incluso dio su propio nombre a la organización que formó, algo que sólo el *Führer* hizo con las Juventudes de Hitler. La Organización Todt (OT) puso 500 000 trabajadores jóvenes (el 8 por ciento eran extranjeros) a construir un cinturón de fortificaciones de 480 kilómetros y pico en tres años (1938-1 941). En 1939-1 940 el *Westwall* ya era lo bastante masivo como para detener a los franceses y, a pesar de haber sido descuidado en 1940-1 943, siguió representando una gran barrera para los ejércitos aliados al invadir Alemania en 1944-1 945.

El *Westwall* resultó ser sólo un preliminar del mayor proyecto de la OT, la construcción de la Muralla del Atlántico: 2687 kilómetros de fortificaciones que seguían la costa del Canal de la Mancha, rodeaban los puertos de Normandía y Bretaña y luego seguían la costa del golfo de Vizcaya. La OT también construyó en la *Festung Europa* («Fortaleza Europa») abrigos cubiertos para submarinos, refugios antiaéreos, fábricas y almacenes subterráneos y refugios para las «armas de venganza», los cohetes V1 y V2. En el apogeo de sus efectivos, 1,4 millones de trabajadores (al finalizar la guerra, la mayoría eran esclavos y prisioneros), la OT continuó batiendo marcas en lo que se refiere a verter cemento. El sistema de la Muralla del Atlántico requirió 17,3 millones de toneladas cúbicas de hormigón, lo que equivalía a dos tercios de todo el que se produjo en Alemania de 1942 a 1944. El mes en que más hormigón vertieron en la Muralla del Atlántico (abril de 1942), los trabajadores de la OT emplearon dos millones de toneladas cúbicas.

Aunque Todt murió en un accidente de aviación a comienzos de 1942, la OT siguió prosperando bajo Albert Speer, que la heredó junto con el ministerio de Armamentos y Municiones, también bajo la dirección de la OT desde 1940. Speer empleó la OT para reparar ferrocarriles y fábricas dañadas por los ataques aéreos; incluso bajo los bombardeos sus plantas industriales triplicaron la producción de municiones hasta 1945. Los alemanes nativos se encargaban exclusivamente de las tareas que requerían lealtad y habilidad; la totalidad del resto se hacía con mano de obra esclava. La OT

proporcionaba un reducido cuadro de expertos técnicos, planificadores, gerentes y supervisores que manipulaban una fuerza laboral cautiva ofreciendo raciones mínimas y la leve esperanza de sobrevivir.

LA MANO DE OBRA DE LA GUERRA

En la entrada principal del campo de prisioneros de Dachau todavía hay un letrero que reza «Arbeit Macht Frei», es decir, «El trabajo os hace libres». Abierto en 1933 para los primeros prisioneros del Tercer Reich, Dachau se halla escondido en los bosques a sólo unos 19 kilómetros de Munich, en el corazón de Baviera y no en algún lejano bosque de Polonia. Los barracones de los trabajadores ya no están en su sitio, pero las horcas y los crematorios siguen mostrándose al turista curioso. Dachau es un lugar espantoso, pero, comparado con lo que era normal en el Tercer Reich, era prácticamente un complejo turístico, mantenido para europeos occidentales y no para los *Untermenschen* («personas inferiores») y los *Juden* («judíos») que perecieron a millones en Polonia. Dachau brinda una de las claves de la productividad del Tercer Reich. Los alemanes esclavizarían a millones de europeos y explotarían su trabajo para garantizar la producción industrial de Alemania hasta el final de la guerra. En el sistema económico del Tercer Reich no había ningún lugar para la libertad.

En ambas orillas del canal de la Mancha hay monumentos en memoria de otros tipos de trabajadores de guerra. Desde la costa de Normandía hasta los Países Bajos, en Londres y en los puertos del sur de Inglaterra, encontramos monumentos que conmemoran los sacrificios de los marinos mercantes aliados que navegaron y murieron, la mayoría de ellos víctimas de los submarinos alemanes. Los barcos mercantes aliados que lograron escapar de los alemanes, principalmente barcos con bandera noruega y holandesa, también se unieron a las flotas de cargueros aliados que surcaron el Atlántico Norte y otras aguas. Antes de que terminara la guerra, casi 30 000 marineros en barcos con bandera británica (probablemente un tercio de ellos asiáticos y de otras razas no

blancas) habían parecido. También murieron 6000 marineros noruegos y holandeses. Detrás de la playa Utah en Normandía se alza la estatua de un solitario marinero noruego que mira en dirección al mar. Está muy lejos de los fiordos de su tierra natal, pero él y sus compañeros de rancho pusieron a los ejércitos aliados en las playas de Francia.

Puede que el impulso que creó Dachau y el que dio origen a la marina mercante aliada representen polos opuestos en la escala de los valores humanos, pero reflejan la misma necesidad desesperada de no escatimar trabajadores ante las demandas insaciables de la guerra. En todas las naciones beligerantes había tendencia al trabajo obligatorio, ya fuera sacando trabajadores de la agricultura para emplearlos en las industrias de guerra, dando entrada a las mujeres y a las minorías marginadas en la población activa principal, o manipulando recompensas (incluida la leve promesa de supervivencia) para estimular a los trabajadores a aumentar la productividad, sin prestar atención al coste humano. La escasez de hombres era sólo una causa de la tensión social. Mantener las fábricas de municiones funcionando día y noche significó el traslado de trabajadores y trabajadoras de un lugar a otro dentro de su tierra natal (y a menudo fuera de ella), la interrupción de la vida de las familias, el aumento del alcoholismo y de las enfermedades de transmisión sexual, el virtual derrumbamiento del sistema de escuelas públicas al entrar los jóvenes en la fuerza laboral o echarse a la calle, y el incremento de los robos y el mercado negro. Los propagandistas aliados podían extasiarse hablando de la justicia de su causa, pero incluso ésta hizo necesario que los gobiernos se entrometieran en las vidas privadas en una escala sin precedentes.

La movilización económica alemana dependía de tres factores: (1) la supervisión a cargo del Partido Nazi, (2) el control de los viajes y las ocupaciones de la población activa nativa de Alemania, y (3) la explotación de trabajadores esclavos y prisioneros de guerra por parte de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA) de Heinrich Himmler. La Gestapo, que también estaba bajo el control de Himmler, se convirtió en el instrumento principal para velar por el cumplimiento de las leyes y para la represión en Alemania y los países ocupados, y de esta manera permitió supervisar estrechamente a toda la población activa. Cuando la movilización

era total, en 1944, la población activa del Tercer Reich se cifraba en 29 millones de alemanes nativos (la mitad de los cuales eran mujeres), complementados por más de cinco millones de trabajadores esclavos importados, la mayoría de los cuales eran jóvenes rusas y polacas, y casi dos millones de prisioneros de guerra, entre los cuales los rusos formaban el grupo más numeroso.

La población activa alemana era supervisada por el Frente Alemán del Trabajo (DAF) y la Corporación de Alimentos del Reich; unos 36 millones de personas de muchas nacionalidades trabajaban para estos dos organismos, que estaban a las órdenes de Albert Speer. Los supervisores eran casi exclusivamente miembros del Partido Nazi, cuyo número de afiliados aumentó de cuatro millones en 1939 a 6,5 millones en 1945. En las postrimerías de la guerra la gente no se afiliaba al partido a causa de una conversión ideológica, sino más bien para tener acceso a los escasos puestos de trabajo y a artículos esenciales: los miembros del Partido Nazi recibían alimentos y medicinas que se negaban a otras personas en Alemania, incluido el ejército.

En Japón la carga de la guerra fue leve hasta 1944, pero durante ese año las derrotas en el extranjero y los ataques de los submarinos y los bombarderos obligaron a la población activa japonesa a producir más con menos trabajadores especializados, que ahora ingresaban en las fuerzas armadas (al igual que los estudiantes universitarios) en gran número. Aunque durante la guerra la población activa no aumentó mucho respecto de los 28 millones de antes de la contienda, la cambiante composición de la misma causó un descenso de la productividad; la escasez de trabajadores hizo que un número creciente de jóvenes solteras, agricultores ancianos y jóvenes no especializados y enfermos entraran a trabajar en las fábricas, al tiempo que la agricultura, que requería mucha mano de obra, absorbía más de un millón de trabajadores. Entre los obreros industriales había más de 800 000 coreanos. Las mujeres casadas de clase media se libraron del trabajo de guerra asalariado, pero la Asociación de Mujeres del Gran Japón (1942) las organizó para el voluntariado, la defensa civil y el adiestramiento paramilitar. La Asociación para la Asistencia a la Autoridad Imperial, reforzada por un millón de asociaciones vecinales, brindó una estructura administrativa para el control social y los servicios humanos

básicos, encauzando la disciplina comunitaria de los japoneses para fines relacionados con la guerra. Si la protesta y la resistencia amenazaban con crear problemas, el gobierno tenía autoridad más que suficiente para dictar el empleo económico y el comportamiento social, y controlaba varios organismos policiales de carácter civil y militar que imponían la Imperial Voluntad sin ninguna restricción.

Andando el tiempo, sin embargo, las tensiones causadas por la guerra estuvieron a punto de disolver la cohesión social de Japón. Durante los bombardeos norteamericanos de 1944-1 945, los trabajadores de Tokio, Osaka y otras ciudades importantes tuvieron que mudarse para encontrar cobijo, alimentos y seguridad para los niños y los ancianos. En 1945 ya había entre dos y tres millones de refugiados. La Alta Policía Especial (Tokkotai), que velaba por la conformidad, la obediencia y la veneración de las instituciones imperiales, comunicó al Ministerio del Interior que las opiniones sediciosas habían florecido como los cerezos… y tenían el mismo color. Obsesionada con la amenaza de una revolución comunista, la Alta Policía Especial se encontró con que las actitudes prerrevolucionarias eran demasiado comunes entre los obreros industriales. A pesar de reprimir con mano dura a los disidentes, la policía no pudo impedir el creciente absentismo laboral, la violencia en los lugares de trabajo, la huida de los obreros de las ciudades en busca de alimentos, y una avalancha de pintadas y panfletos clandestinos. La policía culpó de todo ello a revolucionarios chinos y coreanos, pero la verdad era que una importante minoría de japoneses había perdido la confianza en la Imperial Voluntad. Un aristócrata perteneciente a la facción partidaria de la paz dio cuenta con alarma de unos ripios que había oído en boca de un obrero borracho en un tranvía de Tokio:

Empezaron una guerra que por fuerza perderían. Dicen que ganaremos, ganaremos, los muy imbéciles. Mirad, por fuerza perderemos, la guerra está perdida y Europa se ha vuelto roja. Volver roja a Asia puede hacerse antes del desayuno; y cuando llegue ese momento a la calle saldré yo.[3]

Fuera de las islas del archipiélago, los trabajadores forzosos asiáticos y los prisioneros de guerra robustecían el esfuerzo de guerra japonés. La mayoría de estos cautivos permanecían cerca de

las minas y pozos donde trabajaban y lejos de las escasas existencias de arroz de Japón. Se calcula que el número de asiáticos (sin contar los coreanos) que trabajaban a la fuerza en el extranjero era de más de un millón. Unos 20 000 prisioneros de guerra de la Commonwealth y norteamericanos serían trasladados a las islas metropolitanas para hacerlos trabajar y tenerlos alejados de sus posibles liberadores. Al igual que todos los demás trabajadores esclavos, sufrían un trato que se basaba en un antiguo concepto militar japonés para los trabajadores esclavos: *ikasazu, korasazu* o «No les dejéis vivir, no les dejéis morir».

En el caso de Gran Bretaña, la guerra trajo «los mejores tiempos, los peores tiempos», por citar las palabras de Charles Dickens. En términos de solidaridad nacional, los ingleses marcaron la pauta para los aliados; más de la mitad de su población de 47 millones sirvió en las fuerzas armadas (alrededor de cinco millones) o en puestos de trabajo esenciales en la industria o la agricultura (21 millones). Las mujeres ocuparon los puestos que los hombres habían dejado vacíos, añadiendo 1,5 millones de trabajadoras primerizas antes de 1945 y pasando del sector de servicios a la industria pesada en número nunca visto hasta entonces. La proporción de mujeres trabajadoras era de alrededor del 38 por ciento de la población laboral total, inferior a la que se registraba en Alemania, pero más o menos la misma que en Estados Unidos. El resto de la población se dividía entre los niños, los ancianos y la mitad «desempleada» de las mujeres británicas que repartían su tiempo entre el voluntariado y el cuidado de aquellos que necesitaban cuidado. Un informe de 1944 capta la magnitud de las presiones con que cargaba el pueblo británico:

El ciudadano británico ha tenido cinco años de obscurecimiento y cuatro años de *blitz* intermitente. La privacidad de su hogar ha sido invadida periódicamente por soldados o evacuados o trabajadores de las industrias de guerra que necesitaban alojamiento. En cinco años de drástica movilización laboral, casi todos los hombres y mujeres de menos de cincuenta años y sin niños de corta edad se han visto sometidos a la orden de trabajar, a menudo lejos de casa. El promedio de horas de trabajo es de cincuenta en conjunto, y de cincuenta y tres para los hombres; cuando el trabajo está hecho, todo ciudadano que no esté

dispensado por razón de las circunstancias familiares… ha tenido que servir cuarenta y ocho horas mensuales en el Ejército Territorial o la Defensa Civil. Las existencias de toda clase se han visto limitadas progresivamente por la escasez de barcos y de efectivos humanos; la cola forma parte de la vida normal. Los impuestos son probablemente los más elevados del mundo, y van acompañados de la presión continua para que se ahorre. La escasez, tanto de artículos como de servicios, debe compartirse con centenares de miles de soldados de Estados Unidos, los Dominios y los aliados; en la preparación de Gran Bretaña primero como base y luego como cabeza de puente, el civil inevitablemente ha sufrido privaciones repartidas entre casi todos los aspectos de la vida cotidiana.[4]

La guerra desdibujó las distinciones de clase en la sociedad británica, permitió una regulación gubernamental sin precedentes («socialismo de guerra») y dio a la minoría celta un acceso insólito a puestos de trabajo especializados y gerenciales. Aunque el gobierno tenía mucha autoridad gracias a la Ley de Poderes de Emergencia (Defensa) de 1940, evitó la represión estimulando la participación pública en la guerra con un sentido de riesgos y privaciones compartidos (con la ayuda de la Luftwaffe) y la influencia que 10 millones de voluntarios de la defensa civil y el Ejército Territorial ejercieron en la vida de la comunidad.

Los medios de comunicación y el mundo del espectáculo británicos se convirtieron prácticamente en una extensión del gabinete de guerra, cuya misión era levantar la moral del país. Los ingleses se pasaron la guerra cantando y preferían *Doing the Lambeth Walk* a *Land of Hope and Glory* . Aprendieron a tolerar la regulación económica y un funcionariado de más de dos millones de personas. También nació en ellos la fe en que la intervención económica del gobierno proporcionaría más servicios sociales con un coste soportable después de la contienda. El calvario de los ingleses cayó probablemente en un lugar situado entre lo mejor y lo peor que cabía esperar, en gran parte porque se libraron de una ocupación enemiga y se las arreglaron con su histórica capacidad para disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

En términos de privación relativa, los norteamericanos fueron los que ganaron más y perdieron menos en su movilización industrial. La segunda guerra mundial proporcionó a individuos y

familias de prácticamente todas las posiciones sociales y orígenes étnicos nuevas oportunidades de empleo y acumulación material, aunque esta última tuviera que aplazarse. De 1939 a 1945 Estados Unidos aumentó su producto nacional bruto anual de 91 000 millones a 166 000 millones de dólares y todos los índices de su productividad industrial se multiplicaron por dos. La población activa aumentó en 14 millones de trabajadores en una población total de 130 millones; hombres y mujeres que durante la Depresión nunca habían podido encontrar trabajo reemplazaron a los 16 millones de trabajadores que sirvieron en las fuerzas armadas. En 1946, 48 millones de norteamericanos pagaban el impuesto federal sobre la renta, mientras que en 1940 sólo lo pagaban 7,8 millones.

De los 54 millones de norteamericanos que trabajaban, sólo ocho millones trabajaron directamente para la guerra. La prudencia del gobierno en lo que se refería a crear unas fuerzas armadas numerosas a expensas de la industria y la agricultura, unida a sus generosas definiciones de la dependencia y de las ocupaciones esenciales, permitió al gobierno Roosevelt mantener varones adultos en dos tercios de todos los puestos de trabajo. Al igual que las mujeres británicas, las norteamericanas dejaron empleos de baja categoría en el sector de servicios para ocupar puestos de trabajo mejor pagados en el sector de la defensa, y añadieron otros cinco millones de personas a la población activa total. Inmigrantes europeos que habían llegado poco antes y afroamericanos hicieron importantes progresos en el mundo laboral; los grandes productores agrícolas persuadieron al gobierno a importar 220 000 trabajadores (braceros) mexicanos y más de 100 000 mexicanos se alistarían en las fuerzas armadas norteamericanas. El único grupo estadounidense que sufrió graves pérdidas económicas durante la guerra fue el de los norteamericanos de origen japonés internados en campos de detención, los cuales perdieron puestos de trabajo y propiedades que, según cálculos posteriores, tenían un valor de 350 millones de dólares en 1942.

Aunque Estados Unidos gastó casi 350 000 millones de dólares en la guerra, alrededor del 60 por ciento de su actividad económica se dedicó a la inversión de capital a largo plazo, la expansión de la infraestructura industrial (especialmente en el ramo de la electricidad) y la producción dedicada al consumo. Debido a los

controles e incentivos gubernamentales, los salarios aumentaron en un 68 por ciento mientras que el coste de la vida subió en sólo un 23 por ciento. Los estadounidenses gozaron de un incremento del consumo interior durante la segunda guerra mundial, lo cual explica por qué sigue siendo «la guerra buena» en la imaginación histórica norteamericana. Todos los demás principales beligerantes gastaron más de la mitad de su productividad económica en la guerra, y para Alemania y Rusia el coste del conflicto fue aún más alto. Sólo Estados Unidos salió de la segunda guerra mundial más fuerte que al entrar en ella, en términos tanto absolutos como relativos.

El efecto de la guerra sobre la sociedad norteamericana no pueden reflejarlo unos cuantos indicadores económicos, aunque las ganancias en ingresos y ahorros fueron reales. La inmigración interna hacia las industrias de guerra en ambas costas y en las tradicionales ciudades industriales del norte creó el marco para una era nueva y a menudo infeliz en las relaciones raciales que no podían resolver los incrementos de los ingresos familiares. Tres grandes grupos se encontraron sin desearlo unos cerca de otros en las fábricas y en sus lugares de residencia: los campesinos anglonorteamericanos desposeídos, los inmigrantes del sur y el este de Europa y los arrendatarios agrícolas afroamericanos. Los tres grupos eran en gran parte rurales y poseían fuertes valores comunitarios; a ninguno le resultó fácil adaptarse a una vida urbana caracterizada por la falta de viviendas, la escasez de servicios satisfactorios, las desconcertantes relaciones comerciales y personales, los precios altos y la fácil victimización en los lugares de trabajo o en las calles. El movimiento obrero norteamericano intervino a regañadientes para utilizar los sindicatos como medio de asimilación social. La Federación Norteamericana del Trabajo (AFL) aún tenía un sesgo organizativo elitista y favorable a los trabajadores especializados, y el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) se encontró ante la hostilidad continua de la gran industria siderúrgica y de la industria del automóvil, así como el desagrado que cualquier tipo de regimentación despertaba en los nuevos trabajadores.

El potencial para los trastornos sociales durante la guerra —que Adolf Hitler predijo devotamente— siguió siendo real hasta el día

VJ (Día de la Victoria sobre Japón). El movimiento obrero caminó por la cuerda floja entre la respetabilidad y la condena pública. Como las huelgas nunca estuvieron prohibidas en Estados Unidos durante la guerra, líderes obreros como John L. Lewis de los Mineros Unidos podían lanzar bravatas sobre ir a la huelga y, de hecho, ordenar a sus afiliados que abandonasen el trabajo, como Lewis hizo varias veces en 1942 y 1943. Otras industrias de guerra sufrieron huelgas también, aunque la intervención de la Junta Nacional de Trabajo de Guerra solía acortar su duración. A pesar de ello, durante la contienda en Estados Unidos se perdieron 36 millones de horashombre a causa de las huelgas. El corazón del problema no podía negarse: las desigualdades en la distribución de la riqueza. Los beneficios de las compañías una vez deducidos los impuestos aumentaron más rápidamente que los salarios.

La tensión en el movimiento obrero se vio exacerbada por la tensión racial en las ciudades, cuyo origen estaba a menudo en los choques entre militares y obreros afroamericanos y sus colegas de raza blanca. Detroit, por ejemplo, recibió 500 000 migrantes negros durante el período 1940-1 943. Sólo en 1943 hubo estallidos de violencia racial en estados tan alejados unos de otros como Michigan, Nueva York, Massachusetts, Texas y California. Roosevelt y los jefes del Partido Demócrata eran muy conscientes de que la migración de negros del sur al norte y la politización de los nuevos inmigrantes darían más fuerza al partido y se mostraron reacios a tomar medidas enérgicas contra la agitación, dejando la tarea en manos de las autoridades locales, que tuvieron que ocuparse de mantener la paz en las ciudades. Pero aunque la guerra aumentó los conflictos sociales en algunos sectores, mitigó las divisiones en otros. El antisemitismo y el anticatolicismo perdieron intensidad en las fuerzas armadas y los lugares de trabajo, excepto entre los fanáticos más violentos.

Es probable que el efecto más corrosivo de la guerra sobre la sociedad norteamericana naciera sencillamente de la tensión que causaban los largos horarios de trabajo, los riesgos del oficio en la minería y en la industria pesada, el hacinamiento urbano y la súbita prosperidad que había llegado a las poblaciones situadas cerca de bases militares y grandes complejos industriales. Las relaciones entre las mujeres y los hombres acusaron una tensión especial.

Aunque la tasa de divorcios fue más o menos estable en los años cuarenta, la incidencia de enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados y relaciones sexuales fuera del matrimonio aumentó de forma espectacular entre los jóvenes que se escapaban de la supervisión de la familia y la comunidad: tenían dinero para gastarlo en experiencias carnales sin límite y encontraban abundantes oportunidades de celebrar el fin de la Prohibición. Tal como ya sabían los policías y los asistentes sociales, el licor alimentaba la violencia y los apetitos sexuales. Muchas mujeres, por otra parte, acogían con agrado la oportunidad de librarse de las aburridas labores domésticas y de las presiones de la maternidad con la ayuda de los alimentos congelados y envasados y de una red de guarderías patrocinada por el gobierno.

El cambio acelerado en las relaciones entre los sexos que ocurrió durante la guerra se refleja en una carta que Edith Speert de Cleveland, Ohio, escribió a su marido, soldado, en 1945: «No soy exactamente la misma chica que era cuando te fuiste. Soy el doble de independiente de lo que era y, encima, a veces pienso que me he vuelto dura como una piedra… apenas nadie me inspira compasión. He estado viviendo exactamente como *yo* quiero vivir y hago lo que me da la gana. No estás casado con una chica a la que le interese sólo el hogar. No hay duda de que tendré que trabajar toda la vida. Trabajar me proporciona satisfacción emocional; no me cabe duda de que muchas noches tendrás que prepararte la cena mientras asisto a una reunión. Además, queridísimo, nunca lavaré ni plancharé la ropa… ¡para eso están las lavanderías!».[5]

Hasta las grandes campañas de 1944 en Europa y el Pacífico, las bajas norteamericanas no ensombrecieron el frente civil y la victoria llegó lo bastante pronto como para impedir que la nación sintiera las pérdidas causadas por la guerra tan intensamente como los otros beligerantes las sentirían durante años. Con todo, en junio de 1944 el Congreso, consciente de la marcada diferencia entre la experiencia de sus militares, en especial de los excombatientes, y el pueblo en general, se apresuró a aprobar la llamada GI Bill, ley que permitía a aquéllos proseguir o cursar estudios superiores y ofrecía otros programas para mitigar en la posguerra los agravios comparativos respecto de quienes se habían beneficiado de la contienda. Dos tercios de los excombatientes norteamericanos

aprovecharon la oportunidad de estudiar que les ofrecía la citada ley y devolvieron al gobierno, por medio del impuesto de la renta incrementado, cuatro veces los 4000 millones de dólares que aquél había invertido.

Entre los aliados, la carga más pesada de la guerra cayó sobre la Unión Soviética. A pesar de su heroico esfuerzo industrial, de la asombrosa movilización y del gran número de muertos que sufrieron sus fuerzas armadas (al menos 11 millones de los 30 millones que sirvieron en ellas), la Unión Soviética hizo la guerra como una confederación imperial dividida contra sí misma y consumida por una desconfianza que constituía una burla de los ideales de Karl Marx. La división en nacionalidades resultaba muy elocuente: sólo el 58 por ciento de los ciudadanos soviéticos eran rusos. Al sobrevenir el desastre de 1941, Stalin echó la culpa a todo el mundo menos a sí mismo y soltó la NKVD de Lavrenti P. Beria contra el ejército y el pueblo. Al finalizar el año, más de dos millones de soviéticos habían sido encerrados en los campos de trabajadores esclavos de la Administración Principal de Campos (Gulag) de la NKVD. Decenas de miles de desertores, rezagados y oficiales desacreditados murieron ante los piquetes de ejecución y a manos de los verdugos.

El director del Comisariado de Armamento del Pueblo, el general B. L. Vannikov, conoció por experiencia propia la naturaleza caprichosa de la política de defensa estalinista. Se encontró en la cárcel por estar en desacuerdo con un compinche de Stalin, A. A. Zhdanov, que apoyó la preferencia del dictador por un anticuado cañón para tanques así como la cancelación de dos importantísimos programas de producción de artillería. Dos semanas después, los alemanes empezaron la operación Barbarroja. El pánico cundió entre funcionarios y oficiales del ejército, que acudieron corriendo a la celda de Vannikov para pedirle consejo sobre problemas de producción y traslado de fábricas «a pesar del hecho de que me encontraba incomunicado en una prisión de máxima seguridad y se me había acusado de todos los crímenes graves».[6] Tras ser puesto en libertad sin ninguna explicación en julio de 1941, Vannikov volvió a desempeñar su cargo de zar de las municiones de la Unión Soviética y sería uno de los más condecorados directores del esfuerzo de guerra ruso.

Al enterarse de que miles de ciudadanos de los estados bálticos y de Ucrania habían dado la bienvenida a los alemanes como libertadores —y algunos se habían alistado a grupos paramilitares que servían a los fines alemanes—, Stalin intensificó la represión contra todos los grupos étnicos indignos de confianza (como muchos de los clanes cosacos) y las minorías asiáticas de las repúblicas soviéticas centrales. Más de dos millones de soviéticos minoritarios —alemanes del Volga, bálticos, chechenos, turcos, armenios, tártaros y georgianos— se encontraron en barracones para trabajadores o en míseros campos de refugiados. Stalin tenía razones para albergar estos temores, toda vez que eslavos y musulmanes formaron ocho divisiones de las Waffen SS. La pura desesperación empujó a Stalin a reconsiderar su política represiva en 1942. Aunque todos los organismos decisorios importantes seguían bajo su dirección personal, entre ellos las fuerzas armadas y el estado mayor general, Stalin descubrió de pronto el poder de la Madre Rusia para movilizar a las masas y ordenó a su pueblo que mostrase la misma entrega y el mismo espíritu de sacrificio con que había logrado rechazar a Napoleón en 1812.

Hubo entonces una breve suspensión del comunismo, como unas vacaciones, que produjo grandes reformas en todo el esfuerzo de guerra soviético. Los comandantes militares profesionales fueron más libres respecto a la supervisión de los oficiales políticos; Stalin escogió como lugarteniente militar al mariscal Georgi Zhukov, oficial profesional que no tenía pelos en la lengua y sí gran habilidad y empuje y una ambición aún más peligrosa. No fue posible rehabilitar a las víctimas de las purgas de finales de los años treinta porque habían muerto, pero sí se rehabilitó a sus familiares, que pudieron reingresar en el ejército y en las organizaciones económicas del estado. Casi un millón de rusos salieron del Gulag para combatir en la guerra. Algunos de los rehabilitados encabezarían más adelante el ataque contra el estalinismo y socavarían los cimientos de la Unión Soviética en el decenio de 1980.

Stalin ordenó a sus propagandistas que promovieran la idea de la Gran Guerra Patriótica. Alentó a los rusos a hacer una guerra santa para impedir el exterminio de los eslavos en todas partes, e incluso devolvió a la Iglesia ortodoxa parte de su autonomía.

Escritores y artistas concentraron su considerable talento en los temas patrióticos. Sergei Prokofiev y Dmitri Shostakovic compusieron música cuyo fervor ruso rivalizaba con el de Tchaikovski. En el cine, la contienda dio un nuevo significado a guerras anteriores contra los alemanes, y la película más memorable fue *Alexander Nevsky* de Sergej Eisenstein, epopeya en la cual la milicia moscovita da muerte a los Caballeros Teutónicos sobre el fondo de una partitura de Prokofiev.

Tan pronto como la marcha de la guerra empezó a ser favorable al Ejército Rojo en 1943, Stalin reconstruyó su estado policial y el Partido Comunista, cuya base había caído en la pasividad. Al volver el Ejército Rojo a las provincias occidentales de la Unión Soviética, la NKVD y otros cuerpos policíacos especiales investigaron a los habitantes de las regiones liberadas en busca de colaboracionistas y ejecutaron o deportaron a cualquier persona sospechosa de antiestalinismo. El Ejército Rojo proporcionó un refugio a los comunistas superficiales, pero no a los partisanos antifascistas, que a menudo fueron recompensados con la ejecución o la cárcel porque habían probado el embriagador vino de la resistencia popular a la opresión y, por tanto, se habían convertido en «enemigos del pueblo». Esta política continuó al entrar el Ejército Rojo en Polonia y en antiguos aliados de Alemania tales como Hungría, Rumania y Bulgaria. En Alemania propiamente dicha, todo el mundo podía considerarse como fascista digno de ser exterminado y la supervivencia se volvió más caprichosa que la muerte para los alemanes que caían prisioneros del Ejército Rojo.

LAS MUJERES EN LA GUERRA

Víctimas de la guerra desde los albores de la historia, las mujeres de Europa, América del Norte y el norte de Asia pasaron de la condición de no combatientes a la de trabajadoras en las industrias de guerra y luego directamente al servicio militar en la segunda guerra mundial en un grado imprevisto. En la primera guerra mundial, las mujeres trabajaron sólo como voluntarias civiles, obreras, enfermeras y auxiliares paramilitares. Los militares de alta graduación, fuera cual fuese su nacionalidad, tenían opiniones en

común sobre el papel de las mujeres en la guerra: para empezar, no debían vestir uniforme, pero podían tener habilidades administrativas y de otro tipo que dejaran libres a los varones para luchar en el campo de batalla. Dada su experiencia en la industria civil de telecomunicaciones, las mujeres podían desempeñar un papel parecido en los sistemas de comunicaciones militares. En la marina, las mujeres que trabajaran en las secciones de tierra dejaban libres a los hombres para servir en el mar; y en las fuerzas aéreas las mujeres podían ejecutar tareas técnicas en tierra y permitir así que los varones se reservaran para volar. En ninguna rama regular de las fuerzas armadas se previo en 1939 que las mujeres interpretarían un papel importante en una guerra futura o que incluso participarían en los combates.

La segunda guerra mundial desconcertó a los que profetizaban sobre el futuro de las mujeres en la guerra moderna. Para empezar, las bombas no hacían distinciones de sexo y los líderes políticos de las naciones beligerantes, por conservadores que fuesen todos en lo que se refería al papel de las mujeres, tuvieron que reconocer que los bombardeos estratégicos habían hecho que el asunto de la protección especial para las mujeres fuese discutible. Las leyes y prácticas internacionales que alentaban a los soldados a no violar y asesinar a las mujeres (concesiones decimonónicas al curioso concepto de la guerra «civilizada») difícilmente podían aplicarse a los encargados de lanzar las bombas. Otro cambio importante fue el concepto de guerra racial o genocidio, practicado por primera vez por los japoneses en China y los alemanes en Polonia y Rusia. Si la aniquilación de pueblos enteros se había convertido en el objetivo declarado de la guerra, entonces las mujeres como madres potenciales de vástagos «indeseables» adquirían una importancia estratégica especial. El último factor fue el cambio de actitud de las propias mujeres. Endurecidas por las luchas para obtener derechos civiles y ayuda socioeconómica del estado, las mujeres comprendieron que la participación en la guerra, sobre todo vistiendo uniforme y en cometidos tradicionalmente masculinos, podía contribuir a que la causa de los derechos de la mujer avanzase en la posguerra. Esta actitud no la adoptaron sólo las mujeres británicas y estadounidenses, sino también las de la Rusia revolucionaria.

Estados Unidos y las naciones de la Commonwealth británica crearon secciones de mujeres uniformadas para cada arma y reclutaron mujeres como enfermeras (pero muy pocas como doctoras) para sus servicios médicos. Los ingleses tenían un cuerpo de enfermeras independiente, pero Estados Unidos permitió que el ejército y las fuerzas aéreas del ejército crearan cada uno su cuerpo de enfermeras y que la marina crease también el suyo para atender a los marineros y los infantes de marina en los hospitales navales. Las enfermeras norteamericanas (a las que se nombraba como oficiales) eran 74 000; las oficiales y el personal sin graduación de los diversos servicios auxiliares eran 330 000. Alrededor del 5 por ciento de estas mujeres sirvió en ultramar, y alrededor del 30 por ciento murió a causa de la acción del enemigo. Aunque se les negó el estatuto oficial de militares, las Pilotos Femeninos de Servicios de la Fuerza Aérea (WASP) permitían a las mujeres hacer de pilotos de transporte; alrededor de 1000 mujeres llegaron a ser WASP y demostraron que sus congéneres tenían porvenir como aviadoras comerciales y militares, siempre y cuando consiguieran que los hombres aceptasen no sólo sus habilidades para volar, sino también su capacidad para mandar a subordinados masculinos desde el asiento de la izquierda.

Gran Bretaña también dependía de las voluntarias para llenar la plazas de los cuerpos auxiliares femeninos, pero la escasa respuesta a los llamamientos en tal sentido empujó al parlamento a promulgar una ley en diciembre de 1941 que requería que las jóvenes solteras se alistaran, aunque podían optar por el trabajo en una industria de guerra, la defensa civil o puestos con dedicación plena en el Ejército Territorial así como en las fuerzas armadas. De conformidad con dicha ley, durante la guerra el servicio auxiliar femenino llegó a contar con un máximo de 470 000 mujeres. Las mujeres representaban alrededor de un 10 por ciento de las fuerzas armadas británicas, proporción cinco veces mayor que la de sus hermanas norteamericanas. Como participantes en el sistema británico de defensa aérea, las mujeres eran especialmente vulnerables a la acción del enemigo, y más de 700 de ellas murieron vestidas de uniforme mientras otras perecían cuando servían como bomberos y vigilantes contra los ataques aéreos.

A pesar del conservadurismo de los nazis en lo tocante al papel

de las mujeres, todas las fuerzas armadas alemanas y las SS reclutaron mujeres para sus servicios auxiliares o Helferinnen. Las ordenanzas de la Wehrmacht prohibían que las mujeres portasen armas, pero en 1944 el sistema antiaéreo con base en tierra de la Luftwaffe aceptó a 100 000 mujeres solteras que fueron llamadas a cumplir el servicio militar. La mayoría de ellas fue destinada a los servicios de comunicaciones, lo que permitió que el personal de tierra masculino luchase en Rusia, pero algunas murieron al pie de sus antiaéreos. Las mujeres se alistaron en el ejército y la marina principalmente como enfermeras y secretarias. La excepción fue una organización femenina de comunicaciones. Las Helferinnen de las SS no cumplían sólo funciones administrativas, sino que también servían como supervisoras y vigilantes de las mujeres en los campos de concentración. Algunas de estas vigilantes de las SS compitieron con sus colegas masculinos en sadismo y, en las postrimerías de la contienda, en su encarcelamiento y ejecución por crímenes de guerra, lo cual es un avance dudoso en la causa de la igualdad de trato para las mujeres.

En la crisis de 1941-1 942, las fuerzas armadas soviéticas recurrieron a las mujeres para subsanar los estragos sufridos en sus filas y, andando el tiempo, 400 000 mujeres sirvieron en el Ejército Rojo como tripulantes de tanques, artilleras, francotiradoras, pilotos de caza y pilotos y tripulantes de bombarderos ligeros. Otras 400 000 trabajaron en una gran variedad de servicios de apoyo en calidad de conductoras, mecánicas, oficinistas y personal médico. Aunque las estadísticas sobre el servicio en las unidades guerrilleras patrocinadas por los soviéticos no se encuentran con facilidad, quizá uno de cada cinco partisanos (200 000 por millón) fuera mujer. La razón fundamental para el servicio femenino en las fuerzas soviéticas era la misma que en las naciones aliadas occidentales: las mujeres reemplazaban a los hombres para que pudieran servir en las unidades de tanques e infantería de primera línea. En gran parte con fines propagandísticos, los soviéticos permitieron la creación de tres regimientos de aviación y unas cuantas unidades de combate en tierra integrados exclusivamente por mujeres, pero la mayoría de las rusas sirvieron en unidades integradas. La marina soviética cumplió su papel propagandístico destinando mujeres como marineros a un puñado de barcos

auxiliares. Las mujeres rusas tenían poco futuro en la guerra «sin cuartel» del frente del este y eran recíprocas frente a la brutalidad alemana, tal como se describe, por ejemplo, en la novela autobiográfica de Willi Heinrich *La Cruz de Hierro* , en que las mujeres rusas se vengan de las agresiones sexuales de los soldados alemanes con medidas apropiadas.

Las mujeres combatientes también llegaron a ser líderes y a matar en los movimientos de resistencia que lucharon contra la ocupación alemana de Europa occidental y en el frente del este y detrás de él. Mujeres polacas combatieron y murieron en los dos levantamientos de Varsovia, el de 1943 y el de 1944, y entre los partisanos comunistas de Tito, en Yugoslavia, había 100 000 mujeres soldado, de las que murieron 25 000. En la Europa occidental, la resistencia francesa (comunista o de Franceses Libres) ofrece un buen ejemplo de la variedad de actividades que desempeñaron las mujeres en la guerra subversiva contra el Tercer Reich, papeles que se duplicaron en menor escala en Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca y Noruega.

Hasta las dos invasiones de Francia en 1944, la resistencia francesa procuró evitar el combate directo con la Wehrmacht y los servicios de inteligencia y de policía alemanes, tanto para sobrevivir como para seguir las instrucciones de los cuarteles generales de las organizaciones anglonorteamericanas SOE y OSS y del gaullista Bureau Central de Renseignements et
d'Action
(BCRA). Los servicios de inteligencia aliados necesitaban información y no sabotaje ni guerra de guerrillas. Los aliados también querían algún tipo de sistema de fugas para recuperar a los aviadores derribados. Al crecer las redes (*réseaux*) de inteligencia y fugas francesas, las mujeres, que probablemente representaban hasta el 20 por ciento de sus 150 000 miembros, asumieron puestos elevados gracias a su probada competencia. Las redes de fugas rescataron a 5000 aviadores aliados y 1600 miembros de otras armas, mientras que las células de la resistencia francesa proporcionaron información de gran importancia para los planificadores de la invasión sobre el estado de las fortificaciones y el orden de batalla de la Wehrmacht. Esta información no la hubieran revelado las interceptaciones de Ultra. Desde luego, la

Abwehr y la Gestapo se daban cuenta de la amenaza interna, ya que sus agentes y los colaboracionistas de Vichy persiguieron a los resistentes franceses con vigor y crueldad. Los alemanes ejecutaron a entre 200 y 300 mujeres francesas por sus actividades en la resistencia y enviaron a unas 8500 sospechosas de ser resistentes al campo de concentración de mujeres de Ravensbrück. De este grupo, sólo alrededor de 400 salieron vivas de la guerra.

Las francesas también participaron como líderes y simples guerrilleras en las Forces Françaises de
l'intérieur
(FFI) y en los FrancTireurs et Partisans, que eran comunistas. Los partisanos franceses, llamados *maquis* , entraron en acción con muchas ganas en 1944 y con las mujeres en puestos bien visibles. Dos destacados cabecillas de las FFI, por ejemplo, eran mujeres. Las mujeres participaron en las operaciones guerrilleras en el norte de Francia que acompañaron a la invasión de Normandía y se unieron a las bandas de partisanos en la sublevación de agosto de 1944 en París. Las *maquisards* lucharon y murieron en los levantamientos de marzojulio de 1944 en el Macizo Central y la Alta Saboya. Para estas guerrilleras, así como para las mujeres de las *réseaux* de fugas e inteligencia y las mujeres que escribieron y publicaron los principales periódicos clandestinos, el legado fue la concesión del sufragio pleno en la constitución francesa de 1946 y un lugar permanente en las fuerzas armadas francesas.

Las mujeres también desempeñaron papeles menos espectaculares pero peligrosos. En los países ocupados, el puro instinto de supervivencia las empujó a un virtual concubinato como «novias» de los soldados ocupantes, las únicas personas con acceso seguro a alimentos y productos básicos para la vida cotidiana. Atrapadas entre el flujo de la batalla en 1944, por ejemplo, las francesas tuvieron que apresurarse a cambiar sus lealtades si habían confraternizado con los alemanes; sólo los soldados norteamericanos podían protegerlas de las represalias de la resistencia. Todos los ejércitos menos el de Estados Unidos adoptaron una actitud poco rigurosa ante la prostitución organizada; las tropas coloniales de los Franceses Libres y los japoneses incluso llevaban consigo sus burdeles de un destino a otro. En el caso de los japoneses, el ejército imperial sencillamente

reclutó 200 000 *ianfu* o «mujeres de contentamiento» en Corea, China, las Filipinas y Malaya para satisfacer a sus samuráis sexuales. Aunque las prostitutas militares podían recibir cierta asistencia médica, siquiera para evitar que infectasen a sus soldadosclientes, eran especialmente vulnerables no sólo a las enfermedades de transmisión sexual, sino a otras enfermedades contagiosas, a la violencia, la inanición y a diversas formas de malos tratos.

Como obreras, trabajadoras agrícolas y personal militar, las mujeres del mundo en 1937-1 945 se encontraron en medio de un conflicto creado por los sistemas políticos dominados por los hombres de sus respectivas naciones. La mayor participación en la política no fomentó el pacifismo, como de vez en cuando han argüido las feministas, toda vez que las mujeres mostraban tanto chovinismo y tanta agresividad como los hombres cuando tenían la oportunidad de dar rienda suelta a la violencia sin limitarse a soportarla. Sin embargo, las mujeres de la segunda guerra mundial estaban condenadas a sufrir más violencia de la que causaban. Las estadísticas disponibles sobre el bombardeo estratégico de Gran Bretaña, Alemania y Japón, por ejemplo, sugieren que más de la mitad de los 1,3 miñones de víctimas mortales fueron mujeres. Es probable que la misma división de la muerte pueda aplicarse a los 15 millones de civiles rusos que perecieron. Otra estadística reveladora es el cálculo del número de huérfanos europeos que había en 1945 según los organismos mundiales de asistencia: 13 millones de niños sobrevivieron a la guerra sin padre o madre vivo. Con la llegada de la guerra masiva e industrializada, que culminó con la creación de las armas nucleares, nadie podía dar por sentado que podría evitar formar parte de una guerra. Como legado de la segunda guerra mundial, todo el mundo se convirtió en guerrero o víctima en potencia.

20 Las secuelas de la guerra

LA segunda guerra mundial fue la mayor destrucción indiscriminada de pueblos y recursos de la historia moderna. Es imposible viajar por Europa y Asia sin encontrar monumentos conmemorativos y grandes cementerios donde están enterrados los civiles que murieron en la contienda, ya se trate del cementerio de Volkovo en San Petersburgo, Rusia, o del altísimo cenotafio que se construyó en memoria de los chinos de Singapur que fueron ejecutados por los japoneses. A la sombra del Salón de Fomento de la Industria en Hiroshima, una de las ruinas más fotografiadas de la guerra, se encuentran los montículos cubiertos de hierba de las fosas comunes correspondientes a la primera explosión nuclear. Naciones enteras se desangraron y ardieron.

Cincuenta años de estudio por parte de una legión de demógrafos han producido sólo cálculos aproximados de las pérdidas civiles habidas durante los años de guerra, 1937-1 945, pero una cosa sabemos con seguridad: en la segunda guerra mundial murieron como mínimo el doble de inocentes que de soldados, entre los cuales el número de muertos fue por lo menos de 21 millones. Los estados del Eje perdieron más de tres millones de civiles, y los aliados, como mínimo 35 millones, de los cuales más de 28 millones eran rusos y chinos. (Algunos demógrafos rusos y chinos calculan ahora que la cifra conjunta de sus muertos civiles fue de más de 40 millones.) Los cálculos de este tipo son muy eurocéntricos; entre los beligerantes asiáticos sólo Japón hizo un estudio minucioso de sus pérdidas civiles, y es probable que los japoneses se quedaran cortos adrede (su cifra fue de 350 000 muertos) en aras de la armonía con Estados Unidos en la posguerra. Pese a ser imperfectas, estas estadísticas escalofriantes captan la verdad esencial de la guerra: nadie era inmune a la muerte en sus formas más horribles.

El peor asesino fue el sistema alemán de campos de concentración y de trabajadores esclavos, en el cual perecieron como mínimo 12 millones de personas. De estas víctimas, seis millones eran judíos europeos que fueron deportados de todos los países europeos ocupados o pertenecientes al Eje con el fin de llevar a cabo una limpieza étnica y, en los últimos años de la guerra, un genocidio. Las otras víctimas eran trabajadores esclavos que los alemanes sacaron de toda Europa para emplearlos en proyectos de construcción y en fábricas hasta que la inanición y las enfermedades acababan con ellos. El bombardeo estratégico infligió entre un millón y medio y dos millones de muertes en Alemania, Japón, Francia y Gran Bretaña, número horrible, es cierto, pero inferior al de muertes civiles que causó la Wehrtmacht en su avance arrollador en la Europa del este. Durante las campañas de 1939-1945 en Polonia y Rusia, más de dos millones de civiles fueron víctimas mortales de las operaciones militares y de la represión por parte de las fuerzas de ocupación alemanas, que mataron a resistentes, líderes locales, rehenes y curiosos.

Los ejércitos soviéticos se vengaron durante los dos últimos años de la guerra y mataron a un número comparable de civiles alemanes, al menos un millón y medio. Tan terrible fue la venganza del Ejército Rojo en su avance hacia el oeste que, de hecho, Alemania *ganó* entre ocho y 10 millones de ciudadanos nuevos en el último año de guerra y en la posguerra inmediata. Ni siquiera en la derrota, sin embargo, podían los países del Eje pretender que su sufrimiento era mayor. El número de judíos que murieron en el Holocausto fue el doble que las muertes de civiles del Eje atribuibles a todas las causas. Entre las nacionesestado, Polonia puede afirmar justificadamente que la Wehrmacht empujó a su pueblo (de todas las religiones) hasta el borde de la extinción. De su población de antes de la guerra, que era de 34 millones, Polonia perdió más de seis millones a causa de la máquina de guerra alemana. Otros 10 millones de polacos fueron deportados o huyeron, y sólo un millón y medio regresó a su patria después del conflicto. Muchos de los que no regresaron habían muerto en campos de trabajadores esclavos o de concentración. De los ocho a nueve millones de muertes de civiles relacionadas con la guerra en el Asia ocupada, centenares de miles eran chinos que murieron a

manos de los japoneses en el período 1937-1 942. No cabe duda de que entre los centenares de miles se contaban los trabajadores esclavos chinos y de otros países asiáticos que fueron obligados por los japoneses a trabajar hasta la muerte en la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental.

Tal como demuestra el ejemplo chino, definir las «muertes relacionadas con la guerra» no es fácil y resulta especialmente problemático en el caso de las muertes por enfermedad, ya fueran causadas por epidemias o por desnutrición. En la Unión Soviética y gran parte de China, por ejemplo, las poblaciones rurales en los años veinte y treinta ya habían sufrido los estragos mortales de las enfermedades y el hambre, debidos en no poca medida a la malevolencia del régimen de Stalin y de los señores de la guerra chinos. No cabe duda de que la guerra entre estados intensificó las desdichas de la población, pero debido a las condiciones que ya existían es difícil dar una cifra exacta de las muertes relacionadas con la guerra. En naciones como Gran Bretaña y Alemania, donde la población gozaba de buena salud al empezar la contienda, la distinción entre las muertes por enfermedad y por causas relacionadas con la guerra como, por ejemplo, los bombardeos y el bloqueo naval es mucho más clara. En Gran Bretaña, el racionamiento de los alimentos y la evacuación de las ciudades hicieron que el número de víctimas mortales por enfermedad fuera insignificante. En Alemania, la política del Partido Nazi de cuidar a los alemanes étnicos al tiempo que se permitía que el resto de la gente pasara hambre aplazó las muertes por desnutrición entre los alemanes hasta 1945 y los primeros tiempos de la posguerra. Entre los que más sufrieron por culpa de esta política estaban los holandeses, que pasaron el catastrófico invierno de 1944-1 945 bajo la ocupación alemana. Como mínimo 16 000 holandeses murieron de inanición aquel invierno, en una nación de sólo nueve millones de habitantes que ya había perdido casi 200 000 personas debido a los bombardeos por parte de ambos bandos y al encarcelamiento por parte del Tercer Reich.

La matanza de civiles en la segunda guerra mundial reflejó los cambios habidos en la tecnología militar y la capacidad de las nacionesestado del siglo XX para emplear sus recursos en hacer la guerra industrializada y en masa. El espectro de la «guerra total»,

visto fugazmente en los dos últimos años de la primera contienda mundial, pasó de la ficción imaginativa de Jules Verne y H. G. Wells a la triste realidad después de 1937. La tecnología de la guerra, en especial el perfeccionamiento del ataque aéreo, hizo posible atacar a poblaciones civiles concentradas en ciudades industrializadas, centros de transporte abarrotados de refugiados y pueblos agrícolas. Las municiones que podían hacer estragos entre los civiles no eran sólo los explosivos de gran potencia, sino también los gases asfixiantes, los agentes bacteriológicos y las bombas incendiarias de fósforo blanco y gasolina gelificada (napalm). En los efectos de las dos bombas atómicas lanzadas contra los japoneses se combinaron todos los horrores de los explosivos de gran potencia, las incendiarias y el colapso celular provocado por la química. Entre los supervivientes, la radioactividad también produjo daños genéticos en niños que aún no habían nacido.

El bombardeo estratégico no agotó todos los métodos de que disponía la guerra moderna para destruir el tejido de la sociedad civil. Ya fuera en el campo de batalla o como fuerzas ocupantes, los ejércitos de masas tenían por costumbre arrasar edificios, destrozar maquinaria, matar los animales de las granjas, confiscar vehículos y carburantes, llevarse alimentos de los campos y las despensas, monopolizar hospitales, cortar los sistemas eléctricos y destruir el alcantarillado y las instalaciones de abastecimiento de agua. Los ejércitos modernos no inventaron estos métodos de despoblar países enteros, pero la eficiencia de los sistemas militares de municiones y transportes llevó el genocidio al campo de lo posible. Si bien cabría racionalizar la muerte de inocentes como consecuencia inevitable de atacar la infraestructura económica del enemigo, como hicieron los ingleses y los norteamericanos, no hubo nada inevitable en la creación de miles de campos de trabajadores esclavos y 20 fábricas de exterminio desperdigadas por el Reich alemán y sus territorios ocupados, lo cual fue la demostración más descarnada de cómo la tecnología de las civilizaciones modernas puede facilitar una caída en la barbarie.

La capacidad militar moderna no basta para explicar la matanza de inocentes en la segunda guerra mundial. A pesar de las protestas de los alemanes en la posguerra, para gran parte de la población alemana la aniquilación de los judíos europeos estaba muy

arraigada en fantasías cultivadas desde la Edad Media en el sentido de que los judíos eran responsables de los repetidos fracasos de Alemania en los intentos de ocupar el lugar que le correspondía entre las potencias de Europa. Los delitos que se imputaban a los judíos iban de la explotación económica y la manipulación financiera a la depravación cultural. Estas ideas racistas no eran privativas de Alemania, sino que estaban también muy extendidas en países que capitularon ante el Tercer Reich o colaboraron con él, países como Francia, Suiza y Yugoslavia. Aunque la persecución religiosa tenía una larga historia en Europa, los herejes no perdían su condición de seres humanos a ojos de sus opresores, que generalmente ofrecían a sus víctimas la opción de salvarse abjurando de su fe. En el genocidio secular, en cambio, lo primero que hacían quienes lo perpetraban era reducir a sus víctimas a la condición de seres no humanos para poder justificar así su exterminio, lo cual representó una fusión intelectual del darvinismo social, la genética de chiflados y el racismo en su peor forma con las ideas políticas de la chusma. La preocupación por las características genéticas y la tendencia a atribuir el comportamiento a la genética racial heredada e inmutable hicieron que al Partido Nazi le resultase mucho más fácil ver el genocidio simplemente como ingeniería social y lograr, por medio de su máquina propagandística, que los alemanes corrientes aceptasen esta visión. Pero tal como los japoneses ya habían demostrado en China, los nazis no monopolizaban las racionalizaciones de su política de agresión militar, ocupación y asesinato.

El antisemitismo y el anticomunismo se fundieron en el siglo XX para ampliar el número de minorías intolerables a las que había que eliminar. Los resistentes en la Alemania nazi, en la Italia fascista y en los países ocupados recibían el mismo trato a manos de la Gestapo y de las policías nacionales que colaboraban con ella. Sin embargo, la condición de «enemigo del régimen» no existía sólo en la potencias europeas del Eje. Todos los gobiernos beligerantes, sobre todo el ruso, eran muy conscientes de que las fuerzas armadas en campaña no podían funcionar sin la productividad económica de la población civil. Así pues, los gobiernos no podían hacer caso omiso de la disensión, real o imaginaria, susceptible de mermar la moral civil poniendo en entredicho la distinción que hacía el

gobierno entre amigos y enemigos. El resultado fue un asalto a la vida y la libertad de los civiles en todas partes, incluido Estados Unidos, que encarceló a 110 000 inmigrantes japoneses y ciudadanos norteamericanos de origen japonés durante casi toda la guerra y los arruinó económicamente. También detuvo o intercambió a 14 000 extranjeros enemigos que procedían de Europa (alemanes, italianos, húngaros, búlgaros y rumanos) y formaban un conjunto potencial de casi un millón de sospechosos, proporción que induce a pensar en un doble rasero de tipo racial.

Aunque las muertes de civiles en la segunda guerra mundial reflejaron el horror igualitario de la contienda, las víctimas mortales militares hicieron mucho daño a una segunda generación de varones europeos y ocasionaron a Japón pérdidas sin precedentes. Las potencias del Eje perdieron ocho millones de miembros de las fuerzas armadas: Alemania casi cinco millones y Japón dos millones de muertos, y el resto correspondió a los otros seis cobeligerantes y auxiliares fascistas. Italia perdió 200 000 militares como potencia del Eje y 100 000 soldados y partisanos como aliada después de 1943. En el bando aliado, la Unión Soviética perdió como mínimo 11 millones de soldados y cálculos recientes suman uno o dos millones a esta cifra. Se calcula que los ejércitos nacionalistas chinos sufrieron 2,5 millones de muertos. Gran Bretaña, Yugoslavia, Estados Unidos, Francia y Checoslovaquia tuvieron, cada una, entre 250 000 y 300 000 militares muertos a causa de la acción del enemigo. Siguió Polonia con 123 000 y los demás aliados sufrieron otros 125 000 muertos a manos del Eje. En proporción, los aliados perdieron el doble de militares que el Eje, y los rusos solos perdieron más soldados que todas las naciones del Eje juntas.

De todas las organizaciones militares que lucharon en la segunda guerra mundial, el Ejército Rojo era la más peligrosa en lo que se refería a servir en sus filas, y las fuerzas armadas estadounidenses estaban en el extremo opuesto. La Wehrmacht ocupaba el segundo puesto en la clasificación de peligrosidad. Se calcula que 25 millones de hombres y mujeres sirvieron en las fuerzas armadas soviéticas, y entre 11 y 13 millones murieron de uniforme. De los cerca de 16 millones que sirvieron en las fuerzas armadas norteamericanas, 405 399 personas murieron durante el servicio, 291 557 directamente a causa de la acción del enemigo. De los 18

millones de alemanes y otras nacionalidades que sirvieron a la causa nazi, murieron seis millones. En cuanto a las fuerzas de tierra, la infantería y los tanquistas sufrieron bajas desproporcionadas, pero el aumento de la importancia de la guerra naval y aérea creó nuevas categorías de mortalidad para el personal militar. La flota submarina alemana perdió (entre muertos y desaparecidos) 32 000 de los 38 000 oficiales y marineros que envió a luchar contra el comercio aliado; los hombres del Mando de Bombardeo de la RAF y de la fuerza de bombarderos estratégicos de la USAAF resultaron sólo un poco menos vulnerables. El Mando de Bombardeo británico perdió casi la mitad de sus efectivos (60 000 de 125 000), y la 8ª fuerza aérea norteamericana perdió 18 000 pilotos y tripulantes en la guerra contra Alemania, con otras 7000 muertes en el adiestramiento y percances operacionales de un total de 210 000 (1942-1 945). Sólo después de mediados de 1944 pudo la mayoría de las tripulaciones de la 8ª fuerza aérea contar con cumplir 25 misiones, el número mágico que indicaba la llegada del turno de volver a casa.

LA EUROPA DE LA POSGUERRA

En el verano de 1945, Europa sólo podía describirse, empleando la elegante prosa de Winston Churchill, como «un montón de escombros, un osario, un semillero de pestilencia y odio».[1] Europa también se había convertido en un continente de personas desorientadas y desmoralizadas que iban de un lado para otro. Se calcula que 50 millones de personas se encontraban en lugares que en 1939 no conocían; 16 millones eran «personas desplazadas», eufemismo bajo el cual se ocultaban refugiados y trabajadores forzosos que caminaban sin rumbo fuera de sus países natales. Aunque los europeos occidentales generalmente querían volver a sus hogares tradicionales, muchos europeos del este (en especial el millón y pico de supervivientes judíos) y rusos (es decir, todos aquéllos a quienes los soviéticos consideraban ciudadanos), no querían. En Yalta los aliados occidentales habían prometido devolver a todo individuo al que se pudiera clasificar (sin mucho cuidado) como ruso, especialmente a los que habían servido en la

Wehrmacht. Recurriendo a la fuerza cuando era necesario, tropas norteamericanas y británicas obligaron a más de dos millones de prisioneros militares y civiles rusos a subir a los barcos y trenes que los llevarían a la Unión Soviética; los ingleses reunieron a 44 000 cosacos en Austria e Italia y los enviaron a una muerte cierta como «enemigos del pueblo». En total, unos seis millones de rusos regresaron, de buena o mala gana, a la Unión Soviética; fuentes soviéticas calcularon más adelante que el 10 por ciento de los rusos repatriados fueron ejecutados por traidores, el 20 por ciento fueron absueltos y puestos en libertad, y el 70 por ciento fueron a parar directamente a los campos donde recibirían educación política y el trabajo que los haría libres, siempre y cuando sobreviviesen a los años de cautiverio.

Temiendo las iras del Ejército Rojo y un futuro que probablemente sería dominado por los aliados políticos de los soviéticos, una avalancha de alemanes que vivían fuera de Alemania (*Volksdeutsch*), polacos, letones, estonios, lituanos, húngaros, croatas, eslovenos y rumanos cayó sobre las zonas de ocupación aliada de Alemania y Austria hasta que alrededor de seis millones de refugiados se unieron a las personas desplazadas que ya estaban en Alemania. A medida que las fuerzas de ocupación soviéticas fueron imponiendo su dominación a las personas y apoderándose de las propiedades, los alimentos y el poder político que encontraban en la Europa del este, más polacos, checos y eslovacos se dirigieron al oeste. Las personas desplazadas francesas emprendieron la vuelta a Francia, pero los funcionarios de la Administración de las Naciones Unidas para los Refugiados calcularon que el 20 por ciento de la población francesa emigraría en el caso de que hubiera puestos de trabajo disponibles en otras partes. Aunque Estados Unidos aceptaría a 200 000 personas desplazadas (después de 1948) y Canadá y Australia acogieron a un número comparable, la mayoría de estas personas se quedaron en Europa y fueron una carga complementaria para las sociedades postradas por la guerra. La mayoría de los judíos supervivientes emigraron a Palestina.

Al igual que la Unión Soviética, Alemania había perdido más de la mitad de sus hogares, fábricas, medios de transporte y producción agrícola. Sus grandes ciudades se encontraban en

ruinas, con cadáveres enterrados bajo los escombros, mientras los supervivientes, acosados por el hambre y las enfermedades, deambulaban por las calles con paso inseguro. Casi seis millones de soldados alemanes se rindieron a los aliados en 1945, prefiriendo los captores norteamericanos a los rusos. En un caso, los norteamericanos administraron justicia inmediatamente y entregaron los jefes de la 3ª división blindada de las SS (Totenkopf) a los soviéticos después de que se rindieran. En las primeras semanas de paz, los comandantes británicos y norteamericanos no tenían inconveniente en utilizar organizaciones militares alemanas para mantener el orden y la disciplina. Los alemanes obedecían, e incluso fusilaron a varios de sus propios soldados que fueron lo bastante tontos como para declararse socialistas o comunistas.

La historia de una familia —una familia afortunada, por cierto— permite hacerse una idea del caos de la posguerra. En mayo de 1945, el teniente primero John E. Dolibois, oficial del servicio de inteligencia militar e interrogador en lengua alemana, llegó a Bonnevoie, su ciudad natal en Luxemburgo, después de 14 años como inmigrante en Estados Unidos, y se encontró con que todas las cosas y personas aparecían «extenuadas, tristes, terriblemente pobres, desanimadas». Su misión oficial era interrogar a los criminales de guerra nazis de graduación más alta, pero también tenía una misión personal: encontrar a sus dos hermanas y tres hermanos. Encontró primero a una cuñada, que le dijo que su hermano Karl había muerto a causa de una paliza de la Gestapo. Valiéndose de sus contactos militares, Dolibois averiguó que ninguno de sus otros cuatro hermanos y hermanas seguía viviendo en Luxemburgo. Encontró a sus dos hermanas casadas y sus familias en Alemania, una en Francfurt y la otra en el norte del país. Luego siguió buscando a sus hermanos desaparecidos y acabó encontrándolos también. Ambos habían sido reclutados por la Wehrmacht y habían salido vivos de las campañas en el norte de África, Francia y Rusia, y habían acabado, sanos y salvos, como prisioneros de los franceses y los ingleses. La familia Dolibois apenas podía dar crédito a su buena suerte porque sólo había sufrido una muerte durante la guerra. Cuarenta años después, John Dolibois, vicerrector de la Universidad de Miami, volvió de nuevo a Luxemburgo, esta vez en calidad de embajador de Estados Unidos.[2]

El primer requisito de la reconstrucción de Europa eran los alimentos. Sólo las fuerzas de ocupación aliadas tenían sus raciones aseguradas, que iban a parar al mercado negro y a civiles hambrientos que hacían trabajos serviles para los ejércitos aliados. Prácticamente lo único que tenían los europeos para hacer trueques eran favores sexuales (difíciles a causa de las órdenes contra la confraternización), recuerdos de guerra y objetos de arte. Las sobras del ejército norteamericano no podían alimentar a los 100 millones de personas que dependían de algún tipo de reparto de alimentos para aliviar la hambruna y tenían que vivir con 1500 o menos calorías diarias. (En 1946 las autoridades de ocupación redujeron la ración normal de los alemanes a 900 calorías diarias). En toda Europa la elaboración de productos lácteos y la producción de carne, maíz, trigo y huevos había quedado reducida a la mitad o menos de los niveles de antes de la guerra. Sólo las verduras eran más abundantes pero el consumo local por parte de las comunidades rurales y la destrucción de los ferrocarriles y las carreteras impedían distribuir a tiempo los alimentos crudos. Los remilgados holandeses comían bulbos de tulipán y remolachas azucareras. En el norte de Francia, la campaña de 1944 había eliminado prácticamente los rebaños de vacas lecheras; en el departamento normando de Manche murieron 105 000 vacas lecheras y sus cadáveres hinchados reposaban entre los destrozados troncos y ramas de más de 300 000 manzanos, echando a perder así los cultivos comerciales de la región. Una sequía en el invierno de 1944-1 945 fue seguida de un invierno frío y lluvioso en 1946-1 947 que creó graves escaseces de combustible en Gran Bretaña y en el continente. La moral pública seguía estando al borde de la desesperación.

Los aliados (es decir, para ser realistas, Estados Unidos) hacían cuanto podían por impedir el avance de la hambruna y las enfermedades epidémicas. Los ejércitos norteamericanos en Europa empezaron su misión de socorro incluso antes de que cesaran los tiros. Unidades de asuntos civiles, unidades de servicios médicos y toda la estructura logística de la fuerza expedicionaria norteamericana comenzaron el reparto de suministros de socorro en Francia y Bélgica en el otoño de 1944. Los fondos para la labor de socorro salían directamente del presupuesto de asuntos civiles del

Departamento de Guerra o del programa de Préstamo y Arriendo o de grupos religiosos. Una parte del programa de apoyo alimentario consistió en llevar a Europa miles de vaquillas de leche preñadas a Francia y Bélgica, donde sus descendientes pastan pacíficamente hoy día. Otras vacas y animales de tiro se enviaron a Polonia, Checoslovaquia y Grecia.

La salud pública recibió la mayor prioridad y las autoridades de ocupación aliadas dictaron exigentes regulaciones sanitarias, impusieron cuarentenas en campos de detención si era necesario y dieron más baños de DDT que de agua. En mayo de 1945, la labor de socorro se encontró ante el mayor desafío, dado que, por ley, el programa de Préstamo y Arriendo debía terminar al acabar la guerra, lo cual hizo que disminuyeran los fondos justamente cuando el país se estaba llenando de prisioneros de guerra y personas desplazadas. Llegó entonces para cubrir el hueco la Administración para la Rehabilitación y Socorro de las Naciones Unidas (UNRRA), creada a finales de 1944 y financiada en gran parte por Estados Unidos. En 1945-1 946 la UNRRA proporcionó cerca de 23 millones de toneladas de alimentos, suministros para reactivar la agricultura, prendas de vestir y textiles, así como material para la rehabilitación de la industria, con un coste de 1000 millones de dólares. Dos tercios del dinero y del tonelaje se destinaron a alimentar y curar a los europeos. Cuando algún artículo estaba disponible en Europa, se compraba allí para estimular el renacimiento económico, pero en categorías tan importantes como los granos y los cereales (la mitad de los alimentos repartidos), el principal proveedor era Estados Unidos. Una peculiaridad de la operación de la UNRRA fue que no ayudó a Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos y la Alemania ocupada tanto como a otros países; los antiguos aliados tuvieron que depender de empréstitos para las compras y los alemanes quedaron bajo la administración de las autoridades zonales de ocupación. La operación de emergencia que llevó a cabo la UNRRA sencillamente puso de relieve que la recuperación económica de Francia y Alemania era esencial para el renacimiento de Europa y que ninguna de ellas podía prosperar hasta que los aliados acelerasen la reconstrucción de Alemania.

Durante la guerra los alemanes habían seguido una política consistente en despojar a sus víctimas ocupadas de sus activos

privados para enriquecer a los nazis y sufragar la Wehrmacht y esta política había dejado a Europa en la indigencia, sin ninguna manera fácil de financiar un programa de recuperación. Los alemanes no habían perdonado a nadie y todos los países ocupados habían perdido recursos financieros y materiales que se calculaba que equivalían a la mitad o más de la riqueza nacional. Los primeros cálculos que se hicieron en la posguerra valoraban las confiscaciones perpetradas por los nazis en 26 000 millones de dólares. Al entrar en guerra en 1939, Alemania tenía unas reservas monetarias de alrededor de 200 millones de dólares. Durante la contienda convirtieron sus reservas de divisas extranjeras y la riqueza de empresas e individuos privados alemanes en reservas monetarias basadas en el oro cuyo valor era de 1000 millones de dólares en 1945 **[14]** de modo que, incluso después de los gastos hechos durante la guerra, al finalizar ésta Alemania había quintuplicado su «riqueza internacional». Casi la mitad del dinero se había transferido a bancos suizos con el objeto de financiar el comercio con naciones neutrales como, por ejemplo, Portugal, Suecia, España y Turquía, pero los aliados habían instaurado un programa de compras preferentes que limitó los gastos exteriores de Alemania. Después del conflicto los aliados crearon una Comisión Tripartita del Oro para identificar y recuperar los activos alemanes en el extranjero, que ascendían a alrededor de tres cuartas partes de las reservas de oro de los nazis y utilizarlas para el socorro de los refugiados y la reconstrucción económica. Debido en gran parte a la intransigencia de los suizos, la comisión y sus sucesoras recuperaron poco oro nazi hasta el decenio de 1990.

La Alemania nazi fue una de las grandes cleptocracias de la historia, alimentada por el saqueo en el extranjero y las propiedades arrebatadas a los judíos en los campos de exterminio. Los nazis habían animado a los judíos a llevarse sus objetos de valor personales a los campos, donde eran confiscados. Parte de esta riqueza se convirtió en oro «oficial», pero gran parte de las divisas, del oro no monetario, las joyas y otros objetos valiosos sencillamente se almacenaron en el Reichsbank y se ingresaron en cuentas controladas por las SS. Durante la ocupación aliada de Alemania, el gobierno de Estados Unidos reunió propiedades privadas no reclamadas cuyo valor se calculaba en 400 millones de

dólares. Alrededor de 260 millones de dólares de este botín se encontraba dentro de las zonas de ocupación aliadas, y gran parte de él sería devuelto finalmente a gobiernos e individuos por un organismo norteamericano, el Depositario de Divisas Extranjeras, antes de 1950. Sin embargo, ninguno de los funcionarios encargados del organismo creía que las restituciones o distribuciones representaran más de una fracción de las propiedades y objetos de valor arrebatados a los europeos, especialmente a los judíos. Por ejemplo, en la cuenta de las SS en el Reichsbank correspondiente a las confiscaciones en los campos de exterminio había sólo 1,6 millones de dólares, pero el número de documentos desaparecidos o incompletos inducía a pensar en un botín no encontrado de varios millones más, y la cifra citada no incluye las propiedades que los judíos dejaron en los guetos o en sus domicilios de origen. Se calcula que las cuentas no reclamadas en los bancos suizos ascendían a 177 millones de dólares y, sin duda, parte de ellas eran propiedad de los miles de judíos a los que se negó asilo en Suiza y volvieron a caer en poder de los alemanes.

Otra idea de la magnitud de la violación económica de Europa por parte de la Alemania nazi es la cantidad de dinero que la República Federal de Alemania pagó para responder a los cuatro millones de reclamaciones que se presentaron contra ella y que se liquidaron entre 1949 y 1999. Estos pagos ascendieron a un total de 55 000 millones de dólares. Al expirar las disposiciones de la Bundesentschadigungsgesetz o «Ley Federal para la Compensación de las Víctimas del Nacionalsocialismo», el gobierno alemán pagó concesiones en bloque de 720 millones de dólares a los gobiernos de doce países de la Europa occidental y a Polonia, Bielorrusia, Ucrania y Rusia de 1200 billones de dólares para que dichos gobiernos pudieran continuar satisfaciendo las necesidades de las víctimas de los nazis. Al igual que en los casos del oro y de otras propiedades no reclamadas, el hecho de que tan pocos miembros de las familias sobrevivieran para presentar reclamaciones da una idea fiel de la magnitud de los crímenes contra la humanidad que cometió el Tercer Reich.

Las negociaciones para compensar a los trabajadores forzosos por las penalidades que soportaron y por los ingresos que perdieron continuaron hasta los años noventa. En 1999 Alemania ofreció un

pago de 4100 millones de dólares de su gobierno y de 36 compañías alemanas que utilizaron trabajadores forzosos durante la segunda guerra mundial. Los representantes de los trabajadores son las naciones donde residen en la actualidad: Estados Unidos, Israel, Polonia, Ucrania, Rusia, Bielorrusia y la República Checa. Los alemanes calculan que las personas que tienen derecho a la compensación no son más de 250 000, pero los negociadores de las siete naciones creen que el número es más elevado y justifica un pago complementario de 1000 millones de dólares.

Así pues, la capitalización de la recuperación europea no podía limitarse a redistribuir los activos alemanes que se conservaban o las reparaciones. Estados Unidos tomó la iniciativa e ideó un plan para la recuperación a largo plazo y la reforma económica, no sólo en interés propio porque estimulaba las economías de mercado y liberaba el comercio internacional, sino porque vio el peligro que representaba plantar una vez más las semillas del extremismo europeo. En 1944 Estados Unidos y sus aliados occidentales se reunieron en la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas en Bretton Woods, Washington, D. C. Los acuerdos de Bretton Woods crearon el Fondo Monetario Internacional, cuyo objeto es apoyar los sistemas monetarios acosados por la inflación y frenar las especulaciones con divisas alimentadas por el movimiento de reservas de oro. También fundaron el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo con el fin de mejorar el comercio y la integración económica internacional. Dado que Gran Bretaña era ahora la mayor nación deudora del mundo, fue la que más provecho sacó de estas medidas, pero las nuevas organizaciones internacionales también ayudaron a la Europa continental. No pudieron, sin embargo, crear más crédito del que alguien estuviese dispuesto a conceder, y ese «alguien» era el gobierno de Estados Unidos.

Preocupado por el avance de los partidos de izquierdas (socialistas y comunistas) en Francia e Italia y por la amenaza tanto de una agresión soviética como de la agitación interior, el gobierno Truman y una coalición de intemacionalistas de los dos partidos en el Congreso unieron sus fuerzas para crear el Programa de Recuperación Europea en 1947, que suele conocerse por el nombre de Plan Marshall en honor a su patrocinador, George C. Marshall, el

general convertido en secretario de Estado. Las prioridades del programa iban dirigidas al corazón de las mayores escaseces de Europa: los alimentos, el carbón, la energía eléctrica, el petróleo, el acero y la infraestructura de transportes. Dieciséis naciones y la Alemania ocupada por los aliados recibirían 13 000 millones de dólares entre 1947 y 1951. Además de mejorar la moral pública en Europa, el Plan Marshall proporcionó fondos complementarios y decisivos para un modesto crecimiento económico y la creación de riqueza nueva basada en el comercio interior y exterior. En 1948 la renta per cápita de Estados Unidos (1755 dólares) era el cuádruplo de la de Gran Bretaña, Francia, la Alemania Occidental e Italia juntas (441 dólares). Diez años más tarde las cifras eran 2538 y 1017 dólares, respectivamente. El crecimiento de la productividad y la riqueza reforzó la posición de los integracionistas económicos de Europa, que en 1957 fundarían la Comunidad Económica Europea.

El final de la guerra entre los estados europeos no detuvo las guerras civiles que la ocupación por parte del Eje había provocado. En algunos casos la violencia adquirió la forma visible de guerra urbana y operaciones guerrilleras y contraguerrilleras en las zonas rurales. Provistos de armas que les habían dado los alemanes a cambio de dejarles pasar, así como de armas soviéticas, los partisanos comunistas de Tito no tardaron en despachar a sus principales adversarios, los chetniks serbios de Draza Mihailovic, así como a las fuerzas eslovenas y croatas que se habían aliado con los alemanes en un intento de aplastar a la resistencia yugoslava. La victoria de Tito en 1946 y otra parecida de los comunistas albaneses el mismo año garantizaron la reactivación de la guerra civil en la vecina Grecia. Indignados por la alianza de ingleses y realistas que trajo una fuerza expedicionaria británica a Atenas en octubre de 1944, la guerrilla republicana dominada por los comunistas organizó una sublevación en Atenas que duró hasta febrero de 1945. Después de matar a 4000 rehenes, los comunistas griegos huyeron a las fronteras del norte con Albania, Yugoslavia y Bulgaria. Reorganizados y rearmados, los comunistas volvieron a la guerra de guerrillas y el terrorismo hasta que, al cabo de 160 000 muertos, se desvanecieron, aplastados por el ejército griego (con asesores norteamericanos) y abandonados por Tito, que necesitaba que los norteamericanos le protegieran de Rusia.

La guerra civil griega, un golpe comunista en Checoslovaquia en 1948 y la amenaza de que los partidos comunistas legales de Francia e Italia dominaran a los débiles gobiernos parlamentarios de sus respectivos países alarmaron a los líderes políticos norteamericanos y británicos y a sus aliados protodemocráticos en el continente. La ayuda económica tal vez no sería suficiente para impedir la radicalización en la posguerra, especialmente hasta el final de los años 40. El peligro más inmediato para el orden público era la sed de venganza del continente contra cualquiera que fuese de ascendencia alemana o hubiera estado mínimamente asociado con el régimen de ocupación del Eje.

CRIMINALES DE GUERRA NAZIS

Tras la liberación, los partisanos franceses e italianos —en ambos grupos abundaban los comunistas convencidos— asesinaron hasta 8000 sospechosos de colaboracionismo, a menudo con tropas aliadas en las proximidades. La guerra había polarizado ambas naciones. En Francia, por ejemplo, los alemanes habían dado muerte a unos 60 000 resistentes, pero la aviación y la artillería de los aliados habían matado a todavía más franceses, aunque fuese sin mala intención. Los franceses también creían que Gran Bretaña los había abandonado en 1940 y los norteamericanos parecían ser meramente los nuevos títeres de los ingleses. Sin embargo, los franceses partidarios del régimen de Vichy habían sido aún más pérfidos al convertirse de buen grado en instrumentos de los nazis para la traición, la deportación y la muerte. Las autoridades norteamericanas y británicas en Alemania trataron de comprar un poco de perdón de los franceses deteniendo a sospechosos de colaboracionismo —como, por ejemplo, los miembros franceses de las Waffen SS— y entregándolos a la justicia francesa. Los tribunales que actuaban bajo el draconiano Código Napoleónico no tuvieron ningún problema para condenar a 200 000 franceses por colaboracionismo y ejecutar a 2000, entre ellos al jefe del gobierno de Vichy, Pierre Laval. Sin el estorbo de ninguna ley de prescripción, los tribunales franceses juzgaron y condenaron a partidarios de Vichy hasta entrado el decenio de 1990.

En toda Europa, los tribunales nacionales y las comisiones de investigación de los gobiernos buscaron colaboracionistas entre los escombros, tanto para castigarlos por sus crímenes pasados como para decapitar a cualquier movimiento político neofascista que tratara de sacar provecho del desorden de la posguerra, como había sucedido en los años veinte. Noruega emprendió actuaciones judiciales contra 18 000 personas y ahorcó a Vidkun Quisling. Los holandeses investigaron a 150 000 personas que estaban detenidas y condenaron a 66 000 por colaboracionismo y crímenes diversos. Los belgas enviaron a miembros de la familia real al destierro interno y condenaron a 77 000 de sus 87 000 sospechosos de actos pronazis. Los austríacos, que ansiaban probar que en realidad eran un pueblo sojuzgado y, por tanto, se les debía eximir de una larga ocupación aliada, juzgaron a 9000 nazis y ejecutaron a 85 de ellos. Hasta los ingleses ahorcaron a dos de sus ciudadanos por traición.

Mientras los europeos ajustaban sus propias cuentas, los aliados occidentales trataron de castigar los crímenes del Tercer Reich y desmantelar todo lo que quedaba de la organización civil y política nazi para demostrar que los comunistas no tenían el monopolio del castigo. En la zona soviética, las autoridades llevaron a cabo su propia versión de la desnazificación y sencillamente ejecutaron a los sospechosos o los enviaron a los campos de trabajo del Gulag, de donde nunca volverían. Los aliados occidentales actuaron con más decoro y creciente clemencia, pero bajo la dirección norteamericana y británica, la desnazificación avanzó con prisa desacostumbrada. Después de investigar a casi 14 millones de sospechosos, las autoridades de ocupación norteamericanas ordenaron procesar a 600 000 alemanes y casi todos ellos fueron condenados. Unos 31 000 alemanes fueron a la cárcel, mientras los demás soportaban alguna combinación de confiscación de propiedades, multas, pérdida de empleo gubernamental y algún tipo de prohibición ocupacional. El general George Patton también se quedó sin empleo —comandante del 3º ejército de Estados Unidos— debido a su franca falta de entusiasmo por la desnazificación.

Los aliados, siguiendo lo acordado en la Declaración de Moscú de octubre de 1943, procesaron a los líderes nazis que seguían vivos por su responsabilidad criminal al empezar la guerra y dirigirla recurriendo a la barbarie. En agosto de 1945, Estados Unidos, Gran

Bretaña, Francia y la Unión Soviética se pusieron de acuerdo sobre las categorías de crímenes y una estructura para el procesamiento, el Tribunal Militar Internacional, que se convocó en Nuremberg en octubre de 1945. Veintidós nombres de líderes nazis constaban en las listas de inculpados y 21 de éstos se hallaban físicamente presentes en el banquillo de los acusados. El único líder juzgado en rebeldía fue Martin Bormann, el asesor político más allegado a Hitler. (Suicidado ya en 1945, los restos de Bormann no se encontraron hasta 1972.) Después de un año de declaraciones de testigos y sutilezas judiciales, los cuatro jueces — uno por cada potencia convocante— declararon a 19 de los acusados, entre ellos Bormann, culpables de por lo menos una de las cuatro categorías de crímenes: 1) conspirar para empezar una guerra de agresión; 2) empezar la guerra cometiendo «crímenes contra la paz»; 3) participar en comportamiento criminal en la dirección de la guerra; y 4) cometer «crímenes contra la humanidad». Desde el punto de vista político resultó ser menos comprometedor y más fácil demostrar la culpabilidad de los alemanes en los cargos 3 y 4, toda vez que no planteaban ningún interrogante serio sobre el apaciguamiento por parte de los aliados ni la colaboración temporal, como en el Pacto de No Agresión nazisoviético de 1939.

Los jueces, los fiscales y los defensores también sabían que estaban sentando precedentes para el derecho internacional al ampliar los conceptos de la criminalidad en el uso de la fuerza para fines de Estado. Dada la clara política genocida de la Alemania nazi —ejecutada por todos los organismos del sistema de seguridad nazi y por toda la Wehrmacht— la culpabilidad colectiva de los acusados todavía parece justificada en términos morales (aunque no rigurosamente jurídicos). Once nazis fueron al patíbulo y los restantes siete ingresaron en la cárcel para cumplir condenas que oscilaban entre cadena perpetua y diez años. El acusado más conocido, Hermann Goering, se suicidó con una cápsula de veneno que llevaba oculta entre los dientes y burló así a su verdugo norteamericano. Los que recibieron las sentencias más leves —Albert Speer (20 años), Karl Dönitz (10 años) y Konstantin von Neurath (15 años)— ya habían recuperado la libertad en 1966 y vivieron hasta entrados los años ochenta. Rudolf Hess, el ayudante político de Hitler hasta su quijotesca huida a Gran Bretaña en 1941,

permaneció encarcelado hasta su muerte, acaecida en 1987 a los 93 años de edad, principalmente para apaciguar a los rusos.

Mientras la tensión con la Unión Soviética iba en aumento después de 1946, los ingleses y los norteamericanos continuaron ejerciendo sus prerrogativas para procesar a criminales de guerra al amparo del derecho internacional en Alemania al tiempo que Francia celebraba más procesos en sus propios tribunales. Muchos de los procesamientos se basaban en los cargos 3 y 4, pero los procesos norteamericanos, celebrados también en Nuremberg en 1946-1 949, seguían tratando de demostrar que los jefes de la Wehrmacht y de la industria alemana eran criminalmente responsables de actos que infringían los cargos 1 y 2, incluido el haber servido en organizaciones que perpetraban actos criminales. Este procesamiento agresivo dio resultados diversos. De los 185 acusados, no se pudo condenar a 54, otros 24 fueron al patíbulo y 107 recibieron penas de cárcel.

La guerra fría pronto pervirtió y acortó los esfuerzos por tender una red más amplia sobre la sociedad alemana con el fin de atrapar a más responsables de atrocidades nazis. Después de 1949 el nuevo gobierno germanooccidental, apoyado ahora por los aliados occidentales como baluarte contra el comunismo, recibió jurisdicción para supervisar a los criminales de guerra que estaban en la cárcel. Ansiando olvidar el pasado, los políticos germanooccidentales se mostraron clementes y aceptaron las alegaciones de oficiales y funcionarios en el sentido de que no habían hecho más que cumplir órdenes o no habían tenido conocimiento de los crímenes cometidos por otros. Los norteamericanos incluso aceptaron al general Reinhard Gehlen y su organización de inteligencia, los Ejércitos Extranjeros del Este, que con tanta frecuencia habían interpretado erróneamente las intenciones del enemigo, como base para su ofensiva de espionaje contra los soviéticos.

Pocos de los que fueron condenados a penas de cárcel por tribunales occidentales cumplieron la totalidad de la sentencia, excepto los condenados en el Proceso de los Principales Criminales de Guerra en Nuremberg, y estos últimos en gran parte como resultado de la intransigencia soviética. A algunos condenados a muerte se les conmutó la pena. Las «razones de Estado» se

encargaron de que el pasado desagradable desapareciera pronto de la conciencia pública mientras las potencias occidentales procuraban convertir la República Federal de Alemania en miembro político y militar de la OTAN. Y así fue como la gran mayoría de los culpables —los hombrecillos que habían hecho posible todo lo sucedido— vivieron hasta el fin de sus días como funcionarios, hombres de negocios, médicos, agricultores, trabajadores o incluso militares. La justicia sucumbió ante la conveniencia.

Sin embargo, la disminución de la búsqueda oficial de criminales de guerra nazis por parte de los anglonorteamericanos no fue garantía de seguridad para los peores fugitivos alemanes. Las autoridades aliadas calcularon que hasta 20 000 criminales de guerra alemanes lograron escapar en medio del caos de 1945 y reaparecieron en América Latina o en Oriente Medio —e incluso en ciudades norteamericanas— con identidades nuevas. De algunos, como Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, se sigue sin saber nada. Otros murieron viejos. El doctor Josef Mengele, cuyos experimentos médicos con prisioneros de Auschwitz deshonraron su profesión, murió en Brasil a la edad de 66 años. El coronel de las SS Otto Skorzeny, el comando preferido de Hitler, se fugó de la cárcel en Alemania y organizó Odessa, la red de nazis que sacaba clandestinamente a sus camaradas de Europa. Skorzeny vivió rodeado de riqueza en España hasta 1975, año de su muerte. Otros notables nazis no encontraron refugio total. Trabajando con Simon Wiesenthal, el Javert de los perseguidores de nazis, agentes de los servicios de inteligencia israelíes encontraron y secuestraron a Adolf Eichmann en Argentina para que fuera juzgado en Israel por haber dirigido la puesta en práctica de «la Solución Final». Eichmann subió al patíbulo en 1962. El teniente coronel de las SS Joachim Peiper, cuyas tropas ejecutaron a 71 soldados norteamericanos durante la batalla de las Ardenas, murió en el misterioso incendio de una casa en Francia mucho después de la guerra. El jefe de la Gestapo en la ciudad francesa de Lyon, Klaus Barbie, se ganó el título de «carnicero» por su afición a la tortura. Una de sus víctimas fue Jean Moulin, líder de la resistencia con una reputación sólo un poco menos heroica que la de Juana de Arco. El leal ayudante de Barbie era un capitán de la policía del régimen de Vichy en Lyon llamado Paul Touvier. Las autoridades francesas localizaron a

Barbie en Bolivia, lo trajeron a Francia y, tras ser declarado culpable de crímenes de guerra, en 1987 le encerraron en la cárcel, donde pasó la poca vida que le quedaba. Después de morir Barbie en 1991, agentes franceses encontraron a Touvier, que en 1994 fue declarado culpable de crímenes contra la humanidad y condenado a cadena perpetua. Incluso *55* años después todavía hay personas que quieren saldar cuentas pendientes con los nazis.

ASIA EN LA POSTGUERRA

La rendición de Japón en la bahía de Tokio proporcionó un falso final a la guerra en Asia. El pueblo del archipiélago japonés podía obedecer las órdenes del emperador y soportar el dolor insoportable de la ocupación norteamericana, pero cinco millones de japoneses, más de la mitad de ellos soldados armados, seguían defendiendo la encogida Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. De todos los países ocupados, sólo Birmania, Manchuria y las Filipinas habían sido liberados por los ejércitos norteamericanos antes de que Japón se rindiera. Cuatro millones de japoneses seguían viviendo en China. Conscientes ya, después de los salvamentos en las Filipinas y las Indias Orientales Holandesas, de la difícil situación de los 220 000 prisioneros de guerra aliados y civiles internados, las fuerzas expedicionarias anglonorteamericanas se apresuraron a llegar a los centros políticos de Asia para salvar a los prisioneros de guerra y aceptar la rendición de los japoneses. Su misión era enviarlos a su país tan rápidamente como fuera posible antes de que en toda Asia estallaran guerras de venganza. Incluso la ocupación del archipiélago japonés podía resultar más difícil de lo previsto si el proceso de repatriación se veía envuelto en un baño de sangre provocado por el deseo de venganza. En Hong Kong, por ejemplo, una muchedumbre de chinos enfurecidos asaltó a los japoneses desarmados que se dirigían a los barcos y mató a centenares de ellos… sin emplear armas de fuego.

El esfuerzo urgente e improvisado de los aliados por salvar a los japoneses que se rendían salvó también a las poblaciones asiáticas locales. Cualquier incidente hubiera podido provocar una repetición de la «violación de Nankín», cosa que no tenía nada de improbable

en ciudades como Shangai, Cantón y Singapur, donde los sindicatos obreros dominados por los comunistas podían controlar fácilmente las calles y obligar a los japoneses a presentar batalla. Los japoneses demostraron ser muy capaces de protegerse a sí mismos hasta el momento de quedar bajo la protección de tropas norteamericanas o de la Commonwealth. En China, las negociaciones políticas que siguieron a la rendición produjeron alianzas, si se las puede llamar así, entre el ejército japonés, los chinos nacionalistas y los señores de la guerra que seguían vivos. Los aliados occidentales habían designado a Chiang Kaishek agente oficial para aceptar la rendición de los japoneses, pero los ejércitos nacionalistas aún les tenían miedo y estaban demasiado mal armados y su número era demasiado reducido para mantener el orden. Por tanto, el ejército japonés siguió estando armado y siendo peligroso en todas las regiones costeras de China, mientras otras fuerzas japonesas retrocedían hacia el mar y la repatriación. Miles de soldados japoneses se mezclaron con la población china u ofrecieron sus servicios a los señores de la guerra en el interior. Muchos japoneses se llevaron tanta riqueza como podían convertir en oro y joyas u otros bienes que fuesen portátiles y pudieran ocultarse.

En busca de los prisioneros supervivientes y de las autoridades y guardias japoneses que habían matado o torturado hasta la muerte a casi el 40 por ciento de los prisioneros de guerra aliados, las victoriosas fuerzas expedicionarias también se apresuraron a ir a sus zonas de ocupación para detener el crecimiento de los movimientos de independencia nativos. Sólo el miedo a una guerra para la que no estaban preparados contuvo a los revolucionarios, así como el miedo residual a un choque prematuro con los europeos o los japoneses. Tropas de la Commonwealth regresaron a Malaya y se encontraron con que los líderes de la resistencia estaban dispuestos a cooperar, en parte porque los comunistas malayos (chinos en su mayoría) tenían miedo a una contrarrevolución malaya. En Indochina, el líder nacional, Ho Chi Minh, proclamó una república socialista vietnamita, pero ordenó a las fuerzas del Vietminh que cooperasen con las tropas de la Commonwealth y los chinos nacionalistas que dividieron el país en zonas de ocupación. Incluso dijo que daría la bienvenida al retorno de los franceses sólo para que reemplazasen a los chinos y los indios, ya que estaba seguro de

que más adelante podría obligar a los franceses a volver a Europa. No obstante, terroristas vietnamitas atacaron a civiles japoneses y europeos, pero fueron repelidos por soldados japoneses.

En las Indias Orientales Holandesas, las fuerzas libertadoras británicas, australianas y holandesas encontraron a los indonesios de Java y Sumatra poco dispuestos a renunciar a su nueva república y volver a quedar bajo la dominación holandesa. Los japoneses armados se protegieron de los indonesios, pero los soldados de la Commonwealth y holandeses libraron varias batallas sangrientas con los indonesios hasta que el presidente Achmed Sukarno aceptó un alto el fuego con la condición de que las tropas de la Commonwealth abandonaran el país y los holandeses se reunieran con todas las facciones indonesias para negociar alguna vía pacífica a la independencia. Los últimos soldados británicos e indios que murieron en la segunda guerra mundial fueron los que perecieron luchando en las calles de Surabaya, Java, en noviembre de 1945.

Los japoneses y los coreanos se enfrentaron a un gran peligro a causa del millón de hombres de los ejércitos soviéticos que penetraron en Manchuria en agosto de 1945 y no se detuvieron hasta llegar al paralelo 38 en el centro de Corea y los territorios situados al norte de la Gran Muralla en la China septentrional. El cacareado Ejército Kwangtung, que ahora era una fuerza integrada sólo por 400 000 colaboracionistas chinos, coreanos y tropas japonesas de tercera clase, se vino abajo rápidamente. Los refugiados buscaron la protección de las fuerzas nacionalistas chinas y de los 46 000 infantes de marina del III cuerpo anfibio norteamericano, que había establecido lugares seguros alrededor de Peiping y en las provincias de Hopeh y Shantung. A pesar de ello, los soviéticos hicieron 600 000 prisioneros entre soldados y civiles y los enviaron en vagones de carga a los campos de trabajadores esclavos de Siberia; sólo 224 000 de ellos sobrevivieron y pudieron regresar a Corea y Japón en 1949.

Los soldados soviéticos, muchos de ellos mongoles y musulmanes del Asia Central, saquearon, violaron y asesinaron en su avance a través de Manchuria. Detrás de las fuerzas soviéticas iban cuadrillas de trabajadores que desmantelaban y se llevaban tanta maquinaria y bienes japoneses como podían acarrear. Entregaron las armas tomadas al enemigo a los guerrilleros

comunistas que encontraban y que marchaban hacia el este desde sus bases en el oeste de China. Delante de los nuevos ocupantes huían o morían miles de ocupantes japoneses. Un joven refugiado japonés se encontró con una mujer que estaba sentada junto a un sendero de montaña y vigilaba una pequeña hoguera: «Al tratar de pasar de largo, me quedé sin respiración. Cuatro piernas pequeñitas asomaban por debajo de la hierba seca. Incapaz de comprender la extraña escena, me acerqué a la mujer y le pregunté: "¿Qué ha sucedido?" Sin dejar de mirar hacia otro lado, contestó: "Ya no pueden moverse. Los he matado y los estoy quemando"».[3]

Presa de pánico ante la creciente cooperación entre los soviéticos y los comunistas chinos en Manchuria y el norte de China, Chiang Kaishek ordenó a sus generales que formasen alianzas locales que mantuvieran a los japoneses armados y a los comunistas chinos a raya. En la derrota, los japoneses descubrieron que los norteamericanos y los chinos nacionalistas podían ser vencedores más maleables de lo que jamás hubieran podido imaginar, dada su propia forma de concebir los derechos de los vencedores. A pesar de la confusión política que reinaba en toda Asia, los aliados, principalmente con dinero norteamericano y barcos japoneses, evacuaron a cinco millones de japoneses de ultramar, todos ellos, salvo 500 000, en los 10 primeros meses después de la rendición. Los aliados salvaron así miles de vidas y tuvieron la seguridad de que la ocupación y la rehabilitación de Japón serían pacíficas. La agresividad política de Estados Unidos en la posguerra destacó tropas norteamericanas en todas las islas del archipiélago japonés para garantizar la paz y contrarrestar los argumentos de Stalin en el sentido de que la Unión Soviética debía enviar tropas a Japón. Sin embargo, la ocupación norteamericana, compartida de forma nominal con la Commonwealth británica, no hizo las paces sin derramar más sangre japonesa.

CRIMINALES DE GUERRA JAPONESES

Aunque el gobierno Truman, los medios de comunicación norteamericanos y las potencias coloniales europeas tenían cuentas que saldar con los que habían sido líderes de Japón durante la

guerra, el general Douglas MacArthur, que había sido nombrado Comandante Supremo de las Potencias Aliadas en Japón, desempeñó el papel más importante en la persecución de los criminales de guerra japoneses más célebres. Administró su propia clase de justicia en dos importantes procesos de líderes japoneses en la posguerra. Las consideraciones jurídicas tuvieron poco que ver con los dos procesos, pero el deseo de someter a los japoneses e impresionar a los demás asiáticos influyó mucho en la decisión de sentar a políticos y líderes militares japoneses en el banquillo de los acusados.

Al tiempo que desviaba los gritos de venganza dirigidos contra el emperador HiroHito y distraía la atención de sus propios errores, que habían condenado a miles de filipinos en 1942 y 1945, MacArthur marcó la pauta de su caza de brujas al procesar, condenar y ejecutar a los generales Yamashita Tomoyuki y Homma Massaharu. El 7 de diciembre de 1945, en un gran proceso celebrado en Manila, Yamashita hizo frente a la acusación de no haber controlado a las tropas japonesas que meses antes habían dado muerte a miles de filipinos en Manila, lo cual representó una interpretación imaginativa del alcance real del mando de Yamashita. La condena de Homma fue fruto de su lejana asociación con las atrocidades de la Marcha de la Muerte en Bataán. Los dos japoneses tenían un crimen en común: habían mostrado en Luzón más cualidades de general que la autoridad que convocaba el proceso. Sus condenas y sentencias de muerte sólo recibieron una atención superficial en su recorrido hasta el Tribunal Supremo de Estados Unidos, que las confirmó por siete votos a favor y dos en contra. A pesar de los ruegos de muchos japoneses, MacArthur ordenó que Yamashita fuese ahorcado, muerte humillante que soportó con elegancia el más grande de los comandantes de campaña de Japón. MacArthur cedió luego ante las súplicas familiares y permitió que Homma fuera fusilado.

MacArthur también fue el artífice de los procesos que celebró el Tribunal Militar Internacional en el Extremo Oriente, formado por once jueces de otros tantos países que juzgaron y condenaron a 25 de 28 encausados como criminales de guerra de clase A, es decir, dirigentes japoneses a los que se identificaba con las decisiones correspondientes a la guerra entre 1937 y 1941. Dos de los

acusados murieron durante los procesos y otro se volvió demasiado loco para juzgarlo. Muchos otros acusados en potencia, entre ellos el ministro de la Guerra, Anami Korechika, ya habían realizado el *seppuku* [15] Al igual que los procesos de Yamashita y Homma, los veredictos no causaron ninguna sorpresa. Siete acusados murieron en la horca y dieciséis fueron condenados a cadena perpetua; sólo dos recibieron condenas más leves. Con aplomo y sin arrepentirse, Tojo Hideki fue a la muerte tras escribir versos delicados y cumplir rituales budistas. Las campanas de los templos sonaron en señal de respeto en toda la ciudad.

Diez naciones persiguieron a criminales de guerra más convencionales, sospechosos japoneses de las clases
B y C
que habían cometido atrocidades contra prisioneros de guerra o civiles. La primera categoría de acusados había cometido los crímenes; la segunda eran oficiales responsables que no los habían impedido o los habían estimulado. Durante un período de seis años, los tribunales aliados procesaron a 5700, condenaron a más de la mitad y ejecutaron aproximadamente a 1000. Aunque las normas judiciales no prevalecieron siempre, al menos estos procesos estaban enraizados en el derecho internacional establecido sobre la forma de hacer la guerra y examinaron las pruebas con cierta atención. Al calmarse los ánimos, se rebajaron muchas sentencias.

Más polémicos fueron todos los japoneses que se libraron del castigo, especialmente los que habían abusado de otros asiáticos. El caso más inadmisible de no celebración de un proceso fue el del teniente general Ishii Shiro, doctor en medicina y genio del mal detrás de la Unidad 731 y otras organizaciones dedicadas a las investigaciones relacionadas con la guerra bacteriológica y otros «retos» médicos. En estas «investigaciones» se habían utilizado sujetos humanos (algunos de ellos prisioneros de guerra europeos) y casi siempre causaban la muerte a los «animales» de laboratorio o *marutas* (diarios), como llamaban los japoneses a los seres humanos con cuyos cuerpos hacían experimentos. Otros sujetos humanos se utilizaron para estudiar el efecto de la hipotermia, la presión gravitacional extrema y los fármacos y procedimientos médicos peligrosos. En algunos experimentos se practicó la vivisección. Sin embargo, el doctor Ishii y sus colaboradores ofrecieron todas sus

«conclusiones científicas» a cambio de la amnesia de los investigadores norteamericanos de crímenes de guerra. Ishii vivió en libertad catorce años después de la contienda porque los norteamericanos querían mantener sus investigaciones accesibles pero secretas, apartadas de las miradas indiscretas de los soviéticos y los comunistas chinos.

MacArthur edificó su clientela japonesa con su propia y regia actuación y utilizando al emperador para sancionar el proceso de reforma. El general presidió una serie de reformas espectaculares que en realidad habían sido ideadas por diplomáticos, tecnócratas y «japonófilos» norteamericanos. Las fuerzas armadas imperiales fueron disueltas; más de 200 000 «indeseables» abandonaron los ministerios del gobierno; y se ordenó a los conglomerados empresariales que se dividieran en compañías más pequeñas e independientes. Douglas MacArthur abandonó el papel de patricio de Virginia que su madre —distinguida dama de Norfolk— había fomentado y demostró que en el fondo era un progresista de Wisconsin, siguiendo la tradición del estado natal de su padre. Defendió el sufragio femenino, la protección de los sindicatos obreros, la reforma agraria, la regulación de los servicios públicos, la reestructuración de la enseñanza y la santidad del voto. Esta dieta política resultó demasiado rica para los japoneses, pero al menos creó una opción distinta de la modernización autoritaria y militarizada que los había llevado a la guerra. Víctimas de vanas ilusiones y satisfechos de sí mismos, MacArthur y los otros reformadores norteamericanos creían haber creado un Japón nuevo, y a menudo no se daban cuenta de que muchos japoneses lamentaban sólo el fracaso de sus métodos y no los objetivos nacionales que habían tenido en el decenio de 1930.

CONCLUSIÓN

Aunque los efectos de la segunda guerra mundial variaron de un país a otro, pocas personas que vivieran en los años treinta y cuarenta negarían que la guerra definió sus vidas y dio forma a sus mundos durante los decenios venideros. Muchos de los beligerantes de la segunda guerra mundial se encontrarían ante otros conflictos

desagradables en el futuro: los ingleses en Irlanda del Norte, los franceses en Argelia, los rusos en Afganistán, los chinos en Corea y los norteamericanos en Vietnam. Pero la segunda guerra mundial ha sido la guerra por antonomasia durante medio siglo y en Europa y Asia continuará siéndolo hasta bien entrado el siglo XXI.

Cuando una vez le pidieron que describiera el papel de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, lord Ismay, secretario y asesor de Churchill durante la guerra, dijo en broma que la misión de la OTAN era mantener a los norteamericanos dentro, a los rusos fuera y a los alemanes en el suelo. Lo que Ismay dijo sobre la OTAN es aún más aplicable a los efectos de la segunda guerra mundial en Europa, con la gran diferencia de que la guerra metió a los rusos «dentro» también, hasta la caída del Pacto de Varsovia en el decenio de 1990. La segunda guerra mundial puso fin a las grandes rivalidades por el poder en Europa, a la extensión de dichas rivalidades a gran parte del mundo por medio del imperialismo y a la dominación europea del desarrollo económico y la cultura del mundo. Después de la contienda, analistas de diversas convicciones ideológicas debatieron si el siglo XX era el siglo norteamericano, el siglo ruso o el siglo japonés. Detrás de ese debate estaba la suposición de que, en todo caso, no sería el siglo europeo. La segunda guerra mundial garantizó que en los decenios siguientes la mayoría de las variedades del imperialismo se vendrían abajo, las economías del hemisferio occidental y de Eurasia se volverían más interdependientes, y el nacionalismo populista florecería en todo el mundo no europeo. Cincuenta años después de su fundación, las Naciones Unidas tienen más del triple de naciones miembro que tenían cuando se firmó su carta en San Francisco en junio de 1945. La segunda guerra mundial ha pasado, pero continúa dando forma al presente y al futuro.

Epílogo. En retrospectiva

UNO no puede recorrer con la vista las largas y aparentemente interminables hileras de lápidas que jalonan los cementerios militares en toda Europa y el Pacífico ni los grandes monumentos conmemorativos o los montículos de tierra que recuerdan a los muertos en la Europa del este sin darse cuenta del terrible coste de la victoria en la segunda guerra mundial. Las frías piedras subrayan la brevedad de aquellas vidas segadas al empezar la edad adulta, hombres que nunca volvieron a ver a sus familias y sus hogares. Y con el paso de los años, cada vez son menos las personas de edad avanzada que vienen a visitar estos solitarios rincones de Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Polonia, las Hawai, las Filipinas, Malaya y otras tierras extranjeras. La generación que hizo la segunda guerra mundial va fundiéndose con las sombras de la historia. En Estados Unidos, los que habían servido en la guerra morían en 1999 a razón de 1000 cada día. Cuando llegue el tercer decenio del siglo XXI habrán desaparecido todos.

A medida que el pasado se aleja de la memoria y cobra forma sobre la página impresa, los historiadores y otros comentaristas han empezado a emplear palabras suaves para describir la victoria en aquel terrible conflicto. Varios han sugerido que el esfuerzo bélico de los aliados no fue sino la otra cara de la misma moneda, que la causa aliada se encontraba en la misma bancarrota moral que la del Eje y que puede encontrarse un crimen de guerra norteamericano o británico por cada uno de los que cometieron los alemanes o los japoneses. En la página del libro de contabilidad, al lado de Nankín, Rotterdam, Belgrado, OradoursurGlane o Malmedy, anotan la negativa de los aliados a bombardear las líneas de ferrocarril que llevaban a Auschwitz, el hambre que hicieron pasar a los prisioneros de guerra alemanes al terminar la contienda y la incineración de Hiroshima, el peor de todos los «crímenes contra la

humanidad».

Estos defensores de la equivalencia moral cometen un error. Al considerar el coste humano de la guerra, los que tenemos el privilegio de vivir en los albores de un nuevo milenio deberíamos redoblar nuestro esfuerzo por recordar por qué se hizo la guerra y por qué tantos fueron llamados a pagar el precio supremo a cambio de la victoria. Las guerras desencadenadas por los japoneses en 1937 y los alemanes en 1939 estuvieron a punto de destruir los dos grandes centros de la civilización mundial e imponer en su lugar regímenes imperiales fundamentados en la superioridad racial, la esclavitud y el genocidio. No lo consiguieron debido a los esfuerzos y sacrificios extraordinarios que hicieron los soldados, los marineros, los aviadores y los infantes de marina aliados procedentes de todo el mundo: norteamericanos, australianos, ingleses, chinos, franceses, indios, polacos, rusos, ucranianos y de otras innumerables nacionalidades.

Las palabras que pronunció Pericles en su oración fúnebre dedicada a los atenienses muertos en la guerra del Peloponeso y recogidas por el más grande de todos los historiadores, Tucídides, son las que mejor captan la deuda de recuerdo y respeto que tenemos contraída:

A mí me parece que la consumación que ha sorprendido a estos hombres nos muestra el significado de la hombría en su primera revelación y en su prueba final. Algunos de ellos, sin duda, tenían sus defectos; pero lo que deberíamos recordar primero es su valerosa conducta contra el enemigo en defensa de su tierra natal. Han borrado el mal con el bien y han prestado más servicio a la república que mal hicieron nunca en sus vidas privadas. Ninguno de estos hombres flaqueó porque quisiera seguir gozando de su riqueza; nadie aplazó el funesto día con la esperanza de poder vivir para escapar de su pobreza y enriquecerse… En la lucha, juzgaron más honroso mantenerse firmes y sufrir la muerte, que ceder y salvar sus vidas. Así se libraron de los reproches de los hombres, soportando con su seguridad personal el peso de la batalla; y en un breve momento, el apogeo de sus vidas, una culminación de gloria, no de temor, nos fueron arrebatados.

Notas

CAPÍTULO I

1. Albert Speer, *Inside the Third Reich* , Nueva York, 1970, p. 162.

2. Citado por Martin Gilbert, *Winston Churchill* , vol. 5, *1922-1 939* , Londres, 1976, p. 550.

3. John Milton, *Paradise Lost* , libro V.

4. *History of the Times* , p. 78.

5. Gordon Craig, *Germany, 1866-1 945* , Nueva York, 1978, p. 635.

6. Public Record Office (PRO), CAB 23/92, Cab 12 (38), Meeting of the Cabinet, 12.3.38, pp. 349 350.

7. Telford Taylor, *Munich: The Price of Peace* , Nueva York, 1979, p. 884.

8. Winston S. Churchill, *The Second World War* , vol. 1: Tta *Gathering Storm* , Boston, 1948, p. 292.

9. Citado por Wilhelm Deist *et al. Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 1, *Ursachen und Voraussetzungen der Deutschen Kriegspolitik, Stuttgart* , 1979, p. 329.

10. *Documents on German Foreign Policy* , Serie D, vol. VII, Doc. 192.

11. PRO CAB 23/100, Cab 47 (39), Meeting of the Cabinet, 1.9.39, p. 443.

CAPÍTULO 2

1. F. Scott Fitzgerald, *Tender Is the Night* , Nueva York, 1933, p. 66, *Suave es la noche* , trad. M. Cervello,
Plaza & Janés,
Barcelona, 1984.

2. Citado por James S. Corum, *The Roots of Blitzkrieg: Hans von Seeckt and German Military Reform* , Lawrence, KS, 1992,

p. 37.

3. Chef der Heeresleitung, *Die Truppenführung* , Berlin, 1933, p. 1.

4. PRO CAB 63/14, carta de *sir* A. Robinson a *Sir* Thomas Inskip, ministro para la Coordinación de la Defensa, 19.10.36.

5. Bernard MacGregor Knox, «1940:
Italy's
"Parallel War"», Tesis Doctoral, Universidad de Yale, 1976, p. 27.

6. Bernard MacGregor Knox, *Mussolini Unleashed, 1939-1 941: Politics and Strategy in Fascist Last War*
Italy's
, Cambridge, 1976, p. 27.

7. «Bombardment Text», Air Corps Tactical School, Langley Field, Virginia, 1930, p. 109, Air Force Historical Research Center, Maxwell Air Force Base, AL.

CAPÍTULO 3

1. Franz Haider, *The Haider War Diary, 1939-1 942* , ed. Charles Burdick y HansAdolf Jacobsen, Novato (CA.), 1988, p. 73.

2. OKW *files* : «Denkschrift und Richtlinien über die Führung des Krieges im Westen», Berlin, 9.10.39, National Archives and Records Service (NARS) T77/775.

3. H. R. Trevor Roper, ed., *Blitzkrieg to Defeat: Hitler s War Directives* , Nueva York, 1965, p. 13.

4. Telford Taylor, *The March of Conquest: The German Victories in Western Europe, 1940* , Nueva York, 1958, p. 158.

5. Telford Taylor, *The March of Conquest* , p. 74.

6. Trevor Roper, *Blitzkrieg to Defeat* , Directive 8, 20 de noviembre de 1939, p. 16.

7. Haider, *Haider War Diary* , pp. 9596.

8. Haider, *Haider War Diary* , p. 106.

9. Alistair Home, *To Lose a Battle: France 1940* , Boston, 1969, p. 132.

10. Alistair Home, *To Lose a Battle: France 1940* , Boston,

1969, p. 126.

11. Public Records Office (PRO CAB) 84/16, M. R. (J) (40) (S) 2, 11.4.40, Allied Military Committee, «The Major Strategy of the War, Note by the French Delegation».

CAPÍTULO 4

1. Alistair Horne, *To Lose a Battle: France 1940* , Boston, 1969, p. 170.

2. Citado por F. H, Hinsley *et al., British Intelligence in the Second World War* , vol. 1, Londres, 1979, p. 127.

3. John Costello, *The Days to Destiny: The Secret Story of the Hess Peace Initiative and British Efforts to Strike a Deal with Hitler* , Nueva York, 1991, p. 35.

4. Heinz Guderian, *Panzer Leader* , Nueva York, 1957, p. 84.

5. Erwin Rommel, *The Rommel Papers* , ed. B. H. Liddell Hart, Nueva York, 1953, pp. 2122.

6. Erwin Rommel, *The Rommel Papers* , p. 26.

7. Robert Doughty, *The Breaking Point: Sedan and the Fall of France, 1940* , Hamden, CT, 1990, p. 100.

8. Horne, *To Lose a Battle* , pp. 334 335.

9. Haider, *The Haider War Diary* , pp. 147 149.

10. Antoine de Saint Exupéry, *Last Flight to Arras* , trad. Lewis Galantiere, Nueva York, 1942, p. 56.

11. Winston Churchill, *The Second World War* , vol. 2: *Their Finest Hour* , Boston, 1949, p. 46.

12. Horne, *To Lose a battle* , p. 478.

13. Haider, *The Haider War Diary* , p. 167.

14. El general de división *sir* Edward Spears, *Assignment to Catastrophe* , vol. 1: *Prelude to Dunkirk, July 1939May 1940* , Nueva York, 1954, p. 250.

15. Haider, *The Haider War Diary* , p. 172.

16. Hansard, 4 de junio de 1940.

17. El general Erich Mareks, 19 de junio de 1940, citado en MacGregor Knox, *Foreign Policy and War in Fascist Italy and Nazi*

Germany , Cambridge, en prensa, capt. 5, epígrafe.

18. PRO CAB 65/7, War Cabinet, Confidential Annex, 27 de mayo de 1940, 16,
30 h.

19. PRO ADM 205/4, memorándum sin fecha ni firma.

20. Chef WFA, 30.6.40, «Die Weiterführung des Krieges gegen England», International Military Tribunal (IMT), *Trial of Major War Criminals (TMWC)* , vol. 28, pp. 301 303.

21. Chef WFA, 30.6.40, «Die Weiterführung des Krieges gegen England», IMT, *TMWC* , vol. 28, pp. 301 303.

22. Francis K. Mason, *Battle over Britain: A History of German Air Assaults on Great Britain, 1917-1 918 and JulyDecember 1940* , Nueva York, 1969, Apéndice K, OKL, 16.7.40, Operations Saff Ic.

23. BA/MA RL 211/27, «Algemeine Weisung für den Kampf der Luftwaffe gegen England», ObdL, Führungsstab 1ª Nr. 5835/40, 30.6.40.

24. *Documents on German Foreign Policy* , Serie D, vol. 9, Doc. 471, 18.6.40.

CAPÍTULO 5

1. Citado por MacGregor Knox, *Mussolini Unleashed, 1939-1 941: Politics and Strategy in Fascist Last War*
Italy's
, Cambridge, 1982, p. 137.

2. Galeazzo Ciano, *The Ciano Diaries, 1939-1 943* , ed. Hugh Gibson, Nueva York, 1956, p. 285.

3. Knox, *Mussolini Unleashed* , p. 164.

4. *Documents on German Foreign Policy* , Serie D, vol. XI, Doc. 84.

5. Ciano, *The Ciano Diaries* , p. 300.

6. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill* , vol. 6: *Finest Hour, 1939-1 941* , Boston, 1983, p. 1013.

7. Percy E. Schramm, *Kriegsausbruch des Oberkommandos der*

Wehrmacht (Wehrmachtführungstab) , vol. 1: 1 August 194 031 December 1941, Munich, 1982, p. 368.

8. BA/MA, RL 7/657, Luftflottenkommando 4, Führungsabteilung 1ª op N°. 1000/41, Viena, 31.3.41, «Befehl für die Luftkriegführung Jugoslawien».

9. Tucidides, *History of the Peloponnesian War* , trad. Rex Warner, Nueva York, 1972, pp. 242 244. [Hay traducción castellana de J. J. Torres Esbarranch, *Historia de la guerra del Peloponeso* , Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1990-1 993.]

CAPÍTULO 6

1. R. J. Sontag y J. S. Beddie, eds., *NaziSoviet Relations, 1939-1 941: Documents from the Archives of the German Foreign Office* , Washington, D. C., 1948, p. 324.

2. R. J. Sontag y J. S. Beddie, eds., *NaziSoviet Relations, 1939-1 941* , pp. 345 346.

3. Gustav Hilger y Alfred Meyer, *The Incompatible Allies* , Nueva York, 1953, p. 336.

4. Haider, The Haider War Diary, p. 232.

5. Haider, The Haider War Diary, p. 311.

6. Haider, *The Haider War Diary* , p. 346.

7. Haider, *The Haider War Diary* , pp. 1516.

8. Klaus Reinhardt, *Die Wende vor Moskau: Das Scheitern der Strategie Hitlers im Winter 1941/42* , Stuttgart, 1972, p. 21

9. Haider, *The Haider War Diary* , p. 232.

10. Haider, *The Haider War Diary* , p. 245.

11. Haider, *The Haider War Diary* , p. 233.

12. Haider, *The Haider War Diary* , pp. 293 294.

13. H. R. Trevor Roper, *Blitzkrieg to Defeat: War Directives, 1939-1945*
Hitler's
, Londres, 1964, pp. 4851.

14. *Documents on German Foreign Policy* , Serie D, vol. XIII, Doc. 154.

15. John Erickson, *The Soviet High Command* , Londres, 1962, p. 587.

16. Haider, *The Haider War Diary* , p. 410.

17. Citado por John Erickson, *The Road to Stalingrad* , vol. 1, *War with Germany*
Stalin's
, Nueva York, 1975, p. 134.

18. Haider, *The Haider War Diary* , pp. 446 447.

19. Theodor Plievier, *Moscow* , Nueva York, 1953, pp. 4446.

20. Citado por David M. Glantz y Jonathan House, *When Titans Clash: How the Red Army Stopped Hitler* , Lawrence, KS, 1995, p. 60.

21. Haider, *The Haider War Diary* , p. 506.

22. BA/MA, RL 8/49, *RusslandFeldzug 1941: VIII Fliegerkorps* .

23. Martin Van Creveld, *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton* , Cambridge, 1977, p. 171.

24. BA/MA, RH 19III/656ID, «Der Feldzug gegen die Sowjet Union: Kriegsjahr 1941: Bearbeitet in der Führungsabteilung des Oberkommandos der Heeresgruppe Nord».

25. Reinhardt, *Die Wende vor Moskau* , p. 77.

26. Reinhardt, *Die Wende vor Moskau* , p. 71.

27. Reinhardt, *Die Wende vor Moskau* , pp. 139 140.

28. Earl F. Ziemke, *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East* , Washington, D. C., 1968, p. 63.

29. Holger H. Herwig, *Politics of Frustration: The United States in German Naval Planning, 1939-1 941* , Boston, 1976, p. 228.

30. Earl F. Ziemke y Magna E. Bauer, *Moscow to Stalingrad: Decision in the East* , Washington, D. C., 1987, p. 282.

31. Haider, *The Haider War Diary* , pp. 596 600.

32. Ziemke y Bauer, *Moscow to Stalingrad* , p. 102.

33. Ziemke y Bauer, *Moscow to Stalingrad* , p. 131.

34. Ciano, *The Ciano Diaries* , p. 411.

35. Christian Streit, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die Sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1 945* , Stuttgart, 1978, p. 90.

36. International Military Tribunal (IMT), *Trial of Major War*

Criminals (TMWC) , vol. 34, pp. 8486.

37. IMT, *TMWC* , vol. 34, pp. 129 132.

38. Horst Boog et al., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* , vol. 4, Der Angriff auf die Sowjetunion, Stuttgart, 1983, p. 1038.

CAPÍTULO 7

1. Citado en Tsunoda Jun et al., Japan 's Road to the Pacific War: The Final Confrontation, vol. 5,
Japan's
Negotiations with the United States, ed. James William Morley, trad. David A. Titus, Nueva York, 1994, p. 105.

2. Citado por John Toland, *The Rising Sun: The Decline and Fall of the Japanese Empire* , Nueva York, 1970, p. 50.

3. Evans F. Carlson, *Twin Stars over China* , Nueva York, 1940, p. 168.

4. «Problems of Guerrilla Warfare», Mayo de 1938, en *Selected Military Writing of Mao Tsetung* , Pekin, 1967, p. 160.

CAPÍTULO 8

1. Testimonio de Earl M. Schaeffer, Jr., sobre el 7 de diciembre de 1941, citado en James Stokesbury, ed., *World War II: Personal Accounts* , Austin (TX.), 1992, p. 66.

2. Memorándum de la conversación, del secretario de estado Cordell Hull con la delegación diplomática japonesa, 7 de diciembre de 1941, en *Foreign Relations of the United States of America: Japan, 1931-1 941* , Washington D. C., 1943, vol. 2, p. 787; Cordell Hull, *The Memoirs of Cordell Hull* , Nueva

3. York, 1948, vol. 2, pp. 1095-1 100; Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years at the State Department* , Nueva York, 1969, p. 35.

4. Lieutenant Harry G. Lee, USA, citado por John Toland, *But Not in Shame: The Six Months after Pearl Harbor* , Nueva York, 1961, p. 94.

CAPÍTULO 9

1. Citado en Eric Bergerud, *Touched with Fire: The Land War in the South Pacific* , Nueva York, 1996, p. 218.

2. Reseña de la batalla de la isla de Savo por el Capitán Ohmae Toshikazu, IJN, en David. C. Evans, trad, y comp., *The Japanese Navy in World War*

3. Annapolis, 1986 (2ª ed.), p. 242.

4. Entrada de nota sin fechar, 1944, en Theodore White, ed., *The Stilwell Papers* , Nueva York, 1948, p. 251.

CAPÍTULO 10

1. OKM, Berlín, 3.9.39, «Gedanken des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine zum Kriegsausbruch», NARS T1022/223 8/PG33 525.

2. Citado en Correlli Barnett, *Engage the Enemy More Closely: The Royal Navy in the Second World War* , Nueva York, 1991, p. 196.

3. Winston Churchill, *The Second World War* , vol. 3: *The Grand Alliance* , Boston, 1949, pp. 100 101.

4. Patrick Beesley, *Very Special Intelligence: The Story of the Operational Intelligence Centre, 1939-1945*
Admiralty's
, Garden City, 1978, pp. 114 115.

CAPÍTULO 11

1. «The Diaries of Lord Alanbrooke», Brooke Papers, Liddell Hart

Archives, Kings College, Londres, 5/5/1, 28 de junio de 1942.

2. General *Sir* Leslie Hollis, *One Tale*
Marine's
, Londres, 1956, p. 66.

3. Lord Hastings, *The Memoirs of General the lord Hastings* , Londres, 1960, p. 269.

4. Citado por David Fraser, *Alanbrooke* , Nueva York, 1982, p. 297.

5. Walter Warlimont, *Inside Headquarters*
Hitler's
, Nueva York, 1966, p. 272.

6. Citado en Earl F. Ziemke y Magna E. Bauer, *Moscow to Stalingrad: Decision in the East* , Washington, D. C., 1987, p. 282.

7. Citado en David M. Glantz, *Greatest Defeat: The Red Epic Disaster in Operation Mars, 1942*
Zhukov's
Army's
, Lawrence, KS, 1999, p. 200.

8. Earl F. Ziemke, *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East* , Washington, D. C., 1968, p. 55.

9. Entrada del diario de Richthofen para el 25 de noviembre de 1942.

10. Entrada para el 26 de diciembre de 1942.

11. Johannes Steinhoff, *Messerschmitts over Siály* , Baltimore (MD.), 1987, pp. 5960.

CAPÍTULO 12

1. John Terraine, *The Right of the Line: The Royal Air Force in the European War, 1939-1945* , Londres, 1985, p. 259.

2. John Terraine, *The Right of the Line* , p. 175.

3. Richard J. Overy, *The Air War, 1939-1945* , Nueva York, 1980, p. 105.

4. *Sir* Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany* , vol. 1, *Preparation* , Londres, 1962,

p. 177.

5. Martin Middlebrook, *The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces against a German City in 1943* , Londres, 1980, p. 268.

6. Martin Caiden, *Black Thursday* , Nueva York, 1981, pp. 209 211.

7. «Hitler zur Frage der Gegen massnahmen zur Beantwortung der allierten Luftangriffe», 25.7.43, AFSHRC K 113.3122, vol. 3.

8. David Irving, *Hitler's War* , Nueva York, 1977, pp. 574 575.

9. BA/MA, RL 3/61, «Stenographische Niederschrift der Besprechung beim Reichsmarschall am 28.11.44 in Karinhall», pp. 9495.

10. A. S. Milward, *The New Order and the French Economy* , Oxford, 1970, p. 77.

11. Friedhelm Göluke, *Scheweinfurt und der Strategische Luftkrieg, 1943* , Suttgart, 1980, p. 115.

12. Arthur Harris a Winston Churchill, 3.11.43, PRO/ PREM/3/14/1.

13. Joseph Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1942-1 943* , ed. y trad, de L. Lochner, Nueva York, 1948, pp. 532 535.

14. Entrevista oral con D. C. T. Bennett, RAF Staff College Library Bracknell, Inglaterra.

15. Frank Futrell, *Ideas, Concepts, Doctrine: A History of Basic Thinking in the United States Air Force* , Montgomery (AL.), 1965, p. 139.

16. Wesley Frank Caven y James Lea Cate, *The Army Air Forces in World War II* , vol. 3, Chicago, 1951, p. 53.

17. Air Historical Branch, «Air Attacks against German Rail Systems during 1944», Luftwaffe Operations Staff/Intelligence, N° 2512/44, «Air Operations against the German Rail Transport System during March, April, and May 1944», 3.6.44.

18. PRO 31/20/16, «The Handling of Ultra Information at Headquarters Eighth Air Force», Ansel E. M. Talbert, Major, U. S. Army Air Corps.

19. PRO DEFE 3/166, KV 6673, 6.6.44, 2356Z.

20. «HeimatVerteidigungsprogramm 1943, Besprechung beim Reichsmarschall am 7.10.43, Obersalzberg, Fortsetzung», AFSHRC K 113.3122, vol. 3.

CAPÍTULO 13

1. Robert W. Love, Jr., «Ernest Joseph King», en Robert W. Love, Jr., *The Chiefs of Naval Operations* , Annapolis, 1980, pp. 137 179.

2. Citado por Theodore Taylor, *The Magnificent Mitscher* , Annapolis, 1991, p. 237.

3. Testimonio del contraalmirante Koyanagi Tomiji, IJN (Ret.), en «The Battle of Leyte Gulf», en David C. Evans, ed. y trad., *The Japanese Navy in World War II* , Annapolis, 1986, p. 371.

4. General del ejército Douglas MacArthur, *Reminiscences* , Nueva York, 1964, pp. 215, 217, 221.

CAPÍTULO 14

1. Shelford Bidwell y Dominic Graham, *Tug of War: The battle for Italy* , Nueva York, 1986, p. 149.

2. *Tug of War: The Battle…* , p. 141.

3. *Tug of War: The Battle…* , p. 141.

4. Guy Sajer, *The Forgotten Soldier* , Nueva York, 1967, p. 261.

5. Earl Ziemke, *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East* , Washington, D. C., 1968, p. 188.

6. *Stalingrad to Berlin: The German…* , p. 238.

7. *Stalingrad to Berlin: The German…* , p. 256.

8. M. R. D. Foot, *SOE in France* , Londres, 1966, p. 11.

CAPÍTULO 15

1. Winston S. Churchill, *Blood, Sweat, and Tears* , Nueva York, 1941, p. 403.

2. George MacDonald Fraser, *Quartered Safe Out Here: A Recollection of the War in Burma* , Londres, 1995, pp. 3637.

3. Citado en Carlo D'Este, *Decision in Normandy: The Unwritten Story of Montgomery and the Allied Campaign* ,

Londres, 1983, p. 196.

4. Max Hastings, *Overlord: DDay and the Battle for Normandy* , 1944, Londres, 1984, p. 256.

5. Public Record Office, DEFE 3/127/XL 9188, 5.9.44, 1152Z, y DEFE 3/128, XL 9245, 6.9.44, 0103Z.

6. Cornelius Ryan, *A Bridge Too Far* , Nueva York, 1977, p. 131. [Hay trad. castellana de Adolfo Martín: *Un puente lejano* , Plaza y Janés, Barcelona, 1984.]

CAPÍTULO l6

1. Earl Ziemke, *Stalingrad to Berlin* , Washington, D. C., 1968, pp. 335 336.

2. *Stalingrad to Berlin…* , p. 342.

3. Milovan Djilas, *Wartime* , Nueva York, 1977, p. 429.

4. Charles B. MacDonald, *A Time for Trumpets: The Untold Story of the Battle of the Bulge* , Londres, 1984, p. *68* .

5. *A time for Trumpets: The Untold…* , p. 420.

6. Carlo D'Este, *Patton: A Genius for War* , Nueva York, 1995, p. 691.

7. Charles B. MacDonald, *The Mighty Endeavor: The American War in Europe* , Nueva York, 1985, p. 529.

CAPÍTULO 17

1. General William Slim, *Defeat into Victory* , Nueva York, 1961, p. 263.

2. Citado en D. Clayton James, *The Years of MacArthur* , vol. 2, *1941-1 945* , Boston, 1975, p. 635.

3. Carlos Romulo, *I See the Philippines Rise* , Garden City, Nueva York, pp. 216 229.

4. Citado en Kenneth P. Werrell, *Blankets of Fire: U. S. Bombers over Japan during World War II* , Washington, D. C., 1996,

pp. 139 140.

CAPÍTULO 18

1. T. Grady Gallant, *The Friendly Dead* , Nueva York, 1981, p. 84.

2. CINCPOA Communique 300, 16 March 1945, OPI, *Pacific Fleet Communiques, 1943-1 945* , Washington D. C., 1945.

3. Testimonio de Wada Michiyo, hija del Sr. Sasaki, con una reimpresión del discurso del Sr. Sasaki, en Frank Gibney y Beth Cary, eds. y trads., *Senso: The Japanese Remember the Pacific War* , Londres, 1995, pp. 213 214.

4. Almirante Stuart S. Murray, USN, «A Harried Host in the *Missouri* », en John T. Mason, Jr., *The Pacific War Remembered: An Oral History Collection* , Annapolis, 1986, pp. 353 354.

5. Kase Toshikazu, con un epílogo de Daniel Nelson Rowe, *Journey to the Missouri* , New Haven, 1950, pp. 114.

6. Palabras de MacArthur reimpresas en *Journey to the Missouri* ., p. 8.

CAPÍTULO 19

1. Citado en Lothan Burchardt, «The Impact of the War Economy on the Civilian Population of Germany during the First and Second World War», en Wilhelm Deist, ed., *The German Military in the Age of Total War* , Dover, NH, 1985, p. 50.

2. Citado en Alan S. Milward, *War, Economy, and Society, 1939-1945* , Berkeley, 1979, p. 99.

3. Citado en John W. Dower, «Sensational Rumors, Seditious Graffiti», en Dower, *Japan in War and Peace: Selected Essays* , Nueva York, 1993, pp. 146 147.

4. W. K. Hancock y M. M. Gowing, *British War Economy* , Londres, 1949, p. 519.

5. Edith Speert a Victor Speert, citado en Stephen E. Ambrose,

«The War on the Home Front», *Timeline* [Sociedad Histórica de Ohio], 10 (noviembrediciembre 1993), pp. 221.

6. Citado en Seweryn Bialer, ed., *Stalin and His Generals* , Nueva York, 1969, p. 158.

CAPÍTULO 20

1. Citado en Douglas Botting, *World War II: The Aftermath: Europe* , Nueva York, 1983, p. 23.

2. John E. Dolibois, *Patterns of Circles: Story*
An Ambassador's
, Kent, OH, 1989, pp. 8083, 105 109, 138 139, 155 158.

3. Testimonio de Tamada
Jin'o
en Frank Gibney y Beth Cary, eds. y trads., *Sensd: The Japanese Remember the Pacific War* , Londres, 1995, p. 268.

Agradecimientos

Nosotros, los autores del presente libro, somos hijos de la segunda guerra mundial. Uno nació mientras el ejército alemán y el Partido Nazi consolidaban su dominio en Austria y el ejército japonés continuaba avanzando hacia el interior de China. El otro llegó a un mundo que se preguntaba si los alemanes tomarían Moscú antes de Navidad, incluso después de que cayeran las primeras nieves rusas, o cuándo un submarino alemán hundiría otro destructor. Era también un mundo que especulaba en torno a si la última misión japonesa a Washington tenía un verdadero plan de paz. La segunda guerra mundial y las sacudidas que la siguieron han ejercido una influencia definitoria en la historia de nuestro mundo y nuestras vidas desde entonces. Uno de nosotros contuvo al comunismo en el Caribe y el otro cumplió la misma misión en el sudeste de Asia y ninguno de los dos hubiera vivido estas experiencias (cabe sospechar) si el ejército alemán hubiese tomado realmente Moscú.

Tal como solía decir nuestro buen amigo el malogrado Woody Hayes, la responsabilidad de los que tienen éxito es «pagar por adelantado», así que esperamos que nuestros hijos y nietos recuerden que sus vidas, plácidas o no, están en deuda con todos los que hicieron y ganaron la segunda guerra mundial. También queremos dar las gracias a nuestras respectivas esposas, Lee Smith y Martha FarleyMillett, por su comprensión cuando el trabajo relacionado con este libro desbarató planes y puso la paciencia a prueba. Somos afortunados por partida doble, ya que nuestras esposas son historiadoras académicas cuyos consejos son invariablemente acertados. También han sido compañeras entusiastas en nuestras visitas a muchos de los lugares de Europa y Asia donde tuvieron lugar los acontecimientos sobre los que escribimos: Amsterdam, Atenas, Pekín, Berlín, Bruselas, Budapest,

Colonia, Edimburgo, Hiroshima, Hong Kong, Leningrado, Londres, Melbourne, Oslo, París, Praga, Roma, Saigón, Singapur, Tokio y Viena.

Tenemos que agradecer a muchas personas sus aportaciones a este «tremendo esfuerzo», como llamó Winston Churchill a los desembarcos del Día D de 1944. Aunque nosotros somos los responsables en última instancia del presente libro, estamos agradecidos a todos los que estimularon nuestro interés por la historia desde la infancia. Probablemente por donde mejor empezar es por nuestros profesores de historia en la Universidad de Yale y en la Universidad DePauw antes de licenciarnos, pero nuestros mentores en la escuela de licenciados merecen un lugar de honor por sus pacientes intentos de tratar con veteranos que lo sabían todo sobre la guerra: Harry L. Coles, Andreas Dorpalen, Foster Rhea Dulles, Sydney Fisher, Hans Gatzke, Donald Kagan, Charles Morley y Piotr Wandycz, todos ellos miembros de la facultad de Yale y de la Ohio State University. A lo largo de los años otros gigantes del mundo de la historia académica han influido en nuestro pensamiento sobre la guerra en general y la segunda guerra mundial en particular: Stephen E. Ambrose, Brian Bond, Horst Boog, André Corvisier, Wilhelm Deist, *sir* Michael Howard, Manfred Messerschmidt, Louis Morton, Forrest Pogue, Olav Riste, Jürgen Rohwer, Luc de Vos, y Russell F. Weigley.

También nos beneficiamos inconmensurablemente de nuestra asociación con el doctor Andrew Marshall, Director de Tasación Neta, Oficina del secretario de Defensa, Departamento de Defensa de Estados Unidos. Gracias a la bondad y la confianza del doctor Marshall, dirigimos y escribimos algunos de los estudios de tres grupos que hicieron avanzar nuestra comprensión de los asuntos militares mundiales en la primera mitad del siglo XX: *Military Effectiveness* (3 vols., 1988); *Calculations: Net Assessment and the Corning of World War II* (1992); y *Military Innovation in the Interwar Period* (1996). Estamos en deuda con todos nuestros amigos y colegas que participaron en estos estudios, pero también especialmente agradecidos por los sabios consejos de los expertos que conocían varias naciones y sus fuerzas armadas mucho mejor que nosotros: Cari Boyd, Alvin D. Coox, Robert A. Doughty, Jürgen Fórster, Holger H. Herwig, Ronald Chalmers Hood II, John E.

Jessup, MacGregor Knox, Ian Nish, Steven Ross, Brian Sullivan y Earl F. Ziemke.

El presente libro refleja también cierto aprendizaje en grupo en un curso sobre la historia de la segunda guerra mundial que establecimos en la Ohio State University hace más de veinte años. Aunque la dirección de este curso ha variado entre nosotros y muchos de nuestros colegas —especialmente John F. Guilmartin y Mark Grimsley—, el curso continúa y sirve de inspiración para mejorar nuestra comprensión de la guerra más influyente del mundo moderno. Además de las generaciones de estudiantes que pasaron por esta clase —entre los que hay un becario «Rhodes» y uno de los mejores defensas de la Liga Nacional de Fútbol—, tenemos una deuda especial con otra (aunque más reducida) generación de licenciados que nos ayudaron en este curso o cuyas investigaciones enriquecieron nuestra enseñanza y nos animaron a mantenernos a la altura de nuestros alumnos. Otros colaboraron estrechamente con nosotros en cursos complementarios sobre historia militar europea y norteamericana en el siglo XX. Muchos de ellos ocupan sus propios lugares de honor como estudiosos de la segunda guerra mundial: Michael Doubler, Allison Gilmore, Russell Hart, Peter Mansoor, Geoffrey Megargee, Bradley J. Meyer, Richard Muller, William Odom, Jeffrey Roberts y Peter Schriijvers.

También queremos dar las gracias a nuestros colegas del departamento de historia de la Ohio State University por sus consejos y, en algunos casos, su atenta lectura de nuestro análisis de la política interior y del frente civil de los países en que están especializados: James Bartholomew (Japón), Alan Beyerchen (Alemania), Samuel Chu (China), Susan Hartmann (Estados Unidos), David Hoffman (Rusia), John A. M. Rothney (Francia), Leila Rupp (Alemania) y David Stebenne (Estados Unidos).

Durante el proceso de revisión que inició nuestro primer editor, tres expertos en la segunda guerra mundial leyeron el manuscrito en su totalidad y tenemos contraída una deuda con ellos por las sugerencias constructivas que hicieron para llevar a cabo correcciones y revisiones: el profesor Holger H. Herwig (Universidad de Calgary), el doctor Mark R. Peattie (Hoover Institution y Universidad de Stanford) y el profesor Russell F. Weigley (Temple University). Antes y después del citado proceso de

revisión nos beneficiamos de los consejos (basados en la lectura de partes del manuscrito) del profesor Ray Callahan (Universidad de Delaware), cuyos conocimientos sobre la campaña británica en el sudeste de Asia resultaron de un valor incalculable, y de los profesores Peter Maslowski (Universidad de NebraskaLincoln) y Mark Parillo (Kansas State University), que no sólo aportaron conocimientos pertinentes de la guerra, sino que, además, examinaron partes del libro por su idoneidad para sus propios cursos sobre la segunda guerra mundial. También queremos dar las gracias al general de brigada David A. Armstrong, EE. UU. (retirado), historiador militar, doctorado en Duke University, exinstructor de la Academia Militar e historiador para el Presidente de los Jefes del Estado Mayor Conjunto, por su ayuda con los tres apéndices sobre la organización militar, la dirección de la guerra y las armas. El teniente coronel Michael Perry, director del Instituto de Historia Militar del Ejército de Estados Unidos también nos prestó apoyo valioso.

Al igual que en otros proyectos, Beth Russell, del Mershon Center de la Ohio State University, nos prestó ayuda secretarial y administrativa segura y hábil por demás. También agradecemos el apoyo continuo del Mershon Center y especialmente de su director actual, el doctor Richard Ned Lebow, y los auspicios del general de división Raymond E. Masón, Jr., (retirado), de la Reserva del Ejército de Estados Unidos, alumno generoso y excelente ejemplo de «la Generación Más Grande».

En nuestra búsqueda de fotografías que captaran la naturaleza mundial de la guerra y todavía conservaran cierta originalidad, recurrimos a nuestros amigos y colegas de la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada. Queremos dar las gracias a las siguientes personas: almirante Paolo Alberini y almirante Tiberio Moro, Fuerzas Armadas Italianas; doctora Isabel Campbell, Oficina Histórica, Fuerzas Armadas Canadienses; doctor Jeffrey Grey, Academia de la Fuerza de Defensa Australiana; coronel Piet Kamphuis, Jefe de Historia Militar, Sección de Historia Militar, Ejército de los Países Bajos; coronel Jarl Kronlund, Oficina del Jefe de Historia Militar, Estado Mayor General, Ejército Finlandés; *Frau* Kuhl, Bundesarchiv, Coblenza; doctor Ioannis Loucas, Academia Naval Helénica, Armada Griega; doctor Bruce

Menning, Mando del Ejército de Estados Unidos y Colegio del Estado Mayor General; doctor Manfried Rauchensteiner, Director, Museo Austríaco de Historia Militar, Viena; y doctor Luc de Vos, Real Academia Militar, Real Ejército Belga. El señor Malcolm Swanston proporcionó una serie excepcional de mapas.

Finalmente, nos hemos beneficiado también de la labor de nuestras dos «sénior editors» de la Harvard University Press, Joyce Seltzer (Nueva York) y Susan Wallace Boehmer (Cambridge) cuya participación activa, crítica y creativa en el presente proyecto contribuyó a mejorar el libro.

WlLLIAMSON MURRAY ALLAN R. MlLLETT

Burke, Virginia Columbus, Ohio

Créditos de las ilustraciones

Australian War Memorial: 51, 121
Bettman/Corbis: 4, 20, 31, 32, 58
HultonDeutsch Collection/Corbis: 11, 84, 119
Imperial War Museum, Londres: 99
Jarl Kronlund, Finnish Army: 27
Military History Institute, Ministry of Defense, Russian Republic: 29, 30, 72, 74, 76
National Archives of Canada: 100
Royal Neherlands Army: 15, 102, 128
U. S. Air Force: 79, 81, 82, 83
U. S. Army Military History Institute: 5, 7, 13, 14, 25, 66, 73, 91, 92, 101, 103, 106, 107, 109, 111, 118
U. S. Library of Congress: 9, 26, 37, 48, 50, 52, 54, 75
U. S. National Archives, FDR Library: 2, 39, 46, 62, 64, 65, 68, 69, 70, 97
U. S. National Archives, Pacific Region: 40
U. S. National Archives, Still Picture Branch: 1, 3, 6, 8, 10, 12, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 28, 33, 34, 35, 36, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 49, 53, 55, 56, 57, 59, 60, 61, 63, 67, 71, 77, 78, 80, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 93, 94, 95, 96, 98, 104, 105, 108, 110, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 127

Autores

Williamson Murray es Senior Fellow en el Institute for Defense Analysis de Washington, D. C. Es autor, entre otros, de *Calculations* (1992), *German Military Effectiveness* (1992), *Air War in the Persian Gulf* (1995) y *Air War, 1914-1 945* (1999).

Allan R. Millett ocupa la cátedra General Raymond E. Mason, Jr., de Historia Militar en la Ohio State University. Entre sus obras destacan *The Politics of Intervention: The Military Occupation of Cuba, 1906-1 989* (1968), *Semper fidelis: the history of the United States Marine Corps* (1991), y *For the Common Defense: A Military History of the United States, 1607-1 983* (junto con Peter Maslowski, 1994).

Ambos han colaborado previamente en la publicación de los libros *Military Effectiveness* (1988, 3 vols.), *Calculations: Net Assessment and the Coming of World War II* (1992) y *Military Innovation in the Interwar Period* (1996).

Notas

[1] Precisar exactamente cuándo empezó la segunda guerra mundial depende de cómo se interprete. Los europeos occidentales y los norteamericanos tienden a pasar por alto la incursión japonesa en China y a considerar que la guerra empezó con la invasión de Polonia por los alemanes el 1 de septiembre de 1939. Para los austríacos, los checos y los eslovacos la guerra también empezó dos años antes, cuando el Tercer Reich empleó la fuerza militar para tragarse naciones soberanas de la Europa central que las democracias de la Europa occidental habían abandonado. < <

[2] En el presente libro definimos la táctica como el medio y los métodos de utilizar armas en el campo de batalla para atacar al enemigo o defenderse de él. Definimos las operaciones como el uso de combates tácticos para alcanzar objetivos mayores; ejemplos de operaciones serían la explotación de una brecha en las primeras líneas del enemigo o el cerco de fuerzas numerosas del enemigo. Para más explicaciones de estos y otros términos militares, véanse los apéndices. < <

[3] Los nombres chinos se han transcrito usando el alfabeto latino de acuerdo con el sistema Wade-Giles que se empleaba en los años cuarenta y no el sistema Pinyin que se usa hoy día. < <

[4] Acrónimo de la Young Men's Christian Association (Asociación de Jóvenes Cristianos), que ofrece a los jóvenes instalaciones deportivas, cursos nocturnos y alojamiento a precio muy módico. (*N. del t*.) <<

[5] Un ejército japonés equivalía a un cuerpo estadounidense, esto es, dos o más divisiones, reforzadas. < <

[6] Tortura china que consiste en poner a la víctima una especie de vestidura de malla de acero, atarla a un poste y apretar los cinturones que sujetan la vestidura hasta que parte del cuerpo aparece por los eslabones. Esta parte se corta y el proceso se repite hasta que la víctima muere, al cabo de muchas horas. (*N. del t*) < <

[7] Paraíso terrenal que el novelista James Hilton inventó en su obra *Horizontes perdidos. (N. del t.)* <<

[8] Batalla en la que el general George Armstrong Custer y parte del *T* de Caballería fueron aniquilados por los pieles rojas el 25 de junio de 1876. (*N. del t*) <<

[9] Del estadista inglés William Pitt (1759-1806).
(*N. del t*) < <

[10] *Sir* Winston Churchill utilizó esta expresión bíblica (Joel, 2, *25*) para referirse a los años de depresión que precedieron a la segunda guerra mundial. (*N. del t*) < <

[11] Nombre genérico que los ingleses aplicaban a los soldados alemanes en las dos guerras mundiales. (*N. del t*) <<

[12] Grupos especiales de operaciones. (*N. del t*) <<

[13] Región de Estados Unidos sometida a tormentas de polvo, especialmente la parte meridional del centro, que las padeció en el decenio de 1930. (*N. del t*) < <

[14] Para convertirlos en dólares del decenio de 1990, estos cálculos hechos durante la guerra deben multiplicarse por un factor de nueve o diez. < <

[15] Método de suicidio que consiste en clavarse un cuchillo en las entrañas. (*N. del t*) < <